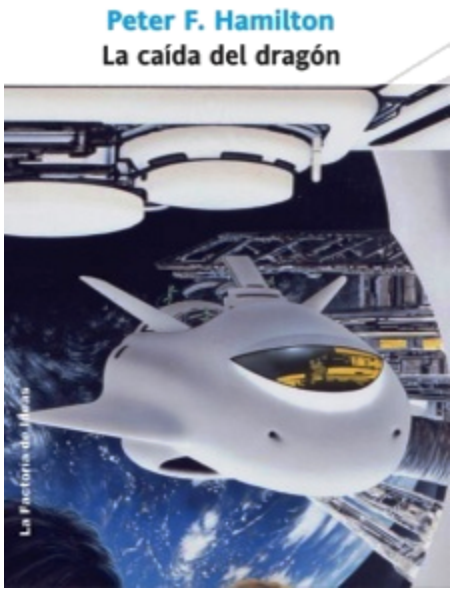


OceanofPDF.com

LA CAÍDA DEL DRAGÓN

De niño, Lawrence Newton solo quería pilotar naves espaciales y explorar la galaxia. Pero vive en la época equivocada: la edad de los vuelos estelares del hombre está tocando a su fin, por lo que se rebela y huye en pos de su sueño. Veinte años después es el sargento de un problemático pelotón que está invadiendo otro planeta, eufemismo para un acto de piratería de una de las grandes corporaciones. Mientras está luchando en tierra, Lawrence escucha la historia del Templo del Dragón Caído, el lugar sagrado de una secta que adora a una criatura mítica que cayó de los cielos hace milenios. Se dice que allí hay un tesoro de proporciones épicas, para garantizar la felicidad eterna de un hombre. Esta información le lleva a planear una misión privada.

Título Original: *Fallen Dragon*
©2001, Hamilton, Peter F.
Traductor: Raúl Campos
Editorial: La Factoría de Ideas. Solaris Ficción nº68
ISBN: 9788498001976
Corregido: Silicon, 12/07/2010

OceanofPDF.com

Capítulo 1

Hubo un tiempo en que todos los clientes del bar hubieran acogido con los brazos abiertos a un miembro de la División de Seguridad Estratégica de Zantiu-Braun, le hubieran invitado a una cerveza y hubieran escuchado embelesados sus historias sobre cuán distinta era la vida en los nuevos planetas coloniales. Pero ahora, a mediados del siglo XXIV, eso se podía decir de cualquier rincón de la Tierra. En la conciencia pública el encanto de la expansión interestelar se iba desvaneciendo como el *glamour* de una actriz entrada en años.

Al igual que ocurre con casi todas las cosas del universo, todo era cuestión de dinero.

El bar necesitaba dinero. Lawrence Newton lo supo nada más entrar. Hacía décadas que no reparaban sus desperfectos. Una larga sala de madera cuyas gruesas vigas sostenían el ondulado techo de láminas de carbono, una barra que lo atravesaba de extremo a extremo, carteles apagados de marcas de cerveza y helado desaparecidos en la pared de detrás. Sobre su cabeza temblequeaban grandes ventiladores giratorios que habían sobrevivido dos siglos más de lo que indicaba su garantía, con sus primitivos motores eléctricos zumbando mientras agitaban el aire sofocante.

Así estaban las cosas en Kuranda. Sentarse en las alturas sobre las mesetas de Cairns, que había disfrutado de largos años de beneficios como una de las ciudades más turísticas de Queensland. Los sudorosos y colorados europeos y japoneses atravesaban la selva tropical subidos en el funicular y se maravillaban ante la exuberante vegetación antes de seguir

caminando con paso penoso hacia las tiendas de curiosidades y bares-restaurante que bordeaban la calle principal. Después cogían el antiguo tren que atravesaba el cañón de Barron Valley y se volvían a quedar fascinados, en esta ocasión por los precipicios de afiladas rocas y por las espumosas cataratas que se veían durante toda la ruta.

Pese a que los turistas seguían viniendo a admirar la belleza natural del norte de Queensland, eran sobre todo familias empresariales que Z-B había enviado a su creciente base espacial, que ahora dominaba Cairns física y económicamente. No podían permitirse malgastar el dinero en camisetas con estampaciones de inspiración aborigen, *didgeridoos* auténticos ni figuras talladas a mano como símbolos del espíritu de la Tierra, de modo que las tiendas de la calle principal de Kuranda fueron desapareciendo hasta que solo quedaron las más resistentes y baratas, siendo en sí mismas un motivo para no quedarse mucho tiempo. En la actualidad la gente sale del terminal del funicular y camina derecha hacia la hermosa estación de tren decorada como en la tercera década del siglo veinte, que está a unos doscientos metros, ignorando por completo el resto de la ciudad.

Por lo menos así los hombres de la zona podían entrar sin problemas en los pocos bares que quedaban. Se les daba bien. No pensaban en otra cosa. Z-B aportó sus propios técnicos para dirigir la base, trabajadores cualificados del extranjero con carrera y experiencia como ingenieros de náutica espacial. Las iniciativas estatutarias de empleo solo permitían trabajar en los peores oficios. Ningún kurandiano se apuntaría. Era una cultura equivocada.

Por ese motivo era el bar perfecto para Lawrence. Se detuvo en la entrada para examinar todo el interior mientras una formación de helicópteros de apoyo táctico TVL88 hacía retumbar el cielo de camino al campo de prácticas de Port Douglas, que quedaba al norte. En el interior había alrededor de una docena de tipos que se refugiaban del cruel sol del mediodía. Buenos chicos, todos ellos, de rostro colorado por la primera ronda de cervezas del día. Dos jugaban al billar, otro estaba acodado en la barra, bebiendo en soledad, el resto estaba desperdigado en pequeños grupos en las mesas de la pared del fondo. Lawrence, que no dejaba de pensar de un modo táctico, localizó de inmediato los posibles puntos de huida.

Los hombres lo miraron en silencio mientras se acercaba a la barra y se quitaba su ridículo sombrero de paja de ala ancha. Pidió una jarra de

cerveza a la camarera de mediana edad. Aunque iba vestido de civil (llevaba unos pantalones cortos azules que le llegaban hasta la rodilla y una holgada camiseta de la Gran Barrera de Arrecifes) el hecho de caminar con la espalda firme y el pelo rapado delataban que era un recluta de la Z-B. Los hombres lo sabían y Lawrence sabía que lo sabían.

Pagó la cerveza aguada en metálico dejando sobre la barra de un manotazo los sucios billetes de Dólar del Pacífico. Si la camarera se había dado cuenta de que su mano y su brazo derecho eran más grandes de lo que deberían, había preferido no decir nada. Lawrence murmuró que se guardara el cambio.

El hombre que Lawrence había ido a ver estaba sentado a su lado, a solo una mesa de distancia de la puerta de atrás. Su sombrero, que estaba sobre el tablero de la mesa, junto a la cerveza, era tan ancho como el de Lawrence.

—¿No podías haber elegido un sitio más apartado? —preguntó el teniente Colin Schmidt. El gutural tono germánico de su voz llamó la atención de varios de los hombres del local, que entrecerraron los ojos con desconfianza instintiva.

—Es el lugar idóneo —dijo Lawrence. Conoció a Colin el primer día que llegó a la División de Seguridad Estratégica de Z-B, hacía ya veinte años. Realizaron juntos el entrenamiento básico en Toulouse. Inocentes muchachos de diecinueve años que se saltaban las cercas por la noche para acercarse a la ciudad, llena de bares y chicas. Varios años más tarde Colin solicitó formarse como oficial tras la campaña de Quation, un movimiento ambicioso que nunca dio los frutos esperados. Colin no tenía el empuje que la compañía exigía ni la capacidad accionarial de la que otros jóvenes oficiales se valían para abrirse paso. Durante quince años pasó desapercibido, hasta que llegó a Planificación Estratégica, donde trabajó como recadero con pretensiones en los programas de Sentiencia Artificial desarrollando software de asignación de recursos.

—¿Qué cojones era eso tan importante que no podías preguntarme en la base?

—Quiero una misión para mi pelotón —dijo Lawrence—. Puedes conseguirme una.

—¿Qué clase de misión?

—Una en Thallspring.

Colin dio un trago a su cerveza. Cuando habló lo hizo en voz baja, culpable.

—¿Quién ha dicho nada sobre Thallspring?

—Es adónde vamos para nuestra próxima captación de bienes. —En ese momento otra formación de TVL88s pasó por la ciudad volando bajo; con los rotores fuera del modo silencioso, el estruendo que provocaban hacía temblar el techo laminado. Todos miraron hacia arriba mientras la conversación se iba ahogando.

—Vamos, Colin, ¿no irás a soltarme el sermón de siempre, verdad? ¿Quién demonios podría avisar a esos cabrones de que vamos a invadirlos? Están a veintitrés años-luz. Toda la base sabe a dónde vamos, de hecho, toda Cairns.

—Vale, vale. ¿Qué es lo que quieres?

—Un destino en el destacamento especial de Memu Bay.

—Nunca había oído ese nombre.

—No me extraña. Es una pequeña zona de mierda tomada por la marina y la bioindustria, a unos cuatro mil quinientos kilómetros de la capital. La última vez estuvimos estacionados allí.

—Ah. —Colin dejó de apretar el asa de su jarra de cerveza y hundió la mirada en ella—. ¿Qué hay allí?

—Z-B llevará los productos bioquímicos y de ingeniería, es todo lo que pone en la lista de bienes. Por lo demás... bueno, te deja cierta libertad de movimiento. Si es que eres alguien con iniciativa.

—Joder, Lawrence, creía que tú no eras tan bala perdida como yo. ¿Qué fue de aquello de hacerse con la suficiente participación para ascender a oficial de nave?

—Han pasado casi veinte años y soy sargento. Acabé así porque Ntoko nunca regresó de Santa Chico.

—Joder, puta Santa Chico. Había olvidado que estuviste en esa. —Colin meneó la cabeza recordando. Los historiadores actuales equiparaban lo de Santa Chico con la invasión de Napoleón a Rusia—. Muy bien, te destino a Memu Bay, ¿y qué gano yo?

—El diez por ciento.

—Bonito número. ¿De cuánto?

—De lo que haya allí.

—No me digas que te has hecho con el último episodio de *Trinos en el horizonte*.

—Es *Destino: Horizonte*. Pero no, no he tenido esa suerte —dijo Lawrence con el rostro impasible.

—Tengo que confiar en ti, ¿no?

—Tienes que confiar en mí.

—Supongo que lo conseguiré.

—Hay más. Te necesito en Durrell, la capital, en la División de Logística. Después tendrás que conseguirnos transporte seguro, puede que un helicóptero de evacuación... lo dejo en tu mano. Encuentra un piloto que ponga la carga en órbita sin hacer preguntas.

—Encuentra uno que las haga. —Colin sonrió—. Maricones comepollas.

—Tiene que ser de fiar, no pienso dejar que me jodan. ¿Entiendes? Esta vez no.

La sonrisa de Colin se desvaneció cuando vio la rabia que saturaba la mirada de su viejo amigo.

—Claro, Lawrence, eso está hecho. ¿De qué cantidad estamos hablando?

—No estoy seguro. Pero si no me equivoco, todos nos llenaremos los bolsillos. Lo suficiente para que cada uno de nosotros pueda comprar una participación de directivo.

—¡Joder! Pan comido.

Brindaron por la operación entrechocando los bordes de sus jarras. Lawrence vio que tres de los hombres del bar asentían con la cabeza y se levantó.

—¿Has venido en coche? —le preguntó a Colin.

—Claro; dijiste que nada de coger el tren.

—Vete al coche y esfúmate. Yo me encargo de esto.

Colin miró a los hombres que se le estaban acercando y empezó a calcular la jugada. No era un «primera línea», hacía muchos años que dejó de serlo.

—Nos vemos en Thallspring. —Se puso su estúpido sombrero y dio los tres pasos que le separaban de la puerta de atrás.

Lawrence se puso de pie, clavó la mirada en los hombres y suspiró fuerte. Habían elegido un mal día para mear en los árboles marcando su territorio. Había elegido este bar con mucho cuidado para que nadie de Z-B

se enterara de la reunión. Thallspring era su última oportunidad de aspirar a un futuro decente. Eso no le dejaba muchas opciones.

El que iba primero, el más fornido, claro, tenía la sonrisa de superioridad de alguien que estaba convencido de que marcaría el gol de la victoria. Sus dos adláteres se protegían furtivos tras él; uno, de apenas veinte años, bebía de una jarra y el otro vestía un chaleco vaquero que le permitía lucir unos coloridos tatuajes estropeados por unas añejas cicatrices de cuchillo. Los tres mosqueteros.

Uno de ellos hizo el primer comentario: «Creía que vosotros los de la compañía erais demasiado superiores como para beber con nosotros». Lo que dijera era lo de menos, solo era una forma de envalentonarse hasta que alguno de ellos se calentara lo suficiente para lanzar el primer puñetazo. El mismo ritual subnormal de los bajos fondos de cualquier ciudad de cualquier planeta humano.

—No lo hagas —le aconsejó Lawrence con voz monótona antes de que empezaran—. Cállate y siéntate. Me marcho y no quiero problemas.

El tipo fornido sonrió a sus colegas como diciendo «Ya os dije que era un gallina» y bufó con desprecio por la baladrona de Lawrence.

—Tú no vas a ninguna parte, chico de la compañía —dijo cogiendo impulso con el puño.

Lawrence hizo un ágil y automático movimiento de cintura. De una patada clavó el talón en la rodilla del gigante. El del chaleco vaquero alzó una silla para reventarla en la cabeza de Lawrence, que con su desarrollado brazo derecho consiguió detener el impacto de la espontánea arma. Una de las patas le dio de lleno, justo encima del codo, deteniéndose en seco. Lawrence ni siquiera pestañeó por el golpe ni, mucho menos, gimió de dolor. El hombre retrocedió dando tumbos hasta perder el equilibrio. Sintió como si hubiera golpeado un muro de piedra. Miró el brazo de Lawrence y abrió los ojos como platos al darse cuenta de la realidad a pesar de la bebida.

Todos los demás hombres del bar arrastraron la silla para levantarse y acudir en auxilio de sus amigos.

—¡No! —Gritó el hombre del chaleco—. ¡Lleva un Cuero!

Daba igual. El jovenzuelo cogió el cuchillo de carnicero que llevaba en la vaina de su cinturón y nadie pareció hacer caso del aviso mientras se acercaban.

Lawrence alzó el brazo derecho, escindiendo el aire. Sintió una suave vibración en sus muñecas cuando los músculos peristálticos extrajeron los dardos de los sacos de munición y los colocaron dentro de sus túbulos de proyección. Del anillo de pequeñas aberturas limpias que de repente se abrió sobre sus carpianos brotaron unas boquillas negras. Entonces comenzó la lluvia de dardos.

Al salir del bar Lawrence dio la vuelta al cartel de la entrada para que la gente de fuera pensara que el local estaba cerrado y cerró la puerta. Se aseguró de que el sombrero le ocultara la cara para disimular la ira que aquel alboroto le había provocado. Puta División de Arsenal. Esos cabrones nunca pecan de comedidos, solo de asesinos. Había visto empezar a temblar a dos de los hombres que habían caído al suelo; el nivel de toxinas de los dardos era demasiado elevado para una simple rociada de incapacitación. Pronto el bar se convertiría en una olla de policías.

En una de las mesas de la terraza del bar había una pareja de sudamericanos leyendo el menú plastificado. Lawrence les sonrió con cortesía y se alejó por la calle principal de regreso a la terminal del funicular.

Las ambulancias y la policía ya habían tomado casi toda la calle principal de Kuranda cuando el helicóptero ejecutivo de enlace TVC77D de Simon Roderick apareció volando bajo y susurrante sobre la ciudad. Habían aparcado los vehículos de cualquier manera, de forma que la carretera sufría un bloqueo de treinta metros a cada lado del bar. Estaba claro que no había nodos reguladores de tráfico que guiaran a la gente por las calles de Kuranda. Como si la ciudad no fuera ya de por sí lo bastante salvaje. Agitó la cabeza aturdido por todo aquel caos. Los conductores del servicio de emergencia siempre daban un dramático portazo al apearse de las ambulancias. Mala suerte si alguno de los heridos necesitaba asistencia médica con urgencia, los vehículos más cercanos eran todos de la policía.

Los paramédicos, vestidos con monos verdes, transportaban las camillas por los huecos más difíciles, con sus caras sudorosas por el esfuerzo.

—Dios, qué hatajo de descerebrados —se quejó Adul Quan desde el asiento de detrás del de Simon. El operario de Inteligencia de la Tercera Flota había pegado la cara contra la ventanilla lateral del helicóptero para poder ver la ciudad directamente. Nunca le gustó utilizar los alimentadores de sensor a través de su Interfaz Neural Directa; decía que el interruptor del punto de mira le mareaba—. Deberíamos hacer algo para controlar las operaciones civiles del estado. Al menos ofrecerles coordinación de SA, traerlos a este siglo.

—Tenemos la franquicia del área urbana —dijo Simon—. Y toda nuestra gente dispone de algún tipo de monitor médico incorporado por si hay problemas. Podemos recuperarlos dondequiera que estén. Eso es lo que importa.

—Sin embargo, estableceríamos unas buenas relaciones públicas. Dedicar recursos a ayudar a los civiles.

—Si quieren nuestra ayuda que compren su parte, que contribuyan y que participen.

—Sí, señor.

Simon detectó cierto escepticismo en la voz de su interlocutor pero decidió no decir nada. Para llegar adonde ahora estaba, Adul había ido acumulando una gran participación en Z-B, pero ni aun así conseguía entender lo que significaba estar integrado del todo. En realidad, pensaba Simon, nadie excepto él mismo lo comprendía. Pero eso era algo que acabaría por cambiar.

Simon utilizó su IND para transmitir una serie de órdenes al piloto automático para que este girara sobre el pequeño parque circular del final de la calle principal. Cuando volvió al descuidado aparcamiento de camiones que había identificado como zona de aterrizaje vio que unos niños habían pintado con *spray* un ojo abierto en el tejado ondulado de una tienda ruinosa. Aquel dibujo verde y azul era lo bastante grande para poder mirar a todos los helicópteros de la División de Seguridad Estratégica que atravesaban como enormes abejorros el cielo tropical de la ciudad. Como si de un retrato se tratara, siguió con la mirada a Simon mientras el TVC77D desplegaba el tren de aterrizaje y se hundía sobre aquella superficie de barro cocido. El aire que levantaron las aspas provocó un remolino de latas

aplastadas y envoltorios de comida alrededor de ellos mientras el fuselaje iba perdiendo el integumento gris que utilizaba para confundirse con el cielo y recuperaba su amenazador color negro mate.

Mientras las turbinas se iban deteniendo se detuvo un momento. Activó los rastreadores de su SA personal para localizar todo el tráfico del servicio de emergencias que circulaba por los bancos de datos locales. Los mensajes más relevantes se transfirieron de inmediato a su IND. Un *display* de rejilla se desplegó ante su aparente campo de visión, de color índigo, invisible al ojo humano, para no entorpecerle su visión física. Pero a pesar de todo el torrente de información que apareció ante él, siguió sin saber con exactitud qué había ocurrido. Ninguno de los testigos había explicado todavía qué había sucedido en realidad. Hasta ahora solo disponían de un informe sin confirmar, según el cual un hombre que llevaba un Cuero se había vuelto loco.

Se fijó en una de las rejillas médicas. La abrió y cuando salió de la cabina del helicóptero se extendieron ante él cinco gráficos de alta resolución. Los analizadores portátiles de sangre con que los paramédicos estaban tomando muestras de las víctimas estaban estableciendo enlaces con la base de datos del Hospital General de Cairns y revisando los perfiles químicos para identificar el agente causante del envenenamiento.

Simon se puso unas desfasadas gafas de sol envolventes.

—Qué interesante —murmuró—. ¿Has visto esto? —Había enviado copias de los resultados de los analizadores al SA de la División de Bioarmamentística de Z-B, que le comunicó el agente que posiblemente podría ser el empleado. Su IND pasó la valiosa información a Adul.

—Toxina de Cuero —dijo Adul—. Sobredosis de incapacitación. —Meneó la cabeza con desaprobación antes de colocarse sobre la nariz sus membranas de sombrilla.

—Qué fatalidad. A los dos que sufrieron una reacción alérgica se les dañará el sistema nervioso.

—Si tienen suerte —dijo Simon—. Y solo si las ambulancias llegan a tiempo al hospital. —Se pasó una mano por la frente para enjugarse el sudor que el intenso calor le hacía excretar.

—¿Envío el antídoto a la Sala de Urgencias?

—Las toxinas de incapacitación no requieren antídoto, se eliminan solas. Se cultivaron con ese fin.

—Pero una dosis tan elevada les secará los riñones.

Simon se detuvo y miró a Adul.

—Estimado colega, estamos aquí para determinar cómo y por qué las utilizaron, no para hacer de enfermeras con un puñado de civiles retrasados que para empezar no saben ni esquivar un ataque así.

—Sí, señor.

De nuevo aquel tono. Simon pensó que debería reconsiderar la utilidad de Adul como operario de seguridad. En este negocio, la empatía era un rasgo admirable, pero cuando se convertía en compasión...

Se abrieron paso por el laberinto de ambulancias que colapsaban la calle principal. Los pocos huecos que quedaban estaban abarrotados de personas (gente de la zona huraña y callada y turistas asustados y nerviosos). Alrededor de la terraza del bar los agentes de policía, vestidos con pantalón corto e impoluta camisa blanca, se apiñaban intentando que pareciera que tenían algo que hacer allí. La jefa de policía, una mujer alta que ya había superado los cuarenta años y que llevaba un uniforme azul marino, estaba de pie junto a la barandilla escuchando a un joven agente que le estaba detallando un acalorado informe.

El SA personal de Simon le informó de que el oficial a cargo era la capitana Jane Finemore. La cuadrícula mostró una página que contenía su hoja de servicios. La leyó por encima y la ocultó.

Todos los agentes enmudecieron al paso de Simon y Adul. La Capitana se dio media vuelta. Primero sintió una oleada de desprecio cuando vio la túnica malva de la flota de Z-B de Adul y después se puso a la defensiva dejando el rostro inexpresivo al ver a Simon vestido con su conservador traje de negocios, con la chaqueta colgada casualmente sobre el hombro.

—¿En qué puedo ayudaros? —pregunto.

—Me temo que eso deberíamos preguntarlo nosotros, capitana... ah, Finemore —dijo Simon sonriendo mientras hacía como que miraba la pequeña placa con su nombre—. Hemos interceptado un informe que indica que alguien que lleva un Cuero fue el causante de los disturbios que aquí han acontecido.

Justo cuando la Capitana iba a responderle las puertas del bar se abrieron de golpe y un equipo de paramédicos salió apresurado portando una camilla. Simon se apretó contra la barandilla de la terraza para facilitarles el paso. El paciente llevaba en el cuello y en los brazos varios brazaletes

inmovilizadores cuyos pequeños indicadores luminosos parpadeaban con urgencia. Estaba inconsciente pero se retorcía con violencia.

—Todavía no me lo han confirmado —dijo irritada la capitana Finemore cuando los sanitarios desaparecieron.

—Pero era el previo —dijo Simon—. Me gustaría dar prioridad a este asunto. Si hay alguien que anda por ahí con un Cuero hay que atraparlo de inmediato, antes de que haya que lamentar más accidentes.

—Soy consciente de eso —dijo la Capitana Finemore—. Ya he ordenado que nuestro equipo de Respuesta Táctica Armada se prepare para el ataque.

—Con todos mis respetos, Capitana, creo que sería más apropiado afrontar esto con una brigada anti-insurrección de nuestra División de Seguridad Interna. El Cuero proporcionaría a su portador una ventaja muy superior ante el equipo de RTA.

—¿Estás diciendo que no podemos encargarnos de esto? —Os estoy ofreciendo la posibilidad de que podáis.

—Bueno, menos mal; muchas gracias. No sé qué haríamos sin vosotros.

Simon continuó sonriendo cuando varios agentes de policía se rieron a su espalda.

—Si me permites la pregunta, ¿de dónde procede ese informe preliminar?

La capitana Finemore señaló al bar con la cabeza.

—La camarera. Se ocultó detrás de la barra cuando ese tipo abrió fuego. Ninguno de los dardos la alcanzó.

—Quisiera hablar con ella, por favor.

—Todavía está conmocionada. Tengo algunos agentes especializados hablando con ella.

Simon utilizó su IND para enviar un mensaje por medio de su SA. La Capitana no tenía uno propio (el presupuesto de la policía del Estado de Queensland no daba para tanto) pero Simon vio que los irises de la mujer adquirían una tonalidad púrpura, lo que indicaba que estaba equipada con membranas optrónicas comerciales corrientes para acceder a los datos con rapidez.

—¿Nadie más vio a este tipo con el Cuero? Le costaría pasar desapercibido.

—No... —La Capitana se puso rígida mientras el mensaje iba pasando hacia abajo por las membranas—. Solo lo vieron una vez. —Ahora hablaba

despacio, midiendo cada palabra—. Por eso es por lo que todavía no he ordenado que bloqueen todas las salidas de la ciudad.

—Entonces tu prioridad es encontrar a ese individuo. Mientras más esperes, más amplio tendrá que ser el perímetro a controlar y más difícil será capturarlo.

—Ya tengo coches patrullando la carretera principal a Cairns y agentes cubriendo el terminal del funicular y la estación de tren.

Excelente. ¿Y ahora te importa que esté presente durante el interrogatorio a la camarera?

La capitana Finemore le miró. El aviso de Simon había quedado muy claro y estaba respaldado por la oficina del gobernador del estado. Pero había sido discreto, para que Finemore pudiera salvar las apariencias ante sus agentes. A menos que prefiriera hacerlo público y enterrar su carrera bajo un arrebato de gloria.

—Claro, ahora debe de estar pasando por lo peor —dijo como si le estuviera haciendo un favor.

—Gracias, eres muy amable. —Simon abrió las puertas del bar y entró.

En el interior había cerca de una docena de paramédicos arrodillados junto a las víctimas de las toxinas. No dejaban de entrecruzarse urgentes órdenes y preguntas. Hurgaban desesperados en sus maletines buscando antídotos efectivos y dejaban tirado en cualquier parte el material sanitario que ya no necesitaban. Sus membranas optrónicas estaban saturadas de mensajes sobre posibles tratamientos.

Las víctimas sufrían espasmos, se retorcían y golpeteaban en el suelo con los talones. Sudaban abundantemente y gemían como si todos estuvieran teniendo la misma dolorosa pesadilla. A uno ya lo habían metido en una bolsa negra.

No era nada que Simon no hubiera visto ya durante las campañas de captación de bienes. Por lo general a una escala mucho mayor. Un solo Cuero disponía de la suficiente munición para detener a una muchedumbre enardecida en las calles. Se abrió paso con cuidado entre los cuerpos, intentando no entorpecer a los asistentes. Los agentes de la policía y los equipos de forenses estaban examinando las paredes y mesas que también habían caído víctimas de la refriega.

La camarera estaba sentada en la barra, al otro extremo del bar, agarrando con fuerza un vaso de whisky. Era una mujer de mediana edad y

rostro rechoncho que llevaba una permanente pasada de moda. No veía ni oía nada de lo que ocurría a su alrededor.

Estaba claro que en todo su ADN no había ni un solo cromosoma viruscrito, decidió Simon con considerable aversión. Dadas las circunstancias de la mujer, la ausencia de tal escritura implicaba escasez de inteligencia, defectos fisiológicos y falta de aspiraciones. Un desecho social.

La agente de policía que estaba sentada en un taburete junto a ella la miraba con compasión. Si hubiera aprendido algo durante su especialización, pensó Simon, lo primero que tendría que haber hecho era sacarla a la calle para alejarla del lugar de la tragedia.

El SA de Simon no podía encontrar el nombre de la camarera. Al parecer, el bar no disponía de ningún tipo de programa de contabilidad ni de administración. El SA no pudo dar ni siquiera con un vínculo registrado que le condujera al banco de datos; solo disponían de una línea de teléfono.

Simon tomó asiento en el taburete que quedaba libre junto a la camarera.

—Hola, ¿cómo te encuentras ahora, eh...?

La mujer le miró con los ojos llorosos.

—Sharlene —susurró.

—Sharlene. Qué horrible lo que habrás tenido que vivir. —Simon sonrió a la agente de policía—. Por favor, me gustaría hablar un momento a solas con Sharlene.

La policía le miró con resentimiento pero se levantó y salió. Seguro que iba a quejarse a Finemore.

Adul se colocó detrás de Sharlene para poder ver todo el bar. La gente tendía a mantenerse alejada de él.

—Necesito saber lo que ocurrió —dijo Simon—. Y lo siento pero necesito que me lo cuentes enseguida.

—Hostias —gimió Sharlene—. Solo quiero olvidarlo todo, sabes. — Intentó acercarse el whisky a los labios. Pestañeó sorprendida cuando Simon puso su mano sobre la de ella para impedir que levantara el vaso de la barra.

—Te asustaste mucho, ¿verdad?

—Joder que sí.

—Es comprensible. Como viste, ese tipo te podía haber hecho mucho daño físico. Yo, por otro lado, te puedo destrozar la vida con una simple

llamada. Pero no solo eso, también arruinaría la vida de tu familia. Podría dejaros a todos sin trabajo. Para siempre. Solo os quedaría paro y miseria. Así que si me lo sigues poniendo difícil ni siquiera te dejaré cobrar el paro. ¿Quieres que tú y tu madre acabéis de putas de los reclutas de Z-B, Sharlene? Porque eso es todo lo que os permitiré hacer. Las dos acabaríais enfermas y muertas antes de tiempo en el Club de Cairns.

Sharlene se quedó boquiabierta.

—Ahora dime lo que quiero saber. Rebusca en ese picadillo de carne que tienes por cerebro y quizá hasta te recompense. ¿Qué prefieres, Sharlene, molestar o cooperar?

—Quiero ayudar —murmuró temerosa.

Simon sonrió de oreja a oreja.

—Magnífico. Y ahora, ¿llevaba un Cuero ese tipo?

—No, en realidad no. Era su brazo. Lo vi cuando pagó su cerveza. Era tan grueso... y de un color raro.

—¿Como si lo tuviera bronceado?

—Eso. Eso es. Oscuro, pero no tanto como los aborígenes.

—¿Solo el brazo?

—Eso. Pero también tenía las válvulas del cuello. Sabes, como los tornillos de Frankenstein, pero de carne. Sobresalían un poco por encima del cuello de su camiseta.

—¿Estás segura?

—Sí. No me lo estoy inventando. Era un recluta de Zantiu-Braun.

—Entonces que ocurrió, ¿entró de repente y se puso a disparar a todo el mundo?

—No. Estaba hablando con otro tipo. Entonces Jack y otros dos se les acercaron. Supongo que buscaban camorra. Jack es de esos; el caso es que luego es un buen tipo. Entonces empezó todo.

—¿El hombre comenzó a lanzar dardos que dejaron inconscientes a todos? —Eso. Le vi levantar el brazo y entonces alguien gritó que llevaba un Cuero. Me escondí detrás de la barra. Entonces oí que todo el mundo gritaba y se caía. Cuando me asomé vi que estaban todos tirados por el suelo. Pensé... creí que estarían todos muertos.

—Y llamaste a la policía.

—Eso.

—¿Habías visto a ese individuo con anterioridad?

—No lo creo. Pero quizá ya hubiera venido antes. Tenemos mucha clientela, sabes.

Simon recorrió el bar con la mirada y tuvo que esforzarse para no arrugar la nariz asqueado.

—Estoy seguro. ¿Qué hay de esa persona con la que estaba hablando? ¿Le habías visto antes?

—No. Pero...

—¿Sí?

—También era de Zantiu-Braun.

—¿Estás segura?

—Sí. He trabajado en los bares de toda Cairns. Llegas a reconocer a los reclutas por algo más que por las válvulas.

—Muy bien. De modo que el asesino entró, pagó una cerveza y después fue a hablar con el otro recluta, ¿correcto?

—Eso. Así pasó.

—Haz memoria; ¿alguno de ellos se sorprendió por encontrarse con el otro?

—No. El que llegó primero ya había empezado a beber, como si estuviera esperando al otro.

—Gracias, has sido de gran ayuda.

La capitana Finemore miró sorprendida a Simon cuando este salió del bar.

—¿Qué ocurrió?

—Nada —dijo—. No llevaba un Cuero. Utilizó algún tipo de lanzador. Supongo que la toxina de los dardos se cultivó en un laboratorio clandestino. Qué pena que el químico no prestara más atención a la estructura molecular real cuando intentó retrosintetizarla.

—¿Qué pena? —se quejó la Capitana Finemore estrechando los labios —. Tenemos un muerto y Dios sabe si los demás se recuperarán.

—Entonces te alegrarás de que nos quitemos de en medio. —Simon señaló el alboroto que colapsaba la calle principal de Kuranda—. Todo tuyo. Pero si necesitas ayuda para atrapar al asesino no dudes en pedírnosla. A nuestros chicos siempre les viene bien un poco de trabajo de campo.

—Lo tendré en cuenta —dijo Finemore.

Al igual que ocurrió cuando llegó, los agentes de policía y los civiles se apartaron a su paso y se callaron conteniendo todo su rencor. Puso en marcha con rapidez el TVC77D y se separó del barro calenturiento. Su SA personal le informó de que no se había retirado sin autorización ningún Cuero de la base de arsenal de Cairns.

—Confírmame esto —le ordenó a Adul—. Quiero saber quién anda por ahí con un Cuero.

—Un recluta se metió en una pelea en un bar. ¿De verdad crees que tiene tanta importancia?

—El incidente en sí no. Pero sí el hecho de que no se haya registrado la falta de ningún Cuero. Además tengo curiosidad por saber por qué dos de nuestros hombres decidieron verse en un antro tan miserable.

—Sí, señor.

La base de la Tercera Flota de Zantiu-Braun se encontraba en el antiguo Aeropuerto Internacional de Cairns, justo al norte de la ciudad. Ya no movía vuelos comerciales; el medio de transporte principal era el tren de monorraíl magnético de TranzAus, que transportaba mercancías y pasajeros hacia el norte a unos eficientes 500 Km/h. Ahora las plataformas de estacionamiento albergaban escuadrones de helicópteros de la Tercera Flota y aviones espaciales de motor *scramjet*, además de unos cuantos tenebrosos reactores supersónicos ejecutivos con forma de misil. Ocho antiguas y pesadas naves de turbohélice mantenidas por Z-B proporcionaban vigilancia costera y servicio de rescate civiles hasta Nueva Guinea. Como resultado, el espacio aéreo de Cairns era la sección con más tráfico de Australia, aparte de Sydney, donde se concentraba el resto de líneas aéreas. Los combustibles sintéticos de hidrógeno habían reemplazado a los productos derivados del petróleo natural, menos dañinos para el medio ambiente pero relativamente más caros de producir; el coste relegó el tráfico aéreo al punto en que comenzó en el siglo XX, convirtiéndolo en un pastel a dividir entre gobiernos, corporaciones y millonarios.

Queensland, con un moribundo turismo de masas y una agricultura eliminada de cuajo por la comida artificial y una cada vez más intensa radiación ultravioleta, se había ido convirtiendo a pasos agigantados en un

basurero económico a raíz de que en 2265 a Zantiu-Braun se le ofreciera no pagar impuestos como incentivo de inicio de actividad para poner en marcha allí una nueva ola de operaciones Tierra-órbita.

Por aquel entonces el tráfico era puramente comercial. Los aviones espaciales fletados transportaban módulos de estaciones de fábrica a las estaciones de órbita menor y regresaban con valiosos productos de aplicación en microgravedad, mientras que los vehículos de pasajeros transportaban a los colonos hasta las naves espaciales. Todo empezó a cambiar a partir de 2307. La captación de bienes pasó a ocupar un lugar prioritario y por tanto los cargamentos que los aviones espaciales ponían en órbita menor pasaron a ser de otra naturaleza. El número de colonos que volaba desde Cairns se redujo a cero en menos de una década, de manera que desde allí sólo salía personal de Seguridad Estratégica. Los sistemas de apoyo de la Tercera Flota suplantaron el transporte industrial.

La base se extendió, construyendo con rapidez barracones y casas cuartel para los reclutas de la División de Seguridad Estratégica. Ingeniería y Asistencia Técnica levantaron sus propias hileras de edificios austeros. Se construyeron nuevos hangares y talleres para albergar y reparar los helicópteros. Se alquilaron grandes extensiones de terreno al gobierno que se emplearon como campos de entrenamiento. Y se necesitaba un sistema administrativo general que controlara a los recién llegados. En las estribaciones se erigieron torres de mármol y cristal con vistas a la base y al mar.

El despacho de Simon Roderick ocupaba la mitad de la última planta del edificio de Cuadrilla, el más nuevo y lujoso del pequeño enclave administrativo de Z-B. En cuanto aterrizo con el helicóptero en la plataforma de la azotea se abandonó a una nueva ronda de encuentros y reuniones tácticas. Los superiores entraban y salían dé su despacho como si fuera una especie de punto de encuentro, adonde cada uno llevaba una propuesta, queja o informe. Para tratarse de una época en que se daba tanta importancia a la Sentiencia Artificial, Simon no dejaba de sorprenderse de lo inútil que resultaba todo sin la intervención y la supervisión humana. La gente por lo general necesitaba una buena patada en el culo para sentirse motivada y comportarse como adultos. Algo que no podían conseguir ni las perlas neurotrónicas cuánticas.

Después de tres años en aquel lugar Simon sabía que tendría que hacer una drástica recomendación al Consejo de Zantiu-Braun tras la campaña de

Thallspring. Los cuarenta y cinco años de expansión constante habían sobrecargado tanto de oficiales y especialistas de administración a la División de Seguridad Estratégica de la Tercera Flota que corría peligro de venirse abajo por bloqueo de datos. Todas las oficinas generaban a diario informes y peticiones; cada vez resultaba más complicado coordinar tanta información incluso con el sistema de enrutamiento de SA. La inclusión de bucle, que era la estrategia administrativa del nivel preliminar, era una gran idea con miras al futuro; pero después de cuatro décadas de optimización sucesiva el software de la Tercera Flota se había convertido en puro *inflaware*, un absoluto lastre. La teoría de la inclusión de bucle, tras la experiencia de organizar la última campaña a nivel básico, era excelente. Durante la última campaña, a estos pelotones específicos se les acabaron las reservas de sangre de los Cueros diez días antes de que los programas de utilización se ejecutaran, esta vez, por tanto, añadimos un apéndice para requerimientos especiales al perfil de logística de dichos pelotones. ¿Quién se iba a oponer a prestar la mejor ayuda en primera línea? Pero había que poner en órbita las reservas de sangre adicionales, lo que significaba utilizar más aviones espaciales, que necesitaban mantenimiento, tripulación y combustible; todo esto había que coordinarlo con el calendario existente. Se produjo un efecto dominó que originaba un caos constante. Simon estaba convencido de que toda la estructura de la Tercera Flota necesitaba simplificarse hasta tal punto que lo mejor sería derrumbarla y construir una nueva en su lugar. Una que contara con modernos procedimientos de administración incorporados desde el principio.

Durante, los últimos cuatro meses, puesto que la campaña de Thallspring había comenzado muy en serio, se había dedicado a supervisar personalmente las actividades más básicas, tales como los horarios de reparación de naves, el recuento de Cueros, la disponibilidad de helicópteros y la puesta a punto de los equipos básicos. Pero más tarde hubo de integrar las peticiones y órdenes más urgentes en la ya de por sí saturada estructura de órdenes, lo cual dio lugar a una nueva capa de autoridad que el SA administrativo de la base tuvo problemas en incorporar. Le gustaba pensar que su papel había acelerado todo el proceso, pero no había manera de asegurarse. La vanidad de las clases dirigentes. *Nosotros marcamos la diferencia*.

Adul Quan reapareció cuando el sol empezaba a esconderse bajo las colinas de detrás de la base. Simon se quedó junto a la pared-ventana

mirando cómo los gruesos rayos de sol bañaban las cimas cuando salió el último de los comandantes de nave. Frente a él las luces de las pistas de aterrizaje iban brillando cada vez más, como si fueran las farolas de alguna ciudad imaginaria pidiendo a los helicópteros que regresaran a casa a dormir. Hacia el sur, la corona de neón del Club de Cairns ya empezaba a alumbrar el cada vez más oscuro cielo. Abajo, en la orilla, los pubs, casinos y bares empezaban a abrir sus puertas; juegos trucados y rameras que dedicaban comerciales sonrisas a los reclutas.

A veces Simon envidiaba aquella existencia tan simple; pelearse, follar y perder el control, aunque fuera lo más opuesto a sus principios. Sin embargo, ellos no tenían que resistir la misma presión que él soportaba a diario. Por ese motivo había dado al asesino de Kuranda una prioridad mayor de la que quizá debería haberle dado. Una excusa para salir del despacho.

El último de los comandantes cerró la puerta al salir. —¿Tienes algún nombre? —preguntó Simon. —Me temo que no, señor —contestó Adul—. Es desconcertante.

—¿Tú crees? —Simon se sentó en su escritorio. Borró los gráficos y los mensajes de las ventanas holográficas y miró expectante al operario de inteligencia a través del cristal ya despejado—. Procede.

—Lo primero que he hecho ha sido registrar el arsenal. Los Cueros en reparación parecían la opción más evidente; nuestro hombre podría haber robado un brazo mientras en el registro informático constaba que el traje estaba en reparación. Ordené que cada uno de los técnicos me facilitara un informe en persona y todos juraron que los trajes que arreglaron estaban íntegros. Nada de brazos perdidos.

—¿Y si alguno de ellos fuera el asesino? —propuso Simon.

—Imposible. Como mucho podría pasar media hora sin que nadie echara un traje en falta, pero no daría tiempo a llegar a Kuranda. También revisé los registros de las cámaras de seguridad con mi SA. Todos están allí.

—De acuerdo. Continúa.

—La siguiente opción clara era que un recluta hubiera decidido escaparse durante un entrenamiento. No es complicado en campo abierto. Hoy había dieciocho pelotones entrenándose con Cueros. El campo de entrenamiento más cercano a Kuranda estaba a sesenta y cinco kilómetros. Todos los Cueros llegaron allí esta mañana y mi SA solicitó a cada jefe de

pelotón que pasara revista de inmediato en cuanto inicié las investigaciones esta tarde.

—¿No faltaba nadie?

—Nadie. Incluso he elaborado una lista de reclutas que no han acudido esta tarde al campo de entrenamiento. Tres estaban heridos, el hospital confirma dónde estaban. Dos tenían el traje estropeado y los enviaron de regreso a la base, arsenal confirma su localización.

—Interesante.

—Así que realicé un escáner aéreo. —Asintió con la cabeza a las ventanas holográficas. Su IND proyectó por él las imágenes archivadas.

Simon vio cómo se formaba la primera imagen ante él. La calle principal de Kuranda a vista de pájaro, reproducida con unos colores un tanto deslavados. Reconoció el tejado con el ojo abierto de *graffiti*. Eso le permitió averiguar con facilidad cuál era el edificio del bar. Un par de camionetas avanzaban por la carretera; unos pocos peatones desperdigados. Un cursor en forma de anillo blanco empezó a parpadear alrededor de uno de ellos.

—Éste es nuestro hombre —afirmó Adul—. Sólo Dios sabe qué aspecto tiene.

Simon ordenó una ampliación de la imagen y sonrió disfrutando del cariz que estaba tomando el asunto. Un oponente digno y todo eso. La calidad de la imagen dejaba mucho que desear; los pequeños satélites espía que Z-B utilizaba para mapear toda la superficie de la Tierra estaban fabricados para proporcionar solo una visión general. Estaban diseñados para realizar barridos en tiempo real y se podían programar para obtener imágenes de alta resolución. Pero en ese caso no les sobraría demasiada memoria; Simon no podía permitirse interpretar mal lo que estaba viendo.

—¡Que pedazo de sombrero!

—Sí, señor. Revisé los escaneos anteriores y lo seguí desde que se apeó del tren en la estación de Kuranda. En ningún momento se lo quita ni mira hacia arriba.

—¿Qué hay del hombre con el que se reunió?

—Lo mismo. —Apareció otra fotografía, cuya hora marcaba ocho minutos menos. Se trataba de una imagen en movimiento que mostraba un *jeep* con tracción a las cuatro ruedas deteniéndose frente a la puerta trasera del bar, de donde alguien salía y se montaba en él.

—Los tenderos deben hacer el agosto con esos sombreros —murmuró Simon. Se inclinó hacia delante, clavando la mirada en la imagen fija—. ¿No es uno de nuestros *jeeps*?

—Sí, señor —afirmó Adul con firmeza—. Es escáner aéreo cogió la matrícula: 5867ADL96. Según el inventario del parque de transportes, estuvo aquí aparcado toda la tarde. Incluso utilicé el escáner aéreo para ver cómo salía y regresaba a la base. Usó la puerta 12 en ambas ocasiones y tengo las horas exactas. No se ha apuntado nada en el registro de la puerta.

—¿Está protegido el e-alfa del registro de la puerta? —preguntó Simon con aspereza.

—No. Tampoco lo está el inventario del parque de transportes. Pero utiliza una encriptación de seguridad de nivel tres.

—Sí que son buenos. —Simon asintió con aprobación sin dejar de mirar el holograma—. Apuesto a que no puedes rastrear al asesino hasta ver cómo se sube al tren en Cairns ni cómo sale del terminal del funicular.

—Mi SA está trabajando en ello.

Simon dejó de prestar atención a la imagen y giró la silla para mirar de nuevo por la pared-ventana. Los magnificentes rayos de sol se habían escondido por completo tras las colinas, cuyas inhóspitas siluetas arañaban el cielo moribundo.

—Saben ocultarse del escáner aéreo y saben robar equipos de la base sin que se note. Eso significa que son o bien oficiales con códigos de acceso de alto nivel o reclutas veteranos que conocen el funcionamiento interno del sistema. La camarera dijo que le parecieron reclutas.

—No tiene sentido. ¿Por qué un par de reclutas iban a montar tanto jaleo por una cerveza? Todas las putas noches saltan las alambradas para bajar al Club.

—Buena pregunta. Sin duda pensaban que sí merecía la pena.

—¿Qué quieres que haga?

—Sigue investigando. Pero si el último rastreo no da los frutos esperados no sigas rompiéndote la cabeza. Ah, y sigue en contacto con nuestra querida capitana Finemore. Dudo que averigüe nada pero nunca se sabe, quizá existan los milagros.

—Así que se saldrán con la suya.

—Eso parece. Con lo que quiera que sea «la suya».

OceanofPDF.com

Capítulo 2

Había llovido sin parar durante toda la noche, de manera que por la mañana, cuando todo el mundo se dirigía hacia su trabajo, las pétreas calles de Memu Bay estaban muy resbaladizas. Poco después, cuando el sol tropical se alzó sobre el mar, el agua que cubría las deslavadas piedras empezó a evaporarse y la humedad ascendió hasta una altura molesta. Pero por la tarde el ambiente se había despejado y el aire había quedado muy limpio.

Denise Ebourn sacó a los niños para que disfrutaran de lo que quedaba del día. El edificio de la guardería era un espacio que daba la sensación de estar al aire libre; tenía un tejado de tejas rojas sostenido sobre unas altas columnas de ladrillo. Las espesas enredaderas trepaban por ellas, reptaban por el tejado y atascaban los canalones con sus diamantinas cascadas de flores púrpuras y escarlatas. No se estaba mal debajo del alero pero, al igual que sus pequeños lastres, Denise quería salir, por la libertad que ello implicaba.

Corretearon por el jardín amurallado, chillando y revolcándose, cargados de una extraordinaria vitalidad. Denise paseó entre los columpios y los toboganes para asegurarse de que no se cansaran demasiado y de que no se estuvieran exhortando los unos a los otros a hacer nada peligroso. Al comprobar que no estaban haciendo nada que no debiera hacer cualquier niño de cinco años apoyó los brazos sobre el muro, que le llegaba hasta el pecho, y dejó escapar un profundo suspiro sin dejar de mirar la pequeña ciudad.

La silueta de Memu Bay abarcaba un terreno aluvial en forma de media luna que había al final de una cordillera y conformaba un puerto natural perfectamente protegido. Las casas más caras que allí había se levantaban sobre las faldas de las herbosas pendientes; villas romanas y haciendas californiano-españolas con amplios escalones de jardines colgantes que se derramaban colina abajo. A veces los destellos del trémulo azul turquesa delataban la presencia de una piscina perdida entre las palizadas de altos álamos y ornamentadas columnas cubiertas de rosas que rodeaban las amplias terrazas. Sin embargo, la mayoría de la zona urbana se esparcía alrededor del pie de las montañas. Al igual que ocurría con todas las ciudades humanas recién fundadas, contaba con amplios bulevares bordeados de árboles que atravesaban el centro con limpieza y que daban lugar a una red de carreteras menores que llevaban al extrarradio. Tanto los bloques de apartamentos como los edificios comerciales estaban pintados del mismo blanco inmaculado, deslumbrante bajo la intensa luz del sol, con sus ventanas de cristales ahumados incrustadas como si fueran pequeñas puertas negras hacia el espacio. Los balcones rebosaban de plantas trepadoras. De los tejados planos brotaban paneles solares que semejaban el velamen de un barco y que rotaban con pesadez para cocerse bajo el abrasador sol; arrojaban largas sombras sobre las aletas de las rejillas de los disipadores de calor de los aparatos de aire acondicionado que se extendían horizontalmente debajo de ellos. Varios parques rompían el doloroso resplandor de la ciudad, con sus refrescantes oasis verdes entre la blancura; los lagos y manantiales resplandecían bajo el sol.

Denise siempre había pensado que la vegetación terrestre tenía un color muy peculiar, paradójicamente antinatural. Si miraba tierra adentro, podía ver el límite, apenas visible al pie de las grandes montañas que se elevaban en el horizonte. La hierba terrestre se había extendido hasta el borde de la zona esterilizada por la radiación gamma, más allá de donde había llegado la vegetación indígena de Thallspring, relegada al brumoso horizonte. Un color más intenso, un tranquilizador verde azulado; las plantas de allí fuera tenían hojas bulbosas y más pesadas y lustrosos tallos.

Denise había crecido en el interior, en la provincia de Arnoon, donde la colonización humana tuvo poco impacto sobre la vida nativa. Valles de colonizadores que escapaban de la civilización imperante, como ocurre en cualquier frontera humana. Vivían en plena naturaleza alienígena, donde la vegetación podía causar un grave daño a los imprudentes. La química

botánica de Thallspring no permitía que las plantas produjeran proteínas digestibles por humanos y animales terrestres. Sin embargo, en los bosques de las tierras altas de Arnoon crecía la telaraña llorona, cosechada por los colonos. Cuando se tejía apropiadamente formaba una sedosa tela impermeable muy valiosa para los ciudadanos. No era una actividad que proporcionara grandes beneficios pero les permitía mantener a flote su inconsistente comunidad. Era una gente pacífica cuyo estilo de vida había proporcionado a Denise una infancia feliz; se benefició de la rica educación que solo una especie extraterrestre puede proporcionar sin dejar de permanecer firmemente arraigada en la naturaleza de su propio mundo. Una vida más segura de lo que nunca llegó a saber debido a su nivel de conocimientos, cumpliendo sutilmente con los valores principales de su estilo de vida.

Su suerte duró hasta que llegaron los invasores.

Una oleada de risitas interrumpió su ensimismamiento. Algunos de los niños se habían apiñado alrededor de ella y le estaban pidiendo a Melanie que lo dijera ella. Siempre Melanie, la más valerosa, pero no necesitaba que le pidieran nada. Era una líder nata, no como su padre, el Alcalde, pensó Denise. La pequeña tiró a Denise de la falda, riendo con felicidad.

—Por favor, señorita —imploró—. Una historia. Cuéntanos una historia.

Denise se puso la mano en el pecho fingiendo sorpresa.

—¿Una historia?

—¡Sí, sí! —gritaron los demás al unísono.

—Por favor —gimió Melanie, cuyo rostro temblaba sin poder contener la decepción ni la amenaza del llanto inminente.

—De acuerdo, está bien. —Acarició la cabeza de Melanie mientras los demás gritaban de puro regocijo. Era en momentos como aquel, cuando las sonrisas de los pequeños y su adulación llovían sobre ella, cuando pensaba que en el fondo todo merecía la pena.

Al principio la señora Potchansky había dudado si recogerla o no en la escuela. Tan joven, apenas veinte años, y ya en el interior. Todos sus certificados estaban en orden pero... la señora Potchansky tenía unas muy particulares y anticuadas ideas sobre el decoro y la *forma debida* de hacer las cosas, ideas de las que probablemente nunca se había oído hablar en la provincia de Arnoon. No sin cierto recelo, había accedido a que Denise

estuviera allí durante un periodo de prueba; después de todo, mucha gente importante enviaba a sus hijos a la guardería.

De aquello hacía ya un año. Durante ese tiempo Denise incluso había llegado a recibir una invitación de la señora Potchansky a comer un domingo en su casa con su familia. La aceptación social no llegaba mucho más allá en Memu Bay.

Denise se sentó en uno de los columpios de madera y se agarró a las cadenas mientras se quitaba las sandalias. Los niños se sentaron ante ella sobre la hierba, inquietos y expectantes.

—Voy a contaros la historia de Mozark y Endoliyn, que vivieron hace mucho tiempo, en la época primera de la galaxia.

—¿Antes de que el corazón negro empezara a latir? —preguntó con urgencia uno de los niños.

—Más o menos en los tiempos en que empezó a latir —respondió Denise. Les había hablado en muchas ocasiones a los niños sobre el corazón negro de la galaxia y sobre cómo devoraba las estrellas sin importarle lo que el Imperio del Anillo hiciera para detenerlo, haciéndolos chillar y boquear de miedo—. Esto ocurrió cuando el Imperio del Anillo gozaba de todo su poder; lo conformaban millares de reinos independientes, unidos todos ellos en paz y armonía. La gente vivía en las estrellas que rodeaban el núcleo de la galaxia, trillones y trillones de ellas, felices y alegres. Disponían de máquinas que les proporcionaban todo lo que necesitaban y muchos vivían durante miles de años. Era una época maravillosa para estar vivo y Mozark era más afortunado que los demás porque había nacido príncipe de uno de los reinos más importantes.

Jedzella levantó la mano de repente, agitando los dedos con frenesí.

—¿Era gente como nosotros?

—Su cuerpo era distinto —dijo Denise—. Algunas de las razas que vivían en el Imperio tenían brazos y piernas parecidos a nuestras extremidades, algunas tenían alas, otras cuatro piernas, o seis, o incluso diez, otras tenían tentáculos, otras eran peces y otras eran tan grandes y espeluznantes que si vosotros o yo las viéramos saldríamos corriendo. ¿Pero cómo debemos juzgar a la gente?

—Por lo que dicen y hacen, —gritaron los niños con alegría—, nunca por su apariencia.

—Correcto. Pero Mozark era de una raza que se parecía un poco a nosotros. Tenía cuatro brazos y ojos por toda su cabeza, de manera que podía mirar en todas direcciones al mismo tiempo. Su piel era de color verde brillante y más gruesa que la nuestra, como el cuero. Era más pequeño. Aparte de todo eso, su forma de pensar era igual que la nuestra, fue a la escuela de pequeño y le gustaba jugar. Era bueno y tenía todas las cualidades que se le podían pedir a un príncipe, como amabilidad, sabiduría y consideración. Todos los habitantes del reino pensaban que eran muy afortunados porque tenían un príncipe que sin duda llegaría a ser un gran gobernante. Cuando se hizo mayor conoció a Endoliyn, que era la chica más hermosa que había visto en toda su vida. Se enamoró de ella el día en que la conoció.

Los niños suspiraron y sonrieron.

—¿Era una princesa?

—¿Era pobre?

—¿Se casaron?

—No —respondió Denise—. No era una princesa pero sí un miembro de lo que nosotros entendemos por nobleza. Mozark le pidió que se casara con él. Y aquí es donde empieza la historia. Porque cuando se lo pidió ella no le contestó ni que sí ni que no, sino que le respondió con otra pregunta. Endoliyn quería saber qué pensaba hacer Mozark con el reino cuando lo nombraran rey. Ya veis, a pesar de que Endoliyn ya gozaba de una vida acomodada, de que era muy rica y de que tenía muchos amigos, solo le preocupaba cómo llenaría su vida y cómo la viviría. A esto Mozark le respondió que gobernaría lo mejor que pudiera, que sería justo, que escucharía las necesidades de sus súbditos y que haría cuanto estuviera en su mano para no decepcionarlos. Lo cual era una respuesta muy sensata. Pero Endoliyn quería más; miró todo cuanto había en el reino, sus fabulosos tesoros e increíble cultura y se entristeció.

—¿Por qué? —preguntaron los niños sorprendidos.

—Porque todos los habitantes del reino veían y hacían las mismas cosas y se conformaban con su rutina. El reino nunca ofrecía nada nuevo. Cuando ya te lo conoces todo y tienes todo lo que quieres, entonces nada te interesa. Eso era lo que la entristecía. Le dijo a Mozark que quería un rey fuerte y atrevido que abriera nuevos caminos a su pueblo. Nada de limitarse a lo ya establecido y satisfacer a todo el mundo todo el tiempo,

porque en realidad nadie puede hacer eso, sino que al final terminas decepcionando a todos. Por lo tanto Endoliyn solo amaría y se casaría con alguien a quien le gustaran los desafíos.

—Que grosera —exclamó Melanie—. Si un príncipe me pidiera que me casara con él, aceptaría.

—¿Qué príncipe? —preguntó Edmund con desdén.

—Cualquiera. Lo que significa que cuando de mayor sea princesa tendrás que besar el suelo que yo pise.

—¡Ya te gustaría!

Denise dio unas palmadas para recuperar su atención.

—No era así como se comportaban los príncipes y las princesas de este reino. No era un reino medieval de la Tierra, con barones y siervos. La nobleza del Imperio del Anillo se ganó su debido respeto.

Edmund se puso derecho.

—Pero...

—¿Qué pasó con Mozark? —preguntó Jedzella con voz lastimera—. ¿Se casó con Endoliyn?

—Bueno, se desilusionó un poco cuando no le dijo que sí la primera vez. Pero como era sabio y fuerte decidió aceptar el desafío de la princesa. Encontraría algo que trajera la emoción a su vida, algo a lo que pudiera dedicar su vida y que beneficiara a todos los habitantes del reino. Ordenó que construyeran una gigantesca nave espacial para que él pudiera viajar por todo el Imperio del Anillo y descubrir todos sus tesoros, con la esperanza de que alguno de ellos ofreciera algo que permitiera que la gente cambiara su vida. Todo el pueblo se asombró al ver la nave y conocer su misión, pues incluso en aquellos días poca gente se embarcaba en semejantes aventuras. Después seleccionó a la tripulación; escogió a los nobles más atrevidos y valientes y se despidió de Endoliyn. Lanzaron la increíble nave hacia un cielo que nosotros nunca veremos. Nunca quedaba oscurecido por la noche pues por un lado estaba el núcleo con sus millones de estrellas gigantes brillando con gran intensidad y por el otro estaba el anillo en sí, su estrecha banda de luz dorada que iba de un horizonte a otro. Recorrieron cientos de años luz entre todas aquellas estrellas, siempre hacia delante, hasta que llegaron a un punto del Imperio del Anillo donde pensaban que su reino solo existía en las fábulas. Allí fue donde encontraron la primera maravilla.

—¿Cuál? —chilló uno de los niños. Los demás lo hicieron callar enseguida.

—Hacía siglos que habían olvidado el verdadero nombre del planeta. Así que solo lo llamaban La Ciudad. Para Mozark era un lugar tan mítico como lo era su reino para los habitantes del mismo. Los pobladores de aquel planeta se dedicaban a construir los edificios más hermosos que se podían levantar. Todos vivían en palacios rodeados de parques, lagos y ríos y los edificios comunes eran tan majestuosos como las propias montañas. Por eso era por lo que lo llamaban La Ciudad, porque todos los edificios eran tan enormes y magníficos y contaban con tantos acres de terreno que entre todos habían llegado a abarcar toda la superficie del planeta, de manera que desde los desiertos hasta los casquetes polares todo estaba cubierto de construcciones. Diréis que es muy fácil porque en el Imperio del Anillo había máquinas que podían construir de todo. Pero los moradores de La Ciudad no querían construir sus casas con máquinas, sino que pensaban que cada uno debía construir su propio hogar, creían que no podrían apreciar su valor a menos que los levantaran con sus propias manos.

»Entonces Mozark y su tripulación aterrizaron allí y pasearon entre aquellas fantásticas construcciones. Aunque las razas que habitaban La Ciudad eran distintas, supieron apreciar el esplendor de lo que estaban viendo. Había torres con aspecto de catedral hundiéndose kilómetros cielo adentro. Tubos de cristal que subían en espiral por las montañas, donde crecía toda suerte de plantas, que se podían encontrar también en cualquier hábitat del planeta. Unos eran sencillos edificios austeros mientras que otros estaban muy ornamentados y exhibían una exquisita arquitectura pero en todos los casos estaban integrados a la perfección con el paisaje donde habían sido levantados. Miraran adonde miraran, eran testigos de las más sobrecogedoras maravillas visuales. Como le impresionó mucho lo que allí vio, Mozark decidió quedarse varias semanas. Pensó que aquello era el logro más grande que una raza podía perseguir, puesto que hasta el último de los ciudadanos vivía rodeado de lujo y belleza. Pero al final reunió a la tripulación y les dijo que a pesar de toda su magnificencia, La Ciudad no pasaría a formar parte del reino. Así que decidieron irse y reemprender el viaje por el núcleo.

—¿Por qué? —preguntaron los niños.

—En primer lugar porque La Ciudad ya estaba construida —explicó Denise—. Y segundo porque transcurrido un tiempo, Mozark empezó a

darse cuenta de la locura que era todo aquello. Lo único que hacían los habitantes de La Ciudad era cuidar de sus edificios. Algunas familias llevaban veinte y hasta treinta generaciones viviendo en el mismo sitio. Formaban parte del núcleo, la esencia que los convertía en lo que eran, pero nunca lo cambiaron. El verdadero interés de La Ciudad era el que veían los visitantes, las distintas especies procedentes de todos los rincones del Imperio del Anillo que acudían en multitud para disfrutar de su complejidad y discutir sobre su significado. Mozark sabía que la gente podría animarse a construir casas gigantescas y hermosas, pero después acabarían haciendo siempre lo mismo. La Ciudad era tan imponente como decadente. Celebraba el pasado pero no el futuro. Era justo eso de lo que Endoliyn anhelaba escapar. A Mozark no le quedaba otra opción que continuar la aventura.

—¿Adónde fue?

—¿Qué pasó después?

Denise consultó su reloj antiguo. Un reloj de hombre, demasiado abultado para su estrecha muñeca; su abuelo acababa de ajustar el mecanismo de cuarzo para sincronizarlo con el día de veinticinco horas y media de Thallspring.

—Tendréis que esperar hasta mañana para escuchar la segunda parte —sentenció.

Un estridente caos de gemidos y quejidos siguieron al terrible anuncio.

—Si ya lo sabíais —replicó Denise, haciéndose la sorprendida—. El Imperio del Anillo es vasto; Mozark vivió montones y montones de aventuras durante su periplo por todo él. Me llevaría semanas contároslas todas. Y ahora meted todos los juegos y juguetes en los cubos antes de marcharos. En sus cubos correspondientes, ¿eh?

Aplacados por la promesa de que al día siguiente recibirían otra dosis de fábulas del Imperio del Anillo, regresaron a la hierba para recoger los juguetes espurreados.

—Mira que tienes imaginación, hijita.

Cuando Denise se dio media vuelta se encontró con la señora Potchansky, que estaba de pie, a un par de metros, mirándola un tanto preocupada.

—Imperios de Anillos y principitos verdes aventureros, no está mal. ¿Por qué no instruirlos en los clásicos, como Pratchett o Tolkien?

—No creo que hoy en día interesen a nadie.

—Es una pena. Puede que sean arcaicas, pero siguen siendo historias increíbles. Uno de mis preferidos era el viejo Bilbo Bolsón. Hasta tengo una edición de tapa dura de *El Hobbit*, impresa en la Tierra en conmemoración del bicentenario de Tolkien.

Denise vaciló.

—Las historias que yo invento tienen moraleja.

—Ya me he dado cuenta. Aunque creo que soy la única que la ha cogido. Eres de lo más sutil, hijita.

Denise sonrió.

—¿Es un cumplido?

Más bien un simple comentario.

—¿Quieres que deje de contarles los cuentos del Imperio del Anillo?

—Cielos, no. —La sorpresa de la señora Potchansky no era fingida—. Vamos, Denise, sabes que los niños te adoran. No tienes por qué esperar que yo te elogie. Solo me preocupa que te conviertas en profesional y que relegues tu colorida fantasía a los medios. ¿Quién te sustituiría entonces?

Denise acarició el brazo de la anciana.

—No pienso dejarte. Amo este lugar. Nada podrá cambiar nunca en Memu Bay —dijo sin querer.

La señora Potchansky miró al cristalino cielo turquesa; las arrugas que enmarcaban sus ojos le dieron un aire de amargo resentimiento que no encajaba en absoluto con su aura de elegancia.

—Lo siento —se disculpó Denise de inmediato. La señora Potchansky había perdido a su hijo durante la última invasión. Aparte de la fecha, conocía pocos detalles.

—No te preocupes, hijita. Solo pienso en cómo vivimos ahora. El estilo de vida de aquí no está mal, casi diría que es el mejor de todos los mundos colonizados. Es nuestra pequeña venganza. No pueden destruir nuestra naturaleza, nos necesitan tal y como somos. Creo que me gusta esa ironía.

En momentos como aquel, Denise deseaba soltárselo todo a aquella preciosa y dulce anciana, toda la rabia y todos los sueños que ella y los demás habían traído consigo a Memu Bay. Sin embargo se limitó a abrazar con fuerza a la señora Potchansky.

—No nos dejaremos pisotear, nunca, te lo prometo.

La señora Potchansky le dio unas palmaditas en la espalda a Denise.

—Gracias, hijita. No sabes cuánto me alegro de que dieras con esta escuela.

Como de costumbre, a algunos de los niños los pasaron a recoger tarde. El viejo señor Anders, recogiendo a su nieto. Francine Hazledyne, la hija de quince años del Alcalde, pasando a buscar a su hermanita, riendo las dos al encontrarse. Peter Crowther llamando por urgentes señas a su callado hijo para que corriera hacia la limusina. Denise se ocupó de todos cuando regresó al aula. A cada uno le dio una gran pantalla electrónica para que garabateasen mientras esperaban.

Después de que se marchara el último niño, Denise se quedó durante un cuarto de hora más para prepararlo todo para el día siguiente. Borró los dibujos psicodélicos de las pantallas, colocó los juegos y juguetes en sus cubos correspondientes, ordenó las sillas y ahuecó el ajado colchón de gelespuma. Antes de que terminara de llenar el lavavajillas con todos los tazones y cubertería entró la señora Potchansky y le dijo que bajara a la ciudad. Hacía un día espléndido y debería salir y divertirse. La anciana todavía no le había preguntado si se había echado novio pero no tardaría mucho. Se lo solía preguntar más o menos cada tres semanas, cuestión que solía acompañar con comentarios sobre dónde podría encontrar muchachos decentes. Denise odiaba el apuro que suponía para ella cambiar de tema. A veces sentía que estaba hablando con su propia madre.

La escuela estaba a unos dos kilómetros de la costa, de modo que bajar hasta el puerto solo era un paseo para ella. Cuando llovía cogía alguno de los tranvías que pasaban por los bulevares principales, pero aquel día el sol no quería descolgarse del límpido cielo. Caminó con ligereza por la acera, cuidándose de no salirse de la sombra que proporcionaban los amplios toldos de las tiendas; llevaba un vestido ligero y a las cuatro y media de la tarde el sol todavía caía con la suficiente fuerza para verse obligada a evitarlo. Ya se sabía el camino de memoria, a lo largo de todo el cual no dejó de saludar a la gente con la cabeza. Qué diferencia con los primeros días en la ciudad, cuando se sobresaltaba cada vez que oía chirriar los frenos de un coche y le entraba claustrofobia cuando se veía rodeada por más de cinco personas. Tardó quince días en empezar a sentirse cómoda al

entrar en uno de los muchos cafés de Memu Bay y tomarse algo con los amigos.

Incluso ahora no estaba acostumbrada del todo a las tríadas que veía por la calle, aunque se esforzaba en no mirar. Memu Bay se enorgullecía de su tradición liberal, que se remontaba a los días de su fundación, en 2160. Los fundadores de la ciudad, tras dejar una Tierra que consideraban despojada de las libertades individuales, estaban decididos a luchar por una atmósfera más relajada e iluminada en su nuevo mundo. Las comunas, junto con las iniciativas industriales cooperativas, florecieron durante las primeras etapas. La realidad fue erosionando poco a poco aquel bienintencionado radicalismo; los dormitorios colectivos se convirtieron paulatinamente en elegantes apartamentos individuales, se lanzaron acciones al mercado y se comercializaron para extraer capital para abrir más fábricas. Uno de los restos más importantes de toda aquella experimentación social fueron los trimatrimonios, cuya popularidad sobrevivió hasta mucho después de que muchos otros movimientos *hippies* se disiparan. Aunque fueron perdiendo la relevancia que tuvieron en un principio. El liberalismo de moda y las noches de juveniles tríos calenturientos se fueron deteriorando y marchitando con la llegada de la madurez, inevitablemente acompañada de carreras hasta la escuela, pagos hipotecarios y riñas domésticas a tres voces. Los divorcios de los trimatrimonios eran mucho más amargos; los hijos, que quedaban marcados, siempre acababan jurando que ellos jamás cometerían el mismo error. Lo cierto era que menos de la cuarta parte de los matrimonios registrados en el ayuntamiento eran trimatrimonios, la mayoría de los cuales eran del tipo un hombre y dos mujeres. El porcentaje de trimatrimonios gays y lésbicos era mucho menor todavía.

El tráfico automovilístico se fue aliviando cuando Denise llegó al distrito de Livingstone, que quedaba detrás del puerto; aquí las calles eran más estrechas y estaban saturadas de bicicletas y escúteres. Era la principal zona comercial de la ciudad; las estrafalarias tiendas pequeñas se mezclaban con los clubes, los bares y los hoteles. Los urbanistas habían remodelado las calles para crear una atmósfera de antigua ciudad mediterránea y habían conseguido que los turistas acudieran en tropel. Las ventanas pequeñas y los balcones estrechos daban a las plazas tomadas por las mesas de los cafés, a las que los limoneros y naranjos prestaban su sombra. Al principio Denise se sentía un poco perdida entre aquellas calles y pensaban que las habían hecho adrede lo más intrincadas posible. Ahora se movía con la

soltura de cualquier lugareño. El puerto estaba lleno de yates y embarcaciones de ocio.

Siguiendo la orilla se veían motos acuáticas y windsurfistas desperdigados por el agua, dando vueltas unos alrededor de otros y dedicándose gestos obscenos. Los barcos de pasajeros traían de vuelta a casa a los nadadores y buzos que habían pasado el día sumergidos explorando los arrecifes y la vida marina. Sobre el horizonte se podían distinguir varias islas del archipiélago, con sus pequeños conos de coral repujados por una maraña de exuberante vegetación terrestre. Parecían oníricas islas paradisíacas perdidas en un océano alienígena. De hecho, la radiación gamma había dañado tanto el coral que ahora este permanecía tres metros por debajo de la superficie. Los equipos civiles de ingeniería habían cubierto las islas con hormigón para impedir que acabaran desmenuzándose. La arena se dragó de las lagunas de los alrededores para formar las playas de exquisito color blanco y las plantas desalinizadoras regaban la vegetación por medio de una red de riego subterránea. Todo se hacía para conservar el turismo. El coral vivo de las profundidades era lo bastante espectacular para seguir atrayendo millares de visitantes cada año, mientras que el puerto satisfacía los caprichos de los entusiastas de los deportes acuáticos. Las actividades físicas, junto con la reputación que Memu Bay tenía de ofrecer un placentero estilo de vida, convertían a la ciudad en un irresistible cebo para los jóvenes de Thallspring, que deseaban divertirse lejos de la capital y de otras ciudades más sobrias.

El Boya Vieja estaba en medio del puerto; era una conocida taberna donde solían ir los turistas que regresaban a sus chalets y hoteles. No se caracterizaba por ser el lugar más elegante ni tampoco el más caro pero era el punto de encuentro perfecto para que los monitores de navegación y buceo se reunieran al atardecer, lo que le daba un gran prestigio. Los turistas se sentaban bajo los techos de paja de la calle y se quedaban mirando cómo se ocultaba el sol tras el monte Vanga mientras bebían cócteles de nombres provocativos servidos en helados vasos de tubo.

Denise se puso las gafas sobre la frente cuando entró. Varios muchachos se quedaron mirando cómo caminaba hasta el otro extremo y la sonreían con la esperanza de que se uniera a ellos. Denise ignoró todas las peticiones que le hicieron hasta que llegó al rincón más apartado del local, donde sabía que estarían sus amigos. El mercado nocturno de la carne acababa de abrir sus puertas. Todos los turistas andaban por ahí en traje de baño o

llevaban camisetas de dimensiones imposibles y se entrecruzaban miradas cargadas de deseo y curiosidad. La mitad llevaba pulseras de Actos Sexuales Preferidos. Unos llevaban parpadeantes y dorados amuletos aztecas o bandas que simulaban ser de alta tecnología que tenían incrustados LEDs intermitentes mientras que otros lucían sencillas bandas negras o simples mensajes programados en sus relojes. Cuando alguien con el mismo ASP entraba en un radio de diez metros la pulsera empezaba a vibrar con discreción, momento en que ambos interesados entablarían conversación tras revisar con avidez el mensaje del *display*.

Denise se dio cuenta de que algunos de los muchachos que llevaban pulsera revisaron sus gráficos direccionales por si acaso apuntaban hacia donde ella estaba. No le sorprendió que los que llevaban las pulseras más llamativas dijeran aquello de «el mar está lleno de peces».

A Denise no le molestaban del todo los tipos que solo buscaban un polvo rápido aunque no fuera lo que ella quería. Lo que le molestaba era la frialdad del ASP Eliminaba cualquier componente humano de lo que debería ser el proceso más tierno de una relación, el ir conociendo poco a poco a la otra persona.

Raymond Jang y Josep Raichura estaban sentados en sus taburetes de siempre. También como de costumbre estaban acompañados por un par de chicas; jóvenes e impresionables, en traje de baño y sarong. Ni a Ray ni a Josep les hacían falta las pulseras ASP. Esta parte de la misión les había caído del cielo Lo primero que hicieron al llegar a Memu Bay fue registrarse como monitores de buceo en una de las compañías de ocio más importantes, de forma que a diario conocían montones de jovencitas de entre quince y veinte años. Todos los monitores de buceo estaban en muy buena forma pero ahora Ray y Josep tenían cuerpos perfectamente mesomorfos y bronceados con un reluciente moreno Denise tuvo que esforzarse para recordar a aquellos dos botarates con los que creció en Arnoon, uno desgarbado y otro receloso a cruzar la puerta de su casa Ahora esos memos eran una especie de *gigolós*, a lo cual le sacaban el máximo partido. Mejor para ellos, y peor para Denise, porque solían entablar conversación con cualquier chica como quien no quería la cosa. Era decisivo para la siguiente fase del plan.

Se lo estaban pasando tan bien los cuatro que Denise casi se sintió culpable por interrumpirlos. Se aclaró la garganta para que le prestaran atención. Las dos chicas la miraron de arriba abajo con ojos hostiles,

ponderando hasta qué punto la intrusa representaba competencia. Decidieron que no había peligro, Denise tenía más o menos la misma edad que sus presas y, dada la esbeltez de su cuerpo, bien podría ser una monitora de buceo más, además su mirada impaciente la convertía sin redención en una persona que no sabía disfrutar de la vida.

—¿Sí? —dijo una de las chicas con cierto tono de burla—. ¿Éramos amigas en una vida anterior?

A Denise no se le ocurrió ninguna salida. Aquella chica tenía los pechos tan voluptuosos que por primera vez Denise se hizo una idea de por qué los hombres tenían aquel instinto que a ella tanto le exasperaba; no podía dejar de mirarle el escote. Sin duda era demasiado joven para someterse a un aumento de vescritura.

—Hola, Denise. —Ray se levantó y le dio un recatado beso en la mejilla —. Chicas, esta es nuestra compañera de piso, Denise.

—Ah, hola —dijeron con desprecio después de mirarse la una a la otra.

—Necesitamos hablar un momento con Denise —dijo Josep. Le dio a su chica una palmadita en el culo—. No tardaremos ni un minuto y después veremos a dónde podemos ir a cenar.

La chica lamió la sal del borde de su copa de margarita.

—Estaría bien. —Salió acompañada de su amiga, intercambiando con ella sensuales susurros y sin dejar de volverse y lanzar miradas coquetas a los chicos.

—Trabajando duro, ¿eh? —dijo Denise. Cada vez que los veía hablando con chicas nuevas se decía a sí misma que no le molestaba, aunque en realidad siempre se tragaba su desaprobación.

—Sólo obedecemos órdenes —dijo Ray sonriendo.

Denise respiró hondo y se sentó en uno de los taburetes vacíos. No había nadie cerca de ellos. Una tranquila melodía de guitarra sonaba a través del sistema de sonido de la taberna. No era que la policía de Memu Bay los estuviera controlando ni que supiera de ellos, pero las precauciones básicas que tomaran ahora les ahorrarían muchos problemas más adelante.

—Hoy estamos limpios —dijo Denise en voz baja—. El Principal no ha detectado ningún tipo de señal encriptada en la red de comunicación espacial.

—Vendrán —dijo Josep.

Hablaba en tono comprensivo, como solía hacer antes. Debía de haber notado lo preocupada que estaba, siempre había sido el más empático. Denise le sonrió con levedad a modo de agradecimiento. La cara de Josep era ancha, de pómulos prominentes y hermosos ojos castaños. Tenía su espesa melena rubia echada hacia atrás y sujeta con una delgada banda de cuero, que debía de ser un regalo de algún antiguo ligue. Por su parte, Raymond tenía facciones redondeadas, nariz estrecha y llevaba el pelo corto. Aparte de eso... Denise miró a uno y a otro. Raymond solo llevaba unos viejos *shorts* verdes y Josep llevaba su camisa vaquera toda desabrochada. Sus cuerpos eran idénticos. Se preguntaba si las chicas que compartían en la cama hablarían de ello.

—Lo sé. —Volvió a la realidad—. ¿Algo nuevo por vuestra parte?

—En realidad sí —respondió Ray. Señaló a las chicas—. Sally vive en Durrell, estudia en la universidad, geología.

—Bien, puede valer.

—Y creemos que hay un posible contacto que habría que verificar —dijo Josep—. Se llama Gerard Parry. Ha empezado hoy en el curso de seis días de submarinismo profesional. Estuvimos charlando. Comentó que es de aquí, trabaja en Teterton Synthetics, un pesebre de distribución.

Las células neurales descritas del cerebro de Denise la vincularon con la perla de anillo que llevaba en el dedo índice. Su programa principal elaboró un breve informe de Teterton; el mensaje azul marino que apareció ante ella indicaba que se trataba de una pequeña empresa de procesamiento químico que suministraba vitaminas especiales y complejos proteínicos a los fabricantes locales de alimentos.

—¿Te pareció compasivo?

—Tendrás que decidirlo tú misma. Pero tener un contacto allí podría sernos de gran utilidad. Todavía tenemos que conseguir algunos compuestos.

—De acuerdo, suena bien. ¿Cómo me pongo en contacto con él?

—Le prometimos una cita a ciegas. Esta noche.

—Oh, Dios —bufó Denise. Apenas le daría tiempo a ir a casa y cambiarse.

—Es un tipo muy agradable —aseguró Josep—. Me gusta. Sensible, afectuoso... toda esa mierda que tanto gusta a las tías.

—Mientras no sea como tú —le espetó Denise.

—¡Ay! —gimió sonriendo—. Mira, ahora lo vas a saber. Está entrando.

—¡¿Cómo?!

Ray se levantó y le hizo una señal con la mano. Denise se giró para ver acercarse al hombre. Treinta y tantos, sobrepeso, calvicie inminente. Sonrisa comedida de soltero profesional, desesperado por ocultar lo desesperado que estaba. En la muñeca derecha llevaba una ancha pulsera ASP de cristal tintado. Varias de las chicas que había en la taberna revisaron sus *displays* direccionales y acto seguido miraron a otro lado.

Denise se levantó para saludarle clavándole el talón derecho en un pie a Josep.

Aquella noche Denise no regresó a casa hasta bien pasadas las once. Para entonces la ira inicial ya se había convertido en pura indiferencia ante la vida. Solo quería acostarse y olvidar toda la velada.

A pesar de su aspecto, Gerard Parry no era un mal hombre. Tenía buena conversación, al menos acerca de los asuntos locales, y, hasta cierto punto, estaba dispuesto a escuchar. Incluso contó algunos chistes, si bien carecía de la soltura para dejarlos caer como era debido. Denise se lo imaginó anotándolos según los iban contando sus compañeros en la oficina.

Comenzaron tomándose un par de copas en compañía de Ray y Josep, para evidente fastidio de las dos chicas. Entonces alguien mencionó la cena y Josep se las ingenió para dividir el grupo. Gerard la llevó a un restaurante bastante decente, donde Denise empezó a preguntarle sobre sus inclinaciones políticas. Ahí fue cuando todo se estropeó.

Denise no estaba segura de hasta qué punto era culpable de tales catástrofes personales. Era extraño, teniendo en cuenta que casi siempre se granjeaba la amistad de los miembros potenciales que no eran ni solteros ni hombres. Le formuló a Gerard las preguntas que necesitaba hacerle e intentó plantearle otras también, para simular que se interesaba por su vida personal. Pero Gerard no tardó en darse cuenta de que a Denise no le interesaba establecer una relación seria, ni siquiera mantener un romance apasionado. Tarde o temprano todos los hombres llegaban a la misma conclusión. Al final de aquel tipo de veladas siempre le acababan diciendo

que era demasiado intensa o un poco fría o muy distante... en dos ocasiones la acusaron con desprecio de ser lesbiana.

Nunca le importó el hecho de no conectar. Lo que odiaba era que nunca podía decirles por qué. Aquello a lo que se había entregado y que estaba por encima de ellos y de ella. La razón que justificaba su comportamiento. Pero nunca la conocerían. Para todos ellos Denise solo era una noche desperdiciada.

Gerard Parry se emborrachó demasiado pronto teniendo en cuenta su tamaño. Su conversación derivó en un amargo monólogo basado en un grueso repertorio de quejas de cómo se sentía ignorado porque las chicas nunca miraban más allá de su físico y en cuestiones retóricas acerca de lo que ella y el resto de la comunidad femenina esperaban de un tío. Perdido entre sus propias divagaciones, acabó tirando media copa de vino tinto sobre la mesa, donde se formó un riachuelo rojizo que desembocó en la falda de Denise. Esta se levantó y salió sin mirar atrás. El jefe del comedor llamó a un taxi para ella.

Se sentó en el asiento trasero del vehículo pilotado por SA y reprimió el llanto mientras la bulliciosa ciudad iba quedando atrás. La fuerza interior era algo que nunca se podría instalar, al contrario que su habilidad física. Tendría que obtenerla por méritos propios.

El programa principal que llevaba en la perla había grabado las emisiones encriptadas de la pulsera ASP de Gerard, la cual, por otro lado, era una grave falta de etiqueta; se suponía que las ASPs se podían intercambiar. Se sintió aliviada al revisar los datos y desenmascarar al cerdo que en realidad era Gerard. Sintió que dejarle abandonado con su autocompasión y su vino estaba más que justificado.

El chalet que compartía con Ray y Josep estaba en una remilgada urbanización emplazada a lo largo del estuario del Nium, alejada del centro de la ciudad. Implicaba un diario viaje matutino de veinte minutos en tranvía para ir a trabajar, pero el alquiler era relativamente barato. Por las noches para refrescarse bastaba con abrir los ventanales arqueados y dejar entrar la brisa que soplaba del estuario.

Los jardines asomaban por los muros de la entrada, conformando una masa de flores escarlatas que desprendían un dulce olor.

En cuanto Denise entró por la puerta dejó caer su pequeño bolso sobre la mesa del recibidor. Apoyó la espalda contra el yeso fresco, arqueó la

columna y respiró hondo. Vaya mierda de día.

Las luces del salón estaban encendidas a poca intensidad. Cuando se asomó vio a una de las chicas del Boya Vieja despatarrada boca abajo en el sofá, roncando con la irregularidad característica del coma etílico. En el dormitorio de Josep se escuchaban voces y risitas acolchadas entremezcladas con unos familiares sonidos rítmicos. Josep, Ray y la chica neumática poniendo a prueba juntos las costuras del colchón de gelespuma.

Sabía que en cuanto entrara en su habitación y cerrara la puerta el alboroto se acabaría. La experiencia le había enseñado que la insonorización era lo bastante buena para obtener un silencio absoluto y poder dormir plácidamente. Cuando se miró la falda pensó que debía aplicarle un *spray* enseguida para eliminar la mancha de vino. Al meterla en la cabina de lavado y programar el ciclo, se acordó del montón de ropa limpia que había echado apresurada por la mañana en el cesto de la colada, incluido el resto de su ropa de trabajo. Su intención era haber solucionado ese asunto por la tarde, cuando regresó de la guardería. Así que allí estaba ella, a las doce y cuarto de la noche, extenuada y con la moral por los suelos, en medio de la cocina, envuelta en la toalla de la ducha planchando la blusa que se pondría al día siguiente mientras los estridentes alaridos orgásmicos de los demás resonaban por todo el pasillo.

Si existía aquello del karma, en algún lugar de aquel universo alguien iba a tener que sufrir de lo lindo para compensarla.

OceanofPDF.com

Capítulo 3

Lawrence Newton no vio ni una sola nube hasta que cumplió doce años. Hasta entonces, los cielos del tiempo de luz de Amethi habían exhibido un impoluto azur de horizonte a horizonte. Cuando la órbita del planeta alrededor de su gigante de gas primario, Nizana, llegó a la fase de oscuridad y aparecieron las estrellas, éstas empezaron a arder con una constancia extraordinaria en cualquier atmósfera, de tan límpido que era el aire glacial. Y el joven Lawrence, que vivía en Templeton, la capital, en el hemisferio que se ocultaba permanentemente de Nizana, nunca se imaginó que fuese posible que en el exterior ocurrieran cosas emocionantes. En lo que al paisaje y al medioambiente se refería, Amethi resultaba de lo más aburrido. Nada se agitaba en los cielos, nada crecía en la gélida tundra.

Para la McArthur Corporation, cuya nave de exploración, la *Renfrew*, descubrió el planeta en 2098, tales condiciones eran óptimas. A finales del siglo XXI, con las grandes compañías y los consorcios financieros fundando decenas de colonias, la expansión interestelar se encontraba en su apogeo. Se abordaban y colonizaban todos los planetas cuya atmósfera estuviera compuesta de oxígeno y nitrógeno. Pero aquellas incursiones eran costosas, las biosferas alienígenas que ofrecían aquella valiosa mezcla de gases respirables eran inevitablemente hostiles y venenosas para los organismos terrestres... algunas causaban la muerte en el acto. Establecer asentamientos humanos bajo tales condiciones era costoso en extremo. No así en Amethi.

Cuando la *Renfrew* entró en la órbita de Nizana, el equipo de astrónomos comprobó que la luna más grande estaba isostática. Un asesino de

dinosaurios había impactado en el planeta cien mil años atrás; un asteroide perdido lo bastante grande para poner fin a la actividad climática normal. El sobresaltado director de espectrografía, James Barclay, examinó la imagen del primer análisis de la anormal masa blanca, que se extendía de polo a polo por el hemisferio cuyas mareas estaban sometidas a la influencia de Nizana, y dijo: «Joder, eso sí que es un cubito de hielo». Bautizaron al coloso helado con su nombre.

Pese a que técnicamente era una luna, la evolución de Amethi había transcurrido con normalidad para ser un planeta tan grande. Empezó como todos, con una inhóspita atmósfera que empezó a variar poco a poco, a medida que la vida comenzó a emerger de los mares primordiales. Organismos primitivos capaces de fotosintetizar el oxígeno liberado. Los recién aparecidos líquenes y amebas consumían carbono. Un ciclo corriente que se daba en cualquier rincón del universo donde se combinaban las mismas condiciones. La única diferencia entre esta y las demás biosferas radicaba en la forma y la estructura de los organismos pluricelulares que aparecerían pocos cientos de millones de años después, así como en las proteínas específicas contenidas en las células de este planeta. En ese sentido, todos los planetas eran únicos, pues las combinaciones bioquímicas de carbón e hidrógeno que ofrecía la naturaleza eran demasiado numerosas como para que se diera dos veces la misma.

Además Amethi tenía una ventaja sobre sus lejanos primos de la galaxia; su órbita impedía que se produjeran las dramáticas variaciones estacionales que sí se producían en mundos solitarios como la Tierra o Thallspring. A 250 millones de kilómetros, la estrella F4 de Nizana estaba lo bastante lejos para proporcionar radiación constante a lo largo de todo el año, incluso su ciclo de manchas solares ejercía un efecto mínimo. El único cambio que experimentaban las nacientes fauna y flora se daba entre el tiempo de luz y el de oscuridad, que se iban turnando a medida que Amethi recorría su órbita de doce días terrestres, transición que no resultaba nada traumática. No había seres vivos que hibernaran ni que emigraran al otro lado de los océanos; las plantas nunca perdían su verdor.

Uno de los aspectos más normales era que tenía casquetes polares. Pero las inusuales forma y situación de la única zona templada de Amethi eran solo una consecuencia de su órbita. Como las mareas del planeta se movían según la influencia de Nizana, el hemisferio que miraba al gigante gaseoso era el que recibía menos luz solar; siempre permanecía a oscuras durante

las conjunciones superiores y más frío que los trópicos. Allí la vida transcurría más despacio y era más dura que en ningún otro lugar de la superficie.

La evolución siguió su curso normal hasta que el inmenso campo gravitatorio de Nizana atrapó al asteroide. Doscientos millones de años después de que las primeras amebas comenzaran a escindirse, los mares se habían llenado de peces y las plantas habían empezado a crecer en la superficie. Aparecieron insectos con alas de vilano e incluso pequeñas criaturas recientemente separadas de la clase de los anfibios. Todos murieron tras el impacto.

La explosión del choque lanzó a la atmósfera polvo y vapor en cantidades tales que toda la superficie del planeta se sumió en una larga noche. Aquello desencadenó la última edad de hielo. Los glaciares que se desprendieron de los polos se adentraron cada vez más en la extrañamente emplazada zona cálida, hasta encontrarse por fin en el ecuador. Mares, océanos y lagos ofrendaron sus aguas al megaglaciar, que no dejaba de extenderse. La temperatura descendió de manera vertiginosa en todo el planeta, enfriamiento que junto con la escasez de agua líquida y el oscurecimiento de la atmósfera, eliminó todas las formas de vida, a excepción de las bacterias mejor adaptadas. Amethi regresó a un estado primario. Solo que en esta ocasión, con un quinto de la superficie cubierta por una capa de hielo de varios kilómetros de espesor y el resto convertido en un desierto cuya desolación recordaba a la superficie de Marte, no quedaba ningún catalizador en potencia que pudiera propiciar el cambio. El planeta había quedado paralizado en un enquistamiento absoluto. La isostasis.

Para los miembros del Consejo de McArthur, Amethi era perfecta, con su atmósfera respirable y su ausencia de vida. En todos los otros mundos conquistados tenían que establecer una biosfera terrestre. En Amethi no necesitaban erradicar la biosfera existente para poder colonizarla. Bastaba con elevar un poco la temperatura planetaria para poner fin a la isostasis y restaurar el ciclo meteorológico normal.

Templeton se fundó en 2115; al principio no era más que un asentamiento de iglúes prefabricados del que salía un solo camino que la conectaba con una pista de aterrizaje construida entre las dunas congeladas. Los ingenieros y administradores que vivían allí tenían la misión de establecer una base industrial que garantizase la independencia de la

comunidad. La idea era que una vez completada la fase de establecimiento, solo se necesitara extraer las materias primas existentes de manera que a partir de ellas se obtuvieran todos los productos deseados. Después solo había que traer gente y nuevos proyectos para mejorar y extender las primeras fábricas. No costaba nada transmitir la información entre las estrellas y la gente compraría su billete a una nueva tierra llena de grandes oportunidades.

Después de tres años y de ocho viajes interestelares las naves espaciales dejaron de llevar mercancías. Tras ese periodo inicial, las instalaciones industriales de las aisladas fábricas satisfacían la mayoría de las necesidades de la floreciente colonia. Pero no todas. Como solía ocurrir, había sistemas específicos, productos químicos esenciales para el desarrollo de la economía y proyectos especiales que solo podían proporcionar las abundantes factorías de la Tierra. El gobernador de Templeton no dejaba en ningún momento de solicitar que les enviaran unidades adicionales, sin las cuales todo el proceso se ralentizaría.

No era un problema que afectara solo a Amethi o a McArthur. Mientras los programas de administración de SA se esforzaran por mantener actualizadas tecnológicamente las industrias de los mundos colonizados dentro de las restricciones presupuestarias, la Tierra, con sus inagotables recursos intelectuales, su investigación y sus laboratorios de desarrollo, siempre permanecería a la vanguardia. No dejaban de exportarse sistemas y procesos cuyo grado de eficiencia o sofisticación iba un paso más allá. Entre la Tierra y las colonias, el dinero siempre fluía en la misma dirección.

La carga financiera que Amethi significaba para McArthur no era tan pesada como la de la mayoría de los demás mundos colonizados, donde los bioquímicos humanos luchaban desesperadas batallas contra las biosferas alienígenas. En Amethi bastaba con poner en marcha el Insolación, un proyecto climatológico. La primera aventura industrial de Templeton consistió en construir una estación orbital de fabricación Tarona. Cuando en 2140 comenzó a funcionar plenamente (casi un tercio de sus sistemas se habían fabricado en la Tierra), se inició la producción local de motores de propulsión para la captura de asteroides. Alrededor de Nizana orbitaban a la deriva tantas rocas que podrían haber obtenido de ellas material suficiente para recalentar una docena de mundos con el Insolación. El impacto inaugural tuvo lugar en 2142, cuando un fragmento de hierro puro

de ochenta metros de ancho cayó justo en el corazón del Glaciar de Barclay.

La explosión evaporó cerca de un kilómetro cúbico de agua y fundió una cantidad notablemente superior. En menos de una semana ya se había vuelto a congelar. Las nubes de vapor nunca alcanzaron los límites del glaciar, sino que se condensaron y transformaron en afilados copos que enseguida regresaron a sus orígenes.

Una vez que los ingenieros planetarios hubieron analizado los datos recogidos por los sensores, estimaron que la atmósfera se había calentado lo suficiente para inducir y mantener la fundición glacial tras ciento once años provocando un impacto al año, si bien sería necesario emplear asteroides cuatro veces mayor que el del experimento. Aquello significaba que el nivel de dióxido de carbono pasaría de inapreciable a un uno por ciento, aunque solo sucedería si se desprendía el suficiente carbono de la marga muerta que permanecía intacta en los milenarios estratos continentales.

A pesar de este poco halagüeño pronóstico, los colonos empezaron a construir su nuevo mundo. Cuando nació Lawrence Newton, en 2310, los cambios socioeconómicos del viejo mundo ya habían alterado la naturaleza de la colonia. Aunque la tarea física de terraformar el mundo seguía adelante sin interrupción, Amethi había dejado de ser el destino predilecto de los pioneros exultantes que llegaban con la intención de formar un hogar en medio de un territorio virgen que poco a poco iba renaciendo.

El enorme autobús escolar avanzaba con resolución por la autopista principal del norte de Templeton, con sus anchos neumáticos adhiriéndose al mugriento y agrietado asfalto. Veinticinco niños de entre nueve y doce años vociferaban y se lanzaban envoltorios de galletas unos a otros antes de esconderse tras sus asientos para protegerse del contraataque. El señor Kaufman y la señorita Ridley, sus maestros, iban sentados en los asientos delanteros, intentando ignorar lo que ocurría a sus espaldas. Solo hacía diez minutos que habían dejado de ver la cúpula de la escuela; iba a ser un día muy largo.

Lawrence estaba sentado en la parte central. El asiento que tenía a su lado estaba libre. No era porqué no tuviera amigos en la escuela, sí que los tenía, aparte de varios primos y una tropa de parientes lejanos. Lo que ocurría era que no tenía amigos íntimos. Los maestros decían que era muy inquieto. Era inteligente, por supuesto, dado que era un Newton, si bien ninguna de las asignaturas llegó a motivarlo nunca. Todos los informes que les llegaban a sus padres acababan con el mismo comentario secular: podría hacerlo mejor. En la competitiva jungla que era la escuela, donde los niños aplicados y trabajadores obtenían los mejores resultados, Lawrence se sentía demasiado diferente como para encajar. Tampoco era un rebelde (todavía le quedaba algunos años para aspirar al puesto) pero dejaba muchas señales que indicaban que se convertiría en un marginado si no se hacía algo pronto. Una mejora casi desconocida para la organizada población de Amethi. Para un miembro de una familia del Consejo era algo impensable.

Así que allí estaba Lawrence, impasible ante las tonterías de sus compañeros, viendo cómo la ciudad iba quedando atrás. A ambos lados de la autopista se veían monótonos y curvos muros de nulteno, que no eran sino enormes láminas de la ultradelgada y grisácea membrana transparente de la que se componían las cúpulas de las ciudades. Lo normal era que midieran cuatrocientos metros de ancho, que estuvieran producidas en una sola pieza (en la fábrica de McArthur) y que todos los materiales fueran autóctonos. Con la membrana, relativamente barata y fácil de colocar, se cubrían todas las poblaciones y ciudades del planeta. Solo hacía falta un terreno llano sobre el que tenderla. Las láminas llevaban incorporada una red hexagonal de tuberías minúsculas hecha de carbono microfilamentado (manufacturado en Tarona) al que previamente se le ha inyectado epoxi. El material obtenido era lo bastante resistente para mantener levantado el liviano nulteno, como si fuera un globo gigantesco que nunca conseguía elevarse por los aires. Había que enterrar los bordes lo antes posible, puesto que la estructura molecular de las membranas se había diseñado para que se comportara como una trampa de calor casi perfecta. El aire del interior se templaba en poco tiempo y en ocasiones alcazaba incluso temperaturas tropicales, de manera que el aire caliente que ascendía levantaba un poco la cúpula. Las grandes unidades de circulación y de intercambio térmico (fabricadas también in situ) estaban distribuidas por las cercanías de los bordes para ayudar a conservar el clima adecuado en el interior. Una vez

que se había terminado de construir la cúpula, solo hacía falta reavivar el suelo regándolo y cubriéndolo de bacterias terrestres para poder cultivar en él.

La mayoría de las cúpulas del corazón de la ciudad eran comunitarias. Con su tamaño de seiscientos metros de diámetro, superior a la media, tenían un solo rascacielos de apartamentos justo en el centro, que actuaba como soporte adicional para la abovedada superficie. En el interior, alrededor de los rascacielos, se habían levantado refrescantes parques dotados de lagos y riachuelos artificiales. Nadie, a excepción de los administradores cualificados, utilizaba coches para moverse por la ciudad, ya que todas las cúpulas estaban enlazadas por una compleja red de raíles. Aparte del autobús escolar, por carretera solo viajaban los camiones de gran tonelaje de veinte ruedas, las máquinas de agroformación y los camiones de ingeniería civil, todos los cuales liberaban despreocupadas volutas de hidrógeno a la atmósfera.

Las fábricas, que parecían refugios achaparrados de cristal y aluminio, ocupaban el espacio que quedaba entres las distintas cúpulas. Los ventanales estaban saturados de espesas capas de polvo, depositadas durante años a medida que el calor y la humedad que se escapaban de las instalaciones de las ciudades iban revolviendo el suelo helado. Incluso aquí el aire sufría igual que en cualquier otra ciudad humana: las partículas y el vapor que no se habían movido con libertad durante cien mil años ahora se agitaban al son del revoltoso céfiro de los trenes, de los vehículos que viajaban por carretera y de los ventiladores de circulación de las cúpulas. Durante décadas, ese había sido el único viento que se había levantado en todo el planeta. Pero permitía que las plantas crecieran. A lo largo de toda la orilla de la carretera, Lawrence podía ver matas de hierba verde brotando del rojizo suelo. Incluso había pequeñas fisuras por donde las aguas fluían de cuando en cuando, procedentes de la condensación de las láminas mal acopladas o de rasgaduras en el nulteno.

Ya más alejadas de las ciudades, las refinerías de alimentos empezaban a sustituir a las cúpulas; se trataba de complejos industriales del tamaño de pequeñas ciudades donde los tanques de presión, las torres de alimentación de enzimas y los calentadores de proteínas estaban comunicados entre sí por medio de un laberinto de tuberías aisladas. El vapor caliente agitaba el aire durante cientos de metros sobre las austeras superficies metálicas mientras las pequeñas plantas de fusión prestaban sus megavatios a los

elaborados procesos que mantenían viva a la población humana de Amethi. Cada refinería disponía de una cantera propia, que consistía en un cráter vertical excavado en el suelo congelado con buldózeres pilotados por SA. Las caravanas de vehículos industriales, que subían y bajaban por las rampas de los fosos durante todo el día, transportaban cientos de toneladas de esquivos y escasos minerales hacia los hornos catalíticos.

La tubería de la Cuenca de trans-Rackliff también terminaba en algún punto de este lado de la ciudad. El conducto daba la vuelta al planeta para llegar hasta el aliviadero del Glaciar de Barclay y recoger un componente esencial para la vida: agua. En realidad salía más barato canalizarla que extraerla del suelo en bloque para derretirla. Tanto las cúpulas como las refinerías eran ávidos consumidores.

Lawrence observaba con cierto desinterés las construcciones que conformaban la ciudad y se imaginaba qué aspecto tendrían Templeton y sus alrededores desde el espacio. Parecería una extraña flor de plástico de setenta kilómetros de diámetro que había florecido en este yermo mundo alienígena al calentarse la atmósfera. Un día explotaría y las membranas de nulteno se agitarían a merced del aire y entonces la freza terrestre que había brotado en el interior podría extenderse a todos los rincones del planeta. Sólo así pudo Lawrence comenzar a apreciar la enormidad del desafío que había supuesto construir su mundo natal. En lo que no podía concentrarse era en los números y las imágenes enriquecidas, en todo aquello que la escuela parecía obligada a enseñar y glorificar.

Una vez que la última de las refinerías hubo quedado atrás, Lawrence vio que la tundra se extendía hasta el afilado horizonte, con su sucia superficie bermeja cubierta de escasas rocas desperdigadas y milenarias e inestables hondonadas. A veces aparecía cubierta de extrañas masas oscuras. Cuando se formó el Glaciar de Barclay, que absorbió toda la humedad del aire y provocó una caída súbita de la temperatura, todavía quedaban bosques. Hacía ya mucho que los árboles habían muerto víctimas del frío y de la ausencia de luz, sin embargo el glaciar durmiente apaciguaba el aire en lugar de revolverlo. No se levantaban vientos ni tormentas de arena que carcomieran los robustos troncos. La humedad que se depositaba sobre el suelo se convertía en hielo y poco a poco iba formando una dura capa sobre la superficie que contenía un elevado porcentaje de arena y partículas de polvo.

Durante los siglos posteriores a la formación del glaciar, las plantas muertas y ennegrecidas de Amethi permanecieron en pie. El tiempo sólo conseguía envejecerlas, puesto que ya no estaban expuestas a la acción de los elementos. Tras cien mil años incluso la madera fosilizada comenzó a perder su firmeza. De los troncos, que se iban corroyendo poco a poco, se desprendían cortezas ebenáceas hasta que el tronco se volvía inestable. Cuando el quebradizo pilar comenzaba a resquebrajarse se acababa desmigajando como si estuviera compuesto de milenario cristal carbonizado. La mitad de las veces, en los bosques más densos, arrastraban en su caída un par de vecinos, lo que iniciaba una cadena de devastación. Allí donde una vez hubo bosques ahora solo quedaban páramos sobre cuyo ceniciento suelo se levantaban dunas bajas de grava congelada.

Por fin los niños se callaron al divisar aquel paisaje desde el autobús; allí era donde florecía su futuro con dolorosa deliberación. Se empezaban a apreciar los primeros y suaves efectos del Insolación. Las hendiduras y los pequeños arroyos que surcaban la dura superficie albergaban diminutas plantas árticas. Se las había sometido a todas a una intensa vescritura para que pudieran sobrevivir en este mundo, para que soportaran no solo el frío sino también los largos períodos de luz y de oscuridad. Las plantas que crecían en el Círculo Polar Ártico terrestre, con sus fatigosos días y sus igualmente opresivas noches, reunían las condiciones orgánicas más similares a las que se requerían en Amethi. Esto significaba que sus genes eran los que necesitaban de una menor modificación vírica para que se adaptaran a la hostilidad de los gélidos yermos.

Muchas echaron flores, pequeñas y delicadas campanillas coralinas, o incontables capullos dorados. Aquel fue el logro más relevante de los genetistas, modificar el ciclo de polinización para que las esporas fueran expulsadas al aire quiescente al desgarrarse las anteras. Con una calina lo bastante agitada se conseguiría desatar débiles corrientes de convección por todo el planeta, poco más fuertes que un soplo. A ninguna de aquellas plantas perennes le hizo falta que la cultivaran previamente en un invernadero para ser trasplantada después, todas habían crecido solas. Eran los primeros colonos terrestres desnudos.

Mientras las verdes plantas florecían entre las grietas de la superficie, la roca expuesta permanecía cubierta de manchas gomosas amarillas sulfúreas y marrones canelas, desde las fachadas de los precipicios hasta los guijarros desperdigados entre las dunas de carbón de los antiguos bosques. Ahora los

líquenes, que primero se esparcieron por los distintos continentes de Amethi por medio de las naves robotizadas de gran altura con el fin de provocar un nuevo ciclaje ecológico, se extendían como jamás se habían propagado antes, amparados por el aumento de la temperatura y del nivel de humedad.

A Lawrence le gustaba que la invasión de color se hubiera hecho fuerte en la desolada tundra. Resaltaba la asombrosa magnitud de aquel logro. Sobre todo porque implicaba que los seres humanos eran capaces de llevar a buen puerto semejante hazaña visionaria. Sonrió y dejó que sus sueños se perdieran en el paisaje donde lo imposible estaba sucediendo. Allí fuera era más sencillo, las exigencias de su familia y las prohibiciones de la escuela iban quedando atrás a medida que el autobús se adentraba en un reino de posibilidades.

Miraba en todas direcciones. Miraba de soslayo, alerta de repente. Con urgencia desempañó la ventana del autobús, donde, a pesar de la calidad del aislante, se había condensado el vaho de los niños. Allí. En el cielo, algo muy extraño se movía. Golpeó el cristal para indicar a sus compañeros adonde debían mirar. Entonces, al darse cuenta de que nadie le iba a prestar la menor atención, levantó la mano y agarró la manecilla roja de emergencia que había sobre la ventana. Sin vacilar, tiró de ella hacia abajo con fuerza.

Los frenos antideslizamiento entraron en acción después de que el programa de conducción por SA detuviera el autobús en cuanto los parámetros de ingeniería se lo permitieron. Se envió una señal a las autoridades de tráfico de Templeton y los servicios de emergencia entraron en modo de recuperación inmediata. Se revisaron los sensores del interior y del exterior del vehículo en busca de cualquier señal extraña. No se encontró nada, pero la intervención humana/manual no era algo que la SA pudiera ignorar. El autobús continuó derrapando, con el motor y la caja de cambios aullando con mecánica estridencia. Los niños permanecieron anclados en sus asientos gracias a la acción inmediata de las cinchas de seguridad. Todo el interior del autobús era un caos de chillidos y alaridos. El señor Kaufman, al que se le habían escapado el café y la pastita de las manos, gritaba: «¡Jodermecagoenlaputahostia!».

Segundos después el silencio se adueñó del autobús, si bien se había creado un clima casi tan tenso como el experimentado durante la frenada. Entonces el claxon empezó a sonar intermitentemente y las estroboscópicas

luces de emergencia de las partes delantera y posterior del vehículo parpadeaban con ansiedad. El señor Kaufman y la señorita Ridley se miraron sin comprender y se desabrocharon las cinchas. La luz roja que había sobre una de las manecillas de parada de emergencia destellaba con urgencia. Al señor Kaufman no le dio tiempo a preguntar de quién era aquel asiento, ya que Lawrence pasó corriendo junto a él en dirección a la puerta delantera, que se había abierto automáticamente. El muchacho se estaba abrochando su amplio abrigo.

—¿Qué... —se le escapó a la señorita Ridley.

—¡Está fuera! —gritó Lawrence—. ¡En el aire! ¡Está en el aire!

—¡Espera! —le ordenó la señorita Ridley.

Lawrence no la oyó, ya había salido fuera. Los demás niños no querían perderse la acción; reían escandalosamente, aunque se fueron tranquilizando al salir corriendo detrás de Lawrence. Formaron un grupo bastante numeroso sobre el arenoso arcén. El cruel aire, que les pellizcaba la piel desnuda, les obligó a abrocharse los abrigos y a ponerse las manoplas enseguida. Lawrence se había alejado del grupo y se había puesto a buscar por todas partes aquello tan extraño que había visto. Mientras esperaba oyó a sus espaldas varias risitas tontas.

—¡Allí! —gritó. Señaló hacia el oeste—. ¡Allí! ¡Mirad!

La reprimenda que el señor Kaufman estaba echando a sus compañeros perdió todo su efecto. Una lanosa nube blanca se acercaba flotando con pesadez. Era la única tacha en medio de un perfecto cielo añil brillante. Todos los niños sé quedaron mirando aquel inverosímil milagro en absoluto silencio.

—Maestro, ¿por qué no se cae?

El señor Kaufman recuperó la serenidad.

—Porque a esa altitud la densidad es igual a la del aire.

—Pero es sólido.

—No. —El señor Kaufman sonrió—. Solo lo parece. Acordaos de cuando observábamos Nizana con el telescopio; podíais ver las nubes que provocaban los cinturones de tormentas. Flotaban. Esto es lo mismo, pero a una escala mucho menor.

—¿Eso significa que aquí va a haber tormentas, maestro?

—Es lo más probable. Pero no os preocupéis, tampoco serán comparables.

—¿De dónde viene?

—Del Glaciar de Barclay, supongo. Todos habéis visto las imágenes de la escorrentía. Este es el resultado. Durante los años venideros veréis muchas más. —Los dejó contemplar al heraldo durante un rato más y después les ordenó volver a subir al autobús.

Lawrence, reacio a abandonar su increíble descubrimiento, era el último de la cola. Además ahora debería enfrentarse a la inevitable censura...

Los profesores se mostraron menos severos de lo que se esperaba. La señorita Ridley decía que entendía lo extraña que le había parecido la nube pero que la próxima vez debía pedir permiso antes de hacer algo así. El señor Kaufman gruñó y asintió con la cabeza, apoyando las palabras de la señorita Ridley.

Cuando el autobús se volvió a poner en marcha Lawrence regresó a su asiento. Lo demás niños dejaron de jugar y se pusieron a charlar alborotadamente sobre lo que acababan de presenciar. Al menos había sido la mejor excursión al campo que se hubiera podido imaginar. Lawrence, cuyo descubrimiento le había dado un prestigio del que no había disfrutado hasta aquel momento, aportaba de cuando en cuando comentarios y especulaciones. Sin embargo, lo que más le preocupaba era que dejara de ver la nube por las ventanas.

No se podía quitar de la cabeza la aventura vivida. Viajar por el mundo y descubrir todos los territorios incógnitos que escondía. Le parecía ridículo que una simple nube conociera más paisajes de Amethi que él. Quería subirse en ella, navegar sobre la tierra y sobre el vacío mar y lanzarse en picado sobre los inconsistentes bordes del Glaciar de Barclay, desde donde podría ver el aliviadero, una catarata tan elevada como el filo de la corteza continental. Sería fabuloso. Pero allí estaba, atrapado en un autobús de camino a un coñazo de granja de vida lenta y recibiendo lecciones de ecología cuando había otras escuelas donde podía aprender a volar. No era justo.

La granja de vida lenta era, al igual que el resto de instalaciones industriales de Amethi, una anodina caja de cristal y aluminio. Estaba sola en medio de una de las caras de un tranquilo valle; debajo de ella se veía el serpenteante lecho seco de un río. Las plantas árticas, que se apiñaban sobre los sedimentos, eran las más abundantes de las pequeñas pendientes.

Algunos de los niños lo señalaron cuando se apearon apresurados del autobús para refugiarse en el calor de la granja. Lawrence no había perdido la esperanza de volver a ver la nube, que hacía tiempo había desaparecido por el norte. Cuando las grandes puertas de la entrada se cerraron, una ráfaga de aire salió a recibir al grupo. Todos se lo esperaban; en toda Amethi se utilizaba el vestíbulo térmico, que era una cámara de aire ventilada y dotada de recicladores térmicos en lugar de bombas de vacío que evitaba que la temperatura de las cúpulas disminuyese. Aquí no era de gran utilidad. La granja, cuya temperatura apenas se elevaba dos grados sobre el punto de congelación, no era ni la mitad de cálida que la cúpula de ninguna ciudad. Nadie se desabrochó el abrigo.

La supervisora salió a recibirlos, vestida con un mono acolchado cuya ceñida capucha llevaba puesta. Era la señora Segan, quien junto con sus tres colaboradores dirigía todo el proceso. Se esforzó para que no se notara cuánto le molestaba que hubiera llegado un nuevo rebaño de niños que con toda seguridad lo estropearía todo y le partiría el horario.

—Lo que hoy vais a ver no tiene parangón en la naturaleza —les anunció mientras se adentraban en el edificio. El primer sector se parecía más a una fábrica que a una granja, con sus pasillos de metal bordeados de ventanas selladas desde las que se veían depósitos de dudoso contenido.

—Aquí cultivamos gusanobesos. Me gustaría decir que los criamos, pero la realidad es que todos esos bichos están clonados. —La señora Segan se detuvo junto a una ventana. La habitación que había al otro lado estaba llena de estanterías repletas de bandejas que contenían una gelatina coagulosa similar a las huevas de rana—. Todos estos seres son artificiales. El Instituto Fell de Oxford, que está en la Tierra, diseñó su ADN para nosotros. Como sabéis, mientras más complejo es un organismo, más riesgo corre de sufrir enfermedades y otros males. Por eso es por lo que los gusanobesos son tan simples. Su principal mejora biológica es su absoluta incapacidad para reproducirse. Esto también es muy útil para nosotros porque solo los necesitamos para esta fase del proceso de terraformación. Tienen una vida media de diez años, de manera que cuando dejemos de fabricarlos, se extinguirán. —Cogió un bote lleno de aquel moco y se lo dio al niño que tenía más cerca—. Pásalo y, por favor, no le echéis el aliento. Todos los organismos de vida lenta se optimizan para que se desarrollen por debajo de los cero grados, así que vuestro aliento es como una llamarada para ellos.

Cuando le pasaron el bote a Lawrence no vio más que una masa de huevos translúcidos, cada uno de los cuales tenía un punto negro en medio. No parecían agitarse ansiosos por eclosionar, que hubiera sido todo lo que podían hacer. Aburrido.

La señora Segan los condujo a la principal sala de cría de la granja, una alargada cámara bordeada de hileras de cajas de plástico rectangulares separadas por pasarelas elevadas de rejilla metálica. Las tuberías del techo rociaban con intermitencia con un líquido pegajoso cada una de las cajas abiertas. Olía a hierba recién cortada y a azúcar.

—Se puede decir que los gusanobesos son productores de bacterias en miniatura —explicó la señora Segan mientras los guiaba por una de las pasarelas—. Los soltamos en los sectores vírgenes de la tundra y mientras se abren paso hacia el subsuelo van digiriendo la materia vegetal muerta. Cuando se extrae la tierra, esta ya sale enriquecida con las bacterias que los gusanos llevaban en su estómago. Esto permite que se puedan cultivar plantas terrestres, las cuales necesitan las bacterias del subsuelo para vivir.

Todos los niños, que habían recuperado el interés al oír hablar de criaturas que cagaban hongos y cosas así, se asomaron para ver el interior de la caja que la señora Segan estaba señalando. Una masa de gusanobesos grisáceos que se retorcían somnolientos cubría el fondo de la caja; medían unos quince centímetros de largo y unos dos de ancho. Nadie pudo reprimir una mueca de asco al ver aquellos esbeltos minimonstruos.

—¿Por eso se les denomina de vida lenta? —Preguntó uno de los niños —. ¿Porque no se mueven rápido?

En parte —contestó la señora Segan—. La temperatura exterior les ha obligado a desarrollar un metabolismo pausado, que deriva en la extrema lentitud de sus movimientos. Su sangre se basa en el glicerol, de manera que se pueden seguir moviendo en los suelos más fríos sin temor a congelarse.

Lawrence no dejaba de suspirar con impaciencia mientras la supervisora continuaba con su monólogo, tras el cual pasó a hablar de otras formas de vida lenta. Había criaturas similares al pescado que nadaban en los ríos de agua nieve de la escorrentía del Glaciar de Barclay; otras eran parientes lejanos de las orugas y sobrevivían comiéndose lo que encontraban a su paso por entre las enormes dunas de los gránulos de carbón que en otro tiempo fueron los bosques primarios de Amethi. Volvió a mirar el interior de la gran caja. La maraña de gusanos se retorcía con pereza. ¿Y qué? ¿A

quién le importaba que vivieran bajo tierra? ¿Por qué no les enseñaban aves o alguna otra cosa interesante? Dinosaurios, por ejemplo.

La señora Segan se llevó al murmurante grupo a otra parte. Lawrence se quedó atrás. Giró la cabeza para mirar por el mugriento techo de cristal de la granja para ver si la nube había regresado. Cuando se quiso dar cuenta se había tropezado con alguna de las cadenas de la pasarela y se estaba cayendo de espaldas. Intentó agarrarse a un estrecho cubo de plástico y cuando por fin cayó al suelo, no sin dolor, vio que se había tirado por encima una carnada de gusanobesos adultos que lo estaba empapando de babas.

Se los quitó de encima al instante, con un asco que le hizo olvidarse del daño que se había hecho en la columna. Aquellos ejemplares adultos medían unos cuarenta centímetros de largo y siete u ocho de diámetro. Agitó las manos con repugnancia. Se puso de pie y miró sin pensar a ver dónde estaban los profesores. Nadie le había visto caerse. Miró a los gusanos, la única prueba del crimen. Con cautela, diciéndose a sí mismo que no tenían nada de peligrosos, se agachó e intentó coger uno. Era repugnantemente frío y viscoso y su textura parecía la de una alfombra empapada, pero intentó que no se le escapara. A medida que lo iba levantando se iba revolviendo con más violencia. En lugar de volver a echarlo en el cubo, se quedó observándolo. Después de un rato la criatura parecía querer golpear a su captor. Lawrence lo dejó caer al suelo y el animal se alejó reptando por la pasarela. En su segmento medio había aparecido una mancha de color vino, por haberlo tenido agarrado por esa parte.

—De acuerdo —murmuró—. No sois tan lentos después de todo. —Era lógico. Si se movían con pesadez si hacía frío, se moverían con agilidad si sentían calor.

Corrió para alcanzar la retaguardia del grupo.

—Alan —siseó—. Eh, Alan. Ven a ver esto.

Alan Cramley dejó de mordisquear su chocolatina y sintió curiosidad por el tono furtivo de Lawrence.

—¿El qué?

Lawrence le llevó a ver los gusanobesos adultos. Enseguida convirtieron el descubrimiento en un desafío. Había que cogerlos, sostenerlos durante treinta segundos y después dejarlos caer en la pasarela para ver cuál llegaba

primero al final de la rejilla. Cada uno de los muchachos cogió dos animales que después obligaron a competir. —¿Se puede saber qué está pasando aquí? —preguntó airado el señor Kaufman.

Ni Lawrence ni Alan le habían visto acercarse por un pasaje entre las pasarelas. El señor Kaufman se quedó mirando cómo las cuatro gusanobesos avanzaban a retortijones por la pasarela. Varios de los demás niños se apiñaron detrás del maestro y la señora Segan se acercó apresurada para ver qué era aquel alboroto.

—Tiré un cubo sin querer, maestro, y estábamos intentando recogerlos —explicó Lawrence, mostrando sus manos heladas a modo de coartada. Las babas de las criaturas goteaban de sus pálidas y arrugadas yemas—. De verdad que lo siento.

El señor Kaufman, que no se lo creía del todo, no dejaba de fruncir el ceño.

—No los toquéis —ordenó alarmada la señora Segan. Pasó por el lado del señor Kaufman poniéndose un par de gruesos guantes—. Recordad lo que os he dicho sobre lo adaptados que están al frío.

Lawrence y Alan se miraron con complicidad.

La supervisora recogió el primer gusanobeso. Entrecerró los ojos al ver la enorme mancha rojiza de su segmento medio. Lo echó en el cubo más cercano.

—¡¿Qué habéis hecho?! —gritó. Todos los gusanos que había dentro tenían la misma marca roja. Ninguno se movía. Se asomó apresurada al cubo de al lado y soltó un bufido. En el tercer cubo todavía se retorcían con pesadez algunos gusanobesos; a Lawrence y Alan no les había dado tiempo a ponerlos a competir. La supervisora se giró con violencia. Lawrence retrocedió un paso, temeroso de que le soltara un guantazo. La mujer estaba colorada de furia—. ¡Los habéis quemado a todos! Niñatos... —Miró al señor Kaufman—. La visita se ha terminado. Llévese de aquí a estos mocosos.

Algunos años atrás Lawrence se coló en el garaje de robots. Aquellos compactos vehículos de oruga que en un principio solían cuidar de los elaborados jardines de la cúpula, fueron reemplazados por unos nuevos

modelos más eficientes cuando actualizaron su programa de SA de mantenimiento. Había descubierto la antigua rampa de hormigón en medio de una maraña de arbustos de flores doradas que se había dejado crecer y trepar por un descuidado muro ahora que ya no se utilizaba la entrada. En Amethi, las instalaciones de servicios solían o bien enterrarse o sacarlas y alejarlas de la cúpula. Dado el elevado coste de construir un terreno habitable limitado, lo último que se le ocurría a su propietario era atestar la valiosa superficie de pequeños edificios, ni siquiera calles ni senderos. Al pie de la rampa había una puerta elevable que se abría al accionar unas antiguas y oxidadas palancas. Para un niño de nueve años, abrirlas significaba realizar un extraordinario acopio de fuerzas y persistencia, pero Lawrence lo consiguió, y su recompensa fue poder entrar en aquella cueva de hormigón que olía a humedad estancada y que medía unos diez metros de profundidad. El techo no levantaba ni dos metros del suelo; por el suelo, las paredes y el techo corrían extraños carriles metálicos por los que una vez habían corrido brazos mecánicos. Pero todavía quedaba energía y un nodo de datos.

Desde entonces aquella fue su madriguera. Allí llevó las cosas más necesarias, como un desvencijado sofá de cuero escarlata, montones de cojines, un par de mesas, un modelo desfasado de perla de escritorio, un equipo de sonido cuya potencia pondría los dientes largos a cualquier banda de rock duro, dos torres de memoria activa que su padre había rescatado de la oficina para él, un variado surtido de herramientas y algunas cajas de juguetes con los que nunca jugó. Había colocado pantallas de sábana sobre las paredes, incluso sobre parte del techo. Un mosaico de imágenes se ponía en movimiento en cuanto entraba por la puerta; algunas procedían de las torres de memoria y otras eran emisiones en directo de las cámaras del banco de datos.

Era el lugar ideal para refugiarse tanto de su familia como del resto de Amethi. Sus cuatro hermanos menores sabían que debían permanecer alejados del escondite a menos que él los invitara.

Cuando regresaron de la excursión a la granja volvió enseguida a la guarida. Las pantallas de sábana mostraban imágenes de Templeton, tomadas por las cámaras que había montadas en la cumbre de distintas cúpulas. Se veían escenas de la resplandeciente luna creciente de Nizana, emitidas por el telescopio del departamento de astronomía de una escuela

cercana. También se veían las imágenes que enviaba el telescopio que seguía a Barric, la tercera luna más grande.

Lawrence ordenó a la perla de escritorio que buscara la emisión de un puerto espacial y que la proyectara en la pantalla de sábana más grande, la que colgaba delante del sofá y que abarcaba la mitad de la pared. La cámara debía de estar colocada en la torre de control; se veía la amplia pista de aterrizaje gris perdiéndose en la desolada y rojiza tundra. No se veían naves ni aterrizando ni despegando.

—Consígueme un episodio de *Destino: Horizonte* —le ordenó a la perla.

—¿Cuál? —preguntó el programa de SA.

—Da igual. No. Espera. Serie uno, episodio cinco: *Creación-5*. Quiero una tercera persona con los parámetros que elegí la última vez. Ponlo en la pantalla grande, cierra las demás. —Se repantigó en el sofá y puso los pies sobre el apoyabrazos. El resto de las pantallas se fundieron en negro. Frente a él empezaron a pasar los créditos y al tiempo comenzó a sonar la sintonía de apertura, haciendo temblar las delgadas pantallas.

Había descubierto *Destino: Horizonte* dos años atrás, mientras realizaba una búsqueda por los catálogos de las compañías multimedia de Amethi; por lo que sabía, era la mejor serie de ciencia-ficción que se había rodado nunca. No era en vivo, pero permitía elegir un personaje para poder ver los episodios desde el punto de vista de cualquiera de los personajes principales. Además no era «educativa» como todos esos dramones en vivo de Amethi dirigidos a los jóvenes.

En la serie, ambientada en un futuro lejano, aparecía la asombrosa nave espacial *Ultema*, cuya misión consistía en explorar una sección del brazo espiral perdido en la galaxia de la Tierra; varios miembros de la tripulación eran alienígenas y los fabulosos mundos que visitaban eran espeluznantes. También debían luchar contra unas imponentes criaturas malignas, los delexianos, que querían impedir que se adentraran en su territorio. Se había importado de la Tierra hacía treinta años, aunque el *copyright* era de 2287. La librería de la compañía multimedia solo disponía de treinta episodios; Lawrence los había visto todos ya tantas veces que podía recitar casi todos los diálogos de memoria. No podía creer que no hubieran rodado más. La dirección del club de fans de la serie que aparecía en el banco de datos de la Tierra se incluía en el menú de contenidos extras de cada episodio, de modo que Lawrence pagó una nave de transporte para enviarles un mensaje de texto solicitándoles más información. Cada vez que una nave regresaba

a Amethi, Lawrence revisaba su SA de comunicación, pero nunca le contestaron.

Justo cuando la *Ultema* se encontraba librando una mítica batalla energética contra una estrella enana azul que los delexianos habían fortalecido con una matriz de sensibilidad, un icono verde de prioridad se abrió en medio de la pantalla de sábana. La nave se quedó paralizada y se desplegó el mensaje.

Lawrence, haz el favor de ir al estudio de tu padre.

Lawrence consultó el reloj. Las seis menos cuarto. Hacía diez minutos que su padre había regresado a casa. El señor Kaufman no había perdido el tiempo y había presentado el informe enseguida.

—Dame la perla de estudio —dijo.

—En red.

—Ahora estoy ocupado —dijo Lawrence con fastidio. El SA que controlaba la perla de escritorio del estudio era inteligente.

—Lawrence, por favor, accedí al mensaje de tu escuela y le di prioridad. Tu padre quiere verte ahora.

Lawrence se quedó callado.

—¿Quieres que llame a tu padre para que participe en esta conversación a tiempo real?

—Está bien —dijo a regañadientes—. Ya voy, supongo. Pero tendrás que explicarle al SA de la escuela por qué hoy no he podido hacer los deberes.

—Como si estuvieras estudiando ahora.

—Claro que sí. Sólo tengo *Destino: Horizonte* de fondo.

Lawrence salió del garaje, cerró la puerta y atravesó los arbustos. El garaje quedaba cerca del borde de la cúpula principal, que se acercaba al final del verano. Allí había seis de las enormes construcciones que conformaban la hacienda de la familia; la más grande estaba en el centro, con su microclima templado, y alrededor estaban distribuidos los otros cinco edificios más pequeños, en el interior de cada uno de los cuales había un ambiente distinto. Era una de las propiedades más grandes del distrito

de Reuiza, que era donde se concentraban los habitantes más pudientes de la capital.

Lawrence tenía que caminar unos trescientos metros para llegar a la casa. El arquitecto paisajista había apostado por los dúplexes, a los que había dotado de un terreno cuadrado cubierto de césped que a su vez había rodeado de elevados muros de florecientes arbustos y árboles de hoja perenne. Los cuadriláteros de césped estaban adornados con distintas clases de flores típicas: uno con rosas, otro con fucsias, otro con begonias, magnolias, hortensias y espuelas de caballero; por variar, algunos de los jardines estaban rodeados de jardines de rocalla en los que crecían decenas de plantas alpestres. Dos serpentinos estanques fluían hasta caer por unas poco profundas y pedregosas cascadas de cuyos salientes brotaban juncos y azucenas. En las esquinas de los jardines había árboles enormes, también tradicionales: sauces, píceas, abedules, castaños de Indias y alerces. Todos tenían las ramas encorvadas hacia abajo, bien porque caían de forma natural o bien porque se las habían torcido por prudencia, de manera que colgaban a modo de gigantescas faldas verdes que barrían la hierba. Para los niños pequeños eran fabulosas cuevas donde correr mil aventuras. Lawrence había pasado muchos veranos jugando en los jardines, igual que sus hermanos hacían ahora.

Un arroyo atravesaba toda la cúpula describiendo una herradura que rodeaba los jardines, donde la hierba se dejaba crecer y donde crecían las margaritas y las nomeolvides. Atravesó un jorobado puente cubierto de musgo y caminó hasta el sendero de losas hasta la casa, subiendo o bajando escalones al final de cada cuadrilátero de césped. La residencia de los Newton, que se alzaba ya frente a él, era una casa majestuosa construida con piedra amarilla, con ventanas saledizas que sobresalían de las paredes cubiertas de madreselvas. Varios pavos reales se contoneaban en el sendero de grava que rodeaba la casa, revolviendo las piedrecillas con sus largas colas plegadas. Su estridente cacareo era casi lo único que se oía en toda la cúpula. Salieron corriendo cuando Lawrence atravesó el sendero y subió los escalones de la puerta de la entrada.

El vestíbulo era fresco. Unas puertas de roble pulidas con esmero daban paso a las formales habitaciones de la planta baja. Estaban amuebladas y decoradas con un exquisito estilo antiguo. Lawrence las odiaba; temía entrar en cualquiera de las habitaciones por miedo a romper algún valioso objeto de la preciosa herencia de la familia. ¿Para qué querían una casa así?

Era imposible sentirse cómodo, al contrario que en las casas de sus compañeros de clase. Costó una fortuna construirla. Además no encajaba en Amethi. Así era como la gente solía construir. Anclados en el pasado.

Unas escaleras de madera llevaban hasta la primera planta. Las subió a paso ligero, las pisadas acolchadas por la alfombra carmesí oscuro.

Su madre le esperaba de pie al final, apretando contra su regazo a Verónica, que tenía dos años. Le miró preocupada. Pero, bien, así era su madre, siempre estaba preocupada por algo. Su hermanita sonreía con júbilo y estiró los brazos hacia él. Lawrence sonrió y la besó.

—Oh, Lawrence —gimió su madre. Su voz tenía ese inconfundible matiz de desesperación y disgusto que siempre le hacía agachar la cabeza. Era horrible, no ser capaz de mirar a su propia madre. Y ahora la había vuelto a molestar, lo cual era algo catastrófico, porque estaba embarazada de seis meses. No era que no quisiera otro hermano u otra hermana, sino que el embarazo la dejaba extenuada. Cada vez que Lawrence decía algo, su madre sonreía valiente y decía que por eso se había casado con su padre, para continuar el linaje de la familia.

La familia. Todo giraba en torno a la familia.

—¿Está muy enfadado? —preguntó Lawrence.

—Nos has decepcionado a los dos. Lo que has hecho ha estado muy mal. ¿A que no tratarías así a Barrel?

Barrel era uno de los perros de la familia, un peludo labrador negro. De toda la manada que pululaba por la casa, era el favorito de Lawrence. Habían crecido juntos.

—No es lo mismo —replicó—. Solo eran gusanos.

—No pienso discutirlo. Ve a ver a tu padre. —Dicho esto, se dio media vuelta y bajo las escaleras. Verónica hacía felices ruidos guturales y le decía adiós con la mano.

Lawrence se despidió de su hermana con tristeza y echó a andar con pesadez hacia el estudio. La puerta estaba abierta. Dio unos golpecitos en el marco de madera.

Kristina estaba saliendo. Era la nueva niñera de los Newton. Le guiñó un ojo a Lawrence, que enseguida se volvió a animar. Kristina tenía veintiún años y tenía el don de la belleza. Lawrence se preguntaba si estaría enamorado de ella pero no sabía cómo averiguarlo. Solo sabía que pensaba mucho en ella. En cualquier caso, enamorarse era una tontería. Aparte de lo

guapa que era, Lawrence se lo pasaba muy bien cuando iba a cuidarlos; era divertida, participaba en los juegos a los que jugaban sus hermanos y hermanas y no parecía importarle qué andaría tramando ni lo tarde que se acostaría. También le gustaba a todos sus hermanos, lo que era una suerte porque no se le daba muy bien cambiar pañales, preparar comida y esas cosas. Qué pena que no viniera a cuidarlos más a menudo.

Como sucedía con el resto de la casa, los niños no podían jugar en el estudio. Había una gran chimenea de mármol en la que jamás había ardido un fuego que no fuera holográfico. Un par de sillas de lectura de cuero verde. Había que fijarse mucho para descubrir algún producto de última tecnología, sin embargo los dos óleos más grandes que colgaban de la pared eran en realidad pantallas de sábana y la agenda de escritorio era una caja de cristal. Las paredes estaban cubiertas por estanterías repletas de libros de tapas de cuero. A Lawrence le hubiera encantado abrir algunos de los clásicos (la poesía quedaba descartada desde el principio) y perderse entre sus páginas. Pero no eran libros para leer, solo para mirar y para ponerles precios imposibles.

—Cierra la puerta —ordenó su padre.

Lawrence obedeció, suspirando.

Su padre estaba sentado tras el escritorio chapado de nogal, pasándose un pisapapeles *Dansk* de una mano a la otra. Doug, para sus amigos; Templeton estaba llena de gente que intentaba ascender a esa categoría. Tenía más de cuarenta años, aunque la considerable vescritura de su línea germinal no dejaba averiguarlo con facilidad. De complexión delgada y sonrisa fácil, podría pasar sin problemas por un joven de veinticinco años. Dicha sonrisa había llevado a pensar a los rivales que tenía en el Consejo de McArthur, que era alguien de trato fácil. No tropezarían otra vez con la misma piedra.

—Bueno —dijo—. No voy a gritarte, Lawrence. A tu edad, sería una pérdida de tiempo, te entraría por un oído y te saldría por el otro. Si no fueras hijo mío diría que es que estás entrando en la pubertad.

Lawrence se puso colorado de rabia. No era lo que se esperaba, quizá era por eso por lo que su padre le hablaba de aquella manera.

—¿Quieres contarme qué ha pasado hoy?

—Sólo los estaba cogiendo —dijo Lawrence, esforzándose para sonar arrepentido—. Solo eran gusanos. No sabía que se podían morir si los

tocaba. Fue sin querer.

—Sólo gusanos. Hmm... —Doug Newton dejó de juguetear con el pisapapeles y perdió la mirada en el techo, como sumergido en sus propios pensamientos.—¿No serían esos animales esenciales para recrear nuestro medio ambiente, verdad?

—Sí, pero allí clonan millones de esos bichos todos los días.

Doug empezó a juguetear de nuevo con el pisapapeles.

—Ésa no es la cuestión, hijo. Es el último episodio de todo un culebrón. Tienes doce años, puedo entender que hagas trastadas y que en la escuela no rindas todo lo que deberías, es natural a tu edad. Por eso es por lo que los maestros nos mandan informes, para que nos encarguemos de que hagas tus deberes y para que te castiguemos cuando te mees en las cámaras de seguridad del museo. Lo que no me parece normal es el cariz que están tomando las cosas. Lawrence, muestras una insultante falta de respeto por todo lo que estamos haciendo en este mundo. Es como si resucitar la ecología no fuera contigo. ¿Es que no te gustaría poder salir de las cúpulas en camiseta y pantalón corto? ¿No quieres que crezca la hierba en los desiertos ni ver renacer los bosques?

—Claro que sí. —Todavía le estaba dando vueltas a lo de haberse meado en las cámaras, no sabía que su padre se había enterado.

—¿Entonces por qué no lo parece? ¿Por qué lo que haces demuestra lo contrario? ¿Por qué no dejas de tocarle las narices a todo el mundo, incluida tu madre, que ya sabes que está embarazada y que no puede soportar tus absurdas payasadas?

—Sí que pienso en la gente. Hoy he visto una nube.

—Y también has tirado de la palanca de emergencia del autobús. Sí, ahí estuviste soberbio.

—Fue fantástico. Me encanta esa parte de la ecología.

—En fin, supongo que por algo hay que empezar.

—Es que... Sé lo importante que es el Insolación para Amethi y de verdad que admiro todo lo que McArthur está haciendo aquí. Pero no me llama tanto como te puede llamar a ti.

Doug Newton agarró el pisapapeles con la mano izquierda y miró fijamente a Lawrence, enarcando una ceja.

—Si no recuerdo mal, te vescribimos para optimizarte el cuerpo y la mente. Creo que no especificamos rasgos que te permitieran vivir desnudo,

y solo en un planeta isostático. De hecho, estoy seguro de ello.

—Pero papá, yo no quiero vivir en Amethi. Al menos no todo el tiempo —añadió apresurado—. Quiero trabajar en las operaciones interestelares de McArthur.

—Ah, mierda.

Lawrence se quedó boquiabierto. Era la primera vez que oía jurar a su padre. En ese momento le quedó muy claro que se había hundido hasta el cuello en un pozo de... mierda.

—¿En las operaciones interestelares? —repitió Doug Newton—. ¿Tiene esto algo que ver con esa estúpida serie que estás viendo siempre?

—No, papá. Veo *Destino: Horizonte* porque me interesa. Solo es ficción. Pero es lo que quiero hacer. Sé que me puedo especializar, saco buenas notas en todas las asignaturas que se necesita aprobar para acceder al entrenamiento de vuelo. He accedido a los paquetes de la aplicación y a la estructura de la carrera.

—Lawrence, somos una de las familias del Consejo. ¿Es que no lo entiendes? Ocupo un puesto en el Consejo de McArthur. Yo. Tu querido padre. Tomo decisiones que afectan a todo el planeta. Es tu futuro, hijo mío. Quizá no he insistido en ello tanto como debería, puede que no le diera importancia porque quería que crecieras como un niño normal, sin tener siempre esa idea condicionando tus actos. Pero así son las cosas y en el fondo sé que lo sabes muy bien. Quizá sea eso lo que te fastidia. Bien, pues lo siento, hijo, pero eres príncipe heredero de esta tierra prometida que nos ha tocado. Sé que no es fácil, pero ten por seguro que ganas más de lo que pierdes.

—Siempre puedo regresar y convertirme en miembro del Consejo. No puede haber mejor entrenamiento para ello que capitanear una nave.

—¡Lawrence! —Doug Newton se contuvo y resopló—. ¿Por qué actúas como si te acabara de decir que Papá Noel no existe? Escúchame bien. Entiendo que pueda parecer que pilotar una nave espacial es lo más grandioso. Pero no lo es, ¿de acuerdo? Puedes ir de Amethi a la Tierra y luego de la Tierra a Amethi. Pero nada más. Seis semanas encerrado en un módulo presurizado comiéndote los pedos de los demás y sin poder abrir las ventanillas. Hasta lo de llamar tripulación al personal es un eufemismo. Sus miembros o controlan un S A o son mecánicos especializados en técnicas de mantenimiento de ingeniería durante caída libre. Tú puedes

manejar un SA aquí, seguro y cómodo en una oficina o en el banco de un parque. Si permaneces en la cabina de una nave durante un periodo de tiempo prolongado, tu cuerpo sufrirá. Aquí disponemos de medicamentos para curarte cuando tus huesos se esponjen, cuando tu corazón se debilite y cuando sientas que toda la sangre del cuerpo se te ha coagulado en la cabeza. Ellos como mucho te pueden quitar de la cabeza la obsesión de suicidarte, Dios sabe que demasiados de nosotros sucumbieron a ella. Yo odiaba ir a la Tierra y volver, me pasaba todo el tiempo vomitando, de tantos tumbos que daba tenía tantos moratones que parecía que en vez de montarme en una nave me subía a un ring de boxeo y además era imposible conciliar el sueño. Pero un viaje de vuelta a la Tierra es otra historia, se puede aguantar. Si permaneces ahí arriba diez o quince años, aunque descanses en el planeta durante temporadas largas, los efectos se van acumulando. Son los daños típicos. Por no hablar del exceso de radiación. La radiación cósmica te hará trizas el ADN. Y esto sólo es el lado positivo; no voy a contarte lo que te puede ocurrir si te metes a ingeniero del espacio exterior. Si crees que no hablo en serio o te parece que lo pinto más negro de lo que es en realidad, no tienes más que consultar las tasas de mortalidad y la esperanza de vida de las distintas tripulaciones. Te daré acceso a los archivos confidenciales de McArthur si quieres seguir adelante.

—No son esos los vuelos interestelares que a mí me interesan, papá. Quiero tripular las naves que se envían a explorar el espacio desconocido.

—¿Ah, sí?

A Lawrence no le gustó la sonrisa burlona de su padre, implicaba cierta victoria.

—Sí.

¿Descubrir nuevos planetas que colonizar, establecer contacto con alienígenas inteligentes y esas cosas? —Eso es.

—Cuando te colaste en la red y accediste a la solicitud para hacerte tripulante, ¿por casualidad se te ocurrió mirar a ver cuántas de nuestras naves se utilizan para exploración interestelar? Viene en el mismo bloque de información.

No lo dice. Esa parte de las operaciones se dirige desde la Tierra. —Vio cómo se ensanchaba la sonrisa de su padre—. ¿No?

—Nada se dirige desde la Tierra, hijo mío, desde 2285. En cualquier caso, McArthur canceló todas las misiones de exploración interestelar en

2230. Desde entonces no hemos lanzado ni una sola nave. ¿Sabes por qué?

Lawrence no podía creer lo que estaba oyendo, debía de ser un complot para que se esforzara más en la escuela o algo por el estilo.

—No.

—Porque es demasiado caro. Cuesta una fortuna construir las naves y otra lanzarlas. Y digo fortuna. No obtenemos ningún beneficio por pasear por este segmento de la galaxia. Es como tirar el dinero a un agujero negro.

—¡Tenemos Amethi!

—Vaya, por fin se te ve un poco orgulloso de tu planeta. Pues sí, tenemos Amethi; también están Anyi, Adark y Alagon. De ahí lo de 2285. Debíamos tirar el lastre. La colonización cuesta un dinero que los accionistas de la Tierra nunca verán regresar. No vamos a fabricar un producto comercial, transportarlo a distancias interestelares y venderlo por menos de lo que cuesta producirlo localmente. La inversión debe hacerla la Tierra. No había forma de que McArthur pudiera financiar cuatro planetas, de manera que vendimos tres de ellos a Kyushu-RV y a Heizark Interstellar Holdings en operaciones de fusión. Así redujimos la deuda que se estaba creando al tiempo que entregamos otros bienes a diversos *holdings* y reasignamos la propiedad accionarial mayoritaria del núcleo de la compañía a los habitantes de Amethi. Lo cierto es que fue algo innovador, varias compañías nos copiaron después. El resultado es que el cincuenta y ocho por ciento de las acciones de McArthur es propiedad de los pobladores de Amethi. La compañía de la Tierra, con todas sus fábricas y sus servicios financieros, tiene una única finalidad, financiar Amethi. También aporta a los accionistas de la Tierra el dividendo final de la emigración; es como un plan de pensiones y beneficios de última generación.

—Pero ahí fuera quedan tantas cosas por ver y comprender. —No, ya no queda nada, hijo —aseguró su padre con firmeza—. Al principio de la era interestelar las agencias espaciales del gobierno enviaban naves a todos los tipos de estrellas para recoger muestras. Hemos examinado todas las anomalías estelares posibles y hemos descubierto más planetas de los que la raza humana podrá explorar nunca. Hemos salido ahí fuera y lo hemos visto todo. Se ha terminado. Ahora toca beneficiarse de todos esos conocimientos, sacrificios y gastos. Es la edad dorada. Disfrútala.

—Entonces hablaré con otras empresas para solicitar unirme a sus programas de vuelos interestelares.

—¿Hola? Amethi llamando a Lawrence. ¿Es que no has oído nada de lo que te he dicho? Hijo, nadie explora nada ya. Ya no queda nada por descubrir. Por eso en tu escuela se imparten los cursos que te permitirán dirigir este planeta. Debes aprender lo que se necesita para completar el proceso de terraformación. Tu futuro está aquí y quiero que empieces a centrarte en él desde ya. Hasta ahora he tolerado todas tus tonterías, pero ya se te ha acabado el cuento. Es hora de que empieces a ponerte a la altura de lo que esta familia espera de ti.

OceanofPDF.com

Capítulo 4

—La Iglesia Final había elegido aquel mundo para erigir su Templo Supremo porque este estaba cerca de la nebulosa de Ulodan, conocida por su inusitada oscuridad. Por lo general, las nebulosas son los cuerpos celestes más gloriosos. Son espesos y retorcidos ciclones de gas y polvo que alcanzan varios años-luz de un extremo a otro, tan grandes que a menudo albergan varias estrellas en su interior. La luz que emiten esas estrellas las hace brillar con fluorescencia, lo que envuelve al polvo y al vapor en un resplandor escarlata o violeta o esmeralda. No era el caso de la nebulosa de Ulodan. Esta estaba compuesta principalmente de polvo de carbón, negro como el vacío intergaláctico. Contenía estrellas, incluida una muy famosa, el hogar de los mordiff, pero eran invisibles desde el exterior. No se veía ningún resplandor, ni siquiera una leve luz trémula. El Imperio del Anillo lo llamaba la nube de los muertos, sobre todo desde que su nave de exploración encontrara el planeta de los mordiff. Para la Iglesia Final, era perfecta. Si desde su planeta miraban al cielo, veían cómo la nebulosa de Ulodan eclipsaba la mitad de los soles del núcleo. Parecía como si los estuviera devorando.

»La nave de Mozark aterrizó allí el quinto año de viaje. Supongo que era inevitable que acabara visitando la Iglesia Final en algún momento de la odisea. Todo el mundo se plantea sus inclinaciones religiosas en algún momento de su vida, y Mozark no era una excepción. Dejó la nave en el puerto espacial y se dirigió a la ciudad del Templo Supremo. Durante las semanas posteriores mantuvo diversas reuniones con los sacerdotes que lo administraban. Se mostraban encantados de recibirlo, puesto que todos eran personas. Pero, cómo no, en el caso de Mozark se esforzaron más. Era el

príncipe de un reino de un sector del Imperio del Anillo donde había pocas iglesias, y Mozark deseaba iluminar a todo su pueblo. Bajo sus auspicios podrían convertir muchos nuevos mundos a la causa verdadera.

—¿A qué causa, señorita? —preguntó Edmund—. ¿Creían en Buda o en Jesús o en Alá?

—No. —Denise se rió y se pasó la mano por su pelo recién cortado—. Nada de eso. Debéis recordar que el Imperio del Anillo era una civilización muy antigua. No eran creyentes que afirmaran haber hablado con Dios, ni ser parientes suyos, ni tener que cumplir una misión divina para iluminar el universo. Ni siquiera estoy segura de que «Iglesia» sea el término más apropiado para definir lo que la Iglesia Final representaba. En realidad era una especie de física evangélica. Al contrario que todas nuestras religiones, su doctrina no contradecía en ningún aspecto a la ciencia, era imposible poner en duda sus enseñanzas a medida que la gente iba aprendiendo y comprendiendo más sobre el universo. De hecho, eran un producto de ese conocimiento que había permitido al Imperio del Anillo desarrollar su fabulosa tecnología. Adoraban, por decirlo de alguna manera, al corazón negro de la galaxia.

Los niños resoplaron sorprendidos. Se oyeron algunas risitas tontas.

—¿Cómo podían no adorar nada, señorita? Habías dicho que el corazón de la galaxia es un agujero negro.

—Así es —asintió Denise—. Eso es lo que es. Un gigantesco agujero en el que aquello que cae jamás regresa. Ya ha devorado millones de estrellas y algún día terminará por engullir toda la galaxia. Pero tardará billones y billones de años. Por eso la Iglesia Final lo veneraba y lo estudiaba. Porque al final en el universo solo quedarán agujeros negros. Consumirán galaxias y superracimos de estrellas. Hasta el último de los átomos quedará atrapado en su interior y después se fundirán para formar uno solo. ¿Y después...? —preguntó incitándoles a exponer sus conjeturas.

—¿Qué? —gritaron con ansia unas doce boquitas deseosas.

—Por eso se fundó la Iglesia Final, por la incertidumbre. Algunos de los astrofísicos del Imperio del Anillo decían que el día en que los agujeros negros se fundan en uno solo nacerá un nuevo universo, mientras que otros afirmaban que será el final de la existencia para siempre jamás. La Iglesia Final quería gente que creyera que tras la fusión se formaría un nuevo universo. Como veis, puesto que todo el universo acabaría engullido por

los agujeros negros, creían que podrían influir en el resultado. En el interior de estos abismos, la materia se desmigaja hasta que deja de existir pero la Iglesia Final consideraba que la energía podía mantenerse dentro, bien permaneciendo en la materia desintegrada o bien de alguna manera independiente. Querían que se pensara que era posible. En forma de alma, por ejemplo. Querían arrojar almas al interior del corazón negro para que cuando llegara el fin de los días y el perfecto orden del espacio y el tiempo se sumiera en el caos hubiera un propósito.

«Entonces, como os habréis imaginado, esto le interesó mucho a Mozark. La sola idea le deslumbró: encargarse de la continuidad de la existencia. Era algo a lo que el reino se podía dedicar con ganas e ilusión. Pensó que también le interesaría a Endoliyn. Pero después le empezaron a entrar dudas, las típicas dudas que rodean a todas las religiones, por muy racionales que sean sus cimientos. La vida es una consecuencia natural del universo; creer que puede influir en el final de los tiempos de manera artificial es un gran artículo de fe. Mientras más vueltas le daba, más le parecía que el evangelio de la Iglesia Final se basaba en la intervención divina. El primer sacerdofísico tenía unas ideas muy fijas y, cegado por su vanidad, pretendía que todo el mundo estuviera de acuerdo con él. Mozark no pensaba que pudiera actuar igual que él, mucho menos con su propio reino. A pesar de toda su grandeza, la vida es algo diminuto. Dedicarla a una misión que no se sabía si sería de alguna utilidad dentro de cientos de billones de años era algo que exigía demasiada fe. No sería sensato dedicar la vida al servicio de la Iglesia Final, más bien sería desperdiciarla. No era eso lo que Endoliyn quería.

»De nuevo, Mozark regresó a su nave y dejó el planeta de la Iglesia Final para continuar con su viaje. Rechazó la abstracta espiritualidad de la Iglesia Final con la misma firmeza con la que se opuso a la devoción al materialismo de La Ciudad.

Denise miró a su pueril audiencia. No mostraban el mismo entusiasmo que cuando les habló de las maravillas de La Ciudad. Tampoco era de extrañar, pensó reprendiéndose a sí misma, eran demasiado pequeños para escuchar sermones.

—Un día de estos —dijo con una voz susurrante y misteriosa que recuperó enseguida la atención de los niños— os hablaré sobre el planeta de los mordiff y os contaré su trágica y espeluznante historia.

La del planeta de los mordiff era otra de esas leyendas del Imperio del Anillo que hacía que los niños temblaran de terrorífica diversión cada vez que les hablaba de él. Las pocas pistas que les había ido dando habían ido dando forma a un extraordinario infierno infestado de monstruos armados hasta los dientes. Denise pensó que no era la mejor descripción pero, de todos modos, le venía de perlas para asustarlos y hacer que recogieran el jardín antes de irse a casa.

Después de trabajar, Denise cogió un tranvía para ir al distrito de Nuevomercado. Era un trayecto de veinte minutos; poco a poco fue dejando atrás los sólidos edificios que se apiñaban alrededor del puerto y de los muelles hasta llegar a los suburbios donde se ensanchaban las carreteras y las tiendas y bloques de apartamentos tenían austeras fachadas lisas. Se veían enormes vallas publicitarias adheridas a los edificios de las esquinas; ya no eran pantallas de sábana sino simples carteles de papel. Las carreteras secundarias estaban bordeadas de interminables hileras de casas casi idénticas, con sus enjalbegadas paredes de hormigón desconchadas y debilitadas por la acción del salitre y sus jardincitos repletos de helechos y palmeras.

Se apeó a una parada del emporio y caminó. Allí no había turistas, solo locales. Paseó con despreocupación, parándose de vez en cuando frente a los escaparates. Todos los bares que estaban abiertos tenían mesas y sillas a la entrada; los clientes preferían el interior, donde había poca luz y la música estaba alta. En las oscuras entradas flotaba un aroma de marihuana y *redshift* tan espeso y dulce que se lo imaginó derramándose sobre los escalones como una oleada de nieve carbónica.

Justo cuando fue a entrar a un bar salió una tríada a la calle, tambaleándose, parpadeando y protegiéndose los ojos al tiempo que se desplegaban las sombrillas de sus puentes nasales dorados. Se reían con el atolondramiento típico de alguien que no puede estar más colocado. Eran dos hombres de veintitantos años, fornidos trabajadores manuales de algún tipo, a juzgar por los monos que llevaban puestos, y una mujer. Esta estaba entre ambos y los agarraba por la cintura. Ni tenía buen tipo ni era muy guapa. Su lengua brilló a la luz del sol al chuparle la oreja a uno de los

hombres, chillando de placer. El hombre la cogió con fuerza del culo, que apretó con lascivia.

Denise se paró en seco y se apartó. Pese al sol y la humedad, se había quedado congelada. Se maldijo a sí misma, a su debilidad. La habían cogido desprevenida. Ella lo veía así: los dos machos arrastrando a la hembra. Sexo inminente. La risa indistinguible de los gritos.

«Idiota», pensó insultándose a sí misma. Sintió unas ganas terribles de abofetearse. A ver si entras en razón, hija. Lo hubiera hecho de no haber estado en un lugar público.

Era una locura que su cuerpo fuera tan fuerte cuando su mente era tan enclenque. No era la primera vez que se preguntaba si Raymond y Josep habrían solicitado que les realizaran nuevas y sutiles alteraciones neuroquímicas. La psicología humana dependía en gran medida de la manipulación química. Nadie toma drogas para que le hagan efecto.

Cuando la tríada desapareció al doblar la esquina, Denise logró seguir caminando. Hasta que no respiró hondo un par de veces y no se puso firme, no consiguió que su cuerpo traidor recuperara el equilibrio.

Un techo abovedado de cristal abarcaba toda la superficie del emporio, que tomaba forma de crucifijo al extender sus galerías a unos metros de la entrada. En el interior, el aire acondicionado carecía de humedad y polvo. De los altavoces de las tiendas abiertas llegaba una música que amplificaba la arenga publicitaria que los propietarios gritaban sin descanso. En la parte delantera, la mayoría de las tiendas eran fuentes de proteínas; cogían células proteínicas brutas de las refinerías de alimentos de la ciudad y las mezclaban con distintos carbohidratos y otros compuestos básicos para producir sucedáneos de los alimentos terrestres. Los verduleros mostraban coloridos globos que intentaban hacer pasar por fruta y verduras, los carniceros exhibían pseudo-filetes de toda clase de animales, desde ovejas hasta avestruces, y los pescaderos tendían brillantes tajadas de carne blanca sobre hielo picado. También había tiendas donde se vendía pasta fresca, pan recién horneado, arroz, curry, diversas clases de quesos, chocolate, tés y cafés exóticos. A medida que iba caminando se iba encontrando con cada vez más aromas tentadores. Mucha gente se detenía para regatear el precio de los productos o a comprobar su calidad.

Denise se abrió paso hasta la parte trasera del mercado, donde estaba Likeside, una tienda de, bicis. Al igual que cualquier otra tienda de bicicletas del universo, la zona de la entrada estaba repleta de bicis, algunas

de las cuales todavía no habían sido desembaladas, y después tenía un mostrador que impedía el acceso al taller, que estaba repleto de herramientas y pequeñas cajas de recambios. Había tres áreas de reparación principales, distribuidas alrededor de unos complicados bancos que sujetaban las bicis a la altura del pecho. Estaban ocupados con máquinas en diversos estados de montaje sobre las que estaban trabajando los mecánicos. En Memu Bay, la bicicleta era un medio de transporte muy extendido, de modo que el negocio del ciclismo era uno de los más activos.

Mihir Sansome, el subdirector, levantó la cabeza y dejó de lado la bicicleta de niño en la que estaba trabajando.

—Hola. —Denise le saludó con una brillante sonrisa—. ¿Ha llegado ya mi pedido?

—Creo que sí —Mihir miró a sus dos compañeros y luego a Denise, sonriendo con cierto nerviosismo.

Denise se le quedó mirando fijamente, casi a modo de reproche.

Mihir carraspeó.

—Voy a comprobarlo. —Regresó al taller y cogió una caja que había en su banco de trabajo—. Veamos. Horquillas de suspensión frontales. Cinco juegos.

—Gracias. —Denise puso el metálico sobre el mostrador, separándolo en dos montones. Mihir hizo ver que metía la tira de la caja de la bici en la caja registradora, en la que también guardó cinco billetes. Después dobló con maestría el fajo más grueso y se lo guardó en el bolsillo sin que sus compañeros le vieran. Metió la caja de la bici en una bolsa de plástico y se la dio a Denise.

Mientras caminaba de vuelta por el emporio, no pudo evitar sonreír. Mihir no era ni de lejos un buen actor, pero la tienda de bicicletas, con sus autoclaves y sus soldadores catalíticos, resultaba de lo más útil. Apenas había peligro de que alguien se percatara de sus costumbres. Y aunque sus compañeros o el director le hicieran preguntas, pensarían que se trataba de algún tipo de estafa de la que Mihir solo era una víctima. Esa era la belleza de los grupos clandestinos organizados en células: aparte del cerebro, nadie conocía a nadie.

En el peor de los casos, las autoridades descubrirán esa célula pero a las demás no les pasará nada. Por sí solos, los artículos que Mihir le había ido suministrando a la célula a la policía no le servían de nada. Quizá pudiera

describir a Denise, pero por lo que él sabía, ella solo era una mensajera. Mihir había sido reclutado por miembros de otra célula, a quienes había llegado la información de que su primo había muerto durante la invasión. Después de ganarse su confianza, le preguntaron si podía ayudar a amargarle la vida a la próxima fuerza de ocupación. No le costaría nada, el movimiento estaría encantado de remunerarle por las molestias. En cuanto accedió, el único contacto que mantuvo con la célula fue a través de paquetes codificados que contenían especificaciones. Y de Denise.

Si esto hubiera sido un movimiento radical normal, entonces hubieran empleado un mensajero de bajo nivel para recoger la caja. Esto era un poco distinto.

Los datos añiles iban atravesando su campo de visión mientras el Principal de su perla de anillo rastreaba el banco de datos para interceptar los mensajes a tiempo real de la policía. Había cientos; la mayoría eran comunicaciones rutinarias y confirmaciones de localización, unas cuantas operaciones especiales del departamento de investigación. Ninguna relacionada con ella.

Aun así, no les quitó ojo a los demás peatones, se fijó en los pocos coches y furgonetas que había aparcados y observó a los ciclistas. Nadie parecía interesado en ella, excepto un par de muchachos. Eso era lo interesante de los operativos de vigilancia, los sospechosos eran los más normales.

Aparte de ella solo había dos personas en el tranvía. Hizo trasbordo dos veces antes de llegar al taller, segura de que nadie la había seguido. Era uno de los doce talleres idénticos de un edificio de dos plantas diseñado para albergar industria ligera El lugar tenía un aspecto de lo más ruinoso, con ventanas protegidas por un brillante blindaje o por paneles de madera. El leve silbido del aire acondicionado se oía a lo largo de toda la estrecha calle desierta que llevaba a las dársenas de carga traseras. Había pilas de cartones residuales junto a varias de las puertas enrollables. Nunca había visto a nadie sacar la basura fuera, ni que la recogieran los operarios del ayuntamiento. Sin embargo, el tamaño y la posición de los montones cambiaban cada semana, de manera que había alguien más que utilizaba los talleres.

Denise ordenó a su perla de anillo que barriera la red de seguridad del taller, que informó de que el perímetro era seguro. Pasó la mano izquierda sobre el sensor de la cerradura y abrió la puerta. Entró en una espaciosa

habitación de paredes de hormigón, vacía aparte de por un largo banco de carpintería de madera que habían colocado en el centro y por una estantería metálica que abarcaba la mitad de la pared de la dársena de carga. Habían tapado con ladrillos tanto las ventanas como la puerta enrollable y las habían reforzado con red de carbono.

Josep ya estaba sentado en el banco; estaba puliendo cilindros de acero inoxidable en un torno programable de haz de electrones.

—¿Lo tienes? —preguntó.

—Espero que sí. —Puso la caja sobre el banco y rompió el sello. Dos docenas de cilindros negros salieron rodando. Ambos los examinaron.

Mihir había fabricado unos tubos ligeramente cónicos de boro-berilio de diez centímetros de largo. El extremo más estrecho estaba abierto, mientras que la base estaba sellada, con un agujero en el centro y un reborde exterior. Denise se preguntaba si Josep sabría que estaba haciendo casquillos de bala. La forma era obvia, aunque la composición ultra-resistentente podía dar lugar a confusiones.

—No está mal —dijo Josep. Estaba midiendo los casquillos con un calibre, el *display* de cristal líquido se volvía borroso al acercarse a la base —. Nada mal. Tiene las dimensiones especificadas.

—Voy a empezar a llenarlos —dijo Denise. Los casquillos eran el último componente. Ya tenían los casquillos, las cabezas y el explosivo enriquecido. Junto con el rifle que habían ido montando, un solo disparo bastaría para atravesar con limpieza un Cuero desde unos dos kilómetros de distancia.

El rifle solo era una de las armas que pensaban utilizar. Las células que había distribuidas por toda Memu Bay estaban reuniendo otras armas y trampas explosivas. Pequeñas piezas que unidas formarían una combinación letal. Esta vez, cuando llegaran los invasores, el movimiento de resistencia estaría allí para convertir su vida en un infierno.

El pelotón 435NK9 tuvo que esperar durante cinco horas en la sala de tránsito de la base. A Lawrence no le importaba: había aire acondicionado, tenía un chip de memoria cargado con una buena librería multimedia, la máquina de bebidas era gratis, habían empezado a pagar los sueldos de

tiempo de misión aquella misma mañana... el paraíso de cualquier recluta. Estiró las piernas sobre tres sillas y descansó mientras la enorme pantalla de sábana de la sala repetía una y otra vez los mismos mensajes sobre el retraso del programa y los requisitos del servicio mecánico. En algún punto de la tórrida pista de despegue, los equipos de mecánicos se asomaban con aire socarrón a las ventanillas de inspección del avión espacial que les habían asignado, intentando averiguar de cuál de los cincuenta mil subcomponentes se quejaría el piloto de SA. Los pilotos de SA controlaban de manera ininterrumpida los parámetros de hasta el último de los componentes y comparaban los resultados con los requisitos de funcionamiento de la Agencia Aeroespacial Civil Internacional. Lawrence había oído que las compañías operadoras solían reiniciar la electrónica de sus vehículos con programas de SA descartados de la instalación primaria del fabricante, lo que proporcionaba algo más de flexibilidad a la hora de determinar lo preparados que estaban para volar. La ley escrita de la AACI implicaba enormes costes de mantenimiento.

Si un piloto de SA de Z-B solicitaba reparaciones antes de iniciar el vuelo, a Lawrence le encantaba llevar a cabo el proceso. Era vital para el avión espacial.

Su pelotón no soportaba tan bien la espera forzosa. El que peor lo llevaba era Hal Grabowski, el miembro más joven, que acababa de cumplir diecinueve años. Las horas de vuelo de Hal se limitaban a las de un vuelo transoceánico subsónico a Australia y a cinco viajes cortos en helicóptero durante la última fase de su entrenamiento. Nunca había subido a un avión espacial ni, mucho menos, había experimentado la sensación de caída libre. Estaba ansioso por realizar su primer vuelo espacial y no dejaba de rondar por la sala en busca de alguna señal de que podían embarcar. Sus ganas revelaban asimismo que tampoco había prestado nunca servicio activo. No conocía la milenaria máxima de las fuerzas armadas: nunca voluntario.

—¡Ya llevamos aquí tres horas! —se quejó el muchacho—. Puta mierda. Eh, chicos, si no lo arreglan, ¿nos darán pronto otro avión, verdad?

—Sí, eso espero —murmuró el cabo Amersy. Ni siquiera levantó la vista de la pantalla de su tarjeta de reproducción de medios.

Hal agitó los brazos con desazón. Se fue a molestar a otro. Amersy levantó la cabeza, vio la espalda del muchacho y después se giró para sonreír a Lawrence. Ambos agitaron la cabeza al unísono. Amersy era por lo menos diez años mayor que Lawrence, aunque lo único que evidenciaba

su edad era su escaso pelo. Se preocupaba mucho por mantenerse en forma, por lo que pasaba largas horas en el gimnasio de la base. Una buena forma física era un requisito indispensable que Z-B exigía a todos los reclutas de la División de Seguridad Estratégica. Amersy nunca pasaría de cabo, no tenía ni las acciones suficientes ni los contactos necesarios. No le importaba; su posición le permitía cuidar bien a su familia, de manera que se esforzaba por no perderla. Eso favorecía a Lawrence porque Amersy era el cabo más digno de confianza de toda la Tercera Flota.

Solo su rostro evidenciaba su larga experiencia en primera línea durante las campañas de captación de bienes. Tenía magullada buena parte de la piel de la mejilla izquierda por debajo de la oreja, a consecuencia de la explosión de una bomba de gasolina que le había traspasado el casco hacía quince años, durante la campaña de Shuna, antes de que los Cueros alcanzaran el nivel de protección que ofrecerían años más tarde. Aun así, las secuelas no deberían haber sido tan visibles, sobre todo dado el oscuro color de ébano de la piel de Amersy. Pero aquel día el hospital de campaña de la Tercera Flota se encontraba inundado de víctimas; al final de un turno de veintidós horas, el médico de urgencias había empezado a aplicar virales de regeneración dérmica un tanto precipitadamente. El medicamento cumplió su cometido, infiltrarse en la dermis e implantar material genético nuevo para reconstruir la epidermis de la zona abrasada. Por desgracia, los genes contenidos en los virales estaban diseñados para un caucásico. Amersy tenía blanca la mitad de la mejilla, como si le hubiera salido un tumor liso.

Amersy dejó que los novatos le gastaran una broma al respecto. Hal, cómo no, hizo un segundo chiste. El muchacho era más alto incluso que Lawrence, pasando de los dos metros, y su musculatura era tan robusta como un traje de Cuero. No le servía de mucho, una vez aterrizaron mal y anduvo renqueando durante una semana. Desde entonces Hal mostró un gran respeto hacia el cabo; era la única lección que había aprendido durante las nueve semanas que hacía que se había incorporado al pelotón.

—¿No va a haber azafatas? —le preguntó a Edmond Orlov—. Ya sabes, chochetes calientes.

—Es un puto vuelo militar, subnormal —gruñó Edmond—. A los oficiales y a la dirección se la comen gratis. Tú tienes que conformarte con tirarte a Karl.

Karl Sheahan levantó la cabeza y abrió los ojos. Las tenues siluetas de colores que se movían por sus membranas optrónicas se desvanecieron. Les hizo un corte de mangas.

—¿Y en la nave? —insistió Hal—. ¿No va a haber tías en la tripulación?

—No tengo ni puta idea. Además, aunque toda la tripulación sean mujeres, te dará exactamente igual. A la tripulación solo les dan lo mejor, de manera que hasta su puta cafetera será más guapa y lista que tú.

—Ah, tío, qué pena. Quiero decir, ¿cuántas veces se le presenta una ocasión así a un hombre? Según mis cálculos, participaré en seis campañas, puede que siete. Lo que suma un total de catorce vuelos espaciales. No quiero desperdiciar ninguno, sería un crimen.

—¿Desperdiciarlos cómo?

—Pues teniendo un accidente, tío. Cayendo en picado en medio del caos. Entrando en una montaña rusa aérea. —Apretó los puños y los alzó, suplicante—. ¡Quiero follar en gravedad cero, tío! En todas las posiciones prohibidas al cuerpo humano. Puta mierda. No consigo quitármelo de la cabeza.

—Cierra el pico, pervertido. No habrá nada de eso. Toda esa mierda sólo es un sueño publicitario que comenzó cuando empezaron a organizar excursiones turísticas orbitales. ¿Lo coges? Te da vueltas la cabeza y echas la pota. Te golpeas con todo y se te abren todos los esfínteres. Y digo todos. Así que será mejor que te olvides del tema y que nos dejes en paz a todos.

Hal se apartó, ofendido. Edmond era lo más parecido a un amigo que tenía en el pelotón. Muchas noches habían ignorado el toque de queda para bajar juntos al Club de Cairns.

Lawrence esperaba en silencio a ver si el muchacho se callaba de una vez. Había diez pelotones más esperando con ellos en la sala, todos entusiasmados con el vuelo. No tardarían en entrar en combate. No quería empezar a dar órdenes al chico antes de que hubiera comenzado la misión. Ninguno de los demás resultaba tan molesto, pero eran mayores, además la mitad tenían familia, lo que apaciguaba su lado más salvaje. Y todos habían combatido juntos.

Hal se acercó a una de las enormes ventanas de imagen, pegó la cara y miró ansioso a ver los colosales aviones espaciales que conseguían despegar. Le dio un trago a su lata de *Coca-Cola*.

—Hal, deja de beber —dijo Amersy—. Será mejor que no tengas líquidos en el estómago cuando entremos en órbita. Vomitarás por mucho que te quieras aguantar.

Hal miró la lata. La tiró al aire y le dio una patada para lanzarla a la papelera más cercana. No podía protestar de otra manera.

Lawrence pensó que el muchacho estaría a la altura, solo que necesitaba que lo guiaran en los primeros encuentros para empezar a actuar con cautela. Era una lástima que no tuviera una novia fija, eso siempre servía como relajante. Pero como tenía diecinueve años no pensaba más que en tirarse a todas las zorras que consiguiera impresionar con sus musculitos y su tarjeta de crédito.

Después de cuatro horas y media de espera, la pantalla de sábana de salidas indicó que el estado del vuelo era de embarque. Hal gritó de emoción y agarró su macuto. Los demás miembros del pelotón 435NK9 se levantaron con pesadez de sus asientos y se dirigieron hacia la puerta indicada. Su avión espacial iba entrando poco a poco en la dársena de salida mientras ellos se aglomeraban en el mostrador de acreditación.

El avión espacial Xianti 5005h3 era un vehículo comercial tierra-órbita de eficacia probada; la Compañía Astronáutica de Pekín sacó primero la marca original 5005a en 2290. Desde entonces se fueron sucediendo cerca de cuarenta variantes a medida que el fabricante fue ampliando la capacidad y puliendo detalles. Desde entonces la capacidad se ha incrementado de ciento quince pasajeros a doscientos, mientras que la actual marca de transporte de mercancías puede transportar setenta toneladas a cuatrocientos kilómetros. Visto desde arriba, el 5005h3 era un alargado triángulo de ciento veinte metros de largo y cien metros de envergadura. El ochenta por ciento del volumen lo ocupaban los tanques de combustible. El fuselaje de carbono-litio tenía una amplia sección central de elegantes curvas que lo unían con limpieza a las alas, cuya suavidad contrastaba fuertemente con los afilados bordes anteriores. A un tercio del inicio de la panza tenía una compuerta de entrada oval con un módulo sobresaliendo varios metros del borde.

Los distintos brazos mecánicos se retiraron de la dársena de salida, llevándose consigo las tuberías y los cables que habían estado conectados al estómago del Xianti. Los técnicos, vestidos con trajes ignífugos plateados, correteaban por debajo de la nave inspeccionando los enormes *bogies* de las ruedas y controlando el proceso de llenado de los tanques. De

la boquilla que sobresalía de la parte superior de una alta torre de vigas que había en un extremo de la dársena emanaba en silencio vapor blanco que se disipaba enseguida al contacto con la cálida brisa. Era la única señal de que el avión espacial consumía combustible criogenizado. El aire no se condensó sobre el fuselaje mientras enfriaban y llenaban los tanques de a bordo.

Había un par de miembros de la división de vuelo espacial de Z-B detrás del mostrador de acreditación repartiendo cascos protectores de plástico negros, similares a los de los ciclistas. Se aseguraron de que todo el mundo se ponía el suyo antes de embarcar. Al final de la pasarela sellada se veía una ventanita mugrienta desde la que se veía el gigantesco vehículo. Fue la última vez que Lawrence vio el avión espacial; sus titánicas alas azules plateadas eran la única señal de toda la energía que iba a echar a volar. Según iba avanzando no pudo evitar sentir, como en tantas otras ocasiones, cierta envidia; deseaba ser él el piloto que elevara aquel monstruo descomunal más allá de la atmósfera, al espacio exterior, la libertad. Solo que, tal como el paso de los años le había ido enseñando desde que saliera de Amethi, no era una libertad auténtica. Siempre llega un momento en que debes regresar a la Tierra. Aquel deseo era el maravilloso engaño que le había costado veinte años de su vida.

La cabina del Xianti se parecía mucho a la de una nave normal. La misma moqueta desgastada azul verdoso, no solo en el suelo sino también sobre las paredes y el techo; casilleros de plástico gris claro sobre los asientos, fuerte iluminación, pequeñas boquillas de ventilación que expulsaban un aire seco un par de grados más frío de lo ideal. Sin embargo, se podía estar de pie sin problemas y las sillas, que tenían un mullido acolchado de gelespuma, estaban bastante separadas. Solo faltaban unas ventanas.

Lawrence se aseguró de que el pelotón guardara sus macutos y de que se abrocharan los cinturones antes de abrocharse él el suyo. Las pantallas de los respaldos de los asientos proyectaron unas breves secuencias de instrucciones de seguridad, Lawrence las ignoró. No era por indiferencia sino más bien por pragmatismo. Durante el despegue el avión espacial elevaría casi quinientas toneladas de hidrógeno criogenizado. Alarmarse no le ayudaría a sobrevivir.

El Xianti rodó hasta el extremo de la pista y el piloto humano preparó el SA para el lanzamiento. Los cuatro turborreactores *Rolls-Royce* RBS8200

aceleraron al máximo, produciendo setenta y cinco toneladas de propulsión. Empezaron a correr por la pista. Lawrence vio en las pantallas de los respaldos de los asientos cómo todo iba quedando atrás; la mancha verde fue dando paso con suavidad a un azul deslavado a medida que se iban alejando del asfalto. Después, al retractilarse, los enormes *bogies* hicieron un ruido que pareció que el fuselaje se estaba cayendo á pedazos. Poco a poco el azul se fue oscureciendo.

Durante la poscombustión los turborreactores pusieron al Xianti a mach 2'6 cuando sobrevolaban las Islas Willis. La nave los hizo entrar en ignición; el hidrógeno líquido empezó a vaporizarse y a convertir el ardiente aire comprimido en supersónicos senderos de vapor, momento en que se encendieron unas largas y delgadas llamas añiles. Se produjeron doscientas cincuenta toneladas de propulsión que agitaron la cabina como un eructo descomunal a medida que el avión se elevaba más y más a su paso a través de la estratosfera.

Lawrence apretó los dientes cuando la gravedad aumentó y las violentas sacudidas del vehículo le nublaron la visión. La presión aumentó tanto que le dolieron los pulmones. Se concentró en respirar con ritmo. No resultaba fácil entre tanta ansiedad. La enormidad del impulso que los estaba poniendo en órbita le hizo comprender lo insignificante que era en comparación a la energía que los elevaba, la absoluta dependencia con la que aquellos obsoletos programas, que calculaban parámetros teóricos de flujo aerotermodinámico, se habían empleado cincuenta años atrás. Que todo iba a funcionar y seguir funcionando a pesar de toda su angustia.

En las pantallas de los respaldos de los asientos empezaron a aparecer estrellas a medida que el paisaje azul terciopelo daba paso a la noche profunda. El piloto de SA comenzó a moderar la marcha del avión al llegar a mach 20. Ya habían alcanzado el límite de la atmósfera y todavía seguían subiendo por la inercia del arranque. Incluso a esa velocidad, la densidad del oxígeno estaba cayendo por debajo de los niveles de combustión permisibles. En la cola se encendieron dos pequeños motores de cohete, cada uno de los cuales produjo quince toneladas de propulsión, que pusieron la nave a velocidad orbital con suavidad. Los pasajeros sintieron que el avión estaba en posición vertical sobre una luna de baja gravedad. La silla de Lawrence crujió cuando las riostras se ajustaron al nuevo peso. Por lo menos las sacudidas habían quedado atrás.

La medialuna azul lechoso que ahora conformaba la Tierra apareció en la parte inferior de la pantalla cuando los cohetes se desprendieron, llevándose consigo los últimos restos de gravedad. Hasta el último de los nervios de Lawrence le decía que estaban cayendo a la Tierra, que quedaba ya a noventa kilómetros de distancia. Respiró con serenidad para convencerse a sí mismo de que todo era perfectamente normal. No lo consiguió del todo pero enseguida centró su atención en los gemidos de angustia de los demás pasajeros.

Durante cuarenta minutos el Xianti planeó por su ruta, sobrevolando Centroamérica y el Atlántico. Las pantallas de los respaldos proyectaron un breve aviso justo antes de que los pequeños cohetes se encendieran otra vez para elevar la órbita a cuatrocientos kilómetros de altitud. Después Lawrence oyó una nueva serie de gañidos y golpetazos mecánicos. El avión había comenzado a abrir las pequeñas escotillas de la parte superior del fuselaje para extender unos paneles de radiador plateados cuya función consistía en eliminar el calor sobrante generado por los sistemas de ventilación y las baterías. El radar inició el rastreo del *Morena*. La nave de trasbordo orbital se encontraba veinte kilómetros por delante de ellos, a una órbita no muy superior. Los propulsores a reacción fueron ajustando la trayectoria minuto a minuto hasta alcanzarla.

Lawrence se quedó mirando a la pantalla viendo cómo la *Morena*, que al principio era una simple mota plateada, se iba convirtiendo en una nave muy bien detallada. Medía trescientos metros de largo y era más o menos tan sencilla como cualquier otro vehículo espacial. Los compartimentos de habitación eran cinco cilindros apiñados, cada uno de los cuales medía treinta y cinco metros de largo y ocho de ancho. Estaban forrados con una capa de espuma de base de carbono de medio metro que actuaba como escudo térmico y absorbía la radiación cósmica. Lawrence había consultado el parte del reloj solar antes de despegar; la actividad de las manchas solares era moderada, aunque se estaban produciendo alteraciones y estaba apareciendo una mancha bastante extensa. No se lo había dicho al pelotón pero se sentía bastante aliviado porque el trasbordo sólo durara treinta horas. No confiaba en que la espuma lo protegiera de nada serio. La coloración blanca original había ido adquiriendo un tono gris peltre tras haber pasado largos años viajando por el vacío, que le cocía la superficie; de hecho, pese a la pobre resolución de la cámara del avión espacial, podía ver mellas y grietas consecuencia de los impactos de los micrometeoritos.

Detrás de los cilindros había una cubierta de ventilación, compuesta por un grupo de depósitos, mecanismos de filtrado y conductos de calefacción. Un amplio cinturón de paneles radiadores de calor plateados sobresalían de la circunferencia; todos los segmentos estaban girados de manera que la luz del sol no incidiera directamente sobre la superficie plana.

Después estaba la zona de carga, un grueso enrejado de vigas de las que brotaba una multitud de clavijas de carga, afianzadores y tomas de mantenimiento ambientales. Los aviones espaciales de la base de Cairns llevaban las últimas tres semanas transportando mercancías hasta la *Morena* y otras naves hermanas. Las subían hasta Centralis, en el punto orbital Lagrange cuatro, donde aguardaban las naves, para regresar después a una órbita baja de la Tierra a por más. Ni siquiera ahora quedaba un afianzador libre. Allí se albergaban los helicópteros, los *jeeps*, el equipamiento, el armamento y demás pertrechos que utilizarían las fuerzas de tierra de la Tercera Flota; todo cuanto necesitaban para alcanzar el éxito de la operación.

La sección final de la nave era la sala de máquinas. Contenía dos pequeños reactores de fusión tokamak junto con su maquinaria de apoyo asociada, un apretado laberinto tridimensional de tanques, criostatos, imanes superconductores, inductores de plasma, bombas, inyectores de electrones y cableado de alto voltaje. Los quince paneles radiadores de calor que se necesitaban para que no se colapsaran los sistemas medían alrededor de cien metros de largo y sobresalían de la nave como si fueran las aspas de una hélice gigantesca. Los tokamaks conducían su energía hasta un propulsor de iones de alta potencia, ocho boquillas de rejilla enterradas en una sencilla caja que parecían haber acoplado a la base de la nave en el último minuto.

Toda la *Morena* pasó por delante de la cámara mientras el Xianti maniobraba poco a poco para posarse en la torre de acoplamiento de la parte frontal. Los motores de control de reacción vibraban sin cesar y hacían girar al avión espacial sobre su eje mientras se acercaba. Entonces los anillos del compartimento estanco se alinearon y se acoplaron haciendo un fuerte ruido metálico.

Lawrence examinó todo el interior de la cabina. Las rejillas de ventilación más grandes del techo y del suelo estaban medio taponadas por el vómito de varios de los reclutas. Al mirar a su pelotón vio que muchos de sus hombres mostraban síntomas de mareo. Hal, cómo no, había

disfrutado como un niño en el parque de atracciones. La ausencia de gravedad no parecía afectarle en absoluto. A Lawrence no le extrañó; él mismo empezaba a emocionarse mientras sentía cómo se le iba asentando el estómago.

La escotilla del compartimento estanco se abrió y el AP de la cabina siseó.

—Perfecto, nos hemos acoplado y no hay peligro —anunció el piloto humano—. Ya se puede salir de la transorbital.

Lawrence esperó hasta que el pelotón que había sentado frente a él hubo salido antes de desabrocharse sus correas.

—Recordad que debéis moveros despacio —le aconsejó a sus hombres —. Tenéis un montón de inercia acumulada.

Así hicieron; se desabrocharon los cinturones y se levantaron con cautela de los profundos asientos. Habían pasado unos dieciocho meses desde que el último de ellos entrara en caída libre, lo cual se notaba: se movían con pereza primero y daban vueltas atolondrados después. Se agarraban a todas partes, desesperados. Se hacían daño al golpearse con los codos en los casilleros y en los asientos esquineros. Lawrence se pegó su macuto al pecho con velcro para caminar hasta la salida agarrándose a las asas insertadas en el techo. Imaginó que estaba subiendo por una escalera de mano. Era una buena estrategia psicológica: buscar siempre una referencia visual sólida. El problema era que las piernas se le querían escapar y dar vueltas. Tensó los músculos abdominales para mantener el cuerpo firme. Alguien le golpeó en el pie. Cuando se giró para ver quién había sido, vio a Odel Cureton poniendo cara de disculpa, con el cuerpo elevándose a la altura de la adormecida mano con la que se estaba agarrando, y poniendo todo su empeño en hacer fuerza con las muñecas.

—Lo siento, mi sargento. —Fue un breve gruñido. Se estaba aguantando las náuseas.

Lawrence avanzó un poco más rápido, sin olvidar que debía frenar justo antes de llegar al compartimento estanco. Con soltura dobló la esquina y salió por la escotilla, contento por empezar a recuperar los reflejos perdidos.

La Morena estaba tan desnuda por dentro como por fuera: austeros mamparos de aluminio repujados por docenas de tuberías, conductos y manivelas que brillaban por todas partes. El aire hedía a orina y cloro.

Debía de ser un olor bastante intenso porque a Lawrence se le estaban tapando las fosas nasales. Uno de los miembros de la tripulación le estaba esperando al otro lado del compartimento estanco. Cuando Lawrence le dio el número de su pelotón, el tripulante le dijo cuál era el camarote que les correspondía. Todos los enormes cilindros de habitación tenían un código de colores. Lawrence guió al blasfemo y torpe pelotón hacia el amarillo. Los ecos de las voces procedentes de las escotillas abiertas resonaban en el interior; se trataba de los demás pelotones maldiciéndolo todo y quejándose de lo afectados que se encontraban algunos de sus compañeros y de por qué nadie hacía nada con la puta caída libre. Lawrence se golpeó dos veces contra las paredes mientras se abrían paso a tumbos (impulsándose con los codos y las rodillas) hacia el pasillo tubular principal; cuando llegó al compartimento que les habían asignado sintió cómo le empezaban a doler todos los golpes.

Los demás reptaban detrás de Lawrence, gimiendo, haciendo muecas de esfuerzo y mirando a todas partes con hosquedad. Su camarote tenía forma de cuña. Había tres filas de sillones con cinturones, un par de lavabos para caída libre, un casillero repleto de comida que no dejaba migas, un hueco donde cabía un microondas y una fuente de cuatro caños incrustados en sus respectivas válvulas de acero inoxidable. Alguien había escrito *«Ni se te ocurra»* en la puerta de concertina de aluminio de uno de los retretes. La que se convertiría en el techo cuando el propulsor de iones que estaba funcionando quedara cubierto por una pantalla de sábana. Estaba orientada de manera que quien se sentara en los sillones la pudiera ver sin problemas. El logo de seguridad estratégica de Z-B destellaba tenuemente en el centro: el símbolo omega coloreado de púrpura, abrazando la Tierra y coronado por cinco estrellas.

Hal guardó su macuto y cruzó el compartimento volando, incluso permitiéndose una grácil voltereta.

—Esto está que te cagas, colega. Eh, ¿alguien sabe qué clase de medios en vivo nos van a dar?

—No te hará falta ningún medio en vivo en esta ratonera —dijo Odel exasperado—. No venimos a hacer turismo, niñato, ¿no te has enterado? Da gracias si tienen pelis en blanco y negro. —Se puso las gafas; no activó los *displays* de las lentes pero se colocó los cascos en las orejas. Cuando ordenó que se abriera el menú, aparecieron unas finas líneas verticales escarlatas. Configuró una lista de reproducción de canciones de rock

clásicas de otros siglos, incluyendo Beefbat y Tojo Wall, se arrellanó con satisfacción y se puso a escucharlas.

Lawrence suspiró al acomodarse en uno de los sillones. Podría haber sido peor. Algunos pelotones habían salido de Cairns hacía diez días. Al menos él sólo disponía de otros cuatro días hasta que la Tercera Flota saliera de Centralis. Quizá pudieran echarle algo a la comida del niñato.

Simon Roderick se acercó a la galería de observación media hora antes de que se abriera el portal. Debía de haber alrededor de un centenar de personas apelotonadas en la pequeña cámara que sobresalía de superficie de Centralis. De alguna manera consiguieron dejarle un poco de espacio frente al espeso cristal, donde se quedó solo. Aunque todo el mundo estaba callado, Simon podía palpar su resentimiento y su preocupación. Como de costumbre, ignoró su naturaleza pusilánime con el mismo desdén de siempre. Aun así, no resultaba igual de sencillo deshacerse de la molestia física de la propia Centralis.

La fuerza centrífuga no le hacía marearse, aunque a menudo deseaba que hubiera un campo de gravedad uno. Centralis era demasiado pequeña para eso; su rotación producía algo menos de dos tercios de un campo de gravedad normal en el nivel más externo.

A mediados de la década de los setenta del siglo XX Gerard K. O'Neill empezó a desarrollar su concepto de Alta Frontera; de aquel proceso nacieron varios diseños de «islas» espaciales; la primera fue la sencilla Esfera de Bernal, de cuatrocientos metros de diámetro, y después llegó el paraíso de «Isla Tres», que eran unos bicilindros gemelos vinculados de veinte kilómetros de largo. Todos los proyectos se podían llevar a cabo mediante procesos de ingeniería relativamente sencillos. El problema venía cuando había que reunir todo aquel material, los obreros cualificados necesarios y los equipos de ensambladura en una época en que lanzar un simple trasbordador espacial costaba doscientos millones de dólares estadounidenses.

Los aviones espaciales trajeron la solución al problema del elevado coste de salir al espacio. Pero si bien ayudaron a construir estaciones de órbita baja y sus módulos industriales asociados, redujeron la necesidad de

hábitats extensos. Incluso en una sociedad desenfrenadamente consumista, la cantidad de cristales y productos químicos especiales que sólo se podían fabricar en fábricas de microgravedad se limitaba a unos pocos cientos de toneladas al año. Tal cantidad la supervisaban sin problemas los pequeños equipos de hombres duros a los que se les pagaba un salario exorbitante para resistir las salvajes condiciones que se daban en las estaciones espaciales de la órbita de la Tierra.

Hasta 2070 (año en que se desarrolló un método para viajar más rápido que la luz) no hubo necesidad de construir ciudades dormitorio de órbita alta. Las naves no eran ni compactas ni baratas, se necesitaban miles de personas para construir las gigantescas superestructuras y para integrar los cientos de miles de componentes que conformaban el todo funcional. Como eran demasiado grandes para despegar o aterrizar en un planeta, había que construirlas en el espacio. Las teorías de O'Neill salieron de las bibliotecas de las universidades para ser repasadas.

Uno de los avances más decisivos desde O'Neill fue la producción de alimentos sintéticos. Los diseños de la vieja isla obedecían a la necesidad de proveer vastas cantidades de tierras de cultivo para alimentar a los indígenas. La geometría de los cilindros era demasiado complicada y además tenía elegantes cinturones de módulos de agricultura para garantizar su autonomía. Los nuevos diseños carecían de todo aquel lastre; solo necesitaban un par de módulos de refinería para procesar el excremento y convertirlo en proteínas. Las empresas de naves conservaban la idea de poner un parque en el centro; aquella clase de espacio abierto se consideraba un requisito psicológico primordial para los equipos que pasarían meses, si no años, en las islas. Aquel hábitat era un sistema de regeneración de aire a prueba de fallos razonablemente rentable. Pero lo demás (los paisajes frondosos, los lagos repletos de agua fresca, las ventanas gigantes con sus ventiladores de espejos giratorios mecánicos, el clima caribeño y los vecindarios de familias nucleares de villas italianas abiertas) se habían condensado y modernizado.

Centralis, que eran las instalaciones principales del punto Lagrange de Z-B, adoptó una geometría de cilindro simple de quinientos metros de diámetro y un kilómetro de largo. Los complejos de apartamentos estaban tan atestados como cualquier rascacielos de alquiler bajo, solo que estos tenían forma de anillo y ocupaban los cincuenta metros inferiores de cada una de las paredes de fondo circulares. El jardín que había entre ellos, al

igual que cualquier otro parque urbano, estaba maltratado y no recibía el mantenimiento apropiado. Los arbustos y los árboles crecían altos y delgados sobre la fina capa de arena de roca picada que hacía las veces de suelo; el tubo de plasma alimentado por fusión que atravesaba el eje nunca proporcionaba el nivel adecuado de radiación ultravioleta. Pero había estanques con fuentes y exóticas carpas koi, además de mesas de picnic, una pista de jogging, campos de béisbol y canchas de tenis. Aunque a la gente le costó acostumbrarse a las extrañas vueltas que daban las pelotas, sometidas a la fuerza de Coriolis.

Protegerse de la radiación fuera de la atmósfera terrestre era otro problema. La única defensa verdadera contra los rayos gamma y las partículas de alta energía era la masa, enormes y sólidas barreras de gran densidad. Centralis estaba dotada de un escudo de roca de dos metros de espesor con aletas radiadoras negras incrustadas. Sin embargo, había algunos huecos para los pasillos axiales que conectaban el cilindro principal con la red de acoplamiento no rotatoria de cada extremo, para los pozos de las tuberías que llevaban fluidos hacia y desde las aletas y para la galería de observación.

Se veían pasar las constelaciones con lentitud, aunque el portal siempre estaba a la vista. Flotaba a cincuenta kilómetros del eje de rotación de Centralis, como una estrella polar azul. Simon sólo sabía dónde estaba si tomaba como referencia el grupo de trenes coloniales que había estacionados a su alrededor, delgadas líneas de plata que destellaban al reflejar la luz del sol y que conformaban una pequeña piña.

Utilizaba su IND para recibir datos de los trenes. Cerraba los ojos para ver el portal justo enfrente. Era un simple anillo de quinientos metros de diámetro que parecía un toroide de malla hexagonal negra que contenía un tubo de neón de luz tenue. Siempre que veía uno se inspiraba y reafirmaba su fe en Z-B y todos sus esfuerzos. Un portal era el artefacto tecnológico más sofisticado y caro que el ser humano era capaz de construir. Solo Zantiu-Braun contaba con la infraestructura, el capital y la determinación necesarios para construirlos. Los portales eran unas exclusivas puertas de acceso a agujeros de gusanos. En lugar de la constante compresión espacial que las naves ordinarias generaban para poder volar, los portales abrían agujeros de gusano por los que podía viajar cualquier vehículo. Se necesitaba una cantidad extraordinaria de energía para proyectarla contra el tejido de espacio-tiempo con el fin de provocar una fisura. Ni siquiera

combinando los generadores de fusión de veinte naves se conseguiría producir una fracción de la energía requerida. Por ello Z-B manufacturó un isómero con base de hafnio-178 y lo potenció hasta su punto de fusión/K; el posterior tránsito a su estado fundamental liberó la energía necesaria para distorsionar el espacio-tiempo una vez que se canalizó y proyectó de la manera debida. Pero el isómero se incorporó al mecanismo de generación del agujero de gusano de estado sólido, lo que significaba que una vez que finalizara el tránsito no sólo quedaría inutilizado el imponente edificio sino que aumentaría considerablemente el nivel de radiactividad. No se podía coger y rellenarlo con isómero nuevo. Había que construir uno nuevo cada vez.

Esta limitación obligaba a Z-B a sacar el máximo partido de cada portal. En consecuencia diseñaron el tren colonial, una nave tan tosca como cualquier vehículo de trasbordo orbital, solo que mucho más grande. Tenía el mismo tipo de motor (generadores de fusión que alimentaban cohetes de iones de alta propulsión) en la base de una torre de vigas de un kilómetro de largo. Eran fáciles de construir y se ensamblaban en los astilleros espaciales que apoyaban a la Centralis.

Los trenes coloniales que Simon podía ver gracias a su sensor iban repletos de cápsulas de descenso, como si la torre hubiera sido tomada por una marabunta de percebes metálicos. Hasta la última de las ochocientas cuarenta cápsulas era un cono idéntico a los demás; la base medía seis metros de ancho y estaban recubiertas por una espuma ablativa plateada que actuaba como aerofreno único al entrar en una atmósfera planetaria. En cada una entraban cuatro personas y todo el equipamiento necesario para sobrevivir en un nuevo planeta.

Para tener derecho a camarote, los colonos debían tener un máximo de treinta años (es decir, estar en edad de procrear) y poseer una parte importante de las acciones de Z-B. Eran unos requisitos que todavía millones de personas luchaban por llegar a reunir, aunque los mundos del portal no se parecían en nada a las colonias interestelares originales. Nunca habría una continuación, no se construiría un segundo portal que distribuyera reservas para expandir la colonia ni se programarían vuelos regulares desde Centralis. Los colonos se quedaban solos en cuanto llegaban. Si querían volver a establecer contacto con la Tierra y demás mundos desarrollados tendrían que construir sus propios vehículos «Más Rápidos que la Luz». Los cálculos más alentadores indicaban que ese nivel

de desarrollo financiero e industrial no se alcanzaría hasta al menos un siglo después del vuelo de llegada, aunque lo más probable era que sucediera mucho más tarde.

Los analistas financieros nunca se cansaban de repetir que las colonias de los portales de Z-B eran aventuras demasiado arriesgadas. En una era en que la mayor parte de los vuelos interestelares guardaban relación con las misiones de captación de bienes, la actitud de Z-B cobraba tintes casi anacrónicos, sobre todo porque ellos mismos estaban muy implicados en tales misiones.

Simon observó con paciencia los trenes coloniales esperando a que el pequeño contador digital del borde de su campo de visión consumiera los minutos que quedaban para la activación. Cuando esta se produjo la diferencia física fue mínima. La luz azul del anillo del portal brilló obedeciendo dos magnitudes cuando se inició la cascada del isómero. En la apertura se formó un hueco que oscureció las estrellas que antes se veían en el centro. Poco a poco, el luminiscente resplandor azul albergado en el anillo empezó a vibrar hasta dar lugar a un manto sólido de fotones que se revolvió durante un instante y se combó hacia atrás para al final abrirse y dar paso a lo que parecía un túnel infinito. La intensidad de la luz fue disminuyendo hasta que los bordes del agujero de gusano quedaron definidos solo por un débil halo violeta que ninguna cámara ni ningún ojo podrían llegar nunca a enfocar con nitidez.

La rejilla de mensajes que proyectó el IND de Simon le proporcionó más información de la que necesitaba acerca de la estabilidad del agujero de gusano y de las coordenadas de su destino. El objetivo era Algieba, un vasto sistema binario amarillo que quedaba a ciento veintiséis años luz. Era con mucho lo más lejos que se había pretendido llegar en ninguna aventura colonial; rozaba el límite de la capacidad actual del portal.

El SA de las operaciones del portal captó la señal que dejó la nave de exploración y que le permitiría confirmar que las coordenadas de destino se encontraban dentro de un perímetro de diez millones de kilómetros del planeta objetivo, un mundo equivalente a la Tierra que orbitaba alrededor de la más pequeña de las dos estrellas. Emitió una señal de adelante a los trenes coloniales.

Los cohetes de iones emitieron un doloroso brillo casi ultravioleta al poner en marcha las inmensas naves. Los tres primeros en meterse por el agujero de gusano llevaban cápsulas de descenso rebosantes de material

industrial y maquinaria de ingeniería civil, infraestructura básica que daría soporte a toda la colonia durante los primeros años. Después los siguieron otros doce trenes cargados de cápsulas de descenso, cada uno de los cuales atravesó los veinticinco kilómetros de longitud interna del agujero de gusano en poco más de dos minutos para después emerger por fin bajo el brillo doble de las estrellas amarillas.

El tráfico de datos del interior del agujero de gusano fue *in crescendo* durante el tiempo que los trenes estuvieron emitiendo su estado y posición. Después la cascada del isómero se extinguió y la fisura transdimensional se volvió a sellar.

Una fría luz azul se desvaneció en el interior de la malla exterior del portal y dejó ver un complejo trenzado de lisos filamentos de oro, de marfil y de jade. Estos materiales habían perdido su brillo; ahora poseían el aspecto deslustrado y quebradizo de una antigüedad, como si el agujero de gusano los hubiera envejecido varios siglos de golpe.

La gente empezó a salir de la galería de observación. Simon esperó hasta quedarse solo. Canceló el vínculo de su IND con el banco de datos de Centralis y después se quedó contemplando la zona donde flotaba el portal muerto. Era como si la circuitería ya inservible todavía ejerciera cierta fuerza gravitatoria en su mente. Sintió unos celos casi infantiles de aquellos que habían viajado al otro lado. Ahora eran libres de la miríada de problemas de la Tierra, de la contaminación y de la lacra que era su propia especie. Pese a todo, los que se quedaban eran los que sufrían. Zantiu-Braun se había debilitado aun más al darles una nueva oportunidad. La compañía ya apenas podía permitirse financiar colonias de portal cada dieciocho meses; ni siquiera la captación de bienes conseguía eliminar las deudas. Cada vez que Simon se quedaba a mirar cómo se iban sus amigos y familiares, su decisión de quedarse y contener a la horda bárbara se debilitaba un poco más. A menudo se preguntaba cuál sería la vida media de su postura, en qué momento cedería ante el pesimismo y abandonaría la Tierra para comenzar él también desde cero. Podría ocurrir. La sola inercia de la estupidez humana se encargaría de ello.

La *Morena* llegó a Centralis treinta horas después de la órbita baja de la Tierra. Lawrence, que se limitó a hacer una sola comida, había resistido el hambre lo mejor que pudo. Así sólo tendría que utilizar el retrete una vez; pese a que la escasa aceleración de la nave empujaba en su favor, no era una experiencia que quisiera repetir si podía evitarlo. Del mismo modo, se obligó a beber sólo cada hora o así; teniendo en cuenta que únicamente contaban con un minuto de fuerza de gravedad cuando los motores de iones estaban encendidos y que se deslizaban en caída libre durante horas entre arrancadas, no era de extrañar que el cuerpo se deshidratara. Sin la fuerza de gravedad atrayendo los fluidos corporales hacia los pies, la mente se confundía y se volvía engañosa. Por lo menos mear en el espacio era fácil, siempre que fueras hombre.

A Hal hubo que ordenarle en más de una ocasión que bebiera del caño de la fuente. Él no era el peor problema. Lewis Ward sufrió una sobredosis de mareo espacial que le hacía vomitar incluso cuando solo bebía agua. Después de un par de horas repartiendo repugnantes jugos estomacales amarillentos, Lawrence avisó al médico. Cuando esta llegó, con veinte minutos de retraso, se limitó a aplicarle un *hipospray* que actuó como calmante suave y le dijo al pelotón que intentaran hacerle beber pasada una hora.

—Que no coma hasta que lleguemos —les avisó—. La *Koribu* tiene un campo gravitatorio de un octavo, resistirá hasta entonces. —Dicho esto, recogió y desapareció por la puerta con la agilidad de un tiburón.

Hal resopló de indignación cuando la médico se hubo marchado; la mujer, que debía de tener algo más de cincuenta años, llevaba una década prestando sus servicios en baja gravedad, por lo que se le había hinchado el cuerpo un poco y las extremidades se le habían quedado algo delgaduchas. Hal se animó con la idea de que la médico le visitara también a él. Desde que vio a la mujer no había vuelto a abrir la boca.

—Lo siento, chicos —susurró Lewis. Sobre las piernas tenía un cinturón que le permitía inclinarse hacia delante en el sillón. Tenía la cara empapada de sudor. Durante el entrenamiento y las maniobras, Lewis se movía con más rapidez que cualquier otro miembro del pelotón. Su agilidad felina le permitía esconderse en cualquier hueco o tras cualquier rincón, fuera cual fuera el terreno. Su cuerpo se componía de los tendones y músculos fibrosos que Lawrence consideraba característico de los corredores de maratones, pero podía cruzar corriendo un palo suspendido a diez metros

de altura sin ni siquiera extender los brazos para mantener el equilibrio. Resultaba curioso cómo el mareo espacial le había afectado más que a ningún otro.

—No te preocupes, camarada —dijo Odel Cureton—. Según las estadísticas, uno y medio de nosotros sufrirá algún tipo de incapacitación motriz grave por cada veinticinco horas de vuelo. Si te ha tocado a ti, significa que los demás ya no corremos peligro. —Odel era el especialista en electrónica del pelotón. A sus treinta y dos años todavía no tenía ni rango ni títulos universitarios o de Z-B, o al menos no se los presentó al departamento de personal. Pero con cuatro exesposas reconocidas (y eso solo en los últimos seis años) Lawrence podía apreciar la necesidad que el hombre tenía de empañar su pasado. ¿Quién sabía cuántas otras mujeres podrían reclamarle legalmente una porción de su paquete salarial? Odel era lo que los antiguos maestros de Lawrence llamaban un literato, término un tanto de clase alta. Por lo general, Lawrence recelaba de ese tipo de gente, eran como funcionarios natos. Pero a Odel no se le podía echar en cara su comportamiento en el frente, que era lo único que importaba. El pelotón siempre le confiaba las reparaciones del equipamiento a él, sabiendo que haría el mejor trabajo.

—Gracias, cretino —dijo Dennis Eason. Se dio la vuelta, aplicó un medicosensor sobre la húmeda frente de Lewis y consultó los datos que aparecieron en su botiquín de campo.

—¿Pero tú sabes lo que estás haciendo? —preguntó Karl Sheahan.

Dennis se dio una palmadita sobre el símbolo de la cruz roja que llevaba en el hombro de su guerrera.

—Te conviene confiar en que sí, socio. Soy toda tu esperanza de vida.

—No deberías darle ni una aspirina sin consultar antes con la doctora Ballena.

—No se me permite administrar nada —dijo Dennis con firmeza—. Sobre todo cuando hay una médico cualificada disponible. Es un asunto legal.

—¿Ah, sí? ¿Es eso lo que le dijiste a Ntoko? ¿Eh? Demasiada sangre, es un asunto legal.

—¡Que te den por culo!

—Ya basta —interrumpió Amersy con pesadez—. Karl, mira la puta película y deja de joderme.

Karl sonrió al tiempo que se dio media vuelta flotando con elegancia antes de posarse sobre un sillón. Resultó que la pantalla de sábana no tenía unidad interactiva, de modo que solo proyectaba obras en tercera persona. En el techo, la joven actriz se estaba equipando para matar a todos los vampiros que estaban infestando Bruselas. Para ello necesitaba embutirse en un ajustado traje de cuero negro.

Hal estaba en el sillón que quedaba al lado del de Karl, mirando absorto la película. Ni siquiera había oído la riña. Karl se agarró a un cinturón y se inclinó para darle una palmada en el hombro a Hal.

—No te importaría echarle un polvete, ¿eh, cerebropolla?

Hal sonrió de oreja a oreja con aún más lascivia.

Algunos consiguieron dormir a ratos durante el resto del vuelo. No fue fácil. Siempre se producía algún ruido, si no en su compartimento, en los contiguos, como si la nave estuviera embrujada. La gente no dejaba de moverse por el compartimento, de sorber ruidosamente de los caños de la fuente, de calentar tentempiés ni de quejarse después porque no sabían a nada. Siempre había alguien utilizando los lavabos, lo que provocaba gemidos de angustia; además, de las letrinas emanaba un olor que escapaba por las puertas cada vez que se abrían. El que se tiraba los pedos más fétidos siempre era digno de mención. Nic Fuccio ascendió al primer puesto del podio. Los que no podían dormir cerraban los ojos de puro cansancio y se retorcían con incomodidad en el leve campo de gravedad. Tarde o temprano, todos le pedían a Dennis que les diera tranquilizantes. Siempre se negó.

Lawrence estuvo a punto de gritar de alegría cuando terminó la sesión de cine de mierda y el capitán de la *Morena* les mostró las imágenes de la cámara externa. La *Koribu* quedaba a cinco kilómetros y estaba rodeada de una nube de naves de apoyo y de servicio más pequeñas.

Incluso entonces, después de veinte años en seguridad estratégica y de haber volado a doce sistemas estelares distintos, Lawrence experimentaba un subidón de adrenalina al verlas titánicas naves espaciales. La *Koribu*, al igual que cualquier otra nave que siguiera volando, se diseñó como transportadora de colonos. No era que hubiera otro tipo de diseños, incluso la nave de exploración que una vez sondeó el espacio interestelar del sistema de Sol estaba construida de la misma manera.

Su forma y hasta cierto punto también su aspecto, estaban sometidos al tipo de la unidad de compresión. Aunque la capacidad de los MRL era un avance científico y tecnológico de primer orden, carecía de la viabilidad comercial que a las corporaciones y los financistas de la Tierra les hubiera gustado. El equipo de desarrollo había hablado en un principio de que los vuelos espaciales serían igual de largos que los viajes intercontinentales en avión, aunque hubiera sido más acertado decir en barco. Al igual que un portal, la unidad MRL generaba un agujero de gusano al comprimir el tejido del espacio-tiempo, lo que provocaba un efecto de densidad de energía negativa. Puesto que semejante inversor de energía necesitaba una cantidad colosal de potencia solo para abrir el agujero y que la única fuente práctica era un generador de fusión, el agujero de gusano resultante era extremadamente corto en comparación con las distancias interestelares. Esto no suponía un problema tecnológico, puesto que la nave espacial atravesaba el agujero de gusano que estaba creando para que la unidad solo tuviera que redefinir el punto de destino, moviéndolo siempre hacia delante. Si bien era una solución válida, también alargaba el tiempo de vuelo. Las naves modernas podían llegar a la Centauri en una semana a una velocidad de medio año luz por día.

La *Koribu* era una de esas naves. Se diseñó como transportadora de colonos cuarenta y dos años atrás, cuando la estaban montando en uno de los astilleros de apoyo de la Centralis. Tras calcular los costes a través del SA de contabilidad de Z-B, se decidió darle un alcance efectivo de cuarenta años luz. Con este mandato, los diseñadores insertaron el inversor de energía en una superestructura de forma de tambor de doscientos metros de diámetro que constituía todo el tercio delantero. El setenta por ciento del volumen lo ocupaban los ocho generadores de fusión que se necesitaban para producir la descomunal potencia que consumía la unidad, una realidad de ingeniería que explicaba por qué la superficie exterior era un mosaico de radiadores térmicos y espejos rectangulares de cinco metros de largo que expulsaba el extraordinario exceso de calor producido por los sistemas de apoyo de los generadores durante el vuelo.

Dado el efecto debilitador que la caída libre ejercía en la psicología humana, sobre todo en la de los veintisiete mil colonos sin formación que pasaban diez semanas en la nave, se hacía necesario crear un pequeño campo de gravedad para ellos y la tripulación. Se logró de la manera más fácil: seis ruedas de ventilación, cada una de las cuales era un gigantesco

anillo de treinta metros de grosor y doscientos de diámetro. Estaban dispuestos en parejas y contrarotaban alrededor de un eje axial para equilibrar la precesión. Sus cascos, al igual que los de cualquier nave espacial que trabajara fuera del protector campo magnético de la Tierra, eran lisos, no tenían portillas ni marcas, solo el baño típico de espuma gris clara abollado por el impacto de partículas diversas y descolorido por la acción de distintas estrellas.

No resultaba demasiado complicado adaptarlos para el transporte de seguridad estratégica. Z-B convirtió las habitaciones y salas comunes en gimnasios y recintos de simulación de tácticas; algunos dormitorios se convirtieron en almacenes de Cueros, mientras que el resto permaneció intacto. En total se podían alojar unos veinte mil reclutas.

Detrás de las ruedas de ventilación quedaba la sección de carga, que era una amplia sección cilíndrica abierta y compuesta por un laberinto de vigas que formaban profundos silos hexagonales. En su día metieron módulos de maquinaria industrial y suministros básicos que los colonos necesitaban para mantener los asentamientos. Para adaptar los silos a las misiones de captación de bienes solo había que cambiar los sistemas de sujeción.

Siete naves de trasbordo orbital seguían a la *Koribu* a trescientos metros, rodeándola. Eran pequeñas naves de un solo tripulante que iban y venían desde ellas hasta la nave y viceversa, dejando a su paso estelas de llamaradas verdes y azules. Transportaban las vainas de aterrizaje de la Tercera Flota y las encajaban en los silos libres. En uno de los extremos del laberinto se habían unido varios silos para dar lugar a cámaras más profundas. En ellas se albergaban los aviones espaciales; apenas se distinguía entre las sombras el familiar perfil de líneas puras de los conos del morro de la Xianti.

La sección final de la *Koribu* la componía la unidad de reacción principal. Cinco cohetes de fusión directa con forma de conos estrechos de unos trescientos metros de largo, cubiertos por una filigrana de conductos y cables. Los enormes tanques esféricos de deuterio estaban incrustados en la estructura de carga de la cabeza de los conos, junto con los sistemas auxiliares y diez tokamaks pequeños que proporcionaban energía para la secuencia de ignición del motor principal.

La *Morena*, tras introducirse en un túnel que se extendió por fuera del armazón de la nave, se acopló justo delante de la sección de ventilación. Lawrence tuvo que esperar otros veinte minutos oyendo el clamor de los

demás pelotones saliendo en manada de los compartimentos de habitación de la nave de trasbordo orbital en dirección al túnel. Por fin, les dieron permiso para desembarcar.

Había un largo trecho por los pasillos de caída libre de la nave hasta el toroide rotatorio de transferencia de su rueda. Dentro de la parte superior del radio de la rueda había un ascensor de techo tan bajo que obligaba a un adulto a agacharse. Los reclutas se alinearon y se sujetaron con los pies en las agarraderas del suelo. A medida que descendían aumentaba la fuerza de gravedad, cosa que Lewis agradeció mucho. Se detuvieron en la segunda de las tres cubiertas que ocupaban la rueda, donde la gravedad era un octavo de la de la Tierra. Les bastaba para que se les asentara el estómago y para recuperar el flujo sanguíneo normal, sin embargo se vieron afectados por una desconcertante sensación de estar dando vueltas, como si fueran a caer al vacío. En cuanto salieron del ascensor se arrimaron a las paredes en busca de apoyo.

Cada vez que Lawrence entraba en las ruedas se juraba que no se dejaría arrastrar por el mareo. Sin embargo, siempre acababa sintiendo que caía en una espiral descendente. Apartó la mano de la pared con cautela.

—Vale, sé que es como si nos hubieran metido en un centrifugador. Ignorad esa sensación, estamos en suelo firme. Vamos a buscar nuestro barracón.

Echó a andar por el pasillo. Apenas había dado diez pasos cuando tuvo que hacerse a un lado para dejar paso a Simon Roderick y su séquito de personal directivo. El representante del Consejo de la Tercera Flota estaba tan ocupado dando instrucciones a un agobiado edecán que no hizo el menor caso al pelotón. Lawrence hizo como si nada. Había seguido la investigación que Roderick y Adul Quan abrieron cuando lo de Kuranda. Su programa Principal había cargado solicitudes discretas en el banco de datos de la base y había observado pasivamente la oleada de tráfico entre los programas de SA y las peticiones de información al escáner aéreo. Al cabo de un par de días dejaron de hacer preguntas y la policía nunca averiguó nada. Con todo, no dejaba de ser chocante toparse de frente con un representante del Consejo que se había interesado tanto por lo que hacía fuera de la base.

Roderick y su comitiva desaparecieron al doblar la esquina del pasillo y Lawrence siguió caminando sin perder el paso.

El dormitorio que les habían asignado solo era el doble de grande que el compartimento de la *Morena*. Había dos filas de literas, cada una con su respectiva taquilla (en la que había un paquete de ropa estándar), un par de mesas de aluminio con sillas y una pantalla de sábana. Contigua había una pequeña sala de duchas.

Hal echó un vistazo alrededor y puso cara de disgusto.

—Joder, tío, ¿qué es esta mierda? —exclamó.

Amersy se rió.

—El barracón más lujoso de la flota, señorita. Échate y disfruta. Te dan de comer, te pagan y no te disparan. Así que búscate una litera y sácale provecho.

—Me voy a volver claustrofóbico aquí. —Al ir a subir a una de las literas de arriba se topó con el antebrazo de Karl, que le bloqueaba el paso.

—La de abajo, niñato —dijo Karl sonriendo a modo de reto.

—Ah, no me jodas. —Hal arrojó su macuto al camastro de abajo y bajó de un salto—. No soporto estas ratoneras.

—Ya te acostumbrarás —le dijo Lawrence. Tiró su mochila a una litera superior y, por un momento, se quedó fascinado mirando la extraña parábola que describió—. Poneos cómodos; ya sabéis cómo funcionan las cosas aquí. Me enteraré de cuál es nuestro horario de comedor y a partir de ahí organizaremos el entrenamiento y los ejercicios. Lewis, ¿cómo te encuentras?

—Mejor, mi sargento. Supongo que la doctora tenía razón.

Lawrence se acercó al pequeño teclado acoplado a la pared que había junto a una pantalla de sábana. En los dormitorios de los pelotones no había programas de SA pero el sistema operativo era sofisticado y fácil de manejar. Lawrence solicitó los datos básicos referentes a su pelotón a bordo: cuándo y dónde comían, cuál era la hora local, para cuándo estaba prevista la salida.

—Eh, muchachos, ¿queréis saber a dónde nos mandan? —preguntó.

—A Thallspring —respondió Karl dando un grito—. ¿No te lo habían dicho, sargento?

Hal le miró con los ojos abiertos como platos.

—¿Cómo lo sabes? Es confidencial.

Karl meneó la cabeza.

—Que te den, basura espacial con pañales.

Debían salir dentro de veintidós horas. Lawrence leyó los datos de la Tercera Flota que aparecieron en la pantalla y murmuró:

—Joder.

—¿Algún problema? —preguntó Amersy en voz baja.

Lawrence recorrió rápidamente el dormitorio con la mirada. Nadie le estaba prestando atención.

—Siete naves. ¿Es que la Tercera Flota ya no da para más?

—Más que suficiente para ir a Thallspring. No tiene muchos habitantes, apenas diecisiete millones.

—Previstos —puntualizó Lawrence—. Todavía no llega. Pero no es eso lo que me preocupa.

—¿Es por las naves?

—Sí. Mi primera misión, Kinabica; fueron siete semanas de vuelos en aviones espaciales solo para sacarnos del planeta a nosotros y el equipamiento. En aquella misión se debieron de emplear unas treinta y cinco naves.

—Ya no quedan tantas. Desde Santa Chico.

—No solo Santa Chico. La Segunda Flota perdió dos naves al acercarse a Oland's Hope. Nadie se imaginó que tendrían defensas exorbitales. Pero sí que las tenían.

—¿Quieres abandonar?

—No, ni hablar. Solo quiero decir que puede ser jodido. Vamos a estar muy apretados.

—Aguantarán. —Amersy le dio una palmada en el hombro—. Joder, hasta el crío sobrevivirá.

—Sí, estoy seguro. —Lawrence empezó a solicitar los menús al ordenador de la nave y vio en la pantalla lo que podría vomitar. Leyó un horario, sonrió y pidió complementos—. Igual queréis ver esto —le dijo al pelotón—. Quizá nunca tengáis otra oportunidad de ver algo así en primera fila.

La pantalla se iluminó con la imagen de una de las cámaras externas de la *Koribu*. Enfocaba el portal, que despedía una luz neblinosa en medio del vacío. Los trenes coloniales estaban repartidos alrededor, como un banco de hambrientos peces mecánicos.

—Faltan dos minutos para que suene el pistoletazo de salida —anunció Lawrence con ilusión. A pesar de todo lo que odiaba de Z-B, debía admitir

que con esto habían dado en el clavo.

Se le cayó la moral a los pies cuando Hal preguntó con su voz petulante:

—¿Qué cojones es esa mierda, un *dónut* radiactivo? Eh, sargento, pídeme un par de cafés para acompañar. —La mirada que le lanzó Lawrence le hizo cerrar el pico en el acto.

Lawrence se contuvo para no gritarle al crío. Le costaba creer que hubiera alguien tan ignorante que desconociera el esfuerzo más importante que la humanidad estaba haciendo. Pero Hal solo era un adolescente proveniente de un barrio rico de una ciudad dejada de la mano de Dios. Lawrence también había sido un niño que había recibido la mejor educación que podía recibir en su planeta, que había tenido acceso ilimitado a las fuentes de datos y que desconocía la existencia de los portales. Fue Roselyn quien se lo dijo.

OceanofPDF.com

Capítulo 5

El clima de Amethi había cambiado en gran medida después de cinco años. Las alteraciones desencadenadas por el Insolación habían empezado a mantenerse con el paso del tiempo y se estaban acelerando de manera apreciable para los humanos. Los habitantes lo llamaban el Despertar. En lugar de sorprenderse y emocionarse al divisar una nube perdida en el cielo, ahora se alegraban y se sentían aliviados cada vez que veían un pequeño claro entre el plomizo manto de nubes.

Ahora que la temperatura ambiente se había elevado varios grados sobre el punto de congelación, el derretimiento del Glaciar de Barclay exhalaba vapor de agua a la atmósfera a un ritmo desenfrenado. Los bancos de nubes gigantes se formaban a partir de las placas de hielo en descongelación y ascendían casi hasta la tropopausa, desde donde iniciaban su viaje alrededor del mundo. Al elevarse, el cálido aire árido era absorbido para después caer sobre el hielo y acelerar el proceso de transpiración, de manera que las corrientes de convección de todo el planeta se mantenían en constante actividad.

Cuando las nubes sobrevolaban la tundra se oscurecían y caían en forma de nieve. Cuando los copos alcanzaban el suelo ya no eran más que simples motas de aguanieve. Toda la superficie del planeta quedó cubierta de fango que había que drenar mediante pequeños conductos que a menudo volvían a congelarse con las nuevas nevadas. Poco a poco los ríos de barro de las plataformas continentales empezaron a fluir de nuevo, mientras que en los yermos lechos oceánicos los profundos abismos y las cuencas se fueron llenando de agua paulatinamente. Las delgadas capas viscosas de líquido

turbio que se deslizaban con pereza pendiente abajo por la arena, arrastraban consigo las costras de sal que habían permanecido allí intactas desde que se formara el glaciar. Todo quedó sumergido en la profundidad de los nuevos océanos, donde se disolvió y formó una solución saturada tan densa y amarga como el Mar Muerto de la Tierra.

Al mismo tiempo, en la superficie, las granizadas y las nevadas se habían hecho tan abundantes que volar había empezado a ser peligroso. Los aviones espaciales eran lo bastante grandes para atravesar las tempestades pero las naves menores debían esperar en los hangares a que amainara. Conducir también se había vuelto complicado; los camiones se habían modificado para convertirlos en quitanieves que sin parar iban y venían por las carreteras principales para mantenerlas despejadas. En todos los vehículos se pusieron limpiaparabrisas. Las fases principales del proyecto de renovación de la ecología de Amethi se paralizaron hasta que las turbulencias atmosféricas desaparecieran. Todavía no había nacido la programada primera generación de insectos; los silos en los que se almacenaban las semillas permanecían sellados. Solo los organismos de vida lenta permanecían relativamente en su ambiente, puesto que vivían con tranquilidad bajo la nieve hasta que los sorprendía una desafortunada riada repentina. Al carecer de algo tan básico como el instinto de supervivencia, no se les ocurría escabullirse ni alejarse de los torrentes que barrían el terreno.

Según los climatólogos, esta particular fase de la modificación medioambiental turbulenta de Amethi estaba transcurriendo tal y como se había previsto, solo que era más violenta que la mayoría de las predicciones de sus SA. Algunas revisiones rápidas en las que se tenían en cuenta nuevos datos estimaban que el trastorno actual no duraría más que unos pocos años. No se anunciaron datos concretos.

A Lawrence le fascinaba el Despertar y se reía en secreto del caos que suponía para los meticulosos planes de McArthur y de cuánto preocupaba a su padre. Así era como se comportaba la naturaleza en los planetas normales, donde hacía estragos con arrogancia humana. Era exactamente eso de lo que quería ser testigo de vista en los sistemas estelares de toda la galaxia, donde la meteorología de los demás planetas era todavía más extraña. Sin embargo, después de los primeros nueve meses de bloqueos por acumulación de nieve y de ver cielos opresivamente plomizos, hasta él se aburrió del particular fenómeno climatológico.

Tal hartazgo fue solo uno de los factores que llevaron a sus padres a pensar que sufría trastornos del comportamiento. Cuando Lawrence cumplió dieciséis años, su desquiciado padre ya le había obligado a ir a ver todas las semanas a la doctora Melinda Johnson, una psiquiatra conductual. Lawrence se tomaba las sesiones a broma, por lo que o exageraba descaradamente o respondía a las preguntas con un hosco sí o no, según lo jodido que se sintiera. Su actitud colaboró a ocultar lo ajeno que se sentía a la sociedad de Amethi, y quizá por ello la doctora nunca hizo ningún progreso con él. Lawrence sabía que estaba creciendo en el lugar equivocado en la era equivocada. Debería haber sido un astronauta americano de mediados del siglo XX o un jefe de astrofísica del espacio profundo de finales del siglo XXI, época en que las naves espaciales empezaron a explorar los nuevos mundos que orbitaban alrededor de Sol. Pero habérselo confesado a la comprensiva doctora Johnson hubiera supuesto una considerable admisión de debilidad por su parte. No cedería ante ella bajo ninguna circunstancia. Ella y todo lo que representaba, la normalidad de Amethi, eran el problema, no la solución. Por tanto las mentiras y el mal humor fueron yendo más lejos cada vez y se limitaba a esconderse bajo su fachada de aceptabilidad. Levantó a su alrededor un escudo de silencio obstinado que se espesaba cada vez que su padre montaba en cólera y que su madre se mostraba en desacuerdo con él. No le interesaba nada aparte de los medios en vivo y no pensaba en otra cosa que en sacar más tiempo para utilizarlos; apenas tenía amigos, sus profesores desistieron y la rivalidad entre él y sus hermanos empezó a convertir su casa en un campo de batalla en toda regla. Su actitud de desprecio al mundo y su revolución hormonal lo convirtieron en el típico adolescente insoportable.

Por ese motivo su padre le descolocó por completo una mañana cuando durante el desayuno dijo:

—Mañana tengo que ir a Ulphgarth a una conferencia, ¿te apetece acompañarme?

Lawrence miró a sus hermanos, esperando a que alguno contestara. Entonces se dio cuenta de que todos, incluido su padre, le miraban a él.

—¿Quién, yo?

—Sí, tú, Lawrence. —Doug Newton tensó los labios con su característico gesto de buen humor.

—¿Por qué? —gruñó Lawrence escamado.

—Vamos, hijo. —Doug Newton se llevó las yemas de los dedos a la sien —. Vale, muy bien. ¿Por qué crees tú? ¿Para recompensarte por tu comportamiento ejemplar, quizá? ¿O por tus notas? ¿O por no haber reventado este mes la factura de tu acceso a datos?

—¿Por qué siempre haces lo mismo? ¿Por qué siempre tienes que salir con tus putos sarcasmos? ¿Por qué no puedes hablarme como a una persona normal?

—¿Tan educada era la pregunta?

Lawrence se sonrojó cuando Janice y Ray se rieron por lo bajo. Los miró a todos y se enfadó consigo mismo por haber caído. Pero era tan raro que papá le propusiera algo así...

—Bah, total, ¿qué hay allí? —Se esforzó por que pareciera que Ulphgarth jamás podría ofrecer nada interesante. Nada que él supiera.

—Un palacio de congresos de primera categoría, donde vamos a debatir las ofertas de la fase final con los contratistas del nuevo puente de Blea River.

—Ah, vale, gracias, como si yo tuviera algo que ver con eso.

—Yo asistiré a las conferencias mientras tú podrás quedarte en el hotel de cinco estrellas del recinto. Uno de mis asistentes se ha retirado, por lo que ha quedado libre una habitación que ya está pagada. Puedes dormir cuanto te plazca, durante los cinco días enteros si te apetece. Puedes pedir comida al servicio de habitaciones durante las veinticuatro horas. Hay un polideportivo y una piscina gratis para los invitados. El clima de la cúpula es tropical, por si te apetece broncearte. En tu habitación dispondrías de acceso a datos ilimitado. Hay conciertos todas las noches. Además, ni siquiera tendrás que acompañarme ni comer siempre conmigo. Entonces... ¿te apetece darle un respiro a tu madre durante unos días antes de que comiencen las clases?

Lawrence miró a su madre, que le sonreía animándole a que aceptara. Desde que nació su hermano menor, las arrugas de su cara no habían hecho más que profundizar. Lawrence sabía que su madre tomaba antidepresivos, acompañados con vodka, y la odió por ser tan débil. Se odió aún más a sí mismo por tratarla con tanta dureza. Era por culpa de este estúpido puto mundo de mierda, que estaba podrido.

—No sé... Bueno. Vale. Suena bien. Gracias.

—¿Gracias? Santo Cielo, este mundo está lleno de maravillas, ¿no os parece?

Lawrence frunció el ceño otra vez.

Tres días más tarde, no era que se lo estuviera pasando en grande, pero se encontraba más relajado. El hotel tenía una cúpula exclusiva, una pirámide de quince plantas con amplias terrazas acristaladas en el centro a las que los huéspedes se podían asomar para ver los húmedos y verdes parques. Parecía como si de hasta el último de los arbustos y árboles brotaran flores brillantes y multicolores. Las ramas y las hojas gozaban de una vitalidad de la que carecían las plantas normales, casi se podían ver crecer los lustrosos retoños. Todas las noches los robots de jardinería cortaban el mullido césped, pero por la mañana siempre daba la sensación de caminar sobre una densa esponja.

Lawrence se echó en una tumbona y removió los hombros entre los cojines hasta acomodarse del todo. Las grandes luces que quedaban por encima de él, cuyos rayos le llegaban hasta los huesos, eran más cálidas que las de la cúpula tropical de la casa de su familia. Había encontrado un sitio junto al amplio enlosado que rodeaba la gran piscina circular, apartado de todo el mundo, pero lo bastante cerca del bar para poder llamar al camarero por señas. Asombrosamente, cuando pedía una bebida nadie le preguntaba qué edad tenía. El día anterior había empezado con las cervezas, antes de pasar a la lista de cócteles. Algunos sabían a rayos, a pesar de los llamativos colores y adornos, por lo que estuvo a punto de volver a refugiarse en la cerveza. Pero descubrió las margaritas.

La chica estaba otra vez en la piscina. Lawrence se reclinó sobre el respaldo para poder controlar toda la zona sin tener que mover la cabeza. Llevaba protecciones oculares con una interfaz de audio incorporada en su perla de brazalete, además se había cubierto la parte inferior de los ojos con unas membranas optrónicas para poder manejar medios en vivo o mirar clandestinamente a la gente que había en la piscina o incluso echar una cabezada sin que nadie se diera cuenta. El día anterior había estado jugando a *Halo Stars* y engullendo una cerveza detrás de otra antes de verla.

Lawrence le echó unos dieciséis años; era rubia, llevaba su espesa melena lisa cortada a la altura de los hombros, era alta y tenía unas piernas increíblemente atléticas. De hecho, todo su cuerpo era ágil y esbelto. A Lawrence no le costó darse cuenta de eso gracias al breve bikini negro que llevaba su musa.

Lawrence se pasó el resto de la tarde mirándola y bebiendo margaritas. Había un montón de niños jugando en la piscina; los mayores debían de tener su edad y los más pequeños unos siete u ocho años. Los niños de las conferencias, pensó Lawrence, dejados a su suerte mientras sus padres discutían los entresijos de la construcción de puentes. No se unió a ellos. No le gustaba socializarse. Nunca sabía qué decirle a un completo desconocido. Después estaba su cuerpo. No es que estuviera acomplejado, ni mucho menos. Pero allí, vestido solo con el bañador, era muy consciente de cuánto más corpulento era que los otros muchachos de su edad. A pesar de su altura y de su complexión, que los entrenadores del instituto consideraban más que ventajosas para jugar al fútbol y a otros deportes, no le interesaba en absoluto unirse a ningún equipo y perder entrenándose un valioso tiempo que podría dedicar a sus medios en vivo. La falta de ejercicio era la culpable de que, al contrario que los demás chicos de su edad, todavía no hubiera quemado la gordura infantil. Era algo extraño en un mundo donde, tal como podía ver a su alrededor, a la mayoría de los niños se le había realizado alguna modificación de la línea germinal mediante vescritura para mejorar su fisiología general. No solo era su musa la que irradiaba salud. Aun así, destacaba; las otras chicas que había retozando en la piscina también eran atractivas, pero ella era despampanante. Lawrence no sabría decir con exactitud por qué la encontraba tan deseable. Tenía la cara estrecha de labios gruesos y pómulos prominentes; eran rasgos que si bien llamaban la atención tampoco deslumbraban. Jamás dejaba quietos sus ojos de esmeralda, que siempre miraban maravillados al mundo que la rodeaba. Al final decidió que era por su magia, su desbordante vitalidad. Era evidente que los demás muchachos opinaban lo mismo; su musa tenía a sus pies un harén de chicos que no la dejaban tranquila en ningún momento.

Lawrence la contemplaba en silencio mientras ella chapoteaba en la piscina. Los demás buceaban y se zambullían. Corrían por el borde y se empujaban unos a otros al agua. Se pasaban una pelota. Corrían a las tumbonas, daban un rápido trago de *Coca-Cola* y enseguida regresaban y se tiraban de nuevo. Ella no dejaba de reír ni de gritar en ningún momento.

Entonces salió del agua justo delante de Lawrence, que pudo ver de cerca sus duros músculos y el agua destellando sobre su piel. Se excitó al imaginarse aquel magnífico cuerpo estremeciéndose de placer mientras él lo acariciaba con desenfreno. Joder, quería follársela una y otra vez. Hasta

partirla en dos. Se le estaba poniendo dura. Tenía que activar enseguida la perla de brazalete para que las membranas optrónicas arrastraran y enterraran su deseo bajo un maremoto de datos sobre astronomía.

Salir corriendo hubiera dado demasiado el cante. Además había visto a Naomi Karamann echada en una de las tumbonas del otro lado del bar. Era, en teoría, la asistente de dirección de su padre. Para Lawrence era como todas aquellas niñeras que llegaban y al cabo de un mes se largaban. Era una hermosa joven de veintipocos años de tostada piel de ébano y proporciones perfectas. Paseaba junto a la piscina con un traje de baño escarlata diseñado para provocar en lugar de para nadar. En ningún momento había mostrado el menor interés por las conferencias. La noche anterior, Lawrence la había visto a ella y a su padre unirse a un numeroso grupo de hombres de negocios para ir a cenar al restaurante del hotel. Naomi había llevado un vestido largo sin espalda y se había decorado el pelo con polvos de oro.

Lawrence sabía que si le veía comportarse de forma sospechosa, su padre se acabaría enterando. Así que se quedó jugando al *Halo Stars*, velando sobre los minuciosamente detallados paisajes de los mundos alienígenas. Aquel juego en vivo era el último grito del mercado. Lo habían desarrollado en la Tierra, donde seguramente los equipos de diseñadores y los extrapoladores a SA habrían pasado varios años madurando la idea. Se trataba de una agrupación de estrellas habitadas dispuestas alrededor del centro de la galaxia, donde centenares de razas alienígenas convivían en paz y armonía. El jugador en primera persona era el piloto de una nave comercial y de exploración, la *Ebris*. En todos los mundos en los que aterrizaba la nave había algún problema o surgía alguna necesidad con los que había que terminar asaltando los recursos de las otras estrellas del halo, ya fuera de índole tecnológico, artístico, material, médico o espiritual. Lawrence estaba en medio de una secuencia en que se dirigía hacia un dominio donde crecían unas plantas que utilizaban metano para vivir y que una especie de octópodos sentientes necesitaba para completar su colonización de un nuevo planeta. Pero solo podía acceder a esas plantas trocándolas por un mineral específico que se formaba en los planetas de baja gravedad con atmósfera de argón. Para ello primero tenía que reunir un equipo de reconocimiento y de minería. En cuanto lo hubiera formado podría iniciar las misiones de exploración y volar a una docena de sistemas

estelares donde era más probable encontrar el planeta idóneo. El sector en que se encontraba ahora ya le había ofrecido varias oportunidades.

La exquisita riqueza de detalles, tanto económicos como físicos, resultaba asombrosa. Las estrellas, los planetas, los fenómenos espaciales y las especies del halo eran de lo más real. Incluso las coordenadas de los quásares eran correctas. Todo estaba integrado a la perfección; durante los tres meses que hacía que cargó el capítulo inicial, no había encontrado ni una sola falta de continuidad. Cuando pilotaba su nave por la magnificente aureola que rodeaba el corazón de la galaxia se sentía como si estuviera en una misión de entrenamiento real de la academia de oficiales de nave de McArthur, lo cual podría ocurrir de verdad si la compañía no fuera tan estúpida. No era de extrañar que esa panda de mafiosos se estuvieran haciendo ricos.

Después de peinar tres sistemas estelares compuestos por enjambres de microsatélites, llegó por fin a uno en el que encontró el tipo de planeta que buscaba. Posó la *Ebris* en las afueras de un valle cubierto de hierba turquesa y vio un sistema binario compuesto por una pareja de estrellas enanas, una amarilla y otra verde, que se estaban escondiendo tras las colinas. Al día siguiente supervisaría la extracción de minerales. Advirtió la presencia de varios depredadores peligrosos agazapados entre la hierba alta, cargó sus perfiles en el ordenador de la nave, guardó los datos y salió de la partida.

Su musa estaba tomando el sol en una tumbona al otro lado de la piscina y se había puesto unas voluminosas gafas de sol de color ámbar. A su alrededor correteaban algunos de los niños más pequeños, riendo y haciendo el tonto. Tres de los chicos más persistentes estaban sentados en el borde de la tumbona contigua, apretados unos contra otros. Todos hacían cuanto estaba en su mano para parecer encantadores, ingeniosos, entendidos y desinteresados. Ella se reía de vez en cuando de sus chistes y sus gracietas. Desde donde estaba Lawrence, parecía como si su musa solo quisiera parecer educada más que animada.

El hielo de su margarita se había derretido del todo y se había formado una granizada imbebible. Naomi Karamann había desaparecido. Había varios adultos en el agua e iban llegando más paseando por la hierba procedentes del hotel. Al parecer ya había terminado la conferencia de aquel día. Lawrence recogió su toalla y volvió dentro para pedir que le subieran más comida a la habitación.

Aquello fue el día anterior. Ese día había bajado pronto, para ser él, antes de las diez. Su recompensa fue ocupar una tumbona colocada en posición estratégica y ser testigo de la puntual aparición de su musa. Aquella mañana llevaba un bikini blanco pero emanaba la misma vitalidad de siempre. Lawrence no pudo evitar sonreír por cómo la chica disfrutaba de la vida sin el menor esfuerzo. La acompañaban dos niñas que parloteaban muy emocionadas; la mayor no debía de ser mayor de once años y la otra tendría seis o siete. En ese momento Lawrence se dio cuenta de que las tres eran hermanas, porque en general compartían las mismas facciones. Aquello explicaba por qué los chicos mayores del harén de machos en celo se habían mostrado tan permisivos con ellas.

No pasó mucho tiempo antes de que el grupo estuviera completo de nuevo. Las risas y los chillidos inundaron el jardín cuando volvieron a empezar a tirarse al agua unos a otros. Lawrence se puso tenso cuando uno de los chicos mayores, más o menos tenía su edad, empujó a la chica con quizá demasiada fuerza. Pero la musa emergió del agua sonriendo. Lawrence suspiró y deseó que surgiera la oportunidad de acercarse, presentarse y preguntar si podía unirse a ellos. Aunque ahora resultaría extraño, después de haber pasado solo todo el día anterior, lo que debía de hacerle parecer un proscrito. Además, ¿qué iba a decir? ¿Alguien quiere echar una partida al *Halo Stars*? No creía que aquel grupo tan hiperactivo sintiera el menor interés por los juegos en vivo. Sobre todo ella.

Ordenó a la perla de brazalete que cargara el juego y al instante el sombrío valle se materializó a su alrededor. Un pequeño convoy de *aerojeeps* salió rugiendo del compartimento de carga de la *Ebris*, con él pilotando el primer vehículo de la fila. Un satélite había proyectado un mapa de reconocimiento en el parabrisas para indicarle el rumbo que debía seguir. Se oían algunos animales gruñendo con fiereza, ocultos entre la hierba azul.

—Eh, hola, ¿puedes echarnos una mano?

Lawrence ordenó a la perla de brazalete que interrumpiera el juego. Sus membranas se recogieron y miró a la chica. Su musa estaba junto a su tumbona, cubierta de hilillos de agua que la hacía relucir con esplendor. Con torpe apremio se quitó las protecciones oculares y los auriculares.

—Perdona, ¿cómo dices? —¿La estaría mirando demasiado fijamente? Las luces de la cúpula quedaban justo por encima de ella y le obligaban a mirarla como un topo. Joder, debo de parecer un completo imbécil.

—¿Puedes echarnos una mano? —Le mostró la pelota—. Nos hace falta uno más para igualar los equipos.

—¿Equipos? —Hubiera hecho mejor en morderse la lengua. Parecía idiota.

—Sí. De waterpolo. Nos falta uno.

Tenía un acento delicioso, su voz sonaba quebradiza al tiempo que suave. ¿De dónde la había sacado?

—Eh, sí, claro. —Se puso de pie y metió barriga. Su musa solo era un par de centímetros más baja que él. Por alguna absurda razón, Lawrence lo prefería así. De hecho, le gustaba absolutamente todo de aquella chica. Ella era la perfección absoluta—. Llevo algún tiempo sin jugar, puede que esté un poco oxidado. —No había jugado en su vida.

—No hay problema. Yo nunca he jugado. De todas formas, no creo que ninguno conozcamos muy bien las reglas.

—Ah, estupendo. Quizá sea mejor que juegue de portero. Así no me haré daño. —Pregúntale cómo se llama, pedazo de cretino, ¡pregúntaselo ya!

La chica sonrió deslumbrándolo.

—Me había pedido ese puesto.

—Claro. Está bien. No me importa.

La musa le tiró la pelota y Lawrence apenas acertó a cogerla.

—¿No te habremos interrumpido? —le preguntó mirando las protecciones oculares y el brazalete.

—No, qué va, en absoluto. Solo estaba pasando el rato con los en vivo, nada más. He guardado la partida.

—Bien. —Se giró y miró a los que estaban en la piscina—. ¡Ya está! —gritó a sus amigos. Los componentes del harén recibieron la noticia con sonrisas poco acogedoras.

—Ah, yo, eh, me llamo Lawrence.

—Yo Roselyn. —Se zambulló con elegancia en el agua.

Fue casi la última vez que la vio durante los siguientes veinte minutos. El waterpolo era tan salvaje como se lo había imaginado. Lo pasó muy mal durante aquellos veinte minutos en aquella piscina demasiado profunda para desenvolverse con soltura mientras la gente le tiraba cañonazos con aquella pesada pelota. El cloro le provocó picor de ojos. Tragó demasiada agua. El cansancio hizo que le dolieran los pulmones cada vez que cogía aire y sintió que estaba a punto de hundirse.

Por fin terminó el juego, al parecer por un desacuerdo en el resultado. Veinte o puede que treinta. Le habían metido todos los goles que habían querido. Se agarró a la escalerilla cromada con manos temblorosas y salió resollando.

—¿Estás bien?

Roselyn salió a su paso estrujándose el pelo con suavidad.

—Sí, muy bien. —Estaba demasiado hecho polvo para seguir metiendo barriga.

—Me apetece tomar algo. —Le miró un tanto expectante.

Lawrence no podía creer que aquello le estuviera pasando a él.

—A mí también —balbució.

Los componentes del harén le miraron con desprecio mientras la acompañaba al bar al aire libre. Algunos la llamaron para que se uniera a ellos al siguiente juego. Ella se limitó a hacer un gesto con la mano y decirles que quizá más tarde.

—Necesito un descanso —le dijo a Lawrence—. Por el amor de Dios, ¿de dónde sacarán tantas energías?

—Te entiendo. Yo también necesito un respiro.

Roselyn se sentó en el taburete del final de la barra, de manera que nadie podría sentarse a su lado aparte de Lawrence. Este sonrió con satisfacción al ocupar su taburete.

—¿Has venido solo? —preguntó Roselyn.

—No, con mi padre. Está en la conferencia.

—Bien. —Le pidió una *Coca-Cola* al camarero.

—Otra para mí —dijo Lawrence. Supuso que si se pedía otra margarita su musa pensaría que quería darse tono—. ¿De dónde es tu acento? Nunca lo había oído por aquí. Suena muy bien —añadió apresurado. Roselyn no pareció ofenderse y a Lawrence no se le ocurría qué otra cosa podría decir.

—Dublín.

—¿Dónde está eso?

Roselyn soltó una carcajada.

Lawrence sonrió con estoicismo, sabiendo que había vuelto a meter la pata.

—Lo siento —dijo Roselyn—. Dublín está en Irlanda, en la Tierra. Llegamos hace tres días.

—¿En la Tierra? —repitió Lawrence sorprendido—. ¿Vienes de la Tierra? ¿Cómo ha sido el vuelo? ¿Qué has visto? —No entendía cómo unas niñas como las dos hermanas de Roselyn habían experimentado ya un vuelo espacial auténtico mientras él estaba ahí, enjaulado para siempre bajo las cúpulas protectoras y un eterno cielo plomizo.

Roselyn arrugó su nariz chata.

—No vi nada. No había ventanas. Además estuve mareada todo el viaje. Aun así, la que peor lo pasó fue Mary. Urrrgh, debimos de agotar todas las toallitas de papel de la nave.

—¿Mary?

—Mi hermana. —Señaló a la mayor de las dos niñas que chapoteaban en el agua—. La otra es Jenny, allí.

—Parecen muy simpáticas.

—¿Tú crees?

—Oh, sí. Yo tengo cinco hermanos y hermanas menores. Sé de lo que hablo.

—Cinco. Vaya. Tus padres deben de ser muy católicos.

—Er... Eso es una religión, ¿no? Las religiones no están muy extendidas por Amethi. Aquí todo el mundo se inclina a creer en el origen natural del universo.

—¿Tú también?

—Claro. —Sintió que, de algún modo, Roselyn le estaba tomando el pelo—. ¿Por qué habéis venido?

—Mi padre murió.

—Ah, mierda, lo siento. No quería... bueno...

—No te preocupes. Hace cosa de un año. Un accidente de tráfico. Ocurrió muy rápido. En el hospital dijeron que seguramente no se enteró de nada. Ya me he acostumbrado. Aunque, claro, le echo muchísimo de menos. Pero éramos accionistas de McArthur y el seguro nos dio un montón de pasta, así que mi madre decidió cogerlo y hacer lo típico en estos casos, empezar desde cero. Me alegro de que se lanzara. Marcharnos de Dublín me viene bien para olvidar. Además, hoy en día la Tierra está llena de mierda. Este lugar parece de cuento.

—Er... sí.

—¿No te gusta?

—Eh, no, estoy de acuerdo. Lo que ocurre es que vivas donde vivas, nunca te parece exótico. Lo maravilloso siempre está en otra parte.

Roselyn mantuvo la sonrisa un largo rato.

—Muy profundo, sí, Lawrence. Nunca lo había pensado. ¿Así que crees que tarde o temprano acabaré cansándome de Amethi?

—En realidad no. Es ahora cuando empieza a cobrar vida.

—Venga, enséñamelo. —Cogió su vaso de *Coca-Cola* y se puso de pie.

—¿El qué?

—Amethi. Vamos a verlo.

—Ah, claro. Vale. —Sonrió por lo impulsiva que era su musa.

Roselyn echó a correr por la hierba y Lawrence se dio prisa para alcanzarla. Roselyn le preguntó cómo se llamaban las distintas plantas y arbustos. Algunas eran parecidas a las que había en su casa pero no conocía el nombre de ninguna. A ella no pareció importarle.

Llegaron al borde de la cúpula, donde el nulteno estaba anclado en una zanja de hormigón. El espeso musgo había cubierto la superficie grisácea aunque no podía agarrarse al nulteno. Roselyn se apretó contra la pared.

—¿Cómo es posible que no creas que esto es algo increíble? —preguntó —. Solo llevo un bikini y estoy a un milímetro de una ventisca ártica.

—Eso es tecnología, no geografía. Pero tienes razón. Es espectacular. —Le miró la espalda, el leve arco que hacía para poder apoyar las manos en el finísimo nulteno. Su piel era tersa y se le había bronceado un poco; sus sugerentes músculos se movían con precisión justo bajo la superficie—. Claro que la tecnología no es perfecta. Y en algunos casos es demasiado eficaz.

—¿A qué te refieres?

—McArthur calculó los efectos generales que el Insolación provocaría en el medioambiente, aunque no previeron las consecuencias concretas. Cuando la nieve empezó a caer se acumuló sobre las cúpulas, igual que hizo sobre cualquier otra superficie sólida. El problema es que el nulteno es un aislante perfecto. El frío no entra pero el calor no puede salir. Así que la nieve se apiló, sobre todo en la cima de las cúpulas, que son un poco planas. Cuando los primeros diseñadores desarrollaron las cúpulas que utilizamos en la actualidad tuvieron en cuenta la siguiente fase del Insolación, las lluvias. El nulteno puede soportar el peso del agua escurriéndose por el exterior, pero no pensaron en las enormes cantidades

de nieve que se acumularían ahí arriba. En todas las ciudades se rajaron las cúpulas y se produjeron pequeñas avalanchas. Fue muy jodido. Una tonelada de nieve te puede matar con la misma facilidad que una tonelada de acero si te cae encima. Murieron una docena de personas y muchos edificios se vieron afectados. Tuvimos que apuntalar las rejillas de apoyo de todas las cúpulas. Todos los robots de ingeniería civil del planeta pasaron a emplearse en tareas de refuerzo. Se tardó meses, costó una fortuna y todo el mundo sigue discutiendo todavía sobre quién tiene la culpa y qué clase de indemnizaciones deberían establecerse.

Roselyn le miró un tanto incrédula pero después miró la ráfaga de pequeños granizos que impactaban contra el nulteno. En el exterior, la tundra era un inmenso manto nevado, incluso las zonas de maleza no eran más que montículos de largas espinas blancas.

—Me sigue pareciendo asombroso. Todo esto es el resultado del ingenio humano.

—Amethi no era así cuando yo era pequeño. Solo había desiertos congelados.

—Pero se está cambiando todo el planeta. Y sin ecocidio.

—¿Ecocidio? —Lawrence empezaba a pensar que debería prestar más atención en clase. Roselyn sabía mucho más sobre el universo que él.

—En la mayor parte de los planetas colonizados ya había una biosfera establecida —explicó Roselyn—. Ninguna era compatible con la terrestre. Así que el hombre coge y arrasa con todo a través de baños de radiación gamma o mediante toxinas y lo reemplaza por su propia fauna y flora. Ecocidio, el peor tipo de imperialismo que existe.

—Sólo se despejan las zonas circundantes de los asentamientos, no los planetas enteros.

—Pareces todo un jefe galáctico supremo. Todo planeta habitable cuenta con sus propias especies autóctonas. Entonces aparece el hombre e introduce especies que compiten con ellas, las suyas. Al principio las zonas biológicas terrestres son enclaves dispuestos alrededor de nuestros asentamientos, pero después, cuando aumenta la población, esos enclaves se expanden hasta que acaban entrando en conflicto con las especies autóctonas. El hombre siempre cuenta con el respaldo de la tecnología, lo que siempre le da una ventaja aplastante. Al final, todos los planetas en los

que el hombre ha aterrizado se verán invadidos y se convertirán en un triste sucedáneo de la Tierra. Al menos, eso estiman algunos análisis.

—Queda mucho para eso.

—Sí. Pero ya hemos dado el primer paso. —Miró al gélido paisaje con tristeza—. Al menos aquí no hemos hecho eso. ¿Te apetece comer algo?

A Lawrence le hubiera gustado recordar cuándo había sido la última vez que había estado a solas con una chica hermosa, paseando por un parque exuberante. Nunca le había sucedido, desde luego, jamás había tenido una novia; como mucho había tenido chicas en vivo y fantasías con las chicas de clase. Pero allí estaba, aquello era real, y todo había salido con tanta naturalidad que se preguntaba si no habría caído por un agujero de gusano en un universo alternativo. Roselyn era una preciosidad, parecía que él le gustaba o, al menos, que le aceptaba, y era tan fácil hablar con ella. Charlar, en realidad, cosa que nunca había hecho con nadie, mucho menos con una chica. Pero cuando regresaron a la piscina se sentaron en el restaurante, en una mesa de solo dos sillas, y continuaron hablando. Lawrence se pidió una hamburguesa con queso con doble de beicon y una ración grande de patatas; Roselyn pidió una ensalada de atún.

Roselyn le dijo a Lawrence que solo se quedarían unos días.

—Mi madre dice que es un pequeño paréntesis que debíamos hacer; nos quedaremos para recuperarnos del vuelo espacial hasta que nuestro apartamento esté listo. Después saldremos para Templeton y empezaremos las clases. Qué rollo.

—Pues yo vivo en Templeton —le soltó Lawrence.

—Genial, quizá podamos vernos de vez en cuando. Pero primero tendremos que instalarnos, voy a ir al Hillary Eyre, dicen que es muy bueno.

Lawrence engulló el bocado que acababa de darle a la hamburguesa.

—Mi instituto.

—¿Cómo?

—¡Estudio allí!

El grito que dio hizo que todos los miembros del harén que habían entrado allí a comer le miraran otra vez frunciendo el ceño, esperando que Roselyn estuviera sentada en alguna de las mesas grandes.

Roselyn sonrió encantada.

—Eso es estupendo, Lawrence. Así me lo enseñarás todo y me presentarás a la gente. No hay nada más horrible que empezar de cero en un sitio donde no conoces a nadie, ¿no crees?

—Eh, claro, sería un palo.

—Gracias, Lawrence, eres muy amable.

—No hay problema. —Estaba desesperado devanándose los sesos a ver a quién le podía presentar. Alan Cramley podría servir y quizá uno o dos más. Ya se preocuparía de eso en su momento, se dijo, ahora lo que importa es no dejarla escapar. No la cagues. No digas tonterías y no seas patético. ¡Esta vez no!

Después de comer volvieron a la piscina. Roselyn se puso una blusa blanca y se echó en su tumbona. Lawrence ocupó la de al lado, después de haber ido a buscar su brazalete y su toalla. Roselyn nunca había oído hablar del *Halo Stars*. A Lawrence le chocó; estaba convencido de que sería uno de los juegos en vivo más importantes de la Tierra. Pero estuvo un rato explicándole y enseñándole el juego, hasta que algún instinto le aconsejó que pasara del juego y que cambiara de tema.

Cuando Roselyn le preguntó qué iba a hacer por la noche, Lawrence respondió:

—No sé. Todavía no he hecho planes.

—Yo voy a ver al grupo que toca en el bar del hotel. Son muy buenos. También los fui a ver anoche. Me parece que no te vi.

—No. Estaba... fuera. Pero, eh, me gustaría acompañarte. Si no pensabas ir con nadie.

Aquello pareció gustarle a Roselyn. Lawrence había notado que cuando algo le agradaba le salían hoyuelos en las mejillas. No era una sonrisa, más bien una aprobación coqueta.

—Entonces quedamos.

Lawrence sonrió de oreja a oreja y reprimió sus ganas de aullar victorioso. ¡Una cita! Pero... ¿Le había pedido salir y ella había aceptado? O, aún más improbable, ¿era ella quién quería salir con él? Qué más daba. ¡Tenía una cita!

—Me encanta bailar —dijo Roselyn con ilusión.

A Lawrence casi se le escapa un gemido.

¿Cómo podía resultar tan fácil quedar con la chica más hermosa de Amethi para lo único que era totalmente inútil? Dedicó noventa minutos a

prepararse en su habitación. Siete minutos en la ducha, en la que se embadurnó con el gel y el desodorante de todos los estúpidos botecitos de obsequio que encontró. Tres minutos para ponerse los pantalones verdes claros, la camisa azul y gris y el chaleco negro y dorado; era la ropa más elegante que tenía. Su madre había insistido en que la llevara por si su padre quería que le acompañara a cenar —¡Gracias, mamá!—. Y ochenta minutos con sus membranas optrónicas para recibir clases de baile de una instructora virtual; para ello tuvo que acceder a los cursos en vivo del hotel, ya que él no tenía cosas de esas en sus chips de memoria. Menos mal que ya tenía algunas bases (su familia organizaba dos o tres fiestas formales cada año, en las que él tenía que ser la pareja de baile de sus aborrecibles tías abuelas y de sus repelentes sobrinas de diez años). Era cuestión de actualizarse.

Hasta que no se miró en el espejo cuando ya estaba a punto de salir no cayó en la cuenta de que no sabía qué tipo de grupo iban a ver ni qué estilo de música tocarían.

Cuando llamó a la puerta de Roselyn, fue la madre de esta quien abrió, Lucy O'Keef. Era más joven que la madre de Lawrence y radiaba mucha más energía. A Lawrence le recordó a una tía de parte de su padre; era una de esas mujeres independientes que trabajaban durante dos meses como consultora o como diseñadora de *software* y que el resto del año lo dedicaban a dar fiestas y a jugar al tenis. Inteligentes, dinámicas, saludables, pragmáticas y divertidas. Además descubrió de quién había heredado Roselyn su belleza, puesto que compartía con su madre la nariz diminuta y los pómulos pronunciados.

—Así que tú eres Lawrence. —Su voz sonaba potente y animada.

—Sí, señora.

—Pasa, ya casi está lista.

Las O'Keef se alojaban en una suite de tres dormitorios. Por lo tanto las hermanas de Roselyn estaban en el salón, riendo tontamente. Las había conocido aquella tarde y había estado jugando un rato con ellas. Cierto, como hermanas menores que eran, eran insoportables; pero estaban demasiado asombradas por su nuevo mundo que tampoco resultaban del todo odiosas. Se tomó sus risitas con buen humor y pensó que a Roselyn le tocaría aguantar a sus hermanos algún día. Al menos eso esperaba.

Por fin Roselyn salió de su dormitorio. Se había puesto un sencillo vestido azul marino que le llegaba por encima de las rodillas. La hacía todavía mucho más irresistible que los bikinis que se ponía.

—Divertíos —dijo Lucy.

El bar era el clásico de los hoteles de cinco estrellas de cualquier rincón del universo. Justo delante de la puerta había una pequeña barra semicircular de mármol tras la cual se veían docenas de botellas de múltiples licores colocadas en estanterías con fondo de espejo. Había mullidos sofás y lujosas sillas afelpadas dispuestas alrededor de unas pequeñas mesas. Del elevado techo colgaban unas lámparas que daban una luz tenue. E, inevitablemente, sobre un podio central había un majestuoso piano al que se sentaría algún *crooner* con esmoquin que entretendría al público más adulto durante toda la velada con canciones que en ningún caso tendrían menos de un siglo de antigüedad.

Sin embargo, aquella noche la protagonista fue una música menos respetable. La banda que había subido al podio tocaba instrumentos eléctricos e interpretaba baladas bastante bailables. Sobre la barra había cubas rebosantes de hielo y botellas de cerveza y junto a una de las paredes habían colocado una larga mesa de bufé. La mitad del bar se había despejado para poder bailar; el equipo de holografía proyectaba sobre el suelo un oleaje que rompía contra los enérgicos músicos y despedía una lluvia de deslumbrante *spray* caleidoscópico.

Lawrence se echó un poco para atrás cuando las puertas del ascensor les dieron paso al vestíbulo. No estaba acostumbrado a mezclarse con la muchedumbre. Vio a varios de los adolescentes del partido de waterpolo, empujándose unos a otros y haciendo el tonto. Roselyn sonrió con entusiasmo al ver el panorama, le cogió de la mano y le arrastró con ella.

Al final no importaba que no supiera bailar como los demás. Había demasiados cuerpos retorciéndose y empujándole para poder moverse a sus anchas. Así que Lawrence decidió bailar de cualquier manera y contemplar a Roselyn. Se movía como en un sueño, balanceándose con soltura y como a cámara lenta, siguiendo con los brazos el ritmo de la música.

Picaron algo del bufé y hablaron gritando por encima de la música. Roselyn bebía su cerveza directamente de la botella. Siguieron bailando. Siguieron bebiendo.

Lawrence, con todo el cuerpo palpitándole aceleradamente, la piel empapada de sudor y la cabeza conquistada con dulzura por el alcohol, rodeó a Roselyn con los brazos en medio de aquella marejada de gente que se retorcía. Ella se pegó a él y apoyó su cabeza en su hombro para bailar una lenta. Una luz dorada se derramó sobre Roselyn antes de empezar a volverse violeta oscuro. Sonrieron al unísono. Lawrence inclinó la cabeza hacia delante y se besaron.

La banda dejó de tocar a las dos en punto de la mañana. Lawrence y Roselyn se contaban entre las cinco parejas que habían aguantado hasta el final.

—Ha sido hermoso —murmuró Roselyn—. Gracias, Lawrence.

Cuando se cerraron las puertas del ascensor se siguieron besando. Esta vez lo hicieron con ardor. Lawrence recorrió con la lengua toda la boca de Roselyn. Se abrieron las puertas. Continuaron besuqueándose a lo largo de todo el pasillo. Lawrence le acarició toda la espalda antes de bajar la mano hasta las nalgas de Roselyn. Por alguna razón, no se decidía a tocarle los pechos ni a deslizar los dedos por debajo de su falda.

—No puedo —le dijo Roselyn entre jadeos al oído. Le chupó la oreja y le hizo estremecerse—. Mi madre me preguntará dónde he estado. —Abrió la puerta de su suite.

—¿Mañana? —dijo Lawrence con voz entrecortada.

—Sí. En la piscina. A las nueve.

A Lawrence le daba tantas vueltas la cabeza que fue un milagro que consiguiera volver al ascensor y que después encontrara su habitación.

«No puedo». Aquellas fueron sus palabras.

Lawrence se dejó caer en la cama sin quitarse la ropa y sintió que la habitación empezaba a tambalearse peligrosamente. Roselyn hablaba de sexo. Conmigo. Nos hemos besado durante toda la noche. Lawrence cerró los ojos y respiró hondo, sintiendo todavía que Roselyn estaba pegada a él. Parecía como si el cuerpo le ardiera donde ella había estado apoyada.

¿Pero qué quería decir con aquel *«Sí»*? Él sólo había preguntado *«¿Mañana?»*. Nada más, sonaba bastante ambiguo. Y ella había respondido *«Sí»*. *«Sí»*.

El sueño que debería haberlo arrollado al instante gracias al exceso de cerveza tardó horas en visitarlo.

A las ocho menos veinte Lawrence ya estaba echado en una de las tumbonas de la piscina. Fue el primer huésped en bajar. Varios robots de jardinería se escabulleron a su paso por el césped. Una leve niebla proveniente de los conductos de riego planeaba a un palmo de la hierba, haciendo que las briznas destellaran bajo la luz coralina. Era un buen espectáculo para empezar el día.

Roselyn bajó a las nueve menos diez. Llevaba un holgado albornoz de felpa negro intenso y una mochila. Se sonrieron; Lawrence intentó no parecer demasiado inseguro ni avergonzado.

—Has madrugado —dijo Roselyn.

—Quería aprovechar la mañana.

—¿Te encuentras bien? Pareces cansado.

—Estoy bien. No he dormido mucho. Me dolían los pies después de tanto bailar.

—Pobrecito. —Le besó en la coronilla y se echó en la tumbona de enfrente—. ¿Has desayunado?

—Más bien no. —Había bajado corriendo a la piscina en cuanto sonó el despertador. Ni siquiera se había lavado los dientes, lo cual era un error táctico si pretendía besarla de nuevo.

—Ya sé qué es lo que te pasa. —Se acercó al bar, que todavía estaba cerrado, y descolgó el teléfono. A los pocos minutos aparecieron dos camareros que les trajeron varias bandejas.

Se sentaron en el bar y miraron debajo de las tapas plateadas que cubrían una montaña de platos y fuentes. Antes de nada, Roselyn le hizo tomar dos píldoras, una para asentar el estómago y la otra para el dolor de cabeza. Hasta que no empezaron a hacerle efecto, no le dejó más que beber zumo de naranja.

Había pedido arroz inflado, yogur con tropezones de fruta, huevos revueltos con croquetas de patata hervida y cebolla, morcilla, champiñones y tomate y, por último, crepes con miel. Además había tostadas y mermelada de naranja sanguina por si se quedaba con hambre. Sin olvidar la jarra de té de Assam.

—Qué rico —dijo Lawrence con sinceridad. Por lo general se levantaba a las diez y media y se apañaba con un chocolate caliente en el que mojaba galletas de chocolate. Lo cierto era que, si bien el yogur con tropezones estaba fuera de lugar, el resto sabía exquisito.

Roselyn se untó un poco de mermelada en una tostada. Aparte de yogur con fruta, fue todo lo que comió.

—Es la comida más importante del día.

Su madre siempre decía lo mismo, pero viniendo de boca de Roselyn pudo entender y apreciar el significado.

—¿Tienes algún plan para hoy?

—Vaguear —contestó con pereza.

—Igual que yo.

Roselyn apoyó el codo sobre la barra y puso la barbilla sobre la palma de su mano para mirarlo con socarronería.

—Eres muy gracioso, Lawrence. Nunca había conocido a ningún chico como tú.

—¿A qué te refieres?

—Siempre parece que me tienes miedo.

—¡Yo no te tengo miedo! —protestó indignado.

—Me alegra saberlo. Tienes unos ojos preciosos, entre grises y verdes.

—Ah. Eh, gracias.

Roselyn partió un trozo de tostada y se lo llevó a la boca.

—Ahora te toca a ti decirme un piropo. ¿Hay alguna parte de mí que te llame la atención?

Lawrence tuvo que hacer acopio de unas fuerzas que no sabía que tenía para no mirarle los pechos. En vez de a los senos, le miró directamente a sus titilantes ojos grises.

—No sabría por dónde empezar —dijo con suavidad antes de sonrojarse.

Por un momento Roselyn no supo qué decir y después esbozó una amplia sonrisa.

—Me parece un magnífico comienzo. Para alguien tan reservado, es un buen ataque.

—No es ningún ataque. Es lo que pienso de verdad.

Roselyn posó la mano en la rodilla de Lawrence y la apretó con delicadeza.

—Eres tan dulce. No lo entiendo, creía que eras don Corazón de Acero, sentado allí solo mientras los demás corríamos y nos empujábamos a la piscina como canguros enloquecidos. Como un viejo lobo analizando la manada y decidiendo a qué presa devorar.

—Lo siento pero eres muy mala psicóloga. Estaba desterrado porque no sabía qué decirle a nadie. Ya lo sé, soy un idiota.

—No. Nada de eso. No hay nada de malo en ser uno mismo. Creo que esperaba que no fueras un fantasma igual que todos esos tíos que han estado intentando hacerse los simpáticos conmigo estos últimos días.

Lawrence sonrió.

—Eres un imán para los tíos. Sabes, te estuve observando, desde mi fortaleza de don Corazón de Acero; iban detrás de ti lamiendo el suelo que pisabas.

—Tendrías que haberlos oído: «Me gustaría darte un paseo por aquí», «Dublín parece igual que mi cúpula, tienes que visitarla». Como si un invernadero de polietileno pudiera siquiera parecerse a una ciudad de un milenio de antigüedad. ¡Dios! Soy nueva, no subnormal. Parece como hubieran salido todos de Villaincesto.

—Claro —dijo Lawrence con precaución.

—Villaincesto. —Arqueó una ceja—. Donde todos son parientes, ¿no?

Lawrence soltó una carcajada.

—Dios, eres de lo que no hay.

Roselyn puso cara de modesta y ordenó un poco las bandejas. No dejaron de sonreírse en ningún momento. Lawrence jamás se había sentido tan cómodo con nadie.

—¿Tenías novio en Dublín?

—Más bien no. Me gustaba un chico. Salimos un par de veces. No pasó nada. Vamos... nada serio. Gracias a Dios. Los dos sabíamos que me iba a ir, ya sabes. Al final supuse que él pensaría que mi marcha significaba que podría conseguir gratis todo lo que quisiera. Yo ya no estaría allí, de modo que él ya no tendría que soportar el palo de cambiarme por otra. ¿Puedes creerlo? Qué tonta.

—Él fue el idiota. Si yo fuera él me las hubiera ingeniado para seguirte hasta aquí. Hubiera viajado de polizón o algo así.

—Dios, ¿cómo puedo ser tan afortunada? —Le apretó la mejilla como para comprobar que era real—. ¿Y tú, Lawrence, no tienes novia? Puedes

ser sincero. No me importa.

—No hay nada que vaya a importarte. No salgo con nadie.

—Ahora sí que estoy segura de que estoy en otro planeta. Te diré que en Dublín saldrías por lo menos con dos chicas a la vez.

—¿Qué te parece si bajamos para allá juntos?

—Vaya, justo cuando empezaba a convencerme de lo estupendo que eras, vas y sales con esa. Dublín es igual que el resto de la Tierra, antigua y decadente. Ahora estamos tú y yo, aquí. En un planeta cuyo futuro no contempla ninguno de los problemas que tienen los demás. ¿Todavía crees que no hay alguien ahí arriba tirando los dados y decidiendo nuestro destino? A mí me parece que toda esta suerte que tengo no es natural.

—Yo soy el afortunado. —Lawrence se inclinó hacia delante, con prudencia, y la besó. Roselyn le rodeó la cabeza con las manos, despeinándolo y apretándolo contra sí a medida que la pasión se iba apoderando de ellos.

La gente hablaba ruidosamente mientras salían del hotel en dirección a la piscina. Lawrence y Roselyn dejaron de besarse y se quedaron mirándose. Él no se sintió en absoluto avergonzado. Más bien al contrario, sentía una seguridad en sí mismo carente de arrogancia. Ambos sabían lo que habían iniciado y sabían que el otro lo sabía. Era casi relajante.

—Mis hermanas bajarán enseguida —murmuró Roselyn.

—Oh, qué bien.

Se rieron y regresaron a las tumbonas. Los siguientes en llegar fueron los niños más pequeños. Ninguno le prestó mucha atención a la pareja.

—Tendremos que esperar media hora para hacer la digestión antes de poder bañarnos —le avisó Roselyn.

—Vale. —Lawrence miró con ansia a Roselyn mientras esta se quitaba el albornoz. Aquel día llevaba un bikini escarlata y la miró sin vergüenza alguna. Roselyn le lanzó un coqueto beso burlón y se echó en la tumbona.

Poco después aparecieron sus hermanas. Lawrence las saludó con un alegre «Hola». Durante el rato que estuvieron hablando los cuatro juntos, las pequeñas no dejaron de reírse con burla ni de bailar cada vez que se mencionaba la banda o el baile de la noche anterior.

Cuando más tarde todos se zambulleron, Lawrence soportó las intentonas de las niñas de hacerle ahogadillas y los pelotazos que no

dejaron de tirarle a la cabeza. Aunque se vengó sumergiéndose y agarrándolas por los tobillos. Se rieron y chillaron con regocijo.

Lawrence se quedó un poco confuso cuando al final Roselyn dijo:

—No puedo más.

Lawrence tiró la pelota de playa todo lo lejos que pudo y se rió cuando Mary y Jenny salieron en su captura.

Cuando Roselyn se estaba retorciendo el pelo para secárselo Lawrence regresó a la tumbona. Le tendió una mano y ella la cogió.

—Necesito una toalla seca —dijo. Se produjo un momento de espantoso vértigo cuando Roselyn le miró a los ojos. Entonces asintió.

—Vale —murmuró—. Pero mejor en tu habitación.

Entonces Lawrence volvió a la realidad por un momento. Mientras regresaban al hotel no fue capaz más que de mirarla con vergüenza y muerto de nervios. Ella se mostraba igual de tímida, casi como si estuviera confundida por con quién estaba y adónde iban. Volvieron a besarse en el ascensor, aunque esta vez fue más violento. Cuando Lawrence cerró la puerta de su habitación le temblaban las manos de puro nerviosismo.

Roselyn señaló con la cabeza a la amplia terraza de pared de cristal.

—¿Te importa correr las cortinas? Sé que es una tontería pero...

—No. —Casi cruzó corriendo la habitación para tirar de aquellas pesadas telas por su carril. Una vez que las hubo echado, la habitación quedó inundada de una cálida luz dorada y el soberbio cuerpo de Roselyn se cubrió de sugerentes sombras. Estaba mirando la enorme cama de matrimonio con una expresión de congoja. Aquello no era en absoluto lo que Lawrence deseaba. Quería que Roselyn sonriera y que le dijera que se diese prisa.

—Oye, —dijo Lawrence desesperado—, si lo prefieres nos podemos limitar a coger unas toallas nuevas y ya está.

Roselyn le miró y le tendió los brazos.

—No —dijo cuando se abrazaron—. No quiero toallas. —Entonces le besó otra vez y el calor reapareció—. Y también sé muy bien lo que quieres tú.

—A ti.

Roselyn se apartó un paso de Lawrence. Se llevó las manos a la espalda y con soltura se desabrochó el cierre del top del bikini. La prenda cayó y dejó a la vista unos senos de una firmeza sublime.

—Eres preciosa, Roselyn —dijo Lawrence, casi tan bajo que parecía que estaba hablando consigo mismo. Tras maldecir su torpeza, rodeó los pezones con los dedos y pellizcó los oscuros y erectos capullitos de carne. Roselyn suspiró de dolor y frunció el ceño.

—Lo siento, lo siento. —Lawrence dejó de apretar tanto, sin apartar las manos en ningún momento. No podía; jamás hubiera imaginado que Roselyn sería tan dura, tan tersa y cálida.

Ella le tomó de las manos con suavidad y las llevó a sus hombros para poder arrodillarse ante él. Lawrence gimió cuando le bajó el bañador. Roselyn contempló su pétrea erección con pasmada curiosidad, después inclinó la cabeza hacia atrás para sonreírle. Cuando se volvió a levantar, Lawrence la despojó con apremio de la braguita del bikini, bajándoselas hasta los pies. Con una mano le amasó un seno y con la otra le acarició el vientre hasta su nacimiento, donde sus dedos retozaron entre el vello púbico, la humedad y el calor.

La llevó a la cama, casi a empujones. Entrelazaron las manos, se besaron, se lamieron, se chuparon, se devoraron y se saborearon. La respiración de ambos se hacía cada vez más difícil y violenta. Lo que Lawrence sentía al rozar la piel de Roselyn le hacía volverse loco.

Gracias a los shows en vivo, había aprendido que debía ir despacio, acariciar y mimar a la mujer, excitarla y tener en cuenta sus sentimientos. Pero aquella atmósfera calurosa y tenue apenas conseguía recordar tales enseñanzas. Tenía a la mujer más hermosa y caliente del universo jadeando y arqueándose bajo él. La hembra extendió sus deliciosas piernas hacia los lados. Dejó escapar un débil gemido de temor que le ensombreció la cara cuando Lawrence la penetró; poco a poco en sus ojos se fue reflejando el consternado placer que empezó a poseerla.

—Oh, joder... —gruñó Roselyn—. Ve despacito, vale.

—Está bien —prometió Lawrence—. Está bien. —Como si pretendiera hacer otra cosa. Empezó a moverse poco a poco, con tanta suavidad como le fue posible. No comprendía cómo algo podía saber tan exquisito. El irreal cuerpo de Roselyn se retorcía debajo de él, a causa de él. La tenaza con que le succionaba la polla era puro éxtasis. De entre los apretados dientes de Roselyn siguieron escapándose acolchados gemidos y jadeos de sorpresa y excitado placer. A medida que la fogosidad lo fue inundando, a Lawrence empezó a resultarle imposible mantener el ritmo y la suavidad. No pudo evitar abandonarse al frenesí. Comenzó a follarla con violencia,

igual que hacía en las fantasías que tenía cuando la vio por primera vez. Su cuerpo empezó a sacudirse mientras ella gritaba.

Se separaron. Lawrence boqueó confuso y extasiado. Giró la cabeza y vio el pecho de Roselyn palpitando. Casi se corrió otra vez. Estaba enamorado, embrujado, atrapado, obsesionado. Mataría por ella. Moriría por ella.

Sonrió con ingenua felicidad.

—Soy tuyo, Roselyn. En serio. Ahora me posees.

Roselyn arqueó la comisura de los labios, intentando sonreír. Parecía preocupada, reticente.

—¿Qué? —dijo Lawrence desazonado.

—Lawrence. Por favor. No seas tan bruto.

Lawrence quiso vomitar. Era el gusano más rastrero del mundo. Había hecho daño a Roselyn, la única persona que lo había amado en toda su vida. ¡Le había hecho daño!

—Oh, mierda. Lo siento. —Le temblaba la mano cuando se la acercó. Ahora tenía tanto miedo de tocarla—. No pretendía hacerlo. Por favor, oh, por favor.

—Ssh... No pasa nada. —Roselyn se colocó de lado y le acarició una ceja—. Estoy bien, es sólo que me ha dolido un poco, nada más.

—Nunca más lo haremos. Te lo prometo.

—Sí, lo haremos, Lawrence.

—Pero te ha dolido.

—Lawrence, ha sido nuestra primera vez. Aprenderás... aprenderemos a hacerlo de otra manera. —Sonrió con ironía—. El resto de la raza humana no abandona con tanta facilidad, ¿vale?

—No.

Roselyn le lamió la oreja.

—Si me diera tanto placer como el que tú has recibido, ¿querrías no hacerlo nunca más?

—Oh, joder, no. Ni hablar.

—Pues ya está.

—¿Quieres probar otra vez? —Asombrosamente, la polla se le estaba volviendo a poner dura solo de pensarlo.

—Pero no eso. Por el momento no. ¿Podemos hacer otra cosa?

—¡Claro!

Así pasaron el resto de las vacaciones. Tres días encerrados en su habitación, desnudos y sin salir de la cama. Sus cuerpos se acoplaban y se retorcían de puro ardor mientras experimentaban el uno con el otro. Cuando estaban demasiado cansados o escocidos, descansaban y bajaban a la piscina a nadar un rato o comían en el restaurante de fuera. Después de pasear por el perímetro de la cúpula, regresaban a la habitación a pasar unas cuantas horas más de exceso físico. Lawrence se descargó un archivo del *Kama Sutra* en vivo para poner en jubilosa práctica las posturas y los distintos actos. El robusto mobiliario les servía de apoyo y la espaciosa bañera de mármol, con sus potentes grifos de espato, les proporcionaba el gozo más glorioso.

El sexo solo era posible durante el día. Roselyn seguía insistiendo en que por las noches debía regresar a su suite. A Lawrence no le importaba. Aceptaba todo cuanto ella decía o hacía. Ya la poseía de día; además, la noche cada vez llegaba con más retraso para ellos. La última vez Roselyn no se marchó hasta las tres de la mañana.

—Nuestro apartamento está en la cúpula de Leith —le dijo Roselyn a Lawrence mientras estaban tendidos y abrazados sobre las revueltas sábanas en las que quisieron pasar sus últimas horas juntos—. ¿Queda muy lejos de la tuya?

—No. Mi último cumpleaños me regalaron una tricicleta. Puedo llegar allí en menos de diez minutos. También se puede ir andando por los túneles que comunican las distintas cúpulas, lo que lleva unos veinticinco minutos. Quizá sea lo mejor mientras dure el Despertar. —Intentaba trazar mentalmente la mejor ruta, qué cúpulas atravesar.

—¿Entonces podremos vernos cada vez que queramos? —preguntó Roselyn con angustia.

—Claro. —Le pasó la yema de los dedos por los labios, de la manera en que había descubierto que más le excitaba.

Roselyn se apretujó contra él y le lanzó una lluvia de juguetones besitos en el cuello. Se hicieron cosquillas y se rieron.

—¿Tienes mi código-pe?

—Sí. —Lawrence se colocó sobre Roselyn y le sujetó los brazos—. Te llamaré en cuanto llegue a casa. Después te llamaré al cabo de una hora. Y luego pasada otra hora más.

—Lo siento. No quiero ser una bruja posesiva. Solo te quiero a ti.

—Llegarás a Templeton un día después que yo. Lo primero que haremos todas las mañanas será vernos en el instituto.

—Vale. —Roselyn asintió poco a poco, como si hubieran estado discutiendo los términos de un contrato vinculante—. Esperaré hasta entonces.

La limusina que recogió a Lawrence y a su padre por la mañana tardó cinco horas en llegar a su casa. Lawrence se hundió en el asiento de cuero y miró con fastidio los espesos y bailarines copos de nieve. Solo podía pensar en Roselyn; acurrucada entre sus brazos y sonriendo con cariño mientras se besaban.

—¿Se te ha roto la perla de brazalete? —preguntó Doug Newton.

—¿Eh? —Lawrence volvió en sí—. No, papá, está bien.

—Pero no la estás usando.

—Ahora no tengo ganas.

—Joder, será mejor que vayamos directos a urgencias.

—¿Papá?

Doug Newton captó el tono y miró fijamente a su hijo. Los datos azules desaparecieron de sus membranas optrónicas.

—¿Sí?

—En casa hay reglas para todo.

—Mira, Lawrence, no me las he inventado solo para molestarte. Su finalidad es que podamos vivir bajo el mismo techo como hacen las personas civilizadas.

—Sí. Ya sé todo eso. Pero nunca has dicho cuáles son las reglas que afectan a las novias.

—¿Novias?

—Sí.

—Pero si tu no... Ah. Te lo tenías muy callado, hijo. ¿La conocemos?

—No lo sé, papá, ¿qué dicen las reglas? ¿Podrá visitarnos por lo menos?

Doug Newton se acomodó en el asiento y miró a Lawrence a los ojos.

—Muy bien, hijo, ya casi eres lo bastante mayor para utilizar tus acciones con derecho a voto, de manera que no te voy a tratar como si todavía fueras un niño pequeño. A cambio espero que tú también te muestres sincero, ¿de acuerdo?

—Claro, vale.

—Hay dos tipos de normas. Tu novia será más que bienvenida cuando nos visite. De hecho, como sabes de sobra, tu madre insistirá en que venga desde el momento en que sepa que sales con una chica. Cuando la jovencita nos visite, los dos podréis hacer lo que os plazca. Jugar al tenis, al fútbol, ir a nadar, estudiar juntos y todas esas cosas. También nos encantará que se quede a comer o a cenar. Lo que no podrá hacer es quedarse a dormir, al menos no en tu habitación. ¿Me explico?

—Recibido, papá.

—La otra clase de reglas es muy simple y son las mismas que en la vida real. Que no te cojan. Ni yo ni tu madre ni, sobre todo, tus hermanos y hermanas tenemos por qué enfrentarnos a algo tan violento como entrar en una habitación y descubrirte reventándole el culo a tu pajarita. ¿Eso lo entiendes?

Lawrence supo que se había puesto rojo como un tomate al sentir que le ardían las mejillas. Aquella se había convertido en la semana de los cambios decisivos.

—Lo pillo, papá. No te preocupes, eso no ocurrirá.

—Me alegra oírlo. Tú asegúrate de echar bien el cerrojo de ahí abajo.

—Que sí.

Doug Newton meneó la cabeza divertido.

—Te diré una cosa, hijo, nunca dejas de sorprenderme. Porque supongo que es real y no una muñeca virtual de esas de los programas en vivo.

—¡Claro que es de verdad!

—Gracias al cielo. ¿Cómo se llama?

—Roselyn O'Keef.

—No sé si conozco a los O'Keef.

—No son de Amethi, papá. Acaban de llegar.

—¿De verdad? Bueno, entonces tendrán una participación considerable.

—¿Es eso todo lo que te preocupa, que sean ricos o que tengan acciones?

—Pues sí, mira tú por dónde. Pero como bien sabemos los dos a estas alturas, lo que a mí me interesa no tiene que ver ni por casualidad con lo que tú quieres.

—No creas. Es que... —Lawrence no quería decir algo indebido ahora. Nunca había hablado con su padre de aquel modo. Tanta honestidad le estaba haciendo sentir culpable por la manera en que se había comportado

con todos. Supuso que últimamente no había sido muy considerado con sus padres. Pero la vida allí no era fácil. Siempre parecían querer tanto para y de él.

—Lo sé. —Doug levantó las manos—. Soy un ogro. ¿Piensas que somos diferentes? Si alguna vez te dignaras a hablar con tus abuelos les podrías preguntar sobre lo bien que se lo pasaron criándome.

—¿De verdad?

—Pero, repito, solo si hablaras con ellos alguna vez.

—Está bien, papá.

—Ése es mi hijo.

En cuanto llegó a casa, Lawrence cargó el código-pe de Roselyn en la perla de escritorio de su guarida y ordenó al SA que le conectara. El sonriente rostro de la muchacha ocupó toda la pantalla de sábana. Las pequitas que le cubrían las mejillas eran del tamaño de su mano. Hablaron durante una hora. La llamó tres veces más antes de irse a dormir. Aquella noche se despertó dos veces de repente, descubriéndose en ambas ocasiones con los brazos extendidos intentando abrazarla. Durante los momentos de somnolencia posteriores al sueño, dudó que todo hubiera sido real. Fue angustioso.

El Instituto Hillary Eyre estaba en el centro de la propia cúpula del edificio. Era un bloque de tres plantas con forma de H lo bastante grande para ofrecer instalaciones educativas de primera calidad a sus mil quinientos alumnos. La mayor parte del terreno que lo rodeaba eran pistas para practicar diversos deportes y el clima era el mismo todo el año, parecido al de comienzos de otoño en una zona templada. Conformaba una vista poco corriente para los chicos que habían crecido en una ciudad donde cada cúpula estaba poblada por una infinidad de plantas. No había ni un solo árbol, solo un extenso área de verde hierba salpicada por distintos tipos de delgados postes blancos de portería.

Sin embargo, no resultaba tan chocante como ver a Lawrence Newton de pie en medio de las escaleras una hora y media antes de que comenzara el trimestre de manera oficial. A pesar del clima había ido al instituto en la tricicleta para asegurarse de no llegar tarde. Allí estaba, apoyándose primero en un pie y después en otro, comido por la impaciencia y sin dejar de mirar a los nueve arcos de los túneles intercupulares al mismo tiempo. Los alumnos iban saliendo de las serpenteantes cavernas y se dirigían hacia

el vestíbulo acristalado del instituto. Empezaban a formarse grupos en la plaza delantera, amigos que se reencontraban, equipos que se iban conociendo antes de los partidos del trimestre, alumnos que llevaban los trabajos atrasados y que buscaban desesperados una chuleta que descargar (por lo general, Lawrence era de esos), pandillas cuyos componentes se hacían los guays cuando se juntaban.

La distinguió enseguida, aunque todavía estaba a cien metros. Gritó y le hizo señas con un brazo, pasando de las miradas de extrañeza de la gente. Roselyn le vio y sonrió. También le hizo señas. Lawrence corrió hacia ella y se abrazaron en medio de los alborozados espectadores.

Los besos que intercambiaron iban contra las normas de la escuela. A Lawrence le daba igual.

—Estás aquí —dijo sin creérselo del todo.

—Sí. —Roselyn sonrió mirando nerviosa a todas partes—. Hoy no tenía otra cosa que hacer.

Estaban llamando demasiado la atención como para que Lawrence siguiera fingiendo indiferencia. La rodeó con el brazo y se arrimaron al borde de las escaleras.

Roselyn le contó que el viaje que hicieron al marcharse del hotel había transcurrido sin contratiempos. El apartamento de la cúpula de Leith estaba bien, solo que había algún problema con los cables del tendido del edificio. Únicamente tenían los muebles básicos, así que su madre quería visitar todas las tiendas el próximo fin de semana.

—¿Es adecuada esta ropa? —Preguntó Roselyn señalándose la manga—. Vestía una falda larga oscura, una blusa blanca y un jersey verde jade. El pelo lo llevaba sujeto hacia atrás con una horquilla esmaltada en forma de mariposa que le daba un aspecto bastante remilgado.

A Lawrence le encantó su estilo.

—Estás perfecta. —Era verdad; algunas de las demás chicas llevaban una ropa carísima que ni por asomo les hacía parecer más atractivas.

Lawrence vio a Adam Cramley mirándoles de soslayo y fijándose más en Roselyn que en él. Iban juntos a muchas de las clases de baja calidad, aunque no hacía mucho Alan se había convertido en un maníaco del fútbol, deporte en el que en realidad era bastante bueno, lo que le hacía gozar de mucho más prestigio que el que tenía Lawrence en la pirámide social de su curso.

Alan miró con lascivia el culo de Roselyn y le hizo una señal con el pulgar hacia arriba a Lawrence. Al principio a Lawrence le molestó que le faltara él respeto a su preciosa novia de aquella manera, pero después más o menos se calmó y asintió con la complicidad típica de los hombres. Hasta entonces nunca le había ocurrido.

—¿Qué tengo que hacer ahora? —preguntó Roselyn.

Lawrence la acompañó a matricularse y le enseñó el edificio. Le presentó a toda la gente que pudo o, mejor dicho, a casi toda la que conocía. Enseguida notó que con Roselyn a su lado todo el mundo le saludaba con más afecto que antes, tanto las chicas como los chicos.

Después de almorzar en el comedor regresaron al vestíbulo, donde había que apuntarse a los deportes y las actividades del trimestre. Roselyn se apuntó a bádminton, a atletismo, a fútbol para chicas, a piano y a contabilidad.

—¿Y tú qué quieres hacer?

—No sé —masculló. Era la primera vez que iba a apuntarse a algo. Hicieron otra ronda más lenta por las mesas del circuito. Desarrollo de Software era la primera opción de asignaturas extra; arguyó que le vendría bien para lo que fuera que acabara haciendo de mayor y que le ayudaría a hacer los trabajos de clase. Cuando descubrió el Club de Lucha estuvo a punto de decir: «No sabía que aquí había de esto». Vuelo estaría bien, había jugado con los suficientes simuladores en vivo (donde por lo general debía acabar con los alienígenas en combates espaciales) para saber que le gustaría experimentarlo en la vida real; además, así saciaría su deseo incumplido de pilotar naves. Decidió inscribirse, con lo que se ganó una sonrisa aprobatoria de Roselyn. Lo que le daba dolor de cabeza era Juegos; al final se registró en cricket, más que nada porque tocaba la misma tarde que el fútbol de Roselyn y podrían quedarse juntos después, pero también porque era el deporte que menos esfuerzo físico exigía de todo el programa de estudios.

Por la tarde tuvieron que separarse al comenzar las clases pero cuando acabaron Lawrence la esperó en el vestíbulo y le preguntó si quería ir a su casa.

—Debes saber —dijo casi disculpándose— que mi madre no ha dejado de insistirme en que te lleve a casa. Las primeras veces pude darle largas

pero es como pretender que el Glaciar de Barclay no desaparezca. Sucederá algún día.

—Estupendo. Me gustaría conocerla.

—¿Sí? —preguntó con cautela.

—Claro.

—Ah. Vale, genial. Eh, he venido en mi tricicleta. Te llevo.

—¿En tricicleta? ¡Lawrence! Solo he traído esta ropa. No puedo salir así.

—Ya lo sé. Soy idiota pero no tanto.

La llevó al garaje que había al final de la cúpula. La tricicleta era de las últimas que quedaban junto a la barandilla. Era una pequeña máquina con dos ruedas traseras movidas por un motor de combustión de hidrógeno encerrado en una carrocería metálica púrpura. Una alargada burbuja de plástico de líneas puras proporcionaba al conductor y a su acompañante suficiente protección de los elementos, aunque estaba abierta por ambos lados. Las tres anchas ruedas tenían marcados dibujos para nieve, aunque ni siquiera así podía arriesgarse Lawrence a sobrepasar los cincuenta kilómetros por hora sin temor a patinar. Hacía diez años todos los adolescentes de Templeton o tenían o querían una tricicleta, pero el Despertar había restringido su uso en gran medida. Otra señal de que Lawrence había nacido en la era equivocada.

Metió la mano en la cavidad de debajo del asiento y sacó un par de monos térmicos.

—¿Ves?

—Oh, fantástico. —Roselyn puso los ojos en blanco—. Lo más apropiado cuando llevas falda.

—Er... —Lawrence se dio cuenta de que se estaba poniendo colorado.

—No importa. Me apañaré. —Se remangó la falda.

Cuando se sentó en el asiento del acompañante, se abrazó con fuerza a Lawrence, que arrancó para salir de la cámara climatizada y coger la carretera a Templeton. Durante el almuerzo había granizado pero los quitanieves ya habían despejado el camino. La superficie de la carretera estaba manchada de líquido anticongelante, que se mezclaba y cuajaba con el agua derretida, lo que producía los típicos y apagados dibujos de arco iris. Aunque llevaban mono y casco, Lawrence se alegró de tener la burbuja protectora. El viento soplaba tan frío que cortaba.

Las cúpulas de Templeton relucían con opalescencia bajo un bajo y melancólico cielo gris. En la actualidad el paisaje urbano se componía de una arquitectura menos angulosa y más industrial y a Lawrence le parecía menos imponente que de pequeño. Las delicadas hierbas y manchas de musgo que luchaban por sobrevivir en las cunetas casi habían desaparecido. Las zanjas de drenaje de hormigón que bordeaban las rutas principales se habían ido hundiendo bajo los montículos de barro helado que se habían formado en las orillas durante las excavaciones. El único resto de vida vegetal que quedaba eran los rancios cadáveres de las algas que coagulaban los profundos canales de deshielo que atravesaban los pedregales.

Ahora todas las tomas de aire de las cúpulas disponían de nuevos filtros para impedir el paso de la nieve polvo y de la pringosa cellisca a los ventiladores y los mecanismos intercambiadores de calor. Se trataba de unos enormes módulos amazacotados de metal galvanizado unidos por toscos remaches y apoyados sobre vigas de acero en forma de I. Las fábricas estaban adornadas por unas incrustaciones casi igual de feas, puesto que contaban con una protección adicional que apenas se sostenía sobre las tuberías y las rejillas.

Para Lawrence lo peor de todo era la herrumbre. Nunca se había fijado en todo el metal que se había utilizado para construir la ciudad; siempre había supuesto alegremente que todos los componentes estaban elaborados a partir de innovadoras aleaciones y unidos por intrincados lazos moleculares. Pero no era así; el metal continuaba siendo el material de construcción más barato y manejable. Templeton había sido atornillada, remachada, claveteada, reforzada y unificada al igual que cualquier otra conurbación humana desde la edad de hierro. Y ahora, con el cambio climático del Despertar de Amethi, estaba pagando el precio de tanta baratura. Todas las construcciones rezumaban óxido. Era el sudor de la ciudad, excretado de un millón de poros inmundos. Toda superficie exudaba y babeaba las mismas mugrientas manchas rojizas, debilitándose con un interminable gotear de oxidación.

Lawrence se sintió muy aliviado cuando tomaron la rampa que bajaba al pequeño garaje subterráneo de la familia. El exterior ya no le sugería nada, Amethi empujaba a los humanos a sus guetos de tecnología y cubría con un triste velo el paisaje que aspiraban a conquistar. Una vez, en la escuela, el maestro les dijo que los países escandinavos registraban los índices de

suicidio más elevados de la Tierra durante sus largas noches; ahora Lawrence comprendía por qué. No era mera coincidencia que las horas que dedicaba a las series y los juegos en vivo hubieran aumentado progresivamente desde los inicios del Despertar.

La escalera que subía hasta el exterior del garaje daba al semiárido interior de la cúpula. Roselyn contempló aquel desierto de peñascos escarpados y arena blanca. Los peludos y espinosos cactus de formas imposibles se alzaban entre los matorrales, con sus flores umbeladas formando alegres coronas multicolores. Las palmeras y las higueras regalaban su sombra a los tranquilos estanques de los oasis, donde los lagartos se tostaban sobre las piedras planas de los bordes. Al llegar de la escuela, la calidez y sequedad del aire se agradecían enormemente.

—¿Aquí no vive nadie? —preguntó Roselyn.

—No, la casa está en la cúpula principal. Esto es como un parque de la naturaleza. Tenemos seis. —Lawrence observó que Roselyn parecía preocupada—. ¿Qué ocurre?

No quiso mirarle a los ojos porque la pregunta la entristecía aún más.

—Roselyn, por favor.

De repente se pegó a él y rompió a llorar. Le partía el corazón verla tan afligida. Sintió como si él también fuera a llorar. Solo quería que Roselyn se calmara. Cuanto sentía por ella se multiplicó en aquel instante. Incluso a pesar de las lágrimas era hermosa.

—Me prometí que esto no ocurriría —sollozó.

—¿El qué? ¿Qué pasa? ¿Es por mí?

—No. Sí. En parte. Lo que eres.

—No te entiendo.

—Sé que soy débil. Pero es que todo es diferente desde que papá murió. Todos los meses cambia algo. A veces tengo la sensación de que todos los días debo enfrentarme a algo nuevo. Lo odio. Quisiera quedarme siempre en el mismo sitio y seguir una rutina triste y aburrida cada día que me dé un poco de estabilidad.

—Eh, no pasa nada. —Le acarició la espalda con delicadeza—. Os vais a quedar en Amethi y puedo asegurarte que no hay rutina más aburrida y rutinaria que el Hillary Eyre.

Roselyn siguió sin mirarle.

—Te he estado investigando.

—¿Qué has hecho?

—Pues eso. Tu familia ocupa un asiento en el Consejo de McArthur, Lawrence.

—Sí. ¿Y qué?

—No me lo habías dicho.

—Nunca surgió el tema. ¿Qué tiene que ver con nosotros?

—He estado pensando... eres rico y tendrás amigos y contactos a patadas. Sé la importancia que se le da a la posición social en este mundo. Nosotras acabamos de llegar y no somos ricas. Pensé que yo habría sido tu capricho de vacaciones. Ya me has tenido. Creí que ya se había acabado, que ya nunca te vería, que te estarías riendo con tus amigos de lo fácil que fui. Pero esta mañana me estabas esperando y... —rompió a llorar de nuevo.

Lawrence le acunó la cara entre sus manos y con cuidado le inclinó un poco la cabeza hacia atrás para que le mirara.

—En ningún momento eso se me pasó por la cabeza. Me cuesta creer que a ti sí. Roselyn, vas a tener que soportarme el resto de tu vida, porque nunca voy a encontrar a ninguna chica ni la mitad de maravillosa que tú. Jamás. Y si hay alguien que debe preocuparse, soy yo. Cuando veas a todos esos deportistas del instituto te darás cuenta del error que has cometido.

—¡No! —Le pasó la mano por la nuca y le atrajo hacia sí para besarlo—. No digas eso, Lawrence. No quiero deportistas descerebrados, te quiero a ti.

Se quedaron quietos un rato, abrazados mientras los gecos y las salamandras inundaban la cúpula con sus extrañas llamadas. Al final, Roselyn sonrió con sumisión y se pasó la mano por la cara para enjugarse los surcos de las lágrimas.

—Debo de estar hecha un asco.

—Estás espléndida.

—Eres muy amable pero no puedo presentarme así para conocer a tu madre.

—Eh... bueno, primero podemos pasarnos por mi refugio.

Lawrence tuvo dudas al abrir la puerta del garaje. Al mirar el interior del refugio con Roselyn de pie junto a él, se sintió incómodo cuando se dio cuenta de lo... en fin, de lo pazguato que debía de parecer. Su imperio privado, que como tal revelaba demasiado sobre su personalidad.

Roselyn caminó hasta el centro y giró sobre sí misma para verlo todo.

—Es muy...

—¿Triste? ¿Ególatra? ¿Soso?

—No. Solo que está claro que aquí vive un chico.

Roselyn pasó la mano por el respaldo del ajado sofá de cuero. Miró a Lawrence. Lawrence la miró a ella.

La parte inferior de la puerta no había llegado todavía al suelo cuando ya se estaban desnudando ansiosamente el uno al otro.

—¿Qué sueles hacer aquí? —preguntó Roselyn después. Estaba tendida en el sofá, con la cabeza apoyada en el regazo de Lawrence.

A Lawrence le costaba asimilar el hecho de tener a una chica desnuda en su refugio. Eran conceptos opuestos. Aunque, ahora que lo pensaba, practicar sexo aquí había sido de lo más excitante. El sabor de la fruta prohibida.

—Poca cosa. Vengo a pasar el rato, a disfrutar de la soledad.

—Ya, te entiendo. A veces me gustaría que mis queridas hermanitas no existieran pero aguanté un mes encerrada con ellas en una nave espacial. Sin salida. ¿Y qué haces cuando estás solo?

—Nada interesante, supongo. Suelo trastear con aparatos electrónicos y tal La mayor parte de los cachivaches que ves es por eso, pero no tengo tiempo de arreglarlo todo. Estudio mucho aquí. También paso el rato con un montón de juegos en vivo.

—¿Cómo el *Halo Stars*?

—En realidad ese es nuevo. —Se calló, avergonzado. Se acordó de que tenía una chica desnuda medio despatarrada encima de él. La situación no podía ser más íntima.

—De pequeño me pasaba horas viendo mi serie favorita en la pantalla de sábana grande.

—¿Cuál era?

—No creo que la conozcas. *Destino: Horizonte*.

La nariz de Roselyn dio un respingo.

—Me suena. Es una serie de ciencia-ficción muy antigua, ¿no?

—Sí. Va de una nave que explora el otro extremo de la galaxia. Por desgracia, Amethi solo importó una temporada. Nunca sabré qué les sucedió ni si regresaron a casa.

—¿Por qué no le enviaste un mensaje a la distribuidora de la Tierra? No puede costar tanto que manden la siguiente temporada.

—Lo intenté un millar de veces pero nunca me respondieron. Imagino que la distribuidora quebraría o algo así.

—Nada escapa al banco de datos, por eso se ha extendido más allá de su esfera de homogeneidad. No es que el diseño de la red original fuera defectuoso, la gente siguió añadiendo tanta capacidad de memoria que la interconectividad se colapso. Hay secciones completas que son casi autónomas, otras no saben qué contienen ni que existen. Si en la actualidad necesitas información sobre algo muy concreto, debes cargar una docena de peticiones y esperar que al menos una de ellas te devuelva un metavínculo. Cuando busqué información sobre Amethi, tardé varios días en recibir algunos datos. Nada importante, solo cosas secundarias como los datos de los primeros estudios, la economía inicial, esas cosas. Detalles. Incluso corren rumores de que existen bancos cerrados, secciones que solo ofrecen metavínculos internos, y que sus controladores de SA no saben que ya no están vinculados con el exterior.

—Es una locura. El banco de datos de Amethi no tiene fugas de información. Cuando envías una petición, siempre obtienes resultados.

—Por eso todavía es pequeño. El colapso del banco de datos de la Tierra era inevitable. Eran demasiados datos para indexar por la misma fuente y mientras más se distribuye el índice más débiles se vuelven los metavínculos. Se hablaba de partirlo en subdivisiones oficiales. La cuestión era que si no se sabía dónde estaban almacenados los datos originales, ¿cómo los iban a reorganizar?

—No me extraña que no me respondieran.

—Si quieres puedo mandarle un mensaje a una amiga; puede cargar una petición sobre la serie.

Lawrence se dejó caer del sofá. Se arrodilló delante de Roselyn, que lo miraba entre extrañada y divertida.

—¿Puedes conseguirme el resto de episodios?

—Podemos averiguar si existen, sí. Puesto que se trata de un producto de entretenimiento, habrá un montón de información. A menos que tenga más de un siglo de antigüedad. Aun así, no será difícil.

—Por favor. —Le cogió las rodillas—. Te estaré eternamente agradecido, lo juro con sangre.

—Hmm... —Roselyn lo meditó un momento con la mirada perdida en el techo—. Hay una cosa que me gustaría pedirte a cambio.

—Concedida.

Roselyn le cogió la mano y le lamió los dedos, uno por uno, terminando con un besito en cada una de las diez yemas. Después le guió la mano a ras de su vientre hasta el sensible punto que le hizo gemir.

—Esto —dijo con voz susurrante—. Esto es lo que quiero.

Durante aquella semana Roselyn fue a la finca de los Newton cada día después de clase; a veces era ella la que conducía la tricicleta, aunque solían ir caminando por los túneles intercupulares. Lawrence no presentó a Roselyn a su madre y a sus hermanos y hermanas hasta el tercer día. Lawrence estaba mucho más preocupado por la presentación que Roselyn, por lo que se echaba a temblar cada vez que su madre se mostraba «simpática» con ella o que le hacía una pregunta personal y miraba con ojos asesinos a sus hermanos cuando gritaban y decían groserías. Roselyn manejó la situación con un saber estar que Lawrence envidió tanto como admiró.

Una vez superado el encuentro inicial, ya no se sentía obligado a llevarla a casa cada vez, aunque se estableció la costumbre de que se quedaría a comer siempre que los visitara. A él le encantaría ir a comer a casa de Roselyn algún día. Pronto.

—Padres —dijo Roselyn suspirando cuando Lawrence le propuso esto último como de pasada—. Nunca se apuntan al hogar de ancianos, se quedan en casa para avergonzar a sus hijos.

Lawrence dejó de lamerle el ombligo.

—Sabes lo que va a pasar ahora, ¿verdad? Mi madre empezará a presentarle a la tuya a un montón de candidatos.

Roselyn se colocó de costado. Habían puesto una manta sobre el sofá, el cuero se le pegaba a la piel desnuda.

—Lo dudo.

Lawrence percibió cierta tensión en el tono de Roselyn.

—Perdona. No hablas mucho de él.

—No. —Dejó escapar un largo suspiro—. Es verdad. Pero es que tampoco hay mucho que decir. Fue un padre estupendo, lo quise un montón. Entonces un día ya no estaba y todo lo que yo creía que era mi mundo había desaparecido con él. Después, justo cuando empezaba a

pensar que mi vida sería una absoluta mierda para siempre, llegué aquí. —Le dio un pellizco a Lawrence en la cintura que le hizo retorcerse—. Y te encontré a ti, esperándome.

—Otra cosa que tenemos en común. Yo también me sentía miserable hasta que te conocí a ti. No me refiero a que lo estuviera pasando tan mal como tú, que perdiste a tu padre, ni mucho menos. Supongo que, en general, lo mío era una pesadumbre autoinfligida. Era más fácil de superar.

—Vaya, pues tendré que traer más tormento a tu vida.

—¿Cómo?

—Lawrence, no puedo seguir viniendo aquí después de clase.

—¿Por qué no? —preguntó Lawrence, atónito—. ¿No te gusta?

Roselyn sonrió peligrosamente al gatear sobre él.

—Oh, te puedo asegurar que esto me gusta. De hecho, demasiado, por si no te habías dado cuenta. Llevo dos semanas contigo y ya me he convertido en una auténtica zorra. —Le colocó los pechos delante de la cara.

—Y yo en un pervertido. —Le chupó los pezones, ansioso por saborearlos de nuevo. Todavía le sorprendía todo lo que Roselyn le dejaba hacerle. También le extrañaba su arrojo a la hora de proponerle cosas. Era como si ninguno de los dos sintiera la menor inhibición.

Entonces Roselyn se apartó de él.

—Tengo que ponerme a estudiar en serio. Los institutos de Amethi van muy rápido comparándolos con los de mi querida Irlanda. Si no me aplico me voy a convertir en la mayor zopenca que este planeta haya visto nunca.

—Nada de eso.

—¡Lawrence! Tengo que estudiar. Hablo en serio, debo empezar a hacer los deberes.

—Hazlos aquí —propuso Lawrence con una lógica aplastante—. Hay acceso al banco de datos. Tienes tu perla de brazalete. Dispones de todo lo que necesitas. —Estiró la mano para acariciarle un seno.

Roselyn se echó atrás, colocó los brazos en jarra y lo miró fijamente.

—Sabes muy bien lo que ocurrirá si vengo aquí a estudiar. Empezarás a hacerme arrumacos, acabaremos follando y nunca podré terminar mis trabajos. ¿No querrás que me convierta en una completa borrica?

—No, claro que no. Pero... —Lawrence no concebía la idea de no verla después de clase—. No me propasaré contigo hasta que no termines tus

deberes. Lo prometo. Pero, por favor, quédate aquí por las tardes. Por favor, por favor.

—¿Me lo juras por lo que más quieras?

Lawrence cruzó el índice y el pulgar y se los besó.

—Confía en mí.

—Entonces vale.

—¡Fantástico!

—Eso sí, antes que nada debemos pasar por tu casa y quedarnos a estudiar allí.

—Venga ya.

—Si no, no hay trato. Estudiaremos juntos en el salón o donde sea. Así ninguno caeremos en la tentación.

—No puedo creerlo. De acuerdo.

—Y después, —se inclinó ante Lawrence, mofándose—, después, podemos volver aquí para que te demuestre lo agradecida que estoy.

—¿De verdad?

Roselyn le pasó la lengua por la comisura de los labios y Lawrence sintió sus pezones apretándose contra su pecho. Semejante provocación era un dulce castigo.

—Hmm... Claro —susurró Roselyn.

—¿Cómo de agradecida, exactamente?

—Tanto que no podré ni hablar de lo ocupada que tendré la boca.

El gemido de Lawrence se convirtió casi en sollozo. Entrecerró los ojos y dejó que se le empañara la visión con lágrimas de placer. Tembló de excitación cuando notó los dedos de Roselyn jugueteando delicadamente con sus cojones. Entonces (malditos fueran los cielos) Roselyn le agarró de un pliegue de la barriga y él se apartó para soltarse.

Un mohín de confusión nubló el divino rostro de Roselyn.

—¿Qué ocurre?

—No me gusta eso —farfulló Lawrence avergonzado. —¿Te refieres a esto? —Roselyn volvió a apretar el cinturón de grasa.

—¡Sí! —Lawrence se apartó de Roselyn con brusquedad—. No hace falta que me recuerdes que me sobran kilos.

Roselyn frunció el ceño.

—A todos nos sobra algún kilito, Lawrence. A mí también.

Lawrence quiso decirle que su cuerpo era perfecto. En cambio el de él...

—Ya lo sé. Estaba pensando en empezar a ponerme en forma. —Cerró el pico al instante, antes de soltar alguna otra imbecilidad.

—¿En serio? —Roselyn alegró la cara y le besó con gran entusiasmo—. La verdad es que eso me pondría cachondísima.

OceanofPDF.com

Capítulo 6

Los periodos de inactividad eran un factor que los comandantes hacía siglos que conocían y que tenían en cuenta a la hora de desarrollar sus estrategias. El tiempo durante el que las fuerzas de Tierra permanecían en tránsito acababa afectándolas antes de entrar en combate. Según la política de Z-B, las fuerzas de seguridad estratégica podían resistir un viaje de cincuenta días en nave sin sufrir una reducción drástica de eficiencia.

Después de cuarenta días de viaje, todavía a tres años luz de Thallspring, Lawrence aún se preguntaba si a alguno de los miembros del pelotón 435NK9 le quedarían ganas de meterse en el trasbordador cuando llegara el momento de descender al planeta. Estaba claro que la rata de oficina que se había inventado la regla de los cincuenta días no había estado en su vida en una órbita baja de la Tierra y mucho menos había puesto un pie en una nave.

Día cuarenta y uno, 09:30 hora de la nave, el pelotón estaba en el gimnasio. Puesto que el resto del día lo dedicarían a entrenamiento no físico y a repasar la misión, no era el momento de realizar una actividad fatigosa. El mareo con el que iban a salir tardaría horas en pasárseles y les dejaría atolondrados y de mal humor. Pero todos los pelotones tenían programados noventa minutos al día en uno de los compartimentos de gimnasio de las ruedas de ventilación para mantener en forma los músculos y evitar el debilitamiento de la estructura ósea. No había objeción posible.

Lawrence, incluso sabiendo que se quedaría jodido para el resto de la jornada, se concentraba en los ejercicios y se limitaba a empujar con cadencia la dura resistencia de los manubrios. Estaba tumbado boca abajo

sobre uno de los bancos de ejercicios, cuyas resistencias se componían solo de resortes o poleas. Ajustó la resistencia para aumentarla un par de grados y siguió adelante. El sudor empezó a brillar en su frente. El corazón le aporreaba el pecho. Justo lo que quería, forzar al máximo todo el cuerpo. No se cansaba de repetírselo a sus hombres ni de predicar con el ejemplo. Un traje de Cuero ejerce una gran presión en el organismo, sobre todo en un cuerpo que lleva cinco semanas pudriéndose sometido a solo un octavo de la fuerza de gravedad terrestre.

Cuando miró al otro extremo del gimnasio vio a Amersy y a Hal Grabowski forzándose al límite, con sus camisetas escarlatas empapadas de sudor. A Odel y Karl les bastaba con ajustar la resistencia al mínimo, como siempre, mientras que Jones Johnson apenas se molestaba en ejercitar las piernas, ya que consideraba que la sesión de gimnasio era una especie de pasatiempo.

Normal, pensó Lawrence; Jones era el mecánico del pelotón y, por cierto, tenía una mano excelente con casi cualquier tipo de máquina, incluyendo los proyectiles. Como era de esperar, Jones suponía que tal habilidad compensaba su falta de destreza en otros aspectos. Pese a haber participado en tres campañas, no parecía entender que el pelotón sólo podía sobrevivir mediante el trabajo en equipo, que empezaba en el nivel más básico: la buena forma física.

Lawrence se levantó y se colgó una toalla del cuello. Dio unas zancadas hasta colocarse junto a Jones y se apoyó con una mano en el marco que daba soporte al banco. Con la otra mano bajó las resistencias de las piernas, forzándolas a moverse sobre sus goznes y colocando casi el doble de peso sobre las piernas de Jones.

—¡Hostias! —gritó Jones.

—Has caído en una emboscada. Una mina ha derribado un muro, las piernas se te han quedado atrapadas bajo un montón de piedras y tres rebeldes armados con machetes vienen a por ti. Si quieres sobrevivir, tendrás que liberarte.

—¡Por los huevos de Cristo!

—Venga, holgazán de mierda, levántate.

La presión convirtió la cara de Jones en una máscara de goma al intentar elevar las piernas. Las venas del cuello le latían con tanta fuerza que parecía que reventarían de un momento a otro.

Cuando quedó claro que nunca conseguiría levantar las barras, Lawrence le soltó.

—Eres un puto inútil, Jones. No me importa que mueras por ello, cualquiera que te sustituya lo hará mil veces mejor. Pero si tú te quedas inmovilizado, los demás nos quedamos con el culo al aire. Si no piensas seguir el ritmo con los demás, mejor que te largues ahora. No pienso cargar con la responsabilidad.

—Es solo un puto gimnasio, Sargento. Cuando salgamos a patrullar llevaré el Cuero. Esta mierda de gimnasia que nos obligan a hacer solo vale para tocar los cojones.

—Lo único en lo que de verdad puedes confiar es en ti mismo.

Lawrence vio a Hal sonriendo ante la escena y le dijo:

—Y tú ya puedes quitar esa cara de payaso. Solo faltan seis días para que lleguemos al planeta. Cada vez que te sonrían significará que te odian; mientras más amplia sea la sonrisa más muerto querrán que estés. Allí abajo solo nos tendremos los unos a los otros. Nadie más va a cuidar de vosotros. Así que quiero que os pongáis en la mejor forma posible. No me refiero solo al cuerpo, sino que también debéis cambiar vuestra actitud; porque, que los cielos me asistan, dependo de vosotros.

Lawrence regresó a su banco de ejercicios. Hal continuó empujando las barras, orgulloso de la facilidad con que las movía a pesar de lo dura que había puesto la resistencia. El cabo Amersy, que no había interrumpido sus ejercicios en ningún momento, miró a Lawrence con cierto reproche cuando pasó por delante de él. Lawrence comprendió que Amersy no estuviera conforme, había reaccionado de forma exagerada con Jones por aflojar un poco el ritmo. Pero esta vez quería que el pelotón se entregara más que nunca. Si quería alcanzar sus objetivos personales al llegar a Thallspring, tendría que confiar plenamente en sus hombres, para lo cual debía cuidar de ellos y tenerlos muy vigilados. Quizá no lo apreciaran en la nave, pero una vez que descendieran al planeta la misión se complicaría mucho. Aunque fueran desechos sociales, eran lo bastante espabilados para saber en quién podían confiar cuando llovía la mierda. Y Z-B, con el capitán Douglas Bryant, no tenía muchas papeletas.

Lawrence siguió con sus ejercicios. Cuando vio a Jones pedaleando con todas sus fuerzas soltó un breve resoplido de satisfacción. Tuvo suerte de que el recluta no le diera una hostia. La tensión del periodo de inactividad

los estaba volviendo locos. En Cairns por lo menos podían escaparse de la base por la noche y liberar la tensión follando con las chicas del Club.

Después del gimnasio, el pelotón se entrenaba durante dos horas preparando el equipamiento. Lawrence dejó que fuera Amersy el que los supervisara. Debía reunirse otra vez con el capitán; dado que quedaba tan poco para llegar al planeta, celebraban una media de encuentros al día.

La sala de reuniones era un compartimento rectangular de paredes de aluminio de las que solo colgaba una enorme pantalla de sábana de alta resolución. Los otros tres sargentos de pelotón, Wagner, Ciaran y Oakley, ya estaban sentados en la mesa de aleación. Lawrence asintió brevemente con la cabeza y ocupó su silla. El capitán Douglas Bryant llegó al poco, acompañado del teniente Motluk. Los sargentos se pusieron en pie; con una mano se agarraron al borde de la mesa para mantener los pies en el suelo y con la otra saludaron.

—Descansen, camaradas —dijo Douglas Bryant en tono amistoso. Tenía veintiocho años, era un producto de la academia de oficiales de Z-B de Túnez. Un hombre inteligente; su familia poseía una generosa participación en la compañía que le permitió ascender con facilidad en la pirámide corporativa. Cuando Lawrence accedió a su registro descubrió que la única misión activa del capitán había consistido en acciones de contrainsurgencia en el este de África. Asaltos de castigo a los campamentos levantados en las profundidades de la jungla, donde las tribus nativas todavía se alzaban contra las compañías mineras imperialistas que les arrebataban los minerales de sus tierras. No estaba mal como tarea de captación de bienes, pero Lawrence hubiera preferido a alguien con experiencia de verdad.

En realidad, su desdén por Douglas Bryant se debía al hecho de saber que el joven capitán era más o menos aquello en lo que él mismo se hubiera acabado convirtiendo. Se preocupaba mucho por las condiciones y la moral de los hombres a su cargo, estaba muy bien informado y sabía muy bien lo que importaba de verdad.

—Ciaran, ¿ha solucionado lo del inventario de suministros de su pelotón? —preguntó el capitán.

—Señor —respondió el sargento del pelotón 836BK5—. Fue un fallo técnico. Los suministros estaban en la vaina de aterrizaje correcta.

El capitán miró sonriendo a sus sargentos.

—Siempre es cosa del software, ¿verdad? ¿Desde que salimos de Centralis hemos tenido algo que no hayan sido problemas con los programas?

Los sargentos le devolvieron una forzada sonrisa de cortesía.

—Muy bien. Los últimos arreglos de los trajes, ¿cómo van? Newton, su pelotón todavía no ha empezado, ¿cómo es eso?

—Sigo realizando pruebas de funcionamiento, señor. Quiero dejar los arreglos finales para el último momento. Incluso a pesar de las sesiones de gimnasio, las cinco semanas que han estado sometidos a esta gravedad han influido en su tamaño.

—Lo comprendo pero por desgracia no es ese el procedimiento que debemos seguir. Su pelotón se presentará a puesta a punto mañana a las ocho en punto.

—Señor.

—No puedo arriesgarme a que no estén listos cuando salgamos al exterior. No debemos permitir que nos cojan desprevenidos.

Claro, pensó Lawrence, como si Thallspring se hubiera movido y fueran a llegar al día siguiente. Pero si como mucho cada traje tardaba dos horas en pasar por la puesta a punto.

—Lo comprendo, señor.

Y así fue. A Bryant le obsesionaban los detalles. Metía las narices en todo lo que cualquier comandante con experiencia dejaría para sus sargentos. Quería que todo saliera según los planes previstos, sin la menor modificación. Lo decía todo el hecho de que se preocupara más por la imagen que daba de cara a la compañía que por los detalles prácticos de la situación a la que deberían enfrentarse. Incluso quería que Oakley cancelara la solicitud de que les proporcionaran más sensores remotos cuando descendieran. A su pelotón le habían asignado la misión de peinar un área urbana conformada por angostos callejones que tejían un laberinto de casuchas; y eso guiándose con un mapa de hacía diez años, cuya configuración podría haber variado mucho durante todo ese tiempo. Dicho de otro modo, era el territorio perfecto para que los grupúsculos de resistencia locales les tendieran una emboscada. Lo pasarían muy mal hasta que Z-B se estableciera y los mantuviera a raya. Lawrence también hubiera querido disponer de la seguridad adicional que proporcionaban esos sensores remotos. Pero a pesar de la cacareada política de implicación de

Z-B, en el plan de cabeza de playa ya se había fijado la cantidad de sensores que se consideraban necesarios.

Oakley accedió y anuló la solicitud mediante su perla de brazalete. Después hablaron de la hora en que debía comenzar la operación de aterrizaje y Bryant aprovechó para recordarles que no quería que se produjeran retrasos innecesarios en el momento de salir de los trasbordadores.

Llevaba todo el día cayendo una débil y cálida lluvia sobre Memu Bay; era el segundo chaparrón impropio de la estación que caía en quince días. Denise tuvo que sacar del jardín a los niños y sentarlos en las mesas y los bancos que había bajo el tejado. Por la mañana les dio las pantallas electrónicas para que dibujaran las formas que les sugerían las nubes, lo que dio como resultado un espléndido *collage* de extrañas criaturas pintadas de azul, rojo y verde brillantes. Por la tarde, cuando ya se hizo obvio que las nubes tardarían en despejarse, los hizo sentarse formando un amplio semicírculo con ella sentada en una de las mesas del centro.

—Creo que va siendo hora de que os hable del planeta de los mordiff —dijo—. Aunque en realidad Mozark nunca llegara a visitarlo.

Los niños suspiraron sobrecogidos e intercambiaron miradas de curiosidad. Hasta aquel momento, solo había mencionado la horripilante historia del planeta de los mordiff de paso, cuando hablaba del Imperio del Anillo.

Jedzella levantó la mano.

—Por favor, seño, no dará mucho miedo, ¿no?

—¿Miedo? —Denise frunció los labios y le dio un aire teatral a su respuesta—. No, no da demasiado miedo, aunque sí que hubo guerras horribles, como lo son todas las guerras. Supongo que ahora, echando la vista atrás, nos parecerá una historia muy triste. Siempre os he dicho que si para algo sirven los errores es para aprender de ellos, y debéis saber que los mordiff cometieron errores muy graves. Con un poco de suerte, si no olvidáis lo que voy a contaros, podréis evitar tropezar con las mismas piedras que ellos cuando seáis mayores. ¿Queréis que siga?

—¡Sí! —gritaron. Algunos miraron enfadados a Jedzella.

—Muy bien. Veamos; Mozark nunca fue allí pero voló muy cerca de la nebulosa de Ulodan, donde se ocultaban el planeta y su estrella. No tenía un buen motivo para pasarse por allí. Ya entonces hacía mucho que los mordiff habían desaparecido y nada de lo que habían dejado podría ayudar a Mozark en su búsqueda de un objetivo al que dedicar su vida. Sin embargo, y por extraño que pueda sonar, los mordiff tenían un fin primordial. Querían vivir. Es ese aspecto eran igual que nosotros; los humanos actuales, así como las especies sentientes del Imperio del Anillo, queremos vivir. Pero por casualidad, por accidente, por azar o incluso por suerte, los mordiff evolucionaron en un planeta que flotaba en medio de la nebulosa más oscura y densa que por aquel entonces existía en la galaxia. Tenían horas de día, como nosotros. La nebulosa no era tan espesa como para taparles el sol. Eso sí, las noches eran totales. El cielo nocturno de aquel planeta era de un negro perfecto. No podían ver las estrellas. Por lo que sabían, estaban completamente solos; para ellos, su planeta y su sol eran todo el universo.

—¿No enviaron naves al espacio para ver si había más estrellas? —preguntó Edmund.

—No. No tenían un motivo para salir a explorar nada. No sospechaban siquiera que existirían otras cosas; lo que veían desde su planeta les convencía de ello, de modo que ni siquiera se les ocurrió salir a echar un vistazo. Aquello fue su perdición, y esa es la lección que debemos aprender de ellos. Como habéis visto, al igual que la mayoría de las especies sentientes, pensaban igual que nosotros, por muy distintos que fueran sus cuerpos. Eran grandes, casi tanto como los dinosaurios y tenían unas extremidades tan listas que podían cambiar de forma. De esta manera, podían deslizarse por el suelo como las serpientes o nadar como los peces cuando convertían sus miembros en aletas; algunos historiadores y arqueólogos del Imperio del Anillo sugieren que podían volar o por lo menos planear. Con todo, nada les impidió desarrollar una civilización normal. Pasaron por una edad de piedra, por una edad de hierro, como nosotros; más adelante desarrollaron los motores de vapor, la industria y la energía atómica, hasta que por último establecieron la cultura de la información. Fue entonces cuando comenzaron sus problemas. Para entonces ya habían desarrollado toda una sociedad y contaban con medicamentos que les proporcionaban una vida larga y saludable. La población no dejaba de aumentar ni de consumir cada vez más recursos.

Las ciudades abarcaron continentes enteros. Construyeron islas de varios kilómetros de anchura que eran en realidad descomunales edificios flotantes. Colonizaron incluso los casquetes polares. Se quedaron sin espacio ya que habían explotado hasta el último palmo de superficie. En consecuencia, se desataron guerras, espantosas y horribles guerras en cada una de las cuales murieron decenas de millones de ellos. Pero de nada sirvió. Las guerras son siempre inútiles. Cuando una nación quedaba reducida a cenizas, los ganadores entraban y al cabo de una generación ya estaba saturada de nuevo. Mientras tanto su tecnología, sobre todo la de la industria armamentística, se iba haciendo cada vez más poderosa y mortal. Las batallas se hicieron más cruentas y más peligrosas para el resto del planeta.

»Entonces, un día, la nación más grande, que estaba gobernada por el jefe mordiff de mayor rango, descubrió cómo crear un agujero de gusano.

Todos los niños exhalaron un espantado «Oooohh».

—¿Invadieron el Imperio del Anillo, seño?

—Pues no. No invadieron el Imperio del Anillo. ¿Lo has olvidado? Ni siquiera sabían que existía. Proyectaron el agujero de gusano en otra dirección. Como sabéis, los agujeros de gusano se forman al distorsionar el tejido del espacio-tiempo. Nosotros los utilizamos para abrir un túnel que atraviese el espacio de manera que podamos volar a las estrellas. Los mordiff viajaban en el tiempo. Dado que la nebulosa de Ulodan les impedía pensar en términos de espacio, el tiempo era todo lo que conocían. El jefe supremo ordenó que se construyera un único y gigantesco portal en el centro de su nación. Era lo más grande que los mordiff habían construido nunca porque no sólo abrieron el portal sino que su estructura se mantenía por sí sola. Desde el primer momento en que se le empezó a suministrar energía, ya nunca se cerró ni dejó de funcionar. Tal energía la extraía de la distorsión que provocaba en el espacio-tiempo. En otras palabras, era eterno, como si hubiera entrado en movimiento continuo.

—Mi papá dice que eso es imposible —interrumpió Melanie con altanería—. Que hay que ser muy tonto para creer algo así.

—Que es imposible... —repitió Denise—. Pero esa es la mejor manera de describir el funcionamiento del portal de los mordiff.

Edmund se rió de la niña y después le dijo a Denise:

—¿Y para qué lo construyó el jefe supremo, seño?

—Ah. Bien, ahí es donde empieza la terrorífica y trágica historia de los mordiff. Cuando lo terminaron, el jefe supremo ordenó el éxodo de toda su nación. Una armada de naves espaciales se los llevó a todos, millones y millones de mordiff, al interior del portal. En cuanto entraron en el portal, los guardias personales del jefe supremo empezaron a disparar las armas más crueles que poseía la nación. Todas, al mismo tiempo. Eran tan destructivas y potentes que arrasaron con todos los organismos vivientes de todo el planeta y redujeron todas las ciudades a escombros, incluso las del país del jefe supremo.

Los niños miraban a Denise entre con asombro y tristeza.

—Todos los países del planeta poseían armas de destrucción masiva; algunas liberaron enfermedades mortales mientras que otras simplemente explotaban y abrían canales por los que emergía el magma que fluía bajo la corteza continental —dijo Denise—. El jefe supremo dijo que solo sería cuestión de tiempo el que alguien se decidiera a utilizarlas. Todas las naciones estaban tan desesperadas por aumentar su territorio y sus recursos que el no recurrir a las armas de destrucción masiva las condenaba a colapsarse por sí solas.

«Entonces, después de que la nación del jefe supremo entrara en el agujero de gusano, empezaron a alejarse cada vez más hacia el futuro, dejando atrás los días de la muerte del planeta. Cien mil años más tarde un grupo, un equipo de exploración, salió del portal, que, por supuesto, había sobrevivido a las explosiones y a la radiación. Para los miembros del equipo de exploración solo habían pasado unos pocos minutos desde que entraran al agujero, pero nada más salir se encontraron con un planeta estéril en el que las ruinas de la mega-ciudades habían quedado reducidas a polvo. Para entonces, la radiación ya había desaparecido y las plagas se habían extinguido. Los exploradores mordiff esparcieron bacterias y algas sobre la superficie y regresaron al portal. Después volvieron a emerger varios miles de años después, una vez que las bacterias ya se habían extendido por todo el planeta devolviendo la vida al suelo. En esta ocasión sembraron semillas antes de volver al portal. La tercera vez que salieron, llevaron parejas de animales y peces para que se reprodujeran. Mil años más tarde el planeta había recuperado lo que se encontraba antes del inicio de la era industrial, con sus extensas praderas y sus exuberantes bosques y selvas. Fue entonces cuando toda la nación del jefe supremo salió del

agujero de gusano. Solo habían permanecido un par de horas en el interior, mientras que fuera habían pasado ciento veinte mil años.

»Contemplaron maravillados su hermoso nuevo mundo, se alegraron y le dieron las gracias al jefe supremo por traerlos a semejante paraíso. Muchos olvidaron los crímenes que se habían cometido para darles la oportunidad de una nueva vida y se pusieron a reconstruir su sociedad. De esta manera, volvieron a extraer metal y minerales de las minas y las ciudades comenzaron a expandirse otra vez, para lo cual debían arrasar los territorios naturales. Después de las primeras generaciones, algunos mordiff olvidaron la deuda que tenían con la familia del jefe supremo, que seguía gobernando el país original, y se escindieron para formar sus propias naciones. Dos mil quinientos años después, el planeta ya se había vuelto a saturar de ciudades. Volvieron a estallar guerras. Y así, el jefe supremo de aquella nueva época hizo lo mismo que había hecho su ancestro. Metió a su país en una nave y se refugiaron en el portal. En el planeta las armas de destrucción masiva volvieron a destruirlo todo.

»Este desgraciado proceso se repitió tres veces más. En cuanto la población aumentaba tanto que ya no cabía en el mundo, la nación del jefe supremo se refugiaba en el agujero de gusano y exterminaba a los que se quedaban en el planeta. Cuando los exploradores regresaron al planeta cien mil años más tarde después de haberse refugiado en el portal por última vez, se encontraron con que se había producido un cambio inesperado. Su sol ya no era el mismo. Al mirarlo descubrieron que toda su superficie estaba cubierta por unas manchas oscuras que se inflamaban y reventaban. Estaba llegando al final de su ciclo principal, por lo que empezaba a enfriarse. Por supuesto, como nunca habían visto las otras estrellas de la galaxia, no sabían qué estaba ocurriendo. Nunca se habrían imaginado que las estrellas cambiaban y morían, siempre habían creído que su pequeño universo era estático y eterno. Los físicos no tardaron en empezar a conjeturar y teorizar y quizá sí que llegaron a averiguar lo que pasaba, porque eran muy inteligentes, no lo olvidemos. Solo que saber lo que sucede y ser capaz de actuar en consecuencia son cosas muy distintas.

»Por tanto el equipo de exploradores se puso manos a la obra y midió cuánto se había enfriado el aire y cuánto se había helado la tierra y regresó al agujero de gusano para informar al jefe supremo. Al principio no quería creer lo que le estaban contando; pero, al final, salió y vio con sus propios ojos el decaer de la estrella. El suelo y las ruinas estaban ya cubiertos de

una gruesa capa de escarcha que relucía con la luz de los tenues rayos de sol y los mares se habían congelado. Durante mucho tiempo el jefe supremo maldijo lo que consideraba una absoluta injusticia, hasta que por fin recuperó la serenidad. Los exploradores viajaron al futuro lejano: doscientos mil años, quinientos mil años, un millón, dos millones, incluso diez millones. Todos regresaron con aterradores informes sobre cómo el sol se enfriaba cada vez más y se hinchaba hasta convertirse en un enorme monstruo rojo que llegaba a cubrir una quinta parte del cielo. En ningún momento dio señales de empezar a recuperar su estado original.

—¿Pueden hacer eso las estrellas? —Preguntó Melanie en voz baja—. Es decir, ponerse buenas.

—No cariño, no pueden. Ellas solas no. Algunas fábulas cuentan que algunos reinos del Imperio del Anillo alteraban el corazón de las estrellas cuando el Imperio se encontraba en el apogeo de su poder, pero solo son eso, fábulas. Y pese a todo su poder y tecnología, los mordiff nunca llegaron a ser tan fuertes y sabios como el Imperio del Anillo. Por lo tanto, al jefe supremo no le quedaba elección, debía ordenar a su pueblo que abandonara el agujero de gusano tan pronto como desapareciera el efecto de las armas de destrucción masiva y mientras la temperatura del planeta siguiera permitiendo albergar vida. En ese aspecto, era un buen líder, que hizo las cosas lo mejor que supo. Ordenó que las nuevas ciudades se levantaran bajo cúpulas protectoras. Dijo que la tecnología de que disponían conseguiría cambiar el curso de la noche. Y, de hecho, así fue. Siguieron pudiendo vivir en el planeta al que habían resguardado del frío mediante bóvedas de cristal. La energía de fusión les proporcionaba todo el calor y la luz que podían desear. Pero resultaba muy arduo levantar tales enclaves y se necesitaban muchos recursos para mantenerlos. La vida era difícil allí y los mordiff empezaban a desatar de nuevo su naturaleza belicosa. No sabían comportarse de otra manera. Después de tantas generaciones entregadas a una guerra interminable, era inevitable que volvieran a terminar igual. En cuanto la población empezó a aumentar, las luchas y la depravación asolaron el planeta de nuevo. Las ciudades de las cúpulas se enfrentaron unas a otras. Fue una locura porque ahora eran mucho más frágiles que las ciudades abiertas de antaño. Esta vez ya no quedaría ningún sitio adonde huir si alguien decidía recurrir a las armas de destrucción masiva. Ahora en su futuro solo se atisbaba frío y oscuridad.

»Según los arqueólogos del Imperio del Anillo, los últimos mordiff murieron menos de mil quinientos años después de salir del portal por última vez. El Imperio del Anillo exploró la nebulosa de Ulodan veinticinco millones de años más tarde y descubrió unos restos fracturados incrustados en el hielo que amortajaba el planeta entero. Eran todo lo que quedaba de una especie que había cubierto aquel planeta con tantas ciudades y maravillas.

Los niños resoplaron y temblaron. Muchos miraron al cielo para asegurarse de que su sol todavía seguía allí y sintieron que iluminaba y calentaba más que nunca. Las nubes empezaban a disiparse de los cielos de Memu Bay, hechas jirones y convertidas en etéreas serpentinas por la brisa costera. Los amplios y dorados rayos de sol atravesaban los deshilachados claros para descender hasta la superficie del planeta. Denise sonrió igual que los niños al ver las gotas de agua que relucían con frescor sobre las plantas del jardín y los árboles de fuera.

—Sí que daba miedo —dijo Jedzella—. ¿Por qué tenían que morirse todos?

—Por sus circunstancias. La nebulosa los obligaba a pensar que únicamente existían ellos. Nosotros tuvimos más suerte. Conocemos la existencia de las estrellas. Esto debería servirnos para desarrollar una cultura más ilustrada sobre nuestro estilo de vida y nuestro comportamiento. —Denise hizo cuanto pudo para que no se notara mucho su tono sarcástico.

—¿Qué es ilustrado? —preguntó con urgencia una de las niñas.

—Significa bueno y sensato, que es como hay que ser, y no estúpidos y violentos. —Hizo una pausa, sonrió y los miró a todos—. Bueno, ¿quién quiere subir a los columpios? —Todavía estaban muy mojados y la señora Potchansky la reñiría por dejar que se les empapara la ropa. Pero no pudieron alegrarse más ante la propuesta de Denise, que no se hubiera perdonado arrebatarles aquel momento glorioso.

Salieron disparados, gritando y haciendo carreras hasta los columpios. Denise los siguió caminando despacio. Hablar de los mordiff siempre la dejaba un poco baja de moral. Aquella historia guardaba demasiadas similitudes con la de la humanidad. *«Que Dios se apiade de nosotros»*. No era que creyera en ningún dios, ni en los de los humanos ni en los de los alienígenas.

Su Principal le avisó de que había saltado una alarma prioritaria de comunicación espacial en el banco de datos. Se habían detectado dos columnas de plasma de fusión a ocho millones de kilómetros de Thallspring. Comunicación espacial estaba comprobando si había más. Los índices de tráfico de datos entre sus oficinas y los satélites de rastreo se doblaron en quince segundos, al poco se volvieron a doblar y continuaron aumentando de forma exponencial.

Denise se tapó la boca con la mano mientras miraba a los niños. Sus despreocupados gritos, risitas y sonrisas le partieron el alma y de repente tuvo miedo por ellos. Inclinó la cabeza hacia atrás y miró hacia el sector del cielo que indicaban las coordenadas de comunicación espacial. Si se tomaba a sí misma como referencia, estaban en un cuadrante situado a nueve grados sobre el horizonte occidental. Había demasiadas nubes como para poder siquiera entrever los débiles destellos blancoazulados que sabía que se escondían allí. Aun así, su mera presencia actuó como un eclipse sobre su corazón que convirtió su mundo en un lugar más triste y desolador.

Había comenzado.

El capitán Marquis Krojen se recostó en lo que le gustaba considerar el trono del puente de mando de la *Koribu*. En realidad solo era otra silla negra de oficina equipada con correas para caída libre y fijada al suelo detrás de un terminal. Había otros once ordenadores idénticos en aquel compartimento cuadrado, dispuestos en dos filas de seis, una frente a la otra. A nueve los estaban preparando para el éxodo.

Cuando fue oficial subalterno en sus dos primeros vuelos espaciales, consiguió que le dieran un puesto en una de las burbujas de observación de la unidad delantera durante el éxodo; el capitán de entonces accedió porque no le consideraba esencial para la operación. Había esperado con gran ilusión con sus jóvenes compañeros oficiales a que llegara el momento y había soportado con estoicismo que se le durmieran las extremidades y el aire saturado para tener la oportunidad de ser testigo de la transición. Al final todo transcurrió sin incidentes, que es como suele pasar la vida a bordo de una nave. La pared del agujero de gusano, un vacío que no era del

todo negro, fue desapareciendo poco a poco y dejando ver relucientes estrellas; parecía un crepúsculo deslustrado ensombreciendo una mañana nublada.

De aquello hacía ya treinta años. Desde entonces no le había vuelto a interesar ver el fenómeno con sus propios ojos, sino que se decantaba por consultar los datos de los monitores y de su rejilla de IND, mucho más precisos. Ahora cinco de sus oficiales subalternos se apelotonaban en la burbuja de observación, a modo de recompensa por desempeñar con excelencia sus funciones durante el vuelo. Así aprenderían.

—Listos para el éxodo —anunció Colin Jeffries, el segundo comandante —. Diez segundos.

Había tantas pantallas que mostraban la cuenta atrás que decirlo de palabra sobraba. No obstante, la tradición, como tantas otras cosas de a bordo, orquestaba las acciones de la tripulación y ayudaba a definir la cadena de mando.

Su IND le mostró el SA de la nave desactivando el inversor de energía. La temperatura del plasma de los *tokamaks* empezó a descender cuando el campo magnético se redujo. Los niveles de energía descendieron hasta el mínimo, de manera que solo se producía la necesaria para mantener en funcionamiento los sistemas auxiliares.

El monótono vacío en que se había sumergido la *Koribu* se fue desvaneciendo hasta dar lugar al espacio normal. Las ventanas holográficas que había sobré los terminales del puente se volvieron negras y mostraron el débil y constante brillo de las estrellas que recogían las cámaras exteriores. El SA activó varios sensores y los alineó en torno a Thallspring. Varios de los oficiales de puente se felicitaron cuando la fosforescente esfera azul y blanca apareció en las ventanas.

Reconozcámoslo, pensó Marquis, aquí no pintan nada. Los oficiales de puente eran un mecanismo auxiliar, nada más. Lo que controlaba la nave era el SA, los humanos se limitaban a tomar pequeñas decisiones basadas en la información tabulada que les proporcionaba a través de las ventanas holográficas y los INDs.

Resúmenes de resúmenes; los millones de sistemas de a bordo generaban tal cantidad de datos que un humano tardaría toda su vida en analizar los procesados en un solo segundo.

—Ocho millones de kilómetros, está tan cerca que casi se puede tocar —dijo Marquis cuando leyó la información de su IND—. Radar activo. Estamos buscando el resto de naves.

Simon Roderick se inclinó sobre el respaldo de la silla del capitán para mirar sus pantallas.

—Excelente. Lo supuse cuando seguimos la distorsión de su compresión mientras estuvimos en el agujero de gusano, no pueden venir muy atrás.

Marquis no contestó. Todo lo que Roderick decía, por la forma en que lo sentenciaba, se convertía en una afirmación de su aparente superioridad. Un capitán debía gobernar su nave, que de hecho era lo que hacían los demás capitanes de la Tercera Flota. Pero como la *Koribu* era la nave insignia de la campaña, Marquis había tenido que soportar la presencia de Roderick durante todo el vuelo. Había tenido que atender y aguantar sus consejos y solicitudes todo el tiempo. Roderick había cenado todas las noches con los oficiales superiores, haciendo de las veladas encuentros insoportables. Era de conversación pesada, puesto que únicamente sabía hablar de cultura y de economía, de historia y de la política de la compañía. De sus labios nunca salió una broma o un comentario desenfadado, algo que ponía tenso a todo el mundo. Además había ocupado cinco compartimentos. ¡Cinco! Aunque a Marquis ya le daba igual. El miembro del Consejo se pasaba la mayor parte del tiempo allí encerrado con sus comandantes de las fuerzas de tierra y los escalofriantes operarios de inteligencia Quan y Raines.

—¿Capitán, cuál es el estado de la unidad de reacción? —preguntó Roderick.

—El equipo de ingenieros nos está preparando para la ignición. —Marquis se esforzó para que su voz sonara templada y respetuosa. Roderick podía conocer los mismos datos que él, quizá más teniendo en cuenta los códigos de acceso que poseía. La finalidad de la pregunta solamente era recordar la estrategia en la que tanto había insistido.

Por lo general las flotas mantenían sus posiciones de deriva durante el éxodo, a la espera de que cada una de las naves llegara antes de iniciar las maniobras de formación y partir hacia el planeta objetivo. Esta vez el señor Roderick había decidido prescindir de la formación; todas las naves saldrían hacia Thallspring de inmediato. Si las naves llegaban en fila, las posibles defensas exo-orbitales del planeta estarían más expuestas cuando ellos se desplegaran. La nave insignia debería aguantar la peor parte del

ataque pero transmitiría a las demás información de primera mano de dónde atacar.

Durante las conversaciones de las cenas, Marquis había comentado que una formación de naves multiplicaba la potencia de fuego disponible y generaba un blindaje extraordinario, al tiempo que permitía una cobertura mucho más amplia que arriesgando en semifallo.

—Recuerde lo de Santa Chico, capitán —le había replicado Roderick—. Debemos analizar la historia y evitar los errores ya cometidos. *Tempora mutantur*. Las tácticas evolucionan con la tecnología.

Marquis no había participado en la campaña de Santa Chico —gracias a Dios— pero lo de aquel planeta fue un caso aparte. En Thallspring jamás alcanzarían un nivel de tecnología tan elevado. Si daba la casualidad de que habían construido sistemas exo-orbitales, serían de los antiguos.

—Trazado rumbo a órbita de seiscientos kilómetros, señor —dijo Colin Jeffries.

Marquis revisó la esquemática de la unidad de fusión que estaba pasando su IND. El noventa y seis por ciento de los sistemas seguirían funcionando en caso de accidente, lo que daba mucha confianza. Los tres meses previos a la misión se los habían pasado en los talleres de Centralis revisando toda la circuitería. Sólo cancelaría la ignición si los sistemas que siguieran funcionando fueran el setenta por ciento.

—Listos para ignición, señor Jeffries. Avisen a las ruedas de ventilación que se preparen para el cambio de gravedad.

—Sí, señor.

—¿Alguien sabe lo que está ocurriendo en el planeta? —preguntó Roderick con despreocupación.

Adul Quan apartó los ojos del terminal que se había apropiado. Había enrutado un montón de lecturas de múltiples sensores a sus ventanas holográficas, donde las rutinas de análisis estaban reinterpretando los datos iniciales.

—Emisiones de microondas y de radio normales. También estoy viendo lugares potencialmente peligrosos que corresponden a asentamientos conocidos. Siguen ahí y están preparados.

—Ah, por fin buenas noticias. Muy bien, pronto intentarán comunicarse con nosotros. Que nadie responda. Yo hablaré con el Presidente cuando entremos en órbita.

—Comprendido.

Empezaron a parpadear unas luces ambarinas que avisaban de la ignición de la unidad de fusión.

—Señor, la *Norvelle* ha salido del éxodo —informó Colin Jeffries.

—Excelente —dijo Roderick—. Estaré en mi compartimento. Dudo que quieran que me quede a mirar sobre su hombro, ¿eh, capitán? Tengo plena confianza en que nos pondrá en órbita sin el menor incidente.

Marquis no le miró. —Le mantendré informado de cualquier variación.

Algo que Denise, Ray y Josep no habían tenido nunca en cuenta era el poco tiempo del que disponían. El *software* de su Principal podría haber rastreado la alerta de comunicación espacial del banco de datos con un retraso mínimo, pero eso no significaba que no hubiera otros igual de rápidos que ellos. Las fugas eran otro factor. Se había avisado de manera automática de lo avistado a un centenar de componentes del gobierno; la mayoría tenía familia y todos tenían amigos y contactos en los medios.

Quince minutos después de que comunicación espacial verificara el éxodo de las naves, todos los medios conocieron la alarma y empezaron a presionar a la oficina del Presidente para que lo confirmara de manera oficial y se pronunciara en público. Ocurrió en Durrell, la capital, pasada la medianoche, pero los edecanes pretorianos del Presidente reaccionaron con prontitud. El primer comentario cauteloso, que los datos anormales de comunicación espacial se estaban revisando, apenas satisfizo a la agitada legión de medios, pero les dio una excusa para lanzar la historia al banco de datos y a los programas de noticias. La historia consistía en la histeria que generaba, que se extendía cada vez que se reescribía. Los informes de las invasiones pasadas salieron de los archivos y se emitieron con todo detalle para recordar a todo el mundo la opresión y brutalidad que un día sufrieron, como si lo necesitaran para poder hacer memoria. Al cabo de media hora toda Thallspring sabía que las naves habían regresado.

Los locutores de los medios, en un alarde de responsabilidad pública, repitieron hasta la saciedad que no había que dejarse llevar por el pánico porque las naves se encontraban a ocho millones de kilómetros. Dados los

millones de personas desesperadas por oír el mensaje completo, a los psicólogos les sorprendió cuántos consiguieron ignorar esa parte.

Siendo como es la naturaleza humana, el instinto primordial del hombre en situación de peligro es correr a casa. Es un refugio básico al que se acude en busca de comodidad y seguridad a través del contacto con la familia. En todas las ciudades la gente abandonó sus puestos de trabajo para coger un taxi o subir a un tranvía; las bicis y los coches se lanzaron a las carreteras. Hacía una década que no se producían colas y embotellamientos tan caóticos, más concretamente, desde la última visita de las naves.

Denise tardó casi una hora y media en hacer el paseo de veinte minutos de regreso al chalet del estuario de Nium. Hasta entonces no se había fijado en cuánta gente vivía en Memu Bay, y mucho menos había reparado en que tuvieran tantos coches, bicicletas o escúteres. Había desperdiciado mucho tiempo en el tranvía esperando a que se pusiera en marcha de una vez. La gente no solía cruzarse en los carriles de los tranvías. Hasta aquel día, que quedaron totalmente bloqueados. Al final Denise se apeó del vehículo inmovilizado y siguió a pie.

Por fortuna el banco de datos se mantuvo íntegro a pesar de todo el caos; eso sí, el tiempo de conexión había aumentado de manera notoria, puesto que la mitad de la ciudad había entrado para contactar con la otra mitad para preguntar dónde estaba. Denise envió un grupo de mensajes preformateados a través de su perla de anillo, y utilizó el Principal para enrutar los paquetes cifrados a varios miembros de la célula de resistencia para que nadie pudiera rastrearlos. Le llegaron algunas contestaciones que fueron atravesando su campo de visión mientras esquivaba el tráfico y zigzagueaba entre los paralizados peatones.

Fuera del centro de la ciudad, donde ya no había tantos cuellos de botella, los vehículos avanzaban mucho más deprisa. Todos los conductores habían desconectado el piloto de SA para poder rebasar los límites de velocidad. Denise caminó a paso ligero por las aceras de la urbanización y se dio aún más prisa en los cruces. El hecho de que fuera joven y mujer no fue óbice para que hiciera enérgicos gestos con la mano cada vez que un coche pasaba por delante de ella.

Cuando llegó al sendero de grava que llevaba a la entrada de su casa, notó que había sudado tanto que llevaba la camisa pegada al cuerpo. Ray y Josep no habían llegado todavía; estaban en un barco cuando saltó la

alarma de comunicación espacial. Según su último mensaje, se reunirían con ella en menos de diez minutos. Se preguntó cómo se las apañarían, teniendo en cuenta el caos que colapsaba el centro de la ciudad.

Las bolsas que necesitarían estaban siempre empaquetadas. Denise desactivó la alarma del chalet y las sacó a rastras del armario del recibidor en el que estaban amontonadas. Se trataba de dos grandes mochilas deportivas, de las que se solían utilizar para marcharse una semana de vacaciones. En el interior había ropa (algunas prendas había que lavarlas), artículos de aseo, souvenires de coral y varías perlas de brazalete con los complementos que cualquier estudiante tendría. Pasarían la inspección visual; haría falta un análisis de laboratorio para detectar alguna anomalía. Su perla de anillo interrogó los sistemas ocultos, que ejecutaban las funciones finales y las revisiones de energía. Una vez confirmada su validez, las apiló junto a la puerta y después volvió corriendo a su habitación al tiempo que se quitaba la camisa. Todavía sentía como si le hirviera la sangre, aunque sus pulsaciones habían disminuido. La llegada de las naves le había hecho recuperar el ímpetu. Una simple y deslavada camiseta cobriza y unos *shorts* negros le dieron una libertad de movimiento mucho mayor. Se ajustó el aro liso de oro del dedo índice, donde llevaba la perla de anillo, y se tranquilizó al tocarla. Era un extraño ritual de preparación propio de un guerrero que va a entrar en combate, solo que no se libraría en la arena en que luchaban los gladiadores, los caballeros y los *ninjas* de la antigüedad.

Cuando Denise se estaba atando las zapatillas de deporte en la entrada, llegaron sus compañeros. Se habían hecho con un *jeep* descapotable de la escuela de buceo, que conducía Josep. Lo detuvo en seco en la entrada. Ray bajó de un salto y arrojó los bultos en la parte de atrás. Denise ocupó el asiento trasero. No había terminado de abrocharse el cinturón de seguridad cuando Josep arrancó con brusquedad, cubriendo los jazmines con la gravilla del camino.

—¿Qué camino vais a tomar? —preguntó Denise.

—Habíamos pensado en salir por la circunvalación —dijo Ray por encima de su hombro—. Es un camino más largo pero al menos tiene carril doble. Según el SA de tráfico local, está más o menos despejada.

Denise visualizó un mapa de la ciudad. Su chalet quedaba justo en la parte opuesta al aeropuerto. Quizá deberían haberlo planificado mejor. Pero una vez que accedieran a la circunvalación, llegarían enseguida.

—¿Cuánto? —le preguntó a Josep. Tuvo que gritar para que la oyera; el viento le revolvía su melena corta mientras avanzaban como una flecha por la carretera asfaltada y bordeada de arcenes cubiertos con un césped cortado a la perfección.

—Cuarenta y cinco minutos —respondió.

—Estás de coña.

Josep forzó una sonrisa.

—¡Puedo hacerlo!

—De acuerdo. —Cuando Denise se puso a dar instrucciones a su Principal aparecieron unas instrucciones azul oscuro en su campo de visión. Los aviones seguían respetando el horario de salida del aeropuerto. Según los programas de reservas, casi todos los turistas de Memu Bay querían adelantar a hoy el vuelo de salida. Principal accedió al sistema de reservas de Pan-Skyways y se metió en la lista de pasajeros de un vuelo a Durrell programado para dentro de una hora y diez minutos. Hasta el momento solo había facturado un cuarto del pasaje. La mayoría habían llamado a la compañía para avisar de que llegarían tarde porque se habían quedado atrapados en los atascos. Lo más sensato que podían hacer, pensó Denise. Borró a dos de los pasajeros y los sustituyó por Ray y Josep, que pasarían camuflados por sus identidades fantasma.

—Ya tenemos plaza —anunció Denise con jubilosa malicia.

La carretera de circunvalación era una maravilla. Al menos lo fue al principio. El tráfico de la zona de la ciudad de donde venían ellos era fluido. Pero se iba haciendo más denso a medida que se acercaban al aeropuerto. Josep se vio obligado a reducir cuando vio que los dos carriles empezaban a saturarse.

—¿De dónde han salido? —preguntó Denise mirando atónita en todas direcciones. Coches familiares, turismos de lunas tintadas, *jeeps* como el de ellos, furgonetas y camiones; todos los conductores agarraban con fuerza el volante de su vehículo y tenían cara de *«apártate de mi camino»*.

—No lo sé —murmuró Josep—. Solamente sé adónde van. —Giró el volante de golpe para adelantar por el arcén a una voluminosa camioneta. Una vez que quedó atrás el tráfico más lento, aceleró de nuevo. Los neumáticos rebotaban frenéticos al pasar sobre los baches, que hacían que la suspensión chirriara como si fuera a partirse.

Ray sonrió brevemente.

—Adiós permiso.

—Da igual, de todas maneras no debería conducir un *jeep* robado. Ahora sonreíd a las cámaras de tráfico.

Denise puso los ojos en blanco y se puso un viejo sombrero de pescador cuando los demás conductores empezaron a gritarles e insultarles. El tráfico que circulaba por el otro carril empezaba a detenerse por completo. Denise pudo ver el equipaje que llevaban. Los turismos solo llevaban maletas en los asientos traseros pero las furgonetas y las camionetas iban hasta arriba de muebles; en algunas también iban animales de compañía, sobre todo perros que ladraban confusos, e incluso un pony, que miraba nervioso a su alrededor por una rendija. No podía imaginarse adónde pensarían que los llevaban. Aquel continente no contaba con un territorio rural tan extenso como para acogerlos a todos. Únicamente tenían la Gran Autopista de Circunvalación, a lo largo de la cual había algunos pueblos desperdigados por las montañas de la meseta de Mitchell. Además sabía lo que los habitantes de esa zona pensarían de los refugiados de la ciudad.

—Cabrones —farfulló Josep. El arcén había empezado a ser invadido también por otros vehículos. Los conductores de los vehículos que había atascados en el carril tocaban el claxon con furia para protestar por los infractores que los iban dejando atrás. Quinientos metros más adelante, también el arcén se había convertido en un aparcamiento. Todavía estaban a doce kilómetros largos del aeropuerto.

—Rodéalos —dijo Ray.

Josep resopló, activó la tracción a las cuatro ruedas, sacó el *jeep* del arcén y lo metió en la hierba. Avanzaron como un misil por el prado, que conformaba una pendiente de considerable inclinación. Los neumáticos dejaron unas largas y profundas huellas en la tierra, empapada todavía por el aguacero matutino. Los conductores de los coches del arcén tocaban la bocina enfurecidos mientras el *jeep* rebotaba y ratoneaba dejando atrás la cola enquistada.

La carrera terminó a tres kilómetros del aeropuerto, cuando el prado quedó cortado por una zanja. Los extremos de la loma eran demasiado escarpados para superarlos incluso con tracción total.

Josep frenó y empezaron a bajar poco a poco hasta la zona de piedrecillas que bordeaban el arcén. Ambos carriles estaban paralizados. Los conductores habían salido de los vehículos y se habían puesto a

gritarse unos a otros. Denise casi no se lo podía creer, pero los tranvías de la pista de alta velocidad que había entre las calzadas también habían quedado inmovilizados. Los conductores más desesperados habían intentado utilizar también los raíles como si de un carril más se tratara, para lo cual habían embestido la barrera de seguridad que protegía el carril exterior. Había una larga cola de varias docenas de coches y furgonetas en zigzag, enganchados unos a otros por los parachoques, como si hubieran colisionado estando casi parados. Los conductores se maldecían unos a otros. Denise pudo ver que algunos incluso habían empezado a darse de puñetazos.

—Salid —dijo Josep—. Venga, ya estamos muy cerca.

Un enorme y atronador avión de pasajeros DB898 pasó volando sobre sus cabezas con el tren de aterrizaje escondiéndose dentro del fuselaje. Los turboventiladores de hi-hidrógeno gemían con estridencia mientras se iba perdiendo en las alturas. Toda la gente que había en la carretera dejó lo que estaba haciendo para verlo alejarse. Entonces la mayoría echó a andar, como si el avión hubiera sido para ellos algún tipo de llamada religiosa.

Denise, Josep y Ray corrieron a paso ligero y atrajeron las miradas celosas de las familias y de los ancianos que avanzaban por la carretera con airada desesperación. Gracias a las mejoras descritas que se habían realizado en todo el cuerpo, el peso de las mochilas y el plomizo bochorno del sol de la tarde no les causaron ningún efecto, de manera que pudieron seguir adelante sin necesidad de parar durante aquellos tres últimos kilómetros. Denise estaba sudando un poco cuando llegaron al vestíbulo de llegadas, pero nada más.

La multitud que se hacinaba frente a las puertas de las distintas compañías aéreas era más numerosa, y estaba mucho más agitada, que cualquiera de esos ejércitos de hinchas que saturan los estadios los días de partido de final de liga. La gente se empujaba y apretujaba para abrirse paso hacia el frente, bien ignorando o bien clavando miradas amenazadoras a quienes se les ponían por delante. En las pantallas de sábana que había colocadas en lo alto de las paredes aparecía gente a la que estaban entrevistando en la calle; casi todos los peatones que los periodistas paraban planteaban la misma pregunta: *«¿Cuándo van a convertir a esos putos invasores en gas radiactivo los de defensa exo-orbital? ¿Seguro que no existe algún proyecto clandestino de alto secreto del gobierno que los haya preparado para este momento? ¿Por qué estamos indefensos?»*.

Llegaron a la puerta 3 de Pan-Skyways cinco minutos antes de que terminara el embarque. Allí, en medio de quinientas personas ruidosas, alteradas y furiosas, Denise les dio un beso y un abrazo a sus dos compañeros. Si estos se sorprendieron por la inusual demostración de afecto, no lo dijeron. Durante el último año, la habían sacado de quicio muchas veces, pero ahora se daba cuenta de cuánto se ocupaba por ellos, casi tanto como por la misión.

—Cuidaos —susurró. No era un consejo. Era una orden.

Josep y Ray le devolvieron el achuchón y le prometieron que así harían. Cuando le enseñaron la tarjeta de identidad fantasma al lector de la puerta, esta se abrió con suavidad para dejarles pasar.

Denise se abrió paso entre la marea de gente y subió al mirador del tejado. No había nadie más allí. Una húmeda brisa costera le enfrió y le agitó la camiseta mientras permaneció agarrada a la barandilla. Veinte minutos más tarde el gigantesco avión de Pan-Skyways echó a rodar por la pista hasta elevarse al abrasador cielo. Denise lo vio desaparecer en el brumoso horizonte y después hundió la mirada en la bóveda celeste. En medio del añil firmamento flotaban siete pequeñas chispas destellantes.

Extendió los brazos, sin soltar la suave barandilla de metal desgastado. Respiró hondo y sintió el oxígeno fluir por sus arterias y fortalecer sus células mejoradas. La fuerza física de la que gozaba le daba mucha seguridad en sí misma, algo que le subía la moral.

«Bienvenidos de nuevo», les dijo a los titilantes intrusos. *«Esta vez todo va a ser diferente»*.

Simon Roderick estaba sentado en el escritorio del compartimento que se había apropiado, rodeado de datos. Algunos estaban proyectados en las ventanas holográficas y el resto provenían del IND. Subían, bajaban y parpadeaban a su antojo. Organización, la clave para el éxito de cualquier empresa; incluso en una tan intangible como esta. Sabía que el capitán Krojen pensaba que estaba a merced del SA de la *Koribu* y que eso le apartaba del gobierno físico de la nave. Era una situación en la que Simon nunca se inmiscuyó, pese a su labor de supervisor. El problema del capitán era su insistencia en dar órdenes a través de sus oficiales para hacer que se

implicaran. Si eliminara el factor humano de la ecuación se daría cuenta de que tendría muchas más probabilidades de hacerse con la autoridad absoluta sobre toda su maquinaria.

La cadena de información que rodeaba a Simon se alteró cuando la última de las naves de la Tercera Flota entró en la órbita de seiscientos kilómetros. Las cosas estaban saliendo tal como él había previsto. Huelga decir que Thallspring no había desplegado ningún tipo de defensa exorbital para repeler a las naves durante su acercamiento. No obstante, habían resistido a un constante maremoto de tráfico de datos durante la entrada en órbita. En los paquetes viajaban camuflados varios virales refinados, algunos bastante sofisticados, para tratarse de un mundo aislado. El SA de la *Koribu* los había reconocido y aislado al instante. Ninguno se parecía ni de lejos a los subversivos de Sentiencia Bárbara que los antiglobalizadores empleaban en la Tierra.

Simon miró las imágenes provenientes del pequeño escuadrón de satélites de observación que la Tercera Flota había lanzado a la órbita baja de Thallspring. Aquel mundo había evolucionado sin prisa pero sin pausa desde la última captación de bienes de Z-B. Los mapas de infrarrojos indicaban que los asentamientos más o menos se habían extendido, tal como se esperaba. En el peor de los casos, se enfrentarían a cien mil personas más, que las fuerzas de tierra controlarían sin problemas. Por fortuna, aquello se debía a un aumento de la producción industrial. Después de todo, a toda esa gente añadida había que proporcionarle comida, vivienda, ropa y trabajo.

Algunas zonas limpias del mapa del planeta le inquietaron un poco. Su SA personal detectó por qué se había enfadado y le informó de que tres satélites de observación y un repetidor de comunicaciones geoestacionario se habían estropeado. Estaban reprogramando los sistemas desplegados con éxito para rellenar los vacíos.

Simon puso los datos planetarios en modo periférico y estableció un vínculo con el capitán Krojen. El rostro hosco del oficial apareció en una ventana de holograma.

—Me gustaría que iniciara el baño de gamma, por favor —dijo Simon.

—No estoy seguro de que nuestros análisis se hayan completado —dijo Krojen—. Ahí abajo podría haber gente.

—Los escaneos primarios no han localizado estructuras artificiales en el punto que hemos seleccionado. Eso me basta. Que comience el baño. —Simon canceló la comunicación antes de dar a Krojen la oportunidad de discutir la orden y expandió en la rejilla la esquemática de la *Koribu*.

El proyector de gamma empezó a desplegarse justo detrás de la sección de la unidad de compresión de la nave. El mecanismo se había incluido en todas las naves transportadoras de colonos de Z-B a modo de pieza fundamental para establecer un asentamiento. El proyector, compuesto básicamente por un colosal generador de rayos gamma y una matriz de enfoque, consistía en un cilindro de quince metros de diámetro y veinte de largo montado sobre el extremo de un brazo robótico telescópico. Cuando se hubo alejado lo suficiente de la sección, de la unidad, los segmentos exteriores del cilindro se desplegaron como los pétalos de una flor mecánica. La cara interior de los pétalos estaba tachonada de centenares de boquillas irradiadoras hexagonales negras y plateadas. Un segundo juego de segmentos se desdobló alrededor del primero, seguido de un tercero. Una vez desplegadas todas las coronas, el diámetro de proyector alcanzaba los sesenta metros.

La *Koribu* estaba situada sobre el segundo océano más extenso de Thallspring, cuyo litoral iba apareciendo poco a poco por el horizonte. Durrell quedaba justo enfrente de la nave; parecía una mancha cenicienta en medio del territorio en forma de medialuna esmeralda que era el enclave de vegetación terrestre del asentamiento. Las plantas nativas de color verde oscuro rodeaban el resto del territorio.

La matriz proyectora de gamma de la *Koribu* giró sobre el extremo del brazo hasta apuntar justo al asentamiento, después los pequeños controladores del acimut se alinearon y comenzaron a rastrear. Los *tokamaks* del interior de la sección de la unidad de compresión de la nave empezaron a suministrar energía y a conducirla hacia la matriz del proyector. Un rayo, cuya energía era equiparable a la que necesitaba una nave para superar la velocidad de la luz, atravesó la atmósfera del planeta. No medía más de cien metros de ancho cuando alcanzó la superficie.

El haz impactó al oeste del asentamiento, en la zona que lindaba con el borde de las plantas de la Tierra. Ningún tipo de organismo podía sobrevivir a semejante concentración de radiación. Los animales, plantas, insectos y bacterias de Thallspring murieron al instante víctimas del rayo. Toda la vegetación de la zona adquirió una coloración amarronada

inmediatamente y empezó a marchitarse. Las ramas y las hojas de las plantas se doblaron y retorcieron por la acción del despiadado e incesante ataque invisible; los troncos de los árboles se abrieron y liberaron un vapor procedente de los capilares osmóticos quemados. Los animales cayeron a plomo al suelo; la piel se les resquebrajó y amoratá y se les reventaron las tripas, todo antes de osificarse humeantes en escasos segundos. Nada sobrevivió ni siquiera bajo la superficie. Los rayos gamma penetraron hasta las profundidades del subsuelo y erradicaron todas las bacterias y los insectos de la tierra.

Después el rayo empezó a desplazarse, barriendo adelante y atrás con pesadez todo cuanto encontró a su paso, en pasadas de un kilómetro.

Simon puso los datos del baño en modo periférico. Utilizó los repetidores geoestacionarios de la Tercera Flota para establecer una conexión con el banco de datos de Thallspring. Una vez establecida la conexión, solicitó hablar con el Presidente.

El hombre cuya imagen apareció en su ventana holográfica tenía cerca de sesenta años y presentaba un aspecto cansado debido a la falta de sueño. Con todo, la rabia que irradiaba su mirada compensaba cualquier síntoma de insomnio.

—Detenga el bombardeo —gruñó el presidente Edgar Strauss—. Maldito hijo de puta, no representamos ningún tipo de amenaza militar.

Simon arqueó una ceja al oír el juramento del Presidente. Ojalá los políticos de la Tierra se expresaran con tanta franqueza.

—Buenos días, señor presidente. Creo que lo correcto es que me presente antes de nada. Soy Simon Roderick y represento al Consejo de Zantiu-Braun.

—Llévense su puto rayo asesino de aquí.

—No sabía nada de ningún bombardeo, Presidente.

—Su nave nos está atacando.

Simon tamborileó con los dedos y miró meditabundo a la ventana y a su cámara.

—No, señor presidente; lo que está haciendo Zantiu-Braun es aprovechar su inversión. Estamos preparando un nuevo territorio para que se expanda el asentamiento de Durrell; seguro que eso le beneficiará.

—Métase su inversión y sus asentamientos por su puto culo, comepollas de mierda.

—¿Se acercan las elecciones, señor presidente? ¿Por eso es tan malhablado?

—¿Qué sabrá usted de democracia?

—Por favor, señor presidente, no le conviene molestarme. Yo controlo el programa de guía de barrido del rayo. No queremos que se salga de su ruta en el momento más inoportuno, ¿verdad?

El Presidente miró a alguien que había fuera de cámara, a quien escuchó mientras cada vez se le avinagraba más la expresión.

—Muy bien, Roderick, ¿qué cojones quieren ahora?

—Hemos venido a recoger nuestros dividendos, señor presidente. Seguro que está al tanto.

—¿Por qué hostias no puede decirlo sin más? ¿Acaso tiene miedo de lo que podamos hacerles? ¿Es que son piratas que nos rebanarán el pescuezo si no acatamos sus órdenes?

—Nadie va a desatar ninguna matanza, señor presidente. Aparte de ser un crimen contra la humanidad castigado con pena de muerte por la Corte Internacional de Justicia, sería estúpidamente contraproducente. Zantiu-Braun ha invertido muchísimo dinero en Thallspring y no nos apetece arriesgarlo.

Edgar Strauss se encolerizó aún más.

—Este es un mundo independiente que no forma parte de su imperio corporativo. Fue fundado por la casa Navarro.

—Que nos vendió a nosotros sus intereses en Thallspring.

—Unos cabrones hijos de puta que se las ingenian para evadir sus impuestos. Eso no les da licencia para venir a masacrarnos.

—No venimos a masacrarlos. Estamos aquí para tomar lo que por derecho nos pertenece. Su ilusoria existencia de clase media se compró con nuestro dinero. No pueden rehuir sus responsabilidades fiscales. Necesitamos sacar rendimiento de esa inversión.

—¿Y si nos negamos?

—No tiene elección, señor presidente. Como jefe de estado electo, su obligación es proporcionarnos bienes que podamos liquidar en la Tierra. Si se opone, será relegado y reemplazado por alguien que no sea tan estúpido.

—¿Y si todos nos negamos? ¿Cree que puede intimidar a dieciocho millones de personas y obligarlas a regalarle nuestras posesiones a sus matones?

—Eso no va a ocurrir y lo sabe.

—Claro, nos mataría a todos si lo intentáramos.

—Señor presidente, como acreedor oficial de sus dividendos planetarios, le informo de manera formal que es su obligación. Ahora dígame si va a cumplir o no con su parte del trato.

—Escuche, señor representante del Consejo, como presidente del planeta independiente de Thallspring, debo informarle de que aquí no reconocemos la jurisdicción de la Tierra ni de sus cortes. No obstante, me rendiré ante la invasión militar de una flota que amenace nuestro bienestar y permitiré que sus soldados saqueen nuestras ciudades.

—Conforme. —Simon sonrió con alegría—. Le enviaré las listas de los bienes que requerimos. Mis subordinados descenderán a la superficie para supervisar el embarque. También reforzaremos sus fuerzas policiales en caso de que se produzcan disturbios civiles. Estoy convencido de que ambos deseamos que todo se desarrolle sin incidentes. Mientras antes terminemos, antes nos marcharemos. —Canceló la conexión con Edgar Strauss y dio la orden de descender al planeta.

—Tenemos autorización para descender —informó a Lawrence el capitán Bryant—. Que su pelotón se ponga los trajes. Embarcaremos en los trasbordadores dentro de dos horas.

—Sí, señor. ¿Tenemos ya la cartografía actualizada del terreno?

—En este momento soporte táctico está procesando los datos de los satélites de observación. No se preocupe, sargento, los tendrá antes de descender. Ahora procedan.

—Señor. —Se giró para mirar al pelotón. Todos estaban sentados en el borde de sus literas—. Muy bien, en marcha.

Hal gritó de emoción y se puso en pie de un salto. Después se levantaron los demás, animados porque por fin iba a terminar el viaje, aunque fuera en un territorio hostil.

Lawrence fue el primero en entrar en el arsenal de trajes del pelotón. Uno de los motivos por los que las ruedas de ventilación de la *Koribu* eran tan estrechas era por todo el espacio que había que reservar para los Cueros durante los desplazamientos. Cada traje estaba protegido por una

voluminosa cabina de mantenimiento acristalada que le proporcionaba nutrientes y oxígeno. Lawrence se acercó hasta la cabina que contenía su traje y abrió el pequeño cajón de la parte inferior. Solo había una cápsula de plástico que contenía un par de membranas optrónicas de espectro total. Se las insertó en los ojos y empezó a desnudarse.

Los miembros del pelotón se gastaron bromas y se metieron unos con otros mientras se iban poniendo las membranas y quitando las túnicas. Lawrence no se sumó al alboroto; no le hacía mucha gracia descender a un planeta como Thallspring. Solamente era la forma que el pelotón tenía de superar los nervios.

Lo único que Lawrence no se quitó fue un colgante fino del que pendía un cristal holográfico barato. Al pasar el pulgar por la superficie, apareció el rostro de una sonriente Roselyn de diecisiete años. En teoría no estaba permitido llevar colgante, pero Lawrence no se lo había quitado en veinte años. Pulsó el pequeño botón dosificador que había junto al cajón de la cabina de mantenimiento. La boquilla metálica expulsó entrecortados grumos de un gel azul claro de dermalez que empezó a untarse por todo el cuerpo. Tardó más de cinco minutos en cubrirse totalmente con aquella sustancia, con la que se apelmazó el pelo rapado y se frotó las axilas y las ingles. Hasta que Amersy y él no terminaron de untarse la espalda y los hombros el uno al otro, no estuvo listo para ponerse el traje.

La puerta de su cabina se abrió y dejó escapar un leve soplo de aire fresco. Colocó la palma de la mano sobre el panel del escáner para que este le realizara un reconocimiento de huesos y sangre. El SA del traje los comparó con los patrones almacenados en su sección alfa y decidió que el portador designado era Lawrence Newton. Este esperó a que se iniciara la secuencia de liberación, durante la cual los fluidos de mantenimiento fueron drenados antes de desconectar los cordones umbilicales. Los mensajes azules del SA del traje fueron pasando por sus membranas optrónicas y le fueron informando de su estado. Se apoyó bien en el suelo y sacó el fláccido traje. No pesaba mucho dada la escasa gravedad de la *Koribu*, pero en realidad tenía casi la misma inercia que su cuerpo.

Desde fuera no parecía distinto a los Cueros que los hombres de su pelotón se esforzaban por sacar de sus cabinas. El flexible carapacho era de un color gris oscuro y carecía de costuras y junturas visibles. Los extremos de los dedos de las manos eran duros y un tanto puntiagudos mientras que por pies tenía botas de suelas reforzadas. Para dotarle de sensibilidad al

tacto, contaba con una textura similar a la de la piel humana, si bien la capa exterior era la única parte que no era biológica: policarbonato inteligente recubierto con una lámina externa de moléculas camaleónicas y entretejido con fibras térmicas capaces de redirigir el rastro de infrarrojos. Si un enemigo localizara al portador, el carapacho sería lo bastante resistente para protegerlo tanto de cualquier proyectil de mano como de un elevado porcentaje de pequeñas piezas de artillería.

Cuando Lawrence le dio la orden de acoplarse, el traje se abrió con suavidad por delante, desde las ingles hasta el cuello. El interior de la armadura incluía una capa de músculos sintéticos de hasta cinco centímetros de grosor. Metió el pie derecho por la pierna correspondiente y sintió el gel extenderse por su piel a medida que hundía la extremidad en el traje. Siempre le daba la sensación de embutirse en un saco de grasa de ballena. Después metió la pierna izquierda y luego pasó los brazos por las mangas. Echó la cabeza hacia atrás y fue a coger el casco, que estaba colgando. Costaba mucho levantar los brazos, aunque fuera un poco; era como levantar las barras del gimnasio después de haberlas ajustado con la resistencia más dura. Con todo, poco a poco, pudo ir bajando el casco y colocárselo. La rejilla estaba abierta e inactiva, por lo que pudo coger un poco de aire. Como siempre, sintió un escalofrío de claustrofobia; apenas podía moverse y no podía ver ni oír nada a través del casco.

Los mensajes azules parpadearon cuando el SA indicó que ya estaba listo para la integración total. El carapacho se selló por completo. Una leve onda peristáltica recorrió toda la superficie de la armadura para ajustarse a la perfección al cuerpo del portador. Las membranas optrónicas le informaron de los resultados de las complejas pruebas de acoplamiento y después le transmitieron las imágenes elaboradas por los sensores integrados en el casco. Cuando movió las pupilas de un lado a otro, el traje percibió el movimiento y adaptó el ángulo del sensor en consecuencia. Cuando unos pequeños auriculares se introdujeron en sus conductos auditivos pudo oír los quejidos y los gruñidos de los hombres de su pelotón mientras se iban colocando sus respectivos trajes.

—Fase dos —ordenó Lawrence al SA del traje.

Una vez que los músculos sintéticos le hubieron sujetado bien las piernas, unas pequeñas boquillas se introdujeron en las válvulas de la parte superior de sus muslos, que habían quedado empalmados quirúrgicamente con sus arterias y venas femorales. El segundo juego de boquillas se insertó

en las válvulas subclavias de sus muñecas; el último juego se acopló al cuello, donde aprovechó la artería carótida y la vena yugular para completar el flujo sanguíneo del traje. Una vez completadas y aseguradas todas las conexiones físicas, el SA del traje interactuó con las protecciones integrales e-alfa que gobernaban las válvulas para activarlas. En cuanto se abrieron, la sangre de Lawrence empezó a bañar el tejido muscular del traje y a mezclarse con la sangre artificial que había estado manteniendo en hibernación el armazón en la cabina de mantenimiento.

Una lista de control fue pasando hacia abajo a medida que se iba confirmando la integridad de los músculos del traje. Las vejigas internas contenían una importante reserva de sangre oxigenada y rica en nutrientes que podían ponerse en circulación cuando se requería realizar algún esfuerzo extraordinario. De no ser por esta reserva, los propios órganos del portador tendrían que soportar solos la musculatura del traje.

—Fase tres.

El SA del traje empezó a conectar a la red una multitud de sistemas electrónicos periféricos; Lawrence había mejorado el programa original con su Principal, lo cual le proporcionó una respuesta y una interfaz mucho mejores. Nadie sabía nada acerca de esta adición y ni siquiera él mismo estaba seguro del estado legal del Principal. Además, los armeros de Z-B no veían esta adaptación con buenos ojos.

Al comenzar la fase tres se le insertaron varios sensores más, todos los cuales vinculó a las rejillas de objetivo. Los vínculos de comunicación desplegaron sus interfaces y códigos de encriptación. Los filtros de aire, insertados en la redecilla del casco, le proporcionaban inmunidad ante los ataques químicos y biovirales. Seleccionó un color neutro para el exterior del carapacho, de manera que pasó del gris oscuro original a un azul sombrío difícil de distinguir para el ojo humano. A todo esto había que añadir una completa radiación térmica que permitía expulsar el calor generado tanto por su cuerpo como por los músculos del Cuero a través del tejido de fibras térmicas. La vaina del pene confirmó que estaba bien asegurada y preparada para canalizar la orina cuando fuera necesario.

Lawrence se puso en pie y comprobó la flexibilidad del conjunto moviendo los miembros en todas direcciones, doblando el tronco y cerrando los dedos. Cuando los sensores del interior de la musculatura sintética percibieron los primeros movimientos, se comunicaron con el SA y provocaron la respuesta correspondiente del traje. A medida que

Lawrence iba experimentando metódicamente con las distintas posturas y acciones, se fue despojando de la sensación de claustrofobia, como siempre ocurría al final. Poco a poco fue sintiendo una cierta oleada de invulnerabilidad narcótica. Ni siquiera en Santa Chico le había fallado el traje. Nada que le hiciera depender menos del capitán Bryant podía ser malo.

Lawrence miró alrededor del compartimento. La mayor parte de los hombres del pelotón ya se habían puesto el traje y estaban ejecutando pruebas de funcionamiento. Vio a Hal, a quien solo le faltaba ponerse el casco. El chico estaba sentado en el campo, muerto de miedo. Lawrence se acercó a él y se coloco justo delante. Le hizo una breve señal con el pulgar hacia arriba que nadie más vio.

—¿Te echo una mano? —La voz amplificada de Lawrence retumbó entre las paredes de aluminio.

—No, sargento —respondió Hal agradecido—. Me las apañaré, gracias. —Tanteó con la pesada mano, con lentitud y torpeza, detrás de la cabeza, para coger el casco. En cuanto pudo agarrar la tenebrosa máscara, tiró de ella y se la colocó.

El pelotón salió del arsenal de trajes y avanzó con pesadez al depósito de municiones. Los SA de todos los trajes establecieron un vínculo directo con el SA intendente para conseguir acceso al armamento. En cuanto Lawrence recibió su parte, su Cuero se abrió a lo largo de la parte superior de los brazos, dejando ver varios componentes mecánicos incrustados en bandas de músculos para formar pistolas y micro-silos híbridos. Insertó su munición en los estuches y vio cómo ondulaban las delgadas bandas de fibra muscular para transportar los proyectiles y dardos hasta sus sacos y cámaras correspondientes. En el cinturón llevaba encajada la pistola antidisturbios que le había sido entregada. Irónicamente era el arma más voluminosa al tiempo que la menos dañina.

Por algún insondable motivo burocrático, el SA de la base de Cairns había decidido que el depósito de municiones también debía repartir bolsas de sangre para los Cueros. Lawrence cogió cuatro y se las guardó en las cartucheras abdominales. Le permitirían resistir varias horas más en caso de encontrarse muy malherido. No estarían de más. Aunque, la verdad, si las fuerzas de tierra de Memu Bay no habían establecido el cuartel general y los barracones antes de terminar el primer día, ya daría lo mismo.

En cuanto todos los miembros del grupo estuvieron listos, cogieron un ascensor que los subió hasta el eje de las ruedas de ventilación y después atravesaron el amplio pasillo axial que conducía a la sección de carga. El pasillo radial que les llevó hasta su trasbordador era más estrecho, por lo que resultó complicado atravesarlo con el voluminoso Cuero puesto. El interior de su pequeña nave de aterrizaje no era mucho mejor. Consistía en un cilindro corto atravesado por dos filas de sillas de plástico tosco. Entre codazos y maldiciones por las estrecheces, todos fueron ocupando sus asientos. Lawrence se sentó en la silla única de la parte delantera. Los ojos le quedaron a la altura de una estrecha ventanilla. Había una pequeña consola dotada de dos ventanas holográficas, de manera que si el piloto de SA fallaba, él se haría cargo del control manual. Para tratarse de un vehículo cuyo cometido era sacarlos de la órbita y transportarlos al punto de la superficie especificado por las coordenadas con un margen de error de únicamente cincuenta metros, le parecía una medida de seguridad excesiva.

Amersy cerró la escotilla y se aseguró con las correas. Los ligeros temblores que sacudían el fuselaje indicaban que los demás trasbordadores habían empezado a salir de los silos. Ellos abandonarían el suyo dentro de ocho minutos.

—Eh, sargento —gritó Jones por el canal general—. Creo que Karl está poniendo a prueba el tubo de vómito. ¿No, Karl?

—Vete a tomar por culo.

—Dejad de hacer ya el payaso —dijo Lawrence.

Las membranas optrónicas le indicaron que llegaba una llamada del capitán Bryant y le dio paso.

—Soporte táctico ha completado la cartografía de Memu Bay —anunció Bryant—. Ya es accesible. Que su pelotón la instale.

—Sí, señor. ¿Algún otro cambio destacable?

—Nada más. No se preocupe, Sargento, todo está bajo control. Nos veremos ahí abajo. Meteorología dice que hace un día espléndido, así que igual hasta podríamos hacer una barbacoa en la playa por la tarde.

—Sería estupendo, señor. —Lawrence canceló la comunicación. *Imbécil*. El SA del traje le conectó de nuevo con el canal general del pelotón—. Muy bien, ya tenemos el mapa actual. Instáloslo e integradlo con vuestra navegación inercial.

—¿Le han dibujado bien las rayas, sargento? —preguntó Nic.

—Eh, sargento, ¿podemos acceder a las redes de Durrell? —Preguntó Lewis—. Me gustaría saber qué andan tramando.

—Claro. Odel, encárgate.

—Eso está hecho, sargento.

Cinco minutos para salir.

Lawrence comenzó a instalar la nueva cartografía en las perlas neurotrónicas de su Cuero. Accedió por curiosidad al tráfico que Odel estaba extrayendo del banco de datos de las fuerzas de Durrell. Sus membranas desplegaron una pequeña rejilla de cinco por cinco sectores, en los que se estaban reproduciendo vídeos de muestra de los diferentes trasbordadores. Expandió uno de los sectores y vio el vídeo tembloroso de la cámara del morro. Un fragmento de tierra oscura se mecía de lado a lado en medio de un vacío ultramarino. Se oían comentarios y órdenes lacónicos.

—No hay fuego de tierra —anunció Amersy—. Buena señal.

—¿Te ha pasado alguna vez? —preguntó Hal.

—Todavía no. Pero siempre hay una primera vez.

Tres minutos.

Lawrence cerró la rejilla de los vídeos y solicitó el nuevo mapa de Memu Bay. Se parecía mucho al del asentamiento que vio la última vez que estuvo allí; las construcciones más grandes, como el estadio o el puerto, todavía seguían en su sitio. Solo que esta vez le parecían más pequeñas. Superpuso el mapa antiguo y resopló al ver cuánto se habían extendido los nuevos distritos. Memu Bay había crecido mucho más de lo que Z-B había calculado. Una población más numerosa sería más difícil de mantener a raya. *Oh, fantástico*. Los planes de batalla siempre se torcían a la hora de combatir con el enemigo, pero no estaría de más contar con uno un poco consistente cuando llegaran a la playa.

Estableció un vínculo con el capitán Bryant.

—Señor, el asentamiento es mucho más extenso de lo que nos habíamos imaginado.

—En realidad no, sargento. Un poco más grande, como mucho. Y, físicamente, en el núcleo no ha habido cambios. Nuestra estrategia de despliegue sigue siendo efectiva.

—¿Vamos a contar con pelotones adicionales?

—¿De dónde? Lo que ha crecido durante la última década es Durrell. En todo caso, es allí donde deberíamos incrementar nuestras fuerzas.

—¿Vamos a apoyarlos? —preguntó Lawrence alarmado. Ni se le había ocurrido que podrían cambiar de destino al pelotón. De ser así, todo se iría a la mierda.

—No, sargento —respondió Bryant con voz cansada—. Por favor, consulte el display de su estado. Y deje de preocuparse. A mayor población, mayores garantías. Contamos con suficientes unidades para mantenerlo todo bajo control.

—Señor.

Un minuto.

Las leves vibraciones intermitentes del fuselaje se intensificaron de repente. Cuando consultó el *display* de su estado vio que el trasbordador del capitán había salido del silo que había debajo del de su pelotón. Comenzaron a encenderse y apagarse luces diversas. El trasbordador del pelotón 435NK9 temblequeaba a medida que se deslizaba por la vía del silo.

—Apriétense los machos, señoritas —voceó Edmund alegremente—. Vamos a hacer puenting con los angelitos y nos han cortado la cuerda.

La luz entró de golpe por la ventanilla. Lawrence vio cómo iba quedando atrás la puerta del silo, un oscuro hexágono enmarcado en metal blanco plateado que se perdió en medio de un extenso panal de puertas idénticas. A medida que se fueron alejando, Lawrence pudo ir viendo la totalidad de la nave. De nuevo sonrió ante su belleza funcional. De los múltiples silos brotaban trasbordadores y vainas de aterrizaje a un ritmo vertiginoso. Poco a poco fueron formando una nube que se alejaba de la *Koribu* sin dejar de expandirse y que caía de culo en dirección al planeta. Las vainas eran simples conos rechonchos y redondeados dotados de un collar de pequeños motores de cohetes fijados en la punta. Los trasbordadores también eran cónicos pero incluían además una sección cilíndrica propia de un vehículo elevador normal y alas en flecha. Estaban recubiertos de una espesa espuma grisácea ignífuga que les protegería al entrar en la atmósfera. En la parte trasera llevaban un motor de cohetes. Podía ver cómo los que iban cayendo junto a ellos dejaban un rastro de gas amarillento procedente de las boquillas de control de reacción y giraban según iban descendiendo.

El SA activó los propulsores de control de reacción de su nave para orientarlos de manera que el motor de cohetes los colocara en su pista orbital. Entonces Lawrence pudo ver Thallspring por la ventanilla, con sus océanos de color azul profundo salpicados de nubes cenicientas; los estratos superiores de la atmósfera parecían una fantasmal corona plateada que acariciara el agua. Memu Bay se ocultaba tras el horizonte; todavía se encontraba a un tercio del planeta de distancia.

Cuando el escuadrón empezó a retroarrancar florecieron chispas anaranjadas alrededor del trasbordador, centenares de volutas procedentes de los motores de cohetes que centelleaban en el vacío y despedían un aluvión de partículas destellantes, como si su composición química incluyera alguna sustancia iridiscente.

Los displays de estado del vuelo mostraron la cuenta atrás de su trasbordador. El cohete central del motor se encendió, lo que hizo que en el interior de la nave aumentara la gravedad de repente hasta cuatro. Protegidos por los Cueros, los miembros del pelotón apenas sintieron una ligera molestia. Treinta segundos después, se desvaneció con la misma rapidez con que surgió. Los pequeños propulsores se encendieron de nuevo para colocarlos a ciento ochenta grados. Ahora el morro señalaba la dirección que habían de tomar. A una rapidez inferior a la velocidad orbital, iniciaron el largo descenso hacia la atmósfera.

El grupo de cohetes permaneció unido al trasbordador durante quince minutos más, manteniendo la altitud a base de las constantes arrancadas de los propulsores de control de reacción. Ante ellos volvió a estallar una lluvia de chispazos cuando las vainas y los trasbordadores entraron en contacto con los estratos gaseosos superiores. Esta vez los destellos, de un color rojo cereza, duraban más tiempo y siguieron alargando su duración a medida que la espuma ignífuga se iba disipando por la agresiva acción de la fricción de los gases. Enseguida todo el trasbordador quedó envuelto en remolinos infernales, de manera que parecía el carro de guerra de algún dios vengativo lanzándose en picado hacia el planeta.

Lawrence sintió que el fuselaje temblaba cada vez con más fuerza a medida que iban penetrando en la quimiosfera. Sus vínculos con la nave y los satélites repetidores se fueron debilitando hasta romperse por completo cuando la ionización se apoderó del fuselaje. El SA empezó a agitar los alerones para comprobar la maniobrabilidad del vehículo. Una vez que las aerosuperficies alcanzaron el nivel de control predeterminado, se

dispararon los seguros explosivos que sujetaban el grupo de cohetes. La sacudida hizo que a Lawrence y los demás se les clavaran las correas de seguridad, aunque no les dolió mucho gracias a los Cueros. Ya no había nada que ver por la ventanilla; las llamas carmesíes procedentes de la espuma en desintegración lo tapaban todo e iluminaban todo el interior del trasbordador.

Volando ciegos a una velocidad de mach 18 en el núcleo de una bola de fuego cuya cola alcanzaba los tres kilómetros, la fuerza de gravedad del planeta hizo acto de aparición y empezó a tirar de ellos cada vez con más ansia hacia la superficie. Lawrence solo podía esperar, sudar y rezar mientras el SA hacía dar coletazos a los pequeños alerones con la precisión de un delfín y mantenía la estabilidad durante la caída hipersónica. Aquella era la fase que más odiaba. Verse obligado a tener fe en la nave más barata que Z-B podía construir para hacer el trabajo, sin poder hacer otra cosa que soportar la experiencia como mejor supiera.

Decidió echar un vistazo a sus hombres; desplegó una rejilla de ventanas de vídeo y telemetría. Como de costumbre, Amersy tenía las pulsaciones por encima de cien, cosa que no le impedía farfullar sus cánticos gospelianos. Hal no dejaba de hacer preguntas que Edmond y Dennis respondían por turnos o tomaban como motivo para discutir o para mandarle que se callara. Karl y Nic hablaban con tranquilidad. Jones se había bajado los perfiles de mantenimiento de los jeeps que iban en las vainas de aterrizaje. Mientras tanto Odel... Lawrence amplió la casilla de Odel y escaneó la telemetría de función de su traje. Meneaba la cabeza de un lado a otro y tamborileaba rítmicamente con las palmas en las rodillas. Había accedido a un bloque de archivos personal de la memoria de su Cuero. Mientras atravesaban la atmósfera del planeta envueltos en infernales llamas de cometa, Odel golpeteaba los pies con alegría para seguir el ritmo de una canción de Slippy Martin.

A mach 8 el fuego que rodeaba el fuselaje empezó a disiparse. La límpida y azulada luz del día dio la bienvenida al trasbordador. Lawrence pudo ver los restos de espuma ignífuga sobre el romo morro del vehículo; ya no quedaba más que una burbujeante capa de negra brea de la que no dejaban de desprenderse abrasadoras gotitas. En cuanto la antena de la nave detectó la baliza del satélite repetidor estableció un vínculo.

Los datos tácticos de la misión fueron pasando por las membranas de Lawrence. Los demás trasbordadores de las fuerzas de Memu Bay ya

habían terminado la fase de frenado aéreo. Uno de ellos, el del pelotón de Oakley, caería fuera del punto prefijado, a cincuenta kilómetros de la orilla. Su SA ya estaba modificando el perfil de descenso para que pudieran aterrizar en una de las islas más grandes del archipiélago. Ya iría después un helicóptero a recogerlos.

El capitán Bryant ya había empezado a cambiar el plan de despliegue para solucionar su ausencia. El pelotón 435NK9 debería peinar dos calles más.

—Será un placer —farfulló Amersy cuando leyó los datos recién instalados en las órdenes de la misión.

—Ya veremos cuando lleguemos —le dijo Lawrence. Ambos sabían que no se meterían en esas calles añadidas; era una de las ventajas de gozar de autonomía de campo, les daba libertad de acción. La prioridad de Lawrence era sacar al pelotón de la ciudad sin incidentes.

Según los datos tácticos, las vainas de aterrizaje estaban descendiendo nominalmente. Seguían una ruta distinta de la de los trasbordadores; pasarían por una fase de frenado aéreo más larga y después caerían en línea recta. Deberían aterrizar detrás de Memu Bay. Al comprobar los datos de rastreo, Lawrence vio que las vainas se estaban alejando demasiado; y eso antes de que se desplegara el paracaídas y quedaran a merced del viento. Sabía por experiencia que la mitad de ellas caerían fuera del área prefijada. Se tardaría mucho en recuperarlas.

Entonces apareció el litoral, al que se acercaban a gran velocidad. Solo era posible saber que descendían como un rayo al mirar cómo se iba aplanando la curvatura del horizonte. Cuando Lawrence se inclinó hacia delante pudo ver el archipiélago formándose ante él. Parecía que el verdusco océano estuviera cubierto de pegotes de crema. Había centenares de islas y atolones que no eran sino las cimas de las montañas de coral que asomaban sobre la superficie del mar, que en aquel punto tenía un kilómetro de profundidad, y quedaban cubiertos por extensos mantos de arena blanca. Las olas rompían contra los arrecifes y despedían una constante lluvia de minúsculas gotas marinas. Las barreras de coral más extensas estaban cubiertas de vegetación. Entre los atolones, dónde yacían los arrecifes sumergidos, se veían oscuros montículos serpenteantes. A Lawrence le recordaban a la maltratada Gran Barrera de Arrecifes de la costa de Queensland, donde los equipos de recuperación ecológica de Z-B

habían hecho sus pequeños milagros. Solo el matiz azulado de la vegetación le recordaba que se encontraban en un mundo alienígena.

A medida que se acercaban al continente fue viendo islas más grandes, en las que se levantaban frondosos bosques. Las hojas de las plantas fueron adquiriendo un intenso color verde y aparecieron largos y curvos muros de coral roto que protegían las playas. De todas salían malecones de madera que se adentraban en el mar. Se veían cabañas debajo de las palmeras; había veleros y canoas reposando en la arena.

—Demasiado bonito para ser verdad —dijo Dennis—. Lo mismo deberíamos quedarnos aquí cuando se marchen las naves.

—No es mala idea —dijo Nic—. Pero creo que los habitantes te echarían a los tiburones si te descubrieran.

El trasbordador se agitó con violencia durante unos segundos cuando la velocidad descendió por debajo de mach 1. El morro se inclinó hacia abajo y el familiar paisaje de Memu Bay quedó justo enfrente, protegido entre los pliegues de las gigantescas montañas. La velocidad a la que descendían hizo que un escalofrío recorriera la piel natural de Lawrence. Los trasbordadores tenían la misma aerodinámica que un ladrillo, de manera que lo único que mantenía su estabilidad era la simple inercia, que, por otro lado, iba descendiendo poco a poco.

El puerto quedó a estribor y ellos continuaron hacia una bahía poco profunda de arena rojiza. Estaba bordeada por un paseo marítimo de paredes de mármol que separaba la playa de los edificios. En la parte más alta había algo que parecía un grupo de coches de policía aparcados, cuyas estroboscópicas luces azules parpadeaban incesantes. El SA volvió a elevar el morro para seguir reduciendo la velocidad. En cuanto volvieron a quedar nivelados empezaron a perder altitud a pasos agigantados. La playa quedaba ya a menos de un kilómetro por delante y las olas se mecían a solo un par de cientos de metros más abajo.

—¡Preparaos! —Gritó Lawrence—. ¡Agarraos!

Myles Hazledyne aguardaba de pie en la terraza que rodeaba la cuarta planta del ayuntamiento y contemplaba el cielo que cubría el mar. Sus dos asistentes principales esperaban detrás de él. Don y Jennifer habían

permanecido a su lado desde sus inicios como concejal. De aquello hacía ya veinte años; fue uno de los más jóvenes que se eligieron nunca en Memu Bay. Desde entonces siempre le demostraron fidelidad absoluta, pese a los rumores y los trapos sucios con los que suelen jugar los políticos demócratas; ni siquiera los rastreros tejemanejes que se traía con la comunidad empresarial que financió su campaña los alejó de su vera. Ninguno de los tres conservaba todavía ni una pizca del ingenuo idealismo de los comienzos, que debió apagarse en la lejana época en que pronunciaba vehementes discursos con los que condenaba al entonces alcalde. Ahora formaban un sensato y práctico equipo que gobernaba la ciudad con cierta eficiencia y que estaba preparado para lidiar con la nueva generación de los jóvenes exaltados del concejo, que no dejaban de criticarlo. A la mierda, estaba orgulloso de cómo había evolucionado Memu Bay durante los últimos años. Era un asentamiento próspero, con un constante crecimiento económico, un muy bajo índice de criminalidad... ¡Qué cojones! Problemas sociales, sindicatos, burócratas, chanchullos financieros, escándalos... Podía encargarse de todas esas historias. Pero esta nueva crisis era algo que nadie sería capaz de solucionar.

Si plantaba cara y se oponía a Zantiu-Braun, no conseguiría más que agravar la situación y el gobernador de las fuerzas invasoras lo expulsaría de todos modos.

No serviría de nada. Por otro lado, si colaboraba y prestaba su ayuda al gobernador para que les saquearan todo lo que quisieran, se convertiría en un colaboracionista, en un traidor al electorado. Nunca se lo perdonarían.

Un enjambre de manchas negras se materializó en el lejano cielo añil y descendió a una velocidad increíble hacia la playa del este de la ciudad. Myles se tapó la cara con las manos, ciego de vergüenza y rabia. El propio Edgar Strauss le había llamado el día anterior para compelerle a que colaborara. «Nadie quiere un baño de sangre, Myles. Por favor, no lo permitas. No dejes que también nos roben la dignidad». Otro político brillante abrumado por la impotencia. Myles estuvo a punto de decirle: «Por el amor de Dios, ¿por qué no financiaste las defensas exorbitales? ¿Por qué nos has dejado indefensos ante algo así?». Pero hubiera sido como seguir vapuleando a alguien que ya está inconsciente. Por muy buenos que hubieran sido los misiles de Thallspring, no hubieran dejado de ser un arma simbólica. Solo Dios sabía hasta qué punto se había desarrollado la tecnología de la Tierra. Además las naves de Z-B hubieran

tomado represalias. A Myles se le puso la carne de gallina sólo de recordar la última invasión. Y todos habían accedido ya a las imágenes del terreno recién devastado de las afueras de Durrell, que con tanta claridad y eficacia ponían de manifiesto la superioridad de los salteadores.

Sabía lo que iba a tener que hacer, la imagen pública que debería dar. Sería su ruina. Quizá incluso se vería obligado a abandonar Memu Bay cuando Z-B se esfumara. Pero ya se lo había imaginado cuando ordenó a la policía que sellara los accesos a la playa y contuviera los disturbios mientras llegaban los trasbordadores. La cooperación se reduciría a repeler la estúpida actitud desafiante de la muchedumbre, se salvarían vidas. Aunque jamás se lo agradecerían. Quizá se lo debía a la población de Memu Bay por todos esos años de trapicheos de trastienda. Verlo así calmaba su azotada conciencia.

Una repentina serie de truenos casi le saca el corazón por la boca. Parecían explosiones. Temblaron los cristales de todas las ventanas. Pudo ver cómo huían varias bandadas de pájaros, que agitaban las alas espantados.

Los primeros trasbordadores habían empezado a caer en la bahía; parecían conos regordetes que caían del cielo con una inclinación de casi cuarenta y cinco grados e impactaban en las tranquilas olas a unos doscientos metros de la orilla. Al golpear el mar levantaban altísimas paredes de agua que después los seguían mientras planeaban sobre la superficie hasta la orilla, perdiendo altura a medida que los trasbordadores iban frenando. Varias de las naves se metieron en la arena, donde dieron vueltas y derraparon produciendo un intenso ruido chirriante. Una casi se estrelló contra el muro del paseo marítimo, pero al final su morro se quedó a solo dos metros.

—Qué pena —farfulló Don.

La mayoría de los trasbordadores acabó deteniéndose a pocos metros de la orilla, donde el agua cubría poco. Abrieron las escotillas. Unos fornidos y tenebrosos seres saltaron al agua y vadearon hasta la arena, chapoteando sin esfuerzo para abrirse paso entre las olas. Myles reconoció enseguida el color, el tamaño y la fuerza de los visitantes.

Entonces un enorme cartel se desenrolló de repente sobre el muro del paseo marítimo.

VAMOS A JODEROS VIVOS NAZIS HIJOS DE PUTA

Unos niños salieron corriendo. Los policías que había inclinados sobre la barandilla para ver el espectáculo no hicieron el menor esfuerzo por capturarlos.

—Oh, qué originales —dijo Myles entre dientes. Solo podía esperar que eso fuera lo peor que se le hubiera ocurrido a aquellos gamberros. Miró a Don y Jennifer.

—Vamos.

Los invasores ya habían empezado a subir los escalones del paseo y a desplegarse al llegar arriba del todo. Parecían ignorar a la policía.

Myles cogió el ascensor que bajaba hasta el apartamento privado del alcalde, en la parte trasera del ayuntamiento. En realidad no le gustaba aquel lugar, los techos eran demasiado elevados y las habitaciones demasiado grandes. No era la vivienda más adecuada para una familia. Pero su casa estaba en el otro extremo de la ciudad, de manera que entre semana se quedaban allí.

Su oficina contaba con unas amplias puertas que daban a un pequeño jardín central. Francine estaba allí fuera, tumbada en uno de los bancos a la sombra de un pino japonés. Llevaba puesto un vestido negro liso de cordoncillo blanco. La falda, que le llegaba a la mitad de los muslos, era más corta de lo que a él le gustaba. Pero no discutía con ella al respecto desde que Francine tenía trece años. Pensó que Cindy se encargaría de hacerla comprender. Mierda, debería haberme casado otra vez. Lo de no tener tiempo es una excusa patética.

Francine se ajustó las gafas de sol. Cuando Myles la vio fruncir el ceño se dio cuenta de que debía de haber accedido a los canales de noticias. Quería acercarse a ella, rodearla con los brazos, hacerla sentirse protegida, decirle que todo se acabaría pronto y que no le pasaría nada. Lo que todos los padres de Thallspring estarían haciendo en ese preciso instante con sus hijos.

Pero los miembros más antiguos del equipo y los líderes del partido le estaban esperando, y ellos también tenían familia. Se sentó en el escritorio después de echar una última mirada por la puerta del jardín.

—Antes de nada quiero decir que si alguien prefiere abandonar, que lo haga ahora, lo comprenderé. No afectará ni a las pensiones ni a los

beneficios que os correspondan. —Hubo un momento de tenso silencio pero nadie se marchó—. Muy bien, vamos a ver. Gracias por vuestra ayuda, significa mucho para mí. Como sabéis, he decidido seguir la *política* de cooperación de *Strauss*. Son infinitamente más fuertes que nosotros y sabe Dios que mucho más malvados. Sabotear las plantas químicas o tirarles piedras a los soldados solo serviría para que tomaran unas represalias a las que no podríamos hacer frente. De manera que tendremos que jodernos y aguantarnos y esperar que cuando se larguen se los trague un agujero negro. Si colaboramos, creo que podremos salir de esta más o menos ilesos, al menos en lo que a infraestructuras se refiere. ¿Margret?

Margret Reece, la jefa de policía, asintió reacia con la cabeza. No miraba a nadie, sino que estaba leyendo los datos que iban pasando por sus membranas.

—He estudiado los informes de la última vez. Está claro que solo les interesa saquear nuestra producción industrial. Ahí es donde van a centrar su actividad. ¡Ya podemos hacer lo que queramos en el resto de la ciudad, alborotar y quemar lo que nos dé la gana, que les va a dar igual. Mientras las fábricas permanezcan intactas, puedan seguir llevándose las materias primas y las plantillas colaboren con ellos, nos dejarán en paz.

—Entonces nos cercioraremos de que eso sea así —dijo Myles—. Por lo demás, la actividad de la ciudad no se verá afectada. Para que las fábricas puedan seguir operativas, la ciudad tendrá que seguir funcionando, ese será nuestro papel, no importa lo duro que sea.

—¿También nos robarán la comida? —Preguntó Jennifer—. Recuerdo que la última vez hubo escasez de alimentos.

—Solo cogerán lo que necesiten mientras estén aquí —respondió Margret—. Dado que el treinta por ciento de los turistas consiguió largarse esta mañana, las refinerías de alimentos producirán comida de sobra para la población que se haya quedado. La razón por la que la comida escaseó la última vez fue que algún rebelde subnormal cogió y sembró de bombas incendiarias dos líneas de producción.

—Lo que no podemos dejar que vuelva a ocurrir —añadió Myles con apremio—. No pienso que esos héroes de pacotilla de la resistencia pongan ninguna vida en peligro.

—Dudo que surja una resistencia organizada —dijo Margret—. Z-B siempre se asegura de que el castigo por cualquier ataque dirigido contra

ellos supere la propaganda que pueda dar a los agresores. Pero vigilamos muy de cerca a la gente que sabemos que puede dar problemas.

—¿Qué hay de los turistas? —preguntó Don—. Muchos no consiguieron volver a casa; el aeropuerto parece un campo de refugiados.

—No depende de mí —sentenció Myles. Tuvo que tragarse toda su rabia para poder continuar—. El Gobernador decidirá hasta qué punto se restringe el transporte de civiles. Teniendo en cuenta el motivo por el que han venido, supongo que querrán que todo el mundo vuelva a su casa para que siga siendo lo más productivo posible.

—Uno de los pelotones ya ha llegado a la plaza mayor —anunció Margret a voz en grito—. Llegarán aquí de un momento a otro.

Sí que se dan prisa. Myles respiró hondo. Era tanto lo que dependía de la relación que estableciera con el Gobernador.

—Muy bien, poned vuestra mejor sonrisa y salid a saludar a esos hijos de puta.

Denise se mezcló con la muchedumbre en las afueras del distrito de Livingstone. La curiosidad humana se había impuesto al pánico, de manera que centenares de personas habían salido a ver el espectáculo en primera fila. Sin embargo no se veían muchos niños. Más que nada, había adultos y adolescentes mayores que contemplaban con aire sombrío las calles que conducían al muelle, que la policía ya se había encargado de acordonar. La gente maldecía a los visitantes entre susurros, leyendas sobre los trajes de Cuero y las atrocidades que se cometieron la última vez.

Los bares seguían abiertos, de hecho estaban abarrotados. La mayoría de los hombres tenía una lata de cerveza en la mano, de la que bebían sin parar mientras con sus gafas y membranas veían brotar del cielo a los trasbordadores. A Denise le pareció la actitud típica previa al partido, cuando el equipo visitante empezaba a tocarle las narices al equipo local. El territorialismo animal seguía formando parte de la psique humana. Eso le daría cierta ventaja a ella. Era una situación muy delicada, con casi toda la policía controlando el muelle y el paseo marítimo. Al alcalde le preocupaba que a sus obedientes ciudadanos les diera por invadir la playa según iban llegando los trasbordadores. Idiota. Un arenal no era terreno

propicio para montar una revuelta urbana, al menos no contra unas tropas bien organizadas.

En sus gafas pudo ver unos videos de la llegada de las naves. Las alborotadas voces de la gente se iban levantando a su alrededor. Envió una serie de mensajes codificados a los miembros de la célula que se encontraban desperdigados a lo largo de toda la calle. Le respondieron. Todos estaban listos.

Los primeros soldados de Z-B aparecieron por el extremo de la calle. Eran cinco y caminaban con paso decidido. No hicieron la menor pausa al ver la muchedumbre.

Denise se levantó las gafas y se fijó en el primero. Sus irises lo ampliaron para verlo en detalle. El Cuero era muy parecido al que recordaba; parecía un culturista vestido con mallas de color gris oscuro. Todos tenían los dedos muy gruesos y extraños bultos que les cubrían los brazos. El diseño del casco era distinto; el traje era flexible hasta la zona que rodeaba la mandíbula, de manera que la parte superior del rostro y el cráneo quedaban protegidos por una rígida carcasa. Los ojos estaban cubiertos por una banda semicircular de sensores y las mejillas por branquias de ventilación. La única arma visible era una voluminosa pistola que llevaban encajada en el cinturón, junto con una serie de cartucheras. Denise pensó que debía de servir más que nada para intimidar. El perfil de temperatura era asombrosamente uniforme, puesto que solo había dos grados de diferencia entre las zonas más calientes y las más frías de la superficie del traje.

Volvió a visión normal. Vio a nueve Cueros avanzando por la calle. La agitada muchedumbre, que se agolpaba en las aceras, entonó una serie de cantos obscenos. Nadie se acercó a menos de cuatro o cinco metros. Entonces apareció un muchacho que saltó a la carretera y se detuvo justo delante de ellos. Tenía una lata de cerveza que se acabó de dos grandes tragos. Los Cueros avanzaban como si no lo vieran. Entonces el muchacho se dio la vuelta, se inclinó hacia delante y se bajó los pantalones.

—¡Besadme el culo!

La gente se rió y abucheó a los soldados. Los Cueros recibieron una lluvia de latas que al caer giraban y esparcían espuma por las boquillas. Los Cueros siguieron impasibles, en silencio e implacables. Denise admitió que tenían una gran disciplina. Su perla de anillo recogió bloques de datos de

los distintos trajes. Su Principal comenzó a descifrar la hermética encriptación.

De repente una piedra pasó volando sobre las cabezas de la muchedumbre e impactó en el pecho de uno de los Cueros. La visión mejorada de Denise capturó una secuencia en que se veía cómo la capa exterior se endurecía alrededor del punto de impacto. La piedra rebotó y los soldados se detuvieron. No hicieron nada. Un par de jóvenes corpulentos, envalentonados por la aparente actitud pasiva de los invasores, se abalanzaron contra estos con la intención de derribarlos.

El Cuero hacia el que corría uno de los muchachos se detuvo y se dio la vuelta para recibirlo. El chico gritó hasta quedarse sin voz y extendió los brazos para prepararse para la colisión. En el último segundo, el Cuero se echó a un lado con agilidad, se inclinó un poco y le lanzó un puñetazo. Fue un gancho perfecto. Le golpeó en el pecho y lo levantó con una fuerza tectónica. El Cuero alzó al chico por encima de su cabeza y lo volteó para colocarlo boca abajo. El joven ya no sabía qué hacer. Sus gritos de guerra de borracho se convirtieron en alaridos de terror cuando se dio cuenta de que estaba mirando al suelo desde una altura de tres metros y volando hacia la pared de un comercio. Agitó brazos y piernas presa del pánico mientras el público, que ya no gritaba, observaba todo el número. Cuando el muchacho cayó al pie del muro se oyó un reventón y un breve crujir de huesos. Sus berridos cesaron en seco.

El Cuero al que quería embestir el otro muchacho extendió un brazo y puso la palma de la mano en posición vertical para recibirlo. No retrocedió ni un palmo mientras el pobre insensato corría hacia él como una bala de cañón, sino que se limitó a abrir los dedos para golpearle en pleno pecho. En el momento del choque saltaron chispas y el joven rebotó hacia atrás, agitando los miembros espasmódicamente a causa de la descarga. Al final cayó a plomo al suelo, donde se quedó retorciéndose.

La muchedumbre rompió a gritar de indignación. Rodearon a los Cueros, sobre los que empezó a caer una violenta lluvia de latas de cerveza y piedras.

En cuanto salieron del paseo marítimo y vieron a la gente bordeando las calles, Lawrence supo que algo malo se avecinaba. Hubiera preferido que la policía hubiera permitido que la gente bajara a la playa, porque ahora todo el mundo se apelotonaba en el mismo sitio y podría haber demasiados heridos.

—Mantened la calma —ordenó al pelotón pensando sobre todo en Hal —. En algún momento tendrán que darse cuenta de lo que somos capaces. Puede que este sea el momento. Una demostración rápida servirá para que la próxima vez se lo piensen dos veces.

El griterío y los insultos no les afectaban en absoluto. Tenían que apartar las latas con los pies y chapotear a su paso por los charcos de cerveza derramada. Entonces alguien lanzó con absoluta precisión una piedra que impactó en el pecho de Odel.

—Ni caso —ordenó Lawrence.

—¿No deberíamos decirles que se dispersaran? —preguntó Hal. Su voz delataba su nerviosismo—. Se están poniendo demasiado violentos.

—Pues esto no es nada —dijo Edmond—. Con un Cuero estos chulos no pueden hacerte nada. Relájate, chaval.

Lawrence expandió la telemetría de Hal de la rejilla y comprobó las pulsaciones del niñato. Un poco elevadas, pero aceptables.

—Delante de la gente debemos parecer invencibles —dijo Amersy—. El truco está en convencerles de que eres superior. Así que sigue andando, como si pasearas por el parque. No pasa nada, acuérdate del entrenamiento.

Dos hombres coléricos salieron de entre la multitud y se lanzaron como flechas contra el pelotón.

—¡Nada de armas! —Ordenó Lawrence—. Lewis, reduce al tuyo.

El otro iba directo a por Hal. Lawrence no dijo nada, quería ver cómo manejaba la situación. Hal placó al atacante sin el menor esfuerzo y lo lanzó contra una pared.

—¡Así se hace, niñato! —le felicitó Nic.

—Muy buena —reconoció Jones con admiración—. Aunque te podrías haber girado un poco más rápido.

—Ya te gustaría a ti tener mi agilidad —se burló Hal—. Abuelete, que tienes los reflejos oxidados.

—Come mierda.

—En formación —ordenó Lawrence. No le gustaba nada lo nerviosa que se estaba poniendo la gente—. Hal, bien hecho. Oídme bien todos, no os emocionéis ahora.

La muchedumbre cada vez les cerraba más el paso, ansiosa por abalanzarse sobre ellos. Les lanzaron latas y piedras desde todas las direcciones.

—¿Los dardeamos? —preguntó Dennis.

—Todavía no. —Lawrence activó su altavoz externo y subió el volumen al máximo—. ¡Háganse a un lado! —Vio cómo los que tenía más cerca de él hacían muecas de dolor y se tapaban los oídos—. Están alterando el orden público y tenemos autoridad para dispersarles haciendo uso de la fuerza. Tranquilícense y váyanse a casa. El Gobernador y el Alcalde se dirigirán a ustedes en breve.

Una avalancha de aullidos e improperios enterraron su advertencia amplificada. Miró el rostro rebosante de odio de los que estaban delante de él y pensó cómo afrontaría esa misma situación sin la protección del Cuero. La sola idea le dio escalofríos.

—Muy bien, coged las antidisturbios, quiero que... —En ese instante el SA de su traje lanzó una alerta en medio de la rejilla del display táctico. Los sensores habían detectado un punto térmico que se acercaba a gran velocidad.

El cóctel molotov hecho a base de combustible de hidrógeno caía describiendo una humeante y azulada trayectoria elíptica. Daba vueltas mientras descendía sobre Karl.

—Deja que golpee —ordenó Lawrence.

Karl ya había sacado la nueve milímetros. Los láseres de enfoque habían encontrado el cóctel.

—Oh, joder —refunfuño Karl—. Odio esta parte, sargento.

El cóctel le dio en el casco. El cristal reventó y liberó un denso manto de llamas que envolvió por completo a Karl. La gente gritó de emoción y ensanchó el cerco para que no le alcanzara el cada vez más abrasador fuego, que no dejaba de consumir combustible. Los demás miembros de pelotón empuñaron con calma sus pistolas antidisturbios y retiraron los seguros.

—Suéltales el sermón, Karl —dijo Lawrence.

Cuando las llamas se extinguieron se pudo ver que el traje estaba intacto.

—La persona que ha arrojado este objeto queda arrestada —dijo Karl por sus altavoces—. Por favor, dé un paso al frente. Ahora. —Empuñó su pistola antidisturbios—. He dicho ahora.

La masa se puso a canturrear y a abuchearlos de nuevo. Les tiraron más piedras. Entonces aparecieron otros tres cócteles molotov surcando el aire. Los habían lanzado desde distintos puntos.

—Detenedlos —ordenó Lawrence.

Karl y Amersy dispararon a las botellas en pleno vuelo. Se formaron unas enormes llamas en el aire que cayeron sobre la gente. Una docena de personas empezaron a chillar agónicamente. La multitud enloqueció y cargó en masa.

—¡Dispérsense! —gritó Lawrence en medio del alboroto. Apuntó con la pistola y disparó. La bala de plástico impactó en el pecho de un hombre, que salió volando hacia atrás y cayó sobre otros tres. Los cuatro acabaron en el suelo, como si fueran simples bolos. El resto de la manada pasó sobre ellos pisoteándoles la cabeza.

El pelotón se había cerrado en círculo. Las pistolas antidisturbios comenzaron a escupir. En teoría, deberían ser más efectivas que los dardos. Era un arma que imponía solo con verla, sus disparos eran estruendosos y podía lanzar a una persona a varios metros. Era algo evidente, físico, casi podías sentir el dolor. Lo mejor era escapar mientras pudieras.

El SA de Lawrence le alertó del sonido de unos disparos al tiempo que ejecutaba un programa de análisis. En medio de la multitud había alguien disparando con una escopeta de pistón. Lawrence vio a Dennis retroceder dando tumbos, con su Cuero endurecido por completo.

—¿De dónde cojones ha venido eso?

Tres programas de SA del Cuero coordinaron su triangulación de audio. Los sensores visuales de Lawrence detectaron a un hombre corriendo hacia la muchedumbre con algo largo y oscuro en la mano. Le pasó las imágenes a Lewis y Nic.

—Cogedlo. Traédmelo.

Cargaron contra la masa y empezaron a apartar a la gente a golpes.

Alguien saltó sobre la espalda de Odel y le rodeó el cuello con el brazo para estrangularlo. Odel alargó el brazo y lo apartó sin el menor esfuerzo. Dos se lanzaron contra Lawrence. Éste disparó a uno en el brazo. Al otro le dio una patada en la pierna y oyó cómo se le quebraba el hueso. El SA del traje siempre moderaba la fuerza de los golpes. Si alguien equipado con un Cuero le daba un puñetazo a una persona normal sin contener la fuerza, podía reventarle la caja torácica sin problemas. A menos que la intención fuera matar al atacante, había que ir siempre a por las extremidades.

Ahora estaban demasiado cerca para utilizar la antidisturbios. Lawrence esquivó a un desgraciado que pretendía reventarle una silla en la cabeza.

Otro le rompió una botella en el hombro y le arañó con el casco roto, pero no consiguió hacerle ni un rasguño a la superficie del Cuero.

Jones gritó. Lawrence vio que su rejilla se volvía roja. Los gráficos no cesaban de sucederse mientras el SA intentaba descifrar la oleada de información. Los sensores visuales exigieron su atención. Jones estaba cayendo al tiempo que agitaba los brazos lentamente. Acabó en el suelo, que resquebrajó al apoyarse con los puños.

—¡Jones! —gritó Lawrence—. ¿Estado?

—Bien —jadeó Jones—. Descarga... descarga eléctrica. Estoy bien. Hijos de puta. Han cargado contra mí. Animales...

—Amersy —ordenó Lawrence—. Dardéalos.

El cabo alzó un brazo. De las protecciones de su muñeca brotaron unas boquillas. Cincuenta dardos salieron volando como flechas.

Parecía como si Dios hubiera bajado para paralizar a todas aquellas personas de golpe. Las caras de los de las primeras filas de la masa se torcieron con expresiones de confusión que enseguida fueron sustituidas por el rostro neutral de quien cae en un sueño profundo. Al cabo de unos pocos segundos, una barricada de quince metros de cuerpos inertes rodeaba a Lawrence y al resto del pelotón. Al otro lado, el resto de la multitud miraba a sus compatriotas atónita y horrorizada.

Amersy disparó otra ráfaga.

La gente volvió a gritar antes de desplomarse. Los que no fueron alcanzados huyeron y se perdieron por las calles en cuestión de segundos.

—Uno a cero para los buenos —dijo Edmond.

—Están locos —se quejó Hal—. Como una puta cabra. ¿Va a ser así todo el tiempo?

—Esperemos que no —dijo Odel.

—¿Y Jones? —Lawrence se acercó al soldado, que ahora estaba sentado —. ¿Mejor?

—Mierda. Supongo. El aislante lo absorbió casi todo. Esa mierda me ha jodido toda la electrónica. Los sistemas están volviendo a conectarse a la red. La protección e-alfa está reiniciando todo el SA.

A Lawrence no le gustaba nada cómo sonaba todo eso. El traje debería haberlo protegido de cualquier tipo de descarga, y la electrónica estaba diseñada a prueba de pulsaciones electromagnéticas. Miró en todas direcciones para controlar la calle desierta. Muchas de las personas que

habían caído inconscientes estaban sangrando y pudo ver a varios de los que habían sido alcanzados por los cócteles. Las quemaduras no tenían buena pinta.

Piedras. Cócteles. Escopetas. Descargas eléctricas.

Lawrence pensó que les estaban poniendo a prueba. Alguien quiere comprobar la resistencia de nuestros trajes.

—Dennis, por favor, comprueba que Jones está bien.

—¿Alguien vio quién le aplicaba la descarga a Jones?

—Estaba ocupado —dijo Karl—. Lo siento.

—Es igual, revisaremos las memorias de los sensores.

—¿Newton? —interrumpió el capitán Bryant—. ¿Qué cojones ha ocurrido?

—La multitud se desbocó, señor. No creo... —La rejilla con el vídeo y la telemetría de Nic Fuccio parpadeó y se fundió en negro. Una alarma médica comenzó a aullar en los oídos de Lawrence.

—¡Sargento! —gritó Lewis—. Sargento, le han disparado. Oh, cabrones. Oh, hijos de puta. Le han disparado.

—¡Dennis! —gritó Lawrence—. Conmigo. —Salió corriendo a una velocidad increíble, pasó sobre los cuerpos amontonados y se detuvo en un callejón. Los gráficos azules de navegación fueron pasando y guiando sus pasos. Izquierda. Derecha. Curva. Derecha. Agrupación de personas en el callejón, de pie, mirando. Los apartó de un golpe e ignoró sus gritos de protesta.

En medio del callejón adoquinado había un Cuero tendido boca abajo. Estaba tirado sobre un espeso charco de sangre negruzca. Entre los hombros tenía un boquete del tamaño de un puño. Era grave pero el Cuero debería haberlo mantenido con vida. El sistema circulatorio del traje seguía enganchado a la yugular y la carótida; en situaciones de extrema gravedad, el SA mantenía el flujo de sangre al cerebro hasta que llegaban los médicos. Fuera quien fuera el francotirador, seguro que lo sabía. El segundo disparo lo hicieron cuando Nic ya estaba en el suelo. Le habían volado media cabeza, de la nariz para arriba.

Lewis estaba arrodillado en el suelo junto a él. Las válvulas de excreción de emergencia de la parte baja de su casco se habían abierto para permitir la expulsión del vómito que no pudo contener y que le cayó sobre el pecho.

—Está muerto —gimió Lewis—. Muerto. No le han dado ni una oportunidad.

Lawrence miró alrededor. Los civiles salieron corriendo. Los curiosos se apartaron de las ventanas y las cerraron de golpe.

—¿Desde dónde le han disparado? —preguntó Lawrence.

—Oh, Señor. Oh, Dios mío. —Lewis no dejaba de mecerse adelante y atrás.

—¡Lewis! ¿Desde dónde le han disparado?

—¡Y yo qué cojones sé!

Lawrence examinó de arriba abajo la calle medio desierta y revisó los últimos datos de la telemetría de Nic. Corría hacia el este, de modo que a juzgar por el impacto le habían disparado por detrás. No estaba claro qué balcón o ventana podía haber utilizado el francotirador. Cuando Lawrence levantó la vista vio la torre de una iglesia asomando sobre los tejados. Desde allí debía de controlarse toda la calle. Pero estaba a un kilómetro de distancia.

La débil esperanza de Myles Hazledyne de que el gobernador fuera un sensato negociador político abierto al compromiso se desvaneció en el aire antes de que llegaran a conocerse siquiera. Myles había salido a la puerta principal del ayuntamiento para ver desfilar por la plaza mayor a los invasores embutidos en sus Cueros. Los pocos ciudadanos que se empeñaban en cruzarse en su camino fueron apartados sin miramientos de en medio, sin que a los matones de Z-B se les ocurriera ni por un instante regular la fuerza de sus trajes, de modo que las víctimas aterrizaron violenta y dolorosamente sobre el suelo enlosado.

Los tres que lideraban la columna subieron a paso ligero los amplios escalones de piedra que llevaban a la puerta. En el último minuto Myles se dio cuenta de que no pensaban detenerse ante él. Se apartó de un salto para dejar pasar a las apisonadoras, que casi destrozaron las pesadas puertas de cristal y madera.

No fue la fuerza bruta de los saqueadores lo que descorazonó a Myles, sino su deliberada arrogancia.

—¡Eh! —les dijo.

—¿Usted es el alcalde? —Dijo uno de los asaltantes con una voz atronadora al detenerse justo delante de Myles y sus compañeros.

—Soy el líder democráticamente electo del concejo de Memu Bay, sí.

—Venga con nosotros.

—Cómo no. Antes me gustaría...

—Ahora.

Myles miró a sus asistentes encogiéndose de hombros y volvió a entrar en el ayuntamiento. Los matones de Z-B se estaban distribuyendo por el espacioso vestíbulo. Cuando andaban, sus robustos talones hacían un ruido como de pezuñas metálicas al golpear las baldosas de mármol. Los azorados trabajadores del ayuntamiento que espiaban desde detrás de las puertas entreabiertas se apartaban sobresaltados cuando los gigantes soldados las abrían para revisar las oficinas una por una. Varios subieron al trote las escaleras de caracol gemelas que subían a la primera planta.

El grupo principal se fue derecho al apartamento del alcalde. Myles tenía que caminar deprisa para seguirles el paso. Nadie le preguntó por dónde se iba. Seguro que tenían un plano en la memoria, como no podía ser menos.

Pensó que debería haber *cambiado* las habitaciones de sitio. Así se les bajarían esos aires de sabelotodos.

Las puertas de su estudio interior se abrieron de golpe. Entraron siete Cueros. Myles vio que Francine se levantaba del banco del jardín. Francine agarró a Melanie y la alzó para acunarla. La cara de la pequeña estaba ensombrecida por el resentimiento. Pero Myles se sintió orgulloso al darse cuenta de que la niña no tenía miedo. Les hizo una breve señal a sus hijas para que se calmaran.

Uno de los matones de Z-B se colocó junto a la puerta y señaló a los asistentes de Myles.

—Tú —dijo con voz reverberante—. Espera aquí fuera. —Con uno de sus rechonchos dedos le indicó a Myles que se acercara—. Tú, para adentro.

Myles estaba de pie delante de su propio escritorio cuando las puertas se cerraron de golpe tras él. Uno de los trajeados se sentó en su silla. Myles no pudo reprimir una mueca de dolor al oír crujir la antigua silla de pino bajo el inmenso peso de su ocupante.

—Deberían controlarse un poco —dijo con calma—. Cuando se vayan no quedará ni una puerta en pie en toda Memu Bay.

Durante unos segundos nadie dijo nada, después el traje del de la silla se abrió por el pecho. Fue entonces cuando se desvaneció su aura de invulnerabilidad. Tuvo que tirar con fuerza para sacarse el casco. Cuando se lo hubo quitado, Myles vio que tenía la cara cubierta de un pringoso mejunje azul.

Myles sonrió.

—¿Es que el casco no absorbe los estornudos?

—Soy Ebrey Zhang, comandante de las fuerzas de Z-B en Memu Bay y en los asentamientos colindantes, lo que me convierte en el Gobernador de la población civil. Este es el único consejo que le voy a dar durante toda la ocupación: no se haga el listo conmigo. ¿Entendido?

Tenía más o menos el aspecto que Myles se había imaginado; cuarenta y tantos, tez morena asiática y ojos un tanto rasgados; se le empezaba a caer su pelo negro. Llevaba los ojos tapados por una membrana optrónica más gruesa de lo normal que, a pesar de parecer estar hecha de escamas de reptil, no intensificaba el ya de por sí sombrío aire de su ceño fruncido. Solo era un burócrata militar del montón que intentaba mantener las distancias y hacer creer a todo el mundo que estaba al mando.

—Las cartas sobre la mesa, ¿eh? —dijo Myles.

—Sí. No me gustan los políticos. Tergiversan las palabras.

—A mí no me gustan los ejércitos de ocupación. Matan a la gente.

—Muy bien. Entonces nos entenderemos. Usted es el alcalde, Myles Hazledyne, ¿verdad?

—Sí.

—Quiero los códigos de acceso a su red de administración civil.

Estaba claro que, por supuesto, no los necesitaban; seguro que con su *software* podían hacerse con el control absoluto de la red en cuestión de segundos. Pero eso daba igual. Se trataba de que el jefe de los bárbaros se arrodillara ante el César y admitiera la autoridad y gloria de Roma.

—Claro —dijo Myles. Ordenó a su perla de escritorio que mostrara los códigos.

Ebrey miró a uno de los trajeados sin rostro.

—Quiero que nos comuniquemos y supervisemos el banco de datos local en noventa minutos. Traedme un informe detallado sobre la capacidad industrial y toda la información de los archivos de la policía. Quiero saber qué tienen y quién podría pretender resistirse.

—Señor —contestó el soldado.

—Señor alcalde, le nombro oficialmente mi representante civil. Ahora su misión es cerciorarse de que la vida de esta ciudad siga adelante como si nada, de modo que usted seguirá haciendo lo mismo que hasta ahora sólo que con algunas excepciones. Le vigilaremos de cerca y la actividad del concejo queda suspendida hasta nueva orden, no pienso soportar día y noche los lloriqueos de una manada de bocazas. Segundo, no puede dimitir. Tercero, en público mostrará una actitud de absoluta colaboración para dar ejemplo ante las masas. Cuarto, mi segundo de a bordo tomará ahora el timón del cuerpo de policía. Las leyes no variarán pero habrá una importante variación. Interferir en nuestras actividades será un delito duramente castigado. Empezaremos por el pobre infeliz que ha disparado a uno de mis hombres.

—¿Disparado?

Matado, mejor dicho. Imagino que usted no sabía nada.

Myles miró a los trajeados y deseó con todas sus fuerzas poder verles la cara.

—No tenía ni idea de que...

—Por ahora aceptaré su admisión. Pero créame cuando le digo que destaparemos cualquier movimiento de resistencia que su gente haya organizado y que lo aniquilaremos. No toleraré interferencia alguna en nuestras operaciones, sobre todo de este tipo.

—¿Han disparado a uno de sus soldados?

—Sí. El líder del pelotón piensa que les tendieron una trampa.

—Pero... ¿no llevaba un Cuero?

—Así es. Es lo que me parece más sospechoso.

—Jesús.

—Bien. Y ahora, supongo que habrá oído hablar de nuestra política de garantía de buena fe.

Lo de la muerte del soldado le había puesto los pelos de punta a Myles. Z-B no llevaba ni media hora en Memu Bay y el comandante ya pensaba en tomar represalias. Aquello de la política de garantía de buena fe le daba escalofríos.

—Algo he oído.

—Seguro que sí —Ebrey Zhang metió los dedos en una de las cartucheras de su cinturón y sacó lo que parecía un cordel de plástico

blanco.

—Vamos a seleccionar un millar de honrados y fieles ciudadanos de Memu Bay y les vamos a regalar un collar como este. Contiene un pequeño dispositivo de descarga de toxinas nerviosas. Es indoloro, después de todo tampoco somos salvajes, pero acaba con el insurrecto en sólo cinco segundos y huelga decir que no existe cura ni antídoto. Cada collar tiene un número distinto, por cada acto de violencia que se cometa contra Zantiu-Braun se seleccionará al azar uno de esos números. Se transmitirá a través de nuestro satélite. El dispositivo se activa y el insurrecto muere. Si se intenta manipular o retirar el collar, el dispositivo se activará. Además el dispositivo lleva incorporado un contador de veinticuatro horas que los satélites deben reiniciar cada día, también mediante la emisión de un código. Por lo tanto, si alguien cree que puede escapar ocultándose en el subsuelo o encerrándose en una cámara acorazada, la estrategia solo le servirá durante veinticuatro horas. ¿Alguna pregunta?

—Creo que ha sido bastante claro.

—Muy bien. Esperemos que funcione y que no se repita el asesinato de hoy. —No dejaba de frotar distraídamente el collar con los gruesos dedos de su Cuero.

Myles no podía apartar los ojos de aquel horrible objeto.

—¿Va a ponerme eso ahora?

—Por Dios Santo, claro que no, señor alcalde. ¿De qué nos serviría? Se supone que garantizan el buen comportamiento de los demás. Si sus contrincantes políticos vieran que le hemos puesto uno, imagino que se lanzarían a las calles y se pondrían a lapidar a mis hombres. Como ve, no quiero hacer de usted un mártir, señor alcalde, únicamente pretendo que mantenga su voluntad de colaboración y sumisión mediante acciones positivas. Permítame que le muestre cómo se consigue algo así. —Dio media vuelta a la silla giratoria y sonrió a Francine, que todavía estaba de pie en medio del pequeño jardín.

—¡No! —gritó Myles. Fue a levantarse de un salto pero la pesada manaza de un Cuero se había cerrado como una tenaza sobre su hombro. Le resultaba imposible moverse. Las lágrimas le empañaron la vista cuando la mano aumentó la presión; sentía como si se le fuera a partir la clavícula.

Ebrey Zhang la llamó con señas. Francine le miró con hosco desdén antes de dejar con cuidado a su hermana en el suelo y de susurrarle algo al

oído. Melanie salió corriendo del jardín y desapareció por una puerta que había al otro lado. Francine se puso derecha y entró en el estudio.

—Tengo un regalo para ti, cariño —dijo Ebrey Zhang. Abrió el collar.

—No me joda —gritó Myles—. Solo tiene quince años.

Francine sonrió con levedad y valentía a su padre.

—No pasa nada, papá. —Se arrodilló ante el Gobernador, que le puso el collar. Los extremos se fundieron y el cordel se contrajo hasta presionarle un poco la piel.

—Lo sé —dijo Ebrey Zhang en tono comprensivo—. Quieres matarme.

Francine cruzó corriendo el despacho y se refugió entre los brazos de Myles. Este se aferró a su hija y le acarició su melena castaña.

—Si le pasa algo, usted morirá —le dijo al Gobernador—. Y no será ni rápido ni indoloro.

Era uno de los hermosos bulevares amplios del centro de Memu Bay; las aceras estaban bordeadas de altos y robustos árboles cuyos mantos de hojas protegían a los peatones con su plácida sombra moteada. Karl Sheahan caminaba por en medio de las líneas de los tranvías con la esperanza de que algún estúpido civil se tropezara con él o que se burlara de él. Solo necesitaba una excusa legítima para reventarle los sesos a cualquiera de aquellos hijos de puta. Quería vengar a Nic sin importarle a qué precio.

Habían dejado a Amersy y al niñato montando guardia junto al cadáver para seguir con su plan de despliegue. Karl se había opuesto. Deberían quedarse todos; por respeto más que nada. Pero el puto sargento había insistido en que debían continuar. Por tanto se habían metido por las calles asignadas y se suponía que ahora Karl andaba buscando indicios de resistencia organizada.

Al menos la rabia le ayudaba a sobrellevar los nervios. En parte. Joder, aquella recua de comemierdas tenía pistolas que podían atravesar un Cuero como si nada. Eso era malo, muy malo. Significaba que serían vulnerables hasta que los de inteligencia destaparan el alijo. Aunque lo conseguirían. Debían encontrarlo. Tenía que creerlo. La División de Inteligencia daba por el culo, pero hacía las cosas bien. Hasta entonces debería caminar al descubierto y enseñando el culo para que se lo patearan. Malo. Malo. Malo.

No bajó la guardia en ningún momento y escaneó todo lo que se parecía mínimamente al cañón de un rifle. Llevaba en alto la pistola antidisturbios, para que se viera bien; hasta ahora parecía que estaba intimidando a la gente, como se suponía que debía hacer. Todo el mundo se había refugiado en el interior de los edificios y le miraban por las ventanas. Se oían algunos silbidos pero nada más. Las noticias sobre el tiroteo habían inundado el banco de datos de la ciudad. Entre eso y la lluvia de dardos, la gente no tardó en despejar las calles.

De repente salió un viejo de un callejón y se puso a agitar con violencia el bastón que llevaba. Se comportaba como si la calle le perteneciera. Karl siguió avanzando.

—Eh, oye, hijo —gritó el viejo.

—¿Qué?

El anciano se había detenido al borde de la acera.

—Ven aquí.

Karl rompió a proferir improperios para sí y se desvió para acercarse al hombre.

—¿Qué quiere?

—Es que estoy buscando a tu madre.

Los sensores de Karl se ajustaron para mirarlo más de cerca. El hombre tenía toda la piel surcada de arrugas como grietas. Quizá había pasado demasiados años expuesto al sol.

—¿Mi madre?

—Sí. ¿No chulea a tu hermana? Me gustaría saber cuánto cobra. Quiero joder bien a toda tu puta gentuza.

Karl apretó los puños. El SA del Cuero tuvo que modificar la presión sobre la empuñadura de la pistola para no desmigajarla.

—Regrese al manicomio, abuelo. —Siguió caminando. Putos parásitos coloniales. Nunca llegó a entender por qué Z-B no se limitaba a bañarlos a todos con gamma para pasar a controlar las fábricas ellos mismos.

El bastón hendió el aire silbando para impactar en la espalda de Karl. El armazón ni siquiera necesitó endurecerse para protegerlo.

—¡Me cago en la puta! Basta ya, gilipollas de mierda.

—Van a enterrarlo aquí, hijo.

Ahora el anciano utilizaba la afilada punta del palo para intentar romper los sensores del casco de Karl.

—¡Estese quieto ya! —Karl le dio un débil empujón.

El anciano casi se cae de espaldas pero en seguida recuperó el equilibrio y volvió a bastonear a Karl.

—No podrán llevarse a casa los cadáveres, pesan mucho y Z-B es demasiado rastrera. Tendrán que enterrarlo aquí a su amigo. Yo lo desenterraré cuando se larguen.

—Púdrase. —Karl hizo trizas el bastón.

—Nos mearemos en su boca y usaremos como trofeo lo que haya quedado de su cabeza. Nos reiremos de cómo murió, cagándose y retorciéndose de dolor.

—¡Hijo de puta! —Karl agarró al carcamal y alzó el puño para golpearlo. El vejestorio empezó a reírse entre dientes.

—¿Karl? —Preguntó Lawrence—. Karl, ¿qué ocurre?

¡Puto circuito de telemetría! Karl ya había perdido la cuenta de todas las veces que había deseado destrozarlo. Respiró hondo, con el puño todavía en alto.

—He atrapado a uno de los cabecillas, sargento. Sabe algo sobre la pistola que utilizaron.

—Karl, sólo es un fósil. Déjalo.

—¡Sabe algo!

—Karl. No te alteres. Es lo que pretenden.

—Sí, *sargento*. —Karl soltó al viejo y se dio cuenta de que todavía podía vengarse.

—Eh, carapolla, ahora tú eres mi trofeo. ¿Qué te parece, eh? —Abrió la cartuchera de su cinturón y sacó un collar de buena fe. El viejo desquiciado siguió riéndose de Karl mientras este le colocaba el collar, como si fuera el mayor tesoro que la vida pudiera ofrecerle.

Michelle Rake se había pasado toda la mañana sentada en la cama abrazada a sus rodillas. Aunque estaba vestida no se atrevía a salir del pequeño apartamento. Algunos de los otros estudiantes de la residencia habían salido a ver a los invasores desfilar por Durrell. Michelle sabía lo que aquello implicaba. Acabarían tirando piedras a las temibles tropas de la

Tierra, que les dispararían con aquellas espeluznantes balas inmovilizadoras y los capturarían para colocarles collares explosivos.

Así que decidió quedarse y acceder a los servicios de noticias del banco de datos. Así pudo ver bien los trasbordadores aterrizando en las afueras de la ciudad y vomitando millares de soldados equipados con Cueros que no tardaron en invadir las calles. Tenía razón. La gente había empezado a arrojarles piedras, botellas e incluso una especie de bomba incendiaria. Primero levantaron barricadas y después abrieron fuego. Las tropas siguieron avanzando como si en lugar de bolas de fuego sólo cayera lluvia. Nada conseguía impedir ni lentificar su avance.

También se probaron otras formas de resistencia. Las noticias informaron de que había explotado uno de los tanques de almacenamiento de hidrógeno del puerto espacial. Habían incendiado varios edificios civiles, de manera que la ciudad había quedado ensombrecida por varias espesas columnas de humo. El banco de datos estaba saturado y a veces su conexión se interrumpía durante varios minutos cuando en las sombras electrónicas de la ciudad se libraban extrañas batallas de software.

Un cuarto de hora después de la llegada de los trasbordadores, empezaron a caer del cielo pequeñas vainas repletas de equipamiento, destellando a medida que descendían refrenadas por unos paracaídas de color amarillo chillón. Todas se dirigían a los parques y praderas del oeste de Durrell. Las cámaras siguieron a algunas cuyos paracaídas se habían atascado y que caían en picado y originaban una nube de fragmentos de plástico y de metal al reventar contra la superficie.

Para empezar, Michelle había dejado una línea abierta para sus padres, que estaban en Colmore, un asentamiento a dos mil kilómetros hacia el sur. Podría ser cobarde por parte de ella, pero comprendían cuánto le asustaba la invasión. Aquel era su primer año en la universidad y no se le daba muy bien hacer amigos. Solo quería volver a casa, pero todos los vuelos comerciales se suspendieron medio día después de que se detectara que se aproximaban las naves. Se quedaría allí encerrada mientras durara la invasión.

Cada vez que le daba vueltas, se decía a sí misma que era adulta y que sabría sobrellevarlo. Al final siempre rompía a llorar. Durrell era la capital, aquí habría más invasores que en ninguna otra parte. Todo era más grande en Durrell, incluidos los problemas.

Una hora después del aterrizaje de los trasbordadores se cortó su vínculo con Colmore. No podía hacer nada para restablecerlo; el SA de administración del banco de datos seguía indicando que los vínculos vía satélite se habían caído. No explicaba ni cómo ni por qué.

Se abrazó las rodillas con más fuerza aún y se encogía al oír cualquier ruido del edificio. Su imaginación inundó las escaleras y pasillos de Cueros que sacaban a rastras a los estudiantes de sus habitaciones para colocarles los collares explosivos. Seguro que lo harían porque los universitarios siempre andan montando bronca, manifestándose y causando alboroto en las calles, y porque un campus es siempre un hervidero de revolucionarios.

Llamaron a la puerta. A Michelle casi se le sale el corazón por la boca. Volvieron a llamar. Miró a la puerta desde el otro extremo de la habitación. No tenía dónde esconderse, no había salida.

Reunió valor y se puso en pie. Llamaron otra vez. Los golpes no sonaban autoritarios ni impacientes. Odiándose a sí misma por ser tan cagona, cruzó la raída alfombra y desbloqueó la cerradura.

—Está abierto —susurró. Mientras la puerta se iba abriendo, Michelle temblaba como si le hubiera dado un ataque de hipotermia. Un hombre se quedó en la entrada mirándola con curiosidad. Estaba tan fuera de lugar que Michelle pensó que su febril imaginación le estaba provocando alucinaciones.

—¿Josep?

—Hola, nena.

—¡Oh, bendito sea Dios, eres tú! —Se abalanzó sobre él y le abrazó tan fuerte que casi lo asfixia. Pero... ¡Josep!

Se habían conocido el último verano, cuando ella estaba de vacaciones celebrando sus exámenes de acceso. Las primeras vacaciones que pasaba sola. Jamás se lo había pasado tan bien. Hasta entonces siempre se había reído del estúpido tópico de los romances veraniegos. Pero aquella vez fue distinto, se había enamorado de verdad. Por las noches se asustaba de la pasión por la que su cuerpo se dejaba llevar, de las cosas que se hacían el uno al otro en la cama de su hotel. Irse de Memu Bay le arrancó el corazón.

Sollozaba aferrada a Josep sin conseguir dejar de sollozar.

—Pensé que serías uno de ellos —balbució—. Creí que venían a llevarme.

—No, no. —Josep le acarició el pelo—. Soy yo.

—¿Cómo has llegado? ¿Por qué estás aquí? Oh, Josep, he tenido tanto miedo.

—Cogí el último vuelo que salía de Memu Bay. Ya te lo dije, quería venirme contigo y matricularme en la universidad de aquí. Acababa de decidir que dejaría la escuela de buceo cuando llegaron esos cabrones de Z-B.

—¿Has venido hasta aquí... por mí?

Josep envolvió entre sus manos las de Michelle para que dejaran de tiritar.

—Claro que sí. No podría olvidarte, nunca.

Michelle rompió a lloriquear de nuevo.

Josep le dio un suave beso en la frente y después otro en la mejilla. Para Michelle, cada roce de sus mejillas era una bendición. Estaba allí, su principesco Josep, con su marmóreo y excitante cuerpo. La desgracia que había invadido su mundo ya no podría seguir asustándola.

Steve Anders bajó con cuidado los escalones de hormigón que conducían al sótano del bar; los escalones estaban un poco afectados por la humedad de la costa, por lo que eran un poco traicioneros. Ni siquiera sabía que debajo del bar hubiera ninguna habitación, aunque lo cierto era que hacía mucho tiempo que no estaba en una de aquellas trampas turísticas del puerto deportivo. Tanteaba el camino con su bastón antes de dar cada paso. A su edad no podía permitirse romperse ningún hueso.

Aquello le hizo gracia. Era su edad lo que le había llevado hasta allí. Por Dios Santo, qué bien se sentía pudiendo colaborar en la lucha contra los puercos que asesinaron a su hijo la última vez que estuvieron aquí. Qué bien que servía para algo, que su edad era por fin una ventaja.

Era un almacén de bar corriente. Jaulas de botellas llenas y vacías apiladas j unto a las paredes. Una trampilla por la que pasaba un transportador para meter y sacar los barriles de cerveza. Sillas rotas, carteles publicitarios antiguos, cajas de picheles viejos, pantallas de sábanas rasgadas, enrolladas y apiladas tras una montaña de ornamentadas jarras de barro en las que todavía había plantas marchitas.

Al llegar a la puerta miró las lúgubres siluetas. El lugar estaba iluminado por solo un cono de luz pintado de verde.

—Hola, señor Anders.

Miró de soslayo a la chica que emergió de las sombras. Un bomboncito.

—Te conozco —dijo Steve—. Eres la maestra de la escuela.

—No conviene etiquetar a la gente —dijo Denise.

—Sí. Claro, por supuesto. Lo siento.

—Da igual. Te agradezco lo que has hecho. Fue muy valiente.

—Bah. —Con la mano libre empezó a frotar inconscientemente el collar de plástico de buena fe—. Conseguirlo fue un juego de niños. Además me lo pasé en grande tocándole los huevos al mierdecilla que me lo puso.

Denise sonrió y señaló a una silla. Steve asintió con brusquedad para ocultar los nervios y se sentó. Observó con interés cómo Denise sacaba una perla de escritorio estándar de su bandolera de lona. La unidad era un rectángulo de plástico negro, poco más grande que su mano, con el cristal en uno de los lados. Nada especial.

La sostuvo en una palma extendida, como si de un pájaro herido se tratara. Cerró los ojos y arrugó con levedad la frente.

Steve Anders deseó ser sesenta años más joven. Denise era una preciosidad. Algún pimpollo no debía de saber bien lo afortunado que era.

La perla de escritorio cambió de forma. El plástico rígido se convirtió en una medialuna de afiladas puntas.

—Qué raro —dijo Steve intentando parecer tranquilo. Hasta que se retiró fue técnico de células proteínicas. Nada especial, solo un administrador de tiempos de la refinería de alimentos de Memu Bay. Pero conocía el nivel tecnológico de Thallspring.

Denise pestañeó y abrió los ojos.

—Sí. ¿Estás preparado?

De repente Steve tuvo la corazonada de que sobreviviría a todo esto.

—Adelante.

Denise levantó el aparato y colocó sus puntas sobre el collar de buena fe. Steve intentó mirar hacia abajo.

—Está comunicando con sus sistemas —explicó Denise, comprendiendo el temor del anciano—. Mediante la resonancia podemos comprender sus funciones. Una vez superada esa fase, se abrirán a nosotros.

—Suena más a filosofía que a *hackeo*. —¿Se refería a duplicar el *software* o el *hardware*? En cualquier caso, nunca había oído hablar de un artilugio que funcionara como aquél. Le entusiasmaba tanto como le asustaba.

—Aquí está —anunció Denise rebosante de satisfacción.

Los cabos del collar se separaron. Denise lo retiró del cuello de Steve. Este resopló aliviado. Vio que de las puntas del artilugio de Denise había brotado una especie de maraña de raíces, fibras tan delgadas como un cabello humano que se hundían en el plástico del collar.

No, en Thallspring no podía encontrarse nada parecido.

—¿Ya está? —preguntó Steve.

—Ya está.

OceanofPDF.com

Capítulo 7

En cuanto los pilieres se embistieron con la cabeza se formó una colosal y trituradora melé que produjo un sordo estruendo. Todos los muchachos gruñían con los dientes apretados y boqueaban a la espera de que el medio de melé metiera la pelota.

Lawrence, desde su posición de flanker, apenas podía ver entre la maraña de piernas rebozadas en barro. La pelota no era más que un grumo negruzco cuando se coló por el estrecho hueco. Gritó cuando se unió a sus compañeros para empujar. Los talonadores pugnaban por hacerse con la pelota con el ansia de un martillo neumático.

Lawrence empezó a resbalar hacia atrás. Se suponía que los pilieres del equipo de Lairfold eran los jugadores de dieciocho años más fornidos que Lawrence había visto nunca. Los del Hillary Eyre estaban perdiendo casi todas las melés, lo que les estaba costando demasiados puntos.

Entonces Nigel, el talonador del Eyre, consiguió robar la pelota para su equipo. El ovoide siguió escurriéndose hasta llegar a la segunda fila. Cuando los de Lairfold se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo empezaron a hacer girar la melé. Rob sacó la pelota de la segunda fila y se la lanzó al ala del Eyre justo antes de desaparecer sepultado bajo el aplastante embate del medio de melé de Lairfold.

Después de que los corpulentos muchachos deshicieran la melé a base de empujones, empezaron a avanzar con pesadez hacia los alas que se escapaban con la pelota. Se la pasaron tres veces antes de que Alan la recogiera a pocos metros de la línea de medio campo. Pese a contarse entre los más menudos del equipo, la robustez de su complexión le

proporcionaba una fuerza impensable. Salió corriendo mucho más rápido de lo que los contrarios se esperaban. Los veinte jugadores que corrían tras él se vieron obligados a cambiar de dirección, lo que le concedió varios segundos extras antes de que uno de los flankers de Lairfold cayera sobre él. El brutal choque hizo que ambos muchachos salieran despedidos hacia atrás, con las piernas en jarra. Cuando la pelota salió volando como un cometa de la melé que se formó en el acto, Alan gritó «¡Corre, cabrón!» y Lawrence la atrapó sin necesidad de detenerse antes de seguir avanzando como una apisonadora hacia la línea de ensayo de Lairfold.

El griterío de la línea de banda se transformó en un bombardeo de chillidos, silbidos y vítores. Por el rabillo del ojo pudo ver los pompones escarlatas y turquesas agitarse al ritmo de la estridente cantinela de las animadoras del Eyre. No podía distinguir a Roselyn entre ellas. Entonces vio al zaguero de Lairfold abalanzándose hacia él, y el muy hijo de puta era más rápido. No conseguiría el ensayo. Por la otra banda del campo corría Vinnie Carlton para apoyar a Lawrence, asegurándose de no ponerse delante de él.

Dos segundos antes de que el zaguero lo placara, Lawrence se dio media vuelta y pasó el ovoide. El zaguero le atenazó las piernas con los brazos y le hizo estamparse contra la hierba empapada. La pelota describió un elevado arco sobre el campo girando con pesadez sobre sí misma. Todos se quedaron mirando su silencioso vuelo, incluso los hinchas de la banda olvidaron sus cantos por un momento. Vinnie siguió corriendo. Los de Lairfold se dieron cuenta de que se les iba a escapar. Los titánicos pilieres berrearon su furioso grito de guerra. Pero ya no le alcanzarían.

Vinnie recibió la pelota con elegancia, a diez pasos de la línea. Siguió corriendo al tiempo que gritaba con alegría con la pelota en alto, hasta meterse por fin entre los enormes postes de la portería y clavar el ovoide en la hierba.

El público rompió a gritar. Lawrence empezó a reírse como un esquizofrénico mientras se quitaba de encima al colérico zaguero. Las costillas y los hombros le dolían un huevo y el placaje le había dejado hecho polvo, pero todavía le quedaban fuerzas para aplaudir y gritar henchido de euforia. Los de Eyre se cerraron sobre Vinnie, que estaba abrazando a Lawrence.

—¡Pedazo de pase, tío!

—Mejor ensayo.

—Nos falta un punto —les recordó Alan, siempre dispuesto a aguar la fiesta.

Lawrence meneó la cabeza.

—Querrás decir que hemos remontado dos. No te preocupes. Richard lo conseguirá.

Regresaron a su campo mientras Richard abría un tajo en la hierba con el talón para colocar en él con cuidado la pelota en vertical. Los de Lairfold se alinearon entre la portería, de cara a él. Pero a Richard, el más preciado pateador del Eyre, aquel gol de tres puntos solo le costaría coger un poco de carrerilla dar un rápido puntapié. La pelota pasó con limpieza entre los gigantescos postes blancos.

Todavía quedaban tres minutos para el final del partido. Los del Eyre fueron muy tácticos. No perder terreno. Pasarla en cuanto te llegue. Retener la pelota en las melés.

El árbitro tocó el silbato. Ambos capitanes se mostraron sus respetos y se dieron la mano en medio del campo. Lawrence permaneció con sus compañeros de equipo, junto con los cuales dedicó tres efusivos hurras a sus oponentes mientras éstos abandonaban el campo.

Alan se burló con crueldad.

—Míralos. Panda de gilipollas. ¡Iros a casa a cortaros las venas!

Nigel le tapó la boca con la mano.

—Joder, tío, un poco de dignidad.

—Si soy muy digno. —Alan sonrió con satisfacción—. Solo me estoy divirtiendo un poco. Me encanta ver cómo a la gente arrogante se le bajan los humos.

—¡Eh, superestrella! —John pasó el brazo a Vinnie por los hombros y le revolvió el pelo hasta taparle los ojos—. ¡Vaya carrerón!

Vinnie sonrió con entusiasmo.

—No hubiera conseguido nada sin Lawrence.

—Hago lo que puedo —dijo Lawrence con toda la humildad que pudo.

—Claro —farfulló Alan—. Pero solo si Roselyn te deja.

Las animadoras se acercaban corriendo por el campo para felicitar a sus héroes. Llevaban minifaldas escarlatas y *tops* deportivos de color azul aciano.

—Esto es lo que yo llamo un buen recibimiento —dijo Alan. Su risa sonaba como un acceso de hipo. Extendió los brazos y corrió hacia ellas.

Todas le esquivaron.

Roselyn le atizó con un pompón y correteó para reunirse con Lawrence.

—¡Has ganado! —chilló al tiempo que le besaba.

—Ha sido un trabajo de equipo.

—No, no es verdad. Tu brillante pase ha sido decisivo. No me he perdido nada. Has estado magnífico. Dame un beso.

—Oh, no me jodáis —gruñó Alan. Echó a andar con pesadez hacia el vestuario.

Lawrence y Roselyn se rieron al verle marchar.

—Ergh... estás hecho un asco —se quejó Roselyn de repente. Los churretes de barro frío de la camiseta de Lawrence le habían empapado el *top*—. Ve a darte una ducha.

—Sí, señora.

—Y no tardes. Hace un frío que pela. —Se frotó los brazos y miró extrañada a los conductos de ventilación de la cúpula. Por norma, el instituto hacía descender la temperatura antes de los partidos de rugby y de fútbol para que los jugadores no se asfixiaran, pero esta vez parecía como si el aire del exterior hubiera burlado los filtros para campar a sus anchas por el interior.

—¿Vas a ir a la fiesta esta noche? —preguntó Nadia. Estaba apoyada contra Vinnie, al que rodeaba con actitud posesiva por la cintura como sin darse cuenta. Sin embargo, era a Lawrence a quien miraba con resolución.

—Sí, claro —respondió Lawrence con toda la neutralidad que pudo. Roselyn parecía tener una especie de don telepático cuando se trataba de adivinar lo que pensaba de otras chicas. No era que le interesaran las demás estudiantes, por supuesto. Lo gracioso era que durante años ni una sola chica del Hillary Eyre había mostrado el menor interés por él; pero ahora que salía con Roselyn había empezado a detectar ciertas señales. Y no solo las de Nadia, por cierto.

—Hasta luego —dijo Roselyn. Se dio media vuelta y se volvió a girar—. Un último besito.

Lawrence no se resistió a complacerla.

—¿Entonces ya la has dejado embarazada? —preguntó Alan en el vestuario.

—¿Cómo? ¿A quién? —Lawrence acababa de salir de la ducha, después de haberle robado el champú a alguno de sus compañeros. Ahora se estaba secando el pelo con una toalla junto a su taquilla.

—A Roselyn.

—¡No!

—¿Entonces a qué viene tanto fornicio? —dijo antes de perderse de nuevo en su entrecortada risa hiposa.

—Dios, eres un salido.

—¿Dios? Ah, claro, es que también te has convertido a la religión de Roselyn, ¿no?

—Vete a tomar por culo.

—Escuchad, —Alan levantó la voz para que pudieran oírle en todo el vestuario—, la semana pasada le propuse en tres ocasiones que saliera con nosotros a darnos un garbeo. Y las tres veces me respondió lo mismo, —puso voz gimoteante—, *no puedo, hemos quedado para estudiar*.

—Seguro —se carcajeó Nigel—. ¿Es que todavía no te sabes las partes que hay que utilizar?

—Que os den —les gritó Lawrence, intentando no sonreír demasiado. En cierto modo le otorgaban cierto prestigio, puesto que todo el mundo estaba convencido de que la relación que desde hacía tanto tiempo mantenía con su novia era fundamentalmente física.

—Lo que pasa es que se mueren de envidia —dijo Vinnie—. Son pollos sin pollas.

Lawrence le hizo una leve reverencia.

—Gracias. —Le agradaba aquel Vinnie Carlton. Solo hacía dieciocho meses que había llegado a Amethi, poco después de Roselyn y su familia, pero daba la sensación de que había crecido allí. Habían empezado a hacerse muy amigos al mismo tiempo que Lawrence reforzaba sus vínculos con sus compañeros de siempre. Vinnie no tenía ningún familiar en Templeton; su padre permanecía aún en la Tierra ultimando tratos en su empresa de *software* antes de marcharse a vivir para siempre a Amethi. Como Vinnie tenía diecisiete años cuando bajó de la nave la ley no podía imponerle un tutor. Vivía en su propio apartamento y alguna empresa lícita se encargaba tanto de administrar su dinero como de otras cuestiones

oficiales, como por ejemplo buscarle una plaza en un instituto. Al principio Lawrence le había tenido mucha envidia por lo del apartamento. Pero tenían un montón de cosas en común, iban juntos a varias clases, ambos se habían apuntado al club de vuelo (Vinnie decía que había pilotado una nave de verdad en la Tierra) y a los mismos juegos de equipo y además les encantaba jugar juntos a lo bestia con los juegos en vivo. Incluso se parecían físicamente, aunque Lawrence tenía el pelo un poco más claro y Vinnie tenía los ojos de color castaño oscuro en lugar de gris verdoso.

—Parecéis primos —les dijo Roselyn una vez.

Lawrence se rió y dijo «Estás loca». El caso es que un par de meses después de salir juntos por ahí, Lawrence le preguntó a Vinnie acerca de su familia. Fue entonces cuando descubrió que eran los Carlton los que habían traído *Halo Stars* a Amethi. Aquello convirtió a Vinnie en el árbol que ofrecía la mejor sombra, puesto que conseguía las actualizaciones antes que nadie. No era que Lawrence siguiera jugando con los juegos en vivo tanto como solía. Simplemente ahora ya no disponía de tanto tiempo libre.

—Alan, tenemos que encontrarte una novia antes de que se te fundan los sesos por sobrecarga hormonal —dijo Vinnie—. Cada día estás peor. Vas a venir esta noche, ¿no?

—Claro que voy a ir, como que la fiesta fue idea mía, ¿o ya no te acuerdas?

En aquel momento Lawrence se acordó de Roselyn y de Nadia hablando de que todos los chicos del equipo deberían salir después del partido, ya fuera para celebrarlo o para consolarse los unos a los otros. Decidió mantener la boca cerrada.

—Deberíamos llamar a algunas chicas más —dijo Richard.

El hecho de que Richard conociera a otras chicas también fue algo que Lawrence prefirió no comentar en aquel momento. Richard llevaba una eternidad saliendo en serio con Barbara. Si hablaba con alguna chica que no fuera ella, le caparía.

—No te preocupes por mí, terrícola —le dijo Alan con toda la chulería que pudo—. Conozco un sistema infalible para follar.

—¿Cuál? —preguntó Nigel resoplando. Se suponía que no debía creérselo mucho pero no podía evitar sentir cierta curiosidad.

Todo el vestuario se fue quedando en silencio como por arte de magia para no perderse nada de las fanfarronerías de Alan. Por supuesto, ninguno

de ellos necesitaba recurrir a ningún método, sin embargo el saber no ocupaba lugar.

—Muy sencillo —dijo Alan, encantado de tener tanto público—. Mi compañero, Steve, no sé si lo recordáis, ¿aquel tan inteligente que se fue a la universidad el año pasado? Vale. Bueno, pues jura y perjura que funciona; él siempre lo emplea. Vas a la fiesta y te das una vuelta hasta que encuentras a la que esté más buena. Entonces vas derecho a ella y le sueltas: «Eh, nena, ¿quieres follar conmigo»?

Todos los muchachos del equipo guardaron silencio durante unos segundos intentando asimilar la información.

—Joder.

—Éste es idiota.

—No se lo cree ni él.

Alguno de los incrédulos le tiró un zapato a la pierna. Alan gritó y se giró para ver quién había sido.

—¡Qué pasa, tenéis que creerme, no es ninguna tontería! —exclamó—. Steve dice que funciona. No hay sábado que no moje. En serio.

—Sí, claro —se burló John—. Y como la tía que esté más buena de la fiesta no tiene nada mejor que hacer que enrollarse con un enano infecto como tú, coge y te dice que sí.

—Bueno, pues puede ocurrir, sí —afirmó Alan—. Con un poco de suerte.

—Me parece que seguiré utilizando el viejo truco de emborracharla —murmuró Lawrence.

Los muchachos siguieron hablando y vistiéndose.

—Eh, escuchad —protestó Alan—. Es una cuestión de estadística. Matemáticas puras y duras. No puede fallar.

—Pero acabas de decir que cabe la posibilidad de que la supermodelo de turno te mande a la mierda —replicó Nigel.

—¿Y qué? Da igual. Vas a por la segunda que esté más buena y le preguntas lo mismo. Si te vuelven a decir que no, sigues cribando el ganado hasta que te encuentres con alguna que te diga que sí.

John le miró compadeciéndose de él.

—Alan, ninguna te va a responder que sí. No a una pregunta así.

—Que sí, que caen. Las chicas van a las fiestas con el mismo objetivo que nosotros. Lo que pasa es que no son lo bastante honradas para

reconocerlo.

—¿Y tú nos vas a hablar de honradez? —dijo Lawrence—. Que Dios se apiade de nosotros. Estamos perdidos.

—Imagínate una tía como tú, que admita sus deseos —insistió Alan.

—Lo que sí que les va es que las trates con educación y que te deshagas en halagos —dijo Richard.

—Puede que eso sea así con la mayoría en circunstancias normales, cierto. Pero en esta ocasión se trata de una fiesta, ¿no es así? Estarán borrachas y cuando la noche avance un poco todavía habrá muchas que no hayan ligado. Habrá por lo menos una que diga que sí. Os repito que es cuestión de estadística.

Vinnie había hundido la cabeza entre las manos, desesperado.

—Alan, —dijo—, ¿alguna vez te has planteado por qué todavía no tienes novia?

—Eh, que yo he salido con un montón de pollitas, ¿te enteras?

—¿Cuándo? —quiso saber Lawrence—. Dinos cuándo te ha servido de algo este sistema tuyo.

—Esta noche.

—Me lo imaginaba. Todo de boquilla.

—¡Hostias! ¡Que no! Es la puta verdad. Steve ya se ha tirado a medio campus. Es algo formidable. Lo que pasa es que hay que echarle huevos.

—Pues a ti te los van a poner de corbata antes de que los estrenes, me parece a mí —le espetó John con sequedad.

Alan se dio unos golpecitos en el pecho con el pulgar.

—Escucha, tío listo, yo soy el único de todos nosotros que va a mojar el churro esta noche. Mientras que vosotros, pobres cretinos, os acodaréis en la barra y acabaréis marchándoos solos a casa. Os aseguro que funciona.

La fiesta, al igual que cualquier otra fiesta, comenzó con muy buenas expectativas. A las siete y media los miembros del equipo de rugby y sus amigos ya estaban de camino al Hillier's, que se encontraba en una cúpula a la que todos podían ir andando. Era una espaciosa discoteca de toda la vida situada bajo una torre residencial, compuesta por tres secciones principales ovaladas dotadas de salón, pista de baile y bufé. En su día, el Hillier's había

sido el punto de encuentro de los miembros más jóvenes de las familias del Consejo. Un lugar donde las chicas se soltaban la melena y donde acechaban los tiburones. Pero los tiempos y las modas habían cambiado.

Ahora eran los jóvenes de las familias de los escalones inferiores quienes se reunían allí por las tardes. Creían, por supuesto, que era lo máximo, un auténtico club nocturno donde no te echaban para atrás en la entrada por muchos granos que tuvieras en la cara. El Hillier's ya no podía permitirse vivir únicamente de la clientela más selecta. Aquellos niñatos parecían nadar en celestiales piscinas de metálico.

El plan consistía en empezar picando algo para después pasar a beber y bailar un poco. Cuando Lawrence llegó, todos los muchachos estaban ya en el salón bebiendo antes de asaltar el bufé y saciar el hambre.

—Llegas tarde —le dijo Vinnie, que ya iba por su segunda cerveza.

—Hay novedades —dijo Lawrence con tono modesto. Pensaba que le iban a sermonear otra vez cuando llegó a casa después del partido. Su padre quería que se pasara por su despacho, adonde nunca era llamado con otro fin. Pero cuando entró vio a su padre sonriendo y tendiéndole una hoja.

—Supuse que te gustaría ver esto —le dijo con ilusión.

Lawrence cogió la copia impresa un tanto confuso y empezó a leerla. Era una admisión provisional en la universidad de Templeton, que le ofrecía una plaza para estudiar ciencias y estrategia directiva.

Doug le dio unas palmadas a su hijo en el hombro.

—Lo has conseguido, campeón. Enhorabuena. Ni siquiera ha hecho falta que tirase de ningún hilo.

Lawrence no apartó la vista de la hoja, entusiasmado y asustado al mismo tiempo por lo que implicaba. Todo el mundo quería ir a la universidad de Templeton, donde el ochenta por ciento de los candidatos era rechazado.

—Solo si saco buenas notas en los finales —le recordó Lawrence con cautela.

—Lawrence, Lawrence, ¿qué vamos a hacer contigo? Claro que las vas a sacar. Ambos lo sabemos. A juzgar por lo en serio que te has venido tomando los estudios durante estos dos últimos años, seguramente sacarás todo sobresalientes. —Le apretó los hombros—. Estoy orgulloso de ti. Orgulloso de verdad.

—Gracias, papá.

—¿Vais a salir a celebrarlo? He oído que habéis ganado el partido.

—Eh, sí, algunos hemos quedado para ir al Hillier's.

—Ese sitio sigue vivo, ¿eh? Ah, bien, me alegro por ti. Pero creo que te mereces algo mejor por tus notas. Te he reservado diez días en Orchy. Puedes ir a esquiar al Barclay. ¿Qué te parece?

—¡De puta madre! —De repente se desanimó un poco—. Er...

—Habitación doble —añadió Doug en tono comprensivo—. Por si quieres ir acompañado.

Lawrence echó un vistazo por todo el salón del Hillier's.

—¿Dónde está Roselyn?

—Todavía no la he visto. —Nigel hizo una señal a la camarera para que les pusiera un par de cervezas. La chica, que debía de tener unos veinticinco años, se mostraba inmune a sus esperanzadas miradas de joven galán.

—Oh. —Lawrence continuó mirando alrededor—. ¿Y Alan?

—¿Tengo cara de ser tu informador personal? Anda por ahí, tonteando con una chica.

—¿Cómo? —Lawrence miró boquiabierto a Nigel—. ¿Quieres decir que su sistema funciona?

—Y tanto, es la hostia —exclamó Nigel. La camarera frunció el ceño al oír la palabrota y dejó las cervezas delante de él sin decir nada. Nigel le guiñó un ojo a Lawrence cuando la chica se dio la vuelta y dijo:—. Gracias.

—Eres peor que Alan. Una chica como esa y tú es una ecuación imposible.

—Quizá si dejo una buena propina...

—Deja de soñar. —Lawrence cogió su vaso y echó un trago. La cerveza estaba tan fría que era imposible sacarle ningún sabor—. ¿Entonces cómo le ha ido a Alan?

—Un guantazo, dos copas en la cara y varios vete a tomar por culo —resumió Vinnie con jocosidad—. Estamos pensando en escribir entre todos un libro que reúna todas las formas de mandarlo a la mierda.

—Avisadme dentro de cinco años cuando me toque escribir mi parte. —Lawrence acababa de ver a Roselyn en el salón y le hizo señas. Llevaba un vestido verde que tenía una considerable abertura ovalada en la parte delantera para enseñar el ombligo. Se pusiera lo que se pusiera, siempre causaba sensación. Tenía el don del *glamour*. Pero, como de costumbre, la hermosura de su novia volvió a recordarle a Lawrence lo mal vestido que iba él. Le preocupó que su chaqueta de reflejos de bronce no hiciera el menor juego con el vestido de Roselyn.

Roselyn se acercó a la barra al mismo tiempo que apareció Alan tambaleándose por el otro lado. Llevaba una larga cola de papel higiénico rosa enganchada a la parte de atrás del pantalón. La mitad del salón se había quedado pasmada mirando cómo arrastraba por el suelo su endeble rabo.

—Me cago en mis huevos —se quejó Alan—. Son duras de roer.

—¿Quiénes? —preguntó Roselyn.

—Todas estas pájaras. —Alan lanzó una mirada acusadora a todos sus amigos—. ¿No las habréis avisado?

Nigel se inclinó sin poder disimular su divertida consternación y le quitó la cola de papel higiénico.

—No ha hecho falta.

—¿Qué haces? —Alan se sorprendió al ver la cola que le acababan de quitar—. Ah, gracias. Ha debido quedárseme enganchado en la raja. Pago yo. —Chasqueó los dedos para que le oyera la camarera—. Muñeca, haznos un poco de caso.

—Tengo un notición —le dijo Lawrence a Roselyn.

Roselyn sonrió.

—Yo también.

—Tú primero.

—No, tú.

Se rieron.

—Las damas primero —dijo Lawrence.

—Voy a potar —farfulló Alan.

—De acuerdo. —Roselyn tanteó dentro de su bolso y sacó un chip de memoria—. He llegado tarde porque me he parado a descargar esto del SA de comunicación de la *Eilean*, que acaba de entrar en órbita. Judith me ha enviado otra serie.

Lawrence la miró maravillado. Cogió el chip con un cuidado religioso.

—¿La sexta temporada? —preguntó.

—Ahá —Cogió la margarita que le tendió John y lamió con levedad la sal del borde—. La última.

—De puta madre. El último episodio. Me pregunto si regresan a casa.

Roselyn alzó una ceja con aire coqueto.

—Sólo hay una manera de averiguarlo. Ah, también he añadido contenidos del club de fans. Media docena de juegos en vivo basados en la serie, creo, además de un montón de complementos gráficos.

—Fantástico.

—La hostia puta —dijo Alan sonriendo a Roselyn—. Parece una de esas cosas que hace ese superdios tuyo. ¿Cómo era? Ah, sí, que reaparece o algo así.

—El Segundo Advenimiento del Cristo. Una era de revelación para todo el universo.

—Sí, eso mismo. —Alan levantó su cerveza—. A la salud de Lawrence, que por fin va a descubrir qué le sucedió a un hatajo de actoruchos antes de pedir que les subieran el sueldo para rodar la séptima temporada.

—Tiene un muy buen argumento —replicó Lawrence. Se dio cuenta demasiado tarde del fatídico error que significaba dejar que Alan notara que te importaba algo.

—¡Vaya! De modo que yo estaba en lo cierto, ¡es una revelación! Por favor, Lawrence, haznos un gran favor a todos y espabila un poco.

—¿Alan? —preguntó Roselyn en un tono teñido de curiosidad—. ¿Conoces a aquella chica?

—¿A cuál?

—Aquella, la del top azul.

—¿Aquella? —Alan levantó el vaso derramando la bebida en la dirección en que se encontraba la chica y volvió a desatar su repugnante risa entrecortada—. ¡La leche! Ya la veo, la de los dos melones intentando reventar la saca azul.

Roselyn se esforzó por mantener la serenidad.

—Sí, esa misma.

—Nunca la había visto, mi reina. Me acordaría fijo. —Dio el último trago a su cerveza y soltó un eructo. Por fortuna había pedido de sobra, de manera que en cuanto posó el vaso vacío en la barra cogió otro lleno.

Lawrence miró a Vinnie sin que Alan le viera, le hizo una mueca de desesperación y le dijo en voz baja:

—¿Desde cuándo lleva así?

Vinnie se encogió de hombros con impotencia.

—No te quita ojo de encima —le aseguró Roselyn a Alan.

—¡Y una mierda! ¿En serio? —Rompió a hipar de nuevo y agarró a Richard del pecho—. Os lo dije. Pura estadística. —Se puso firme y se acercó a la chica. Por un momento la expresión de la joven se ensombreció de pánico al verle aproximarse.

—Recuérdame que nunca te moleste —le dijo Nigel a Roselyn.

Lawrence no dejaba de hacer muecas mientras miraba cómo Alan hablaba con la chica.

—No sé si debo seguir mirando. Me va a doler verlo.

—Bueno, ¿entonces qué era lo que querías decirme tú? —le preguntó Roselyn.

—Ah, sí. —Lawrence volvió a animarse. Se guardó el chip de memoria en el bolsillo—. Hoy he recibido una carta de la universidad de Templeton.

Roselyn se quedó admirada mientras Lawrence le hablaba sobre la admisión preliminar y la escapada a esquiar.

—Sabía que lo conseguirías, Lawrence —le susurró con dulzura—. Bien hecho. —Le dio un beso justo debajo de la oreja.

—¿Y tu madre? —le preguntó con aprensión—. ¿Crees que te dejará ir a Orchy conmigo?

—Tú déjamela a mí.

Lawrence la rodeó con los brazos y la apretó por la cintura.

—Eso suena muy bien. —Se besaron. Lawrence paladeó la sal de la margarita en los labios de Roselyn.

—Er, chicos, creo que deberíamos ir a ver —dijo Vinnie.

Alan estaba tan obsesionado por soltarle una obscenidad detrás de otra a la chica del top azul que no se había dado cuenta de que tenía a su novio justo detrás de él.

—No servirá de nada —dijo John meneando la cabeza—. Fijaos, ¡es enorme!

—Mientras más grandes son, desde más alto caen —sentenció Rob, que ya estaba casi tan borracho como Alan.

—Mientras caiga sobre ti... —dijo Nigel.

—Es nuestro amigo —dijo Lawrence. Por algún motivo, aquello no le sonó muy convincente a nadie. Además, el novio de la chica también contaba con un par de amigos.

—Avisad a los del bar —les apremió Roselyn—. Los porteros impedirán que se peleen.

—Demasiado tarde —anunció Vinnie.

Alan acababa de darse cuenta de que el novio estaba allí mismo.

Siguieron mirando boquiabiertos cómo su amigo recurría al infalible truco de contar el chiste del loro y la azafata para escapar de las situaciones comprometidas.

—...entonces se cierra la compuerta y mientras van haciendo eses por el espacio coge el tío y le dice al loro «Pues para no llevar traje espacial tiene muchas agallas». Tras soltar la gracia final, Alan empezó a desternillarse como un demente.

Por desgracia para él, el novio de la chica no compartía su sentido del humor.

Por fin, a las tres y media de la mañana, Lawrence llegó a casa, después de que su padre y el abogado de la familia pagaran la fianza para llevárselo de la comisaría.

Tras la fase de las tormentas de nieve, el turbulento clima de Amethi estaba experimentando un nuevo cambio. Durante los últimos años, billones de toneladas de agua se habían desprendido del Glaciar de Barclay debido a la aceleración del deshielo. El efecto que ello ejercía en la presión y densidad atmosféricas era leve, aunque eficaz. Los estratos gaseosos del planeta, más espesos y pesados, retenían ahora más calor que nunca. La temperatura general había aumentado un par de grados. En las regiones del planeta más alejadas del glaciar, la nieve estaba dando paso a la lluvia. A veces los claros que se formaban en las nubes de los cielos de Templeton tardaban semanas en cerrarse mientras los vientos iban ganando fuerza poco a poco.

Mucha gente pensaba que todo aquello era un mal presagio y sospechaba que el Despertar levantaría huracanes que arrancarían las cúpulas de cuajo.

Los informes oficiales indicaban que el aumento de la velocidad del viento era una consecuencia natural e inevitable de provocar una climatología normal. Podría ser que durante el proceso se registraran algunos picos en los gráficos, pero al final todo volvería a la normalidad.

Por increíble que pareciera, el hecho de que los cielos se hubieran despejado implicaba que los reactores de pasajeros retomarían sus vuelos comerciales tras el parón casi absoluto de los últimos años. Lawrence y Roselyn cogieron el avión que salía de Templeton por la mañana y que tardaría quince horas en llegar a Oxendale. Algún día Oxendale se convertiría en la capital de una cadena de islas perdidas en el océano. Por el momento, se levantaba en la aplanada cima de una gigantesca montaña, la más grande de una sierra que se alzaba sobre un denso cenagal de aguas saladas.

En aquel hemisferio del planeta, que quedaba de cara a Nizana, el glaciar seguía imponiendo su ley. El aire era mucho más frío y las nubes seguían esparciendo su nieve en su huida hacia los cálidos trópicos. El reactor en que viajaban Lawrence y Roselyn aterrizó en una pista cubierta de un blanco hielo en polvo. No consiguieron verla hasta solo unos segundos antes de entrar en contacto con ella. Durante la última hora no habían podido ver más allá de la ventanilla debido a la espesa niebla. Dado que Oxendale se encontraba a un kilómetro de altitud sobre la marisma, lo normal era que estuviera rodeada de nubes.

Esperaron durante una media hora en el vestíbulo del aeropuerto a que les llegara el equipaje, tras lo cual subieron a un avión *Más Lento que la Luz* de treinta plazas, diseñado para soportar el clima ártico. Todavía deberían volar dos horas más para llegar a Orchy. Cuarenta minutos después de despegar dejaron atrás el grueso del banco de nubes y pudieron ver el Glaciar de Barclay a lo lejos.

A Amethi solo le quedaba recorrer un cuarto de su órbita para situarse en conjunción superior con el sol, de modo que éste incidía casi de pleno sobre la franja de acantilados del glaciar. Sus rayos separaban la tierra del cielo mediante un resplandor plateado que se extendía de norte a sur, como si en el paisaje se hubiera abierto una brecha para permitir el paso a otro sol más cercano que aguardara detrás del planeta. Lawrence tuvo que ponerse las gafas de sol para poder observar el fenómeno directamente. Era un escenario monocromo. La superficie del glaciar era de un blanco inmaculado sobre el que las nubes no parecían atreverse a derramar su

sombra. No se distinguían las formas, al menos desde lejos. Como mucho, se podían adivinar las ondulaciones del hielo, cuyas largas y suaves curvas se extendían hasta los límites. En lo alto, el cielo resplandecía con un asombroso lustre azul metálico. La imponente media luna ocre de Nizana parecía un elemento ajeno al sistema y su oscuridad no transmitía muy buenas vibraciones. Todo el cielo estaba cubierto de nubes deshilachadas que daban vueltas y que relucían casi tanto como el propio glaciar. Todas se alejaban en la misma dirección, huyendo de la plataforma de hielo para perderse tras el horizonte oceánico.

Cuando Lawrence miró hacia abajo no pudo ver más que dunas de liso barro rojizo, cuyas crestas estaban pintadas de blanco. En los claros que se formaban entre las dunas había destellantes charcas de agua turbia que formaban un infinito plexo de riachuelos entrelazados. Cada pocos kilómetros aparecía un río profundo que atravesaba la llanura de barro. Sus sucias aguas fluían con rapidez y a su paso por las hondonadas iban depositando colosales cantidades de lodo. De repente salían a flote bloques de hielo que enseguida volvían a hundirse y chocaban unos contra otros con tanta violencia que cada impacto despedía una lluvia de astillas de hielo, cuando no se partían por la mitad.

A pesar de la frenética actividad de las aguas, el paisaje entristeció a Lawrence. Siempre había pensado que el desierto de la tundra que se extendían más allá de Templeton era estéril, pero es que lo que estaba viendo era la desolación absoluta. Nada indicaba que las algas de terraformación hubieran conseguido sobrevivir. No se veían los serpenteantes rastros que dejaban a su paso los organismos de vida lenta durante su proceso de impregnación del barro con esporas y bacterias. Aquella era una región inerte, atascada en una etapa geológica primitiva, donde los maquiavélicos tentáculos de la vida no se atrevían a adentrarse. Le hacía sentirse diminuto, insignificante.

Un rato después, el pequeño avión giró y se encaminó derecho hacia el glaciar. Gran parte del borde seguía conformando un auténtico precipicio, pero había zonas donde el hielo se había desgajado dando lugar a lenguas que se adentraban varios kilómetros en el barro. La superficie del glaciar estaba bisecada por profundas fisuras que drenaban los ríos del interior. Algunos de aquellos cañones fracturados tenían alrededor de un kilómetro de profundidad y seguían expandiéndose a medida que el agua les iba carcomiendo la base, pero al final siempre seguían elevándose sobre la

superficie del océano. El borde del Glaciar de Barclay era el escenario de la cadena de cataratas más espectacular de todos los mundos conocidos. Alrededor de un millar de ríos de longitud prodigiosa acudían a morir de repente a varios centenares de metros sobre el suelo, de manera que cuando se estrellaban contra este sus aguas formaban monumentales arcos que atronaban entre los mortíferos cráteres que habían ido abriendo con su propio e imparable torrente.

La ciudad de Orchy estaba situada al borde de una de tales fisuras, la Falla de Coniston, un vasto barranco dentado que se extendía unos mil kilómetros hacia el este. En algunas zonas alcanzaba los tres kilómetros de anchura y sus escarpados y angulosos bordes semejaban los valles alpinos de Francia y Suiza. En la actualidad Orchy se encontraba en lo alto de una amplia sección curva, con el revuelto río corriendo por el fondo de la fisura, a seiscientos metros por debajo. La curva hacía que el agua incidiera constantemente contra las paredes de hielo, erosión que provocaba demoledoras avalanchas a ambas orillas. Una vez que la nieve corrida se asentaba, se convertía en una estupenda ladera donde practicar el esquí, pero la corriente de agua que la creaba siempre acababa desgastándola, por lo que la orografía del valle volvía a cambiar una vez más. El perfil de la Falla de Coniston era diferente en cada una de sus regiones, de manera que en ocasiones era distinto de un mes para otro, por lo que lo único que permanecía invariable era el constante derrame de las cataratas. Hasta los afluentes huían de la zona cada vez que se producía algún repentino y violento cambio en el terreno para ir a enlazarse con otros ríos.

Orchy se desplazaba para adaptarse a los caprichos del hielo. En realidad era una ciudad móvil, construida a base de módulos rectangulares prefabricados que podían transportarse en grandes camiones. Cada vez que la ladera en que se encontraba empezaba a decaer o desaparecía a causa de un temblor, desbloqueaban los seguros de los plateados módulos y los llevaban por lo alto de la Falla hasta la región habitable más cercana.

El avión MLL extendió los patines que llevaba por tren de aterrizaje y se deslizó por una lisa pista de hielo demarcada por destellantes balizas. Los motores aullaron cuando el piloto de SA aminoró la velocidad y detuvo el vehículo en medio de una microventisca. Un autobús los llevó a la ciudad y los dejó frente al Hotel Hepatcia. Era idéntico al resto de agrupaciones de módulos metálicos que componían la ciudad. Estaban dispuestos en forma de esquena de pez y colocados sobre unas patas que dejaban un hueco de

setenta centímetros entre el suelo del módulo y el hielo. La recepción se encontraba en un extremo de la espina, mientras que el bar, el salón y el comedor estaban en el otro. El interior era elegante, sin llegar a resultar ostentoso. A Lawrence le recordaba al mobiliario del avión.

Su habitación se componía de tres módulos, siendo uno el dormitorio, otro un reducido cuarto de baño y otro lo que el botones se empeñaba en llamar habitación de la veranda. En realidad no era más que un hueco donde habían colocado unas tumbonas y una amplia ventana de tres cristales que abarcaba desde el suelo hasta el techo con vistas a la Falla de Coniston.

—¿Qué pensaría el viejo Barclay de todo esto? —se preguntó Lawrence en voz baja. El cielo estaba cubierto de densas nubes que parecían hervir, si bien eran de un blanco sin mácula que resplandecía bajo la luz del sol. El hielo y la nieve parecían brillar con luz propia, por lo que se hacía difícil determinar dónde estaba el horizonte. Orchy se hallaba en medio de su pequeño universo reluciente. Con sus nuevas gafas de sol, Lawrence podía vislumbrar pequeños puntos negros deslizándose por las pendientes que quedaban debajo del hotel.

—Creo que se quedaría impresionado —dijo Roselyn; le volvieron a salir los hoyuelos cuando miró por la ventana—. Por lo menos yo estoy fascinada.

Lawrence miró por toda la habitación.

—No es ni de lejos lo mismo que Ulphgarth.

—Ya nos arreglaremos. —Le tendió un pequeño joyero.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo.

El estuche guardaba un fino collar de plata que llevaba enganchado un pendiente holográfico. Cuando Lawrence lo levantó apareció una Roselyn en miniatura vestida con un traje azul que le sonreía desde el interior del plástico.

—Para que nunca estés solo —dijo con repentina timidez.

—Gracias. —Se pasó la cadena por el cuello y enganchó el cierre—. No me lo quitaré nunca.

Roselyn le giró la cabeza para que la mirara y se besaron apasionadamente. Lawrence comenzó a tirar de la blusa de Roselyn.

—Espera —susurró Roselyn—. Solo tardaré un minuto.

Lawrence se esforzó para que no se notara lo frustrado que se sintió cuando Roselyn cogió su bolso para ir a encerrarse al cuarto de baño.

—Tú también podrías ir preparándote —le sugirió Roselyn mientras cerraba la puerta—. Y recuerda, me gusta que las luces estén bajas.

Cuando la puerta se cerró del todo, Lawrence se quedó mirándola unos segundos y después fue corriendo hacia la puerta de la entrada para bloquearla. Luego se dirigió al ventanal de la veranda y lo opacó. Retiró el equipaje de mano de encima de la cama. Echó al suelo la colcha. Se revolvió para quitarse los pantalones y empezó a dar saltos sobre una pierna cuando se le quedó atrapado un pie. Una de las mangas de la camisa se le trabó al intentar sacársela por la cabeza. Programó el panel de comunicación para que no les pasara ninguna llamada. Se tiró de pleno sobre la cama y soltó un contenido grito de júbilo cuando sintió el colchón ondular bajo su espalda. Ahuecó las almohadas y se arrellanó entre ellas, con las manos tras la cabeza y sonriendo con zafiedad al techo.

¡Diez días!

Roselyn salió del baño. Se había puesto un salto de cama de seda blanca que no debía de pesar más diez gramos. Lawrence nunca había temido la sexualidad de Roselyn tanto como aquella vez.

—Estás magnífica —susurró.

Roselyn se sentó en el borde de la cama. Cuando Lawrence se incorporó para abrazarla, Roselyn le detuvo con un dedo y meneó la cabeza con levedad. Lawrence hubo de reprimirse de nuevo, sin saber con seguridad hasta cuándo sería capaz de controlarse.

—Me hacía mucha ilusión gustarte —le dijo con voz queda.

—Vaya un cretino sería si no me gustaras. —Lawrence se apaciguó al ver que su novia se había entristecido un poco.

Roselyn estiró el brazo para tocar el colgante y después empezó a deslizar la yema del índice por los marcados pectorales de Lawrence.

—Me lo he puesto porque quería agradarte. Quería que supieras lo mucho que esta noche significa para mí.

—Para mí también es muy importante.

—¿De verdad, Lawrence? —Le acarició el abdomen con la palma de la mano.

El erotismo de aquélla caricia era una tortura de indecente belleza. Estuvo a punto de llorar. No podía sino respirar entrecortadamente mientras

los ojos grises de Roselyn recorrían su rostro y desentrañaban todo lo que sentía. Nunca se había sentido tan desnudo.

—Vamos a pasar la noche juntos —dijo Roselyn—. ¿Tú sabes lo que es eso?

—Por supuesto.

—¿Sí? Bueno, te lo explicaré de todas maneras. Significa que podemos practicar sexo hasta que nuestros cuerpos no aguanten más. Que no habrá nada de lo que preocuparse; nada de horarios, nada de tener que irse a casa, nada de tener cuidado por si entra alguien. Solo tú, yo y todo el placer que podamos darnos. Y después, cuando hayamos acabado el uno con el otro, dormiremos abrazados. Nunca antes hemos podido hacerlo, Lawrence. Para mí será el momento más delicioso, porque me dormiré sabiendo que voy a despertarme contigo a mi lado. No te imaginas cuánto tiempo llevo esperándolo.

A pesar de la penumbra en que se encontraba la habitación, Lawrence podía ver la ilusión y la esperanza asomándose al rostro de Roselyn.

—Yo lo deseo tanto como tú —dijo—. Ojalá me lo hubieras dicho antes. Nos las habríamos apañado para solucionarlo.

—¿De verdad? ¿Hubieras hecho eso por mí?

—Claro.

—Te quiero, Lawrence. —Se le ensombreció un poco la mirada—. Ahora lo sabes todo sobre mí, todo lo que soy, por ridículo que suene. —Levantó las piernas y se colocó a horcajadas sobre la cadera de Lawrence.

—Tú no eres ridícula —le dijo de corazón.

La sonrisa que floreció en el rostro de Roselyn desprendía picardía y complicidad. Volvió a pasarle los dedos por el pecho.

—Ahora sí que estás en forma —susurró—. Es indecente.

—Tú eres quien quería verme así.

—Así es. Y soy una chica muy agradecida. —Arqueó la espalda y después, poco a poco, burlonamente, empezó a desatarse los lazos que anudaban la parte delantera de su salto de cama.

Se perdieron la primera clase de esquí, dado que no salieron de la habitación en todo el primer día. No importaba demasiado. Amethi no se

sumiría en la penumbra de Nizana hasta pasadas sesenta horas. Durante todo ese tiempo seguiría siendo de día.

Después de que por fin salieran de la cama para desayunar, Lawrence llamó a la escuela y solicitó una nueva clase. El recepcionista de SA les informó de que hasta dentro de cinco horas no habría puestos libres.

Dieron un paseo por la ciudad y se asomaron a todos los bares y cafés. Las aceras eran pasarelas de planchas de aluminio que corrían entre los edificios y que se sostenían sobre el mismo tipo de patas. A Lawrence le encantó. Era la primera ciudad abierta que visitaba; la sensación de libertad era vigorizadora. La temperatura oscilaba entre quince y veinte grados bajo cero. No era algo que le preocupara mucho; ambos llevaban puesto sus nuevos y flamantes trajes de esquí, hechos de una sola y colorida pieza de cierres térmicos cuya conductividad se regulaba mediante un termostato integrado que les permitía establecer la temperatura a la que desearan estar. Las capuchas eran ajustables y tenían aletas con las que podían cubrirse el rostro. Eran imprescindibles para evitar que el viento les cortara la piel a la hora de esquiar, pero para pasear por la ciudad la mayoría de la gente se las dejaba desabrochadas.

—Casi se puede sentir el hielo chupándote el calor del cuerpo —exclamó Lawrence. Estaba apoyado en la barandilla de una pasarela mirando la actividad de la calle mayor de Orchy. Autobuses y motos de nieve que iban y venían en un constante transporte de turistas del hotel a las pistas y viceversa.

—Es bueno saberlo —dijo Roselyn. Llevaba las solapas de la capucha bien apretadas, de manera que solo se le veían las gafas de esquí. Aun así, se encorvó un poco hacia delante, como para vencer el frío.

Lawrence se rió y siguió caminando. Se detuvieron frente a un par de tiendas. La única diferencia que encontraron entre ellas consistía en el nombre de los propietarios. Ambas eran franquicias de la compañía que administraba Orchy. En todas se vendían los mismos equipos de esquí; todavía no abundaban los fabricantes por Amethi.

—Una oportunidad de negocio —observó Roselyn. Se rió de Lawrence, que se estaba probando otra capucha; tenía un horrible diseño de rayas rosas y naranjas—. Dos oportunidades de negocio —se corrigió.

—Quiero ser bien visible en las laderas —explicó en defensa de su dignidad.

—¿Y que piensen qué?

Siguieron andando. Llegaron a la conclusión de que el principal problema de una ciudad construida a base de módulos era que no podías saber de qué eran las tiendas a menos que entraras en ellas. Los nombres que brillaban encima de las puertas no parecían muy significativos. Acceder al banco de datos para solicitar un directorio era una locura, aparte de demasiado funcional. Orchy no estaba preparada para ello, carecía de la personalidad necesaria; estaba pensada con la única finalidad de albergar y alimentar a sus habitantes durante el tiempo que éstos permanecieran allí de vacaciones.

Al final encontraron una cafetería más o menos acogedora, La cumbre del arroyo, compuesta por cuatro módulos de paredes de cristal encadenados. Estaba situada todo lo cerca que podía estar del borde de la fisura sin que peligrara su integridad. Lawrence y Roselyn se sentaron enseguida en una de las mesas que había junto a las ventanas y pidieron chocolate caliente y un par de bollos de hojaldre.

Lawrence empezó a dar sorbos a su taza al tiempo que contemplaba el cielo con una especie de admiración meditabunda. Nunca había visto Nizana así, con sus propios ojos. Ahora colgaba justo sobre sus cabezas. Parecía un círculo titánico atravesado por un millar de tiras de nubes compactadas, líneas perfectamente definidas de bandas de color óxido y blanco plomizo que se iban deshilachando unas a otras a medida que llevaban a cabo su danza espiral. Centenares de tormentas de ciclones fugitivos del tamaño de pequeños satélites correteaban sin cesar entre los estratos superiores. Distorsionaban el perfecto orden de las tiras, como si fueran jinetes del caos que no dejaran de revolver los colores predominantes con colosales columnas de extraños compuestos químicos procedentes de las insondables profundidades para convertirlos en sombras de apariencia extravagante. Sus ojos despedían descargas eléctricas demasiado potentes para considerarlas simples relámpagos; más bien se trataba de auténticos continentes de electrones que nacían y se extinguían en cuestión de microsegundos. Sus efímeros destellos garantizaban que la zona nocturna de Nizana no se quedara nunca a oscuras; una fosforescente aura de color verde jade se retorcía permanentemente entre los límites de la ionosfera, mientras las descargas en sí iluminaban las deshilachadas láminas de nubes que se extendían a lo largo de miles de kilómetros.

—Qué rápido van —dijo Roselyn mirando a los esquiadores que bajaban por la nieve—. ¿Crees que aprenderemos a esquiar tan rápido en tan poco tiempo?

—¿Eh? —Lawrence volvió en sí y miró a Roselyn—. Esa no es la pregunta. Llevas esquís de aleación pulida sujetos a los pies y estás en la cima de una montaña de hielo. La cuestión es aprender a descender despacio.

Roselyn dejó de echarse terrones de azúcar en el chocolate y le tiró uno a él.

—Tonto. Ya me entiendes.

—Claro. No creo que sea tan difícil, al menos en las pistas de principiantes. Tengo entendido que en una semana se puede alcanzar un nivel medio.

—Me da un poco de miedo pero seguro que me va a gustar. —Miró cómo un grupo de esquiadores alcanzaba el pie de la pendiente principal, todos ellos dando una elegante curva y levantando una cortina de nieve para frenar. El teleférico se los llevó de regreso a la cima. Al otro lado de la fisura se veían unas finas grietas que descendían hasta las profundidades del precipicio de hielo y que se entrecruzaban unas con otras y se revolvían dando lugar a dibujos de geometrías imposibles. La luz del sol se colaba en ellas y al refractarse originaba gloriosos iris destellantes que permanecían encerrados bajo la superficie translúcida.

Roselyn suspiró con satisfacción.

—Soy tan feliz. Estoy contigo y he recuperado mi vida. Qué gracia, jamás pensé que encontraría la felicidad marchándome de la Tierra. ¿Sabes qué es lo único que echo de menos?

—¿El qué?

—Los barcos. —Arqueó el brazo con extravagancia—. Me explico, la industria del entretenimiento de Amethi todavía anda en pañales. Tenemos esto y todas esas cúpulas hoteleras perdidas en medio de ninguna parte y luego ese ridículo rally de cinco ciudades que se celebrará el año que viene. Pero no hay barcos.

—Es cuestión de tiempo. Los océanos se están llenando y en el interior de los continentes se pueden encontrar lagos.

—¡Ja! Este glaciar tardará otros mil años en derretirse. Así que no veré ninguno hasta que me muera o hasta que sea tan vieja que ya me dará igual.

Es una pena. Me hubiera encantado asomarme a la proa, oír el ruido de las velas y sentir el viento en mi cara.

—¿Cuándo has navegado?

—Dublín tiene puerto, por fortuna. Aunque allí acuden sobre todo barcos de mercancías procedentes de Inglaterra y de Europa. Pero en la costa hay clubes marítimos. Sé llevar un bote. En windsurf alcancé un nivel muy alto. —Perdió su gris mirada en el horizonte—. Al menos salí, navegué una vez. Mejor eso que nunca.

Lawrence se repantigó en su silla.

—Yo nunca sabré cómo es eso.

—Pobrecito —dijo Roselyn haciendo un mohín—. Me caía cada dos por tres. El agua estaba helada y además no sabía muy bien. Sólo Dios sabe cuál sería el nivel de contaminación de aquel mar. Es lo bonito de los recuerdos, siempre nos quedamos con la parte positiva.

La clase transcurrió tal y como siempre se ha desarrollado la primera lección de esquí de todo principiante. Lawrence y Roselyn se pasaron todo el tiempo cayéndose y volviéndose a levantar, pero al final cogieron la soltura necesaria para lanzarse por la pista de principiantes sin llegar al final y caerse patas arriba, lo que les dio una idea de lo emocionante que debía de ser bajar por la pendiente más empinada. Se prometieron a sí mismos que al día siguiente no volverían a perderse la clase.

Hasta que no regresaron a la habitación del hotel no les empezaron a pinchar todos los músculos del cuerpo a causa del exceso de ejercicio. Los tobillos y las pantorrillas les dolían cada vez que los estiraban. A Lawrence le palpitaban los hombros como si se los hubieran machacado, algo que sólo podía atribuir al modo en que se había estado impulsando con los palos. Entre risas y gemidos, se desnudaron y se metieron juntos en la bañera. Se enjabonaron y acariciaron el uno al otro hasta terminar derramando todo el agua de la bañera en un frenesí sexual. Cuando se secaron el uno al otro con las grandes y suaves toallas terminaron de la misma manera. Acto seguido regresaron al salón, donde la cama les invitaba a continuar su actividad.

Después del tercer asalto pidieron una copiosa cena al servicio de habitaciones que complementaron con champán helado. Como el colchón era demasiado blando para poder comer con comodidad en la cama, se sentaron junto a la ventana de la veranda vestidos con sendos albornoces, donde se abandonaron a la comida.

—Esas laderas deben de parecer milagrosas al atardecer —dijo Roselyn.

El monitor les había dicho que cuando Amethi entraba en la sombra las pistas se iluminaban con farolas naranjas y verdes. De hecho, cada esquiador llevaba una linterna roja y blanca en el casco. Parecía como si todo el valle quedara invadido por enjambres de estrellas multicolores.

Lawrence cogió a Roselyn de la mano y se la apretó.

—Podremos verlo. Los últimos días que pasaremos serán los de la conjunción nocturna. Para entonces ya seremos lo bastante hábiles para poder bajar por la pendiente principal. Dicen que cuando nos encontremos en medio de la sombra Nizana parecerá una aureola de fuego, como si el sol incendiara los límites de la atmósfera.

—Quiero verlo ya.

Cogieron la botella medio vacía de champán y una caja de chocolatinas y regresaron a la cama. Lawrence se tendió sobre el colchón con una copa en la mano y la caja de chocolatinas al alcance de la otra. Roselyn se acurrucó a su lado.

Se revolvió unas cuantas veces hasta que por fin encontró la postura adecuada y después dijo:

—Adelante entonces.

—Gracias. —Le dio un beso en la frente y le dijo al SA de la habitación: — Accede a mi archivo personal, sección de entretenimiento, y ejecuta *Destino: Horizonte*, serie seis, episodio cinco. Dame el punto de vista de tercera persona.

—¿Eres feliz ahora? —preguntó Roselyn.

Siempre veía *Destino: Horizonte* con él, aunque Lawrence estaba bastante convencido de que ella solo lo hacía por complacerle y no porque en realidad tuviera el menor interés por las aventuras de la tripulación de la *Ultema*.

—Sí, gracias —respondió con solemnidad. Roselyn se arrimó un poco más a él y dio un sorbo a su copa cuando aparecieron los créditos y la sintonía de presentación desató toda su fanfarria.

Por fin, ochenta minutos después, la *Ultema* consiguió impedir una colisión planetaria que de haberse producido hubiera exterminado tres razas alienígenas sentientes. A una de esas razas no le hizo ninguna gracia que la tripulación truncara su destino de ángeles del Apocalipsis, por lo que empezaron a disparar contra la nave con unas poderosas armas. Tres miembros de la tripulación (dos de ellos eran nuevos) murieron durante el ataque.

—Siete tripulantes en tres episodios —dijo Lawrence horrorizado—. Tantos como en toda la cuarta temporada.

—Oh, cariño. —Roselyn tuvo que apretar los labios para contener la risa. Intentó poner cara de circunstancias—. Eso no es bueno, ¿no?

—No les deja muchas opciones, no.

—Oh, pobrecito mío. —Siguió retorciéndose hasta colocarse sobre él. Entonces le dio un húmedo beso mientras se reía.

Lawrence continuó viendo la serie como si nada. Roselyn no pudo reprimir una carcajada. —Oh, perdóname. Es que te lo tomas tan en serio.

—Siempre me lo he tomado en serio. Eran mis ídolos cuando era niño. Lo eran todo para mí. Ahora es como volver a ver a unos viejos amigos, puedo admirarlos sin adorarlos. Tú me has enseñado que en la vida hay más cosas aparte de los medios en vivo. Pero sigo pensando que es una serie excepcional.

—Oh, Lawrence. —Se giró para mirar con arrepentimiento a la pantalla de sábana—. He sido demasiado cruel. A veces olvido lo distintas que han sido nuestras vidas hasta ahora.

—Ey... —Le acarició el pelo con suavidad—. No podrías ser cruel ni aunque lo intentaras.

—Con Alan sí.

Lawrence soltó una risita.

—Aquello no fue cruel, fue divertido.

—Es verdad. —Se tumbó junto a él y colocó su cara a escasos centímetros de la de Lawrence—. Y tienes razón, *Destino: Horizonte* no es una mala influencia para un niño.

—Bueno, ahora tendré que ir olvidándome de la serie. Joder, estudiar administración en la universidad. No existe nada más opuesto a lo que quería hacer de mayor.

—Qué va, nada de eso. Se trata de adquirir dotes de mando, da igual cómo lo llames. Además te vendría muy bien que te decidieras a formarte como oficial.

—¡Ja! ¿Formarme para qué? Mi padre me lo dejó muy claro: ahora solo llevamos pasajeros. Tú deberías saberlo, has hecho uno de esos viajes. Quería ser uno de los pioneros de la galaxia, derribar las fronteras. Todo eso se acabó ya.

Roselyn se apoyó sobre un codo para mirarle.

—Esto es lo que no acabo de entender de ti, Lawrence. Siempre me estás hablando de cuánto odias a McArthur por interrumpir el programa de exploración y sin embargo nunca hablas de otra cosa que no sea quedarte aquí y poner tu granito de arena en el desarrollo de Amethi, de la compañía. Resulta tan dicotómico que raya en la esquizofrenia, sobre todo tratándose de ti.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

—Si aquí no puedes hacer lo que deseas, entonces inténtalo en otra parte.

—No hay otra parte —dijo exasperado.

La mirada perpleja de Roselyn destilaba la misma impaciencia.

—Bueno, no aparte de la Tierra, con su media docena de flotas de exploración, no.

A pesar de la elevada temperatura de la habitación, del calor del cuerpo de Roselyn y de la leve efervescencia del champán, Lawrence sintió un frío súbito y todos sus sentidos se pusieron alerta. Roselyn estaba muy equivocada. Porque contradecía todo su mundo, todo lo que había aprendido y hecho desde el aciago día en que mató a todos aquellos gusanobesos.

—¿Qué has dicho?

—Que deberías ir a la Tierra e intentar trabajar para otra compañía si de verdad estás tan convencido.

Lawrence apretó fuerte a Roselyn por los hombros.

—¿De qué otra puta compañía me estás hablando?

—¡Lawrence! —Roselyn apartó los ojos de las manos de Lawrence y le miró a la cara.

—Perdóname. —La soltó al instante. Intentó contener su ira, que parecía tan intensa como el susto que se había llevado—. ¿Qué compañías?

¿Quieres decir que existen empresas que todavía siguen enviando flotas de exploración?

—Pues claro que existen. Están Alphaston, Richards-Montanna, Quatomo y Zantiu-Braun, que es la compañía espacial más grande de todas. Las flotas ya no son tan numerosas como eran antes de que comenzaran las atroces campañas de captación de bienes, pero continúan enviando naves para analizar las nuevas estrellas. Zantiu-Braun cuenta además con las colonias de los portales.

—¿Se siguen fundando colonias? —Su voz ya no era más que un susurro de pasmo.

—Claro, Lawrence, ¿no sabías nada de todo esto?

—No.

—Mierda. —Le miró preocupada—. Lawrence, yo...

—Quiero un barrido completo del banco de datos —le ordenó al SA de la habitación con voz contenida—. Realiza una petición para reunir toda la información que puedas sobre la exploración interestelar que se esté llevando a cabo en la actualidad. En concreto acerca de las compañías Alphaston, Richards-Montanna Quatomo y Zantiu-Braun.

«No se encuentran archivos referentes a la exploración interestelar actual», le informó el SA. «Toda la información concerniente a la actividad de los vuelos espaciales humanos actuales se refiere al transporte comercial y las misiones de captación de bienes».

Lawrence resopló como si estuviera aturdido y por un momento su asombro apaciguó su ira.

—Me mintió. Todo es una puta mentira. Mi padre me ha engañado. Qué hijo de puta.

—¿Lawrence? —Roselyn estiró el brazo con cuidado y le puso la mano en el hombro.

—Todo este planeta de mierda es una absoluta farsa. He crecido en una película. Nada es real. —Saltó de la cama como si le quemara y se quedó en pie con todo el cuerpo en tensión—. Podría estar haciéndolo ahora mismo. Podría estar en una academia de oficiales de la Tierra. ¿Y qué estoy haciendo? Voy a estudiar administración. Ese va a ser mi futuro. Estaba tan contento de haber sacado buenas notas que incluso salí a celebrarlo. ¡Salí a celebrarlo! Santo cielo... —Levantó el puño en busca de algo que golpear.

Algo con lo que vengarse. La rabia le sentó muy bien, dejó las cosas muy claras.

—Lawrence, cálmate.

—¿Por qué? —gritó—. Llevo calmado cuatro años. Es lo que él quería. Ese cabronazo. Así es como lo había planeado McArthur: una colmena de abejas agradables, tranquilas, sumisas, que obedezcan todas las órdenes para poder disparar el precio de las acciones.

—Lawrence, por favor... —Roselyn estaba a punto de echarse a llorar—. Para ya.

El dolor que le desgarraba la voz derrumbó toda la cólera de Lawrence. No debía herir nunca a Roselyn; ella era la única razón por la que se levantaba cada día.

—Está bien. —Levantó las manos con un gesto conciliador—. De acuerdo, tienes razón. No es por ti, tú no tienes la culpa. —Miró alrededor de toda la habitación, sin tener muy claro lo que buscaba. No estaba allí, eso seguro—. Nos vamos. Haz la maleta.

—Lawrence, no podemos marcharnos.

—Tengo que irme. —Bajó la voz hasta hacerla sonar casi implorante—. Roselyn, me ha engañado. Su mentira es tan enorme que ha cubierto todo este mundo. Tiró a la basura todos mis sueños, todo lo que soy. ¿Lo entiendes?

Roselyn asintió casi imperceptiblemente con la cabeza.

—¿Qué vas a hacer?

—Le preguntaré... no, le obligaré a que me cuente toda la verdad. Quiero saber si los títulos de la universidad de Amethi me permitirán matricularme en la academia de oficiales de nave de otra compañía. Quiero saber cómo ir hasta allí. Quiero saber cuánto cuesta. Quiero saberlo todo.

Al llegar a Templeton cogieron un taxi. Lawrence le dijo al conductor que primero dejarían a Roselyn en su cúpula y que después continuarían hasta la casa de los Newton. Era ya media tarde, hora de Templeton, cuando por fin, después ¿e veinte horas de viaje, llegó a casa. Cambiar el día de regreso no había resultado muy complicado. La compañía aérea estaba acostumbrada a adaptarse a las necesidades de los turistas que

debían salir de Orchy cuando se herían poniendo un prematuro fin a sus vacaciones, además a los viajeros siempre se les advertía de que posiblemente deberían hacer hueco a compañeros de vuelo de última hora.

Luces multicolores brillaban sobre su cabeza a su paso hacia la templada cúpula principal de la propiedad de los Newton, inundando el vasto recinto con su deslumbrante resplandor. El sol se había escondido hacía varios días tras el horizonte de Templeton, dispuesto a entrar en conjunción inferior con Amethi. Por alguna razón nunca le había gustado la iluminación artificial; le daba la sensación de que los ingenieros le habían robado la luz a alguna estrella.

Una infinidad de débiles sombras bailaban a su alrededor a medida que avanzaba por el sendero de piedra. Las rosas trepadoras rojas y doradas que cubrían las columnas de ambos lados empezaban a marchitarse y a cubrir el suelo con sus pétalos. Según se iba acercando podía oír los gritos y chillidos que daban sus hermanos mientras jugaban en uno de los céspedes inferiores; cuando llegó al final del paseo del rosal giró hacia la derecha para tomar el camino más largo hacia la entrada con el fin de evitarlos. No quería que nadie supiera que había regresado. Era extraño, pero aún sentía que debía proteger a sus hermanos. Eran demasiado jóvenes para descubrir la clase de persona que su padre era en realidad. Debía preservar la inocencia de su infancia, era demasiado valiosa como para que él se la destrozara por culpa de un ataque de cólera con el que pretendía saldar todas las cuentas.

Había dos pavos reales picoteando con apatía la gravilla de alrededor de la casa. No hicieron el menor ruido cuando lo vieron pasar al trote en dirección a una de las pequeñas puertas de la parte trasera del edificio. El interior de la casa estaba en silencio. Era aquella hora del día en que el personal de la casa no tenía nada que hacer y en que a los niños solo les apetecía jugar en el exterior. Era la hora que más le gustaba a Lawrence, por la paz que se respiraba. Se sentía cómodo en aquella atmósfera de mausoleo que todo lo dominaba. El aire, cálido y un tanto polvoriento, se había paralizado. Una luz levemente sonrosada entraba por las altas ventanas de las escaleras principales que Lawrence había empezado a subir. Cuando llegó al descansillo oyó un murmullo acolchado de voces procedente del estudio. Sabía que su padre se encontraría allí en aquel momento, aunque le pareció extraño que estuviera acompañado.

La puerta estaba entreabierta. Lawrence se arrimó al marco con todo el sigilo que pudo. Su padre era uno de los que estaban en el despacho, reconocería su jovial voz repleta de seguridad entre un millón. Le acompañaba una mujer. Pensó que se trataría de Miranda, la última niñera; otro bomboncito de veintipocos años.

—... que ni sabrá ponerse los esquís —estaba diciendo su padre en tono de burla—. Los dos por ahí una semana entera. Volverá hecho polvo. Quizá tenga que enviar un helicóptero de primeros auxilios para traerlo de vuelta.

Miranda soltó una risita.

—Es lo que querías. Tú mismo lo dijiste.

—Sí, lo sé. Joder, esa putita sabe hacer muy bien su trabajo. Tan barata... y qué piernas, ¿tú las has visto bien?

Trabajo. La palabra resonó sordamente en el cerebro de Lawrence. ¿Trabajo?

—Sí, las he visto —dijo Miranda—. ¿Por qué? ¿Te gusta?

—Joder, que si me gusta. Estuve a punto de pagar por pasar un mes con ella yo mismo.

—¿Qué dices? ¿Con su novia? Eres un salido, Doug. Además, yo tengo las tetas mucho más grandes que ella. Sé que eso te gusta. Siempre me lo andas diciendo.

—¿Y qué? Os follaría a las dos juntas, así disfrutaría de lo mejor de cada una.

—¿Juntas?

—Pues sí, me muero por hacer un trío de cerdos. Sería la hostia, veros a ti y a ella trabajándoos la una a la otra.

—Sabes, creo que disfrutaría muchísimo. Roselyn parece siempre tan dulce. Me gustaría follármela. Apuesto a que se enciende como una guarra si aprietas los botones adecuados.

De no haber oído su nombre, Lawrence se hubiera obligado a pensar que estaban hablando de otra persona. Que se trataba de una estúpida y espantosa coincidencia. Que se referían a otras dos personas que se habían ido a esquiar. A otra chica a la que su padre se quería tirar. A otra persona. No a ellos. No a Roselyn.

Con dedos temblorosos, Lawrence empujó la pesada puerta de madera. Su padre estaba sentado detrás del escritorio, con Miranda encaramada a él. Llevaba el vestido desabrochado para dejar los pechos al descubierto. Una

aguja de diamante atravesaba su pezón derecho. Doug estaba lamiendo con regocijo el botoncito de carne erecta. Levantó la cabeza sorprendido cuando la puerta se abrió del todo y vio a Lawrence allí de pie.

Miranda soltó un chillido y se abrochó el vestido apresurada.

—¿Hijo?

Era la primera vez que Lawrence veía a su padre ponerse nervioso. Le resultaba extraño ver cómo su mirada, que siempre destilaba la confianza que tenía en sí mismo, se manchaba de culpa y confusión.

—Oh, hijo. Escucha, lo que has oído...

—¿Sí? —Lawrence se sorprendió de lo calmado que se sentía—. ¿Qué, papá?

¿Que no es lo que parece? ¿Es eso lo que quieres decir?

Doug, acostumbrado a las situaciones comprometidas del mundo de la política, no pudo más que sonreír con arrepentimiento.

—Es verdad, sería absurdo.

—La compraste.

—Es más complicado que eso.

—¿Sí? ¿Cómo de complicado? ¿La pagaste?

—Lawrence...

Lawrence dio tres zancadas rápidas para colocarse frente al escritorio.

—¿PAGASTE A ROSELYN PARA QUE SE ACOSTARA CONMIGO, CABRÓN HIJO DE PUTA?

Doug se estremeció ante la rabia de su hijo.

—Mira, estabas muy perdido, ¿de acuerdo? No podías sacar peores notas en la escuela, no tenías amigos, el psiquiatra decía que estabas al borde del retraso emocional, que ibas a perder el contacto con el mundo real. Me tenías muy preocupado. Soy tu padre, aunque a veces no haga lo más acertado.

—Así que me pagaste una puta.

—Hijo, debes darte cuenta de todo lo que Amethi puede ofrecerle a alguien como tú. No podía permitir que tiraras tu vida por la borda. Ella te iba a venir muy bien. Llámala como te dé la gana. Cúlpame por la manera en que hice que os conocierais, reconozco que fue algo vil por mi parte. Pero mírate ahora, mira todo lo que ha conseguido, cómo te ha enderezado. Eres el primero de la clase, juegas en todos los equipos más importantes y fuera de clase todo el mundo quiere relacionarse contigo. Ella te ha

enseñado todo lo que puedes pedirle a la vida aquí. Te prometo que nunca te mentí cuando te dije que me sentía orgulloso de todo lo que habías conseguido.

—Por supuesto que estás orgulloso. Me he convertido en lo que querías. ¿Para qué me tuvisteis, papá? ¿Por qué no te limitaste a clonarte a ti mismo?

—Hijo, por favor, sé que no es fácil. Quiero decir, joder, nunca me imaginé que te enamorarías de ella.

—¿Por qué no? Pagarías por ella, ¿recuerdas? ¿Qué otra cosa podía hacer un perdedor como yo?

—Lawrence, lo superarás. Lo admito, —se encogió de hombros dándole la razón—, quizá me odies para siempre, pero no me importa porque sé que he hecho lo correcto.

—No, papá, no has hecho lo correcto. —Lawrence se dio media vuelta y salió del despacho.

Lawrence no sabía cómo había llegado hasta allí ni cuánto tiempo llevaba allí plantado. Sin embargo, incapaz de determinar si habría pasado una semana o un año desde que saliera de casa, estaba frente a la puerta del apartamento de las O'Keef. Incluso después de volver en sí y darse cuenta de dónde se encontraba, le llevó un largo rato decidirse a levantar la mano y llamar a la puerta.

Dio unos golpecitos con los nudillos. Casi no los oyó ni él mismo. Volvió a llamar, con más fuerza. Después más fuerte aún. Al final terminó aporreando la puerta con tal violencia que estuvo a punto de sacarla del marco.

—¡Ábreme! —gritó—. ¡Déjame entrar!

Al oír que desbloqueaban la cerradura dejó de golpear la puerta. Le dolía la mano. Se le habían amoratado los nudillos.

Lucy O'Keef abrió la puerta.

—Oh. Lawrence. Eres tú. —Se le hundieron los hombros, quizá por el remordimiento—. Ha llamado tu padre. Ha dicho que tú...

—¿Dónde está? —gruñó.

—No creo que esto...

—¿DÓNDE ESTÁ?

Roselyn apartó a su madre. Debía de llevar mucho tiempo llorando porque ¡tenía los ojos enrojecidos.

Jamás le había parecido tan adorable y frágil como en aquel momento. La miró sin decir nada. De repente se había quedado mudo. Ahora estaba seguro de que todo era cierto. Lo que no podía soportar era que ella tuviera que admitirlo.

Se dio media vuelta y echó a andar hacia el ascensor.

—Lawrence. —Roselyn se asomó al pasillo y le siguió—. Lawrence, por favor, no te vayas.

Caminaba más rápido que ella. Luego echó a correr. Golpeó con la palma el pequeño botón plateado de la pared. Por suerte la puerta del ascensor se abrió enseguida. Entró y pulsó el botón del vestíbulo.

—Lawrence. —Roselyn metió la mano antes de que la puerta se cerrara del todo y volvió a abrirla—. Perdóname, Lawrence. Lo siento mucho. Te quiero.

—Te pagó. —La marea de pensamientos que se revolvía en su cabeza impedía articular las palabras con fluidez—. Te compró.

—No. —Estaba sollozando—. No, Lawrence.

—¿No qué? ¿No te pagó?

—El dinero no era para mí. No lo entiendes. No es lo que crees.

—¿Entonces cómo es? ¿Qué es lo que no entiendo?

—Acepté por Mary y Jenny.

—¿Tus hermanas? ¿Qué cojones tienen que ver ellas en todo esto?

—No nos quedaba nada. Nada. En la Tierra las acciones de McArthur apenas tienen valor. Tampoco era que tuviéramos muchas. No te puedes hacer una idea de lo que es eso, ser pobres. Tú no. Eres un niño rico en un planeta demasiado joven para saber qué es la decadencia. Era la única manera de escapar de Dublín, de marcharnos de la Tierra. Que yo... hiciera esto.

—Tú eres parte de la farsa. Eres la parte más grande de toda su mentira. ¡Por eso te odio!

—Yo nunca te mentí, Lawrence.

Volvió a apretar el botón del vestíbulo para poner fin de una vez a aquel tormento.

—¡Cállate! ¡Cállate, zorra! Todo ha sido un teatro. Todo.

—Solo al principio. —Roselyn se apoyó en la pared, exhausta—. Nada más, Lawrence. Solo cuando te dije hola. Una única palabra. El resto no. Todo lo que vino después fue auténtico. Cómo fingir amarte durante un año y medio. Sabes que fue real. ¡Lo sabes!

La puerta del ascensor se cerró del todo. El desolado llanto de Roselyn le atravesó el corazón.

Cuando Vinnie Carlton abrió la puerta de su apartamento vio a Lawrence echado contra la pared. —¿Pero qué coño te ha pasado, tío?

Lawrence no pareció oír la pregunta. Siguió mirando al frente sin ver nada. Vinnie hizo una mueca de confusión y le pasó una mano por debajo del hombro para ayudarle a moverse.

—Pasa dentro antes de que el robot de la limpieza te tire al cubo de la basura —dijo—. Venga, creo que te hace falta echar un trago, o mejor beberte una botella entera. —Lawrence no opuso resistencia mientras su amigo lo arrastraba hasta el salón. Le puso una taza de té en las manos. Lawrence dio un sorbo sin preguntar y acto seguido lo escupió.

—Pueghs... mierda, sabe como el culo, Vin. ¿Qué es?

—Ron. A mí me gusta.

—Ah. —Lawrence dio un segundo trago, sorbiendo con cautela. Le empezó a coger el gustillo.

—¿Vas a contarme lo que ha ocurrido? —le preguntó Vinnie.

Lawrence miró a su alrededor. Había acudido a Vinnie porque era la única persona que le podía echar una mano sin que hubiera padres de por medio. Pese a que Vinnie era un gran amigo, Lawrence no lo visitaba a menudo. Nunca le había llegado a perdonar del todo por negarse a prestarles su apartamento a él y a Roselyn para follar.

Toda su vida giraba en torno a Roselyn.

—No te imaginas lo afortunado que eres por vivir solo —dijo Lawrence.

—¿Y eso por qué?

Lawrence le contó todo lo sucedido.

Vinnie se sentó y escuchó toda la historia mientras su rostro reflejaba todo tipo de emociones.

—Qué marrón, colega —dijo cuando Lawrence terminó—. Puede que esto te suene estúpido, pero ¿estás seguro?

—Joder, que si estoy seguro. Por desgracia sí.

—Qué mierda. Me cuesta creerlo. Pensaba que Roselyn era legal. Parecía tan... auténtica.

—Pues sí. Así son las tías, ¿no? —dijo Lawrence, intentando que pareciera que no le afectaba demasiado porque era lo normal en cualquier relación. El pan de cada día. No lo consiguió. Estuvo a punto de desmoronarse de nuevo. Se odiaba por ello.

—Sí, mujeres.

El amargor de la voz de Vinnie hizo que Lawrence recorriera todo el salón con la mirada como si acabara de darse cuenta de que faltaba algo.

—¿Y Nadia?

—¡Ja! Rompimos después de la fiesta del Hillier's. Me dijo que pasaba de salir con alguien que la avergonzara en público. ¡Vaya zorra! ¿Qué quería que hiciéramos? ¿Dejar que le partieran la cara a Alan?

Lawrence sonrió al recordar la escena.

—Bueno, en realidad casi se la parten.

—¡Sí! No se le puede tener mucho respeto a un cretino así.

Enseguida dejaron de reírse.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Vinnie.

—No lo sé. No puedo volver a casa, después de esto no. Tampoco podré mirarla a la cara nunca más.

—Bueno, joder, Lawrence, ya sabes que te puedes quedar aquí.

—Gracias. Pero no puedo. Tengo que largarme, ¿sabes? Tengo que marcharme muy lejos.

—¿A alguna de las otras ciudades?

—No. Mucho más lejos. Escucha, tú vienes de la Tierra; ¿me dijo Roselyn la verdad cuando me habló de otras compañías dedicadas a la exploración espacial?

—Claro. Pero cuidado, tampoco quedan muchas. Yo no estaba muy al tanto, pero es probable que no se equivocara con Richards-Montanna; y sin duda lo de Zantiu-Braun es verdad. Joder, en la actualidad esa compañía posee la mitad de todo el puto planeta.

—¿Y por qué no hay información al respecto en el banco de datos de Amethi?

—Oh, con el tiempo irá apareciendo. Lo que pasa es que no conoces los códigos de acceso.

—Muy bien. ¿Por qué prohibirla entonces? No puede ser tan sediciosa.

—¿Quién sabe? Lo más probable es que las empresas se hayan vuelto un poco paranoicas. No olvides que esto no es una democracia.

—Sí, lo es —replicó Lawrence automáticamente.

—El supermercado accionarial ya no funciona como antes. Tu voto pesa lo que pesa tu cartera.

—Tiene que serlo. No puedes empujar a la gente a la pobreza. Sería un suicidio económico.

Vinnie se llevó los dedos a las sienes.

—Lawrence, mi intención no es discutir contigo. Recuerda que decidí venir a vivir aquí. Amethi es tranquilo y próspero, condiciones de las que disfrutamos a cambio de una sociedad hipócrita. Así y todo, todavía hay mucho por hacer. Solo digo que si el Consejo ha decidido conducir el desarrollo del planeta por el camino menos problemático, entonces es que existen ciertos temas políticos que le conviene ocultar. En mi opinión, no quiere que a nadie se le ocurra siquiera salir del planeta. Sería el primer gobierno en verlo con buenos ojos. Porque mientras más planetas se descubran y más destinos haya para los colonos, de más opciones disfrutará la gente y más presión ejercerá para poder elegir. En cambio, si no existe ningún lugar al que escapar, la gente tendrá que mentalizarse de que se tiene que quedar aquí y trabajar por el bien de la colmena.

—Hijos de puta.

—No es nada personal, Lawrence. No percibieron tu obsesión por explorar nuevos sistemas estelares y cortaron todos los accesos a la información del banco de datos sobre vuelos espaciales.

—Debo marcharme —gimió Lawrence—. No puedo seguir aquí. Lo entiendes, ¿verdad?

—¿Vas a salir del planeta?

—Sí. Quiero ir a la Tierra. Si existe una oportunidad, una sola, de que pueda participar en un programa de exploración, debo aprovecharla. Después de esto no podría mirarme al espejo si no lo hiciera.

—De acuerdo. Lo comprendo.

Lawrence levantó la mirada, intentando mantener la dignidad. No quería rogarle a un amigo.

—¿Vas a ayudarme?

—¿Cómo? —preguntó Vinnie con cautela.

—No es eso. Soy rico; recuerda que tengo una parte de McArthur. Pasó a ser de mi propiedad cuando cumplí los dieciocho. Ahora puedo emplearla en lo que me dé la gana. Y lo que quiero es un billete a la Tierra.

—Tu viejo nunca te lo permitirá. —Vinnie meditó durante unos segundos—. ¿Tendrás bastante? A mi familia le costó una puta fortuna enviarme aquí.

—Hay de sobra. Pero sé lo que mi padre intentará si descubre que quiero cobrar mi parte. Por eso necesito el nombre de la empresa legal que lleva los asuntos de tu familia. Son independientes, ¿no? Si hay alguien que me puede ayudar a salir de aquí, son ellos.

—No te hará ningún bien. Es cierto que son independientes, pero tu padre es un miembro del Consejo. Si dice que no te puedes ir, no habrá abogado ni juez en todo el planeta que puedan hacer nada.

—¡Qué cabrones! —Lawrence sintió cómo se le tensaron todos los músculos del cuerpo. Hasta aquel momento había conseguido guardar la compostura. Pero no tardaría en derrumbarse. Las ganas de destrozarlo todo lo que tenía a su alcance eran cada vez mayores—. ¡Tengo que irme! —le gritó a Vinnie—. ¡Tengo que irme ya!

—Lo sé. —Vinnie lo miró con indecisión, sopesando un millar de opciones—. Está bien. Quizá te pueda echar un cable. Pero si no sale bien, te vas a hundir en la mierda hasta el cuello.

—¿Crees que ahora solo me llega a los tobillos?

—Lo que te ha pasado no es nada comparado con lo que te puede ocurrir.

De repente Lawrence sintió un gran interés. Conocía lo bastante a Vinnie para saber que hablaba muy en serio.

—¿De qué se trata?

—Tengo un programa que no debería estar en mi poder. Repito, no debería. Se llama Principal y es tan potente que en la Tierra se considera un arma. Sacar una copia del planeta debe de ser un delito grave.

—¿En serio? ¿Y para qué sirve ese Principal?

—Consiste en una rutina cuasi-sentiente; lo puedes ejecutar sobre cualquier tipo de perla neurotrónica y es capaz de subvertir cualquier SA de Amethi. En tu caso, puedes localizar e interceptar las peticiones que tu padre lanza al banco de datos sin que nadie registre la maniobra. De esa manera puedes vender tu parte de la compañía y comprar un billete sin levantar la menor sospecha. Tu padre no sabrá que te has fugado a la Tierra hasta que le envíes un archivo de vídeo en el que salgas tú hinchándote a piña colada en una playa del Mediterráneo.

—Joder, ¿tan bueno es?

—No pienso arriesgarme a darte la versión avanzada, eso ni loco. Pero te pasaré otra que te servirá. Y, Lawrence, cuando aterrices, no vayas por ahí diciendo que tienes una copia. El Principal es superior a cualquier programa de Amethi, pero ya hace un tiempo que tengo esta copia, supongo que habrán protegido el banco de datos de la Tierra. Estoy seguro de que habrán colocado escudos en las secciones más delicadas.

—De acuerdo. Lo tendré en cuenta. Y gracias.

—De nada. Has sido un buen amigo y eso es algo que aprecio mucho. Acuérdate de mí cuando salgas a correr aventuras. —Sonrió—. Quiero decir, si no te pillan.

OceanofPDF.com

Capítulo 8

Era la sexta vez que Lawrence debía guiar la patrulla de su pelotón por las calles de Memu Bay la mañana de aquel húmedo día. Ya llevaban una semana en Thallspring; la campaña estaba saliendo mucho peor que la última vez que había caminado por aquellas amplias y pacíficas calles. Ebrey Zhang todavía no había utilizado ningún collar de buena fe, pero Lawrence estaba convencido de que sólo era cuestión de tiempo.

No dejaba de repetirse que tampoco les estaba yendo tan mal como en Santa Chico. Al menos debían de estar agradecidos por eso.

El sector a patrullar asignado al pelotón 435NK9 era el distrito de Dawe, una zona residencial del interior donde el laberinto de chalets suburbanos se extendía hasta una de las pequeñas colinas del pie de la sierra que quedaba detrás de la ciudad. Las calles eran espaciosas y limpias y estaban bordeadas de píceas de cuyas retorcidas ramas caía una profusión de hojas que cubría el asfalto con una alfombra de inusitado colorido. Dos líneas de tranvía comunicaban Dawe con el centro; los pesados tranvías avanzaban a duras penas por sus pistas y tocaban las campanas con ansioso ímpetu cada vez que aparecía un ciclista a lo lejos. Curiosamente, las únicas ocasiones en que no se oían las campanas eran cuando quien se cruzaba en el camino del tranvía era un soldado con traje de Cuero.

En teoría la misión del pelotón consistía en apoyar a las patrullas de policía. En realidad, se dejaban ver solo para enfatizar la presencia de Z-B.

El 435NK9 avanzaba por una calle saturada de pequeños comercios. A poca gente le apetecía salir y exponerse al sol de media mañana; los pocos ciudadanos que había en el lugar miraban con desprecio a los Cueros

mientras pasaban. A cada paso que daban les insultaban y les abucheaban. Los agentes a los que se suponía que debían apoyar sonreían al oír las burlas y no se molestaban en absoluto por ocultar su asco hacia los visitantes.

—Joder, qué puta mierda —murmuró Hal. Era la enésima vez que se lamentaba aquella mañana.

Lawrence revisó el visor de posición que mostraba el SA de su traje. Hal le seguía por el flanco derecho.

—Tranquilo, Hal. No han hecho nada.

—Eso, danos un respiro —dijo Lewis.

—¿Es que no los oís?

Lawrence no podía hacer otra cosa que escuchar a la gente. Llevaba toda la mañana oyendo el nombre de Killboy. La gente no dejaba de gritar esa palabreja una y otra vez. Querían acojonarlos y sacarlos de quicio. Al parecer era así como se llamaba el francotirador que había disparado a Nic poco después de que llegaran.

Killboy, el Robin Hood de la era moderna. Una víctima herida, mutilada o perseguida de la última campaña de captación de bienes de Z-B en Thallspring... a saber. Merodeaba por los callejones de Memu Bay a la caza de Cueros descarriados. En cuanto encontraba uno, sacaba su superarmamento para reventarle el caparazón con la facilidad con que podría agujerear la piel humana. Cada vez que uno de los invasores muerde el polvo, los buenos ciudadanos de Memu Bay recuperan un poco más de confianza al saber que sus opresores van a perder; es la ley del universo.

A Lawrence no le hacía ni puta gracia. No existía ese Killboy, no era una persona real. Se trataba solo de algún grupúsculo de la resistencia, organizado quizá por el gobierno, dotado de unos juguetitos muy peligrosos. Las habladurías y la tensión hacían el resto. Pero a los ciudadanos les proporcionaba un ídolo, un protector que les defendería si se atrevían a saltar la valla. Mala señal. Porque esa forma de pensar les hacía sentirse invulnerables. Aunque sin duda no lo eran frente a un Cuero. Además los pelotones de Z-B estaban muy alterados después de la catastrófica llegada. La situación sólo podía ir a peor.

De repente se empezó a escuchar una melodía proveniente de un bar; era una música de baile que tan pronto se aceleraba como se ralentizaba hasta casi detenerse. Cuando tres de los hombres del pelotón se volvieron para

ver qué era aquel escándalo se encontraron con varios jóvenes ganduleando junto a la puerta del bar y haciéndoles cortes de mangas.

—Supongo que también tendremos que tachar ese garito de la lista —dijo Karl—. No parece muy hospitalario.

—Aquí no existe la hospitalidad para nosotros —dijo Edmond.

—Cabrones, yo ni siquiera lo tenía en mi lista —masculló Hal—. Tío, vaya mierda. Además, en esta parte de la ciudad no hay acción de verdad. Tendremos que bajar al puerto deportivo si queremos movida de verdad.

Lawrence sonrió al escuchar la necia charla de sus hombres. Esta noche les daría permiso; se merecían salir un poco del cuartel. Z-B se había apropiado de una serie de complejos turísticos situados detrás del puerto deportivo para alojar a sus tropas. En principio no tenía nada de lo que quejarse. Tenía para él solo una habitación doble en un hotel de cuatro estrellas. Una enorme y acogedora cama y un balcón con vistas al puerto; en la planta baja había un lujoso restaurante, con su bar, salón de juegos y gimnasio, piscina, incluso sauna... monopolizada por los putos oficiales. Pero no se les permitía salir. No hasta que las cosas se calmaran un poco; órdenes de Ebrey Zhang.

Al terminar la primera semana, el comandante decidió que había llegado el momento. No se habían registrado más incidentes relacionados con francotiradores. La producción de las fábricas de productos bioquímicos se había elevado hasta alcanzar un nivel similar al que tenían antes de la llegada. Aunque de mala gana, los habitantes empezaban a aceptar su presencia.

La noche anterior habían salido algunos pelotones y no había pasado nada grave. Esta noche le tocaba al pelotón 435NK9 salir a quemar la traca.

Lawrence opinaba que todavía era demasiado pronto. Los oficiales subalternos debían de estar pasándole a Zhang informes exagerados sobre los rastreos de las patrullas para que pensara que las cosas se habían calmado en la ciudad. Pero nadie le había pedido su opinión. Con todo, le parecía bien que se le diera un descanso a los pelotones. Necesitaría dos días enteros para adentrarse en el interior y comprobar cómo iban sus asuntos personales.

Un helicóptero TVL88 pasó a baja altura, serpenteando por entre las estribaciones. En la puerta lateral iban sentados varios Cueros con las piernas colgando sobre los patines y contemplando los edificios de la

superficie. Parecían gárgolas inexpresivas, preparadas para entrar en acción en cualquier momento. Los helicópteros, personificación del Killboy de Z-B, eran un apoyo visible de las tropas de tierra, a las que prestaban su invencible potencia de fuego. Algunos de los muchachos del 435NK9 los saludaron al verlos pasar.

—Joder con el niñato de los cojones —estaba diciendo Odel—. Ninguna pajarita de Thallspring va a mirarte siquiera. En cuanto entremos en un bar todo el mundo saldrá pitando como si fuéramos una plaga de langostas. Puedes creerme.

—Díselo tú, cretino —dijo Karl.

—Tiene razón, Hal —afirmó Lewis—. Apáñate con un traje de simulación de porno en vivo. Esas zorritas harán cualquier cosa que les pidas.

—No necesito esas mierdas —protestó Hal—. En Queensland tampoco es que tiren rosas a nuestro paso, pero en el Club de Cairns nunca he tenido problemas para echar un buen polvo.

—Pero después ya no te quedaría mucho dinero, ¿verdad? —Dijo Karl —. Además por las mañanas seguro que tenías que ir a la enfermería para que te vacunaran.

El vínculo de comunicación del pelotón se saturó de fuertes risas.

—¡No tiene gracia! —dijo Hal—. Me van a explotar los huevos como no me coma un buen coño esta noche. Y os puedo asegurar que va a ser de lo más fácil. Al menos para mí. Soy más joven que vosotros. Y sabed que estoy cuadrado. Estoy muy bueno. Eso a las tías les pone, les da igual de qué agujero de la galaxia hayamos salido. Estar en forma siempre está de moda.

—Oh, cierra el pico ya —dijo Lewis—. Si les interesa algo, desde luego no será un bala perdida que no deje de darles la chapa.

—¡Si me alisté voluntario a la puta Seguridad Estratégica!

—Lo que les gusta a las tías es un hombre con experiencia. ¿A que sí, Dennis?

—Exacto. No lo has enfocado bien, niñato. Somos la novedad; piénsalo, somos alienígenas procedentes de otro planeta. Los chochetes sentirán curiosidad por nosotros. Es nuestro cebo. Mientras más planetas hayamos visitado, más atraídas se sentirán por nosotros. Todos excepto tú podremos aprovecharnos de eso.

—¡Eh!

—Afróntalo, niñato, careces de la experiencia que tenemos los tipos maduros.

—Todo eso no es más que mierda. A vosotros ya ni siquiera se os levanta y mucho menos aguantáis ni el primer polvo. Las chicas saben lo que les gusta y esta noche les voy a meter una sobredosis de mí.

—No os separéis —dijo Amersy antes de que la discusión fuera más lejos—. Venga, Jones, no te quedes atrás. Y tú, Dennis, acércate; apoya a Odel.

—Eso está hecho, cabo.

Los hombres del pelotón revisaron sus posiciones relativas y corrigieron la formación.

Lawrence vio que la calle se abría y daba paso a una reducida plaza en la que había un pequeño terreno central cubierto de césped y rodeado de arriates. Junto a las salvias blancas y escarlatas pasaban unos antiguos robots amazacotados con cuyo oxidado instrumental iban barriendo el suelo. Los agentes de policía aminoraron el paso hasta situarse detrás. Hacían lo mismo cada vez que se encontraban con un grupo numeroso, por si les tendían una emboscada al doblar la esquina.

Edmond y Lewis se abrieron para arrimarse a las fachadas de las tiendas y cubrir ambos lados de la plaza a medida que el pelotón seguía su camino. No había peligro de emboscada. Ni rastro de Killboy. El pelotón atravesó la plaza seguidos de los policías, que caminaban con paso tranquilo.

—¿Crees que deberíamos aprovechar que estamos aquí para comprarnos algo de ropa? —preguntó Hal—. Ya sabes, para seguir la moda y todo eso. No nos conviene parecer alienígenas de mierda. A los bares hay que ir elegantes.

—Hal, —dijo Lawrence—, centrémonos en lo importante, ¿de acuerdo?

—Claro. Lo siento, Sargento.

Lawrence salió del césped y cruzó la carretera. No le gustaba intervenir en el trabajo rutinario del pelotón. Pero el niñato parecía demasiado estúpido como para seguir los consejos de Amersy. Con un poco de suerte, por la noche Hal se enrollaría con alguna fulana descerebrada a la que le apeteciera revolcarse con un alienígena invasor. El chico necesitaba liberar la tensión. Estaba empezando a poner nervioso a todo el mundo.

Unos iconos rojos empezaron a destellar en la rejilla de los sensores de Lawrence. El SA del traje empalmó su sistema de comunicación con el vínculo que estaba utilizando el pelotón de Oakley. De la rejilla surgió un mapa azul marino de la ciudad en el que se veían símbolos de despliegue junto a los que iban pasando diversas órdenes a medida que el SA táctico del cuartel general iba analizando el incidente.

El incidente: había muerto uno de los hombres del pelotón de Oakley, el recluta Foran. Se le había caído encima un muro de piedra. El banco de datos civil de aquella zona mostraba una especie de colapso del tráfico, un camión robot de treinta toneladas se había salido del carril. La telemetría médica de Foran solo podía captarse con intermitencia al estar enterrado bajo las piedras, aunque por el momento la información indicaba que el caparazón de su Cuero se había agujereado por varios puntos a causa del derrumbe. Se habían registrado daños orgánicos internos, huesos rotos y pérdida masiva de sangre.

El pelotón de Oakley estaba patrullando el sector adyacente al de Lawrence.

—Ejercicio de dispersión uno —ordenó Lawrence al pelotón. Podría ser una táctica clásica de diversión, en cuyo caso era poco probable que se produjera el verdadero asalto. Pero no pensaba arriesgarse, no en aquel terreno.

El pelotón despejó la calle con absoluta profesionalidad; se metieron en el acto por las puertas y ventanas abiertas de los edificios más próximos. Lawrence se refugió en una pequeña peluquería. Todas las mujeres que había sentadas en la hilera de secadores de infrarrojos de tentáculos se sobresaltaron. Los agentes de policía se quedaron solos en la calle, mirando confundidos a su alrededor. Lawrence vio en las rejillas de telemetría de vídeo a los propietarios de las viviendas gritando a sus soldados.

Lawrence conectó con el canal de mando.

—Oakley, ¿necesitas ayuda?

—¡Mierda! No lo... ¡Cogedlo, cogedlo! ¡Eso de ahí! ¡Venga, retiradlo!

—Oakley, ¿cuál es tu estado? ¿Es una diversión preliminar?

—¡Joder, claro que no! Se le ha caído un puto muro encima. Hostias... es una montaña de piedras. Nunca podremos retirarlo.

Lawrence vio los iconos de despliegue que representaban el pelotón de Oakley reunido en un mismo punto.

—Os estáis apiñando. Si ese francotirador anda por ahí, se va a poner las botas. Te sugiero que retires a parte del equipo.

—¡No me jodas, Newton de los cojones! Esto es asunto mío.

—Newton —intervino el capitán Bryant—. Envíe a algunos de sus hombres a ayudar a retirar las piedras. Necesitamos sacar de ahí a Foran.

—Señor, no creo que...

—Está vivo, Sargento. No pienso dejar que uno de mis hombres muera aquí. Ha sido un accidente de tráfico, no la trampa de ningún francotirador. ¿Entiende?

—Sí, señor. —Lawrence respiró hondo para mantener la calma. Sabía muy bien lo que su telemetría médica le estaría mostrando a Bryant. No era que el capitán la estuviera consultando—. Hal, Dennis, conmigo. Amersy, pon fin al barrido.

Era un callejón estrecho de un distrito comercial; a ambos lados, paredes de piedra y hormigón pintadas de un blanco ya desvaído y descascarilladas, a cuyos pies crecían dispersas matas de hierbajos. Las elevadas ventanas estaban cubiertas de barrotes y tenían los cristales demasiado sucios para ver a través de ellos; las puertas eran de metal pesado y estaban soldadas o selladas mediante gruesas placas remachadas. Cuando Lawrence llegó, todavía salían volutas de polvo, espesas nubes grisáceas de partículas cancerígenas que se pegaban con tenacidad al caparazón de su Cuero. En la calle mayor se había aglomerado una multitud de civiles, muchos de los cuales llevaban la nariz y la boca tapadas con un pañuelo. Todos miraban hacia el tenebroso callejón. Sobre los tejados revoloteaban dos TVL88, de cuyos morros asomaban cañones Gatling magnéticos a modo de achaparradas mandíbulas insectiles.

Lawrence miró con rapidez en todas direcciones. No parecía que en todo el callejón hubiera ningún edificio elevado que pudiera proporcionar un buen punto de tiro. A medida que se adentraba en la nube de polvo, el SA de su traje iba incrementando el porcentaje del sensor de infrarrojos; las imágenes ya solo se componían de los colores gris, negro y rosa, aunque los contornos se mantenían definidos. Vio basura apilada contra las paredes de ambos lados del callejón; cajas, bolsas y contenedores, todos rotulados con el escudo de la ciudad, esperando a que los recogieran. Debía de hacer un mes que no pasaba el camión de la basura. En algunos rincones los

desperdicios llegaban a cubrir el asfalto resquebrajado. Lawrence tuvo que trepar por ellos.

Cuando dobló la esquina se topó con el muro derrumbado. Boqueó atónito.

—Joder, qué desastre. —Se había caído una sección entera. De los dentados bordes de las paredes que quedaban en pie sobresalían jirones de revestimiento que el aire mecía. El edificio parecía una especie de almacén o de fábrica abandonada. Era un gigantesco cubo vacío cuyas paredes estaban atravesadas por vigas y conductos metálicos y oxidados. En la actualidad todos estaban doblados y carcomidos; algunos tramos incluso se habían soltado y ahora colgaban peligrosamente. El techo de cemento había cedido junto con el muro, rompiéndose y desmigajándose al impactar contra el suelo y un camión que había quedado aplastado. Habían arrancado la puerta enrollable de la pared opuesta a la del frontal del edificio, de modo que se veía que la calle estaba colapsada por un millar de vehículos paralizados.

Lawrence supo entonces que habían reventado la puerta con el camión para embestir la pared. Justo cuando Foran se encontraba en el callejón del otro lado.

Curiosa coincidencia.

Lawrence no se creía nada. Se fiaba más de su instinto, aguzado y endurecido durante los últimos veinte años, que de toda la simbología del SA de su traje.

Había Cueros distribuidos entre los montones de escombros retirando las pesadas piedras como si de leves plumas se tratara. Estaban abriendo un agujero para llegar hasta su compañero enterrado. Se movían con el ritmo frenético de una colonia de insectos sincronizada para alcanzar la mayor productividad.

—Manos a la obra —ordenó con sequedad Lawrence a Hal y Dennis. Se unieron a los demás Cueros y empezaron a mover los pesados restos de las paredes. De cada trozo se desprendían piedras y arenilla, como si se transformara en un líquido seco. La espesa nube de humo dificultaba la visión incluso con los sensores de los Cueros. Intensificaron al máximo los infrarrojos de los cascos, de manera que quedaron rodeados por un arremolinado aura carmesí que hacía pensar que un grupo de estrellas se había escondido entre las nubes para morir.

Tardaron unos cincuenta minutos en retirar los escombros. Solo pudieron descender dos Cueros, que a medida que avanzaban iban pasando las piedras que les entorpecían el camino a una cadena de Cueros que las sacaba al exterior. Las paredes del pozo eran tan inestables que se hundirían si se hacía algún movimiento inadecuado. Apenas podía verse el Cuero de Foran. El polvo que le cubría se había convertido en barro rojizo al mezclarse con la sangre que estaba perdiendo. Las reservas de sangre y de oxígeno lo mantenían con vida, aunque la mitad de los gráficos de su telemetría eran de un alarmante color ámbar; de hecho algunas de sus funciones orgánicas estaban representadas por una simple línea roja.

Lo único que pudieron hacer los paramédicos era conectar sus conductos umbilicales con nuevas reservas de sangre. El Cuero mostró unos niveles fisiológicos estables hasta que lo llevaron a la unidad de urgencias. Lo llevaron corriendo al helicóptero de evacuación, que se había posado en medio de la calle al final del callejón.

—Creía que no había nada que pudiera atravesar un Cuero —dijo Hal sin mucha convicción antes de que los Cueros empezaran a dispersarse. Cuando dejaron de excavar, el polvo se empezó a asentar y pudieron ver que los edificios circundantes habían quedado cubiertos por una espesa capa cenicienta.

—Pues ya lo ves —dijo Dennis—. Un Cuero no sirve de mucho si te caen encima cien toneladas de escombros.

—Pobre cabrón. ¿Se pondrá bien?

—Su cerebro está vivo y recibe oxígeno. No les costará reanimarlo. Por lo demás... qué sé yo. Tendrán que cambiarle unas cuantas piezas.

—Pero nos pueden poner prótesis, ¿no?

—Sí, niñato, existe todo un arsenal de recambios biomecánicos. Supongo que al final recuperará la movilidad. Que se pueda reintegrar a su pelotón es otra historia. Ya sabes la buena forma en que nos obligan a mantenernos.

Pese a que los músculos del Cuero vigorizaban sus movimientos, Lawrence se sentía hecho polvo. Le dolían todos los músculos de tanto levantar piedras. La asfixiante cortina de polvo le recordó a Amethi durante el Despertar, cuando el aguanieve lo impregnaba todo y aprisionaba al planeta bajo su invierno de decrepitud. Barrió todo el callejón con la mirada. Los montones de basura eran tan voluminosos aquí como lo eran

en el otro extremo. Foran se habría visto obligado a caminar pegado a la pared.

Lawrence caminó por la parte más baja de los escombros hasta poder ver de nuevo el interior del edificio. El tráfico se había puesto en marcha de nuevo. Había Cueros montando guardia junto a la puerta destrozada. Un par de técnicos examinaban el camión, estaban retirando las losas de hormigón para poder acceder al motor. Los acompañaba el capitán Bryant.

—¿Qué ha ocurrido, señor? —preguntó Lawrence por el vínculo de comando protegido.

—Todavía no lo saben —contestó Bryant. Parecía molesto—. Joder, este tipo de accidentes no puede venirme peor.

—No ha sido un accidente, señor.

—Claro que sí, Sargento. El camión perdió el control y se chocó.

—Contra uno de nosotros.

—Su preocupación por nuestra seguridad es encomiable, pero en este caso está fuera de lugar. Ha sido un accidente de tráfico. Muy trágico, sin duda, pero un accidente.

—¿Cuál fue la causa según el registro del regulador de tráfico de SA?

—No se ha registrado nada, sargento. Ese es el problema. La electrónica del camión ha quedado destrozada.

—¿Qué me dice del *software* o del *hardware*?

—Sargento, podrá leer el informe usted mismo en cuanto lo preparen. Ni siquiera hemos podido acceder al bloque de memoria del camión todavía.

—¿Pero y los sistemas de seguridad?

—Newton, ¿de qué cojones va? ¿Qué le pasa? Se recuperará, usted lo sabe, recibirá el mejor tratamiento posible.

—Señor, es que no entiendo cómo puede haber ocurrido de forma accidental.

—Ya basta, sargento. Ha sido una desgracia, pero ha sucedido.

—¿Los sistemas de seguridad no intervienen cuando la electrónica falla? Señor, ni siquiera la tecnología de Thallspring es tan cutre. Se sale de la carretera y revienta la puerta de un edificio del centro.

—¡Sargento!

—Después va y destroza una pared cuando uno de nuestros hombres está pegado a ella por el otro lado. Una de las pocas maneras de destrozarnos el

traje de Cuero. No me lo trago, señor. No es una mera coincidencia. Todo encaja.

—Ya basta, Sargento. Precisamente por todo eso se trata de una coincidencia. Nadie puede organizar algo así, nadie podía saber cuándo Foran iba a pasar por este callejón. Es decir, nadie más lo sabía. Por supuesto, yo mismo he supervisado el despliegue de esta mañana. ¿Está diciendo que es culpa mía?

—No, señor.

—Me alegra oírlo. Asunto zanjado.

El vínculo de comando se cortó. Lawrence meneó la cabeza, gesto que con el Cuero puesto resultaba bastante inexpresivo. El problema era que entendía por qué Bryant había reaccionado de aquella manera. Por qué lo negaba. El capitán no estaba preparado para reconocer que existía un oponente capaz de elaborar una trampa tan precisa. Aceptar que alguien poseía los conocimientos y la capacidad para ponerla en práctica era tremendamente desconcertante.

—Si hoy os encontrarais con un wilfrien, pensaríais que os habéis topado con un ángel. Eran los dorados, estar en su presencia era venerarlos. En su apogeo, el reino de los wilfrien se contaba entre los miembros más poderosos del Imperio del Anillo. De hecho, era uno de los fundadores. Su pueblo ayudó a explorar el espeso manto de estrellas del corazón de la galaxia. Establecieron contacto con centenares de razas y las unificaron. Su tecnología presumía de ser de las más desarrolladas; los científicos wilfrienianos desarrollaron aceleradores que después copiaron todos y trabajaron para crear secuenciadores de comportamiento con los que transformar la materia prima en máquinas, edificios o seres vivos. Todos sus conocimientos los compartían con los pueblos con los que se encontraban, a los que ayudaban a desarrollar sus sociedades, a erradicar la pobreza y los conflictos que siempre se derivan de este tipo de procesos. Los wilfrien, raza sabia y amable, admirada y respetada por todos los habitantes del Imperio del Anillo, establecieron un modelo de civilización aplaudido por la mayoría pero que pocos conseguían implantar. Aparecen en todas las historias del Imperio del Anillo, dado que eran la

personificación de aquello en que las razas sentientes se pueden convertir. Cada vez que hablamos del Imperio del Anillo, pensamos en la sociedad de los wilfrien. —Denise miró a todos los niños sonriendo. Habían salido al jardín de la escuela y se habían sentado en el césped a beber vasos de naranjada y limonada frescas. Habían desplegado unos enormes parasoles de lona blanca para cubrir toda la hierba con su sombra, a la que todos se habían sentado para refugiarse del abrasador sol de la mañana. Como siempre, los niños miraban a Denise como si se tratara de una eminencia que despertara su capacidad de admiración.

—Los wilfrien habitaban unos trescientos sistemas estelares. Gracias a sus secuenciadores de comportamiento, llegaron a construir ciudades y estaciones orbitales fabulosas. Levantaron castillos para su propio disfrute en las entrañas del espacio, tenían metrópolis que flotaban entre las zonas tormentosas de los gigantes de gas y cuya apariencia era más delicada e intrincada que los remolinos de nubes a través de los que serpenteaban; podían incluso encerrar torres de polvo estelar en el interior de campos de fuerza lenticulares y navegar en ellos a través de la tempestuosa superficie de sus soles, con la facilidad de quien navega por un pacífico lago a bordo de una barquilla de cuero. Oh, los wilfrien eran asombrosos. Vivían en unos lugares tan extraños más que nada por diversión, para reír y para disfrutar de todo cuanto el universo podía ofrecerles; porque eran tan impetuosos y exuberantes como sensatos y majestuosos.

En ningún momento interrumpió la historia mientras su Principal seguía el progreso de las patrullas matutinas de los pelotones de Z-B. La información recogida de los propios vínculos de comunicación de los pelotones llegaba hasta su mente a través de sus neuronas descritas. Observó los agitados iconitos y los runruneantes mensajes de los soldados con desprecio contenido. Qué absurdo, intervenir sus datos sin cifrar resultaba tan sencillo. Varios Cueros se iban aproximando al callejón.

—Dada la naturaleza de los wilfrien, por no hablar de su reputación, Mozark sabía que acabaría por hacerles una visita incluso antes de iniciar su búsqueda. Curiosamente, mientras más se acercaba al reino de los wilfrien, menos impresionada se sentía la gente de la zona por su magnificente raza vecina. Al final, cuando llegaron a su planeta, descubrió por qué.

Las sencillas ecuaciones de velocidad-tiempo proporcionaban una lista de tres camiones posibles. Los programas Principal se instalaron solos en

sus respectivas electrónicas y borraron sus propios bancos de datos al ponerse en marcha.

—Como raza los wilfrien eran milenarios, además podían vivir cientos de milenios. Habían viajado más lejos y más rápido que todos los demás habitantes del Imperio del Anillo. Su tecnología sin par había llegado a su punto álgido. Todas las razas vecinas eran felices y ricas gracias a su dadivosidad. Ya no les quedaban territorios que explorar, ni física ni espiritualmente. Si tenían algún defecto, este consistía en una impetuosa curiosidad por todo cuanto los rodeaba. Pero el universo ya no tenía nada nuevo que ofrecerles, ya nada les parecía misterioso. En la antigüedad, los hombres escribían *«Tierra de Dragones»* en los límites de sus mapas, cuando lo que en realidad querían decir era que no sabían lo que podrían encontrar más allá. En los mapas estelares de los wilfrien no aparecía dragón alguno porque sabían muy bien qué había en cada rincón de la galaxia. Ya solo les quedaba un viaje por realizar, y era al lugar de donde procedían. Emprendieron el camino hacia sí mismos.

»Mozark aterrizó en las afueras de una ciudad cuyas torres dejaban en ridículo las de La Ciudad. Algunas casi rasgaban la atmósfera, las había que estaban vivas, como arrecifes de coral que se hubieran erigido y alejado de la superficie; otras se componían de planos de campos de energía. Hasta vio una hecha de segmentos de zafiro translúcido que parecían celdillas de diez metros de ancho; se deslizaban y giraban unas en torno a otras al azar, aunque siempre conservaban sus formas. Pero todos aquellos mareantes torreones y palacios de cuento se encontraban vacíos. Los wilfrien los habían abandonado y se habían ido a vivir bajo tierra para que los animales silvestres y las plantas trepadoras volvieran a hacerlos suyos.

Uno de los Cueros se había metido en el callejón. Los montones de basura que los miembros de la célula habían acumulado con premeditación a lo largo de la última semana le obligaban a caminar pegado a la pared. Denise dio las últimas órdenes al Principal, que se había hecho con el control absoluto del camión. El programa cortó el vínculo del vehículo con el regulador de tráfico de SA tras emitir una última llamada de emergencia... que se interrumpió cuando el camión se llevó por delante la barrera de seguridad. Las puertas del almacén vacío estaban justo delante. Mientras el Principal se borraba a sí mismo, la inercia impulsaba al

vehículo de treinta toneladas a través de la puerta directo hacia la pared del fondo a cincuenta kilómetros por hora.

—Desde luego que los materiales de fabulosa resistencia de los que se componían las construcciones de los wilfrien tardarían miles de siglos en corromperse. Porque ahora se alzaban a mayor altura y con más majestuosidad que nunca. Pero las señales de su inevitable futuro empezaban a apreciarse. Las hojas y las ramitas comenzaban a apilarse alrededor de las bases, donde terminaban por transformarse en un rico fertilizante que permitía el nacimiento de plantas todavía más vigorosas; los colores empezaban a perder su lustre bajo los mantos de esporas y mugre. Los siglos de ventiscas cubrieron de polvo y arena las plantas inferiores, lo que provocó que los artefactos compuestos de materiales simples empezaran a pudrirse.

«Incapaz de dar crédito a sus ojos, Mozark recorrió los campos de cultivo que en su día fueron exuberantes parques. Los wilfrien que los estaban labrando ordenaron a sus animales que se detuvieran y salieron a recibirlo con gran hospitalidad. Mozark les hizo una reverencia, les saludó tartamudeando (dado que todavía impresionaban a quienes se acercaban a ellos) y les preguntó qué le había ocurrido a su civilización después de haberse extendido hasta mil años luz de distancia. Los wilfrien sonrieron ante su confusión y le respondieron que ya habían hecho todo lo que debían hacer. Le contaron que ya habían ganado la batalla de la sabiduría; ya habían descubierto cuanto merecía la pena conocer. Lo que eran, por lo tanto, carecía ya de propósito alguno en el contexto de su consecución. Ahora estaban embarcados en una aventura muy distinta, la aplicación final de su glorioso legado. La vida se tornaría sencilla y placentera. Sus cuerpos estaban cambiando y adaptándose, evolucionando para integrarse a la perfección en el entorno natural del planeta. Pero, al contrario que cualquier sociedad primitiva anterior a la era tecnológica, jamás enfermarían puesto que la suya era una simplicidad muy planificada y aprovecharían las ventajas de todo cuanto el planeta pusiera a su alcance. Su mentalidad se fue apaciguando a lo largo de las sucesivas generaciones, hasta el punto de que contemplar un simple amanecer les proporcionaba tanta satisfacción como derribar las barreras del espacio-tiempo aplicando sus conocimientos de matemáticas y física. Ahora cultivaban sus tierras, criaban a sus hijos y bailaban desnudos mientras la lluvia caía de un cielo silvestre. Mientras las reliquias de su pasado se desgajaban y hundían en

silencio para regresar a la tierra, ellos se fundían con el mundo y encontraban la paz en su interior.

»Mozark, olvidando sus modales y su asombro inicial, se enfureció al verles abandonarse a semejante decadencia. Les preguntó, casi suplicándoles, que se lo pensaran mejor, que buscaran nuevos desafíos. Que volvieran a ser los magnos wilfrien que él tanto había venerado. Sonrieron con tristeza al ver la simpleza que le llevaba a pensar que el progreso sólo podía ir en una dirección, hacia delante y hacia arriba. Le explicaron que la naturaleza de su raza les había llevado hasta aquel punto. Aquello era lo que eran. Aquello era lo que tanto habían buscado. Una vida sencilla. En aquel nuevo y floreciente entorno serían felices sin pretenderlo. Le preguntaron si no era eso lo que todos los seres deseaban, si no era eso lo que él quería para sí. Después le hablaron de la búsqueda en que se había embarcado, por sí mismo, por su reino y por Endoliyn; volvieron a sonreír, esta vez con mayor tristeza. Le dijeron que siguiera viajando, que así llegaría al lugar del que había partido. El universo no es lo bastante grande para ocultar lo que buscas.

»Mozark regresó a su nave y despegó de inmediato. Puso todos los motores a la máxima potencia para escapar del mundo de los wilfrien como si estuviera infestado de monstruos. Mientras veía en los monitores cómo el planeta se hacía cada vez más diminuto, los maldijo por traicionar la monumental odisea de sus ancestros. Todo lo que cada uno de los wilfrien habían ido logrando a lo largo de la historia lo habían pisoteado como decadentes niños caprichosos. Pensó que se trataba de una calamidad de dimensiones inimaginables, agravada por el hecho de que hubiera sido un forastero el que se había dado cuenta de su verdadera magnitud. Los wilfrien no se daban cuenta de que estaban cometiendo un gran error. Su carrera hacia su propio declive se oponía a todos los principios de Mozark. Se echaba a temblar solo de pensar lo que Endoliyn diría si regresaba a casa y le contaba que la verdadera felicidad consistía en la ignorancia. Porque eso era lo que él creía que estaban haciendo los wilfrien, cerrarse ante la realidad igual que una flor al final del día. Pensó que quizá después de todo se los había tragado el universo, que su magnificencia era demasiado para ellos. Sabía que a pesar de todo el esplendor de los wilfrien, su naturaleza era más fuerte y que nunca admitiría semejante derrota para él y su pueblo. Ahora se sentía superior a sus antiguos ídolos. Sin embargo, estaba convencido de que lamentaría su desaparición el resto

de sus días. La galaxia había perdido parte de su magia; los dorados habían perdido su lustre y ya nunca más volverían a brillar. Siguió volando, ahora con mayor resolución que nunca.

Un voluminoso helicóptero negro pasó volando a pocas decenas de metros sobre sus cabezas y su estruendo se tragó la voz de Denise. Los niños se pusieron de pie y salieron de debajo de los parasoles para ver cómo la nave alienígena contaminaba su cielo. Se dirigía hacia el distrito de Dawe, con sus pesados y amenazadores cañones emergiendo de sus cámaras con sexual suavidad.

Denise se quedó mirándolos hasta que el vehículo se perdió bajo el resplandor del sol y vio el abrasador rastro de humo que emergía de las rejillas de las turbinas de los deflectores a medida que el grito de guerra del helicóptero se iba apagando. Cuando los niños, asustados, volvieron a mirarla, cogió a Wallace y a Melanie de la mano.

—Si no se paran no podremos comprarles ningún helado, ¿no os parece? —dijo para animarlos un poco. Los niños se rieron y empezaron a burlarse de aquel monstruo que se alejaba—. Venga, vamos. —Levantó las manos y Melanie se refugió debajo de su brazo—. No he acabado de contaros la historia. Ya casi hemos terminado por hoy y no vamos a dejar que la gente mala nos estropee la diversión, ¿verdad?

—¡No! —gritaron todos al unísono. Regresaron corriendo debajo de los parasoles, dándose codazos para poder sentarse cerca de la narradora. Denise soltó a Melanie y a Wallace, que se sentaron a sus pies haciéndose los importantes.

—Señorita, ¿en el Imperio del Anillo había gente como Zantiu-Braun? —preguntó Jedzella.

Denise miró las preocupadas caras de su audiencia.

—No —les aseguró—. Había gente mala y seres malvados. Pero las leyes del Imperio del Anillo eran firmes y la policía, que no se dejaba engañar, siempre estaba alerta. Allí nunca sucedió nada parecido a la invasión de Zantiu-Braun.

Edmond se dio media vuelta para mirar a sus compañeros y suspiró al tiempo que se pasaba la mano por la frente. Los niños volvieron a sonreír, contentos porque el Imperio del Anillo permaneciera sacrosanto.

Denise se apeó del tranvía en la tercera parada que hizo en la calle Corgan, a varios cientos de metros por detrás del pelotón de Cueros. Sabía dónde se encontraban sin necesidad de aplicar sus sistemas descritos al banco de datos. Al poco, empezó a oír un desentonado canturreo.

> Killboy va conduciendo.
> ¡Mátalos! ¡Mátalos!
> Killboy está asando la carne.
> ¡Mátalos! ¡Mátalos!
> Los Cueros ya están bajo tierra.
> ¡Mátalos! ¡Mátalos!

Denise sonrió. No podía llevarse el mérito del fenómeno de Killboy; algún poeta anónimo del banco de datos lo había inventado el día de la llegada de los invasores, después de que el francotirador se cargara al primero. No obstante, a la causa le estaba viniendo que ni pintado.

Los culpables del canturreo eran los más jóvenes. Los respetables y responsables adultos que en circunstancias normales llamarían a la policía en cuanto vieran a un par de adolescentes ponerse a beber unas cervezas en la calle, ahora asentían y les animaban en silencio al pasar por la acera de enfrente.

Por eso había ido allí, para calibrar los ánimos de los habitantes de Memu Bay. No podía determinarlo si se limitaba a analizar los informes y los editoriales del banco de datos. A juzgar por aquella escena, sus conciudadanos tenían un lado oscuro que ella no asociaba necesariamente a los verdaderos liberales. Burlarse de unos hombres cuyo compañero y amigo había sufrido un espantoso accidente era un tabú que no deseaba ver caer. Le hacía sentirse un poco mal.

Llegó a la zona donde estaba el pelotón y se mezcló con los curiosos que lo seguían para ver cómo había reaccionado. Cuando sus neuronas descritas intervinieron el vínculo de comunicación, pudo ver y oír a los soldados con total nitidez. No hacían el menor caso a los cantos e insultos de la gente y no dejaban de hacer chistes obscenos sobre las chicas del público (ella incluida); también, enfocaban con el zoom de los sensores de los cascos las partes de la anatomía de las jovencitas que más atraían a cada uno. Además se reían de los hombres del público y de las deformidades que imaginaban

que ocultaban bajo los sospechosos pliegues de la tela de sus pantalones. Era el pequeño contrapunto que necesitaban para levantar la moral.

El pelotón llegó a una zona asfaltada situada junto a un enorme edificio de apartamentos que los niños utilizaban para jugar. Había una docena de adolescentes flacuchos jugando al fútbol. Detuvieron el partido para ponerse a mirar a los invasores.

La mayoría del público empezó a dispersarse y a refugiarse en las tiendas y bares de las cercanías, quizá intimidados por el espacio abierto. Denise se apoyó en la pared de una tienda que hacía esquina para ver desfilar al pelotón. Si lo seguía la descubrirían, además ya había averiguado lo que deseaba saber.

De repente uno de los muchachos chutó el balón con todas sus fuerzas. Casi golpea a uno de los Cueros, al Sargento, nada menos, pero consiguió esquivarlo. Denise pestañeó atónita cuando le vio estirar la pierna e interceptar el esférico al vuelo. Le dio unos toques con el pie y lo elevó unos metros. Después le dio un par de pases con la rodilla y se lo pasó con elegancia a uno de sus compañeros. Se alejaron pasándoselo el uno al otro.

Los adolescentes se quedaron mirándoles con gesto chulesco y los brazos en jarra, intentando demostrar lo duros que eran y lo poco intimidados que se sentían.

—Devolvednos el balón —gritó uno de ellos. Era el más alto y desgarbado y tenía la cabeza cubierta por una espesa mata de pelo moreno rizado.

—Claro —dijo el Sargento.

El joven retrocedió medio paso al oír la voz contenidamente amplificada del Cuero, que se dirigió hacia él al tiempo que continuaba dándole unos toques al balón. Se detuvo delante del adolescente, que cometió el error de querer coger la pelota. El. Sargento se la pasó por detrás y se colocó frente al siguiente muchacho. Éste también quiso recuperar el balón pero tampoco tuvo éxito. El Sargento era cada vez más rápido y los chavales se apiñaron delante de él para optar a su momento de gloria. Después de dar su oportunidad a otros tres de ellos, chutó el balón para pasarlo sobre sus cabezas. La pelota describió un arco perfecto y aterrizó a los pies de otro Cuero, que le dio una firme patada para estrellarla contra la pared que había entre las dos deslavadas líneas blancas que delimitaban la portería.

—Pan comido —dijo el Sargento alzando los brazos.

—¿Ah, sí? —protestó el joven larguirucho—. Llevas un Cuero, listo. Quítatelo y prueba otra vez.

Tras un momento de silencio, el traje del sargento se abrió por debajo del cuello. El adolescente se apartó asombrado al ver la cabeza del sargento retorcerse para salir por la abertura. La cara y el pelo le brillaban a causa del gel azul claro que los cubría, pero seguía sonriendo.

Denise se tapó la boca con la mano y suspiró con asombro. Aquella sorpresa barrió de un plumazo la calma con que había actuado hasta ahora en pro de la causa. Era él. ¡Él!

—Los trajes de Cuero nos hacen más fuertes —afirmó Lawrence con jovialidad—. No más hábiles. Aun así, no desesperéis, algunos tenéis cierto talento. Puede que dentro de veinte años estéis a nuestra altura.

—¡Que te jodan! —Gritó el muchacho—. Seguro que nos fusilaríais si no os dejáramos ganar.

—¿Eso crees? ¿Al fútbol?

—¡Claro!

—Pues entonces lo siento por ti. Te recuerdo que habéis sido vosotros los que nos habéis disparado.

El muchacho se encogió de hombros sin saber qué decir.

Lawrence le hizo un gesto amistoso con la cabeza.

—Si alguna vez os apetece probar suerte en un campo decente, venid a echar un partido. Preguntad por mí, Lawrence Newton. Asumimos el riesgo. Y si ganáis, da igual, os invitamos a unas birras.

—¿Estás de coña?

—No es ningún farol. —Lawrence le guiñó el ojo y se volvió a encerrar en el Cuero—. Nos vemos.

Muy listo, pensó Denise cuando el pelotón siguió su camino y dejó a los chicos paralizados y aturdidos. Todos los compañeros de Lawrence aprovecharon el vínculo de comunicación para hacerle la misma pregunta al mismo tiempo: *«¿De qué cojones vas?»*.

Por otro lado, se dijo, no cabía esperar otra cosa de él. Era astuto y además tenía un gran corazón. Alguien así siempre intentaría tender puentes que facilitaran la relación con sus enemigos.

Por fortuna, le dijo una vocecilla interior.

Apretó las mandíbulas con determinación. No importaba. No debía tratarle de manera distinta a los demás. La causa no lo permitía.

Volvió a cruzar la calle Corgan pensando cómo sacar provecho del partido de fútbol. Al fin y al cabo estaban en guerra, de modo que la amabilidad de su enemigo era un punto débil que debía explotar.

Myles Hazledyne odiaba esperar en la antesala. Daba igual la urgencia con que Ebrey Zhang lo llamara y lo furioso que estuviera, siempre tenía qué pasar por el mismo ritual. Se negaba a dejar ver cuánto le enfadaba eso, no quería darle el placer. Era la antesala de su despacho, en la que siempre hacía esperar a las visitas, ya fueran aliados o enemigos.

Qué obvio y estúpido resultaba establecer la verdadera figura de autoridad. Se preguntaba si se reirían de él por semejante cretinez.

Se abrieron las puertas y el edecán de Ebrey Zhang le hizo una seña para que entrara. Como de costumbre, el gobernador de Z-B estaba sentado tras el gran escritorio. Como siempre, Myles sintió que le hervía la sangre. Ponía de manifiesto la miserable capitulación de Thallspring.

—Ah, señor alcalde, gracias por venir. —La jovial sonrisa de Ebrey era tan falsa como maliciosa—. Siéntese.

Myles, sin hacer el menor gesto, ocupó la silla que había frente al escritorio. Un edecán se colocó junto a él.

—¿Sí?

—Hoy ha habido un desafortunado accidente de tráfico.

—Lo he oído.

Ebrey estiró el cuello instándole a que prosiguiera.

—¿Y?

—Uno de sus hombres ha resultado herido.

—En una sociedad civilizada, lo correcto sería decir algo del tipo: «Lo siento mucho». O: «Espero que esté bien». Simples modales, incluso aquí, imagino.

—El hospital dice que vivirá.

—Intente no parecer tan disgustado. Pues sí, se recuperará. No obstante, ya no podrá batallar. Nunca más.

Myles sonrió casi imperceptiblemente.

—Cuánto lo siento.

—No se esfuerce —dijo Ebrey con sequedad—. Pienso investigar el accidente muy a fondo. Mis hombres revisarán el equipo de primeros auxilios utilizado. Si descubren algo sospechoso, pienso utilizar alguno de los collares de buena fe. ¿Le sigue haciendo gracia, señor alcalde?

—No puede hablar en serio. Un camión se chocó contra una pared.

—Eso es lo que parece. Pero puede que sea así como querían que pensáramos. ¿Sus vehículos automáticos suelen tener muchos accidentes, señor diputado?

Myles no podía dejar de fruncir el ceño; nunca había oído hablar de ningún accidente de ese tipo.

—No estoy seguro.

—El último en el que se registraron heridos se produjo hace quince años; deberíamos retroceder muchos años más para encontrar una víctima mortal. Incluso la anticuada electrónica de sus vehículos los puede hacer circular sin el menor problema. Me parece una casualidad muy sospechosa.

—Son cosas que ocurren. No me diga que sus sistemas son infalibles.

—Ya lo veremos. —Ebrey activó una perla de escritorio y esperó a que la ventana se desplegara. Leyó los mensajes que fueron pasando hacia abajo—. Muy bien, veo que las plantas de Orton y de Vaxme todavía no han alcanzado sus máximos de producción. ¿Por qué es esto así, señor alcalde?

—La planta de Orton se estaba restaurando cuando llegaron. Usted ordenó que se volviera a poner en marcha antes de que los nuevos componentes se hubieran integrado como era debido. No sería de extrañar que cada vez produjera menos en lugar de más.

—Ya veo. —Golpeteó con un dedo la pantalla de la tarjeta, en la que aparecieron nuevos mensajes—. ¿Y Vaxme?

—No lo sé.

—Pero no me cabe la menor duda de que encontrará alguna excusa que lo achaque a los sistemas de ingeniería. Después de todo, en ningún caso podría tratarse de un error humano.

—¿Por qué iba a serlo? —preguntó Myles con serenidad. Sabía que empezaba a sacar a Ebrey de sus casillas y, en realidad, no le importaba.

—Restaure los niveles de producción —ordenó Ebrey con voz monótona —. Dispone de diez horas. Déjeselo muy claro. No van a tocarme los cojones con esto.

—Veré lo que puedo hacer.

—Estupendo. —Hizo una señal a los de la puerta—. Es todo.

—En realidad no. —Myles disfrutó al ver cómo se le avinagraba la cara Ebrey—. Ya se lo he pedido dos veces hoy a sus ayudantes, pero todavía no he recibido respuesta. No pretendo gritar que viene el lobo cada vez que tenemos un problema médico.

—¿Qué quiere?

—Necesito recuperar parte de los recursos del departamento de biomedicina de la Universidad. Usted se llevó a nuestros hombres más cualificados para que les ayudaran con esas nuevas vacunas que quería desarrollar en el centro de Madison.

—No puedo permitir que pierdan el tiempo con un puñado de alumnos retrasados que jamás han sacado más de un cero.

—No se trata de eso. El hospital ha registrado un par de ingresos de urgencia por enfermedad pulmonar.

—¿Y qué?

—Los médicos todavía lo tienen que confirmar, pero parece que se trata de una variante de tuberculosis. Nunca habíamos visto nada igual.

—¿Tuberculosis? —Preguntó Ebrey, extrañado como si Myles le hubiera contado un chiste de mal gusto en un funeral—. ¿Me toma el pelo? Esa enfermedad es historia. No resurge por generación espontánea en un planeta situado a años luz de la Tierra.

—Aún no sabemos con certeza lo que es. Por eso necesitamos el diagnóstico de los expertos.

—Oh, por el amor de Dios. —Apagó la perla de escritorio—. Se los presto por un día. Pero le hago responsable si después hay problemas en Madison.

—Muchas gracias.

La decoración del Boya Vieja era similar a la de los bares portuarios que Lawrence frecuentaba de joven, todos los cuales habían pasado de moda siglos antes de que llegara a la Tierra. Allí iba gente de todo tipo, aunque la repentina aparición de los pelotones de Z-B durante las últimas dos noches había ahuyentado a casi todos los asiduos. Cuando el primer pelotón entró

y dio unos golpes en la barra para pedir cerveza, el dueño quiso negarse. Ya lo habían previsto; el Sargento tenía una tarjeta de comunicación con un vínculo ya abierto al ayuntamiento. Después de sacar el tema de las licencias se acabaron los problemas y solo quedó resentimiento. Los pelotones ya estaban acostumbrados a todo eso, no era algo que les aguara la fiesta.

Lawrence y Amersy se sentaron bajo una sombrilla de paja de la terraza mientras el anaranjado sol se escondía tras el monte Vanga. Ambos bebían cerveza Bluesaucer helada directamente de la botella mientras los demás se divertían dentro el bar.

—¿Has oído lo del pelotón de Tureg? —preguntó Lawrence con voz pausada. Ninguno de sus hombres estaba cerca de ellos; cuatro de ellos estaban jugando al billar. Edmond estaba en uno de los reservados del rincón hablando con un local bien vestido, algo que por un momento molestó a Lawrence. Hal, cómo no, estaba sentado en la barra; llevaba una ceñidísima camiseta blanca que le marcaba todos los músculos y sonreía a todas las chicas que pasaban por delante de él.

—Sí, lo he oído —respondió Amersy—. La escotilla casi parte por la mitad al pobre Duson cuando intentaron abrir la vaina de aterrizaje. Estiman que el trasto estaba a una presión de diez atmósferas. La puta compañía se empeña en utilizar el material más barato.

—Eso son sandeces, lo sabes tan bien como yo. Una vaina no se puede presurizar de esa manera.

—Se produjo un escape en uno de los tanques de nitrógeno del sistema de control de reacción. La válvula se obstruyó. Cosas que pasan.

—¡Que la válvula se obstruyó! Se supone que esos cacharros se fabrican a prueba de fallos. Además el nitrógeno no se puede fugar al interior de la vaina, lo sabes.

—Puede, si las cosas salen mal.

—¡Por favor!

—¿Entonces qué?

—Y a Foran lo atropelló un camión que se había estropeado de repente, ¿no?

—¡Venga ya! —El parche de piel blanca que tenía en la mejilla se le oscureció. Se inclinó para acercarse a Lawrence—. No puedes hablar en serio —susurró—. ¿Cómo iban a sabotear una vaina de aterrizaje?

—Ya había traspasado los límites.

—¿Y qué? ¿Estás diciendo que la resistencia de Killboy se las ingenió para cambiar su trayectoria de descenso?

—No, claro que no. Se desvió un poco, a muchas les pasa. Esta permaneció una semana perdida en la jungla antes de que organizáramos una partida de recuperación. Tiempo de sobra para que la encontraran y amañaran los conductos del nitrógeno.

—Seguro que te equivocas, camarada. Eso solo lo podrían hacer si reventaran la seguridad de nuestro *software*.

—Exacto.

—Ni hablar. Estamos hablando de e-alfa. Nada puede desentrañar una encriptación así.

Lawrence no lo quiso relacionar con el programa Principal que todavía llevaba en su perla de brazalete. Todavía no lo había puesto a prueba contra e-alfa, aunque estaba claro que podría romper el *software* de segundo nivel de Z-B.

—Eso espero.

—Es imposible, Lawrence —afirmó casi suplicando—. Si pueden reventar el alfa, somos blanco fácil. Joder, ni siquiera hubiéramos podido abandonar la órbita.

—Cierto. —Lawrence dio otro trago; era la cuarta cerveza que se tomaba, o la quinta. No sabía mal del todo, estaba basada en alguna centenaria receta nórdica cuyo porcentaje de alcohol era mucho más elevado de aquel al que estaba acostumbrado—. Supongo que tienes razón. —El sol ya había desaparecido del todo, dejando un manto de profunda oscuridad tropical sobre Memu Bay. Las farolas y los carteles de neón empañaban con su neblina rosácea el cielo del puerto deportivo. Alguien había encendido una hoguera al otro lado de la playa. Miró al interior del bar y vio a sus hombres haciendo el tonto—. Míralos. Lideramos el mayor hatajo de perdedores de la galaxia.

—Son los mejores, lo sabes. Lo que pasa es que todos nos hemos quedado un poco conmocionados por lo de Nic, nada más.

—Puede. Pero esta unidad ya no es lo que era. Antes éramos suficientes para asegurarnos de que no hubiera camiones que se estrellaran ni vainas de aterrizaje que se presurizaran. Y nunca nos hubieran disparado como al bueno de Nic.

—Lawrence...

—En serio. De joven lo llevaba muy bien. Ahora ya he visto demasiado. Demasiado.

—Jesús, Lawrence, ¿no irás a joderme con la crisis de la mediana edad? ¿Verdad?

—No, no tiene nada que ver con eso.

—¿Dudas de tu trabajo, Lawrence? Si dudas te sugiero que te salgas al banquillo. No está bien que nos lidere alguien que se cuestione su trabajo. Podrías...

—¿Vacilar a la hora de apretar el gatillo? No voy a vacilar. Hace ya mucho tiempo que superé eso. El traje de Cuero es lo único que puede mantenernos cuerdos cada día. Nosotros no matamos a nadie, para eso ya está la tecnología. Derribamos al enemigo y le damos el peor dolor de cabeza de su vida, pero ese no es el problema.

—¿Entonces cuál cojones es?

—Mi vida. Sabes que no debería estar aquí. Hace muchos años tomé la decisión equivocada.

—Oh, joder. —Amersy dio un largo trago de cerveza—. ¿Otra vez lo de la chica aquella?

Lawrence se llevó la mano inconscientemente al pequeño colgante que llevaba bajo la camiseta.

—Cielo santo, qué estúpido fui. Nunca debería haberme marchado. Nunca.

—¡Lo sabía! ¡Maldita sea! ¿Pero cómo puedes lamentarte por la misma chica después de veinte años? Lawrence, camarada, yo ni siquiera me acuerdo de la última vez que eché un polvo, mucho menos del nombre de quienquiera que fuese aquella chica.

Lawrence se pegó la boquilla de la cerveza a la barbilla y sonrió.

—Sí que te acuerdas.

—Bueno, vale. Puede. Pero, Jesús... veinte años. Quiero decir, tu chica, se habrá puesto como una foca; será un ama de casa de algún barrio de las afueras que necesita inflarse a antidepresivos para poder levantarse cada mañana, que tendrá por lo menos dos ex maridos y puede que hasta tres o cuatro nietos correteando por ahí.

—Roselyn no, seguro que ha sabido aprovechar su vida; nunca fue tan imbécil como yo. Y en cualquier caso, ella solo era una parte de Amethi.

—Siempre hablas de ese planeta como si fuera una especie de paraíso. ¿Por qué te largaste?

—Ya te lo he dicho, soy un completo idiota. El mayor cretino que existe. Cometí un error. Lo tenía todo, sabes, pero no me di cuenta en aquel momento.

—Todo el mundo es así de adolescente. O sea, Cristo bendito, ya has conocido a mis críos.

—No te quejes, son buenos chicos. Tienes suerte de tener una familia así.

—Sí, no sé. Supongo.

Lawrence no podía dejar de sonreír. Joder, dos tipos poniéndose ciegos en un bar, hablando de sus familias y de cómo habían tirado su vida por la borda. ¿Existiría algo más patético?

—¿Lo dejarías? —preguntó con voz pausada, intentando que sonara casual.

—¿El qué?

—El pelotón. Seguridad Estratégica. Z-B. Todo. ¿Abandonarías si pudieras?

—Vamos, camarada, sabes que tengo familia. Mi participación no es lo bastante grande para sacarlos adelante si dejo de trabajar. No puedo dejarlo.

—¿Pero y si pudieras? Si no tuvieras que preocuparte de tu participación.

Amersy sonrió de oreja a oreja.

—Claro. Si pudiera salir de esta mierda, me largaría. ¿Y quién no?

—Bien —dijo Lawrence con satisfacción. Para llevar a buen término su misión en el interior, debía tener a Amersy de su lado—. Vamos a pedir más cerveza.

Edmond Orlov se acercó a ellos tambaleándose cuando los vio acercarse a la barra. Se agarró a Amersy para no caerse. Tenía una imborrable sonrisa beatífica.

—Eh, cabo, sargento, ¿cómo va eso? ¿No creéis que este es el mejor lugar del universo? Aparte de por el calor, claro.

Empezó a reírse entre dientes como un demente. Lawrence no le había estado prestando mucha atención, pero sospechaba que Orlov acababa de salir de los lavabos.

—Sabes, todavía es muy pronto —le dijo Amersy—. Tienes que aprender a controlarte, camarada.

—A sus órdenes. —Edmond quiso llevarse la mano a la sien para saludar pero falló en el intento—. Tienes razón, cabo. Pero no te preocupes, estoy en ello. —Se acercó dando tumbos a la gramola, en cuya ranura, con los ojos entrecerrados, consiguió introducir una moneda de crédito. Una rejilla de vídeo espiral se desplegó en la pantalla cilíndrica de la máquina. Edmond empezó a farfullar: «Oh, yeah» y «tú, nena, tú» al SA al tiempo que con el índice iba examinando las distintas rejillas. «Dame un poquito de eso. Oh, hermano, yo también quiero un poquito de eso». Los altavoces del techo empezaron a vomitar una aporreante música machacona. Edmond se apartó unos pasos de la gramola, cerró los ojos y empezó a agitar los brazos con una absoluta falta de coreografía.

Los habitantes de Memu Bay allí presentes empezaron a darse codazos unos a otros y a reírse del bailarín solitario. Los compañeros de su pelotón y los de otros pelotones se reían y aplaudían para que se moviera más deprisa.

—Necesito otro trago ya —dijo Amersy, que continuó su camino hacia la barra.

Lawrence miró por última vez a Edmond. Tendría que hacer algo con él. Pero no esa noche.

—Todavía están muy afectados —susurró mientras seguía para alcanzar a Amersy.

Hal todavía estaba sentado en su elevado taburete en medio de la barra. Sonreía a todas las chicas que veía entrar. Sus esperanzas siempre se evaporaban al instante. Las jovencitas que llegaban en grupo lo descartaban de inmediato y se reían por lo bajo mientras buscaban el rincón del bar lo más apartado posible de él. Los novios de las chicas lo miraban con cara de pocos amigos para que se mantuviera alejado. Todas las jóvenes sin pareja parecían disfrutar dedicándole la misma mirada desdeñosa.

—Me han estafado —le dijo Hal con voz lastimera a Amersy cuando el cabo se acodó en la barra e intentó llamar a uno de los camareros—. ¿Podemos llamar a un abogado para que demande a la gente de aquí?

—¿De qué coño estás hablando? —preguntó Amersy.

—De esto —resopló Hal. Miró hacia abajo.

Amersy se fijó en los pies del recluta.

—¿No te valen los zapatos?

—¡No! ¡No es eso!

—¿Qué ocurre? —preguntó Lawrence—. Hal, ¿todavía estás aquí? Pensaba que ya andarías reventando tu propio récord.

—Me han timado —admitió Hal con los dientes apretados. Levantó el brazo izquierdo. Llevaba una delgada banda negra alrededor de la muñeca —. No ha pitado en todo el rato que llevamos aquí. Aquel hijo de puta me ha robado ochenta putos créditos.

Lawrence tuvo que contenerse una carcajada.

—¿Eso es lo que yo creo que es, Hal?

—No es ilegal, Sargento —protestó Hal—. El tipo de la tienda me aseguró que aquí todo el mundo lleva ASPs.

—Muy bien. Entonces puede que sea solo que aquí no haya ninguna chica con tus... preferencias.

—Tiene que haberlas —gimió Hal con desesperación—. Lo configuré para que cualquier chica fuera válida. Si no les molo, de acuerdo. Pero este puto trasto tiene que funcionar.

Por fin Amersy consiguió pedir otra ronda de Bluesaucer.

—Ten paciencia —le aconsejó Lawrence.

—Si ya llevo aquí una hora. Y Edmond me recomendó este sitio.

—¿Qué te dijo?

—Que les gustan... —Hal miró a un lado y a otro para asegurarse de que nadie más le estaba escuchando y después bajó la voz—. Que aquí les van los tríos.

Lawrence resopló. Debería haber supuesto que sus hombres interpretarían aquella leyenda urbana a su manera—. Se llaman trimatrimonios, Hal. No es lo mismo.

—Ya, pero primero tendrán que acostumbrarse, experimentar.

Lawrence le pasó un brazo a Hal por los hombros en gesto amistoso.

—Escucha, sigue mi consejo, niñato, olvídate de la pulsera y de los trimatrimonios esta noche, ¿vale? Sé tú mismo. Tienes un montón de tías por aquí. Levántate, acércate a una y pídele que baile contigo. —Le señaló la pista de baile, lo que quizá tampoco fuera lo más apropiado. Había dos reclutas haciendo el tonto junto con un completamente ausente Edmond, cuyos ridículos movimientos imitaban con grotesca exageración. Ambos sostenían en alto sus botellas de cerveza, de las que manaba un

interminable río de espuma. El público los vitoreaba—. O que acepte una copa —añadió Lawrence de inmediato—. No importa lo que les digas, mientras les digas algo. Confía en mí.

—Supongo que sí —gruñó Hal con hosquedad. Miró la pulsera ASP y volvió a desear que se encendieran todas sus lucecitas de una vez. La pequeña pantallita no varió en ningún momento su obstinado color negro.

—Buen chico. —Lawrence y Amersy cogieron sus cervezas y huyeron de nuevo a la terraza.

Después de una hora observando, Jones Johnson ya le había pillado el truco a la mesa de billar. Uno de los agujeros del medio tenía una banda desgastada que había que controlar si tirabas desde arriba y estaba claro que el tablero estaba inclinado por la parte de la esquina izquierda de abajo. Ahora que ya sabía todo eso, podía empezar a apostar. Sin duda con sus compañeros de pelotón y, con un poco de suerte, con algún local que se pensara que era el rey de aquel puto billar.

La mayor parte de sus compañeros de pelotón se fueron acercando a mirar a medida que avanzaba la velada y le felicitaban o le consolaban según las bolas iban entrando o no por los agujeros. El Boya Vieja empezó a llenarse al oscurecer. Los pelotones que habían estado allí la noche anterior les dijeron que los locales se habían mantenido apartados. No así aquella noche.

Las partidas continuaron. Tres victorias. Dos derrotas (una estratégica). A Karl, Odel y Dennis se les antojó probar la comida basura de la casa. Pidieron los platos más grasientos para apagar el sabor a meada dulzona de la cerveza de Memu Bay, sin retirar sus tacos de la mesa.

Dos horas más tarde, Edmond empezó a agotarse. Se salió de la pista de baile y se repantigó en una silla, con los brazos cruzados sobre el pecho y tiritando como si la noche hubiera hecho soplar una brisa ártica desde la playa. Jones se alegró mucho. Siempre le daba vergüenza ajena que Edmond se pusiera a bailar, pero cuando se calentaba, era mejor que lo vigilaran. Y todos se habían dado cuenta de que Lawrence ya le había visto... antes de que el sargento y Amersy salieran a apalancarse juntos. Tampoco era que importara demasiado, allí debían cuidar unos de otros tanto como cuando salían a patrullar. En eso consistía ser compañeros de pelotón.

Incluso el niñato, que ya se había emborrachado lo suficiente para salir a la caza de chicas. Nadie podía oír bien lo que les decía, pero no dejaba de señalarse la pulsera negra que llevaba cada vez que empezaba a hablar con una distinta. Todas las chicas a las que se dirigía le despedían con un gesto de repulsión o le daban la espalda. La pista de baile estaba hasta arriba de gente. Jones, cuya puntería ya había empezado a fallar a causa de la bebida, decidió ir a probar suerte entre los sudorosos cuerpos que allí se contoneaban. Cuando el disc-jockey del Boya Vieja sustituyó a la gramola, los ánimos del público se fueron calentando cada vez más. Había verdaderos bomboncitos con minifalda por allí. El periodo de inactividad se había alargado demasiado desde que salieran de Cairns.

Jones saltó a la pista de baile acompañado de Lewis y Odel. Incluso a pesar de la cerveza, conseguía moverse con un ritmo aceptable. Había una chica que llevaba un vestido escarlata de mangas y falda más bien cortas que no dejaba de sonreírle. Era demasiado joven, todavía adolescente. Lo cual le ponía aún más cachondo.

Bailó con ella durante un par de minutos, después la rodeó con los brazos y empezó a besuquearla. Ella se mostraba igual de ansiosa y dejó que Jones la acariciara el culo mientras le sondeaba la garganta con la lengua. La joven también estiró la mano y le sobeteó los huevos. En ningún momento se cruzaron una sola palabra.

Chillidos. Gritos de rabia junto a la pista de baile. Cuerpos que se sacudían con violencia, como si los estuvieran empujando. Jones estiró el cuello para mirar alrededor.

—Oh, joder.

Era el niñato. Había querido probar suerte con una chica que estaba con un grupo. O no se había asegurado o estaba demasiado borracho para darse cuenta: el novio. Que además estaba respaldado por media docena de amigos.

Borracho o no, Hal estaba lo bastante preparado para reaccionar automáticamente a un empujón. Aprovechó la energía del impacto, se giró, estiró el brazo, golpeó con la mano extendida. Les gritó a aquellos hijos de puta que ni lo intentaran. Ellos le insultaron con rabia por ser un puto alienígena. Dos se abalanzaron sobre él. Hal adoptó la posición de autodefensa, colocando a la perfección brazos y piernas. Parecía bastante ridículo mientras la gente que bailaba borracha a su alrededor no dejaba de darle empujones.

Entonces comenzó la primera lluvia de puñetazos. Una chica se desgañitó de tanto gritar. Hal sintió una satisfactoria vibración en el antebrazo cuando Je hundió los nudillos a alguien en la caja torácica. Un puño aterrizó en su mejilla. Enseguida se le puso como un tomate. Se tambaleó y consiguió mantenerse en pie al apoyarse en la gente que había detrás de él. Un hilillo de sangre empezó a manar de la comisura de su boca.

Entonces toda la clientela del Boya Vieja se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Los locales veían a un invasor (el pervertido que llevaba toda la tarde molestando a las chicas) atacando brutalmente a uno de sus amigos. Los reclutas del pelotón veían que habían rodeado a uno de sus cantaradas para molerlo a palos.

Una manada de cuerpos se sumó a la lucha.

Jones se abrió paso entre la masa. Le cosieron los riñones a codazos. Empezó a repartir patadas. Le quisieron abrir la cara con una botella rota. La esquivó, se giró y redujo al atacante con una llave de *kick boxing*.

Alaridos. Sed de sangre. El disc-jockey subió al máximo el volumen de la música. Puñetazos y puntapiés por doquier. Golpes al azar. Poco a poco, la gente empezó a corear: Killboy.

Una chica se encaramó a la espalda de Jones y le mordió la oreja. El recluta gritó de dolor, agarró a la joven y la lanzó contra una columna. Vomitó mientras caía al suelo. Vio a Lawrence salir de la terraza tambaleándose. Alguien sacó un destellante cuchillo.

«¡Sargento!». Tras él alzaron una silla, que no consiguió enfocar demasiado bien. Jones estiró el brazo para detenerla, tarde. El respaldo de madera maciza se partió al impactarle en la frente. Lluvia de estrellas. Enseguida escampó.

Lawrence consiguió esquivar la cuchillada. En algún rincón de su cerebro se maquinó el contraataque perfecto; una especie de jugada de ajedrez que le permitiría desarmar y someter a su atacante con un solo dedo. O casi. Se carcajeó con júbilo al intentar decidir qué pose de luchador de kung-fu poner. Por desgracia, en ese instante alguien saltó a la pista de baile y se lanzó contra sus piernas para hacerle perder el equilibrio. Lawrence se golpeó contra la pared. «Ouch... ¡Eh, eso duele un huevo!». Se carcajeó otra vez. Entonces hizo una perentoria pausa para devolver. Una chica que había a cuatro patas a su lado gritó de asco cuando le regó su

vestido rojo de minifalda. Le dio un vengativo puñetazo y se puso de pie. Lawrence le hizo un gesto con la mano e intentó disculparse. Sintió que debía hacerlo. La perdió de vista y volvió a vomitar. Hacía siglos que no se veía envuelto en una buena pelea de bar. Eso sí, la última vez había sido todavía más salvaje.

La policía, acompañada de dos pelotones de Cueros, llegó al Boya Vieja cuatro minutos después de que el propietario diera la alarma. Para entonces ya había gente peleándose incluso en la calle. Algunos se estaban dando de puñetazos en el agua, donde, según lo borrachos que estuvieran, se revolvían con más o menos frenesí.

—Deténganse de inmediato —ordenó el sargento mayor. Incluso a pesar de que el Cuero le amplificaba la voz, nadie le prestó atención. Una lluvia de botellas cayó sobre los Cueros.

Ambos pelotones se distribuyeron en semicírculo alrededor de la reyerta. El sargento mayor desenganchó uno de los voluminosos botes que llevaba en el cinturón y lo alzó inclinándolo levemente hacia el Boya Vieja. Se oyó un ruido sordo procedente de uno de los extremos. Se desplegó la red que contenía, una malla de finas hebras que refulgía como una nebulosa plateada mientras se iba desplegando en pleno vuelo para atrapar a los alborotadores. Las hebras se adhirieron tanto a su ropa como a su piel, inmovilizándolos. Nadie se dio cuenta. Entonces una descarga de varios miles de voltios se distribuyó por sus fibras. La gente empezó a gritar y a sufrir parálisis muscular. A muchos se les amorataron las extremidades y les salieron chispas de los dedos y del pelo. Entonces las moléculas conductoras de las hebras se disociaron y la descarga cesó.

Al principio ninguno de los electrocutados era capaz de articular palabra, no podían dejar de retorcerse. Segundos después empezaron a boquear en busca de aire fresco. Los miembros no dejaban de temblarles. A nadie le quedaban ganas de seguir peleándose. Los locales miraban atemorizados al grupo de Cueros recién llegados. Los reclutas que también habían quedado atrapados por la red sonrieron tímidamente y levantaron las manos.

—Gracias —dijo el sargento mayor con voz enérgica—. Quedan todos arrestados. Por favor, aguarden aquí. —Caminó hacia la puerta del bar. Dejó caer el bote ya vació de la red, que rodó con estrépito por el camino de piedra. Desenganchó otro bote del cinturón y se detuvo en la entrada—. ¡Todo el mundo quieto! —gritó. La nueva telaraña capturó a todos los que estaban dentro del Boya Vieja.

Cuando Lawrence se despertó sintió que apenas le quedaban unos segundos de vida. Le habían abierto la cabeza de tal manera que bien podría refugiarse en ella una manada de elefantes. Gimió débilmente y se retorció de dolor. Craso error. Sintió fuertes arcadas. Al llevarse las manos a la cara notó que de las comisuras de la boca le brotaban sendos hilillos de vómito. —Oh... los huevos de Cristo.

La luz era taladradoramente brillante y le quemaba hasta el último rincón de su cerebro licuado. Más que gemir, lloró cuando abrió los ojos al mundo. Aunque tampoco es que pudiera abrirlos mucho.

Lo habían dejado tirado en el puto infierno. Estaba tumbado sobre el suelo de finas baldosas grises de lo que parecía una demasiado iluminada sala de espera de un aeropuerto. Había largas filas de sillas de plástico rojo atornilladas al suelo. Como él, había gente tirada de cualquier manera por todas partes. Algunos estaban heridos y se presionaban sobre los cortes o los ojos con vendas que no tardaban en teñirse de color rojo. Había chicas vestidas con ropa ceñida apoyadas las unas contra las otras; unas estaban dormidas y otras tenían la mirada perdida en el infinito. Otros dormían tirados en el suelo. Al menos parecía que estaban dormidos, ninguno parecía realizar el menor movimiento. Varios Cueros montaban guardia alrededor de todo el lugar, como majestuosas y silentes gárgolas. En ese momento Lawrence lo recordó todo. La reyerta. Solo era la sala de espera de un hospital, entonces. Todavía no había caído a los infiernos.

Muy poco a poco, se echó sobre un costado y se fue incorporando. Todo el dolor se concentró en el mismo lado de la cabeza. Hizo una mueca y se llevó la mano a ese punto. Tenía un abultado y sensible chichón justo detrás de la oreja izquierda. Amersy estaba sentado en una de las sillas rojas contiguas. Se le había puesto gris la mejilla blanca; tenía ambos ojos inyectados en sangre. Se estaba apretando la frente con una bolsa de hielo. Le temblaban los hombros.

Lewis, Odel, Karl y Dennis estaban en las sillas más cercanas; Odel llevaba la mano derecha enfundada en una vaina azul de primeros auxilios, a Karl le habían roto la nariz y tenía los labios y la barbilla cubiertos de sangre. Edmond estaba tirado en el suelo, acurrucado a los pies de Karl.

—Oh, mierda —tosió Lawrence—. ¿Qué...?

—Nos enredaron —masculló Lewis—. El dueño llamó a los polis.

—Ah, estupendo. —Se detuvo para coger más aire—. ¿Está todo el mundo bien?

—Claro. Les estábamos dando bien por el culo hasta que llegó el séptimo de caballería y cargó contra todos. Joder. Hostias, ¿de qué lado están?

Lawrence no le iba responder a esa pregunta.

—¿Cuál es nuestro estado?

—El niñato está con el doctor ahora. —Amersy señaló con el pulgar a las cortinas del fondo de la sala—. Nada grave, al menos ningún hueso roto. Además no podemos irnos hasta que los médicos nos examinen a todos.

—Genial. —Miró a su alrededor para ver si tenía a su alcance alguna almohada sobre la que poder apoyar la cabeza—. ¿Dónde está Jones?

—Sabe Dios.

—Buena señal. Ya volverá. —El esfuerzo que suponía hablar y pensar resultaba extenuante—. Avisadme cuando me toque. —Volvió a apoyar la cabeza sobre las baldosas.

La enfermera parecía de lo más comprensiva. Lawrence no podía determinar cuánto tiempo había transcurrido cuando lo llamaron a una cortina para reconocerlo y limpiarlo. Supuso que el día acababa de empezar.

Cuando la enfermera le examinó el chichón, el SA médico informó de que no había sufrido conmoción cerebral.

—Pero cuando uno de los doctores humanos quede libre, lo llamaré para que analice la imagen —le dijo—. Solo para asegurarnos.

—Gracias.

—Solo será un momento. Ahora mismo están muy ocupados —le ayudó a colocarse sobre un costado y le sacó la mugrienta camiseta por la cabeza.

—Lo siento.

—No importa. No lo empezaste tú, ¿o sí?

—No, pero debí haberme dado cuenta de que ocurriría.

La enfermera empezó a frotarle el chichón con una especie de desinfectante helado. Lawrence gruñó al sentir aquella sustancia sobre la piel.

—Cualquier idiota lo habría adivinado.

—Entonces yo soy el más idiota, se supone que estoy al cargo.

—Al cargo, ¿eh? —Le presionó la herida con una gasa para enjugar el exceso de líquido.

—Sí, ya sé. Oye, no tendrás algo para el dolor de cabeza, ¿no?

—¿Dolor de cabeza o resaca?

—Ambos. Parece que están jugando un partido con mi cerebro.

—No me extraña. Aguanta aquí. —Le cogió la mano y se la llevó hasta la gasa. Lawrence no podía mirar más arriba de los zapatos a la enfermera mientras esta caminaba hacia la vitrina que había junto a una pared.

—¿Ha habido algún herido grave? —le preguntó.

—¿De qué bando?

—De ambos.

—Tres puñaladas profundas. Cirugía estética de callejón, a una chica le han rajado la cara...

—Oh, mierda.

—...varios huesos rotos. Y ese arma de electrocución que utilizáis ha provocado que muchos todavía sufran espasmos. Eso sí, no ha muerto nadie. Supongo que debemos agradeceros ese pequeño favor. —Le tendió un par de cápsulas púrpuras y un vaso de agua—. Tómate esto.

Se las tragó sin preguntar. Hasta entonces no se dio cuenta de lo confiado que había sido. La política de Seguridad Estratégica era muy estricta en lo que a aceptar los medicamentos de los médicos se refería, sobre todo cuando no era cuestión de vida o muerte.

La cortina se plegó de golpe y el capitán Bryant irrumpió en el cubículo. Llevaba el traje completo; la tela malva claro indicaba que se sentía colérico.

—Así que está aquí, Newton.

—Disculpe —dijo la enfermera—. Estoy atendiendo a este hombre.

—Ya se siente mucho mejor. —Bryant sostuvo la cortina para indicarle a la enfermera que se esfumara—. Ya es suficiente.

La enfermera le miró con desprecio y salió.

—¿Le importaría explicarme lo ocurrido, Sargento?

—¿Señor?

—¿Qué cojones ha pasado esta noche? Les dejo salir a tomarse una cerveza tranquila y lo siguiente que llega de ustedes a mis oídos es que han vuelto a montar la de Santa Chico.

—Se produjo una riña. Sobre una chica, creo. Todo empezó ahí.

—Entonces no debería haber *empezado*. Por el puto amor de Dios, se supone que su cometido es evitar este tipo de altercados.

—Lo cierto es que yo no me encontraba presente, señor. De lo contrario hubiera intervenido.

—Usted tendría que estar en todas partes. Es su sargento. Dependo de usted para mantener el orden.

—Estábamos fuera de servicio.

—Ni se le ocurra venirme con ésas. Su trabajo va mucho más allá de los deberes oficiales, lo sabe muy bien. Y si no, no debería lucir esos galones.

—Señor —gruñó Lawrence con toda la rabia de que fue capaz. De no haberse sentido tan débil, no hubiera dudado en mandarle a la mierda y partirle la cara.

—A ver, ¿dónde está Jones?

—¿Señor?

—Jones Johnson. ¿Se acuerda?

—Pensé que había regresado al cuartel.

—No se ha presentado y la policía no lo apresó junto con los demás. ¿Dónde está?

—No lo sé, señor. ¿Ha preguntado en el registro del hospital?

—Por supuesto que sí.

Lawrence se frotó los ojos. Las cápsulas parecían ir surtiendo efecto, al menos se le estaban pasando las náuseas. Pero se sentía agotado.

—Oficialmente no tiene que fichar hasta las seis en punto, señor.

—No se haga el listo conmigo, sargento, no le han inflado lo bastante el coeficiente intelectual. Jones es el único que falta y está bajo mis órdenes. ¿Se hace una idea de en qué mal lugar me deja a mí? Después de esta absoluta debacle, no quiero más tonterías. ¿Entendido?

—Lo que quiero decir, señor, es que si se marchó del lugar antes de que apareciera la policía, lo más probable es que ande por ahí con alguna chica.

—Más le vale. Quiero que coja a lo que queda de su pelotón y que regresen al cuartel *ipso facto*. Se les doblarán las tareas del cuartel y tendrán que pagar todos los desperfectos del Boya Vieja. Además en su informe incluiré una queja oficial. Ahora póngase en marcha, Newton.

El capitán salió dando grandes zancadas y volvió a correr la cortina de mala gana.

Lawrence le hizo un corte de mangas y gimió de dolor mientras se iba dejando caer con el máximo cuidado sobre la camilla de reconocimiento.

Jones Johnson sintió un insoportable dolor en las muñecas y en la espalda al despertarse. A pesar de ello, estaba aterido de frío.

No era de extrañar. Estaba desnudo y tenía las muñecas apresadas por lo que parecía una especie de esposas que colgaban de un marco oval. Los tobillos también los tenía bien sujetos contra la base del mismo marco. No había nada más en toda la sala. Solo una sencilla puerta de madera que quedaba a su izquierda. Las paredes eran de cemento enjalbegado y el suelo alguna suerte de esponjosa estera negra.

Tiró de las esposas por instinto. Quienquiera que haya fabricado este marco sabía lo que se hacía. Su libertad de movimiento era muy limitada.

Lo peor era que no podía recordar cómo había llegado hasta allí. En el Boya Vieja había estallado una pelea multitudinaria. Recordaba el destello de la hoja de un puñal. ¿No había visto también una silla?

«¿Qué coño pasó después de aquello?».

El breve forcejeo con las esposas le dejó extenuado. Entonces sintió que la frente le latía con intensidad y supo que le habían dado un fuerte golpe.

—¡Eh! —gritó—. ¿No me oís? ¿No hay nadie? Eh.

Se quedó un rato mirando a la puerta esperando a que entrara alguien a ver qué era aquel alboroto. Nada.

Será un burdel, pensó, un garito de sadomasoquistas, nada más. Perdí el conocimiento y esos cretinos de Karl y Lewis pagaron para que me trajeran aquí. En cualquier momento aparecerá alguna *dominatrix* que empezará a azotarme en el culo con una vara. Cabrones.

—Eh, vamos, colegas, esto ya no tiene ninguna gracia.

Siguió sin suceder nada. No se oía el murmullo de fondo del tráfico, no se escuchaba voz alguna. Hijos de puta.

Además tenía que mear. ¡Joder!

Nadie hubiera creído que en Memu Bay había una casa de putas especializad en semejantes desviaciones. Dejó de pensar en eso.

Un poco más tarde se abrió la puerta.

—¡Joder, ya era hora! —gritó Jones—. ¡Venga, sacadme de aquí!

Entonces apareció un hombre ataviado con un mono azul marino. No le prestó la menor atención. Llevaba un gran contenedor de cristal, muy pesado al parecer, que posó en el suelo, junto a los pies apresados de Jones.

—¡Eh! Eh, tú —exclamó Jones—. ¿Qué coño estás haciendo? Eh, di algo. Háblame.

El hombre se dio media vuelta y salió de la sala.

Jones se revolvió todo lo que pudo. Fue inútil, las esposas no cedieron en absoluto. Pero no había cerrado la puerta.

—Escucha, lo que te hayan pagado, lo doblo.

El hombre volvió a entrar, cargado con un contenedor de cristal idéntico al primero.

Jones notó que estaba sudando. El corazón le latía de una manera que alertaba a su subconsciente de que las cosas no iban nada bien. Pero no podía admitirlo porque ello hubiera sido como dejar que los nervios y el pánico se apoderaran de él.

—Por favor —preguntó—. ¿De qué va todo esto?

Pero el hombre había vuelto a desaparecer. No quería reconocerlo. No podía ser. Killboy no. Que no se trataba de una broma que Karl y Lewis hubieran planeado estando borrachos. Que había sido el mayor imbécil del universo al dejarse atrapar por un grupo de fanáticos de la resistencia.

—Pero si yo no sé nada —susurró—. No sé nada.

La época de las torturas había quedado atrás hacía siglos. Muchos, muchos siglos. Ahora se aplicaban un montón de drogas y técnicas distintas, disponibles para los modernos cuerpos policiales y de seguridad mejor equipados y financiados. ¿Es que no las conocían en Thallspring? ¿En la subdesarrollada y primitiva Thallspring?

Se quiso convencer a sí mismo de que daba igual porque Z-B estaría poniendo la ciudad patas arriba para encontrarlo. El Sargento no dejaría

que se detuvieran. Cuidaba de sus hombres. El bueno del Sargento. En cualquier momento el pelotón reventaría los goznes de la puerta y entraría como una apisonadora para rescatarlo.

El hombre mudo volvió a entrar con un tercer contenedor. Esta vez trajo además un tubo de plástico transparente enrollado que colocó alrededor del cuello corto del contenedor. Jones se quedó mirándolo y su rabia empezó a teñirse además de amargura y resentimiento. El instrumental debía de ser para aplicarle un enema. Lo iban a violar. Seguramente entre varios. Para darle su merecido, para partirlo en dos.

Apretó los puños y tiró con desesperación.

—Dios, no. No. No.

Las lágrimas estuvieron a punto de saltársele y humedecer su retorcido rostro.

—¿Por qué yo? ¿Por qué me habéis elegido a mí? No es justo. No es justo.

El hombre desapareció de nuevo y en esta ocasión sí cerró la puerta. Jones sollozó, liberando la tensión de su cuerpo, que dejó colgando dolorido del marco.

—Por favor —dijo en medio de la habitación vacía—. No soy nadie. No soy importante. Esto no es necesario. Por favor.

Después empezó a lloriquear. Hundido y patético. El adiestramiento antiinterrogación de la Tierra había consistido en mantener la entereza. En cómo soportar el cansancio y la presión, en que no te descubrieran al mentir. Mera instrucción. No era la realidad. Todo es muy distinto cuando te atrapa una banda de terroristas sicóticos que te desnudan y te atan como si fueran a crucificarte. Cuando te sientes tan vulnerable que le venderías tu alma al diablo, en el que tanto necesitas creer ahora. Porque no existe otra salida.

¿Dónde están? Maldita sea, ¿dónde está el pelotón?

—Cada uno es importante a su manera, señor Johnson.

Jones levantó la cabeza al instante. Había una chica preciosa en medio de la sala; cualquier hombre se enamoraría de su estrecha cara aplanada, enmarcada por su espesa cabellera morena. Se movía con gracilidad mientras daba vueltas a su alrededor para examinarlo desde todas las perspectivas posibles. No dejaba de tocarse el anillo de oro que llevaba en el dedo índice. —Por favor —rogó Jones—. Déjeme marchar.

—No —dijo la chica de un devastador y terminante modo.

—¡Por qué! ¡Qué sois!

—En esta fase de nuestra misión, supongo que podría considerarme una anarquista revolucionaria. Mío es el deber de sembrar el caos y la agitación por toda Memu Bay.

—¿Cómo? —farfulló Jones.

La joven sonrió de manera inapreciable y dio un paso hacia él. A Jones le pareció que la situación empezaba a cobrar un carácter demasiado sexual. Entonces la chica cogió el tubo. Introdujo con cuidado un extremo en la parte superior de uno de los contenedores. Después empezó a desenrollar el resto.

—Por favor, no —rogó—. Dios, por favor.

—Apenas sentirá dolor —le consoló la chica—. No soy ninguna sádica, señor Johnson.

Jones apretó las nalgas instintivamente.

—Le diré todo lo que quiera saber. Pero... no lo haga.

—Lo siento. No lo hemos traído para interrogarlo. Ya sé mucho más sobre el universo de lo que usted jamás soñó que pudiera existir.

Jones la miró y se alarmó al darse cuenta de que no era una revolucionaria, sino que simplemente estaba loca. No le hubiera extrañado que fuera de esa clase de posesos que salen a bailar a la luz de la luna con la mirada perdida. Que un ser tan hermoso tuviera un alma tan demente era uno de los crímenes más nefastos que el universo podía cometer.

—Morirá gente —gimió Jones—. Su gente, esa por la que se supone que lucha. ¿Es eso lo que quiere?

—No va a morir nadie. Zantiu-Braun nunca averiguará si usted ha muerto o no. El dilema les corroerá la conciencia. Ese es mi objetivo.

La joven colocó el otro extremo del tubo junto al cuello del prisionero. Jones comprobó horrorizado que el cabo tenía la misma forma que las boquillas circulatorias de los Cueros. Se ajustó a la perfección en la válvula de la carótida.

—No le servirá de nada —protestó Jones con voz ronca—. Si me quiere muerto, tendrá que hacerlo por las malas. ¡No es tan fácil, zorra!

—Adiós, señor Johnson. —Miró su anillo.

Jones se carcajeó en su cara. Aquella furcia de mierda no sabía que las válvulas estaban protegidas mediante e-alfa. Su risa fue dando paso poco a

poco a un grito agónico cuando vio su preciosa sangre correr por el tubo hasta derramarse dentro del contenedor.

Jones vio estremecerse a la joven. Sus ojos llorosos delataban la vergüenza que sentía.

—Debe saber —le anunció la chica— que su esencia se elevará y florecerá en un mundo libre de dolor. Se lo prometo. —Dicho esto, se dio media vuelta y desapareció.

Jones la mandó al infierno y la maldijo de todas las maneras posibles. Gritó. Suplicó. Lloró.

Su sangre continuaba fluyendo por el tubo.

Resiste, pensó. Los muchachos aparecerán de un momento a otro. No pierdas el conocimiento. Me rescatarán. Mis amigos. Todavía queda tiempo. Siempre queda tiempo.

El primer contenedor se llenó. La sangre seguía corriendo por el tubo mientras su corazón continuaba latiendo sin perder la esperanza.

Poco a poco el mundo se fue convirtiendo en una postal en blanco y negro cada vez más desvaída.

OceanofPDF.com

Capítulo 9

El viaje de Lawrence a la Tierra duró varias semanas. No sufrió los ataques de claustrofobia y los mareos que se convertirían en la rutina de todos los vuelos que realizaría después. No solía salir mucha gente de Amethi; solo había ocho pasajeros de este planeta a bordo de la *Eilean* cuando esta activó su unidad de compresión. Esto significaba que solo había activa una rueda de ventilación, pero aun así disponía de un camarote familiar para él solo y podía pasearse a sus anchas por el resto del lugar. La tripulación tendía a ignorarlo porque lo consideraban un mocoso millonario cuya indulgente familia miembro del Consejo le había pagado él vuelo y un viaje de ocio por la Tierra. Ni siquiera se mezcló con los demás pasajeros, ultra-ejecutivos de McArthur que se pasaban todo el tiempo conectados con sus SA personales. Invirtió en el gimnasio todo el tiempo que quiso y el resto de las horas de vigilia se las pasó buceando por la nutrida biblioteca multimedia de la nave.

Más adelante decidió que había sido como uno de esos viajes de la edad de oro espacial, tranquilo y entretenido. El único equivalente posible lo encontraba en los desplazamientos en las aeronaves de la tercera década del siglo XX, si bien en ellos debían de haber servido mejor comida. Además seguro que también ofrecían mejores vistas.

Hubiera sido perfecto si hubiera podido olvidarla. Pero la soledad y el relativo aislamiento convertían el recuerdo más vago en un imposible sueño. El color de una determinada pantalla le podía sugerir el de algún vestido de Roselyn que tuviera exactamente el mismo tono turquesa. Siempre que comía algo, ya lo había compartido con ella antes. Los menús

de la biblioteca multimedia le hicieron evocar las horas que se pasaron navegando juntos por sus contenidos, acurrucados el uno en brazos del otro en el sofá de su guarida.

Surcar el espacio, el sueño de su vida, murió enterrado por el amor de su vida. Qué cruel ironía.

No obstante, la Tierra no le decepcionó. Durante el vuelo de tránsito orbital desde Glencoe Star, base del punto Lagrange de McArthur, se pasó casi todo el tiempo con la cara apretada contra las ventanillas de los cuatro miradores de la nave viendo cómo el planeta se hacía cada vez más y más grande, dichoso en su ignorancia del peligro de radiación. Al partir le pareció que ver empequeñecer a Amethi sería la vista más maravillosa de su vida, con su superficie teñida de variados tonos ocres, grises y blancos, y con el tenebroso resplandor de Nizana reflejado en el Barclay. Pero la Tierra, con su vibrante remolino de colores vivos, hizo que el corazón le doliera de emoción a medida que se iba haciendo más grande y brillante. Aterrizó en la Xianti, disgustado debido a la ausencia de ventanillas.

El principal puerto espacial de McArthur era Gibraltar. Los habitantes del Peñón seguían defendiendo con tozudez su independencia de España y de la Unión Europea. El consejo de su gobierno había cerrado un trato con McArthur consistente en impuestos liberales a cambio de inversión para infraestructuras; en el mismo se incluía una cláusula que determinaba que los unos no interferirían en los asuntos de los otros ni les exigirían responsabilidades.

Lawrence no se preocupó demasiado de la situación política. En cuanto salió de la nave y accedió a la sala de llegadas (donde llamó la atención de los guardias de seguridad, a los que no les hizo mucha gracia dejar que un miembro de una familia del Consejo se paseara solo por ahí) solo quería salir a la calle y respirar el romanticismo del Viejo Mundo. Se alejó del edificio de la terminal, erigido sobre la antigua base de las Fuerzas Aéreas Británicas, y caminó hacia la vasta pista de naves que había construido la compañía, una franja asfaltada de cinco kilómetros de longitud que llegaba hasta la orilla del mediterráneo. Permaneció horas encaramado a los cantos rodados que bordeaban la pista, contemplando el mar con deleite. España estaba escondida al otro lado; sobre el horizonte asomaba una finísima y continua hilera de urbanizaciones que abarcaba toda la línea de costa, al fondo de la cual se veía una serie de moteadas colinas pardas que asomaban por encima de un enjambre de edificios de muros enjalbegados.

África, que se ocultaba tras la orilla opuesta, dejaba ver una oscura franja informe que subrayaba la frontera entre el mar y el cielo.

Por algún extraño motivo, quizá por lo apresado que había terminado sintiéndose por Amethi, la Tierra parecía mucho mayor. Era incapaz de adaptarse a la escala de los elementos. Toda aquella agua que le bañaba los pies con su espuma. Desprendía el olor más intenso, centenares de sutiles aromas que se mezclaban para dar lugar a una poderosa fragancia salada. Y el aire... jamás había sentido nada tan cálido, de eso estaba seguro, ni siquiera en las cúpulas tropicales. El calor y la humedad le impedían respirar con normalidad.

Hasta después de ponerse el sol y de que las luces de la costa empezaran a centellear sobre las olas, no se decidió a bajar a Gibraltar. El dinero no era problema, los créditos de Amethi se podían cambiar con facilidad en el banco por dólares normales. Con todo el metálico que le habían dado, podría alojarse en un hotel decente durante varios meses antes de empezar a pensar en buscar un trabajo. No había venido hasta aquí para eso.

Se quedó varios días en Gibraltar. Se pasó casi todo el tiempo accediendo al banco de datos global para corregir su ignorancia en temas políticos. Le alegró descubrir que Roselyn no le había mentido cuando le habló de Zantiu-Braun. Casi todas las compañías habían reducido sus operaciones de vuelos espaciales a la mínima expresión; se mantenían en contacto con las colonias existentes y llevaban a cabo campañas de captación de bienes en los planetas recién adquiridos a sus agonizantes compañías fundadoras, mientras que prácticamente solo Z-B mantenía una pequeña flota de exploración que le permitía continuar estableciendo colonias mediante el uso de los portales. Aunque ya ni siquiera ellos construían nuevas naves. Los astilleros Lagrange o bien se habían abandonado o bien se habían convertido en bahías de servicio y mantenimiento.

No cabía duda de que la era de los vuelos espaciales tocaba su fin. Sin embargo, aún no había terminado. Pese a que la cuenta atrás ya había comenzado, las naves seguirían surcando el espacio durante décadas.

Una semana después de llegar a la Tierra, cogió un tren que le llevó a París, donde se acercó a visitar el cuartel general de Zantiu-Braun. Los miembros de la División de Personal, al igual que ocurriera con anterioridad con los guardias de seguridad de McArthur, se quedaron un tanto confusos al conocer su procedencia, sin embargo el supervisor de SA

y el humano consiguieron convencerle de que la mejor manera de conocer la flota de exploración era a través de la División de Astronáutica General. Le hicieron saber que no tenía suficiente dinero para comprarse una participación inicial de Z-B lo bastante voluminosa como para decantarse por una carrera u otra. Lo que debía hacer, como otros cientos de miles antes que él, era empezar desde el escalón más bajo e ir acrecentando su participación hasta poder permitirse un ascenso. Como ventaja, a los de la casa siempre se les daba preferencia frente a los de fuera. Al hecho de que careciera de formación universitaria no se le dio mayor importancia en aquella fase, puesto que Z-B siempre ofrecía periodos académicos sabáticos a los miembros ansiosos por progresar en la estructura de la compañía. Y daba la casualidad de que quedaban plazas en una división de astronáutica que le permitirían tomar un instructivo primer contacto con el colegio de oficiales de nave. ¿Alguna vez había pensado en labrarse una carrera en Seguridad Estratégica?

Dos días más tarde se dirigía en tren hacia Toulouse.

Ocho meses después volvía a surcar el espacio, esta vez de camino al sistema de Kinabica. Junto a Colin Schmidt, los dos novatos del pelotón 435NK9, ambos objeto del más fiero desdén de sus camaradas reclutas.

Kinabica fue uno de los primeros sistemas estelares en ser colonizado; en dos siglos y medio había alcanzado una posición socio-económica respetable, caracterizada por una base tecnológica de alto nivel. Cómo y por qué su compañía fundadora, Kaba, se había deshecho de un bien tan beneficioso nunca se explicó en los informes que le pasaron al pelotón. Kinabica, con una población de setenta millones, era ahora económicamente independiente. La inversión principal ya se había hecho. Ya no había producción industrial pesada que exportar, ya no harían falta las manufacturas de productos bioquímicos ni las refinerías de alimentos, se acabó la maquinaria de minería que no se podía fabricar localmente. Todo se podía encontrar allí, en el mismo sitio, preparado para que lo utilizaran en cualquier momento.

—Lo que pasa es que no da beneficios —le contó un día el cabo Ntoko a Lawrence durante el vuelo. Como novato que era, Lawrence se pasaba el día haciendo preguntas, aunque hacía muchas más que Colin. A Ntoko le daba un poco de lástima, de modo que decidió ilustrarlo. Al menos así cerraba el pico un rato—. Kaba ha invertido océanos de dinero en Kinabica

desde su descubrimiento y, a cambio, no le está reportando nada. Se ha convertido en la manzana podrida de los inversores de la Tierra.

—Pero es todo un planeta —insistió Lawrence—. Tiene que ser rentable.

—Y lo es, pero solo dentro de su propio sistema estelar. Supón que desarrollan un chip de memoria como los de la Tierra; todavía tendrán que exportarlo a quince años-luz para poder venderlo, mientras que cualquier manufactura de la Tierra que fabrique el mismo tipo de chips solo necesitará transportarlo a dos mil kilómetros para hacerlo llegar a los consumidores, y eso en tren o barco de mercancías. ¿Qué medio de transporte te parece que puede salir más barato?

—Vale, entonces Kinabica debería producir algo único. Eso sí sería un auténtico mercado, un intercambio de bienes con abastecedores y consumidores en ambos lados.

—Claro, esa es la teoría. ¿Pero qué puede fabricar Kinabica que no pueda la Tierra? Incluso aunque tuvieran suerte y diseñaran una perla neurotrónica muy superior a las de la Tierra, cualquiera de nuestras compañías podría sacar una igual tan solo un par de meses más tarde. Dado nuestro nivel actual en tecnología de fabricación, la única producción que tiene sentido es la local. Los vuelos espaciales son a todas luces demasiado caros.

—¿Entonces por qué hacemos esto?

—Porque la captación de bienes es lo único que puede justificar los vuelos estelares. En la Tierra todo se reduce a una mera cuestión financiera, aumentar las cifras de las hojas de cálculo. Hay muy poco dinero real en juego. Z-B aceptó los números rojos de Kaba para solucionar sus propios problemas de financiación de las operaciones de vuelos espaciales; se complementan a la perfección, siempre que tengas huevos para seguir adelante. Por ese motivo viajamos en una lata de sardinas más rápido que la luz, para convertir esa bonita teoría financiera corporativa en divertida y sucia práctica. Z-B estaba casi en la misma situación que Kaba cuando empezó a financiar nuestra División de Vuelos Espaciales; tras haber realizado un desembolso de un trillón de dólares a lo largo de los dos últimos siglos, la hoja de balance apenas mostraba beneficios, a excepción de cincuenta naves espaciales que costaban varios billones de dólares y que no había adónde enviar. Pero ahora que la deuda de Kinabica pesa en nuestros libros de contabilidad, tenemos el derecho de aprovechar nuestras naves para recuperar algo de líquido. Dado que casi hemos acabado con la

crisis financiera de la fundación del planeta, solo necesitamos los productos de sus fábricas para venderlos en la Tierra. De esa manera los costes de producción se despejan de la ecuación, por lo que ahora todo el dinero que se obtiene de las ventas de juguetes de alta tecnología manufacturados en Kinabica se emplea para mantener las naves de Z-B, gestionar la División de Seguridad Estratégica y satisfacer los intereses de la deuda de líquido. Si a los contables no les fallan las cuentas, incluso obtendremos beneficios.

—A mí me suena a piratería —dijo Lawrence.

Ntoko se rió de la sorpresa que se había llevado el jovenzuelo.

—Lo vas pillando, grumete.

El 435NK9 debía alunizar en Floyd, una luna gigante que orbitaba alrededor de Kinabica. Mientras el resto de los pelotones de la Tercera Flota se encargaba de mantener controlada a la resentida y productiva población de Kinabica, ellos se quedarían allí para intimidar a los tres mil habitantes de Manhattan City.

Floyd era lo bastante grande para contar con su propia atmósfera, una delgada envoltura de argón y metano que de cuando en cuando producía lluvias de cristales de amoníaco durante las medianoches del lado oscuro, cuando la temperatura descendía lo suficiente. No había mares, ni siquiera lagos; la superficie estaba cubierta de una esponjosa vegetación rojiza, similar a un manto de líquenes entrelazados por un sinfín de ramificaciones. Aquella pegajosa alfombra cubría hasta el último milímetro cuadrado del planeta, desde las cimas de sus escasas y poco elevadas cordilleras hasta el fondo de las cuencas crateriformes. Ni las piedras sueltas ni los desfiladeros escapaban al liquen, que todo lo invadía y conquistaba. Los moradores del satélite lo llamaban wellsycésped, por los voraces hierbajos marcianos de *La guerra de los mundos*.

Desde el vehículo de alunizaje del pelotón parecía como si estuvieran planeando sobre un océano de algún líquido espeso cuyas extrañas y apretujadas olas, que proyectaban unas alargadas sombras bajas, se hubieran congelado en el tiempo. Iban a tener que recurrir a los mil veces trucados cargueros terrano-lunares para descender a la superficie. Aquellos vehículos eran por lo general una simple cabina cilíndrica presurizada dotada de motores de cohete, depósitos, antenas sensoras, paneles térmicos y vainas de carga distribuidas alrededor, casi al azar; también disponía de tres arácnidas patas metálicas en la parte inferior que se desplegaban para absorber el impacto del alunizaje. En este caso a aquel destartalado

artefacto se le había dotado de un fuselaje lenticular compuesto diseñado para proteger el voluminoso y vulnerable núcleo de la agresiva atmósfera durante el descenso y la deceleración. Era lo más cerca que la humanidad ha estado de construir un platillo volante, aunque sin duda el artefacto carecía de la grácil elegancia asociada a dicho tipo de vehículos.

El sol acababa de elevarse sobre las pequeñas colinas que quedaban detrás de Manhattan City dispuesto a iniciar su diario paseo de setenta y cinco horas por el cielo, cuando de repente aparecieron de camino al puerto espacial. Múltiples luces estroboscópicas e instrumentos de guía cercaron el área de inhóspita roca sobre la que se erigía la ciudad, inmersa aún en la oscuridad y la inactividad. De los profundos agujeros del fuselaje del vehículo salían unas nocivas llamas amarillas. Las patas se desplegaron a golpes, de manera que al alcanzar la superficie todo el armazón empezó a crujir con estridencia y el acolchado ruido de los motores del cohete continuó rugiendo por encima del silbido del maltratado fuselaje.

Un segundo vehículo de la Tercera Flota y luego un tercero descendieron en picado hasta posarse en la superficie junto a ellos. Lo que más indicaba que eran intrusos era la nave lanzadera local superficie-órbita que había aparcada en el extremo más lejano del puerto espacial. Naves de cohete de agujas plateadas colocadas en vertical sobre aletas en forma de cimitarra de diseño inspirado en los sueños de mediados del siglo XX.

El pelotón desembarcó, descendiendo con torpeza por la escalerilla de aluminio soldada a una de las patas de alunizaje. Una vez en la superficie, el SA del armazón muscular de Lawrence se ajustó para compensar la baja gravedad, por lo que limitó todos los movimientos. Se impulsaron, deslizaron y botaron hacia el compartimento estanco principal de Manhattan City. La abultada armadura anti-impactos que se habían colocado sobre el esqueleto muscular los hacía parecer como si se hubieran envuelto en trajes espaciales de bejín para atravesar aquella corta distancia. A duras penas consiguieron atravesar los compartimentos estancos de la entrada.

La combinación de los minerales de Floyd y la extraña bioquímica del wellsycésped justificó la construcción de Manhattan City. En esencia no era más que una ciudad dormitorio para los trabajadores de las refinerías y plantas de procesado que producían las moléculas orgánicas complejas utilizadas en las industrias médica y química de Kinabica. Se trataba de

unos productos de gran valor y de sencillo transporte; perfectos para que Z-B los reclamara y se los llevara a la Tierra.

Había un montón de productos adecuados para subirlos a la nave que orbitaba alrededor de Floyd. Por desgracia Manhattan City no contaba con reservas de nada; las remesas solían bajarse directamente a Kinabica. Por algún inescrutable motivo, todas las instalaciones industriales de Manhattan City cerraron cinco horas después de que la Tercera Flota saliera de compresión.

Los pelotones fueron enviados junto con los técnicos de Z-B a «ayudar» al personal de Manhattan City a reiniciar los procesos de producción con la mayor brevedad posible.

El segundo día, Lawrence, junto con Colin, Ntoko y otros dos reclutas del 435NK9, iba de camino por el omnipresente wellsycésped, entre botes y tambaleos, hacia un pequeño cráter que se encontraba a un kilómetro al norte de Manhattan City, en el que había una planta química aislada por el protector polvo lunar. Debían escoltar a un par de técnicos de Z-B y cinco miembros del departamento de mantenimiento de la planta química, quienes debían restaurar los sistemas.

Escaneó todos los rincones con el intensificador de imágenes, ansioso por aprender cuanto le fuera posible. Su primer planeta alienígena. No cabía duda de que era muy distinto a la Tierra y Amethi. Solo le decepcionó un poco que no fuera más interesante. Como toda la superficie del satélite estaba cubierta de wellsycésped parecía que lo habían forrado con espuma de embalar para almacenarlo en alguna parte. No dejó de contemplar el enorme y brillante semicírculo que sobre el horizonte formaba Kinabica, adonde deseaba que le hubieran destinado. Un nuevo mundo de verdad. Los ojos electrónicos lo hacían resplandecer tentadoramente.

Aparte del puerto espacial, el cráter era la primera zona que veían donde el wellsycésped solo crecía en matas dispersas. El suelo estaba atravesado por centenares de senderos y surcos de ruedas de vehículos que habían aplastado la vegetación. En medio del cráter había un par de pequeños montecillos, cada uno de los cuales medía doscientos metros de largo. En sus cimas se veían unas torres rodeadas de tuberías intercambiadoras de calor, similares a las chimeneas de ladrillos características de aquella revolución industrial que quedaba ya a una distancia de cuatro siglos y diecisiete años-luz. El ennegrecido suelo que las motoniveladoras habían

aplastado en lo alto de cada búnker estaba salpicado de rastrojos de wellsycésped granate que poco a poco se extendían y entrelazaban. En comparación con la ajada alfombra que cubría el suelo del cráter, los nuevos retoños no presentaban un aspecto demasiado saludable.

El compartimento estanco era lo bastante grande para dar cabida a todo el grupo. Después de girar, se abrió la escotilla principal, que dio paso a un laberinto de pasillos de hormigón. Las alargadas ventanas rectangulares de las paredes ofrecían vistas de la enmarañada maquinaria y de las tuberías. Unas puertas negras lisas daban paso a las oficinas, los talleres y a unas bóvedas bordeadas de profundos tanques de almacenaje.

Los reclutas se quedaron asombrados, pese a que los visores digitales de sus armazones musculares les proporcionaban un completo mapa de las instalaciones. Ni los técnicos ni el personal de mantenimiento prestaron la menor atención al paisaje, sino que fueron derechos al tranquilo centro del control. Al cabo de unos minutos el SA de administración empezó a hablarles al mismo tiempo por media docena de emisoras, mientras el gran tablero de estado volvía a activar las vistas esquemáticas después de que la planta resucitara.

—No estaría de más que revisara el resto de las instalaciones —le recomendó el técnico jefe a Ntoko. Una eufemística forma de decirle «Piérdase».

—Estamos en ello —le aseguró el cabo.

—¿Revisarlo para qué? —preguntó Colin cuando salieron del centro del control.

—Revolucionarios y terroristas, supongo —le respondió Ntoko—. Relájate, grumete, es pan comido. Nos paseamos por aquí durante seis horas y después regresamos al cuartel sanos y salvos.

—Pensaba que habría más acción —reconoció Lawrence.

—Nunca la hay, hijo —dijo Ntoko en tono jovial—. Los pelotones solo servimos para controlar a los anarquistas exaltados a los que los daños colaterales y el baño de gamma les importan una mierda. El resto de la gente agacha la cabeza y sigue con su trabajo. Puede que no les gustemos, pero no nos causan problemas.

—¿Alguna vez se utiliza el baño de gamma?

—Hasta ahora no ha sido necesario recurrir a él. Dudo que alguna vez se emplee.

—Espero que haya suerte.

—Es cuestión de lógica, no de suerte. Si alguna vez nos vemos obligados a utilizarlo, entonces hemos perdido. Si las cosas se salen tanto de madre que necesitas exterminar a medio millón de personas para acojonar al resto de la población y hacer que te obedezcan, entonces no tiene ningún sentido utilizarlo. Esa clase de locura solo conseguirá aumentar la hostilidad de las víctimas y, por consiguiente, las probabilidades de que nunca volvamos a casa. Si utilizamos el baño de gamma contra los habitantes de un planeta, la venganza de los supervivientes consistirá en atacar nuestras naves con todos los medios de que dispongan. —Al darse unas palmadas en el muslo sonó un ruido metálico—. En cualquier caso, yo jamás sería capaz de dar esa orden. ¿Y tú?

—No, Cabo —respondió Lawrence con firmeza.

—Claro que no. Pero cuanto te lo diga tendrás que desenfundar tu pistola reventadora.

—Estoy preparado para eso, Cabo.

—Buen chico. Ahora, tú y Colin, id a peinar los dos búnkeres del este. Aseguraos de que no hay nadie por ahí al acecho. No sería la primera vez. Hay quien no se fía de que sus conciudadanos se porten bien. Triste pero cierto.

Lawrence y Colin echaron a andar por los vagamente iluminados pasillos, sin saber muy bien qué dirección tomar cada vez que llegaban á un cruce. Ni los infrarrojos, ni los detectores de movimiento, ni los ojos electrónicos ni los filtros de sonido detectaron a nadie más en el bunker.

—Estamos perdiendo el tiempo —resopló Colin por la frecuencia local —.

Aquí no es como en el planeta, donde la gente se puede largar de las ciudades Sabemos exactamente cuánta gente hay en Manhattan, hay una lista en la memoria del SA.

—Deja ya de quejarte. Como dice el Cabo, es pan comido.

—Sí, pero, ¿qué van a decir nuestros informes? Quería ver algo de acción, quizá incluso tener la oportunidad de ganarme una distinción.

—¿Quieres tranquilizarte? Tener que mantener bajo control toda Manhattan City sin necesidad de disparar ni una sola vez es la mejor misión del universo. Y tomamos parte en ello. Eso es lo que te hará ganarte tu distinción. A la compañía que las cosas vayan sobre ruedas.

—Puede.

Las tuberías del techo empezaron a borbotear y temblar cuando los fluidos empezaron a correr por ellas. Llevaban así toda la mañana, desde que la planta había empezado a retomar su actividad. La temperatura ambiental se había elevado un poco después de que las máquinas se pusieran en marcha. Incluso a través de las protecciones del armazón y de los músculos, pudieron sentir las vibraciones del suelo y de las paredes.

—Newton, Schmidt, venid aquí —ordenó Ntoko—. Búnker tres, sección cuatro.

—¿Qué ocurre, Cabo? —preguntó Lawrence.

—Daos prisa —dijo Ntoko con voz apagada.

—Estamos de camino.

No podían correr. Si se impulsaban demasiado fuerte con las piernas, se golpearían contra el techo, de manera que avanzaron dando grandes zancadas, con los brazos en alto para impulsarse hacia abajo si veían que los arcos quedaban demasiado altos.

Cuando ya se encontraban cerca de la puerta que daba al búnker tres, Colin sacó su carabina y le quitó el seguro.

—¿Te has vuelto loco? —susurró Lawrence—. Estos trastos están cargados con cartuchos explosivos. Podrías abrir un boquete en la pared sin problemas.

—Estamos en el subsuelo, Lawrence. Como mucho me cargaría algún enemigo o algún pedrusco.

—Y de paso quemarías un billón de dólares en maquinaria. —Lawrence desenfundó su pistola reventadora, que llevaba la recámara hasta arriba de dardos tóxicos—. Ya conoces la política, lo primero son los bienes.

—Vaya una mierda de política —gruñó Colin. Masculló algunas palabras más que el micrófono del casco no recogió bien. Lawrence supuso que daba igual porque debía de estar hablando en alemán, ya que Colin siempre se quejaba en su lengua materna cuando se ponía nervioso. Después se calló y volvió a enfundar la carabina, sacando un bastón láser.

Lawrence no dijo nada. Siguió caminando hasta que la puerta del bunker se abrió. Ante ellos apareció el extenso pasillo principal, cuyos tubos fluorescentes parpadeaban casi de forma subliminal.

—Estamos en el búnker, Cabo —informó Lawrence.

—Bien, reuníos con nosotros.

El visor digital de Lawrence desplegó los planos del bunker tres. La sección cuatro quedaba al final del pasillo lateral, a ochenta metros de donde se encontraban. Emprendieron la marcha.

—¿Crees que será una novatada? —preguntó Lawrence. Apagó su radio y pasó a utilizar el altavoz externo del armazón a bajo volumen.

—No estoy seguro —susurró Colin—. ¿Crees que el Cabo se prestaría a esas mierdas?

—Qué sé yo. Igual quiere comprobar cómo reaccionamos.

—Si al menos nos dijera para qué quiere que regresemos.

—Puede que lo hayan apresado.

—¡Bah, qué dices!

—Bueno, es posible. ¿Si no, por qué...?

El micrófono del armazón de Lawrence captó un ruido confuso. Su detector de movimiento registró una rápida corriente de aire atravesando el pasillo principal justo por detrás de él. Ambos se giraron, se agacharon y buscaron al enemigo con el arma. El ojo electrónico escaneó las paredes y el suelo a alta resolución pero no reveló nada.

—¿Qué cojones...?

Lawrence activó la banda de seguridad del traje.

—Cabo, ¿hay alguien más en el bunker?

—El SA no ha autorizado a nadie más, ¿por qué?

—Hay alguien por aquí.

—Un minuto.

Lawrence y Colin se pusieron derechos, con las armas preparadas.

—Podrían ser las máquinas encendiéndose —propuso Colin—. Quién sabe qué efecto puede causar en los sensores.

—El SA debería filtrarlo.

—He consultado con nuestros hombres del centro de control —dijo Ntoko—. No falta nadie. El SA local está transmitiendo las imágenes de las cámaras a mi traje. Puedo veros, pero no hay nadie más por aquí.

—Hemos pensado que quizá la maquinaria esté provocando fallos en nuestros sensores —dijo Lawrence.

—De acuerdo. Permaneced alerta. Y poned los ojos electrónicos a resolución media, cuando se ponen a alta producen efectos extraños.

—Joder. Enseguida estamos ahí.

Recorrieron el pasillo lateral sin más incidentes y comenzaron a bajar. La puerta del final estaba cerrada. Lawrence no podía ver a nadie dentro, solo era otra cámara más repleta de motores negros y plateados, cuya imponente mecánica parecía sacada de la sala de máquinas de un barco de vapor. Los gases de las tuberías se escapaban por distintos puntos, de manera que el nivel de ruido aumentaba a cada paso que daban.

De repente apareció en la entrada alguien equipado con un armazón.

—Hola, camaradas —gritó Meaney. Cuando fue a levantar el brazo para saludar, algo se movió tras él y eclipsó una de las luces del techo.

—¡Al suelo! —gritó Lawrence. Colin y él apuntaron con sus armas. Un punto de mira parpadeó atravesando sus visores digitales.

Meaney se quedó paralizado, enmarcado por la puerta. Su mano enguantada buscó instintivamente la carabina enfundada que llevaba en la cintura. La mancha oscura se revolvió tras él y se apartó de la luz. Había desaparecido, se había perdido entre la intestinal maraña de válvulas y tuberías.

—¡Detrás de ti!

—Qué... —Meaney, que ya casi había desenfundado del todo la carabina, empezó a girarse. Sus compañeros corrieron hacia él, con sus SA orientando los esqueletos musculares de manera que pudieran inclinarse hacia delante en ángulo cerrado y mantener el equilibrio a pesar de la baja gravedad.

—¿Adonde ha ido?

—Allí, en aquel hueco.

Lawrence se elevó de un salto, con la pistola levantada a la altura del pecho apuntando a la hendidura metálica preparándose para disparar mientras los sensores de su casco iban aumentando los niveles. El matiz verdoso de los ojos electrónicos reveló un hueco que no era más que un caótico amasijo de conductos retorcidos y cables enmarañados. Los infrarrojos colorearon de rosa algunos de los conductos.

Cuando volvió a posar los pies en el suelo levantó el dedo del gatillo.

—¡Mierda! Lo hemos perdido. —El visor digital de su *display* registró un pulso acelerado. Las oleadas de adrenalina le zumbaban con ansia en el cerebro. Demasiado elaborado para tratarse de una simple novatada. Recordó las lecciones a aplicar en terreno desconocido. No te fíes. Nunca.

—¿Qué cojones estáis haciendo? —exclamó Meaney.

—Joder, ¿es que no Jo has visto? —replicó Colin—. Estaba justo detrás de ti. ¿Se te han jodido los sensores o qué?

Meaney se giró y apuntó con la carabina al pasadizo de equipos de procesado químico.

—¿Qué es lo que estaba detrás de mí?

—No lo sé. Ahí algo por aquí.

—¿Dónde?

—Joder, ¿qué cojones les pasa a tus sensores? —preguntó Colin.

—Nada, van de puta madre.

—Entonces lo tienes que haber visto.

—¿Qué coño es lo que tengo que haber visto?

Ntoko salió de un pasillo formado por las pesadas columnas de maquinaria. En la mano derecha llevaba la pistola reventadora preparada para disparar.

—Muy bien, chicos listos, ¿qué era eso que creéis haber visto?

—No estoy seguro, cabo —admitió Lawrence—. Vimos que algo se revolvía detrás de Meaney.

—Mis sensores no han detectado nada —dijo Meaney.

—¿Algo? —repitió Ntoko—. ¿Humano o robot?

—Bueno, estaba ahí arriba y era más bien pequeño —explicó Lawrence, intentando recordar el aspecto de la sombría mancha.

—No se movía como un robot —dijo Colin—. Era más rápido.

—Sería una rata —dijo Ntoko.

—¿Una rata? —dijo Lawrence extrañado—. ¿Para qué iba Kaba a importar ratas, sobre todo a Floyd? No suponen ninguna ventaja para el ecosistema.

—No se importan, hijo. Vienen de polizones. En cualquier rincón del universo en que haya humanos, encontrarás ratas también. Esas pequeñas hijas de puta son tan escurridizas como viciosas.

—Pues en Amethi no hay.

—¿No? Bueno, entonces sois muy afortunados. Configura tu SA para que rastree constantemente el movimiento de objetos pequeños. Si alguien ve algo, que me avise de inmediato. ¿Pilláis?

—Sí, Cabo.

—Muy bien, ahora seguidme. —Volvió a meterse por el pasillo del que había salido.

—¿Qué has encontrado, Cabo? —preguntó Colin, apresurándose para alcanzarlo.

—Polvo.

—¿Polvo?

—Sí, polvo. Pero extraño.

No era la primera vez que Lawrence deseaba poder encoger los hombros dentro del esqueleto muscular. Aquella cosa tan extraña que había visto lo había dejado intranquilo; ahora el cabo decía que habían venido a otra cosa. No podía relajarse. Algo merodeaba por los alrededores, lo sabía.

Ntoko los guió hasta un espacio abierto que había al final del pasadizo de maquinaria, donde Kibbo los estaba esperando. Al otro lado del equipamiento de refinado se veían dos enormes depósitos cilíndricos incrustados en la pared de hormigón. El extremo abovedado del que estaba de cara a Kibbo medía cinco metros de alto; las junturas soldadas que había entre los segmentos metálicos en forma de pétalo quedaban a la vista. Unos pernos del tamaño de un puño aseguraban el borde hasta el extremo del tanque.

Ntoko se agachó e hizo señas a Lawrence y Colin para que se acercaran. Señaló al suelo.

—Ahí, ¿veis?

Lawrence, al suponer que se encontrarían con algo extraño, aumentó la sensibilidad de su amplificador de luz. El suelo de hormigón, que era gris cuando se construyeron las instalaciones, ahora estaba oscurecido por el tiempo y las manchas de productos químicos. Había polvo acumulado en los agujeritos y las ondulaciones. Amplió la vista. Vio un ancho surco que conducía al tanque, huellas de ruedas y pies que iban y venían en lo que parecía una procesión constante. Interesante, aunque tampoco alarmante. Miró al segundo tanque, donde la suciedad del suelo no parecía profanada.

—¿Y? —preguntó con cautela—. Han estado trabajando aquí hace poco.

—Mira con los infrarrojos —dijo Ntoko en voz baja.

La temperatura del tanque con las huellas que conducían a él era cinco grados superior a la del otro.

—Eso es lo que pensamos al principio —dijo Ntoko—. Parecen distintos. Sin embargo, según el inventario del SA de la planta, ambos

contienen el mismo fluido.

—¿Entonces qué...?

Esta vez los sensores de todo el mundo recogieron el movimiento.

Todos se giraron hacia el origen al mismo tiempo, con las armas preparadas. A pesar de lo que tanto el entrenamiento como el instinto ordenaban, nadie disparó.

Vieron un alienígena reptando entre la maquinaria que había a tres metros sobre el suelo, agarrado a los conductos y riostras de apoyo para mantenerse a noventa grados respecto de la vertical. Al principio, Lawrence se desilusionó un poco; no le asustó. Era del tamaño de un pastor alemán y tenía seis patas arácnidas (o quizá eran ocho, no podía distinguirlas bien) cuyas rodillas, que mantenía mucho más plegadas, finalizaban en pequeñas pinzas enastadas. Su peludo pellejo escamoso brillaba como el apagado arco iris de una mancha de aceite. Lo más extraño, lo que convertía a aquella cosa en un verdadero alienígena, eran los ojos, o lo que Lawrence creía que eran los ojos: unas pequeñas y azabachadas bolas crómicas dispuestas a lo largo de los costados, que no dejaban de ondular. Al parecer tenía cabeza, puesto que uno de los extremos presentaba un aspecto bulboso y una hendidura vacía que debía de hacer las veces de boca.

En cada una de las extremidades llevaba una especie de anilla de plástico, justo sobre las rodillas. Parecían estar incrustadas en la carne.

—Alerta general —anunció Ntoko con calma—. Atención, Operaciones, hemos entrado en situación de contacto. ¿Operaciones?

El visor digital de Lawrence le estaba avisando con unos iconos de comunicación rojos; los repetidores de la red local se habían caído. No hizo mucho caso. Acababa de ver otro alienígena saliendo de entre las máquinas.

—Allí arriba —graznó Meaney.

Un tercer alienígena avanzaba agarrado al techo, sujetándose a las tuberías con las pinzas sin esforzarse demasiado.

Por fin Lawrence pudo comprobar que tenían ocho patas. Entonces estaba claro que no eran terrestres. Se quedó mirando a las criaturas con una mezcla de entusiasmo y sorpresa. Las anillas eran artefactos de alta tecnología. ¡Eran sentientes! Estaba estableciendo su primer contacto con alienígenas sentientes.

Era el momento con el que había soñado toda su vida. Soltó una carcajada breve y contenida, le costaba creer que estuviera sucediendo aquí y ahora. Le temblaban las manos. Al instante desbloqueó el seguro de la pistola y le preguntó al SA del esqueleto que le comunicara las reglas referentes a un primer contacto. Debían de andar por alguna de las células de la memoria.

—Cabo, ¿qué hacemos? —preguntó Colin con voz retumbante y nerviosa. Caminaba para atrás arrastrando los pies, hacia el tanque, sin dejar de apuntar al primer alienígena.

—No os mováis...

El alienígena que tenía delante de él extendió una pata. Con la pinza sostenía un bastón máser de diseño humano. Lawrence se quedó mirándolo aturdido.

—Es un...

La bestia disparó. El visor digital de Lawrence proyecto de inmediato una esquemática del armazón de su traje. Unos iconos rojos se apiñaron alrededor como avispas enrabietadas para indicar la gravedad del impacto. Los superconductores pasaron a quemadura para intentar disipar el rayo.

—¡Muévete!

Lawrence saltó hacia un lado para intentar recuperar la movilidad que le había quitado el máser. El impulso lo lanzó hasta el techo, contra el que se chocó sin poder dejar de agitar los brazos de puro pánico. Un arma automática abrió fuego por debajo de él e incrustó sus proyectiles en el hormigón y el metal. Se apagaron las luces. Lawrence cayó al suelo y al rebotar ascendió casi un metro. Su visor digital le informó de que el máser ya no le apuntaba. Apuntó en todas direcciones con su pistola reventadora, sin resultado alguno.

Vio los resplandores de dos pistolas. Los destellos le permitieron distinguir unas voluminosas y espesas columnas de vapor que empezaban a emerger de los chirriantes equipos de procesado. De los recovecos de las máquinas empezaron a brotar más alienígenas. Lawrence vio que entre dos portaban un pequeño cañón *Gatling*.

—¡Hostiaputa! —Se apartó dando vueltas hacia un lado, enfundó la pistola y sacó la carabina.

—¿Cuántos? —gritó Kibbo.

—¿Dónde?

—¿Qué pasa con las luces?

Las oleadas de vapor inutilizaron el detector de movimiento de Lawrence. Los infrarrojos tuvieron dificultades para identificar los blancos entre la densa neblina. El ojo electrónico no pudo más que ampliar los remolinos de la nube, a los que dio un tono verde fosforescente. Entonces vio parpadear un nuevo icono de alerta que, acompañado de un sonido, le avisaba de la cada vez mayor toxicidad de la atmósfera de la cámara.

Una carabina abrió fuego y concatenó varias explosiones sordas en la oscuridad. La espesa nube impedía ver dónde se estaban produciendo las detonaciones, cuyos continuos resplandores llegaron a inundarlo todo. La visibilidad se redujo a cincuenta centímetros, campo que a cada segundo se iba reduciendo más y más.

—Alto el fuego.

Lawrence apuntó con la carabina en la dirección en que había visto a las criaturas que portaban el mini-Gatling, hacia donde disparó veinte veces.

—Tienen artillería pesada, Cabo —gritó mientras el arma temblaba entre sus brazos. Se produjeron explosiones por todo el bunker. Había alguien más disparando, solo que con un arma de bajo calibre. Una ráfaga alcanzó la armadura de Lawrence debajo del pectoral derecho y le hizo salir volando y dando volteretas. Unos iconos rojos y ámbares trazaron diversos círculos a su alrededor, a modo de protector enjambre de pájaros holográficos. El impacto había sido tan certero que, incluso a pesar de la armadura blindada exterior y del esqueleto muscular, sintió un intenso dolor en las costillas.

El canal de radio se había convertido en un caos de gritos y alaridos. No se entendía nada. Lawrence cayó de espaldas y el impacto le robó el último soplo de aire que conservaba en los pulmones. Se le cayó la carabina. Algo se movía bajo sus piernas, retorciéndose con ansia y separándole las rodillas. El susto le hizo olvidarse del dolor e incorporarse al instante. Se giró con agilidad y se inclinó hacía lo que quisiera que se estaba moviendo bajo sus piernas.

De repente sintió un dolor desgarrador en una de las piernas, justo por encima de la rodilla. Los iconos le informaron de que tanto la armadura como el esqueleto muscular habían sufrido un desgarro. Con las manos tocó un objeto grande que le pareció del mismo tamaño que las criaturas. A través de los revoltosos vapores solo podía distinguir las manchas que

enviaban los infrarrojos. Era un alienígena que llevaba una giga-cuchilla en una de las patas. Lawrence arremetió contra la bestia y le quitó el arma que agarraba con las pinzas. Había oído crujir la pata del alienígena al golpearlo, de modo que decidió respirar hondo y asestarle un puñetazo con la mano que le quedaba libre, dotándola previamente de toda la fuerza que el esqueleto muscular le permitió. Su puño blindado atravesó el pellejo del ser y se hundió entre sus órganos internos.

Lawrence estuvo a punto de vomitar. Al sacar el puño arrastró con él diversos tejidos membranosos y múltiples vísceras sanguinolentas.

Justo entonces fue alcanzado por otra bala que le obligó a tumbarse.

—¡Al techo! —bramó Ntoko—. ¡Disparad al techo! ¡Cartuchos explosivos! ¡Ahora!

Una serie de explosiones bombardeó el techo de hormigón que había sobre Lawrence. Las intensas ondas expansivas hicieron crujir su maltratado caparazón. Tanteó el suelo con la mano para ver si encontraba su carabina. En ese momento le volvió a alcanzar un rayo máser que le hizo ver un revoltijo de símbolos escarlata, tras lo que se revolvió y se incorporó. El fuego de armas de bajo calibre estaba hendiendo el aire por encima de él. Una especie de fango gelatinoso estaba empezando a cubrir el suelo de hormigón y a adherírsele a la coraza.

Entonces encontró el cuerpo del alienígena y su carabina y rodó hacia atrás. Media docena de cartuchos explosivos impactaron contra el techo. Incontables y pesados fragmentos de hormigón salieron de la nube en lo que parecía una escena a cámara lenta y cayeron sobre el fango.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó Meaney—. ¿Por qué no se mueren?

Lawrence introdujo otro cargador en su carabina. Se preguntaba lo mismo.

—Abrir una brecha en el búnker —respondió Ntoko—. Voy a hacer que el gas y esos putos bichos se pierdan en el espacio.

Lawrence volvió a disparar. Sobre el estruendo de las explosiones pudo oír cómo un estridente chillido iba cobrando cada vez mayor intensidad. De repente la nube tóxica empezó a disiparse y el chillido se fue convirtiendo en aullido agónico. Un haz de luz solar atravesó el vapor, iluminándolo todo enseguida. El ojo electrónico de Lawrence configuró varios filtros al instante para ajustarse. Entonces empezó a disparar con la carabina hacia

los bordes de la cada vez mayor grieta del techo. Una gigantesca sección dentada de hormigón salió volando hacia arriba, impulsada por la presión de la atmósfera del búnker. La brecha absorbió los últimos restos de gas y al tirar de él le ayudó a incorporarse. Después se quedó tambaleándose en un silencio absoluto. La cegadora luz solar se había apoderado del interior del bunker, revelando las consecuencias del caos y el infierno que acaban de vivir. La densa aglomeración de máquinas había quedado reducida a cenizas, por todas partes se veían tuberías rotas y unidades de procesado trituradas. Las revueltas columnas de fluidos y gases que todavía manaban ascendían hacia la abertura y se dispersaban en el exterior. Los cadáveres de varias de las criaturas colgaban con laxitud de múltiples salientes metálicos; todas habían sido alcanzadas por el fuego de las armas, que les había reventando y extraído sus negruzcas vísceras.

—Venga, Operaciones, nos encontramos en situación de emergencia —dijo Ntoko—. Solicito refuerzos inmediatamente. Estamos bajo fuego enemigo.

El SA de Lawrence confirmó que se había restablecido la comunicación al abrirse la brecha en el techo. Se esforzó por ponerse de pie mientras Operaciones se ponía a interrogar a Ntoko. Sangraba por la zona de la pierna donde había recibido el tajo de la giga-cuchilla; confiaba en que la mayor parte de la sangre proviniera del esqueleto muscular. A cada pequeño movimiento que hacía, sentía un punzante dolor en alguna parte del torso. Vio que tenía abolladuras agrietadas en el armazón y marcas de quemaduras que habían ampollado la capa exterior.

—Por los huevos de Cristo —resopló.

—Les hemos dado por el culo —dijo Kibbo al borde de la histeria—. Hemos jodido a esos cabrones.

—¿Qué eran? —preguntó Colin—. ¿De dónde cojones han salido?

—De puta madre, camaradas —dijo Meaney—. Acabamos de estrenarnos en nuestra primera batalla interestelar.

—¡Y hemos aplastado a esos cabrones! Les hemos reventado el culo, ¿eh?

—Así es, tío. Se les han quitado las ganas de meterse con este pelotón, eso fijo.

—No lo entiendo —dijo Lawrence—. ¿Qué hemos hecho? ¿Por qué nos han disparado?

—Qué más da —respondió Meaney—. ¡Ahora somos los amos! —Dio un grito de emoción y alzó los brazos a modo de saludo victorioso. Se quedó helado—. ¡Joder!

Lawrence miró hacia arriba. Una procesión de alienígenas avanzaba por lo alto del techo destrozado, tanteando cautamente con las patas delanteras los carbonizados bordes afilados de la brecha. Algunos ya habían empezado a colarse por la abertura agarrándose a las retorcidas riostras de apoyo. Enseguida empezaron a disparar sus rayos máser contra los reclutas, que recurrieron a sus carabinas para desmigajar el hormigón.

—¡A cubierto! —ordenó Ntoko. Los guió hasta el sibilante amasijo de máquinas destrozadas, sin dejar de disparar por el camino.

—Son autóctonos —dijo Lawrence, que se sorprendió al caer en la cuenta—. No necesitan ningún traje para sobrevivir, fijaos. Tienen que ser autóctonos.

—Pues de puta madre —bufó Meaney—. ¿Qué les hemos hecho para que se cabreen así? —No dejó de disparar mientras corría a ocultarse tras un montón de chatarra.

—Pensarán que venimos a robarles el territorio y las hembras —dijo Lawrence.

—Pues vaya ayuda de mis cojones, Lawrence —gruñó Kibbo—. ¿Qué les pasa a esos bicharracos?

Colin empleó todo un cargador de su carabina para seguir resquebrajando el techo, cargándose tanto el hormigón como las criaturas.

—¡En vez de mandarlos al espacio, les estamos dando la bienvenida, malditos hijos de puta! —Los fragmentos de hormigón y de carne empezaron a llover sobre los reclutas.

—Dejad ya el fuego de saturación —ordenó Ntoko—. Vamos a reservar lo que nos quede. Liquidadlos.

Lawrence se refugió en un hueco y levantó su carabina. Un punto de mira circular con una cruz central hizo desplegarse unas finas líneas violetas por todo el destrozado techo. Lawrence cambió a fuego normal y localizó a un alienígena. De un disparó le partió el cuerpo en dos. Para ser los atacantes, no parecían muy resistentes. No tenía sentido.

—¿Cuánto queda para que llegue la caballería, cabo? —preguntó Colin.

—Aparecerán de un momento a otro. De momento resistid.

Por primera vez en su vida, Lawrence estaba rezando. Se ocultó en lo más profundo del diminuto hueco y se preguntó si aquel dios que sabía que no existía le serviría de algo. En aquel momento las dudas ya no iban a empeorar más las cosas.

Simon Roderick no había planeado pasar por Floyd durante la misión. Por lo que a Z-B respectaba, aquella luna no era más que un pequeño núcleo de producción, fácil de controlar y de asaltar. Aquello fue durante la fase de planificación. Ahora las cosas habían cambiado drásticamente. Como resultado, debía vérselas con la baja gravedad y la incómoda humillación de tener que ponerse un traje espacial.

Aquellos condenados disfraces no habían evolucionado mucho desde la última vez que se embutió en uno, hacía ya ocho años. Consistía en una capa interior que le comprimía la carne casi cortándole la circulación de todo el cuerpo, y un casco esférico que le echaba un inerte aire seco justo en la cara y le irritaba los ojos. La mochila pesaba demasiado, lo que en Floyd equivalía a una muy limitada libertad de movimiento.

A veces le daban ganas incluso de ponerse un esqueleto muscular igual que el que llevaban sus tres escoltas. Pero nunca supo muy bien cuál sería el menor de los dos males.

La escolta de Simon se quedó fuera cuando este entró en el compartimento estanco de la planta química. Después de girar, accedió a un monótono pasillo de hormigón. Se había organizado un grupo para recibirlo, compuesto por seis reclutas ataviados con sus esqueletos musculares al completo y equipados con armas pesadas de aspecto peligroso cuyo lustre no terminaba de creerse del todo. El comité de bienvenida estaba compuesto por el mayor Mohammed Bibi, el comandante de las operaciones de Floyd, Iain, Tobay, de la División de Inteligencia de la Tercera Flota, y los doctores McKean y Hendra, del departamento de ciencia biomédica de Z-B.

Simon se quitó el casco cuando el SA de su traje espacial confirmó que la atmósfera de la planta química era respirable.

—¿Vamos a tener más problemas? —preguntó con voz tranquila y con la mirada fija en los firmes y atentos reclutas.

—No, no se esperan, señor —respondió Bibi—. Aunque tampoco esperábamos que se produjera este incidente.

Simon asintió con la cabeza, comprendiendo. Era probable que el mayor se estuviera refugiando en el inesperado tiroteo, pero era una actitud prudente. No podía errar en la respuesta.

Continuaron avanzando por una serie de pasillos idénticos hasta el búnker tres, sección cuatro. En cuanto la puerta de acero se abrió, se produjo una notable diferencia en la composición del aire. Una especie de guiso químico impregnaba la mezcla normal de oxígeno y nitrógeno, que se encontraba saturada de amoníaco. Simon arrugó la nariz.

El doctor McKean se dio cuenta.

—Al cabo de un rato ya no lo notará. Hemos aplicado limpiadores de atmósfera extras pero la maquinaria de procesado todavía sigue expulsando volátiles.

—Ya veo. —No era algo que a Simon le interesara mucho. Los científicos siempre entraban demasiado en detalle.

Al entrar en un pasillo bordeado de máquinas, las evidencias del ataque empezaron a saltar a la vista. Del suelo manaban charcos de un pegajoso líquido negruzco y los olores se iban intensificando. Por todas partes se veían piezas de metal combadas y retorcidas, salientes mellados y chamuscados por el calor de las explosiones. Al llegar al espacio abierto del final pudo comprobar que la compleja maquinaria había quedado reducida a pura chatarra.

En el destrozado techo había incrustados fragmentos del blindaje temporal de plástico, cuya resina epoxídica prestaba su fragancia ácida a la mezcla. La deslumbrante luz solar entraba por la cubierta traslúcida, teñida de rosa.

El tanque que había originado todo el caos ahora estaba abierto; su gigantesca tapa estaba plegada contra la pared, sobre unos potentes pistones hidráulicos, como si fuera la entrada a la descomunal cámara acorazada de un banco. Una rampa se había desplegado desde su interior. Había varios operarios de Z-B ajetreados limpiando el estropicio y llevando carretillas cargadas de equipamiento arriba y abajo.

Simon vio que dos de los trabajadores se movían con dificultad y extrema cautela, como si les doliera todo el cuerpo. Abrió sus archivos a través de su IND: Meaney y Newton. Ambos habían participado en el

tiroteo y resultado heridos, pese a que se les había asignado tareas ligeras (no-combate). Se sintió interesado por el trasfondo de Newton.

—¿Cómo va? —les preguntó.

Newton se apoyó en un purificador de aire móvil para ponerse derecho y saludar. Miró fugazmente al mayor Bibi.

—Bien, gracias, señor.

—Sí, señor —dijo Meaney.

—Han hecho un buen trabajo —dijo Simon—. Los trajes musculares no están configurados para el combate militar precisamente.

—No están mal, señor —dijo Newton. Al comprobar que no les iban a reprender, empezó a relajarse.

—Ahora que lo han utilizado en combate, ¿desean hacer alguna sugerencia?

—Una mejor integración de los sensores nos hubiera venido muy bien, señor. De hecho, unos sensores más desarrollados nos hubieran venido mejor. Tuvimos que operar ciegos cuando el SA abrió las válvulas de gas; aquella mierda nos jodió los ojos electrónicos y los detectores de movimiento.

—Debió de ser una situación complicada.

—El cabo Ntoko sabía lo que hacer, señor, nos mantuvo juntos. Pero, como usted ha dicho, si se hubiera tratado de un enemigo serio, lo hubiéramos pasado muy mal.

—Comprendo. Bien, gracias por su opinión. Veré qué puedo hacer, aunque imagino que los diseñadores no le harán mucho caso a un ejecutivo. No nos tienen en gran estima.

—Pero usted les paga, señor; seguro que eso sí lo estiman.

Simon sonrió.

—Sin duda. —Señaló el cadáver de una de las criaturas, que ahora estaba cubierto con una manta azul de polietileno—. ¿Su primer encuentro con una forma de vida alienígena, Newton?

—Sí, señor. Lamento que fuera en estas circunstancias. Por un momento pensé que eran alienígenas de verdad.

—¿De verdad? ¿Qué puede haber más real que eso?

—Quiero decir sentientes, señor. Es una pena lo que se les ha hecho a estos pobres bichos, manipularlos como a simples robots.

A Simon le llamó la atención la idealista consternación del muchacho. Solo los más jóvenes mostraban aquel tipo de moral. No le cabía duda de que Newton se había rebelado contra el entorno en que se había criado.

—Supongo que sí. ¿Ha estado ya en el tanque?

—Sí, señor —respondió Newton con gesto de desaprobación.

—Ah, bien, ahora me toca a mí.

—¿Señor?

—¿Sí?

—¿Van a castigarlos, señor?

—¿A quién?

—A los que maltrataron a los alienígenas, señor.

—Ah, ya veo. Bien, debe usted entender, Newton, que mientras nos encontremos aquí vigilando que se cumplan las leyes locales, nosotros también nos veremos sujetos a ellas. Eso es lo que nos da el legítimo derecho a recoger los bienes que producimos, porque operamos bajo su propio marco legal, aunque ni les guste ni lo admitan. Lo que no hacemos es imponer y forzar las leyes extranjeras sobre la población indígena. Si en su constitución se dice que es lícito tirarte a tu hermana, no seremos nosotros quienes les convenzamos de lo contrario. Por tanto, aunque encerrar y experimentar con animales o alienígenas es ilegal en la mayoría de los países de la Tierra, no lo es aquí.

—¡Quiere decir que no han hecho nada malo!

—En absoluto. Han lanzado un grave asalto contra los oficiales encargados de respetar las leyes durante el cumplimiento de sus tareas.

—¿Entonces qué va a pasar con ellos?

—Todavía tengo que pensarlo.

Simon se detuvo en medio de la rampa para mirar el cadáver tapado con discreción de otro de los alienígenas.

—¿Han averiguado algo sobre estos seres? —le preguntó a McKean.

—No mucho —admitió el doctor—. Son autóctonos de Floyd. Mamíferos. Socialmente se organizan en una mezcla de manada y colmena. Su fisiología se ralentiza de manera considerable durante las frías horas de la noche. Se alimentan de wellsycésped, de hecho el noventa por ciento del tiempo lo dedican a pacer. No sabemos mucho más.

—¿Entonces no son semientes?

—No, señor. Estamos buscando información sobre ellos en la memoria de Manhattan, pero por el momento no hemos encontrado nada. Está claro que lo han encriptado a conciencia. Sin duda en la Tierra nadie sabía de su existencia. Lo que resulta sorprendente es que desde un punto de vista xenobiológico no exagero si digo que son importantísimos. Kaba debería haberlos dado a conocer desde el día en que los descubrió.

—Puede que el Consejo Terrestre de Kaba no estuviera al corriente —dijo Simon—. Nunca hay que mostrar todas las cartas, doctor.

Siguió subiendo la rampa, guiado por el mayor Bibi. El interior del tanque estaba dividido en dos niveles, cada uno de los cuales se subdividía a su vez en varios compartimentos. A Simon aquel tipo de distribución le recordaba a la de un refugio antiaéreo. La analogía le pareció bastante acertada. Sin duda se velaba mucho por la integridad del contenido.

—Entiendo que han reparado esto, ¿verdad? —le dijo al mayor Bibi.

—Sí, señor. He hecho que los técnicos lo revisen todo en busca de defensas físicas, además el SA de la planta ha sido volcado en unas instalaciones de almacenamiento selladas. Fue cómplice en el ataque a los reclutas, lo sabemos por la emanación gaseosa. Nuestro SA forense está analizando hasta la última de sus líneas de código para determinar qué clase de rutinas se le añadieron. Suponemos que también manipuló a los alienígenas. También he examinado el banco de datos de la planta para asegurarme de que ya no sigue funcionando ninguna subrutina. Pero aquí hay toneladas de circuitería, sobre todo en la maquinaria de procesado; esperamos haberlo analizado todo dentro de diez horas. —¿Qué hay del SA de Manhattan City?

—Sin duda está implicado. Pero analizarlo es muy complicado, supervisa un montón de funciones de *hardware* de toda Manhattan, incluida la ventilación De momento ya he instalado programas de limitación y seguimiento en el banco de datos.

—Muy bien. —Se detuvieron frente a una pesada puerta blindada. A un lado había un complicado panel de acceso por ADN, pero la placa de metal reforzado estaba retirada.

El material médico que había en el interior estaba apilado en columnas. Ocho de las pilas estaban en el suelo. En lo alto de cada una de ellas había una esfera de plástico opaco de cincuenta centímetros de diámetro; de los ecuadores de las bolas salían cables y tubos delgados cuyos extremos

estaban introducidos en distintos puntos de las pilas. Cinco estaban inactivas, mientras que las otras tres, sobre cuyos componentes parpadeaban distintas luces indicadoras, zumbaban y runruneaban sin interrupción. Un par de técnicos de Z-B estaban levantando la columna de una de las esferas apagadas. El doctor Hendra les indicó la salida y se marcharon sin decir nada.

Simon se colocó justo delante del primer pilar activo para mirar la esfera.

—¿Qué opina de la viabilidad del proceso, doctor?

—Oh, es viable, desde luego. De hecho, es más rentable que los tratamientos de rejuvenecimiento que se emplean en la Tierra.

—¿En serio? Pensé que la Tierra lideraba ese campo.

—Desde un punto de vista técnico, nosotros. Pero vescribir un cuerpo humano completo es harto complicado. Hay que vectorizar nuevos genes en cada célula de todos los órganos, huesos y vasos sanguíneos, por no mencionar la piel. Todos esos genes deben ser específicos de su destino. Como mucho se puede revitalizar entre el veinte y el treinta y cinco por ciento de cada órgano. Lo bastante para que se note, pero hay demasiadas células para renovarlas todas. Por eso no tiene sentido extender el proceso de rejuvenecimiento más allá del tercer tratamiento. Al final se impone la ley del rendimiento decreciente.

—Depende de lo joven que se sea al someterse al primer tratamiento —murmuró Simon.

El doctor Hendra se encogió de hombros con complicidad.

—Sí. Pero no es común que la gente se someta al tratamiento antes de los sesenta. En la actualidad es mucho más efectivo realizar una vescritura en la línea germinal para inhibir el proceso de envejecimiento. Cuando uno sólo se compone de diez células, los nuevos y flamantes genes mejorados se pueden introducir y vectorizar en ellas sin la menor posibilidad de error.

Simon sonrió comprendiendo.

—Por supuesto. —La ficha del doctor Hendra indicaba que había nacido a partir de un proceso de este tipo, lo cual, dado el nivel de desarrollo de la ingeniería genética de la época, le proporcionaba una esperanza de vida de unos ciento veinte años. Sus padres habían sido accionistas de Z-B, donde ocupaban mandos medios. Por aquel entonces, la compañía solo ofrecía estos tratamientos a los miembros de los escalones superiores, de modo que

fueron afortunados al ascender. Hoy en día, por supuesto, estaban disponibles para todos los accionistas, sin importar lo grande que fuera su trozo del pastel. Era otro gran incentivo para dedicar tu vida a Z-B y una de las razones por las que eran una de las compañías más grandes de la Tierra y del espacio exterior—. Y sin embargo, sigue pensando que este proceso es efectivo.

—Desde luego. —El doctor Hendra señaló la esfera plástica que había sobre la pila de material médico—. Si se aísla el cerebro se puede reparar como mínimo el ochenta y cinco por ciento de la estructura neuronal envejecida. Como no hay que preocuparse por revitalizar nada más, los recursos se pueden aplicar con la mayor eficiencia. Al fin y al cabo, solo hay que renovar un único tipo de células, aunque, cierto, hay múltiples variantes.

Simon utilizó su IND para activar el sistema de comunicación de la esfera.

—Buenos días, miembro del Consejo Zawolijski.

—Buenos días tenga usted, representante Roderick —contestó el cerebro.

—Ha sido muy feo por su parte eso de disparar a nuestros reclutas.

—Le presento mis disculpas. Mis colegas y yo tenemos esa mala costumbre. La incursión de su pelotón nos alarmó. El cabo había descubierto este tanque. No deseábamos compartir esta faceta de la vida en el Consejo con el resto de la galaxia civilizada.

—Claro, ¿y eso incluye al Consejo de su nueva casa matriz?

—Por supuesto que no. Me refiero al hecho de que se puede hacer. Ciertas facciones humanas podrían considerar que el coste es, en términos sociales, inaceptablemente elevado.

—Es muy alentador. El Consejo al que represento sin duda apreciaría un informe detallado.

—Estoy seguro de que eso se puede arreglar.

El SA personal de Simon había estado escudriñando los vínculos raíz de Zawolijski con los almacenes del banco de datos de Manhattan City. El cerebro estaba aceptando a regañadientes los sondeos de recuperación y permitiendo el acceso a los bloques de memoria sellados. Un archivo se abrió en medio del campo de visión de Simon; los mensajes azul marino fluían alrededor de una imagen en color. Eran los registros de la policía y

del juzgado de Kinabica de Duane Alden; comenzaban con su arresto de joven y sus amonestaciones por ratería, robo de vehículos y asalto con agravantes; cuando maduró un poco, no tardó en ascender a tráfico de drogas, allanamiento de morada, robo a mano armada, extorsión y, la guinda del pastel, asesinato. Lo último ha sido un atraco a un banco, que le salió mal porque estaba colocado. Una cámara de seguridad captó todo el patético episodio. Su juicio duró solo tres días. Un mes más tarde hubo una apelación que se rechazó. Dos semanas más tarde lo sentenciaron a muerte, un mes después de cumplir veintiún años. En el ínterin, pasó tres meses en el hospital de una prisión, donde unos severos médicos consiguieron limpiarlo por completo, sin dejar de vigilarlo en ningún momento. Al principio Duane se resistió, pero los celadores siempre conocen algún método para conseguir que incluso los internos más recalcitrantes pasen por el aro. Su abogado puso una queja por «tratamiento abusivo», pero únicamente por costumbre.

Mientras observaba la imagen holográfica que mostraba el cuerpo desnudo de Duane Alden, que parecía flotar entre él y el cerebro encapsulado, solo le vino una cosa a la cabeza: juventud, divino tesoro. En el plano físico, Duane era perfecto y sin duda apuesto.

—Su nuevo cuerpo, supongo —dijo Simon.

—Sí —afirmó Zawolijski—. Espléndido, ¿verdad? Unos pocos centímetros más alto que el anterior. Y ese rostro... qué arrojo. Estoy seguro de que las mujeres sabrán apreciarlo.

—Por curiosidad... ¿qué edad tiene usted exactamente?

—Doscientos ocho años, según el calendario terrestre.

—Y este cuerpo ya será...

—Mi quinto recambio. Con el original aguanté hasta los sesenta.

—Un nuevo cuerpo cada treinta años. Suena un tanto extravagante.

—En realidad no. Un hombre solo está en la flor de la vida de los veinte a los cincuenta.

—Antes sí, pero ahora que los cuerpos humanos se pueden vescribir para alcanzar una mayor esperanza de vida, la flor tarda mucho más en marchitarse.

—Exacto. Pero ese tipo de manipulación de la línea genética apenas si está empezando a implantarse en Kinabica y como los padres siempre

piden modificaciones adicionales como el aumento de la inteligencia, cada vez hay menos ejemplares que se pierdan por el mal camino.

Simon cerró el archivo de Duane y miró al cerebro con el ceño fruncido.

—¿Cree que una mayor inteligencia garantiza una vida apartada del crimen?

El cerebro soltó una risita.

—Quiero decir que es menos probable que lo atrapen a uno. Y que si lo hacen es siempre tras una larga y ardua investigación, tras la cual al Consejo ya no le sirven de nada.

—Habría que emplear policías igual de inteligentes para atraparlos.

—¿Con los sueldos que pagamos?

—Ya le entiendo. Pero ahora me hago otra pregunta. ¿Por qué no se limita a clonarse cada vez que lo necesite?

—Ah, uno de los mitos preferidos de nuestra raza. ¿Tiene idea de lo complicado y caro que es eso? Cultivar a un humano en una probeta hasta, siendo realistas, los dieciséis años. ¿Cómo evitaría que desarrollara su propia conciencia?

—¿Por qué iba a surgir ese problema? La ausencia de estímulos externos suprimiría la posibilidad de que tuviera pensamientos propios.

—Tiene sentido, sí. Pero incluso los niños poseen una conciencia instintiva, a causa del nacimiento. La ablación sensitiva durante dieciséis años desemboca en una conciencia monstruosamente retrasada. Ni siquiera se le podría llamar personalidad. Pero créame, es un gran problema mantener un cuerpo en un tanque de líquido amniótico después del primer año. El ser quiere nacer y lucha contra su confinamiento.

—Pues clone un cuerpo sin cerebro. Elimínelo del genoma mediante vescritura.

—Oh, por favor, ¿cómo restablecería el control de las funciones autonómicas? ¿Mediante tecnología? Ningún chip puede regular la complejidad de la fisiología humana.

—¿Y si cultivara las distintas partes por separado? El de acelerar el desarrollo de un órgano de recambio hasta que alcance su madurez es un proceso de eficacia demostrada. Una vez cultivados todos los componentes, sólo hay que ensamblarlos para obtener un cuerpo completo.

—Eso solamente serviría para agravar el problema. Las diferentes partes que componen un cuerpo, aunque hablemos solo de los órganos vitales, son

incontables. No debemos olvidar el sistema circulatorio, la piel o el esqueleto. ¿En qué orden comenzaría a montar el cuerpo para asegurarse de que no muere durante el proceso? ¿Qué grado de cirugía se necesita para componer a un humano adulto? No. La idea es pura ciencia-ficción. Se lo aseguro, ya hemos estudiado todas esas posibilidades. La manera más eficiente de producir un cuerpo humano consiste en el viejo truco del carnicero. Hasta que no seamos capaces de desarrollar nanónicos activos que nos permitan integrar estructuras celulares o reconfigurar fragmentos de ADN independientes, trasplantar el cerebro al cuerpo del criminal seguirá siendo el proceso más fiable de recuperar la lozanía de la juventud.

—Muy bien. Pero, ¿qué me dice del proceso de regeneración neuronal que emplea? Deben de producirse pérdidas de memoria.

—No a causa de la regeneración. Las pérdidas las provoca el simple envejecimiento del órgano. Las neuronas nuevas no incluyen los recuerdos. Eso lo aceptamos todos, de hecho es esencial. El cerebro siempre será finito, sin importar cuántas mejoras le vescribamos cada vez que nos sometamos al rejuvenecimiento. Debo tener suficiente capacidad para almacenar las experiencias de mi nueva vida cuando me reintegro en la sociedad.

—Si cada vez desecha su pasado, entonces se va olvidando de quién es.

—Nunca, es lo hermoso del proceso. Nunca he dejado de estar unido al bebé que nació hace doscientos ocho años; este es el factor psicológico primordial. Los recuerdos más importantes de la persona están vinculados con la identidad. Los eventos que definen el yo, que moldean la personalidad y la persona en que te has convertido son tan poderosos que acaban formando parte de tu esencia. Se convierten en el instinto, que se conserva por mucha regeneración a la que se someta la viscera. Se me pueden olvidar los pequeños detalles de un día de hace ciento treinta años, pero no son relevantes; yo sé que sigo siendo el mismo individuo que vivió aquel día. Continuidad de conciencia más que memoria sin lagunas, eso es el alma humana, representante Roderick.

—¿Qué hay del aspecto biológico? Genéticamente su cuerpo no le pertenece. No puede reproducirse, sus descendientes serán los de Duane Alden. ¿Cuál es el motivo de su existencia si no es la mera vanidad?

—¿Y usted nos acusa de recurrir a las técnicas tradicionales? Con toda esa vescritura que se aplica en la actualidad, ¿quién puede afirmar que sus hijos son sus hijos? Pero para responder a su pregunta, ese aspecto concreto

del rejuvenecimiento tiene una solución muy sencilla. Me clonan los testículos y los trasplantan junto con el cerebro en cada nuevo cuerpo. En el caso de las mujeres solo hay que implantar óvulos clonados. Todos podemos vivir la vida con plenitud a nuestro regreso. Estamos completos hasta un punto muchas veces inalcanzable por los hombres normales, tener el cuerpo de un veinteañero y la mente de un centenario.

—¿Como qué vuelve? ¿Como primo lejano?

—Cualquier identidad es válida. Las acciones de la familia no se escudriñan ni se analizan, los fondos fiduciarios de las familias del Consejo se administran en privado, los ejecutivos del Consejo no son celebridades.

—El crimen perfecto.

—Así podemos mantenernos a nosotros mismos y el modo de vida que hemos elegido. Por eso redactamos nuestra constitución como la redactamos.

—Y ahora el Consejo Terrestre les da de lado.

—Por favor, representante Roderick, no tiene por qué continuar con esa falacia con nosotros. Zantiu-Braun está aquí porque tiene las naves y la potencia de fuego necesarias para arrasar nuestro mundo, gracias a lo cual puede llenar sus arcas con completa impunidad. Admitimos su superioridad militar.

—Me alegra oírlo.

—¿Entonces hay trato? —preguntó el cerebro.

—¿Trato?

—Para que podamos continuar con nuestra existencia sin interrupción. Nos encantaría contar con los miembros de su Consejo en nuestra fraternidad. Aquí se vive muy bien; Kinabica tiene recursos, es un mundo avanzado y su sociedad es estable. No les faltaría de nada.

—El Consejo al que represento no puede aceptar su oferta.

—¿Le doy la oportunidad de vivir su inmortalidad como un plutócrata y la rechaza?

—Nuestros intereses y metas son distintos.

—¿No le parece que la vida eterna ampliará las posibilidades de que alcance sus objetivos? Me cuesta creerlo.

—No es asunto suyo.

—¿Entonces qué quiere?

Simon frunció los labios y miró al cerebro encapsulado con desilusión. Las técnicas y el ingenio del Consejo de Kinabica le parecían impresionantes pero su fin le resultaba demasiado anticuado. Hubieran encajado mejor en la época del Renacimiento o en la del Imperio Británico. Podrían haber llegado mucho más lejos con todo aquello de lo que disponían pero preferían aferrarse al pasado y encerrarse en un inexpugnable castillo de piedra en medio de una sociedad anquilosada. Se habían limitado a asegurar lo que ya poseían. Pese a que aquel planeta virgen les tendía sus infinitos horizontes, se habían negado a explorar las distintas alternativas y a perseguir nuevos sueños imposibles. Daban pena.

—No queremos nada de ustedes —respondió Simon—. Como usted ha dicho, su planeta tiene recursos. Por la cuenta que le trae a su Consejo, le recomiendo que siga así y que no se distancien de nuestros deseos.

—¿No le parece lamentable nuestro método de rejuvenecimiento?

—En absoluto. Sigan adelante con su vida. No codiciamos su banalidad.

OceanofPDF.com

Capítulo 10

A Simon Roderick se le había torcido el día nada más empezarlo. Había renunciado a ocupar la oficina ceremonial del presidente Strauss durante la ocupación de Thallspring por parte de la Tercera Flota. No quería sucumbir al tópico. En cualquier caso, el enlace oficial de Z-B con el ejecutivo planetario era el general Kolbe; era éste quien debía encargarse de las relaciones públicas. Por tanto, mientras el desventurado general intentaba aplacar a las encolerizadas y resentidas prensa y población, Simon se quedaba en el acogedor despacho que él mismo se había buscado en el ala este del Señorío del Águila, expulsando al rebaño de asistentes presidenciales que se había congregado alrededor de su jefe para ofrecerle consejo, facilitarle informes y proponerle efugios varios.

El Señorío del Águila estaba situado sobre una pequeña elevación que había en el centro de Durrell y que proporcionaba a Simon amplias vistas de toda la ciudad. Por lo general, las mañanas traían consigo un brillante sol que se derramaba sobre los impresionantes edificios y las opulentas plazas de la capital. Hoy unas espesas nubes de carbón se habían adueñado del cielo azur. Una débil llovizna salpicaba los amplios ventanales que quedaban detrás de su escritorio y desenfocaba el nítido contorno de los lejanos rascacielos. Todos los vehículos que avanzaban por la autopista circular rodeando los extensos terrenos del Señorío del Águila llevaban las luces encendidas, cuyo resplandor azul intenso rielaba en el asfalto mojado.

Nada más llegar, su SA personal desplegó los resúmenes que él empleaba para permanecer al tanto de los acontecimientos de la capital. De la noche a la mañana la producción de las fábricas destinadas a la

manufacturación de bienes había descendido varios puntos. Se debía a que muchos de los empleados no acudían a ocupar sus puestos de trabajo y a que el suministro de materias primas también se había visto reducido. El caso era que aquella mañana el tráfico no era tan denso como de costumbre. Pero cuando miró por la ventana y vio la corona de amplias avenidas por las que se salía de la autovía de circunvalación del Señorío del Águila, no se fijó en que había menos automóviles. En todos los accesos se veían las mismas colas de siempre. En ese momento la alerta médica desplegó un mensaje azul marino.

Se sentó derecho en la silla de cuero de respaldo alto para leer los informes.

—¿Tuberculosis? —preguntó con incredulidad.

—Ése es el diagnóstico —afirmó su SA personal—. Y hay muy poco margen de error. Ya se han detectado setenta y cinco casos en Durrell; el pronóstico es que esa cantidad se habrá duplicado al final del día y que después seguirá aumentando.

De los distritos del extrarradio ya están llegando informes de posibles nuevos contagios, así como de otras provincias de todo el planeta. El tipo parece bastante virulento.

—¿Thallspring tiene antecedentes?

—No. Hasta ahora no se había registrado ningún caso de tuberculosis.

—¿Entonces cuál demonios es la causa?

—Las conclusiones preliminares de los médicos locales y de los organismos de salud pública apuntan a que nosotros somos el foco de infección.

—¿Nosotros?

—Sí. Después de consultar con nuestro SA médico, pienso que es lo lógico.

—Explícate.

—Este tipo concreto es el resultado de varios siglos combatiendo esta enfermedad mediante tratamientos médicos cada vez más sofisticados. Cada vez que los científicos desarrollaban un nuevo y más fuerte antibiótico con el que tratar al bacilo de la tuberculosis, este mutaba hasta dar lugar a un tipo más resistente. A principios del siglo XXI esta enfermedad ya se había convertido en la consecuencia de lo que se dio en

llamar superbacterias, que se habían vuelto resistentes a cualquier antibiótico.

—Que, si mal no recuerdo, se combatieron con los metabióticos que se desarrollaron después.

—Correcto. Los metabióticos mantuvieron a las superbacterias bajo control durante casi un siglo. Al final, por supuesto, se volvieron inmunes también al nuevo remedio. Para entonces ya estaban disponibles las vacunas de ingeniería genética. Desde entonces siempre han demostrado ser el tratamiento más efectivo. Cada vez que el bacilo muta, lo único que hay que hacer es leer su estructura genética y proporcionar una vacuna específica. Esto ha paralizado por completo el aumento de los contagios.

Simon, que sabía a qué situación conducía esto, se quedó mirando las calles mojadas de la ciudad con expresión sombría.

—Pero todavía no hemos erradicado la bacteria.

—No. Eso no es posible. Las ciudades de la Tierra continúan siendo un fértil caldo de cultivo. Las autoridades sanitarias locales siempre están al tanto por si surgen casos de nuevos tipos. Cuando esto ocurre es posible elaborar una vacuna en menos de treinta horas. De esta manera se ha conseguido evitar las epidemias durante doscientos años.

—¿En las colonias también se han prevenido?

—Antes de que emprendan el viaje, a los colonos se les somete a una rigurosa serie de análisis para detectar un amplio espectro de enfermedades. Si alguno está infectado, se le vacuna. Lo más probable es que el bacilo de la tuberculosis no saliera de la Tierra, al menos en una fase activa.

—¿De modo que aquí no se rigen por el mismo sistema de salud?

—No.

—En otras palabras, que nosotros lo hemos traído a Thallspring.

—Es la conclusión obvia. Lo más probable es que algún miembro de la compañía estuviera expuesto a un bacilo avanzado al que era inmune, bien por estar vacunado o por alguna vescritura en su línea germinal, en cuyo caso su sistema inmunológico se habría vuelto más resistente. Sin embargo, todavía podría ser portador. Si es así como ocurrió, entonces debió de contagiar a todos los que viajaban en la misma nave que él. Todos los que viajaron en esa nave están extendiendo la enfermedad en estos momentos.

—¿No realizamos análisis a todos los que son enviados a una misión?

—No para detectar enfermedades concretas. Ese tipo de reconocimientos se volvió demasiado caro dado que las Flotas dejaron de utilizarse para buscar colonias. Los pelotones pasan por un reconocimiento médico una vez que sus componentes se han puesto el traje de Cuero. Hasta ahora se ha considerado adecuado.

—Mierda. —Simon apoyó el cogote en el reposacabezas—. Entonces no es un simple brote de tuberculosis sino toda una pandemia, y en este planeta nadie es inmune a la enfermedad.

—El SA médico cree que el sector de la población sometido a algún tipo de vescritura de su línea germinal no se verá afectado.

—¿Porcentaje? —preguntó Simon con voz seca.

—A alrededor del once por ciento se le ha practicado vescritura en la línea germinal; la mitad son menores de quince años.

—De acuerdo. ¿Qué recomienda nuestro SA médico?

—La inmediata elaboración y distribución de una vacuna. Aislamiento en todos los casos confirmados e imponer tratamiento médico.

—¿Tiene cura?

—Hay precedentes. El SA médico dispone de patrones de metabióticos que en un pasado reciente han dado buenos resultados. Podemos combinar esto con virales de regeneración de tejido pulmonar. El proceso no será ni rápido ni barato.

—¿Tiempo estimado?

—Dos años para una recuperación total.

—Maldita sea. ¿Y cuánto se tardaría en poner en práctica la producción de la vacuna?

—La producción se puede iniciar veinticuatro horas después de que des una autorización de prioridad. Producirla en cantidades suficientes para proteger a toda la población del planeta requiere tres semanas.

—¿En qué medida afectará a nuestro calendario de producción de bienes?

—No es factible que aumente. En este momento existen demasiadas variables.

El intercomunicador del escritorio dio un pitido.

—El presidente Strauss está aquí, señor —le anunció su asistente—. Exige hablar con usted inmediatamente.

A Simon no le extrañó en absoluto.

—Que pase.

—Señor.

—Y, por favor, dígale al señor Raines que venga él también.

Cuando se trataba de buscar a alguien que facilitara el proceso de captación de bienes y que se asegurara de que los empleados de Z-B se adaptaran a la legislación del planeta y a la administración pública, el presidente Edgar Strauss no era el hombre más indicado. Ninguna amenaza ni coacción parecían afectarle en absoluto. Era grosero y cerrado, nunca se mostraba dispuesto a colaborar y, en algunos casos, tenía una actitud obstruccionista. Simon incluso tuvo que contenerse para no colocar collares de buena fe a los miembros de su familia; si imitaran su actitud, se desataría el Apocalipsis.

Strauss irrumpió en la oficina con la violencia de un elefante herido.

—¡Cabrón fascista hijo de puta! ¡Nos están exterminando! ¡Quieren limpiar el planeta y traer a sus familias!

—Señor Presidente, eso no...

—No me toque los cojones, mierdecilla. En el banco de datos se explica muy bien. Han desatado un brote de tuberculosis, algún tipo vescrito de mayor virulencia de la normal.

—No está vescrito, el bacilo es perfectamente natural.

—¡Y una mierda! —Sus ojos grises parecieron llamear en medio de su rostro enrojecido—. Estamos completamente indefensos. Han cometido un genocidio y nos han condenado a una larga y dolorosa muerte. Deberían habernos aniquilado con el baño de gamma, porque ahora tenemos la oportunidad de rebanarles el pescuezo uno por uno. ¿Qué sentido tienen ahora los collarcitos de buena fe, eh?

—Sí hace el favor de tranquilizarse...

En ese momento se abrió la puerta y Braddock Raines entró en la oficina. Estaba en la Inteligencia de la Tercera Flota; tenía treinta y pocos años, era de ese tipo de personas que pueden pasar desapercibidas en cualquier situación, lo que le permitía verlo todo desde una perspectiva más amplia y sin la interferencia de los oficiales locales. Tenía el don de inspirar confianza a la gente. Todo el que había hablado alguna vez con él recalcaba lo agradable que era y cuánto le gustaría contarlo entre sus amigos. Simon sabía que de Raines siempre podía esperar el informe más detallado sobre las situaciones más comprometidas.

—¿Y este quién es? ¿El verdugo? —preguntó Edgar Strauss—. Sé que ahora que he descubierto la verdad, no me dejarán seguir viviendo. Me tienen demasiado miedo. ¿Cómo lo va a hacer, hijo, cuchillada o balazo en la cabeza?

Braddock se quedó boquiabierto. Por primera vez no sabía qué responder.

—Si no cierra el pico sí que le voy a tener que meter un balazo —le espetó Simon.

El presidente Edgar Strauss resopló con satisfacción.

Simon respiró hondo y se sentó para calmarse. No recordaba la última vez que había perdido los estribos. Pero aquel tipo era tan intragable. No le extrañaba que un retrasado y primitivo planeta como Thallspring hubiera elegido a un cavernícola del pueblo como Strauss.

—Señor presidente. Acabo de enterarme de este brote hace unos instantes. Por supuesto me siento sorprendido y lamento que algo así ocurra en este hermoso planeta. Y me gustaría declarar en público lo antes posible para asegurarle a usted y a toda la población que Zantiu-Braun hará cuanto esté en su mano para ayudar a las autoridades sanitarias locales a combatir la enfermedad. Los patrones para las vacunas y los metabióticos necesarios estarán disponibles de inmediato. Si todos los recursos requeridos del planeta se dedican a atajar la situación, entonces confiamos en que el problema se acabará pronto y para siempre.

—Hijo, se tardará un mes en empezar a distribuir la vacuna. ¿Cuánta gente morirá hasta entonces?

—Estimamos que se necesitarán tres semanas como máximo para producir las vacunas suficientes. Y si seguimos los procesos correctos, nadie que se haya infectado morirá. No obstante, ello requerirá una absoluta cooperación por parte de sus autoridades. ¿Está dispuesto a ayudarnos o prefiere que su pueblo sufra innecesariamente?

—¿Para eso han traído esto? ¿Para someternos?

—No lo hemos introducido nosotros —dijo Simon mecánicamente—. El bacilo de la tuberculosis ha desarrollado nuevas y peligrosas variantes a lo largo de toda su historia. Nadie sabe de dónde ha salido este tipo. Solo a un demente o a un político se les ocurriría culparnos de algo así. —Su SA personal le informó de que el Presidente estaba recibiendo una serie de

archivos procedente del banco de datos, todos encriptados. Sin duda para proporcionarle más información sobre la enfermedad.

—Sí, claro —dijo Edgar Strauss—. Ustedes y esta mierda entran en escena al mismo tiempo. ¿Qué clase de controles médicos realiza Zantiu-Braun al personal de Seguridad Estratégica antes de salir, eh? Dígamelo, hijo. Gente que procede de las principales capitales de la Tierra, donde la tuberculosis lleva siglos cociéndose. ¿Los examinan a todos, eh?

Por el rabillo del ojo Simon vio hacer una mueca de incomodidad a Braddock Raines. Simon se mantuvo imperturbable.

—Aplicamos los mismos procesos por los que han pasado siempre las naves que han salido de la Tierra, como ordena la ley de cuarentena de la ONU. No se nos permitiría salir del sistema de Sol sin pasar por ellos. ¿No seguían esos procedimientos las naves de la casa Navarro?

—Por supuesto que los seguían. No hemos conocido ninguna infección hasta que ustedes, cabrones de mierda, han comenzado a invadirnos.

—¿Y por qué no ocurrió la última vez que los visitamos?

Los ojos de Edgar Strauss brillaron aún con mayor intensidad.

—De modo que la vacuna es otro de los avances que quieren que adoptemos. Otro producto más sofisticado que cualquier cosa que haya aquí.

—Y su problema con eso es...

—Nos están cebando para el día de mañana. Eso es en lo que consiste toda esta pantomima. Nuestras desgracias son *su* beneficio. Las vacunas y los metabióticos estarán disponibles para que puedan recogerlos en su próxima cosecha de dementes junto con todos los demás avances. Ya he visto todos esos nuevos diseños que les han cedido a nuestras empresas y universidades. Neurotrónica, *software*, bioquímica, genética, incluso diseño de plantas metalúrgicas y de fusión. Nos han entregado todo eso por pura filantropía.

—Queremos que cuanto hemos invertido en Thallspring dé sus frutos. Naturalmente les ayudaremos a actualizar sus bases tecnológicas y científicas.

—Pero solo en su propio beneficio. Si la próxima vez que nos visiten *todavía* seguimos produciendo sistemas anticuados, no obtendrán beneficios.

—¿Eso cree?

—Lo sé, y usted también.

—Entonces tápese los ojos. Siga como si nada. —Simon extendió los brazos para señalar a la ciudad que se extendía al otro lado de la ventana—. Dígaselo, señor presidente. Convénzalos de que de nada les serviría la última versión de su programa de administración de memoria, dígales que no necesitan colocar frenos de última generación en sus coches y, sobre todo, hágales saber que no hacen falta mejores medicamentos.

—Acabará perdiendo. Lo sabe tan bien como yo. Ya no les quedan tantas naves. ¿Qué ha pasado? ¿No han podido construir otras nuevas? Un día vendrán y seremos lo bastante resistentes para plantarles cara. Nosotros estamos creciendo mientras ustedes se van marchitando, como les ha sucedido a todos los imperios decadentes a lo largo de la historia. Es nuestra sociedad la que está floreciendo. El fin de los vuelos espaciales será el fin de la tiranía.

—¿El eslogan es fruto de una tormenta de ideas de quienes le escriben los discursos o se lo ha inventado usted solito?

—Mis nietos bailarán sobre su tumba, pedazo de mierda. —Edgar Strauss se dio media vuelta y abandonó el despacho con paso decidido. De camino a la salida empezó a tararear el himno de Thallspring.

Simon se quedó mirando la puerta cerrada.

—Mi tumba no existe —susurró.

—Qué ridículo —dijo Braddock en tono impasible—. ¿Quiere que tenga un accidente?

Simon soltó una risotada seca.

—No me tiente.

—¿Entonces por qué estoy aquí?

—Vamos a tener que poner en marcha el programa de vacunación que recomienda el SA médico. Quiero que usted supervise la inoculación del personal de relevancia estratégica: todo aquel que sea imprescindible para que la producción de bienes no se paralice. Comience por los empleados de las fábricas y no se olvide de la gente que trabaja en las centrales eléctricas y trabajadores relacionados. Quiero reducir al mínimo las alteraciones de nuestro calendario.

—Entendido.

La planta acuática no llamaba la atención. Era un cubo de tejado plano y veinte metros de lado construido en su totalidad de hormigón que se escondía tras una valla de tela metálica y estaba rodeado por una frondosa cortina de enormes espinos perennes. Estaba situada en una esquina de un pequeño polígono industrial del extrarradio de Durrell. No se podía ver desde la carretera principal que pasaba por fuera y pasaba desapercibida para el resto del polígono.

Por las noches quedaba iluminada por los elevados focos halógenos de los alrededores. Unos estaban fundidos y otros parpadeaban con arritmia. Quizá se debiera al ángulo con que los haces incidían sobre el cubo, pero este parecía tener más grietas en las paredes de hormigón de las que se veían durante el día.

Raymond, desde la posición estratégica que ocupaba oculto entre los arbustos, estudiaba la puerta de la valla. La única protección eran una cadena y un candado. Aunque ya habían analizado imágenes panorámicas, no podían afirmar con certeza si eso era todo. Ahora podía confirmarlo, un candado.

La seguridad no era uno de los aspectos más relevantes para la planta. Aplicaban las medidas justas para impedir que los niños entraran e hicieran travesuras. Con ese fin, en la parte de fuera habían colocado un par de alarmas y sensores. Al menos eran la única medida que aparecía en el inventario de las instalaciones.

El Principal estaba sondeando hasta el último aspecto de la red de datos interna de la pequeña planta y examinando hasta la última de las perlas y circuitos en busca de trampas y alarmas. Y no solo de la planta, la arquitectura del banco de datos local se estaba escudriñando para comprobar si había vínculos inertes que condujeran a las instalaciones, dejados a modo de alarmas secundarias que solo se vincularían con el banco de datos cuando un intruso las activara. Si las había, el Principal daría con ellas.

Si las precauciones se llevaban más allá, se convertirían en paranoia.

Raymond ordenó al Principal que pasara a la fase dos. Las imágenes captadas por los sensores visuales e infrarrojos colocados por toda la entrada de la planta se congelaron cuando el *software* se infiltró en sus procesadores, si bien sus temporizadores digitales siguieron contando de

manera que parecía que todo transcurría con normalidad. Después se insertó otra rutina en la cerradura. Raymond la oyó abrirse desde su escondrijo.

Salió de la sombra y gateó por la valla. Al llegar arriba del todo se giró con agilidad y saltó al césped sin cortar del interior. Tardó tres segundos en correr hasta la puerta y abrirla. Tiempo total de exposición: siete segundos. No estaba mal.

Ajustó de inmediato sus ojos descritos a la oscuridad y vio unas débiles luces desperdigadas procedentes de los LEDs de los tableros de control. Solo había una sala. Vio las bombas, cinco voluminosos cilindros de acero colocados sobre amplios soportes. Las paredes de hormigón estaban bordeadas de gruesas tuberías cuyo pesado latir saturaba el aire de constantes vibraciones.

Se quitó la mochila y sacó los explosivos. Sin perder un segundo, se metió entre las bombas y fijó las pequeñas cargas moldeadas justo sobre los soportes.

La retirada fue tan silenciosa y eficiente como la entrada. La cerradura se bloqueó cuando salió. En cuanto volvió a encaramarse a la valla, los sensores de las puertas siguieron funcionando con normalidad. El Principal salió del banco de datos de Durrell sin dejar ni la menor huella en el registro.

Las estroboscópicas luces rojas y azules se veían desde mucho antes de llegar a la planta acuática. Simon podía ver desde el coche los haces de luz que parpadeaban sobre las paredes de los edificios mientras salían de la carretera principal y entraban en el polígono industrial. Había una docena de vehículos policiales repartidos alrededor de la planta acuática. Habían tendido cintas azules plásticas de NO PASAR para formar un amplio cordón que rodeaba el frondoso seto de espinos. Había agentes uniformados pululando por todas partes mientras el personal y los robots forenses llevaban a cabo una minuciosa recogida de huellas.

Los Cueros se paseaban por el interior del recinto como guardas que vigilaran una cadena de presidiarios, sin mezclarse nunca con el equipo forense. Un tropel de periodistas se apiñaba detrás del cordón azul, todos

ellos intentando introducir sus sensores. Debía de haber unos veinte pasando información directamente al banco de datos para transmitir la operación al público, ya fuera de forma visual o sonora. Incluso empleaban radares láser para trazar planos tridimensionales de la escena. Les hacían preguntas a gritos tanto a los policías como a los Cueros, sin importarles el rango. Los hostigaban sin descanso para obligarlos a que les dieran cualquier tipo de respuesta.

El IND de Simon le proporcionó los resultados técnicos del equipo forense en cuanto sus sensores los consiguieron. Una rejilla de tablas y gráficas de color azul marino desprovistas por desgracia de datos relevantes.

—Es increíble —dijo Braddock Raines, que junto con Adul Quan acompañaba a Simon en el coche. Los dos asistentes miraban al resto de espectadores. Los empleados de las fábricas y oficinas del polígono se habían asomado a la entrada de sus respectivos lugares de trabajo para ver en directo las labores de la policía. Tiritaban a causa del frío de la mañana, daban pataditas en el suelo e intercambiaban habladurías y conjeturas, la mayoría inventadas por ellos mismos.

Braddock pasó a conducir el coche manualmente y frenó para pasar por entre los grupos de curiosos que habían invadido la carretera y que parecían haberse olvidado del tráfico.

—¿Quiere entrar, jefe? —preguntó Adul—. Lo reconocerán enseguida. Simon vaciló unos segundos. Era cierto, los hologramas podrían proporcionarle una información que podría consultar con mayor detalle en sus ratos de ocio, además siempre le había molestado que lo vieran como un personaje importante allá donde fuera, sobre todo allí. A pesar de todo, en aquel acto de sabotaje había algo que le intrigaba, pero no sabía por qué. Buscara lo que buscara, no lo encontraría en un holograma, por muy alta que fuera su resolución.

—Creo que echaremos un vistazo.

—Muy bien. —Adul informó al sargento del pelotón de que estaban llegando mientras Braddock aparcaba el coche lo más cerca posible.

Los periodistas los vieron detenerse. Seis de ellos se acercaron cuando se abrieron las puertas. Tres agentes de policía y una pareja de Cueros corrieron para apartarlos y abrir paso para Simon.

—¿Son ustedes la policía secreta de Zantiu-Braun?

—¿Utilizarán collares de buena fe como represalia?

Simon se mantuvo impasible hasta que atravesaron el cordón. Cuando entraron en la planta acuática no pudo evitar arrugar la nariz ante el panorama. Entonces se dio cuenta de que el suelo estaba cubierto por un manto de agua de dos centímetros.

Las bombas estaban reventadas y sus surtidores asomaban por fuera de la cubierta. Había fragmentos de metal incrustados en las paredes y el techo de hormigón. No quedaba ni una sola máquina intacta, hasta los paneles de control habían quedado combados y destrozados.

Simon miró en todas direcciones.

—Buen trabajo —murmuró—. Muy bueno. —Miró a los agentes de policía veteranos, había cinco de ellos apiñados. Le parecieron ridículos. Había visitado muchas escenas del crimen y en todas ellas todos los que estaban por encima del rango de teniente se buscaban unos a otros y permanecían en grupo, como si tuvieran miedo de que los novatos los atracaran si se quedaban solos.

Su SA personal interrogó al SA de la policía e identificó al oficial que estaba al cargo, el comisario Oisin Benson. Lo reconoció sin dificultad, puesto que no veía ningún otro veterano con el pelo tan desgreñado.

Oisin Benson vio a Simon al mismo tiempo. Miró a sus compañeros con complicidad y se acercó a él.

—¿Puedo ayudarle?

—Solo hemos venido a examinar el terreno, comisario —respondió Simon—. No pretendemos entrometernos.

—No me he explicado bien —dijo Oisin Benson—. ¿Quién es usted y por qué cree que tiene derecho a estar aquí?

—Ah. Ya veo. Bien, venimos de la oficina del Presidente, a petición del general Kolbe. El motivo de nuestra visita es determinar si este acto estaba dirigido contra Zantiu-Braun.

—Pues no lo estaba.

—Parece que no ha tardado mucho en llegar a esa conclusión, comisario. ¿Qué pruebas tiene?

—No han pintado eslóganes. No hay pintadas de radicales. El objetivo no era hacer daño a su gente ni interrumpir sus operaciones. Es un asunto civil.

—¿Se producen muchos atentados terroristas en Thallspring?

El comisario Oisin Benson se inclinó unos centímetros hacia Simon y sonrió con frialdad.

—Tantos como brotes de tuberculosis, señor Roderick.

Simon pensó en lo poco que le había servido ser discreto.

—En realidad, comisario, esto ha afectado a nuestras operaciones. La planta acuática suministra agua a varias fábricas. Todas tendrán que reducir su producción hasta que se restaure el suministro.

—De las diecisiete fábricas a las que esta planta suministraba agua, solo cinco están obligadas a cederles su producción. Por otro lado, la compañía propietaria de esta planta está sujeta a los pleitos por vertidos tóxicos que le han puesto las familias de los afectados. Se trata de una batalla legal que está tardando mucho en resolverse y hasta ahora la empresa no ha realizado ningún pago a cuenta a las víctimas.

—¿La compañía ha recibido alguna amenaza?

—Los ejecutivos han recibido numerosas amenazas, tanto verbalmente como en forma de paquetes; por lo general van dirigidas a ellos o sus familias, pero la compañía en sí también ha recibido muchas.

—Muy conveniente.

—¿No le gusta la verdad, eh, señor Roderick? Sobre todo cuando no le viene bien a sus planes.

Simon suspiró y lamentó haberse tenido que enzarzar en una disputa pública con aquel oficial insignificante.

—Comisario, ahora vamos a echar un vistazo. No le robaremos más tiempo.

—Muy considerados. —Oisin Benson se echó a un lado y le hizo un gesto de bienvenida con el brazo.

Cuando Simon se metió en el agua para examinar el primero de los surtidores reventados, sintió cómo el agua se colaba por las costuras de sus zapatos y le empapaba los calcetines. Había otras dos personas analizando la maquinaria aplastada: un ingeniero que llevaba la chaqueta de la compañía y un técnico de Z-B que hizo con la cabeza una forzada señal de asentimiento a los tres guardias de seguridad. El ingeniero no pareció hacerles el menor caso mientras extraía de las ruinas un pequeño sensor.

—¿Algo relevante? —preguntó Simon.

—Han utilizado un explosivo comercial estándar —explicó el técnico—. En la fabricación no se utilizaron moléculas de código por lotes, por lo que

dudo que la policía consiga rastrear nada. Aparte de eso, creo que detonaron todas las cargas al mismo tiempo. Eso implica que utilizaron una señal de radio. Podría haber venido de fuera pero es más probable que emplearan un temporizador. De nuevo, componentes muy sencillos. Se pueden encontrar en la universidad.

El ingeniero se levantó y se llevó la mano a la espalda.

—Una cosa es cierta, el que lo hizo sabía muy bien lo que quería.

—¿Ah, sí? —dijo Simon—. ¿Por qué?

—Por el tamaño y por la distribución. Colocaron la cantidad mínima de explosivo en cada surtidor. Las instalaciones de esta planta eran como todas las otras que posee la compañía, son la cubierta más barata que se puede construir; básicamente sólo sirve para evitar que la lluvia y el viento estropeen los surtidores. No son más que paredes de hormigón recubiertas de espuma antihumedad. Y todavía sigue en pie. Han estallado seis bombas y solo han sufrido daños los surtidores. Yo diría que ha sido una explosión controlada.

—¿Entonces estamos buscando a un experto?

—Así es. Conocían muy bien los surtidores y demás. Mire. —Le mostró un fragmento de cubierta que parecía una flor pisoteada, todo bordeado de mellas y dientes metálicos—. En todos los casos quisieron destrozar los soportes. En cuanto estos se rompieron, los impulsores lo reventaron todo desde el interior. Como sabrá, giran a varios miles de revoluciones por minuto. Aquí hay mucha energía contenida.

—Sí, de eso estoy seguro. —Simon consultó el archivo que su SA personal le estaba pasando—. ¿Está usted aquí para evaluar los daños?

—Eso es.

—¿Cuánto se tardará en reiniciar la actividad normal?

El ingeniero chasqueó los labios y silbó ante la dificultad que ello implicaba.

—Bueno, como ve, no solo se han saltado un par de tuercas. Habrá que reconstruirlo todo. Sé que en nuestro inventario únicamente quedan dos bombas libres. Tendremos que contratar a la empresa de ingeniería para fabricar las demás. Hablamos de por lo menos seis semanas para que todo esté reconstruido e instalado. Lo más probable es que se alarguen hasta ocho o nueve, si todo va bien.

De regreso en la oficina, Simon esperó a que su asistente se sirviera a sí mismo y a los dos operarios de inteligencia un té antes de preguntar:

—¿Y bien?

—Inteligentes —dijo Adul—. En todos los sentidos.

—Está claro que no queda justificado el uso de los collares de buena fe —dijo Braddock.

—Dudo que los podamos utilizar en las próximas semanas, al menos no mientras no se extinga el condenado brote de tuberculosis —dijo Simon en tono sombrío—. Bastante nos va a costar ya mantener a raya a los locales que nos echen las culpas. Si aparte de la enfermedad añadimos las ejecuciones de los collares, entonces sí que correremos el peligro de que todo se nos vaya de las manos.

—No podemos permitirnos el lujo de quedar expuestos a ellos —protestó Adul—. Esa gente podría empezar a atacar una por una nuestras manufacturas de bienes.

—Hmm... —Simon se hundió en el mullido sofá y dio un sorbo a su té —. Esto es lo que me ha estado preocupando desde que me di cuenta de lo bien que han ejecutado el ataque. Porque, ¿quién es esa gente?

—El gobierno —dijo Adul—. Strauss debe de haber organizado un grupo clandestino al que ha proporcionado el equipamiento y el entrenamiento necesarios. No puede haber sido nadie más, solo hay que fijarse en el grado de experiencia que un atentado así implica. Han conseguido confundirnos y evitar que podamos iniciar las represalias.

—Yo no estoy tan seguro —dijo Simon—. Parece... estúpido, sobre todo si Edgar Strauss está implicado. Sobre todo sería un imbécil si ha autorizado la formación de un cuerpo secreto. Él siempre es muy directo.

—Estará fingiendo —propuso Braddock con tono sombrío.

—No —dijo Simon—. No es buen actor.

—Peor que eso, es un político. De la especie más escurridiza y mañosa que haya habido jamás en todo el universo.

—Aun así no parece probable —dijo Simon—. Sean quienes sean, saben muy bien lo que están haciendo. Aunque de momento solamente han conseguido delatar su existencia. Realiza una lista de todos los actos anti-

Z-B que se han registrado en Durrell desde que llegamos —ordenó al SA de la oficina—. De los de categoría dos para arriba.

Los tres leyeron los títulos de los archivos a medida que estos fueron pasando hacia abajo por la ventana holográfica que había desplegada sobre la mesa. Un total de veintisiete, desde la destrucción del tanque de hidrógeno del puerto espacial hasta la explosión de la planta acuática, pasando por un par de disturbios durante las patrullas de los pelotones, reclutas atacados al entrar en bares y restaurantes por las noches, un camión chocado contra el lateral de un *jeep* de Z-B, técnicos industriales apaleados después de desviar la atención de los reclutas que los acompañaban, cables eléctricos cortados para dejar de suministrar energía a las fábricas a las que estaban conectados al tiempo que desaparecían los generadores de reserva, maquinaria de producción inutilizada por ataques de software subversivo y materias primas desaparecidas durante su transporte.

—Veintisiete en tres semanas —dijo Adul—. Hemos salido de otras peores.

—Clasifícalas —ordenó Simon al SA—. Enumera los incidentes que han afectado a la producción de bienes. —Examinó los resultados—. ¿Notáis algo?

—¿Qué buscamos? —preguntó Braddock.

—Cojan las dos ocasiones en que nuestros empleados tuvieron que ser hospitalizados por culpa de los matones de las fábricas y el accidente de tráfico que arruinó la carga de productos bioquímicos durante su transporte al puerto espacial.

Braddock volvió a repasar la lista.

—Ah, el resto es todo actos de sabotaje de los que no se ha podido responsabilizar a nadie. Nunca hay líderes.

—Igual que el ataque a la planta acuática de la pasada noche. El autor se paseó entre las alarmas y los sensores como si no existieran. No existe el menor registro de que entrara nadie.

—Podría haber sido el empleado que realiza la última inspección.

—De eso hace ocho días —dijo Simon—. Y fueron tres. Lo que implicaría que todos estarían involucrados.

—¿Cuál ha sido la eficacia del sabotaje? —preguntó Adul al SA de la oficina.

En la ventana holográfica se desplegaron varias tablas con nuevos números.

—¡Santo Dios! —exclamó Braddock al leer el total—. Un doce por ciento.

—Ha sido un asalto muy eficiente —murmuró Simon—. Cataloga todos los eslóganes con que hayan firmado en las escenas del crimen o los grupos de radicales que se atribuyan la autoría de los asaltos.

—No se encuentran registros —informó el SA de la oficina.

—El resto de incidentes, —continuó Simon—, los disturbios y las peleas, catálogo de eslóganes y de gente que reclame la autoría.

La lista volvió a pasar por la ventana. De cada archivo se desplegaba un complejo abanico de líneas que vinculaban a otros archivos. Simon abrió varios de ellos al azar. Algunos contenían imágenes en las que se veían *graffitis* dibujados en las paredes después de los disturbios y peleas; por lo general eran puñales o martillos que hacían añicos el logotipo de Z-B. Otros consistían en breves mensajes de audio (distorsionados con técnicas digitales para evitar la identificación de los autores y subidos al banco de datos para su distribución masiva) que declaraban que varios «actos» se habían llevado a cabo en nombre del pueblo contra sus opresores interestelares.

A Simon los resultados le parecieron muy interesantes. Parecía que iba a empezar la acción. Lo mejor era que serían contra un adversario digno.

—Vemos que aquí actúan dos grupos —dijo señalando la lista de la ventana—. La típica chusma pandillera ansiosa por quemar unos contenedores en nombre de su libertad y de atacar a un par de reclutas. Y luego alguien más. —El SA volvió a listar los sabotajes—. Alguien que sabe lo que hace y que no parece necesitar llamar la atención del público. También saben cuál es nuestro punto débil: nuestro estado financiero. Estas misiones de captación de bienes no dejan mucho margen entre la viabilidad y la deuda. Si seguimos acumulando pérdidas y retrasos, no podremos cubrir gastos.

—Yo veo un problema —dijo Adul—. Puede que el grupo de saboteadores pretenda que sus actividades pasen desapercibidas para el resto de Thallspring, pero nosotros siempre vamos a saber que han sido ellos.

—Sí, pero no podemos probarlo —dijo Braddock—. Al igual que ha ocurrido con la planta acuática, ningún acto se ha podido atribuir directamente a un movimiento anti-Z-B. Siempre hay una explicación más creíble.

—Lo sabemos —dijo Simon—. Y siempre lo vamos a saber, de una forma u otra. Ya deben de haberse dado cuenta.

—Por eso siguen escurriendo la autoría.

—Aquí hay algo que se nos escapa —dijo Simon—. Si son tan buenos, ¿por qué no son también más eficaces?

—¿Considera que un doce por ciento en tres semanas no es eficaz?

—Fíjese en lo capaces que demuestran ser. Si hubieran querido, hubieran alcanzado un cincuenta por ciento de eficacia.

—En ese caso habríamos recurrido a los collares de buena fe, sin importar que hubiera una plaga masacrando a la población.

—Santo cielo —dijo Adul—. No estará pensando que lo de la tuberculosis también es cosa de ellos, ¿verdad? Va a afectar en gran medida a la producción de bienes.

—Yo no lo descartaría —dijo Simon—. Pero debo admitir que no lo veo muy probable. Imaginen que no tuviéramos patrones de metabióticos ni vacunas. Se estarían exterminando a sí mismos. No es su estilo. El objetivo somos siempre nosotros pero físicamente nunca le pasa nada a nadie.

—Pero de momento vamos a ver muy afectada la rentabilidad de las actividades. Han actuado con suma limpieza.

Simon meneó la cabeza.

—Se están conteniendo.

—Jefe, solo les falta declararnos la guerra abierta.

—Quiero planear esto con la mayor cautela. Siempre supieron que los descubriríamos, ¿no? Eso es obvio. Muy bien, por lógica deducimos que existe una célula clandestina organizada que cuyo fin es derribar nuestro calendario de adquisición de bienes. ¿Cuál deberá ser nuestra respuesta?

—Darles caza —respondió Adul.

—Eso por supuesto, ¿qué más?

—Reforzar nuestra seguridad.

—Exacto, para lo cual vamos a tener que forzar nuestra capacidad, tanto en lo que a recursos de SA y humanos se refiere.

—¿Cree que eso nos va a dejar expuestos a su verdadero ataque, que hasta ahora sólo se ha tratado de una táctica de diversión?

—Es posible. Aunque reconozco que puedo estar sobrestimándolos.

—Si hasta ahora solo han pretendido desviar nuestra atención, —intervino Braddock—, no quiero pensar cómo pueden ser sus peores ataques.

—Su capacidad es preocupante, sí —dijo Simon—. Pero a mí me preocupa más su objetivo. Nuestra presencia aquí es tripartita: personal, naves y activos. Contra estos últimos ya han atentado; si quisieran que la captación de bienes no nos resultara rentable, ya lo habrían conseguido.

—Se hubieran aplicado los collares de buena fe —dijo Adul.

—En Santa Chico fue necesario. A los radicales les da igual. Consideremos su punto de vista: quinientas o mil personas mueren, a cambio de deshacerse de nosotros para siempre. Pocas guerras de liberación nacional han costado tan pocas vidas.

—¿Entonces cree que ahora irán o a por nosotros o a por las naves?

—Sí. En ese caso, apuesto por las naves.

—Nunca podrán atacarlas.

Simon miró sonriendo al más joven de los operarios de inteligencia.

—Lo sé. En ellas se basa nuestra fe, son nuestra fortaleza más inexpugnable, tan seguras como el e-alfa. Las naves son invulnerables. Podemos detectar y destruir cualquier misil. Nuestros SAs evitarán que cualquier *software* subversivo se infiltre en las redes de a bordo. Nada puede saltarse las medidas de seguridad del puerto espacial. Revisamos hasta el último gramo de cargamento. Además a ningún habitante de este planeta se le permitiría nunca el paso.

—Pero supongamos que consiguen pasar o que de alguna manera se han hecho con el armamento exo-atmosférico de Santa Chico.

—¿Cómo? —preguntó Adul—. Santa Chico está a treinta años-luz. En el caso de que les hubieran enviado un mensaje por máser con la esquemática, todavía no habría llegado aquí. Además, no hemos visto ninguno de los generadores de giro en órbita.

—Siempre hemos supuesto que la Tierra es el único lugar donde se construyen naves y portales. Si existe algún otro sitio donde se pueda hacer algo así, es en Santa Chico.

—Cielo santo, si los chicanos están organizando una resistencia contra las misiones de captación de bienes...

—Exacto. Pero no estoy seguro del todo. Yo estuve en Santa Chico. La revolución interestelar no encaja en los objetivos de su sociedad. Y, en cualquier caso, ahora el planeta se encuentra cerrado al tráfico espacial. Solo los pongo como ejemplo, para que no caigamos en la autosuficiencia. Dependemos de las naves para todo. Si nos quedamos sin ellas, estamos muertos. Nuestro no retorno perjudicaría para siempre las operaciones interestelares de Zantiu-Braun, quizá hasta el punto de tener que acabar con ellas. Sería una catástrofe que no podemos permitir que ocurra. Por muy capaces que los distintos mundos sean de sobrevivir por sí solos, siempre dependerán de nosotros para seguir avanzando tecnológicamente. La Tierra continúa siendo el núcleo intelectual y científico de nuestra raza. Por mucho que se nos deteste en los demás planetas, no pueden cortar su relación con nosotros.

—Señor, creo que está yendo demasiado lejos —dijo Braddock con una sonrisa nerviosa en la cara—. Una cosa es volar un par de surtidores de agua, cosa que reconozco que hicieron con gran maestría, pero otra muy distinta es que nos vayamos a quedar sin naves... No va a ocurrir.

Simon consideró la insistencia del operario. Supo que le iba a costar convencerlos de la gravedad de aquella intangible amenaza. Todo el personal de Z-B confiaba demasiado en la invulnerabilidad de las naves, incluso Quan y Raines, quienes por naturaleza y profesión eran los miembros más desconfiados de la Tercera Flota. Llevar aquella misión a buen puerto iba a poner a prueba su habilidad y autoridad de una forma que no había ni sospechado el día en que se embarcaron en ella.

Levantó la mano y sonrió levemente, comprendiendo.

—Háganme caso por el momento. No podemos descartar la teoría.

—Señor.

Ambos operarios asintieron con ansiedad, aliviados por la calma de Simon.

—Bien, repasemos la estrategia. Sin duda debemos reforzar la seguridad del sector industrial. Aparte de eso, necesitamos vigilar muy de cerca las posibles rutas de sabotaje que puedan conducir a nuestras naves. Estoy abierto a cualquier sugerencia.

Los ciudadanos de Memu Bay iban abriendo paso al pelotón a medida que este avanzaba por las calles para hacer la patrulla. Odel Cureton ya había participado en suficientes patrullas para poder apreciar la diferencia. Hasta hoy, los locales no se habían molestado en facilitarles el trabajo. Los adolescentes les silbaban y escupían, los adultos los ignoraban, nadie se apartaba ni un centímetro en las zonas más transitadas; el pan de cada día. Había visto lo mismo en todas las campañas de captación de bienes, excepto en Santa Chico. Hoy tenía la sensación de llevar incorporada una pala quitanieves invisible que apartara a la gente cuando él pasaba. Lo único que no había cambiado eran las miradas de odio y desprecio de la gente; si acaso, se habían intensificado.

Solo había pasado un día desde que había saltado la alarma de la tuberculosis y su condición de asesinos ya era irrevocable. No solo habían venido para despojar a la población de Memu Bay de su bien merecida riqueza, sino que su mera presencia ponía en peligro a todo el mundo. Ahora eran demonios de hálito venenoso cuya respiración liberaba enjambres de bacterias letales en el húmedo y salado aire de la ciudad.

Se metió por la calle Gorse. Hal iba por el otro lado, a su altura. Hoy no los acompañaba la policía. Los agentes que les habían asignado no habían aparecido. A Odel le daba igual, sabía que podía confiar en Hal durante las patrullas. A pesar de todo lo molesto que resultaba, como recluta era de los mejores. Mientras avanzaban vio cómo el niñato giraba un poco la cabeza para ver pasar a un par de jovencitas. Odel sonrió al imaginar el tipo de imágenes que le habría solicitado a los sensores de su Cuero. Tampoco era que le hiciera falta la ayuda de la tecnología, ya que las adolescentes iban más bien ligeras de ropa.

Debía de ser el día más caluroso desde que llegaron. No se veía ni una sola nube. El sol parecía reflejarse en cada una de las paredes enjalbegadas. En varias secciones de la rejilla de su visor se acusaba cómo el calor estaba afectando a su Cuero. El tejido de fibras térmicas del interior del caparazón estaba trabajando al máximo, puesto que debía expulsar el calor generado por el cuerpo de Odel además del de los músculos del Cuero. Las agallas de ventilación extraían el calor del aire antes de que Odel lo inhalara. Además la armadura se había clareado un poco para reflejar parte de la radiación solar.

Desde un punto de vista táctico, se encontraba desnudo. Parecía un resplandeciente faro que quisiera llamar la atención de todos los sensores posibles. Odel todavía no había conseguido quitarse de la cabeza lo de Nic.

Llegaron al final de la calle Gorse.

—Sector ocho despejado —informó. Se empezaban a acomodar en la rutina. Ninguno de los miembros del pelotón se quejaba de la insistencia del Sargento en ceñirse a los protocolos. Si había alguien capaz de sacarlos sanos y salvos de aquel infierno, ese era Lawrence Newton. Después de las últimas misiones, Odel empezaba a pensar que su fe no estaba del todo fuera de lugar.

—A la mierda con eso. Seguid con el rastreo —dijo Lawrence.

—Recibido, Sargento.

Odel y Hal cruzaron la carretera y se metieron por la calle Muxloe. Se trataba de otra hilera de pequeñas tiendas que ocupaban los bajos de los austeros bloques de apartamentos; la mayoría eran supermercados en los que las mercancías se apilaban hasta sus mugrientos techos. Pero la calzada, transitada por un tráfico fluido, era amplia. Durante los últimos días el Sargento se las había apañado para suprimir del itinerario las calles laterales y los callejones. Las calles bulliciosas y la muchedumbre reducían las posibilidades de que les tendieran emboscadas y trampas explosivas.

Todos los peatones con que se cruzaban les clavaban una mirada de rencor. Una mujer apartó a sus dos niños a un lado, protegiéndolos con un brazo mientras los pequeños le hacían un millar de preguntas imposibles.

Odel sintió la necesidad de detenerse y de gritarle a aquella mujer y a toda la gente que se encontraba alrededor. Quería razonar su situación de una forma lógica, explicarse, demostrar que en realidad era un buen tipo. El otro día el Sargento lo había hecho con unos críos que estaban jugando al fútbol. Pero Odel sabía que él nunca sería capaz de nada parecido. Aparte de que no tenía labia, la gente se reía de su acento.

Siguió avanzando por la calle. Los sensores táctiles le mostraron una serie de números en la rejilla de temperatura que le indicaron lo calientes que estaban las baldosas. Había oído historias de gente que freía huevos en piedras calentadas únicamente por el sol. A aquellas baldosas les faltaba poco para poder cocinar en ellas. Muchas de las tiendas de la calle Muxloe estaban cerradas o habían cesado su actividad. Cinco de ellas pertenecían a un bloque medio derruido en cuyas paredes de hormigón habían surgido

grandes ampollas resquebrajadas. Las grietas estaban saturadas de hongos verdosos y grisáceos. Las ventanas estaban protegidas por persianas enrollables oxidadas y torcidas. La pintura de los carteles que había sobre las puertas se estaba cayendo, de manera que ya no se sabía muy bien qué tipo de negocio fueron antaño. A lo largo de toda la pared exterior se apilaban bolsas de basura de polietileno y cajas despedazadas. Cerca del extremo más alejado se veía una jarra grande de cristal llena de un líquido de color escarlata. Le habían atado una camiseta verde al grueso cuello.

Antes de salir de la calle de tiendas abandonadas, Odel se detuvo y se giró. Vio un grupo de civiles que lo miraba con temor y se preguntaban qué habían hecho. Los sensores visuales del casco del Cuero tomaron un primer plano de la camiseta.

—¡Sargento! —gritó por el canal interno—. ¡Sargento, he encontrado algo! ¡Sargento, ven a ver esto! ¡Sargento!

—¿Qué ocurre?

—Tienes que ver esto. —Odel desató la camiseta. La inscripción de letras blancas del pecho decía «Tours de Arrecifes de Silverqueen Cairns».

Pese a que el Cuero se había convertido en un horno, Odel empezó a tiritar. Volvió a analizar la jarra con los sensores. El líquido que contenía...

Lawrence esperó en la antesala mientras una multitud de ayudantes entraba y salía del despacho del Alcalde. Cada vez que abrían la puerta le daban ganas de colarse y exigir que Ebrey Zhang le prestara toda su atención. Ya llevaba tres frustrantes cuartos de hora cruzado de brazos.

Ya le había hecho perder la paciencia al capitán Bryant después de pasar una infructífera hora discutiendo en los cuarteles.

—Ya le he dado una respuesta, Sargento —le dijo con sequedad—. No puedo autorizar una intervención más profunda en este punto.

—¿Entonces quién puede? —preguntó Lawrence. Dada la manera en que las fuerzas de Seguridad Estratégica de Z-B estaban estructuradas, no se podía hablar en un tono más insultante a un oficial superior. Ambos lo sabían.

El capitán Bryant se tomó unos instantes para respirar hondo.

—Tiene mi permiso para solucionar esto con el comandante Zhang. No tengo más que decirle, Sargento.

No le importaba cómo se desarrollara el encuentro con Zhang, ya la había pifiado con Bryant. No pudo evitar sonreír de camino al ayuntamiento de Memu Bay. No podían importarle menos ni Bryant ni el informe que el capitán redactaría de él al finalizar la misión. Se había comprometido. Hasta ese momento su personal campaña de captación de bienes había sido teórica. Todas las fichas estaban dispuestas, solo que aún no había iniciado el juego. Pero aquella discusión le había librado de la necesidad de tomar una decisión calculada.

Pensó que era irónicamente típico. Que todas las decisiones importantes que tomaba en su vida eran producto de su estado de ánimo.

Después de treinta minutos esperando, las luces del ayuntamiento parpadearon y se apagaron. En el hotel que el pelotón utilizaba como cuartel ya estaban acostumbrados a los apagones. El suministro eléctrico se interrumpía casi todas las tardes, cuando alguien quemaba los cables o arrojaba un cóctel molotov en una subestación. El caso era que jamás atacaban la planta de fusión; después de todo, la ciudad la necesitaría cuando Z-B se largara. No solo los cuarteles se veían perjudicados, puesto que también se cortaba el suministro de las fábricas. Según los rumores internos, ya llevaban un retraso del treinta por ciento en el calendario previsto de la campaña de captación de bienes.

Lawrence sonrió al oír los gritos de alarma y enfado que resonaban en los espaciosos soportales. Las luces del techo brillaron como ascuas durante un minuto y luego alrededor de un tercio de ellas comenzaron a brillar a toda potencia al activarse el suministro de emergencia, dejando lo demás a oscuras. Las ornamentadas arcadas y huecos de las paredes se inundaron de sombras. Si el tendido eléctrico del ayuntamiento era similar al del hotel, entonces a las células no debía de haberles dado tiempo a recargarse del todo desde el último apagón. Había habido que vaciar la piscina hacía una semana a causa del exceso de consumo de energía que los sistemas de filtrado y calefacción suponían para las reservas del hotel.

Uno de los asistentes de Ebrey Zhang le hizo pasar. Lawrence se alisó los bajos de su camisa y cruzó la puerta. Se detuvo delante del gran escritorio y saludó. Todas las luces del despacho permanecían encendidas.

—Sargento —dijo Ebrey Zhang a modo de cansado saludo. Con una mano indicó al asistente que saliera del despacho para dejarlos a solas.

Ebrey se acomodó en la silla y cogió una perla de escritorio para juguetear con ella. Sonrió—. Le ha estado tocando las narices a Bryant, Newton.

Lawrence sabía que no iba a ser una reunión muy amena. Recordó cuando conoció a Ebrey Zhang hacía dos campañas, cuando todavía era capitán. Era un buen oficial, un hombre realista que sabía lo que implicaba estar al mando y que distinguía las ocasiones en que podía tocar los huevos de las ocasiones en que debía escuchar.

—Señor. Se trata de uno de mis hombres, señor.

—Sí, lo sé. Pero no se preocupe por Bryant. Es nuevo, joven y todavía debe encontrar su lugar. Hablaré con él y ya está.

—Gracias, señor. ¿Y Johnson?

—Lo sé. —Ebrey suspiró de mala gana—. Pero sea realista, Newton, ¿qué puedo hacer yo que no haya hecho Bryant ya? Si tuviéramos una pista de dónde buscar, enviaría diez pelotones allí ahora mismo.

—Está muerto, señor. Ya no sirve de nada buscarlo. Debemos enseñar a esa gente que no pueden salirse con la suya. Ninguno estaremos a salvo hasta que usted haga algo.

—Ah. Esa gente. ¿Entiendo que se refiere a eso que llaman Killboy?

—Sí, señor, es lo más probable. Es ese grupúsculo el que está organizando todo esto. Usted debe poner a los ciudadanos en su contra. Que todos comprendan que morirán si no detiene su actividad. Sin el apoyo de la población, esa célula no es nada.

—Killboy, un enemigo fantasma muy conveniente.

—Señor, nos han disparado, tendido trampas, lisiado, herido y enviado al hospital. Dentro de poco el número de víctimas igualará al de Santa Chico. Los pelotones tienen miedo de salir de los cuarteles. No es ningún fantasma, señor.

—¿De verdad cree que es tan grave?

—Sí, señor, lo creo.

—Sé que las cosas se han puesto muy feas en las calles, Newton. Pero hemos salido de otras peores. Tengo plena confianza en que gente como usted sabrá guiar a los reclutas para que salgan sanos y salvos de esta situación.

—Haré cuanto esté en mi mano, señor. Pero necesitamos ayuda para mantener a la población bajo control.

Ebrey dio un par de vueltas a la perla de escritorio rectangular sin dejar de mirar con aire hosco la pantallita apagada.

—Comprendo lo que quiere decir, Newton. Sin embargo, ahora mismo tengo un problema. No va a resultar sencillo recurrir a los collares de buena fe mientras dure el brote de tuberculosis. Los habitantes de Thallspring creen que los mataremos de todos modos por culpa de esta enfermedad. Debo tener pruebas fehacientes de que Jones Johnson ha sido asesinado antes de activar un collar de buena fe.

—Señor. Es su sangre. Cuatro litros. El ADN analizado coincide al cien por cien con el suyo.

—Ése es el problema. ¿Qué ha pasado con el resto? Sabe que podemos recuperarnos con facilidad de una pérdida así. Las transfusiones de sangre artificial no son el proceso médico más complicado. Cualquier adolescente que se haya sacado el título de primeros auxilios sabe hacerlas. Imagine el caos que se desencadenaría si hiciera saber a toda Memu Bay por el banco de datos que vamos a iniciar las represalias por el asesinato de uno de mis reclutas y que luego éste apareciera vivito y coleando después de que el collar hubiera estallado. ¿Se ha parado a pensarlo? Porque esa es la situación en que nos encontramos ahora. Si Killboy puede tener francotiradores y provocar accidentes misteriosos, mucho más podrá retener a un prisionero durante un par de semanas hasta que la caguemos. Definitivamente, no puedo dejar que algo así ocurra.

—Jones no volverá, señor. Lo han matado. —Había algunas otras cosas que Lawrence no quería dejar en el tintero. En primer lugar, por qué los asesinos sabían dónde dejar la jarra de sangre. Nadie que no perteneciera a Z-B sabía qué ruta seguiría el pelotón durante su patrulla, ni siquiera la policía local. Se trazó en el centro de operaciones solo diez horas antes de que salieran. Además él no había recibido un informe hasta una hora antes de salir. En su opinión, e-alfa se encontraba en grave peligro. No obstante, pese a lo razonable que parecía Ebrey Zhang, podía imaginarse la reacción del comandante si le soltaba algo así. En aquel momento le parecería una conspiración.

—Puede que esté en lo cierto —admitió Ebrey Zhang—. Yo también perdí a algunos de los hombres de mi pelotón, a demasiados. De modo que sé cómo se sienten ahora. Pero no puedo arriesgarme. Lo siento, Newton, lo siento de verdad, pero tengo las manos atadas.

—Sí, señor. De todas formas, gracias por recibirme.

—Escuche, en su pelotón ya se han registrado dos bajas. Eso habrá puesto muy nerviosos a sus hombres, ¿me equivoco?

—Lo cierto es que no están muy animados, señor.

—Hablaré con Bryant, le diré que les asigne algún permiso adicional.

—Muchas gracias, señor.

—Dígale esto a sus hombres de mi parte: si vuelve a producirse un incidente de este tipo, no dudaré en usar los collares. A partir de ahora, ya no tendrán nada que temer cuando salgan a la calle.

Si a Josep Raichura le parecía irónica la hora que había elegido, no dejó que se notara. A la una en punto de la mañana el puerto espacial de Durrell estaba iluminado por centenares de luces eléctricas, como si lo hubieran alfombrado con un fragmento de cielo nocturno. De las ventanas de las oficinas brotaba un blanco resplandor rosáceo. Una austera luz blanca teñida de un leve tono violado bañaba el pequeño jardín del centro del edificio de la terminal. Unas intensas luces ambarinas inundaban la telaraña de caminos que atravesaban el campo. De los focos halógenos de los escasos vehículos que circulaban por ellos emergían poderosos haces de un gélido blanco azulado. En los altísimos arcos de monotanio había incrustados unos conos señalizadores que despedían un cegador brillo solar; estos arcos, que parecían los pilares de un puente invisible, estaban situados sobre las plataformas de estacionamiento e iluminaban las amplias pistas asfaltadas en las que los triangulares aviones espaciales aguardaban en silencio.

Aquella bordadura de luces y sombras no revelaba el menor indicio de actividad, señal inequívoca de que había comenzado el turno de noche. Solo trabajaban los técnicos de mantenimiento, que estaban encerrados en los espaciosos hangares preparando una miríada de máquinas para la actividad frenética de la mañana. Entre las inertes instalaciones se movían unos pocos Cueros a los que les había tocado hacer el trabajo sucio. Sus invulnerables capullos ocultaban la ira y el tedio que les producía tener que recorrer todo el desierto perímetro, el aburrimiento de tener que consultar a los mecánicos que no levantaban la vista de los instrumentos de diagnóstico, la frustración de saber que cuando terminaran su trabajo

estarían demasiado cansados para disfrutar del resto del día (como si en la hostil capital sí pudieran). Sin embargo, no protestaban porque sabían que aquel era el único lugar por cuya seguridad había que velar si algún día querían largarse de aquel planeta dejado de la mano de Dios y volver a casa.

Por lo tanto, a esta hora el puerto espacial era un pequeño enclave de gente que se sentía triste y abatida y que trabajaba las horas asignadas con un rendimiento muy por debajo del esperado. Era la hora en que un ser humano podía sentirse más fatigado; la típica hora en que un nefario asalto o una vil incursión podían causar más daños. Cualquier comandante de seguridad, desde la caída de Troya, sabía que a aquella hora eran más vulnerables que nunca. Aun así, eran incapaces de hacer entender a los hombres que tenían a su mando hasta qué punto era vital que se mantuvieran alerta.

De modo que Josep, pese a lo bien preparado que estaba con su cuerpo descrito y su programa Principal, siguió la tradición y dedicó aquellas horas a explorar el terreno. No le sería difícil entrar en el perímetro. Había una valla, luces, alarmas que nunca nadie se atrevía a hacer saltar por la noche y Cueros montando guardia. Si hubiera querido, se hubiera saltado todas esas barreras con la facilidad de un comando de las fuerzas especiales, sin que ni siquiera los animales nocturnos se apercibieran de su presencia. Pero, la verdad, ya que había una enorme puerta de acceso, ¿para qué molestarse?

Al mediodía se acercó en su escúter hasta una de las ocho barreras de la carretera principal; iba casi aprisionado entre un camión de gran tonelaje repleto de productos bioquímicos y una cola de coches de trabajadores que entraban al turno de tarde. Introdujo su tarjeta de seguridad en la ranura de la barricada y se quitó el casco para que el SA le hiciera un reconocimiento óptico. Hasta el último bit de información recibido concordaba con el perfil que su Principal había cargado en la red del puerto espacial el día anterior, de modo que la barrera roja y blanca se levantó y le permitió el paso.

Condujo con cuidado por los estrechos caminos que unían los hangares, los almacenes y las oficinas de la cara norte de la creciente estrella de mar de cristal y metal que era el edificio de la terminal. Thallspring carecía de un programa espacial importante pero el puerto espacial de Durrell apoyaba un sinfín de proyectos y aventuras comerciales. Alrededor del ecuador circulaban quince estaciones estándar de órbita baja (seiscientos

kilómetros). En doce de ellas se desarrollaban actividades industriales; se producían en serie cristales, fibras y productos químicos exóticos, todas mercancías de alta calidad, para los consorcios comerciales más grandes del planeta; tres eran complejos turísticos que satisfacían las necesidades de los turistas más ricos, que soportaban los rigores de los vuelos superficie-órbita para poder maravillarse al ver el panorama y disfrutar de la gravedad cero y del sexo en caída libre (servicios que a menudo se combinaban) en estaciones protegidas herméticamente. También había una flotilla de naves interplanetarias que servía sobre todo para apoyar las bases de investigación científica que el gobierno había establecido en varios planetas. Y a cien mil kilómetros del ecuador orbitaba el asteroide, Auley, al que habían capturado hacía ochenta años y al que ahora había anclados varios grupos de módulos de refinería. De allí salían cada mes miles de toneladas de acero superpuro para convertirlas en gigantescos cuerpos aerodinámicos que atravesaban la atmósfera de Thallspring con la finalidad de alimentar la industria metalúrgica del planeta. Además, de la mena y otros minerales del asteroide se extraían centenares de sofisticados compuestos que solo se podían formar en condiciones de gravedad cero para transportarlos después por medios más convencionales. En total, todas aquellas actividades habían llegado a un punto en que se necesitaba una flota de cincuenta aviones espaciales para poder seguir desarrollándolas.

Los Galaxiaviones eran un invento propio del planeta, al menos eso decía la Corporación Astronáutica Nacional de Thallspring, el consorcio de compañías aerospaciales locales que los construyó. Aunque cualquiera que contara con acceso pleno al banco de datos de la Tierra hubiera notado una sorprendente similitud con el Boeing-Honda Stratostar 303 fabricado en 2120, modelo del cual se transportaron ocho unidades a Thallspring. Fuera cual fuera su origen, aquellos aviones espaciales fueron un éxito, puesto que podían subir cuarenta y cinco toneladas hasta órbita baja y bajar sesenta.

Zantiu-Braun se había adueñado de varios Galaxiaviones para transportar los bienes saqueados hasta las naves que aguardan en el espacio. Dado que la mayor parte de los aviones espaciales ya se empleaban para apoyar la industria que manufacturaba los productos más valiosos de todos, en las estaciones orbitales, el número de ellos que podía retirarse de los planes de vuelos regulares era muy bajo. En cualquier caso, no había suficientes aviones espaciales de pasajeros para llevar a todas las

fuerzas invasoras de regreso a las naves al finalizar la campaña. Por este motivo Z-B había traído cuarenta y dos de sus propios aviones espaciales Xianti 5005 con el fin de aumentar la capacidad total.

Eran los que acababan de llegar quienes le interesaban a Josep. Almorzó en el comedor de los empleados de mantenimiento, sentado junto a uno de los ventanales que daba a una plataforma de estacionamiento. Solo había aparcados dos Xiantis cargo-variantes, en los que había trabajando varios empleados y robots de Z-B. El resto estaban volando. Masticó la comida muy despacio, tomándose su tiempo para examinar la zona y anotar dónde estaba cada cosa, determinar cuál era el edificio más cercano a los aviones espaciales y memorizar la situación de las puertas.

Después de comer siguió reconociendo el área, bien paseándose por la terminal o bien recorriendo las distintas secciones con el escúter. La gente que parece ir a hacer algo siempre pasa desapercibida en los entornos donde las medidas de seguridad son más férreas. En ningún momento dejó de poner en correlación la distribución de la plataforma de estacionamiento con la arquitectura electrónica que su Principal había extraído del banco de datos. Incluso se arriesgó a enviarla al SA de Z-B instalado en el centro de mando del puerto espacial para controlar las operaciones de superficie, incluidas las relacionadas con la seguridad. En su visión se instalaron los detalles de los distintos sensores y alarmas para conformar un diagrama virtual de cables y detectores que se acopló a su percepción visual, que a partir de ahora se ampliaba al interior de los edificios y de los conductos subterráneos. A esto siguieron los distintos horarios y calendarios, así como las listas de personal. Empezó a analizar toda la información, a descartar opciones, a determinar cuál sería el avión espacial mejor situado, la mejor ruta para llegar a él, la hora adecuada y las distintas vías de huida. La tarde fue dando paso a la noche y las luces del puerto espacial comenzaron a encenderse mientras el dorado sol se escondía detrás de las colinas que circundaban Durrell. Poco a poco el número de despegues fue descendiendo y aumentando el de aterrizajes de los vehículos que volvían a casa a dormir.

A la una en punto ya había cesado toda actividad. Josep caminó por el fondo de un vasto hangar de mantenimiento cuyo techo abovedado albergaba cinco Xiantis y tres Galaxiaviones, aunque aún le quedaban cuatro dársenas vacías. En el interior había más luz que en la calle; los conos colocados en las vigas metálicas brillaban con gran intensidad,

aunque solo iluminaban un punto determinado, de manera que el suelo de hormigón del hangar estaba salpicado de luminosos círculos blancos. Más allá de las columnas de luz, las sombras ocultaban un cuarto de la superficie del hangar. Josep no se apartó del borde las zonas iluminadas pero se mantuvo muy alejado de las dársenas donde estaban trabajando los mecánicos. Había un par de Cueros vigilando el interior del hangar, paseándose sin rumbo fijo, de modo que debía cuidar al máximo todos sus movimientos. Si se mantenía todo el tiempo apartado de las luces, acabaría por llamar su atención.

Se acercó a una de las dársenas vacías y siguió hacia delante, hasta colocarse junto a las gigantescas puertas correderas que había frente a una puerta más pequeña, a la que se pegó. Puso la palma en la placa sensora. La cerradura zumbó y le permitió el paso.

Veinte metros más adelante pudo ver el esbelto morro de un Xianti, que apuntaba hacia el hangar de mantenimiento. Los conos solares brillaban a lo lejos y se reflejaban en el nacarado fuselaje compuesto de carbono y litio. A cada lado del avión espacial había aparcado un camión de servicio del que salían mangueras cuyos extremos se acoplaban a las varias tomas del vientre del coloso. Una escalera subía hasta el compartimento estanco delantero.

Josep caminó por el suelo asfaltado, más concentrado en los iconos procedentes de la red del puerto espacial que en su propia visión. El avión espacial estaba velado por cuatro cámaras. El SA de Josep se infiltró en todas ellas y eliminó su imagen de la transmisión que realizaban al SA de Z-B. La elegante nave estaba rodeaba por tres anillos concéntricos de sensores. Ninguno detectó su presencia a su paso por ellos. No había Cueros en un radio de quinientos metros.

Las escaleras estaban protegidas por una clave de impresión vocal y un biosensor que identificaba patrones de sangre y huesos. Era un sistema de seguridad muy efectivo, casi tan bueno como los patrones que Josep había cargado previamente en la fortaleza e-alfa del sistema. La clave y el mapa corporal de Josep encajaban en uno de los patrones ya archivados, de modo que la escalera se desplegó sin problemas. Subió los escalones de dos en dos. La puerta del compartimento estanco tenía un sencillo cerrojo manual. Tirar y abrir.

Las luces de servicio iluminaron la pequeña cabina con su resplandor esmeralda. Aquel Xianti era uno de los cargo-variantes. En la estrecha

cabina, cuyo cuadro de mandos era muy sencillo, solo cabían cinco asientos, que ocuparían el oficial de sistemas y los administradores de carga útil. Solamente dos de los asientos estaban atornillados al suelo, los soportes de los demás estaban protegidos por fundas de plástico. Josep se sentó en la silla del piloto. La consola curva era sorprendentemente compacta y de ella salían tres paneles holográficos. Los dos estrechos parabrisas le permitían ver el morro y poco más. No le extrañó. Desde un punto de vista técnico, no había necesidad de incluir ni muchos controles ni grandes parabrisas. El piloto humano siempre iría equipado con un IND, que únicamente utilizaría para comunicarse con eficiencia con el piloto de SA, que era el que en realidad conducía el vehículo. Tanto la consola como las pantallas eran medidas de emergencia, aunque mucha gente prefería los gráficos de los paneles antes que los iconos azul marino de los INDs. La de los parabrisas era una función meramente psicológica.

Josep sacó una llave Allen automática que llevaba en la cartuchera del cinturón y miró debajo del asiento para examinar la base de la consola. Debajo de ella había varios paneles de inspección. Al abrir el segundo descubrió lo que buscaba. Las perlas neurotrónicas que albergaban el SA estaban selladas e incrustadas en lo más profundo de un módulo de servicio, pero aun así debían de estar conectadas a los sistemas del avión espacial. Insertó su perla de escritorio con forma de dragón en el estrecho hueco que daba al empalme de fibra óptica y esperó a que el pequeño artefacto cambiara de forma, extendiera sus cables sonda y los insertara en la unidad. Entonces el Principal entró en acción.

Podrían habérselas apañado para infiltrar un piloto de SA de avión espacial a través de un satélite, pero las posibilidades de que los descubrieran eran demasiado elevadas. Se trataba de un solo canal al que los robustos SAs de las naves no les costaba vigilar. O intentaban hacerse con el control de todos los SAs de Z-B o establecían un vínculo físico directo. La primera opción la descartaron automáticamente.

El flujo de datos se invirtió y empezó a volcar todo el programa del piloto de SA a la perla de escritorio. Ya lo analizarían más tarde para averiguar los detalles minuciosos de los vuelos superficie-órbita de aquel extraño vehículo. Su tráfico de comunicaciones. Los procesos de atraque. Zantiu-Braun no descubriría que había alguien y algo más a bordo hasta que ya fuera demasiado tarde.

La tarjeta de la perla de escritorio informó a Josep de que ya había copiado todo el SA. El Principal comenzó a retirarse de las perlas del avión espacial, borrando todas las pruebas del allanamiento. Los cables sonda se desconectaron del empalme de fibra óptica y se recogieron en su estuche. Josep volvió a colocar el panel y lo apretó.

A pesar de lo bien preparado que estaba Josep y de que había medido cada paso al milímetro, todos sabían muy bien que no podrían protegerse del factor azar.

Cuando ya había abierto la robusta puerta del final de la escalera, las cámaras de la plataforma de estacionamiento le permitieron ver a un hombre saliendo del hangar de mantenimiento. Llevaba el holgado mono azul marino que llevaban todos los ingenieros de mantenimiento del puerto espacial. Sin perder un instante, el Principal ejecutó las rutinas de identificación. Dudley Tivon, treinta y siete años, casado, un hijo, ocho años de antigüedad como empleado del puerto espacial, ascendido el año pasado a supervisor asistente, experto en hidráulica de Galaxiaviones. No llevaba IND pero su perla de brazalete, conectada a la red del puerto espacial, estaba en modo de espera. El Principal se filtró en el circuito de comunicación e impidió que Tivon pudiera acceder al banco de datos.

Josep podría haberse ocultado detrás de la escalera, pero era demasiado arriesgado. No sabía qué dirección tomaría Tivon si no era que se quedaba por los alrededores. Cada segundo que pasara acuclillado aumentaban las posibilidades de que lo descubriera alguien que viniera desde otros lugares. Ahora había tres Cueros en las cercanías.

Decidió acercarse de frente al supervisor asistente. Así solo había dos opciones: o bien Tivon pensaría que Josep solamente era otro empleado del turno de noche haciendo su trabajo y pasaría de largo (a Josep le daba igual que lo vieran, puesto que hasta ahora ni había dejado huellas ni Z-B sabía que tenía que buscar pruebas de que habían agujereado sus sistemas de seguridad) o bien le preguntaría qué estaba haciendo, en cuyo caso...

Durante unos instantes, mientras se aproximaban, Josep tuvo la sensación de que Tivon no repararía en él. Pero poco a poco el supervisor asistente se fue deteniendo. Frunció el ceño, miró a Josep y luego al avión espacial de los invasores.

El Principal de las cámaras de los alrededores empezó a generar una emisión falsa de inmediato, hasta mostrar desde cuatro puntos de vista

distintos a Dudley Tivon caminando por la plataforma de estacionamiento sin detenerse.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó el supervisor asistente a Josep cuando lo tuvo lo bastante cerca.

Josep sonrió y señaló al hangar con la cabeza.

—Tengo que ir a la dársena siete, jefe.

—Ha salido de ese avión espacial.

—¿Qué?

—¿Cómo cojones ha entrado? Usted no es de Z-B. El acceso a estos trastos está restringido. ¿Qué estaba haciendo ahí dentro? —Tivon empezó a levantar el brazo en el que llevaba su perla de brazalete.

Josep recordó la información extraída del banco de datos. A la esposa del Dudley Tivon le habían colocado un collar de buena fe.

El supervisor asistente estaba realizando una petición para ver de dónde había salido Josep; no podía permitir actos de sabotaje ni de disidencia contra Z-B. No quería arriesgarse a que activaran el collar de su esposa como represalia.

—Nada, solo... —Josep estiró los dedos de una mano, tensándolos, y con agilidad felina golpeó a Tivon en la nuez. Josep oyó crujir el cuello del supervisor, cuyo cuerpo se desplomó hacia atrás, sin llegar a golpear el suelo, ya que Josep lo sostuvo a tiempo. Lo levantó sin esfuerzo y lo cargó sobre un hombro.

Todavía no había ningún Cuero cerca. No se veía a nadie más fuera del hangar de mantenimiento. Josep se dirigió a paso ligero hacia la puerta por la que había entrado para llegar al avión espacial y la volvió a cruzar.

Había una oficina a quince metros de la puerta; por las noches no había nadie. Llegó a ella en cinco segundos, dejó dentro el cadáver y comprobó que nadie lo había visto. Ni los empleados de mantenimiento ni los Cueros habían reaccionado, además en el banco de datos no se veía que se hubiera activado ninguna alarma.

Incluso tenían un plan de contingencia para situaciones como esta. La prioridad era sacar el cuerpo del puerto espacial para deshacerse de él. No había que dejar ni la menor huella en la zona.

Josep solicitó un menú de los robots de carga que hubiera en ese momento en el hangar de mantenimiento.

Las cámaras de fuera seguían mostrando a Dudley Tivon caminando por la plataforma de estacionamiento. Abrió una puerta que daba al hangar contiguo y se coló dentro.

—Mozark, tras años volando, había recorrido la mitad del Imperio del Anillo y había visitado un centenar de sistemas estelares; durante lo que llevaba de periplo, había explorado y aprendido todo cuanto le había sido posible con la esperanza de obtener la inspiración más reveladora. Ya no podía ver su propio reino, aquel pequeño cúmulo de estrellas se ocultaba tras el denso resplandor dorado, escarlata y purpúreo del núcleo. Muy pocos de su especie se habían atrevido a adentrarse tanto en el Imperio del Anillo, aunque se sentía cómodo con las razas y culturas que había encontrado en aquella región de la galaxia. Sus cuerpos y su biología le resultaban tan extraños como a nosotros nos puede parecer el cenizopez de Romark, sin embargo, entendía la manera en que vivían sus vidas. Trabajaban cada día con la misma tecnología para fabricar todo tipo de cosas, movían sus naves espaciales con los mismos motores y seguían los mismos procedimientos para extraer los minerales de los inhóspitos asteroides solitarios. De todas estas actividades se obtenía un sinfín de productos, tan variados como la química y los requerimientos de cada raza. Con todo, a pesar de todas esas diferencias, seguían unidos por las raíces comunes de los conocimientos que compartían; ese era el vínculo que mantenía unido a todo el Imperio del Anillo.

»Puede que hasta entonces Mozark nunca hubiera entablado contacto con ninguna de aquellas razas, sin embargo, adonde quiera que viajara podía comunicarse con sus nuevos anfitriones y terminar conociendo la filosofía, los intereses, los objetivos y los sueños de cada uno. Aquello lo animaba en muchos aspectos, pues le entusiasmaba que le dieran tantas ideas, todas las cuales llegaba a comprender al final. Algunas las consideraba magníficas y deseaba aplicarlas en su reino cuando regresara a casa. Otras eran tan peculiares que jamás podría adoptarlas ni adaptarlas a su pueblo, si bien le seguían pareciendo interesantes desde un punto de vista intelectual, mientras que otras le parecían demasiado espantosas o terribles como para siquiera hablar de ellas.

Edmond no tardó en levantar la mano, como Denise sabía que haría. —¿Sí, Edmond? —le preguntó.

—Por favor, señorita, ¿cuáles eran?

—¿El qué? ¿Las ideas espantosas y terribles?

—¡Sí!

—No lo sé, Edmond. ¿Por qué quieres saberlo?

—¡Porque Edmond es horrible! —gritó Melanie. Los demás niños se rieron, silbando y señalando al atormentado Edmond, que se vengó sacándole la lengua a Melanie.

—Ya basta —dijo Denise, que guardó silencio hasta que se tranquilizaron de nuevo—. Debéis saber una cosa acerca de la búsqueda de Mozark. Una de las cosas más importantes que aprendió es que no se debe juzgar a la gente según tu propia forma de ver la vida. Al menos no a una escala así. Si los habitantes de un determinado planeta se comportan de una manera que a ti no te parece bien, no significa que estén equivocados. Todos somos diferentes, sobre todo si hablamos de gentes de otros mundos. Esto no implica que aquello que a todas luces sea malo y cruel esté justificado. Pero Mozark aprendió a ser más tolerante con las creencias y los valores de los demás. En ese sentido, su viaje fue todo un éxito... pero ya os lo contaré en otro momento.

—¿Hoy? —preguntaron varios.

Denise sonrió al ver las caras ansiosas y suplicantes de los niños.

—No, hoy no.

Un coro de suspiros invadió el jardín donde estaban sentados.

—Aunque no queda mucho para llegar al final de la historia. Pero hoy la historia trata de cuando Mozark conoce a los bordeadores. No eran una sola raza; al igual que sucedía con la Iglesia Final, era mucha gente la que se unía a la causa de los bordeadores. En muchos aspectos, representaban lo contrario que la Iglesia Final. Los bordeadores eran constructores de naves, pero no solo de las clásicas que el Imperio del Anillo utilizaba para comerciar, viajar y explorar. Las naves que fabricaban los bordeadores eran intergalácticas... —Denise miró con complicidad a los niños cuando estos suspiraron sorprendidos—. Eran las máquinas más avanzadas que la tecnología del Imperio del Anillo podía concebir. Eran los vehículos más grandes, veloces, poderosos y sofisticados que aquella galaxia había conocido jamás. El esfuerzo que requería manufacturarlas era inmenso; los

bordeadores se habían apropiado de todo un sistema solar para utilizarlo como cadena de montaje. Solo una estrella y todos los planetas que orbitaban a su alrededor podían proporcionarles los recursos necesarios. Mozark se quedó un mes con ellos; como si fuera un turista, visitó con su nave todas las instalaciones, que eran unas auténticas catedrales de ingeniería. Los bordeadores le hablaron con orgullo de los discos convertidores de tamaño oceánico que habían lanzado hacia la estrella, hasta cuyos estratos interiores penetrarían para provocar las reacciones de fusión más intensas. Aquella era la única manera de producir suficiente energía para mantener activas las decenas de miles de bases industriales que operaban por todo el sistema. Estas bases, gigantescas en todos los sentidos, eran móviles, de manera que podían tragarse enteros asteroides de tamaño medio. Las rocas se procesaban y separaban en los distintos minerales que las componían, que después se transportaban a las torres de refinería. Las naves de mercancías bioquímicas que solo operaban dentro de aquel sistema recogían los productos finales y los transportaban a las instalaciones de manufacturación, donde los convertían en componentes para naves.

»Los astilleros en que se montaban los componentes eran del tamaño de una luna pequeña. Cada una de las naves intergalácticas medía varios kilómetros de largo; sus cubiertas hipermórficas plateadas y azules capturaban los más leves destellos de las estrellas que incidían en sus moléculas metamórficas y los reflejaban en forma de corona resplandeciente. Cuando reposaban en órbita, se podía apreciar que tenían forma de suave huevo. Sin embargo, cuando los motores cobraban vida las hacían volar por el vacío a cientos de veces la velocidad de la luz, lo que les daba un aspecto de afilados estoques de los que salían largas y afiladas aletas. Parecía como si el vacío por el que viajaban estuviera compuesto por una atmósfera de fotones elementales que sólo pudiera surcarse gracias a su perfil metasónico.

»A Mozark, por supuesto, le entusiasmaba todo aquel proyecto. Los bordeadores eran los últimos y más grandes pioneros del Imperio del Anillo. Las naves intergalácticas transportaban colonos a otras galaxias. En estas se levantarían nuevos imperios, al otro lado de la noche profunda. Aquello daría lugar a un futuro maravilloso que florecería en medio de lo desconocido, rodeado de desafíos y dificultades. La vida no sería tan sencilla y placentera como lo era en el Imperio del Anillo.

»Mozark vio atracar las naves normales de pasajeros que traían decenas de miles de colonos que buscaban una nueva vida para ellos y sus descendientes. Venían de reinos del otro extremo del Imperio del Anillo, centenares de especies distintas unidas por la pasión de viajar. La primera vez que vio cómo una nave intergaláctica arrancaba y se perdía en el vacío no pudo evitar sentir envidia. Aquellos viajeros eran sus almas gemelas y le estaban dejando atrás. Pero era su deber regresar a casa, a su propio reino. Antes de que su nave hubiera terminado de estabilizarse por el impulso de la ignición de los motores, ya se moría de ganas por hablarle a su pueblo de todas sus aventuras. Planeó utilizar los recursos de su reino para un fin similar y transportarlos al futuro en lo que sería un viaje increíble. Pero cuando la titánica nave desapareció de sus sensores, las dudas y la desilusión empezaron a hacer mella en él. Había emprendido aquella aventura para descubrir algo que beneficiara e inspirara a su pueblo. Sin embargo, ¿cuántos estarían dispuestos de verdad a despojarse de todo cuanto poseían para apostarlo todo a un viaje incierto por los rincones más recónditos del universo? Muchos no lo dudarían: millones, quizá cientos de millones. Pero su reino era la morada de billones de habitantes, todos los cuales llevaban una existencia relativamente feliz. ¿Por qué iba a obligarlos a cambiar de vida? ¿Qué derecho tenía él a apartarlos del mundo y la sociedad en que se habían criado y a los que tan bien servían?

»Fue entonces cuando por fin comenzó a comprenderse a sí mismo y su propia insatisfacción. Al mirar por la ventana de su nave y ver aquellos orgullosos y gigantescos vehículos que orbitaban alrededor de uno de los estériles y anónimos planetas de los bordeadores, solamente percibió una diferencia de escala. Los colonos y él estaban ya preparados para perderse en lo desconocido e iniciar lo que esperaban que fuera una vida que valiera la pena. Quizá los colonos, para quienes el viaje en sí ya era todo un logro, fueran más valientes que él mismo, que no sabía con qué se encontrarían ni cómo acabarían. Cuando llegaran al otro extremo, dispondrían de la capacidad y de los materiales necesarios, igual que en el Imperio del Anillo. Allí fuera no había nuevas ideas aguardándolos, solo el espacio, el cual esperaban que estuviera menos saturado. Llevaban consigo la cultura del Imperio del Anillo, que no era sino la tecnología y los datos que habían heredado. La homogeneidad del Imperio del Anillo se debía a su cultura cuadriculada, de manera que las semillas que plantaran ahora darían lugar a los mismos frutos. Mozark decidió que al final los colonos no eran tan

valientes como él, puesto que sólo querían huir. Él al menos intentaba que su pueblo regresara al reino.

Denise se detuvo, consciente de que los niños empezaban a cansarse. Un par de ellos estaban decepcionados e impacientes y se entretenían arrancando briznas de hierba y perdiendo la mirada de cuando en cuando en la ciudad blanca que se levantaba tras el muro. Ya no era el cuento que creían que iban a escuchar, una aventura con terribles peligros que sortear y monstruos contra los que batallar. Lo único que habían sacado en claro era que Mozark tenía la cabeza llena de unos pájaros que ellos jamás comprenderían. Vaya birria de héroe.

Denise se reprochó a sí misma el haberse dejado llevar y en seguida pensó cómo retomar el hilo de la historia. Había muchos aspectos que podía dejar de lado; podía eliminar las partes abstractas y filosóficas. Todavía podía sacarle jugo.

—Entonces Mozark, cuando estaba en su nave pensando en los bordeadores, la Iglesia Final, La Ciudad e incluso en los mordiff, supo de repente lo que debía hacer.

—¿El qué? —preguntó una de las niñas con impaciencia.

—Tenía que volver a casa —respondió Denise—. Porque acababa de descubrir lo que debía decirle a Endoliyn; revelarle qué era aquello a lo que iba a dedicar su vida.

—¡A qué! —gritaron los niños a coro.

—¡Hace un día espléndido! —dijo Denise con una risita traviesa—. Deberíais salir a jugar y aprovecharlo. Pronto os terminaré de contar qué sucedió cuando Mozark regresó a su reino.

—¡Ahora!

—No. He dicho pronto.

—Entonces mañana.

—Ya veremos. Si os portáis bien.

Le prometieron que lo hacían y que siempre lo harían.

Les dejó levantarse y salir a retozar por el pequeño jardín de la escuela. No necesitaba consultar el reloj, sabía muy bien qué hora era. El partido amistoso estaba a punto de empezar.

Los racimos de neuronas descritas conectaron a Denise con el banco de datos de Memu Bay. Había varios periodistas cubriendo el encuentro, que por otro lado tampoco era de mucho interés, puesto que apenas habían

asistido celebridades. Las cámaras enfocaban al terreno de juego, donde ambos equipos ya estaban calentando.

Lawrence detuvo el balón en seco y lo golpeó con el puente del pie derecho. El esférico rodó por el suelo hasta detenerse a un par de metros de Hal, que le miró con gesto indignado. Se suponía que debía ser un pase ágil que dejaría la pelota a punto para que Hal la hundiera en la portería del equipo contrario. Sin embargo, mientras Hal corría con apremio hacia el balón, dos de los muchachos contra los que jugaban salieron a placarlo. Por un momento Lawrence pensó que se habían equivocado y que estaban jugando a rugby. Antes de que Hal llegara siquiera a tocar la pelota ya le habían embestido y pateado.

Hal gritó y cayó sobre un hombro.

—Joder —gruñó entre dientes.

El árbitro pitó falta.

Hal lo miró para ver qué decía.

—Tiro libre —graznó el árbitro con asco.

—¿No les va a sacar tarjeta? —preguntó Hal con indignación. El árbitro se alejó trotando.

Lawrence y Wagner cogieron al niñato por las axilas y le ayudaron a ponerse en pie.

—No puedo creerlo —exclamó Hal—. Era por lo menos tarjeta amarilla.

—Aquí las reglas varían un poco —le dijo Lawrence para que se calmara un poco. Daba la sensación de que quería matar a todo el mundo.

Los dos que lo habían derribado no podían disimular la risa. Uno de ellos le enseñó el dedo corazón.

—Esto de parte de Killboy.

Hal caminó hacia él tambaleándose y gruñendo. Lawrence y Wagner consiguieron contenerlo. Se oyeron algunos desganados gritos de ánimo desde la banda donde se habían congregado los hinchas locales.

Eso de que aquí las reglas no eran del todo iguales no era cierto. Por décima vez desde que comenzara el encuentro —Los Gandules de Lawrence contra los Ángeles Vengadores—, Lawrence se preguntó si de verdad había sido buena idea. Los locales solo veían en el partido una

manera legítima de atacar a los reclutas con los clavos de las botas, que parecían más largos de lo normal, y con entradas que harían temblar al mejor maestro de *kung-fu*.

Antes del inicio del partido, Ebrey Zhang se había acercado a hablar con los muchachos del equipo para infundirles ánimo. Después de soltar el sermón sobre la buena oportunidad que era el encuentro para mejorar las relaciones entre ambas comunidades, le dijo a Lawrence:

—Sargento, con esto no pretendemos calentar más el horno. Vamos a tomárnoslo con calma, ¿eh?

—Señor, ¿nos está ordenando que perdamos? —preguntó Lawrence. No pudo evitar sentirse halagado al comprobar que el comandante ya les veía vencedores antes de empezar siquiera. Pero ya había visto a algunos de los jugadores del equipo contrario. Eran fornidos y parecían estar en forma. Iba a ser un enfrentamiento muy duro.

—No, no —dijo Ebrey con calma—. Pero tampoco queremos una victoria fácil, ¿verdad? Por lo de las hostilidades y todo eso.

—Entiendo, señor.

—Buen chico. —Ebrey le dio unas palmadas en el hombro y se unió al resto de hinchas de Z-B.

El partido dejó de ser amistoso después de los primeros cinco minutos de juego. Lo cierto era que los Ángeles Vengadores no habían tenido en ningún momento ánimos de hacer buenas migas.

Hal, encargado de realizar el tiro libre, chutó el balón para que volara describiendo un arco hasta Amersy. El cabo empezó a correr por la banda. Lawrence lo apoyaba por la otra banda, marcado muy de cerca por dos Ángeles Vengadores, tanto que podían derribarlo por error en cuanto el árbitro mirara hacia otro lado.

Lawrence se deslizó por el barro hasta que casi perdió el equilibrio. Amersy, que ya se encontraba muy adelantado, había dejado a Lawrence en una mala posición para recibir pases.

—Mierda —bufó. Los dos que lo marcaban se quedaron asombrados cuando los apartó a codazos. Por suerte el árbitro todavía estaba mirando a Amersy, que lo acababan de placar.

—¡Apoyadle! —gritó Lawrence a sus compañeros—. ¡Apoyadle, hostias, nenazas de los cojones!

—Por favor, Sargento —exclamó con debilidad el capitán Bryant desde la banda—. Tampoco es para ponerse así.

Lawrence lo miró y siguió farfullando improperios.

Antes de que Amersy consiguiera ponerse de pie los victoriosos Ángeles Vengadores se hicieron con el esférico. Aunque a regañadientes, Lawrence tuvo que admitir que aquellos matones no controlaban mal del todo el balón. Se metieron entre ellos y se abrieron paso con facilidad alrededor del centrocampista que intentaba bloquearlos.

¿Dónde coño estaba el resto del equipo?

—Defensas —voceó Lawrence con desesperación mientras agitaba los brazos haciéndoles señas.

Por lo menos los defensas tenían cierto sentido de la táctica. Dos de ellos se acercaban para encararse a los Ángeles Vengadores que se estaban llevando la pelota. Tres protegían la portería. La pareja del medio campo corría hacia la otra banda para marcar al delantero de los Ángeles Vengadores, que no dejaba de regatear y ganar terreno. Lawrence vio a unos de los centrocampistas contrarios correr hacia el círculo central, que había quedado despejado, y salió a cortarle el paso.

Después de todo el resultado no estaba tan cantado, aquellos muchachos también sabían jugar duro.

La mina explotó cuando el defensa de Los Gandules de Lawrence que protegía el flanco derecho de la portería la pisó. Lo elevó tres metros en el aire y le despedazó las piernas y el abdomen. Lawrence cayó de rodillas al oír la explosión amortiguada por la tierra, a la que siguió un sobrecogedor silencio de confusión. Entonces el tronco superior del defensa cayó en el terreno de juego, con los inertes brazos temblando grotescamente a causa del seco impacto y la cabeza ladeada mirando hacia la portería. Lawrence pudo ver que se trataba de Graham Chapell, un recluta del pelotón de Ciaran. La mitad del campo quedó cubierta por su sangre y sus vísceras. Siguió sin oírse ni un murmullo, todo el mundo se había quedado demasiado atónito como para gritar siquiera.

Cuando Lawrence se puso a mirar a todas partes como un loco y vio el hoyo humeante que se había abierto en el suelo, comprendió al instante lo que había ocurrido. Todo el mundo se había agachado. Miró horrorizado al balón, que seguía rodando, rebotando y vibrando por el descuidado césped del campo.

«Basta», imploró para sí. «Joder, ya basta. ¡Ya basta!».

La maldita pelota era lo bastante pesada para activar otra mina si pasaba sobre una. Rodaba hacia Dennis Eason, que la veía acercarse a él. Un gesto de terror y fatalismo había deformado su rostro.

El esférico se detuvo a medio metro de él. Inclinó la cabeza hacia atrás y suspiró aliviado.

En ese momento todo el mundo empezó a gritar y chillar, lo mismo espectadores que jugadores. Todos echaron a correr. Los miembros de Z-B gritaban que nadie se moviera, que todo el mundo se quedara donde estaba, que pronto vendrían a ayudarlos.

Lawrence apretó los puños y los hundió en el barro, furioso por lo impotente que se sentía. El miedo y la confusión habían tensado hasta el último músculo de su cuerpo. Se sentía desnudo sin su Cuero. Era un blanco fácil para cualquier estudiantucho aspirante a revolucionario que aquel día se hubiera levantado con ganas de convertirse en leyenda. A partir de aquel momento odió a Killboy. Odió a todo aquel puto planeta. Nunca antes había ocurrido algo así. Jamás. Hasta aquel día sólo habían encontrado animosidad y desprecio.

Por el amor de Dios, solo estaban jugando al fútbol. Fútbol. Incluso había gente de su bando, algunos apenas si eran unos adolescentes. Los Ángeles Vengadores jóvenes que tenía a su alrededor sollozaban víctimas del pánico, algunos no podían contener las lágrimas.

¿Qué cojones le pasaba a aquella gente? Quería gritárselo para que le oyeran todos. Debían de estar allí, mirando y disfrutando de la confusión y el pavor que habían creado. Debían de estar regocijándose en el dolor que habían ocasionado.

Pese a todo, lo único que podía hacer era apretar los dientes y quedarse inmóvil, sintiendo cómo el barro húmedo le empapaba la camiseta y los pantalones, hasta que por fin se oyera el glorioso batir de las aspas de los helicópteros.

Siete pelotones llegaron corriendo al parque donde se había celebrado el funesto partido. Los helicópteros en que habían venido se habían posado en

las calles de los alrededores. Los Cueros, cuyos sensores sondeaban el suelo a cada paso que daban, avanzaban con cautela.

Primero protegieron a Ebrey Zhang, al que llevaron por un camino seguro marcado con luces señalizadoras que emitían un intenso resplandor ambarino. El helicóptero al que lo subieron echó a volar estruendosamente y se perdió en el cielo mientras los demás Cueros continuaron examinando el parque sin dar tregua a sus sensores. Poco a poco fueron evacuando a la gente, una persona cada vez; en todos los casos suspiraban de alivio cuando se agarraban a los reclutas. A Lawrence llegaron cuarenta minutos después de que aparecieran los helicópteros. Estaba nervioso y no dejaba de mirar a todos lados. Todo el campo quedó cubierto por una confusa rejilla de luces anaranjadas e intermitentes. En medio de todas ellas brillaban tres luces rojas, una de las cuales estaba a cuatro metros de donde Lawrence había permanecido a la espera de que lo recogieran.

El equipo de médicos empezó a recoger los restos de Graham Chapell que habían caído en las zonas despejadas del campo y a meterlos en bolsas negras de polietileno.

—Cabrones —murmuró Lawrence mientras el Cuero lo guiaba hacia los *jeeps*—. Hijos de puta.

Uno de los asistentes de Ebrey Zhang hizo pasar a Dean Blanche al despacho del Alcalde. El comandante no necesitó más que ver el rostro calculadamente inexpresivo del capitán de seguridad interna para saber que no traía buenas noticias.

—¿Y bien? —preguntó en cuanto se cerraron las puertas.

—Eran minas nuestras —le informó el capitán Blanche.

—¡Mierda! ¿Está seguro? Olvídelo, por supuesto que está seguro. Maldita sea, ¿cómo ha podido ocurrir?

—Todavía no lo sabemos. Según el inventario, todavía siguen en el almacén. Hemos efectuado un recuento físico, claro. Faltan ocho.

—¿Ocho? —preguntó alarmado Ebrey Zhang—. ¿Cuántas habían colocado en el parque? —Las minas le ponían enfermo. La política de Z-B exigía que estuvieran disponibles en caso de que la situación en tierra se pusiera muy fea y los reclutas se vieran obligados a proteger las zonas

estratégicas de un ataque directo, como por ejemplo, el puerto espacial durante su retirada. Por fortuna, nunca había tenido que ordenar que las colocaran. Aquellos malditos artefactos eran un legado letal que duraría décadas y que iría eliminando a sus víctimas de forma indiscriminada.

—Hemos encontrado cinco. Con la que ha estallado...

—Oh, santo cielo. —Ebrey se acercó al mueble-bar del armario del fondo y se sirvió una copa de lo que los locales llamaban, no sin ironía, bourbon. Por lo general no bebía delante de los oficiales subalternos, sobre todo si eran de seguridad interna, pero aquel había sido un día muy, muy largo que no había tenido final feliz—. ¿Un trago?

—No, gracias, señor.

—Como quiera. —Se colocó junto a la contraventana y perdió la mirada en el cielo. Eran las tres de la mañana y las estrellas titilaban con placidez. Después de un día como el que acababa de terminar se preguntaba si alguna vez volvería a pasear entre ellas—. De modo que hay tres minas repartidas por la ciudad esperando a que las pisemos.

—Dos, señor.

—¿Cómo? Oh, claro. Dos son las que faltan. ¿Cabe la posibilidad de que los pelotones no las encontraran al sondear el parque?

—Es posible, señor. Voy a ordenar que se vuelva a peinar por la mañana, en cuanto haya suficiente luz.

—Muy bien. Por cierto, ¿cómo demonios consiguieron sacarlas del arsenal?

—No estoy seguro, señor. —Blanche vaciló—. Debió de resultarles muy complicado.

—Quiere decir si los autores son ajenos a Zantiu-Braun.

—Sí, señor.

—Me niego a creer que alguien de la compañía sea capaz de algo así. Sería una venganza absurda. —Se giró y hundió la mirada en el capitán, que a cada momento se sentía más incómodo—. ¿No cree?

—Estoy de acuerdo con usted, señor. No hay tan mal ambiente entre los pelotones.

—Hay uno desaparecido. Jones Johnson, ese del que encontraron la sangre. ¿Cree que puede haber... no sé, desertado?

—Podría ser, señor.

—¿Johnson sería capaz de acceder al arsenal?

—No lo sé, señor. Muchos reclutas conocen muy bien nuestro *software*.

—Maldita sea. ¿Para qué están los guardias? Sobre todo los del arsenal.

—Señor. Tengo una teoría.

—Las otras minas estaban en modo de espera, sin embargo, los jugadores habían corrido por todo el campo durante treinta minutos, hasta que estalló la mina. Debió de activarse justo antes de que Chapell se colocara sobre ella.

Ebrey comprendió lo que quería decir el capitán.

—Killboy transmitió un código.

—Sí, señor. —Si lo lanzaron por el banco de datos podemos intentar rastrearlo. Por supuesto podrían haber utilizado un transmisor aislado, en cuyo caso debía de haber alguien por los alrededores que enviara el código. Puedo revisar la memoria de todos los sensores del distrito. Puede que el SA identifique a alguien que encaje con el perfil de comportamiento adecuado. Pero debe de haber alguna prueba en los datos de hoy.

—Tómese el tiempo necesario para averiguarlo y también puede utilizar todos los recursos de SA que hagan falta. Su misión tiene la mayor prioridad. Lo que importa es que me traiga a ese pedazo de mierda. Me da igual lo que tardemos, pienso ver al señor Killboy colgando de la torre de este ayuntamiento antes de que nos vayamos.

OceanofPDF.com

Capítulo 11

La Tierra. Otra vez.

Aquel planeta azul y blanco seguía fascinando a Lawrence tanto como el día que lo pisó por primera vez, hacía ya cinco años. Al igual que hacía siempre durante el vuelo de transferencia desde Centralis hasta la órbita baja, se pasó todo el tiempo que le fue posible contemplando las imágenes en tiempo real que enviaban los sensores visuales de la nave interorbital. Cuando sobrevolaban el continente americano pudo ver extensos remolinos de nubes que se revolvían con espumosa gracia sobre el Atlántico occidental hasta dar lugar a espirales tormentosas. Los deshilachados bordes eran de un blanco luminoso pero los ojos eran densos y negros como la misma noche. Dentro de unos pocos días las islas del Caribe sufrirían un nuevo azote de vientos, olas y lluvias; la rabia de los elementos arrancaría las hojas de todos los árboles y alteraría el decorado del terreno. La población volvería a refugiarse donde pudiera, a esperar que los aulladores vientos pasaran. Después la gente retomaría sus actividades cotidianas, como si aquel desastre solo hubieran sido unas vacaciones imprevistas. Las palmeras echarían nuevos brotes y los aldeanos volverían a retozar y nadar en las playas de arenas blancas. Lawrence sonrió al imaginar aquel paraíso. Pensó que solo en un mundo tan repleto de vida la gente era capaz de adaptarse a las circunstancias de esa manera. Un mundo donde la vida en cada rincón, donde la simbiosis entre la naturaleza y el medio era el factor evolutivo imperante. Todo lo contrario que Amethi.

Pese a todo no podía evitar echar un poco de menos su planeta natal. Ya no eran tan fuertes como lo fueron cuando llegó, además muchos estaban

enfrentados. Pero no podía olvidar los momentos en que había sido feliz o de los que había disfrutado. Ninguno de ellos incluía a Roselyn. Aquellos recuerdos los tenía guardados bajo llave. Todavía le dolían demasiado, casi tanto como el día en que decidió huir de todo.

Agarró el colgante que llevaba bajo la camisa. Estuvo a punto de arrancárselo de un tirón cuando se fue de Amethi, pero decidió conservarlo para no olvidar lo traicionero que podía ser el universo. En la actualidad lo consideraba su talismán, una especie de amuleto que le había permitido sobrevivir a las pruebas más duras que la vida podía ponerle.

El Xianti 5005 en que viajaban atracó en el puerto espacial de Cairns, una típica tarde tórrida de Queensland. No había nadie esperándolo. Dejó atrás a sus compañeros de pelotón y vio cómo sus familiares corrían a recibirlos en la sala de llegadas. Esposas y novias formales se colgaban del cuello de sus hombres, contra los que se apretaban intentando contener las lágrimas. Hasta que la nave regresó de Quation hacía dos días, nadie pudo saber cómo había ido la campaña de captación de bienes, es decir, quién había sobrevivido, quién había resultado herido, quién no regresaría nunca. Los gritos de alivio y de miedo resonaron y se entremezclaron en el espacioso vestíbulo climatizado. Los niños correteaban alrededor de las parejas que se abrazaban y sonreían porque papá había vuelto a casa.

Había una chica que se llamaba Sandy a la que Lawrence consideraba un sucedáneo de novia y que veía cuando viajaba de Floyd a Quation. Sandy le había prometido que le esperaría pero de aquello hacía ya nueve meses. La chica tenía veintiún años; Lawrence nunca se tomó su promesa muy en serio.

De modo que salió del edificio de la terminal para respirar el fresco aire de la costa y se tomó un minuto para contemplar las colinas cubiertas de matorrales que había detrás del puerto espacial y que se iban sumiendo en las sombras a medida que el sol se iba escondiendo tras ellas. El mar lo envolvió con su brisa. Oyó los graznidos de las gaviotas. Vio aparecer otro avión espacial, que hendía el aire con la facilidad de un rayo perezoso. Sonrió al verse en medio de aquel mundo maravilloso, al que saludó con la alegría de quien se reencuentra con un viejo amigo. Siempre asociaría el mar y su olor con la Tierra.

La parada de taxis estaba en el extremo sur de la terminal. Lawrence se acercó a una de las ovaladas burbujas blancas, en cuyo asiento trasero dejó caer el único equipaje que llevaba, una bandolera. El conductor no era de

SA, sino humano, un anciano chino al que le apetecía hablar de cómo le estaba yendo aquella temporada al Manchester United. Le pareció que Lawrence tenía acento británico.

—Nunca he estado allí —reconoció Lawrence.

—Pero habrá oído hablar de ellos, ¿verdad? —preguntó el conductor con voz ansiosa.

—Un poco.

—No me extraña. Es el equipo más famoso del planeta. No me pierdo ni un partido. He instalado una ventana holográfica horizontal en mi apartamento para poder ver todo el campo. A mi esposa no le gusta.

—¿En serio?

—Sí, ella quería un sofá nuevo. También los veo por las membranas. Las tres últimas temporadas he pagado al agente de medios del equipo para tener perspectiva de multijugador. Es un poco caro, pero merece la pena. Así puedo verlo como si estuviera en el propio campo o como si me hubiera subido a un helicóptero. Cuando juegan suelo escoger la perspectiva de Paul Ambrose, ese sí que tiene visión de juego.

—Suena bien.

—Solo juegan cada cuatro días. El resto de días me conformo con ver a mis otros equipos favoritos.

—Claro.

—Por las tardes veo a los sub-veintiuno. A veces los grabo si trabajo. Mis compañeros de los otros taxis se ríen y me dicen quién ha ganado. Yo desconecto mi acceso al banco de datos pero cuando voy conduciendo ellos se me ponen al lado y me gritan los resultados. Esas tardes me las paso tapándome las orejas. Un día, cuando haya ahorrado bastante, pienso ir a Europa para verlos jugar en directo. Mi esposa no lo sabe.

—¿De verdad? —Después de salir del puerto espacial accedieron a la corta autopista que llevaba a la ciudad. Lawrence pudo ver a su izquierda las hileras protegidas de mangos que bordeaban el litoral. Al mirar a la derecha comprobó que los bloques de apartamentos del extrarradio se habían extendido hasta llegar casi a las estribaciones de las colinas.

—¿Viene de Quation?

—Sí.

—¿No ha venido su esposa a esperarlo?

—No estoy casado.

—Un tipo listo. Diviértase mientras pueda, amigo. Cuando vaya a Europa no me llevaré a mi esposa. ¿Ya tiene dónde pasar la noche?

Lawrence podría haber regresado directamente al cuartel; así no hubiera gastado nada. Pero toda la Flota tenía un permiso de cuatro semanas y la paga extra de la campaña le esperaba en el banco junto con todas las pagas de los nueve meses anteriores. No tenía ningún plan. Algunos de los otros solteros de la nave hablaban de ir a navegar por las islas del Pacífico y beberse el alcohol de todos los complejos turísticos que encontraran a su paso. Colin Schmidt le había invitado a acompañarle a visitar todos los casinos de Hong Kong y Singapur. Otros le prometían que Perth seguía siendo la capital fiestera del hemisferio sur y que apenas quedaba a unas horas de tren.

—No —respondió—. No tengo donde alojarme. —Apretó el botón de la ventanilla y bajó el cristal hasta la mitad para sentir el viento y oír los ruidos de la autopista. El resplandor de las luces del Club ya parpadeaba entre los todavía lejanos edificios de la ciudad. Lawrence se rió al ver los estridentes neones y hologramas que parecían darle la bienvenida. Nunca había sentido aquella sensación de libertad: nada de obligaciones ni de preocupaciones, montones de dinero para quemar y de tiempo para perder. ¿Qué más podía pedirle a la vida?

—Conozco un par de sitios —le propuso el taxista mirándolo de soslayo.

—No me cabe duda. De acuerdo, busco un hotel decente, a ser posible con piscina. No demasiado caro, pero que cuente con acceso de banda ancha al banco de datos y servicio de habitaciones las veinticuatro horas. Y donde no les importe que lleve a alguna invitada esporádica a pasar la noche, no sé si me entiende.

—¡Ah! —El taxista sonrió y asintió con la cabeza—. Conozco el sitio perfecto.

El hotel estaba en el lado más sórdido de la ciudad, como correspondía a su categoría de dos estrellas. Pero tenía piscina y además la habitación de la primera planta de Lawrence tenía un pequeño balcón desde el que se veía la cenicienta y geométrica ciudad de Cairns sur. Después de registrarse se dio un paseo hasta el barrio comercial más cercano, una espaciosa explanada acristalada salvada por sus humildes clientes del ansia inversora de los centros comerciales más grandes. Visitó algunas de aquellas pequeñas tiendas para comprar algo de ropa. Nada demasiado elegante, solo algo que no llevara el logotipo de Z-B para poder acercarse al Club.

Aquella noche no tardó demasiado en enrollarse con una chica, una lasciva mochilera que no llegaba aún a los veinte años y que junto con sus amigos viajeros estaba recorriendo la costa de Australia. Era muy guapa y su cuerpo incitaba al pecado, tenía tez de color de oliva y el pelo negro recogido en apretadas trenzas de cuyos extremos colgaban abalorios multicolores de fosgeno. Cuando giraba la cabeza rápido, los abalorios formaban una estela multicolor. Lawrence la engatusó para alejarla de sus amigos, que al final regresaron sin ella a su albergue, en el que ya habían pagado las literas. A la chica le fascinaba que Lawrence hubiera nacido en otro planeta, además disfrutó de la exquisita cerveza de importación a la que le invitó y se mostró muy interesada por el hecho de que hubiera pasado varios meses fuera de la Tierra.

—¿Te sentías solo?

—Supongo que se puede decir así —admitió Lawrence—. Los habitantes de aquel planeta no se mostraron muy amigables.

Ya en la retirada habitación del hotel de Lawrence, la chica demostró saber follar como un canguro enloquecido que no dejaba de saltar sobre el vientre de su montura. Durante la primera hora, Lawrence temió que la maltrecha cama cediera bajo la agitación de ambos. Derramó un poco de aquella cerveza tan cara sobre sus pechos y los lamió antes de que la excursionista empujara la cabeza del recluta hasta su pubis. Pusieron una canción de rock industrial e intentaron seguir follando al ritmo de la aporreante música, hasta terminar carcajeándose cuando el pervertido vocalista empezó a gritar que le iba a partir el culo a su nenita. El servicio de habitaciones les trajo bocadillos vegetales con pollo y beicon y más bebida, con los que se alimentaron el uno al otro sentados sobre el hundido colchón con las piernas cruzadas. Después vieron una comedia no-en-vivo antes de la siguiente sesión de fornicio.

La chica se fue a primera hora para reunirse con sus amigos. Se dirigían más al norte con la esperanza de encontrar algún trabajo esporádico en Port Douglas para poder pagarse la siguiente fase de su fabulosa aventura de clase media. Al mediodía Lawrence ya ni siquiera recordaba el nombre de la ninfómana.

La siguiente noche conoció a otra chica. Prefería el whisky con soda a la cerveza y el jazz eléctrico al rock, pero se mostró igual de lujuriosa.

Toda la primera semana la pasó igual. Dormía de día. A media tarde almorzaba copiosamente. Daba un paseo antes del anochecer. Al ponerse el

sol se acercaba al Club, donde a veces se encontraba con otros reclutas de la Flota, con los que se tomaba unas cuantas rondas y echaba unos billares o unas partidas a los videojuegos. Nunca se emborrachaba, cosa que no le hacía falta dado lo mal que jugaba. En un par de ocasiones se metió en la pista de baile del pub de turno. En ambos casos fue porque a la chica le apetecía bailar primero.

Siete días después del aterrizaje recibió en la perla de brazalete un mensaje de la Administración de la Flota ordenándole que se personara en la base. Se había procesado su solicitud de oficial de nave. Lo iban a enviar a Ámsterdam para estudiar su ingreso.

Se sentó en la cama y, con las gafas a la altura de los ojos, releyó el mensaje experimentando una sensación de creciente felicidad. Por fin su vida tomaba el rumbo que él quería. Su padre, Roselyn, Amethi... habían merecido la pena. Se había ganado un puesto en las naves de Z-B.

La chica que estaba durmiendo a su lado levantó la cabeza y miró a su alrededor para recordar dónde estaba. Pestañeó, miró a Lawrence y puso cara de reconocerlo.

—Hola —dijo somnolienta.

—Buenos días.

—¿Buenas noticias? —preguntó al ver las gafas que Lawrence tenía entre los dedos.

Lawrence meditó la respuesta. Se moría de ganas por gritar que le iban a aceptar y de contarle cuánto significaba para él. Era la típica noticia que se quiere compartir y que es motivo para pasar el día con la persona amada, quizá incluso para regalarse una buena cena y descorchar una botella de champán. Pero, a decir verdad, la única persona que entendería lo que significaba aquella buena nueva era Ntoko. Y Lawrence sabía muy bien que el cabo no querría que un balbuciente recluta interrumpiera sus vacaciones con su familia para contarle que le iban a ascender.

En aquel momento fue consciente de lo solo que se había quedado. No tenía a nadie a quien llamar. En todo el planeta no había nadie que lo conociera, que se preocupara por él.

Volvió a dejar las gafas de interfaz en la mesilla de noche y retiró la sábana. Un par de rayos de sol se colaron entre las cortinas e iluminaron sus cuerpos. La chica sonrió confusa cuando Lawrence la miró. A pesar de la intimidad que los había unido la pasada noche, Lawrence no sintió nada,

ni la menor conexión ni la necesidad de intentar que la relación con la chica saliera adelante. La única razón por la que aquella desconocida estaba en la cama con él era por mero sexo. No se sintió culpable. La chica ya había cumplido su parte.

Y pensar que después de pasar la primera noche con Roselyn había estado dispuesto a pasar el resto de su vida con ella. Dios, qué estúpido era entonces, mira que haber querido construir su vida alrededor de aquella furcia. Ahora podría enseñarle un par de lecciones.

Con todo, no pudo evitar hacerse la pregunta de siempre: «¿Qué estará haciendo ahora?».

«Nada importante», se dijo a sí mismo con sequedad y enfadado por su debilidad. Entonces se apretó contra la chica y le susurró al oído lo que quería de ella. Un poco a regañadientes, la desconocida se colocó en el borde de la cama de la manera en que le había indicado Lawrence para que éste pudiera celebrar la noticia con ella de la única manera en que podrían entenderse.

Lawrence cogió uno de los dos vuelos diarios que Z-B había establecido de Cairns a París y que realizó en un descomunal avión subsónico de pasajeros que repostó en Singapur. En París cogió un tren que le llevó por los exuberantes bosques europeos hasta Ámsterdam. Llegó a la antigua Estación Central, que por detrás daba al puerto que había en medio de la ciudad.

Cairns, donde siempre imperaba el calor, le había hecho olvidar que en el hemisferio norte era primavera. Al salir de la estación se puso el abrigo pero no se molestó en abrochárselo. El sol brillaba en medio de un límpido cielo y templaba el aire.

Prins Hendrik Kade parecía una autopista de veinte carriles exclusiva para bicicletas. Nunca había visto tantas juntas; todas parecían pintadas del mismo color blanco sedoso y llevaban el escudo de la ciudad grabado en relieve en la barra central de la dirección. Oyó sonar un millar de timbres que le hicieron mirar alarmado en todas direcciones. En un par de ocasiones tuvo que hacerse a un lado de un salto para que los ciclistas no lo atropellaran. Ellos, por supuesto, no iban a molestarse en girar el manillar.

Las membranas optrónicas le mostraron un mapa de la ciudad; decidió ir por Dam Rak, el largo y espacioso camino que había frente a la estación. Los tranvías iban y venían por los raíles que había incrustados en el adoquinado. Eran las máquinas más antiguas que había visto nunca, si bien parecían conservarse en perfectas condiciones. Se sentía muy bien paseando por una ciudad sin tener que mantenerse alerta. Quation no había recibido a Z-B con los brazos abiertos. Pero allí en Ámsterdam los transeúntes parecían sonreír cuando veían su uniforme malva.

No le sorprendió. Según el informe que había descargado de la memoria de la compañía, Z-B era una de las empresas que más invertía en Holanda. Además era el país donde se encontraban sus instalaciones principales (mezcladas entre un sinfín de otras compañías más pequeñas en las que se apoyaban), tanto las generales como las especializadas. El país gozaba de un alto índice de prosperidad, incluso para los estándares europeos.

Al llegar al colegio de oficiales tuvo la primera decepción. El cuartel general de Z-B de Ámsterdam, sede del colegio, era un enorme edificio de piedra de cinco plantas y ochenta años de antigüedad, aunque el exterior, sembrado de altas y estrechas ventanas, estaba ornamentado al austero estilo del siglo XIX. La arquitectura del colegio, situado en el extremo opuesto de la amplia plaza adoquinada del Palacio Real, el cual semejaba una fortaleza, era más que apropiada.

Un pequeño grupo de manifestantes se había apiñado alrededor de una especie de quiosco que quedaba a unos veinte metros de la entrada principal. Estaban cociendo patatas en lo que parecía el horno más primitivo del planeta, un simple cilindro de hierro. Por la rejilla delantera se veía el carbón encendido y el cañón de la chimenea que salía de la parte trasera le daba al conjunto el aspecto de la caldera de un barco de vapor. El cartel que había en lo alto del quiosco anunciaba las patatas, que podían combinarse con distintos rellenos. Y por un módico precio, según pudo ver Lawrence. En una de las esquinas del cartel había un círculo verde esmeralda, en cuyo centro se veía una estilizada ave blanca con las alas extendidas.

Ninguno de los peatones que abarrotaban la plaza parecía interesado en comprar patatas de aquellas. Los manifestantes, jóvenes en su mayoría, entonaban un cántico no muy afinado con el que debían de estar espantando a los posibles clientes. Lawrence no conocía la canción, al

parecer un tema popular, que aquellas desacompasadas voces pretendían corear:

Devolvédnoslo.
Llevaos vuestro dinero.
Devolvédnoslo.
Llevaos vuestras naves.
¡Devolvédnoslo!

Algunos portaban ventanas holográficas sujetas con largos palos en las que mostraban eslóganes anti-Z-B. Un par de agentes de policía aburridos vigilaban a los manifestantes a quince metros de distancia.

Los alborotadores silbaban y abucheaban a todo el que subía o bajaba las amplias escaleras de piedra de la entrada del gigantesco edificio del cuartel general. Los empleados de Z-B que entraban y salían no les hacían el menor caso.

Cuando Lawrence empezó a subir las escaleras, los jóvenes empezaron a insultarlo. Él sonrió y les saludó con alegría, consciente de lo que aquel gesto molestaba siempre a aquel tipo de gente. Se fijó en una de las manifestantes, que le pareció mucho más guapa que sus hermanas de causa; sus facciones menudas y elegantes intensificaban su gesto de resolución. Llevaba una trenca azul marino de botones de madera pasada de moda, con la capucha bajada para poder lucir su espesa melena de pequeños rizos de azabache. Cuando se cruzaron la mirada, Lawrence ensanchó su sonrisa para mostrar lo receptivo que estaba a una buena hembra. Soltó una carcajada cuando vio el gesto de asco que le dedicó la hermosa manifestante.

«Fascistas de causas minoritarias, no tienen sentido del humor».

En el vasto y vacío vestíbulo había tres recepcionistas sentadas detrás de un mostrador curvo de teca. Una de ellas le indicó el camino al colegio de oficiales, situado en un edificio anexo detrás de las instalaciones principales.

—¿Qué hacen? —preguntó Lawrence señalando a los agitadores de la calle, que se veían al otro lado de las altas puertas de cristal.

—Retrógrados —explicó la recepcionista—. Quieren que nos vayamos y dejemos de influir en «sus» vidas con «nuestra» política. —¿Por qué?

La recepcionista puso cara de pena.

—No somos democráticos.

—Pero todo el mundo puede comprar acciones de Z-B.

—Explíqueselo a ellos.

El colegio de oficiales era un moderno cubo de cristal que se comunicaba con el edificio del cuartel general por medio de dos puentes, uno de los cuales estaba en la segunda planta y el otro en la quinta. Lawrence cruzó por el inferior, respirando hondo para calmarse. Si todo iba bien, pasaría allí los siguientes tres años aprendiendo todo lo referente a la ingeniería de ventilación y la astrogración. Sin embargo, en el informe que había descargado no se explicaba por qué habían elegido el país más plano del mundo como campo de entrenamiento para las naves. Alguno de los directivos de la compañía debía tener un sentido del humor muy irónico.

Se presentó ante el cabo del vestíbulo, al que saludó enérgicamente. El cabo le devolvió un saludo cansado y conectó a Lawrence con el SA de administración.

—Preséntese mañana a las siete y cuarto horas —le dijo el cabo—. Se le indicará lo que deberá hacer durante la semana de valoración. Esta es la llave de su alojamiento. —Le tendió una pequeña tarjeta—. Se hospedará en el Holiday Inn. La habitación individual incluye desayuno y cena, nada de servicio de habitaciones ni de cerveza gratis. El almuerzo lo tomará aquí, en el comedor. Su grupo es el épsilon tres. Sea puntual.

El cabo volvió a perder la mirada en las pantallas del escritorio.

—Gracias. Eh... ¿cuántos más hay en el grupo?

—Treinta.

—¿Y cuántas plazas se ofertan?

El cabo lo miró con desgana.

—Procesamos un grupo por semana. La admisión anual asciende a cien cadetes de oficial. Haga sus cuentas.

Lawrence volvió a salir por el edificio principal. De media se quedarían con dos de cada grupo. Una posibilidad entre quince. No, se dijo a sí mismo. No se puede dejar nada al azar. Tengo que conseguirlo.

Cuando llegó al Holiday Inn pudo ver que la mitad de la gente que había en el vestíbulo era de Z-B, muchos de los cuales estaba claro que tenían el mismo objetivo que él. Podía distinguirlos a distancia. Veintipocos, atléticos, expresiones graves, bien vestidos y nervios que no había forma de disimular. Supuso que ellos también lo habrían reconocido a él.

Aquella tarde bajó a la piscina del sótano y nadó un kilómetro. Como de costumbre, su condición física se había visto afectada por el viaje de regreso de Quation, además durante la última semana no se había dedicado precisamente a hacer ejercicio. Trepó al borde más o menos satisfecho con el tiempo que había hecho. El ejercicio físico le proporcionaba la confianza en sí mismo que necesitaría para el día siguiente; gracias a las continuas sesiones de entrenamiento que Z-B imponía a los reclutas, había podido mantenerse en forma durante los últimos cinco años.

Lawrence no soportaba la idea de tener que cenar en el restaurante del hotel. Estaría abarrotado del resto de candidatos, que se verían obligados a ser educados unos con otros. Decidió salir a dar un pequeño paseo por aquella milenaria ciudad mientras el sol se ponía. Habían sabido preservar muy bien el alma de Ámsterdam, con sus maravillosas casas antiguas que bordeaban los canales, cada una de las cuales contaba con un montacargas en el hastial. Aquellos anacrónicos mecanismos seguían funcionando y se utilizaban para elevar los muebles e introducirlos en las viviendas a través de las ventanas. Las casas flotantes estaban amarradas a las orillas de los canales de tranquilas aguas negras, entre una infinidad de arqueados puentes de piedra, y lo mismo eran pequeños trasbordadores que grandes barcazas de doble cubierta y tejados ajardinados. Los amarraderos se habían encarecido tanto que la ciudad llevaba casi dos siglos sin conceder licencias de casa flotante; el informe de Lawrence no mencionaba que algunas pertenecían a la misma familia desde hacía más de ocho generaciones.

En el bar de Rembrandtplein en el que por fin se metió servían una más que decente comida picante y una cerveza que, según los empleados, estaba elaborada a partir de una receta holandesa original. No era el lugar más elegante de la ciudad pero se respiraba un ambiente animado; en una ventana holográfica habían puesto un partido. Se sentó en una de las mesas del fondo y leyó el menú. Al principio no cayó en la cuenta de que los diez últimos platos eran narcóticos, tres de ellos bastante fuertes. Si le apetecía, podía pedir algunos de los más ligeros como aderezo.

El camarero le atendió y le sirvió una jarra de aquella supuesta cerveza original. Lawrence se apoyó en el respaldo y miró a su alrededor. En el encuentro de la gran ventana holográfica del otro extremo del local jugaba el Manchester United contra el Mónaco. Soltó una risita y dio otro trago de cerveza.

Vio que la chica rizosa del grupo de manifestantes estaba sentada en la barra y que lo miraba con frialdad. Al principio Lawrence pensó que no podía ser ella, pero luego sonrió y enarcó una ceja a modo de saludo. La chica apartó la mirada de inmediato.

Malo, dijo para sí. La acompañaban un par de amigas, no parecía haber amigos alrededor. Había colgado la trenca del respaldo del taburete. Llevaba un jersey fino escarlata de cuello de cisne, una larguísima bufanda enrollada al cuello con holgura y unos pantalones abombachados de color oliva sujetos por un ancho cinturón de abalorios de colores. A juzgar por aquella ropa y por su edad (Lawrence le echaba tres o cuatro años menos que él), debía de ser estudiante. Filosofía, concluyó, o sociología. Algo que no le sirviera para nada cuando entrara en el mundo real.

Le trajeron la comida. Pasta con salsa tres quesos y jamón ahumado. De segundo, croquetas de ajo. Pimienta para espolvorear. El hachís lo dejaría para otro momento.

Empezó a enrollar la pasta en el tenedor.

—¿Has matado a mucha gente hoy?

Levantó la vista del plato. La chica se había acercado a su mesa.

«Igual que Roselyn, aparece como un fantasma y se pone a hablarme».

Supuso que las intenciones de esta chica serían distintas.

—Ni hoy ni nunca —respondió Lawrence con educada tranquilidad. La agitadora tenía la nariz demasiado ancha como para ser la típica niña bonita, pero sus ojos parecían arder con temible resolución y analizar todo cuanto veían. La hacían muy atractiva, tanto sus ojos como la hostilidad que destilaba. Llevársela a la cama sería un gran desafío.

—Eres un cibersoldado —dijo la agitadora—. He visto que tienes válvulas sanguíneas en el cuello.

Lawrence no podía reconocer su acento.

—Y tú eres una princesita del paro. Te he visto alborotando en Dam Square mientras el resto del mundo se ganaba el pan trabajando.

La chica se puso colorada de rabia.

—Mi trabajo es hacerle un favor al universo: eliminaros de él.

—¿Ha habido suerte? —Lawrence había oído que los polos opuestos se atraían, pero en su caso era absurdo. Estaba convencido de que la agitadora terminaría tirándole su bebida a la cara. Aunque, ahora que lo pensaba, se la había dejado en la barra. Y no llevaría un arma. ¿O sí?

—La habrá.

—¿Y quién esperáis que controle nuestras fábricas y proyectos de revitalización una vez que nos hayáis expulsado del país? ¿Tú y tus amiguitos, quizá?

—Cerraremos vuestras fábricas. No queremos ese tipo de sociedad.

—Ah, la anarquía verde. Interesante ideología. Que tengáis suerte convenciendo a todo el mundo de que la siga.

—Estoy perdiendo el tiempo. No se os permite pensar, no sabéis más que recitar los dogmas de la compañía. Ahora me dirás que compre acciones si quiero cambiar las cosas.

Lawrence se lo pensó mejor antes de decir «Pues sí, es lo mejor».

—¿Tanto valoras tu carrera y tu participación que no cuestionas el mal que causáis a los demás?

La agitadora sonaba tan vehemente. Era de la peor clase de estudiantes con inclinaciones políticas que podía haber: «Podemos cambiar el mundo si nos sentamos a dialogar». A ver si te dejan dialogar con ellos los radicales que te reciben con cócteles molotov en las manifestaciones.

—Nunca he causado mal a nadie —dijo como si nada.

—Has participado en las campañas de saqueo de otros mundos. Si eso no es hacer mal, no sé qué puede serlo.

—Nadie sufre. Además esas campañas sirven para financiar la mayor hazaña que el ser humano haya emprendido jamás.

—¿Cuál?

—Colonizar nuevos mundos.

—Santo cielo, no sólo eres un cibersoldado, sino también un partidario del ecocidio.

—En realidad soy mucho peor que todo eso. He venido a Ámsterdam para matricularme en el colegio de oficiales de nave. Voy a descubrir un millar de planetas nuevos para ecocidarlos todos.

La chica agitó la cabeza con levedad, incapaz de dar crédito a sus oídos.

—¿Por qué? —preguntó, absolutamente atónita—. ¿Por qué iba a querer nadie hacer una cosa así? Es lo que jamás podré entender de la gente como vosotros. ¿Por qué pensáis que siempre podéis obtener lo que queréis de la forma más equivocada? Ya que tenéis esa inclinación, ¿por qué no intentáis hacer algo constructivo con ella?

—Explorar el universo es lo más constructivo que el hombre ha hecho nunca. Es la culminación de mil años de civilización.

—Los vuelos estelares representan el mayor desperdicio de recursos y dinero. Z-B practica el imperialismo interestelar con su programa de expansión. Por muchos beneficios que obtenga, no merece la pena. Este planeta necesita nuestra ayuda en muchos campos, pero no podemos proporcionársela porqué nos estáis desangrando.

—Z-B dedica tantos fondos a proyectos de financiación ecológica y revitalización urbana como a vuelos estelares.

—Pero son vuestros proyectos de revitalización. Reestructuráis a vuestro antojo y sembráis vuestra inerte cultura corporativa en las sociedades más debilitadas.

—Mira, me imagino de donde vienes. Quieres que se dedique más dinero a cosas que tú crees que son importantes. Es la historia de siempre, convencer a los gobiernos o a las empresas de que financien los proyectos más tontos y a toda la gente que puedas de que te vote. Bien. Sigue haciendo campaña y llamando la atención de la gente. Pero nunca, jamás, pienso votarte; porque siempre votaré porque se construyan más naves. Y la única manera de que eso sea factible es adquiriendo una participación de Z-B. Lo siento, no voy a dejarte que me conviertas, ya estoy haciendo eso en lo que creo.

—Estás equivocado y en el fondo lo sabes.

—Eres tú quien se equivoca. Me temo que tus argumentos no tienen mucha fuerza para mí, por la sencilla razón de que eres incapaz de mirar más allá de tus propios horizontes. Careces de capacidad de sorpresa, de arranque. Los árboles no te dejan ver el bosque. Adoleces del peor tipo de provincianismo.

—Veo que todo el mundo se está yendo a la mierda.

—Exacto. Pero solo este planeta. Sin los vuelos estelares, yo jamás hubiera nacido. No soy natural de la Tierra. —Sonrió al ver la expresión confusa de la chica—. Vengo de Amethi, un planeta que no conoce el ecocidio. Estamos regenerando toda una biosfera. Solo por eso creo que todo merece la pena.

—¿No has nacido en la Tierra? —preguntó la agitadora.

—No.

—¿Y aun así has venido aquí para unirte a Z-B y explorar las entrañas de la galaxia?

—Sí.

La chica soltó una risita de pura incredulidad.

—Estás mal de la cabeza.

—Supongo. —Lawrence le devolvió la sonrisa—. ¿Entonces me vas a desear suerte para mañana?

—No, jamás. —Un soplo de tristeza apagó su mirada cuando se dio media vuelta.

—Eh —exclamó Lawrence—. No me has dicho cómo te llamas.

Al principio pensó que la chica lo ignoraría. Sin embargo, la agitadora le miró por encima del hombro y se pasó la mano por su espumosa cabellera mientras decidía si contestar al asesino o no.

—Joona, —dijo por fin—, Joona Beaumont.

—Joona. Hermoso nombre. Me gusta. Yo me llamo Lawrence Newton. Te deseo una feliz existencia, Joona.

En el último instante, antes de volver a ocupar el taburete, Joona le dejó ver la tímida sonrisa que dibujó con sus labios.

El desayuno fue tan deprimente como Lawrence se esperaba. El restaurante del Holiday Inn estaba lleno de los demás candidatos, todos sanos y joviales. Se unió a ellos, no sin antes ponerse la máscara de formalidad tras la que había aprendido a esconderse de pequeño, cuando su padre invitaba a casa a otros miembros del Consejo y él se veía obligado a comportarse como un Newton hecho y derecho. Se sorprendió de lo sencillo que le resultaba engañar a la gente.

Los demás aspirantes provenían sobre todo de las familias de la alta cúpula, que tenían las mayores participaciones de Z-B, otros acababan de salir de la academia y otros habían pasado varios años en alguna de las distintas divisiones de vuelo espacial de la compañía. Lawrence, vestido con el uniforme de Seguridad Estratégica y curtido en vuelos estelares, no tardó en convertirse en el centro de atención. Le bombardearon a preguntas durante todo el desayuno. Cuando salieron todos juntos hacia el edificio del cuartel general todavía les seguía hablando de Floyd y los alienígenas con

que allí se encontraron. Lawrence miró por toda la plaza, pero no vio a ninguno de los agitadores. Tampoco esperaba que anduvieran por allí a esas horas de la mañana.

Para el grupo épsilon tres el día comenzó con la presentación, una charla de media hora que un capitán les dio acerca de lo que Z-B esperaba de sus oficiales de nave. Las típicas sandeces sobre la devoción por el deber, la camaradería, la profesionalidad, etc. Lawrence se formaba una opinión distinta de lo que era un oficial de Seguridad Estratégica cada vez que el pelotón pasaba por un nuevo curso de capacitación. Lo último que dijo el capitán fue: «Esperamos que se entreguen más que al máximo».

Durante el primer día pusieron a prueba sus reflejos. El entorno en-vivo del colegio era el más sofisticado que Lawrence había probado nunca. Les dieron trajes de sensibilidad total hechos de una sola pieza ajustable de tejido de fibras piezoeléctricas y luego los llevaron a una enorme sala insonorizada en la que había tres filas de asientos giratorios. Una vez que se hubieron abrochado los cinturones, el SA empezó con tareas de coordinación sencillas. Al principio parecía fácil con las alineaciones por rejilla tridimensional, que daban la sensación de estar dentro de una ventana holográfica en la que había que alinear una serie de iconos luminosos verdes y escarlatas. Al poco pasaron a conducir unos velocísimos vehículos por un laberinto, conducción que gradualmente se fue viendo afectada por la progresiva dureza del volante y una mayor o menor suavidad del motor. Los choques fueron siendo cada vez más violentos. Después del almuerzo pasaron a los simuladores de pilotaje de nave, en los que habían de sentarse en cabinas individuales. Fue entonces cuando el SA empezó a someterles a una mayor presión, ya que entre otras cosas simuló incendios en los motores, alerones averiados y veloces y continuos giros que a Lawrence casi le hacen vomitar. Averías en los circuitos en los momentos críticos. Fuego en la cabina, con humo real penetrando a través de los conductos de respiración del casco del traje y un calor que les abrasaba las manos y las piernas.

Cuando todo terminó, Lawrence tuvo que agarrarse al pilar de anclaje del asiento giratorio mientras sus piernas recuperaban fuerzas y dejaban de temblar. En los vestuarios, mientras se duchaban y cambiaban, se pudo apreciar que los ánimos se habían enfriado bastante.

Cuando salieron del cuartel general estaba lloviendo; era una débil llovizna removida por las irregulares ráfagas que recorrían las calles que

rodeaban la plaza. Joona Beaumont estaba allí en medio, con la capucha de la trenca puesta para protegerse de la lluvia, con los pies bien firmes sobre los adoquines. Solo la acompañaban otros tres agitadores. El quiosco de las patatas no estaba. Alzaron sus pantallas pero no tenían ganas de gritar nada.

Lawrence le hizo una señal con la cabeza pero Joona no le respondió. Ni siquiera estaba seguro de que lo hubiera visto.

Una hora después dejó de llover y fue de nuevo al bar de Rembrandtplein. Esta vez no se molestó en sentarse en una mesa, sino que se sentó en la barra y pidió un zumo de mango y manzana.

Joona llegó unos pocos minutos después. Nada más entrar vio a Lawrence, que le ofreció un taburete libre que tenía a su lado. Después de vacilar unos segundos, Joona se acercó a él y sacudió el agua de su trenca.

—Parece que estás congelada —dijo Lawrence—. ¿Puedo pedirte algo calentito?

—Té, por favor —le dijo Joona al camarero—. Échele un gramo.

—Sabes que es malo para ti —dijo Lawrence.

—¿Por qué, se te cruzan los cables? Imagino que no querrás perder el control, ¿verdad?

—Nada de eso. Es veneno, eso es todo.

—Todos los medicamentos lo son en mayor o menor grado. Por eso acaban con los microbios. Es lo más natural.

—Vale. ¿Qué tal el día?

—Hemos conseguido lo que queríamos.

—¿Os ha escuchado alguien?

—Lo que queríamos era estar allí.

—Entonces habéis cumplido de sobra.

Le trajeron el té. Sonrió al camarero con gratitud.

—¿No me vas a preguntar cómo me ha ido el día?

—No.

—De acuerdo. —Lawrence dejó un billete de diez dólares en la barra, se levantó y salió. ¿La habría impresionado?

Casi la pifia en la puerta, cuando se giró para ver cómo había reaccionado Joona. Pero la chica no se había inmutado. Tenía ambos codos apoyados en la barra y sostenía la taza de té pegada a la boca con ambas manos.

Lawrence se encogió de hombros y se perdió en la noche.

El segundo día lo pasaron resolviendo situaciones. El SA que controlaba el entorno en vivo lo llevó a una pequeña isla tropical de cuatrocientos metros de largo y apenas setenta de ancho. Unas pocas palmeras y una serie de arbustos altos y delgaduchos conformaban la columna vertebral de la isla desierta. Lideraba un grupo de cinco hombres que estaban buceando en los arrecifes. Uno de ellos se había herido de gravedad, por lo que no podía moverse y necesitaba asistencia médica de urgencia al haber sufrido aeroembolismo y daños indeterminados en los órganos internos. Había tres islas alrededor; en la primera había un complejo turístico, en la segunda un criadero de plancton abandonado y la tercera también estaba desierta, aunque había otro grupo de buceadores. La del complejo turístico era la isla más lejana y se sabía que en el criadero había un muy bien equipado botiquín que les podría proporcionar un diagnóstico cuasi-SA. Solo tenía una barca, con la que no conseguiría llegar al complejo turístico antes de que el herido ¡muriera. No había ningún sistema de comunicación.

Lawrence consultó el mapa y se fijó en la localización de las distintas islas. Dejó a dos hombres a cargo del herido y se subió en la barca para ir a la tercera isla, donde estaba el otro grupo. Les dijo que fueran al criadero de plancton y que llevaran el botiquín adonde el herido, después continuó solo hasta el complejo turístico. Arrojó al agua todo el aparejo que hacía de lastre para ir lo más rápido posible. En teoría, el botiquín con que el otro grupo atendería al herido le permitiría vivir lo suficiente para que a él le diera tiempo a llegar al complejo turístico y avisar a un helicóptero de salvamento.

El SA lo dio por válido, aunque los paramédicos del helicóptero le reprocharon que hubiera continuado solo en barca hasta el complejo turístico. El marinero experimentado que estaba a cargo del otro grupo de buceadores podría haber remado más rápido. Pero el herido sobrevivió.

La segunda misión tenía como escenario un profundo cañón rocoso en medio de la jungla. Su pequeño grupo avanzaba mucho más despacio de lo previsto a causa de lo traicionero que era el terreno; empezaban a quedarse sin comida. Las paredes del cañón eran demasiado escarpadas para poder escalarlas.

Lawrence preguntó a cada uno de los hombres en qué estaba especializado y averiguó que uno era experto en piraguas. El equipo

comenzó a talar árboles con los que construir una balsa improvisada. El piragüista fue enviado río abajo para contactar con el campamento base.

A los dos kilómetros, el piragüista se encontró con unos rápidos demasiado violentos para la balsa. Tuvo que esperar al resto del equipo, que bajaba a pie, para que le ayudara a reconstruir la balsa de manera que se pudiera desmontar para bordear los rápidos caminando por la orilla. La idea era buena, pero no habían tenido en cuenta los inconvenientes.

Después vino la tundra ártica. Lawrence se encontraba solo en el centro de un anillo de pertrechos. Para alcanzar la comida, que estaba perdida entre unas dunas de hielo, debía utilizar el equipo de escalada, el cual era demasiado voluminoso y pesado para meterlo en la mochila, de modo que necesitaba el trineo, que estaba al otro lado de un barranco sin fondo. Para trasladar el puente plegable con el que cruzar el barranco necesitaba el trineo.

No sabía cómo resolver la situación. Pero tuvo una idea; cogió la cuerda del equipo de escalada e intentó columpiarse para saltar el barranco. El piolet se soltó y Lawrence terminó cayendo en las insondables fauces del precipicio.

Lo siguiente fue el clásico laberinto de puertas. El SA trasladó a Lawrence a una habitación en la que había cinco puertas, cada una de las cuales daba a otra habitación con otras cinco puertas. Los peligros eran en su mayoría previsibles: suelo que se abrían, pinchos que de repente salían de las paredes, llamaradas, un péndulo, leones, paredes que se apretaban unas contra otras, cables decapitadores, sectores electrificados, piedras que llovían de los huecos del techo, dardos que se disparaban al pisar una cuerda, musgo que soltaba savia ácida, tropeles de ratas, etc.; pero también había otras trampas, como gas venenoso y ultrasonidos, que no sospechó que pudiera haber hasta estar en medio de la habitación. Todas las puertas daban pistas sobre lo que había en la habitación a la que daban paso; dichas pistas podían ser números, símbolos, estrellas o incluso poemas.

Le dieron cinco oportunidades. Lo más lejos que llegó del punto de partida fue ocho habitaciones.

Luego tuvo que apañárselas con una nave que acababa de sufrir el impacto de un meteorito. Los sistemas de emergencia estaban fallando, había fugas de aire, la energía se agotaba rápidamente, la red se había caído, no tenía traje espacial y le faltaban herramientas. Tenía que

conseguir llegar hasta la cápsula salvavidas, para lo cual debía recorrer la mitad de la rueda de ventilación.

Por último, el SA embutió a Lawrence en un traje espacial cuyas reservas de oxígeno y energía casi se habían agotado y lo dejó en medio de un pequeño asteroide, al otro lado del cual estaba su nave. Había varios tipos de sensores de reconocimiento desperdigados por la superficie. Podía desguazarlos para obtener componentes y combustible a medida que se arrastraba de camino hacia el vehículo. La microgravedad del asteroide era lo bastante fuerte para que Lawrence no se pudiera elevar y entrar en órbita con solo mover los brazos, aunque era lo bastante débil para hacerle sufrir todos los problemas de maniobrabilidad derivados de la caída libre. Justo cuando empezaba a distinguir a lo lejos la pequeña nave plateada, se quedó sin oxígeno.

El ambiente que se respiró aquella noche en los vestuarios fue de mayor desolación aún que el de la anterior. Todos los candidatos parecían aturdidos, como si acabaran de regresar por los pelos de una cruenta batalla. A cada minuto había alguien que decía: «¿Y qué era lo que había que hacer al llegar a la fase de...».

Lawrence no vio ni un solo manifestante en la plaza. Hacía una noche mucho más agradable que la anterior; las nubes estaban altas y soplaba una brisa seca del interior. Seguía haciendo frío. Le apetecía mucho una patata caliente.

Joona ya estaba en el bar cuando llegó él, sentada en el taburete de siempre y rodeada de taburetes vacíos. Lawrence, que aún no sabía muy bien qué tipo de relación mantenían, dejó un taburete libre entre los dos y pidió otra vez un zumo de mango y manzana.

—Quizá te convendría tomar algo más fuerte —dijo Joona—. No parece que hayas tenido muy buen día.

—El alcohol no me sirve de nada, mañana será todavía más duro. Debo mantener la cabeza despejada.

—¿Merece la pena?

Lawrence dio un trago de zumo.

—Oh, ya lo creo.

—A mí no me lo parece. Mírate. ¿Qué te han hecho hoy allí?

—Te lo diré de este modo: si alguna vez tu nave se estrella en un desierto helado poblado de zombis carnívoros, entonces quédate conmigo,

te sacaré de allí sana y salva. Será pan comido comparado con lo que he vivido hoy.

Joona inclinó la cabeza hacia un lado y miró a Lawrence con interés.

—¿Y eso cómo los ayuda a seleccionar a sus oficiales?

—Pone a prueba nuestra capacidad de respuesta bajo presión. Hoy nos han puesto en todo tipo de situaciones difíciles. —Dio vueltas al vaso con ambas palmas, con la mirada perdida en él—. No lo he hecho muy bien. Perdí la cuenta de las veces que me mataron. Por otro lado, a los demás tampoco les fue muy bien, a juzgar por lo que decían.

—¿Qué tal se te da?

—¿A qué te refieres?

Joona arrastró las manos por la barra para alejar la taza y se giró con gracia felina hacia Lawrence.

—Quiero decir, eres... eres un soldado que ya ha estado en el campo de batalla. Has pasado por situaciones muy jodidas en esos mundos que saqueáis, ¿no?

—Sí. Pero sabemos cómo enfrentarnos a una muchedumbre hostil y cómo comportarnos si nos tienden una emboscada. Sé lo que tengo que hacer.

—Bien, pero en definitiva a lo que te enseñan es a mantener la cabeza fría cuando el volcán entra en erupción. Hoy lo único que han hecho es añadir un poco más de lava. ¿Esas situaciones eran imposibles de verdad o simplemente has suspendido el examen?

—No te andas con miramientos, ¿eh? Supongo que en algunas podría haber obtenido un mejor resultado de haber poseído mayores conocimientos sobre ingeniería y demás.

—¿No se te ha ocurrido que quizá estas pruebas tengan un doble propósito? A mí me parece que están determinando tanto vuestra personalidad como vuestra capacidad de respuesta.

Lawrence se arrellanó en el asiento del taburete.

—Puede. Entonces estoy bien jodido.

—¿Por qué? —dijo Joona con una sonrisa adormilada.

Lawrence se dio cuenta de lo colocada que estaba.

—Porque no tengo personalidad. Acabas de decirlo.

—Yo no he dicho que no tengas personalidad. He dicho que tienes la personalidad equivocada, lo que te vendrá muy bien considerando la

finalidad de los experimentos de hoy. Eres la persona que buscan.

—Esperemos. ¿Crees que podrás llegar a casa?

Joona se puso derecha.

—Eh, no necesito tu ayuda. Tengo una tarjeta de biciudad. Solo tengo que coger una bici del aparcamiento y, ziuuuu, ya estoy en casita. —Llamó al camarero y señaló su taza con el dedo—. Otra.

Lawrence se acabó el zumo y se levantó.

—Cuídate. —Se acercó al extremo de la barra, donde el camarero estaba preparando el té de Joona—. Hágame un favor —le dijo en voz baja al camarero—. Cuando la chica vaya a irse, pídale un taxi. Con esto debería llegar. —Dejó un billete de veinte dólares sobre la barra.

El camarero asintió con la cabeza y se guardó el dinero en el bolsillo.

—Eso está hecho.

El tercer día había que trabajar en equipo. El SA dividió a los aspirantes en grupos de cinco y los transportó a un entorno en vivo compartido. Debían pasar por ocho pruebas. En cada una de las cinco primeras habría un líder diferente, mientras que las tres últimas se basarían en la coordinación grupal.

La primera prueba del grupo de Lawrence consistía en cruzar un río que atravesaba una peligrosa jungla infestada de insectos que les picaban en las extremidades desnudas y donde apestaba al azufre eructado por las pantanosas orillas. Los cocodrilos que se ocultaban en las aguas los vigilaban y de cuando en cuando les tiraban alguna dentellada. En la orilla había cuerdas, bidones de aceite y tablas. Aunque utilizaran todas las tablas para construir un puente, este no sería lo bastante largo para alcanzar la otra orilla.

El líder que el grupo había elegido empezó a dar órdenes. Quería construir una pasarela que llegara hasta la mitad del río; una vez allí, la desmontarían y la volverían a montar para alcanzar la orilla opuesta. Lawrence colaboró, pero sabiendo que estaban perdiendo el tiempo. Era demasiado complicado, lo mejor hubiera sido construir una balsa.

Consideró la idea de no trabajar tan aprisa como podría o de no atar las cuerdas con la debida fuerza. No era por sabotear el plan, sino más bien que sabía que de todos modos fracasaría, así que para qué esforzarse. Después de todo solo había dos plazas. Pero supuso que el SA sabría quién no se entregaba al máximo.

Como era previsible, cuando terminaron la primera pasarela y empezaron a desmontarla en medio del río para construir la segunda sección, dos miembros cayeron al agua junto con varios tablones. Los cocodrilos se abalanzaron sobre ellos con las mandíbulas bien abiertas.

Cuando le tocó dirigir a Lawrence, la misión consistía en levantar el último menhir de un monumento prehistórico. Hizo un inventario rápido del equipamiento que se les habían facilitado, que consistía en una serie de palos, palas y cuerdas, y empezó a distribuir tareas. Midieron la longitud de la piedra que debían levantar y la altura de las que ya estaban colocadas. Así averiguarían la profundidad del hoyo que debían cavar para inmovilizar la roca. Una vez hecho todo esto, empezaron a plantar el menhir, para lo cual improvisaron palancas y rudimentarias poleas. Esta parte era la que requería una mayor coordinación entre todos los componentes del equipo; por fortuna, todos cumplieron con su cometido a la perfección, gracias a que siguieron las órdenes que Lawrence iba voceando, y el imponente menhir quedó en pie. Lawrence se llevó un susto cuando lo vio tambalearse un poco, pero al final se quedó inmóvil.

Fueron las tres últimas pruebas las que lo sacaron de quicio y desanimaron. Los miembros del equipo no hacían más que discutir porque cada uno quería que fuera su plan el que se llevara a cabo. Lawrence sospechaba que el SA había estructurado las tareas de manera que cada una tuviera varias soluciones. Todos empezaron a cuestionar lo que hacían los demás, sobre todo cuando la propuesta de cada uno era desestimada por el resto del grupo. Cuando Lawrence estimó que ya tenía la solución más eficiente para la penúltima tarea, tuvo que gritar para que sus compañeros le escucharan, cosa que hicieron a regañadientes. Estaban compitiendo, no cooperando. Las simulaciones se estaban desviando de la manera en que la gente se comportaba en la vida real. Lawrence recordó a sus compañeros de pelotón y supo que a aquel grupo le faltaba complicidad.

Aquella tarde apenas se hablaron cuando se marcharon. Lawrence se enteró de que en otros grupos la gente incluso había llegado a las manos durante las tres últimas pruebas. Por lo menos en su grupo se habían comportado como personas civilizadas, lo que debería jugar a su favor.

Joona estaba en la plaza. Habían vuelto a colocar el quiosco de las patatas y de nuevo se veía un montón de alborotadores. En cuanto vio a Lawrence, salió a su paso. Lawrence intentó sonreír pese a la mirada

perpleja de los aspirantes que le acompañaban, aunque sabía muy bien lo que estaban pensando.

—Esto es tuyo —le dijo Joona con brusquedad al tiempo que le ponía un billete de veinte dólares en la mano—. No necesito tu caridad.

—No fue por caridad. Estaba preocupado por ti, nada más.

—¿Te pedí yo que te preocuparas?

—Ni aunque quisieras, si ni siquiera sabías en qué planeta estabas.

Joona se dio media vuelta y regresó con sus amigos.

—Llevo sobreviviendo en esta ciudad desde mucho antes de que tú llegaras, chico de las estrellas.

—Perdona por preocuparme —le gritó Lawrence.

Aquella noche Lawrence cenó en el Holiday Inn.

El cuarto día era jornada de entrevistas y evaluaciones. Dos oficiales del colegio hablaron con Lawrence sobre su procedencia, motivación, gustos y fobias. Sabía que debía resultar cortés, dárselas un poco de experimentado, ser honesto, parecer relajado, mostrar cierto sentido del humor y hacerse el interesante. No le fue fácil mantener la fachada de candidato perfecto durante noventa minutos mientras les contaba la historia de su vida intentando convencerles de que bajo ningún concepto deberían dejarlo escapar del colegio.

La segunda entrevista fue con una asistente del vicedirector, una risueña anciana fiel a la moda de hacía un siglo, quizá para darse aires de rigurosa institutriz. Se sentaron cada uno a un lado del escritorio de acero azulado de su oficina, un salón de tres alturas con excelentes vistas al canal.

Por la ventana del escritorio estaban pasando unos datos que Lawrence no podía leer desde su posición.

—Lo hizo muy bien en las simulaciones —dijo la anciana—. Buenos reflejos. Buen instinto espacial, sea lo que sea eso. Gran capacidad de análisis lógico. Bien integrado en la dinámica de mando de grupo. Ágil pensador. ¿Desea comentar algo al respecto, señor Newton?

—En las simulaciones de ayer pudimos hacerlo mejor. Hubo demasiada competición.

—Cierto. Ese era el fin. Considérelo una medida de lo desinteresado que se puede ser.

—¿Lo fui?

—Sin duda demostró saber cuál era la situación. Fue una reacción madura. Tiene potencial para ser oficial.

—Excelente. —Lawrence no pudo ocultar una sonrisa ansiosa.

—Lo cual es un problema. Ya ve, esta semana buscamos algo más que excelencia. También debemos considerar su participación. Y, para serle sincera, hay otros candidatos con aptitudes iguales a la suya cuyas participaciones en Z-B son mucho mayores que la suya.

Lawrence tuvo que esforzarse para mantener la cara de niño bien educado.

—Sospecho que todos han heredado sus acciones. Para alguien de mi rango en Seguridad Estratégica no es posible reunir una participación mayor que la que yo poseo. Muchos de los miembros del pelotón de la Flota optan por un porcentaje mucho más bajo. Esto debería servirle para conocer mi nivel de entrega a Z-B.

—Así es, Lawrence, es impresionante, tanto como el informe de su comandante. Pero las cifras hablan por sí solas, de modo que debemos ceñirnos a nuestro método de selección. Lo comprende, ¿verdad?

Lawrence asintió secamente con la cabeza. Se dio cuenta de que la anciana lo estaba poniendo por los suelos, de que lo estaba expulsando. Había fracasado. ¡Fracasado! Apretó con fuerza los reposabrazos de la silla.

—Bien —dijo la anciana—. Le sugeriría que volviera a echar una solicitud dentro de un par de años. Con la puntuación que ha acumulado durante estos tres últimos días, estaremos encantados de recibirle para realizar una nueva valoración. Para entonces su participación debería haber ascendido a un porcentaje adecuado.

—Gracias. —A esto era a lo que todo se reducía al final. Gracias. El sueño de su vida hecho añicos. Gracias. Cinco años entregados a la compañía, jugándose el pellejo. Gracias. Había abandonado su planeta, su vida, su familia y su chica. Gracias. Gracias. Gracias por nada.

Hacía sol y frío cuando bajaba por las escaleras de piedra en dirección a la plaza; no se veía ni una nube en el cielo cristalino. La cegadora luz le hizo apretar los ojos, quizá por eso los tenía húmedos. Por lo general estaba oscuro cuando salía del edificio del cuartel general. La gente se cruzaba en su camino. Se abrió paso a empujones, ignorando sus protestas. Los

tranvías también podían esperar. Los putos ciclistas, siempre había alguno en medio.

Menos mal que el bar estaba casi vacío. Aunque solo eran las tres de la tarde. Cuando al anochecer empezó a llenarse, Lawrence pensó en regresar al hotel, donde podría pasarse la noche llamando al servicio de habitaciones. Se desabrochó el abrigo y se sentó en un taburete.

—Margarita, una copa y una jarra. —Estampó un par de billetes de veinte dólares en la barra—. Hasta arriba, con sal.

—Sí, señor. —El camarero no pensaba discutir, todavía.

Lawrence hundió la cabeza entre las manos y suspiró con tristeza, aunque se sorprendió por no tener ganas de ponerse a gritar de rabia. «Mierda, mierda, mierda, puta mierda».

Alguien arrastró el taburete de al lado y se sentó en él. Como si no hubiera más asientos en todo el local. Colérico, se dio la vuelta para decirle a quienquiera que fuera que...

—Oh.

—Pensé que debía ver si estabas bien —le dijo Joona un poco avergonzada—. Casi te pasan por encima dos tranvías.

Lawrence volvió a mirar al frente.

—Disfruta de tu momento de gloria.

—No suelo alegrarme cuando los demás sufren.

—Entonces déjate de rollos *hippies* por un día. Me pone enfermo.

—No te han aceptado.

—No. ¿Vale? No me han aceptado. Hijos de puta.

—¿Te han dicho por qué?

—No soy lo bastante rico. Al final todo se reduce a eso. Mi participación en la compañía no basta. Por los huevos de Cristo, si invierto el treinta por ciento en acciones. Un tercio de todo lo que gano vuelve derecho a la compañía. ¿Qué más quieren de mí?

—No lo sé. ¿Qué esperabas tú de ellos?

—Una oportunidad. No, tampoco. Debería haberlo sabido. Precisamente yo sé cómo funcionan las compañías, lo que les importa de verdad.

El camarero le puso delante la jarra de margarita y una sombrillita en la copa. Era la copa de margarita perfecta, con su capa de sal alrededor del borde.

—¿Y qué les importa? —preguntó Joona.

—La política interna. ¿Te tomas una o tienes que volver a seguir gritando a los demás ciborgs corporativos?

—No tenemos que fichar ni que cumplir ningún horario.

Lawrence hizo una señal con la cabeza al camarero.

—Otra copa, por favor.

Al despertarse se hizo la misma pregunta de cada mañana: «¿Dónde estoy?». Abrió los ojos y se vio en medio de una habitación enorme, en la que había un escritorio y un par de sillas desgastadas de aspecto confortable. El suelo estaba hecho de tablas, las cuales solo estaban cubiertas por las dos alfombrillas sobre las que él estaba durmiendo. Frente a él vio una amplia ventana arqueada, cuyas tupidas y raídas cortinas estaban corridas. Una luz tenue se colaba por los bordes y proyectaba sobre las paredes un monótono resplandor amarillo sódico. Sobre la pequeña chimenea colgaban varias fotografías, además de carteles de distintas exhibiciones y recitales de poesía celebrados hacía décadas. Sin duda, la habitación de un estudiante. Unas franjas de luz más intensas silueteaban la puerta. Cuando levantó la cabeza pudo ver que al otro lado de la habitación había una cama. Joona estaba sentada encima, con la espalda apoyada en la cabecera de latón deslustrado. Se había echado el edredón por la espalda. Entre los dedos sostenía un porro, cuya punta brillaba débilmente en la penumbra.

—Oh, joder —murmuró. Por lo menos todavía llevaba puesto el uniforme—. ¿Cómo he...?

—Yo te traje —le explicó Joona. Su voz sonaba divertida—. Me tocaba rescatarte del bar.

—Gracias. —Se sentó con cautela—. ¿Te debo veinte dólares?

—No, un amigo me ayudó a subirte al tranvía. Hay una parada cerca del final de esta calle.

—Ah, vale. —Apenas recordaba nada de lo acontecido después de la tercera jarra de margarita. Solo sabía que no había dejado de despotricar contra Z-B ni de hablar sobre cuánto le hubiera encantado ser la primera

persona en pisar un planeta virgen. Se pasó la lengua despellejada por todo el interior de la boca reseca.

Sabía a rayos, pero por lo demás no se encontraba muy mal, solamente un poco dolorido por haber dormido en el suelo—. ¿Cómo es que no tengo resaca?

—Te hice tomar una aspirina y vitamina C, aparte de un par de litros de agua.

—Estupendo. Gracias otra vez. —Al oír lo del agua le entraron unas inaguantables ganas de mear. Malo. Joona le indicó cómo llegar al servicio, saliendo y al fondo del pasillo.

—Intenta no hacer mucho ruido —le dijo al ver que salía corriendo—. Están todos dormidos.

El reloj le informó de que eran las dos y cuarto.

Cuando volvió a la habitación Joona seguía apoyada en la cabecera, apurando el último medio centímetro de porro.

—¿Una calada?

—No, gracias. Recuerda que nosotros los ciborgs no le damos a esas cosas.

—Claro, claro.

—Escucha, gracias de nuevo por preocuparte por mí. Er... creo que será mejor que me vaya.

—¿De veras? —Dio una fuerte calada—. ¿Qué tienes que hacer?

—Supongo que nada. Todavía me quedan tres semanas de permiso. Es que no quiero abusar de tu hospitalidad.

—Si pensara que ibas a abusar de mí, no te hubiera traído.

Un escalofrío paralizó a Lawrence. Se acercó a la cama y se arrodilló. Joona no dijo nada, se limitó a mirarlo con los ojos abiertos de par en par. Lawrence le cogió la colilla del peta y lo caló como había visto hacer en los medios en vivo. El humo le supo tan amargo que no pudo evitar toser.

Joona soltó una carcajada.

—Yo gano.

—¿A qué?

—Te he convencido.

—Sí. —Lawrence sonrió y dio otra calada antes de pasárselo otra vez a Joona—. Sí, me has convencido. Pero reconoce que en cualquier caso

jamás lo hubieras dejado todo para entrar en el colegio de oficiales conmigo, ¿a que no?

Joona meneó la cabeza como si la estuvieran riñendo y dijo haciendo un mohín:

—No.

—¿Puedo quedarme aquí lo que queda de noche?

Joona asintió con la cabeza.

—¿Contigo? —preguntó con voz suave.

Joona abrió el edredón, que hasta entonces ocultaba su desnudez.

Cuando Lawrence se volvió a despertar por la mañana, la confusión inicial quedó enterrada por una terrible sensación de vergüenza. El típico caso de «¿y ahora qué?».

Estaba echado justo al filo de la cama, tapado con el edredón y con la espalda apoyada contra la pared. El colchón no era muy amplio. Joona estaba acurrucada a su lado y parecía mucho más frágil que hacía unas horas. Estaba tan delgada que parecía que se le iban a salir las clavículas y las vértebras y era bastante más baja de lo que le había parecido. Debía de llevar zapatos de tacón. Qué curioso que nunca se hubiera fijado.

Cuando Lawrence tiró del edredón para taparle los hombros a Joona, esta se revolvió y se despertó. Sus ojos, de color azul claro, contrastaban con su tez, que tiraba a morena.

—Hola —dijo Joona.

—Buenos días.

—Buenos días.

Joona se apretó contra él y cerró los ojos.

Otra vez: «¿y ahora qué?».

—Er... ¿a qué hora tienes que levantarte?

Joona no se molestó en abrir los ojos.

—Siempre tienes prisa por ir a ninguna parte, ¿verdad? —Así soy yo.

—Hoy no tenía pensado ir a la facultad. Se me está haciendo muy pesado. No tenía planeado hacer nada en concreto.

—¿Vas a la universidad?

Joona suspiró y se sentó.

—Sí, a la Prodi. Es como una ratonera. Ni siquiera tienen fondos para evitar que el edificio deje de caerse y además todos los profesores son unos mediocres a los que las universidades decentes no llamarían ni para limpiar los retretes. —Saltó de la cama con una agilidad sorprendente, trotó hasta la ventana y descorrió las cortinas de un enérgico tirón.

Lawrence no dijo nada al respecto de la desnudez de la joven, no quería parecer su madre. Pero la ventana estaba empañada, tanto que apenas se reconocían las formas de los edificios del otro lado. Joona tiritó y se frotó los brazos. El aire de la habitación era tan frío que su aliento se convirtió en leve vapor.

—¿Te vas a ir? —preguntó.

—Al igual que tú, no tengo planes.

—En realidad había pensado en ir a Escocia.

Lawrence no pensó que lo estuviera invitando. Estaba claro que él no era su tipo, no podía serlo, con toda su hiperactividad y devoción por su estúpida causa. Lawrence no podía imaginársela paseando por el Club de Cairns y pasándoselo bien durante las puestas de sol. De hecho, ni siquiera la consideraba del tipo de personas a las que les gusta reírse con efusividad. Como mucho, la había visto sonreír con sorna de vez en cuando. Sin embargo, no cabía duda de que tenía las ideas muy claras. Igual que Roselyn. Pero al contrario que esta, no estaba satisfecha con su vida. Su corazón albergaba demasiada rabia. Una rabia estúpida; aunque él nunca se lo diría a la cara. Era demasiado cerrada como para aceptar opiniones contrarias. Pensó que eso la convertiría en una mujer solitaria.

Toda la habitación estaba imbuida de su esencia. No era solo el aire lo que estaba frío. Lawrence pensó que la gente tendía a mantenerse alejado de ella.

¿Y por qué yo no?

Dos personas solas. Quizá era eso lo que los empujaba a encontrarse en el bar. Al fin y al cabo no eran unos polos tan opuestos.

—Nunca he estado en Escocia —dijo Lawrence.

Joona estaba acuclillada frente al acumulador de calor que había sobre la antigua chimenea para subir la potencia. La plancha negra empezó a desprender un resplandor anaranjado, como si hubiera ascuas encendidas. Miró a Lawrence fugaz y nerviosamente.

—¿Quieres venir conmigo? —le preguntó con una voz cargada de sorpresa y esperanza.

—Claro. Si de verdad quieres que te acompañe.

—No me importa. Estaría bien.

Por un momento, Lawrence pensó que Joona regresaría corriendo a la cama. En vez de eso, la estudiante agarró una holgada camisa de dormir de cuadros rojos y verdes que colgaba del respaldo de una silla y se embutió en ella.

—Voy a calentar café en el microondas —dijo—. Luego tengo que hacer yoga, me ayuda a centrarme. Después ya nos podremos ir.

—Muy bien —dijo Lawrence como si comprendiera las costumbres de la chica—. Recogeré mis cosas del hotel de camino a la estación.

—¿Puedes reservar los billetes de tren? Odio meterme en el banco de datos. Luego te doy el dinero.

—Descuida. —Empezó a vestirse, sin saber muy bien dónde se estaba metiendo.

Lawrence y Joona cogieron un expreso que iba de Ámsterdam a Edimburgo describiendo una gran U; bajaron a París, siguieron hasta Londres y luego continuaron subiendo hasta el final de la línea de vía única, en Waverley. La terminal se había construido debajo de la estación original, que permanecía intacta. Arrastraron las maletas hasta las escaleras mecánicas que daban a la antigua red de andenes, protegida por las bóvedas de cristal y los tejados de hierro, hasta que por fin dieron con el tren de cercanías que los llevaría hasta Glasgow. La ciudad seguía atravesada por las antiguas pistas de inducción que pasaban bajo el milenario castillo, que seguía encaramado a la cima de su escarpada montaña. Lawrence vio cómo rápidamente la fortaleza iba quedando atrás y se quedó fascinado por los gigantescos bloques de piedra; no comprendía cómo demonios los constructores los habían subido hasta allí sin la ayuda de robots.

Una vez que el tren salió del extrarradio, aceleró poco a poco hasta alcanzar los doscientos kilómetros por hora. Era la velocidad máxima que podía alcanzar, dado que por aquella región de Escocia la vía seguía la misma línea que cuando la construyeron siglos atrás, durante las primeras

décadas de los motores de vapor. Bordeaba las accidentadas Tierras Altas y describía unas curvas demasiado cerradas como para poder alcanzar la velocidad punta. Pese a que ya no había más granjas, el parlamento del distrito nunca llegó a reunir suficientes fondos para tender la línea a través de las cañadas vírgenes y los bosques repoblados. El coste de excavar nuevos túneles en el sólido suelo escocés y construir viaductos que atravesaran los vastos valles era excesivo, dado el volumen de tráfico. Por lo tanto, quien deseara recorrer las Tierras Altas debería realizar casi el mismo viaje que los Victorianos que trazaron la ruta. Incluso se veía una antigua vía de carriles de hierro tendida junto a la pista de inducción por la que los entusiastas hacían circular un par de destartaladas máquinas de vapor que tiraban de una serie de vagones de primera clase de principios del siglo XX. Toda una atracción turística durante el verano.

Llegaron a la estación de Edimburgo muy pronto por la mañana, de modo que Lawrence pudo ver el campo a plena luz del día. Queensland, así como algunas regiones de Europa que ya había visto, era igual de escabrosa, sin embargo, en ninguno de los planetas que había visitado había visto tantas zonas verdes. La primavera, que ya había llegado al hemisferio norte, había traído hojas nuevas a los árboles. Las fuertes lluvias habían enriquecido el suelo y otorgado a la hierba un renovado vigor con el que afrontar la nueva estación. Lawrence ocupó el asiento de la ventana, en el que se dejó hundir colmado de alegría.

Aquella fue la parte del viaje de la que más disfrutó. Holanda, con sus antiguos canales que drenaban la tierra, le impresionó. Los molinos de viento montaban guardia junto a los rectilíneos arroyos, aunque en la actualidad sus aspas apenas giraban debido a los extensos bosques que habían crecido a lo largo de los dos últimos siglos sobre las otrora tierras de cultivo. Existía una amplia variedad de árboles pero los canales que pasaban entre ellos conformaban una rejilla tan bien distribuida que parecían simples campos. En cierto modo lo eran, no porque estuvieran cultivados sino porque los equipos de mantenimiento del territorio los cuidaban mucho. Ni siquiera ahora se podía dejar que los sistemas de drenaje se estropearan, pero las raíces eran una amenaza muy peligrosa. A Lawrence le pareció un medioambiente artificial similar al de Amethi. Pensó que en cierto modo Holanda era el primer ejemplo de terraformación a gran escala; la ingeniería y el ingenio del hombre colaborando para convertir un entorno alienígena en un país habitable.

Al poco se cansó de mirar las marismas, más que nada porque a la velocidad que viajaban apenas conseguía distinguir los detalles.

—¿Por qué Escocia? —preguntó.

Joona había puesto los pies sobre la mesa, sin importarle las miradas de desaprobación de los demás pasajeros del vagón.

—Mi abuela es escocesa. Nos quedaremos con ella.

—¿Dónde es exactamente?

—Fort William.

Lawrence se puso las gafas de interfaz y entró en el banco de datos para ver dónde estaba.

—Pasas mucho tiempo consultando información, ¿no? —dijo Joona.

—No tuve la mejor educación. Muchas cosas debía consultarlas yo mismo.

—Yo solo entro lo justo. Prefiero los libros.

—No soy muy devoto de la información en soporte físico. A mi padre también le gustaban los libros. Supongo que por eso apenas los utilizo. —Sonrió al ver la cara que puso Joona—. ¿Qué estudias en la Prodi?

—Gestión ecológica.

—Qué bien. —No era lo que se esperaba—. ¿Eso quiere decir que acabarás trabajando para alguna empresa?

—Hay empresas y empresas. Luego están las llamadas agencias de gobierno. En la práctica solo son otra rama de las divisiones corporativas de recuperación y potenciación. Pero no pienso trabajar en nada de eso. Todavía quedan terratenientes privados que trabajan la tierra según el método tradicional. Cultivan, talan o montan granjas. Eso es lo que no quiero que se pierda.

—¿Cultivar? —dijo con escepticismo—. ¿No es eso lo que más daña la tierra?

—Los cultivos industriales sí. Antes se alfombraba el suelo con pesticidas y nitratos para obtener un mayor beneficio sin tener en cuenta las consecuencias. La maquinaria agrícola se llegó a hacer tan grande y pesada que acabó compactando el subsuelo. Al final, en los países desarrollados, la superficie de la tierra no era más que una simple capa en la que se mezclaba agua con diversos productos químicos para que las raíces de los cultivos pudieran absorber el compuesto. Más tarde las compañías

desarrollaron la tecnología de células proteínicas y acabaron para siempre con los cultivos.

—E impidieron que siguiéramos criando y matando animales para comérnoslos. Quiero decir, como te puedes imaginar, todo aquello era una barbaridad. Comer cosas vivas, qué asco.

—Es lo más natural. La gente ya no piensa así en la actualidad. Y no me refiero a que las células proteínicas sean algo malo. Después de todo, gracias a ellas se ha erradicado el hambre del planeta. Con todo, como de costumbre, la cosa se llevó al extremo y se eliminó el resto de alternativas válidas. Lo único que reclamo es que se mantenga viva la independencia.

—¿Que se abran más museos?

—¡No! Hablo de refugios para la gente que rechace vuestra filosofía corporativa totalizadora. Hay más de los que a los gobiernos y a las empresas les gustaría. Son muchos los que piensan como nosotros.

—Ah, claro, comunas de retrógrados. ¿También rechazáis la tecnología medicinal resultante de nuestras despreciables empresas?

Joona miró a Lawrence con exasperación.

—Es tan típico, te ríes de lo que no conoces. Nunca he dicho que rechace la tecnología. Lo que me niego a aceptar es la sociedad global actual. La tecnología no tiene por qué provenir únicamente de los laboratorios de las compañías ni estar pensada nada más que para obtener beneficios y una mayor implantación de la empresa que la haya creado. También la pueden desarrollar las universidades, que la pondrían a disposición de todo el mundo. Incluso las pequeñas comunidades independientes podrían apoyar programas de investigación. Si todos dispusiéramos de acceso gratuito a la información, podríamos desarrollar una cultura de especialización distribuida.

—La vieja idea de la aldea global. Está muy bien, pero seguirías necesitando fábricas y núcleos urbanos. Deberías saberlo, la cultura siempre florece en el corazón de la sociedad.

—El banco de datos es el corazón de nuestra sociedad. Sigues hablando en términos físicos cuando te refieres a la cohesión. Aunque vivieras en una cabaña perdida en un bosque remoto, tendrías todas tus necesidades cubiertas y seguirías al tanto de la actualidad del resto del planeta.

—¿Pero por qué vivir así si se puede vivir en una ciudad y relacionarte con la gente, bajar al bar por la noche y echar unas risas mientras te tomas

unas copas? No todos deseamos convertirnos en ermitaños.

—Te entiendo. El problema es que las compañías no desean que el ciudadano se convierta ni en ermitaño ni en nada. Según las corporaciones, todos debemos someternos a esta cultura totalizadora a la que intentan soldarnos como si fuéramos los componentes de una tarjeta de circuitos.

—Me parece que exageras.

Joona señaló la insignia que llevaba en la solapa de su abrigo: tenía un ojo en el centro.

—Abre los ojos.

Lawrence consiguió pasar del tema de la política y desviar la conversación hacia los gustos musicales, que siempre era un tema menos comprometido. Se puede estar en desacuerdo sobre bandas, intérpretes y compositores sin acabar gritándose ni tirándose los trastos a la cabeza. Le gustaban las sinfonías orquestales de distintos compositores clásicos y modernos; en cuanto a música post-electrónica, escuchaba lo que Lawrence consideraba baladas y poesía callejera. Aunque en la tarjeta reproductora multimedia llevaba miles de horas de canciones, lo que más le atraían eran los conciertos en directo y le habló de todos los locales que había visitado y sobre las bandas y orquestas que había ido a ver. En lo que a ocio se refería, detestaba los medios en vivo, si bien reconocía que estaba enganchada a varias series. Decía que era demasiado mayor para seguir utilizándolos. También odiaba a muerte las obras generadas por SA; prefería ir al teatro. En Ámsterdam había un sinfín de teatros alternativos a los que podían entrar con descuento por ser estudiante y además en la ciudad había centenares de compañías teatrales ansiosas por mostrar su trabajo.

Lawrence estuvo a punto de decirle que el hecho de que en una misma ciudad se pudieran encontrar tantas compañías era una prueba de lo que antes le había dicho sobre la cultura. Pero no estaba muy seguro de cómo reaccionaría Joona ante ese tipo de burla. Seguía tensa incluso después de almorzar en el coche-restaurante y de beberse media botella de vino.

Por la tarde Joona le preguntó a Lawrence qué le gustaba a él, que no supo omitir que era un fan de *Destino: Horizonte*. Era la primera vez que la veía reírse de verdad.

—No puedo creer que esa mierda se exporte a otros planetas —dijo mofándose de él—. Ahora entiendo que tengas un concepto tan deforme del vuelo estelar. Dios mío, además vaya final.

—¿Final?

—El último episodio. ¡Increíble! Emocionantísimo, eso sí.

—¿Tú lo has visto?

—Claro. Ya te he dicho que de pequeña jugaba con los en vivos. ¿Por qué? —Estrechó los ojos y clavó la mirada en él—. ¿Es que no lo has visto?

—No —dijo como si nada, poco dispuesto a dejarse llevar por los recuerdos que le traía la serie. Aunque sabía que ya tenía muy superado lo de Roselyn, nunca se había decidido a acceder a los últimos capítulos—. A Amethi solo llegaron un par de temporadas.

—Oh, vaya. Aprovecha para verlo ahora que estás aquí. Te has perdido lo mejor.

—Ya he pasado página. Puedo pasar sin releer esa parte de mi vida, gracias.

Joona arqueó las cejas sorprendida por el tono lapidario de la voz de Lawrence.

—Vale.

Por fortuna Joona no insistió ni hizo ningún comentario jocoso. Volvieron a cambiar de tema. Lo único de lo que no hablaron fue de sexo. A Lawrence le extrañó y sintió como si la pasada noche jamás hubiera existido. Al menos para ella. Conversaron sobre un millar de cosas más. Lawrence siguió el ejemplo de Joona y no forzó las cosas.

Sin embargo, Lawrence necesitaba hablar sobre ello. Joona era buena compañía, aunque no siempre agradable. Si sus opiniones se encontraban, Joona discutía hasta que él abandonaba por agotamiento. Eso y su visión diametralmente opuesta del mundo eran lo que la hacían interesante. Lawrence recordó las conversaciones que solía mantener con los compañeros del barracón y se sorprendió de lo estúpidas que le parecieron en comparación. Lo que le atraía de ella era su integridad, su feroz inteligencia. Por tanto, Lawrence quería saber en qué estado se encontraban y si se iría a la cama con él esa noche y todas las demás durante el viaje. Después pensó que Joona había decidido no sacar el tema para atormentarlo. Jugueteos previos de intelectual. Aunque esa teoría tampoco lo convencía del todo. Joona parecía demasiado apasionada como para evitar hablar de una parte importante de su vida, por lo que su negativa a sacar el tema resultaba un tanto desconcertante.

Lawrence había reservado un compartimento doble para aquella noche. Cuando Joona le dio el dinero del billete no hubo errores ni malentendidos, pudo ver sin problemas lo que Lawrence había reservado para ambos. Lawrence no dejó de darle vueltas al asunto en toda la tarde. Dejaron allí el equipaje en cuanto subieron al tren, su bandolera y la mochila de Joona. El compartimento era estrecho y el equipamiento tan compacto como se podía esperar de su moderno diseño.

En todo el tiempo que estuvieron conversando en el coche principal, Lawrence no se quitó de la cabeza que Joona sabía que después de cenar tendrían que volver allí. Se desnudarían en aquel reducido espacio y se meterían juntos en la litera. El panorama era prometedor. Sería algo similar a su primera vez. Lo de la noche anterior, por lo poco que recordaba, ni había sido muy pasional ni había durado demasiado, alguna que otra metedura de mano y un precoz clímax. El primer encuentro sexual de una pareja siempre es un momento muy fervoroso. Y allí, en aquel, era además algo inevitable, por lo que la excitación de Lawrence había ido en progresivo aumento durante toda la tarde.

Fueron al restaurante en cuanto el tren salió de París. Joona pidió una botella de vino tinto. Lawrence tomó dos copas y ella el resto antes de pedir otra botella. Su discurso, que se había desviado ya hasta la contaminación de África a causa de la globalización, le fue dejando cada vez menos oportunidades de añadir nada. Al final derivó en una amargada diatriba. Lawrence no probó ni un trago de la segunda botella. Joona se pidió un coñac antes de regresar al compartimento.

En cuanto entraron se dieron cuenta de que la calefacción se había estropeado porque hacía un frío que pelaba. Joona empezó a balancearse y a mirar a Lawrence con inseguridad, algo que contrastaba mucho con su carácter habitual. Le sonrió sin darle mayor importancia y empezó a desnudarse. Ahora era Lawrence el que dudaba.

—Oye —dijo Lawrence de mala gana—. Has bebido demasiado.

—Yo controlo, no es nada. —Se sacó la sudadera por la cabeza y estiró un brazo para no caerse mientras se quitaba los pantalones.

—Ya veo. Solo digo que no hace falta que hagamos nada esta noche.

—Qué sí, lo haremos. —Le sonrió desafiante mientras se bajaba las bragas—. ¿No lo entiendes? Tenemos que hacerlo. Debemos hacerlo. —Empezó a besar a Lawrence. El olor y el sabor a vino de su boca le dieron

asco. La rodeó con los brazos mecánicamente e intentó aprovechar la oportunidad.

—Estamos construyendo un puente —masculló—. Nosotros dos, dos mundos que se unen. Demostraremos que todos somos igual de humanos.

Lawrence quiso preguntarle qué creía que significaba lo que estaba diciendo pero estaba demasiado concentrado quitándose la camisa. Joona se sentó de golpe en el borde de la litera. Al Lawrence el frío no le ayudaba a relajarse, de hecho le ponía carne de gallina. En cuanto subió con Joona a la litera echó el ligero edredón por encima de ambos.

Joona se puso a besarlo otra vez, en la cara y el cuello. Le cogió la polla. Apoyó un puntiagudo codo sobre el pecho de Lawrence. Lo que en principio debía ser una provocativa caricia se convirtió más bien en unas molestas cosquillas en la barriga. La escena no podía ser menos erótica. Lawrence no podía creerlo; todo el día esperando para nada.

Al final consiguió darse la vuelta, de manera que ahora Joona estaba debajo de él. Como le costaba mantener la erección, para excitarse tuvo que pensar en lo cachondas que estaban un par de chicas del Club que conoció la semana anterior. Joona lo miró con la felicidad de alguien que no sabe ni dónde está y gimió cuando Lawrence se hundió en ella.

Por fortuna el enredo duró poco.

—Dios, cómo te amo —dijo Joona—. Esto es lo que quería.

—¿El qué? —Lawrence logró colocarse de manera que ya no se apretaban el uno contra el otro, aunque corría el peligro de caerse. Cuando volvió a mirar a Joona, ya estaba dormida. Empezó a roncar.

Encontró una camiseta gruesa, se la puso y se quedó echado junto a ella, con la mirada perdida en el invisible techo del compartimento e incapaz de dormir. Quiso convencerse de que no era culpa de nadie, de que las circunstancias no habían sido las más acertadas, nada más. El compartimento diminuto, la calefacción estropeada, el vino... una combinación fatal. Mañana será otro día.

A media mañana llegaron a Glasgow, donde hicieron trasbordo para continuar hacia Fort William. Este trayecto lo hicieron todavía más despacio. Pero el paisaje les compensó por la lentitud. Se quedó pasmado

mirando las largas y accidentadas praderas y los brazos de mar, con sus eternas y espejadas superficies negruzcas. Todo aquel esplendor le hizo comprender hasta qué punto el ser humano pertenecía a aquel mundo.

Joona se sentó a su lado, se agarró a su brazo y le fue haciendo de guía. Desde que se levantó actuaba de un modo distinto. Se mostraba atenta y entusiasmada, como si la pasada noche les hubiera permitido ascender a un nivel superior de complicidad y entrega. Lawrence no sabía qué pensar, aunque no se sentía en absoluto incómodo. Sentía como si ahora su relación fuera más real. Estaba claro que el resto de pasajeros del tren los consideraban pareja.

La estación de Fort William, última parada de la línea, quedaba a orillas del Lago Linnhe. Nada más bajar al andén, Lawrence miró hacia arriba para admirar la montaña que gobernaba la pequeña ciudad. Toda la ladera estaba cubierta por una frondosa y sombría alfombra de pinos.

—¿Es el Ben Nevis?

—No —respondió Joona con vivacidad—. Es el Cow Hill, el Ben queda al otro lado. Lo podrás ver desde la casa de mi abuela de Benavie, si no empeora el tiempo. —Joona miró las agitadas aguas del lago y a las plomizas nubes que llegaban del sudoeste—. Amenaza lluvia.

Su abuela la esperaba en el aparcamiento de la estación. Joona se soltó del brazo de Lawrence y agitó los brazos con frenesí mientras corría. En cuanto la vio, Lawrence desechó la idea que se había formado de que la abuela Beaumont sería una enclenque ancianita que llevaría el pelo recogido en un moño y una larga falda de tartán. Aquella mujer era de la misma altura que Joona pero era la personificación de la salud, con su pelo rojizo poco mejor peinado que el de su nieta. Llevaba unos gruesos pantalones de pana y un largo abrigo verde oscuro salpicado de barro. Lawrence no comprendía cómo podía ser la abuela de una persona de más de veinte años cuando no parecía que pasara de los cincuenta.

—Tú debes de ser Lawrence. —Hablaba con un acento muy marcado pero aun así conseguía entenderla. Se dieron la mano.

—Sí, señora.

—Vamos a dejarnos de tonterías. Llámame Jackie. Bueno, subid a la furgoneta. Ahora tengo que recoger algunas cosas, luego iremos a casa. —Les hizo una señal para que se montaran. Era una furgoneta de tres ruedas; la cabina tenía forma de huevo y detrás tenía un remolque. Debía de tener

unos veinte años de antigüedad. La carrocería compuesta estaba desgastada por los bordes, por cuyas grietas sobresalían hebras de fibras, además alrededor de las aberturas más grandes se veían manchas de sospechosos colores. El tiempo y la radiación ultravioleta habían amarilleado el parabrisas combado, lo que reducía la visibilidad peligrosamente. En lugar de volante, tenía un amplio manillar.

—¿Entonces todavía funciona? —dijo Joona.

—Por supuesto. El *azucarhol* es el mejor combustible que se puede elaborar, además no tienes que pagar impuestos. Por eso dejaron de fabricar las células que lo quemaban.

Lawrence no hizo el menor gesto al montarse en la parte trasera de la furgoneta. El chasis se tambaleó mientras intentaba encontrar un lugar en el suelo más o menos limpio para sentarse. Joona le pasó el equipaje por la puerta trasera antes de montarse. Del bolsillo de su abrigo sacó un grueso sombrero de lana y unos guantes.

—No te preocupes, no está lejos.

—Estupendo. —Se subió la cremallera del abrigo hasta la barbilla y hundió las manos en los bolsillos.

Jackie se montó en la cabina y encendió la célula convertidora. El tubo de escape eructó un empalagoso olor a azúcar quemado que se adueñó del vehículo. Lawrence arrugó la nariz; se le humedecieron los ojos.

—En la cabaña hay un alambique —dijo Joona—. Destila su propio fuel. ¿Entiendes ahora lo que quería decirte con aquello de la independencia?

—Desde luego, ahora sí.

Joona se rió y lo abrazó justo antes de que la furgoneta diera una sacudida. Jackie Beaumont cogió la A82, que cruzaba el corazón de Fort William. En aquella zona de la ciudad había enormes edificios municipales a ambos lados de la calzada. Primero vio el hospital, un moderno complejo de dos plantas de plateado tejado abovedado, al lado del cual estaba su turbina de energía geotérmica, cobijada dentro de un pequeño iglú. Tras el edificio anexo de Accidentes y Urgencias había dos helicópteros de salvamento aparcados en sendas plataformas. El museo y la oficina de información estaban enfrente. Juntos a estos se veía un polideportivo cuyas pistas estaban cubiertas por unas enormes cúpulas transparentes que, dado el parecido que guardaban con las de nulteno de Amethi, despertaron en Lawrence cierto sentimiento de nostalgia. La oficina de administración de

la ciudad, con sus paredes de ladrillo rojo y sus anchos parteluces de piedra blanca, semejaba una mansión georgiana. Su verdadero origen solo se podía conocer al ver los arcos que conducían hacia el aparcamiento subterráneo. Frente al instituto había varios autobuses aparcados en fila, alrededor de los cuales los muchachos, vestidos con elegantes uniformes grises y turquesas, corrían detrás de sus balones y se agarraban de las mochilas unos a otros.

Nada más pasar el teatro, Jackie se metió en el aparcamiento de un edificio de madera de una sola planta que parecía un granero alargado. Las amplias ventanas que había bajo los sobresalientes aleros permitían ver todo tipo de equipamiento para acampar y caminar. En el letrero grabado en la puerta se leía «Grimmers». Jackie se apeó de un salto y echó a andar hacia el interior del edificio. Lawrence y Joona se bajaron y la siguieron. Un robot de limpieza recorría el casi desierto aparcamiento recogiendo las hojas y barriendo el barro.

—Parece una comunidad muy bien preparada —dijo Lawrence mientras atravesaban la puerta.

Joona se agarró fuerte a su brazo.

—Muy rica, querrás decir. Se pueden permitir todos estos servicios. Un montón de compañías se unieron para construir las plantas de reciclaje. También hay mucho turismo. Casi todo el resto de la ciudad se compone de hoteles. En conjunto aportan mucho dinero a la zona.

—Eso está muy bien, ¿no?

—Solo si tienes una participación.

Jackie estaba cogiendo varias cajas de un mostrador mientras el ayudante hablaba con ella. Lawrence se acercó y cogió un par de cajas para liberarla del peso. Le sonrió, le dio las gracias y le pasó otras dos cajas. Pesaban más de lo que pensaba. Según las etiquetas, contenían una especie de tinte para el pelo.

—Es para la lana —explicó Jackie de regreso a la furgoneta.

—¿Lana?

—Soy copropietaria de un rebaño.

—De ovejas —aclaró Joona sonriendo.

—Mira tú. —Le pareció extraño.

De repente empezó a caer un intenso aguacero removido por fuertes vientos. En el cielo se revolvían unas nubes turbulentas. Lawrence vio los

últimos rayos de sol del día iluminando las montañas del otro lado del lago. Ni rastro de arco iris. Colocó las cajas junto a su bandolera y se montó en el remolque.

Tardaron otros diez minutos en llegar a la cabaña de Jackie, que estaba a escasos kilómetros de la ciudad. Los llevó por la orilla del canal caledoniano hasta que por fin se metieron por un descuidado camino que atravesaba un bosque de abedules plateados, robles y sicómoros. La cabaña estaba en medio de un frondoso jardín; era una casa alargada de paredes sólidas y ventanas con marcos de plomo. La chimenea de ladrillos hexagonales que había acoplada en un extremo estaba coronada por varias jarras de arcilla alargadas y desprendía un revoltoso humo que se perdía en el cada vez más oscuro cielo. Lawrence se había imaginado una choza de techo de paja, pero el de pizarra también valía.

Jackie guardó la furgoneta bajo el cobertizo de madera, que servía como taller y garaje. De los desbordados canalones caía una gruesa cortina de agua que tapaba la entrada. Aquel diluvio terminó de empaparles la ropa. Lawrence se apeó de un salto y se salpicó entero.

—Entrad —dijo Jackie al tiempo que cerraba las puertas—. Deprisa.

Joona le indicó que pasara por una puerta lateral que llevaba a la cocina. Era tan amplia que ocupaba al menos un tercio de la planta baja. El hogar de ladrillo estaba equipado con un fogón de cuatro quemadores. El verdoso esmalte vítreo, que contenía un millar de chips, se había ido oscureciendo a lo largo de las últimas décadas, pero todavía funcionaba y despedía un calor acogedor. Joona se quitó el abrigo, se acercó al aparato y agarró la deslustrada barra cromada del frontal.

—Hogar, dulce hogar —exclamó al tiempo que le indicaba a Lawrence que se acercara a ella.

Lawrence se colocó junto al viejo monstruo de hierro sin saber muy bien qué era. Jackie le cogió las manos y se las acercó sobre el hogar. El calor se adueño de sus goteantes dedos. —Mucho mejor —dijo—. Me estaba muriendo de frío.

—He pasado muchas horas secándome delante de este trasto. También le ha salvado la vida a muchos corderos.

—¿Eh?

—Si la madre muere, el calentador de platos les proporciona el calor suficiente para que no les dé una hipotermia. Toda ayuda es poca para esos

pobres animales durante sus primeros días de vida.

—¿Esto es una cocina?

—Eso es —afirmó Jackie, que estaba en la entrada descalzándose—. La instalaron hace unos trescientos años, ¿sabes?, y sigue funcionando como el primer día. Retiraron el anillo de los quemadores para emplear metano, pero por lo demás está igual que cuando salió de la fábrica.

Lawrence miró con desconfianza al imperturbable gigante, que, si Jackie decía la verdad, era más antiguo que el asentamiento humano de Amethi. Increíble.

—Será mejor que os deis una ducha caliente y os cambiéis de ropa —dijo Jackie—. Os estáis poniendo azules. Hay agua caliente de sobra. Cuando bajéis os prepararé un té.

Joona asintió con la cabeza.

—Por aquí. —Volvió a coger a Lawrence de la mano y lo sacó alegremente de la cocina.

—Te has buscado todo un muchachote, ¿me oyes? —gritó Jackie—. Tendréis que dormir en la cama de matrimonio.

—¡Abuela! —contestó Joona con otro grito. Sin embargó, sonrió a Lawrence deseando que le dijera que sí. Lawrence no supo negarse.

El hervidor que había en el fogón ya estaba silbando cuando Lawrence bajó. Había conseguido encontrar una camiseta limpia rebuscando en su bandolera y Joona le había prestado un grueso jersey de color albaricoque para ponérselo encima. Las mangas le quedaban bastante cortas.

Se sentó en la gran mesa alargada que había en el centro de la cocina y se quedó mirando a Jackie mientras preparaba el té. Cogió una tetera de porcelana en la que echó varias cucharadas de una especie de copos negruzcos antes de llenarla de agua. Jamás había visto el té en aquella fase.

—Se tarda más pero sabe mejor que esos cubitos al microondas que tomáis por ahí —le explicó al verlo observando el proceso—. Aquí la vida no tiene tanta prisa, nos podemos permitir preparar el té como es debido.

—Por mí bien, a nadie le viene mal un poco de relax.

Jackie se sentó en una silla, frente a un nuevo modelo de perla de escritorio. En su pantalla se veía un jersey con un enrevesado dibujo de

colores vivos. Cuando Jackie ordenó al artefacto que se apagara, la pantalla se ocultó dentro del estuche.

—Imagino que Joona te habrá estado llenando la cabeza con sus historias de revoluciones gloriosas.

—No exactamente. Más bien es que tiene un poco de tirria a las compañías.

—Sí, bueno, culpa a las compañías de separar a sus padres. Su madre trabajaba para Govett; se encargan del transporte de las plantas de reciclaje de la ciudad. El problema era que Govett se rige según una política social progresista, de manera que cada cinco años hacen rotar a los empleados para que no se sientan estancados ni hastiados. Mi Ken, su padre, no había manera de sacarlo de las Tierras Altas. Jamás entenderé por qué aquella mujer nunca comprendió lo unido que se sentía al lugar donde se crió. —Suspiró—. Un tiempo después Ken se mató en Glen Coe, un accidente practicando esquí. Entonces Joona tenía doce años.

—¿Y desde entonces tú la has criado aquí sola?

—Sí. Se negó a tener nada que ver con su madre. Es tozuda. Su madre nos ayudó enviando dinero y la matriculó en la Prodi, pero ese ha sido todo el contacto que han tenido desde entonces.

—Ahora entiendo por qué le gusta tanto esta tierra.

Jackie vertió un poco de leche en una taza grande y luego añadió el té filtrado con un colador.

—Más que Fort William, lo que aprecia es el estilo de vida.

Jackie hizo un gesto con la mano para que Lawrence se fijara en los muebles envejecidos y en el suelo de baldosas desgastadas. Platos, tazas y vasos, todos los cuales parecían antigüedades, saturaban los estantes del aparador. Sobre el fogón colgaban jarras y sartenes de cobre, además de unos haces de romero que inundaban la cocina con su suave olor. A pesar de la decoración pasada de moda, había unos modernos lavavajillas y frigorífico insertados en los armarios empotrados. En el cobertizo había un robot de limpieza. Lo único que le faltaba a la cocina era una unidad texturizadora con la que elaborar alimentos básicos a partir de células proteínicas puras. Lawrence supuso que Jackie solo compraba paquetes preelaborados en la ciudad. Había mucha gente a la que no le gustaba perder el tiempo con las cosas de la casa.

—Parece que te lo has montado muy bien. Temía pasarme las vacaciones en una barraca de adobe.

—Con el rebaño no gano mucho, pero me basta para vivir.

—¿Cómo funciona?

—Ahí arriba hay muchísimas tierras donde no pueden criar sus malditos bosques, sabes. Así que todavía tenemos ganado de montaña, pastores e incluso perros pastores. Esa faceta de nuestra vida se ha conservado a lo largo de los siglos.

—¿No te gustan los bosques? —preguntó Lawrence extrañado.

—Oh, no me molestan. Pero una cosa es la reforestación y otra volver atrás. En la actualidad, si la agencia ecológica encuentra un claro mayor de unos pocos metros cuadrados, lo primero que hace es plantar un árbol. Es la continuación directa de la política de la ola verde que se empezó a aplicar después de que se desarrollaran las células proteínicas. Los verdes radicales consideran que es la última oportunidad de poner punto final a los daños derivados de la agricultura. No hacen más que tocar los cojones. Los granjeros eran buenos para la tierra, la cuidaban. Qué remedio, dependían de ella. Te aseguro que jamás hubo tantos bosques en toda Europa; por mucho que retrocedas en el tiempo no podrás encontrar una justificación para el exceso de bosques actual. Ahora lo que tenemos no es más natural que la intensa actividad agrícola de la segunda mitad del siglo XX y de principios de XXI.

—A mí me parece un paisaje maravilloso.

—Claro, como paisaje es muy bonito. Pero no te puedes hacer una idea de cuántos excursionistas se pierden por estas regiones cada año, incluidos los que llevan perlas de brazalete con funciones de navegación y comunicación completas. Son todos unos idiotas. A las patrullas de rescate no les falta trabajo en todo el año. Además, cada estación se nos pierden en los bosques por lo menos cincuenta cabezas. Se supone que los terrenos están vallados pero ni siquiera los robots pueden controlarlo todo.

—Por no hablar de los lobos —intervino Joona. Entró en la cocina; llevaba una holgada bata azul y una gran toalla verde enrollada en el pelo. Se sentó junto a Lawrence y le dio un breve beso en la mejilla—. Todos los años se comen docenas de ovejitas.

—Así es —afirmó Jackie con pesar mientras vertía el té para su nieta—. Otra especie reintroducida por cortesía de la agencia medioambiental.

Como si no tuviéramos ya bastantes problemas. Pero salimos adelante. Cada año recogemos montañas de vellones, y con eso ya tenemos trabajo de sobra.

—¿Aquí convierten los vellones en lana?

—No directamente. Hay un par de pequeños molinos, cooperativas que mantenemos en funcionamiento; allí limpian la lana y la cardan. Luego nos la envían a mí y al resto de arrendatarios de la zona. Y aquí la transformo en jerseys como el que llevas puesto. Otros hacen mantas, ponchos, sombreros o guantes. En realidad se hace de todo.

Lawrence miró sorprendido a su jersey.

—¿Tú has tejido esto?

Jackie se rió.

—Tampoco somos luditas, no te creas. Yo diseño los patrones. Al fondo del jardín hay un granero donde guardo tres máquinas de coser cibernéticas, que son las que se encargan del trabajo sucio. Eso sí, tengo que saber mantenerlas. Soy un hacha con las llaves Allen y los programas de diagnóstico, ya verás.

—Todos los turistas le compran —dijo Joona—. Los jerseys de lana cuestan un poco más. Las malditas texturizadoras industriales no manejan bien las fibras artificiales y no fabrican prendas cómodas. Los diseños de la abuelita son los mejores.

—¿Entonces cuál es el problema? —preguntó Lawrence—. Haces lo que te gusta y a la sociedad le viene bien.

—Las corporaciones y el parlamento del distrito nos toleran porque somos pocos arrendatarios —explicó Joona. Se le había borrado la sonrisa de la cara—. No les gustaría que la gente empezara a adoptar nuestro estilo de vida.

—No la sulfures, joven Lawrence —le aconsejó Jackie—. Y tú, jovencita, ¿no puedes olvidarte de la política por hoy? Ya me marean bastante en las reuniones de la asociación. Son todos unos pelmazos. Entonces, Lawrence, ¿es cierto eso de que naciste en otro planeta?

La velada que siguió fue la más agradable que pasó Lawrence en mucho tiempo. Sin presión, sin preocupaciones. No tenía que salir a la caza de chicas ni a emborracharse. Pensó que era así como deberían ser las reuniones familiares. No se parecía en absoluto a las que había tenido que soportar en su hogar, en Amethu forzadas y cargadas de tensión. Eran lo

que deseaba para su propia familia, y lo hubiera conseguido si las cosas entre Roselyn y él hubieran funcionado.

Miró con culpabilidad a Joona, que le sonrió. Estaba ayudando a Jackie a preparar la pasta para cenar.

—Espaguetis a la escocesa —anunció Jackie. Las dos se rieron cuando Lawrence asintió con la cabeza y dijo:—. Fantástico.

Prefirieron que no les ayudara, cosa que agradeció. Se puso a acariciar a Sansón, un enorme gato negro, mientras ellas iban y venían por la cocina. Sacaron una desconcertante variedad de ingredientes de una serie de grandes jarras de barro con tapas de corcho. Mezclaron la boloñesa para después cocinarla, catarla y volverla a mezclar.

Lawrence, para sentirse útil, encendió la estufa de leña del salón, que pronto empezó a crepitar y a despedir tanto calor que se tuvo que quitar el jersey. Para acompañar la cena, Jackie sacó una cerveza fortísima que Lawrence tuvo que mezclar con agua para poder tragarla.

El suelo del cuarto de invitados (el de la cama de matrimonio) estaba desnivelado. Al examinarlo de cerca, comprobó que los tablones de roble se habían endurecido de tal manera con el paso de las décadas que ahora parecían de acero. A veces crujían pero eran de una solidez pétrea. Le extrañó que en la cama no hubiera edredón, sino sólo sábanas y mantas. Sin embargo, era evidente que aquellas gruesas y coloridas mantas las habían tejido Jackie y los demás arrendatarios, de modo que lo más probable era que incluso tuviera calor por la noche. Del bajo techo colgaba una lámpara cuya débil luz ambarina proyectaba suaves sombras por toda la habitación. Fuera de la cabaña el viento soplaba con sigilo; se podía oír el susurro de los árboles del jardín.

Sonrió con expectación a Joona, que acababa de cerrar la puerta, y empezó a desnudarse con impaciencia. Joona pareció vacilar mientras se desabotonaba la blusa, algo que Lawrence interpretó como timidez y que le excitó aun más. Cuando Joona terminó de desnudarse, Lawrence ya estaba esperándola tumbado en la cama, ilusionado al pensar que aquella noche por fin conseguirían disfrutar de verdad.

—¿Dejamos la luz encendida o la apagamos? —preguntó Lawrence. La pregunta incomodó a Joona.

—La apagamos. —No hizo falta que añadiera «por supuesto». Pulsó el interruptor que había junto a la puerta. La débil luz de la luna que se colaba

por las cortinas permitió a Lawrence ver la etérea silueta de Joona aproximándose a él. Los muelles del colchón chirriaron cuando se metió en la cama.

Lawrence la abrazó de inmediato y recorrió todo su cuerpo con las manos. Masajeó sus pequeños senos y le acarició los pezones. Le lamió el cuello, los hombros, la cara... Joona empezó a respirar más rápido y Lawrence la besó, casi asfixiándola.

No es que Joona no respondiera, solo que no era tan participativa como las chicas con las que Lawrence estaba acostumbrado a revolcarse. Lawrence pensó que debía susurrarle cosas al oído para excitarla, le propuso los distintos juegos y posturas que podían practicar y la convenció de lo bien que lo iba a hacer. En silencio, Joona empezó a seguir sus instrucciones.

Lawrence se despertó con el canto de un ruidoso pájaro al que parecía que estaban estrangulando escandalosamente justo al lado de la ventana del dormitorio. Ni los pavos reales de su casa de Amethi montaban tanto follón.

Por lo menos el viento y la lluvia habían cesado. La luz del sol iluminaba las cortinas con un resplandor verde jade.

Joona estaba sentada con la espalda apoyada en una pila de almohadas. Sostenía con pereza un tubo de microsol entre los dedos, como si fuera un canuto.

Lawrence no sabía si decir algo al respecto. A él le gustaba beber, pero solo lo hacía cuando salía de farra. Joona parecía tener unas costumbres muy particulares.

Decidió sentarse con cuidado y sonreírle. La verdad es que no había nada mejor que despertarse con una chica desnuda al lado después de una noche de sexo duro. Solo con ver los menudos pechos de Joona, se le estaba volviendo a poner dura.

—Buenos días —susurró con jovial lascivia.

Joona volvió en sí.

—Ahora háztelo tú —dijo Joona con una voz tan inerte y densa como el lago que había junto a la casa—. Eso fue lo que me dijiste.

—Yo, er...

—Solo lo he oído decir en las películas porno.

—Ah. Bueno, me pareció que la situación lo pedía. —Se puso colorado e intentó recordar el momento en que le había dicho eso.

—Esas cosas que querías que hiciera, que ni siquiera sé cómo se llaman.

Lawrence quería espabilarse de una vez. Por favor, ya. No era así como se suponía que debía empezar el día. El despertar a la mañana siguiente siempre es momento de sonrisas vergonzosas y de silencios tácitos, no de hablar sobre el desenfreno de la noche anterior, somos personas civilizadas. No se deben comentar los detalles en voz alta.

—Para mí nunca había sido así —continuó Joona—. Me exigías demasiado.

—Pero... ¿por qué no me dijiste nada si no te gustaba?

—No me disgustaba. Tú eres mi hombre, tenemos que entendernos también a ese nivel. No estaba preparada para tanto de repente.

«Tú eres mi hombre». ¿Qué forma de hablar es esa? Joder, qué situación tan insoportable. No tenía ni idea de qué decir. Cualquier chica normal le hubiera dicho claramente que se estaba pasando. Con un simple «no» hubiera bastado. No era ningún animal, respetaba a los demás.

—Perdona —murmuró. Encima pareció que se estaba enfurruñando.

—Me sentí ignorada —dijo—. Eso es lo que más me duele. Tú te lo pasaste como un enano conmigo, con mi cuerpo. Y yo no tomé parte en el juego.

Tuvo que sacar fuerzas de donde no había para no taparse los oídos. Solo quería que cerrara el pico, lo cual era lo último que debía pedirle en aquel momento. La culpa se fue convirtiendo en dolor físico. Con lo orgulloso que se había sentido de sí mismo por lo bien que había follado. Además creyó que también la había puesto cachonda a ella.

—Deberías habérmelo dicho. No me dijiste nada. —Hasta a él mismo le sonaba a excusa patética.

Joona le puso una mano en el brazo.

—Claro que no.

«¿Cómo?» Ahora sí que no entendía nada de nada. Volvió a mirar el tubo de microsol, que empezó a parecerle sospechoso.

—No volveremos a hacerlo, ¿vale?

—Sería como una negación. Lo cual sería erróneo y absurdo y acabaría confundiéndonos. Yo estaría todo el tiempo pensando en lo que te gustaría hacerme de verdad. —Hablaba en el mismo tono monótono que un fiscal.

Lo que más deseaba en aquel momento era salir corriendo. Saltar de la cama, vestirse y regresar a Fort William, donde cogería un tren que lo llevara de nuevo al mundo real. Sin embargo, no quería dejarla, no porque se sintiera culpable, sino porque durante los últimos días también habían compartido muy buenos momentos en los que habían conectado y se habían preocupado el uno por el otro. Era algo que no sentía por nadie desde que dejó a Roselyn.

¿No tienen problemas todas las parejas? Cierto, quizá no de este tipo...

—No será ninguna negación —dijo Lawrence lentamente—. Será inclusión. El sexo es algo que debemos compartir. —«Ahí, muy bien traído, Lawrence». Así se habla. Estaba claro que Joona leía demasiados manuales de autoayuda pop-psicológica.

—Sí —dijo Joona con semblante serio—. Sí, eso haremos. Primero debemos discutir lo que vamos a hacer. Así nos conoceremos mejor el uno al otro.

Lawrence consiguió reprimir los escalofríos que le daba la sola idea. El sexo debe ser espontáneo y divertido y no analizado clínicamente. Pero si así se acababa esta conversación...

—Pues no se hable más. —Lawrence se inclinó hacia Joona y le dio un rápido e incómodo beso.

—¿Quieres que empecemos ahora? Podríamos probar de nuevo alguna de las posturas de anoche, sólo dime cuál.

—No. Creo que, er... lo que necesito ahora es un buen desayuno. —Tuvo que convencerse de que no era cobarde, sino educado y práctico.

Lawrence creyó sufrir un *déjà vu* cuando entraron en la cocina. Joona volvió a mostrarse juguetona con él, a reír, a sonreírle y a besarlo cada dos por tres. A tocarlo para asegurarse de que era real.

De repente se preguntó si la familia sería católica. Roselyn siempre decía que nadie podía ganar a los católicos en lo que respectaba a sentirse culpables por disfrutar del sexo.

Olvídate ya de Roselyn, se ordenó a sí mismo con firmeza. Volvió a besar a Joona, que a cambio le entregó su más brillante y adorable sonrisa.

—Oh, vosotros dos —los reprendió Jackie con una sonrisa—. Tápate los ojos —le dijo a Sansón.

Hacía una mañana espléndida. Cuando consultó el parte meteorológico se le informó de que el cielo permanecería despejado todo el día. Bajaron en bicicleta a la ciudad, aunque en cuanto salieron del bosque que rodeaba la cabaña, Lawrence apretó tanto los frenos que estuvo a punto de partir las ruedas. El Ben Nevis, que quedaba justo enfrente, abarcaba un cuarto del horizonte. La cima todavía estaba cubierta de nieve y de ella brotaba una red de riachuelos que cubrían la vertiente norte de la ladera de rocas grises y pardas. Los relucientes riachuelos lamían toda la pared, que era casi vertical. Al pie de la montaña, los pedregales se habían ido extendiendo como una marea que hubiera invadido la herbosa ladera.

—Es impresionante —exclamó Lawrence. El sol que se reflejaba en la nieve le obligaba a apretar los párpados. Se sentía diminuto y desafiado ante la enormidad de aquel coloso y quería saber qué se sentiría al subir a la cima y poder verlo todo—. Se debe de poder ver media Escocia desde allí arriba.

—Podemos subir si te apetece.

—Estás de coña. Jamás subiría hasta allí sin un esqueleto muscular. Esos precipicios son peligrosos incluso para los escaladores profesionales, además los pedregales son la hostia de escarpados.

—Desde aquí no, tonto. Hay una ruta para senderistas que sube desde la cañada. Solo se tarda unas pocas horas.

—Sí, vale. —Examinó detenidamente la montaña antes de montarse otra vez en la bici.

Jackie les había dado una lista de cosas que necesitaba de la ciudad. Pensó que lo hizo más que nada para que salieran a pasear juntos. No le molestó.

—Bonita ciudad —dijo Lawrence mientras caminaban por la calle peatonal del centro. Los edificios que tenían tienditas en los bajos o tenían varios siglos de antigüedad o eran muy buenas réplicas.

—Ahora sí —dijo Joona—. El ayuntamiento ha limpiado y restaurado muchos de los edificios más importantes. Hoy tienen dinero suficiente para realizar ese tipo de regeneración urbana.

—Eh, ¿eso significa que por fin estás de acuerdo en que las grandes compañías son buenas para el desarrollo de la economía? Hay que destacar

que son las que generan ese dinero.

—Sabía que te parecería bien. Fort William está muy preparado ahora que se ha sometido a la unicultura. Tal como a ti te gusta.

—¿Qué tiene de malo? He visto ciudades mucho peores que esta y solo llevo cinco años en la Tierra.

Llegaron al extremo sur de la calle, donde la carretera principal se desviaba para bordear la orilla del lago. El resto de la ciudad se componía de casas que se extendían a lo largo de unos doscientos cincuenta metros por las suaves pendientes que rodeaban el brazo de mar. Cada una de las casas contaba con un exuberante jardín en el que había espacio para varios árboles. Desde donde ellos estaban podían ver que el intenso verde de las nuevas hojas de los abedules plateados se combinaba con la algodonosa explosión de los cerezos en flor para dar lugar al paisaje más luminoso. Los narcisos y tulipanes habían colonizado todos los arriates y salpicaban la hierba con su plétora de flores amarillas y rojas.

—Oh, no —dijo Joona en voz baja—. Es el lugar perfecto para vivir, incluso en invierno. Todas estas hermosas casitas están muy bien construidas y climatizadas; y si alguna vez te invitan a pasar dentro de alguna, verás que también están muy bien amuebladas. Alrededor del noventa y cinco por ciento de las viviendas se construyeron durante los dos últimos siglos. Acabaron con las casas antiguas que se habían levantado antes de que la industria de la construcción empezara a aplicar la robótica; aquellas casas, preparadas para albergar una alta densidad de inquilinos, no estaban pensadas para durar, al contrario que la cabaña de mi abuela. De modo que ahora solo hay una casa donde antes encontrabas dos o tres.

—Una vez más, cuestión de dinero.

—Sí, pero no es el único factor. La población de la ciudad ha descendido en casi un veinticinco por ciento desde el siglo veinte.

—Creía que la población rural había entrado en un continuo descenso desde el inicio de la revolución industrial.

—Así es. Pero no me refiero a eso. La población total ha descendido y sigue reduciéndose. Por eso ahora se pueden construir casas y jardines más grandes sin poner en peligro el medio ambiente.

—Supongo que la desaparición de las granjas también ayuda.

—Sí. Todo encaja, ¿no te parece?

La manera en que hablaba delataba todo el rencor que le carcomía. Lawrence prefirió no decir nada.

Joona lo condujo a una tranquila cafetería de la calle mayor. La joven camarera que estaba detrás de la barra la saludó con gran efusividad y empezaron a cuchichear. Lawrence se sentó en una mesa libre que había junto a la ventana. Un minuto después les llegó su chocolate caliente, acompañado de magdalenas recién horneadas. Joona recibió además una bolsa de papel que se guardó en el bolsillo del abrigo. Dejó tres billetes de diez dólares sobre la mesa. No le trajeron el cambio.

Lawrence sopló su chocolate.

—¿Jackie sabe que te metes eso?

—¿Que si lo sabe? La mitad de esto es para ella, Lawrence. Nuestro estilo de vida siempre ha incluido algún tipo de narcótico.

—Aun así creo que deberías frenar un poco.

Puso los ojos en blanco, como si acabara de inhalar de un tubo de microsol.

—Gracias por tu interés, pero no es necesario.

Por la noche planificaron lo que iban a hacer en la cama. A Lawrence no le pareció tan terrible como se temía. De hecho, sentirse el tutor de Joona incluso le resultó excitante. La típica fantasía del macho. Al menos la relación se estabilizó un poco.

Los siguientes días los pasaron paseando por Fort William y alrededores. Visitaron el teatro, en dos ocasiones para ver obras y otra para ver en el cine *Titanic*, de James Cameron. Lawrence ayudó a Jackie a arreglar el jardín, que como cada año había sufrido los estragos del invierno. Había que podar algunas ramas que se habían partido. Algunas de las estacas de las vallas se habían roto. Pasó una mañana entera desmontando y limpiando el viejo robot de jardinería para intentar que las piezas oxidadas volvieran a funcionar de nuevo. Había que llevar las cuchillas del cortacésped a una tienda de la ciudad para que las afilaran. Otra mañana la empleó ayudando con las máquinas de coser. Estaban en el granero del fondo del jardín, un edificio de piedra que era tan viejo como la cabaña, tenía aberturas en el tejado y era de elegante simplicidad; unas robustas vigas de madera maciza

de roble sin pulir sostenían los finos listones a los que estaban clavadas las tejas de pizarra. Pero el ambiente del interior era seco, por no decir tórrido. Las tres máquinas traqueteaban enérgicamente y cada pocos minutos expulsaban de su interior un nuevo jersey. Se cambiaron sobre los fardos, rellenaron los depósitos de los distintos tintes y después metieron las prendas terminadas en cajas listas para la recogida.

La semana siguiente subieron al Ben, tal como Joona había prometido. No se tardaba mucho en llegar en bicicleta hasta el centro de visitantes situado a orillas del río Nevis, lo que significaba que se contarían entre los primeros en llegar aquella mañana. Engancharon las bicicletas a la valla y se pusieron las botas de montaña.

A Lawrence el sendero le pareció más transitable de lo que se esperaba, era como Joona lo había descrito. Una vez que cruzaron el pequeño puente que había junto al centro de visitantes, cogieron una ruta sencilla que bordeaba la ladera de la montaña ascendiendo poco a poco. El camino estaba solado con piedras sin tratar y en los tramos más empinados habían esculpido ingeniosos escalones, algo que parecía un tanto incongruente para tratarse de un paseo por la naturaleza. Joona le contó que la Agencia Medioambiental Escocesa tenía que hacer cosas así para prevenir la erosión. Eran miles de turistas los que pisoteaban la montaña a lo largo de todo el año.

A medida que subían Lawrence podía ir viendo cada vez una mayor extensión de la cañada. El sendero ya había empezado a meterse por entre los exuberantes y radiantes helechales que habían brotado a lo largo de esta sección de la colina. Unos pequeños puentes de madera permitían salvar las fisuras más estrechas.

Unos pocos metros más adelante la senda se curvó y los condujo hasta una profunda grieta herbosa por cuyo inicio pasaba un espumoso arroyo de aguas revueltas que bajaba por el rocoso barranco que había abierto en la falda. Se acercaron hacia la corriente pero al final retrocedieron y pasaron el desnivel por la zona menos peligrosa. Después de otra curva llegaron a un collado montañoso repleto de pequeños lagos de estancadas aguas pantanosas. Lawrence echó un vistazo a los inmensos pedregales que se veían más arriba y suspiró de consternación. Todavía no podía ver la cima de la montaña. Descansaron un rato para tomar un poco del té que llevaban en los termos y ponerse más ropa. A cada metro que ascendían hacía más frío. Por debajo de la grieta estaba despejado, lo que les proporcionó unas

magníficas vistas de los hermosos picos de aquella sierra. Sin embargo, donde ellos estaban el constante viento traía débiles bancos de niebla que reducían la visibilidad.

Más adelante el sendero serpenteaba por un empinado pedregal. Cada vez se fue haciendo más raro ver matas de hierba y brezo, hasta que por fin desaparecieron por completo y no quedaron más que piedras y suelo estéril a su alrededor. Todas las curvas peligrosas estaban señalizadas con un montón de piedras. Las botas de Lawrence empezaron a cubrirse de aguanieve a medida que ascendían y más adelante comenzaron a verse acumulaciones de nieve a ambos lados del sendero. La niebla se iba espesando. Ya no se veía la base de la cañada.

—Aquí arriba el aire es muy puro —dijo cuando se detuvieron para descansar de nuevo—. Me encanta.

Joona se sentó en un canto rodado y sacó el termo de su mochila.

—Creía que todo tu planeta era puro.

—Así es. Pero aquí es distinto. Imaginaba que Escocia sería distinta. Como aquí había tanta industria pesada, creí que quedarían... no sé, restos. Riachuelos saturados de óxido por culpa de las máquinas arrojadas a los lagos, montones de lodo a la entrada de las minas abandonadas, esas cosas.

—La industria pesada de Escocia se encontraba más al sur. Además, ya has visto las plantas de reciclaje de las afueras de la ciudad; son como abejitas ajetreadas.

—Sí. —Las vio la primera mañana que bajaron a la ciudad en bicicleta, estropeando el paisaje al otro lado del río Lochy, procedente de Benavie. Las fábricas subterráneas, que le recordaban un poco a la planta química de Floyd, eran largos montículos planos cubiertos de espesos prados. Ahora no se veían columnas intercambiadoras de calor en lo alto, sino solo hileras de respiraderos negros que se confundían con el medio. Lo que de verdad delataba toda la actividad que se desarrollaba en el subsuelo eran las tuberías de la accidentada ladera de Creag Chail; se trataba de veinte gruesos conductos de hormigón que emergían de la falda de la montaña, a unos doscientos metros de altura, y descendían hasta incrustarse en el suelo por detrás de los montículos.

Joona le contó que la fábrica se había construido a partir de una manufactura de aluminio allí construida en el siglo XX para aprovechar la energía hidráulica. Cuando el Parlamento de Bruselas de aquel entonces

empezó a introducir poco a poco una legislación más estricta, el proceso de reciclaje se incrementó y aparecieron nuevas subsidiarias preparadas para procesar otros tipos de materiales. Todos los productos de consumo de la Tierra se diseñaban para que al final de su ciclo vital se pudieran separar sus distintos componentes con el fin de reintroducirlos en el proceso de fabricación desde el principio.

En Fort William se llevaban a cabo todo tipo de procesos de desmontaje, desde latas de aluminio hasta componentes electrónicos, pasando por cristal, hormigón y todo el espectro de polímeros. Era una de las instalaciones más modernas de su clase en el mundo y estaba equipada con un horno de fundición, escindidores catalíticos, digestión por enzimas vescritos y fisión iónica de agentes tóxicos. Toda Europa enviaba aquí basura, ya fuera en tren, en barco o en pequeños trasbordadores, para que la clasificaran y descompusieran.

—Supongo que en la actualidad no hay mucha contaminación —dijo Lawrence.

—Bueno, después de la ola verde, en los países industrializados, no. Incluso las zonas no industrializadas como África o el sur de Eurasia se mantienen relativamente limpias. A las corporaciones no les conviene cargarse los territorios que invadirán en el futuro.

—Joona, no puedes verlo todo desde un prisma tan cínico. Que los demás tengan metas distintas a las tuyas no los convierte en seres malvados.

—¿Ah, no? —Señaló a la cañada—. Un día, si nadie les para los pies, todo el mundo será igual que esto. Cada uno vivirá en una casa bien grande y acogedora en el tranquilo extrarradio.

—Es verdad, qué horror. Imagínatelo, un mundo en el que apenas habría crimen y toda la gente tendría acceso a los medicamentos necesarios.

—Pero sin libertad. Daría igual. Solo existirían las corporaciones y su unicultura.

—Bah, no me jodas —dijo Lawrence—. La gente lleva quejándose de las multinacionales y renegando de la globalización desde mediados del siglo XX. A mí el mundo me sigue pareciendo de lo más variado.

—Lo es en apariencia. Pero lo que impera es la unificación. La economía de las distintas naciones se está unificando, todo por culpa de las compañías.

—A mí me parece bien. No veo qué tiene de malo que inviertan dinero en los países pobres y que multipliquen sus plantas de producción. Así todo el mundo tiene la oportunidad de comprar participaciones.

—No se ofrece tal oportunidad. Si quieres acceder a un trabajo decente, tienes que comprar y una vez que estás dentro, también lo está tu familia.

—La familia se beneficia de la participación, sí. Puedes elegir a qué escuela van tus hijos, todo el mundo goza de beneficios médicos y al final te queda una buena pensión. El sistema de participaciones es un gran avance social. Implica, motiva y recompensa.

—Anula la individualidad.

—Comprar una participación es optativo.

—Es una elección forzada.

—Como muchas otras cosas de la vida. Yo, por ejemplo, compré una participación de Z-B porque es la única compañía que ofrece un programa decente de vuelos interestelares. Las prioridades varían según la empresa, existen un montón de opciones.

Joona meneó la cabeza con desaliento.

—Nunca me venderé por una casa de ensueño y un seguro médico.

Lawrence se dio cuenta de que Joona rechazaba por sistema todo aquello de lo que su madre formaba parte.

—Entonces me alegro por ti. Tus ideales te convierten en lo que eres y eso me gusta.

Joona le sonrió brevemente y se levantó.

—Venga, ya no queda mucho.

Después de superar el último tramo en zigzag del sendero llegaron a un vasto campo de piedras sueltas. La ruta que se tendía ante ellos era lo bastante sencilla para poder avanzar sin problemas entre la cada vez más espesa niebla. Un millar de pisadas habían reducido la espesa capa de nieve a un sendero de hielo compactado y medio derretido. Más adelante el viento fue abriendo claros entre la niebla. Nada más parecía cambiar. El sendero era el mismo por delante que por detrás. De vez en cuando se veían grandes cantos rodados desperdigados por la nieve. Los otros visitantes con que se cruzaban parecían tenues sombras difuminadas por el reluciente vapor hasta que por fin llegaban a su altura y podían verse las caras.

De repente el camino se cortó. Habían llegado al borde de un precipicio. La niebla impedía ver el fondo.

—Ya casi hemos llegado —anunció Joona con aire jubiloso.

Caminaron unos pocos cientos de metros más y llegaron a la cima del Ben. Lawrence no pudo evitar sentirse un poco decepcionado. La cúspide no era más que una superficie plana cubierta de nieve y cercana a otro tramo del precipicio. Debido a la niebla no podían ver más allá de cincuenta metros. A lo largo de los siglos se habían levantado varios edificios alrededor del mirador de hormigón que era el verdadero pináculo. De la nieve sobresalían muros de piedra derruidos a modo de recordatorio de ambiciones pasadas. Ninguna de las construcciones conservaba el tejado. El único edificio intacto era el de una cabaña de rescate, un moderno iglú compuesto con una cruz roja pintada junto a la entrada y una pequeña antena incrustada en lo alto. Estaba casi enterrado en la nieve. Lawrence vio que al lado había un montoncito de pequeños cantos pulidos apilados con esmero. Al acercarse para examinarlo de cerca vio que en la superficie habían grabado una inscripción. Se trataba de dos versos de un poema que no reconoció, un nombre y dos fechas separadas por noventa y siete años.

—Un buen lugar para descansar —murmuró.

Continuaron hasta el mirador y subieron, aunque solo fuera para decir que habían llegado hasta la verdadera cumbre. La niebla empezaba a disiparse cuando bajaron a refugiarse junto a un muro derruido donde ya había apiñados otros caminantes. Se agacharon para protegerse del viento y sacaron las fiambreras. Jackie les había preparado bocadillos de filetes de ternera. A Lawrence el frío le había robado el apetito, sin embargo, decidió comerse uno por meter algo al estómago.

Cuando por fin la niebla desapareció por completo, Lawrence se levantó y echó un nuevo vistazo.

—Oh, santo cielo.

Se podía ver media Escocia. Montañas, cañadas y bosques que se perdían en el brumoso horizonte. Largos brazos de mar que espejeaban al reflejar la intensa luz del sol. Lawrence contempló el paisaje con una mezcla de perplejidad y de desesperanza. ¿Cómo se iba a lograr nada parecido en Amethi? Tanto esfuerzo...

Joona se acurrucó junto a él. —Cuando está despejado se puede ver Irlanda.

—¿Sí? ¿Tú la has visto? ¿O es solo un mito para turistas crédulos?

Joona le dio un manotazo juguetón.

—Yo la he visto. Una vez. Hace algunos años ya. No subo aquí cada día, ¿sabes?

El sol brillaba con tanta fuerza que Lawrence tuvo que fruncir los ojos. El viento hizo que se le saltaran las lágrimas.

—Quédate.

Joona había hablado tan bajito que al principio Lawrence creyó que no la había entendido bien. Entonces la miró a la cara.

—Joona... sabes que no puedo.

—Sí que puedes. Somos esa nueva sociedad que ansias, Lawrence. Aquí puedes empezar de cero. Ahí abajo, en las cañadas, la gente empieza a labrarse una nueva vida para poder hacer lo que quieran con ella.

—No —dijo Lawrence con toda la suavidad que pudo—. Esto no es para mí. Me ha encantado estar aquí, sobre todo contigo, pero tengo que marcharme. Soy demasiado distinto.

—Nada de eso —insistió Joona—. Tu querido colegio de oficiales te ha rechazado y ahora yo estoy contigo. Es inevitable. Debes comprenderlo.

Un nuevo ataque de racionalidad ilógica. Era algo que la convertía en la chica con el carácter más fuerte que había conocido. Pero en ocasiones delataba una preocupante vulnerabilidad. Su insistencia en interpretar las cosas a su manera ponía de manifiesto que no se daba cuenta de la situación.

—No me hagas esto —dijo Lawrence—. Nos lo hemos pasado muy bien juntos, y todavía tenemos una semana por delante.

—Tienes que quedarte, Lawrence. Te quiero.

—Para. Llevamos muy poco tiempo juntos.

—¿Pero es que no ves lo bien que te has adaptado a este sitio?

—Sólo he venido de visita —dijo exasperado—. ¿Qué demonios quieres que haga aquí? ¿Tallar figuritas de Nessie para los turistas?

—Eres parte de nuestra vida. Has vivido con nosotras. Me has hecho el amor. Si hasta has comido alimentos de verdad. Este es tu hogar ahora.

—Joona, solo llevo unos días aquí. Lo nuestro sólo es un rollo vacacional, nada más... —De repente se quedó paralizado, aturdido—. ¿Qué quieres decir con eso de que he comido alimentos de verdad?

—Pues eso, comida auténtica. —Su suplicante sonrisa se mantuvo firme —. Vegetales extraídos de la tierra.

—¡Oh, mierda! —Se tapó la boca con la mano y miró con horror la mitad del bocadillo que le quedaba—. ¿Que esto es...? ¿Que esto es...? —Ni siquiera podía pronunciarlo. Eso no. Ya de pequeño se le revolvía el estómago cuando le hablaban de que sus ancestros estaban obligados a cultivar para poder comer... así como el resto de la humanidad.

—Ternera Aberdeen Angus —concretó Joona—. La mejor que existe.

—¿Hablas en serio? —exclamó.

—Claro —dijo Joona, inconsciente de la crisis de Lawrence—. Billy Stirling tiene un rebaño al otro lado de Onich. Cada mes mata un par de cabezas. Los arrendatarios suponen una gran demanda. Mi abuela siempre le compra la carne a él.

A Lawrence se le doblaron las piernas y se cayó de rodillas. Vomitó en la nieve, incapaz de impedir que el estómago le diera vueltas. Los espasmos sacudieron todo su cuerpo. Incluso cuando ya no le quedaba nada más que expulsar, sus músculos seguían empeñados en deshacerse de las últimas gotas de jugos gástricos.

Por fin, cuando ya se había vaciado por completo, se quedó a cuatro patas, aterido. Cogió un puñado de nieve, se lo restregó por la frente y se metió un poco en la boca para quitarse el sabor del vómito.

—¿Qué te pasa? —preguntó Joona.

—¿Cómo? —La miró y vio su cara de incomprensión. Algunos excursionistas se habían acercado por si necesitaban ayuda—. ¿Que qué me pasa?

—Sí. —Joona estaba aturdida.

—¿Me haces comerme la carne de un puto animal y me preguntas qué cojones me pasa? ¡Un animal! Un ser vivo... Estás loca, ese es el problema. Puta... oh, joder. ¿Desde cuándo llevo comiendo esta mierda?

Joona se quedó afligida.

—Has vivido con nosotras, Lawrence. ¿Qué te pensabas que te estabas metiendo en el cuerpo?

Lawrence sintió que iba a devolver de nuevo. El reflejo muscular no había desaparecido y aún tenía la boca pringosa de saliva pero ya no le quedaba nada que expulsar. Se volvió a frotar la frente con otro poco de nieve y poco a poco se fue poniendo en pie.

—Lawrence. —La voz de Joona sonaba angustiada y se iba volviendo estridente. Le ofreció una mano para que se apoyara en ella.

Lawrence se apartó de ella.

—Aléjate de mí, ¿me oyes? Mantente bien lejos, joder. —Se apartó de ella tambaleándose hasta que por fin recuperó el control de las piernas y echó a correr.

Joona corrió unos pasos tras él.

—¡Lawrence! —gritó—. ¡Lawrence, te quiero! ¡No puedes irte!

Lawrence corrió por el sendero de nieve compactada.

—¡No me llames! ¡No me sigas! ¡Se ha terminado! —Se detuvo y se dio media vuelta para mirarla—. ¡Se ha terminado! ¡¿Entiendes?! ¡Se ha terminado y me largo! —Miró a los curiosos, que no sabían qué pensar—. ¡Gracias y adiós!

Ya casi se había recuperado del todo. Corrió. Cruzó como un rayo el tramo en zigzag del sendero. Frenó un poco al pasar por el pedregal de cantos sueltos y resbaladizos. Siguió corriendo hasta mucho más allá del arroyo que bajaba por la grieta. Incluso entonces, a pesar de estar extenuado por el esfuerzo y la conmoción, continuó trotando por la última bajada.

Desenganchó su bicicleta de la valla del centro de visitantes y pedaleó hasta la estación de tren de la ciudad. Cogió el tren que salía por la tarde para Glasgow. Hizo trasbordo para continuar hasta Waverley, la estación de Edimburgo, donde cogió un expreso hacia París. Tuvo que esperar dos días en la capital francesa a que le dieran una plaza en un vuelo de Z-B que lo llevó a Cairns. Se pasó casi todo el tiempo borracho, recorriendo todos los cafés del bohemio casco antiguo para olvidar a la chica demente y todo cuanto había comido en la cabaña.

Jamás intentó ponerse en contacto con Joona. Ella tampoco le hizo llegar nunca ningún mensaje.

OceanofPDF.com

Capítulo 12

Ebrey Zhang decidió restringir las libertades del personal de Z-B que saliera del cuartel después de las ocho de la tarde. La gota que colmó el vaso fue otra pelea en un club nocturno de un puerto deportivo, donde apuñalaron a un recluta infligiéndole graves heridas. Sabía que nadie lo iba a ver con buenos ojos y que bajaría la moral de sus hombres. Pero no le quedaba elección. Daba igual que vigilara a los pelotones (su primer dictado fue que tenían que ir acompañados por sus suboficiales cada vez que salían), siempre se producía algún tipo de altercado que daba como resultado heridos, daños a la propiedad y un empeoramiento de la relación con los habitantes de Memu Bay, si bien era el primero en admitir que las cosas podían ponerse mucho más feas.

Por lo tanto convocó una reunión de personal y anunció su decisión. Como era de esperar, los oficiales no estuvieron de acuerdo. Ebrey dijo que lo comprendía y que como compensación aumentaría la cantidad de bebida disponible en los bares de los hoteles que habían convertido en cuarteles. Sin embargo, ahora los pelotones que patrullaran la ciudad por la noche tenían la orden de arrestar a todos los miembros de Z-B que se encontraran por la calle.

A Hal Grabowski la noticia le sentó como un jarro de agua fría. Bastante mal lo pasaba ya en Memu Bay los pocos días que se le permitía salir a desfogarse. Pero aquello era el fin del mundo. De nada le servía que en el bar de hotel pudieran ponerle más cerveza. Hal nunca había sido de los que beben hasta perder el conocimiento todas las noches y sin duda el que ahora se sirviera más bebida no compensaba por quedarse encerrados.

Odiaba permanecer todo el tiempo en el mismo lugar con la misma gente, quejándose de las mismas cosas y comiendo lo mismo todos los putos días. Aquel cuartel era peor que una cárcel.

Hubiera podido soportarlo si no le hubieran arrebatado la oportunidad de conseguir lo que faltaba en su vida. Lo que más deseaba, tal como le confesaba a todo el que le escuchara, era follar. Quería follarse todo lo que se moviera. Su existencia se había convertido en la más cruel tortura. Todos los días, cuando salía a patrullar, veía que las calles estaban repletas de chicas semidesnudas que paseaban bajo el sol abrasador. Reían, sonreían y se lo pasaban bien delante de él. Se suponía que no podía decirles nada; el Cuero le impedía incluso sonreírles con la esperanza de que le devolvieran el gesto. Le habían despojado de la última oportunidad de conocer a una chica.

El sargento comprendía su situación pero le dijo que no podía hacer excepciones con nadie y que lo sentía.

Hal creía que le iba a explotar la cabeza, aunque no antes que los huevos. Le daban igual las órdenes, no significaban nada. Era obvio que debía ignorarlas. El problema era cómo.

Tuvo que esperar hasta las once en punto, hora en que cerraron la cocina del hotel y los empleados se fueron a casa. Un recluta del pelotón de Wagner, un muchacho de su misma edad y que sufría el mismo problema, le habló de una ruta de fuga. En la cocina había una puerta que daba a un pequeño patio trasero. Solo había un sensor de seguridad para cubrir toda la zona, un rastreador de movimiento conectado directamente con el SA. Aquella tarde Hal, armado con los códigos que le había facilitado el otro recluta, se pasó media hora trucando el programa de administración del sensor. No desconectó la pequeña unidad, lo cual hubiera puesto en peligro la vida de todos, sino que alteró la rutina de diagnóstico de forma que se repitiera doscientas veces en lugar de una; el rastreo, que en circunstancias normales duraba tres segundos, ahora duraba unos tres minutos, de manera que el sensor quedaba inactivo mientras la circuitería de apoyo era analizada. El diagnóstico se ejecutaba automáticamente doce minutos después de cada cambio de hora. La modificación que había realizado Hal solo funcionaría durante aquella noche, de modo que pasadas las tres de la mañana se restablecerían los valores iniciales del programa.

Ya no quedaba nadie en la cocina. Pasó entre las amplias mesas de acero inoxidable y esperó junto a la puerta trasera hasta que la función de reloj de

su perla de brazalete indicó que eran las once y doce. Abrió la puerta y salió. No saltó ninguna alarma. El patio medía tres metros por quince; se utilizaba como almacén, así que había cajas y barriles de cerveza vacíos apilados junto a las paredes esperando a que se los llevaran. Hal corrió hasta el fondo y trepó por las cajas para asomarse por encima del muro. No había moros en la costa. Se encaramó al muro y saltó al callejón del otro lado.

La suerte estaba de su lado. Había un taxi aparcado a veinte metros del callejón. El taxista estaba leyendo algo en su tarjeta multimedia pero la luz amarilla de «Libre» estaba encendida. Hal abrió la puerta trasera y se montó.

El taxista levantó la cabeza y miró al cliente por el retrovisor.

—¿Adónde, señor?

—Al puerto deportivo. —Hal se subió el cuello de la camisa para taparse las válvulas.

—Muy bien. —El taxista le dio una orden al SA del vehículo y se pusieron en marcha. Llevaba las manos apoyadas sobre el volante pero dejaba que fuera el SA el que condujera.

—Oiga, er... ¿se conoce bien la ciudad, eh? —dijo Hal.

—Claro. Como que nací aquí. Una vez fui a Durrell. No me gustó.

—Yo hace mucho que no salgo, desde que llegué aquí. Quiero decir, acompañado, ya me entiende. No he podido conocer mucha gente. ¿Entiende a qué me refiero, amigo?

—Supongo. Si quiere conocer gente, el puerto deportivo es el lugar perfecto.

—Estupendo. Pero quiero conocer alguna chica. Quiero ir a un lugar donde tenga alguna chica garantizada. ¿En qué sitio un tipo con los bolsillos cargados de dinero como yo puede tener una chica asegurada?

El taxista le sonrió por el espejo.

—Oiga, amigo, relájese. Todos somos humanos. Conozco un burdel donde le atenderán muy bien. —Desconectó el SA y empezó a conducir manualmente.

El prostíbulo, un enorme edificio de tres plantas separado de la acera por el estrecho jardín de la entrada, estaba en uno de los mejores barrios residenciales de Memu Bay. Hal abrió la puerta de la verja de hierro y miró

al taxista, que le hizo una señal con el pulgar hacia arriba antes de marcharse. No había nadie más en la calle.

—Joder —bufó Hal. Subió los tres escalones que subían hasta la reluciente puerta negra de la entrada y pulsó el timbre metálico.

Le abrió una mujer de mediana edad ataviada con un reluciente vestido rojo de fiesta. Llevaba demasiado maquillaje encima para parecer una *madame* respetable. Por lo menos el taxista no lo había engañado. Hal sonrió.

—Buenas noches, señora.

La mujer frunció los labios y lo miró de arriba abajo. Su mirada se posó en las válvulas que ahora sí asomaban por el cuello de la camisa..

—¿Puedo ayudarle?

—Espero que sí. Busco un poco de compañía.

La mujer miró a ambos lados de la calle.

—¿Están grabando esto, oficial?

—Estoy fuera de servicio y lo que menos me conviene ahora es que me vean aquí.

—Muy bien. —La mujer le indicó que entrara—. Entiéndame, debemos andarnos con cuidado.

—Sí, señora. En mi ciudad ocurre lo mismo. —El suelo del vestíbulo era de mármol y el techo era alto. Una gran araña de luces de gran intensidad colgaba de una larga cadena metálica. Hubiera pasado por una casa normal de no ser por las vaporosas telas blancas que lo cubrían casi todo y daban un extraño aspecto coqueto al interior. Al fondo del vestíbulo había una amplia escalera que subía hasta un rellano que daba la vuelta a toda la primera planta. Vio a dos chicas vestidas con unos sencillos trajes de algodón blanco de escote anudado mirándolo desde la barandilla. Una de ellas le guiñó un ojo. Hal tuvo que contenerse para no ponerse a aullar. Aquel era el lugar perfecto. Tenía clase.

—Hmm... —La *madame* se pasó la lengua por sus labios de color lavanda—. Es el primer alienígena que nos hace una visita.

Por un momento Hal se angustió al pensar que sería aquella mujer quien se encargaría de él. Tampoco era que le desagradara pero buscaba a alguien más joven. Sonrió con picardía.

—Puede que sea un alienígena pero le aseguro que soy compatible, señora.

—Antes de continuar, me temo que debemos hablar de dinero, que también debe ser compatible. —Le dijo una cifra que le hizo dudar. Zorras, sabían que estaba desesperado... aunque todo el que venía a esta casa lo estaba. Ante la mirada férrea de la mujer, Hal sacó un fajo de billetes y le entregó más de la mitad.

—¿Desea que la niña que elija le haga algo en concreto? —preguntó la *madame*—. Compréndalo, podemos ofrecerle todo cuanto pida, pero se me debe comunicar de antemano. Así evitaremos sorpresas y sustos.

—No, lo clásico, ya sabe. Nada extraño.

—Entiendo. Y es usted todo un mozalbete. Un hombre muy viril.

—Er... me cuido y todo eso.

La mujer arqueó una ceja con aire sugestivo.

—Ya lo veo. Algunas de mis niñas están preparadas para vérselas con usted. Aunque no todas, claro.

Hal era consciente de su estúpida sonrisa. Le daba igual, ya se le estaba poniendo dura.

—Micha, quizá —ponderó la *madame*—. Aunque tiene mucha experiencia. Quizá eso no le atraiga a usted.

—Me conformo con cualquiera que sepa lo que se hace.

—Quizá... —La *madame* se llevó la yema del índice a los labios, como si el de Hal fuera un caso atípico—. Sí, creo que Avril es perfecta para usted. Es muy joven, lo que siempre es excitante, ¿verdad?

—Oh, sí. —Tuvo que reprimir un nuevo grito.

—Muy bien. Por aquí. —La madame le hizo una seña para que lo siguiera y empezó a subir las escaleras. Hal no se separó de ella ni medio metro. Las dos chicas que lo habían estado observando desde la barandilla le hicieron pucheros cuando paso por su lado.

La *madame* abrió una de las puertas que había a lo largo del rellano. Cuando Hal vio a la chica que lo esperaba estuvo a punto de apartar de un empujón a la *madame* para echar a correr hacia ella. Le costaba creer que aquel ángel que estaba de pie junto a la cama fuera real. Lo más probable era que allí de donde él venía fuera ilegal. Avril era esbelta, tenía la tez morena y una melena castaña que le llegaba hasta los hombros y enmarcaba una coqueta sonrisa. Llevaba unos pantalones muy cortos de deporte y un top de licra tan ajustado que resaltaba sus respingones y pequeños pechos y hacía sobresalir sus pezones.

—Santo Dios... —murmuró Hal para sí.

La *madame* le hizo una leve reverencia.

—Hasta luego. —Cerró la puerta.

Hal se quedó paralizado unos momentos contemplando a Avril y poniéndose cada vez más cachondo, hasta que por fin volvió en sí y caminó hacia ella con paso decidido.

Todo comenzó con un informe de persona desaparecida. Gemma Tivon esperó durante tres horas después de la hora de llegada usual del turno de noche de su marido antes de intentar establecer un vínculo con la perla de brazalete del mismo para preguntar adonde había ido. No obtuvo ninguna respuesta; el SA de administración de comunicaciones del banco de datos le informó de que ni siquiera había vínculos en espera con su brazalete. Estaba apagado. Pero él nunca lo desconectaba.

Gemma llamó al puerto espacial y preguntó si Dudley había decidido quedarse a hacer horas extras en el último momento. El supervisor del departamento le dijo que no y después ordenó a seguridad que echaran un vistazo en el aparcamiento y en la cabina de la entrada. El coche de Dudley no estaba en el aparcamiento y en el registro de la cabina constaba que había salido aquella mañana a las seis menos siete, un poco antes de lo normal.

Como los empleados del puerto espacial eran muy concienzudos, en seguida llamaron a la policía y enviaron a alguien a hablar con Gemma Tivon. La policía accedió al SA regulador de tráfico local y se sirvió de su registro para revisar la ruta que había realizado el coche de Dudley después de salir del puerto espacial. Como cada día, había tomado la autopista que llevaba a la ciudad, pero después hizo algo raro; se había metido por la carretera de circunvalación de Durrell para continuar en dirección este y coger tres desvíos más. Después se metió en una carretera secundaria que al poco cambió por un camino no monitorizado que atravesaba un bosque. No se había registrado que el coche hubiera abandonado el bosque por ninguna de las carreteras cercanas.

El puerto espacial insistió a la policía para que mandara un par de coches patrulla al bosque y envió un helicóptero de observación. Al cabo de dos

horas encontraron el coche de Dudley al pie de un altísimo pino. Habían rociado el interior con un líquido inflamable y habían prendido fuego al vehículo. Enviaron un equipo de forenses a la zona de inmediato, junto con tres coches patrulla más.

El SA de Zantiu-Braun que monitorizaba la actividad policial de la capital se mantuvo alerta debido a las extrañas circunstancias del incidente. El SA de la Agencia de Inteligencia de la Tercera Flota también se mostró interesada, pero por distintos motivos: Dudley Tivon estaba relacionado con los vuelos espaciales y a Gemma le habían colocado un collar de buena fe.

Cinco minutos después de que el oficial del coche patrulla informara de que habían encontrado el vehículo y de que lo habían incendiado intencionadamente, el paquete de datos con la información más importante del caso llegó al IND de Simon Roderick por medio de su SA personal.

—Apenas si hay pistas, por desgracia —dijo cuando Qwan y Raines entraron en su despacho—. Ya han pasado unas cuatro horas desde que quemaran y abandonaran el coche.

—Podemos enviar algunos de nuestros helicópteros al bosque para colaborar en la búsqueda —sugirió Quan.

—No —dijo Simon con firmeza—. No vamos a hacer nada. No quiero desviar la atención de nuestras prioridades. Si la policía nos pide ayuda ya se la daremos a través de los canales pertinentes. En cualquier caso, encontrar el cadáver del pobre Tivon servirá de poco.

—Los forenses podrían darnos información.

—Lo dudo. De hecho ni siquiera creo que encontremos el cuerpo nunca. Si nuestros oponentes son un poco listos, y por lo que sé lo son, y mucho, ni siquiera habrán dejado al muerto en ese bosque. Además, no me interesa cómo murió, sino por qué.

—Les había dado lo que buscaban y ya no les hacía más falta —propuso Rains—. O introdujo algo en el puerto espacial por ellos, una bomba, por ejemplo, y creyó que le recompensarían.

—Demasiado burdo para ellos —dijo Simon—. En cualquier caso, no debemos olvidarnos de su mujer, Gemma. Dudley no iba a mezclarse en nada que pusiera en peligro la vida de su mujer. No, a mí me parece que estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. —Miró a los dos operarios de inteligencia—. Hagan un resumen de las actividades que ha

ejecutado a lo largo de la semana. Accedan a los registros de todos los sensores del banco de datos, empiecen desde anoche y continúen hacia atrás. Cuando vengan a verme, quiero poder ver lo que ha hecho cada día, minuto a minuto. Después establezcan un vínculo seguro con la *Koribu* y obtengan toda la información posible de los datos que recogió anoche el escáner aéreo.

Les llevó otras cinco horas pero cuando entraron en el despacho de Simon no podían dejar de sonreír.

—Lo hemos encontrado —anunció Quan con el tono de orgullosa seguridad del subordinado que lleva buenas nuevas a su superior—. Asesinaron a Dudley, pero eso no es todo. —Su IND enrutó el primer conjunto de archivos a la enorme pantalla que había montada en la pared de enfrente del escritorio de Simon. Apareció una imagen dividida. A la izquierda se veía lo que había grabado una cámara que vigilaba la plataforma de estacionamiento del avión espacial. A la derecha aparecían las capturas que el escáner aéreo había hecho del mismo lugar.

Simon se reclinó en el respaldo del asiento y vio un hombre bajar por las escaleras del Xianti 5005 justo cuando Dudley Tivon salía del hangar de mantenimiento. En la imagen de la izquierda, Dudley caminaba por la plataforma de estacionamiento y se mentía en otro hangar. En la captura de la derecha, los dos hombres se encontraban y a los pocos segundos Dudley caía muerto.

—No sé cómo lo han hecho, —dijo Braddock Raines con admiración—, pero no han dejado ni rastro de *software* subversivo en toda la red del puerto espacial. Incluso envié allí a uno de nuestros hombres para que extrajera los circuitos de memoria de las cámaras de la plataforma para que pudiéramos examinarlos. Nada. Ahora sabemos que pueden manejar esa red a su antojo. Utilicen lo que utilicen, es impresionante.

—¿La memoria de esa cámara está protegida por e-alfa? —preguntó Simon con sequedad.

—No, pero sí mediante una encriptación excelente. Sin embargo, la copia de seguridad de la memoria que hay en el SA está dentro de una fortaleza del e-alfa —le informó Raines—. Pero creemos que la subversión

la sufrió la propia cámara, al menos su conexión a la red. Tienen que tener su propio SA en red para generar las imágenes falsas en tiempo real. El proceso en sí es admirable. Intervinieron cuatro cámaras, que sepamos, lo cual exige un gran ancho de banda. Nuestro SA debería haber detectado todo el tráfico subversivo que se estaba moviendo por la red del puerto espacial. El hecho de que no fuera así es muy interesante.

—¿Quiere decir que pueden anular el e-alfa?

Raines, que no quería comprometerse, torció la cara.

—Es posible conseguir algo así sin reventar las fortalezas del e-alfa. Pero es muy complicado. Por supuesto, subvertir el e-alfa también lo es. Si no son capaces de hacerlo, entonces tampoco son tan peligrosos para nosotros. El hecho de que aquel tipo se colara en el avión espacial es prueba de ello. —Ejecutó un archivo previo del escáner espacial que mostraba al intruso caminando por la plataforma de estacionamiento y subiendo por la escalera—. No se ha registrado ninguna entrada durante la noche —comentó Raines cuando el hombre se acercó al descomunal avión triangular—. Como se puede observar, cuando llega a la escalera no necesita forzar el cierre de seguridad. El *software* ya estaba preparado para reconocerlo.

—Supongo que también han elaborado un informe de lo que ha hecho a lo largo de la semana —dijo Simon.

Los dos operarios de inteligencia se miraron con gesto preocupado.

—Lo hemos intentado. Pero no hemos podido determinar cuándo entró al hangar de mantenimiento y mucho menos al puerto espacial. Los únicos datos de los que nos podemos fiar son los de los sensores del escáner aéreo, lo que no nos permitir establecer un perfil muy detallado.

Simon farfulló unos cuantos improperios. A lo largo de los últimos años había reclamado en incontables ocasiones que se aumentara la capacidad de vigilancia de los satélites durante las campañas de captación de bienes. Tal reclamación nunca pasó de la fase de propuesta. Para ser honesto consigo mismo, ni siquiera él podía justificar el gasto de semejante intensificación de la protección. Estaba muy acostumbrado a tener disponible ese recurso. Pero la Tierra, con sus enjambres de satélites de órbita baja, era un caso único. Aquí, lo mejor que Z-B podía ofrecer a las fuerzas de Seguridad Estratégica eran satélites suficientes para garantizar una vigilancia constante de los puntos críticos, es decir, el puerto espacial y el cuartel

general de la capital. Los sistemas de vigilancia de tierra reforzaban la función de los satélites, aunque tampoco mucho. Cada vez que miraba al borroso rostro del intruso, se alegraba de que la flotilla del escáner aéreo hubiera pasado desapercibida para la resistencia. Hasta el momento era su única ventaja.

—Habrán rastreado al coche de Tivon saliendo del puerto espacial.

—Sí —dijo Raines, feliz por poder comunicarle más buenas noticias. Proyectó los archivos necesarios en la pantalla. El escáner aéreo había captado un pequeño robot de carga avanzando por el aparcamiento vacío a las cinco en punto. El intruso se acercaba al coche de Tivon desde la dirección opuesta. Llegaron al vehículo al mismo tiempo. El intruso abrió el maletero y el robot depositó en él una caja sellada antes de continuar su ruta. Todo ocurrió en cinco segundos. El robot apenas se detuvo.

Simon vio cómo el intruso cerraba el maletero y se montaba en el coche.

—Esperó durante cuarenta minutos antes de marcharse —dijo Raines con cautela—. Si hubiera salido a las cinco, hubiera llamado la atención. De modo que decidió esperar a que diera la hora a la que Tivon solía marcharse. Eso sí que es sangre fría.

Simon no despegó la vista de la pantalla.

—¿Perfil del coche?

—Salió del radio de vigilancia del escáner aéreo a doce kilómetros del puerto espacial. Siguió conduciendo por la autopista sin detenerse.

—¿Han conseguido imágenes de su rostro?

—Más bien no. Evitaba levantar la cabeza; supongo que estaría al tanto de todos nuestros métodos de vigilancia. —En la pantalla apareció un fotograma que mostraba al intruso en el aparcamiento levantando un poco la cabeza para examinar algo que era un poco más alto que él. La imagen se expandió y dio lugar a un mosaico de píxeles tan grandes como pelotas de golf—. Y eso con realzado por SA. A partir de esto obtenemos cinco posibles caras. —La pantalla pasó a mostrar las cinco variantes, todas las cuales perfilaban a un hombre menor de treinta años de facciones borrosas.

—No nos sirven de nada. —Simon pensó que las extrapolaciones no marcaban los rasgos lo bastante como para poder identificar a nadie, que incluso en las novelas en vivo generadas por SA los personajes ofrecían un aspecto más real—. Y eso que ni siquiera lleva sombrero —dijo Simon con

aire pensativo. Miró a Adul Quan fijamente—. ¿Recuerda el último incidente de este tipo?

—En el bar de Kuranda —respondió Quan—. Justo antes de que saliéramos de la Tierra. ¿Cree que guardan alguna relación?

—Es difícil asegurarlo ahora. Si desean pasar inadvertidos deben emplear nuestras mismas técnicas. —Frunció el ceño y volvió a mirar los cincos rostros inexpresivos. Le impresionaba la audacia y el ingenio del intruso. En ninguna de las campañas en las que había estado se había encontrado con una amenaza similar. No podía dejar de preguntarse por qué aquel letal movimiento de resistencia había surgido precisamente en Thallspring—. No, no creo que se trate de una conspiración interestelar. Debemos centrarnos en la amenaza inmediata. ¿Durante cuánto tiempo permaneció en el interior del Xianti?

—Diecisiete minutos —respondió Quan.

—Tiempo de sobra para hacer cualquier cosa. ¿Hoy ha volado?

—Sí, señor. Esta mañana ha transportado un cargamento a la *Norvelle*. Aterrizó a las trece treinta y cinco. No se han registrado problemas en el control de vuelo. Ahora está repostando y pasando por los tests de pre-vuelo antes del siguiente viaje de carga, programado para las dieciocho veinte. —Quan miró a Simon a la cara—. ¿Quiere que detengamos el proceso?

—No. ¿Con qué nave se tiene que acoplar a esta hora?

—Con la *Chion*, señor.

—Que se vuelva a acoplar con la *Norvelle*. Si ha llevado algo hostil allí arriba, prefiero que la contaminación se concentre en el mismo punto.

—Sí, señor.

—Después de que haya dejado el cargamento, quiero que se le detecte algún fallo mecánico que justifique su atraque en la dársena de mantenimiento de la *Norvelle*. Braddock, usted subirá a la *Norvelle* en el siguiente vuelo. Le comunicará mis instrucciones al capitán. En cuanto llegue, formará un equipo con nuestros mejores técnicos. Desmontarán toda la maldita nave, molécula por molécula si es necesario, pero quiero averiguar qué es exactamente lo que nuestro amigo estuvo manipulando y qué regalito nos ha dejado. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Muy bien. Y de ahora en adelante vamos a operar como si el e-alfa estuviera anulado, incluyendo las comunicaciones internas. No podemos ponerles las cosas en bandeja.

La policía de Thallspring, al igual que la de cualquier otro mundo colonizado por los humanos, se regía según una normativa muy rigurosa para resolver las situaciones y crímenes a que se enfrentaban los agentes. Este conjunto de regulaciones se había ido elaborando muy concienzudamente a lo largo de los años y se encontraba en una constante fase de revisión gracias a diversos factores como la legislación, juicios ganados y perdidos, abogados taimados, avances en medicina forense, grupos de presión, procesos fracasados y derechos y errores humanos. Todos los agentes estaban formados para seguir tales procedimientos al pie de la letra, sobre todo cuando se trataba de crímenes serios. Cuando se intentaba ahorrar tiempo y dinero siempre se ponían en riesgo los procesos legales.

Por lo tanto, cuando la joven entró dando tumbos en la comisaría del puerto deportivo de Memu Bay a las dos y veinticinco de la mañana, llorando y gritando como una histérica porque la habían violado, el agente de la ventanilla supo de inmediato qué había que hacer. Llamaron a los detectives especialistas en casos como este y a una doctora. Una agente llevó a la víctima a una sala de interrogatorios, donde grabarían todo lo que dijera.

El procedimiento indicaba que se le tomara una declaración preliminar lo antes posible. Así se aseguraba que si la víctima revelaba la identidad del presunto autor, se podría enviar de inmediato un coche patrulla a la escena del crimen. También acudiría un equipo forense para recoger pruebas.

En aquella ocasión sucedió algo inesperado. La chica empezó a gritar: «¡Era un alienígena! ¡Vi lo que tenía en el cuello!».

Los detectives que habían acudido para tomar declaración llamaron en seguida al comisario del distrito, que avisó de inmediato al despacho del Alcalde. Allí fue donde se produjo la segunda anomalía del procedimiento, lo que desató la furia y conmoción de la gente que llevaba el caso.

Se avisó a los superiores de Zantiu-Braun y de la administración civil de lo que estaba ocurriendo en la comisaría del distrito del puerto deportivo. Después se realizaron decenas de llamadas más. La familia de la víctima no dudó en contratar a los que eran considerados los dos mejores abogados de Memu Bay (aunque se ofrecieron a renunciar a sus honorarios), que se presentaron en el acto en la comisaría del distrito. Como era de esperar dado el exceso de gente involucrada, la prensa no tardó en hacerse eco del caso. Ninguna de las agencias de noticias publicó la identidad de la víctima en el banco de datos, si bien anunciaron que tenía quince años. Lo que sí dejaron bien claro es que un alienígena era el principal y único sospechoso.

Una vez que llegaron los oficiales principales y el alterado padre de la chica, se llevaron a esta a una pequeña sala de examen. En presencia de un abogado, del detective al cargo del caso y del representante legal de Z-B, la doctora tomó muestras de lo que los medios denominaron «pruebas genéticas» de la violación. Las cámaras recogieron imágenes de las magulladuras, los arañazos, la ropa desgarrada y una mejilla hinchada. Después de esta terrible experiencia, la enfermera pasó a curarle las heridas superficiales.

Dejaron que la chica se fuera a casa y le asignaron un trabajador social especializado en asistencia psicológica a las víctimas. Los detectives del distrito la interrogarían con más calma después de que se hubiera recuperado un poco.

Entretanto, enviaron las muestras genéticas al Laboratorio de Medicina Forense de Memu Bay para que las analizaran de inmediato, adonde también acudieron el detective superior, el abogado de la víctima, el magistrado de la policía, el oficial legal de Z-B y un técnico médico de Z-B. Solicitaron a la jefa del departamento que se encargara ella misma del análisis para que se asegurara de que todo se hacía como era debido. Hasta ella estaba nerviosa cuando colocó una muestra de las pruebas genéticas bajo el lector del escáner. El SA tardó ocho minutos en obtener una muestra completa de ADN.

El detective la comparó primero con las del registro criminal de Memu Bay. No coincidía con ninguna. Entonces el magistrado de la policía autorizó una suspensión de la garantía de privacidad que permitía acceder a los registros médicos de la ciudad para realizar una búsqueda exhaustiva. Tampoco se encontraron muestras coincidentes. El detective solicitó formalmente al oficial legal de Z-B que buscara en los archivos de la

plantilla de la compañía. Dado que no tenía manera de negarse y estaba obligado por las leyes de Thallspring, accedió.

Aunque el SA de Z-B podría haber realizado la búsqueda en cuestión de segundos y enviado los resultados al grupo mientras todavía se encontraban en el Laboratorio de Medicina Forense, el detective y su compañero, acompañados por el oficial legal de Z-B, salieron en coche hacia el barrio de hoteles que Z-B empleaba como cuarteles. Durante el trayecto recibió en su perla de brazalete un completo informe procesal del magistrado. El comisario no estaba dispuesto a dejar que los detalles técnicos que les pudiera dar algún abogado agresivo de Z-B impidieran que se hiciera justicia.

Eran las cinco y treinta y dos de la mañana cuando todas las partes relevantes se reunieron con el oficial de servicio de los cuarteles. Escuchó la petición del detective y le dijo que cooperaría con él. Entregó el archivo del ADN del sospechoso a un ayudante, que lo cargó en el SA de los cuarteles.

A los diecisiete segundos apareció una muestra que coincidía al cien por cien.

Ebrey Zhang llevaba en su despacho desde las tres y media, sin poder dejar de beber café amargo y comer cruasanes pasados. Un oficial legal y el SA de la administración civil le habían hecho llegar informes de su situación jurisdiccional. Había mantenido una desagradable entrevista con el general Kolbe para ponerlo al corriente. Hasta el momento lo único bueno era que todavía no había recibido una llamada personal de Simon Roderick.

Pese a todo, tal y como no dejaba de repetirse, aún no se había demostrado nada.

Dos cámaras le permitían ver lo que estaba ocurriendo en los cuarteles. Por su membrana optrónica fueron pasando los resultados de la búsqueda en tiempo real. Cuando comprobó que el resultado daba positivo se le tensaron todos los músculos, como si le hubieran echado un puñado de hielo por la espalda. Lanzó la perla de escritorio contra la pared con toda su fuerza. La carcasa se partió en cuanto se estrelló con el lejano muro. «¡JODER!».

Su edecán intentó permanecer impasible. No le resultó sencillo. El banco de datos empezó a llenarse de noticias sobre el incidente. Ya se habían

presentado tres periodistas en los cuarteles. Por fortuna todavía era pronto, pero no pasaría mucho tiempo hasta que se congregara toda una multitud de ellos. Aquel prometía ser un día muy largo.

En la gran pantalla de sábana que había frente al escritorio de Zhang se veía al detective solicitando la custodia del sospechoso al oficial de servicio de los cuarteles.

—¿Señor? —dijo el edecán.

—Está bien —dijo Ebrey en tono de derrota—. Que se lo lleve.

El edecán dio una orden a su SA personal, que transfirió el mensaje al oficial de servicio.

—Que cinco pelotones preparen sus Cueros ahora mismo —ordenó Ebrey Zhang—. Quiero que se garantice su seguridad en la comisaría adonde lo llevan. Déjeselo también muy claro a nuestro querido comisario; no me importa cuántos agentes tenga que retirar de otros servicios. No quiero linchamientos.

—Sí, señor. —Pasó una lista de instrucciones a su SA.

Ebrey continuó viendo la escena del cuartel. Todo el mundo se esforzaba tanto por parecer civilizado que parecía cómico. Pero aquel crimen era distinto, se decía a sí mismo. Santo Dios, este zoquete no podría habernos hecho más daño ni aunque se hubiera aliado con el maldito Killboy. Entonces pensó en lo que estaría pasando la chica y tuvo un escalofrío. Ebrey Zhang también tenía una hija.

—Que vaya alguien a la casa de la víctima —le dijo al edecán—. Que le quiten el puto collar de buena fe.

—Sí, señor.

Hal se revolvió en la cama cuando encendieron las luces del techo. Se oía un murmullo de voces atropelladas. Alguien le golpeó en el hombro.

—Vete a la mierda —masculló. Todavía estaba soñando con Avril.

—¡En pie, soldado! Hal levantó la cabeza. El sargento Wagner estaba junto a la cama y le miraba con cara de asco. El capitán Bryant estaba detrás del sargento, furioso y quizá un tanto asustado. Había más personas en la habitación del hotel, dos vestidas de policía.

—Whaa... señor. —Hal retiró el edredón y se puso en pie. No saludó, solo llevaba unos calzones. Debía de tener una pinta ridícula. El corazón empezó a aporrearle el pecho. Oh, mierda, se han enterado de que me salté el toque de queda.

—Detective —le dijo Bryant con sequedad a uno de los policías.

El detective se acercó a Hal.

—¿Es usted Hal Grabowski?

—Er... sí, señor. —Miró a Wagner con la esperanza de que este saliera en su defensa. El Sargento lo miraba con repulsión.

—Debo arrestarlo bajo sospecha de violación.

—¿Qué? —Hal se quedó boquiabierto.

—Según la declaración de Perlman, le aconsejo que ahora no diga nada. Estoy autorizado a llevarle a un área de retención autorizada oficialmente, donde se le interrogará en presencia de su representante legal. Por favor, vístase.

—Esto no tiene ni puta gracia. ¿Señor? —Miró al capitán.

—Vístase —le ordenó Bryant.

—Yo no he hecho nada. ¡Eso no!

El detective sacó las esposas.

—Vamos, hijo, no lo hagas más difícil.

—¡No puede hacer esto!

—Oh, ya lo creo que sí.

Hal miró al capitán, implorante.

—Dígaselo.

—Mientras esté aquí obedecerá las leyes civiles locales, Grabowski, quedó bien claro durante la sesión informativa. Ahora póngase la puta ropa o irá a comisaría con lo puesto.

El sargento Wagner le tendió unos pantalones. Hal sonrió con confusión y los cogió.

—Quiero que se selle esta habitación —le dijo el detective al capitán Bryant—. Nuestro equipo forense vendrá a examinarla.

—Entiendo. Nadie entrará aquí.

No estaba ocurriendo, decía Hal para sí, nada de aquello estaba sucediendo.

Lawrence Newton entró en la habitación, vestido con una bata gris corta de felpa. Se rastrilló el pelo con los dedos al tiempo que bostezaba.

—¡Sargento! —gritó Hal—. Por el amor de Dios, ayúdeme.

Bryant le señaló con un dedo para indicarle que no se metiera.

—Manténgase al margen de esto, Newton. Cuando se arresta a alguien, no puede meterse nadie del mismo pelotón que el sospechoso. Son las normas. Ahora salga de aquí.

Lawrence asintió con la cabeza a lo que le había dicho el capitán, como si fuera obvio. Después miró al detective.

—Soy el suboficial del muchacho. ¿De qué se le acusa?

—¡Newton! —exclamó Bryant colérico.

—Nos lo llevamos para interrogarle sobre una presunta violación.

—¿En serio? ¿Cuándo se supone que ha ocurrido? —preguntó Lawrence.

—De madrugada.

—De acuerdo. —Lawrence miró al muchacho, que estaba desesperado —. ¿Es cierto esto?

—Silencio —ordenó Bryant—. Grabowski, le ordeno que no conteste.

—No, Sargento. Yo no haría algo así. Por los huevos de Cristo, tienes que creerme.

Se miraron a los ojos unos instantes.

—Te creo.

—Oh, gracias, Dios santo.

—Termina de vestirte, Hal —le dijo Lawrence—. Tienes que ir con la policía.

—¡Sargento!

—Hazlo. Vamos a buscarte un abogado. Pronto descubriremos qué ha ocurrido. Mientras tanto, haz lo que se te dice. ¿Entendido?

—Sí, Sargento.

Hal terminó de ponerse la ropa y a regañadientes dejó que el detective lo esposara. Cuando lo sacaron al pasillo, sus compañeros de pelotón ya lo estaban esperando a la puerta de sus habitaciones. Le gritaron para animarlo, le dieron palmadas en el hombro para que se tranquilizara y le dijeron que no se preocupara, que todo se aclararía en seguida. Hal les sonrió con avergonzado agradecimiento. Lo último que oyó antes de que se

cerraran las puertas del ascensor fue lo que el capitán Bryant susurró con ira:

—A mi despacho, Newton. Cinco minutos.

Se había congregado una furiosa multitud a las puertas de la comisaría. Hal podía oír el alboroto desde su celda. Los cantos. Los gritos.

Todo el mundo le había tratado con amabilidad desde que llegó. Puro teatro, podía olerlo. Un teniente de Z-B, Lannon Bralow, lo había acompañado durante el trayecto en coche.

—Soy tu representante legal —le dijo a Hal.

—¿Eso significa que eres mi abogado?

—Sí.

Hal se tranquilizó un poco.

Cuando llegaron a la comisaría lo metieron en una sala de reconocimiento médico y le dijeron que se desnudara. Metieron la ropa en una bolsa de polietileno y se la llevaron. Después llegó el doctor para tomar muestras. Lannon Bralow no puso objeción y le dijo a Hal que cooperara. Por tanto, el muchacho se tumbó en la camilla y se dejó hacer. Solo se sintió incómodo cuando el doctor empezó a examinarle la polla. ¡Por el amor de Dios, la polla! Pero Bralow, que no se había marchado, le seguía diciendo que no pasaba nada, que era algo necesario. Hal no se opuso pero hizo al abogado prometerle que no le hablaría de aquello a sus compañeros del pelotón 435NK9. Santo cielo, se lo recordarían toda la vida.

Una vez realizado el examen, el policía le dio a Hal un camisón y lo bajó al calabozo. Un rato después, horas para Hal, el teniente Bralow fue a verle.

—Muy bien, ¿qué va a pasar? —preguntó Hal. Estaba un poco jodido porque el Sargento no había aparecido.

—En seguida te interrogarán.

—¿Por qué? No he hecho nada.

Bralow forzó una sonrisa.

—Hal, la chica que ha puesto la denuncia... han encontrado semen tuyo en su vagina. Estuve presente cuando tomaron las muestras. Hasta nuestro SA identificó tu ADN.

—Imposible. Nunca he violado a nadie. No soy un puto animal.

—Hal, hemos investigado también en el cuartel. Sabemos que anoche te saltaste el toque de queda. Morkson nos dijo lo del patio trasero y lo del rastreador de movimiento.

—¡Mierda! —gruñó Hal. *Puto Morkson. Qué cabrón*.

—Hal, escucha, tienes que contarme la verdad. Media Memu Bay está ahí fuera pidiendo tu cabeza. Las fábricas de bienes están en huelga. Han levantado una barricada frente a la entrada del aeropuerto para que nuestros camiones de mercancías no puedan pasar. Están atacando a los pelotones en todas las calles, esta mañana ya hemos tenido que recurrir a los dardos en nueve ocasiones, y eso que ni siquiera es mediodía. ¿Qué coño ha pasado esta noche?

—Fui a una casa de putas, ¿de acuerdo? Quiero decir, joder, hace meses que no me como un buen coñito. Estaba... no sé, a cien. Y el nuevo toque de queda...

—Vale. —Bralow parecía aliviado. Activó su perla de escritorio—. Cuéntamelo todo desde el principio.

Lo entrevistaron en una espaciosa oficina amueblada con un gran escritorio de madera y sillas giratorias de cuero. Hal estaba seguro de que a los prisioneros no se les solía interrogar en sitios como aquel. Lo que le extrañó fue encontrarse con más gente de la que esperaba ver.

El detective, Gordon Galliani, estaba sentado junto a una abogada, Heather Fernandes, que representaba a la familia de la víctima. Al fondo de la sala había dos hombres más, uno de ellos vestido con un impecable uniforme de policía. Hal ya reconocía a los oficiales veteranos nada más verlos. El otro llevaba un traje caro y conservador. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos, como si hubiera estado llorando. Miraba a todo el mundo excepto a Hal.

El teniente Bralow se sentó al lado de Hal. El capitán Bryant también estaba presente, aunque Hal podía haber pasado sin él. Quería ver al Sargento o a algún compañero del pelotón. Por lo menos, Bryant parecía haberse calmado un poco. Incluso le dijo «Hola».

Hal se sentó enfrente del detective. Había un par de ventanas holográficas de escritorio delante de él, ambas inactivas todavía.

—Señor Grabowski, estamos aquí para intentar determinar lo que ocurrió anoche —le dijo Galliani con una amigable sonrisa—. Este interrogatorio se está grabando y se puede utilizar como prueba en un posible juicio. Ahora, como sabe, se ha lanzado un serio alegato en su contra.

Hal se inclinó sobre el escritorio y extendió las palmas.

—Yo nunca he violado a nadie, ¿de acuerdo? Estoy diciendo la verdad. Y puedo demostrarlo.

—¿Ah, sí? —Durante un instante Galliani se quedó desconcertado—. ¿Cómo piensa demostrarlo? Hemos recogido un montón de pruebas que le incriminan.

—Miren, me salté el toque de queda, lo reconozco. Eso no lo voy a negar. Pero, joder, no he violado a ninguna chica. Fui a una casa de putas para echar un polvo y pagué por ello, una fortuna, por cierto.

—¿Está diciendo que acudió a un prostíbulo?

—Ahá.

—¿A cuál? ¿Dónde está?

Hal se estremeció.

—No estoy seguro. Cogí un taxi. El taxista conocía el lugar. Está a pocos minutos del cuartel.

Galliani guardó silencio durante unos segundos.

—¿Eso es todo? —preguntó por fin—. ¿Esas son sus pruebas?

—Ahá.

—Estoy seguro de que si investiga esta coartada, averiguará que es válida —dijo Bralow con tranquilidad—. Mi cliente intenta colaborar.

Galliani se reclinó en el respaldo y sonrió a Hal.

—Hijo, ha tenido tres horas enteras y acceso a un abogado sabelotodo. ¿Esta mierda es lo mejor que se le ha ocurrido?

—No es ninguna mierda —replicó Hal airado—. Fui a un burdel. Era una casa amplia y elegante, como todas las de aquella calle; había un jardín pequeño a la entrada y unas verjas de hierro, no sé el número, pero reconocería la casa en cuanto la viera de nuevo.

—¿A qué hora salió del cuartel? —preguntó Galliani.

—A las once y doce.

—¿Y cuándo regresó?

—A las dos y doce. Cuando el rastreador estaba inactivo. Doce minutos después de cada cambio de hora.

—Si no sabe dónde está el prostíbulo, ¿cómo volvió a su cuartel?

—La *madame* llamó a un taxi. Llegué al cuartel sobre las dos menos cuarto. Tuve que esperar fuera un rato antes de poder entrar.

—¿No le vio nadie?

—No, se suponía que no debía andar por ahí. Me quedé en un callejón; de todas formas, a esas horas no debía de haber mucha gente por la calle. Pero el taxista puede responder por mí.

—¿El taxista que le trajo fue el mismo que le llevó?

—Ahá.

—Supongo que no sabrá su nombre o la compañía de taxis en que trabaja.

Hal se encogió de hombros, incapaz de responder a eso.

—No. Pero creo que utilizó un conductor por SA cuando salimos. Podrán encontrarlo a través de los registros de los reguladores de tráfico.

—Lo revisaremos.

—Nosotros también —murmuró Bralow sosteniendo la mirada al detective.

—Muy bien —dijo Galliani—. Entonces estaba en la calle a la misma hora que esta presunta violación tuvo lugar y nadie puede confirmar dónde se encontraba exactamente.

—El taxista puede, la *madame* puede, por supuesto Avril también... —Hal los iba contando con los dedos.

—¿Avril?

—La puta con la que me pasé media noche follando. Además hay otro par de furcias que también me vieron. Eso sí, no sé sus nombres.

—¿Pero las reconocería si las viera?

—Claro, por supuesto.

—¿Está diciendo que si encontramos el taxi y el hotel se comprobará su inocencia?

—Eso es. —Hal sonrió con alivio—. Exacto, veo que lo ha pillado.

—¿Entonces cómo explica que encontráramos semen suyo en la vagina de la víctima?

Hal se quedó estupefacto.

—No lo sé. Tiene que ser falso. Es un montaje, no puede ser de otra manera.

—¿Y la historia de la chica? Afirma que usted la atacó en Sheridan Park. Que la amenazó con activar su collar de buena fe si no hacía lo que usted le pedía.

—Eh, todo eso es mentira, amigo. Toda esa mierda es mentira. Toda. Yo no he estado en Sheridan Park. Esa chica miente. Es parte de todo este número.

—¿Este número? ¿Cree que es una conspiración?

Hal miró a Bralow.

—Los empleados de Zantiu-Braun son claras víctimas de los desalmados confabuladores de Memu Bay, —afirmó el teniente—, cuya existencia ambos conocemos bien.

—Los pandilleros de esta ciudad se lo han hecho pasar mal —admitió Galliani—. Pero tampoco es que exista un movimiento de resistencia organizada, ¿o sí?

El capitán Bryant carraspeó.

—No. En Memu Bay no existe ningún movimiento de resistencia organizada.

Hal se giró y miró al capitán.

—No me joda. Usted presenció el puto partido de fútbol, por el amor de Dios. Vio cómo esos hijos de puta de Killboy hacían saltar a Graham Chapell en pedazos. ¡Lo vio perfectamente!

—Todavía estamos investigando el incidente del partido de fútbol —le dijo Bryant a Galliani—. Aún no estamos seguros de lo que ocurrió.

—Me cago en mi puta vida.

—¿Entonces cree que puede o que no puede haber una o varias personas capaces de incriminarle en una violación? —preguntó Galliani.

—Joder que si puede haber —exclamó Hal—. Es a los del puto Killboy a quien hay que acusar, no a mí.

—¿Lo que quiere decir que la víctima es cómplice de conjura?

—Apuesto a que sí. Tráiganla aquí sométanla al tercer grado. Ya verán cómo canta.

—Es curioso cómo siempre se repite la misma historia.

—¿A qué se refiere?

—Uno de los dos miente.

—Es ella, amigo, lo juro. Quiere tomarle el pelo. Está diciendo lo que Killboy le ordenó que contara.

Galliani se quedó callado, como si meditara. Al cabo de unos segundos solicitó un archivo a través de una de las perlas de escritorio, en cuya ventana apareció el rostro de una chica. Hal sabía muy bien que el detective no se fiaba ni un pelo de él.

—Para que conste en acta, señor Grabowski, ¿había visto antes a esta joven?

Hal estrechó los ojos, incapaz de entender lo que estaba ocurriendo.

—Esa es Avril. ¿Cómo han conseguido su foto?

—¿Avril?

—Sí. La furcia del prostíbulo. Si sabe dónde está, ¿por qué dijo que no?

—A ver si nos entendemos. ¿Está usted diciendo que esta chica es Avril, a quien usted conoció en un prostíbulo la pasada noche?

—Exacto. ¿Ya sabía usted quién era?

—Señor Grabowski, ¿durante algún momento de la pasada noche mantuvo relaciones sexuales con la persona a quien usted llama Avril?

—¿Qué quiere decir, que no es su verdadero nombre?

—¿Practicó sexo con esta chica? —repitió Galliani golpeando impacientemente con el dedo en la ventana.

—Claro. Y bien caro que lo pagué. Insisto, es ella. Anoche estuve en el burdel con ella.

Se produjo otro momento de silencio. El detective parecía empezar a ruborizarse.

—Señor Grabowski, ¿no notó en Avril nada fuera de lo normal?

—¿Como qué? —Hal no pensaba comprometerse. Sabía que ocurría algo muy extraño. Cómo deseaba que el sargento estuviera presente.

—¿No se fijó en que tuviera, por ejemplo, un collar de buena fe?

Hal se quedó atónito.

—No. Nada de eso.

—¿Está seguro?

—Oiga, tenía cosas más interesantes que mirar que el cuello, amigo. No llevaba ningún collar. ¿De qué va toda esta mierda?

—Gracias, por el momento ya sé todo lo que debía averiguar —dijo Galliani—. Haremos una pausa. Le aconsejo que dé un largo paseo en compañía de su abogado, señor Grabowski.

—¿Pero qué coño pasa? —exclamó Hal—. De acuerdo, me tiré a una puta. No es ningún crimen. Ni siquiera era buena. Deberían haberme reembolsado el dinero, amigo.

Oyó que una de las otras personas soltó un bramido. Cuando Hal se giró para ver qué ocurría, vio al hombre del traje caro abalanzándose contra él. Tenía la cara enrojecida, los ojos rebosantes de pura rabia y las manos extendidas para estrangularlo. A Hal no le dio tiempo a esquivarlo. Ambos cayeron al suelo y empezaron a revolcarse con violencia.

Galliani y el policía veterano los separaron. Bralow sujetó a Hal, que quería arrancarle la cabeza a aquel viejo loco.

—¡Qué cojones le pasa a ese! —gritó.

Sacaron al hombre de la sala. Había roto a llorar, sus desconsolados sollozos se podían oír muy bien a pesar de que habían vuelto a cerrar la puerta.

—Esto es un puto manicomio —exclamó Hal—. ¿Qué coño está pasando?

Bralow se sentó, suspiró y colocó la perla de escritorio ante él. El rostro de la chica seguía allí.

—Esta chica es la... la presunta víctima —dijo.

—¿Avril? Imposible, amigo. No puede ser. ¡Pagué por follar con ella!

—No se llama Avril.

Hal miró con repentina curiosidad a la puerta cerrada.

—¿Y ese quién era? El que quería matarme.

—El padre. El Alcalde de Memu Bay. El mismísimo Ebrey Zhang le colocó un collar de buena fe a su hija.

—Joder, me cago en la hostia —masculló Hal. Se sentó con pesadez junto a Bralow y empezó a asustarse de verdad. Todo tenía cada vez menos sentido, maldita sea—. Teniente, tiene que sacarme de esta.

—Lo veo complicado.

La *Norvelle* orbitaba alrededor de Thallspring, a mil kilómetros de distancia y con una inclinación de cinco grados que le permitía ver Durrell cada vez que pasaba por el meridiano cero del planeta. A las diez y cuarto de la mañana este alcanzó el horizonte de la capital. Cuando los sensores detectaron la masa de edificios, desde una de las cinco dársenas de comunicación del gigantesco vehículo emergió un láser de baja intensidad dirigido al ala este del Señorío del Águila. Lo detectó una pequeña unidad electrónica receptora del tejado, que de inmediato envió otro láser de respuesta a la nave. Una vez que los rayos fueron capturados por sus respectivos sensores, su anchura se redujo a menos de dos centímetros al llegar a sus objetivos, lo que estableció un vínculo imposible de interceptar. La unidad receptora del tejado estaba conectada a un módulo del despacho de Simon Roderick a través de un cable blindado de fibra óptica. Por supuesto, era imposible pinchar el cable. Aquel sistema era el que permitía comunicarse con la nave con mayor seguridad. Solo cinco personas sabían de su existencia.

Simon llevaba esperando la llamada desde que aquella mañana entrara al despacho. Había delegado el papeleo administrativo a sus asistentes y su SA personal. Decidió que sería más provechoso emplear el tiempo repasando la información archivada bajo el nombre genérico de «La oposición». Según iba leyendo pensaba en los posibles nuevos ataques, que a medida que avanzaba la mañana cobraban mayor violencia. Daba igual cuánta imaginación le echara, era incapaz de determinar cuál sería el siguiente paso de la resistencia. No terminaba de comprender el porqué de su desmesurada capacidad. Mientras más vueltas le daba, más se convencía de que lo peor aún estaba por venir.

Cuando el seguro módulo de comunicaciones dio un pitido, se activó una pantalla de sábana de la pared, en la que apareció uno de los compartimentos de la *Norvelle*. Se veía a un hombre sentado frente a un banco de trabajo de caída libre; la escasa gravedad le obligaba a sujetarse a la silla con varios cinturones. Miró a la cámara y sonrió.

—Buenos días. Parece que hoy hace un tiempo espléndido por allí abajo.

Simon se sentó detrás de su escritorio y miró al rostro de la pantalla. Era el suyo mismo, solo que quince años mayor. Las unidades de aquel lote concreto de clones, los SF9, se caracterizaban por su flema. Cada generación tendía a desarrollar una rareza propia, que achacaban a la

personalidad de los empleados de la guardería y a los inevitables estímulos exteriores que los clones recibían durante sus años formativos. Los del lote SK2, al que pertenecía el Simon del despacho, se distinguían por su carácter enojadizo, si bien eran pacíficos en comparación con los irritables SC5, cuyas tendencias provocaron que se investigaran los métodos de la plantilla de la guardería. Al margen de los matices conductuales, todos estaban entregados en cuerpo y alma a la compañía que controlaban.

—Buenos días —respondió el Simon SK2—. ¿Qué tenemos?

—Bien, la buena noticia es que no fue una bomba.

—Nunca pensé que lo fuera. Demasiado burdo para nuestros amiguitos.

—El joven Braddock Raines fue de lo más minucioso; se analizó la cabina del avión espacial y se escaneó hasta el último átomo. También hizo que se extrajeran los sistemas accesibles para revisarlos en el laboratorio de la nave. No se han encontrado residuos genéticos ajenos. Sin embargo, alguien había abierto un panel de acceso. Había restos de metal en los tornillos Allen. La aleación no se corresponde con la de las herramientas que manejan nuestros técnicos de mantenimiento.

—Gracias a Dios. Empezaba a pensar que eran casi infalibles.

—No. El panel da acceso a varios componentes electrónicos, incluida una de las principales conexiones de red. No parece que se manipulara ningún componente, excepto esa conexión, lo que resulta intrigante. El macroescáner nuclear reveló que la estructura molecular de la cubierta sufrió algún tipo de presión. Nuestros expertos en física de sólidos parecen confundidos. No saben a qué se debe.

—Interesante.

—Yo diría alarmante. No quiero pensar que Thallspring dispone de una tecnología que nosotros no comprendemos. Sobre todo cuanto la emplean contra nosotros.

—Han ocultado muy bien sus avances. Hemos realizado todas las auditorias pertinentes a través de la red del Tesoro y no se ha detectado que el gobierno haya desviado dinero para financiar proyectos tecnológicos clandestinos durante los últimos diez años.

—Suena extraño teniendo en cuenta que hablamos de gente que se cuela en nuestros aviones espaciales cuando les viene en gana. Tengan lo que tengan, funciona.

—Suponiendo que lo que el intruso le hizo a la conexión le permitió acceder a la red del avión espacial, ¿qué opinan nuestros expertos que consiguió?

—La teoría más sólida es la de la subversión total. Los informáticos han volcado todo el programa del SA del avión espacial a un núcleo de almacenamiento para poder analizarlo. Hasta ahora no han encontrado ni una sola línea de código malévolo. Todo apunta a que han ocultado y comprimido un comando en el código original.

—En otras palabras, que no sabemos lo que el intruso hizo ahí dentro.

—Eso es.

—Maldita sea. —El SK2 no desperdició el tiempo intentando organizar el puzzle. Esa era la ventaja de tener varias cabezas resolviendo el mismo problema; la solución a la que llegara su clon sería la misma a la que acabaría llegando también él. Además el SF9 ya llevaba una hora investigando—. ¿Alguna sugerencia?

—La intrusión debe de ser parte de una misión de reconocimiento. El interés que nuestros amigos tienen por el avión espacial demuestra que desean llegar aquí arriba de una forma u otra y, dado que han escogido un Xianti, su objetivo final deben de ser las naves espaciales. Si la resistencia tuviera capacidad de vuelo, ya nos habrían atacado. Por lo tanto, todavía se encuentran en la fase de planificación. En mi opinión, el intruso copió el SA para estudiar nuestros procedimientos.

—Entiendo. ¿Entonces qué más necesitan?

—Para que no nos demos cuenta de que intervienen otros vuelos deben utilizar un buen sistema de comunicación. Esperemos que no lo hayan hecho ya.

—Tomaré las medidas oportunas. ¿Piensas que el e-alfa corre peligro?

—Sin duda.

—Deberemos tenerlo muy en cuenta.

—Por supuesto. Te dejo a ti los detalles.

—Gracias. Por favor, dile a Raines que vuelva aquí. Le necesitaré para poner en práctica los nuevos procesos.

—Saldrá en el siguiente vuelo. —El SF9 miró a una ventana y leyó el texto que apareció en ella—. ¿Entonces qué política ha decidido aplicar en Memu Bay?

El SK2 utilizó su IND para consultar su SA personal. Los sumarios del día inundaron su cerebro, ordenados a la perfección en tablas de color azul marino.

—Mierda —murmuró cuando el caso de la violación de Grabowski pasó ante él. Debería haber hecho la revisión general de todas las mañanas. No deberían surgir problemas como este—. ¿A qué cojones está jugando Zhang?

El SF9 sonrió con satisfacción por su pequeña victoria. Una competitividad sana hacía que los Simon disfrutaran al marcar tantos delante de sus hermanos.

—Lo investigaré a fondo —dijo el SK2.

—No hace falta. Bastante tenemos ya con los pocos bienes que llevamos recogidos. Hay que calmar el ambiente. Entrega a Grabowski al populacho. Después habla claramente con Zhang.

—Bien —dijo con sequedad. Le irritaba que aparecieran inconvenientes de este tipo.

El SF9 cortó el vínculo y soltó una risita de satisfacción.

Cuando el coche de Ebrey Zhang llegó a la comisaría del puerto deportivo, el comandante echó mucho de menos su Cuero. Los manifestantes habían tomado la carretera y estaban montando un estruendoso alboroto. Tuvo escalofríos al leer los mensajes que habían pintado en las paredes de los edificios de los alrededores, con los que declaraban lo que le iban a hacer a Grabowski. Diez personas con collar de buena fe se habían encadenado en la entrada de la comisaría. Se habían colgado del cuello unos carteles en los que ponía:

> Antes muerta que violada
> Así que
> *Mátame ahora, por favor*

Sobre el coche empezaron a llover piedras, latas, botellas y lo que Ebrey esperaba que solo fuera barro en medio de una tormenta de golpes amortiguados por la abollada carrocería. Diez Cueros y un grupo de

policías equipados con protecciones antidisturbios apartaron a la muchedumbre enfurecida y abrieron camino para que pasara el coche.

—Puta mierda —gruñó Ebrey. Un enorme amasijo marrón se estrelló contra el parabrisas y se extendió por todo él. Ahora ya no tenía dudas, eran heces. El conductor tuvo que accionar los limpiaparabrisas y gastar casi todo el depósito de líquido limpiador para recuperar la visibilidad.

—La situación no mejora en absoluto —dijo el teniente Bralow—. Hoy hay por lo menos tantos como ayer.

—Con las fábricas de bienes ocurre lo mismo —admitió Ebrey de mala gana—. Siguen en huelga.

—¿Qué dice el General?

—Soluciónenlo, y pronto.

—Qué fácil es decirlo.

—No le falta razón. Hay cosas más importantes que Grabowski. —Ebrey señaló a la muchedumbre—. Tenemos que apaciguar a estos animales. Ni siquiera podemos poner en marcha el programa de vacunación contra la tuberculosis. Es una locura.

—Podrían llevarlo a juicio en un par de semanas.

—¿Semanas? Mierda. ¿Es que todavía no han terminado su investigación?

—Casi. Tienen pruebas de sobra para echar abajo la coartada de Grabowski. Por supuesto, nosotros hemos realizado nuestra propia investigación. Nuestro SA no ha encontrado ningún taxi que le llevara a ningún sitio; mucho menos al burdel.

—¿No existe?

—No. Pensamos que la calle de la que habla es la Avenida de la Catedral. Allí únicamente hay viviendas particulares de gente acaudalada. Nada de prostíbulos.

—En otras palabras, que se lo ha inventado todo.

—Señor, ha violado a Francine Hazledyne. Lo más que puedo hacer por él es pedir el indulto.

—Ah. Eso me recuerda lo que me ha dicho el General.

—¿El qué?

—Que no dejaremos a nadie en la estacada, por feas que se pongan las cosas.

El teniente Bralow miró con inquietud al comandante durante unos segundos y asintió con la cabeza.

—Sí, señor.

El coche entró en el perímetro de la comisaría y bajó al garaje subterráneo. El detective Galliani los estaba esperando. Los saludó con la cortesía justa y les dijo que Margret Reece los esperaba arriba.

Ebrey Zhang se mantuvo inexpresivo pese a que se sentía colérico. Él era el gobernador de Memu Bay, el que llamaba a los oficiales para que fueran a verlo.

Si no queda más remedio, dijo para sí con rencor.

Durante las últimas cuarenta y ocho horas, Myles Hazledyne solo había conseguido dormir cuando el doctor de la familia le dio sedantes suficientes para dejarlo inconsciente. Por desgracia esas escasas horas de descanso estuvieron saturadas de pesadillas y rabia impotente. Igual que cuando estaba despierto.

Sabía que debía mantener la calma por el bien de su hija. Pero era tan duro. Para empeorar las cosas, era ella la que se disculpaba y no paraba de decir que sentía haberse quedado hasta tan tarde en el club con sus amigas. Que se arrepentía por no haberlo llamado a él o a un taxi cuando se fue.

Parecía que era ella la que lo consolaba a él. Lo cual estaba muy mal porque ponía de manifiesto lo mal padre que era.

Y así pasaron las horas. Una impotencia lastimosa que se alternaba con una cólera primitiva y absoluta. No pensaba volver a perder de vista a Francine nunca más, quería tenerla siempre a su lado para poder protegerla en todo momento. Pero sobre todo deseaba arrancarle el corazón a ese puto alienígena de mierda y ofrecerlo al sol al tiempo que daba gritos victoriosos y la sangre le empapaba el cuerpo.

Don y Jennifer se habían hecho cargo de la gestión cotidiana de la oficina del Alcalde. Por iniciativa propia. Por su parte, Margret Reece insistió en que no debían dejar que Myles se acercara de nuevo al sospechoso. La primera vez se aprovechó de su rango superior y de su papel de afectado para asistir al interrogatorio. No volvería a compadecerse

de él, sólo quería retorcerle el pescuezo a aquel muchacho burlón y despreciativo. Aunque solo fuera durante unos segundos.

Con todo, no había manera de que impedirle que asistiera a la reunión. Por fin Memu Bay sería capaz de resistir la invasión de la escoria alienígena y podría exigir que se respetaran las reglas. A los invasores no debía de hacerles ninguna gracia que su propia legitimidad de pacotilla se volviera en su contra.

Estaba esperando en el despacho del comisario del puerto deportivo, no muy lejos de donde se había realizado el interrogatorio. El comisario y su jefa, Margret Reece, ya estaban allí, así como el magistrado de la policía que llevaba el caso. Nadie parecía querer mirarlo ni mucho menos decirle nada. A Myles no le importaba. No tenía nada que decir. La comedida compasión de aquella gente no servía más que para recordarle aquello por lo que su pobre Francine había pasado. Si le seguía dando vueltas, se desmoronaría de nuevo.

La puerta se abrió y Galliano hizo pasar a Ebrey Zhang y al oficial legal de Z-B, Bralow.

Zhang saludó con cortesía.

—Señor alcalde. —Le ofreció la mano.

Myles solo quería hundir los puños en la cara de aquel cabrón. Margret Reece ya le había avisado pero él no podía olvidar quién le había colocado el collar a su niña. El jefe de policía lo observaba todo con gran atención, así como el comisario del distrito.

Zhang dio un sumiso paso atrás.

—Gracias por venir, gobernador Zhang —dijo Margret Reece—. Le he pedido que viniera en calidad de oficial superior de Halford Grabowski.

—Comprendo.

—Mis agentes han reunido pruebas suficientes para acusarlo formalmente de la violación de una menor. El magistrado aquí presente ha establecido la fecha para un juicio preliminar. Como comandante le pido que nos ceda su custodia civil mientras dure el juicio. Entiendo que este es un requisito con el que operan las fuerzas de Seguridad Estratégica de Zantiu-Braun.

—Correcto —dijo Zhang.

—Bien. —Margret Reece señaló al magistrado, que dio un paso al frente y ofreció una perla de escritorio al Gobernador. Un denso texto legal pasó

por su ventana.

—Gracias —dijo Zhang. Leyó el mensaje—. El juicio se celebrará dentro de tres semanas.

—Sí —asintió el magistrado.

—¿Cuál es la pena máxima para Grabowski si es declarado culpable?

—Estoy segura de que ya lo sabe —respondió Margret Reece—. Cadena perpetua.

—Por supuesto. Habrá alternativas.

—¡No, no las hay! —gritó Myles—. Lo sabía, sabía que intentarían escabullirse.

—Myles, por favor —le rogó Margret—. ¿Qué alternativas?

—Lo juzgará nuestro tribunal militar —propuso Zhang—. Será un proceso rápido y justo.

—¿Quiere decir que nuestros tribunales no son justos?

—En absoluto. Pero ni usted ni yo deseamos que su abogado apele que el jurado era parcial, lo cual, dada la situación actual de la ciudad, será un argumento muy válido.

—En otras palabras, ¿quiere que lo juzguen sus oficiales?

—Sí.

—¡Ni hablar! —gritó Myles—. Autorice la orden de custodia. ¡Ahora!

—Su abogado policial podrá incorporarse al equipo de la acusación —le informó Zhang—. Así se asegurará de que se respetan las reglas.

—No lo entiendo —dijo Margret Reece—. ¿Por qué un tribunal distinto? El veredicto parecerá evidente desde el principio. O... —Meditó unos instantes—. ¿Acaso está pensando en que el acusado cumpla su condena en una cárcel de la Tierra? ¿Se trata de eso? Si es declarado culpable, se lo llevarán a casa en lugar de cederlo a nuestros servicios penitenciarios, ¿no es así?

—En realidad no es eso lo que sucederá.

Myles dio un respingo al oír eso. A pesar de lo trastornado que se sentía, su instinto de político aún le permitía darse cuenta de que le estaban proponiendo un trato.

—¿Qué sentencia dictará su tribunal militar si lo declaran culpable?

Zhang lo miró a los ojos.

—Pena capital.

Myles nunca había pensado en eso. La pena de muerte no se contemplaba en ningún punto de las leyes penales de la constitución de Thallspring. Qué absurdo que ahora a él, guardián del liberalismo de los padres fundadores, se le diera la oportunidad de actuar contra su propio credo. No le cabía la menor duda de que debía oponerse porque aquello era un ataque directo contra los pilares de su cultura.

—En ese caso, —dijo Myles—, estamos de acuerdo.

Aquella mañana casi la tercera parte de los niños faltó a clase, lo que apenó mucho a Denise. Hacía un día maravilloso, con su sol abrasador colgado de un despejado cielo azul intenso. La brisa marina refrescaba las horneadas calles de Memu Bay lo justo para poder pasear por ellas sin sufrir un golpe de calor. De modo que no era el clima lo que los retenía en casa.

Hoy empezaba el juicio de Hal Grabowski. Toda la población de Memu Bay estaba pendiente de las noticias. A pesar de todos los disturbios y de toda la cólera, la gente se había calmado. Quizá no les hacía gracia un posible veredicto de pena de muerte, si bien nadie protestó al respecto. Por alguna razón, los tranvías funcionaban con normalidad y había abiertas muchas más tiendas de lo normal. No se veían pelotones de Cueros patrullando las calles. Incluso había gente en la playa disfrutando del agua y la arena. Además Denise sabía que los comités de trabajadores de las principales factorías de bienes iban a reunirse hoy con carácter de urgencia para discutir si volvían a trabajar o no.

Aun así, muchos padres se negaban a perder de vista a sus pequeños cuando la ciudad parecía haber entrado en contenida ebullición. Irónicamente, Melanie Hazledyne fue una de las pocas niñas que fueron a la escuela aquel día. La llevó Francine, que la acompañaba en el asiento de atrás de una gran limusina de lunas tintadas.

Denise vio desde la cocina cómo las hermanas se daban un beso de despedida antes de que Melanie echara a correr hacia la escuela y saludara a gritos a sus amigos. Llevaba una semana sin aparecer.

—¿Cómo estás? —le preguntó Denise en voz baja.

—Bien. —Francine consiguió esbozar una sonrisa estoica—. Lo que me preocupa es que esto pueda con mi padre. No pensé que le afectaría tanto.

—Ya se lo contarás más adelante, si quieres, después de que estos cabrones se hayan esfumado.

—¿Crees que debería decírselo?

—No lo sé —dijo Denise con franqueza—. Volverá a derrumbarse si le cuentas que su querida hijita se alió con una célula de la resistencia e hizo todo esto para apoyar la causa.

—¿Ha servido para algo?

Denise apoyó las manos sobre los hombros de la adolescente y se los apretó con suavidad para enfatizar la gratitud que sentía.

—Oh, por supuesto que sí. Mira todo lo que has conseguido. Ya no pueden salir a la calle. ¿Sabes lo que eso significa para los ciudadanos, no tener que agachar la cabeza y hacerse a un lado cada vez que esos matones arrogantes y endiosados se cruzan en su camino? Su campaña de saqueo ha sufrido un duro golpe financiero del que nunca se recuperarán. Ya no se harán ricos a nuestra costa. Tú lo has hecho posible.

—Sí. —Francine se irguió y sonrió ampliamente—. He puesto mi grano de arena. Pobre papi.

—Dile la verdad si crees que merece la pena. Déjale que me culpe a mí; le será más fácil. No deberíamos hacernos las víctimas por esto, porque no lo somos. Ahora lo son ellos.

—Gracias, Denise. —Francine se inclinó y le dio un beso—. Eres tan fuerte. Te necesitamos para derrotarlos. No quiero que mis hijos tengan miedo de las estrellas como yo.

Denise la abrazó con fuerza.

—Eso no ocurrirá nunca. Te lo prometo.

Después de que todos los niños hubieran llegado, Denise les dijo que se sentaran y les dio las pantallas electrónicas. Eso siempre les gustaba. Les hizo cantar a coro mientras dibujaban un millar de formas fantásticas de vivos colores. Todos le enseñaban su creación mientras paseaba entre ellos. Les dio ideas, los felicitó y los animó.

Un rato después hicieron un descanso para tomar zumo y comer galletas. Denise se sentó con ellos para tomar un té.

—Seño, termina la historia —rogó uno de ellos.

—¡Por favor! —gritó el resto a coro.

Haciéndose la remolona, Denise posó su taza de té.

—Faltan algunos de vuestros compañeros, tendré que contarla de nuevo más adelante. —Con esto desató chillidos de alegría entre sus pupilos.

—De acuerdo, entonces —dijo tras un teatral suspiro—. Os contaré el final. —Pensó que después de todo no sabía cuánto tiempo seguiría allí. Aquello la desanimó un poco; a pesar de que ante ella se abría un abanico de asombrosas posibilidades, echaría de menos aquellos sonrientes y traviesos rostros. Los niños entregaban su confianza y su admiración con tanta facilidad. Sintió que al recibir cuanto le daban se convertía en un fraude para ellos, idea que la desolaba.

—Mozark tardó diecisiete años en completar su viaje alrededor del Imperio del Anillo. Algunas semanas antes de su regreso, en su reino ya corrían rumores de que pronto volvería. Todos los planetas lo celebraron y cuando Endoliyn recibió la noticia no pudo contener las lágrimas de tan agradecida que se sentía porque su príncipe por fin volvería a casa. Hacía ya unos diez años que no se sabía nada de la nave ni del periplo de la tripulación. Y eso es mucho tiempo incluso para quienes nunca pierden la esperanza.

»Sin embargo por fin había llegado aquel día tan esperado, de modo que millones de súbditos de todo el reino se habían congregado en los alrededores del vasto campo de aterrizaje. Esperaron durante horas sin dejar de mirar al cielo ni un momento, sembrado de horizonte a horizonte por una infinidad de estrellas plateadas. Por fin se empezó a vislumbrar un débil resplandor a lo lejos. Poco a poco fue cobrando forma y la multitud empezó a gritar y alborotar para darles la bienvenida. La nave se posó en la misma plataforma de la que partió, que había permanecido sin utilizar durante aquellos diecisiete largos años.

»Cuando Mozark salió de la nave, el primero en saludarlo fue su padre, el Rey, que no podía contener las lágrimas al ver retornar a su hijo. Los demás miembros de la tripulación también fueron recibidos con grandes honores, pues aunque no gozaban del mismo renombre que su príncipe, su papel durante el periplo espacial no había sido menos importante.

»Por último, después de que terminaran todas las celebraciones públicas, Mozark viajó al palacio donde Endoliyn moraba para pedirle perdón.

—¿Por qué? —preguntó Jedzella sin comprender—. ¿Qué había hecho mal?

—Eso fue más o menos lo que le dijo Endoliyn —le respondió Denise con una sonrisa—. Ella también quería saber qué había hecho Mozark. A lo que Mozark le dijo que no podía perdonarse el haber desperdiciado diecisiete años lejos de ella. Estaban enamorados el día que partió, y separarse de aquella manera de la persona a la que se ama no se debe hacer. Endoliyn se rió y le dijo que era un tonto y que ahora lo amaba aún más por haberse embarcado en aquella aventura. ¿Cuántas personas sacrificaban tanto por sus ideales? Después le hizo la pregunta que durante los últimos diecisiete años le venía quemando los labios.

—¿Qué has encontrado?

»Mozark se sintió tan avergonzado que bajó la mirada.

—Nada —confesó—. Ahí fuera no he encontrado nada que no podamos construir o idear aquí nosotros solos. Te he fallado, este supuesto viaje noble y revelador no ha servido para nada. Casi he desperdiciado diecisiete años.

Endoliyn se aferró a aquella chispa de esperanza y le preguntó qué quería decir con aquello de «casi». Mozark le contestó que una cosa sí que había encontrado.

—Sólo he descubierto algo nimio que me convierte en un egoísta —dijo —. Algo que solo me sirve a mí.

—¿Qué, amor mío? —preguntó Endoliyn.

«Mozark la miró fijamente y le dijo:

—Me he dado cuenta de que la vida es lo más valioso que tenemos. Da igual dónde estés o quién seas. Lo único que importa es cómo vives cada día; debemos aprovechar hasta el último minuto, cuanto dé de sí. Ahora sé que sólo puedo aprovechar mi vida si la vivo contigo. Eso es lo único que he aprendido. No me importa que mi reino alcance la gloria o que se suma en el más profundo abismo, sólo pido compartir mis días contigo.

»Endoliyn río de alegría y le dijo que por supuesto que vivirían juntos para siempre. Mozark no cabía en sí de pura dicha. Con el tiempo se casaron, Mozark fue nombrado rey y Endoliyn reina. Gobernaron el reino durante largos años.

Pocos recordaban un monarca tan sabio y bondadoso. Por supuesto el reino no se sumió en ningún abismo, sino que prosperó mucho y bajo su gracia y serenidad encontraron cobijo y protección todas sus gentes.

Los niños se quedaron callados hasta que se dieron cuenta de que Denise ya había terminado la historia. Se miraron entre ellos con gesto hosco. No protestaron pero Denise sabía que se sentían estafados.

—¿Ya está? —preguntó Melanie.

—Me temo que sí —contestó Denise con suavidad—. ¿Qué habéis aprendido del viaje de Mozark?

—¡Nada! —gritó uno de los chicos. Los demás rompieron a reír.

—No me lo creo —dijo Denise—. Yo he aprendido un montón y estoy segura de que vosotros también. La moraleja del cuento es muy sencilla: toda esta tecnología de la que disponemos, y soy la primera en admitir que es fabulosa, no debería impedir que nos reconozcamos a nosotros mismos. La ciencia no es la solución a nuestros problemas: por sí sola no da la felicidad, como mucho nos ayuda a seguir el camino hacia ella. Pero ese camino debemos abrirlo nosotros mismos durante el escaso tiempo que se nos ha concedido para existir en este universo. Cuando seáis mayores os concentraréis en lo que es importante para vosotros como personas. En el caso de Mozark lo más importante era su amor por Endoliyn, y necesitó recorrer toda la galaxia para darse cuenta. Hasta que no buscó una solución a caballo entre la ciencia y el alma de sus iguales, no se dio cuenta de lo estéril que era su búsqueda. El universo se extiende a vuestro alrededor, pues ésa es la única manera en que lo podréis percibir. Vosotros sois lo más importante de él, cada uno de vosotros.

Una vez que se calmaron, aunque tampoco mucho, se pusieron en pie y salieron corriendo a jugar al jardín.

—Muy bien, querida.

Denise se giró y vio a la señora Potchansky en la entrada de la pequeña cocina de la escuela.

—Gracias.

—Ya tenía ganas de saber cómo acababa la historia —dijo la anciana.

—¿Entonces te ha gustado?

—Oh, por supuesto. Aunque me temo que todavía no se puede codear con los clásicos. Habría que pulir algunos detalles. Pero me alegro de que se la hayas contado.

Denise miró cómo los niños alborotaban en el jardín.

—Quizá debería haber hecho más interesante el final.

—Si ese era el verdadero final, entonces era así como había que contarlo. Nunca te traiciones, querida.

Denise sonrió y se levantó de un salto.

—Nunca lo he hecho.

—Lo sé.

El extraño tono de la voz de la anciana hizo que Denise no supiera qué decir.

—Me siento orgullosa de ti, Denise —continuó la señora Potchansky—. Has hecho un estupendo trabajo durante estas últimas semanas. Las circunstancias no han jugado a nuestro favor y eso me da esperanza.

—Venceremos, no te preocupes.

—No me cabe la menor duda. Thallspring vencerá. —La señora Potchansky regresó a la cocina.

Cuando se empezó a escuchar el ruido de los cacharros que estaban cargando en el lavavajillas Denise se preguntó de qué habrían estado hablando exactamente.

Michelle Rake hizo bien al hacer que asignaran el laboratorio a Josep y Raymond. Estaba en el bloque de botánica, uno de los edificios más antiguos de la universidad, alejado del ajetreado campus de la institución. Una avenida bordeada de robles lo comunicaba con el núcleo de las instalaciones de la facultad; sus hojas largas y verdes oscuras proyectaban una densa sombra sobre el camino. Los estudiantes decían que cuando empezaban a brotar las flores blancas liberaban un delicioso aroma, pero que todavía quedaban algunos meses para eso. Los enormes árboles y el aire paralizado dotaban a aquella zona del campus de una atmósfera de aislamiento, como si lo más importante se hiciera en otras secciones y allí sólo quedara un puñado de viejos estudiosos que se pasaban el día cuidando de las plantas que había entre las antiguas y decadentes instalaciones.

Era el escenario perfecto para que Josep y Raymond ejecutaran las simulaciones en vivo. Aislados al tiempo que en pleno corazón de Durrell. La red del bloque de botánica llevaba varias décadas desfasada pero cubría sus necesidades de sobra; además, incluso ahora que la vida de la capital

más o menos había vuelto a la normalidad, el treinta por ciento de los estudiantes seguía sin asistir a clase. Eso hacía que fueran más bien pocos los que se preguntaban qué hacían esos dos en el edificio; la botánica no era una de las disciplinas más demandadas.

Una de las paredes del laboratorio estaba bordeada por las cámaras de clima frío, a través de cuyos cristales empañados se veía una pálida luz violeta. El armario de refrigeración se oía zumbar y temblar en la esquina. Los dos bancos de madera que ocupaban el centro del laboratorio estaban cubiertos de un millar de objetos de cristal que parecían los componentes de un equipo de química avanzada de instituto. Las mesas de debajo de las largas ventanas estaban saturadas de botes de arcilla llenos de tierra arenosa de la que salían unos horribles cactus. El cubo negro del terminal del banco de datos estaba escondido debajo de una de las mesas, con sus tres pequeños LEDs naranjas parpadeando en la sombra. Un programa Principal lo había aislado de la red sin alertar al SA de mantenimiento. El grupo de perlas neurales del interior del cubo estaba generando una imagen de la *Koribu* tal y como se vería desde un Xianti al acercarse a ella. Josep y Raymond percibieron la simulación a través de sus agrupaciones de células descritas, que eliminaban la necesidad de utilizar trajes de sensibilidad. Los estímulos llegaban directamente a su cerebro mientras permanecían sentados uno al lado del otro en un par de viejos sillones de cuero que incluso daban la sensación de encontrarse en caída libre. Con solo cerrar los ojos se olvidaban por completo del laboratorio de botánica. Cualquiera que los viera pensaría que estaban en medio de la fase REM del sueño.

Dentro del entorno virtual compartido, Josep ocupaba el asiento del piloto del Xianti mientras Raymond y una simulada Denise empezaban a vestirse y prepararse tras él. Por el cristal se podía ver la *Koribu*, una gigantesca masa de maquinaria que solo distaba trescientos metros del morro del avión espacial. Se veían otros dos Xiantis aproximándose a la colosal nave con las puertas de las dársenas de mercancías extendidas. Las pequeñas naves de ingeniería unipersonales salieron a recibirlos, ansiosas por recuperar el valioso cargamento.

—No se ha producido contacto físico con la nodriza —dijo Josep con aire pensativo—. De modo que a trescientos metros de distancia ya hacemos saltar la alarma de fallo.

Los paneles de control y el cristal se cubrieron de gráficos ambarinos para informar de una avería hidráulica en los activadores de las puertas de

las dársenas de carga útil. El controlador de vuelo de la *Koribu* les hizo una serie de preguntas. Josep le fue respondiendo según las directrices que habían obtenido de los registros de datos de la misión del puerto espacial.

Una vez que el SA de la nave recibió y confirmó los datos de los sistemas del avión espacial, les permitieron atracar en la dársena de mantenimiento de la nave. Dados los pequeños fallos de equipamiento, el avión espacial sería enviado de regreso al planeta para revisarlo y repararlo. Realizar las operaciones de mantenimiento en caída libre era complicado y costoso, por lo que en muy pocas ocasiones estaba justificado. Transportar mercancías inaccesibles era una de ellas. El proceso, relativamente sencillo, consistía en suministrar energía hidráulica adicional al avión espacial para que las puertas de las dársenas de carga útil se abrieran y se pudiera sacar la mercancía. Después las puertas se podrían cerrar y blindar para que no se dañaran a su paso por la atmósfera. El avión espacial regresaría a Durrell para que le realizaran una revisión general. Además contaban con la ventaja añadida de que en la nave nadie llegaría a ver qué contenía la dársena de cargamento del Xianti.

Mientras Josep los paseaba por la sección de carga de la *Koribu*, Raymond terminaba de ponerse su traje. Estaba hecho a medida y para su confección se había empleado un tejido gris perla tan fino como el papel. La tela era elástica, por lo que introducir las extremidades en su interior era más o menos sencillo. La capucha del traje era más gruesa y semejaba una máscara protectora de deporte. Al ponérsela, unos pequeños túbulos se introdujeron por sus fosas nasales para suministrarle aire. Sus labios quedaron tapados por lo que le pareció una suave esponja seca que absorbía sus exhalaciones. El traje se cerró por el frontal y se ciñó al cuerpo. Durante unos instantes sintió pinchazos por todo el cuerpo. Después, cuando el proceso de morfosis concluyó, sintió como si estuviera desnudo. El tejido del traje cambiaba de color con las variaciones de temperatura corporal para expulsar el exceso de calor y mantenerlo en condiciones óptimas. Su agrupación de células neurales descritas empezó a recibir la información que le transmitían los sensores del exterior de la capucha para completar su visión.

Por último, cogió una chaqueta negra sin mangas y se subió la cremallera. Era una suerte de arnés en el que se podían acoplar distintas armas, transformadores y munición, aunque también disponía de varias

boquillas de propulsión en los hombros y la cintura que ofrecían al portador cierta maniobrabilidad en caída libre.

Denise también había terminado de vestirse. Estaba agarrada a un asidero que había cerca del compartimento estanco.

—Listos —le dijo Raymond a Josep. Denise y él se impulsaron hacia el compartimento estanco. La puerta del interior se cerró. Denise activó el ciclo.

—Preparaos —dijo Josep por el canal seguro—. Estamos a cincuenta metros.

La escotilla exterior se abrió. Raymond pudo ver pasar la sección de motores de la nave, con sus aisladores criogénicos destellando con vivacidad al reflejar la luz solar. Se agarró al borde de la escotilla y se impulsó para salir.

El Xianti se dirigía hacia las secciones de carga de la nave, que tenían forma de bidones descomunales. Cien silos abiertos a la negrura. El sol, desde la posición que estaba, no los iluminaba directamente, aunque se podía ver que algunos estaban llenos de vainas de mercancía. Al otro lado de los silos se veían las gigantescas puertas de la dársena de mantenimiento, que se estaban abriendo y dando paso a un metálico cráter rectangular. Unas horquillas mecánicas iban extendiendo sus mandíbulas y preparándose para acoger la nave.

—Ahora —ordenó Josep.

Raymond estiró las piernas y se lanzó. Las boquillas de la chaqueta se activaron al instante para ganar velocidad. Voló con limpieza hasta el extremo de uno de los silos abiertos. Las boquillas se activaron de nuevo para detenerlo. Se agarró a los conductos metálicos del depósito y se impulsó hasta la parte superior. Denise estaba en un silo que había a veinte metros de distancia. Levantó un brazo para hacerle una señal. Raymond le respondió con el pulgar hacia arriba y se lanzaron de nuevo.

Poco a poco recorrieron la sección de carga hasta llegar al borde. A quince metros de ellos, la primera rueda de ventilación giraba en absoluto silencio; aquella muralla de espuma verrugosa giraba tan rápido que se podía confundir con los rápidos de un río. Cuando se acercaron un poco más y pudieron ver la totalidad de la circunferencia la ilusión desapareció.

Comenzaron a deslizarse por el lateral de la sección de carga en dirección al eje. Después de recorrer veinte metros llegaron a la altura de la

parte superior de la rueda. Dado que la zona entre la sección de carga y la rueda era demasiado sombría, el traje de Raymond tuvo que aumentar la sensibilidad visual. La cubierta de espuma de la rueda apenas reflejaba luz.

Una vez que recuperó visión, Raymond introdujo su posición y la velocidad relativa de la rueda en la perla de control de funciones del traje. Se soltó de los conductos metálicos de la sección de carga y se lanzó hacia el borde de la rueda de ventilación. Cuando apenas le quedaba un metro para llegar, las boquillas se accionaron de nuevo para avanzar más rápido en la dirección de rotación de la rueda. Desde la posición de Raymond parecía como si la rueda fuera desacelerando a medida que él se acercaba hacia ella. La superficie estaba cubierta de una infinidad de salientes entre espuma, conductos, tuberías e incluso escaleras. Cuando Raymond se agarró a un grueso aro de metal, la falsa gravedad se apoderó de él y lo arrastró hacia la parte superior de la rueda. Había recuperado una octava parte de su peso, suficiente para actuar con seguridad.

Vio que Denise estaba a un cuarto de la rueda de distancia y que levantaba el pulgar. Raymond se quedó de pie e intentó no hacer movimientos bruscos. Tenía la sensación de que ahora se precipitaría hacia abajo si iba más allá del borde de la rueda. Si se resbalaba, la fuerza centrífuga de la rueda le haría salir despedido y los sensores detectarían su presencia. Caminó con cautela hacia la mitad de la rueda y examinó la estructura que tenía bajo sus pies con todos sus sensores. Cuando la resonancia de partículas detectó un claro. Raymond sacó de la chaqueta un aro de foco energético que al colocarlo sobre la espuma formó un círculo de dos metros de diámetro.

A cien metros de distancia, Denise estaba realizando la misma operación. Raymond se apartó del aro y lo activó a través de un código. La espuma circundante se evaporó junto con la cubierta de aleación de carbono y titanio que quedaba debajo. Una sección redonda de dos metros de diámetro del fuselaje de la rueda salió despedida hacia arriba, impulsada por una violenta columna de aire. Un intenso haz de luz blanca emergió del agujero. Papeles, ropa, módulos electrónicos y líquidos salieron expelidos por el chorro de aire para perderse en las fauces del vacío espacial.

Raymond esperó a que el agujero se despejara un poco para tomar impulso y lanzarse al interior de la rueda. Cayó en una especie de salón, donde la descompresión había causado estragos. Adonde quiera que mirara veía luces rojas parpadeando. El panel de emergencia del compartimento

estanco había sellado la escotilla. Cuando la perla de su traje encontró la frecuencia de la red interna de la rueda, el Principal se introdujo en los nodos.

Se colocó ante el panel de emergencia del compartimento estanco y utilizó el Principal para anular los bloqueos de seguridad. En cuanto se abrió pasó a la cámara contigua. Una vez que hubo entrado y el panel se hubo cerrado de nuevo, se abrió la escotilla. La tripulación de la nave corría enloquecida de aquí para allá. El Principal anuló todos los sistemas de comunicación internos y las luces se apagaron. A Raymond no le afectó porque seguía pudiendo ver gracias a su radar de láser e infrarrojos. Sacó su pistola de bloque de electrones y empezó a matar a todo el que se cruzaba en su camino.

Tras la simulación en vivo Josep y Raymond abrieron los ojos y se los taparon para protegerse del intenso sol de la tarde que se colaba por las ventanas del laboratorio de botánica. Josep se levantó y se estiró para desentumecerse.

—No ha estado mal —dijo—. Pero creo que debemos desarrollar versiones con más enemigos.

—Sí, yo también. De momento es bastante fácil.

—¿Qué te parece que te descubran cuando sales del avión espacial?

—Oh, estupendo.

Josep sonrió y consultó su reloj.

—Faltan un par de horas para que Michelle vuelva.

—¿Cómo va?

—Bien. Desde que se ha convertido en activista ha espabilado un poco. Le gusta hacer de mensajera, le hace sentirse útil. ¿Qué hay de Yamila?

—No quiero arriesgarme en absoluto —dijo Raymond—. Es demasiado tímida. Solo con sugerírselo saldría corriendo y tendría que buscar otra tapadera.

—A estas alturas no, no podemos permitírnoslo.

—Lo sé. En realidad piensa que estoy viendo a otra persona. Como me voy todas las noches.

—¿Es así?

—Sí. —Raymond llenó dos tazas con agua y echó un cubito de té en cada una antes de meterlas en el microondas—. Necesitamos las llaves de comunicación. —Fue algo que les sorprendió cuando analizaron los datos

del Xianti. Sabían que el tráfico de comunicación del avión espacial estaba encriptado, aunque nunca se habían molestado en examinarlo. De haberlo hecho hubieran descubierto que ni el Principal podía descifrarlo. En teoría, con tiempo y un sistema potente de procesamiento, todo código se podía reventar, pero Z-B utilizaba en sus aviones espaciales una muy particular y sólida técnica de encriptación tetradimensional que cambiaba cada vez. Incluso con los recursos de que Raymond y Josep disponían, nunca podrían crackearla a tiempo.

—Qué putada que sean llaves físicas. Parece que Z-B se toma la seguridad de sus vuelos espaciales muy en serio.

—El Principal no deja de encontrar referencias extrañas a Santa Chico —dijo Raymond—. No sé qué ocurriría allí exactamente. Pero es posible que con algún arma muy avanzada destruyeran una de sus naves.

—No me extraña que ofrezcan tanta protección. Antes funcionaban con encriptación dimensional. —Josep meneó la cabeza con admiración—. Dentro de unos días las sacaré del puerto espacial.

—¿Ya se pasó el alboroto por lo de Dudley Tivon?

—Casi. La policía ahora solo considera el caso como financiación de recursos de nivel cinco. El Principal registró cierta actividad en el SA de seguridad de Z-B y al parecer los superiores le prestaron cierta atención. Supongo que les interesaba porque Tivon trabajaba en el puerto espacial. Pero nunca se investigó a fondo.

—¿Entonces estamos fuera de peligro?

—Eso parece.

—Bien. Por lo que he hablado con Denise, ella ya está preparada.

OceanofPDF.com

Capítulo 13

La primera vez que Lawrence Newton visitó Thallspring ya se consideraba un veterano de campaña. Ya se lo tomaba todo con la calma suficiente para poder disfrutar de los planetas a los que Zantiu-Braun le enviaba. En este caso fue de agradecer que la población no opusiera una resistencia demasiado seria. Ni siquiera le importaba que le hubieran enviado a Memu Bay en lugar de a la capital. Aquella ciudad costera era lo bastante pequeña para controlarla sin problemas y lo bastante grande para ofrecer todo tipo de centros de ocio. Los pelotones de Z-B llevaban acudiendo a los pubs y bares del puerto deportivo desde una semana después de aterrizar. Lo cierto era que los locales, aunque a regañadientes, empezaban a agradecer sus despilfarros a pesar de haber ahuyentado a los turistas.

La campaña fue más o menos bien hasta que a algún rebelde lunático se le ocurrió colocar una bomba incendiaria en dos de las refinerías de producción de alimentos. En consecuencia, el gobernador de Z-B impuso un sistema de racionamiento y como represalia activó tres collares de buena fe. Los ánimos de la población empezaron a caldearse, aunque las manufacturas de productos bioquímicos que se estaban recogiendo como bienes no se vieron afectadas.

Así las cosas, Lawrence no se quejó cuando aquella tarde el sargento Ntoko anunció que el pelotón 435NK9 debía ir a patrullar al interior. Se reunieron de madrugada en la entrada del hotel que les servía de cuartel. Un convoy de ocho *jeeps* transportaría a los tres pelotones y escoltaría a los cinco camiones de diez toneladas en los que traerían los bienes que

encontraran. Salieron del centro de la ciudad y continuaron en dirección este por la Gran Autopista de Circunvalación.

Aunque por lo general los habitantes de los mundos colonizados vivían en pueblos y ciudades construidos sobre terrenos abrasados por el baño de gamma, algunos habían preferido establecerse en territorios vírgenes. Aquellas aldeas y caseríos siempre se levantaban cerca de algún campo de cultivo o de alguna mina. Desperdigados por las montañas que circundaban Memu Bay había varias docenas de asentamientos de ese tipo, todos ellos comunicados entre sí por la Gran Autopista de Circunvalación, que describía un serpenteante óvalo alrededor de las montañas Mitchell, que no eran sino una serie de volcanes que llevaban miles de años inactivos.

A treinta y cinco kilómetros de Memu Bay la Gran Autopista de Circunvalación seguía siendo una amplia y llana carretera asfaltada; en aquel punto salía de la pequeña sierra que rodeaba la ciudad costera. Las montañas Mitchell asomaban sobre la exuberante jungla que se atisbaba a lo lejos. Lawrence iba sentada en el asiento del copiloto, junto a Kibbo, que conducía rumbo a las estribaciones. Se podía ver cómo la cordillera se perdía en el horizonte. Aquella sierra volcánica había ido levantando una extensa meseta que corría paralela a la costa a lo largo de unos doscientos kilómetros. La altiplanicie, que se elevaba un kilómetro y medio sobre el nivel del mar, no era demasiado accidentada. Dada la vastedad de su extensión, contaba con un microclima propio. Aunque en el continente dominaba el calor tropical, las corrientes eólicas de aquella región levantaban vientos frescos y húmedos que enfriaban toda la zona. Toda la base de las colinas de la meseta estaba alfombrada por la vegetación más frondosa. Dos grandes ríos nacían en su corazón, así como cientos de arroyos menores. Sin embargo, las dueñas del horizonte eran las cumbres, que lo mismo eran pequeños montículos redondeados que gigantescas pirámides de afiladas rocas de más de siete kilómetros de altura. La mitad de las cúspides estaban cubiertas de nieve, que brillaba con sorprendente intensidad bajo los cielos despejados.

—¿Habrá alguien que se atreva a subir ahí? —preguntó Kibbo.

—Supongo que sí —dijo Lawrence—. En la ciudad vi que algunas oficinas de turismo organizan salidas a la meseta.

—Espero que esos pobres imbéciles se pongan algún tipo de traje energético. No parece una región muy hospitalaria.

—El Horombo es la montaña más alta, ocho kilómetros. Tampoco hace falta un traje energético para llegar hasta allí arriba. Basta con ponerse ropa interior térmica. Y llevar branquias de oxigenación, imagino.

—¿Hace una escalada?

Lawrence soltó una carcajada.

—Mejor no.

—A mí no me importaría subir —dijo Kibbo—. Debe de haber unas vistas asombrosas.

—Apuesto a que la niebla nunca deja ver nada.

—Joder, Lawrence, mira que eres pesimista.

Lawrence no pudo evitar sonreír. Ya había pasado mucho tiempo desde el funesto y confuso viaje que realizó cuando lo enviaron a Amsterdam. Ya no le dolía recordar aquello. De hecho, ahora solo se sorprendía por haberse colgado de una chica tan estrafalaria como Joona. ¡Santo cielo, qué ciego había estado!

A veces pensaba en solicitar de nuevo el ingreso en el colegio de oficiales de nave. Podría ser que Z-B estuviera regida por un hatajo de gilipollas, pero seguía siendo la única manera de realizar su sueño. A pesar de todo lo que le había sucedido a lo largo de los últimos años, nunca había perdido la esperanza. Además había ganado muchos puntos al ingresar en Seguridad Estratégica. El sargento Ntoko le dijo que lo iba a recomendar para cabo una vez que concluyera la campaña de Thallspring. Y estaba completamente seguro de que ahora su participación era lo bastante voluminosa para convencer al vicedirector del colegio.

En estos momentos la vida le sonreía. No había lugar para el pesimismo.

El convoy inició la sinuosa subida de la pendiente de la meseta. A medida que iban ascendiendo, los árboles que bordeaban la carretera iban ganando altura. Tenían las ramas y los troncos cubiertos de una espesa y peluda maraña de enredaderas de las que colgaban cascadas de flores doradas y negras. Los grisáceos frutos maduros que se desprendían de los árboles llovían sobre los vehículos, que reventaban su pulpa con las ruedas haciendo que el asfalto se volviera resbaladizo. La humedad se había condensado tanto que se podía ver cómo entre los troncos de los árboles se revolvían las nubes de niebla cálida. Los Cueros se habían vuelto blancos de tanto calor que estaban expulsando.

—La Gran Autopista... y una mierda —iba mascullando el sargento Ntoko en el *jeep* de la cabeza del convoy. La carretera se había ido convirtiendo en un simple camino asfaltado de escasas cunetas repletas de hierbajos de color verde mar. A menudo tenía que frenar a causa de las ramas caídas y utilizar las barras de rejilla del *jeep* para retirarlas. El asfalto se estaba resquebrajando y dejando ver la polvorosa tierra rojiza de debajo. Unos insectos similares a las termitas terrestres estaban atareados levantando sus castillos de tierra al pie de los árboles. Las pequeñas criaturas segregaban un cemento químico que unía los minúsculos granos de suciedad y que hacía que aquellas construcciones de extrañas formas emitieran metálicos reflejos púrpuras y azules bajo la intensa luz solar.

Cuando por fin llegaron a lo alto de la meseta comprobaron que hacía mucho más fresco. Los árboles eran cada vez más delgados, aunque, con sus entre treinta y cuarenta metros de altura, parecían aún más altos que los de la pendiente. El suelo sobre el que se erigían estaba cubierto de gruesos y altísimos juncos de cabezas de puntiagudas coronas, cuyas vainas marchitas y correosas se mecían a tres o cuatro metros de altura. La Gran Autopista de Circunvalación había desembocado ya en una pista de tierra compactada y bordeada por profundos surcos de ruedas quemadas para abrir paso entre los juncos. Los montículos de ceniza delimitaban el camino a lo largo del cual los robots de mantenimiento habían ido incinerando toda la vegetación que crecía en la ruta establecida. Para evitar que la gente se extraviara, se había colocado en cada kilómetro un delgado poste metálico equipado con un amplio collar de células solares que alimentaban su luz de baliza y su transpondedor.

Lawrence siguió contemplando las montañas. Ahora se podían ver algunas cumbres más de la cordillera de las Mitchell, que emergían con majestuosidad de la exuberante llanura subtropical, como imponentes monumentos a la violencia de la tectónica de placas.

El convoy llegó primero a Rhapsody Province, una zona delimitada por docenas de escoriales cenicientos que se formaban en los lugares dónde los equipos de minería excavaban los estratos hasta llegar a los depósitos de bauxita. Los desperdicios eran fríos y oscuros porque estaban rociados con un líquido negruzco que impedía que nada creciera cerca de sus inestables bordes.

El aluminio no era uno de los metales que se extraían del Auley para exportarlos a todo el planeta. Pero capturar otro asteroide que contuviera

suficiente cantidad de dicho metal era demasiado caro dadas las pocas toneladas que se empleaban en los procesos industriales de Thallspring. La mayoría de las ciudades se habían asegurado su propia fuente; además, de Rhapsody Province salía también suficiente sobrante para que Memu Bay lo exportara a otros asentamientos.

En pleno centro de Rhapsody estaba Dixon, una aldea minera o al menos un centro de ingeniería donde se mantenía y reparaba la maquinaria de minería. Un cuarto de la aldea estaba ocupada por enormes casetas de láminas onduladas donde los humanos empleaban herramientas cibernéticas para mantener en buen estado los equipos de minería y procesamiento. Incluso había una pequeña planta de fusión a un kilómetro de la aldea, un achaparrado hexágono de hormigón de tejado ligeramente convexo. Estaba rodeado de torres de conducción eléctrica que llevaban sus cables rojos hasta las minas activas.

Todas las casas, tiendas y oficinas que conformaban el resto de Dixon tenían aspecto de prefabricadas. La arquitectura y el tamaño variaban en cada caso, pero todas se habían construido con el mismo tipo de materiales aislantes y tenían el mismo tejado negro mate, que no era sino un panel solar. Incluso los armarios de aire acondicionado que había en la calle estaban hechos con el mismo tipo de laminado; las hélices de su interior giraban sin cesar tras sus aletas disipadoras de cromo oxidado. El polvoriento suelo volcánico de la planicie nublaba el aire que corría por la cuadrícula de las calles y hacía que todas las superficies quedaran cubiertas por una oscura pátina ocre.

En cuanto el convoy llegó al final de la calle mayor, tuvo que detenerse y dar media vuelta. Iban a llevar de regreso a su mina uno de los descomunales procesadores de excavación después de haber pasado una temporada en una caseta de mantenimiento. La unidad era el doble de larga que una locomotora y tres veces más ancha. La transportaban en un cargador aún más grande cuyos rodados de oruga debían de ser tan anchos como Lawrence era de alto. Este silbó con asombro dentro del casco de su Cuero cuando el gigantesco perforador pasó poco a poco por delante de él haciendo temblar los edificios de los alrededores.

El capitán Lyaute, que comandaba el convoy, ordenó que los vehículos se detuvieran en la plaza mayor de la aldea. Cuando terminaron de aparcar en círculo y de apearse, ya habían congregado toda una multitud. Era la primera vez que Z-B visitaba la meseta, de modo que los habitantes sentían

una gran curiosidad. También se mostraban reticentes y hoscos, por lo que se mantenían alejados de los Cueros.

Lawrence confiaba en que no hiciera falta que les demostraran la capacidad ofensiva de sus trajes. Los ciudadanos de Memu Bay tardaron dos días en comprender que los recién llegados eran invencibles y que debían obedecerlos y cooperar. Sin embargo, aquella aldea estaba llena de ingenieros huraños que trabajaban duro para salir adelante. También contaban con un extenso abanico de *hardware* y herramientas con las que podrían inutilizar un Cuero si las utilizaban debida y creativamente.

Lyaute gritó una breve serie de órdenes y al instante tres Cueros habían agarrado cada uno a un civil. Antes de que nadie pudiera reaccionar ya les habían colocado un collar de buena fe. El capitán empezó a hablar a la muchedumbre; tuvo que subir el volumen del altavoz de su Cuero cuando la gente empezó a insultarlo y abuchearlo. Les enfureció mucho lo que aquel extraño les estaba contando: que los reclutas iban a registrar la aldea y llevarse cuanto tuviera el menor valor y, por supuesto, que cualquier acto de resistencia sería motivo para activar los collares de buena fe.

Después de recorrer un par de calles, Lawrence decidió que estaban perdiendo el tiempo. En Dixon no había mucho que mereciera la pena. Aunque los habitantes no opinaban lo mismo. En cuanto los Cueros entraron en las cavernosas casetas de mantenimiento encontraron los camiones articulados que transportaban el aluminio hasta Memu Bay. Llevaban allí parados desde que las naves entraron en órbita. Todos los tráileres estaban llenos. Sin embargo, aquello solo era una pizca de todo el tesoro. Cuando Lawrence y Amersy se acercaron a la primera de las enormes casetas, se quedaron boquiabiertos. Había lingotes de aluminio apilados en columnas que llegaban hasta el techo. No pensaban enviar el producto más valioso de la aldea a la costa, donde los invasores podrían robarlo y llevárselo en sus naves piratas. Amersy se rió al ver aquellas montañas metálicas.

—Tienen que ser muy idiotas para pensar que vamos a cargar las naves con ladrillos de aluminio —dijo con sorna.

Lawrence no se rió. En Thallspring no se había oído hablar de captación de bienes hasta que comenzó esta primera campaña. Aquí, en el interior, no podían saber qué se consideraba valioso. Demostraban ser muy cautos al proteger aquello que tanto les había costado conseguir. Eso era algo que él apreciaba mucho.

Cuando examinaron los registros del SA de Dixon descubrieron que los procesadores de excavación llevaban semanas trabajando al mínimo. La única razón por la que los operadores no los habían detenido por completo era que resultaba más problemático arrancarlos de nuevo que mantenerlos a aquel ritmo tan bajo.

El capitán Lyaute explicó la realidad financiera de la captación de bienes a los encargados de la mina e intentó hacerles ver que trabajando a esa marcha solo conseguirían perder el tiempo. Ellos se limitaron a mirarlo.

Enviaron un *jeep* al hospital para cargarlo con los medicamentos y vacunas más avanzados. Llevaron un camión a la planta de fusión para llenar el remolque con los componentes de reserva más caros. Lawrence y Amersy ayudaron a retirar unas cabezas cortadoras de excavación de los estantes de una de las grandes casetas para llevarlas al tráiler. Los voluminosos conos estaban tachonados con unas largas cuchillas de diamante incrustadas a presión que Z-B retiraría en Memu Bay antes de transportarlas a las naves que permanecían en órbita.

—Nos estáis robando el pan —les gritó un técnico con indignación—. ¿Qué vamos a comer si no podemos trabajar, hijos de puta?

Lawrence lo ignoró.

—Ese tipo tiene razón —dijo Kibbo—. Esto no vale la pena. Las cuchillas, de acuerdo, son artefactos de alta tecnología y muy caros. ¿Pero los medicamentos del hospital?

—Estamos haciendo lo mismo que en el resto del planeta —dijo Lawrence—. En cuanto nos larguemos recuperarán la producción. No nos llevamos ninguna fábrica.

—Sigue sin ser lo que pensaba que veníamos a hacer.

—Dejar que se nos vea por aquí es lo que hemos venido a hacer —explicó Ntoko—. Nuestra misión es ondear la bandera, nada más. Los habitantes del interior deben saber que estamos aquí, que somos de verdad. Es lo mismo de todas las campañas. Se envía un convoy para que recorra los asentamientos más apartados con el fin de que la gente se dé cuenta de que no puede escapar. Si no hiciéramos esto, este tipo de aldeas serían el refugio perfecto para los fugitivos y los movimientos de la resistencia. Lo que ocurre es que la manera de rentabilizar estos convoyes es...

—Recoger los bienes más valiosos —concluyó Amersy—. Captación de bienes a pequeña escala.

—Exacto.

Lyaute decidió que el convoy no haría noche en Dixon. Los ánimos estaban demasiado alterados entre los habitantes, además había demasiada maquinaria pesada con la que cabía la posibilidad de que los atacaran.

Cuando Lawrence regresó al *jeep*, vio cómo varios Cueros de otros pelotones se llenaban sus propias bolsas con las joyas y pertenencias de unas casas que habían saqueado.

Aquella noche el convoy acampó en medio de la llanura, a treinta kilómetros de Dixon. Al día siguiente llegarían a Stanlake Province, donde había un lago rodeado por completo de aldeas. Allí se criaba una extraña alga de la que se extraían sus complejos orgánicos para enviarlos a las fábricas de productos biomédicos de Memu Bay. La cantidad de bienes era mucho menor todavía que la de Dixon. En todas las aldeas se utilizaban paneles solares y turbinas eólicas para generar electricidad y no había ni una sola planta de fusión. Solo había médico en tres de las aldeas; los pacientes más enfermos iban a Dixon o se les llevaba en ambulancia aérea a Memu Bay. Los sistemas electrónicos estaban anticuados. En su estado puro, los complejos orgánicos no tenían el menor valor. Lyaute se aseguró de que se enviara toda la producción a Memu Bay. Así se hizo.

Dejaron atrás el lago y se adentraron en la altiplanicie. El tercer día llegaron a Arnoon Province. Desde allí se veían muchas de las montañas de la cordillera de las Mitchell, entre las cuales se extendían diversos valles surcados de meandros. Los resguardados collados que corrían entre los montes más altos estaban alfombrados de frondosos bosques. Unos delgados ríos de niebla descendían desde los escarpados picos nevados y se arremolinaban entre las copas de los árboles. La Gran Autopista de Circunvalación atravesaba en línea recta la zona más exuberante. Los árboles y las enredaderas ocultaban el sol a lo largo de varios kilómetros. La ruta que habían ido abriendo los robots de la autopista estaba bordeada por una larga hilera de tocones de cuya húmeda madera putrefacta brotaban ampollas de hongos de color rosa coralino. Pero ni siquiera los robots conseguían acabar con las enredaderas que invadían el camino. A pesar de la suspensión total de los *jeeps*, el camino empezaba a endurecerse.

—¿A qué se dedica este puñado de palurdos? —preguntó Kibbo a medida que atravesaban a tumbos un nuevo túnel de vegetación. Ya llevaban dos horas en medio del bosque y todavía no habían detectado la menor señal de presencia humana.

—Creo que cultivan algodón tigrado —dijo Amersy.

—Eso es en Laeti Province —dijo Lawrence—. Arnoon recolecta telaraña llorona. Es una enredadera que solo crece en este bosque; tiene el mismo aspecto que la lana. Utilizan un montón de telares cibernéticos para producir en serie ropa y mantas. Todas las ciudades pagan fortunas por este tipo de productos. —No pudo evitar dejarse llevar por los recuerdos. Se acordó de los arrendatarios que vivían aislados en la montaña y vendían sus productos a los comerciantes ricos de las ciudades para poder comprar lo poco que necesitaban con la única finalidad de mantener su independencia.

O bien habían robado los mojones de la Gran Autopista de Circunvalación a su paso por aquel bosque o bien la oficina de transporte había decidido aumentar la separación entre ellos. Ntoko, que iba en el jeep de la cabeza del convoy, se estaba fiando demasiado de su intuición y de los viejos mapas que había cargado en el ayuntamiento de Memu Bay y que hacía por lo menos una década que no se renovaban. Cada pocos kilómetros llegaban a un cruce o a una bifurcación que no aparecía en los anticuados archivos.

A media tarde Lawrence vio algo que supuso que sería una telaraña llorona. Era una pequeña bola verde jade de lo que parecía una gasa de terciopelo muy compacta que colgaba de una rama muy elevada, a la que estaba unida por un pedúnculo azul zafiro. La rama de la que había brotado el pedúnculo se había hinchado hasta alcanzar un diámetro tres veces mayor que el de las demás ramas. En contraste con el resto de las plantas de la foresta, lisas y húmedas, la superficie afelpada de la bola estaba completamente seca, como si repeliera las frecuentes lluvias y nubes que envolvían los árboles.

Más adelante ese tipo de bolas fueron apareciendo por todas partes. La primera solo era un retoño. Entre los árboles Lawrence vio algunos ejemplares tan grandes como él mismo y se fijó en que estaban salpicados de pequeños líquenes e infestados de enredaderas comunes. Ahora se veían a menudo pedúnculos marchitos que brotaban de ramas hinchadas, cuyos extremos habían sido cortados con limpieza, lo que le indicaba lo que tenían que buscar.

En realidad Ntoko había encontrado la aldea sin darse cuenta, solo que la confundió con un descampado. Al poco, apareció un grupo de niños que echaron a correr hacia el *jeep*, obligándolo a frenar en seco. Las ruedas patinaron por la alfombra de hierba y musgo y los pequeños gritaron con

alborozo. Por fortuna el vehículo no se los llevó por delante; en pocos segundos los niños lo rodearon y empezaron a asomarse con gran curiosidad a las ventanillas, saludando con las manos y chillando con estridencia.

Lawrence, que no llevaba puesto el cinturón de seguridad, salió disparado y se estampó con los asientos delanteros. Enseguida se puso derecho y escaneó todo el descampado con los sensores del casco. Era como una imagen multifásica que solo se podía identificar si se miraba desde la posición adecuada. Donde antes solamente había visto árboles de ramas encorvadas y saturadas de enredaderas, ahora podía ver casas triangulares con tejados hechos de esteras de juncos obviamente vivos aún. Lo que antes había supuesto que era un montón de arbustos desperdigados era en realidad un conjunto de pequeños jardines.

—Joder —murmuró Ntoko mientras se apeaba—. Es el camuflaje perfecto.

—No pienses como un militar, Sargento —dijo Lawrence—. Lo que ocurre es que aquí la gente vive así.

—Y tú lo sabes todo sobre esta gente, chico de las estrellas.

Del follaje, que en realidad eran las puertas de las casas, empezaron a salir los adultos, que también se congregaron alrededor de los vehículos del convoy. Agarraron a sus revoltosos hijos y se quedaron allí, esperando. El capitán Lyaute soltó su repetitivo discurso sobre que Z-B había absorbido la corporación que había fundado el planeta y que por tanto tenía derecho a exigir sus correspondientes beneficios. En lugar de despertar entre el público la rabia y el resentimiento que habían aflorado en Rhapsody y Stanlake, los moradores de Arnoon se limitaron a sonreírle por lo graciosas que les habían parecido sus razones. Ni siquiera cuando a dos de los aldeanos les colocaron un collar de buena fe consiguieron que dejaran de reírse de ellos.

Los reclutas empezaron a inspeccionar las arbóreas casas triangulares. Lawrence se quitó de la cabeza que aquella gente eran simples arrendatarios. El interior de las casas no tenía nada de primitivo. Disponían de luz eléctrica, aire acondicionado y agua corriente; la cocina contaba con todo tipo de comodidades: frigorífico, lavavajillas, microondas... En el salón tenían perlas de escritorio de ventana grande y pantallas de sábana en las que podían ver las miles de horas de contenidos multimedia que tenían almacenadas en sus completas bibliotecas.

Aparte de los lujos domésticos, lo que más le sorprendió fue la decoración. Los aldeanos se esforzaban mucho por adornar sus casas según sus gustos personales. Muchas de las fachadas habían sido grabadas y luego pintadas o forradas con lana de telaraña de vivos colores primarios con los que realzaban las curvas y texturas. Los grabados siempre se basaban en conceptos hinduistas o budistas, con motivos de dioses y diosas de múltiples brazos que contemplaban la aldea con serenidad sentados a horcajadas en poderosos dragones serpentinos. La decoración del interior de las viviendas era alegre; los cuartos de juego de los niños estaban pintados con dibujos de intenso colorido, en los salones había cuadros abstractos y estaban decorados al estilo clásico, lo que los hacía cálidos y acogedores, y los dormitorios estaban pintados con colores de tonos pasteles.

Entre las casas había varias carpinterías donde se fabricaban muebles, vigas y otros elementos de las estructuras de las casas triangulares. También había una alfarería y una joyería. A Lawrence no le costó encontrar esta última tienda. Los Cueros se habían apiñado a su alrededor como un enjambre de abejas que protegiera a su reina. Muy pocas de las joyas estaban hechas de oro, plata o platino y ninguna llevaba piedras preciosas engastadas, sin embargo, todas las pulseras, colgantes y pendientes, hechos a mano con cuidado y precisión, eran hermosos. Muchas de las obras incluían cavidades en las que acoplar perlas neurotrónicas. Los Cueros no sintieron el menor remordimiento mientras se llenaban las cartucheras con ellas.

Lyaute dio audiencia al consejo de la aldea en lo que servía como lugar de reunión, una especie de pabellón construido a partir de diez enormes blancorchos plantados en círculo, cuyas ramas más elevadas se entrelazaban y formaban una amplia cúpula de frondosas hojas que permitían el paso de débiles rayos de sol al tiempo que protegían de la lluvia. El capitán estaba alarmado porque no habían encontrado nada lo suficientemente valioso para considerarlo un bien. En la aldea había un médico, pero lo más interesante que encontraron en su consulta fueron cinco o seis cajas de medicamentos que estaban a punto de caducar. Al igual que sucedía en Stanlake, a los enfermos graves se les evacuaba a Dixon o a Memu Bay. Cuando Lyaute preguntó cuánta gente vivía en la aldea, el consejo le respondió que unas seiscientas personas. Muchas más de las que indicaba el archivo que se había descargado en el ayuntamiento

de Memu Bay. Aun así, no había suficientes casas triangulares para dar cobijo a tantas personas. El consejo le explicó que muchos de ellos vivían en el bosque, donde recogían la telaraña. En los mapas no había referencias a la localización de sus lugares de trabajo, que no se podían encontrar sino mediante indicaciones del tipo: «Camina un kilómetro por la senda del noroeste, gira a la derecha y avanza otro kilómetro, luego ladea el río y continúa hacia el segundo pico en dirección sur».

Lawrence estaba convencido de que los aldeanos se estaban riendo del capitán. Pero debía reconocer que en aquel tipo de comunidad Z-B no iba a encontrar nada que le interesara. Al igual que ocurría con los lingotes de aluminio de Dixon, los jerseys, por muy coloridos que fueran, no eran una mercancía valiosa.

El capitán decidió enviar al pelotón 435NK9 en busca del telar para averiguar qué tecnología utilizaban. Como quedaba lejos de la aldea, ordenó que los llevaran unos guías. A pesar del descarado saqueo que ahora los Cueros estaban realizando en las casas triangulares y talleres de artesanía, el grupo de guías que acompañaba al pelotón no perdió en ningún momento el buen humor ni la educación.

Contaron a los reclutas que cuando sus bisabuelos se asentaron en aquella zona utilizaron motoniveladoras y hormigón y construyeron una presa en uno de los ríos más caudalosos, que nacía en los campos de nieve del monte Henkin. La central hidráulica que levantaron al pie de la presa llevaba a la aldea y al telar toda la electricidad necesaria. En su pequeño taller podían fabricar los recambios de los sistemas hidráulicos, lo que les hacía casi independientes.

A Lawrence el telar le trajo muchos recuerdos. Se componía de cinco espaciosas naves de madera repletas de una anticuada maquinaria que no dejaba de runrunear. Las montañas de telaraña llorona sin tratar se iban desenmarañando para ir cardándola. Los depósitos de los diversos tintes no dejaban de borbotear. Los mecanismos de las canillas traqueteaban sin descanso.

Con la lana de telaraña, una vez trasformada en hilo y tejida, se podía fabricar ropa de excelente impermeabilidad. Una flota de pequeñas furgonetas transportaba los jerseys, ponchos y mantas hasta Memu Bay, de donde regresaban cargadas de alimentos y bienes de consumo. Al contrario de lo que sucedía con los camiones que transportaban el aluminio de Dixon, las furgonetas nunca se quedaron paradas después de que llegaran

las naves. Cuando Lawrence examinó los jerseys que salían de las tricotosas, pensó que sus diseños eran conservadores, que no tenían nada que ver con los motivos rompedores que Jackie diseñaba.

Tres de los Cueros se echaron a los hombros todos los jerseys que pudieron. A Lawrence no le importó. Estaba escaneando la zona porque todavía albergaba sospechas. Aquella aldea paradisíaca era demasiado perfecta.

—¿Adónde lleva este camino? —le preguntó a uno de los aldeanos. En el mismo sitio que comenzaba el camino hacia la aldea nacía un sendero que se perdía en el bosque.

—Al lago.

—Parece muy transitado. —Sus sensores le mostraron que el barro seco estaba marcado por una infinidad de huellas que se superponían unas a otras, además habían cortado las ramas de maleza que dificultaban el paso.

—¿Qué has visto, Lawrence? —preguntó Kibbo.

—Dicen que es un sendero que lleva al lago.

—¿Qué hay en el lago? —le preguntó Kibbo al aldeano.

Lawrence se dio cuenta de que el hombre se esforzó por reprimir una sonrisa. Lawrence podía adivinar que se quedó con las ganas de responder: «agua».

—Solo hay un templo, nada más.

—¿Un templo? —repitió Kibbo—. ¿Qué clase de templo?

—Es un lugar muy tranquilo donde se puede ir a meditar en soledad.

Kibbo consultó con Ntoko durante un minuto.

—Muy bien, vamos a echar un vistazo —dijo el Sargento.

—Como quieran.

El aldeano se llamaba Duane García. Tenía cuarenta y muchos años, espeso pelo moreno y rizado y una risueña cara ovalada. Era lozano y estaba en forma, dado todo el tiempo que pasaba viviendo en su amado bosque. Ahora que lo pensaba, Lawrence todavía no había visto a ningún aldeano que no irradiara la misma vitalidad. Hasta los más ancianos parecían ignorar su edad y los niños correteaban como bandadas de traviesos querubines en miniatura.

Se puso a diluviar antes de que los cuatro Cueros y los dos aldeanos llegaran al lago. Lawrence se salpicó de barro hasta la entrepierna. Las

gotitas cubrieron la mitad de los sensores de su casco, de modo que empezaron a generar imágenes visuales desenfocadas.

Duane García se puso la capucha de su jersey y empezó a silbar con jovialidad.

—¿En honor de quién han levantado el templo? —preguntó Kibbo.

—No adoramos a ningún dios —respondió Duane—. El universo es un fenómeno natural.

—Ojalá sea así —dijo Lawrence.

—¿Entonces por qué lo han construido? —insistió Kibbo.

—No es un templo propiamente dicho. Lo llamamos así porque su arquitectura es un homenaje a una serie de edificios históricos de la Tierra. El hombre que lo diseñó y construyó era amigo íntimo de mi abuelo. Al parecer le molestó mucho que la gente empezara a llamar a esto «el templo».

Subieron a lo alto de una pequeña loma desde la que se veía gran parte del bosque. A sus pies había una pronunciadísima pendiente que bajaba hasta un frondoso y pequeño valle. Aquel tipo de vistas recordaban al paraíso y Lawrence sabía muy bien por qué.

El monte Kenzi, la segunda montaña más grande de la cordillera de las Mitchell, una descomunal muralla de cortantes rocas cuyas cumbres más elevadas estaban cubiertas por una espesa capa de nieve, velaba la extensa foresta desde el horizonte. Bajo el manto de niebla procedente de las montañas, las cascadas se precipitaban cientos de metros y desaparecían entre los árboles, no sin antes regalar su explosión continua de espuma blanca envuelta en una neblina irisada.

El valle era un abismo que se había abierto entre dos de las estribaciones del Kenzi y a través del cual pasaba un río. Todas las arrugas del terreno circundante servían como cauce para un millar de afluentes.

Justo debajo de donde estaban había un lago de perfecta circunferencia que se adentraba un poco en la ladera norte, dando lugar a un risco con forma de media luna. En medio del lago sobresalía una islilla similar a la joroba de algún gigante acuático que allí dormitara. No sobresalía más que unos pocos metros sobre la superficie del lago. En las orillas había unos pocos árboles cuyas raíces blanqueadas por el sol se peleaban por esconderse entre los cantos rodados.

En lo alto de la isla había una construcción muy sencilla; cinco columnas de mármol acanalado negro y blanco que soportaban un amplio tejado abovedado de piedra. En el interior había dos filas circulares de gradas de piedra que podrían acoger a unas veinte personas. El estilo del conjunto era inequívocamente helenístico.

Un sendero de piedrecillas llevaba hasta un pequeño embarcadero de madera idéntico al que habían construido en la orilla opuesta. En el extremo habían atado una barca de remos.

—¿Es eso? —preguntó Ntoko.

—Sí —respondió Duane García.

El Sargento examinó los alrededores con los sensores del casco. El camino que les faltaba por recorrer serpenteaba por la escabrosa pendiente. Habían colocado barandillas en los tramos en que la bajada era prácticamente vertical. Setenta metros más abajo el camino se perdía en el denso bosque y volvía a aparecer junto al embarcadero.

—Muy bien, ya hemos visto bastante. —Ntoko dio media vuelta y emprendió el regreso al telar. Los demás Cueros lo siguieron.

Lawrence se quedó en lo alto de la loma. Seguía pensando que los aldeanos les estaban tomando el pelo. Entonces amainó, las bulliciosas nubes se alejaron hacia el sur y dejaron a la vista toda la titánica silueta del Kenzi. Solicitó al SA de su traje que realizara un barrido sensorial completo del templo. No se registró nada. Allí abajo no había energía electromagnética ni radiación infrarroja, solo inertes piedras. Sobre el templo volaban con pesadez grandes pájaros grises y blancos cuyos reflejos los perseguían por la tranquila y negra superficie del lago.

—Mierda.

Cuando terminó el barrido se alarmó al ver a Duane García a su lado, esperándolo.

—¿Me está vigilando?

—No, claro que no. El camino de regreso es duro y hay varios cruces. No querrá extraviarse.

Lawrence se rió cuando echaron a andar.

—Qué gracia, hubiera jurado que eso era justo lo que deseaba.

Duane García sonrió.

—Admito que la suya no es la visita más esperada de nuestra aldea. Pero lo cierto es que no pretendo que sufran ustedes ningún accidente, más que

nada porque dudo que su comandante crea que realmente ha sido un accidente.

—Eso es verdad. ¿Le puedo hacer una pregunta?

—Cómo no.

—¿Dónde tienen la cárcel?

—¿Cárcel? Lo siento pero no tenemos.

—Un asentamiento de seiscientas personas en el que no hay pecadores. Suena paradisíaco.

—No tanto. Por supuesto que hay algún que otro sinvergüenza, como en todas las comunidades. Lo que ocurre es que no creemos en la encarcelación como forma de castigo ni enderezamiento. Se aplican otras penas, restricciones físicas y materiales.

—Hmm... debo decirle que no me creo nada de toda esta mierda zen que su aldea le está vendiendo al capitán. Esta comunidad es demasiado ideal. Por lo general, alrededor de la tercera generación, toda comunidad fundada sobre un único principio tiende a desarrollar una infinidad de movimientos discrepantes.

—Ya conoce nuestro estilo de vida. Hay poco de lo que quejarse. Y si a alguien no le gusta, es libre de marcharse.

—Nada. No cuela.

—Es usted muy inflexible, ¿por qué?

—Yo también pertenezco a la tercera generación de una colonia. Conozco muy bien el resentimiento que se siente hacia los obsoletos ideales restrictivos.

—Puede que solo sea cosa suya. O quizá nuestra vida sea más atractiva que la de su mundo.

—Cierto. —Sin embargo, seguía pensando que el guía le ocultaba algo.

El capitán Lyaute decidió que lo más seguro para la patrulla era pasar la noche en la aldea. Sin duda aquellos aldeanos no representaban ni de lejos la misma amenaza que los habitantes de Dixon.

Obligaron a algunas familias a abandonar sus casas triangulares para que las pudieran ocupar los reclutas. Lawrence se alojó con Ntoko, Amersy y la última adquisición del 435NK9, Nic Fuccio. Su casa tenía vistas al parque central donde estaban aparcados los vehículos del convoy. Contaban con cinco cómodos dormitorios, tres cuartos de baño, un salón, un estudio, una sala de visitas, una cocina con comedor y un cuarto para los niños lleno de

juguetes; la distribución de la casa tenía forma de T. Mientras la recorría, Lawrence se acordó de algunos cargos medios de Z-B que conocía cuyos apartamentos eran mucho más incómodos. Se metió en un dormitorio que tenía por puerta una enorme cristalera corredera y se quitó el Cuero. De la voluminosa maleta del equipamiento de apoyó de campo salieron ocho cordones umbilicales que conectó al traje. La sangre y demás fluidos empezaron a correr por los fláccidos músculos sintéticos.

Se dio una ducha tibia para quitarse el gel de dermalez azul y luego se vistió con una camiseta verde caqui y unos pantalones cortos grises para reunirse con sus compañeros en el mirador. Amersy, que ya había encontrado el mueble-bar, se había servido una copa de algo con limón. Lawrence, por su parte, prefirió abrir una lata de Bluesaucer. La cerveza sabía mucho mejor que en Memu Bay.

Hasta ahora no se había dado cuenta, pero la aldea estaba emplazada sobre una suave colina. La mitad de la casa triangular que habían ocupado se apoyaba sobre gruesos pilares de madera que mantenían su horizontalidad. Desde el mirador podían ver un extenso y poco profundo valle donde el bosque formaba un espeso manto azul y verde.

—¿Alguna vez se fuga alguien, Sargento? —preguntó Nic cuando se arrellanó en una tumbona.

—No. Todo el mundo sabe lo que hay. ¿Por qué? ¿Te lo estás pensando?

Nic señaló al descampado. Ocho de los reclutas del convoy seguían vestidos con el Cuero para vigilar los camiones y los *jeeps*. Pan comido. Los niños correteaban alrededor de los vehículos y los Cueros les dejaban sentarse al volante. Varias adolescentes y veinteañeras habían salido al calvero. Lawrence estaba seguro de que antes no estaban, se acordaría de ellas. Al igual que las turistas de Memu Bay, no llevaban mucha ropa, una camiseta o un top y unos pantalones cortos. Desde donde ellos estaban, todas parecían muy guapas. Encajaban a la perfección en aquel paisaje idílico. Los Cueros estaban muy ocupados dándoles conversación.

—Debo admitirlo —dijo Nic—. Es tentador. Ya me veo viviendo en un sitio así en cuanto haya reunido una buena participación.

—Yo no podría —dijo Lawrence.

—¿Y por qué coño no? En un paraíso así encuentras todo lo que puedas necesitar. Me pregunto si aquí se estilará eso del trimatrimonio. En los

pueblos la gente tarda más en abandonar las costumbres tradicionales que en la ciudad.

Ntoko se rió y señaló con su copa a las lozanas y esbeltas chicas que se habían reunido junto a un *jeep*.

—Dos de esas acabarían contigo, muchacho.

—No me importaría.

—Esto de vivir en plena naturaleza, en medio del puto bosque, es una muerte en vida —sentenció Lawrence.

—Buah, ¿es que no te gustan los bichos del campo? —se choteó Nic—. ¿Qué puede tener esto de malo, Lawrence? Trabajas un par de horas al día y el resto del tiempo lo dedicas a emborracharte y follar. Míralos. Todos sonrientes, no saben lo que es el estrés. Son conscientes de que han elegido el camino correcto.

—Ya he visto antes este teatro. Nos gusta porque supone un paréntesis en nuestra rutina. Pero no se puede vivir así para siempre. Te morirías de aburrimiento en menos de medio año.

—Bah, joder —resopló Amersy—. Ya está otra vez el capitán de la nave. Todos estamos destinados a un gran fin.

—Es la verdad —insistió Lawrence—. Este estilo de vida no contribuye en absoluto a la experiencia humana. Es el refugio de la gente que no soporta el ritmo de la sociedad moderna. Este tipo de aldeas depende por completo de los productos industriales que se fabrican en las ciudades.

—Siempre ha sido así, Lawrence —dijo Ntoko—. En cada comunidad se vive de una manera distinta y se ofrece algo diferente. El comercio entre ellas genera riqueza. Siglos atrás, los países eran muy distintos y ahora hemos desarrollado ¡microcosmos a partir de ellos, con comunidades que siguen caminos muy definidos. Este estilo de vida no era posible antes de la era de las comunicaciones y el transporte modernos. Estos aldeanos son otra consecuencia de nuestra sociedad, al igual que los de Memu Bay.

—Son soñadores que necesitan una buena dosis de realidad para despertar y participar en lo que el resto estamos construyendo.

El sargento señaló al sol poniente con sus gafas de cristal tallado.

—Bueno, pues para mí es un sueño que me encanta. Tómate otra cerveza y relájate un poco, Lawrence.

—Sí, Sargento. —Lawrence sonrió y hundió la mano en la nevera. Un grupo de niños pasó por delante del jardín de la casa. Gritaron algo

ininteligible y Lawrence los saludó con la mano. Debía admitir que un lugar así tenía sus ventajas. Era la primera vez que conseguía relajarse así desde que habían llegado a Thallspring, ni siquiera en el puerto deportivo se respiraba la misma calma.

Si pudiera averiguar qué es lo que esconde Arnoon... Entonces vio que uno de los niños metía la mano entre los arbustos que delimitaban el jardín. Movió los dedos con agilidad entre las rechonchas hojas azules verdosas y cogió una de las frutas que se ocultaban entre el ramaje. Era una esfera naranja más bien pequeña y de textura satinada. La arrancó de la planta con un seco movimiento de muñeca y le dio un mordisco. Se manchó toda la barbilla con el jugo del fruto.

—¡Lo sabía! —siseó Lawrence—. ¿Lo habéis visto?

—¿El qué? —preguntó Ntoko.

—Está comiendo fruta. Fruta de verdad. La ha cogido de un arbusto. Son todos unos putos retrógrados.

Ntoko se bajó un poco las gafas y miró al niño con el ceño fruncido.

—¿Estás seguro?

—Lo he visto.

—Qué asco.

—¿Cómo pueden permitir que los niños hagan eso?

Nic miró con sospecha el líquido que manchaba por fuera el culo de su vaso.

—Eh, no creerás que nos han dado nada raro, ¿no?

—Más les vale que no —gruñó Amersy.

Lawrence se dejó caer en su tumbona. Se sentía aliviado ahora que por fin había descubierto el sucio secretito de aquellos aldeanos. «Ya sabía yo que no hay nada perfecto».

El frigorífico estaba repleto de comida lista para cocinar. Se dijo a sí mismo que no debía olvidar leer los envoltorios para ver de dónde había salido. Menos mal que no había animales pastando por los alrededores de las casas triangulares. Al menos los aldeanos no estaban tan mal de la cabeza.

Prepararon en el microondas costillas de cerdo a la parrilla y patatas cocidas y comieron en el mirador. Nic añadió un par de salsas picantes que venían en sendos sobrecitos. El sello de las refinerías de alimentos de Memu Bay que traía cada uno de los paquetes estaba íntegro. De postre tomaron doble ración de helado de chocolate.

Se quedaron echados en las tumbonas para ver ponerse el sol tras las gigantescas montañas. A media tarde las sombras ya se habían apoderado de toda la aldea. El crepúsculo se alargó durante un par de horas y contorneó las siluetas de las montañas sobre un luminoso cielo de oro y amatista. Pronto se encendieron las primeras estrellas, que titilaban como ateridas por la fría brisa procedente de las montañas. Después apareció la Vía Láctea, centelleante como la estela de un cometa descomunal.

Lawrence no estaba borracho cuando se acostó pero había tomado la suficiente cerveza para que le latiera la cabeza. No conseguía dormir bien, se pasaba todo el tiempo despertándose, dando vueltas y mullendo la almohada. Alrededor de la una de la mañana oyó el grito.

El alarido se ahogó en seguida. Al principio pensó que lo había soñado pero luego cayó en la cuenta de que llevaba un cuarto de hora despierto.

Se quedó tumbado, con los oídos bien abiertos, alerta. Había sido un grito de mujer, de eso estaba seguro. Después empezó a escuchar ruidos varios. Alguien subía por unas escaleras de madera. Otro chillido, esta vez amortiguado.

Lawrence se levantó de un salto y cogió unas gafas de interfaz. Se las puso y le dijo a su perla de brazalete que activara la función de amplificación de luz. Las gafas no eran el artefacto más avanzado, su sensibilidad no se parecía ni de lejos a la de los sensores de los Cueros, pero bastaban para poder ver en la habitación a oscuras a base de brillantes imágenes azules y grises. Abrió la amplia puerta corredera del patio y salió a la terraza. Desde su habitación, que daba a la parte opuesta del calvero, se veía la hilera de casas triangulares. Las estrellas derramaban su luz sobre la aldea y espantaban las sombras.

Una niña de entre ocho y diez años iba corriendo por las casas. Iba descalza y solo llevaba puesto un holgado camisón blanco. Tenía las piernas manchadas de barro y limo y las mejillas cubiertas de lágrimas.

—Jacintha —gritó entre gemido y gemido—. Jacintha, por favor, ¿dónde estás? Jacintha.

Lawrence bajó corriendo los estrechos escalones de la terraza con la esperanza de que Jacintha fuera solo la mascota de la niña.

La niña lo vio acercarse y se encogió de miedo.

—Por favor, no me haga daño. Por favor.

Lawrence comprobó que bajo la tenue luz plateada la niña se parecía a su hermana Janice. «Ahora tendrá veintiún años, no... veintidós. Me preguntó a qué se dedicará».

Le tendió las manos a la niña.

—Tranquila, no voy a hacerte daño. Solo quiero saber qué ocurre. ¿Puedes contármelo?

La pequeña se apartó un par de pasos de él.

—Nada, no ha pasado nada.

—¿Estás segura? He oído un grito. ¿Ha sido Jacintha?

—No lo sé.

—Escucha, eh... Yo me llamo Lawrence. ¿No quieres decirme tu nombre?

La niña sorbió con ruido.

—Denise.

—Vale, Denise. Es un nombre muy bonito. ¿Entonces no me vas a decir quién es Jacintha? —Lawrence no dejaba de mirar alrededor para ver si detectaba cualquier indicio de actividad en la aldea. En algunas casas todavía no habían apagado las luces; podía ver el resplandor que se escapaba por los bordes de las cortinas, como si fuera un marco de neón. Se veían las siluetas de los vehículos del convoy en medio del descampado. Había un par de Cueros montando guardia. El hecho de que no les hicieran el menor caso a la niña y a él le pareció extraño.

—Es mi hermana —dijo Denise.

—Muy bien. ¿Cuántos años tiene?

—Diecisiete.

Lawrence blasfemó entre dientes. Ahora ya se podía imaginar lo que estaba pasando. Maldito sea el capitán Lyaute por su falta de disciplina y maldita sea Z-B por reclutar a todos aquellos barriobajeros.

—Dime, Denise, ¿se la han llevado?

—Sí —contestó Denise con docilidad—. Estábamos todos durmiendo en casa de Paula. —Denise señaló a una de las casas triangulares. Lawrence

vio entonces varios rostros juveniles pegados contra el cristal de una de sus ventanas, mirándolo.

—Sigue.

—Llegaron dos de vosotros y le dijeron que le querían hacer algunas preguntas. Que era por la seguridad del estado. Le dijeron que se tenía que ir con ellos.

—¿Adónde? ¿Viste adónde fueron?

—No. Pero se la llevaron por ahí.

Denise señaló la hilera de casas. Además el grito que Lawrence había oído sonó muy cercano.

—¿Llevaban un Cuero? Ya sabes, uno de esos trajes oscuros tan gordos.

—No.

—Muy bien. —Lawrence salió corriendo en la dirección que Denise le había indicado—. Espérame aquí.

Denise se quedó allí, vacilante, con los labios temblando.

—No te va a pasar nada. —Una serie de mensajes azules pasaron por sus gafas y le informaron de la seguridad actual del convoy. Nivel siete, ni alertas ni irregularidades. Ordenó a su perla de brazalete que estableciera un vínculo con Ntoko para despertarlo. No vio luces en el interior de la primera casa cuando pasó corriendo por delante. En la segunda había una ventana de la que salía un resplandor. Lawrence corrió a asomarse al mirador. Vio a tres reclutas sentados alrededor de una mesa jugando a las cartas.

En la tercera casa también había una luz encendida. Las cortinas estaban corridas. Lawrence subió los escalones del mirador de dos en dos sin preocuparse por el resbaladizo rocío que iba pisando con los pies descalzos. Se oía un murmullo de voces en el interior, los típicos ruidos guturales que emiten los descerebrados cuando esperan algo con delectación.

Lawrence abrió la amplia puerta del patio y apartó la cortina. Se encontró justo con lo que se esperaba. La chica, Jacintha, estaba tirada en el suelo, con la camiseta enrollada alrededor del cuello y el rostro desencajado por una patética expresión de terror. Había tres reclutas de pie a su alrededor, Morteth, Laforth y Kmyre, todos del pelotón 482NK3. Laforth, que ya se había quitado los pantalones, tenía la polla tiesa al aire. Se había colocado entre los tobillos de la chica para separarle las piernas con los pies.

Todos se giraron para ver quién acababa de entrar. La sorpresa y la culpa desaparecieron de sus caras cuando reconocieron que era alguien de los suyos.

—Joder, Newton —resopló Laforth—. ¿De qué cojones vas?

—Cierra la puta puerta —dijo Morteth.

Lawrence se levantó las gafas para que Jacintha pudiera mirarle a los ojos.

—¿Te han violado? —le preguntó.

Jacintha agitó la cabeza.

—No. —Su voz sonó más bien como un chirrido.

—De acuerdo, ven conmigo. —Le tendió una mano para que se la cogiera.

Kmyre se interpuso entre Lawrence y Jacintha, colocó los brazos en jarra y sonrió con aire desafiante.

—Es nuestra prisionera, Newton. O te unes o que te den por el culo.

Lawrence percibió el olor a alcohol de su aliento.

—¿No lo pillas, subnormal? Esto se ha terminado. Se acabó, ¿entendéis?

—¿Cómo se va a haber terminado? Todavía no hemos empezado, camarada.

—Ni empezaréis nunca. No hemos venido para esto. —Se hizo a un lado. Jacintha todavía estaba tirada en el suelo y miraba a todas partes sin saber qué hacer. Ahora Laforth también dudaba; miró a Morteth, que tenía los ojos clavados en Lawrence. Jacintha consiguió incorporarse y se volvió a tapar los pechos con la camiseta.

—Vamos. —Lawrence le volvió a ofrecer la mano.

Kmyre se la apartó de un golpe.

—Lárgate de aquí o me encargaré de que seas la primera víctima de esta terrorista.

Lawrence se inclinó hacia delante, como si se agachara para ayudar a Jacintha. Tal y como esperaba, Kmyre intentó darle una patada detrás de la rodilla. Lawrence se giró con agilidad, detuvo el pie de Kmyre y tiró de él hacia arriba. Kmyre gritó cuando su pie salió disparado hacia el techo haciéndole caer de espaldas.

Morteth empezó a gruñir y arremetió contra Lawrence con los brazos abiertos. Lawrence se puso justo delante de él para recibirlo. El gruñido fue

sustituido por el ruido de un hueso rompiéndose. Morteth empezó a sangrar a chorros por la nariz. Jacintha gritó.

Laforth golpeó a Lawrence con el puño a la izquierda del esternón. El impacto lo empujó hacia atrás y entonces pudo ver a Kmyre yendo hacia él. Esta vez fue él el que embistió con ambos brazos estirados. Fue un buen intento pero no consiguió el efecto deseado. Kmyre lo vio venir y le dio un certero puñetazo en medio del brazo derecho. Lawrence aulló de dolor pero siguió empujando y aprovechando el impulso para arrastrar a Kmyre hasta la ondulante cortina. Ésta se soltó del chirriante carril y ambos cayeron al mirador envueltos en la gruesa tela. Kmyre empezó a darle de patadas. Lawrence hizo lo propio, solo que sin zapatos no le infligía el mismo daño.

Estuvieron un rato revolcándose pero al final Lawrence, al que aún le dolía el brazo derecho, no pudo evitar que Kmyre se colocara sobre él. Lawrence le golpeó en la nuca con la rodilla y consiguió deshacerse de él justo cuando Laforth lo agarró por la pierna y empezó a retorcérsela. Lawrence giró el tronco y con la otra pierna le dio una patada en las costillas. Laforth perdió el equilibrio y con la inercia ambos cayeron por las escaleras.

Fue una caída muy dolorosa y poco pudo hacer Lawrence por detenerla, hecho un ovillo con Laforth. Se golpearon los codos y las rodillas con todos los escalones. En uno aterrizó con la cabeza, lo que le hizo ver el doble de las estrellas que ya había. Por fin cayeron a la barrosa hierba y se separaron.

Lawrence vio que se acercaba gente corriendo. Muchos eran niños, los demás eran adultos de la aldea. No vio a nadie de su pelotón. Jacintha todavía seguía gritando. La luz de las puertas del patio iluminaba el jardín en el que habían aterrizado. Los aldeanos debían de haber acudido alarmados por el alboroto.

Laforth los ignoró y le tiró otra patada. Lawrence la esquivó con facilidad y le lanzó un puñetazo. El dolor le había restado puntería. Laforth se apartó, de manera que recibió el impacto en el hombro, lo que no le impidió intentar placar a Lawrence. Este lo recibió con un rodillazo en la mandíbula con el que casi le arranca la cabeza. No pudo evitar sonreír con primitiva satisfacción cuando vio a Laforth caer con pesadez y semiinconsciente. Entonces Kmyre lo agarró por la espalda y cayeron sobre la hierba mojada, junto a Laforth.

—Es ese —gritó Denise—. Ése es el hombre.

Genial, pensó Lawrence cuando interceptó el puño que Kmyre quiso hundirle en la nuez, ahora pensarán que el violador soy yo.

—Son como animales —exclamó un hombre.

—¡Detenedlos! —chilló Denise—. ¡Detenedlos! ¡Le van a hacer daño!

—¿Jacintha? Jacintha, ¿dónde estás?

Kmyre le dio un rodillazo a Lawrence en las costillas que le hizo dar dos vueltas y acuclillarse. Entonces Lawrence cargó contra Kmyre y ambos cayeron de nuevo al suelo.

—¡Que se paren! —seguía gritando Denise—. Por favor, que alguien los separe.

—¿Jacintha?

—Padre. Padre, estoy aquí.

—Jacintha.

—Llamad al dragón —dijo Denise—. Así se pararán.

—¡No, hija!

—¿Estás bien, Jacintha? ¿Te han hecho daño?

—¡Detenedlos! ¡Detenedlos!

—Estoy bien, padre.

Con Kmyre apretado contra él y atenazándolo, lo único que podía hacer Lawrence era agarrarlo también. Aquel era el peor tipo de pelea, dos borrachos revolcándose sin fuerzas. No dejaban de tirar patadas al aire mientras daban vueltas y más vueltas.

—¡Oh, por favor! —gimió Denise.

De repente una cegadora luz blanca los apuntó de cerca. Lawrence y Kmyre se quedaron paralizados. Un Cuero los agarró y los obligó a separarse.

—¿Qué cojones está ocurriendo aquí? —preguntó Ntoko.

Lawrence boqueó aliviado por la ayuda del Cuero. No estaba seguro de poder levantarse ahora que las piernas no dejaban de temblarle.

Las luces del casco del Cuero le permitieron ver toda la gente que se había congregado. Aldeanos agarrando a sus hijos. Reclutas en pantalón corto parpadeando somnolientos. Más aldeanos que seguían acudiendo.

—¿Y bien? —preguntó Ntoko.

—Ellos... la chica... —jadeó Lawrence—. Oí un grito.

—Ahá. —Ntoko miró a Jacintha, que estaba abrazada a su padre al tiempo que su madre y Denise estaban abrazadas a ella.

—Mierda —murmuró. Miró a Kmyre, al que el Cuero estaba sujetando. Estaba manchado de barro y sangre. Laforth intentaba ponerse en pie, ejercicio muy doloroso en aquel momento. Morteth estaba de pie en el mirador apretándose la nariz con una mano; toda la parte delantera de la camisa se le había teñido de escarlata a causa de la increíble cantidad de sangre que había brotado de su ahora machacada nariz.

Ntoko llamó por señas al Cuero sargento que estaba de servicio en ese momento y juntaron las cabezas. Lawrence podía oírlos murmurar.

Ambos sargentos hablaron a los curiosos.

—Muy bien, váyanse a casa, aquí no hay nada que ver —ordenó Ntoko —. Vosotros tres, —dijo señalando con el dedo a Morteth, Laforth y Kmyre —, volved a vuestro alojamiento, de donde no os moveréis hasta las siete cero cero. Travers, te quedas de centinela. Si se les ocurre salir antes de la hora indicada, tienes licencia para recurrir a la fuerza máxima.

—Sargento. —Saludó el centinela.

Ntoko se acercó a Jacintha y su familia.

—Señorita, ¿necesita asistencia médica?

—No —intervino su padre. Apretó a su hija contra sí—. No queremos nada de ustedes. —Jacintha sacudió la cabeza con conmoción para apoyar la respuesta de su padre.

—Muy bien. Por favor, regresen a su casa y no salgan en toda la noche. Les aseguro que no se producirán más incidentes de este tipo.

—Gracias.

A Lawrence le sorprendió lo ridícula que podía llegar a sonar aquella frase.

El Cuero que estaba aguantando a Lawrence se lo cedió a Nic y Amersy. Estos tuvieron que llevarlo de regreso a la casa triangular casi a peso muerto. Todo el mundo se fue a la cama intercambiando murmullos con los demás.

De repente Denise se puso delante de Lawrence. Le sonrió con timidez.

—Gracias. —Regresó corriendo con su familia antes de darle tiempo para responder.

Nic soltó una carcajada.

—Vaya, ya te has vuelto a echar novia, bandido. Un bomboncito, ¿eh?

—Dadme un puto respiro.

Ntoko se detuvo en el mismo punto en que Denise lo había hecho unos segundos antes, pero él no sonreía.

—¿A qué cojones crees que estás jugando, amigo? Si quieres ser un héroe, espérate a estar de servicio.

—Venga ya, Sargento, tú hubieras hecho lo mismo.

—Yo hubiera buscado apoyo. ¿No has aprendido nada en los entrenamientos?

—Te llamé.

—La madre que me parió.

Llegaron a su casa triangular y subieron las escaleras del mirador. Lawrence se vio obligado a agarrarse a la barandilla. En cuanto los niveles de adrenalina y endorfinas empezaron a descender sintió que le dolía hasta el último centímetro cuadrado del cuerpo.

Nada más entrar en el salón se dejó caer a plomo en el sofá.

—Necesito un trago.

Kibbo le abrió una lata de Bluesaucer y se la puso en las manos. Lawrence dio un sorbo y decidió que no volvería a hacerse el tipo duro nunca más. Ntoko se sentó a su lado y abrió el botiquín de primeros auxilios.

—Agárrate, machote.

A pesar de la cura, Lawrence fue incapaz de moverse a la mañana siguiente. Se dio una ducha caliente que le alivió un poco. Tenía un tobillo muy hinchado, ambas piernas cubiertas de arañazos y magulladuras por todas partes. Ntoko insistió en que todas eran heridas superficiales.

—No te libras de salir de servicio.

Desayunó con Nic y Amersy, que se lo pasaron muy bien tomándole el pelo. El Sargento no los acompañó, había salido mientras Lawrence todavía estaba en la ducha. Volvió cuando ya estaban terminando de desayunar.

—Vosotros dos, largaos —les dijo a Nic y Amersy.

—¿Entonces qué va a pasar con lo de anoche? —preguntó Lawrence.

Ntoko se sirvió un poco de café y se sentó frente a Lawrence.

—He estado hablando con el capitán al respecto. Quiere dar carpetazo al asunto lo antes posible.

—¿Eso qué significa?

—Significa que nada de héroes alborotadores cuando volvamos al cuartel.

—¿Quieres decir que a esos tres no les va a pasar nada? Por todos los santos, iban a violar a una chiquilla de diecisiete años.

—Todos sabemos lo que pretendían hacer y no van a salir impunes. Pero hay formas de enfrentarse a situaciones como esta sin que salgamos perdiendo todos.

—¿Cómo? —preguntó Lawrence con recelo.

—Muy bien, pongamos que todo se hace a tu manera, con limpieza y honestidad, cogemos y aireamos en público todos nuestros trapos sucios. Morteth, Laforth y Kmyre van a juicio. Por supuesto, se les declara culpables, se les envía a casa bajo vigilancia y cumplen sus quince años. Hasta aquí ningún problema.

Pero después del juicio se realizaría una investigación para saber por qué había ocurrido algo así.

—Porque son una panda de borrachos, por eso.

—Desde luego. Pero si ahondas más, ¿por qué Lyaute no imponía la suficiente disciplina en sus hombres para evitar que pensaran siquiera algo así? ¿Por qué el sargento del 482NK3 no impidió lo que estaba ocurriendo? Al final siempre es el suboficial el que carga con todas las culpas, lo sabes. ¿Por qué los Cueros que estaban de guardia no se enteraron del alboroto e intervinieron?

—Tendrían que haberlo hecho.

—Por supuesto, amigo. Pero la práctica nunca se parece a la teoría. Ya has visto cómo todo el mundo andaba robando cuanto podía a estos pobres aldeanos. Lyaute debería haber intervenido con contundencia desde el principio. Pero no ha querido porque prefiere no complicarse la vida. De manera que todo va yendo cada vez a peor hasta que a estos tres imbéciles se les ocurre hacer una gracia como la de anoche y hacen que la bola de mierda que ellos inician nos acabe tragando a todos. Si se redacta un informe oficial, se acabará abriendo un expediente a la mitad del convoy.

Lawrence dio un sorbo de té, que ya se había quedado más frío de lo que a él le gustaba.

—¿Quieres decir que si hago lo correcto y testifico ante el comandante acabaré jodiendo a todo el mundo?

—Ya te he dicho que hay otras formas de manejar estas cosas. Si le dejas, Lyaute puede operar a través de otros canales.

—¿Qué clase de canales?

—Te hablaré con franqueza. Si mantienes el pico cerrado, al final de la campaña constará una distinción en tu expediente, lo cual es mucho mejor que salvarle el culo al general en medio de un combate, y te colgarán un galón en el hombro. Morteth, Laforth y Kmyre entrarán en la lista negra en cuanto vuelvan a casa. Se les dará de baja o se les obligará a limpiar las letrinas de por vida y, por supuesto, jamás obtendrán ninguna bonificación por haber participado en la campaña ni Z-B los recomendará nunca a nadie. Así ninguna otra compañía del planeta querrá contratarlos y todas sus puertas se habrán cerrado de golpe.

—Y Lyaute sale de todo esto con un expediente impoluto.

—Sí. Igual que otra mucha gente que no merece pagar los platos rotos porque él la cagara. Pero ya verás cómo la próxima vez ata corto a todo el mundo. Al final tiene que merecer la pena, Lawrence. Ambos sabemos que los buenos oficiales se cuentan con los dedos de una mano.

—No, Sargento. No me vengas con el cuento de que al final esto me viene bien.

—De acuerdo, tómatelo como quieras. Allá tú. Luego no podrás echarte atrás. Si te sirve de consuelo, anoche yo hubiera hecho lo mismo. Hiciste lo correcto.

—Hay algo de lo que no me has hablado.

—Sí, ¿el qué?

—La chica, Jacintha. ¿Qué pasa con ella?

—¿Que qué pasa con ella?

—Tres de los mejores hombres de Z-B intentaron violarla.

—Pero no la violaron, ¿verdad? Gracias al héroe de la noche. Se llevó un susto muy fuerte, que no se va a repetir porque jamás volveremos aquí. Podrá seguir con su vida de meditación como si nada hubiera ocurrido. Dentro de unos meses ya no seremos ni un mal recuerdo para ella.

—¿Ya está? ¿Ella da igual?

—Así es la política, muchacho. Su implicación en esto no es tan grande como la nuestra. ¿Entonces qué has decidido?

Lawrence sonrió, aunque le dolía la herida del labio. Al menos el Sargento estaba siendo diplomático y le hablaba como si encima tuviera elección. Lawrence ya sabía muy bien que si seguía adelante con esto y declaraba contra Lyaute y los otros sargentos, al final sería él el que pasaría a engrosar la lista negra.

Así funcionaban las compañías. Como siempre habían funcionado. Como siempre funcionarían.

Dio otro sorbo de té frío.

—Supongo que todas estas magulladuras me las hice anoche cuando me caí por las escaleras.

OceanofPDF.com

14

Capítulo

El juicio se organizó en la sala de banquetes del Barnsdale, hotel donde se habían establecido los cuarteles de ocho pelotones y la mitad del cuerpo de tecnología industrial de Z-B. Al final de la alargada sala había un estrado donde tocaban las orquestas. En él hoy solo había una mesa y tres sillas para los oficiales presidentes, de los cuales Ebrey Zhang era el presidente del tribunal. En la pista de baile había dos mesas más. Una estaba ocupada por el equipo de la acusación, encabezado por el abogado de Z-B, al que apoyaban el magistrado de la policía de Memu Bay, Heather Fernandes y otros dos fieros asesores legales. En la mesa de la defensa solo había dos sillas, ocupadas por Hal y el teniente Bralow.

Detrás de las dos mesas habían colocado cincuenta sillas de plástico para acomodar al personal de Z-B, a varios miembros selectos del público y a un puñado de representantes de los medios. La primera fila estaba reservada para el Alcalde y la compañía que había escogido: un par de amigos de toda la vida, Margret Reece y el detective Galliani. La audiencia civil ignoraba intencionadamente a los diez Cueros que montaban guardia por toda la sala. Era la primera vez que no se cortaba el suministro eléctrico, de modo que los conos de luz brillaban a toda potencia.

Cuando llegó Lawrence, que escoltaba a Hal, se enfadó mucho al ver a toda aquella gente. El niñato miró a su alrededor y bajó la cabeza.

—Vaya circo de juicio —le gruñó Lawrence a Bralow al oído en un descuido de Hal. El teniente le respondió con un apesadumbrado encogimiento de hombros.

Lawrence cogió una silla de la zona de la audiencia y se la llevó a la mesa de la defensa. Se sentó y le dio una firme palmada a Hal en la rodilla. El muchacho le respondió con una triste sonrisa de agradecimiento.

Nadie reconvino a Lawrence. Llevaba puesto el uniforme, del que ya colgaban más medallas que las que tenían el resto de oficiales. Si quería quedarse junto a un recluta que estaba a su mando, ninguno de los suboficiales que habían participado en la organización del juicio iba a impedírselo. Bryant lo miró con desprecio antes de ir a sentarse con el resto de oficiales.

El sargento mayor ordenó a los presentes que guardaran silencio y que se pusieran en pie. Los oficiales presidentes entraron y ocuparon sus correspondientes asientos en el estrado.

Lawrence debía admitir que el juicio se desarrolló como era debido. La acusación planteó muy bien su versión. Se explicaron al tribunal los detalles del caso. También se reprodujeron determinados pasajes de los interrogatorios que la policía le había hecho a Hal. Al cabo de solo veinte minutos, todo tenía ya muy mala pinta.

El detective Galliani fue llamado al estrado y le contó al tribunal lo de la coartada de Hal, a la que el niñato se había aferrado desde el principio.

—¿Encontró el taxi que el acusado afirma haber tomado? —preguntó la acusación.

—No, señor —respondió Galliani—. En el registro del SA regulador de tráfico no se ha recogido que nadie se subiera a ningún taxi en aquella calle a aquella hora de la noche. Y el señor Grabowski insistió mucho en la hora a la que salió del cuartel. De hecho, hemos revisado los registros de todos los taxis de Memu Bay que se elaboraron aquel día. Nadie subió a ninguno de ellos a las horas que el señor Grabowski dice haber ido y vuelto del supuesto burdel.

—Ah, sí —dijo la acusación con engreimiento—. El prostíbulo al que el acusado asegura haber ido. ¿Existe, detective?

—No, señor. La calle en que el señor Grabowski afirma que se encontraba el supuesto burdel es la Avenida de la Catedral. Hemos registrado todas las casas y todas han resultado ser residencias privadas.

Lawrence había salido a dar una vuelta por la Avenida de la Catedral hacía dos días, vestido de civil, con el cuello de la camisa hasta arriba para taparse las válvulas. Antes de ir descargó imágenes de la calle desde el

departamento de planificación del ayuntamiento para enseñárselas a Hal, que señaló sin la menor vacilación el número dieciocho.

Permaneció un rato por los alrededores de la casa, examinando el terreno. Vio el jardincillo frontal y la verja de hierro de los que Hal había hablado. Tras ellos se alzaba una achaparrada fachada de piedra blanca, de amplias ventanas y pintura limpia y lustrosa. Al igual que el resto de viviendas de la calle, se trataba del hogar de una familia de clase media-alta. Lawrence activó su perla de brazalete y abrió el Principal. Una compleja imagen azul marino pasó por sus membranas optrónicas cuando el programa cuasi-sentiente salió del bloque de almacenamiento y se descomprimió. Quizá solo fuera su imaginación, pero los iconos le parecieron más brillantes de lo normal.

Estableció un vínculo con el banco de datos de Memu Bay y ordenó al Principal que barriera el SA de la casa y los registros del tráfico local. Al instante siguiente la información empezó a pasar ante él. Fuera cual fuera el *software* que el grupo de resistencia de Killboy empleaba para borrar sus huellas, era excelente, lo que aumentaba sus sospechas de que el e-alfa estaba en peligro.

El SA del número dieciocho no le dijo nada porque llevaba una semana inactivo a la espera de que lo repararan. Las secciones independientes más pequeñas de la red de la casa seguían funcionando en modo autónomo de emergencia, pero no elaboraban registros de memoria. Lo más extraño de todo era que el sistema de seguridad, cuyos sensores no recibían energía, también se encontraba fuera de red.

Los registros del tráfico de la Avenida de la Catedral confirmaban que fueron muy pocos los vehículos que pasaron por aquella calle la noche que Hal decía haber estado allí. Ningún taxi se había detenido frente al número dieciocho. Pero el Principal ahondó en la red local de transporte. Entre la una y cuarenta y ocho y las dos y diez el flujo de la red se había incrementado en un ligero porcentaje.

Después de que Hal se hubiera marchado.

En los registros no aparecía nada que justificara aquel aumento.

—Cerrar —murmuró Lawrence. Aquella leve anormalidad no convencería a ningún tribunal que había sacado una muestra del ADN de Hal de la vagina de la chica. Ni siquiera sabía si se consideraría una prueba

válida. Pero a él le bastaba; era como un *graffiti* electrónico que equivalía a pintar con *spray* «Fdo.: Killboy» en la fachada de la casa.

Lawrence decidió llamar al timbre. Al cabo de un minuto una mujer que llevaba un delantal puesto abrió la puerta negra y se le quedó mirando con recelo.

—¿Sí?

—¿Elena Melchett?

—¿Sí? ¿Quién es usted?

—Lawrence Newton. Estoy cubriendo el caso de la violación del alienígena.

No parecía que Elena Melchett se muriera de ganas por cooperar con los medios.

—¿Y?

—Ah, el alienígena sospechoso afirma que estaba en esta calle cuando se produjo el incidente. Es su coartada. Me pregunta si usted vio algo.

—Señor Newton, ese obsceno incidente tuvo lugar a la una de la mañana. Yo estaba durmiendo, así que no vi a ningún matón alienígena merodeando por aquí.

—Por supuesto, muchas gracias. Er... —Rebuscó en los bolsillos mientras Elena Melchett se impacientaba cada vez más. Encontró su tarjeta multimedia y abrió un archivo visual—. Lamento causarle tantas molestias pero, ¿no reconoce a este hombre? —La pantalla de la tarjeta mostraba una fotografía de Hal.

Elena Melchett la miró unos segundos.

—No.

—¿En serio? Qué extraño.

—¿Qué quiere decir?

Lawrence ordenó a la tarjeta que abriera otro archivo.

—Esto es un cianotipo de su entrada, ¿la reconoce? —Miró al interior de la casa y vio la amplia escalera que conducía al rellano de la primera planta.

Esta vez Elena Melchett apenas si miró la imagen.

—Se parece.

—Yo diría que es idéntica. Hasta en las baldosas.

—¿Qué es lo que pretende, señor Newton?

—El alienígena sospechoso elaboró esta imagen a partir de un programa de arquitectura. ¿Cómo iba a saber cómo era la entrada de su casa si nunca había estado aquí? Usted ha dicho que no lo conoce, ¿no es así?

—¡Váyase! —le ordenó Elena Melchett con voz estridente—. ¡Váyase y no vuelva más! Si le vuelvo a ver por aquí, llamaré a la policía. —La pulida puerta se cerró de golpe.

La acusación hizo subir a Hal a la tribuna de los testigos. Ahora Lawrence comprendía el refrán que dice que el peor enemigo de uno siempre es uno mismo. El cariz que presentaba la situación era cada vez menos esperanzador. Permanecer en aquella sala empezaba a hacerse insoportable.

La acusación le preguntó a Hal por qué se había saltado el toque de queda.

El bueno de Hal, que era todo sinceridad e inocencia, respondió que buscaba sexo desesperadamente.

La acusación quería saber adónde fue aquella noche a la caza de alguna chica.

Hal habló del prostíbulo de la Avenida de la Catedral, insistiendo con obstinación en su versión de los hechos. Lawrence suponía que su madre siempre le había inculcado que había que decir siempre la verdad.

La acusación desbarató en un abrir y cerrar de ojos su versión de lo ocurrido aquella fatídica noche y al teniente Bralow ya no le quedaban pruebas que presentar para seguir apoyando a Hal. Después pasaron a preguntarle por las muestras de material genético. Hal dijo que la chica era una puta y que el resto, lo del alegato de violación y lo del burdel inexistente, era todo un montaje de Killboy.

No convenció. El tribunal ya había escuchado reproducida la emotiva declaración de Francine Hazledyne. Lawrence no quitó ojo a los oficiales presidentes mientras la frágil voz de la joven narraba lo que le sucedió aquella noche sin dejar en el tintero ningún morboso detalle.

Mientras más crecía la farsa, más admiraba Lawrence la capacidad estratégica y los recursos de Killboy y más furioso se ponía. Hal era una víctima fácil. Lawrence quería ponerse en medio de la sala y gritar a la audiencia: «¿Por qué no lo intentáis conmigo?». Sin embargo, la finalidad de aquella elegante estrategia era minar la moral de Z-B.

Además le rondaba el terrible fantasma de la responsabilidad. La última vez que estuvieron en Thallspring se debería haber celebrado un juicio como aquel. Gran parte de la culpa de que no se hiciera era suya. En aquella ocasión a nadie le convenía que se hiciera justicia. Ahora ésta volvía para vengarse de todos.

Lawrence empezó a preguntarse si ambos sucesos guardarían algún tipo de relación.

Al final decidió que solo un dios con un sentido del humor muy retorcido tramaría algo así.

Tras cinco horas de declaraciones y exposiciones de pruebas, los oficiales presidentes suspendieron la sesión para discutir el veredicto. Se tomaron hora y media, tiempo que a Lawrence le pareció bastante diplomático teniendo en cuenta que habían decidido la sentencia antes incluso de que comenzara el juicio. Hal se puso de pie frente al estrado, de cara a los oficiales presidentes y con los hombros cuadrados, cuando Ebrey Zhang salió para anunciar las conclusiones.

Por el cargo de desobedecer una orden directa e ignorar el toque de queda: culpable.

Por el cargo de engañar a la policía local: culpable.

Por el cargo de agredir y violar a una menor: culpable.

La audiencia suspiró aliviada, no tanto porque se alegrara como porque sentía que se había hecho justicia y había salido victoriosa. Contra todo pronóstico, había conseguido lo que quería.

Hal se sentó otra vez mientras el teniente Bralow exponía lo que Lawrence tuvo que reconocer que era una petición de indulto muy elocuente. Después todo el mundo se levantó para escuchar el veredicto final. Ebrey Zhang, con gesto apesadumbrado, declaró:

—Halford Grabowski, dada la grave naturaleza de tan abominable crimen, hemos decidido que no nos queda otra alternativa que imponer la pena más severa que puede emitir este tribunal. Por lo tanto queda condenado a muerte.

Hal Grabowski perdió los estribos. Empezó a gritar obscenidades a los oficiales presidentes y echó a correr hacia la puerta. Derribó con violencia a todos los que salieron a cortarle el paso. La audiencia gritaba y corría para ponerse a salvo.

Hicieron falta dos Cueros para sujetar al rabioso recluta e inyectarle un sedante. Su cuerpo inconsciente tuvo que ser sacado a rastras de la sala de banquetes.

Ebrey Zhang se adecentó el uniforme y se aclaró la garganta.

—La ejecución se celebrará pasado mañana al amanecer. No se admitirá una apelación. Por favor, teniente Bralow, informe a su cliente de esta decisión. Se levanta la sesión.

Los presidentes oficiales fueron abandonando la sala uno tras otro. Lawrence no se movió. Bralow se giró y le dijo:

—Lo siento de verdad. No se lo merecía.

Como no obtuvo respuesta, asintió con un nervioso movimiento de cabeza y salió aprisa de la sala. La audiencia había formado colas ante las puertas del fondo para regresar a su día a día. A los pocos minutos ya no quedaba nadie.

Amersy y los restantes miembros del 435NK9 se alinearon frente a la mesa de la defensa. Lawrence los miró uno por uno.

—El que quiera seguir en Zantiu-Braun que salga ahora por la puerta.

Un par de ellos soltaron unas risitas burlonas, los demás esperaron con expectación a que el Sargento les contara cuál sería su siguiente paso.

—Muy bien —dijo Lawrence—. Ahora nos toca a nosotros jugar sucio.

Esa tarde Josep fue en coche hasta el puerto espacial. En la entrada se identificó como Andyl Pyne, un joven encargado de la empresa de hostelería que llevaba el bloque de administración. El SA de administración general del puerto espacial asignó a su coche una plaza en el aparcamiento 7. Como el puesto de Andyl Pyne no era de los más importantes, Josep tuvo que darse una caminata para regresar al bloque.

Llevaba un pequeño maletín de rigor, como encargado que era. Tampoco podía prescindir de las gafas de sol, aunque fueran baratas y de plástico. Su mono verde claro no era de la mejor calidad, aunque llevaba el logotipo de la empresa de hostelería en el bolsillo del pecho. Llevaba botas en lugar de zapatos. En general, su aspecto entraba dentro de lo permisible.

El sol caía de lleno sobre un edificio de cinco lados de paredes de cristal tintado un tanto convexas. Desde donde él estaba, el bloque de

administración parecía un tulipán gigante de punta redondeada. Era la única construcción de aquel extremo del edificio de la terminal alejado de la enorme torre de control. Aunque la altura era de solo cinco plantas, los planos que el Principal de Josep extrajo del banco de datos mostraban una planta de servicio y otras cinco plantas subterráneas.

Cuando llegó a la entrada principal tuvo que repetir todo el proceso de identificación de seguridad y dejar que el SA examinara su rostro y sus rasgos faciales. En general, las medidas de seguridad eran mucho mayores en el bloque de administración que en la terminal principal, gracias a todos los empleados de Z-B que trabajaban allí ahora.

Una vez dentro, continuó sin detenerse hasta los ascensores del vestíbulo ignorando el mostrador de recepción y a los dos Cueros que lo flanqueaban. Nadie que fuera allí con cierta regularidad seguiría dejándose intimidar por ellos. Bajó hasta el primer subnivel, donde estaban las oficinas de mantenimiento del edificio y el comedor. Hasta ahora todo encajaba con los planos y las imágenes de la cámara de seguridad que habían extraído.

Josep entró en los servicios y se metió en uno de los compartimentos de los retretes. El SA lo había registrado a través de una cámara de seguridad. El seguimiento dentro del bloque de administración era casi universal, de manera que los únicos lugares libres de cámaras eran sitios como los retretes. Sin embargo, su ausencia tampoco servía de nada, puesto que el SA controlaba sin cesar la posición de cada persona, de modo que no se podía cambiar de lugar ni de identidad de un momento para otro. Era Andyl Pyne quien había entrado al retrete, por lo tanto si era otra persona la que salía de allí, el SA haría saltar la alarma.

Josep no intentaba darle esquinazo al SA, sino que necesitaba tiempo para preparar algunos cambios. En aquel momento lo que le preocupaba era que lo vieran los humanos. Su Principal entró en la red del bloque de administración y empezó a editar los registros de los monitores. Enseguida el SA registró que quien estaba en el retrete era Sket Magersan, piloto de aviones espaciales de Z-B. En cuanto se completó el cambio de registros electrónicos, Josep se quedó quieto y se concentró. Los orgánulos descritos de sus células empezaron a reaccionar y modificar su cuerpo. Su tez se volvió un poco más morena. Sus facciones comenzaron a morfosear. Se le ensanchó un poco la punta de la nariz y las fosas nasales se le agrandaron. Los labios se le volvieron más gruesos. Las mejillas se le hundieron un

poco y luego se tensaron, lo que subrayó la dureza de su mandíbula. Los irises cobraron un color avellana claro.

En el maletín llevaba un pequeño espejo de neceser. Lo sacó y examinó su nuevo rostro.

Habían pasado mucho tiempo observando a Sket Magersan bebiendo y comiendo en los bares y restaurantes de Durrell. Lo habían elegido porque se parecía en altura, peso, edad y aspecto general, lo que permitiría a los sistemas descritos de Josep imitar su aspecto físico sin demasiados problemas. El piloto tenía una voz más grave que la de Josep y un marcado acento de Ciudad de El Cabo, pero un vínculo directo con una perla neurotrónica que ejecutara un programa sintetizador de voz se encargaría de solucionar esos pormenores. Josep incluso se movía parecido al piloto, ya que cuando caminaba aprisa sus hombros ondulaban.

El reflejo era idéntico a Sket. Afirmó satisfecho con la cabeza, se quitó el mono verde y le dio la vuelta. Por el otro lado era un traje gris oscuro estándar de piloto de Z-B dotado de insignias, bolsillos cargo en las piernas y cintura elástica.

Josep salió del retrete y se quedó un rato lavándose las manos para asegurarse de que la cámara de vigilancia del servicio lo viera con claridad. El Principal examinó el SA de seguridad pero no había saltado ninguna alerta de cautela. Regresó a los ascensores y descendió hasta el subnivel cinco.

Simon Roderick ya había decidido cuál era la manera más sencilla posible de controlar la cámara de las llaves: mantener la actividad de los sistemas electrónicos al mínimo y confiar en los observadores humanos. Aquel recelo de la electrónica implicaba no informar al SA de seguridad del puerto espacial de que se estaba preparando una operación secreta. Ni siquiera avisaron al departamento local de seguridad.

Según los registros del bloque de administración, la oficina del subnivel cuatro estaba asignada a Quan y Raines, intendentes de la Tercera Flota. Se encargaban de que se trajeran los recambios desde las naves en órbita para mantener en funcionamiento los Xiantis y trabajaban con su propio SA para mantener los gastos al mínimo. Revisaban incluso los datos que

entraban en la oficina procedentes de las redes locales, aunque aquellos contuvieran una gran cantidad de información que no fuera de su competencia directa, como los horarios de los empleados y los perfiles de los vuelos. La típica burocracia virtual.

Simon ocupaba la oficina contigua. Para el SA era un administrador de sistemas de aviónica de aviones espaciales, título que se podía confirmar por la gran cantidad de cajas y pequeños paquetes que se seguían introduciendo, etiquetados todos con códigos de barras del departamento de electrónica.

Lo único que faltaba en ambas oficinas era una cámara de seguridad. Simon no pensaba arriesgarse a que los malos espiaran a sus espías.

La primera oficina la convirtieron en centro de observación. Habían cubierto una de las paredes con pantallas de sábana en las que se veían distintas secciones del bloque de administración. Cada una de las pantallas estaba conectada a una cámara de posición fija por medio de un cable de fibra óptica. Los sensores normales reducían en gran medida la calidad de las imágenes pero así no utilizaban cables eléctricos. La corriente eléctrica, por baja que fuera, siempre podía detectarse. Las pantallas disponían de suministro energético propio, el cual consistía en un banco de células en cada una de las esquinas. De ésa manera no produciría ninguna fuga en los circuitos del bloque de administración que se pudiera rastrear a través del banco de datos.

Adul Quan vio abrirse las puertas del ascensor en el subnivel cinco. Salió un hombre vestido con el uniforme de vuelo de Z-B.

—¿A quién tenemos aquí? —gruñó Adul. El procedimiento exigía confirmar la identidad de cualquiera que bajara al subnivel cinco. La pantalla estaba vinculada a una perla de escritorio que no tenía conexión con la red local, sino que estaba cargada con los archivos del personal. Quienquiera que fuera el recién llegado, se colocó justo debajo de la cámara que cubría los ascensores.

—Sket Magersan —leyó Braddock en la pantalla de la tarjeta—. Un minuto. —Frunció el ceño mientras rebuscaba en un taco de hojas. Ni a Adul ni a él les hacía la menor gracia que Simon Roderick insistiera en guardar copias impresas. Pero su jefe estaba convencido de que el e-alfa estaba en peligro y que cualquiera podía manipular las memorias de datos. Por lo tanto todas las mañanas se imprimían los horarios del personal del

puerto espacial. De esa manera sabían quiénes se suponía que debían estar en el bloque de administración y quiénes eran sospechosos.

Braddock buscó la hoja de Magersan, se detuvo y la leyó con detenimiento.

—Oh, mierda, este debería estar de descanso hoy. Ha volado durante los últimos cinco días.

Adul se puso derecho y miró el resto de pantallas que cubrían el subnivel cinco.

—¿Entonces qué hace en este bloque y aquí abajo?

—Buena pregunta. —Braddock se colocó junto a su colega. Vieron cómo Magersan recorría el pasillo y saludaba afablemente a todo el mundo.

—Se dirige a la cámara —dijo Adul en voz baja y en tono de sorpresa.

—No es seguro.

—Mierda. —Adul se sentó en el borde de la silla.

Magersan había llegado ya al Departamento de Comunicación. Le dijo la clave al sensor de seguridad y colocó la mano sobre el escáner. La voz y el mapa de vasos sanguíneos eran coincidentes. La puerta se abrió.

—¡Señor! —Braddock corrió hasta la puerta que comunicaba ambas oficinas y la abrió con urgencia—. Señor, creo que tenemos algo.

El Departamento de Comunicación lo componían tres oficinas unidas por un pequeño pasillo. Las cámaras de seguridad confirmaron que como de costumbre solo había dos personas en el interior, una en la primera oficina y otra en la tercera. En cuanto se abrió la puerta de fuera, Josep entró y esperó a que se cerrara. El Principal lo eliminó de las imágenes de las cámaras de seguridad. Ninguno de los dos oficiales de Z-B que había en el departamento oyó la puerta. Se detuvo un segundo y ordenó a su Principal que llamara al ocupante de la primera oficina. El programa cuasi-sentiente realizó una llamada generando el rostro y la voz del supervisor de la División de Mantenimiento para informar de un fallo técnico en una unidad satélite de rastreo de uno de los aviones espaciales.

Cuando el oficial de comunicaciones empezó a responder, Josep pasó rápidamente por delante de la oficina en dirección a la segunda. Su Principal desactivó los tres sensores de alarma que estaban conectados a la

entrada. Josep cerró la puerta y la bloqueó con un cerrojo manual, después respiró hondo mientras esperaba a ver si alguno de los oficiales había reaccionado. Las imágenes de las cámaras de seguridad que aparecieron tras sus ojos mostraban a ambos trabajadores trabajando tras sus escritorios.

La cámara de las llaves tenía una enorme puerta de acero reforzado con fibra de oro de cadena larga. Antes de la llegada de Z-B, allí se almacenaba el oro y el platino que se utilizaba en la fabricación de componentes electrónicos en gravedad cero. Ahora que ya se habían llevado aquellos metales a las naves, quedaba un montón de espacio libre para que Z-B almacenara sus llaves.

Había dos cerraduras que escaneaban las manos. Dos personas debían activarlas al mismo tiempo. Josep se sacó un par de delgados módulos en forma de dragón de los bolsillos de las piernas y colocó el primero sobre la cerradura superior. La superficie del módulo onduló con lentitud a medida que se adaptaba al escáner. Luego puso el segundo módulo sobre la cerradura de abajo. Los activó al mismo tiempo y los cierres magnéticos se desbloquearon con un ruido metálico tan estruendoso que le hizo estremecerse.

Tiró de la puerta metálica. La cámara era un cubo de ocho metros de lado. En cuanto Josep entró en ella se encendieron las luces del techo. Las paredes estaban tapadas por estanterías de rejilla metálicas; en el medio había una mesa de metal. Apilados en las estanterías había quince estuches de plástico negro, cada uno de los cuales medía setenta y cinco centímetros de largo por quince centímetros de alto. Todos llevaban grabado en relieve en la parte superior el emblema plateado de Z-B.

Josep cogió el primer estuche de la estantería y lo colocó sobre la mesa. Lo examinó con un sensor que no produjo ningún resultado. No contenía ninguna fuente de energía detectable. Si estuviera conectado a alguna alarma, sería a alguna que él no pudiera inutilizar. Tiró del cierre y abrió la tapa. Su Principal le informó de que el banco de datos permanecía en silencio. Nada de alarmas.

El estuche contenía tres bandejas, una sobre otra, y todas equipadas con un centenar de chips de memoria. Los escaneó con premura en busca del número que le interesaba. Ya se habían programado los vuelos de los Xiantis para los próximos cinco días, asimismo se les habían asignado sus códigos de comunicación. Ray y él habían elegido embarcar en uno dentro

de cuatro días, de manera que todo el que participara en la operación dispondría de suficiente tiempo para prepararse para sobrevolar Memu Bay.

La llave que buscaba la encontró en el tercer estuche. Cuando acopló el pequeño chip de memoria a la ranura de interfaz de su perla de brazalete el código se transfirió sin el menor problema.

Josep sonrió de oreja a oreja. Por fin. Acababa de salvar el mayor de los obstáculos. No es que el resto fuera fácil, pero las posibilidades de que la operación llegara a buen puerto se habían incrementado considerablemente. Quedaba todavía mucho por hacer pero las perspectivas eran muy halagüeñas.

Volvió a colocar el estuche en la estantería, tal y como lo había encontrado, y salió de la cámara.

Simon Roderick esperó pacientemente junto a los ascensores del subnivel cinco. Su IND estableció un sencillo canal de audio con Adul, que controlaba las pantallas de su oficina, situada una planta más arriba.

—Está cerrando la cámara —informó Adul—. Ahora saca los chismes esos de los cierres. Se los vuelve a guardar en el bolsillo.

Simon cambió la percepción de su sensor. El pasillo azul y gris se convirtió en un corredor de sombras confusas. Quedó dividido por unas hebras de destellante luz esmeralda procedentes de debajo de las borrosas superficies. Algunas brillaban con la misma intensidad que el sol y otras, más débiles, titilaban de manera que apenas se las podía percibir. Fue consciente incluso de la pequeña ascua verde jade que ardía dentro de su cráneo.

Los sentidos normales del gusto, el tacto, la vista, el olfato y el oído suponen un increíble rango de estímulos con los que el cerebro tiene que trabajar. En algunos casos, lo que este órgano hace es concentrarse sutilmente en un sentido cada vez y relegar los otros a un segundo plano. A través de esta capacidad inherente de programación neural, los genetistas concluyeron que el sensorio se podía expandir para trabajar con nuevos estímulos. Los sucesivos lotes de clones de Roderick fueron las cobayas perfectas, de manera que cada nueva generación contaba con adaptaciones y modificaciones respecto de las anteriores.

La finalidad del proyecto, desarrollar la capacidad de «ver» la actividad eléctrica, no era nueva. Durante siglos los videntes, chamanes y timadores habían asegurado poder saber hacia dónde quedaba el norte y poseer otros rasgos perceptivos místicos. Más adelante, el descubrimiento que se produjo a finales del siglo XX de la presencia de magnetita en las células cerebrales de los humanos reforzó los argumentos de aquella gente al respaldar el tipo de pseudociencia en que se basaban. Dada la despreciable cantidad de magnetita que en realidad contenía el cerebro, era prácticamente imposible que nadie pudiera comportarse como una brújula humana. En cualquier caso, no existía interacción entre las partículas magnéticas y las neuronas. Habría que esperar a que la ingeniería genética evolucionara para poder manipular las células e incorporar partículas de magnetita en un modelo celular de vesículas férricas. Se determinó que la acción de un campo magnético en las partículas suspendidas en líquido seroso generaba una actividad neural apreciable.

Después habría que determinar en qué posición se debían colocar las vesículas férricas para que proporcionaran una imagen interpretable, amén de su tamaño y de cómo se transmitían mejor los estímulos al cerebro. El diseño ya se había completado para cuando se gestaron los SK2. Su órgano perceptor de electricidad era una corona membranosa de la que salía una serie de nervios que la conectaban con la médula oblongada. Podían ver la corriente de los cables eléctricos o el tráfico de datos. Sin embargo, lo más importante, la razón por la que los Roderick ansiaban esta capacidad, era que les permitiría percibir los impulsos cerebrales de los demás. Nunca podrían leer el pensamiento de los otros directamente pero sí determinar su estado de ánimo, cuánta creatividad aplicaban al pensar o su capacidad memorística. Como detector de mentiras, la membrana de vesículas férricas demostró ser casi infalible y suponía una gran ventaja en las negociaciones con los directivos de otras compañías.

—Está saliendo —dijo Adul.

Simon empezó a caminar. No había mucha gente por el pasillo. No podía arriesgarse a despejar el edificio, eso alertaría a Sket Magersan. A Simon le preocupaba mucho lo que aquel hombre era capaz de hacer; lo último que deseaba era solucionar aquella situación de una forma violenta.

Pasó junto a un hombre cuya aura era densa y brillante y que su ropa apenas conseguía distorsionar. Provenía de la satisfacción que inundaba su cerebro. Luego se cruzó con otra persona que la tenía muy débil, tanto que

algunas zonas semejaban manchas solares. Simon tenía ya experiencia suficiente para saber quién tenía resaca sin necesidad de hacer preguntas de tanteo.

Sket Magersan salió de la división de comunicación. A juzgar por su espectro electromagnético, era como una nova humana. Simon estuvo a punto de detenerse de lo estupefacto que le dejó la brillantez del aura de aquel hombre. Por un momento pensó que podría tratarse de algún tipo de androide. Pero no, la actividad bioeléctrica de su cuerpo era propia de un humano, solo que algo más intensa. También detectó varios módulos electrónicos en sus bolsillos. A su alrededor latían unas intensas líneas de flujo que indicaban la presencia de células energéticas de alto nivel.

Simon no pudo identificarlas. Era muy difícil distinguir nada a través del agitado resplandor electromagnético, pero la actividad secundaria inducida por los sistemas internos era inquietantemente compleja e impenetrable. Simon no pudo confirmar que el hombre llevara perlas neurotrónicas.

Cuando ambos se cruzaron en el pasillo, Simon pudo oler el nerviosismo de Sket Magersan, aunque este no llegó a comportarse de forma sospechosa. Simon se preguntó qué revelaría de él su propia actividad cerebral. De haber sabido que era esto a lo que se enfrentaba, hubiera preferido no permanecer en el mismo edificio que aquel... hombre potenciado y sus cachivaches alienígenas. Aquel descubrimiento podía ser mucho más valioso que cualquiera de los bienes que habían venido a recoger a Thallspring. «¿De dónde cojones ha salido este tipo? ¿Qué origina un aura así?». Una cosa era segura, aquel hombre no era Sket Magersan, el piloto que constaba en los archivos de Z-B.

—¿Señor? —preguntó Adul.

—Puede que vaya armado, no estoy seguro. Proceda según lo planeado.

Josep apretó el botón para llamar un ascensor. Al cabo de unos segundos llegó uno. Reprimió el impulso de gritarle a la pesada y anticuada máquina que se diera prisa. «¡Lo conseguí!». Había entrado en el edificio mejor protegido de Z-B y les había robado la joya de la corona. Ahora el problema era conseguir que los sistemas de seguridad de carga de los

aviones espaciales no detectaran el dragón. Raymond y él ya tenían algunas ideas.

Se abrieron las puertas del ascensor. Salió un hombre que le saludó con la cabeza. Josep se apartó a un lado y luego entró. Pulsó el botón del primer subnivel. Las puertas se cerraron y el ascensor empezó a subir.

Se encerraría otra vez en el servicio y rápidamente volvería a adoptar la identidad de Andyl Pyne. Alrededor de media hora después estaría de nuevo en el coche saliendo del puerto espacial.

Sus células neurales descritas perdieron todo contacto con la red del bloque de administración. «No puede ser». Frunció el ceño pero las luces seguían encendidas y el ascensor continuaba elevándose. Quizá el ascensor lo estuviera aislando del nodo de alguna manera. Pero al bajar no había ocurrido.

Josep pestañeó extrañado al golpearse contra la pared. El panel de control que contenía los botones y las pantallitas luminosas de los números de cada planta onduló como si lo estuviera viendo a través de una pecera.

«¿Qué coño está pasando?».

Golpeó el botón de parada de emergencia, que no hizo ningún efecto. El ascensor continuó subiendo. Le empezaron a temblar las piernas y se vio obligado a arrodillarse. La visión se le llenó de manchas borrosas. Se quedó sin aire. Cogió una gran bocanada pero seguía asfixiándose. Sus fuerzas mermaban a pasos agigantados.

Oxígeno, necesitaba oxígeno ya. Hizo acopio de las escasas fuerzas que le quedaban y golpeó la juntura de las puertas. El metal quedó abollado y manchado de sangre. Le dio otro puñetazo, con el que solo consiguió agrandar la abolladura. No se había abierto el menor hueco entre ambas puertas. El siguiente puñetazo no causó ningún efecto. Josep ni siquiera oyó el estruendo del impacto. Apoyó la frente contra una de las puertas. No estaba fría. Era incapaz de sentir nada. El último pensamiento que tuvo antes de perder el conocimiento lo dirigió al Principal que llevaba almacenado en su perla de brazalete: «Ayuda».

Aquella tarde le preguntaron a Hal si quería que por la mañana hubiera presente un cura. Les contestó que se fueran a tomar por el culo con una

polla de Cuero. Le preguntaron qué quería cenar. Dijo que un huevo pasado por agua. Después lo dejaron solo.

Amanecería a las cinco y veintidós.

A las cuatro y media Lawrence y Dennis se acercaron a visitarlo. Hal estaba retenido en uno de los sótanos del Hotel Barnsdale. Dos Cueros montaban guardia permanente junto a la robusta puerta de madera. El responsable del preso le había colocado un brazalete de restricción remota, por si acaso. No es que nadie esperase que surgieran problemas. Los Cueros recibieron una llamada que les avisó de que dentro de un minuto llegaría Lawrence. Dennis y él aparecieron empujando un pequeño carrito de hotel.

—No quería comer —dijo uno de los Cueros.

—Ya lo sé —dijo Lawrence—. Pero igual le entra hambre. Son filetes, su plato favorito. —Retiró la tapa plateada de uno de los platos para que el Cuero viera la comida.

—Muy bien, venga, no os quedéis aquí.

Hal estaba echado en el pequeño catre que había en la esquina de la habitación, con las manos detrás de la cabeza. Giró la cabeza cuando oyó a Lawrence y Dennis empujando el carrito por el pasillo.

—Les dije que no quería que me trajeran ninguna mierda.

—El cocinero es un local —dijo Lawrence—. Y empiezan a sentirse culpables. Si ahora les decimos que la comida está muy hecha, lo más probable es que tenga que acudir a terapia el resto de su vida. Ya sabes cómo son estos liberales.

Hal sonrió y se acercó al carrito. El guardia cerró la puerta.

—Sargento, —dijo Hal en voz baja—, ya sé lo que me has dicho, pero le he estado dando vueltas. Quiero que me pongan la inyección. No duele y será como quedarse dormido. En el mejor de los casos, quiero decir.

—Hal, necesito que te pongas ante el pelotón de fusilamiento. Lo siento, sé que va a ser muy jodido, que es una animalada que te lo pida. Pero es la única manera.

—¿La única manera de qué?

Dennis se inclinó y retiró el mantel de lino blanco del carrito. En la bandeja inferior había un botiquín de campo.

—¿Qué es eso? —preguntó Hal.

—Una sencilla manera de sacarte de aquí —respondió Lawrence—. Lo cual me preocupa, porque a los demás también se les podría ocurrir. Siéntate, Hal.

El niñato obedeció.

Dennis puso el botiquín junto al muchacho y lo abrió. Desenrolló dos tubos delgados y los acopló en las válvulas del cuello de Hal.

—Ahora escúchame —le dijo Lawrence, que empezó a explicarle el plan.

En Memu Bay hacía más frío de lo normal cuando la primera y tenue luz del amanecer empezó a blanquear el horizonte con avidez. Myles Hazledyne se había puesto un cálido abrigo de lana para acompañar a Ebrey Zhang al jardín que había detrás del Hotel Barnsdale. Se había escogido aquel lugar porque estaba protegido por un alto muro de piedra.

Myles supuso que Z-B no quería convertir la ejecución en un morboso acto público, pero Zhang le dijo que además así la pared detendría las balas. Al principio Myles no entendía a qué se refería.

—¿Un pelotón de fusilamiento? —preguntó el Alcalde con horror. Le costaba creer lo despiadada que podía llegar a ser Z-B. Al igual que toda Memu Bay, él pensaba que le administrarían una sobredosis de algún sedante, que Grabowski pasaría sin darse cuenta del sueño a la muerte y que así se acabaría todo.

Debería habérselo imaginado. Algo así no podía terminar de una forma digna. Ahora iba a tener que presenciar cómo un enjambre de balas atravesaba el pecho de un hombre y provocaba una explosión de sangre. Era un atentado contra la sociedad civilizada. No se alegraba de que Grabowski muriera así. Cierto, había exigido justicia, pero aquello era una venganza medieval.

—El condenado tiene sus derechos —explicó Zhang con embarazo—. Existen tres métodos de ejecución, de entre los que puede escoger uno. Si se niega, el tribunal decidirá por él. No es común solicitar un fusilamiento. —Zhang no podía evitar sudar a pesar de la fría brisa de la mañana.

Myles no preguntó en qué consistía el tercer método. Siguió a Zhang hasta el fondo del jardín. No pudo apartar los ojos del poste que habían

plantado en el suelo frente a la pared. Se notaba que acababan de remover la tierra de su base. Detrás habían colocado un montón de sacos de arena.

Para eso habían abandonado la Tierra sus ancestros. El más vil acto del hombre para con sus semejantes. Myles hundió las manos en los bolsillos y la mirada en la hierba. Pensó en Francine y se le revolvió el estómago al imaginarse lo que habría sufrido.

Alguien se puso a gritar una serie de órdenes. Myles levantó la cabeza. El sargento mayor dirigía la marcha de un pelotón de ocho hombres a los que hizo detenerse tras la línea pintada en la hierba, a siete metros del poste. Los desafortunados reclutas habían sido elegidos mediante el tradicional método de la pajita más corta. Había hablado con ellos de antemano para explicarles que Grabowski preferiría gente con el pulso firme y buena puntería y que no le iban a decepcionar sintieran lo que sintieran. Asimismo, les aseguró que esto no constaría en sus expedientes.

Salió de la reunión triste y deprimido, agradeciendo a Alá en voz baja que él no sería uno de los que apretaran el gatillo. Entonces apareció Lawrence Newton y le preguntó si podían hablar a solas. El sargento mayor escuchó la petición de su viejo camarada y le dio su aprobación. Por lo demás, se desentendía por completo.

Edmond Orlov y el cabo Amersy sacaron al condenado al jardín. Hal se mostró inexpresivo cuando lo detuvieron junto al poste. Edmond le ató las muñecas al palo y le susurró algo al oído. Hal esbozó una leve sonrisa. Amersy le preguntó si quería que le vendaran los ojos, a lo que el niñato contestó que sí.

Los dos hombres del pelotón 435NK9 saludaron a su camarada y lo dejaron solo.

El sargento mayor miró a Ebrey Zhang, que asintió con la cabeza.

—Pelotón, preparados.

El sonido de las palmas de las manos golpeando con sequedad las armas retumbó por todo el jardín.

—Apunten.

—Oiga, Zhang —gritó Hal—. Sepa que como comandante no vale ni para tomar por el puto culo.

—¡Fuego!

Myles Hazledyne vomitó. El estruendo de ocho rifles disparando al unísono lo dejó atónito. El tiempo se detuvo. Giró la cabeza y vio el cuerpo

de Grabowski vibrar al golpearse contra el poste. La sangre saltó de su pecho a una velocidad pasmosa. El corpulento muchacho estaba cayendo al suelo de rodillas y solo sus manos atadas sujetaban su tronco destrozado. De repente el sonido inundó de nuevo el universo de Myles, como si se hubiera producido una deflagración en el interior de su cabeza. Acababan de sacrificar a un ser humano delante de él. A petición de él.

Se arrodilló y vomitó sobre la hierba mojada aún por el rocío de la mañana.

Por lo general se organizaba un destacamento de enterramiento, pero en Thallspring jamás se permitiría cavar una tumba para un miembro de Zantiu-Braun. La política de la compañía referente a la muerte fuera de la Tierra ordenaba la cremación y posterior esparcimiento de las cenizas.

El pelotón de Grabowski exigió su derecho a llevar a cabo este ritual, algo a lo que el capitán Bryant no pensaba oponerse; lo último que necesitaba en aquellos momentos era que sus propios hombres se rebelaran contra él. Por lo tanto, mientras el pelotón de fusilamiento se retiraba con apremio, salieron del hotel portando una camilla y una bolsa para restos humanos. Desataron las manos del Hal mientras Ebrey Zhang ayudaba al Alcalde, que seguía vomitando, y tumbaron a su amigo muerto sobre la hierba empapada de sangre. Lo metieron con cuidado en la bolsa, que cerraron por completo antes de colocarla sobre la camilla.

Se llevaron a Hal mientras el Alcalde y los oficiales superiores regresaban al interior del hotel. El destacamento de limpieza arrancó el poste y retiró los sacos de arena. También tuvieron que lavar la sangre. Con un poco de suerte, a media mañana ya no quedaría ni rastro del fusilamiento.

El destacamento de enterramiento llevó la camilla por los pasillos de la parte trasera del hotel y la sacó al pequeño patio que utilizaban los camiones de reparto. Allí esperaba una furgoneta para llevarse el cadáver al crematorio. Abrieron las puertas con urgencia y metieron la camilla aprisa. Si alguien se hubiera asomado al interior, se hubiera sorprendido al ver el avanzado equipamiento médico del que estaba dotado el vehículo. Podría haber pasado por ambulancia sin ningún problema.

—¡Arranca! —le gritó Lawrence a Lewis.

La furgoneta salió disparada del patio.

Dennis ya estaba abriendo la bolsa.

—Oh, santo cielo —gruñó cuando vio la carnicería en que se había convertido el pecho de Hal—. ¿Cuántas balas?

—Solo tres —contestó Lawrence. Miró el cuerpo—. ¡Santos huevos de Cristo! ¿Puedes hacerlo?

Dennis ya había empezado a activar el traje de Cuero de Hal, que estaba tirado en un rincón de la furgoneta. Sacó los tubos de extensión y los acopló a las válvulas del niñato.

—Corta la camisa.

La sangre empezó a brotar a chorros de las heridas y derramarse en el suelo del vehículo. Lawrence cogió un escalpelo y rasgó la tela de la camisa. Después retiró el trapo empapado para que Dennis pudiera trabajar. Cuando terminó tenía las manos cubiertas de sangre.

Por primera vez le entraron dudas. Hasta entonces no sabía lo que eran. Nunca permitía que la inseguridad formara parte de la ecuación cuando se proponía algo. No pensaba dejar que aquellos bastardos asesinaran a Hal. Deseaba derrotar a Killboy con la misma sutilidad y artería que la organización de resistencia estaba utilizando contra los pelotones en las calles de Memu Bay. Pero ahora que podía ver el terrible daño que las balas habían causado...

Dennis intentaba reconstruir las arterias desgarradas de la cavidad pectoral.

—Le han hecho picadillo el corazón. Tendremos que vaciar los pulmones y luego reinflarlos.

—¿Y el cerebro? —preguntó Lawrence con azoramiento—. ¿Qué pasa con el cerebro?

—No lo sé. —Dennis miró angustiado a Lawrence—. Pasaron siete minutos. —La información médica que le ofrecían sus membranas optrónicas pasaba demasiado rápido para poder interpretarla bien. El Cuero de Hal estaba agotando muy deprisa las cápsulas de medicamentos para intentar minimizar el trauma celular.

—Pero se superoxigenó la sangre —exclamó Lawrence—. Dijiste que eso aumentaría las posibilidades.

—Debería, debería. —Dennis terminó de reconstruir una arteria y pasó a la siguiente—. Odel, ¿consigues algo?

Odel estaba pegando un sensor al cuero cabelludo de Hal. Miró la pantalla de un ordenador de bolsillo.

—Todavía no. Sigue plano.

—Venga —le gritó Dennis al niñato. Tenía el rostro cubierto de churretes de la sangre de Hal puesto que no dejaba de pasarse el dorso de la mano por la cara.

—Lewis, ¿cuánto falta para llegar? —gritó Lawrence.

—Tres minutos, sargento.

—¿Está vivo?

—No lo sé —bufó Dennis.

—Tres minutos, Dennis, nada más. El equipo de trauma está preparado.

—¿El equipo de trauma? —Dennis empezaba a ponerse histérico—. ¿Cómo que el equipo de trauma? ¿Esperáis que un médico muerto de asco y un par de auxiliares hagan ellos solos un transplante de corazón?

—Dennis, es un órgano biomecánico, solo hay que conectarlo y encenderlo.

Dennis soltó una carcajada.

—Joder, me cago en los putos huevos de Cristo.

—¡Dennis! ¿Qué pasa con Hal?

—Hago todo lo que puedo, maldito cabrón. —Se le humedecieron los ojos—. Hago todo lo que puedo.

—Eh —gritó Odel—. Eh, hay ondas cerebrales.

Hal abrió la boca. Apenas si movía la lengua entre la espuma de la sangre que borboteaba en su garganta.

—¡Hal! —gritó Lawrence—. Hal, ¿me oyes? Me oyes, Hal. Aguanta, niñato. Estás con nosotros. No pensamos dejar que te vayas.

OceanofPDF.com

Capítulo 15

Santa Chico. Un planeta paradisíaco.

Desde la nave en órbita sus colores eran intensos. Como los de la Tierra pero más brillantes, más vivos. Nada de tonos pasteles, nada de sombras. La vegetación era de un verde esmeralda; crecía con rapidez y lo abarcaba todo. Aquello convertía a los pocos desiertos de aquel mundo en los lugares más inhóspitos imaginables: abrasadores como el infierno e inertes como Marte. La línea entre los terrenos más exuberantes y los más desolados era muy fina, de manera que el contraste entre la vida y la muerte que caracterizaba algunas zonas resultaba asombroso. Los océanos, que ocupaban la mitad del planeta, eran de un amoratado azul zafiro. El níveo blanco de las nubes quedaba subrayado por el profundo añil de la atmósfera, cuyas turbulentas corrientes eólicas las arrastraban con violencia por los cielos.

El aire, cargado con un treinta por ciento de oxígeno, resultaba venenoso para los humanos no modificados. Pero para los organismos autóctonos aquel gas tan abundante era como energía nuclear pura para sus procesos bioquímicos. La evolución había empujado a todos los seres del planeta a desarrollar pinchos.

Algunos lo consideraban un gran desafío. Una oportunidad de vivir de otra manera, de romper las ataduras a las que la sociedad de la Tierra se veía sometida.

El cabo Lawrence Newton opinaba que era indiscutible que allí se vivía de otra manera. Ahora que la compañía de ocho pelotones había llegado a la planta de productos químicos, a su alrededor solo veía decadencia. Las

instalaciones ocupaban varios acres. Su arquitectura representaba muy bien las innovadoras formas en que los pobladores de Santa Chico se enfrentaban a los problemas de toda la vida. Lawrence lo definía como gótico orgánico. Gran parte de la maquinaria estaba viva, se podía ver cómo sus membranas y nódulos se acoplaban a la perfección con las partes de metal y plástico. O había estado viva. O quizá todavía lo estaba pero comenzaba a involucionar hacia una etapa primitiva. No podía saberlo. Lo que sí estaba claro era que la planta llevaba un tiempo paralizada.

La habían construido en un pequeño valle que era el hábitat natural del gargul, un arbusto de esponjoso ramaje amarillo y escarlata cuya savia contenía moléculas de asombrosa complejidad que se podía emplear como base para el desarrollo de distintas vacunas. Estos compuestos desempeñaron un papel fundamental durante la fase de establecimiento de la colonia. El mundo vegetal de Santa Chico era como un herbolario increíble que si se cuidaba como era debido se le podía dar una infinita serie de aplicaciones en los campos de la medicina y la industria.

Ahora el gargul había regresado a la fábrica y había empezado a crecer entre la maquinaria. Lawrence podía ver grietas en las tuberías y los decantadores organolíticos en las que los arbustos echaban raíces. Los espumosos líquenes deslustraban las grandes estructuras de metal. Los rosados hongos miniliformes se extendían en espiral por las riostras. Las enredaderas cubrían las chimeneas más altas y formaban espesos y marañosos contrafuertes.

Los *jeeps* y camiones que transportaban a los pelotones salieron de la estrecha carretera, cubierta también de malas hierbas, y se detuvieron junto a las fecundas instalaciones. El capitán Lyaute ordenó peinar la zona.

—Sé que es una absoluta pérdida de tiempo, —dijo a los pelotones por la frecuencia general—, pero debemos mirar a ver si encontramos algo que se pueda rescatar de esta montaña de chatarra.

Lawrence llevó con él a Kibbo, Amersy, Nic y Jones. Permanecieron juntos mientras buscaban la sección de la fábrica que les habían asignado. Recorrieron durante una hora el laberinto de maquinaria. La hierba tigrada, de bandas verdes y amarillas, había tomado los pasadizos entre las distintas secciones y les llegaba a las rodillas, lo que hacía dificultoso caminar por ella, incluso con un Cuero. Sobre sus cabezas colgaban tuberías que parecían hechas de corteza y conectaban los tanques con los edificios de refinería. De las grietas goteaba un fluido negruzco. Caminaron entre los

intercambiadores y separadores de iones cubiertos de setas transparentes del tamaño de un edificio de apartamentos. Las bombas y válvulas de metal emergían del suelo a intervalos irregulares y presentaban un aspecto anticuado y anacrónico entre los impecables sistemas biomecánicos. En uno de los extremos de la sección había un edificio de oficinas rectangulares distribuidas unas sobre otras de manera que conformaban un cubo de vigas; no había luz, todas las ventanas estaban rotas y los sistemas electrónicos habían quedado inutilizados. Cada vez que se asomaban a las puertas abiertas veían extrañas criaturas escabullirse y esconderse entre las grietas. No había nada que tuviera el menor valor. Nada funcionaba.

Lawrence se estremecía cada vez que veían acercarse un pájaro. Cuatro de los trasbordadores de la Flota habían chocado con un megalcaudón, un ave del tamaño de un pterodáctilo. En cada una de las colisiones el animal había muerto al instante pero los trasbordadores no habían podido evitar caer estrepitosamente al suelo.

Fue entonces cuando Lawrence supo que se habían equivocado al venir a este planeta. Desde el momento en que el trasbordador del 435NK9 cayó en el lago de las afueras de Roseport, lo único que deseaba era subirse a un avión espacial y regresar a una nave. Si todavía quedaba alguna. Para empezar ni siquiera quería haberse detenido en aquel mundo.

Durante el descenso los habían atacado con armas exosféricas. Una de las naves la alcanzaron de lleno, matando a toda la tripulación. Otras dos las dejaron destrozadas. No se podía evitar que los pelotones de las naves supervivientes se enteraran de esos ataques.

Según los rumores, ni el almirante ni los capitanes tenían la menor idea de cuál era el origen de los ataques. Los sensores detectaban tormentas gigantescas en la lejana magnetosfera, donde las corrientes se comprimían y retorcían formando vórtices de cientos de kilómetros de envergadura que desprendían haces de partículas letales. Los satélites remotos que se habían enviado al corazón de los huracanes magnéticos mostraban la formación de vastas redes de filamentos de cadenas moleculares que giraban para estabilizarse y manipulaban el campo magnético del planeta. Santa Chico había descubierto cómo crear cañones de energía efímera de dimensiones titánicas.

No se habían construido con fines destructivos. Como más tarde descubriría la Flota, las redes eran simples sistemas de inducción que proporcionaban energía a las naves en órbita y las instalaciones de

gravedad cero. Para convertirlas en poderosas armas solo había que reprogramarlas.

Cuando las naves entraron en órbita, los satélites no encontraron ciudades importantes en todo el planeta. En los asentamientos solo había pueblos grandes, como Roseport. Lo que sí encontraron fueron miles de pequeñas aldeas, en todas las cuales había el mismo tipo de edificios de color blanco perla. No parecía que contaran con ningún banco de datos, al menos no con ninguno al que la Flota pudiera conectarse. Eso significaba que no existía ningún gobierno central al que Z-B pudiera comunicar su intención de recoger sus correspondientes bienes. El problema era que no podían avisar de que iban a iniciar el baño de gamma. Aunque tampoco sabían muy bien qué zona abrasar para intimidar a los habitantes.

Aquello solo era un anticipo de lo que estaba por llegar.

Para Lawrence el momento definitivo fue cuando llegó a tierra vadeando las aguas. Habían caído en un extenso lago que había junto a Roseport, uno de los primeros asentamientos. Poco antes de impactar contra el agua, la cámara de reconocimiento del trasbordador les mostró un cúmulo de casas blancas cubiertas casi por completo de plantas de un brillante color verde esmeralda. El lugar parecía una aldea de pescadores griega adherida a las pendientes rocosas que circundaban el lago.

Puede que Roseport la construyeran los humanos pero los nuevos moradores ya no eran de pura sangre. Entre los edificios y el lago se formó una multitud de organismos bípedos, trípedos, cuadrúpedos y serpentinos; eran mamíferos, reptiles, équidos, cánidos, simios y otros seres que no respondían a ninguna clasificación terrestre. Todos conservaban características humanas, como manos, articulaciones, estructura facial e incluso pelo en forma de melena y plumaje, pero nada más. La mayoría tenía un exoesqueleto segmentado, una especie de caparazón ámbar oscuro y flexible como la goma gruesa, aunque otros habían desarrollado nuevos tipos de cueros.

Los componentes del pelotón se alinearon en la orilla en silencio y se quedaron mirando a los habitantes de la ciudad al tiempo que un millar de ojos y sonidos pulsátiles los rodeaban a ellos.

—¿Qué cojones son esas cosas? —preguntó a la vez que se santiguaba.

Él era quien debía saberlo.

El asentamiento y la compañía de inversiones de Santa Chico procedían de otras compañías muy específicas de la Tierra, las que apostaban por los desafíos y los afrontaban con un arrojo carente de ortodoxia. La mayoría procedía del mismo lugar.

California, que siempre había sido un líder en tecnología, incorporaba a sus vanguardistas compañías a los investigadores y empresarios más inquietos, muchos de los cuales tenían costumbres poco convencionales. El dinero lo justificaba todo y les permitía vivir como les viniera en gana siempre que nadie saliese herido; además las empresas tecnológicas llegaron a amasar fortunas desmesuradas. Puesto que Hollywood era una compañía vecina y punto de referencia, los excesos sexuales y narcóticos se convirtieron en la base de las relaciones sociales; asimismo, la estructura familiar cambiaba en cada casa.

Esta innovadora y desenfadada cultura empresarial se basaba en el *hardware y software* electrónicos y se extendió desde el corazón tecnológico de Silicon Valley hasta todos los complejos industriales urbanos, donde propició la construcción de incontables fábricas. Después, aprovechando que el genoma humano ya se había descifrado por completo, la genética y la biotecnología iniciaron su ascenso al trono. El concepto de «conducta escandalosa» empezó a cambiar. Los jóvenes, nuevos amos de la biotecnología, pasaron a experimentar consigo mismos en lugar de con las drogas. Los consejos de revisión ética que autorizaban las investigaciones de sus compañías se componían en su mayor parte de directivos ancianos, muchos de los cuales conservaban férreas creencias religiosas. Consideraban que la clonación era maligna y que alterar el cuerpo humano era un pecado mortal. Los valores morales de los pioneros se oponían diametralmente a aquel tipo de restricciones. Muchas áreas de investigación quedaron relegadas a la clandestinidad.

El principal objetivo, el Santo Grial de la biotecnología, era frenar el proceso de envejecimiento, si bien a ese milagro había que añadirle, entre otras alteraciones, mejoras corporales y orgánicas, el refinamiento de los sentidos existentes y el desarrollo de otros nuevos y el rediseño de las extremidades. Los atletas, tanto los profesionales como los aficionados, se contaban entre los principales partidarios. La de las aplicaciones cosméticas también era una cuestión candente; la última religión californiana. Del mismo modo que quince años atrás Internet derribó las barreras de la intimidad y la censura, el maremoto de productos

seudolegales médicos, genomorfos y cosméticos ayudó a derrocar a los legisladores de la moral.

Los millonarios dejaron de preocuparse por el cáncer, se clonaron para crear nuevos estilos de dinastías, se cambiaron de sexo, perdieron peso sin someterse a dietas ni liposucciones, se aumentaron la capacidad sensorial y prolongaron su vida varias décadas. Se desarrolló inteligencia artificial orgánica y en muchos casos se aplicó a humanos. Los trajes de esqueleto muscular (predecesores de los Cueros) se convirtieron en un producto muy demandado por los gobiernos y las divisiones paramilitares corporativas. Las perlas neurotrónicas llegaron a dominar el mercado del procesamiento. Millares de nuevos productos se convirtieron en pertenencias imprescindibles para millones de personas.

Todos los hilos los movían las compañías especializadas, lideradas por pequeñas asociaciones de gente con ideas, un puñado de laboratorios y un montón de ventajas accionariales que venderían las patentes de sus productos a las compañías más grandes para que los produjeran en masa. Era a ellos a quienes les fascinaba Santa Chico, donde había una infinidad de productos bioquímicos listos para ser explotados. Y la única manera de llegar a ellos físicamente era llevar al extremo sus procesos de modificación fisiológica. No necesitaban recurrir al baño de gamma para construir asentamientos, podían adaptarse al exceso de oxígeno. Incluso se podía modificar la forma del cuerpo para aprovechar mejor las posibilidades del nuevo medio.

Nunca pensaron cambiar las cosas de un día para otro, de hecho algunas investigaciones se alargaron durante generaciones. Si algo salía mal, se pasaba a otra cosa. Cuando algo salía bien, se continuaba en esa línea. Así, poco a poco y con paso firme, la divergencia de la humanidad de la Tierra se fue desarrollando hasta que por fin apareció una generación capaz de caminar desnuda bajo el sol y respirar el aire de una atmósfera alienígena sin la ayuda de la tecnología.

Z-B explicó todo esto a los pelotones en el informe que les pasó. Aunque se insistía sobre todo en la adaptación celular y se hablaba de los habitantes del planeta como seres de aspecto normal con pulmones ligeramente modificados. En ningún punto se hablaba de las tremendas adaptaciones fisiológicas de que serían testigos.

En cuanto vio a los moradores de Roseport, Lawrence supo que el informe había ignorado la historia de Santa Chico. Fuera lo que fuera lo

que allí había sucedido desde que se estableció el asentamiento, no iba a jugar a favor de los pelotones.

Al principio Santa Chico había sido la excepción del comercio interestelar al no desarrollar actividades lucrativas. Entre otras cosas, el planeta producía en serie una gran variedad de vacunas, productos biológicos, antivirales, tratamientos de vectores y productos biotrónicos, todos ellos de calidad superior. Sustancias únicas, vanguardistas y muy difíciles de duplicar. Gracias a la ecología del planeta, compuesta de una rica flora terrestre y acuática, cada nueva remesa era mejor que la anterior, más sofisticada y efectiva. Los nuevos colonos salían de la Tierra y regresaban con productos biológicos completos, tras pagar por las reparaciones de sus naves y por el equipamiento tecnológico e industrial que los habitantes pidieran. Pero a lo largo de los últimos años las naves habían ido regresando cada vez con menos mercancías. Dado que cada vez salían menos colonos, la corporación de desarrollo de Santa Chico con base en la Tierra empezó a cargarse de deudas. Zantiu-Braun compró todas las acciones de la compañía con dinero prestado tras asegurar que las adquiriría todas y envió su Tercera Flota para recoger todos los bienes biológicos rentables.

Los pelotones que se habían alineado en la orilla del lago recibieron la orden de adentrarse en Roseport. Los habitantes del pueblo les abrieron paso y saturaron el aire con una plétora de chillidos estridentes, como si todos los chimpancés de una jungla hubieran empezado a gritar al unísono. El SA de la nave analizó el griterío y concluyó que se trataba de una confusa y acelerada mezcla de castellano e inglés de las montañas. Los capitanes ordenaron la formación de brigadas de secuestro para iniciar el reparto de collares de buena fe. Los Cueros comenzaron a gritar órdenes a través de los amplificadores para advertir a los nativos que no les convenía resistirse, que ellos y sólo ellos serían responsables de...

La lucha comenzó de inmediato. Los nativos descendieron en tropel por las pendientes rocosas y se abalanzaron sobre la formación de Cueros. No parecía que llevaran armas pero poseían una fuerza y agilidad equivalentes a la de un Cuero. Eran demasiados y los pelotones estaban todavía tan agrupados que un ataque con dardos u otras armas no letales hubiera resultado inútil.

Una criatura similar a un mono sin pelo embistió a Lawrence y lo derribó. Con sus enormes manos dotadas de garras quiso arrancarle el

casco o, más probablemente, la cabeza. Lawrence lo agarró por las muñecas e intentó liberarse. Su traje no tenía tanta fuerza. El susto lo dejó paralizado durante unos segundos. En los entrenamientos nunca les habían obligado a enfrentarse a una situación similar. Hasta ahora los Cueros siempre los habían colocado en una situación ventajosa.

Lawrence empezó a apretar con la pierna derecha hasta que los dos se levantaron. Entonces golpeó en el esternón a la criatura, que gritó de dolor sin dejar de retorcerle el cuello. Le dio otro puñetazo y vio cómo su caparazón ámbar se amorataba un poco. Tras unos segundos de forcejeo inútil, ordenó a su Cuero que emitiera una descarga eléctrica. El simiesco ser soltó un alarido al tiempo que se le tensó todo el cuerpo, pero acto seguido prosiguió con su intento de decapitación. Una especie de cría de elefante acudió en auxilio de su amigo mono y empezó a golpear a Lawrence en las costillas. Solo le dejaron una opción. Sacó la pistola de nueve milímetros y disparó al ser simiesco a quemarropa. La primera bala únicamente sirvió para encolerizarlo todavía más. Lawrence tuvo que disparar doce veces más a la criatura enloquecida hasta que esta cayó por fin sobre la hierba tigrada. De los balazos que recibió en el torso y el cuello empezó a manar una sangre de intenso color escarlata.

Lawrence se apartó aturdido de aquella cosa, con el costillar dolorido a causa de las embestidas de la cría de elefante. Intentó ignorarlo. Las náuseas y el mareo amenazaban con doblarle las piernas de un momento a otro. Nunca había matado a nadie. Al menos no a ningún humano, que era lo que la criatura era, por muy espantoso que le resultara su aspecto. Hasta entonces siempre había utilizado las poderosas armas de su traje para evitar que la sangre llegara al río.

Ahora sólo oía disparos a su alrededor. Los gritos agónicos de los nativos heridos de gravedad lo inundaban todo. Algo similar a un neandertal arremetió de repente contra Lawrence, cayendo los dos al suelo. Lawrence lo apuntó instintivamente con la pistola. Los gráficos del punto de mira se centraron en la cabeza de aquel primitivo monstruo involucionado, que tenía una especie de sierra prominente que iba desde la punta de la nariz hasta la coronilla y estaba cubierta por una maraña de amoratadas venas pulsátiles. En los humanos ojos del monstruo Lawrence pudo percibir el miedo y la rabia que lo cegaban.

—¡Jódete! —bramó Lawrence. Alzó el cañón y disparó tres veces al aire. El ser se puso en pie de un salto y salió corriendo. Lawrence se

levantó poco a poco mientras los músculos peristálticos de su Cuero rellenaban de munición la recámara a través de un tubo de alimentación.

Notó que algo se movía a ambos lados de él y oyó el centenar de voces que saturaban el vínculo de comunicación. Le llevó unos segundos darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. La lucha se estaba terminando. Los nativos huían pendiente arriba, corriendo, galopando, cojeando e incluso brincando, en busca de refugio en las calles y edificios de Roseport. Atrás dejaron decenas de cadáveres tirados sobre las pálidas piedras; algunos habían quedado flotando en la orilla del lago y la sangre que fluía de sus heridas estaba tiñendo el agua con un espeso carmesí. La superficie se cubrió con las ondas concéntricas que provocaban las pequeñas criaturas acuáticas que empezaban a degustar aquel inesperado festín. Lawrence jamás había participado en una matanza así. Además los cadáveres no eran solo de los nativos. Entre ellos se veían los cuerpos de varios Cueros, cuyos trajes habían quedado reventados, desgarrados y bañados en sangre.

Los Cueros supervivientes seguían disparando a los nativos en su retirada. Los sargentos y los capitanes gritaron un alto el fuego.

—Cielo Santo —susurró Lawrence. Vio Cueros arrodillados a su alrededor con las válvulas del casco abiertas para poder vomitar. El SA del traje del Lawrence le informó de que le estaba inyectando una serie de narcóticos para ayudarle a superar la conmoción que los controladores médicos habían detectado. Se sentía mareado, como si aquello que acababa de vivir hubiera sido solo un juego en vivo demasiado violento. No quería moverse, participar ni ayudar a sus camaradas heridos. Lo único que deseaba era que alguien apagara las luces y le borrara la memoria.

—¡Eh, mirad! —gritó Nic—. ¡Mirad allí! Puto Cristo, ¿qué cojones está ocurriendo?

Lawrence dirigió los sensores visuales hacia el despejado cielo. Los tranquilizantes hicieron que le entraran ganas de reírse. Cuando creías que ya no podía salir peor...

Las vainas de mercancías estaban entrando en la atmósfera y lentificando su alocado descenso hasta alcanzar una velocidad subsónica. No tardaron en desplegar los paracaídas blancos y amarillos para aterrizar con suavidad. La bandada de megalcaudones que volaba con furiosa elegancia entre las vainas desgarró con facilidad la tela de los paracaídas con sus mandíbulas de cocodrilo, rebosantes de colmillos como puñales. Las vainas empezaron

a caer a plomo, de manera que las protecciones se reventaron y el equipamiento que contenían quedó aplastado e inutilizado.

Después de curar a los Cueros heridos con el escaso equipamiento médico que llevaban, el antiguo gobernador de Roseport reunió a sus oficiales para celebrar una junta de emergencia. Ya llevaban hora y media en el planeta y todavía no habían entrado en la ciudad ni colocado ningún collar de buena fe. Casi un tercio de las vainas de equipamiento habían quedado destrozadas. Los locales no se parecían en nada a lo que les habían dicho que se encontrarían. Los capitanes de nave no dejaban de informar sobre continuos intentos de sabotaje y ataque contra las grandes naves que permanecían en órbita; estaban contaminando hasta el último vínculo de datos mediante *software* subversivo mientras con unos arpones cinéticos de órbita retrógrada sondeaban sus defensas físicas. El almirante ordenó establecer una presencia dominante entre los nativos y luego elaborar un inventario de posibles bienes.

El gobernador de Roseport obedeció pero dio prioridad a la seguridad del puerto espacial local. Lawrence estaba en la compañía destinada a la recuperación de vainas que se habían salvado. Dio gracias porque el 435NK9 no fue uno de los pelotones a los que se les encargó adentrarse en Roseport. Mientras sus camaradas y él se abrían paso entre la espesa hierba tigrada, podían oír el incesante tiroteo de las armas de bajo calibre y las explosiones de las granadas. Apenas detectaban actividad entre los pacíficos suburbios de achaparradas torres blancas, que eran los edificios más abundantes de la pequeña ciudad, sin embargo, el vínculo de comunicación no dejaba de hacerles llegar informes sobre emboscadas y trampas explosivas.

No estaban a salvo ni siquiera en la exuberante planicie que rodeaba la ciudad. Los sensores infrarrojos no servían de nada en medio de la espesa pradera de hierba tigrada. Los nativos aguardaban agazapados entre las raíces. Aquellas imponentes criaturas eran capaces de destrozar un Cuero con solo un par de rápidos puñetazos; muchas veces, después de derribar a sus oponentes, salían corriendo. Cada vez se producían más interferencias y parásitos radioeléctricos que dificultaban la comunicación. Alguien estaba utilizando contra ellos un sistema electrónico muy sofisticado.

Al anochecer la compañía ya había reunido equipamiento suficiente para levantar un campamento férreamente vigilado por todos los flancos. Los *jeeps* y camiones lo transportaron todo al puerto espacial, que contaba con una sola pista de aterrizaje y quedaba al norte de la ciudad. Una vez que aseguraron su vía de escape y reunieron un buen arsenal de gran calibre, los reclutas pudieron respirar aliviados.

Se encendieron las luces de la ciudad; un millar de ventanas amarillas unieron su intenso resplandor al de las estrellas. Las extrañas sombras que se agitaban por las paredes y los retumbantes ecos que retumbaban en medio de la calmada oscuridad ayudaban a los reclutas a dar rienda suelta a su imaginación y les hacían preguntarse qué estarían planeando los nativos.

Al día siguiente el Gobernador dividió las fuerzas. Una serie de pelotones intentaría establecerse de nuevo en la ciudad y se enviarían diversas compañías a los complejos industriales conocidos. Las imágenes recibidas vía satélite revelaban que las fábricas seguían intactas, si bien la mayoría parecían abandonadas. Lo mejor de todo era que un escuadrón de helicópteros TVL88 de apoyo táctico se había salvado y los ingenieros se habían pasado toda la noche montándolos, de modo que las compañías podrían solicitar un asalto aéreo completo si la situación lo requería. Cuando la compañía de Lawrence emprendió la marcha, los pilotos empezaron a apostar a ver cuántos megalcaudones derribaba cada uno.

Lawrence llamó a Ntoko para que se acercara a ver las oficinas vacías de la fábrica. En cuanto salieron regresaron a los vehículos de la compañía. Después de revisar los primeros informes, el capitán Lyaute decidió que la factoría ya no volvería a producir. Hizo volver a todas las partidas de exploradores.

—No lo entiendo —dijo Kibbo—. ¿Por qué habrán abandonado esta fábrica?

—Vete a saber —dijo Lawrence—. Pero al menos hemos descubierto por qué dejaron de exportar toda aquella mierda biológica tan cara y extravagante: porque ya no la cagan.

—Eso no es razón, cabo —intervino Jones—. ¿Por qué iban a dejar pudrirse una fábrica así? Todos sabemos que funcionaban mejor que

cualquiera de las de la Tierra.

—Porque son animales, camarada, por eso —sentenció Kibbo—. ¿O es que estás ciego? ¿No visteis aquellas cosas que nos atacaron ayer? Ya no son humanos, solo monstruos. Este es un planeta hermoso lleno de bicharracos. Un animal no puede gobernar una fábrica. Ya no necesitan medicinas para humanos.

—No son animales —replicó Lawrence—. Son personas con una apariencia muy extraña para nosotros, nada más.

—Ni hablar, amigo, son abominables. Ni siquiera hablan, se limitan a soltar berridos espeluznantes. Nos atacaron sin ningún motivo.

—Fue una cuestión territorial —dijo Amersy.

—¿Qué?

—Defendían su territorio; has dicho que son animales.

—El cabo ha dicho que no.

—Entonces estamos bien jodidos —dijo Jones—. Si pelean así y encima 9on inteligentes, no quiero pensar lo que nos espera.

—¿Crees que no lo sé? —gruñó Amersy.

—¿Entonces por qué han abandonado este lugar? —preguntó Kibbo.

—Quién sabe —dijo Amersy—. Siguen utilizando maquinaria. Ya visteis las luces de Roseport anoche. Las interferencias hacen casi imposible que podamos comunicarnos. Además la pista de aterrizaje del puerto espacial estaba intacta. Uno de los ingenieros con los que he estado hablando esta mañana asegura que los aviones espaciales que han encontrado en el hangar todavía pueden volar. Alguien tiene que haber estado cuidándolos.

—¿Entonces todavía queda gente normal? Eso no significa que aquí podamos encontrar nada que valga la pena para nosotros.

Lawrence estaba de acuerdo con Kibbo, aunque no por la misma razón. No pensaba que los nativos fueran animales. Puede que no se comportaran como humanos, sin embargo, no le cabía la menor duda de que eran sentientes. De todas maneras no sabía muy bien en qué rama del árbol evolutivo colocarlos.

El capitán Lyaute ordenó que todo el mundo se montara en los vehículos para regresar al puerto espacial de Roseport. Durante el trayecto llamó al Gobernador, que le informó de que el resto de patrullas de exploración habían vuelto con resultados similares. En todos los casos las ciudades

estaban ocupadas por habitantes hostiles y las fábricas abandonadas y semiderruidas. No se había podido dialogar con los nativos. Ni el almirante ni Simon Roderick sabían cómo proceder. Empezaron a darle vueltas a la idea de enviar una nave al titánico asteroide capturado que seguía una órbita polar a dos mil kilómetros del planeta. Era obvio que todavía funcionaban algunas secciones industriales del planeta establecidas en el espacio, aunque muchas estaciones y módulos de gravedad cero quedaron destruidos cuando se eliminaron las redes de inducción. A falta de otra cosa, las naves siempre podrían llevarse a la Tierra las instalaciones industriales orbitales que quedaran en pie; por lo menos así añadirían alguna ganancia a la hoja de balance.

El Gobernador aconsejó que entretanto los pelotones regresaran a órbita, a pesar de la preocupación por la disponibilidad de hidrógeno en los puertos espaciales que ya habían sido asegurados. En el puerto espacial de Roseport había varios tanques de almacenamiento llenos, aunque la refinería permanecía paralizada. Los ingenieros iban a ver si podían reiniciar la producción.

Lawrence conducía un *jeep* en el que llevaba a la mitad del 435NK9. Eran ocho vehículos los que conformaban el largo convoy que regresaba por la misma ruta por donde había accedido a la fábrica. Avanzaban con lentitud ya que la hierba tigrada y las enredaderas se habían adueñado del camino, si bien encontraron pruebas de que de vez en cuando seguían pasando otros vehículos. Lawrence se acordó de la Gran Autopista de Circunvalación de Thallspring y deseó que el camino se volviera tan despejado y llano como aquel.

Atravesaban un terreno montañoso repleto de profundos valles y pendientes cortas pero pronunciadas. Las cumbres más elevadas estaban cubiertas de altísimos árboles que proyectaban sombras de longitud imposible sobre las copas del resto de árboles del bosque. Sus esponjosas hojas violetas les daban apariencia de banderín de guerra de algún ejército medieval que marchara hacia el campo de batalla. El fondo de los valles estaba alfombrado de árboles rechonchos, casi esféricos, cuya corteza gris plateada estaba cubierta de duras espinas venenosas con las que repelían a los pájaros carpinteros y los parásitos. De la parte superior del tronco salían delgadas ramas que formaban círculos concéntricos y cuyas pequeñas hojas correosas se mecían en la brisa y producían incansables chasquidos discordantes. Los árboles se apretujaban unos contra otros de tal manera

que parecían formar parte de un mismo organismo, debido a las décadas de luchas por el territorio y la luz. Los perdedores morían y acababan agujereados por las aves que hacían sus nidos en el interior de su madera putrefacta. Las infecciones fúngicas atacaban la corteza que se iba desmigajando y producían una explosión multicolor a medida que iban supurando fluidos glutinosos saturados de esporas. Los helechos y las hojas de los tubérculos dominaban el suelo del bosque, del que expulsaban a la hierba tigrada y los arbustos. También estaban los espiritrompos, organismos carnívoros que se acoplaban a las bifurcaciones de las ramas de los árboles, donde daban caza a los insectos que pululaban por la agitada fronda.

A dos kilómetros de la fábrica, la carretera llegaba al primer tramo de bosque. Los constructores del camino habían intentado evitar los árboles en la medida de lo posible, de manera que habían hecho que bordeara las largas paredes de los valles o los peligrosos ríos. Como consecuencia, el vehículo que iba en cabeza no podía ver más allá de doscientos o trescientos metros.

Lawrence no quería frenar. No veía la necesidad. Cierto, el camino estaba destrozado pero para sus vehículos no suponía un problema tan grave. Ni siquiera habían llegado todavía al bosque, que corría a unos cincuenta metros de ellos. Más adelante había una curva cerrada al pie de una pequeña colina, sin embargo no se veía ninguna barrera que bloqueara el camino.

—¿Qué coño está pasando? —preguntó por el vínculo de comando. Estaban casi detenidos.

—Ahí delante hay algo. El suelo se mueve.

—¿Que se mueve? —Lawrence no comprendía.

—¿Lo oyes? —preguntó Nic.

Lawrence se detuvo del todo.

—¿El qué? —Ordenó a su SA que aumentara la percepción auditiva del Cuero. Entonces notó que el jeep vibraba levemente.

—¡Eso! —insistió Nic.

Los receptores del traje estaban recogiendo un retumbo sordo.

—693 y 762, adelántense con las carabinas —ordenó el capitán Lyaute —. 541, vigilen la retaguardia.

Los Cueros saltaron de los *jeeps* y avanzaron en fila de a dos. De las protecciones de los brazos salieron unos cañones chaparros.

A Lawrence no le gustaba nada el cariz que presentaba la situación. En ningún informe se mencionaba que en aquella zona solieran producirse terremotos.

Entonces pudieron ver la manada de macrorexes bajando con pesadez por la montaña. Cada una de aquellas bestias medía ocho metros de altura y las más pequeñas pesaban diez toneladas. Al contrario que los dinosaurios terrestres, tenían cuello y cola cortos. El cuerpo era un descomunal cilindro de quince metros de longitud dotado de tres pares de patas con las que podían moverse a base de brincos sincronizados: arqueaban la columna y la hacían ondular con fuerza para poder coger un buen impulso con las extremidades. Subían y bajaban su aplanada cabeza en forma de corazón al ritmo de las ondulaciones del tronco y de vez en cuando la balanceaban hacia los lados, en la medida que les permitía su escaso cuello. El extremo de la mandíbula terminaba en una jaula de tres colmillos curvos más largos que un brazo humano, dos de los cuales sobresalían hacia arriba y el tercero hacia abajo; en ningún momento dejaban de abrirlos y cerrarlos con cadencia. De ambos lados de la testa sobresalía una cadena de afiladas aletas triangulares que parecían poder cortar el acero. Los ojos los tenían ocultos entre los angulosos huesos de la parte superior del cráneo.

Una vez que toda la manada quedó al descubierto, las bestias comenzaron a barritar. Los arbustos y matorrales morían sin remedio bajo el mortífero impacto de sus pisadas.

Lawrence creyó que los medicamentos del día anterior le estaban haciendo sufrir alucinaciones. Recordaba que los informes hablaban de aquellos gigantescos monstruos pero no conseguía asimilar que cuarenta o cincuenta de ellos estuvieran corriendo directos hacia él en aquel momento.

—Está de coña —gruñó Nic con una voz que tiritaba de puro miedo.

Los Cueros que se habían colocado frente a los *jeeps* abrieron fuego. Lawrence no sabía si las balas estaban penetrando el sucio pellejo ceniciento de las bestias, en cualquier caso no les causaban el menor daño. Los barritos se fueron haciendo más estruendosos y fue entonces cuando Lawrence se dio cuenta de que los macrorexes estaban ya a unos ciento cincuenta metros del convoy. Nada podría detenerlos.

El capitán Lyaute empezó a gritar incoherencias por el vínculo de comando. Alguien estaba realizando una llamada desesperada para solicitar apoyo aéreo. Los Cueros escaparon por la hierba tigrada y las criaturas corrieron tras ellos. Lawrence pisó a fondo el acelerador giró el volante tan fuerte como pudo. Los neumáticos arañaron con fuerza el suelo herboso. No conseguiría dar media vuelta antes de que la primera fila de macrorexes los alcanzara.

—Agarraos —gritó al tiempo que dirigía el *jeep* saltando y bamboleándose hacia el bosque. De soslayo pudo ver dos macrorexes cargando contra los primeros árboles. Con sus patas acorazadas derribaron sin el menor esfuerzo los troncos más pequeños, reduciéndolos a astillas, y con las aletas de cuchilla podaron las ramas concéntricas, que salieron despedidas.

La primera fila de la manada alcanzó a los Cueros que intentaban escapar. Una de las bestias destrozó el traje del más lento y lo ensartó en sus destellantes colmillos. Acto seguido lo lanzó al aire dando volteretas y desangrándose. Después las bestias aplastaron a otros dos Cueros con sus atronadoras patas. Siguieron barriendo a sus enemigos con los colmillos. El vínculo de comunicación se llenó de gritos que se ahogaban de repente. Los macrorexes avanzaban a una velocidad increíble. La parte del cerebro de Lawrence que todavía era capaz de pensar concluyó que no podrían alargar mucho el ataque, ni siquiera con la sobreabundancia de oxígeno de aquella atmósfera. Debían de haber comenzado la carga segundos antes de encontrarse con la compañía.

Los árboles más voluminosos se encontraban a unos quince metros. Los botes que el vehículo daba al pasar sobre las rocas y los baches ocultos le impedían enfocar la vista. Giró el volante con toda la fuerza que pudo para correr hacia una abertura que parecía lo bastante grande para que el *jeep* pudiera pasar. Por su derecha vio a los macrorexes abalanzándose con la rabia de un cometa entre los restos astillados de los árboles.

Fue entonces cuando pudo ver lo que aquellos titanes llevaban agazapado sobre el cuello: una especie de híbrido hombre-leopardo que agitaba con demencial entusiasmo las extremidades delanteras como si fueran las aspas de un molino y sonreía con enfermizo júbilo.

No podía ser...

—¡Lawrence! —gritó Amersy.

Lawrence tiró del volante. La aleta delantera del *jeep* golpeó un voluminoso tronco cubierto de púas que les hizo virar con violencia hacia la derecha. Lawrence hizo lo posible por mantener el control del vehículo, aprovechando los músculos del Cuero y la dirección asistida para obligar a las ruedas a girar. El impulso los envió por los pelos al interior de la apertura. Uno de los neumáticos reventó al chocar contra una roca. Lawrence no dejó de apretar el acelerador, de manera que continuaron dando tumbos hacia el interior del bosque. Las ramas fustigaban el parabrisas. Más adelante había un descomunal árbol seco. Lawrence pisó a fondo el freno con el otro pie, lo que ya no podía hacer la situación más caótica. El parachoques delantero del jeep golpeó el tronco muerto de lleno y todos los pasajeros salieron despedidos hacia delante. Los Cueros se endurecieron para proteger del terrible impacto a los vulnerables cuerpos que envolvían.

—¡Fuera! —ordenó Lawrence—. ¡Deprisa!

Parecía que el choque no se hubiera terminado todavía. El sonido de los troncos partiéndose se acercaba cada vez más. Apenas podían mantener el equilibrio en medio de aquel interminable terremoto.

Lawrence corrió hacia delante, rezando por que aquella fuera la dirección acertada. Su sistema de orientación se había jodido. La rejilla de la pantalla del SA había quedado desenfocada.

A solo tres metros detrás de él, una pata gigantesca pisó el *jeep* aplastándolo de lleno. El temblor que provocó el golpe derribó a Lawrence. Entonces la columna de carne empezó a levantarse. Lawrence consiguió que los sensores del casco le mostraran los restos del vehículo despachurrado justo antes de que las dos patas del medio golpearan el suelo. Lawrence se arrastró hacia el interior tan rápido como pudo. El tercer par de piernas de la criatura provocó un nuevo terremoto que hizo saltar el *jeep*. El macrorex se apoyó sobre su despellejada cola, alzó las patas, se dejó caer y dio media vuelta. Una infinidad de ramas cayeron sobre sus lomos.

Lawrence se giró. Sacó la nueve milímetros de uno de los antebrazos y la carabina del otro. Describió rápidos arcos con ambos brazos sin dejar de mirar el surco de devastación que el monstruo había dejado. Los gráficos del punto de mira recorrieron el escenario en modo semiautomático en busca de posibles amenazas. Ahora era la oportunidad perfecta para que las

fuerzas de tierra remataran a los Cueros, sin embargo, ni Lawrence ni su SA detectaron la presencia de ningún nativo.

Guardó las armas. Aún se oía el lejano barritar de la manada pero ahora el ruido más atronador era el de su corazón. La rejilla del controlador médico le informó del torrente de adrenalina que circulaba en ese momento por sus venas. En cuanto pasó el peligro su cuerpo comenzó a enfriarse.

Abrió la rejilla de telemetría para comunicarse con los Cueros que tenía a su cargo. Al parecer todos habían sobrevivido a la salvaje carrera en *jeep*. Miró alrededor y vio cómo empezaban a levantarse. Una nube de polvo saturaba el aire y teñía con tonos ocres los escasos rayos de sol que atravesaban las frondosas hojas de los árboles.

—¿Sargento? —preguntó Lawrence—. ¿Estás vivo?

—Santo cielo, camarada —dijo Ntoko—. Sí, creo que sí.

Los vehículos que iban en cabeza fueron los que se llevaron la peor parte del ataque de los macrorexes. De los Cueros que iban en ellos, que estaban demasiado cerca para poder esquivarlos, unos intentaron escapar en *jeep* hacia el bosque, como Lawrence, y otros salieron corriendo. A los *jeeps* del final de la columna les había dado tiempo a dar media vuelta y salir disparados pero los camiones eran demasiado pesados y lentos para maniobrar con tanta agilidad. En total solo sobrevivieron cuatro *jeeps* y un camión. Murieron unos veinte Cueros, bien atravesados por los colmillos de las bestias o bien aplastados por sus patas. Asimismo, el número de heridos era muy elevado.

No obstante tres Cueros que se habían ocultado en las afueras del bosque consiguieron derribar un macrorex a base de acribillarle su enorme cabeza hasta destrozársela. Aun así, el propio impulso que llevaba la criatura la empujó hacia delante hasta que se chocó con un gran árbol cuyo tronco partió por la mitad. Tras de sí dejó un profundo surco de tierra compactada.

El capitán Lyaute estableció un campamento base al borde del bosque. Hubo cincuenta y cuatro supervivientes, de los cuales diecisiete quedaron malheridos; el Cuero de cinco de ellos había quedado inservible. Se enviaron dos pelotones para recuperar cuantas armas y equipamiento pudieran encontrar en el mar de destrucción que los macrorexes habían dejado a su paso. La comunicación con el puerto espacial era inestable. El satélite repetidor parecía funcionar mal. Se desoyó la petición de evacuación aérea que hizo Lyaute. Ya habían derribado dos helicópteros.

Otras compañías de exploración también habían sufrido ataques. El Gobernador reservaba los helicópteros que quedaban para proteger el puerto espacial.

El pelotón enviado a averiguar qué ocurría con los macrorexes informó de que estaban tranquilamente agrupados a un kilómetro por la carretera. No había rastro de los nativos que iban montados a su cuello.

Lyaute anunció que subirían a los heridos a los vehículos que quedaban y que regresarían directamente al puerto espacial. Sería una marcha muy lenta porque algunos reclutas habían resultado malheridos y los demás deberían escoltarlos. Habían tardado dos horas y media en llegar a la fábrica y ya era mediodía, por lo que el capitán estimaba que llegarían sobre el anochecer. Lawrence sabía que todo eran sandeces.

—Nosotros nos adelantaremos, señor —le dijo Ntoko al capitán—. Informaremos sobre cualquier problema que pueda aparecer más adelante.

Lyaute aceptó sin pensárselo dos veces. Ninguno de los otros sargentos ofreció adelantarse con su pelotón.

Lawrence abrió un vínculo seguro y le preguntó al Sargento:

—¿Por qué? Esos putos dinosaurios solo eran el aperitivo, está claro que hoy volveremos a ser atacados. Caeremos en la primera trampa que nos hayan tendido.

Ntoko estaba revisando las armas que se habían podido recuperar. Cogió un par de lanzagranadas giratorios y le dio uno a Lawrence.

—Puede que sí y puede que no. —Su voz sonaba calmada y decidida—. Tú míralo así: el capitán nos deja escoger las armas que queramos. Nos podemos desplegar en una formación decente para que nadie nos coja por sorpresa. E iremos muy por delante.

—Qué bien.

—Piénsalo, camarada. Ahora mismo ya no nos podemos hundir más en la mierda. Algunos de los heridos están muy jodidos. Van a retrasar mucho a toda la compañía.

—Ya, pero...

—Es una cuestión de táctica. No queda suficiente hidrógeno para subir a todo el mundo, Lawrence. Eso suponiendo que los megalcaudones no inutilicen los aviones espaciales. ¿Y ahora quieres adelantarte a la cabeza de la fila?

Lawrence miró alrededor del campamento provisional. Estaban subiendo a los heridos a los *jeeps*. Los médicos de campo ya habían gastado un montón de material de primeros auxilios para prepararlos para el traslado. Había dos ingenieros reparando los componentes de la destrozada suspensión de un *jeep* por las piezas que habían rescatado de otros vehículos que no habían tenido tanta suerte.

Tenía que admitir que la compañía estaba en una situación muy delicada. Cada vez que ocurría algo parecido, lo apropiado era arrimar el hombro y asegurarse de que todo el mundo regresaba a la base sano y salvo. Tanto el entrenamiento como el instinto te obligaban a ello. Ntoko se lo había inculcado. Todo se basaba en el trabajo en equipo.

A pesar de todo, la duda y el temor corroían a Lawrence. Traicionar a los demás... Él, que tan fiel le había sido siempre a su pelotón. ¿Qué iba a saber un simple cabo sobre estrategia? No podía tener en cuenta el conjunto de las fuerzas invasoras ni, mucho menos, salvarlas. ¿Entonces cuál era el límite?

—Nunca deberíamos haber venido aquí —dijo Ntoko.

Lawrence cogió el enorme lanzagranadas que le tendió el sargento y se echó al hombro la bolsa de munición. El SA de su Cuero se conectó con el sistema de blanco del arma.

—Sí, vale.

El 435NK9 emprendió la marcha por el destrozado camino que llevaba a Roseport. Ntoko había colocado al frente a Lawrence y Nic, tras los cuales avanzaba el resto en fila de a uno con una separación de siete metros. El Sargento se colocó en la retaguardia.

Las instrucciones de Lyaute eran impedir las posibles emboscadas. No molestarse en confirmar la presencia de enemigo y limitarse a emplear la potencia de fuego necesaria para eliminar a los nativos. El resto de la compañía los seguiría doscientos metros por detrás.

A los veinte minutos la distancia había aumentado a cuatrocientos metros. Ntoko le iba marcando el paso a Lawrence.

—Ya me comeré yo los gritos de Lyaute —dijo. Pero no recibió ninguno. Las interferencias eran continuas. Debían de ser algo más que simples

parásitos radioeléctricos. Ahora solo podían comunicarse visualmente.

Al principio Lawrence no hacía más que consultar con su SA para analizar la información más importante. Disponían de suficientes reservas de sangre para resistir durante veinticuatro horas. Pensó que si transcurrido este tiempo aún no habían llegado al puerto espacial ya estarían muertos de todas maneras, aunque le desconcertó el hecho de que no pudieran quitarse el Cuero si se agotaban las reservas, puesto que lo necesitaban para protegerse del exceso de oxígeno. Ntoko sugirió desconectar el casco y utilizarlo como un simple filtro de aire. Podían mantenerlo enchufado a las válvulas del cuello y los órganos corporales lo mantendrían sin demasiado esfuerzo. Lawrence consultó también los escaneos tácticos del satélite de observación de órbita baja para intentar prever en qué lugares era más probable que les tendieran una emboscada. Hubiera dado la bonificación de su misión (tampoco era que esperara recibir ninguna) sin pensárselo dos veces por un escaneo de infrarrojos en tiempo real del área en que se encontraban, pero hacía horas que los satélites de órbita baja se habían caído de la red de comunicación.

—Me sorprende que sigas con nosotros, cabo —dijo Nic mientras atravesaban un arroyo—. ¿Qué fue de aquel traslado con los chicos de las naves?

A Lawrence le hubiera encantado poder culpar de todo a Morteth, Laforth y Kmyre, sin embargo, ellos no eran responsables de nada, solo fueron el gatillo, no la pistola. Los expulsaron de Z-B en cuanto el pelotón regresó a la Tierra; cegados por un resentimiento sombrío, juraron vengarse como canallas. Lo que le preocupaba era la manera en que se había despachado el incidente de Arnoon. Quizá el problema solo lo tuviera él, pero seguía opinando que había que haber llevado a juicio a aquellos tres. Así se vería que las cosas iban en serio. Al acceder a portarse bien y callarse como una puta estaba colaborando con la compañía. Era lo que su padre hubiera hecho. «Así funciona el mundo», solía decir Doug Newton.

«¿Entonces para qué cojones me fui yo de Amethi?».

Cada vez que pensaba en todo aquello se acordaba de Roselyn y del daño que le había hecho. Joona no estaba tan equivocada respecto a las corporaciones y su unicultura. Todos los planetas humanos se estaban convirtiendo en burdos sucedáneos de la Tierra, a excepción de Santa Chico, por supuesto.

—Acepté el ascenso —respondió Lawrence—. En aquel momento lo consideré más apropiado. Puedo ingresar en la División de Vuelos Espaciales cuando quiera.

—Después de esto no —dijo Nic—. No van a quedar naves.

Lawrence seguía esperando a que los llamara Lyaute para ordenarles que aminoraran el paso y los esperaran. Llevaban andando al mismo ritmo por el camino de hierba tigrada aplastada desde hacía una hora y media. Ya no veían los *jeeps* que venían detrás de ellos. La comunicación con Lyaute y sus dos tenientes se estaba volviendo demasiado intermitente. Seguían llamando para comprobar su posición y progreso cada vez que disponían de un vínculo.

Incluso a pesar del Cuero, Lawrence estaba seguro de que podía sentir aquella densa y pesada atmósfera que les frenaba el paso. El menor movimiento exigía un esfuerzo mayor de lo normal. No se trataba de la fuerza de la gravedad de Santa Chico, que era prácticamente igual a la de la Tierra. Era aquel aire perezoso que soplaba en su contra. Como si no tuvieran ya bastantes problemas.

La neblina originada por la intensa luz solar era otro efecto secundario. Se la veía temblar a un kilómetro de distancia a causa de los violentos remolinos de aire caliente que se levantaban del suelo y les estaba jugando muy malas pasadas a sus sensores de largo alcance. Los nativos solo necesitaban acuclillarse entre la hierba tigrada y los matorrales para volverse invisibles. Todos los miembros del 435NK9 tenían conectados sus radares láser, con los que desplegaban abanicos de una tenue luz rosa para barrer las cunetas. Hasta ahora habían visto varias cosas sospechosas, pero nada a lo que pudieran disparar.

A diez kilómetros de la fábrica, la carretera emergía del extremo de un valle y se metía en las onduladas tierras bajas de hierba tigrada. Agradecieron tener una vista amplia de las praderas que se tendían ante ellos, sin embargo, cuando Lawrence realizó un escaneo con los sensores del casco, el incesante oleaje que el viento provocaba en la hierba tigrada saturó el programa de rastreo.

—Nada a la vista —informó Lawrence.

—Sigamos —dijo Ntoko.

Prosiguieron la marcha. Al mirar al norte Lawrence vio dos macrorexes siguiendo el curso de un río. Era fácil distinguir sus pesados movimientos,

así como su mugriento pellejo, que resaltaba en medio de la reluciente hierba tigrada. Pensó que había que tener mucho arrojo para subirse sobre uno de esos colosos y espolearlo para que saliera corriendo. Mucho más que el que él tenía, de eso no le cabía la menor duda. ¿A qué chiflado se le ocurriría amaestrarlos?

—Algo se mueve —informó Nic.

—¿Dónde?

—Doscientos metros al suroeste.

Lawrence abrió la rejilla de telemetría de Nic y acopló las imágenes de sus sensores con las suyas. Vio algo que se agitaba, pero no a causa del calor del suelo.

—Parece una sombra —le dijo Lawrence a Ntoko.

—Aquí también se ve un par —dijo el sargento. Lawrence desplegó un mapa táctico. Había una pequeña agrupación de edificios dos kilómetros más adelante, hacia el este, rodeado de pequeñas granjas; el tamaño era el justo para que se pudiera considerar una aldea. El barrido del satélite reveló cierta actividad, solo que de aquello hacía ya un día. Lyaute no se molestó en explorar el lugar cuando pasaron por allí aquella mañana.

—Cerraos —ordenó Ntoko.

—Seremos un blanco más fácil —replicó Lawrence por el vínculo de comando seguro.

—Lo sé. Pero se están aproximando disimuladamente, lo que significa que piensan atacarnos. De esta manera podremos concentrar nuestra potencia de fuego.

Los sensores auditivos de Lawrence detectaron una serie de confusos gorjeos entre la alta hierba tigrada. Quiso responder reproduciendo el mismo ruido a un volumen elevado, pero el SA del Cuero no podía traducirlo.

De repente un pequeño pájaro de color bronce salió disparado hacia ellos sobre la hierba tigrada. Tenía tres alas, una más pequeña que las otras, y se desplazaba girando como una hélice asimétrica. Con sus alas de punta plateada generaba destellantes postimágenes espirales cada vez que reflejaban la luz del sol. Nic disparó a la criatura con su pistola de nueve milímetros. El ave reventó formando una nube de sangre.

—¿A qué estáis disparando? —preguntó Ntoko.

—A nada sargento —respondió Lawrence—. Solo era un pájaro.

—No os pongáis nerviosos.

—¿Has oído? —preguntó Lawrence.

—No me fío de nada de lo que pueda ver por aquí —resopló Nic.

Los sensores de Lawrence detectaron movimientos agitados por todas partes. Los nativos iban y venían entre la hierba tigrada, corrían unos metros y luego se agazapaban. Los más cercanos estaban a ciento cincuenta metros. Con sus continuas carreras estaban levantando otros pájaros de bronce, que tenían su guarida entre las matas de hierba tigrada. Lawrence podía verlos revolotear. No era tan desconfiado como Nic pero también albergaba sus dudas. Había muchísimos. Cuando solicitó a su SA que buscara entre los archivos de la vida indígena del planeta no obtuvo ninguna referencia a aquellas aves, puesto que la información se limitaba a unas pocas especies importantes como los megalcaudones y los macrorexes.

Los pájaros se agrupaban en pequeñas bandadas de seis o siete, que se veían saltar y tirarse en picado entre las puntas de la hierba tigrada. Mientras más los observaba más se convencía de que los estaban obligando a acercarse al pelotón.

—¿Sargento?

—Sí, camarada, los tengo. Pero no podemos dispararlos a todos, no nos llegaría la munición.

Una de las rejillas de telemetría del visor de Lawrence parpadeó en rojo.

—¡Mierda! —gritó Kibbo.

—¿Qué es eso? —Lawrence vio en la telemetría de Kibbo que algo había impactado contra su Cuero.

—Me han dado. Ahh, mierda.

Lawrence se giró y vio a Kibbo tambaleándose a cincuenta metros de él. Cayó de rodillas sin dejar de agarrarse un brazo. Los Cueros corrieron hacia él.

La rejilla de telemetría iba pasando datos incomprensibles. Lawrence nunca había visto nada parecido. Algo había penetrado su carapacho, pero era pequeño, apenas dos milímetros de ancho. Si una bala abría la superficie, el tejido de debajo debería absorberla y taponar la herida de inmediato. Pero los músculos sintéticos que circundaban el orificio empezaban a sobrecalentarse y las fibras nerviosas a no responder.

Kibbo se puso a gritar. Sus lecturas médicas eran jeroglíficas.

—Agachaos —ordenó Ntoko—. Quedaos agachados.

Lawrence llegó justo cuando Kibbo caía de bruces y empezaba a martillar el suelo con brazos y piernas.

—Parece una especie de ataque epiléptico.

—Me cago en mis huevos, ¿qué pasa con su programa médico?

—Es su Cuero, tiene espasmos.

Ntoko echó a correr hacia ellos. Lawrence lo estaba mirando cuando el dardo lo alcanzó. Impacto contra la bolsa de munición del lanzagranadas que llevaba a la espalda con tal fuerza que casi lo tira al suelo. Se puso a gatas y gruñó de dolor.

—¿Qué cojones ha sido eso? —preguntó Ntoko.

—No lo sé. —Lawrence cambió a infrarrojos. El pequeño orificio estaba húmedo. El análisis espectroscópico reveló la presencia de un tipo desconocido de hidrocarburo.

—Mierda. Podría tratarse de un arma biológica. —Su Cuero extendió un pulverizador con el que extendió por toda la zona de alrededor un agente neutralizador de amplio espectro. El compuesto era de un intenso color azafranado.

Kibbo volvió a gritar cuando sufrió la siguiente tanda de convulsiones. El resto de pelotón lo había rodeado, sin saber muy bien cómo proceder. Ni el SA del Cuero ni los sistemas médicos conseguían estabilizarlo. Los espasmos cesaron de repente. Se le abrieron las válvulas de evacuación de emergencia del casco. Empezó a vomitar sangre.

—¡Joder!

Los Cueros se apartaron de un salto, temerosos de que las salpicaduras les contagiaran algo.

—¿Los pájaros han hecho esto? —preguntó Nic—. ¿Han sido los pájaros?

—Pero qué dices, camarada —respondió Amersy—. Imposible.

Lawrence se arriesgó a echar un rápido vistazo alrededor. Vio cientos de pájaros giratorios surcando el cielo entre destellos. Habían rodeado por completo al pelotón.

—Los abuelitos de estos cabrones son los que inventaron los Cueros —dijo Nic—. Si alguien sabe cómo acabar con nosotros, son ellos.

—Disparad —ordenó Ntoko—. Sacad las carabinas, formación circular, diez grados de superposición. Deprisa.

Al tiempo que se levantaban iban sembrando de balas la destellante cortina de aves que revoloteaban a su alrededor. Los pájaros ganaron altura hasta formar una chispeante columna. A esa distancia resultaba imposible disparar contra uno en concreto.

Foster gritó cuando su rejilla de telemetría mostró una alerta. Cayó boca abajo y empezó a retorcerse. El resto se cerró sobre él automáticamente para cubrirlo.

—Nos están masacrando —gritó Jones—. Estamos muertos. ¡Muertos!

El agónico gorgoteo de Foster se adueñó del vínculo de comunicación general.

—Lawrence, granadas incendiarias —dijo Ntoko—. Vamos a empezar a sacar partido del puto terreno. Alcance doscientos cincuenta metros en semicírculo. Tú hacia el norte.

—Entendido, Sargento. —Se inclinó hacia atrás, apuntó hacia el norte y movió el cañón del lanzagranadas hasta que los gráficos del punto de mira confirmaron que había establecido la zona cero. Empezó a disparar. Podía oír el sombrío silbido de las granadas incluso a través del casco del traje. Ntoko estaba disparando en la dirección opuesta. En el cielo aparecieron unos leves riachuelos de humo en forma de amplios arcos que nacían de la piña del pelotón.

Entonces estalló la primera granada. Fue como la muerte de una estrella. Un cegador halo inundó toda la pradera de hierba tigrada. Aquellas bombas incendiarias, diseñadas para utilizarlas en una atmósfera normal, explotaban con más violencia de lo normal debido al exceso de oxígeno. La maleza ardió de inmediato.

Lawrence siguió disparando y moviendo el lanzagranadas hacia un lado y otro con precisión. Las brillantes y continuas explosiones levantaron una muralla de luz chisporroteante. Las llamas eran de un intenso color azul que consumía incluso la vegetación viva, cuya savia crujía y se evaporaba por el efecto del calor abrasador, dejando atrás el cadáver de la planta, que se reducía a cenizas de inmediato.

En menos de un minuto ya estaban rodeados por completo de fuego. El aro de llamas empezó a estrecharse implacable, aunque los sensores de Lawrence detectaron otro más amplio detrás.

—Usa el resto de las granadas —dijo Ntoko—. No me fío de que las bolsas de munición estén fabricadas a prueba de calor.

—De acuerdo. —Lawrence esperó hasta haber disparado todas las bombas incendiarias antes de pasar a lanzar al azar las granadas de fragmentación. Una vez que hubo terminado arrojó la bolsa de munición y el lanzagranadas a las cada vez más fieras llamas.

Ya no quedaban pájaros, el desbocado fuego los había espantado a todos. Foster ya había muerto; la sangre que seguía goteando de su boca había encharcado la tierra.

—A ver qué pasa ahora —gruñó Ntoko.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —preguntó Jones aterrado—. No podemos atravesar las llamas.

—Ésa es la idea —explicó Ntoko—. Debes confiar en tu Cuero, amigo. Este fuego se consume tan rápido que no nos quemará ni durante dos segundos.

—¡Oh, por los huevos de Cristo, Sargento!

—Tenéis que quedaros quietos.

Lawrence sintió ganas de reírse. Había visto la estrategia antes de empezar a disparar. Ya no era momento de protestar. Ahora no les quedaba más remedio que resistir.

Los sensores auditivos de su Cuero le permitían escuchar el violento crepitar de las llamas. Cada vez sonaban más fuerte. Devoraban la hierba tigrada a una velocidad increíble. En su informe se avisaba acerca de la violencia del fuego en esta atmósfera, aunque en ningún momento se había imaginado que podría ser tan potente. Ahora se podían oír gritos por encima del rugido de las llamas. De repente un nativo pasó corriendo por delante del pelotón. Era un bípedo cuyos brazos le llegaban a las rodillas. De su espalda nacía una larga melena pelirroja que ya llevaba chamuscada. Lawrence se fijó en la estrecha bandolera que llevaba, en la que portaba una especie de módulos electrónicos cilíndricos acoplados a unos aros.

El aterrorizado nativo cambió de dirección en cuanto vio al pelotón, llevado más por el miedo que por la razón.

—¡Podrás correr, hijo de puta! —le gritó Ntoko—. ¡Pero no podrás esconderte!

Aparecieron otros dos nativos. Uno de ellos era un corpulento cuadrúpedo en cuyo ADN debía de haber genes caninos. Lawrence lo vio abalanzarse contra la muralla de fuego, que cada vez los tenía más acorralados. El ser saltó. Lawrence no podía creer cómo una criatura tan

voluminosa podía separarse tanto del suelo. Él no podría brincar tan alto ni con la ayuda de los músculos del Cuero. Las hambrientas llamas azuladas arponearon la barriga del cuadrúpedo y le quemaron su resistente caparazón ambarino. Su carne carbonizada empezó a resquebrajarse y rezumar líquidos que se evaporaban al instante. Aullaba con agonía a medida que las distintas capas de su pellejo iban desapareciendo. La aliviadora muerte no debió de tardar en llegarle. Cayó inerte en el corazón del incendio.

—Puta mierda —susurró Ntoko. Las llamas, que alcanzaban siete y hasta ocho metros de altura, ya solo distaban cincuenta metros de ellos y su voracidad no decaía.

El visor de Lawrence empezó a emitir mensajes de exceso de calor. Su traje se volvió blanco para contrarrestar la entrada masiva de infrarrojos. Poco a poco se puso de pie para hacer frente al fuego y vio cómo entonces también los demás se levantaban. Los sensores tuvieron que activar dos capas de filtros para combatir el infernal resplandor de las llamas.

En un desesperado intento por liberarse del miedo, ordenó a los sensores visuales que se desactivaran. No sirvió de nada, la oscuridad le puso todavía más nervioso. La rejilla azul marino del visor flotaba en medio de la nada. Los dígitos que informaban de la temperatura exterior se volvieron borrosos, como si hubieran empezado a contar en milisegundos. Reactivó los sensores. Las llamas estaban a diez metros.

Cuando oyó rezar a dos miembros del pelotón él deseo saber hacerlo también. Los avisos de excesos de calor eran ya tan absurdos que casi resultaban ridículos.

Vio marchitarse toda la hierba tigrada de su alrededor; de cada brizna se desprendía el mismo vapor agitado a medida que se carbonizaba y ennegrecía. Entonces la hierba que había a sus pies empezó a arder. Estuvo a punto de desfallecer cuando el violento golpe de calor hizo presa de él. Algo se apoderó de su traje y empezó a sacudirlo; era como estar atrapado en una explosión a cámara lenta.

No podía ver nada. Ninguno de los programas de valoración podía interpretar el abrasador caos en que estaba inmerso. La única información comprensible era la de la rejilla del visor, donde se mostraba el estado del traje. Todos los indicadores térmicos estaban a punto de sobrecargarse. Sin embargo, ahí estaba él, indemne en medio del infierno. Sostuvo la respiración y tensó hasta el último músculo del cuerpo para prepararse a

morir, después se obligó a espirar y volver a inspirar con toda la calma de que fue capaz. Ya no podía hacer nada. Todo dependía de la tecnología y de las medidas de seguridad con las que contaba su Cuero.

Se llevó una mano al pecho y la colocó sobre el suave bulto que hacía su colgante. Empezó a ver figuras, tenues sombras que se colaban por entre la insoportable cortina de luz para después seguir oscureciéndose. Era como mirar por una ventana cubierta de barro después de rociarla con agua, a través de la que sólo se ven fragmentos de lo que hay al otro lado.

Entonces las llamas comenzaron a extinguirse y descubrir la carbonizada tierra que habían dejado a su paso. Las puntiagudas raíces de la incinerada hierba tigrada salpicaban el suelo cocido y desprendían volutas de un sucio humo azul. Al poco se desató una densa lluvia de ceniza que empezó a cubrirlo todo con suavidad, incluidos los Cueros.

Al darse la vuelta vio la muralla de fuego que había a menos de diez metros detrás de él y que se alejaba con rapidez. Los demás miembros del pelotón, cuyas siluetas podía ver a contraluz, permanecían dispuestos en un amplio círculo. Se protegió los ojos con una mano y vio que su traje se había coloreado de un rojo oscuro debido a que el tejido de fibras termales estaba expulsando el exceso de calor a gran velocidad. Revisó su estado y respiró con alivio al comprobar que las cubiertas de las reservas del Cuero seguían íntegras; con dichas reservas y también con las de sangre conseguiría llegar al puerto espacial sin problemas.

El vínculo de comunicación general se empezó a llenar de risas y aullidos demenciales. Los gritos de júbilo estaban cargados también de un poco de histeria.

La ceniza seguía cayendo pero Lawrence extendió el alcance de sus sensores para poder ver a través. La segunda cortina de fuego continuaba causando estragos a lo lejos; las refulgentes llamas engullían con voracidad toda la hierba que encontraban a su paso y enviaban al cielo un extenso velo de humo y más cenizas. No podía creer que en tan poco tiempo se hubiera destruido tanto. El holocausto que habían desatado tenía ya un kilómetro de extensión y continuaba creciendo. Se preguntó hasta dónde llegaría, aunque tampoco se sintió demasiado culpable. En Santa Chico debían de estar acostumbrados a estas cosas.

—No consigo contactar con el capitán —dijo Ntoko. —¿Crees que el fuego lo habrá alcanzado?

—Podría ser. A los Cueros no les pasará nada. Los vehículos ya son otra cosa.

—¿Quieres volver y comprobarlo?

—No. Seguiremos adelante a menos que nos ordenen otra cosa. Aunque tampoco me hace mucha gracia.

—Bien.

—Lo bueno es que ya no podrán ocultarse entre la hierba.

—Sargento, ya no queda nadie que se pueda esconder de nosotros. —Sus sensores habían detectado los restos abrasados de un nativo. Parecían un gran trozo de carbón.

Ahora era imposible determinar dónde estaba el camino. Determinaron la dirección por donde habían venido y reemprendieron la marcha. Dos de los muchachos del pelotón se negaban a dejar atrás a Kibbo y Foster pero Ntoko aplacó su disconformidad explicándoles con sequedad que sus compañeros solo querrían que el pelotón llegara al puerto espacial.

El suelo seguía liberando un calor tórrido, si bien ya no representaba una grave amenaza para su tejido de fibras termales. Por el camino encontraron matojos de hierba tigrada y algún que otro árbol que el fuego había ignorado. Los Cueros no comprendían por qué esas plantas habían sobrevivido. ¿Caprichos del azar? ¿Riachuelos demasiado anchos para que las llamas pudieran saltarlos? Se toparon incluso con árboles pequeños de gruesas hojas puntiagudas resistentes por completo al fuego que permanecían solitarios e intactos en medio de aquel yermo abrasado.

La aldea había aguantado con estoicismo, así como una amplia zona de hierba tigrada rodeada de pequeños árboles. Los examinaron de cerca bajo la incesante lluvia de ceniza. Los sensores de los Cueros detectaron movimiento entre los edificios. Ntoko decidió que no debían ignorarlo.

Cuando llegaron la omnipresente alfombra de ceniza ya había alcanzado los dos centímetros de grosor. Las ráfagas de aire levantaban remolinos de una porquería que enseguida volvía a caer. Nada escapaba a aquel manto. La hierba tigrada se mecía y estremecía al son de la brisa, como si intentara quitarse los copos de encima. Pero la ceniza era demasiado fina e insidiosa como para darse por vencida.

Las casas de la aldea eran muy sencillas: amplias torres cilindricas de tejado abovedado que en ningún caso superaban las dos plantas. Parecían estar hechas de una especie de coral de color crema pálido y áspera

superficie granulada que actuaba como un imán para la ceniza, a la que permitía asentarse en todos sus huecos. Las ventanas arqueadas estaban protegidas por gruesas membranas adornadas con finos hilos plateados.

Los nativos que allí habitaban eran en su mayoría bípedos más pequeños que un humano de estatura media y lucían una desgreñada melena que les cubría toda la espalda; a algunos ejemplares el pelo les crecía también por los brazos, hasta los codos. Habían adaptado las camisas y chalecos que vestían para poder dejar la cabellera libre. Muchos la llevaban trenzada. Casi todos los niños se la adornaban con abalorios de vivos colores.

Había excepciones. Homínidos félidos, que se esforzaban por mantenerse erguidos, aunque de cuando en cuando se ponían a cuatro patas y daban unos pocos pasos. Un gigante achaparrado que parecía un híbrido de luchador de sumo y trol. Estilizados elfos cuyas piernas parecían demasiado delgadas para soportar el peso del tronco.

Lawrence pensó que más que alienígenas parecían seres primitivos, aunque todos estaban protegidos por el ambarino carapacho traslúcido común a los pobladores de Santa Chico, además ninguno de los bípedos tenía costillar ni estructura abdominal humanos. Su torso semejaba el de los insectos. Su rostro, pese al grosor del pellejo, parecía poder mostrar emociones, sin embargo, quizá solo se tratara de los ojos, con los que les lanzaban las mismas miradas de desprecio que el resto de seres del universo.

Ntoko se hizo acompañar de Lawrence y Amersy para entrar en el pueblo mientras el resto del pelotón se distribuía por los alrededores. Se convirtieron en el blanco de las miradas vacías de la gente que había junto a las puertas de las casas. Los nativos que había en la calle se apartaban para dejarlos pasar. Era la primera vez que los moradores de aquel planeta se sometían a la autoridad de los invasores, aunque a punta de pistola.

Los sensores de Lawrence detectaron cierta actividad electrónica en el interior de los edificios, no superior a la generada por una perla de escritorio. Daba la sensación de que apenas utilizaban aparatos mecánicos o electrónicos.

Daba la sensación de que los nativos no sabían muy bien qué actitud mostrar frente a los Cueros, que esperaban que fueran éstos los que dieran el primer paso. A medida que los Cueros se iban aproximando al centro de la aldea más nativos iban apareciendo y siguiéndolos, siempre a una distancia prudencial. A menos que las casas estuvieran vacías, no los

superaban en número. Lawrence se preguntó cuántos aldeanos formarían el grupo que había estado levantando los pájaros entre la hierba tigrada y cuántos habrían sobrevivido.

Ntoko se detuvo junto a un enorme árbol manchado de ceniza.

—¿Alguien quiere decirme qué está pasando aquí?

—Han quemado nuestras tierras —contestó una voz de acento marcado pero de claras y cantarínas raíces españolas.

Lawrence identificó a la protestante. Su lozana melena era blanca como la nieve, aunque no sabía muy bien si se trataba de una anciana. Tenía el rostro plano y unas arrugas en las mejillas que otorgaban a su mandíbula una gran movilidad. La túnica que llevaba estaba adornada con diseños plateados y en la parte delantera lucía una hélice de ADN escarlata y turquesa.

—¿Eres la líder de esta aldea? —preguntó Ntoko.

—No. Soy Calandrinia. —Se pasó la mano por la melena para deshacerse de los últimos restos de ceniza.

—¿Va a hablar conmigo?

—¿Va a matarme?

—No a menos que me dé un motivo.

Calandrinia le enseñó los dientes, por cuya longitud se podrían considerar colmillos.

—Yo tengo muchas razones pero hoy no voy a actuar en consecuencia.

—Qué bien, muchas gracias. ¿Y ahora quiere decirme qué cojones está ocurriendo?

—Han violado nuestra vida. Así es como respondemos. ¿Qué esperaban?

—Un poco menos de violencia no vendría mal. Deben de estar locos. ¿Se hacen una idea de la potencia de fuego que nos respalda?

Calandrinia volvió a enseñarle los colmillos.

—Menos de la que disponían en un principio.

Lawrence activó su vínculo de comando seguro.

—Sargento, ¿puedo hablar con ella?

—Claro, si crees que nos puede servir de algo. Los listillos me ponen enfermo.

—Gracias. —Lawrence no estaba seguro, pero le pareció que Calandrinia se volvió hacia él antes de que empezara a hablarle—. Me

gustaría saber por qué han abandonado las fábricas.

—¿Por qué se abandonan las cosas, hombre de la Tierra? El tiempo las convirtió en edificios obsoletos e irrelevantes. Ahora cuanto necesitamos lo cultivamos directamente.

—Pero sus productos, lejos de ser inútiles para la Tierra, son más bien imprescindibles. ¿Por qué dejar de exportarlos?

—¿Por qué continuar haciéndolo? Si los terrícolas quieren medicamentos, que los elaboren ellos.

—Bien, sin el capital que obtienen por esas exportaciones no podrán importar los productos que no se fabrican aquí.

Calandrinia soltó una carcajada.

—Si aquí no los hacemos, aquí no los queremos.

—¿Es por eso? ¿Le han dicho adiós a la sociedad de la tecnología? ¿Quieren volver atrás en el tiempo? —Se preguntó cuántas veces mantendría esa misma conversación y en cuántos planetas. Los retrógrados parecían habitar en todos los rincones del universo.

—A la de la tecnología no —replicó Calandrinia—. A la mecánica sí. ¿Para qué necesitan las máquinas? Los sistemas biológicos son mucho más productivos para nosotros.

—No pueden elaborar equivalentes biológicos de todo.

—No de todo lo que su sociedad necesita para seguir adelante. Sin embargo, nuestra sociedad ya no funciona como la suya. Nos hemos adaptado nosotros en lugar de adaptar el mundo. Los planetas son demasiado grandes para eso. ¿Por qué vivir en asentamientos aislados construidos sobre terrenos calcinados si podemos modificarnos a nosotros mismos y disfrutar así de todas las posibilidades que ofrece el mundo?

—Bonita ideología, convencer a la gente de que se olvide de su pasado.

—No es una ideología, es la evolución. Ya sabían que nuestros ancestros llegaron aquí con la intención de modificarse a sí mismos, ¿por qué ahora se muestran tan sorprendidos ante lo que han encontrado?

—Nadie sabía hasta qué punto habrían llevado las adaptaciones. No nos esperábamos algo así. De haberlo sabido, no hubiéramos venido.

—Pero aquí están. ¿Qué piensan hacer ahora?

—Por mí me iría a casa ahora mismo.

—¿Por qué no se unen a nosotros? Sus hijos disfrutarían de un futuro hermoso. Nunca les faltaría de nada.

—No se lo tome a mal, pero no me parece una idea en absoluto atractiva. Me moriría con solo quitarme el casco. Ambos lo sabemos.

—Yo podría cultivar para usted un filtro de oxígeno en mi úterogar. Formaría parte de su cuerpo, no como el Cuero que lleva. Viviría con él en perfecta simbiosis.

Lawrence levantó la palma de la mano.

—Vale, déjelo. No hemos venido para quedarnos, ¿de acuerdo?

—¿Por qué? ¿Qué es lo que nos falta? No me estoy burlando, siento verdadera curiosidad. Ustedes parecen tan primitivos comparados con nosotros. No comprendo su renuencia. ¿No desean mejorarse y e integrarse en una cultura mucho más rica y madura?

—¿Que nosotros somos los primitivos? Óigame bien, señorita, ¿quiénes son los que viven en chabolas de adobe? No le desearía esta existencia ni a mi peor enemigo, mucho menos a mis propios hijos. Están involucionando a pasos agigantados. No dudo que ahora este estilo de vida parece de ensueño, todavía están demasiado arraigados en la economía del mercado industrial para darse cuenta de que no todo es ocio y un karma equilibrado. Dentro de dos generaciones ya no serán capaces ni de curar un constipado, y mucho menos un cáncer. Y creen que viven en plenitud. Yo a esto lo llamo traicionar a sus hijos.

—Ah. —Calandrinia volvió a revolverse el pelo—. Ya le voy entendiendo. ¿Qué edad le parece que tengo, hombre de la Tierra?

—Ni idea.

—Tengo catorce años.

Lawrence se quedó perplejo, incapaz de comprender a la portavoz.

—¿De verdad?

—Sí. La biotecnología no fue lo único que nuestros ancestros trajeron a este planeta, sino que también importaron un dicho: «Vive rápido, muere joven y deja un bonito cadáver». Gracias a ellos, esa es mi intención.

—¿Cuál es su esperanza de vida? —Lawrence se arrepintió de preguntarle esto porque se dio cuenta de que no le gustaría la respuesta.

—Unos treinta años. ¿Se imagina una vida así? ¿Cómo intentaría exprimir los últimos días?

—El oxígeno. Es por el oxígeno, ¿verdad?

—Por supuesto. Aquí todo va mucho más rápido, cada aspecto de la existencia es más dinámico.

—Pero... ¿treinta?

—Treinta años completos, un largo período de tiempo durante el que viviré, amaré y pensaré. ¿Qué es lo que no le gusta? ¿Por qué le parece tan poco?

—Vivir es experimentar. No se puede experimentar lo suficiente en solo treinta años. El universo tiene demasiado que ofrecer.

—Mi capacidad de conocer es mucho mayor de lo que la suya será nunca. Crezco más rápido. Aprendo más rápido. Vivo más rápido. Como todos los demás. La vida en este mundo resulta mucho más estimulante que la que le permite su anodina biología. Por lo que respecta al universo, este yace en la mente de cada individuo. La observación es relativa. Desde aquí puedo ver las estrellas, todas, mientras ustedes reptan de unas a otras en sus latas motorizadas, incapaces de ver más de una cada vez. Aprecio mucho mi forma de vida, hombre de la Tierra; mi mente no da tanta cabida a los recuerdos como al conocimiento.

—Conocimiento —repitió Lawrence con desprecio—. Si no lo utilizan. ¿De qué les sirve pensar si no le sacan provecho, si no crean nada?

Calandrinia resopló por lo bajo, al igual que muchos de sus vecinos.

—No hacemos otra cosa que crear, hombre de la Tierra. ¿Cree que nos sobra tanto tiempo como para criar a nuestros hijos como hacen sus mujeres? Aquí adaptamos a nuestros hijos al mundo que vemos y conocemos.

—Habla de modificaciones físicas, ¿me equivoco? Por eso en este planeta todos son distintos de los demás.

—Nos hemos vuelto morfogénicos, y este es el mejor regalo que nos hicieron nuestros ancestros. Mis hijos se convierten en mis sentimientos. ¿Puede imaginarse lo que significa eso? Si veo un árbol tan magnífico y sublime que tengo que sentarme a su pie y admirarlo, puedo engendrar un hijo que podrá trepar hasta su copa, donde reirá colmado de dicha. Puedo bañarme en el lago de un valle durante unos minutos pero mi hija podrá explorar sus profundidades y retozar con los peces. Y cada vez que me asombro ante un macrorex que pasa por delante de mí puedo absorber su esencia e integrarla en la mía.

—Santo Cielo, qué aberración.

—Lo aberrante es la simplicidad de su mente. ¿Cree que nuestra sentiencia y razón de ser provienen solo de nosotros mismos? Si deseamos

vivir en este planeta, cada uno debe aportar lo mejor de sí mismo. ¿Se considera usted igual de desinteresado, hombre de la Tierra? ¿Nos impediría fundirnos con Gaia?

—No quiero impedirles nada. Pero no pienso participar en ello. Ustedes ya no son humanos.

—Vaya, gracias. Rara vez soy objeto de halagos como ese.

—Un momento —intervino Ntoko—. ¿Está diciendo que los macrorexes esconden una parte humana, que tienen razón de ser?

—Algunos —respondió Calandrinia—. Son nuestros amigos y nos ofrecen su ayuda si se la pedimos.

—¿Los megalcaudones también?

—Desde luego.

—Por los huevos de Cristo.

—¿Si las hembras no se someten al proceso del embarazo de dónde salen tantos niños? —preguntó Lawrence.

—Se gestan en los úterogares —contestó Calandrinia con sencillez.

—¿Úterogares? —Miró los edificios regordetes que caracterizaban la aldea—. ¿Quiere decir que en sus casas guardan algún tipo de útero artificial?

—Usted no escucha, ¿verdad? Un úterogar nada tiene de artificial, es natural como la propia vida. Nuestros hogares han sido el último tramo del puente con el que hemos superado el abismo entre lo que éramos y lo que somos. Dígame, ¿en sus archivos se hace referencia a las piedrápidas?

—Sí. —El SA de su Cuero estaba accediendo a la información. Las piedrápidas eran unas plantas de tipo poliposo que crecía bastante despacio para los estándares de Santa Chico. Estas piedras ocres crecían apiñadas en vastas colonias y el fuego no les causaba el menor daño. Además sus vainas eran tan resistentes que se necesitaba una fuerza superior a la de un macrorex para poder abrirlas.

Calandrinia señaló las casas.

—Nuestros ancestros modificaron esas pequeñas plantas para convertirlas en los sólidos edificios que pueden ver ahora. Una verdadera y grandiosa unión de los genes de dos planetas. Ahora habitamos en casas vivas. Sus raíces descienden a las profundidades, de donde obtienen agua y nutrientes, mientras que sus vainas almacenan la luz del sol. Nos criamos en nuestras casas sin violar el planeta como hacen ustedes. Sus órganos nos

dan cuanto necesitamos, del mismo modo que sus máquinas se lo dan a ustedes, solo que nuestro vínculo es mucho más estrecho y agradecido.

—Querrá decir simbiótico.

—Oh, ahora sí está escuchando. En efecto, el hogar es parte de la familia. Cada vez que uno de mis óvulos es fertilizado, lo deposito en un úterogar para que se geste.

—¿También son sentientes?

—Por supuesto. ¿Cómo podríamos emparejarnos con un ser carente de raciocinio?

—No, desde luego —dijo Lawrence con sarcasmo—. ¿No se habrán hecho demasiado dependientes de estas construcciones? ¿También les proporcionan alimentos? Nuestros satélites no han encontrado refinerías de células proteínicas.

Calandrinia levantó el brazo y arrancó un racimo de bayas rojas del árbol que tenía al lado.

—La modificación de las plantas de Santa Chico para poder cultivar comida terrestre fue la primera y más dura de las tareas a que se enfrentaron nuestros ancestros. Una vez que comprendieron cómo fusionar las moléculas genéticas de ambos planetas, se hizo posible lo que somos hoy. Se necesitaron décadas de esfuerzo para conseguir algo tan complejo, motivo por el que nos vimos obligados a emprender actividades mercantiles. Existían numerosas incompatibilidades entre los sistemas bioquímicos de los dos mundos, al igual que sucede en cada planeta que los humanos colonizan. No quedaba otro remedio que mantener el estilo de vida de siempre, sus mercados y máquinas, mientras se resolvían los problemas. Ahora, como pueden ver, esa es una etapa que hemos dejado muy atrás.

—Y ahora están endeudados —intervino Ntoko.

—Solo con su planeta, hombre de la Tierra. Aquí no se concibe algo así. Todos somos uno.

—Decir que están por encima de cosas como el dinero es una excusa muy conveniente, —dijo Lawrence—, pero sé que entienden de economía y tecnología. Todavía poseen aviones espaciales y sistemas orbitales. Y todo eso hay que mantenerlo, se necesita fabricar recambios y elaborar combustible. Los úterogares no les sirven para eso.

—Teníamos máquinas hasta que ustedes llegaron y las destrozaron —replicó Calandrinia—. Algunos de nosotros tenían el mismo sueño que tú, Lawrence Newton, conquistar el universo. Deseaban modificar nuestra estructura celular para poder vivir en los desiertos del otro lado del cielo. Los fanáticos del espacio que se cuentan entre nosotros quieren que lo que somos florezca en los cometas y lunas de nuestra estrella. Me parece un hermoso sueño. Sin embargo, son minoría. Su llegada ha puesto fin a las aspiraciones de estos soñadores, de manera que ahora estos basan sus proyectos en Santa Chico. Nos ayudarán a sellar el cielo para evitar que ustedes regresen.

—¿Por qué sabe mi nombre?

—Lo siento, —dijo Calandrinia—, no imaginé que fuera un secreto.

A Lawrence no le gustaba la naturalidad con que hablaba Calandrinia. Si habían descifrado los vínculos de comunicación, lo cual era muy posible, podrían haber oído mencionar su nombre, así como su conversación con Nic. Pero identificar a cada uno de los Cueros debía de ser más complicado. Los nativos sabían demasiado y él sin embargo, ni siquiera sospechaba qué sistema utilizaban en aquel planeta para comunicarse a larga distancia.

—¿A qué se refiere con sellar el cielo? —preguntó Ntoko.

—Dicen que se van a ir, que es lo que nosotros deseamos —explicó Calandrinia—. Lo que debemos hacer después es asegurarnos de que ya no puedan volver, al menos mientras su cultura se siga cimentando sobre su sociedad actual. Para ello necesitamos sellar el cielo.

—Dejémoslo —le dijo Ntoko a Lawrence por el vínculo seguro—. Estamos perdiendo el tiempo. Salgamos de aquí. Si tuvieran algo con lo que rompernos el cuello ya lo habrían utilizado. Solo tenemos que cubrirnos las espaldas y matar todo lo que se mueva.

—De acuerdo.

—Muy bien, nos vamos —anunció Ntoko a los nativos—. No nos sigan. Así no habrá malentendidos y nadie sufrirá ningún daño.

—Sabio consejo, Sargento —dijo Calandrinia—. Intentaremos seguirlo.

—Putos listillos —gruñó Ntoko—. Me los cargaría a todos ahora mismo.

En cuanto el pelotón reemprendió la marcha se formó una espesa nube de pavesas polvorosas. Dejaron atrás la isla de hierba tigrada y árboles que rodeaban la aldea y pasaron al negruzco yermo que el fuego acababa de

esterilizar. Dado que la lluvia de ceniza había cesado, podían ver el horizonte sin problemas. A lo lejos todavía se veían algunas llamas que enviaban al añil cielo densas columnas de humo y ceniza de varios cientos de metros. Pero la muralla de fuego ya no era tan inquebrantable como antes, puesto que las llamas se habían dispersado entre los ríos y hondonadas dividiéndose en decenas de hogueras que se consumían poco a poco.

—¿Crees que algo de lo que ha dicho tiene sentido? —preguntó Ntoko.

—No estoy seguro —admitió Lawrence—. Podría ser solo un montón de mentiras que se ha inventado para acojonarnos. Por otro lado, si es cierto, entonces todavía tiene peor pinta. Aquí hay un montón de cosas ilógicas.

—Joder, por ejemplo, lo de los animales con razón de ser. Puede que eso sí sea verdad.

—Pero hay algo que no cuadra. Han empleado todo cuanto poseen para atacar nuestras naves cuando llegamos. No pueden aislar este planeta del resto del universo.

—Maldita sea, mira que no poder establecer contacto con el Capitán. Deberíamos estar avisándoles de esto.

—Los satélites repetidores siguen caídos.

—Sí, ya lo sé. Esperemos que el Gobernador siga en Roseport.

Lawrence estuvo nervioso durante el resto de la marcha. Si Calandrinia les había contado la verdad, entonces no había manera de saber cuándo algo representaba un peligro para ellos.

Al atardecer las hogueras parecían haberse extinguido por completo. El humo y la ceniza nublaban el aire y teñían el cielo de un sombrío gris azulado. No se veía ningún tipo de animal, ni grande ni pequeño. A veces a Lawrence le parecía avistar megalcaudones a lo lejos, pero quizá sólo se trataba de los polvorientos remolinos que batían el humo inerte. Las chamuscadas briznas de las matas de hierba tigrada empezaban a rezumar una pegajosa savia. Al parecer las raíces habían resistido el calor; por otro lado, las llamas habían durado tan poco que quizá no les había dado tiempo a calentar la tierra más allá de unos pocos centímetros. Pronto nacerían los nuevos brotes de entre el mar de ceniza.

La zona calcinada terminaba en un largo y profundo barranco por cuyo rocoso fondo corría un arroyo rojizo. La tierra de ambos lados del barranco estaba cubierta de piedras y cantos rodados, entre los cuales apenas crecía

vegetación, algo que había frenado en gran medida el avance del fuego. Lawrence se dio cuenta mientras caminaba hacia el barranco de que en realidad no era un pedregal lo que estaba pisando. Las piedras no se agitaban a su paso, ni siquiera los guijarros. Estaba en medio de un lecho de piedrápidas.

Cuando el pelotón cruzó el barranco, un Xianti 5005 pasó sobre sus cabezas a menos de un kilómetro de altitud. Iba descendiendo.

—Todavía conservamos el puerto espacial —dijo Nic—. Gracias a Dios.

Media hora después llegaron a una colina desde la que se veía Roseport, que quedaba a dos kilómetros. La ciudad de la ribera del lago se encontraba en pésimas condiciones, puesto que muchas de sus casas habían quedado destrozadas. Cuando los sensores de Lawrence aplicaron un zoom pudo ver que de las vainas reventadas brotaba un fluido pardo y viscoso, similar a la brea, que se deslizaba con pesadez por las calles. Los órganos internos se habían salido y conformaban una mucosa masa negruzca. No se veía a nadie por las calles.

Cuando regresó a visión normal observó que habían distribuido cañones auto-centinelas por los alrededores. Estas armas se componían de una esfera verde oliva colocada sobre unas gruesas patas metálicas ancladas al suelo. Cada una de las esferas contaba con tres rifles magnéticos Gatling que emergían del centro y giraban con suavidad hacia uno y otro lado mientras vigilaban las casas derruidas. Si alguien salía de la ciudad, caería fulminado en cuestión de milisegundos.

Lawrence sabía que los auto-centinelas formaban parte del equipamiento de la Flota, pero hasta ahora nunca los había visto en acción. Al igual que las minas terrestres y las vallas de láser, estas armas solo se empleaban en los casos más extremos.

Dado que ya se encontraban más cerca, recuperaron el vínculo de comunicación con el cuartel general del Gobernador. Ntoko informó de que habían perdido el contacto con el capitán Lyaute hacía horas.

Una vez restaurado el acceso a los datos tácticos de la Flota, Lawrence solicitó una actualización de la situación al SA del cuartel general. Fue peor de lo que se esperaba. En Roseport se había librado una encarnizada batalla. Los Cueros que habían entrado en la ciudad habían muerto víctimas de una serie de armas químicas y biológicas. En cuanto aprendían cómo protegerse de una, otra distinta acababa con ellos. Al final el Gobernador

ordenó desplegar los auto-centinelas con la esperanza de que pudieran mantener confinados a los nativos hasta que se completara la evacuación.

También esta operación iba a ser arriesgada. Las manadas de macrorexes habían atacado el puerto espacial tres veces. Los Cueros tuvieron que lanzar misiles inteligentes de perforación de blindaje contra las bestias antes de que estas alcanzaran la pista de aterrizaje, a la vista de que ninguna otra arma les causaba el menor daño. Los megalcaudones se lanzaban contra los Xiantis cuando empezaban a descender. A los aviones espaciales no les quedó otro remedio que matarlos disparándoles con las minas aéreas antimisiles que portaban en sus vainas de contramedida.

De las once compañías enviadas a misiones de exploración las fábricas y otras instalaciones industriales, solo regresaron cuatro. Otras tres (incluida la de Lyaute) habían informado de que estaban siendo atacadas poco antes de que se cortara la comunicación con ellas. Las cuatro restantes estaban clasificadas como desaparecidas en combate.

En órbita las cosas no estaban saliendo mucho mejor. El *software* de las naves sufría continuos ataques. La banda ancha de comunicación se redujo al mínimo para que el SA de a bordo pudiera analizar hasta el último bit que entraba en la red de la nave. Los asaltos cinéticos de órbita retrógrada habían inutilizado varios satélites. Uno de los enjambres había traspasado las defensas de la *Mahonia* y dañado una rueda de ventilación y uno de los tokamaks de la unidad de compresión.

A la vista de la catástrofe que se avecinaba, el almirante había ordenado una evacuación total. Los planes de apoderarse de la industria orbital de Santa Chico ya no tenían cabida en su agenda.

Lawrence no conseguía hacerse una idea de cuántos aviones continuaban operativos. Era información restringida, al igual que el tiempo que se tardaría en completar la evacuación y el número de Cueros supervivientes.

Ntoko reunió fuerzas para infundir ánimos en el pelotón antes de conducirlo hacia el puerto espacial rodeando Roseport. Avanzaron a paso ligero hacia la pista de aterrizaje, sin hablar demasiado en todo el camino. Lawrence sabía que todos se sentían igual de ansiosos. Ya casi lo habían conseguido. Bastaba con que llegaran a la pista de aterrizaje. Ya se encargarían otros del resto, el almirante, los pilotos de los Xiantis. Solo tenían que andar un poco más.

A mitad de camino llegaron a una amplia zona abrasada. Algunos rastrojos de hierba tigrada todavía humeaban. En medio estaban los carbonizados restos de un helicóptero TVL88.

Ntoko decidió que se convertirían en un blanco fácil si pasaban por aquel claro, de manera que lo bordearon. Dos minutos más de caminata. La moral del pelotón bajó aún más cuando oyeron los disparos de un auto-centinela.

Los últimos trescientos metros los hicieron corriendo. Se olvidaron de la disciplina y avanzaron con ímpetu por la hierba tigrada, sorteando los árboles rechonchos y saltando sobre las rocas, sin importarles ya lo expuestos que quedaran ante el enemigo. Traspasaron el perímetro, donde había Cueros ocultos en trincheras poco profundas y equipados con las armas más pesadas del arsenal.

Ntoko informó al teniente, que les concedió una hora de descanso. Se les dio un paquete de comida en papilla para poder ingerirla con el casco puesto. Se les asignó asimismo un número de vuelo. Si el programa de los aviones espaciales no variaba, despegarían seis horas más tarde.

El teniente les ordenó montar guardia alrededor del hangar de mantenimiento. Ocuparon sus posiciones cuando el sol empezaba a ponerse, equipados con las nuevas armas que habían cogido del arsenal. Lawrence había elegido un lanzador de misiles inteligentes. Hasta ahora los nativos no habían conseguido inutilizarlos.

Decidió hacer todo el tiempo la misma ruta pero sin regularidad. Sus sensores de espectro visual le proporcionaban borrosas imágenes azules y blancas de la noche de la pradera en las que también aparecían manchas rojizas originadas por las rocas que se iban desprendiendo del calor acumulado durante el día. Nada se movía entre la hierba tigrada, ni siquiera animales pequeños, cosa que agradeció mucho.

Al mirar hacia Roseport le llamó la atención cómo el exceso de radiación infrarroja de la ciudad formaba un aura rosa coralino. Los auto-centinelas no dejaban de disparar contra quién sabe qué cada pocos minutos. Los rumores que se oían por la banda de comunicación general hablaban de cuánta munición le quedaría a los robots y cuánto les duraría.

Los aviones espaciales seguían brotando del cielo nocturno acompañados por el ensordecedor bramido que los turborreactores *Rolls-Royce* liberaban cuando iniciaban el retroimpulso a toda potencia. A veces entraban precedidos por los espectaculares y magnésicos fuegos artificiales

verdes y carmesíes que estallaban cada vez que recurrían a las contramedidas para despejar el camino.

Una hora después de haber caído la noche, una de las compañías que se habían dado por perdidas se puso en contacto. Según su informe, los había atacado una manada de macrorexes que les había destrozado casi todos los vehículos. Durante el camino de vuelta habían tenido que hacer frente a los incesantes disparos y hostigamiento de los nativos. Después se unieron a otra compañía cuyo índice de víctimas ascendía al treinta por ciento, de manera que entre ambas reunieron una potencia de fuego suficiente para mantener a raya a los nativos. La marcha había sido muy lenta debido al elevado número de heridos pero estimaban que llegarían al puerto espacial en unos noventa minutos. En total habían sobrevivido unos ciento veinte.

Lawrence sintió una especie de alivio culpable al saber que no se trataba de Lyaute, que hubiera exigido que le explicaran dónde se había metido el 435NK9 y qué había ocurrido. Los demás se alegraron al conocer las noticias. Significaba que los aviones espaciales deberían realizar por lo menos otro vuelo, lo que retrasaría la última salida otros veinte minutos.

Pasadas las dos primeras horas, los disparos de los auto-centinelas se fueron haciendo cada vez menos frecuentes, sin embargo, Lawrence estaba convencido de que los nativos intentarían acceder al puerto espacial. Los tranquilizantes que su Cuero le estaba suministrando no conseguían calmarlo. Estar allí de pie, a las afueras del puerto espacial, dándole vueltas a las posibles amenazas que podía presentar la insondable pradera de hierba tigrada, estaba minando su moral. Habían sembrado los alrededores del puerto espacial con cientos de sensores remotos dotados de vínculos seguros con la rejilla de su visor. No confiaba del todo en ellos, solo podía pensar en Calandrinia y cómo se había reído de ellos.

Dos horas antes de la salida del vuelo que les habían asignado comprendió por qué la nativa hablaba con tanta seguridad. No les había mentido en nada. Al principio le pareció que se acercaba otro Xianti utilizando sus contramedidas. Varios ríos de fuego atravesaron el cielo fugazmente. Lawrence escaneó la zona pero no localizaba la intensa huella térmica característica de los aviones espaciales. Aparecieron más ríos que parecían viajar de una estrella a otra. En cuanto a la trayectoria de vuelo, no parecía la correcta. Supuso que se trataría de una lluvia de meteoritos y sonrió. Antes de que los ríos se apagaran, apareció otra serie silbando. Estos últimos parecían más amplios y tenían una cabeza bulbosa de la que

salía una larga cola destellante cuando entraban en la atmósfera. Al parecer todos emergían del mismo sector del cielo. A Lawrence se le borró la sonrisa. La alargada zona se extendió de norte a sur y luego siguió ampliándose.

—Oh, mierda, mierda —gruñó Lawrence. Ahora lo entendía todo. «Sellar el cielo».

Un Cuero salió corriendo del hangar para reunirse con él.

—¿Lawrence? —Era Ntoko, que había puesto a bajo volumen el altavoz de su traje.

—Sí —contestó Lawrence, también a través de su altavoz.

—¿Lo han hecho, verdad? Esto es de lo que hablaba Calandrinia.

—Sí. Deben de haber reventado con una bomba nuclear el asteroide de la órbita polar para pulverizarlo. Esto solo es el principio de la avalancha de rocas.

—¡Hijos de puta! Tú lo sabes todo sobre esas mierdas de mecánica orbital, ¿se salvarán las naves?

—Sí, pero tendrán que partir pronto, si no lo han hecho ya. Los restos todavía no han empezado a diluviar. De momento solo estamos viendo una nube creciente de piedras en órbita polar.

—¿A qué te refieres con «diluviar»?

—Verás, la bomba nuclear debe de haber desgajado el asteroide en millones de fragmentos, ¿de acuerdo? Algunos caerán y se desharán al quemarse en la atmósfera. Es lo que estamos viendo ahora, el comienzo. Pero si los nativos han colocado bien las cargas, entonces todavía debe de haber en órbita innumerables montañas y rocas gigantes. En estos momentos los distintos fragmentos se están dividiendo y tomando sus propias órbitas irregulares, pero una vez que se hayan partido lo suficiente será cuando empiecen a colisionar. Los fragmentos que choquen con otros liberarán diluvios de rocas menores, que a su vez chocarán con otras y así sucesivamente. Es una reacción en cadena que no cesará. Dentro de un año este planeta estará blindado por un escudo de piedras de diez mil kilómetros de grosor. Se parecerá a los anillos de Saturno, solo que será esférico. Esa Calandrinia tenía razón, nada podrá traspasarlo. Quedarán aislados del resto del universo. Las rocas del escudo tardarán milenios en caer y desmigajarse en la atmósfera. Quizá nunca desaparezcan. Joder, no lo sé. Nadie ha visto nunca ningún diluvio de estos.

—Muy bien, reúne a los muchachos. Id al avión espacial —le dijo señalando al gigantesco vehículo—. Ya ha repostado.

—Pero...

—Tú mismo lo has dicho, camarada, las naves tienen que salir pitando. Así que mueve el culo, cabo.

Lawrence subió el volumen de su altavoz.

—Venga muchachos, conmigo, nos largamos. —Salió a paso ligero y al poco echó a correr. Ntoko también estaba gritando. Los supervivientes del 435NK9 corrieron a reunirse con ellos.

Los escombros más grandes estaban alcanzando ya la atmósfera. Los verdosos ríos residuales atravesaban el cielo aullando hasta que la presión los hacía estallar produciendo cegadores cúmulos centelleantes que se expandían y cobraban intensidad al tiempo que se alejaban. Estos cúmulos explotaban una y otra vez cuando los iones supercalentados partían las rocas en trozos cada vez más pequeños y enviaban ondas de choque pirotécnicas que salían despedidas hacia el exterior. Centenares de incandescentes columnas cónicas se encendían en medio de la noche y poco a poco cambiaban de color hasta teñirse de diversas tonalidades de violeta.

La mitad del continente se iluminó con una luz más brillante que la del Sol. Lawrence pudo ver la frenética actividad que se había iniciado en el puerto espacial. Los Cueros corrían despavoridos de acá para allá, ignorantes de lo que estaba ocurriendo. Se había roto la cadena de mando, nadie daba órdenes ni información, ni se ceñía a ninguna disciplina. Ni siquiera los nativos, con sus músculos hiperoxigenados, podrían correr tan rápido como los asustados Cueros. El tiempo transcurría a cámara rápida.

El Xianti se encontraba estacionado en su dársena de preparación de vuelo a cien metros de Lawrence. Estaba encendiendo los motores. Ya habían retirado las mangueras de los depósitos de combustible, que empezaban a ocultarse en el suelo.

Las escaleras seguían en la puerta. Los Cueros subían por ellas atropellándose unos a otros. Lawrence no sabía cuánta gente habría ya dentro. En cinco segundos llegó al pie de las escaleras, donde ya había otros veinte Cueros apretujados intentando poner el pie sobre los escalones de aluminio.

Otro Xianti inició su carrera de despegue por la pista.

—Lawrence —dijo Ntoko—. Dame tu lanzador.

Lawrence extendió el arma al tiempo que empujaba para abrirse paso hacia la base de las escaleras. Aparte de Ntoko, que portaba un lanzador idéntico, no podía saber quién era quién. Su SA no identificaba los distintos trajes. La banda de comunicación se había caído del todo.

—¿Para qué lo quieres?

—Cuídate, Lawrence. Y cuida de mis muchachos por mí.

—¿Sargento? ¡Ntoko!

—Te estaré vigilando. —Ntoko ya había empezado a apartarse de la piña de Cueros. Abrió el culo del lanzador que Lawrence le acababa de dar y extrajo un cable de datos que conectó al puerto de interfaz de su traje. Los tubos del otro extremo del lanzador escupieron unas suaves llamas anaranjadas que palpitaron durante unos segundos.

De repente se produjo una serie de explosiones a lo largo de la pista de rodaje. Los Cueros que iban corriendo hacia los otros aviones espaciales se tiraron al suelo. Otra cadena de estallidos derrumbó uno de los laterales de un hangar. Los paneles de aleación y las vigas de acero se derrumbaron sobre el asfalto y levantaron una nube de humo y polvo. Los Cueros empezaron a disparar. Una lluvia de bombazos revientablindajes aporreó la torre de control. Las carabinas se pusieron en acción.

—¡Ntoko! ¡Por los huevos de Cristo, no puedes! —Lawrence estaba al pie de las escaleras. Sus sensores le mostraron a Ntoko alejándose con tranquilidad del tumulto aguantando un lanzador en cada brazo. Las llamas siguieron floreciendo con cada nuevo misil inteligente que brotaba de su tubo. El Sargento alzó un lanzador a modo de saludo y siguió caminando.

Lawrence vaciló por un instante pero los otros Cueros no dejaban de empujarlo. Además su instinto de supervivencia tiraba demasiado. Subió las escaleras y pasó hasta el interior. El avión espacial empezó a rodar y alejarse de las escaleras. Lawrence salió a agarrar al Cuero que había al final y tiró de él para ayudarlo a meterse. Otro Cuero saltó con desesperación el hueco que se había formado pero se chocó con los que ya estaban apiñados en el compartimento estanco. Otro que también se atrevió a saltar consiguió agarrarse al borde de la escotilla, de donde se quedó colgado mientras el Xianti iba ganando velocidad por la pista de rodaje.

Lawrence se quedó mirando cómo se tambaleaba la escalera abandonada. Los Cueros que se habían quedado allí habían subido al

máximo el volumen de sus altavoces para gritarle al piloto que regresara. Uno sacó su carabina y se puso a dispararlo. Dos balas impactaron en el interior del compartimento estanco. Lawrence se agachó mecánicamente. Entonces se produjo una explosión en la base de las escaleras, que se cayeron llevándose consigo a todos los Cueros allí agolpados.

—Gracias, Sargento —susurró Lawrence.

Cuando se cerró la escotilla regresó al interior del Xianti. Estaba tan atestado que ni en el pasillo cabía ni un solo Cuero más. Ni siquiera pensó en el exceso de peso. El Sargento se había quedado en tierra para cubrirles el culo, como siempre había hecho. Lo conseguirían.

Ahora su traje podía acceder a la red interna del avión espacial. Solicitó ver lo que estaban recogiendo las cámaras exteriores.

Mientras en el cielo los fragmentos del asteroide seguían deshaciéndose en ríos de luz, en tierra los Cueros no dejaban de correr en todas direcciones. Todos parecían disparar a algo. Las explosiones eran continuas en los edificios derruidos. Unas violentas nubes de humo se retorcían por el suelo al tiempo que unas vigorosas llamas azules y blancas se arremolinaban entre los escombros de los bloques de equipamiento.

El Xianti accedió con presteza a la pista de despegue. El piloto no perdió el tiempo; Lawrence sintió cómo se intensificaron las vibraciones cuando los turborreactores empezaron a quemar a toda potencia antes de que el morro quedara alineado. A los pocos segundos el Xianti salió disparado y empezó a elevarse.

Ascendieron casi en vertical, con los turborreactores al rojo vivo. Las cámaras del avión mostraron los tranquilos estratos de nubes superiores, que emitían un algodonado y plateado resplandor a causa de la refulgente luz procedente de la lluvia de bolas de fuego. En cuanto traspasaron los delgados estratos vaporosos el paisaje pasó a semejar el de un desierto helado que brillara a la luz de una luna de invierno.

El vehículo entró en ignición para seguir ganando altura. Ahora las ringleras de nubes parecían formar un reluciente velo que protegía el planeta. Los chispeantes ríos de vapor rosado y dorado procedentes de los motores del Xianti iban quedando suspendidos en medio de la vacía oscuridad, en la que poco a poco menguaban hasta desintegrarse.

Sobre el morro del avión espacial las estrellas titilaban con frialdad para darles la bienvenida.

OceanofPDF.com

Capítulo 16

El torso de Hal estaba repleto de aparatos médicos apretujados alrededor de las sanguinolentas heridas y cicatrices quirúrgicas. Algunos se ocupaban de aplicar parches de piel artificial que se adherían poco a poco a las capas dérmicas destrozadas y otros de aplicar virales de regeneración en los plexos capilares. También había sistemas más complejos de los que salían delgados tubos que penetraban en las heridas e introducían y extraían diversos fluidos de los órganos dañados con el fin de mantenerlos vivos hasta que se podían reemplazar para después aplicar el tratamiento apropiado. Llevaba una camisa blanca holgada para cubrir los aparatos, que abultaban demasiado para poder ocultarlos por completo. Parecía que tenía el tronco infestado de tumores plásticos.

Se sentó en su asiento de cuero de respaldo alto, con la cabeza bailando entre los cojines laterales, como si su cuello no tuviera fuerzas para mantenerla erguida. Cada vez que alguno de sus amigos entraba en la pequeña sala de reuniones privada del hotel, de la que se habían apropiado para cuidarlo, Hal sonreía y gruñía a modo de bienvenida. Edmond se acercó a chocar palmas con él. Lawrence sintió un escalofrío al ver cómo a Hal le temblaba la mano y Edmond hacía serpentear la suya para no errar. Los demás, apesadumbrados por el estado en que sabían que se encontraba el niñato, no querían mirar.

Solo Dennis mantenía una expresión impávida. Lawrence sabía que últimamente había estado elevando su dosis de sedantes.

Amersy fue el último en llegar. Cerró la puerta y le hizo a Hal una señal de complicidad con el pulgar. Sus ojos, incapaces de sostener la mirada con

el herido, revelaban lo que pensaba en realidad.

Los miembros que quedaban del 435NK9 miraron a Lawrence.

—Antes de nada, —dijo el Sargento—, no os preocupéis por cómo subiremos a Hal a la *Koribu*. Tengo un contacto en el puerto espacial de Durrell.

Hal exhaló un largo suspiro sibilante. Movió la mandíbula como si masticara aire. Después de que el precario equipo médico que Lawrence había preparado le instalara un corazón biomecánico, perdió la sensibilidad y la movilidad del lado derecho. Desde entonces la recuperación estaba siendo lenta, como si hubiera sufrido un ataque de apoplejía. Si aquella hubiera sido la única complicación, Lawrence se sentiría muy feliz. Sin embargo, a pesar de la sangre superoxigenada que alimentaba su cerebro, se habían producido daños por falta de riego. El niñato hablaba despacio y a tropezones, además se habían formado lagunas en su memoria. Sus músculos paralizados y la dificultad que tenía para formar palabras hacían que diera lástima verlo intentar comunicarse. Sabía lo que quería decir, pero se enfadaba consigo mismo al ver que no conseguía articular bien las sílabas. A veces, de rabioso que se ponía, daba un puñetazo con el brazo bueno en el reposabrazos de la silla y las mejillas se le humedecían con lágrimas de frustración.

—Gra... ciasar... gen... to —mascullaba. El esfuerzo de pronunciar dos simples palabras hacía que se le marcaran los tendones del cuello.

—Para eso estoy aquí, Hal. —Lawrence miró a los demás para comprobar su estado de ánimo. Todos parecían curiosos y deseosos de saber para qué los había reunido allí. Desde lo del tribunal militar y el fusilamiento habían centrado su conmoción e ira en el capitán Bryant y Ebrey Zhang. No habían manifestado su resentimiento ni su sensación de traición de una forma coherente, sin embargo, no se habían mostrado muy dispuestos a la hora de cumplir las órdenes que se les daba. Además ahora el resto de pelotones de Memu Bay parecía cada vez menos disciplinado. Así y todo, dado que había que animar y ayudar a Hal, el 435NK9 conservaba cierto grado de cohesión interna. Sus componentes hacían cuanto Lawrence les decía, no porque las órdenes provinieran de Bryant, sino porque su sargento quería que las cumplieran.

No podría haber encontrado unos hombres más apropiados para ayudarle a conseguir su objetivo personal.

«Qué curioso las vueltas que da la vida».

—La razón por la que tengo un contacto en Durrell era algo de lo que os quería hablar tarde o temprano. Ahora es un buen momento. Creo que en el interior esconden una valiosa mercancía cuya existencia Z-B ni siquiera se imagina. Yo quiero apoderarme de eso.

—¿Para Z-B? —preguntó Karl con recelo.

Lawrence sonrió con desgana.

—Ni loco.

Lewis dio una palmada.

—¡Por la puta cara!

—Más bien.

—¿Qué tipo de mercancía? —preguntó Amersy con más cautela que curiosidad.

Lawrence sacó una perla de escritorio. Su pantalla se desplegó y mostró una imagen tomada por satélite de la meseta que quedaba detrás de Memu Bay.

—Esto es Arnoon Province. La última vez que estuve en este planeta se organizó una patrulla para recorrer el interior y pasamos por allí. Según los registros oficiales de Memu Bay, la gente que vive en ese lugar recoge telaraña llorona en la foresta para fabricar jerseys, mantas y mierdas de esas. Lo que vimos cuando estuvimos allí fue una pequeña y acogedora aldea perdida en el bosque en la que los vecinos disfrutaban de todo tipo de comodidades. Era como un complejo turístico de cinco estrellas. Ya he visto en otros mundos ese tipo de comunidades aisladas. No eran gran cosa. Pero en esta vi cosas que no encajaban. Puede que os cueste creerlo pero es imposible que mantuvieran ese nivel de vida solo mediante la venta de mantas. En todas las casas había un montón de aparatos electrónicos de alta gama. Además allí vivía un montón de gente, mucha más de la que creen en Memu Bay y de la que se podría mantener solo con los ingresos del comercio de telaraña llorona. También es raro que nadie estuviera enfermo. No me refiero a casos clínicos. No vi ni un solo niño constipado. Son la gente más saludable que he visto nunca.

—¿Quieres decir que cuentan con otras fuentes de ingresos? —dijo Amersy—. Lawrence, yo también he visto comunidades de ese tipo. Estarán metidos en algún chanchullo clandestino que dirigirán desde algún escondrijo camuflado en el bosque y que ni la policía ni los recaudadores

de impuestos se imaginarán que existe. No debe de ser nada que podamos llevarnos a casa.

—No, esa gente maneja una cantidad insospechable de dinero. Tienen que traerse algo muy gordo entre manos. Puede que sean los habitantes más ricos de este mundo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Me llevó un tiempo darme cuenta porque utilizan el mejor camuflaje posible: sacar a la luz tu mayor secreto. La primera vez pensé que serían retrógrados porque los vi comer fruta que acababan de arrancar de una planta. —Miró a todo el pelotón y sonrió.

—¿Y qué? —dijo Lewis—. Sí que lo son. Nadie más haría algo así. Es vomitivo. La gente normal ingiere alimentos de células proteínicas.

Lawrence se rió entre dientes.

—Lo cual demuestra mi teoría. Tampoco es algo que se pueda ver. La telaraña llorona es una planta local. El bosque de las colinas es autóctono. En Arnoon Province no se utilizó el baño de gamma.

—Imposible —replicó Dennis con sequedad—. Las plantas terrestres no crecen en medios alienígenas. Para empezar, las bacterias del suelo no les vienen bien. Por eso hay que aplicar el baño de gamma y luego sembrar la tierra con las bacterias adecuadas.

—Exacto —dijo Lawrence—. Pero yo lo vi. Vi cómo cogían fruta de un arbusto y se la metían en la boca. Por lo que recuerdo, no se trataba de una planta terrestre.

—Entonces no pudiste verlo, Sargento. Lo siento pero la bioquímica de los humanos no es compatible con los organismos autóctonos de este planeta. Vale que no me saqué la carrera, pero eso sí lo aprendí.

—Lo sé. Sin embargo, también lo he visto en otros planetas. Tú no estabas entonces. —Lawrence miró a Amersy y enarcó una ceja—. ¿Te acuerdas de Calandrinia?

—Difícil olvidarla.

—Era una nativa de Santa Chico —explicó Lawrence al resto—. Comían fruta recién cogida de los árboles. Yo también pensé que serían retrógrados, pero me equivoqué. Calandrinia nos contó que los expertos en biotecnología que emigraron de California terminaron por descubrir cómo mezclar los genes humanos con los extraterrestres. El hallazgo convirtió a la generación de Calandrinia en lo que eran y les permitió alimentarse

como antaño, de manera que ya no dependían de las refinerías de alimentos. Aquel era un pilar muy importante de su filosofía, liberarse del yugo de la maquinaria. Por lo tanto sí es posible.

Dennis entornó los ojos.

—Quizá. En Santa Chico no me extrañaría. ¿Pero aquí, en Thallspring? Joder, Sargento, que lo más avanzado que tienen para salir de Memu Bay es el último modelo de tabla de windsurf.

—Sí. Según Calandrinia, se tardó décadas en desarrollar la nueva base genética de Santa Chico. Durante todo ese tiempo centenares de los mejores genetistas y biotecnólogos de la Tierra trabajaron duro codo con codo. Y luego en una aldea perdida de un planeta que dista treinta y siete años luz de Santa Chico sucede lo mismo. ¿Cómo se explica eso, Dennis?

—Crees que importaron la tecnología de mezcla genética de Santa Chico, ¿verdad? —preguntó Amersy.

—No pueden haberla traído de ningún otro sitio. Y les costaría mucho dinero. Primero habría que viajar desde aquí a Santa Chico con todo tipo de muestras de las plantas y bacterias de Thallspring. Luego habría que contratar a un equipo de genetistas para adaptar las técnicas. Eso exige una gran suma. Billones.

—Santa Chico está aislado —intervino Edmond—. Todo el mundo lo sabe.

Lawrence meneó la cabeza.

—Estuve en Thallspring antes que en Santa Chico. Esto tiene que haber ocurrido hace treinta o cuarenta años, puede que más. Cuando el metálico todavía significaba algo para los pobladores de Santa Chico.

—De acuerdo —dijo Amersy—. Acepto que en teoría es posible que los vecinos de Arnoon tengan árboles que den frutos terrestres. ¿Pero de dónde han sacado el dinero?

—Hay dos opciones —respondió Lawrence—. La primera es que sean exiliados, un grupo de millonarios que ha establecido una colonia dentro de otra. Básicamente son autosuficientes, ahí es donde entran los árboles frutales. Llevan un nivel de vida muy elevado que mantienen comprando en secreto cuantos bienes de consumo pueden encontrar en un mundo más o menos avanzado. El punto débil de esta teoría es que los millonarios no se comportan así. No te dejas el culo para conseguir una fortuna que luego dedicas a una aldea perdida en el bosque. Ese tipo de gente prefiere

quedarse en la Tierra, con sus bolsas, sus acciones y sus juntas de directivos.

—¿Y la otra posibilidad? —preguntó Odel.

—Que Arnoon nació tal como dicen que lo hizo. Un grupo de gente honrada que deseaba llevar una vida tranquila que se podían ganar cultivando telaraña llorona. A modo de cimientos de la comunidad, establecieron algunos principios. Después, de repente, descubren algo valioso. Todo un tesoro. La gallina de los huevos de oro. ¿Qué hacen? Si avisan al resto del mundo, todos querrán un pellizco. El desarrollo industrial se impondría en Arnoon Province y ya no podrían mantener su estilo de vida. Para evitarlo deciden mantener el hallazgo en secreto.

»Algunos compran un billete a la Tierra, a donde viajan en una nave de la casa Navarro, y luego continúan hasta Santa Chico. Algunos años más tarde, cuando se ha logrado la mezcla genética, regresan de la misma manera. El resto es muy sencillo. Pueden aumentar su población sin que las autoridades locales se enteren de nada porque han conseguido producir alimentos de forma autosuficiente. Abastecerse de productos de lujo no es complicado; abren un par de negocios de mayoristas aquí, en Memu Bay, puede que otro en la capital. Como son simples tapaderas pueden enviar los productos a la meseta sin que nadie se entere.

—¿Cómo sabían lo de Santa Chico? —preguntó Amersy—. Nosotros no teníamos ni idea hasta que llegamos allí.

—No sabíamos hasta qué punto habían llevado las modificaciones, —dijo Lawrence—, pero sí conocíamos el proyecto de la mezcla genética. De lo que los colonos estaban tan orgullosos era de la gran diferencia que su planeta representaba. Santa Chico no sería colonizado igual que el resto de planetas. Lo dejaron muy claro al principio y después siempre se desvivieron por que todos lo supieran. Incluso en Amethi se oía hablar de Santa Chico.

—De acuerdo, puede que se dieran mucho bombo, pero... ¿un puñado de recolectores de telaraña llorona?

—Tenían acceso al banco de datos y mucho dinero. Es una buena combinación con la que siempre se puede conseguir lo que deseas.

—No creo que cientos de personas sean capaces de mantener un secreto durante tanto tiempo. Siempre habría alguien que bajaría al puerto

deportivo de Memu Bay a despilfarrar su dinero y todo se acabaría sabiendo.

—Nadie sabe nada de ellos —dijo Lawrence—. Han protegido su secreto. Pura lógica.

—No veo cómo.

Lawrence ya no sabía qué decir para convencerlos. Las cosas más sencillas no se pueden explicar.

—Eh, Sargento —dijo Karl—. ¿Qué crees que puede ser ese tesoro?

—Eso es lo más interesante. Los satélites de reconocimiento nunca han encontrado nada en la meseta aparte de bauxita. Por lo tanto, en términos geológicos, debe de tratarse de algo que no debería estar ahí, una anomalía. Ampliar Arnoon —dijo al SA de su perla de escritorio. Se abrió la imagen. Pasaron varias vistas de montañas de cumbres nevadas y de extensiones forestales hasta que por fin el SA enfocó un valle en el que había un lago circular, en medio del cual se veía una pequeña isla—. También vi eso la última vez. Entonces no me di cuenta porque todo estaba cubierto de hierba y árboles.

—Santo cielo —murmuró Odel—. Es un cráter.

—Exacto. De origen meteórico, no volcánico. Esa islilla es la cumbre. Un fragmento de algún cometa o asteroide que impactó en la meseta milenios atrás, o puede que no haga tanto. El risco de la cara oeste todavía es casi vertical. Desde el impacto apenas ha habido desprendimientos ni erosión.

—¿Entonces qué lo originó? —preguntó Karl inclinándose hacia delante para ver mejor la imagen.

—Yo diría que fue algo metálico —sugirió Lawrence—. Un fragmento semisólido que resistió el paso a través de la atmósfera y el choque. Los aldeanos de Arnoon deben de utilizarlo además como mina.

—¿Qué tipo de metal? —Karl quería creerlo. Maná caído del cielo mezclado con una excitante caza del tesoro. Ya se estaba frotando las manos.

—No estoy seguro pero debe de ser de los valiosos. Oro o platino. O puede que me equivoque y que solo fuera un trozo de carbón que se convirtió en diamante a causa del calor y la presión originados por el impacto.

Karl le dio una palmada a Odel en el hombro.

—¿Has oído? Hay una montaña de diamante perdida entre las colinas y es toda para nosotros.

Odel le miró con compasión.

—Es posible —dijo Lawrence—. Es lo que tenéis que decidir. Vosotros mismos. Necesito que me digáis si os implicáis o no. Lo único que sé de cierto es que existen pruebas de que en esa meseta se maneja mucho dinero y que justo allí hay un cráter provocado por un impacto. Para mí es más que mera coincidencia pero no puedo garantizaros nada.

—¿Qué es lo que propones, Sargento? —preguntó Odel.

—Se repartirá a partes iguales entre todos los que me acompañéis. También tendremos que pagar a mi contacto y al piloto del avión espacial.

—¿Cómo iremos hasta allí? —preguntó Amersy.

—Nos han asignado patrullar el interior, salimos mañana a las ocho treinta. Duración estimada dos días.

—Joder —Amersy sonrió sorprendido a la vez que preocupado—. Debe de ser un buen contacto. Las asignaciones vienen de la oficina de Zhang.

—Llevo un tiempo planeándolo. —Lawrence no quiso dar más explicaciones. Ni siquiera ahora consideró que debería hablarles del Principal.

—Tío, estamos cubiertos —dijo Lewis con una amplia sonrisa—. Vamos a ir allí de misión oficial. A los aldeanos ni se les ocurrirá protestar por una campaña especial de captación de bienes. No pueden dejar ver que tienen algo valioso que ocultar. —Miró a Lawrence con admiración—. Yo no lo dudo, Sargento. Cuenta conmigo.

De repente todos miraron a Hal, que había empezado a resoplar.

—Yo... con Sar... gento —masculló—. Quiero... di... nero para cu... rarme y... no vi... vir así.

Edmond le dio unas palmadas a su amigo.

—Tranquilo, amigo. Te daremos tu parte de todas maneras.

—En realidad si vamos tenemos que llevarlo con nosotros —dijo Lawrence—. Aquí no hay nadie que pueda cuidarlo como es debido. Puede ir en la parte de atrás del *jeep*.

Los muchachos se quedaron sorprendidos pero no pusieron pegas.

—A mí me parece bien —dijo Karl—. Puta Z-B. Si resulta que de verdad hay algún metal valioso por ahí perdido, podré mandar a la mierda a esos cabrones.

—Yo suscribo —dijo Odel.

—Y yo —convino Edmond.

—Pues de mí no os deshacéis —dijo Dennis.

—Qué bien —exclamó Amersy—. La familia al completo.

Denise había encerrado sus sentimientos durante tanto tiempo en lo más recóndito de su mente que casi había olvidado que los tenía. Se decía a sí misma que su frialdad se debía a la descritura a que había sido sometida, que la racionalidad y la objetividad formaban parte de todas las demás mejoras. Las noticias sobre Josep le hicieron darse cuenta de hasta qué punto se engañaba.

Ray la llamó una hora después de la hora en que estaba previsto que Josep saliera del puerto espacial y le dijo que no se sabía nada de él. Entonces su Principal empezó a interceptar mensajes férreamente cifrados que viajaban desde el puerto espacial y el ala este del Señorío del Águila, donde los empleados de inteligencia de Z-B habían establecido su oficina. En varios se referían a él como «el prisionero»; se realizaron solicitudes de personal y equipamiento, sobre todo desde el departamento médico.

—Se están preparando para interrogarlo —dijo Ray.

Denise hizo un gran sacrificio para disimular una consternación que no sabía de dónde había salido.

—¿Quieres decir torturarlo? —preguntó con voz serena.

—No, le administrarán drogas y le escanearán el cerebro. Para eso quieren a tantos médicos.

—¿Puedes sacarlo?

—Todavía no sé con certeza dónde lo tienen pero supongo que será en el puerto espacial. Lo han desconectado del banco de datos hace un cuarto de hora, lo que es un problema a la hora de localizar su paradero físico. Además aunque lo encontrara, me llevaría un tiempo rescatarlo. Emplearán todas las medidas de seguridad de que dispongan para vigilarlo. Denise... no creo que consiga sacarlo sin poner en peligro la misión.

—Entiendo.

—Era consciente del riesgo que corría. Tú y yo también sabíamos que esto podía ocurrir. Siempre hemos asumido el riesgo.

—Sí. —Pensó que debían seguir adelante con la misión—. ¿Y ahora qué? ¿Crees que podrás conseguir una llave?

—Tendré que esperar a ver. Necesito averiguar dónde lo atraparon y si tienen idea de qué hacía en el puerto espacial. Es algo que me hace falta comprender. Denise, ¿cómo cojones lo cogieron? Conocemos sus sistemas de seguridad, en nuestros planes no dejamos nada al azar.

—Otro Dudley Tivon —dijo Denise—. Pura mala suerte. Alguien lo cogió con las manos en la masa.

—¿Entonces por qué no se activó ningún tipo de alerta? Si alguien atenta contra los intereses de Z-B, lo primero que hacen es desplegar todo su potencial bélico. Si ahora no dispusiera de un Principal que interceptara sus comunicaciones, ni siquiera sabría que han capturado a un prisionero.

—¿Entonces qué sugieres?

—El camino ya está abierto; el hecho de que Josep no cargara un aviso en el banco de datos podría indicar que lo estaban esperando.

—¡Eso no puede ser, Ray! Significaría que saben de nuestra existencia.

—Sí, una putada, ¿verdad?

—No creo que sea eso. Debe de haber otra explicación. Tiene que haberla.

—Yo tampoco quiero creerlo. Pero ahora no nos podemos permitir ignorar esa posibilidad.

—Ray, debemos conseguir la llave de alguno de los vuelos de los Xiantis. Si no nos hacemos con una, habremos fracasado.

—Aún queda esperanza. Tenemos tiempo.

—Si no puedes sacarlo...

—Lo sé... Josep nunca permitirá que descubran en qué se ha convertido ni lo que estaba haciendo. Al menos por esa parte no hay problema.

—¿Quieres que vaya a Durrell?

—No. Si consigo arreglar las cosas, necesitaré que estés preparada. Necesito pensar muy bien mi próxima jugada. Creo que hemos subestimado a Z-B desde el principio. De ser así, tendremos que abortar la misión.

—¡No!

—Admítelo, Denise. Las cosas se han torcido. De todas maneras, Z-B regresará dentro de unos diez años. Entonces podremos intentarlo de nuevo.

—De acuerdo.

—Todavía no se ha acabado el juego. Seguiré controlándolo todo desde aquí y estudiaré las opciones que nos quedan. Estoy intentando establecer un vínculo con el puerto espacial. Deberíamos saber algo dentro de veinticuatro horas.

Denise intentó sonreír.

—Para entonces ya deberíamos estar en marcha.

—Tranquila. Te llamaré en cuanto sepa algo nuevo.

Después Denise ya no quiso ir a la escuela. Dejó un mensaje para la señora Potchansky para avisar de que le dolía el estómago y luego indicó al SA de la casa mejorado mediante el Principal que filtrara las llamadas. No le apetecía verle la cara a la afable anciana, ni siquiera a través de un vínculo visual.

Era la primera vez que el chalet alquilado parecía vacío de verdad sin la presencia de Ray y Josep. Empezó a pensar cosas raras mientras recorría el solitario pasillo: que debería volver a Arnoon Province, donde se sentiría protegida, o coger un vuelo a Durrell y rescatar a Josep o que toda la misión había sido un completo error.

Se dijo con enfado que aquellas ideas no eran relevantes. Sin embargo, no podía evitar tenerlas.

Miró la puerta de la habitación de Josep, sin saber muy bien por qué se había detenido frente a ella. No le daba mucha importancia a la decoración; solo tenía un escritorio y un par de sillas de cuero verde oscuro que a ella le parecían espantosas. La cama era de matrimonio, por supuesto. Había colgado una enorme pantalla de sábana que ocupaba la mitad de la pared de enfrente para poder tirarse en el colchón y ver sus programas favoritos con comodidad. En modo inactivo, la pantalla mostraba una fotografía del monte Kenzi tomada un soleado día de verano en la que se apreciaban sus escarpados picos nevados brillando con decisión bajo un pálido cielo turquesa.

Giró la manecilla y entró. Josep no se había molestado en arreglar el cuarto el día que salió para Durrell. Había dejado el edredón hecho un gurruño al pie de la cama y la sábana estaba toda arrugada. Bajo la cama había apilados varios bañadores. Las camisetas que utilizaba para dar clases a los turistas estaban amontonadas de cualquier manera sobre una silla y todavía olían a mar. Las toallas las había tirado al suelo. Un juego de branquias colgaba del respaldo de la silla del escritorio.

A pesar de todas las cosas de las que Denise debía encargarse tras la llegada de los invasores, decidió que ordenaría las habitaciones de sus dos compañeros. Poco a poco fue metiendo la ropa y las toallas en la lavadora y ordenando las cosas. Encontró dos calzoncillos y un sujetador debajo de la cama de Josep (que también lavó). Dobló con cuidado el edredón y lo dejó al pie de la cama. El pequeño robot doméstico pasó su aspiradora por la alfombra, barrió toda la casa y limpió la amplia ventana que daba al jardín de atrás.

Incluso a pesar del orden, la habitación conservaba la huella de Josep. Se frotó furiosamente los ojos con los nudillos. Se sentó en el borde de la cama y acarició el colchón con una mano. En cuanto cerró los ojos pudo ver al estúpido muchacho que conoció en Arnoon y que no dejó de crecer y formalizarse durante los años posteriores. Al finalizar el proceso de descritura, ya maduro y repleto de seguridad en sí mismo, se entregó a la causa con la misma pasión que ella. Después vino a Memu Bay, donde se convirtió poco a poco en un atractivo joven vivaz y feliz. Todas las chicas que traía al chalet terminaban siempre en su cama.

Denise nunca había dormido ni con él ni con Ray, sino que mantenían una afectuosa y respetuosa relación fraternal repleta de bromas de compañeros de piso.

¿Me habré comportado como una imbécil? ¿Debería haberme tirado a sus brazos y haber exprimido el valioso tiempo que compartimos? ¿O quizá nos asustaba a los dos lo en serio que hubiéramos ido si hubiéramos iniciado algo?

Ya daba igual. Para qué seguir especulando. Empezaba a temer que las recriminaciones que se hacía a sí misma desembocaran en un fracaso absoluto. Se odió por pensar todas esas cosas, pero los recuerdos no se esfuman con solo desearlo.

El paquete de datos de la celda clandestina llegó a última hora de la mañana. Los Principales instalados en distintos nodos del banco de datos garantizaban que pasaría desapercibido para los monitores de Z-B. Ni siquiera en los registros del flujo de datos quedó constancia de su enrutamiento.

Denise estaba acurrucada en la cama de Josep cuando el SA del chalet aceptó el mensaje y lo transfirió a sus neuronas descritas. Había dejado la almohada empapada de lágrimas.

La tristeza dio paso a la ira al leer los datos. Los enviaba una célula de Harkness, uno de los barrios más pequeños situados casi en el borde del foso de vegetación terrestre de Memu Bay. Apenas habían dado señales de actividad desde el inicio de la ocupación. Se habían limitado a colgar pancartas en las paredes y a reunir equipamiento y armas para otras unidades más activas de Memu Bay. Pero Harkness abarcaba todo el tramo de la Gran Autopista de Circunvalación que llevaba hacia el este, lo cual era una situación estratégica dada su misión. El principal motivo por el que habían incorporado aquella célula era que podría, vigilar la carretera, trabajo que sabía hacer bien.

El paquete informaba de que dos *jeeps* de Z-B habían salido de la ciudad por la Gran Autopista de Circunvalación en dirección al interior.

Un arrebato de cólera se apoderó de Denise, que sintió que los imbéciles de aquella célula no servían más que para molestarla. Tenían que llamarla precisamente ahora. Otra oleada emocional de la que podía prescindir.

No había *jeeps*. El Principal que Denise había insertado en la red del cuartel general de Z-B revisó los horarios de despliegue. Algo como un convoy de Cueros que viajara hacia el interior se hubiera considerado de máxima prioridad, por lo que se hubiera enterado de aquella salida a los pocos segundos de que la oficina de Ebrey Zhang la asignara.

El Principal que operaba en el chalet analizó automáticamente aquella información. Estaba previsto que hoy saliera una patrulla para recorrer el interior.

Denise se incorporó de un respingo y preguntó si los datos eran fiables.

El Principal confirmó que sí.

Denise le pidió al Principal que le dijera por qué no le había avisado antes de la salida.

Pese a que el Principal era un *software* muy potente, tardó mucho en responder, varios milisegundos. El Principal no había detectado antes lo de la patrulla porque la asignación no había salido de la oficina de Zhang, sino que se había insertado en la programación de una forma indetectable para los monitores. El Principal envió miles de rastreadores secretos por los

circuitos circundantes con el fin de detectar el origen. Uno de los sondeos detectó otro Principal camuflado en el SA de Z-B.

Ambos sistemas cuasi-sentientes se encontraron en medio de aquel universo electrónico, si bien no se hicieron demasiado caso el uno al otro, puesto que al ser iguales no podían penetrarse.

—¿Otro Principal? —graznó Denise conmocionada.

No podía ser.

Sin embargo, así era.

Denise retiró su Principal.

No saltó ninguna alarma en la red de Z-B, así que nadie supo que había estado husmeando. El otro Principal no los delató. Intentó analizar la situación con toda la lógica posible. Solo había un lugar de donde podían haber sacado un Principal, Arnoon. Alguien de la aldea debía de haber venido a Memu Bay con intenciones opuestas a las suyas, lo cual también era imposible. Ningún Principal actuaría contra el dragón, que había desarrollado este *software* específicamente para ellos.

Nada parecía tener sentido. Decidió averiguar algo sobre el pelotón al que se le había asignado la patrulla: número 435NK9, sargento... ¡Lawrence Newton!

—No puede saberlo —susurró. El caso era que allí estaba, recorriendo la Gran Autopista de Circunvalación sin que Z-B lo hubiera autorizado ni lo supiera.

Denise cerró los ojos y barajó todas las opciones. No le quedaban muchas. Debía averiguar por qué Newton contaba con la ayuda de un Principal. Era primordial. Quizá incluso descubriera por qué habían capturado a Josep. La respuesta debía de estar en Arnoon, adonde no podía permitir que Newton llegara.

Denise corrió a su habitación a cambiarse de ropa. Escogió unos vaqueros, una camiseta de tirantes, una chaqueta de cuero y cogió el pequeño bolso que contenía las dos armas que guardaba en el chalet. Al tiempo que se vestía iba avisando a otras células para que interceptaran la patrulla. Su Principal rastreó el SA del regulador de tráfico local para buscarle un vehículo apropiado. Cuando hubo elaborado una lista con las mejores opciones, Denise eligió el que más le gustó. Una ráfaga de comandos de rutas de emergencia se instaló al instante en el SA de vehículo.

Denise se calzó unas botas gruesas y salió como una exhalación.

Lee Brack se llevó una sorpresa cuando el SA de su moto empezó a mostrar de repente símbolos de emergencia en sus membranas optrónicas que le indicaban que se desviara de inmediato por una carretera secundaria. Nunca le había hecho gracia activar el SA. Aquella moto estaba hecha para conducirla como era debido, es decir, debía dirigirla un humano no un puto programa. La voluminosa *Scarret* verde y dorada estaba equipada con una célula convertidora energética de tres núcleos, de la que salían circuitos superconductores, y motores de eje directo multianillado con compensadores de ángulo de giro incorporados. En los tramos más largos alcanzaba una velocidad máxima de 250 Km/h. Su esposa decía que era un capricho para huir de la crisis de los cuarenta. El caso era que allí estaba, conducido por control remoto hacia una puta urbanización. El par de alineación volvió a girar la rueda delantera para desviarlo hacía el bordillo al tiempo que desaceleraba. Las patas de estacionamiento se extendieron en cuanto se detuvo.

Lee Brack se quitó el casco y miró con confusión a su alrededor.

—¿Cuál es la puta emergencia? —Estaba en medio de un barrio de esnobs. Por la acera de enfrente caminaba una pareja de ancianos paseando su labrador pardo. Entonces vio a una atractiva chica que se acercaba haciendo jogging o, mejor dicho, esprintando. Se detuvo frente a la *Scarret*.

—Muchas gracias —le dijo.

—¿Por qu...?

La joven lo agarró por la pechera de su mono de motorista y alzó sus noventa y cinco kilos con la facilidad de quien levanta una almohada de plumas. Voló varios metros hasta caer de mala manera sobre su brazo izquierdo, lastimándose el hombro. Alguno de sus huesos o tendones hizo un ruido muy feo y al instante sintió unas irreprimibles ganas de gritar.

La chica le arrebató el casco y saltó sobre la *Scarret*. Lee pasó de chillar de dolor a gritar de rabia en cuanto vio encenderse la pantalla del tablero. ¿Qué pasa con los putos códigos de seguridad?

—¡Hija de puta!

El Principal de Denise borró sin más el SA de la *Scarret* y se instaló en las perlas neurotrónicas que gobernaban los sistemas de la motocicleta. Gracias a su estructura neuronal descrita, que se integró directamente con el *software*, fue como si su mente se hubiera fundido con el motor del

vehículo. En cuanto los motores de eje se activaron giró el manillar en perfecta coordinación con el par de alineación. Dio media vuelta con tal brusquedad que raspó el asfalto con una de las patas de estacionamiento, de la que nació una estela de chispas antes de retractilarse del todo. Denise aceleró a fondo y desapareció en cuestión de segundos, sin hacer el menor caso a la ráfaga de obscenidades con que le estaba disparando Lee Brack.

Los *jeeps* estaban llegando a las afueras de la zona donde en su día se había aplicado el baño de gamma para establecer Memu Bay. Las franjas de vegetación azulada se entremezclaban con las de hierba terrestre a ambos lados de la Gran Autopista de Circunvalación. Más adelante se veía cómo del bosque de plantas autóctonas se elevaba con suavidad un velo vaporoso por efecto del calor del sol de la mañana. Lawrence, que iba sentado en el asiento del copiloto del jeep de cabeza, disfrutaba de una magnífica vista de la amplia pista de asfalto que escindía la tierra hasta desaparecer entre los lejanos árboles.

Estaban dejando atrás los últimos pueblos, que aparecían cada pocos kilómetros a lo largo de la autopista. Parecían racimos, casi idénticos entre sí, de pequeños edificios que bordeaban la carretera. En todos había un par de supermercados, un bar y alguna fábrica de aspecto anticuado. Casi siempre se veían garajes de camiones, en los que estos vehículos, oxidados en todos los casos, descansaban sobre la hierba. De vez en cuando aparecían estaciones de robots de mantenimiento de carreteras, salpicadas de chasis destrozados. De una acería semi-automatizada salían sin parar larguísimas vigas. Las kilométricas chimeneas gemelas de un horno de reciclaje vomitaban un espeso humo grasiento al cristalino cielo; tras ellas se podía ver una descomunal y hedionda montaña de basura. Las casas de las cercanías parecían rudimentarias en comparación con los elegantes bloques de apartamentos enjalbegados de Memu Bay. Aquéllas eran simples chozas de ladrillos de cenizas con tejado de aleación dotado de colectores solares. Los adultos estaban sentados junto a las puertas de sus viviendas mirando el tráfico que pasaba por la carretera. Los niños correteaban unos tras otros entre la cochambre o jugando al fútbol.

—La última vez no vi nada de esto —dijo Lawrence mientras atravesaban un pueblo que se llamaba Enstone. Junto a la autopista habían

colocado un enorme cartel que anunciaba el astillero que habían construido dos acres más allá de la hilera de casas.

—Si el mar queda a veinte kilómetros de aquí —dijo Lewis.

—Sale más barato construir aquí —explicó Amersy—. Es la economía secundaria de Memu Bay. Siempre nace alrededor de los asentamientos prósperos. Mientras mayor es la población, mayor es el porcentaje de trabajadores semicualificados y temporales.

—Querrás decir pobres —dijo Dennis.

—Exacto.

El tráfico que transitaba por aquel tramo de la Gran Autopista de Circunvalación era mucho más denso que el que Lawrence recordaba. Se componía sobre todo de camiones y camionetas que se movían entre las fábricas y las tiendas para transportar materiales de unas a otras. Pensó que a ese paso no pasaría mucho tiempo antes de que los pueblos se fundieran y formaran una zona urbana.

Cuando atravesaban el último pueblo de la autopista, el Principal de Lawrence le avisó de que otro Principal había accedido a la asignación de la patrulla. Lawrence solicitó una confirmación. No había margen de error.

Supuso que se trataría de Killboy. No había otra explicación. De hecho, tenía mucho sentido porque siempre había sabido que la resistencia poseía un sofisticado *software* subversivo. Le pareció muy irónico que fuera un programa como el suyo.

—Cambiar los sensores a modo de búsqueda A5 —ordenó Lawrence a todos—. Que vuestros SA revisen las entradas en busca de tráfico de datos localizado y actividad electrónica. Alguien se ha interesado por nosotros, así que puede que nos encontremos con alguna sorpresa por el camino.

—¿Cómo coño lo sabes? —preguntó Amersy.

—Utilizo un *software* inteligente que puede detectar peticiones ilegales y acaba de informarme de que alguien ajeno a Z-B ha preguntado por esta patrulla.

—Hay que ver, Sargento —exclamó Karl—. Deberían nombrarte general.

—Joder con el programita —dijo Amersy con seca ironía.

—Sí, sí, venga, muchachos, espabilando. —Revisó su rejilla de telemetría para cerciorarse de que estaban activando sus sensores. Una vez que todos hubieron iniciado la búsqueda se giró para ver cómo estaba Hal,

que iba en la parte de atrás del jeep. Habían apoyado al niñato contra la puerta para que pudiera ver el paisaje. El viento le revolvía el pelo. En ningún momento perdió su media sonrisa. Edmond iba sentado a su lado; había apoyado los pies sobre una caja llena de recambios de los módulos que Hal llevaba puestos.

—¿Qué tal ahí atrás? —preguntó Lawrence.

Edmond le hizo una señal vaga con una mano.

—Todo controlado, Sargento.

Cruzaron la frontera entre la vegetación terrestre y la de Thallspring. Aparte de los jeeps del pelotón, el único vehículo que quedaba ahora en la Gran Autopista de Circunvalación era un tractor que tiraba de un remolque abierto procedente del interior. Cuando se cruzaron, Lawrence vio que el remolque iba cargado de esbeltos troncos y se preguntó si sería legal. En la ciudad había varias plantas que sintetizaban comida.

—Vamos —dijo Dennis, que conducía el *jeep* de cabeza—. Quiero llegar a Amoon al anochecer.

Apretó el acelerador para ganar más velocidad.

Desde que recibió la llamada, a Newby no había dejado de subirle la adrenalina, cosa que le hacía sentirse en la gloria. Era lo que deseaba cuando se incorporó a la célula. No obstante, desde la irrupción de los invasores, lo único que le habían pedido era que cuidara de unas cuantas abultadas cajas selladas que había ocultas bajo las jaulas de botellas vacías de *Coca-Cola* en el fondo del almacén de su padre hasta que las fueran a buscar. Se ponía nervioso cada vez que se presentaba un desconocido y le daba la contraseña, ya fuera para dejar cajas o para llevárselas. Su colaboración le hacía sentir que formaba parte de algo importante. A sus veintitrés años, creía que había encontrado su lugar en el mundo.

Así y todo, por fin la célula iba a entrar en acción, puesto que le habían encomendado una tarea crucial. Se reunió con sus compañeros de célula, Carole y Russell, detrás del almacén de su padre y se montó en la maltratada y vieja furgoneta. Su plan de escaparse sin que nadie se enterara se vino abajo en cuanto arrancó el anticuado motor de combustión del vehículo, que empezó a eructar estrepitosos rugidos. Puso cara de dolor,

metió primera y salieron disparados justo cuando su padre salió a ver qué pasaba.

Las instrucciones que su perla de brazalete recibió y desencriptó eran simples y directas. Se detuvo en Enstone para recoger a otra célula, que se componía de tres desconocidos: dos gordos paliduchos que se acercaban a los treinta años y que parecían hermanos y un esbelto anciano de aspecto solemne al que le echaba por lo menos sesenta años y que vestía tejanos ceñidos, camisa vaquera y corbatín; el sombrero de cowboy que lucía parecía igual de impoluto, aparte de caro. Para Newby aquel tipo apestaba a dinero. Sin embargo, todos le habían dado la contraseña correcta. Le intrigaron las dos pesadas cajas que portaba cada uno de ellos. En cuanto terminaron de apretarse en la parte de atrás de la furgoneta, Newby pisó a fondo el acelerador y partieron en dirección este por la Gran Autopista de Circunvalación, hacia las estribaciones de las Mitchell.

Para tender la emboscada eligieron un lugar perdido en el bosque, donde la carretera ya ascendía hacia la meseta. La vegetación de aquella zona era tan frondosa que incluso se podía ver cómo crecían las zarzas y enredaderas. La batalla entre la maleza y los robots de mantenimiento de la autopista seguía siendo tan cruenta como al principio. La constante poda que realizaban las cuchillas automáticas había provocado que la muralla de follaje de ambas orillas fuera ya casi sólida. Arriba, donde no llegaban los artilugios robóticos, las ramas formaban una alargada bóveda sobre la pista de asfalto y formaban un sombrío túnel arbóreo. Las lianas que colgaban del techo llevaban al interior las amargas gotas de la lluvia que caía sobre el toldo natural, a modo de estalactitas vegetales.

Era tal la oscuridad del túnel que Newby tuvo que encender las luces de la furgoneta. Cuando por fin encontraron un hueco en medio de la maleza que saturaba las orillas de la autopista, viró para meterse por él y pasó con cuidado entre los árboles hasta aparcar por fin la furgoneta a cien metros de la carretera, donde resultaría imposible verla. Aramande y Rufus, los hermanos, enseguida se pusieron a colocar cargas explosivas al pie de los árboles de la cuneta. Manejaban con soltura las pequeñas bombas. Durante el viaje contaron qué de vez en cuando participaban en operaciones madereras ilegales en el bosque, en las que no quedaba más remedio que derribar los árboles con rapidez. Nolan, el anciano, abrió los cuatro estuches que quedaban. Contenían el tipo de armas que Newby siempre había soñado con utilizar contra los invasores. Nolan montó un

amazacotado cañón con unos pocos y ágiles movimientos de profesional. Lo llamaba la tronadora. Aquel arma corta medía ocho centímetros de diámetro y contaba con un sistema de carga que la hacía parecer como sí se compusiera de piezas de ferretería; no disponía de zoom electrónico. Disparaba cartuchos del tamaño de un puño. Nolan agarró un voluminoso cargador y se lo pasó a un deleitado Newby.

—Tú utiliza esto porque dispara cartuchos explosivos —le dijo Nolan—. En otras palabras, no importa si no tienes mucha puntería, que no creo que la tengas. Pensamos que un disparo certero con uno de estos puede matar a un Cuero. Sin duda si se dispara de cerca se le causará un daño grave. Así que cuando detengamos los *jeeps* y te haga una señal, vacías este cargador todo lo rápido que puedas. La idea es cargarnos los vehículos y reventarles el culo a los Cueros. Después metes el segundo cargador y disparas contra los Cueros. —Le pasó otra tronadora a Carole—. Les dispararéis los cinco a la vez, contaréis con los árboles para cubriros. Dado lo jodidos que se van a ver, les será muy difícil contraatacar, pero no imposible. Utilizan muy buenos sensores y cuenta con la ayuda de un SA. Van a poder veros, ¿comprendéis? Por eso no podéis dejar que la cortina de fuego decaiga.

—¿De qué te encargarás tú? —preguntó Carole.

Nolan abrió el último estuche. El rifle que contenía estaba equipado con un cañón de metro y medio de longitud. Incluso para los indoctos ojos de Newby parecía letal.

El anciano lo sacó y lo golpeó con cariño.

—Yo les daré el golpe de gracia.

Newby se ocultó tras un tronco de unos dos metros de ancho que quedaba a veinte metros de la carretera. Si se acurrucaba entre las gruesas raíces podía ver con claridad la estropeada pista de asfalto. Unas gafas de interfaz lo mantenían comunicado con los demás (Nolan había traído más equipamiento aparte de las armas). Todos estaban vinculados a través del cable de fibra óptica que el anciano había tendido por el suelo del bosque.

—Así nos podremos comunicar sin transmitir —explicó— y nos expondremos lo mínimo.

Newby esperó con las piernas dobladas con incomodidad mientras la fría humedad de las raíces le iba empapando la camisa haciendo que todo el cuerpo empezara a picarle. En cuanto las tixmitas se toparon con él comenzaron a explorar su nueva fuente de alimento. Newby no podía dejar

de aplastar aquellos diminutos insectos, que cada pocos segundos le daban un doloroso mordisco. En cuanto pudo examinar los alrededores con más detenimiento, vio los relucientes montículos de los tixmiteros que había distribuidos alrededor de todos los árboles.

Ya no se sentía tan ilusionado como al principio. Los nervios estaban apagando la confianza que tenía en sí mismo. Los estridentes cantos de los pájaros lo hacían estremecerse. Quería que todo se acabara ya. Empezaba a tener calambres en las pantorrillas.

—Oigo algo —le susurró Russell al oído.

—¿Qué? —fueron repitiendo los demás en voz baja.

—Puede que sean ellos.

—Muy bien —dijo Nolan—. Ahora recordad. No os pongáis nerviosos. Va a ser rápido, ruidoso y muy bestia. No perdáis de vista a los objetivos en ningún momento. Debemos trabajar en equipo, es la única manera de que salga bien.

—No te decepcionaré, yo no. —Newby se sonrojó un poco al darse cuenta de que había dicho aquello en voz alta.

—Lo sé, hijo —dijo Nolan con suavidad.

—Son ellos —siseó Aramande—. Los veo.

—Muy bien. Rufus, que no se te adelanten.

—Eh, camarada, sé lo que me hago.

Newby, que no dejaba de cambiar de postura, preparó la tronadora. Miró a la carretera por encima de la punta del rechoncho cañón. En efecto, se aproximaba un jeep. Sus luces destellaban entre las sombras. Un segundo jeep lo seguía de cerca. Podía ver a los Cueros que iban dentro.

Cuando el primer vehículo ya se encontraba casi a su altura, Rufus detonó la carga del árbol. Era una trampa muy básica: un tronco que corta la carretera y obliga a los jeeps a detenerse, momento en que otro árbol cae por detrás para que no puedan dar media vuelta. Así, los invasores quedan atrapados en el matadero, donde con las tronadoras les sacan las tripas.

No cabía duda de que los hermanos sabían lo que estaban haciendo. La carga colocada en el tronco hizo volar buena parte de la base, que tenía la forma perfecta. La explosión no fue demasiado violenta. El árbol arrastró en su caída los cientos de parras que lo unían al resto del bosque. Cayó formando un ángulo casi recto con la pista, a treinta metros por delante del primer *jeep*.

Newby se puso en pie de un brinco, puso la tronadora en posición y acarició el gatillo. Pero el primer *jeep* ni siquiera se molestó en frenar. Entonces le pareció ver un par de fogonazos anaranjados entre los Cueros. Los disparos explotaron en medio del tronco caído. Era tal su potencia que pulverizaron buena parte del árbol. Una mortífera nube de astillas afiladas como cuchillas salió despedida de entre ambas bolas de fuego, despedazando cuanta vegetación encontró a su paso. Los trozos del tronco rodaron con violencia hacia las cunetas y la carretera quedó despejada.

—¡Dispara! —le gritó alguien a Newby.

Todavía se estaba estremeciendo y esperando a que la lluvia de navajas pasara de largo, sin embargo, sin saber muy bien cómo, consiguió apretar el gatillo. El culatazo casi le arranca el brazo. Solo Dios sabía adónde había disparado. Se puso derecho e intentó apuntar al primer jeep mientras este se alejaba como un rayo. Se empezaron a oír unas retumbantes explosiones procedentes del jeep. Uno de los cartuchos estalló a unos treinta metros de Newby. Los árboles absorbieron la mayor parte de la onda expansiva pero aun así no evitaron que se golpeara contra el tronco que utilizaba como escudo. Se le cayeron las gafas de interfaz. Soltó un alarido de puro dolor que no llegó a oír. Le silbaban los oídos, sin embargo, el mundo se había sumido de repente en un silencio absoluto.

Se siguieron escuchando explosiones que hacían temblar el bosque al tiempo que unas cegadoras luces naranjas y violentas parpadeaban con ansia. Parecían ser de dos tipos, puesto que unas sonaban más fuertes que otras.

Las piernas ya no le obedecían pero se arrastró hasta dar la vuelta al tronco y situarse de cara a la carretera. El *jeep* se alejaba. Levantó de nuevo la tronadora y se asustó al ver los hilillos de sangre que le cubrían las manos y mangas. El arma se tambaleó hasta que consiguió apuntar con firmeza al vehículo. Apretó el gatillo. En ese preciso instante un abanico láser esmeralda pasó a través de él. Solo pudo ver una deslumbrante neblina verde. Segundos después algo estalló en el aire, entre él y el *jeep*. Salió despedido hacia atrás arroyado por una tórrida y abrasadora oleada de calor. Sintió cómo se le cuarteaba la piel de las mejillas y la frente. El pelo se le fue chamuscando mientras caía entre los espinosos matorrales.

Newby no sabía si se rió o lloró. Lo cierto era que le latían los pulmones, y la garganta parecía que le iba a estallar de un momento a otro. Tenía todo el cuerpo paralizado y la conmoción le impedía sentir ningún dolor. Apenas

podía ver, como mucho simples siluetas. No dejó de parpadear mientras se arrastraba sin fuerzas sobre el barro y las ramas rotas. Le costó Dios y ayuda volver a ponerse en pie. Lo veía todo borroso a consecuencia de la ráfaga láser. No pudo evitar gemir a medida que el hormigueo de las extremidades iba dando paso a un intenso frío que le corroía la carne. Al poco empezó a tiritar aterido.

Ya no se veían los *jeeps*. Entre los árboles destrozados habían nacido varias hogueras. Las volutas de humo se retorcían según iban ascendiendo hacia la bóveda vegetal.

Entonces vio pasar un punto negro procedente de la carretera a tal velocidad que creyó que se trataría de una ilusión óptica consecuencia del daño que el láser le había causado en los ojos. Sin embargo, una leve y rectilínea estela de humo atravesó el aire pisándole los talones al punto.

Newby giró el cuello para ver adónde iba. La estela se curvó a una velocidad pasmosa y zigzagueó con agilidad entre los árboles que se interponían en su trayectoria. Newby infló los pulmones y preparó las cuerdas vocales para gritar. No le dio tiempo.

Lawrence no ordenó detener los *jeeps* hasta después de haber subido a la meseta, donde ya no había árboles que supusieran ningún peligro. Durante el último tramo de subida, la Gran Autopista de Circunvalación se había convertido en un simple sendero que serpenteaba entre los árboles. El asfalto estaba resquebrajado por la acción del calor, el agua y las raíces. A esta distancia de Memu Bay, el presupuesto de los robots de mantenimiento de la autopista ya no daba para revestimiento. Lo mejor que se podía hacer era limitarse a mantener el camino despejado. Los vehículos que llegaban hasta aquí debían contar con marchas y suspensiones lo bastante potentes para atravesar una carretera de fango.

Los *jeeps* consiguieron superar el barrizal sin demasiados problemas. Los trozos de madera que habían salido volando cuando les tendieron la emboscada les habían abollado la chapa, que además se había desconchado y quemado. Pero los motores y las ruedas habían salido intactos.

Dennis frenó en seco en cuanto Lawrence le dijo que ya podía detenerse. Los neumáticos levantaron una espesa nube de polvo.

Lawrence se giró. La bala del francotirador, que había atravesado el traje sin problemas, había acertado a Edmond bajo la garganta. El programa médico del Cuero no podía hacer nada por él. El proyectil había cortado músculos, vasos sanguíneos y nervios, además le había destrozado dos vértebras cervicales antes de salir por el hombro. Se habían producido demasiados daños.

Hal había rodeado a su amigo con ambos brazos, postura que mantenía desde hacía una hora. Pese a que tenía media cara paralizada, su expresión de angustia era evidente.

—Muer...to —gimió Hal. Aspiró un poco de aire y enseguida lo volvió a expulsar—. Muer... to. Muer... to. —Aspiró de nuevo—. Sar... gentoes... tá muer... to.

—Lo sé, Hal. Lo siento.

La sangre de Edmond brotaba del agujero del balazo y había empapado la camisa blanca de Hal, donde se estaba convirtiendo en una espesa pasta.

Amersy, Lewis, Karl y Odel se apearon del *jeep*.

—Mierda —murmuró Lewis por el vínculo de comunicación general—. ¿Y ahora qué?

—No sabía que iba a ocurrir algo así —dijo Odel.

—Claro que lo sabías —le espetó Karl—. El Sargento ya nos había avisado, además vimos a esos hijos de puta esperándonos entre los árboles.

—¡Está muerto! —gruñó Odel.

—Y ellos también —replicó Karl, no sin cierta satisfacción—. Misiles inteligentes, no hay quien se salve de ellos.

—Santo cielo, esto no debería haber sucedido. —Odel se apartó del *jeep*, con las manos en jarra.

—Tenemos que enterrarlo —dijo Lawrence.

—¿Sargento? —exclamó Dennis.

—Enterrarlo. Por lo que a Bryant y Zhang respecta, solo es otro Jones. No podemos llevarlo de regreso con nosotros y contarles lo que ha pasado.

Hal seguía abrazado a Edmond. Dennis le apartó los brazos, para lo cual tuvo que recurrir a la fuerza de su Cuero. El niñato gritó con espanto cuando bajaron a Edmond del *jeep*. Golpeó con impotencia el asiento y la puerta, haciendo que todo el vehículo temblara.

Acordaron tácitamente alejarse varios cientos de metros de la carretera. Odel empezó a cavar en el suelo arenoso con rapidez. Tendieron el cuerpo,

al que no habían despojado de su Cuero, y rellenaron el hoyo.

—¿Alguien quiere decir algo? —preguntó Lawrence.

—Buen viaje, camarada —dijo Karl—. Todavía no he exterminado a esos hijos de puta de Killboy, pero te mandaré unos cuantos antes de que esta mierda se acabe. Te lo prometo.

Amersy suspiró.

—Los que te conocimos mejor te agradecemos el tiempo que compartimos contigo. Fuiste un buen hombre y eso no se olvida. Te deseamos un buen último viaje y que Dios te acoja en su regazo.

—Amén —susurró Dennis.

—Amén —repitió Lawrence.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lewis mientras volvían a los *jeeps*.

—Calculo que llegaremos a Arnoon dentro de unas cinco horas —dijo Lawrence.

—¿Quieres decir que seguiremos adelante? —pregunto Odel.

—Por supuesto —respondió Lawrence.

—Pero si han matado a Edmond, Sargento. Saben que estamos aquí.

—Ya no —intervino Karl—. Ellos también están muertos. Nos hemos ganado ese dinero, camarada. Nos pertenece.

—Si quieres regresar, adelante —dijo Lawrence—. Nadie te lo va a impedir ni a tenértelo en cuenta. Ya os lo dije antes de salir, es vuestra elección. Edmond tomó su propia decisión.

—Puto Killboy... —resopló Odel—. Ojalá arda en el infierno.

—Venga, en marcha —dijo Lawrence—. Dennis, quiero que cuides de Hal. Limpíalo; creo que hemos traído camisas limpias para él. Conduciré yo. Odel, tú vienes con nosotros; te encargarás del lanzador de misiles inteligentes.

—¿Crees que lo intentarán de nuevo? —preguntó Lewis.

—Solo si son tan subnormales como parecen —le contestó Amersy.

Denise fue dejando atrás los pueblos de la Gran Autopista de Circunvalación sin bajar de los 140 Km/h. Balanceaba el cuerpo en perfecta sincronización con el par de alineación de la *Scarret* para sortear

los camiones de las explotaciones forestales y las desvencijadas furgonetas que se iba encontrando. La combinación del radar láser de la motocicleta, el Principal y sus neuronas descritas conformaban un sistema de orientación formidable gracias a que solo frenaba lo justo. Avanzaba con tal rapidez que los destartalados edificios que bordeaban la autopista le parecían una borrosa barrera de colores apagados. Solo tenía que prestar atención a la carretera y los obstáculos que aparecían de vez en cuando. Los ciclistas eran lo que más le irritaba. La gente era peligrosa, sobre todo los niños, que podían cruzarse cuando menos se lo esperaba. Ya había perdido la cuenta de a cuántos había pasado rozando y dejado atrás llorando de miedo.

El tráfico empezó a desahogarse a medida que se acercaba a la frontera. No dudaba en aumentar el flujo de potencia a los motores de eje cada vez que cogía un hueco largo entre los vehículos. Agachada tras el cristal ovalado del parabrisas, podía sentir el viento acariciándole los costados. El asfalto se había convertido en un río desenfocado que surcaba con sus anchos y potentes neumáticos. De nuevo, no podía reprimir su parte humana. La sensación de velocidad le hacía relamerse como un depredador que se abalanza sobre su presa. También, ya más enterrada en su mente, podía sentir la dolorosa e instintiva sed de venganza.

En cuanto salió de un valle poco profundo llegó a campo abierto. La cordillera de las Mitchell sobresalía sobre las copas de los árboles del bosque y atravesaba el horizonte. Nombró una por una todas las cumbres que arañaban el pálido cielo. Las consideraba sus amigas de la infancia, a las que hacía meses que no veía. Al verlas ganó confianza en sí misma. A pesar de las circunstancias, estaba en casa. Pronto desaparecería el fantasma de la soledad.

Al entrar en el bosque se vio obligada a desacelerar de nuevo. El asfalto estaba resquebrajado y cubierto por la resbaladiza pulpa de multitud de frutos, el agua se acumulaba en los baches y formaba bancos de niebla en las secciones más lisas.

Incluso con esta motocicleta, equipada con estabilización y compensadores activos, no podía dejar de prestar atención a la traicionera superficie.

Su intención inicial era alcanzar a los *jeeps* antes de que llegaran al punto de la emboscada, quizá adelantarlos para reunirse con Newby, Nolan y los demás miembros de la célula para ayudarlos. Opción descartada.

Cuando la Gran Autopista de Circunvalación se estrechó tanto que los árboles de ambas cunetas podían unir sus ramas, no le quedó más remedio que encender la luz. Era un tramo extraño y espeluznante. En lugar de iluminar, el faro más bien parecía intensificar la sensación de avanzar entre tinieblas. La maleza que bordeaba la calzada estaba parcheada de hierbajos y fango; las hojas, privadas de luz, se habían alargado y retorcido y habían perdido su vivaracho color. Las tixmitas, que se reproducían sin control entre el humus que alfombraba el bosque, parecían ser la única forma de vida de aquella zona.

Denise decidió avanzar por mitad de la carretera. Los avanzados sistemas de suspensión impedían que notara hasta qué punto el asfalto estaba destrozado. Desconectó el radar láser para que los Cueros no lo detectaran. Dedicó todos sus sentidos mejorados a la búsqueda de los invasores.

No tardó mucho en encontrarlos. El denso humo de las explosiones que oscurecía la zona todavía no se había despejado del todo. Denise empezó a olerlo un minuto antes de llegar al punto de la emboscada. Al salir de una curva no muy pronunciada vio unos espesos rayos de sol que entraban por los huecos que habían dejado los árboles caídos. Detuvo la motocicleta y se apeó en cuanto se extendieron las patas de estacionamiento. Las explosiones habían causado estragos entre los árboles. En los tocones todavía ardían algunas llamas. Vio el pequeño cráter que había en medio de la carretera y dos trozos de un mismo tronco flanqueándolo. Enseguida supo lo que había ocurrido. El tronco derribado era para detener a los *jeeps* y retenerlos en el matadero. Solo que los Cueros lo habían partido en dos con sus armas.

Su Principal, que había estado fisgoneando el SA de Z-B, ya le había informado de que los pelotones habían traído armamento pesado a Thallspring; sin embargo, era la primera vez que lo utilizaban. Newton debía de haberlo sacado del arsenal sin que nadie lo supiera, igual que hizo ella con las minas terrestres.

Era muy preocupante. A menos que se tratara de una coincidencia, debía de ser Newton el que había conseguido el travieso Principal, lo que significaba que conocía la existencia del dragón. ¿Cómo? ¿Se lo habría contado alguien? ¿La misma persona que le había dado un Principal?

Y ahora llevaba a su pelotón a la meseta para cumplir una misión personal. Solo podía haber un motivo. Denise rastreó las inmediaciones de

la emboscada para averiguar qué les había ocurrido a los miembros de la célula. Albergaba la esperanza de que le ayudaran a comprender algunos detalles. Entonces vio un árbol derribado regado con un sospechoso fluido rojizo. Las tixmitas que pasaban sobre él caían a los pocos segundos; vio cientos de aquellos insectos amontonados en el suelo, muertos. Se acercó a investigar. Pisó algo blando y resbaladizo como una bola de gelatina. Al mirar a ver qué era no pudo reprimir una mueca de asco.

Ahora ya sabía que los miembros de la célula no podrían despejarle ninguna duda.

Corrió hacia la motocicleta. Su perla de anillo utilizó el satélite repetidor doméstico para llamar a Arnoon. El Principal blindó y encriptó el enrutamiento de la llamada. Con todo, existía cierto riesgo de que la interceptaran, pero debía afrontarlo.

—¡Denise! —exclamó Jacintha—. ¿Por qué has encriptado la llamada? ¿Sabes algo de Josep? Todos estamos muy preocupados.

—Ahora mismo ese no es el mayor problema.

Ahora el nombre de la autopista parecía irónico. Los postes de los transpondedores habían desaparecido. Los robots de mantenimiento llevaban años sin podar la vegetación de aquella zona. La carretera se había convertido en dos simples y desiguales surcos bacheados que no habían terminado de desaparecer gracias a los pocos camiones y furgonetas que todavía transitaban la meseta. Además, ni siquiera seguían la misma ruta que la carretera original porque como los charcos y los hoyos se habían ido agrandando, los conductores se habían visto obligados a rodearlos. Asimismo, en los nuevos caminos aparecían más baches que los vehículos tenían que sortear desviándose todavía más.

Lawrence debía girar el volante cada dos por tres para no salirse de la sinuosa pista que serpenteaba entre una infinidad de obstáculos ocultos. Ese día no había charcos, hacía bastante tiempo que no llovía por aquella parte de la meseta. Las ruedas del *jeep* iban levantando una larga polvareda a medida que avanzaba por la rodera. El polvo se metía por todas partes. A Hal tuvieron que ponerle una de las mascarillas de papel del botiquín. Las

agallas de los Cueros no dejaban de eliminar de las membranas del filtro una continua oleada de partículas arenosas.

Lawrence no dejaba de consultar su visor de orientación inercial para confirmar si se habían desviado o no de la ruta correcta. No había otra manera de saberlo, puesto que el archivo del mapa de la meseta era el mismo de la última vez, no se había actualizado ni una sola vez. De hecho, según esta guía, la Gran Autopista de Circunvalación aún hoy atravesaba por en medio los asentamientos del interior.

Cuando se iban aproximando a Rhapsody Province pensó incluso que el mapa se había estropeado. No había señal de la mina de bauxita. Tardó un rato en darse cuenta de que los montículos cónicos que se veían a lo lejos eran en realidad los escoriales que había la última vez, solo que más voluminosos y cubiertos de pequeños juncos y hierbajos fibrosos, si bien la vegetación se caracterizaba por un vistoso matiz alimonado, como afectada de ictericia.

—¿Habrán cerrado la mina? —dijo.

—No parece que haya mucha actividad —dijo Dennis—. Puede que se hayan trasladado.

—Eso explicaría por qué ahora la carretera está tan destrozada.

Pasaron junto a una serie de escoriales y después pasaron entre otro grupo de montículos. Si continuaban llegarían a Dixon. En realidad Lawrence no quería visitar aquel lugar, pero era adonde llevaba la pista. A pesar de lo resistentes que eran los jeeps, no podrían atravesar el accidentado terreno que presentaba ahora la meseta.

—Alguien nos sigue, Sargento —anunció Lewis—. Avanza como un cometa.

Lawrence expandió la rejilla de telemetría de Lewis y abrió su sensor visual. En efecto, de la meseta emergía una débil estela de polvo. Estaba demasiado lejos como para que los sensores obtuvieran una imagen nítida de lo que era, pero sin duda corría mucho más rápido de lo que los *jeeps* habían podido ir por aquel mismo tramo.

—No le pierdas la pista —dijo Lawrence—. Nada de sensores activos. Pero avísame en cuanto lo identifiques.

—No hay problema, Sargento.

Dixon seguía allí, al menos la mayor parte. Lo primero que notó Lawrence era que habían desaparecido todas las enormes casetas de

mantenimiento excepto una. Como las puertas estaban abiertas se podía ver el procesador de excavación que había dentro. Los rectángulos de hormigón indicaban dónde estaban antes las otras casetas, que poco a poco habían ido sucumbiendo a la lenta incursión de las tormentas de polvo. Uno de tales rectángulos servía como aparcamiento para un par de camiones articulados. Otros dos estaban cubiertos de pequeños montones de lingotes de aluminio que en total no daban para llenar ni uno solo de los camiones.

Las casas no se habían derrumbado pero las ventanas de muchas de ellas estaban tapadas con tableros de descolorida madera contrachapada. Hasta la menor de las grietas estaba saturada de tierrilla. Lawrence se fijó en que también faltaban los armarios de aire acondicionado, de los que solo quedaban las escuadras metálicas que los unían a las paredes.

Miró hacia las afueras de la ciudad, donde se encontraba el edificio hexagonal que albergaba la planta de fusión. También habían desmontado la red de cables rojos que de allí salía para transportar la energía a otros puntos, de manera que ahora solo quedaba una solitaria hilera de torres de conducción eléctrica que llevaba un único cable. Cuando cambió a infrarrojos, las paredes y tejados se tiñeron de lo que parecía un rosa coralino comparado con el triste bermellón de la tierra circundante.

—Tienen suministro energético.

—¿Habrá alguien en casita? —preguntó Dennis con crispada jovialidad.

—Tiene que haber —dijo Odel—. Siguen trabajando. Se ven luces en las casetas.

—Deben de habernos visto llegar —supuso Karl—. Se habrán escondido.

—¿Cómo iban a saber que somos nosotros? —preguntó Amersy—. No hemos enviado ningún heraldo.

Llegaron a las primeras casas. Lawrence metió el *jeep* por la calle mayor y no dejó de barrer los alrededores con los sensores en busca del menor indicio de actividad.

—Mientras no se crucen en nuestro camino, su presencia carece de importancia. Sigamos.

—¡Sargento! —gritó Odel—. Por el aire. Viene hacia aquí.

En la visión de Lawrence se expandió la rejilla de telemetría de Odel. Fueron pasando los datos de rastreo. Tres kilómetros al oeste, quinientos

metros de altitud, velocidad constante de cuatrocientos kilómetros por hora. Un metro de largo. No existen referencias en el archivo del arsenal.

—¿Qué cojones es? —murmuró. Su SA, que también lo había detectado, indicaba que apenas dejaba rastro de infrarrojos y que la emisión de energía electromagnética era nula.

—Es un puto mosquito de reconocimiento —dijo Lewis—. Pretenden cazarnos.

«¿Quién?», se preguntó Lawrence. No parecía propio de Killboy. Debían ser los de Arnoon Province, que poseían dinero y tecnología suficientes para proteger su territorio. A pesar del peligro que aquel ataque representaba, se sintió bien. «Estaba en lo cierto».

—Pues parece un misil inteligente —dijo Dennis.

—Amersy, paso ligero —dijo Lawrence—. Nos largamos. Odel, usa un misil inteligente y derríbalo.

—¡Sí, Sargento!

Lawrence aceleró; la calle mayor era el tramo de carretera mejor conservado por el que pasaban después de la emboscada, de modo que el *jeep* alcanzó los 100 Km/h con absoluta limpieza. Amersy lo seguía de cerca. Del lanzador de misiles inteligentes de Odel brotó un fogonazo naranja. Sus sensores siguieron al pequeño proyectil a medida que éste se perdía en el cielo describiendo un gran arco para colocarse a la altura del mosquito o de lo que quiera que fuera.

Aceleró para atravesar la plaza mayor lo antes posible. La rejilla de su visor desplegó un enorme aviso silencioso. Una intensísima pulsación electromagnética estaba presionando su Cuero. Pese a que todos los sistemas electrónicos estaban blindados, la descomunal energía de aquella radiación ya había sobrecargado varias perlas neurotrónicas. Empezaban a cancelarse las primeras funciones internas no vitales.

El motor del vehículo se apagó. Todos los sistemas eléctricos dejaron de funcionar al mismo tiempo. El visor del salpicadero ni siquiera vaciló antes de fundirse. Estaban casi en medio de la plaza y la calle mayor quedaba justo a la derecha. Giró el volante, que se había quedado flojo al desactivarse la dirección asistida. Pisó el freno a fondo y las ruedas derraparon por el suelo arenoso.

Rozaron con la aleta derecha el edificio de la esquina de la calle mayor y con el morro atravesaron el muro de paneles de aleación, que se les cayó

encima. La rueda delantera derecha golpeó uno de los pilares de hormigón. Lawrence se estampó contra el volante, que se partió al instante. A su maltratado Cuero no le dio tiempo de endurecerse lo bastante rápido, de manera que la despuntada columna de la dirección lo atravesó y le hirió bajo el tórax, a la izquierda.

Odel salió catapultado por el parabrisas y se estrelló contra el edificio destrozando más paneles de aleación. Hal permaneció en su sitio gracias a los cinturones de seguridad, que lo apretaron contra el asiento. No hizo el menor movimiento, sino que se limitó a pestañear. Las gotas de sangre que brotaron de los módulos médicos le mancharon la camisa limpia. Dennis, a cuyo Cuero sí le había dado tiempo a endurecerse, salió despedido de lado y se deslizó unos metros sobre la carretera.

Al ver lo que le había pasado al *jeep* que iba por delante, Amersy giró el volante con todas sus fuerzas. El pedal de freno parecía no tener el menor efecto. Vio cómo el otro vehículo se chocaba contra el edificio y se levantaba de delante al estrellarse contra el pilar. Ya no podía girar ni un centímetro más el volante, que se había bloqueado por completo. Se quedaron a medio metro del otro *jeep*, formando un ángulo recto con la calle. Amersy notó cómo patinaban las ruedas cuando intentó desbloquear el volante. Se chocaron contra un voluminoso obstáculo que había en medio de la carretera. El impulso que llevaba el vehículo lo hizo darse una vuelta de campana. Solo había una barra de protección, la cual no cumplió del todo su cometido. Amersy vio cómo el horizonte empezaba a girar hasta que el suelo ocupó el lugar del cielo y viceversa. El casco de su Cuero se endureció justo antes de golpearse con la cabeza contra el techo. Entonces el mundo dio otra vuelta y luego otra más.

Lewis salió despedido del *jeep* cuando este estaba dando la segunda vuelta. Se le había endurecido todo el traje, de manera que voló con los brazos extendidos hasta toparse con un pilar de un edificio. A pesar de que el Cuero lo protegía, el impacto lo dejó conmocionado. Mientras caía al suelo, el Cuero recuperó su tensión normal. Al levantar la cabeza vio que el *jeep* se había detenido por fin, boca abajo. La barra de protección se había doblado apresando a Amersy y Karl. Se puso de pie y volvió al vehículo dando tumbos.

La mitad del torso de Amersy asomaba bajo el destrozado *jeep*. Se esforzaba por salir pero las piernas se le habían quedado atrapadas entre los hierros. Lewis agarró el lateral del *jeep* y tiró hacia arriba con todas sus

fuerzas para levantarlo medio metro mientras los hierros chirriaban con estridencia.

Amersy se liberó.

—Gracias —dijo Amersy.

—¿Con qué mierda nos han atacado?

—Debe de haber sido con algún tipo de e-bomba. Se cargó toda la circuitería del *jeep*, además la electrónica de mi traje también se vio afectada.

—Joder. ¿De dónde coño ha sacado Killboy una e-bomba?

—Quién sabe. —Amersy se acordó entonces del primer *jeep*—. ¿Sargento?

—Estoy aquí.

—¿Necesitas ayuda?

—Creo que no. ¿Cómo estáis?

Amersy vio que salía sangre de debajo de la parte de atrás del *jeep*.

—¡Joder! Karl, ¿me oyes? —Comprobó la rejilla de telemetría de Karl, que estaba casi vacía. Algunas de las funciones del traje permanecían activas y se detectaban los latidos de su corazón. Pero no podía saber nada más.

Ambos se arrodillaron para mirar. De la carrocería se había desacoplado una multitud de afilados hierros, algunos de los cuales le habían rasgado el traje y se le habían clavado.

Amersy activó su altavoz.

—Aguanta, Karl, vamos a sacarte de ahí enseguida.

—Vamos a tener que darle la vuelta —dijo Lewis.

—No debería suponer un problema. —Agarraron el *jeep*—. ¿Listo? —dijo Amersy—. Venga, arriba. —El amasijo de chatarra gimió metálicamente mientras lo movían, siempre con cuidado. De repente a Lewis se le resbaló una mano y el *jeep* bajó unos centímetros.

—Hostia —resopló Lewis al recuperar el punto de apoyo—. El depósito se ha partido y empieza a gotear hidrógeno.

—Genial.

Cuando ya casi le habían dado la vuelta, los sensores de Amersy detectaron el pequeño proyectil. Una intensa y azulada chispa blanca impactó contra el vehículo. El hidrógeno se prendió de inmediato y las

llamas envolvieron el montón de chatarra en cuestión de segundos. Amersy y Lewis lo soltaron dejando que cayera con estrépito.

—¡A cubierto! —ordenó Amersy al tiempo que se tiraba al suelo.

El depósito explotó.

Lawrence no sabía cuánto tiempo había permanecido inconsciente. Cuando el dolor lo despertó pensó que podría haber sido peor. El polvo todavía flotaba por la zona del accidente. Amersy lo llamó y Lawrence le dijo que estaba bien, aunque era mentira. Todavía tenía clavado el extremo de la columna de la dirección. El programa médico del Cuero no dejaba de pasar información acerca de los tejidos dañados, la pelvis astillada y los calmantes que le estaba inyectando. Lawrence se apoyó con ambas manos en el salpicadero y empujó para sacarse el hierro.

A pesar de los calmantes, Lawrence no pudo evitar gemir de dolor a medida que empujaba. Una vez que hubo terminado, los músculos del Cuero se recolocaron y sellaron la herida. La capa interna del traje aplicó en la rasgadura agentes antisépticos, anestésicos y coagulantes. Lawrence sintió cómo la zona se le quedaba gloriosamente fría.

Miró a ver cómo estaba Hal.

—Oh, Dios mío. —El niñato estaba doblado hacia delante, con la cabeza colgando. La e-bomba había quemado todos sus módulos médicos. El SA del Cuero de Lawrence no obtuvo respuesta de ninguno de ellos. El niñato se había manchado de sangre la camisa en las partes en que los módulos habían sufrido golpes.

—¿Sargento? —Odel salió cojeando de la casa. Su pierna no tenía buena pinta—. ¿Estás bien?

—Sí. —Se bajó del asiento del conductor—. ¿Tú?

—Sobreviviré.

—Bien, vamos a sacar a Hal.

—¿Dónde está Dennis?

Lawrence miró alrededor. Vio un Cuero malherido tirado en medio de la calle. El segundo *jeep* debió de caérsele encima.

—¡Mierda! —la rejilla de telemetría de Dennis solo mostraba una línea plana.

«No te aflijas por los que ya no están porque nunca te darán las gracias. Pon a salvo al pelotón». Lawrence casi podía oír a Ntoko gruñendo aquellas palabras.

Desabrochó los cinturones de seguridad de Hal y levantó al niñato.

—Trae el botiquín —le dijo a Odel.

Una explosión sacudió la calle. Lawrence vio cómo una bola de fuego se formaba alrededor del segundo *jeep* y lo levantaba.

—Amersy, a cubierto. Nos han tendido una emboscada. Tirar a matar.

—Oído cocina.

Los dos Cueros que había tendidos en el suelo junto al *jeep* en llamas se pusieron de pie y corrieron a esconderse.

Lawrence rodeó a Hal con un brazo, lo levantó con cuidado y por último estiró el otro brazo para coger el lanzador de misiles inteligentes que había en el otro asiento. Entró en la casa por la pared derrumbada.

Estaba vacía. Abrió una puerta de una patada y accedió a un oscuro pasillo. Había seis puertas idénticas y unas escaleras. Corrió hasta el fondo y abrió la última puerta de otra patada. Otra habitación vacía. Unos débiles rayos de luz se filtraban por las rendijas de las tablas con que habían sellado la ventana. Dejó a Hal en una esquina.

Odel posó el botiquín en el suelo y abrió la tapa.

—¿Tenemos algo que ayude?

—Ni idea. —Lawrence cogió una sonda de diagnosis y la activó. Respiró con alivio cuando el pequeño visor se encendió. La pulsación electromagnética no había estropeado la electrónica que estaba desconectada en el momento del ataque. Los datos empezaron a pasar a su SA.

Empezó a oírse fuego de carabinas a lo lejos.

—Odel, ve a ayudarlos.

—Voy volando.

—Eh, ten mucho cuidado ahí fuera. Parece que esos cabrones saben lo que se hacen.

—Yo también.

Amersy se metió por un callejón que se alejaba de la calle mayor. No ofrecía mucha protección. Había una separación de veinte metros entre las casas prefabricadas, de manera que las calles formaban una red que casi permitía ver de un extremo a otro del pueblo. Los atacantes, cuya posición desconocía, gozaban del mismo campo de visión.

Lewis salió por la segunda casa y se escabulló por otro callejón. Amersy siguió corriendo un poco más y luego cambió de dirección. Abrió el

archivo del mapa de Dixon para consultar la posición que marcaba el visor de orientación inercia!. El SA del Cuero le indicó una posible trayectoria del pequeño proyectil. El vínculo que tenía con Lewis le proporcionó la posición del otro hombre, que también apareció en el mapa.

—Lewis, necesitamos pinzarlos. ¿Te llegan los datos tácticos?

—Está en red, cabo.

—Sigue recto ciento veinte metros más. Yo estaré tres calles a tu izquierda. Ellos deberían estar entre nosotros.

—Recibido.

Lewis avanzó a paso ligero por donde Amersy le había indicado. Abrió el hueco del brazo y sacó la carabina. Cuando llegó al cruce se detuvo y se asomó por la esquina. Vio moverse algo a dos calles de distancia. Su SA reprodujo la escena. Era una chica de unos veinticinco años, vestida con tejanos y una camiseta roja. En la mano izquierda llevaba una especie de cilindro perlado. El SA no encontró en el catálogo del arsenal ninguna referencia a ese objeto.

Puso la carabina en modo de uranio empobrecido y disparó a la pared. Los paneles de aleación se desintegraron en cuanto recibieron el impacto de las ráfagas de alta penetración. No había nada que sobreviviera a ellas. El SA de su Cuero le indicó cuáles eran las zonas más peligrosas. Dejó de disparar y echó a correr hacia la esquina por donde había desaparecido la chica.

—He descubierto un enemigo, cabo. Lo estoy persiguiendo.

—Recibido. ¿Podrás atraparlo?

Lewis llegó al final de la calle y saltó. Ningún enemigo se esperaría que siguiera ese camino. Pasó volando a metro y medio de altura por delante de la última casa, con la carabina preparada y los sensores alerta. Vio los agujeros que las ráfagas de uranio empobrecido habían dejado en las fachadas; se habían derrumbado tres pilares pero no detectó la presencia de nadie. En cuanto sus pies tocaron de nuevo el suelo siguió corriendo. Se escabulló tras una casa y se agachó junto a un pilar.

—Mierda, lo he perdido, cabo.

—De acuerdo. Vamos a cerrarnos, deben de andar por aquí.

Lewis se levantó y avanzó por la calle para reunirse con el cabo. Apenas había dado diez pasos cuando de repente la rejilla de su visor empezó a destellar arrítmicamente.

—¿Qué coj...? Joder, ahora no. —La pulsación electromagnética debía de haber dañado las perlas neurotrónicas de su traje más de lo que él se había pensado. Esperó a que la fortaleza del e-alfa reiniciara el *software* caído. Sin embargo, la lluvia de destellos cesó sin más y dejó de recibir datos.

—Hijos de puta.

Cuando iba a detenerse vio a la chica salir de detrás de una casa que había veinte metros más adelante. Se quedó allí, mirándole.

Lewis gruñó y levantó la carabina. A esa distancia podía acertarle a cualquier guijarro sin necesidad del gráfico del punto de mira. Entonces se dio cuenta de que la carabina se había atascado. Apretó el gatillo dos veces, luego otra más y así hasta aburrirse. Nada.

Corrió hacia la chica. Si esa cabrona se había creído que no iba a utilizar la fuerza bruta contra una mujer, no sabía qué grave error había cometido.

De repente sus piernas dejaron de obedecerle. Sintió como si hubiera caído en una trampa de arenas movedizas. Se asustó al comprobar que los músculos del traje ya no respondían. Tenía que mover todo el Cuero con su propia musculatura.

—¡Cabo! —gritó, con la esperanza de que por lo menos el altavoz sí funcionara—. ¡Cabo! ¡El puto Cuero se ha jodido! ¡Cabo!

A los pocos segundos cualquier movimiento se había vuelto imposible. Los músculos del Cuero parecían haberse solidificado, aprisionándolo. Se cayó. Por algún motivo que desconocía, los sensores visuales continuaban activos. Pudo ver de soslayo cómo la chica se acercaba hacia él con total parsimonia. La enemiga se detuvo a su lado, casi tocándole el hombro con los pies.

Lewis apenas podía respirar. ¡Los seguros! ¿Qué les ha pasado a los seguros? Quería gritar y pedirle ayuda a aquella chica, que le abriera el Cuero. Pero le faltaba el aire.

La mujer se inclinó un poco, como si olisqueara a su presa. Entonces Lewis vio que la chica levantaba una mano, con los dedos extendidos, para después cerrar el puño poco a poco.

En ese momento Lewis sintió que la musculatura del Cuero recuperaba la flexibilidad. Por un instante creyó que el e-alfa estaba reiniciando todo el traje. Entonces los músculos del Cuero comenzaron a contraerse. A Lewis solo le había dado tiempo a coger el aire necesario para gritar de dolor

cuando sintió que se le partían las costillas. Lo último que vio fue la mano de la chica reventándole el pecho.

El SA de Lawrence no podía hacer mucho más por Hal. Lo que el niñato necesitaba era un nuevo juego de módulos médicos. Algunos de los que le hacían falta eran tan especiales que Lawrence temía que en Memu Bay no encontrarían nada parecido. Todo lo que tenían en el botiquín eran los sistemas de primeros auxilios y las cápsulas de medicamentos que utilizaban los módulos de apoyo orgánico.

El diagnóstico mostraba anomalías en la composición química de la sangre. El SA de Lawrence listó una serie de medicamentos con los que equilibrar los desniveles. Aun así, Lawrence pensó que la analítica podría haber dado una mala lectura debido al estado de Hal, por lo que decidió administrarle pequeñas dosis.

Hal gimió y movió la cabeza de un lado a otro.

Lewis desapareció de la rejilla de telemetría de Lawrence.

—Amersy, ¿qué hostias está ocurriendo ahí fuera?

—Ha desaparecido. No sé qué...

La transmisión con Amersy se cortó y su telemetría parecía a punto de bloquearse también. Entonces empezó a parpadear un aviso que Lawrence no había visto nunca hasta entonces. Le llevó unos segundos reconocer los símbolos. Su Principal había empezado a introducirse en las perlas neurotrónicas de su Cuero para reemplazar al programa del SA.

—Amersy, Odel, escuchadme. Un *software* subversivo muy peligroso se está infiltrando en vuestros trajes. Desconectaos y reiniciad el Cuero. No volváis a utilizar los vínculos de comunicación porque están pinchados. Repito, no utilicéis los vínculos de comunicación.

La telemetría de Odel desapareció.

—Oh, puta mierda. —Solicitó al Principal que elaborara un informe del estado y fue leyendo los datos azules a medida que fueron pasando. El Principal se había impedido a sí mismo infiltrarse en su propio Cuero. Los atacantes habían intentado utilizar su propio Principal para subvertir el SA del invasor. Lawrence pensó que los atacantes debían ser de Arnoon

Province y que habrían comprado su Principal cuando estuvieron en la Tierra. En cualquier caso, eso ahora no importaba.

Oyó más disparos de carabina. Si podían intervenir los vínculos de comunicación de los Cueros, entonces también sabrían muy bien cuál era su posición. Cogió el lanzador de misiles inteligentes y conectó el cable de datos del arma a uno de los puertos de su Cuero para que el Principal se introdujera en los misiles.

Se puso de pie. El Principal superpuso varios mapas tácticos. Cuando ya estaba a punto de salir, oyó a Hal gemir de nuevo. Lawrence apretó los dientes.

Amersy bloqueó de inmediato todo su traje, tal como Lawrence había ordenado. Durante unos angustiosos segundos sintió que se había quedado atrapado en un oscuro pozo sin aire. Le cabreó lo vulnerable que debía de parecer, allí paralizado como un gigante momificado en medio de un campo de tiro. Entonces el SA empezó a reiniciarse y los sensores se reactivaron.

La misión se estaba yendo a la mierda, además demasiado rápido. Amersy no tenía ni idea de qué podrían estar utilizando los atacantes, pero sabía que superaba con facilidad la capacidad de los Cueros. Se dio cuenta entonces de que Lawrence los había subestimado demasiado. Los supervivientes del pelotón ya nunca se zambullirían en su ansiado tesoro; en seguida se evaporaron todos sus sueños de regresar de la meseta con dinero de sobra para jubilarse anticipadamente. Ahora se conformaba con regresar sin más.

En cuanto recuperó la movilidad corrió a refugiarse en la casa más cercana, sin molestarse en abrir la puerta para entrar. Una vez que se sintió protegido, ordenó al Cuero que se abriera. Fue dándoles instrucciones al SA a medida que se lo quitaba.

Denise entró en Dixon a 100 Km/h.

—Amersy ha dejado de transmitir —dijo Jacintha—. Gangel, comprueba si sigue activo.

—Tengo la última posición de Odel —dijo Denise—. Yo me encargo.

—Ten cuidado —dijo Jacintha—. Sabemos que el Principal no se ha infiltrado en su Cuero. Joder, es bueno ese Newton.

—Ya veremos.

—Eren, por favor, ayuda a Denise.

—Estoy a treinta segundos —aseguró Eren.

Denise empezó a frenar y rodear la plaza mayor. Odel debía de haberse escondido en algún callejón. Por fortuna, los Cueros siempre eran fáciles de encontrar, puesto que su rastro térmico destacaba sobre el suelo arenoso como un cartel de neón. Detectó a Eren caminando por una calle paralela a la suya. Setenta metros más adelante vio que en el suelo brillaban unas huellas. Conducían a una de las casas, cuya puerta principal no dejaba de abrirse y cerrarse.

—Lo tengo —dijo Denise. Desaceleró hasta avanzar a paso de peatón y se acercó a la casa.

El fuego de las carabinas retumbó por todo el pueblo.

—Amersy sigue vivo —anunció Jacintha con sequedad—. Eso han sido ráfagas de uranio empobrecido. Tened todos mucho cuidado.

Denise se detuvo a diez metros de la casa. Vio a Eren salir al cruce que había un poco más adelante y hacerle una señal con la mano.

—Cubre el otro lado —le dijo—. Un Cuero puede atravesar esas paredes como si fueran de papel.

—Bien. —Eren corrió a la parte de atrás de la casa.

Denise sacó la pistola de bloque de electrones que llevaba en el bolso. La pequeña unidad se adaptaba a su mano a la perfección, lo que le otorgaba una puntería milimétrica.

El fuego de las carabinas volvió a tronar cuando Jacintha y Gangel empezaron a disparar a cinco calles de distancia. En una casa que quedaba a veinte metros de Denise había unos agujeros descomunales. Jacintha y Gangel respondieron con dardos de bloque de electrones. Las paredes de aleación afectadas se prendieron y provocaron un incendio cuyas llamas alcanzaron varios metros de altura.

—Listo —dijo Eren.

Denise pasó una pierna sobre la motocicleta y se quedó de frente a la puerta, que la brisa no dejaba de menear. Denise empezó a sospechar que fuera una trampa, de tan simple que le parecía la situación. Odel es un soldado muy bien adiestrado, no se va a dejar arrinconar de esta manera. Miró al tejado.

Los paneles solares estaban calientes, no le hacían falta los infrarrojos para saberlo. Entonces vio unas rozaduras en la capa de polvo rojizo.

Denise se dio media vuelta al tiempo que alzaba la pistola de bloque de electrones y disparaba. El cañón emitió unos pequeños fogonazos que centellearon a medida que ascendían. Uno de los disparos acertó al Cuero que había tirado boca abajo en el tejado, con una fuerza tal que lo hizo deslizarse dos metros sobre los resbaladizos paneles y le rasgó parte del carapacho. Los dos siguientes disparos terminaron de destrozar el Cuero.

Eren apareció por el otro lado de la casa.

—¿Denise? ¿Qué ha pasado?

—Ha saltado a otra casa. Era una emboscada.

—Joder. Menos mal.

Oyeron más disparos de carabina. Al instante siguiente una nueva ráfaga de uranio empobrecido impactó contra la casa, cuyas paredes se derrumbaron casi en su totalidad. Uno de los pilares se reventó y estalló en una nube de metralla de fragmentillos de hormigón. Denise y Eren se tiraron al suelo instintivamente.

—¡Hostia puta, cómo odio esas carabinas! —gritó Eren al levantar la cabeza.

Denise se arriesgó a mirar atrás, al lugar desde donde había disparado Amersy.

—En Memu Bay nunca habían utilizado uranio empobrecido.

Eren resopló.

—Me pregunto por qué.

Una nueva lluvia de dardos de bloque de electrones incendió otra casa. Las carabinas volvieron a traquetear y hacer temblar los edificios.

—Gangel, está a tu izquierda —exclamó Jacintha—. Denise, necesitamos ayuda.

—Paciencia.

Eren esbozó una sonrisa reticente y salió detrás de Denise, que le marcó el ritmo mientras corrieron para reunirse con su hermana.

__Está debajo de una casa —dijo Gangel—. Mierda, se mueve otra vez.

De repente una ráfaga de dardos de bloque de electrones brotó de un cruce que quedaba unos metros por delante de Denise, que se puso a cubierto de inmediato. La respuesta de las carabinas no se hizo esperar. Denise se tiró al suelo otra vez y a los pocos segundos vio hundirse un tejado de paneles solares, cuyos destellantes fragmentos negros se esparcieron por toda la calle.

—¿A qué disparaba? —preguntó Jacintha.

—Quién sabe —respondió Gangel—. Si sigue así se le agotará la munición en seguida.

Instantes después otras cinco casas sufrieron el bombardeo de uranio empobrecido. La última se meció con vacilación hasta que por fin sus pilares se desmigajaron dejando que se desplomara. Denise, que ya estaba lista para seguir corriendo, se vio obligada a quedarse quieta y protegerse la cabeza.

—¡Mierda! —exclamó Jacintha—. Nos ha cogido bien por los huevos.

—Vaya cagada de táctica —dijo Eren alarmado—. Si ahora aparece Lawrence, por detrás, estamos muertos.

—No se pueden comunicar —le recordó Denise. Deseó tener más confianza en sí misma. Los hombres de aquel pelotón llevaban años combatiendo juntos, si no décadas. Además eran soldados especializados. Si alguien podía apañárselas sin vínculos directos, esos eran Newton y Amersy.

La carabina vomitó de nuevo. Su vínculo con la *Scarret* desapareció.

—¡Joder! —Vio que Jacintha siguió corriendo. Gangel esprintó desde el lado opuesto. Ambos dirigían sus dardos de bloque de electrones contra la casa en que Amersy se había escondido. Denise echó a correr hacia delante, con la pistola de bloque de electrones en alto para desplegar una cortina de dardos. La casa se había convertido en un infierno. De las ventanas destrozadas brotaban enormes y violentas llamas casi horizontales. El tejado de paneles solares parecía latir al ritmo de las oleadas de calor que agitaban el interior; las llamas asomaban con aire victorioso por las grietas que se habían abierto hasta hacerlo estremecerse y comenzar a hundirse.

Justo entonces otro torrente de fuego de carabina manó del interior. Pese a que todavía seguía tumbada boca abajo, Denise se maravilló ante el temple con que el cabo se enfrentaba a aquella situación. Cierto era que los Cueros eran ignífugos pero permanecer en pleno corazón del infierno rodeado de unos enemigos a los que no dejaba de presionar era algo envidiable.

Una descomunal bola de fuego engulló una de las paredes. Un Cuero saltó por el hueco que se había abierto. Las tres ráfagas de dardos de bloque de electrones que cayeron sobre él al instante desde direcciones distintas no tardaron en despedazarlo.

Denise tuvo que mirar de soslayo para protegerse los ojos del resplandor y el calor. La forma en que el Cuero había saltado por los aires le pareció sospechosa. Jacintha debía de pensar igual, puesto que se estaba acercando a los restos, apresurada pero con cautela, sin dejar de apuntar con su pistola.

El tejado de paneles solares se desplomó por fin, levantando un remolino de brasas y chispas. Jacintha agitó una mano para quitárselas de encima. Se inclinó sobre el desmembrado Cuero.

—¡Mierda! —Miró a su alrededor enfurecida.

—¿Qué? —preguntó Denise mientras se acercaba junto con Gangel y Eren.

—Estaba vacío. ¡Ese cabrón sigue vivo!

Denise se asustó y empezó a dar vueltas para disparar en todas direcciones.

Amersy se ocultó tras un pilar y miró con atención cómo la chica y su compañera salían corriendo hacia la zona del tiroteo. El SA de su Cuero disparó la carabina a ráfagas aleatorias para mantener el fuego de contención. Las dos atacantes se tiraron al suelo. Amersy sonrió mientras corría hacia la reluciente *Scarret*. Estúpidos aficionados, ni siquiera se han preocupado por cubrirse el culo. Reventó el tablero con una giga-cuchilla y luego esperó a que la carabina escupiera otra ráfaga antes de destrozar la circuitería con la punta. Rompió las perlas neurotrónicas y cortó las fibras ópticas que iban a los compensadores y los frenos. Sin el pilotaje del SA (o del programa que tuviera cargado) la motocicleta no aprovecharía todas sus capacidades. Sin embargo, podría acelerar, frenar y virar manualmente. Para regresar a Memu Bay bastaba. Tendría que apañarse así.

Pasó una pierna sobre la silla y giró el acelerador.

Vio que alrededor del Cuero vacío había cinco casas en llamas y podía oír sus paneles combarse y derrumbarse a medida que el fuego los iba lamiendo, hasta que por fin solo quedaban en pie las estructuras de acero. Un opaco humo negro ascendía retorciéndose hacia el tranquilo cielo de la meseta.

Denise, sin apartar la mirada de las calles vacías; se acercó a su hermana mayor y la abrazó.

—Te he echado mucho de menos —susurró.

—Ya estamos juntas. Todo va a salir bien.

—Eso espero. Todo esto se nos está yendo de las manos.

—Está desnudo y solo. No llegará muy lejos.

—Joder, la moto, la habrá cogido para largarse. —No podía creer cómo había sido tan idiota.

—Da igual. Ya no pertenece a Z-B, así que no van a enviar la caballería. Por esto no.

—Vale. Entonces solo nos queda Newton.

—Y el otro.

Denise la miró con sorpresa.

—¿Qué otro?

—En el líder de cabeza iban cuatro, uno de ellos vestido con ropa de calle.

—¿Pudiste ver quién era? No queda nadie del pelotón.

—No lo sé.

—Podría ser nuestro traidor.

Jacintha acarició a Denise en la mejilla.

—No creo que haya ningún traidor.

—¡Tiene que haberlo! Newton tiene un Principal.

—Nuestro dragón no es el único —le recordó Jacintha con voz suave.

—Pero...

—Venga, tenemos que acabar con esto.

Se dividieron en dos parejas para acercarse al *jeep* desde ambos lados.

—Newton estaba ahí dentro cuando detectó la infiltración de nuestro Principal —dijo Gangel—. Y la sonda de diagnosis sigue transmitiendo. Sea quien sea el cuarto, está muy jodido.

—¿Crees que Newton sigue ahí dentro? —dijo Jacintha.

Denise y ella estaban agachadas tras la esquina de la siguiente casa de la calle mayor. Cuando Denise le dio la vuelta al pilar vio la destrozada parte trasera del vehículo asomando por la pared de la casa. Todo estaba en calma. El rastro térmico del *jeep* era confuso y se desvanecía poco a poco.

—Lo dudo. Pero no puede haber ido muy lejos.

—De acuerdo. Eren, ¿huellas térmicas por tu lado?

—Nada.

—Esperad. Vamos a entrar.

—Entraré yo primero —dijo Denise—. Tú cúbreme.

Se deslizó pegada a la pared de la parte delantera de la casa. Se le aceleró la respiración, la cual podía oír con total nitidez. El *jeep* parecía un volcán de calor; sus motores de eje despedían un brillo carmesí y las células energéticas arrojaban un resplandor bermellón por debajo del chasis. La parte de la pared que se había combado y resquebrajado estaba surcada por una red de líneas rubíes. Denise se coló por el hueco que había a un lado del jeep, sin dejar ni un momento de apuntar al interior de la casa. Un intenso rastro de huellas térmicas conducía a la puerta. Jacintha entró detrás de ella y le hizo una señal de asentimiento con la cabeza.

Denise rodeó la puerta abierta y salió al pasillo. Estaba vacío. La puerta del fondo estaba entornada un par de centímetros. No necesitaba infrarrojos puesto que el polvo del suelo revelaba el rastro de dos pares de botas de Cueros que habían caminado hacia la puerta. Solo había salido uno.

Su perla de brazalete detectó que la sonda de diagnosis estaba emitiendo desde el otro lado. Ya no cabía duda de que el cuarto estaba allí. El sudor empezó a surcarle toda la cara. Atravesar aquel pasillo sería muy arriesgado, ya que el fuego de las carabinas atravesaría las paredes como si fueran de humo. Cogió una bocanada de aire, recorrió todo el pasillo como un rayo y saltó a través de la puerta. Lo que vio la dejó helada.

Jacintha corrió a reunirse con su hermana y al entrar en la habitación casi se choca con ella. Denise estaba paralizada en medio del cuarto, la pistola alzada apuntando al muchacho que estaba tirado en un rincón.

—Estás muerto —dijo Denise con voz ahogada. No podía creer que estuviera apuntando a la cabeza de Hal Grabowski, el mismo que había muerto fusilado. Y sin embargo, allí estaba, abandonado en una casa de Dixon. Le empezó a temblar el pulso.

—¿Quién cojones es este? —preguntó Jacintha.

—Hal Grabowski.

—¿Al que le tendisteis una trampa en Memu Bay? ¿El que ejecutaron?

—El mismo —susurró Denise. Enderezó el brazo, dispuesta a apretar el gatillo. No podía, no sería capaz de dispararle a un hombre inconsciente. Entonces se fijó en el mensaje que habían escrito en la pared, junto a la cabeza de Hal.

AYUDADLO OS VEO

Habían dejado la sonda de diagnosis sobre el abdomen de Hal, desde donde seguía transmitiendo. Después Denise vio el voluminoso botiquín.

Gangel y Eren entraron en la habitación.

—¿Dónde está Newton? —preguntó Eren—. Y... eh, ¿este no es Grabowski?

Denise lo miró con exasperación antes de bajar la pistola. Gangel se acercó a la ventana. El marco estaba desencajado. El tablero de madera contrachapada cedió un poco cuando lo empujó.

—Parece que Newton se nos ha escapado.

—¿Qué hacemos con este? —preguntó Eren señalando a Grabowski.

—Es problema de Newton —dijo Denise.

Se oyó una explosión en el exterior.

Gangel miró por el hueco que se había abierto entre el tablero de madera contrachapada y el marco de la ventana.

—Eso ha sido un misil inteligente. Se acaba de cargar el almacén. ¿Por qué coño lo habrá hecho?

Denise volvió a mirar a Hal. Acababa de comprender el mensaje.

—No nos lo está pidiendo.

—¿Qué? —dijo Jacintha.

—Newton nunca abandonaría a un camarada herido. No nos está pidiendo que por favor cuidemos de su amiguito. Nos lo está ordenando.

Se oyó otra explosión atronadora en el exterior. La casa del otro extremo de la calle mayor saltó por los aires con tal violencia que los fragmentos de los paneles de aleación y de las placas solares ascendieron varios metros antes de esparcirse por una amplia zona y el polvo y el humo brotaron del recién creado cráter a modo de hongo nuclear en miniatura.

La onda expansiva sacudió la habitación. Denise se agachó mecánicamente. El cristal de la ventana se resquebrajó y el tablero de madera contrachapada se terminó de caer del todo, permitiendo el paso del sol. Vio que la sonda de diagnosis se había caído al suelo y en seguida se agachó para volver a colocarla sobre el estómago de Hal; el visor empezó a mostrar de nuevo sus signos vitales.

—¡Muy bien! ¡Lo haremos!

Jacintha la miró.

—¿El qué?

—Newton anda por ahí con un lanzador de misiles inteligentes en los que quizá haya cargado el Principal. Seguirá disparando por toda Dixon hasta que se le agoten. Si salimos, la cabeza buscadora del siguiente proyectil nos detectará y... se acabó. No podemos desviarlos. El único lugar donde estamos seguros, la única coordenada en la que nunca programará un ataque, es aquí, junto a Grabowski. Si no lo mantenemos con vida, adivinad qué casa será la que ataque el próximo misil.

—Qué cabronazo —resopló Gangel, no sin cierta admiración.

—Tú lo has dicho —dijo Denise.

Todos se volvieron a agachar al oír la siguiente explosión, que esta vez se produjo cerca de la caseta de mantenimiento. El humo empezó a pasearse entre los tejados.

—Habla en serio, ¿verdad? —dijo Jacintha. Se arrodilló junto a Grabowski y le quitó la camisa—. Será mejor que nos pongamos a trabajar. —Se sacó del bolsillo una unidad analizadora con forma de dragón y la colocó sobre uno de los ya inservibles módulos médicos de Hal. El pequeño rectángulo de plástico se ablandó y empezó a envolver el módulo.

—¿Qué alcance tienen esos misiles? —preguntó Eren.

—Tres kilómetros —respondió Denise.

—No es mucho. Además está herido. Podremos cogerlo.

—No sabemos qué dirección habrá tomado. Lo único que tiene que hacer es dejar el lanzador a un par de kilómetros de aquí y programarlo para que siga disparando a intervalos regulares. Podría estar a más de diez kilómetros para cuando la cortina de fuego cese.

—¡Mierda! —Eren miró a Grabowski—. En cuanto se acaben los misiles, se habrá terminado también tu suerte.

—¿Ah, sí? —Denise lo miró con socarronería—. Claro, vas a matarlo después de pasarnos dos horas esforzándonos por mantenerlo con vida.

Eren dio un puñetazo en el marco de la puerta.

—No. Supongo que no.

—Deberíamos avisar a la aldea —propuso Gangel—. Pueden enviarnos un equipo. Con un poco de ayuda podremos atrapar a Newton.

—No —dijo Denise—. Es demasiado arriesgado. Además sé qué camino ha tomado Newton.

Lawrence ya había llegado a las afueras del pueblo cuando vio que se acercaba una motocicleta a toda velocidad por la Gran Autopista de Circunvalación, a unos quinientos metros de distancia. Los sensores del casco lo enfocaron. La conducía un hombre desnudo embadurnado con un gel azul.

La motocicleta se detuvo y el hombre lo miró. Era Amersy. Levantó el puño y lo agitó en señal de saludo.

Lawrence se rió e hizo la misma señal. Gracias a Dios alguien viviría para contarlo. Disparó otro misil contra el pueblo.

Amersy se quedó inmóvil durante unos segundos, después aceleró de nuevo y prosiguió su escapada.

Lawrence dejó el lanzador a ciento cincuenta metros de Dixon. Estaba en medio de los escoriales, de modo que no le costó anclarlo en el pedregoso y negruzco terreno. En cuanto se aseguró de haberlo fijado bien, salió corriendo. Los misiles inteligentes se dispararían a intervalos aleatorios. Todos estaban dirigidos contra una casa distinta y sus cabezas buscadoras estaban programadas para impactar contra los humanos que hubiera en las calles, de manera que si localizaba uno, olvidaría su blanco principal para lanzarse contra la persona.

Ahora que había desconectado el cable de datos del lanzador, solo le quedaba una rejilla de telemetría que controlar: la lectura del diagnóstico de Hal. A juzgar por cómo se habían estabilizado sus signos vitales durante los últimos diez minutos, la gente de Arnoon parecía estar cumpliendo con su parte del trato. Ahora solo le preocupaba que siguieran cuidando del niñato cuando se agotaran los misiles.

«Lo siento, Hal, ¿pero qué otra cosa podía hacer?».

Intentar sacar a Hal del campo de batalla era imposible. No hubieran recorrido ni diez metros antes de que los partieran en dos con aquellas extrañas armas. Le habían extrañado las bolitas luminosas con que disparaban los atacantes. Tampoco esta vez encontró ninguna referencia en el archivo del arsenal. Aparte de lo raro que era aquel fuego, el rastro que dejaba resultaba misterioso. Se caracterizaba por un intenso campo magnético que sus sensores habían ido registrando durante su escapada. No se había detenido para obtener una segunda lectura.

Lawrence aceleró el paso. Los misiles seguirían lanzándose durante unos setenta minutos más, aunque entre algunos disparos se producirían pausas demasiado prolongadas. En cualquier caso, le daría tiempo a recorrer veinte kilómetros si mantenía un buen ritmo.

Mientras corría abrió el archivo del mapa. Después de Dixon, la Gran Autopista de Circunvalación describía una amplísima curva que atravesaba las Mitchell y pasaba por Arnoon Province, que quedaba casi en la cima. Empezó a correr en línea recta hacia el lago del cráter. Un río le cortaba el paso, pero consiguió vadearlo sin mayor problema gracias al traje de Cuero. El mayor inconveniente de tomar esta ruta era que el monte Kenzi quedaba justo en medio del camino. Amplió las estribaciones para intentar encontrar un paso que lo rodeara.

Pronto pasó de los escoriales a los juncales y árboles gigantes. Tuvo que aminorar un poco el paso para rodear las frondosas matas de juncos, que alcanzaban hasta tres metros de altura. Las gruesas y suculentas hojas de afilados bordes serrados no podían cortar su Cuero, sin embargo él no podía pasar a través de ellas. La maleza que alfombraba el suelo exhibía unos esbeltos tallos leñosos y unas pequeñas flores de tonos azafranados.

A los veinte minutos perdió por completo la señal del diagnóstico de Hal. La pequeña unidad de sonda no se había diseñado para cubrir largas distancias. Según la última lectura, el niñato se estaba recuperando. Lawrence no sabía a ciencia cierta qué le estarían haciendo pero sí estaba seguro de que estaban aprovechando los recursos del botiquín mucho mejor de lo que lo había hecho él.

A medida que se alejaba de los escoriales de Rhapsody Province el terreno se iba volviendo más escabroso. Las lomas que tuvo que subir eran largas y suaves y cada una un poco más alta que la anterior. Su visor de orientación inercial le informó de que no dejaba de ganar altitud. Las matas de los juncales se fueron haciendo cada vez menos espesas hasta dar paso por fin a otro tipo de arbustos más frondosos de deslustrada corteza bermeja entre los que había enterrados montones de oscuros cantos rodados.

Al cabo de una hora tuvo que bajar de nuevo el ritmo. La herida que le había causado la columna de la dirección empezaba a picarle a pesar de los anestésicos locales. Sentía como si tuviera flato, solo que poco más arriba de la cadera. El Principal le informó de que estaba sangrando. Los coagulantes no podrían hacer bien su trabajo mientras no dejara de correr.

Al mirarse la herida vio que sangraba un poco. Le dijo al Principal que reajustara los músculos del Cuero para volver a cerrar la herida. Se aplicaron más coagulantes.

Esperó durante un minuto a que todo surtiera el debido efecto y luego continuó corriendo. El Kenzi no parecía más cercano, solo más gigantesco. El viento había traído del este un velo de nubes mullidas que envolvía la cima y que ya se había tragado el sol, dejando la meseta teñida de una inhóspita luz cenicienta.

Una niebla deshilachada empezó a rodearlo a él. Los quebradizos arbustos brillaban a causa de las gotas de humedad condensada que los cubrían, a pesar de que no llovía. Más adelante, el terreno se elevaba como si quisiera perderse entre las nubes, de las que descendían riachuelos de niebla que se perdían entre la caótica red de estrechos barrancos de la base. Lawrence siguió corriendo por unas pendientes cada vez más empinadas y entre una vegetación que a cada paso parecía perder más vigor. La temperatura externa descendió de manera considerable cuando la niebla empezó a espesarse. Sin embargo, Lawrence tenía mucho calor y podía sentir cómo el sudor envolvía todo su cuerpo. La sequedad de la boca le empujaba a beber a cada instante de la boquilla del depósito de agua.

La niebla se cerró a su alrededor y redujo su visibilidad a menos de veinte metros. Corrió durante otra hora más y luego se sentó sobre una roca cubierta de escarcha. Abrió uno de los depósitos del pecho y sacó una de las tres bolsas de sangre de reserva que llevaba. En cuanto acopló la boquilla de la bolsa a la toma umbilical del Cuero, las vejigas internas de las reservas absorbieron el precioso líquido.

La herida empezó a expulsar sangre otra vez. Notaba que los hilillos de sangre que manaban de ella le corrían por una de las piernas. El Cuero se volvió a sellar y volvió a aplicar antisépticos y coagulantes. En el visor vio que los músculos del traje que circundaban la herida empezaban a degradarse y perder tanta sangre como la propia herida.

Al poco sus propios músculos empezaron a molestarle. Ya llevaba cuatro horas corriendo. Se le había entumecido la zona, que además empezaba a picarle a causa de los medicamentos. Estaba convencido de que tenía la pierna bañada en sangre, lo que más tarde se podría convertir en un serio problema porque no había manera de evacuarla a menos que se quitara todo el traje, cosa que no pensaba hacer sin un botiquín con el que tratarse la herida de inmediato.

Nada más levantarse se mareó tanto que estuvo a punto de caerse de rodillas. Se balanceó durante unos instantes hasta que por fin la musculatura del Cuero se endureció y lo puso derecho. Poco a poco se le aclaró la cabeza, tras lo que tuvo que dar otro trago de agua.

Empezó a andar y al cabo de medio minuto ya estaba corriendo de nuevo. Podía oír el chapoteo de la pierna izquierda cada vez que ponía el pie en el suelo. La espesa niebla estaba adelantando el anochecer. Aquella región de la altiplanicie era un auténtico yermo plagado de largos tramos sesgados de fachadas casi verticales. Muchas veces Lawrence se veía obligado a gatear para superar las pendientes de pedregales. El Cuero extendió unas garras achaparradas para darle agarre extra en aquel traicionero terreno rocoso.

Anocheció media hora antes de que alcanzara el risco por el que llegaría al collado. El monte Kenzi quedaba a su izquierda y el Henkin a su derecha. Se detuvo en la base de la barrera de roca para sacar la segunda bolsa de sangre, que el Cuero engulló con ansia. Mientras esperaba, los últimos flecos de niebla se perdieron pendiente abajo. No se veían las estrellas. El cielo estaba saturado de nubes opacas cuyas turbulentas barrigas se inflaban y revolvían al son de las corrientes de aire que se formaban en las montañas. Sin embargo, la escasa luz que quedaba le permitía ver el terreno. La última pendiente tuvo que superarla con la ayuda del radar láser. Aquí encontró amplias vetas de roca blanca que zigzagueaban montaña abajo, a modo de escalones descomunales. Los estudió para ver cuál sería la ruta más fácil.

Una serie de iconos azules le tapó la visión para avisarlo del estado de la herida. Lawrence ordenó una nueva inyección de medicamentos. A veces tiritaba, temblor que el Cuero imitaba al instante.

Esta vez se puso en pie con suma cautela. Con todo, sintió que el cuerpo se le había convertido en una masa de gelatina que conservaba su forma solo gracias al traje que lo envolvía. Como se sentía un poco aturdido, solicitó una inyección de excitantes. Al instante se le despejó la cabeza, analizó la pendiente y decidió la ruta.

Al llegar a la cima vio el collado que se tendía ante él. Las plomizas nubes formaron un techo inquebrantable de unos escasos quinientos metros de altura. Las dos montañas que se levantaban a sus lados parecían paredes combadas de roca desnuda acribilladas de finas grietas y profundos pliegues. Aquel microuniverso no le ofrecía muchas opciones. Según el

archivo del mapa todavía debería recorrer diez kilómetros más. No se lo pensó dos veces y echó a andar enseguida.

El collado estaba clasificado como desierto alpino. A Lawrence le recordó más bien a la superficie de Marte, puesto que el suelo desnudo era rojo oscuro y estaba sembrado de piedrillas de cuarzo entre las que no parecía vivir ni un solo insecto. Además las escasas plantas que habían conseguido arraigar presentaban un aspecto marchito. El Cuero le informó de que la presión había descendido dos tercios respecto a la del nivel del mar. Las agallas trabajaban al máximo para extraer todo el oxígeno posible del cada vez más gélido aire.

Cuando empezó a nevar ya estaba a un kilómetro de la cumbre. La nieve no caía en forma de copos regordetes sino de duro granizo que el viento lanzaba directamente contra él. Lawrence veía cómo rebotaban las bolitas al impactar contra el Cuero. La visibilidad se había reducido a siete metros. El radar láser ya no le servía de nada y no se molestó en activar los infrarrojos ni la visión nocturna. Ahora dependía de la orientación inercial. Con eso se apañaría.

Hasta que la tormenta de nieve lo apresó solo había podido pensar en seguir adelante y alcanzar su objetivo. Cualquier otra opción hubiera significado traicionar al pelotón, algo que jamás haría. Sin embargo, ahora había empezado a darle vueltas a qué haría una vez que llegara al lago del cráter. Todavía le quedaba un cargador de la carabina. Por otro lado, los aldeanos contarían con pistolas que disparaban dardos extraños, e-bombas, Principal y la biotecnología de Santa Chico. Él necesitaba fármacos y atención médica, aparte de sangre para el Cuero. Primero debía descubrir cuál es la fuente de riqueza del pueblo y después tendría que obligar a los habitantes a cederle una parte. Ah, y también le hacía falta un vehículo.

Lawrence Newton, ciego, solo, amortajado en un Cuero destrozado que a duras penas lo protegía de un medio que podría acabar con él en cuestión de minutos, empezó a reírse como un loco. Y todo (tanta desesperación demencial) para acabar comprándose un billete de regreso a Amethi, el hogar del que había huido con el único y firme propósito de explorar el universo. Ahora le dolía recordar, pero entonces Lawrence Newton pensaba que las estrellas estaban repletas de maravillas y aventuras. ¿Qué fue lo que le dijo a Roselyn el día que se conocieron? «Vivas donde vivas, nunca te parece exótico. Lo maravilloso siempre está en otra parte».

Ahora lo comprendía: el truco era esa otra parte. Si el joven Lawrence Newton hubiera podido, hubiera seguido volando y volando para no regresar jamás.

«¿Tanto me odiaba entonces?».

Sonrió sin darse cuenta al recordar a Roselyn, la única persona de quien nunca se olvidó del todo. Acarició el suave bulto que el colgante hacía en el pecho del Cuero.

«Cómo me gustaría verla una última vez».

Cuando todavía estaba a un par de kilómetros del final del collado, las nubes empezaron a despejarse, llevándose la nieve con ellas. Las estrellas brillaban con alegría en medio del límpido cielo. El suelo había quedado cubierto por una capa de dos centímetros de hielo por la que el Cuero se abrió paso sin problemas.

Tuvo que recurrir a la última bolsa de sangre antes de terminar de cruzar el collado. El Cuero había empleado muchísima energía para mantenerlo caliente en medio de la nieve. Al ir a dar otro trago de agua, descubrió que ya se había agotado. Tenía la lengua seca y la boca ardiendo. Ya no había manera de aliviar el dolor del costado, que era como un intenso latido con la fría herida como epicentro. Los anestésicos y los coagulantes ya no surtían efecto. Tenía la pierna encharcada de sangre. Los músculos del carapacho ya no podían mantener el agujero cerrado durante más tiempo.

A pesar de todo, no le quedaba elección.

Al llegar a la bajada pudo ver los frondosos valles de Arnoon Province, que conformaban el mismo paisaje crepuscular y hermoso que guardaba entre sus recuerdos.

Aquella fachada del monte Kenzi era un escarpado pedregal de dos kilómetros de altura. Lawrence comenzó a descender. A cada paso que daba, las piedrillas patinaban y saltaban hasta perderse de vista. Una vez que se familiarizó con el inestable suelo, lo aprovechó para avanzar más rápido dando saltos largos y aterrizando con toda la fuerza posible sobre los talones para que los guijarros cedieran y así no se resbalara. Aun así, cada dos por tres se resbalaba o se golpeaba con una roca voluminosa y se caía, deslizándose pendiente abajo y provocando pequeñas avalanchas. De no haber sido por el traje, las cortantes piedras lo hubieran desmembrado, sin embargo, el Cuero, que todavía soportaba muy bien este tipo de maltrato, no permitió que sufriera más daños.

Poco a poco el pedregal fue dando paso a la pradera. Comenzó a descender hacia los árboles, que todavía distaban varios cientos de metros. La pierna izquierda se le había quedado rígida. Notó que se le habían metido algunas piedrillas en la herida y se detuvo a sacárselas. Una vez que hubo terminado de limpiarse, le siguió doliendo igual. El visor le informó de que un porcentaje demasiado elevado de la musculatura de la pierna izquierda había alcanzado un nivel de degradación no viable. Al mirar vio que la sangre seguía cubriéndole la pierna. Debía de proceder de la herida interior. Ya no quedaban coagulantes.

Al llegar a los primeros árboles se detuvo y se dejó caer de rodillas para intentar vomitar. No consiguió más que expulsar un poco de jugo gástrico que le quemó su ya de por sí abrasada garganta. Las agallas ajustaron los parámetros del filtro para suministrarle más oxígeno. Así le costaría menos respirar.

En cuanto se metió un poco más en el bosque los árboles no tardaron en multiplicarse, no obstante, los troncos nunca estaban tan próximos unos de otros como para formar una barrera. Los exuberantes y marañosos helechos no supusieron en ningún momento un esfuerzo extra para el Cuero. La visibilidad era tan reducida aquí como cuando lo envolvió la ventisca. Tuvo que recurrir de nuevo a la orientación inercial y seguir las rutas azul marino que surcaban la pendiente, siempre hacia abajo.

Su temperatura descendía por momentos, como si se fugara por el orificio del traje. Tenía los dedos fríos y los pies se le habían convertido en bloques de hielo. No podía hacer nada para dejar de temblar. El visor le urgía a rellenar las reservas de sangre del Cuero. Gruñó y solicitó al Principal que borrara todos los iconos. Aparecieron más avisos médicos que le avisaban del riesgo en que estaba poniendo a su propio organismo ahora que este debía reoxigenar la sangre.

Al poco se terminó el pequeño bosque. Ahora Lawrence sólo podía dar pasos cortos y forzados. Caminaba encorvado y llevaba una mano sobre el agujero para intentar aliviar un poco el punzante dolor de la cadera.

Por fin llegó a lo alto del risco semicircular. Vio las negras aguas del lago del cráter ondeando con calma ciento veinte metros más abajo. Los sensores de luz baja inundaron el paisaje nocturno de luces azuladas. Vio la isla central. El pequeño templo de piedra seguía en el centro.

—Para meditar... y una mierda —masculló Lawrence antes de saltar para zambullirse.

El carapacho se endureció mucho antes de impactar contra el agua. El choque hizo que la herida le ardiera. Gritó. Por un momento sintió que iba a vomitar de nuevo. En realidad solo le preocupaba la profundidad del lago. Fuera la que fuera, no llegó a tocar el fondo con los pies.

Los sensores de luz baja le permitieron ver las pequeñas burbujas que lo envolvieron y acompañaron durante su ascenso hacia la superficie, en la que tuvo que dar varias vueltas para orientarse. En cuanto divisó la islilla empezó a nadar hacia ella de espalda. Movía los pies con rapidez y de vez en cuando también se impulsaba con los brazos. Solicitó al Principal que hiciera que los músculos describieran los movimientos que él le indicó, puesto que sus miembros no respondían muy bien. De esta manera no podía avanzar muy rápido, pero al menos sí sin pausa.

A setenta metros de la islilla notó que algo se rozó contra él. Poco después los sensores táctiles del carapacho volvieron a registrar el mismo estímulo. Lawrence se estremeció y se quedó quieto a ver si lo volvía a sentir. Al ver que no ocurría nada siguió nadando, esta vez un poco más rápido. Al poco, el pez lo volvió a pinchar en la pierna izquierda. Lawrence lo espantó de un manotazo. De repente la criatura asomó su puntiaguda cabeza durante un segundo y después volvió a desaparecer con un pequeño chapoteo.

Entonces algo le tocó la otra pierna. ¡Eran dos! Siguió nadando, sin dejar en ningún momento que se le hundieran los pies para así aprovechar mejor el esfuerzo. Uno de los peces decidió saltar sobre su pecho. Parecía una anguila, solo que era de color verde claro, medía un metro de largo, tenía tres crestas que surcaban todo su cuerpo y no dejaba de vibrar débilmente.

—¡Joder! —Lawrence se asustó e intentó darle un puñetazo, pero el animal era demasiado escurridizo.

Los peces no dudaron en clavar sus afilados colmillos en la suculenta herida de su presa. Lawrence los golpeó con el canto de la mano. En seguida llegaron otros dos ejemplares, que se lanzaron directamente hacia el orificio. Lawrence se giró para sacar la herida del agua y continuar nadando de lado. Uno de los peces se le enroscó en las piernas para intentar hundir a la presa. Al instante las criaturas hundieron sus ávidos hocicos en los músculos expuestos del Cuero.

La carabina emergió de su cámara. Lawrence tuvo cuidado de no apuntar a la pierna y disparó. Las balas perforaron la superficie por la zona por

donde se revolvían aquellas alimañas. Al caer la cortina de espuma, Lawrence comprobó que habían desaparecido.

Aceleró el ritmo y empezó a gritar para aliviar el dolor que inundaba todo su cuerpo cada vez que movía cualquier extremidad. Las ondas del agua le impedían estabilizarse. Entonces un banco de aquellas criaturas lo rodeó por completo. Mordieron y despedazaron los músculos del Cuero que sobresalían del orificio. Lawrence metió la carabina debajo del agua y oyó un apagado rugido cada vez que disparaba.

Al levantar la cabeza de nuevo vio que ya solo le separaban treinta metros de la isla. En ese momento apareció en su visor una alerta dé amenaza biológica. Al parecer una toxina se estaba introduciendo en la red circulatoria del Cuero. El Principal determinó que el foco de la infección eran las fibras musculares que circundaban la herida.

¡Me están envenenando!

De repente una de las alimañas se colocó unos metros delante de él y empezó a retorcerse y brincar para levantar una barrera de espuma. A los pocos segundos, otros dos ejemplares iniciaron la misma danza.

Lawrence no dejó de nadar. El Principal cerró las válvulas que conectaban los vasos sanguíneos vitales con el Cuero. En ese momento otra criatura hundió el morro en la herida. Lawrence le disparó.

Se dio cuenta de que lo perseguía toda una legión de aquellos peces, que no tardaron en rodearlo por completo y empezar a enroscarse en todas sus extremidades. Pero Lawrence consiguió hacer pie a tiempo. Recuperó el equilibrio y chapoteó hasta salir del agua. Las alimañas seguían enroscadas en sus piernas y no dejaban de tirarles mordiscos. El Principal continuó informando sobre la toxina, que se iba extendiendo por los músculos de la pierna izquierda del Cuero. Las válvulas de los vasos sanguíneos menores se cerraron para aislarla.

Cuando por fin sacó los pies del agua, hizo un último esfuerzo por llegar hasta la hierba, donde se dejó caer. Las piernas ya no le obedecían; el Cuero, ya inerte, pesaba demasiado.

Lawrence revisó el estado en que se encontraba. La toxina había contaminado un tercio de la musculatura del Cuero. Ya no llegaba sangre al resto. Entre jadeos, le dio la última orden al Principal.

El Cuero se abrió con limpieza por la abertura del pecho. Lawrence gimió de dolor al sacarse el casco. La fresca brisa nocturna le lamió todo el

cuerpo. Empujó el traje hacia abajo y se retorció para salir de él como una brillante mariposa azul que abandona la vaina muerta de la crisálida. Se quedó un rato tirado sobre la hierba para recuperarse. Minutos más tarde, se llevó la mano hasta la herida y la palpó con la yema de los dedos. Apretó los dientes y poco a poco se incorporó.

Los agentes coagulantes habían dejado una delgada capa de espuma blanca en el interior del agujero que empezó a deshacerse en copos. La sangre que rezumaba había empezado a resbalar por la capa de gel de dermalez. Se puso la mano sobre la llaga para detener la hemorragia hasta que encontrara algo con que curarla mejor.

Se puso de pie y miró a su alrededor. Solo podía ver el templo. Cada paso que daba era un martirio y no pudo evitar gritar en más de una ocasión mientras se acercaba al pequeño edificio de piedra. En cuanto entró vio que en medio de las gradas había un hueco donde nacían unas escaleras que descendían. Una tenue luz brillaba en el fondo.

—Lo sabía —masculló.

Tuvo que apoyar el hombro en la pared para no caerse mientras bajaba, de manera que fue dejando un irregular rastro de gel de dermalez en el muro de piedra. La sangre le goteaba de los dedos e iba salpicando cada escalón.

En el fondo había una pequeña cámara que ocupaba el mismo centro del templo. Frente a las escaleras había una sencilla puerta metálica que se abrió cuando se acercó cojeando a ella y le permitió acceder a un ascensor. Al entrar vio un panel con dos botones, uno sobre el otro; pulsó el de abajo y la puerta se cerró.

La máquina no dejó de gemir en todo el descenso. En cuanto la puerta se abrió, Lawrence vio una gran cámara hemisférica de paredes de aleación cobriza. Salió del ascensor dando tumbos, sin importarle que detectaran o no su presencia. Ahora lo único que deseaba era descubrir qué era lo que había venido persiguiendo. Nada más. Cualquier otra cosa carecía de la menor importancia.

En el centro de la cámara había un amplio pedestal de cristal lechoso similar a un altar. Sobre él descansaba una alargada piedra cenicienta, cuya superficie parecía calcinada y picada. La sección central estaba cubierta con una malla de oro. Del extremo que apuntaba hacia el ascensor, que

había sido cortado y pulido, sobresalían unas pequeñas aguamarinas que despedían una luz muy suave.

Lawrence giró sobre sí mismo para ver todo el escenario, sin llegar a comprender nada.

Entonces vio que ante el pedestal había dos chicas. La mayor lo miró con compasión y le dijo:

—Bienvenido al templo del dragón caído, Lawrence. ¿Te acuerdas de mí?

Lawrence apenas tuvo tiempo de sonreírle antes de perder el conocimiento.

OceanofPDF.com

Capítulo 17

Josep lo recordó todo en cuanto se despertó. Mantuvo los ojos cerrados durante unos segundos hasta determinar la posición en que se encontraba. Estaba tumbado desnudo sobre algún tipo de colchón de plástico al que se le había pegado la piel. Sentía una leve presión sobre la cadera. Entonces tenía puestos unos calzoncillos. Le habían inmovilizado las muñecas con unas frías bandas metálicas que distaban entre sí quince centímetros. Las piernas sí que podía moverlas. A pesar de tener los ojos cerrados, podía percibir el resplandor de la luz artificial. Se oían los ruidos y murmullos característicos de cualquier edificio insomne.

Cuando sus neuronas descritas intentaron localizar su perla de brazalete o un nodo de acceso al banco de datos local, lo único que percibió fueron unas pocas señales lejanas e inconexas que casi quedaban fuera de su alcance. Parecía como si alguien hubiera querido eliminar el espectro electromagnético. Supuso que las extrañas sensaciones que tenía se debían al gas que habían utilizado para dejarlo inconsciente y del que todavía debían de quedarle restos en el organismo que afectaban a sus células neurales.

Abrió los ojos. La habitación era una celda cuadrada de cuatro metros de lado; no había ventana, solo una rejilla de ventilación. Estaba echado sobre una mesa situada frente a una pesada puerta metálica. Una pequeña cámara que había acoplada al techo lo vigilaba con insistencia.

Las celdas de la división de seguridad del puerto espacial eran muy similares. Quizá todavía no lo hubieran trasladado, en cuyo caso todavía le

quedaba una oportunidad, ya que se sabía de memoria el plano del puerto espacial.

La idea le dio que pensar. No se esperaba lo del ascensor. Además debía de haber por lo menos una alarma que no figuraba en ningún archivo de aquellos a los que accedieron mientras planeaban el abordaje. Lo más probable es que se tratara de algún sistema que Z-B había instalado con discreción después de hacerse con el control del bloque de administración. Así y todo, el Principal debería haberlo detectado.

Se incorporó, torpe y confundido, y se rascó la cabeza. Entonces se dio cuenta de las esposas que le habían puesto y las miró frunciendo el ceño. *¿Qué coj...?*

Nadie fue a explicarle nada. Se acercó a la puerta. Sintió la frialdad de las baldosas en sus pies descalzos.

—¡Eh! —gritó al tiempo que golpeaba la puerta—. ¡Eh! ¡Qué están haciendo! —Tenía magulladuras en los nudillos con que había golpeado las puertas del ascensor. Quizá había cometido un error, ya que si analizaban la abolladura podrían averiguar la fuerza con que había golpeado las puertas, lo cual despertaría en ellos un desmesurado interés por él. Aunque, de todas maneras, seguro que sentían una gran curiosidad. Sin embargo, no podía permitir que examinaran cada detalle de su cuerpo. Debía proteger a toda costa los secuenciadores de comportamiento.

Volvió a sentarse en la mesa. Era el procedimiento habitual, dejar que el prisionero se coma la cabeza en soledad durante un tiempo para que se vaya poniendo nervioso. No era algo que le afectara especialmente pero debía reflexionar y decidir el siguiente paso. Las células descritas de sus mejillas y mandíbula habían mantenido la forma mientras había estado inconsciente, de manera que todavía conservaba el rostro de Sket Magersan. Lo más probable era que Z-B se hubiera puesto en contacto con el piloto auténtico y que ya supiera que todo consistía en un grave intento de sabotaje por parte de un grupo de la resistencia.

Aparte de a un interrogatorio, Z-B lo sometería a un examen médico que quizá incluyera un minucioso escaneo de su cerebro. Las modificaciones de la descritura eran muy sutiles, no obstante un escaneo completo podría sacarlas a la luz. Además no estaba del todo seguro de resistir a las drogas que pudieran suministrarle. Sus neuronas descritas no eran omnipotentes y no debía olvidar que Z-B llevaba décadas enfrentándose a los movimientos

de resistencia de decenas de planetas. En la actualidad sus técnicas y tecnología de extracción de información debían de ser formidables.

La situación era muy simple. Mientras más tiempo permaneciera cautivo, menos oportunidades tendría de escapar. Si quería salir de allí, tendría que ser antes de que se dieran cuenta de su potencial físico.

Dado que lo primero que debía hacer era averiguar cómo lo habían desenmascarado, decidió repasar todos los pasos que había dado.

Pasaron otras dos horas hasta que se abrió la puerta de la celda. Josep aún no había determinado qué había provocado que saltara la alarma. Entraron dos guardias; en el cuello de su uniforme azul oscuro llevaban una pequeña insignia de Z-B. Ambos tenían puesto un casco de visor tintado y sostenían una larga porra con cabeza electrizante.

Le tiraron un camisón blanco al pecho.

—Póntelo —le ordenó uno de los guardias.

Josep lo levantó para que se desenrollara solo. Alzó los brazos para mostrarles las esposas.

—Tendrán que quitármelas.

—Buen intento. Póntelo.

El camisón tenía unas costuras a los lados, por debajo de las mangas, que se abrían y cerraban mediante botones. Josep se embutió en el camisón y dejó que uno de los guardias le abrochara los botones.

Lo sacaron a un pasillo curvo. Josep solo tuvo que fijarse en su longitud y altura para saber dónde estaba: el bloque de administración, tercera planta. La división de seguridad disponía de una amplia sección del edificio pentagonal. Se acordó de los cianotipos de la planta. Las únicas vías de entrada o salida de aquella sección eran dos ascensores y una salida de incendios. No podía utilizar los ascensores porque estaban protegidos por una clave; además no debía olvidar lo que le ocurrió la última vez que cogió uno de los elevadores de este edificio. Por tanto, la salida de incendios era su última oportunidad; lo malo era que había bestiales guardias por todas partes.

—¿Adonde me llevan? —preguntó.

—Pronto lo sabrás, tipo listo.

Josep no entendió. El caso era que caminaban en la dirección opuesta a los ascensores. Lo único que había arriba eran las oficinas. Debían de haber

preparado el equipo del interrogatorio en una de ellas. Seguía sin recibir la menor señal de ningún nodo de banco de datos.

Doblaron una esquina. Las paredes del pasillo estaban llenas de puertas. Las nombró en voz baja a medida que avanzaban; administración departamental, sala de reuniones 1, 2 y 3, teniente de investigación, finanzas. De repente Josep se inclinó un poco hacia un lado para apoyarse sobre una pierna y soltarle una patada al guardia de la izquierda. Fue un golpe perfecto de talón contra rodilla. El guardia gritó de dolor y se cayó. El otro matón no dudó en hundirle la porra en la espalda y soltarle una chispeante descarga. Las células descritas de Josep resistieron el torrente eléctrico al mantener abiertos los canales nerviosos. Se dio la vuelta y agarró al guardia por la muñeca para obligarle a soltar el arma. El matón gruñó sorprendido al comprobar la aplastante fuerza del preso, que en un abrir y cerrar de ojos le clavó la porra en el estómago. El guardia retrocedió tambaleándose hasta caer por fin inconsciente.

Josep golpeó en el cuello con la porra al primer guardia cuando este intentó levantarse. El matón se desplomó sobre la alfombra. Por el otro extremo del pasillo venían corriendo hacia él otros dos hombres vestidos con el uniforme de Z-B. Saltó la estridente sirena de la alarma, que allí dentro parecía sonar más alto de lo normal. El SA de seguridad debía de haberlo recogido todo a través de las cámaras de vigilancia.

Josep arrojó la porra contra sus perseguidores y echó a correr hacia la oficina de finanzas, que tal como esperaba estaba vacía porque a Z-B no le servían para nada los empleados de ese departamento. Había tres mesas alineadas en el centro, todas rebosantes de viejos chips de memoria y montones de papeles. Las perlas de escritorio estaban inactivas. La pared opuesta a la puerta era un enorme cristal tintado que abarcaba desde el suelo hasta el techo y tenía vistas a los hangares del puerto espacial. Corrió hacia una de las mesas y la levantó sobre su cabeza para lanzarla contra el muro de cristal. El cristal reforzado se partió en mil pedazos que cayeron con violencia al exterior. En ese momento saltaron varias alarmas más. Como la mesa se quedó incrustada en el cristal, Josep tuvo que darle una fuerte patada para dejar el agujero libre; la mesa cayó y se descompuso sobre los arriates de tres plantas más abajo.

Los guardias de Z-B entraron corriendo por la puerta y vieron cómo Josep se tiraba por el agujero.

Aquel salto le partiría las piernas a un hombre normal, además el daño que sufrirían sus órganos internos a consecuencia del impacto sería fatal. Josep alzó las manos sobre la cabeza para recuperar el equilibrio lo antes posible. Le llamó la atención la tranquilidad que imperaba en el exterior aquel cálido atardecer. Cuando ya estaba a punto de impactar contra los arriates dobló un poco las piernas.

En cuanto sus pies chocaron contra el duro suelo flexionó las rodillas todo lo que pudo para absorber la energía del impacto. Sus huesos resistieron pero sintió como si le hubieran dado un hachazo en las articulaciones dé los tobillos y las rodillas. Las espinas de los rosales le desgarraron la piel de las piernas y se le clavó un fragmento de cristal en el pie. Los guardias de Z-B lo miraban atónitos desde el agujero de la pared de cristal de la oficina de finanzas.

Josep obligó a sus insensibles extremidades a moverse, de manera que primero se puso a gatas y luego se levantó. Los gritos de la gente se mezclaban con los aullidos incansables de las sirenas. Dio unos dolorosos pasos hasta alcanzar la base del muro de cristal del edificio para utilizarla como apoyo mientras caminaba. Unos pasos más adelante había una puerta para el personal de mantenimiento. La gente que lo estaba viendo desde el otro lado del cristal se levantaba y lo señalaba.

Al llegar a la puerta apoyó en ella el hombro y la empujó. Se combó un poco pero no se abrió. Entonces dio un paso atrás para coger impulsó y tirarse contra ella. La cerradura no soportó el golpe y le dio paso a un estrecho túnel de hormigón que solo utilizaba el personal de servicio. Corrió hasta llegar al primer cruce. Las paredes del pasadizo principal, más amplio, estaban repujadas de tuberías y conductos diversos. Los conos de luz del techo, separados varios metros entre sí, arrojaban un cegador resplandor púrpura claro. Josep giró a la izquierda y echó a correr haciendo una mueca de dolor cada vez que el cristal se le hundía un poco más en el pie. Perdía sangre por la herida pero sabía que la hemorragia sería mayor si se extraía el casco.

Volvió a girar a la izquierda. En las dos siguientes esquinas dobló a la derecha. Llegó a un vestuario vacío. Se acercó a las taquillas de metal gris azulado, agarró la manija de la primera y tiró. La puerta se abrió de golpe, abollándose y agrietándose alrededor de la manija. Dentro había colgados varios monos y un par de botas. Abrió la siguiente taquilla con igual violencia. Contenía lo mismo. En la quinta encontró lo que buscaba, un

cinturón de herramientas con todo el equipamiento necesario. Cogió una giga-cuchilla, la activó y la agarró con fuerza con los dientes para que no temblara. La hoja cortó las esposas entre estridentes chirridos y provocando una lluvia de chispas.

Josep contuvo la respiración. Se oían gritos que retumbaban por el túnel. Cogió las botas de la primera taquilla, se las calzó y luego sacó un mono. Sus orgánulos descritos comenzaron a esculpir de nuevo sus facciones para devolverle el rostro de Andyl Pyne. Mientras todavía metamorfoseaba agarró el cinturón de herramientas y una perla de brazalete que encontró en el estante superior de la taquilla.

A cincuenta metros del vestuario había una ventanilla de inspección que daba a la cámara de la pared. Josep la abrió con el giga-destornillador del cinturón de herramientas y se coló por el hueco. Era una cavidad muy estrecha en la que imperaba una oscuridad absoluta. Ni siquiera su visión de infrarrojos le permitía ver con nitidez. Había un metro y diez centímetros de separación entre las paredes, que formaban un intersticio forrado de vigas estructurales, conductos de aire y cañerías. Su visión era igual de reducida hacia arriba que hacia abajo. Había conseguido apoyar los pies sobre un travesaño de apenas diez centímetros de ancho.

Los Cueros y guardias que lo perseguían se darían cuenta de que se había cambiado de ropa en el vestuario pero dado que las botas estaban frías cuando se las puso, el calor de su cuerpo aún tardaría un rato en atravesar las suelas, por lo que en principio sus perseguidores no podrían saber que se había metido por la ventanilla.

No resultaba fácil avanzar por aquella cámara tan saturada pero poco a poco se fue quitando el camisón de prisionero, sin dejar en ningún momento de apoyarse en una viga u otra. Arrojó la tela a la oscuridad y empezó a ponerse el mono. Se quedaba quieto cada vez que alguien pasaba por delante de la ventanilla. En cuanto terminó de ajustarse el mono se colocó el cinturón de herramientas y empezó a escalar. Según iba subiendo intentaba integrar su estructura neuronal descrita con la perla de brazalete que había encontrado en el vestuario, pero ni aun así conseguía establecer ningún tipo de vínculo. El producto químico con que lo habían atrapado debía de haberle ocasionado más daños de lo que había creído en un principio.

En cuanto llegó a la altura de la segunda planta, siguió el resplandor coralino de las tuberías de agua caliente, que lo condujeron hasta los

servicios. Las rejillas de la pared eran mucho más pequeñas que la ventanilla del túnel de servicio, que servía sobre todo para permitir el acceso a los tanques y tuberías que llevaban el agua hasta los retretes y lavabos. Se acercó a la más grande y pegó la oreja en ella para oír lo que ocurría al otro lado. Había dos personas utilizando los urinarios, lo que por lo menos le indicó que era el servicio de caballeros. Cuando acabaron, uno se detuvo a lavarse las manos y el otro salió directamente.

Josep utilizó la giga-cuchilla para cortar los bordes de la rejilla. Expulsó todo el aire y contrajo el estómago todo lo que pudo para colarse por el hueco, alarmado por el estruendo que estaba montando. Cuando ya casi había metido todo el tronco, se vio obligado a realizar una serie de contorsiones circenses que pusieron al límite incluso sus músculos descritos. Todo para no asomar la cabeza por la puerta, que estaba parcialmente abierta. En todos los servicios había una cámara de seguridad y debía tener en cuenta que en aquellos momentos el SA de seguridad estaría dedicando una parte muy importante de su capacidad de procesamiento a detectar anormalidades visuales en el interior del edificio de administración.

—Tiene recursos —dijo Simon.

—Creo que no insistimos lo bastante durante la persecución —dijo Adul —. Deberíamos haberlo presionado más en el túnel de servicio.

—Ahora confía más en sí mismo. Fíjense en la intensa actividad de su tálamo. Está muy seguro de lo que hace.

—Mientras su habilidad no lo haga sospechoso.

—Yo no lo llamaría habilidad. Pensé que quería suicidarse, pero luego me acordé de la composición de su estructura ósea —dijo Simon—. Proporcionar un cuerpo igual —le ordenó al SA.

Se abrió la puerta del servicio. Josep se quedó inmóvil. Según los pasos que oyó, el hombre se dirigía al primer retrete. Josep tamborileó con los nudillos en el tabique. Los pasos se detuvieron.

—Psss —siseó Josep.

—¿Algún problema?

—Sí.

El hombre se asomó a la puerta del retrete de Josep y lo vio sentado en la taza, con la cabeza agachada.

—¿Qué le ocurre? —preguntó al tiempo que abría un poco más la puerta.

Josep estiró los brazos como una mantis religiosa para agarrarlo de la pechera de la chaqueta y el cuello y meterlo dentro del retrete. Cerró la puerta. Si no se equivocaba, la cámara de seguridad debía de haberlo visto detenerse frente al primer retrete pero meterse al final en el segundo.

Según su carné de identidad, aquel hombre era Davis Fenaroli-Reece. Josep le quitó el traje. Cambiarse de ropa dentro de aquel cubículo era casi tan complicado como ponerse el mono en el intersticio de la pared. Una vez que Josep terminó de ponerse el traje, apoyó a Davis Fenaroli-Reece en la taza y analizó su rostro con detenimiento. Al cabo de unos segundos sus facciones empezaron a cambiar de nuevo. Sin la ayuda de un espejo no conseguiría parecerse tanto como le gustaría, pero el mayor problema sería el pelo. El pelo de aquel tipo era moreno, mientras que tanto Andyl Pyne como Sket Magersan eran rubios. Al final decidió empaparse el cabello con agua de la taza y echárselo para atrás con la esperanza de oscurecerlo lo suficiente para engañar al SA. Se alegró de que la resolución de la cámara no fuera lo bastante elevada para apreciar el cambio de textura.

Tuvo que pasar otro minuto en el servicio para trucar la cerradura del retrete. Cuando salió de este, el cerrojo se activó y mostró el signo de «Ocupado». Josep se lavó las manos y salió.

Recorrió el pasillo en dirección a la escalera principal. En la segunda planta se mezclaban los empleados de Z-B con los del puerto espacial. Casi todos estaban pegados a las ventanas mirando a ver qué hacían los Cueros que habían rodeado el edificio.

El sol se acababa de poner, lo que significaba que no podía haber pasado inconsciente más de cuarenta o cincuenta minutos. Sin embargo, se sentía hambriento, como si no hubiera comido en todo el día.

La escalera lo condujo al cuarto piso, donde había un puente que conectaba con el edificio principal de la terminal. El otro extremo estaba custodiado por un par de Cueros que controlaban a todo el que salía del

bloque de administración, como si el SA no pudiera detectar la escapada de Sket Magersan. Cuando Josep pasó por su lado no le dijeron nada.

Cuarenta minutos más tarde ya había conseguido salir al aparcamiento 4B, por donde pudo pasearse con libertad entre los vehículos. Un grupo de empleados que acababan de salir del edificio de la terminal se dijeron buenas noches los unos a los otros y se disgregaron. Josep escogió a uno de ellos y lo siguió hasta su vehículo.

—Disculpe, señor.

El hombre acababa de abrir la puerta.

—¿Sí?

—Mi coche se ha estropeado. El cable del motor axial, creo. ¿No irá usted para Durrell?

—Pues sí —contestó el hombre—. Puedo llevarlo.

—Muchas gracias.

La salida del aparcamiento estaba vigilada por varios Cueros.

—Menuda se ha armado —dijo Arthur Harwood mientras detenía el coche a la altura de los postes de seguridad.

—¿Qué habrá ocurrido? —preguntó Josep mientras pasaba el carné de Davis Fenaroli-Reece por el escáner del lado del copiloto y miraba a la cámara.

La barrera se levantó.

—Un tipo ha intentado saquear las arcas esta tarde —le explicó Arthur Harwood—. Al parecer se ha escapado.

—Joder, espero que no activen ningún collar de buena fe.

—¿Por eso? Lo dudo.

Arthur Harwood se detuvo frente a un centro comercial de las afueras de Durrell. Josep le dio las gracias y se apeó. Por suerte, Davis Fenaroli-Reece llevaba suficiente metálico para ir en autobús hasta el centro de la ciudad. Desde allí caminaría diez minutos hasta el campus de la universidad. Se detuvo en el vestíbulo de la residencia de Michelle para recuperar sus propias facciones.

Ah, me preguntaba cuál sería su verdadero aspecto. Veamos si ya tenemos ese rostro registrado.

Josep tecleó el código de la puerta de Michelle y entró. La habitación estaba tan desordenada como siempre. Desde que se había mudado con ella, aquel reducido espacio, el justo para un solo estudiante, se había ido convirtiendo en un vertedero de ropa, envoltorios de comida, papeles y platos sin lavar. Michelle estaba sentada en la pequeña cama mirando el visor de la perla de escritorio que había colocado sobre la almohada. Levantó la cabeza con conmoción. De repente el cristal que Josep tenía clavado en el pie le dio un pinchazo que le hizo retorcer toda la pierna y apretar los dientes de puro dolor.

Michelle se puso muy nerviosa al ver que la puerta se abría. Tenía que ser Josep. Estaba muy preocupada por que lo hubieran cogido trabajando para la célula. El alivio se tornó en susto cuando vio aquella cosa asomar por la puerta. Parecía una parodia de Cuero, delgada y larguirucha, que tenía una simple esfera metálica por cabeza. Las negras lentes que hacían las veces de ojos la miraron fijamente. Michelle se puso a gritar en cuanto aquello entró en su habitación.

Dos Cueros de verdad entraron aprisa tras la cosa. Michelle gritó todavía más fuerte cuando uno de ellos la agarró con fuerza del brazo. Michelle se aferró a la cabecera de la cama pero el Cuero era infinitamente más fuerte. Tiraron sin piedad de ella, que se golpeó con los omóplatos en el suelo.

—¡Socorro! —gimió—. ¡Que alguien me ayude!

—¡Calla, zorra! —El Cuero la levantó y se ¡a cargó al hombro. Michelle intentó darle pataditas pero el secuestrador le había atenazado las piernas con tanta fuerza que cualquier intento de resistencia era en vano. Su cabeza campaneaba tras ¡a espalda del Cuero. Al girar el cuello vio cómo

el esbelto humanoide se paseaba con tranquilidad por la habitación al tiempo que pasaba ¡os dedos por los distintos objetos que encontraba a su paso. Después salieron al pasillo, donde los esperaban más Cueros. Los estudiantes que se habían asomado a sus puertas no pudieron sino ver cómo se la llevaban, puesto que estaban demasiado asustados para hacerles frente o decirles nada.

Las lágrimas le bañaban las mejillas. Todo había terminado. Z-B había descubierto su pequeña célula de resistencia. La interrogarían y luego la matarían. Sollozó con desconsuelo cuando el Cuero la metió en el ascensor, donde había tres hombres esperándolos para empezar a pegarle instrumentos y módulos médicos en la piel.

Michelle se puso a gritar otra vez en cuanto se cerraron las puertas.

Durante un instante la habitación pareció desenfocarse.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Michelle. Se levantó y se quedó junto a la cama con cara de preocupación.

Josep levantó el pie para liberarlo de su propio peso. El dolor desapareció al instante.

—Estoy bien.

Michelle no sabía si sonreírle. Josep aguardó. Pero por primera vez Michelle no corrió a refugiarse entre sus brazos. Josep le preguntó qué le ocurría. ¿Pensaría que se estaba viendo con otra chica? Por favor, que no sea eso, ahora no.

Josep le dio un beso fugaz que no obtuvo una respuesta muy generosa.

—Hay un problema —le dijo—. Tengo que hablar con Ray. Recoge las cosas, por favor. Tengo que largarme de aquí.

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

—Nada de lo que haya que preocuparse. —Se sentó en la cama y orientó la perla de escritorio hacia sí. Sus neuronas descritas seguían sin recoger nada aparte de un leve zumbido de fondo. Se detuvo un momento a meditar. ¿Qué cojones puede hacer que se descentren durante tanto tiempo? Todas las demás mejoras por descritura de su organismo parecían funcionar con normalidad.

—¿Qué te pasa? —insistió Michelle.

—De acuerdo, escucha, el controlador me ha llamado. Z-B ha estado enviando peticiones a la red de la universidad y husmeando entre las fichas de los alumnos. No hay nada que temer pero debemos andarnos con mucho ojo. Voy a desaparecer durante unos días.

—No quiero.

—Ni yo. Lo siento, pero tenemos que protegernos. No te ocurrirá nada. Ahora, por favor, recoge las cosas. —Intentó comunicarse con el Principal a través de los bloques de memoria de la perla de escritorio. El visor mostró un icono de petición inválida.

El remoto pronunció el comando con su código asociado pero la perla de escritorio no respondió. El visor mostró un icono de petición inválida.

Josep lo miró sin comprender.

—¡Maldita sea! —¿Qué había pasado con el Principal? Si pudiera comunicarse directamente... Se preguntó si sería demasiado arriesgado llamar a Raymond sin la protección del Principal. Michelle seguía detrás de él, observándolo.

—¿Vas a recoger las cosas o no? —preguntó.

—No quiero que te vayas.

—Mierda. —Solicitó a la perla de escritorio que llamara a Raymond.

Simon estaba consultando a través de su IND la compleja arquitectura del banco de datos de Durrell; el generador de gráficos iba montado en el programa monitor del SA. Vio la petición de emplazamiento destellar por todo el banco de datos. Josep estaba llamando a una dirección personal portátil. Estuviera donde estuviera el individuo, el nodo más cercano del banco de datos enrutaría la llamada directamente hacia él. Un nodo del distrito de Silchester empezó a establecer el vínculo. Todo el banco de datos de esa zona se cayó de inmediato.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Simon.

El SA le informó de que su programa monitor había sido descubierto e identificado por un programa desconocido y que el distrito de Silchester se había caído al instante.

Simon estaba impresionado. Todos los aparatos que le habían quitado a Josep se habían autodestruido en cuanto los técnicos de Z-B empezaron a examinarlos, evaporándose poco a poco de fuera hacia dentro. El análisis de los residuos gaseosos reveló la presencia de moléculas extremadamente inusuales y complejas. Su software *debía de ser igual de sofisticado.*

El visor de la perla de escritorio mostró un icono de «receptor no encontrado». La preocupación de Josep crecía por momentos. Aunque el banco de datos no permitiera establecer el vínculo, el Principal de Ray debería haber interceptado la petición de emplazamiento de la llamada y respondido.

—Esto huele muy mal.

—Puede que haya desconectado su perla de brazalete —dijo Michelle.

—Puede. —Josep recorrió toda la habitación con la mirada, pensando. Algo no marchaba bien. ¿Por qué no podía establecer ningún contactaron un Principal?

—¿No ha llamado Ray?

—No.

Eso tampoco era normal. Ray debería de haberse enterado de que el robo había salido mal como mucho una hora después de que lo atraparan. Una de las primeras cosas que hubiera hecho era llamar a Michelle.

Se levantó y la miró. Ella le sostuvo la mirada con frialdad. Michelle nunca haría algo así. Lo normal hubiera sido que se hubiera ruborizado o que hubiera sonreído alegre y cariñosamente.

—Todavía no me has recogido las cosas —le dijo Josep con suavidad.

—Ya te lo he dicho, no quiero que te marches.

—Oh, mierda —exclamó Adul—. Sospecha algo.

—Se sabía que ocurriría —dijo Simon—. Era solo cuestión de tiempo. —Miró de cerca a Josep, al que habían puesto un traje de inmersión en realidad total que no era del todo distinto a un Cuero. Una musculatura artificial cubría una capa emisora táctil para recoger todo tipo de estímulos físicos, desde el agua con que se había empapado el pelo hasta el tacto de la tela de la camisa. Colgaba del centro de dos grandes aros colocados perpendicularmente con los que podían orientarlo a fin de imitar las distintas perspectivas que iba adoptando dentro del mundo que el SA había creado para él, si bien lo del salto por la ventana había llevado al límite la capacidad replicante del ingenio. En las córneas y pupilas le habían insertado una serie de fibras ópticas que llevaban la luz directamente a las retinas. La resolución de las proyecciones era cero-cero: perfecta.

La gran pantalla que colgaba de la pared de enfrente de Simon iba mostrando la simulación fabricada por el SA. Hasta ahora la ilusión se había desarrollado sin el menor problema. Josep se había creído todo lo ocurrido en el bloque de administración del puerto espacial y el viaje a Durrell. Hasta la habitación de Michelle era idéntica, gracias a ¡os datos enviados por el remoto hominoide; no solo los colores y las proporciones, sino también las texturas, la temperatura de la cama y la perla de escritorio. Por lo demás, duplicar los objetos inanimados siempre era un juego de niños.

Lo complicado venía cuando el sujeto interactuaba con otras personas, sobre todo con desconocidos; ahí era donde surgían ¡a mayoría de problemas y errores. Si se trataba de alguien de quien el SA no tenía un perfil previo, entonces había que fabricar el comportamiento y ¡as respuestas a partir del contexto. Cada vez que se cometía un error los efectos se multiplicaban rápidamente hasta que la situación se volvía insostenible. En este caso el SA tuvo que dotar tanto a Michelle como a ese extraño programa de toda la credibilidad posible a partir de una cantidad mínima de datos.

No obstante, Simon había quedado muy satisfecho. Después de haber comprobado por sí mismo la extraordinaria naturaleza del intruso, supo que un simple interrogatorio no hubiera servido de nada, decisión que confirmó el posterior escaneo celular que practicaron al prisionero inconsciente. Los médicos y los biotecnólogos se quedaron fascinados ante las profundas alteraciones corporales del aquel hombre y no encontraron ninguna explicación a cómo se las habrían realizado. La cantidad y la estructura de las extrañas micropartículas de que se componía resultaban sorprendentes. Los expertos discutían sobre si se trataba de un humano al que se le habían aplicado todas aquellas mejoras o si era en realidad un alienígena dotado de aspecto humanoide.

A pesar de las capacidades físicas del prisionero, Simon había llegado a conocer tan bien su mente que no dudaba que era capaz de experimentar emociones humanas, suficientes para poner en práctica el teatro virtual.

Para Simon había merecido la pena porque habían reunido varias pistas vitales, sobre todo la chica, que no cabía duda de que era una humana normal y corriente.

—¿Dónde están mis cosas? —preguntó Josep en voz baja—. Aunque... ¿qué cosas?

—No —dijo Michelle—. Por favor.

—¿Quién?

—¿Quién qué?

—¿Quién? ¿Quién soy?

Michelle estaba al borde del llanto.

—¿Cómo que quién eres?

—¿Cómo me llamo, Michelle?

—Ya basta. No tiene gracia.

—Oh... Sabes, para haber pasado fuera solo una tarde, vengo hambriento. —Se inclinó y cogió una caja de pizza que parecía llevar un par de días allí olvidada. Todavía quedaba un trozo. Se lo metió en la boca y empezó a masticarlo.

El sentido magnético de Simon percibió la oleada de emociones que batían el cerebro del prisionero. Su confusión inicial no tardó en dar paso a una explosión de amargo resentimiento.

—Lo sabe —anunció Simon con decepción—. Bueno, la farsa no ha salido mal del todo. Hemos averiguado suficiente para investigar su entorno.

—Pero todavía no sabemos por qué querían secuestrar un Xianti.

—Poco a poco. —Se le borró ¡a sonrisa en cuanto detectó otro cambio en el estado de ánimo del preso. No había percibido aquella emoción muchas veces y en ningún caso la había sentido con tanta fuerza.

—No sabe a nada —dijo Josep—. A nada en absoluto. ¿Por qué, Michelle? —Por favor, me estás asustando.

—Fatalismo —dijo Simon, anonadado ante tal intensidad. La brillante aura del preso empezó a revolverse.

—No sabía que el *software* podía asustarse.

—¡Desconéctenlo! —bramó Simon. Se lanzó a la puerta. El aura giró como un huracán durante unos instantes antes de esfumarse por completo de repente. Simon agarró el pomo y abrió la puerta con apremio. El prisionero explotó.

Lawrence se sentía muy a gusto arropado por aquella oscuridad. Estaba calentito, no percibía la menor molestia en todo su cuerpo y se sentía en paz. El dolor había desaparecido. Pensó que aquella era una oscuridad uterina, al margen de todo, nutritiva. Percibía un latido que imaginó que sería el de su corazón. El aire bañaba sus pulmones con delicadeza. Supuso que si lo deseaba podría mover cualquiera de sus extremidades. Ni siquiera lo intentó; prefería dejarse llevar. Sus ojos, que no podían mostrarle nada, eran inservibles en aquel entorno paradisíaco.

Sin vista, empezó a ver.

Recordó algunos pasajes de su vida, con desorden, que es como se suelen presentar los recuerdos. Visitó a sus padres. Volvió a jugar con sus hermanos y hermanas. Roselyn iluminó su vida, todo eran sonrisas y adoración. Viajó a otros mundos y luego siguió caminando por la meseta hasta perderse en la fría tormenta de hielo. Vio el lago del cráter a sus pies; levantó los brazos en cruz y se zambulló con limpieza en sus profundas aguas purificadoras.

Sintió una sonrisa, como si alguien se burlara con cariño de él. Sus recuerdos no eran los únicos de los que era consciente. Este universo lo poblaban también los lejanos sueños de alguien más.

—¿Hola?

—Hola, Lawrence.

—¿Quién eres?

—Los humanos de Arnoon me dicen el dragón.

—¿Es ahí donde estamos, en Arnoon?

—Sí.

—¿Qué está ocurriendo?

—Estoy reparando tu cuerpo.

—¿Eres médico?

—No.

—¿Entonces qué?

—¿Deseas conocerme? Acompáñame.

Los sueños del dragón se hicieron más reales. El universo había dejado de ser el reino de la oscuridad.

Eran las tres y media de la mañana, hora de Durrell, cuando el avión espacial de Simon aterrizó. Rodaron por la pista hasta la plataforma de estacionamiento y cuando se detuvieron se desplegaron las escaleras. En cuanto se abrió la puerta se detuvo y cogió una bocanada de aire. Sentaba mucho mejor que las moléculas recicladas de la *Norvelle*, pero por lo demás no detectó olores ni nada que caracterizara el nuevo medio. Cada vez que llegaba a un nuevo planeta esperaba encontrar algo distintivo, fuera de lo normal. Siempre se llevaba el mismo chasco. Braddock Raines lo esperaba al pie de las escaleras, su rostro ensombrecido por un gesto lúgubre.

—Bienvenido a Thallspring, señor. —Los Cinco Cueros que conformaban la escolta lo rodearon para protegerlo hasta que llegara a la limusina.

—Gracias. —Simon se detuvo para mirar los coches de bomberos que habían rodeado el bloque de administración. Un millar de parpadeantes luces rojas y ambarinas inundaban la zona, casi publicitando la catástrofe. A pesar de la hora que era, todavía quedaba una multitud de espectadores apiñados tras las barreras temporales.

Se habían colocado potentes focos alrededor de todo el bloque de administración para iluminar una amplia sección de las dos últimas plantas, que habían saltado por los aires. La onda expansiva había sacudido las tres plantas de debajo, haciendo añicos la mayor parte de la envolvente pared de cristal. Los cascos se habían amontonado en la calle. Paramédicos, ingenieros, bomberos, Cueros y robots pululaban entre los escombros en busca de supervivientes y cadáveres. Las largas grúas de los coches de bomberos se movían de aquí para allá para vigilar que las llamas no renacieran y regando con más agua las ya empapadas ruinas.

—Qué desastre —murmuró Simon.

—Sí, señor —asintió Braddock—. El banco de datos se ha saturado de información sobre el incidente. El presidente Strauss le exige al general Kolbe una explicación urgente del suceso. Quiere saber quién es el responsable.

—Ah, el bueno del presidente. Sólo lo he visto en persona una vez. ¿Cómo está?

Braddock sonrió con nerviosismo. Pese a que tenía acreditación de seguridad de máximo nivel de Z-B, siempre se exasperaba cuando le recordaban cuántos Simon Roderick existían.

—Le preocupa que utilicemos los collares de buena fe.

—Es comprensible. Dadas las circunstancias, no puedo culpar a los ciudadanos de Thallspring. Aunque Strauss tampoco tiene por qué saberlo. Que el general le diga que ya se están investigando las causas. Así todo el mundo se mantendrá al tanto.

El hospital del puerto espacial estaba casi oculto en una pequeña ala del edificio de la terminal. Cuando llevaron al malherido Simon Roderick, Braddock montó un férreo cordón de seguridad alrededor de toda la zona. Solo se permitió que lo operara el personal médico propio de Z-B. En consecuencia, el lugar se había convertido en una unidad de cuidados intensivos. Los ingenieros y programadores de seguridad tuvieron que examinar y limpiar todo el equipamiento con que iban a tratarlo. Hubo que desconectar físicamente los aparatos electrónicos y los nodos del quirófano de la red del puerto espacial, que ya estaba aislada del banco de datos. Ahora ya era imposible que ningún programa inutilizara el equipo de operaciones.

—Muy riguroso —dijo Simon con aprobación a medida que recorrían el hospital—. ¿Qué se sabe de Adul?

—Ha muerto, señor —respondió Braddock.

—Mierda. Era un buen hombre.

Había tres Cueros montando guardia a la puerta de la sala de operaciones. Uno de ellos abrió la puerta para que Simon entrara. Un técnico viral y un médico estaban controlando el equipamiento de ventilación que habían incrustado en el herido.

—Me gustaría quedarme a solas con él un momento —les dijo Simon.

Braddock le hizo una señal al médico para que saliera antes de que este pudiera protestar. El sobresaltado técnico viral escrutó a Simon de arriba abajo mientras abandonaba la sala.

Simon se acercó a la cama. Dos de los diez focos que colgaban sobre la cabeza del herido iluminaban toda la maquinaria. El SK2 tenía quemado el setenta y tres por ciento del cuerpo, que le habían embadurnado con una espesa membrana nacarada que tenía su propio plexo de capilares para irrigar el tejido dañado. Le habían cubierto la cabeza por completo pero

dejando dos aperturas, una para la boca y otra para el ojo que se había salvado. De la membrana salía un tubo de oxígeno que iba directamente a lo que le quedaba de nariz. Habían tenido que amputarle la mano izquierda, así como las dos piernas por debajo de las rodillas.

—¿Puedes oírme? —preguntó Simon.

El SK2 abrió el ojo. Siseó al coger aire.

—Puto alienígena.

—Si te sirve de consuelo, él ha acabado mucho peor que tú. Todavía están despegando sus sesos del techo.

__¿El techo? Si se ha caído la mitad del edificio. Mierda, qué imbécil he sido.

Debería haberme dado cuenta de lo que ese cabrón era capaz de hacer.

__Sí, bueno, no cabe duda de que como método de suicidio no tiene comparación con el clásico dedalito de cianuro. No imaginaba que el cuerpo humano contuviera tal cantidad de energía química.

—Que no era humano, que era alienígena.

—Que no. He revisado la información durante el descenso. Nuestros queridos expertos han hecho algunos progresos. Se ha confirmado que su ADN era humano. Ni siquiera estaba modificado. Las micropartículas no eran propias de su cuerpo. No es que se pudieran sacar muchas de las muestras que tomasteis, apenas unos cientos de miles, pero parece que sirven para reconstruir la estructura molecular de la célula que ocupan. Las modificaciones no se secuencian genéticamente. Ya sabes lo que eso significa.

—Que era alienígena.

—No cabe duda de que la tecnología sí lo es. Hemos descartado que el incidente tenga conexión alguna con Santa Chico. Esto supera su capacidad de creación. Se trata de un sistema nanónico activo con el que se puede desarrollar biología molecular.

El SK2 siseó de nuevo al respirar.

—Encuéntralo. —Resolló. Se encendieron algunos de los pilotos rojos del monitor—. Me cago en Dios, cómo duele.

—De momento te están estabilizando. Dentro de un par de días podrás someterte a terapia de regeneración viral.

—¿Mis huevos siguen en su sitio?

—Al parecer sí, sí.

—Menos mal. Lo demás ya me lo han dicho.

—Lo sé.

—Las dos putas piernas.

—Tendrás otras nuevas en cuanto llegues a casa, como todo lo demás.

—Qué bien.

—¿Te parece que te ponga en hibernación?

—No. Quiero encargarme de esto.

—Como gustes.

—¡Pues claro que gusto! ¡Sabes de sobra lo que esto significa!

—El potencial de un nanónico activo es bastante extraordinario, cierto.

—¿Extraordinario? No me toques los cojones —escofinó el SK2—. Es absoluto. Podemos hacer evolucionar a la raza humana. Además en tiempo real. Se acabó esperar a que las regiones atrasadas se beneficien de nuestras inversiones y se acabó la política de vescritura de la línea germinal. Dios mío, hemos ganado. Ya no habrá más bárbaros retrasados refrenándonos. La sociedad podrá desarrollar un sistema económico totalmente activo-creativo.

—Sí... es bueno conservar la esperanza —dijo Simon con cautela.

—¡A tomar por el culo la esperanza!

A Simon no le hacía ninguna gracia ver sufrir tanto a su clon hermano. Le resultaba demasiado fácil imaginarse a sí mismo tendido en la cama de la sala de operaciones con todas aquellas maquinitas hurgando en sus tripas. El SK2 se estaba obsesionando con la idea de encontrar nanónicos para así justificar su propio sufrimiento y dar sentido a tanto sacrificio y dolor. De hecho, Simon pensaba que sí que lo tenían. Sin embargo, el alienígena estaba utilizando sus nanónicos de una manera muy extraña y claramente hostil.

—Todavía no estamos seguros del poder de este sistema nanónico. Hasta ahora los técnicos han estado demasiado emocionados como para hacer nada más que conjeturas, de modo que no tenemos nada concreto.

—Yo vi en qué se convirtió. Podemos reconstruir a todos los humanos del mundo para dotarlos de sensatez e inteligencia.

—Para que sean tan sensatos e inteligentes como nosotros. —Simon intentó que no sonara muy irónico.

—Para eso existimos.

—Puede, aunque nunca imaginamos que podríamos conseguirlo de la noche a la mañana. —Simon estuvo a punto de preguntarle: «¿Y sí la gente no quiere que la reconstruyamos?». Pero ya sabía qué le respondería a eso el SK2. El descubrimiento de esta tecnología nanónica provocaría una división sin precedentes en el Consejo; algunos lotes exigirían una puesta en práctica inmediata y otros, como el suyo, preferirían tantear mejor el terreno.

Aunque todo serían hipótesis hasta que encontraran al alienígena y adoptaran su tecnología. Simon miró meditabundo al SK2. ¿Por eso había rechazado la hibernación? ¿Para asegurarse de que la adquirían? El mero hecho de pensar que podía pensar algo así de un clon hermano le revolvía el estómago.

—Bien, ahora podemos modificar nuestro objetivo original y tener eso en cuenta, ¿verdad? —dijo el SK2.

—Hablas de una gran alteración de los planes.

—Pero es posible. Y extremadamente deseable.

—Eso sí.

—Interrogad primero a la chica; Michelle Rake, uno de los puntos débiles de la resistencia.

—Por supuesto. ¿Alguna teoría sobre por qué el alienígena utiliza su tecnología contra nosotros?

—No. Todavía nos falta información. También deberás averiguar eso.

Los sueños del dragón era aquello con lo que Lawrence había soñado durante toda su vida. La ironía que para él suponía el Imperio del Anillo le hizo gracia. De nuevo el universo que lo rodeaba había cambiado, llevándose consigo la existencia que consideraba real. Las realidades coloridas y elegantes se fundieron y mezclaron con sus propios pensamientos hasta dar a luz a la revelación. Sumido en aquel inusitado estado de iluminación, flotó en paz tras Mozark mientras el príncipe revoloteaba de planeta en planeta. Lawrence percibió que en aquella historia faltaban extensos pasajes.

—He perdido la mayoría de mis recuerdos —confesó el dragón con pesar.

—¿Entonces esto es real? —preguntó Lawrence mientras contemplaba La Ciudad y se maravillaba ante los palacios de plata y cristal que emergían a la rosácea luz del amanecer.

—Esto es historia.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Decenas de millones de años, si no más. Esa información ya no yace en mí.

Lawrence sabía que de haber tenido los ojos abiertos, hubiera roto a llorar. Los conocimientos del dragón eran fabulosos y su ciencia física formidable. Y no tenía intención de nada. Más que asombrado, Lawrence se sentía como un gusano ante un Dios. Sus objetivos personales le parecían ahora tan intrascendentes y nimios comparados con todo aquello. Sin embargo, el dragón no lo juzgaba, lo que le hacía sentirse culpable.

—Esperaba encontrar riqueza aquí —reconoció Lawrence—. Pero jamás imaginé que me haría tan rico.

—Los aldeanos nunca se han considerado ricos.

—Lo son. Créeme. No puede existir mayor tesoro que conocerte. Tú eres la esperanza que hace demasiado perdí.

—Gracias. Aunque es a los humanos a quienes hay que reconocer el mérito de resucitarme. Yo no existiría de no ser por vuestros esfuerzos.

—Me gustaría saber una cosa —dijo Lawrence avergonzado por preguntar—. ¿Estás seguro de lo de Mozark? ¿Esos lugares y razas que conoció a lo largo de su periplo existieron de verdad?

—Recuerdos son todo cuanto poseo. Son lo que soy. ¿Existe tu pasado, Lawrence?

—A veces deseo que no.

Denise se despertó pronto, cuando todavía estaba amaneciendo, deseando con ilusión que aquella fuera la última vez que durmiera en su cama. Cuando el sol todavía se encontraba bajo, salió al balcón de la casa triangular de sus padres. El sol parecía una espléndida media luna cobriza incrustada en el canal que separaba los montes Arnao y Nallan. Denise lo consideró un buen presagio. No era usual que la niebla no dormitara sobre el canal a esa hora tan temprana del crepúsculo. Ahora podía apoyarse en la

barandilla de madera tallada y contemplar los maravillosos valles tupidos y las escarpadas fachadas rocosas que conformaban Arnoon. Un fino y deshilachado manto de niebla, del que solo sobresalían las copas de los árboles más elevados, flotaba sobre las ondulantes lomas que la rodeaban. La luz del sol le otorgaba un delicado resplandor rosa y oro que lo acompañaba en su descenso desde las estribaciones hacia el llano.

Tras desayunar frugalmente con sus padres, cruzó la aldea para acercarse al pabellón de blancorchos. El clima de la meseta era mucho más frío que el de la costa, siempre más húmedo, al que se había acostumbrado en Memu Bay. Antes de salir de casa se había puesto un jersey de lana de telaraña (regalo de Jacintha, cuyo marido, Lycor, había diseñado incorporando como siempre colores vivos pero no estridentes). La prenda, de un profundo color negro, estaba salpicada de motas de zafiro, topacio y magenta distribuidas con desorden, como arrastradas por el viento; las mangas se ensanchaban por las muñecas, cuyas aberturas de pico permitían enrollarlas con más facilidad. Gracias al mullido tejido, las gélidas ráfagas matutinas que soplaban desde el Kenzi no le afectaban en absoluto.

A su paso por el pueblo, un montón de amigos a los que hacía siglos que no veía salieron a su paso para saludarla, intercambiar los cumplidos de rigor y darle ánimos. Todos le dijeron cuánto sentían lo de Josep, como si pensaran que ella había sufrido su pérdida más que nadie. Pensó que se equivocaban al tratarla como si hubiera conseguido algo en vez de haber estado a punto de traerles la ruina. Sin embargo, decirles eso a la cara hubiera sido muy egoísta. Además, todavía quedaba esperanza, si bien nunca se había imaginado que pudiera presentarse de aquella manera.

Antes de que llegaran los niños, dio una vuelta por el interior del pabellón y acarició la corteza de cada uno de los diez árboles para volver a entrar en sintonía con ellos. De niña pasó incontables y felices horas dentro y fuera del pabellón con sus amigos, jugando y escuchando las fábulas que les contaban los adultos. Lo apropiado era que ella, que había sido elegida para sembrar el estilo de vida de su pueblo por todo un nuevo mundo, gozara ahora de una última oportunidad de narrar a la nueva generación el por qué de su legado.

Poco a poco empezaron a aparecer los niños. Bajaban en pequeños grupos por la pradera principal, brincando y riendo. Denise sonrió sin darse cuenta, como si la felicidad de los niños fuera contagiosa, como si una sola de sus sonrisas hiciera del mundo un lugar menos horrible. A los más

pequeños los traían sus padres. Vio llegar de la mano a Jacintha y Lycor, precedidos por la pequeña Elsebeth, que ya había empezado a dar sus primeros pasos.

Por fin, tras un cariñoso trueque de mimos, todos los niños se sentaron frente a Denise en un amplio semicírculo.

—¿Os han contado las fábulas de Mozark y Endoliyn? —les preguntó.

—¡Sí! —gritaron al unísono.

—Bien, hoy voy a contaros la última historia del Imperio del Anillo. Se desarrolla mucho después de los tiempos de Mozark y Endoliyn. Es un poco triste porque transcurre cuando el Imperio del Anillo empieza a decaer. Algunos habitantes culpaban de ello a las máquinas porque por aquel entonces ya eran tan inteligentes que cuidaban a las personas desde su nacimiento hasta su muerte. Aquella generación criada entre máquinas no tenía otra cosa que hacer que vivir abandonándose al placer y la satisfacción personales. Se habían vuelto decadentes, aparte de un tanto crueles. El respeto que sentían por la vida no era ni de lejos el mismo que aquel que sintieron sus antepasados, quienes elevaron el Imperio del Anillo a su época más gloriosa. Ahora esta generación, la última, disponía de incontables recursos; las máquinas podían desmenuzar los planetas y remodelar sus átomos para construir aquello que se les antojara. Con semejante capacidad bien se podría pensar que ya estarían satisfechos. Pero no. Los planetas no son infinitos. Empezaron a discutir sobre cuántos recursos debería tener cada persona y cómo habría que repartirlos y controlarlos. Al principio todo eran riñas. Después vinieron los ladrones y acaparadores. Al final se desataron las luchas, que a su vez dieron paso a lo que se dio en llamar la Guerra de la Decadencia. Los reinos individuales, que hasta entonces siempre habían permanecido muy unidos, se volvieron unos contra otros. Se construyeron máquinas de guerra, las más terroríficas jamás imaginadas, capaces de reducir todo un planeta a simple polvo estelar y de extinguir las estrellas. Las máquinas peleaban unas contra otras por el reparto de los sistemas solares. Era necesario consumir muchísimos recursos para crearlas, lo que significaba que los sistemas solares que las máquinas conquistaban no tardaban en convertirse en un nuevo artefacto de devastación. Los componentes de la última generación carecían de aquello por lo que habían iniciado el conflicto. Sin los recursos que tanto ansiaban, se extinguieron antes del fin de la guerra. Pese a todo, las máquinas continuaron batallando durante milenios, haciendo estragos entre las

estrellas, hasta que se eliminaron unas a otras y de paso decenas de razas enteras.

»Pero los decadentes y sus armas de destrucción no fueron la única causa de la caída del Imperio del Anillo, si bien sí que fueron los mayores culpables. Representaban solo el aspecto físico del declive. Muchas sociedades siguieron el ejemplo de los wilfrien y decidieron involucionar poco a poco al rechazar la sociedad de la tecnología para iniciar la búsqueda de una existencia pacífica, lo cual implicaba separarse del Imperio del Anillo. Luego había otros, como los bordeadores y la Iglesia Final, que sí habían alcanzado sus metas. Entre ellos se contaba la gente más inquieta, brillante y dispuesta a afrontar nuevos retos; todos ellos habían encontrado su causa, a la que habían entregado su vida. Con el paso de los milenios, su incesante actividad terminó por absorber toda la vitalidad del Imperio del Anillo. Ellos, los mismos que podían haberle insuflado nueva vida.

»Una de las múltiples facciones que surgieron durante las guerras había predicho la caída. Los eternos, más intelectuales que belicosos, habían estudiado las diversas civilizaciones del Imperio del Anillo y habían llegado a la conclusión de que todas las especies de seres vivos mostraban un rasgo común, el ciclo del desarrollo y el declive, que unas veces se completaba en un solo siglo y otras necesitaba del paso de varios millones de años. El caso era que la vida se regía siempre por el mismo patrón, de manera que mientras unos y otros se mataban en la Guerra de la Decadencia y el Imperio del Anillo se desmoronaba, ellos optaron por salvarse. Desesperados, muchos grupos decidieron hacer lo propio, por lo que establecieron colonias y enclaves secretos en los que mantener viva su cultura y así poder expandirse de nuevo algún día y reavivar su época de esplendor. Algunos reinos levantaron fortalezas a su alrededor para no verse afectados por la decadencia que ya se cernía sobre sus vecinos. Todos intentaban resistir ante lo que los eternos consideraban inminente. Los eternos pensaban que estaban condenados al fracaso y, de hecho, tenían razón porque en la actualidad no existe ningún Imperio del Anillo, solo rumores y leyendas de glorias pasadas. A pesar de todo, los eternos todavía siguen con nosotros.

»Los eternos, en lugar de intentar oponerse en vano a su propia agonía, se entregaron al ciclo de la vida. Se transformaron a sí mismos y a su sociedad para vivir en armonía con el cosmos. Los seres vivos y las

máquinas del Imperio del Anillo se fusionaron a nivel molecular. Entonces los eternos se convirtieron en criaturas gigantescas nacidas del espacio. Al contrario que las naves, no requerían energía artificial ni complejas estaciones industriales para mantenerse. En muchos aspectos, aquellos seres eran de lo más simple y precisamente gracias a su sencillez consiguieron sobrevivir y propagarse por la galaxia.

»En la actualidad orbitan alrededor de las gigantes rojas de la galaxia, de cuyo calor y viento solar se alimentan. Poseen descomunales cuerpos sólidos similares a asteroides aerodinámicos dotados de alas solares cuya envergadura se mide en kilómetros. Dados su forma y el abrasador entorno en que se desarrollan, los llamamos dragones. Hasta se reproducen por medio de huevos. Estos se pueden encontrar en todos los sistemas solares en forma de oscuras y frías esferas que flotan entre las nubes de polvo estelar a la espera de que finalice la secuencia principal de la estrella. Ahí comienza de nuevo el ciclo. Las estrellas envejecen y mueren: se hinchan, absorben los planetas que orbitan a su alrededor y por último se transforman en gigantes rojas. En ese momento su energía arropa y reaviva los huevos, que crecen despacio y se alimentan del calor y las débiles ráfagas de iones hasta convertirse en dragones maduros. Es entonces cuando escuchan al universo. Sus alas se componen de elementos que recogen ondas de radio procedentes del otro extremo de la galaxia y de más allá, lo que les permite escuchar la aparición y extinción de las civilizaciones de los distintos planetas. Escuchan al propio cosmos, el nacimiento y la muerte de las estrellas, el aullido de la materia al caer en los agujeros negros, el solitario llanto de los cuásares y los pulsares... Los dragones heredan estos conocimientos unos de otros, reflexionan sobre ellos y los recuerdan. En raras ocasiones los ponen en práctica, puesto que pueden modificarse a sí mismos a nivel molecular. Así es su naturaleza física, el legado del Imperio del Anillo.

»Al final, cuando la estrella se encoge y se convierte en enana blanca antes de desintegrarse por completo, se quedan abandonados en la oscuridad absoluta y van dejando de existir. Aceptar su propia muerte es parte de su ciclo vital, de su naturaleza. Han cumplido su misión y colaborado al desarrollo de su especie. Al igual que cualquier otra civilización, adquieren conocimientos que luego organizan y ceden a sus descendientes. A medida que orbitan alrededor de sus tan necesarias estrellas, van arrojando al vacío nuevos huevos, cada uno de los cuales

contiene el recuerdo de todo cuanto consideran importante y relevante. Estos huevos vagan por las fauces del espacio interestelar hasta que el campo gravitatorio de alguna nueva y brillante estrella los arrastre y acoja en una órbita lejana donde podrán reiniciar el ciclo.

—Solo que uno de esos huevos cayó en la Tierra o, mejor dicho, en Thallspring —intervino Lawrence.

Los niños se quedaron boquiabiertos y se giraron para ver quién había dicho aquello. Lawrence estaba cómodamente apoyado contra el tronco de un blancorcho, con los brazos cruzados sobre el pecho. Sonreía con picardía a Denise.

Los pequeños en seguida se pusieron a cuchichear.

—De aquello hace ya unos dos mil años —prosiguió Lawrence, que pasó a sonreír a los expectantes y un tanto sorprendidos párvulos—. El huevo de dragón emergió del cielo como si de una astillita de rayo de sol se tratara e impactó contra la meseta cerca de la base del monte Kenzi. El choque fue tan enérgico que se abrió un cráter en medio de la roca. La onda expansiva arrancó y aplastó todos los árboles de cincuenta kilómetros a la redonda. Como la madera ardió durante días, el aire se saturó de un espeso humo negro. Además el polvo de la roca vaporizada ascendió en nubes hasta la estratosfera y ocultó el sol durante semanas. Esto provocó el invierno más frío que ha castigado nunca a la meseta, que quedó cubierta por completo de nieve. Años más tarde, el agua de la nieve que empezaba a derretirse llenó el cráter que se había formado con el impacto del huevo. Con el tiempo volvieron a crecer los árboles y algunos siglos después el paisaje ya ofrecía el mismo aspecto que antaño, solo que ahora contaba con un nuevo lago.

»Más adelante comenzó a llegar la gente, que dio en llamar a este lugar Arnoon. Levantaron la aldea y empezaron a recolectar telaraña llorona. Y un día...

—Un día —interrumpió Denise— en que mi abuelo había salido a prospectar, sus sensores de reconocimiento detectaron actividad magnética anómala procedente de la roca de debajo del lago. Decidió perforar allí. Su pequeño robot tardó meses en excavar un pozo que alcanzara la base de la isla. Con todo, cuando por fin llegó al final, mi abuelo encontró fragmentos del huevo. Entonces no podía saber lo que era pero estaba seguro de que eran una especie de matrices artificiales solidificadas y que no las había

creado el hombre. Siguió ahondando y ahondando hasta dar con el fragmento más grande de todos, el que llamamos dragón.

—Para entonces —aclaró Lawrence— su abuelo ya había descubierto que la estructura molecular de esos pequeños fragmentos contenía información. Tras una ardua serie de experimentos consiguió desentrañar parte de esos conocimientos. Una vez que aprendió cómo hacerlo, comenzó a profundizar en la inmensurable reserva de datos que el dragón almacenaba.

—El dragón seguía durmiendo —puntualizó Denise—. Puesto que sólo conservaba recuerdos inconexos, mi abuelo se propuso desarrollar programas que los vincularan. Así, poco a poco el dragón se fue despertando y aprendió a pensar. —Y descubristeis que en realidad se trataba de un sistema nanónico cohesivo capaz de ingeniería molecular. Lo utilizasteis para que las plantas autóctonas dieran frutos terrestres. Lo aprovechasteis para haceros inmunes a las enfermedades. Hicisteis que sintetizara sistemas tecnológicos inconcebibles por el hombre... y lo guardasteis solo para vuestro propio beneficio.

—Porque solo puede realizar lo que nosotros le pedimos. No puede crear nada nuevo, no sabe cómo. Esa información se evaporó a causa del impacto. Hasta la última partícula secuenciadora de comportamiento que contiene mi cuerpo antes formaba parte del dragón. Dio parte de sí mismo para mejorarme y dio todavía más para sanarte.

—Sí —dijo Lawrence, cuya agresividad se había esfumado ya—. Cuesta creer cómo se puede llegar a torcer una vida recta, ¿verdad?

Denise volvió a dirigirse a los niños.

—Ahora ya sabéis por qué aquí las cosas son un poco distintas al resto de Thallspring. Una criatura muy noble sacrificó parte de sí misma para facilitarnos la existencia. Nuestra deuda para con el dragón es enorme y no podemos olvidar cuánto le debemos. Debemos rezar por poder recompensarlo algún día.

Dicho esto, los pequeños salieron por entre los troncos de los blancorchos. Muchos se arrimaron a Lawrence antes de salir disparados riendo tontamente. Aproximarse al malvado gigante del Cuero era todo un desafío. A Lawrence le pareció divertido.

Jacintha se acercó a él con la pequeña Elsebeth en brazos. La niña debía de ser tímida, puesto que había hundido el rostro en el cuello de su madre.

—Ahora te recuerdo —dijo Lawrence.

Jacintha asintió con renuencia.

—Siento que de nuevo seamos enemigos.

—El amor y la guerra; supongo que son parte del ciclo de la vida.

—Me gustaría romperlo. Con la ayuda del dragón.

—Lo sé, me lo dijo.

Jacintha miró fugazmente a su hermana, que las esperaba con un gesto de desaprobación en su elegante rostro juvenil.

—Intenta no ponérselo muy difícil. Es algo que tiene que hacer.

—No te preocupes. Yo también sé lo que debo hacer.

Jacintha lo miró con cierta sospecha antes de regresar con Lycor. Elsebeth le dijo adiós brevemente con la mano y Lawrence también agitó los dedos y sonrió para despedirse de la pequeña.

—Tenemos a Grabowski —le dijo Denise con viveza—. Estoy dispuesta a proponerte un trato. Dado que no puedes regresar a Zantiu-Braun, si cooperas con nosotros las partículas secuenciadoras de comportamiento repararán los daños de Grabowski, incluidos los que ha sufrido en el cerebro, y podrá empezar una nueva vida aquí en la aldea.

Lawrence ensanchó poco a poco la sonrisa hasta que dejó ver la ira que escondía.

—No necesito hacer ningún trato porque pensaba ayudaros de todas maneras.

—¿A qué te refieres? —preguntó Denise con cautela.

—Queréis llevar el fragmento de dragón a Aldebarán, ¿no? La gigante roja más cercana, donde viven los dragones de verdad.

—Sí —asintió Denise, como si admitiera un fatal punto débil—. Allí podrán completarlo. Si permanece aquí, entonces los tuyos acabarán por descubrirlo algún día. Nos lo arrebatarán y lo desguazarán en sus laboratorios corporativos para averiguar cómo funcionan los sistemas secuenciadores de comportamiento. No puedo permitir que algo así ocurra. Es un ser vivo que nos ha dado cuanto le hemos pedido y nosotros no hemos sido capaces de recompensarlo. Esta es nuestra única oportunidad de enviarlo adonde pertenece.

—Así que los míos, ¿eh?

—Zantiu-Braun o el gobierno de Thallspring. Los que no comprenden nuestro estilo de vida, los que no viven una vida real y nunca se

preocuparán más que de sí mismo.

—¿Sabes? Por ahí hay más de los tuyos de los que tú te crees, porque adonde quiera que vaya siempre me topo con algún idealista.

—Lamento que nada de esto te importe en absoluto.

—Ya te he dicho que pienso ayudaros, ¿no?

—¿Por qué? ¿Por qué quieres colaborar ahora?

—¿No sabes lo que es el altruismo?

—No creo en él si lo cacarea alguien como tú porque si viniste hasta aquí fue solo para robar el dragón. Nadie cambia de chaqueta ni de principios de la noche a la mañana.

—Antes de llegar aquí ni siquiera sospechaba la existencia del dragón. Pensaba que tendríais por ahí escondido algún surtido alijo de oro y diamantes.

—Entonces... —Denise lo miró con desazón—. ¿De dónde has sacado tu Principal?

—Me lo dio un chico que conocí en Amethi. Un buen muchacho. Estaba un poco descaminado y confundido; ¿aunque quién no lo está a esa edad?

—De modo que la Tierra ha encontrado un dragón.

—No. Por eso voy a ayudaros.

Michelle no sabía dónde estaba ni qué hora era. Ni siquiera estaba segura de qué día era.

Después de que los Cueros la sacaran de su habitación, la habían llevado a alguna parte en una furgoneta blindada. Los médicos del ascensor también iban. Le arrancaron la camiseta para cubrirle todo el pecho de sensores. En las extremidades y el estómago le clavaron varias agujas que más tarde, al sacárselas, le cubrieron la piel de dichas zonas con igual cantidad de gotitas de sangre. Michelle gritó, suplicó y pataleó. Todo en vano. Un Cuero la sujetó hasta que terminaron de hacerle pruebas.

Después le tiraron la camiseta a la cara e intentó cubrirse los pechos con ella. Se quedó tirada en el suelo de la furgoneta, llorando desconsolada y temerosa de que los hombres la violaran, cosa que no ocurrió.

El viaje duró un cuarto de hora. Cuando se detuvieron la sacaron a empellones de la furgoneta, que habían aparcado en un garaje subterráneo

de hormigón. La llevaron directamente a una pequeña celda, en la que la metieron de otro empujón. Las bisagras rechinaron cuando cerraron la puerta.

Al cabo de una hora empezó a pensar que se habrían olvidado de ella. Golpeó los barrotes de la puerta pero no apareció nadie. Rompió a llorar de nuevo y se odió por ser tan débil. Le aterrorizaba pensar que Zantiu-Braun pudiera hacer con ella lo que se le antojara. Cualquier cosa. Nadie se enteraría. Ojalá pudiera ver a Josep... Si estuviera con ella todo sería más llevadero. Se tumbó en el catre y poco a poco fue adoptando una postura fetal, abrazándose las piernas y apretándoselas con fuerza contra el pecho. No podía dejar de sollozar. ¿Por qué no la sacaban y la interrogaban de una vez? Que se acabara todo ya. Sin darse cuenta se fue quedando dormida.

Se despertó cuando alguien abrió la puerta de golpe. Un Cuero entró en la celda. Michelle se apretó la camiseta contra el pecho y miró muerta de miedo al gigante negro. En ese momento se dio cuenta de que no estaba tan preparada para el interrogatorio como pensaba.

—Tú. Conmigo. Ahora. —El Cuero le indicó que saliera.

Condujo a Michelle por una serie de pasillos sombríos hasta un ascensor que los llevó a una de las plantas principales del edificio. Michelle creyó que se trataba de un hotel de cinco estrellas cuando vio el tapizado dorado y las puertas de madera pulida. De las paredes colgaban grandes y complicados óleos. Las delicadas mesas de época soportaban jarrones de porcelana rebosantes de arreglos florales. Los conos de luz exhibían adornos de plata y cristal tallado.

No era un hotel. Cada vez que se asomaba a una de las puertas abiertas podía ver la oficina a la que daba paso. Vio a los hombres que trabajaban en ellas y los que pululaban apresurados por los pasillos, todos los cuales tenían el mismo aspecto apesadumbrado. Nadie parecía preguntarse quién era ella.

Por fin el Cuero abrió la puerta de un despacho en que solo había un escritorio. Un hombre los esperaba; llevaba un elegante traje gris y púrpura diferente de todos los que había visto hasta entonces.

—Ya la llevo yo —le dijo al Cuero.

Michelle apenas oyó nada. Se había quedado mirando por la ventana, que tenía vistas a un terreno muy bien cuidado que se extendía hasta que quedaba atravesado por una amplia autopista circular. Al otro lado se veían

los familiares y achaparrados edificios públicos que saturaban el centro de Durrell. Si los estaba viendo desde aquella perspectiva era que se encontraba en el Señorío del Águila.

—Soy Braddock Raines —dijo el hombre—. Por favor... —Se quitó la chaqueta y se la tendió—. Lamento cómo la han tratado. Los muchachos de primera línea se emocionan en seguida, sobre todo cuando se trata de una operación de máxima prioridad como esta.

—¿Operación? —repitió Michelle con confusión. Aún no comprendía lo que estaba sucediendo.

—Todo a su debido tiempo —le dijo con voz tranquilizadora a la vez que señalaba a la gran puerta doble—. A mi superior le gustaría charlar con usted.

Al otro lado de la puerta doble había otro despacho más amplío. El hombre que estaba sentado tras el generoso escritorio sonrió y asintió con la cabeza a Michelle cuando Braddock la llevó a la entrada y después volvió a centrar su atención en la pantalla que tenía ante sí. Era difícil adivinar su edad. Michelle le echó cuarenta y cinco años, aunque su expresión de firme autoridad era característica de alguien mucho mayor.

Braddock la acercó a un sofá y le recomendó que se sentara. Michelle se refugió en la chaqueta como si fuera su escudo.

—Me llamo Simon Roderick —le informó el hombre del escritorio—. Me encargo de la seguridad de Zantiu-Braun en Thallspring. Y tú, Michelle, has demostrado ser una jovencita muy estúpida.

Michelle bajó la mirada rezando para no ponerse a llorar ya.

—En este momento una de las cosas que juegan a tu favor es que sabemos que eres humana.

—¿P... perdón? —tartamudeó Michelle.

__Que eres humana, al contrario que este caballero. —La pantalla de sábana que colgaba de la pared mostró una fotografía del rostro de Josep—. Ah, si lo reconoce.

—Sí.

—Gracias, Michelle. Al menos así te puedes hacer una idea del lío en que te has metido.

—Algún día ustedes serán derrotados —protestó Michelle, sorprendida por el coraje que no sabía de dónde había sacado.

—Estos alienígenas tan peligrosos no solo pueden acabar con Zantiu-Braun, sino con todo el género humano.

—¿A qué se refiere con eso de «alienígenas»?

—¿No lo sabías? Tu querido camarada no era del todo humano.

—Eso es ridículo. —Nadie podía ser más humano que Josep. Solo un humano podía proporcionarle a otro tanto placer y satisfacción.

—¿De verdad? —Una masa de esferas multicolores reemplazaron la fotografía de Josep—. ¿Sabes qué es eso, Michelle?

—No.

—No me sorprende. Ni siquiera nosotros estamos seguros del todo. Es una nanomáquina que parece capaz de ingeniería molecular. La extrajimos de la sangre de tu amiguito.

—¡Qué le han hecho a Josep! —Se le volvieron a humedecer los ojos, en esta ocasión con lágrimas de rabia, no de miedo.

—¡Josep! —Simon sonrió—. Por fin sabemos su nombre.

Michelle se encorvó con abatimiento. La furia se evaporó con la misma facilidad con que había empezado a hervir. Cómo podía haber sido tan tonta de dejarse atrapar así—. Pueden hacerme lo que quieran —dijo con hosquedad—. No pienso ayudarlos.

Simon se levantó, se acercó al sofá donde estaba Michelle y se sentó a su lado. Michelle intentó no mostrar demasiado temor. Simon sirvió el té que había en la jarra plateada de la mesita.

—¿Imaginas siquiera lo que podríamos hacerte? —preguntó Simon—. ¿No te lo dijo nunca tu Josep? —Me drogarán, lo sé. Quizá me violen antes de matarme.

—Demonios, qué idea tan repugnante. No somos salvajes. Jovencita, debes aprender a distinguir entre los hechos y la morbosa propaganda que hace tu bando. Pero sí, podríamos drogarte y someterte a diversas técnicas de hipnosis y estimulación, ninguna de las cuales se caracteriza por resultar agradable. No podrás ocultarnos nada, confesarás tus secretos mejor guardados. ¿Sabes por qué no te estamos haciendo ya todo eso?

—Para obligarme a darles nombres —respondió Michelle con asco.

—Error. Quiero proponerte que nos facilites la información por voluntad propia. Me temo que no disponemos de mucho tiempo. Te aseguro que no bromeaba cuando te he dicho que tu Josep es un alienígena.

—¿Qué le han hecho?

—Nada. Ojalá pudiéramos. Se escapó poco después de que lo atrapáramos.

—Bien. Nunca volverán a cogerlo.

—Sin tu ayuda no, desde luego.

—No pienso ayudarlos. Tendrán que interrogarme a fondo. —La idea de que le hicieran daño le daba escalofríos, pero cada minuto que consiguiera retrasarlos era un minuto de ventaja para Josep.

—¿No vas a preguntar dónde lo capturamos? ¿O acaso ya lo sabes porque lo ayudaste a planificar el abordaje?

—No sé de qué me está hablando. —Sin embargo, una insoportable duda la corroía. Todas aquellas noches sin aparecer por casa. Decía que debía cumplir con su misión de mensajero, como todos los demás componentes de la célula. Ahora que lo pensaba, a ella nunca le habían encargado llevar nada de un lugar a otro por la noche.

Simon levantó su taza de té y se acomodó en el sofá. Por la pantalla de sábana empezó a pasar un parte de las noticias del puerto espacial. Estaban sacando bolsas de restos humanos del arruinado bloque de administración.

—Oh, Dios mío —susurró.

—Ocho muertos —le informó Simon—. Incluido el colega del señor Raines.

Braddock Raines se había quedado de pie junto al sofá y permanecía inexpresivo. Michelle lo miró con culpabilidad.

—Diecisiete heridos, tres de gravedad. Nuestra operación de ascensión de carga sufrirá varios días de retraso y toda Durrell está aterrorizada a la espera de las represalias que vamos a emprender. Al fin y al cabo, prometimos recurrir a los collares de buena fe para evitar todo tipo de interrupciones en nuestra campaña de captación de bienes. Michelle, ¿cuántos ciudadanos de Thallspring crees tú que Z-B debería asesinar para que tus compañeros de la resistencia no vuelvan a hacer travesuras? ¿Qué tal diez?

—Ya basta.

—¿Mejor cincuenta?

—¡Ninguno! —gritó—. Nadie debe morir. Josep no tiene la culpa. Nosotros no hemos provocado esto. Nos limitamos a sabotear sus transportes y fábricas ocupadas. No queríamos esto, nunca pretendimos matar a nadie.

—No será lo que tú quieres, Michelle. Existen grandes diferencias entre tus comprensibles, aunque patéticas, ansias de combatir contra los invasores y los objetivos de tus aliados alienígenas.

—¡Josep no es ningún alienígena!

—Santo cielo, qué irónico. Si queremos te podemos sacar toda la verdad y, sin embargo, no podemos hacértela comprender. El caso es que yo sé cuál es la verdad. Josep alteró y mejoró su cuerpo mediante una tecnología alienígena y a ti te utilizó.

—Mentira. Nos queríamos.

—Oh... —Simon suspiró con alegría—. ¿Ha sido tu primer amor, Michelle?

—Yo... eh...

—Así que sí. Qué dulce.

—No, no lo ha sido. —Sabía que aunque lo negara nunca podría engañar a Roderick y se puso colorada.

__Las agencias de inteligencia utilizan un truco muy sencillo para infiltrarse en las filas enemigas, Michelle. Es un clásico que se viene empleando desde hace siglos. Consiste en encontrar a una persona infeliz que se sienta sola y triste que se mueva por el ambiente en que te quieres colar; por ejemplo, una mujer soltera de mediana edad, quizá no tan guapa como lo son la mayoría de su generación. Entonces el lobo entra en acción. Se conocen, como por casualidad. Ella se ve cortejada de repente por un hombre apuesto cuya fogosidad en la cama le cuesta creer y que vive por y para ella. La mujer le entrega su corazón y de paso toda su confianza. ¿Te suena algo de esto, Michelle?

—No —respondió con voz apagada.

—¿No se cruzó en tu camino más o menos cuando llegamos nosotros a Thallspring, Michelle? Este ha sido tu primer año en la universidad, la primera vez que de verdad has dependido de ti misma. No sacabas buenas notas. Te sentías sola. ¿Lo conociste en el campus? No. ¿Entonces antes? Ah, claro, la primera vez que saliste de casa. Tus padres te pagaron unas vacaciones en Memu Bay como premio por haber superado los exámenes de acceso. Fue así, ¿verdad? Así es como lo conociste. El clásico y perfecto romance de verano.

Michelle no consiguió contener el llanto. El dolor que aquellas palabras le provocaban era más insoportable que la más cruel de las torturas.

—Josep me quiere. ¡Me quiere!

—Después os invadimos. Josep regresó a tu vida como por arte de magia. Sí. Se quedó a vivir contigo, de forma no oficial, por supuesto, porque no se ha encontrado ni una sola ficha de él en todos los archivos de la universidad. De hecho, no se ha encontrado ninguna prueba de su existencia en toda Thallspring. Desde un punto de vista digital, es un fantasma. ¿Tú sabes lo difícil que es eso, Michelle? Las peticiones de búsqueda más complejas jamás desarrolladas han sido incapaces de encontrar ni una sola huella suya en todo el banco de datos global.

—¡Es humano! —Imploró Michelle—. Por favor. —Miró a Raines, que negaba pesaroso con la cabeza.

—¿No te contó Josep que tenía un juguete muy especial? —Continuó Simon sin darle tregua—. ¿Un programa muy listo y ultrasecreto que ayudaría a la causa?

Michelle se estaba recogiendo de nuevo en posición fetal para protegerse de aquella voz despiadada e infatigable que estaba haciendo añicos su mundo.

—Un programa mejor que cualquier cosa que se pueda crear con un SA terrestre. ¿Qué te contó? ¿Que lo desarrollaron cuatro adolescentes *freaks* en un apartamentucho compartido y que por casualidad también eran leales a la causa de Thallspring? —Simon levantó la barbilla de Michelle con el dedo índice para que le mirara. Tenía las mejillas empapadas de lágrimas. Simon percibió con su sentido electromagnético la marea de dolor que sacudía los pensamientos de la joven—. Lo siento mucho —le dijo con dulzura—. De verdad. A mí todo esto me resulta tan aterrador como a ti.

—Pr... Principal —tartaleó Michelle—. El p... El programa se llama Principal.

Sacar el dragón de su guarida subterránea iba a ser una operación muy delicada. La ruta, cómo no, se había trazado hacía años. La familia de Denise había cavado un segundo pozo que llegaba hasta la cámara, mayor que el del ascensor, y que comenzaba a un lado del pequeño templo de piedra.

Lawrence se había sentado en uno de los asientos curvos de piedra para ver cómo retiraban la cubierta oculta mediante pistones magnéticos y levantaban con ella un metro de suelo. Poco a poco fue saliendo el dragón, que aún permanecía unido a su pedestal de cristal lechoso. La malla de oro de inducción energética continuaba bien adherida a la sección media. El sol hacía destellar hasta la última de sus hebras. El plácido gemido de los motores electrohidráulicos se oía por toda la zona.

—Bienvenido al mundo —dijo Lawrence—. ¿Percibes la luz?

—No de manera directa —contestó el dragón—. Sin embargo, recibo imágenes de ti y de otros humanos. Conozco el paisaje de Arnoon. Es precioso.

Aparte de curarle la pierna y la cadera, las partículas secuenciadoras de comportamiento también le habían modificado un racimo de neuronas que ahora trabajaban como si fueran un IND implantado. La descritura, como la llamaba Denise, permitía que las partículas transformaran las estructuras celulares directamente, algo que la vescritura humana nunca podría conseguir, de no ser mediante tratamientos de la línea germinal. La vectorización de nuevo ADN consistía en un tratamiento general que afectaba a órganos y músculos enteros, mientras que esta innovadora técnica trabajaba de manera más selectiva y precisa:

—Pero aquí no a todo el mundo se le ha modificado un racimo de neuronas como habéis hecho conmigo, ¿me equivoco? —le preguntó.

Llevaban casi toda la mañana sentados juntos en el pabellón de blancorchos discutiendo sobre cómo subir el dragón hasta una nave. Se limitaban a hablarse con educación, pues ambos habían vivido demasiado como para hacerse íntimos de la noche a la mañana.

—No —respondió Denise—. Es algo que solo necesita gente como Raymond, Jacintha o yo. Nunca hemos pretendido crear una raza de superguerreros. Las mejoras que se realizan en los niños son más provechosas y ventajosas que eso.

—¿Algo así como la vescritura de la línea germinal?

—Sí. Los secuenciadores de comportamiento pueden alterar el ADN con gran facilidad. Aquí el cáncer no afecta a nadie, todos gozan de sistemas inmunitarios más fuertes, órganos perfeccionados, una mayor esperanza de vida y un coeficiente de inteligencia superior. Los cambios son

permanentes y los rasgos heredables. Arnoon ya no dependerá más del dragón.

—¿Y la comida? —dijo Lawrence. Sobre la mesa que tenía delante de él había un cuenco de madera tallada lleno de distintas frutas. Posó el dedo sobre el borde del recipiente para que este bailara de un lado a otro.

—También hemos realizado adaptaciones genéticas en las plantas —explicó Denise, que se regocijaba en el asco que aquello le produjo al invasor—. Se reproducirán solas. Dentro de cien años este bosque se habrá convertido en la despensa de la ciudad. Ya no harán falta las refinerías de células proteínicas. Otra necesidad económica que pasará a la historia.

—Esa necesidad económica evitó que el setenta por ciento de la población humana se muriese de hambre. Cultivar para obtener alimentos implica un absoluto despilfarro de energía.

—Depende de cada cultura —replicó Denise—. Antes los países más desarrollados recurrían a la agricultura industrial para alimentar a la población urbana. Si esa población se distribuyera en aldeas autónomas como Arnoon, entonces sus necesidades serían muy distintas.

—El mundo se compondría de comunidades lejanas físicamente pero unidas por el banco de datos. La verdadera aldea global. El conocimiento pertenece a todas las personas, cada una de las cuales sigue su propio camino. Sabes que se necesitarían microfábricas para llevar eso a la práctica.

—Sí, lo sé. Hemos estudiado el dragón lo mejor que hemos podido y hemos copiado hasta el último de sus recuerdos. Albergamos la esperanza de que si le entregamos ese conocimiento al mundo se podrá construir algo similar al secuenciador de comportamiento. Se tardará décadas pero nunca hemos pretendido forzar ningún cambio. Va a ser una revolución orgánica generada a partir del conocimiento interno. Si aquí no tiene éxito, lo tendrá en otro mundo. La cultura actual no puede ser el único medio de desarrollo de una sociedad tecnológica. No debe.

Lawrence sonrió con picardía.

—Habrá que derribar toda una montaña de prejuicios.

—Sin duda los hay. —Denise cogió un melocotón del cuenco y se lo ofreció.

—¿Estás segura? La última vez que una chica me dio de comer le vomité encima.

—¿No te han dicho que eres un conquistador nato?

Lawrence cogió la fruta y le dio un mordisco. Paladeó el sabor dulce de la suculenta pulpa. Muy rico, la verdad.

—No solo recogemos fruta de nuestros árboles —le contó Denise con inocencia—. Algunos dan carne.

Lawrence casi se atraganta.

Antes de marcharse vio a Hal, que estaba durmiendo con placidez en una de las casas triangulares. Habían reparado todos sus módulos médicos, que volvían a bombear sin cesar diversas sustancias químicas a su organismo. Incluso tenía un color mucho más saludable.

—Casi hemos reparado por completo el principal daño interno —le comunicó el médico—. Mañana o pasado mañana empezaremos a retirarle los módulos. Lo que me preocupa es su corazón biomecánico.

—¿Qué le pasa? —preguntó Lawrence.

—Es un poco rudimentario. Supongo que se lo colocaron como remedio temporal. No estoy seguro de cuánto resistirá, además ahora que se llevan el dragón no disponemos de suficientes partículas secuenciadoras de comportamiento para repararlo. Es probable que necesite un trasplante dentro de unos veinte años.

Lawrence soltó una risita sofocada.

—Me pregunto qué clase de corazones se fabricarán entonces.

—Quién sabe.

—¿Qué hay de su cerebro?

—Tardará más tiempo en sanar. La falta de oxígeno provocó la muerte de demasiadas neuronas. Las partículas secuenciadoras de comportamiento están trabajando tan rápido como pueden, pero el muchacho no recuperará todas sus funciones intelectuales hasta transcurridas algunas semanas.

Lawrence sonrió al pensar que eso en el caso de Hal no implicaba un gran trauma.

—¿Recuperará la memoria?

—No. Ni siquiera los sistemas del dragón la podrán recuperar. Su vida quedará mellada por un sinfín de lagunas.

Lawrence acarició la frente de Hal.

—Supongo que así es mejor si tiene que empezar aquí desde cero.

—Sí.

—Hágame un favor. Quítele las válvulas. Así ni siquiera sospechará quién fue. —Por supuesto. ¿Quiere dejarle un mensaje para cuando se recupere?

—Sí... no sé. Buena suerte, supongo. Debía admitir que no era muy emotivo pero, ¿qué otra cosa podía decirle? El niñato tenía la oportunidad de iniciar una nueva vida, de modo que, ¿por qué anclarlo al pasado?

—¿Por qué no le grabas un mensaje? —sugirió el dragón.

—No. Lo mejor que puedo hacer por él es librarle de todo tipo de ataduras. Además, lo último que necesita es un consejo mío. Ya veis cómo lo he estropeado todo.

—Creo que todo es un capricho de ese dios vuestro.

Lawrence se llevó dos dedos a la frente para saludar al dragón mientras un robot elevador de mercancías lo levantaba del pedestal.

—Eso será.

Jacintha entró en el templo y se sentó junto a él. Un pequeño robot de carga la seguía de cerca. Desde la isla casi no se podía ver tierra firme a causa de la miríada de barcas en que había venido gente y habían traído equipamiento de todos los rincones de la aldea. Lawrence confiaba en que los satélites espía de Z-B no se fijaran en el exceso de actividad de la zona. Los aldeanos aseguraban que habían localizado todo cuanto las naves habían lanzado a órbita baja alrededor de toda Thallspring. Si no se equivocaban, en aquel momento el cielo se encontraba despejado.

—Tu Cuero está listo —le dijo Jacintha al tiempo que señalaba la gran caja de plástico que transportaba el robot.

—Gracias. Pensé que había muerto.

—Ya teníamos el antídoto para la mordedura de luciorón mucho antes de encontrar al dragón. Si se administra pronto, la curación es segura. Las fibras musculares del Cuero lo absorbieron muy bien una vez que drenamos la sangre contaminada.

—Muchas gracias. Me acojoné cuando esos bichos me atacaron.

—Toda rosa esconde alguna espina. Los ríos de esta zona están infestados de luciorones. A mí me han mordido en un par de ocasiones.

—¿No se puede introducir en su entorno algún virus que provoque su extinción?

Jacintha lo miró atónita.

—No sé si mi hermana hace bien en fiarse de ti.

—No escondo nada.

—Es quien mejor representa a Killboy. Yo formé parte del equipo que eliminó a tu pelotón. ¿Vas a fingir que no te acuerdas? No me lo creo de un hombre que acabaría con toda la especie del animal que le ha mordido.

—Los muchachos del pelotón decidieron acompañarme —dijo Lawrence con voz queda—. Yo los traje hasta aquí. Podríais habernos tendido alguna trampa, sin embargo, fui yo quien os los puso en bandeja.

—Y yo que pensaba que ibas a soltarme eso de que ya conocían los riesgos.

—Eso también. No solemos esperar que los pueblos se rebelen, mucho menos los de las regiones interiores de Thallspring. Con todo, cada vez que aterrizamos en algún planeta sabemos que existe la posibilidad. Puede que Denise contara con un puñado de juguetitos peligrosos, pero su mayor ventaja sobre nosotros era lo dispuesta que la gente se mostraba a sumarse a su estúpido movimiento de resistencia. Si los habitantes locales se organizan como es debido o ponen a Z-B en evidencia, entonces ya hemos perdido. ¿De verdad crees que un capitán de nave, un hombre de carne y hueso que tiene esposa e hijos, es capaz de dar la orden de iniciar el baño de gamma y asesinar a medio millón de personas? Nunca. Por lo tanto sabemos que aquí abajo estamos desamparados, que no podemos contar con el respaldo de las naves. El hecho de que Denise se cargara a tantos de nosotros en Memu Bay demuestra algo de lo que ya me di cuenta hace mucho tiempo: que Z-B ha entrado en declive. Y lo más probable es que jamás se recupere. Los Cueros son un avance tecnológico increíble, incluso si los comparamos con las capacidades de vuestro dragón, pero sin la organización, la iniciativa y la determinación de superar los problemas que se presenten, no valen para nada. Y en Memu Bay no demostramos poseer ninguna de esas cualidades. Lo de Santa Chico debería haberle dejado claro a los del Consejo que las campañas de captación de bienes hoy carecen de sentido y que hay que ponerles punto final. Sin embargo, siguieron adelante en busca de objetivos más débiles.

—¿Entonces estás de acuerdo con los eternos? ¿Crees que la vida es un ciclo sin fin?

Lawrence suspiró despacio, extenuado de tanto reprimir su rabia y desesperación.

—Puede. ¿Sabes qué? Lo cierto es que no me importa. No me importa que mataras a mis amigos. No me importa haber matado a los de la emboscada. No me importa si así estamos en paz o no. No me importa que Z-B se esté derrumbando poco a poco. No me importa que queráis desarrollar una civilización de nobles principios basados en esa memez de que los unos pueden llegar a vivir en una perpetua paz con los otros. No me importa que la desquiciada de tu hermana esté dispuesta a sacrificarse a sí misma y a los suyos para poner a salvo un pedrusco parlante. No me importa una mierda que el universo se vaya a tomar por el culo ni que un agujero negro se trague toda la puta galaxia. Me he pasado los últimos veinte años preocupándome. Me he preocupado por mi pelotón, me he preocupado por el comportamiento del ser humano y adonde lo estaba empujando. Me he preocupado por derribar todas las fronteras posibles. Me he preocupado por mi carrera e incluso por lo que estaba haciendo con mi vida. Y mira adonde he llegado por tanto preocuparme. A ayudar a un hatajo de *hippies* cósmicos a secuestrar una nave. ¡Por el puto amor de Dios!

—¿Quieres decir que no podemos confiar en ti?

—Veo que lo vas pillando. Denise no confía en mí ahora ni lo hará nunca. Y a mí no me gusta ella ni tampoco me gustará nunca. A pesar de todo, respeto sus habilidades y a cambio espero que a mí también se me muestre el debido respeto. Lo que sí podéis esperar de mí es profesionalidad. Dependo de esto mucho más que cualquiera de vosotros. Secuestraré la nave y la llevaré a Aldebarán. Eso os lo garantizo.

—Comprende que no pueda fiarme, Lawrence.

—Ahora se trata de mí, no de vosotros ni de vuestros ideales. Por eso podéis creerme. Por fin, después de tantos años, tengo la oportunidad de recuperar mi vida y vivirla tal y como tenía que haberla vivido. Ahora debo recuperar los últimos veinte años. Después de Aldebarán me iré a casa. Es lo único que quiero, volver a mi hogar. Y nada ni nadie me lo va a impedir.

El ruido del aerodeslizador que se acercaba hizo que los dos miraran al lago. Lawrence no pudo reprimir una risita burlona al ver aquel rudimentario aparato. El vehículo, fabricado con la madera más ligera y robusta de Arnoon, consistía en una simple plataforma ovalada en cuya proa habían montado la cabina. Sobre las esbeltas aletas de la popa había dos grandes hélices dirigibles. La base era de una variedad de lana de telaraña muy prieta que retenía con facilidad el aire sobre el que flotaba.

Los motores eléctricos movían las hélices y los impulsores, que se habían podido rescatar de una chatarrería de maquinaria pesada que había en la meseta.

Se deslizaba con limpieza sobre el agua, en la que levantaba una espumosa estela que nacía debajo de la base. El vehículo tembló un poco al llegar a la isla porque la parte frontal de la base se tropezó con los guijarros y las malas hierbas de la orilla. Las hélices empezaron a girar en sentido inverso hasta detenerlo. Por último se posó en el suelo dejando escapar un prolongado silbido de descompresión.

El robot de mercancías que transportaba el dragón se acercó al aerodeslizador. La rampa que habían colocado frente a las aletas de las hélices le permitió acceder a la cubierta.

—¿Preparados? —preguntó Denise. Miró con angustia a Lawrence y su hermana porque sabía que habían estado discutiendo.

—Más que nunca —exclamó Lawrence con brío—. ¿Seguro que ese cacharro funciona?

—Pues claro —dijo Denise ofendida—. Hemos ensayado la ruta mil veces. Bajar por el río es la forma más sencilla de salir de Arnoon. El aerodeslizador nos llevará a Rhapsody Province. Uno de los camiones articulados de Dixon nos espera ya en el punto de encuentro. Transportará el dragón hasta el aeropuerto de Memu Bay. Tardaremos quince horas en llegar allí. Después todo quedará en tus manos.

—No te preocupes, mi contacto ha enviado un avión a recogernos. ¿Dónde está la vaina de mercancía? No podemos meter el dragón en un Xianti tal cual está.

—La vaina de mercancía está en el camión. Una RL33, sesenta toneladas de capacidad, tal como exige la normativa industrial. En cuanto lleguemos meteremos en ella el dragón.

—Muy bien. En marcha.

A Simon le sorprendió el hecho de que Thallspring no contara con medios de transporte supersónicos. Decidió apropiarse del reactor presidencial, que apenas llegaba a mach 0'9. Era un reactor rehabilitado de

cercanías de gama media con capacidad para cincuenta personas que tardaba cuatro horas en volar a Memu Bay.

Simon se pasó todo el viaje consultando su SA personal y lanzando centenares de peticiones al banco de datos de Memu Bay. La compañía de ocio que Michelle había elegido para ir a bucear entre los atolones no tenía ningún archivo de ningún empleado llamado Josep, ni de Raymond, quien se suponía que era su amigo. El rastreo del SA no detectó ninguna anomalía en los bloques de memoria de la empresa. Nada de archivos sustituidos ni de huecos en los registros de las excursiones en barco diarias que se realizaron durante los meses previo y posterior a la estancia de Michelle; hasta los libros de la contabilidad estaban en orden.

—Arréstenlos —ordenó Simon a Ebrey Zhang.

—¿A quién, si me permite? —preguntó el gobernador de Memu Bay.

—A los gerentes de la empresa. A los monitores de buceo. A la tripulación de los barcos. Tráiganlos a todos para interrogarlos. Los quiero apresados para cuando llegue.

—Sí, señor.

La evidente renuencia del gobernador hizo que Simon repasara el informe de la situación actual de Memu Bay.

—Por Dios santo —murmuró a medida que leía los datos azules que iban pasando ante él. Y pensar que le había aconsejado al SK2 que mantuviera vigilada la zona.

Un cataclismo había arrasado Memu Bay durante la última semana. La captación de bienes se había reducido al cincuenta por ciento de lo previsto. La actividad de dos tercios de las fábricas del asentamiento se había visto interrumpida por algún tipo de huelga. Tras el caso Grabowski toda la oficina del alcalde había decidido dejar de trabajar y no colaborar más con Ebrey Zhang. El resto del sector civil ya solo mantenía los servicios mínimos. La moral de los pelotones estaba por los suelos y se habían presentado denuncias contra el treinta por ciento del personal de Z-B. Seguían apareciendo nuevos casos de tuberculosis y la elaboración de las vacunas avanzaba a paso de caracol. Los actos de sabotaje de las fábricas se habían convertido en el pan de cada día. Varios distritos se habían convertido en zonas prohibidas, incluso para los pelotones de Cueros. Los collares de buena fe ya no servían para nada porque como siempre había represalias Zhang había decidido no empeorar la situación.

Mientras más analizaba Simon la situación y su historia, más interesado se sentía. Se podía decir que Z-B había perdido el control del asentamiento. La resistencia de Killboy había tramado al detalle una confabulación contra los invasores que había desembocado en una situación de cuasi anarquía.

—¿Por qué? —le preguntó Simon a un consternado Braddock Raines—. ¿Qué ventaja supone todo esto para nuestro alienígena? Si eliminan a Zhang, Zantiu-Braun no se va a ver muy afectada.

—No creo que puedan —estimó Braddock—. Aniquilar a un Cuero físicamente es muy difícil incluso para ellos. Pueden impedir que los pelotones entren en algunas calles y obligarlos a correr a protegerse al cuartel, incluso pueden hacer que se replieguen de camino al aeropuerto. Pero si les tocas de verdad las narices, entonces te responderán. Parte del problema es que Zhang se contiene demasiado.

—Debemos estar al tanto de lo que sucede allí —dijo Simon—. Si los pelotones abandonan las calles, el alienígena podrá hacer lo que le plazca en Memu Bay sin que nos demos cuenta. Pero todavía no sabemos qué es.

El reactor presidencial aterrizó sin incidentes. Había muy poca actividad en el aeropuerto. La mitad de las instalaciones habían recurrido a las reservas de energía para seguir funcionando porque una célula de la resistencia había cortado un grupo de cables superconductores hacía dos noches. Los Cueros patrullaban por todo el perímetro.

Un helicóptero esperaba a Simon, que se subió en él al mismo tiempo que un enorme reactor de mercancías de Pan-Skyways despegaba rumbo a Durrell con la bodega llena de bienes.

Los Cueros tuvieron que despejar la plaza de enfrente del ayuntamiento para que el helicóptero pudiera aterrizar. Los alborotadores que se habían acercado a la zona los abucheaban y lanzaban piedras por encima de las barricadas. La escolta de Cueros de Simon se cerró a su alrededor. Por lo general no les prestaba mucha atención, pero en esa ocasión agradeció mucho su presencia. No solía exponerse a situaciones de riesgo. La clamorosa hostilidad de la multitud le ponía muy nervioso.

Ebrey Zhang tenía una montaña de buenas razones que justificaban la delicada situación actual de Memu Bay y estaba ansioso por dárselas todas.

—Olvídelo —dijo Simon con brusquedad—. Sé muy bien por qué se ha montado este follón, aunque eso tampoco le será de gran ayuda ante la comisión de investigación.

Ebrey Zhang intentó no fruncir el ceño.

—¿Arrestó a los de la compañía de ocio? —preguntó Simon.

—Sí. Y no fue nada fácil. Mis pelotones las pasan moradas en cuanto ponen un pie fuera del cuartel.

—No pienso tolerar esta situación, podría interferir con mi investigación. ¿Podrá imponer la ley marcial?

—Quizá —respondió Ebrey Zhang—. En ciertos distritos resultará muy complicado.

—Declárela. Imponga un toque de queda que comenzará a las seis en punto y durará veinticuatro horas. Autorice a los Cueros a dardear a todo el que salga a la calle después de la hora indicada. Detenga todo el tráfico y limite el acceso al banco de datos doméstico a entretenimiento y llamadas oficiales. Todo acto de resistencia o agresión dirigido contra nosotros se interrumpirá mediante el uso de la fuerza letal. Se activará un collar de buena fe por cada incidente de este tipo.

—Muy bien. Pero después será complicado hacer que los ciudadanos vuelvan a su puesto de trabajo. Puede que no alcancemos el porcentaje mínimo de bienes.

—No importa, ya los doy por perdidos. Ahora quiero ver a los prisioneros.

Todas las entrevistas transcurrieron igual. La reticencia superficial inicial de los interrogados siempre se evaporaba en cuanto se daban cuenta de lo en serio que hablaba Simon, que poco a poco empezó a saber lo que había sucedido.

La empresa contrató a Josep Raichura y Raymond Jang a principios de la última temporada. Eran unos muchachos muy populares a quienes siempre se veía en compañía de alguna chica. Los gerentes no se explicaban por qué la empresa no conservaba sus fichas. Con su ayuda, el SA personal de Simon no tardó en encontrar a los sustitutos. La implantación de los fantasmas fue un proceso muy arduo; contaban con partidas de nacimiento, boletines de calificaciones escolares, padres con una historia digital similar, cuentas bancarias, facturas de moneda de crédito, historiales médicos, documentación fiscal, pólizas de seguros y contratos de alquiler de apartamento. Para el banco de datos y el SA eran más reales que la mitad de la población de clase media de Memu Bay.

Los interrogados confirmaron que Josep y Ray abandonaron la empresa más o menos cuando llegaron las naves de Z-B. Nadie recordaba la fecha exacta. Fueron días confusos.

Desde entonces nadie volvió a verlos ni a saber nada de ellos.

Los otros monitores que se juntaban con ellos creían que no eran de la ciudad, sino de alguno de los asentamientos del interior. De lo que no cabía duda era de que no eran locales.

Algunos creían que vivían en la zona del extrarradio cercana al estuario del Nium. Se sabía que compartían casa con una chica porque varios monitores habían intentado ligar con ella en los bares del puerto deportivo. Podría ser que se llamara Denise. El SA se puso a generar al instante un retrato robot a partir de las descripciones de los interrogados.

—Encuentren la casa —ordenó Simon—. Quiero que los Cueros registren todas las propiedades del estuario. Que se verifique físicamente quién vive en cada casa, apartamento o madriguera. Quiero que se elabore una minuciosa historia verbal de todas las personas que hayan ocupado todas esas viviendas durante los últimos cinco años para luego contrastarla con la información del SA.

Transcurridas ya dos horas del toque de queda, quince pelotones iniciaron el registro de domicilios. Hasta ahora la proclamación de la ley marcial había dado buenos resultados. Los ciudadanos de Memu Bay se dieron cuenta de que Zhang no se había tirado ningún farol. Casi toda la gente había regresado a casa para las cuatro en punto. El cierre de las carreteras a las seis cogió desprevenidos a varios automovilistas. El SA regulador de tráfico inhabilitó todos los vehículos, excepto las bicicletas. Los conductores se apearon y corrieron a sus hogares. Muchos cayeron dardeados por los Cueros. Los alborotadores más radicales que se estaban manifestando frente al ayuntamiento y los distintos cuarteles de los Cueros fueron también dardeados sin previo aviso a las seis y un segundo.

A las once y cuarto Simon y Braddock recibieron una llamada que alertaba de la posible localización de un sospechoso. Acto seguido, cogieron un helicóptero para volar hasta la urbanización del estuario del Nium, en dirección a un chalet que una inmobiliaria tenía en alquiler. Nadie abrió la puerta cuando el Cuero llamó al timbre. Preguntó a una vecina, que le contó que en aquella casa vivía sola una joven de nombre Denise y que sus dos compañeros se habían marchado hacía varias semanas. Esa

información no encajaba con la que el SA había extraído del banco de datos referente al chalet.

Había cinco Cueros montando guardia en el jardín cuando llegó Simon acompañado por un reducido equipo de técnicos de Z-B. Dentro había otros tres Cueros. Simon y Braddock echaron un vistazo rápido por todo el chalet. Alguien se había dejado el desayuno a medias. Un cuenco de cereales y una taza de café sobre la mesa de la cocina. Dos tostadas intactas en una parrilla de acero inoxidable.

Cuando Braddock olisqueó la taza de café puso cara de asco y la volvió a dejar donde estaba.

—No está recién hecho, que digamos.

—Necesitamos la opinión de un experto. —Simon le dijo a uno de los técnicos que analizara la comida para ver si podía determinar cuánto tiempo hacía que la habían preparado—. Aquí sería por la mañana cuando capturaron a Josep en el puerto espacial —dijo pensativo mientras el técnico recogía una muestra semisólida de los cereales.

Otro técnico estaba inspeccionando los dormitorios y el cuarto de baño en busca de restos de piel y cabellos.

La vecina, aterrada, les contó que creía que Denise trabajaba en una escuela. Que no sabía muy bien cuál podría ser pero que quizá se tratara de una guardería.

—Que traigan a todos los directores de la ciudad —ordenó Simon a Zhang—. Ya.

—Tengo una muestra coincidente de ADN —informó el técnico—. Uno de los restos de piel recogidos de uno de los dormitorios en desuso pertenece a Josep.

—Excelente —susurró Simon. Todo empezaba a encajar. De todos los retos, enigmas y persecuciones en que se había visto envuelto durante los últimos años, este era el misterio que más satisfacción le estaba proporcionando. El niño que llevaba dentro albergaba la ilusión de encontrar al alienígena, pese a que el encuentro originaría diversos problemas, quizá incluso la guerra, a juzgar por los últimos actos del alienígena. Aquello le dio que pensar. ¿Seguro que la guerra interestelar era imposible? Si se interrumpía el comercio, entonces ya no cabía hablar de invasiones ni conquistas. ¿Entonces por qué el alienígena se mostraba tan hostil?

Simon sabía que cada vez se acercaba más a la respuesta. Si consiguiera ordenar el puzzle...

La señora Potchansky era la decimonovena directora llevada ante Simon. Eran las tres y media de la mañana y había tomado demasiado café solo. La cafeína le estaba irritando al tiempo que deprimiendo sin que se diera cuenta. Una cosa era ser el blanco de los insultos de los sabelotodos y otra percibir los pensamientos desnudos de todos aquellos profesores y sentir el desprecio y odio puros que sentían por él. Un hombre podía llegar a afligirse mucho al saberse tan rechazado.

—¿Trabaja Denise para usted? —le preguntó Simon a la anciana cuando esta se sentó frente a él.

—No conozco a ninguna Denise. —Su voz era la de la típica maestra de escuela, pues sin duda inspiraría una sensación de inferioridad absoluta en todos sus interlocutores. Fue de los pocos detenidos que llegaron bien vestidos. Simon imaginó que la anciana habría obligado a los Cueros a esperar a que terminara de arreglarse tomándose todo el tiempo que necesitara.

—Ah —resopló Simon con satisfacción. Juntó los dedos de ambas manos y apoyó la barbilla en ellos. En la pantalla que había sobre su escritorio apareció la imagen que el SA había generado a partir de las descripciones de los desairados monitores de buceo—. ¿No es esta?

—Si no la conozco, no puedo identificarla, ¿no le parece?

—Pero sí que la conoce. Lo interesante es lo que usted piensa.

La señora Potchansky mantuvo la expresión pétrea de su rostro, sin embargo, se había puesto nerviosa.

—¿Sabe en qué círculos se movía, con qué célula de la resistencia estaba relacionada? —El IND de Simon había empezado a pasar información sobre la mujer.

—Si esta farsa se ha terminado, me gustaría irme a mi casa. Confío en que me lleven de regreso con la misma presteza con que me han traído hasta aquí.

—¡Siéntese! —ladró Simon.

La señora Potchansky vaciló unos segundos para hacer tiempo. Empezaba a tomar una firme determinación.

—¿Cuándo la vio por última vez? —preguntó Simon.

—Sabe el nombre de esta persona pero no está seguro de su aspecto. Me parece muy extraño.

—Mucho. Y más que le parecerá si revisa las fichas de su escuela porque no consta en ninguna. Tampoco aparece en ninguno de los archivos que hemos bajado del banco de datos.

—Eso debe de ponerles las cosas muy difíciles.

—Por favor, ¿cuándo se fue?

—No.

—Muy bien, puede irse. Ordenaré que un coche la acerque hasta su casa.

La señora Potchansky lo miró con recelo.

—¿Por qué?

—Porque está claro que usted es una anciana tozuda que no piensa contarme nada.

—¿Por qué?

—En cuanto el coche la deje recogerá a otra persona que se muestre más dispuesta a cooperar. —Los datos azules fueron pasando sobre la imagen que percibía de la señora Potchansky. Eligió un nombre—. Jedzella, quizá.

—Vaya intento de chantaje tan patético. Usted no haría algo así.

—Matamos a su hijo. Supongo que nos considera bárbaros que no tienen que darle cuentas a nadie. Y no se equivoca; de hecho, ni siquiera tengo que responder ante nadie en la Tierra. Y estoy desesperado por encontrar a esta chica. Desesperado de verdad. Los niños me dirán quién es y de dónde viene. ¿Quiere hacerles pasar ese mal trago? Porque no me costará interrogarlos si usted no colabora.

—No la he visto desde el fin de semana pasado —admitió la señora Potchansky.

—Gracias. Ahora cuénteme todo lo que sabe sobre ella.

El descomunal reactor de mercancía de Pan-Skyways rodaba con pesadez bajo la deprimente lluvia plomiza que caía sin piedad en el puerto espacial de Durrell. Accedió a su plataforma de estacionamiento y se detuvo. De las barquillas brotaba un vapor trémulo mientras los ventiladores se iban deteniendo.

Un robot tractor se arrimó al bogie de la rueda delantera para colocarle una abrazadera. Empezó a remolcar el avión hacia un hangar cercano. Una vez que lo hubo metido por completo, las puertas se cerraron y el avión se quedó solo, empapando el suelo. Los operarios del hangar de Pan-Skyways colocaron dos escaleras bajo la escotilla de la cabina y al poco salieron los dos tripulantes. Tras ellos apareció Lawrence Newton, vestido con su uniforme de sargento. Se detuvo en el escalón superior, consciente de que el hangar estaba vigilado por numerosas cámaras. Z-B exigía que los cargamentos de bienes transportados por las compañías civiles fueran supervisados por un representante de la compañía. El SA reconocería su rostro, lo compararía con el de su ficha y comprobaría que era el que constaba en la orden de misión emitida por la oficina de Ebrey Zhang.

Colin Schmidt lo esperaba al pie de las escaleras con una leve sonrisa juguetona en el rostro.

—Bienvenido a Durrell.

Lawrence pasó el brazo a su amigo por los hombros.

—Me alegro de estar aquí.

Caminaron hasta la parte posterior del avión.

—Cuando me llamaste pensé que querías tomarme el pelo —dijo Colin —. Nada menos que una RL33. ¡Joder! Esto tengo que verlo con mis propios ojos.

Se estaban abriendo las puertas de concha de la bodega del vehículo. Colin se agachó para colarse entre ellas y se detuvo a contemplar la mercancía. La vaina, un alargado cilindro perlado de aleación fijado a un soporte, ocupaba la mitad del fuselaje.

—Parece que no lo decías de coña —dijo Colin. Miró a su alrededor para asegurarse de que los operarios civiles del hangar no andaban por allí y bajó la voz—. Bueno, ahora dime, ¿qué cojones hay ahí?

Lawrence se abrió la solapa del bolsillo de la pechera y sacó una piedra nudosa. Brillaba con palidez a la luz de los conos del hangar. Colin la cogió y la examinó de cerca con cautela.

—Argentita —le explicó Lawrence—. Contiene plata.

—Plata —repitió Colin. Su mirada saltó del pedrusco a la vaina y luego a Lawrence—. Estás de coña.

—No. Lo que hay ahí son unas cuarenta toneladas de argentita con un importante contenido en plata.

—¿Y de dónde coño ha salido?

—Del interior. Ya me pareció verlo la última vez que estuve aquí. Como ningún otro miembro del pelotón pareció darse cuenta, decidí no decirle nada a nadie.

—Mierda. —Colin se tapó la boca para que nadie le oyera reírse—. Lawrence, viejo cabrón, me dijiste que subiríamos a órbita una mochila de contrabando.

—Si te hubiera hablado de llenar un Xianti nunca me hubieras hecho caso. Ahora tienes un incentivo. ¿Podrás subirlo a órbita?

—Claro. —No podía parar de reír—. Joder, claro que sí. ¡Cuarenta toneladas de plata! Lawrence, eres de lo que no hay.

—Cuarenta toneladas de argentita. Habrá que refinarla en la Tierra.

Colin, que ya empezaba a tranquilizarse, asintió.

—Desde luego. Tendré que asegurarme de que la lleven a Cairns; entonces podremos sacarla de la base sin demasiados problemas. Una cosa, Lawrence, ¿cómo piensas refinar todo este mineral? ¿Cómo lo limpiaremos?

—Todo a su tiempo. De momento vamos a centrarnos en subirla a la *Koribu*, ¿vale? ¿Pudiste conseguirme un piloto?

—Claro, claro, Gordon Dreyer, él es nuestro hombre. Necesita la pasta y sabe que después de esto le conviene mantener el pico cerrado.

—Estupendo. ¿No habrá complicaciones para pasar la vaina por seguridad? En los archivos consta que contiene componentes de un reactor de fusión. No debe pasar por ningún tipo de escáner.

—Yo me ocupo. Centenares de vainas idénticas a esta entran y salen del puerto espacial cada día. Es como jugar al trile pero a gran escala, nada más. Tengo los códigos de verificación, así que puedo introducir la orden de enviado. El SA nunca verá la diferencia.

—Saltándonos las reglas otra vez, ¿eh?

—Saltándonos las reglas otra vez. —Colin no podía dejar de contemplar la vaina con expresión de avaricia—. Joder, Lawrence, ya sé qué casa me voy a comprar. En la Riviera, una mansión de piedra blanca con amplios jardines, debe de tener unos ciento cincuenta años de antigüedad. Perfecta para un miembro del Consejo.

Lawrence se sintió culpable al escuchar los sueños de su amigo. Pero ya había tomado la decisión cuando soñó los sueños del dragón. Ya no había

lugar para la camaradería.

Gordon Dreyer llegó seis horas antes de que se programara la salida de su vuelo. Lawrence no lo había visto nunca antes pero sí había conocido muchos como él: rondaba los cincuenta años y tenía un trabajo fijo que parecía apasionante pero que en realidad era pura rutina y ya no le permitiría desarrollar más su carrera. Según Colin, tenía dos matrimonios a las espaldas y el juez había decretado que pasara una importante parte de su salario a sus ex esposas. Las sentencias le habían hundido. En las fiestas siempre perdía el control. Bebía demasiado. Apostaba por encima de sus posibilidades.

En lo referente a su aspecto, Dreyer empezaba a superar el límite de peso permitido por Z-B. Llevaba su pelo moreno bien corto y peinado para disimular una calvicie inminente (la vescritura de los folículos capilares escapaba a su capacidad económica). Estrechó con firmeza la mano de Lawrence y no se alarmó cuando le explicaron el plan. Solo el ansia con que aceptó el trato delató sus verdaderos deseos.

Tal y como acostumbraban a hacer todos los pilotos, Dreyer supervisó la preparación del vuelo. Comenzó revisando el archivo de ingeniería del Xianti para cerciorarse de que el rendimiento alcanzaba los niveles exigidos y de que se había realizado el mantenimiento estándar. Pasó su autorización al registro de aptitud de vuelo para que el avión espacial pasara al siguiente nivel, la carga de mercancías.

Gordon Dreyer se acercó a inspeccionar la vaina de mercancía, que estaba en el hangar de integración anterior al despegue. Aquella mañana Colin Schmidt era el teniente encargado de logística y debía reunirse con todos los pilotos que estaban preparando sus aviones para ascender hasta las naves. Paseó junto a ellos frente a la hilera de vainas de mercancías para discutir sobre los problemas que iban detectando y las cosas que podrían necesitar. Al final les pasó el archivo de verificación de seguridad, en el que se detallaba el proceso de inspección de cada artículo transportado. Dreyer añadió su autorización al archivo y le dio las gracias a Colin por hacer su trabajo.

Cargaron la RL33 en el Xianti, que acto seguido fue remolcado hasta la dársena de repostaje. Gordon Dreyer se retiró al vestuario de pilotos para prepararse mientras los tanques de criogenización se refrigeraban para después rellenarlos de hidrógeno líquido.

Lawrence y Colin salieron hacia al centro médico provisional del edificio de la terminal.

—El hospital ha estado saturado desde el baño —explicó Colin—. Ahí cuidan a varios oficiales superiores de Inteligencia de Flota. Seguridad no permite que nadie se acerque a la zona.

Se colaron en una habitación vacía y empezaron a adherir módulos médicos al torso de Lawrence. Se embadurnó los brazos con una funda membranosa dérmica, que a su vez llevaba más módulos acoplados.

—Ojalá no tuvieras un aspecto tan saludable —dijo Colin—. Se supone que se te evacúa porque tu estado es crítico.

—Una vez me contaron que en las antiguas guerras los soldados se tragaban la pólvora de las balas. Por lo visto se les quedaba muy mala cara.

—¿Quieres un chicle de explosivo enriquecido?

—No, gracias. —Se puso una bata de la División de Medicina. Gomo tenía mangas cortas todo el mundo podría ver la membrana y los pequeños módulos. Así engañaría a los operarios de tierra que lo vieran embarcar. El Principal introdujo los archivos de su ficha en Memu Bay, en los que constaba que lo habían herido durante una patrulla urbana, que el fuego había atravesado su Cuero y que en ese estado ya no era apto para luchar.

En la dársena de repostaje había un pequeño centro de control por cuya hilera de ventanas de cristal tintado se veía el gran Xianti triangular. De una de las esquinas del centro salían unas escaleras que bajaban hasta el puente cubierto, que se había extendido hasta el compartimento estanco de la cabina del avión espacial.

Gordon Dreyer ya estaba en el centro cuando entraron Lawrence y Colin. Estaba hablando con un oficial de seguridad, quien le dio la llave de comunicación del vuelo.

—¿Necesita ayuda con ese brazo? —le preguntó Dreyer.

—No, señor —respondió Lawrence—. Me arreglo solo, muchas gracias.

En lo alto de la entrada del puente había una cámara. Lawrence sentía cómo el sudor se escurría por su frente mientras pasaba por debajo. En

realidad así su estado resultaba más creíble. Dreyer se mostró de lo más calmado mientras avanzaban por el puente.

Lawrence suspiró aliviado en cuanto oyó cerrarse la escotilla de la cabina. No estaba acostumbrado a hacer teatro.

«A mí que me den mi campo de batalla».

—Bueno, pues a casita —dijo Dreyer—. Siéntate y déjame a mí el resto.

Lawrence ocupó el asiento de detrás del piloto para poder ver todas las pantallitas de la consola. Dreyer inició la última serie de revisiones. Tres minutos más tarde le dio permiso para despegar al SA de pilotaje del avión espacial. Los turborreactores *Rolls-Royce* retumbaron al encenderse, vibrando más que haciendo ruido, y poco a poco el avión fue abandonando la dársena de repostaje.

El ascenso a órbita se desarrolló igual que todos los que Lawrence había realizado con anterioridad, aunque siempre era interesante ver los controles de la consola y mirar por los estrechos parabrisas en vez de tener que verlo todo a través de las imágenes de las pantallas de los respaldos.

—Ochenta minutos para el acoplamiento —anunció Dreyer cuando los dos cohetes posteriores dejaron de quemar.

—Suena bien. —Lawrence se arrancó uno de los módulos médicos del brazo, se inclinó hacia delante y golpeó a Dreyer con él en el cuello.

—¿Qué hacegg...? —El piloto se quedó inconsciente. Permaneció en el asiento porque llevaba abrochados los cinturones de seguridad pero sus brazos se quedaron flotando sobre la consola.

Lawrence utilizó su racimo de neuronas descritas para establecer un vínculo con la red del Xianti. El Principal se activó y borró el programa del SA de pilotaje para asumir el control absoluto del avión espacial.

—¿Cómo van las cosas por ahí atrás? —preguntó Lawrence.

—Nunca imaginé que la caída libre sería tan horrible —contestó Denise —. Creo que voy a vomitar.

—Aguanta todo lo que puedas.

—¿Algún otro sabio consejo?

—Vamos a sacarte de ahí, pero antes tengo que vestirme. —El Principal desvió las imágenes que recogía una de las cámaras de la bodega hacia una de las pantallas de la consola. La vaina de mercancía la llenaba casi por completo, de manera que quedaba a solo dos metros del mamparo de la cabina. Lawrence vio cómo un círculo de plástico se desprendía del

extremo de la vaina. Algo se movía en el interior. Vio a Denise vestida con un traje espacial de malla plateada saliendo lenta y torpemente.

Lawrence pensó que si Denise estuviera vinculada a alguna cámara de la cabina le estaría viendo sonreír.

—Ya te acostumbrarás. Recuerda que la inercia es la misma aquí arriba.

La cuerda corta que llevaba enganchada al arnés la mantenía unida a la voluminosa caja que contenía el Cuero de Lawrence. En cuanto salió de la vaina y bajó al hueco de dos metros empezó a tirar de la caja para sacarla.

Lawrence ordenó al Principal que abriera la escotilla exterior del compartimento estanco de la bodega. Denise tardó varios minutos en introducir la enorme caja. Como luego ya no quedó espacio para ella, Lawrence cicló el compartimento estanco y metió la caja en la cabina mientras Denise esperaba en la bodega.

Cuando Denise accedió por fin a la cabina y se quitó la mascarilla, Lawrence ya había metido las piernas en el Cuero.

—No debería haber comido —gimió Denise—. Tampoco debería haber bebido.

—¿Así querías secuestrar un avión?

Denise lo miró.

—Lo hubiera conseguido. Y todavía puedo.

—Claro. Bueno, primero vamos a intentarlo de la forma segura.

La dotación completa de doce TVL88s de Memu Bay sobrevolaba la meseta al amanecer. Simon veía pasar el paisaje desde la cabina del helicóptero de cabeza. Cada uno de los montes estaba coronado por un remolino estático de nubes de los que manaban riachuelos de niebla que bajaban por las estribaciones e inundaban las praderas y bosques. Parecía un terreno virgen, alfombrado de árboles y cumbres que emergían del inquietante manto blanco.

—El satélite se acerca de nuevo —dijo el SK2—. El espectro visible no ofrece mucho, Esa maldita niebla cubre toda la provincia.

Simon ordenó a su SA que proyectara las imágenes del satélite en sus protecciones oculares. Una serie de colinas cubiertas de vegetación que sobresalían sobre el lago nebuloso pasaron por el visor. La visión por

infrarrojos se desactivó, puesto que no podía ofrecer gran cosa. Bajo la niebla se veían docenas de confusas manchas rosáceas justo donde debería estar Arnoon.

Por la noche había estado lloviendo en la altiplanicie. El satélite no había podido traspasar las espesas y cenicientas nubes. Simon abrió imágenes antiguas para estudiar la pequeña aldea. Le pareció un asentamiento rural normal y corriente en el que la maquinaria más avanzada era la que movía las hilanderías de lana cibernéticas.

Su SA se había puesto a rastrear el banco de datos para recoger toda la información posible sobre Arnoon Province. Encontró montones, si bien nada relevante. Cuando envió peticiones a los pocos nodos que había en la aldea no encontró más que un puñado de perlas de administración doméstica estándares que había vinculadas, algunas de las cuales habían quedado ya obsoletas.

Todo dentro de lo normal.

Sin embargo, la red de Dixon se había caído del banco de datos hacía tres días. La compañía de telecomunicaciones de Memu Bay no sabía explicar por qué. Todavía no habían enviado a la meseta ningún equipo de ingenieros, puesto que la situación civil había relegado ese tipo de operaciones al final de la lista de prioridades.

Además por allí había un pelotón perdido. Había salido hacía tres días. Al principio Simon se alegró cuando su SA encontró la referencia porque creyó que podría enviarlo directamente a Arnoon. Pero sus transpondedores no respondían al satélite de comunicaciones. El SA indicó que la misión del pelotón debía durar dos días, aunque después de ese tiempo nadie lo echó en falta. Una investigación más detallada reveló una importante discontinuidad de datos en el SA del cuartel, que había ordenado la misión pero no tenía asociado ningún controlador de progreso y ni siquiera se había establecido una jerarquía de mando. Era una orden trucada.

Cuando Simon llamó al capitán Bryant para preguntarle qué sabía él sobre el pelotón desaparecido, el aturdido oficial confesó que no sabía de lo que le hablaba. Al parecer, el 435NK9 ya no estaba a su cargo.

—¿Cómo se puede perder a todo un pelotón? —le preguntó Simon a Braddock con indignación.

Un grupo de montes piramidales empezaron a alzarse frente a los helicópteros. Los cada vez más escasos parches de niebla empezaron a

disiparse por completo a medida que el sol ascendía.

—Ahí tenemos Dixon, señor —anunció el piloto con la voz ahogada por el alarido de las aspas. Simon apagó el visor de las protecciones oculares.

El escuadrón de TVL88s pasó a ras de los escoriales. Fueron reduciendo la velocidad a medida que rodeaban la aldea y la examinaban por medio de sensores activos.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —preguntó el SK2.

Cuando la niebla se disolvió del todo dejó ver los edificios devastados. Un cuarto de las casas estaba en ruinas. Las explosiones que las habían derrumbado habían esparcido sus escombros por toda la aldea.

—Aquí se debe de haber librado una especie de batalla —le dijo Simon a su clon hermano—. Los edificios fueron bombardeados con deliberación. No entiendo por qué.

—¡Señor! —el pilotó señaló hacia delante.

—Llévenos hasta allí —dijo Simon.

En medio de la calle mayor vieron un jeep calcinado y luego otro incrustado en una pared de uno de los pocos edificios de la plaza del pueblo que habían quedado intactos.

—Al menos ahora sabemos qué fue del pelotón —dijo Simon mientras el helicóptero daba vueltas sobre las ruinas. No se veían cadáveres de Cueros en el interior de ninguno de los vehículos—. Muy bien, ya he visto bastante —le dijo al piloto—. Continuemos hacia Arnoon.

Ahora el dolor, que atenazaba cada parte de su cuerpo, era constante. Simon se negó a que el doctor le administrara calmantes para así mantener la cabeza despejada. Estaba convencido de que el SF9 no sabía apreciar cuán grandioso era el descubrimiento del alienígena y que seguía considerando el asunto una especie de fascinante puzzle intelectual. Típico de aquel tan bien equilibrado lote.

Simon había sentido el aura de Josep y percibido su determinación y resolución. Solo si igualaban la potencia del alienígena conseguirían sobrevivir a tal descubrimiento. No podían permitirse perderlo. Las capacidades del sistema nanónico eran asombrosas. Zantiu-Braun sabría aplicarlas para empujar a la raza humana a dar su siguiente paso evolutivo.

A pesar de que Josep era un enemigo, Simon envidiaba aquello en que se había convertido. Su organismo perfeccionado, exquisitamente superior a

cualquier promesa de la vescritura de la línea germinal, representaba un magnífico ideal al que el hombre querría aspirar.

Pocos momentos de la historia significaban un verdadero punto de inflexión. Pero este sería uno de ellos. Simon debía participar, contribuir y evitar posibles fallos, en concreto los derivados de su frágil estado. Había que hacerse con el sistema nanónico a toda costa. Por fortuna, su inmovilidad no le impedía acceder al banco de datos. Además el dolor, el constante, persistente e insoportable dolor, le daba una razón para seguir adelante.

Su IND iba pasando un archivo detrás de otro mientras el SF9 volaba hacia Arnoon; el SA no dejaba de proporcionarle información mientras buscaba anomalías y errores. Sentía que las piernas le picaban como si un ejército de hormigas se las estuviera devorando, tormento que no servía más que para inflar su sufrimiento y rabia. Por fin, las pistas que sabía que existían empezaron a brotar del banco de datos.

—Te equivocabas con lo del pelotón —dijo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el SF9.

—No sabemos qué les ocurrió.

—Hemos visto las ruinas —le reprendió el SF9—. O bien el alienígena o bien sus aliados acabaron con ellos porque se dirigían hacia Arnoon.

—Y luego utilizaron el Principal para encubrir la matanza y eliminar al pelotón de nuestros sistemas de datos.

—Exacto.

—Pero el encubrimiento ya estaba preparado antes de que el pelotón partiera. Alguien lo dispuso todo para que el 435NK9 saliera hacia la meseta sin que nadie se percatara. Si el alienígena quisiera impedir que nuestros hombres visitaran Arnoon Province, no tendría más que utilizar su Principal para cambiar sus órdenes. Y nunca nos enteraríamos.

—¿Qué sugieres?

—Debemos tener en cuenta otro factor. —Apareció un nuevo archivo, resaltado por el programa de remisión que el SA había aplicado al pelotón 435NK9. La información empezó a pasar—. Al parecer el sargento del pelotón ya había estado antes en Arnoon Province, en una misión de patrulla similar. ¿Vas a decirme que es una coincidencia?

—Es improbable —admitió el SF9—. ¿Puedes conseguir más datos sobre él? Simon ordenó a su SA personal que lanzara una petición de

búsqueda de todos los archivos referentes a Lawrence Newton.

Los TVL88s acariciaron las copas de los árboles para rodear Arnoon al tiempo que extendían sus cañones. El huracán que levantaron con las hélices revolvió la niebla del calvero central hasta expulsarla por completo. Las últimas hebras de aquel pegajoso vapor se perdieron entre las casas frondosas triangulares, que quedaron expuestas a los sensores del punto de mira. En el balcón de una de las casas vieron una joven vestida con un jersey de color crema y unos tejanos oscuros; estaba agarrada a la barandilla para que el repentino tornado no la hiciera perder el equilibrio.

Era la única persona que detectaban los sensores. Todas las casas triangulares despedían calor y los aparatos que había en su interior estaban consumiendo energía. Pero no había nadie dentro.

Cinco de los helicópteros, entre ellos el de Simon, aterrizaron sobre la hierba, empapada todavía de rocío, y el resto continuó escaneando el bosque. Los Cueros se desplegaron con inmediatez por toda la pradera. Extendieron los cañones de las carabinas; todos iban equipados con un lanzador de misiles inteligentes.

Simon se bajó del helicóptero sin dejar de agarrar las solapas de su holgada chaqueta de cuero, que no dejaba de agitarse. Tres Cueros lo escoltaron mientras caminaba hacia la mujer.

Esta bajó la escalera del balcón; su resplandeciente aura le otorgaba un aspecto angelical.

—Simon Roderick, supongo. Mi nombre es Jacintha. Bienvenido a Arnoon.

—Creía que encontraría más gente por aquí.

—Andan todos por el bosque. Huyeron al saber que ustedes vendrían.

—¿Por qué?

—Les tememos.

—Interesante. Debo confesarle que es usted una persona abrumadora. ¿Sabe que nunca había percibido un aura como la suya?

Jacintha frunció los ojos.

—Oh, comprendo. Posee un sentido magnético. ¿Es así como capturó a Josep?

—Digamos que es así como aprendimos a tener cuidado con él. Aunque tampoco me ha sido de gran ayuda últimamente. Cuando se suicidó arrastró a muchos con él.

—Recuerde que los collares de buena fe matan a muchos inocentes de una manera absurda.

—No he venido a darle cuentas de lo que he hecho ni a discutir sobre quién es más ético. Solo deseo conocer al alienígena, por favor.

—Lo siento —dijo Jacintha—. Pero no puede.

—Sabe que sí. Aunque derroten a esos doce helicópteros y a todos los pelotones que han venido en ellos, cosa que dudo que sean capaces de conseguir, volveremos con refuerzos multiplicados. Y seguiremos viniendo una y otra vez hasta que por fin alcancemos nuestro objetivo.

Entonces se sintió desconcertado, no por la sonrisa compasiva de Jacintha, sino por sus pensamientos. La joven sentía verdadera lástima por él. Era el mismo tipo de pena que un adulto podía sentir ante el llanto desconsolado de un niño.

No pudo sino admirarla. No se trataba de atracción sexual, sino de aprecio por su equilibrada personalidad. Qué razón tenía el SK2, ojalá todo el mundo estuviera dotado de semejante profundidad intelectual.

—Puede enviar un millar de naves repletas de Cueros y armamento —dijo Jacintha—. No le servirá de nada.

Por fin Simon comenzó a comprender.

—No está aquí. —A una velocidad vertiginosa, su mente ordenó toda la información que había venido recogiendo—. Memu Bay se ha convertido en un infierno anárquico y se puede sacar de allí cualquier cosa sin que nos enteremos. ¡El avión espacial! No iban a volar una nave...

—Newton ha estado aquí —dijo el SK2—. En el puerto espacial. Lo hemos evacuado esta mañana.

Jacintha alzó la cabeza como si quisiera captar mejor una voz lejana.

—¡Mierda! —boqueó Simon al leer la información que su IND le iba presentando—. Detenedlo —le dijo al SK2—. Detened el vuelo. Que Newton no se acerque a la nave.

—Demasiado tarde —dijo Jacintha.

OceanofPDF.com

Capítulo 18

—Se ha producido un fallo hidráulico de nivel dos —informó Lawrence. El Principal había hecho de su voz una réplica perfecta de la de Gordon Dreyer (incluso imitaba el acento entrecortado) para engañar al vínculo de audio con la *Koribu*—. Las puertas de la bodega no responden.

—Joder, Dreyer, ¿por qué siempre pasan de los procesos de mantenimiento? —gruñó el controlador de vuelo de la *Koribu*—. Se supone que están para supervisar la aptitud de vuelo. Sino no tiene sentido que haya pilotos. Purgue y reactive el sistema.

—Recibido. Intentando reactivación.

Los gráficos ambarinos de los paneles de la consola iniciaron una lenta danza cuando el Principal empezó a preparar un simulacro digital de la reactivación de los sistemas hidráulicos. Lawrence ejecutó dos veces el falso proceso para que la telemetría que recibieran en la *Koribu* les hiciera pensar que estaba haciendo todo lo posible por subsanar el problema. Por los parabrisas podía ver la colosal nave flotando a trescientos cincuenta metros. El Xianti se encontraba a la altura de la sección de la unidad de fusión de la *Koribu*; allí los reflejos del sol centelleaban sobre el rugoso forro térmico que protegía los tanques de deuterio. Delante de ellos había otros tres Xiantis en fila, todos los cuales tenían abiertas del todo las puertas de la bodega. Habían sacado al exterior las vainas de mercancía, como si fueran ofrendas que sujetaran mediante brazos metálicos. Los trasbordadores de ingeniería, que parecían escarabajos recubiertos de cromo tintado, daban vueltas alrededor de los Xiantis y expulsaban volutas

de un gas grisáceo por las boquillas de control de reacción mientras se alineaban para enganchar las vainas y llevárselas.

—Siguen sin responder —informó Lawrence.

—Ah, maldita sea. De acuerdo, Dreyer, —dijo el controlador de vuelo de la *Koribu*—, prepárese para atracar, traiga la nave hasta la dársena de mantenimiento. El SA le asignará una ruta de aproximación. Por cierto, felicidades por habernos jodido el programa del día.

—Un placer.

El Principal acusó recibo de la nueva ruta de vuelo. Cuando el fuel hipergólico encendió las boquillas de control de reacción, el Xianti empezó a rodear la nave con suavidad. Lawrence vio cómo las columnas de vapor de azufre envolvían todo el morro cuando el avión espacial empezó a girar con pesadez. Poco a poco la nave desapareció del parabrisas. Los sensores mostraron cómo la sección cilíndrica de carga de la *Koribu* pasaba por debajo y cómo al otro lado de los silos se abrían las puertas de la alargada dársena de mantenimiento. Una hilera de pequeños focos se encendió para iluminar el borde y espantar las sombras de la rugosa cavidad metálica.

El Principal, que controlaba la maniobra, hizo que el Xianti se acoplara con suavidad justo sobre la dársena de mantenimiento. Las puertas del tren de aterrizaje se abrieron. Las boquillas de control de reacción expulsaron ráfagas cada vez más cortas para eliminar toda la velocidad relativa a la titánica nave.

Del suelo de la dársena de mantenimiento brotaron unas mandíbulas mecánicas que se acoplaron a las clavijas de carga del tren de aterrizaje del Xianti. Los seguros se fijaron para sujetar bien al avión espacial.

—Ya estamos —murmuró Lawrence. Las mandíbulas empezaron a tirar del Xianti hacia abajo. Ambos vieron pasar las luces del borde por el parabrisas.

Denise miró las imágenes que captaban las cámaras del avión espacial.

—¿Dónde están los umbilicales?

—Un poco de paciencia —dijo Lawrence.

El Xianti vibró un poco mientras se posaba en los soportes. Las mandíbulas secundarias, cubiertas de conductos y cables, ascendieron poco a poco hasta enganchar las tomas umbilicales del avión espacial. Todos los sistemas (energía, datos, refrigeración, comunicaciones e hidráulica) quedaron conectados y confirmados.

El Principal utilizó el vínculo de datos para cargarse en la red de la dársena de mantenimiento, borrar el SA y asumir el control de todos los sistemas locales. El SA principal de la *Koribu* no tardó en detectar una infección de tal magnitud, por lo que en seguida estableció un *firewall* alrededor de la red afectada. De paso cortó el suministro de energía y los alimentadores de entorno a la sección circundante de la dársena de mantenimiento y cerró las puertas presurizadas de emergencia del pasillo axial principal. El suministro de energía de emergencia de la sección se activó automáticamente, lo que permitió el funcionamiento de la red y de los sistemas auxiliares. El Principal no pudo hacer nada para recuperar los alimentadores de entorno, aunque quedaba suficiente oxígeno para permitir la supervivencia de la tripulación que había quedado atrapada tras las puertas presurizadas selladas.

El túnel estanco de la dársena de mantenimiento emergió de la pared a modo de telescopio para acoplarse a la escotilla de la cabina del Xianti. Lawrence se había armado con una pistola de bloque de electrones. También había extendido ya la carabina.

—Quédate detrás de mí —le dijo a Denise cuando se activaron los seguros del borde de la escotilla.

—A la orden, mi comandante.

A Lawrence le irritó el tono sarcástico de Denise.

—Ya hemos hablado de esto. Este traje tuyo está bien pero no ofrece la misma resistencia que un Cuero. Y aquí disponen de unas armas muy peligrosas.

—Que sí, lo que tú digas —gruñó Denise.

La escotilla de la cabina se abrió y dio pasó a los veinte metros de túnel estanco. Aunque estaba oscuro se veían luces naranjas parpadeando en el otro extremo. El Principal envió a la rejilla táctica de Lawrence las imágenes de las cámaras de todas las zonas de la nave con cuyo control se había hecho. Los tripulantes de la sección de carga estaban confundidos. Sabían que los sistemas de entorno se habían apagado y en todos los compartimentos había luces ambarinas de alarma que centelleaban. Se habían abierto todas las puertas de las cámaras de refugio y las escotillas de las naves salvavidas. Dado que los sistemas de iluminación habían entrado en modo de máximo ahorro, los pasillos y los pasadizos más estrechos resultaban ahora claustrofóbicos. Era imposible establecer comunicación

personal con el resto de la nave, ya que el Principal también había bloqueado ese sistema. Así y todo, el SA les seguía indicando que todo funcionaba a la perfección, que aquello sólo era un fallo técnico muy localizado.

Lawrence tomó impulso y echó a flotar túnel adelante controlando el vuelo apoyando la mano libre de cuando en cuando en la pared del tubo. Denise planeó tras él, chocándose y soltando improperios todo el tiempo.

Al llegar al otro extremo, Lawrence tuvo que hacer uso de la apertura manual de la escotilla. Nada más abrirla se topó con dos tripulantes que había allí flotando, quienes en cuanto vieron al recién llegado Cuero se dieron media vuelta con agilidad e intentaron escapar como peces asustados. Lawrence no dudó en dardearlos a ambos. Los tripulantes planearon varios metros más antes de chocarse con violencia contra las paredes de los compartimentos. Tras el impacto se quedaron girando con flaccidez y agitando las extremidades en todas direcciones.

Lawrence los empujó a los lados para despejar el camino y se lanzó al largo pasillo que salía de aquel compartimento. Conformaba una pronunciada curva cuyo vértice contaba con una escalerilla. Lawrence aprovechó los escalones para impulsarse. Denise lo seguía a un par de metros.

Al final estaba el pasillo axial, un amplio cilindro de paredes repujadas de gruesos conductos de entorno. Atravesaba toda la nave por el centro de la estructura de carga, de manera que unía la sección de la unidad de fusión, en la parte trasera, con la unidad de compresión, situada en la parte delantera; aparte, del pasillo axial nacían diversos corredores radiales para enlazar con el resto de las secciones presurizadas. Cada cuarenta metros había puertas presurizadas de emergencia, que no eran sino gruesos círculos de aleación que por lo general permanecían abiertos.

Cuando Lawrence se asomó al pasillo axial vio a cinco tripulantes flotando junto a la puerta más cercana. Dos se esforzaron por abrir la puerta y otro se pegó al puerto de mira del centro para intentar ver la sección contigua. Lawrence alzó el antebrazo; pudo sentir la leve ondulación de los músculos del mecanismo lanzador a medida que este escupía los dardos.

Denise se deslizó hasta la puerta de emergencia, a la que adhirió un aro de foco energético. Lawrence apartó a los tripulantes inconscientes.

—Aléjate —le dijo Denise. Envió un código al aro. La pulsación de energía pura que el artefacto emitió desgajó la puerta con limpieza. Un espeso humo negro se esparció por toda la zona pocos segundos después de que los bordes de los círculos de aleación empezaran a chisporrotear y arder. Entonces saltaron las alarmas de incendio.

Lawrence agarró la manija de la puerta y le dio una patada al círculo llameante, que salió despedido y dando vueltas, como una moneda que se lanza al aire, dejando tras de sí una revoltosa estela de vapor nocivo. Los tripulantes que había apiñados tras la siguiente puerta decidieron escapar.

Por un segundo Lawrence pudo divisar la sección de la unidad de compresión de la *Koribu*. Después se cerraron todas las demás puertas presurizadas de emergencia. Un caos de intermitentes ambarinos y estridentes sirenas de incendio se apoderó de todo el pasillo. Los tripulantes huyeron por los corredores radiales. Lawrence consiguió dardear a tres antes de que se escabulleran. Las puertas presurizadas secundarias empezaron a sellar los corredores radiales a medida que Denise y él avanzaban por ellos.

A diez metros de la puerta presurizada de emergencia había un nodo de red. Denise destrozó su cubierta con una giga-cuchilla y después, con cautela, colocó un vínculo de comunicaciones con forma de dragón sobre la unidad del bus de datos. Los microfilamentos se extendieron por entre la circuitería del nodo y se fundieron con los cables de fibra óptica. El Principal se cargó entonces en la red de otra de las secciones.

La alarma de audio despertó al instante al capitán Marquis Krojen. El volumen era similar al del aullido de una descompresión explosiva. Se incorporó automáticamente pero la correa que se había abrochado a la cintura impidió que saliera despedido de la litera a causa de la escasa gravedad. Cuando se encendieron las luces de su camarote miró a su alrededor con confusión. Las sirenas de las naves sonaban diferente según el tipo de alarma. Después de décadas oyéndolas, Marquis creía que se las sabía de memoria, sin embargo, esta vez tuvo que esperar a que su IND empezara a pasar la información.

—¿Alerta de intrusión? —No daba crédito a los precisos simbolitos azules.

La sirena se detuvo de repente.

—Sí, señor —confirmó el SA de la nave.

—Santo cielo, debe de tratarse de un simulacro. —Alguna idea que se le habrá ocurrido a ese bastardo de Roderick después del lío del puerto espacial de Durrell. No puede ser una alarma real.

—No, señor —insistió el SA—. Me han borrado de la red de la sección del hangar de la dársena de mantenimiento. Se han establecido *firewalls* en el área para retener el programa subversivo.

Marquis se desabrochó el cierre de velcro de la correa. Salió del camarote y avanzó con agilidad, a pesar de que la gravedad era de un Octavo, hacia el puente de mando. Colin Jeffries, el segundo comandante, estaba sentado en la silla de mando con expresión de aturdimiento. Solo tres de las otras consolas del puente de mando estaban tripuladas.

—¿Qué cojones ha ocurrido? —Marquis Krojen aspiró hondo para tranquilizarse—. Descríbame la situación.

—Un Xianti informó de un fallo hidráulico —explicó Colin Jeffries—. Lo acoplamos en la dársena de mantenimiento y cuando nos queremos dar cuenta toda la red del área ha quedado subvertida.

—¿Cuál ha sido nuestra respuesta? —Marquis se sentó en uno de los asientos libres de la consola. El SA de la nave activó las pantallas, que mostraron una serie de planos y filmaciones de las cámaras.

—En estos casos el procedimiento es cortar el suministro de energía y de entorno de la sección infectada —respondió el SA—. Ya se ha hecho.

—¿Puedes ofrecerme una proyección en tiempo real del avión espacial?

—No.

—Que un trasbordador de ingeniería salga hacia la dársena de mantenimiento, ahora —le dijo Marquis a Colin Jeffries—. Quiero ver qué está pasando.

—Sí, señor.

—El departamento de seguridad del puerto espacial de Durrell ha entrado en red —informó el SA—. Nos advierten del peligro que entraña el avión espacial. Creen que la resistencia de Thallspring se ha adueñado de él.

Marquis Krojen se esforzó por mantener la calma y no tomar una decisión precipitada. El SA mostró el procedimiento de amenaza física en una de las pantallas. Si se confirmaba la amenaza de bomba, el capitán debía ordenar que todo el mundo abandonara la nave de inmediato. El departamento de seguridad informó de que todo movimiento de resistencia que se acercara tanto a su objetivo portaría una bomba capaz de destruir toda la nave.

Sin embargo, aún no había estallado. Y si pretendían volar la *Koribu*, ¿por qué se molestaban en subvertirla primero?

—¿Los trasbordadores de ingeniería podrían arrancar de ahí al Xianti? —preguntó Marquis Krojen.

Colin Jeffries negó con la cabeza.

—No lo creo. Los trasbordadores no tienen mucha potencia, además los cepos están diseñados para mantener fijos vehículos mucho más pesados que un Xianti cargado hasta arriba. Habría que meterse debajo y cortarlos.

—Trabaje en ello. Necesito opciones.

—Sí, señor.

—¿Mantenemos el contacto con los tripulantes de la sección afectada? —le preguntó Marquis al SA; no se hacía a la idea de que lo propio hubiera sido decir «infectada».

—No, señor —contestó el S A—. No quedan vínculos de comunicación interna abiertos.

—Muy bien, quiero a alguien vigilando físicamente por el puerto de mira de la puerta presurizada de emergencia. Proporciónale un vínculo abierto al puente.

—Sí, señor.

—Iniciando sobrevuelo —informó Colin Jeffries.

El SA enrutó las imágenes recogidas por los sensores del trasbordador de ingeniería a las pantallas de la consola de Marquis Krojen. Se quedó mirando el enorme y perlado vehículo triangular sin saber muy bien qué esperar. El avión espacial parecía ridículamente imperturbable. Entonces Marquis repasó de memoria los procedimientos de atraque.

—¿Hemos activado nosotros el túnel estanco? —preguntó.

—No, señor —respondió el SA—. Se conectó después de que se produjera la subversión.

Marquis Krojen miró con conmoción a Colin Jeffries.

—¡Entonces han entrado! ¡Joder! ¿El departamento de seguridad del puerto espacial de Durrell sabe a ciencia cierta quién viajaba en el Xianti?

De repente una voz atropellada brotó de uno de los altavoces de la consola.

—Señor, puedo ver a alguien accediendo al pasillo axial.

—¿Quién habla? —preguntó Marquis Krojen.

—Irwin Watson, señor, ingeniero de fusión.

—Muy bien, Watson, ¿puede identificarlo?

—Es un Cuero, señor.

—¿Un Cuero? —repitió Marquis mirando atónito a Colin Jeffries, que no pudo sino encogerse de hombros.

—¿Qué está haciendo ahí? —preguntó. En una de las pantallas de la consola aparecieron Watson y algunos hombres más amontonados junto a la puerta presurizada del pasillo axial.

—¡Señor, está disparando a matar a la gente! —la voz de Watson sonaba histérica.

—¿Qué arma utiliza?

—No lo sé. Lleva una especie de pistola pero no le he visto utilizarla. Eh, parece que viene acompañado. Este otro lleva un extraño traje espacial y está adhiriendo algo a la puerta.

—Salga de ahí, ahora —ordenó Marquis.

—No consigo distinguir qué es.

La cámara mostró cómo Watson pegaba el rostro al puerto de mira de la puerta presurizada.

—Aléjese de la puerta, es una orden.

Watson se apartó de mala gana impulsándose con los escalones del pasillo axial. Una cegadora luz blanca se tragó la puerta presurizada. Al apagarse se vio la inmensa nube negruzca que se había formado; el arremolinado humo comenzó a deslizarse por las paredes del pasillo como si de una de turbulenta capa de petróleo se tratara. De repente un llameante disco de aleación emergió de la nube y pasó rozando a Watson.

—Sella la sección —ordenó Marquis Krojen al SA—. Quiero aislamiento físico.

—Afirmativo —contestó el SA—. Cerrando puertas presurizadas de emergencia del pasillo axial.

—Capitán. —El rostro de Simon Roderick acababa de aparecer en una de las pantallas de la consola. Solo la cara, sobre un neutral fondo gris.

—¿Qué han hecho? —preguntó Marquis con ira y sin preocuparse por la etiqueta. Su nave estaba en grave peligro.

—Creemos que hay un alienígena a bordo del avión espacial —dijo Simon Roderick.

—¿Qué?

—Un alienígena —repitió Roderick con voz impasible—. Es probable que sus aliados humanos intenten secuestrar la *Koribu*.

—Sobre mi cadáver. —Marquis miró las imágenes del pasillo axial que iba enviando una de las cámaras. El Cuero y su compañero del traje espacial habían atravesado la puerta presurizada de emergencia. Se detuvieron en un punto de la pared del pasillo donde había una especie de panel de acceso y entonces el que llevaba el traje espacial sacó una giga-cuchilla.

—Esperemos no llegar a ese extremo —dijo Roderick.

—Los intrusos han expuesto un nodo de red —informó el SA—. El programa infeccioso se está cargando directamente en las perlas neurotrónicas locales y está reconfigurando sus valores de proceso.

—Detenlo —ordenó Marquis.

—Soy incapaz de atacar. Las rutinas de administración de datos de red se han corrompido. Se han establecido *firewalls*. Se ha interrumpido el suministro de energía y entorno.

—Joder, mierda. —Marquis estudió los planos principales de la nave. Habían perdido el contacto con el tercio trasero de la *Koribu*, que ahora estaba bloqueado por los *firewalls* y las puertas presurizadas de emergencia que se habían cerrado—. ¿De qué es capaz el alienígena ese?

—No estoy seguro —contestó Roderick—. Pero su tecnología supera a la nuestra con creces. Es probable que no puedan detenerlo.

—A las armas —ordenó Marquis—. Quiero a toda la tripulación armada y que se le dé licencia para matar.

—Disponemos de diez carabinas y unas pocas pistolas de dardos —dijo Colin Jeffries—. No sirven de mucho contra un Cuero.

—Pero quizá sí contra el otro.

—He detectado un escape en las secciones de carga aisladas —informó el SA.

—¿Un escape de qué? —preguntó Marquis con voz horrorizada. Las pantallas pasaron a mostrar imágenes de las cámaras exteriores. De las secciones traseras de la nave habían empezado a brotar unas enormes columnas de centelleante vapor plateado.

—El análisis espectroscópico indica que se trata de nuestra atmósfera —informó el SA.

Al principio el doctor se negó a colaborar. Simon no llegó a amenazarlo pero al final accedió antes de que se desatara su instinto de supervivencia.

—No recomiendo esto en absoluto —dijo el doctor. Estaba ayudando a dos celadores a empujar la camilla de Simon y tres botiquines de equipamiento de cuidados intensivos por el edificio de la terminal del puerto espacial—. Todavía no se encuentra lo bastante estable como para viajar en avión espacial. Por favor, reconsidérelo.

—No —gruñó Simon. Oía cómo el Cuero que lo escoltaba gritaba a la gente que se apartara y también las protestas y los gritos con que le contestaban. Ignoró todo aquel trivial ruido de fondo.

Se había cubierto el ojo sano con una membrana optrónica que le mostraba las imágenes que recogían las cámaras de la *Koribu* y de los aviones espaciales de alrededor. Aún persistía la fuga de gas del gran tambor de la sección de carga. De las escotillas y válvulas que había distribuidas entre los silos se escapaban unas veinte columnas de humo. Su vínculo de comunicación con la nave estaba saturado de confusas órdenes y peticiones que unos y otros gritaban. Los tripulantes corrieron a ponerse sus trajes espaciales y a armarse por orden del segundo comandante. La verdad era que como contraataque daba un poco de lástima.

El SA de la nave resultaba completamente inútil ante el Principal del alienígena. Si Newton y el otro (que quizá era un aldeano mejorado) seguían avanzando por el pasillo axial y cargándolo físicamente en cada sección, no tardarían en hacerse con el control absoluto. Ahora su SA personal consideraba que tal sería la estrategia más probable. Era la forma más fácil y eficiente de secuestrar una nave; además las probabilidades de éxito eran altísimas.

Simon vio una pequeña esfera plateada salir volando de la sección de carga.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Una nave salvavidas —dijo Marquis Krojen—. Queda muy poco aire. Mi tripulación debe abandonar la zona contaminada.

Las ruedas de la camilla de Simon se tropezaron con un pequeño bache del suelo. La sacudida le hizo gemir de dolor.

—Lo siento —dijo el doctor en un tono poco convincente.

—¿Los trasbordadores de ingeniería pueden sellar la fuga?

—Quizá consigan tapar algunos agujeros. Pero no queda tiempo.

Las columnas de humo empezaban a perder espesor y fuerza.

Metieron la camilla en un ascensor. Simon, a través de su sentido magnético, percibió unas doce personas apiñadas a su alrededor cuando se cerraron las puertas.

—Mierda —exclamó—. Acaban de reventar otra puerta presurizada. Eso es que ya se encuentran a la altura de la primera rueda de ventilación.

—¿Dónde está su gente? —preguntó Simon con urgencia.

—Estoy reuniendo una brigada. No estamos entrenados para luchar contra los Cueros.

—Ya pueden aprender rápido. —Simon vio salir otras dos naves salvavidas de la sección de carga de la *Koribu*.

—El programa subversivo se está cargando —dijo Marquis Krojen—. Estamos perdiendo otra sección.

—¿Pueden adueñarse de la rueda de ventilación?

—Directamente no. El SA incorporado protegerá la rueda con un *firewall*. Pero al controlar el pasillo axial podrían cortar el suministro de energía y de entorno a la rueda.

En cuanto el ascensor se detuvo las puertas se abrieron. Llevaron la camilla de Simon al centro de control de la dársena de repostaje.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó el SF9.

Los celadores empezaron a empujar la camilla de Simon por la pasarela hasta el Xianti que lo esperaba.

—Voy a subir a la *Norvelle* —le contestó Simon a su clon hermano—. Allí asumiré el mando de nuestra operación de respuesta.

—No seas ridículo. No estás en condiciones de asumir el mando de nada.

—Soy yo el que está aquí, no tú. Tardarías horas en subir a órbita. Para entonces ya podría ser demasiado tarde.

—Ya es demasiado tarde para que consigas hacer nada desde allí. Ahora todo está en manos del capitán Krojen.

—Lo cual hace aún más urgente mi partida. La *Koribu* es el caos absoluto porque el capitán se la ha puesto en bandeja al alienígena. —Gimió de nuevo cuando pasaron la camilla por el compartimento estanco —. No se nos puede escapar —boqueó—. No lo permitiré. Debemos apropiarnos de esa tecnología. Aunque vuelen más rápido que la luz, los perseguiré y la recuperaré para nosotros. La raza humana ascenderá un escalón más.

—No te precipites. Espera mientras hago un trato con los aldeanos.

—Sé de sobra lo que nos harán esos asilvestrados.

—Eso no es...

Simon cortó el vínculo. Para mayor precaución, utilizó sus códigos para autorizar el aislamiento inmediato y total de Memu Bay del banco de datos; después también cerró los vínculos por satélite. Con un poco de suerte, su clon hermano no podría establecer contacto con Z-B durante algunas horas.

El pasillo axial, una vez privado de los sistemas de entorno, se saturó de humo; los intermitentes ambarinos iluminaban los tenebrosos nimbos que habían forrado las paredes. Los sensores del Cuero de Lawrence podían atravesar gran parte de la porquería que se había coagulado en el pasillo. Permanecía al tanto de los tripulantes que pudieran aparecer procedentes de los corredores radiales que creía despejados. Hasta el momento nadie se había enfrentado a ellos.

A medida que Lawrence y Denise habían ido recorriendo el pasillo axial, el Principal había ido tomando el control de las secciones circundantes una a una, provocando escapes en la atmósfera de la nave y obligando a la tripulación a escapar en naves salvavidas. Hasta ahora los sensores habían informado del lanzamiento de ocho naves salvavidas desde la sección de carga. Según las cámaras internas todavía quedaban siete tripulantes; tres esperaban en una nave salvavidas, dos se habían encerrado en una cámara de refugio y los dos restantes se habían puesto un traje espacial e

intentaban regresar al pasillo axial. —¿Qué tal por ahí? —le preguntó Lawrence al dragón.

—De maravilla, gracias. He establecido acceso y autoridad totales sobre las secciones de carga y fusión de la *Koribu*. El Principal ya está instalado en todos los sistemas electrónicos de administración. Hubiera preferido un ancho de banda mucho mayor que el que ofrece el umbilical del avión espacial. Esta nave consta de una cantidad de componentes asombrosa. No puedo manejarlos todos al mismo tiempo.

—¿Qué hay de nuestras armas?

—Sí. Me encargo de varios lanzadores de misiles, láseres y un cañón de haz de electrones. Todavía no he conseguido la cobertura absoluta de los sensores. La mayoría se encuentra alrededor de las secciones delanteras. En estos momentos la información de objetivo está incompleta.

—Pero si ves que algo se acerca, ¿podrás disparar?

—Sí.

—De acuerdo. Dentro de poco deberías tener acceso a las secciones delanteras.

Denise cargó el Principal en un nodo.

—Tenemos el control de esta sección.

Lawrence estudió el plano que le mostró el Principal. Por primera vez el SA de la *Koribu* no había cortado la red principal de suministro del área, que alimentaba las ruedas de ventilación.

Las puertas presurizadas secundarias de la parte superior de cada rueda estaban cerradas. El control que el Principal ejercía sobre los sistemas solo se extendía a los gigantescos cojinetes magnéticos dispuestos alrededor de la estructura de carga central. Los *firewalls* impedían el acceso de datos a las ruedas en sí.

—Tú sigue —le dijo Lawrence a Denise—. Establece un vínculo de datos con la unidad de compresión. Yo me las veré con la tripulación.

Ordenó al Principal que detuviera la rotación de las ruedas de ventilación. Todo el pasillo axial empezó a crujir con estridencia en cuanto los cojinetes cambiaron los campos magnéticos para frenar las colosales ruedas. Las paredes vibraron y se agitaron cuando la estructura de carga intentó absorber las descomunales fuerzas de torsión que traspasaron los cojinetes. En teoría, las ruedas de ventilación se compensaban la una a la otra. Cuando rodaban con suavidad no había problema pero ambas giraban

con suficiente inercia para partir la nave si la fuerza de la una era mayor que la de la otra. Por lo tanto, ahora la estructura de carga debía equilibrar el menor desajuste que detectara durante el proceso de frenado.

Cuando el Principal abrió la puerta presurizada de uno de los corredores radiales, Lawrence se introdujo en el toroide rotatorio de transferencia y adhirió un aro de foco energético a la parte superior de la siguiente puerta presurizada; tras la explosión, accedió por fin a la rueda de ventilación.

El capitán Marquis Krojen se agarró instintivamente a la consola cuando un violento temblor sacudió la consola. Los invasores debían de estar deteniendo las ruedas de ventilación. No quería ni pensar en el efecto que eso estaría causando en la estructura de carga central.

—¿Podemos utilizar la energía de reserva para mantener los cojinetes? —le preguntó al SA.

—No, señor.

Todas las preguntas y contrajugadas que se le ocurrían recibían la misma respuesta tajante.

—Están en la rueda uno —informó Colin Jeffries—. Acabamos de perder el contacto.

El capitán Marquis Krojen apretó los dientes para dejar de escupir reniegos. La tripulación del puente de mando había estado utilizando transmisores secundarios para poder comunicar las ruedas con los aviones espaciales del exterior. Ahora en los planos la rueda uno aparecía como un simple círculo negro.

El puente de mando volvió a sacudirse. Esta vez el temblor vino acompañado por un chirriante crujido metálico. Ya no podía esperar más.

—Muy bien, que la brigada salga hacia el pasillo axial.

—Sí, señor —dijo Colin Jeffries con tono sombrío. Dio la orden.

La brigada se componía de oficiales de puente armados con carabinas y soldadoras láser. Según el SA, ninguna de esas armas le causaría el menor rasguño a un Cuero. La idea consistía en aprovechar el tiroteo para conducir al Cuero hasta un pequeño compartimento del eje que habían conectado al suministro de energía de reserva. El voltaje al que podrían someterlo podría bastar para inutilizar el traje, quizá incluso para matar al hombre que lo vestía.

En el caso de que el Cuero los persiguiera.

En el supuesto de que no acabara con todos ellos a los pocos segundos.

—La rueda uno tiene fugas —dijo Colin Jeffries—. El programa ese ha reventado las escotillas de escape y accionado las boquillas de absorción de incendios.

Marquis Krojen vio en una pantalla cómo de la estructura de la rueda de ventilación se fugaba el valioso aire para perderse entre las estrellas.

—Que todo el mundo se ponga el traje espacial —ordenó el capitán con amargura—. Tienen mi permiso para abandonar la nave si su rueda de ventilación pierde presión. —Él también empezó a ponerse su traje, lo cual, dada la cada vez menor gravedad, le resultó muy complicado. Por las membranas optrónicas vio cómo la brigada abría una puerta presurizada que daba paso al toroide rotatorio de transferencia.

—Entrando —informó el teniente que comandaba la brigada—. En el toroide rotatorio de transferencia no hay nada. Abriendo puerta presurizada del corredor radial.

En el puente de mando ya casi no quedaba gravedad. Al menos así los temblores no eran tan violentos. Marquis Krojen fijó su casco con una tira de velcro a la consola que tenía a su lado para mantenerlo a su alcance.

—¿No está bloqueada?

—No, señor. Entrando. Hay una nube de humo aquí dentro, no se puede ver bien.

—Retírense —ordenó Marquis—. Sabe que están ahí, su programa debe de estar rastreándolos.

—Veo a alguien. —El sonido acolchado de una carabina saturó el altavoz.

—Retírense.

—Sí, señor. —El visor de la telemetría de la brigada empezó a titilar—. El traje... no puede... fallo.

—¡Están disparando! —gritó otro miembro de la brigada—. A cubierto.

—¡Atrás!

—¡Allí!

—Me ha dado. Me ha dado. ¡Oh, joder, me ha dado!

El teniente gritó.

—No queda aire.

En ese momento la telemetría de la brigada desapareció. Alerta de infección —anunció el SA.

—¿Aquí? —preguntó Marquis con urgencia.

—Se ha intentado a través del vínculo de comunicación —dijo el SA—. He desconectado de la red los nodos internos de la rueda de ventilación.

—¿Entonces hemos perdido el contacto con la brigada?

—Sí, señor.

—¿Cuántas bajas?

—Número indeterminado. La electrónica de sus trajes ha quedado infectada. Los datos de la telemetría posteriores a su entrada en el toroide de transferencia no son fiables.

Marquis estaba mirando las imágenes que enviaba la cámara que estaba filmando la puerta presurizada abierta. La opaca nube de humo que salía por ella empezaba a saturar el compartimento. Se veía cómo los brillantes intermitentes de alarma centelleaban con ansia.

—¿Alguno ha regresado a la rueda?

—No, señor.

—Hemos perdido la comunicación con la rueda dos —informó Colin.

—Apaguen el sistema de comunicación de sus trajes —ordenó Marquis —. Que no entre. —Miró las imágenes que seguía enviando la cámara. De la rueda dos empezaron a salir unas enormes columnas de aire. Era como ver desangrarse a un amigo.

La impotencia y la tristeza sustituyeron a la rabia que le había permitido aguantar hasta aquí.

—Abandonen la nave.

—¿Señor? —dijo Colin Jeffries.

Los tripulantes del puente de mando que todavía quedaban lo miraron extrañados.

—Ya no podemos hacer nada. No pienso dejar que esos cabrones nos tomen como rehenes. Corran a las naves salvavidas y abandonen la nave de inmediato. Los aviones espaciales los auxiliarán.

—¿Y usted?

—El capitán debe hundirse con su nave. Es mi deber.

—Entonces yo también me quedo.

—Colin, por favor... —En ese momento los visores de las pantallas se tiñeron de manchas multicolores y a los pocos segundos se fundieron en negro. El persistente silbido de fondo de los ventiladores de entorno se fue ahogando hasta desaparecer por completo. Todas las luces se apagaron. Marquis cogió el casco y se lo puso. Con dedos temblorosos se ajustó el

cierre del cuello. Cuando el revuelto aire se volvió huracanado, se agarró fuerte a los reposabrazos de su asiento. Papeles, vasos de plástico, bandejas de comida, cables, agua burbujeante y prendas de ropa diversa pasaron volando inmóviles ante él a la luz de los centelleantes intermitentes rojos que avisaban de la descompresión del puente de mando. Una camiseta se le anudó en el casco, donde se quedó ondeando con fuerza. Marquis no se atrevió a soltarse del reposabrazos para librarse de la camiseta porque el furioso torbellino lo arrastraría consigo, de manera que se puso a balancearse de un lado a otro hasta que por fin la prenda salió volando.

El aire se escapaba por una escotilla abierta. Marquis podía ver cómo los hilillos que había formado el vapor de la humedad iban describiendo la dirección del remolino. Todos los objetos que no estaban fijados a algo fueron absorbidos. Cuando abrió el plano de la rueda recordó que había una escotilla de escape a tres compartimentos de distancia. El programa infeccioso debe de haber provocado las fugas explosivas.

La atmósfera de la nave tardó varios minutos en despejarse. Los intermitentes de descompresión siguieron parpadeando después de que las ráfagas de aire cesaran. A las luces rojas se añadieron otras verdes que se habían encendido alrededor de la escotilla salvavidas que se había abierto en el suelo. Como el circuito de comunicación se había cortado, Marquis no podía oír nada. Encendió la luz del casco de su traje y se puso de pie. Colin y el resto de tripulantes también se estaban levantando. Llamó por señas a Colin para hablarle al oído.

—Súbase a la nave salvavidas —gritó Marquis—. Saque de aquí a esta gente.

—Venga con nosotros. —La voz de Colin sonaba como un zumbido amortiguado.

—No. He ordenado a la brigada que intercepte al Cuero. Tengo que averiguar qué les ha ocurrido. Son mi responsabilidad.

—Buena suerte, señor.

La tripulación comenzó a salir hacia las naves. Marquis Krojen abandonó el puente de mando. En condiciones normales, la rueda de ventilación parecía encogida y reducida pero en caída libre era mucho mayor. Unos intermitentes rojos, naranjas y verdes parpadearon a su alrededor a su paso por los desiertos pasillos sin aire. Pasó junto a tres

escotillas salvavidas que estaban cerradas. Se habían encendido unas luces azules que indicaban que la pequeña nave había salido sin problemas.

No terminaba de creerse que su indestructible nave hubiera acabado en semejante estado. Los conductos de entorno se habían partido durante la descompresión, lo que había provocado la inutilización de decenas de paneles de plástico. Los tubos resquebrajados rezumaban un líquido anticongelante azul verdoso que al emerger formaba pequeñas constelaciones de glóbulos que burbujeaban con frenesí al evaporarse en el vacío. Los escombros sueltos que no habían sido absorbidos habían formado una siniestra nebulosa dentro de todos los compartimentos y camarotes que se componía sobre todo de ropa y bandejas de comida abolladas, aunque también de cojines, fragmentos de paneles de plástico, sillas, plantas de interior machacadas e incluso el soporte de una bicicleta estática de uno de los gimnasios. Ahora que el remolino había cesado, la nebulosa flotaba inerte a su paso por las escotillas abiertas hacia el pasillo. Marquis esquivó algunos obstáculos y apartó otros. El agua borboteaba con fuerza de una tubería agrietada e iba formando una espesa niebla que abarcaba gran parte del pasillo.

El capitán sabía que aunque recuperaran el control de la nave, Z-B nunca la repararía. Pasara lo que pasara, la *Koribu* ya había muerto.

El radio del ascensor que conducía al eje de la rueda estaba casi despejado, lo que le permitía avanzar con más rapidez. Cuando llegó al primer compartimento del eje, la puerta presurizada se cerró tras él. Los intermitentes se apagaron y se restableció la iluminación normal. Algunos paneles parpadearon, lo que dejó patente lo destructiva que había sido la descompresión; los sistemas internos no estaban diseñados para operar en vacío. Marquis, que no se dejaba intimidar por la capacidad del programa subversivo, pasó al corredor anular del eje y continuó hacia el toroide de transferencia.

La puerta presurizada estaba cerrada. La empujó, consciente de la inutilidad del esfuerzo. De repente de la rejilla de un conducto de entorno brotó un denso y susurrante gas blanco.

—Joder —murmuró. El programa debe de estar preparando la rueda para los invasores. Rodeó la fuga con agilidad y se impulsó para continuar. Encontró un compartimento más seguro que los demás. Retrocedió por el corredor anular. De todas las rejillas brotaba una columna de aire. El

compartimento trampa estaba justo delante de él. La presión había ascendido a la mitad de lo normal.

—Cuidado. Podría ser peligroso.

Marquis se agarró al borde de la escotilla para frenar y mirar atrás. El Cuero venía flotando con pesadez tras él por el corredor anular.

—Alguien ha cableado toda la zona y la ha conectado al suministro de energía de reserva —dijo el Cuero, cuya voz sonaba metálica en aquella atmósfera enrarecida.

Marquis volvió a encender su circuito de comunicación.

—Se ha cableado por orden mía.

—Una buena táctica para un no combatiente.

—¿Qué quiere?

—Lo que ya tengo, capitán: su nave.

—¿Por qué? Dígame al menos eso.

—Nos vamos de excursión.

—Lo dudo, la han destrozado.

—Sólo hemos provocado daños superficiales en las secciones de ventilación. Las unidades permanecen intactas. Con eso basta.

—¿Adónde van?

—A la estrella natal del alienígena. Si lo desea, puede acompañarnos. Se ha pasado la vida en el espacio, de modo que supongo que no habrá perdido por completo la fascinación por lo desconocido, aunque Zantiu-Braun haya cambiado el concepto que de ella tenía.

Marquis Krojen dudó ante la propuesta pero el deber pesaba más que los viejos sueños.

—Lo único de lo que debo preocuparme ahora es de la seguridad de mi tripulación. ¿Ha matado a los hombres de la brigada que envié aquí?

—Qué pregunta tan descarnada, Capitán. Pero no, no los he matado, aunque hay un par heridos. Tuvimos que infectar sus trajes espaciales y dejarlos sin aire. Cuando se quitaron el casco los dardeé.

—Entiendo.

—Mejor así. Hala, en marcha.

Las luces se atenuaron de nuevo. Marquis se dio cuenta de que algo estaba sustrayendo energía de los *tokamaks*.

—La unidad de compresión —dijo con sorpresa.

—Ya le he dicho que permanece intacta. La encenderemos en cuanto el alienígena eleve los *tokamaks* a su máxima potencia y conecte el inversor de energía. Mientras tanto quiero que me ayude a meter en las naves salvavidas a los tripulantes que quedan. Si no lo hacemos, entonces vendrán con nosotros, pero el viaje de esta nave es solo de ida.

Simon perdió el conocimiento cuando el avión espacial se puso en marcha. La aceleración que el vehículo fue adquiriendo intensificó su agonía hasta que las atormentadas defensas naturales de su cuerpo ya no pudieron más. Cuando se recuperó ya habían entrado en caída libre y el equipamiento de cuidados intensivos emitía sin cesar urgentes pitidos chillones. Poco a poco empezó a distinguir los símbolos y mensajes azules que aparecieron en su visión. No había datos disponibles de la *Koribu*. Le dijo a su SA que le diera los planos tácticos orbitales y las lecturas que los sensores habían realizado de las naves y los satélites.

—Cielo santo. —La situación era tan mala como se temía.

—Por favor, no intente moverse —le previno el médico raudamente—. Se encuentra bien.

—Más me vale —dijo Simon. Los nítidos círculos del plano táctico indicaban que cuarenta y ocho naves salvavidas estaban abandonando la *Koribu* poco a poco. Los Xiantis ya habían recogido algunas pero no disponían de suficientes camarotes para alojar a todos los tripulantes refugiados. Dos aviones espaciales se habían limitado a dar cobijo a las naves salvavidas en sus dársenas de carga y salido de órbita para bajarlas a Durrell. El resto de naves espaciales permanecían a la espera de instrucciones: ¿Debían esperar en órbita a que los aviones espaciales los rescataran o debían encender sus retrocohetes y aterrizar en el planeta? En este último caso, ¿en qué coordenadas? A Simon le daba exactamente igual. Ocultó el visor táctico en la rejilla del visor principal y abrió los escaneos de sensor de la *Koribu*. Entonces vio unas vastas e intensas líneas de flujo expandirse desde la sección de la unidad de compresión a medida que los *tokamaks* iban ganando potencia. La nave se estaba preparando para viajar más rápido que la luz.

Simon le dijo a su SA que estableciera un vínculo con Sebastian Manet, el capitán de la *Norvelle*.

—¿Puede inutilizar la *Koribu?* —preguntó Simon. Según su plano táctico, solo había ocho mil kilómetros entre ambas naves.

—Deberíamos poder traspasar sus defensas entre nosotros seis —contestó Sebastian Manet—. Me gustaría esperar hasta que se encuentre más lejos de las naves salvavidas y los aviones espaciales. Los misiles defensivos o la explosión de la *Koribu* podrían dañarlos.

—No quiero volarla, sólo inutilizarla.

—Eso no podemos.

—¿Por qué no utiliza el armamento cinético? Apunte a la sección de la unidad de compresión.

—La *Koribu* contestará con sus bombas nucleares; nada puede atravesar una barrera defensiva así.

—Nuestra capacidad cinética supera su potencial nuclear.

—Así es. Pero el capitán Krojen, que ha escapado en la última nave salvavidas que ha salido, ha confirmado que los secuestradores han conseguido su objetivo. Dentro de unos cinco minutos escaparán a una velocidad superior a la de la luz. Necesitaríamos realizar al menos dieciocho lanzamientos para reducir su capacidad defensiva y luego asegurarnos de dar en el blanco; todo esto nos llevaría entre cuarenta y cinco y sesenta minutos. Ni siquiera podríamos realizar el primer lanzamiento a tiempo.

—Utilice el baño de gamma.

—El proyector tarda quince minutos en desplegarse.

Simon resopló con furia.

—Por favor, —le suplicó el médico—, no se altere. De lo contrario me veré obligado a sedarlo.

—Si vuelve a acercarse a mí, le aseguro que saldrá volando por la escotilla —dijo Simon—. Rastréela —le ordenó a Sebastian Manet—. Quiero saber adónde van. E inicie la secuencia de arranque de la unidad de compresión de la *Norvelle*.

—¿Habla en serio?

—Sí. Nos acoplaremos con ustedes dentro de diecisiete minutos. En cuanto haya subido a bordo los perseguiremos.

Simon se sentó en la cabina del helicóptero para recibir la oleada de datos que su SA personal había perfilado para él. La información sobre el intento de secuestro de la *Koribu* era escasa pero los datos de los sensores de la nave indicaban que los intrusos seguían avanzando por el pasillo axial y cargando el Principal en los distintos nodos que encontraban a su paso.

Se produjeron fugas en la atmósfera de la sección de carga. Se expulsaron las naves salvavidas.

No podía hacer nada. La única opción era ordenar que una de las otras naves utilizara sus armas nucleares. Pero así mataría a toda la tripulación, quemaría una nave valorada en miles de billones de dólares, barrería a los aviones espaciales que anduvieran cerca y acabaría con el alienígena. No se ganaría nada y se perdería todo. Además, no estaba del todo convencido de que un capitán obedeciera ese tipo de órdenes.

Un icono de cambio de estado parpadeó en la rejilla del visor del IND. Su SA personal siempre le mantenía al tanto de los asuntos de seguridad concernientes a su clon hermano, sin importar la situación de crisis a que se estuviera enfrentando. Abrió el icono y leyó el mensaje que apareció con cada vez mayor sorpresa.

—¿A qué crees que estás jugando? —le preguntó al SK2.

La respuesta y breve explicación que recibió confirmaron que tenía motivos para estar consternado. Sabía que existían precedentes de disputas entre los clones de Roderick pero no conocía ningún caso en que uno de ellos hubiera terminado mostrando un comportamiento tan demencial. Dado su estado actual, lo más probable era que el SK2 no aceptara ningún tipo de decisión que restringiera su autoridad.

Cuando el SK2 cortó el vínculo se olvidó del asunto.

—¡Maldita sea! —La irritación se convirtió en furia cuando su SA personal le comunicó que Memu Bay había quedado aislada del banco de datos global. Al instante siguiente el circuito de comunicación de los TVL88s perdió el vínculo vía satélite. Simon intentó restablecer el contacto a través de los helicópteros que quedaban en la pradera central de Arnoon. Como no obtuvo ninguna respuesta del satélite, recurrió a su perla de brazalete, que aunque podía detectar la baliza del satélite tampoco recuperó el contacto.

El SK2 no solo se había puesto al frente de la misión, sino que había aislado a un clon hermano en un área hostil anulando por completo su autoridad. Simon meneó la cabeza con desaliento. «Suponiendo que mis hermanos del Consejo lleguen a enterarse». En aquel preciso instante la legitimidad y las maniobras políticas no eran su mayor preocupación.

Jacintha estaba sentada a una larga mesa de madera que había dentro del pabellón de blancorchos. Parecía muy relajada a pesar de los tres Cueros que la vigilaban a pocos metros de ellos.

—Tiene sentido magnético y es un clon —le dijo a Simon cuando este se reunió con ella—. Es fascinante. No cabe duda de que la vida en la Tierra es un poco más complicada de lo que nos pensábamos.

Simon señaló el banco del otro lado de la mesa.

—¿Me permite?

—Por favor.

—¿Ha oído todo eso?

—Alto y claro, gracias.

—Sea cual sea su punto de vista, esto nos acarreará problemas. Mi clon hermano está... indispuesto.

—Querrá decir que se ha vuelto loco.

—Está traumatizado y todavía siente muchísimo dolor, algo que afecta a su juicio. Estaba cerca de Josep cuando estalló.

—¿Se supone que debo sentirme culpable?

—Solo expongo la causa y el efecto.

—Han invadido nuestro planeta. Este es el resultado.

—No pienso cargar con toda la culpa. Sus acciones también tienen consecuencias. Nadie tiene la razón absoluta en este enfrentamiento.

—No —admitió Jacintha a regañadientes—. Pero ahora nosotros tenemos una nave y el alienígena regresará a su casa.

—Espero que la sociedad de ese ser cuente con buenas armas porque mi clon hermano no se detendrá hasta que haya obtenido la tecnología nanónica.

—Los dragones no necesitan ningún arma. Las amenazas de su hermano no les causarán el menor efecto.

—¿Dragones? —Simon recordó entonces los detallados grabados que había visto en las fachadas de las casas triangulares.

—Así es como los llamamos —aclaró Jacintha.

—Comprendo. Bien, si mi clon hermano averigua dónde viven esos dragones, entonces se habrá colocado en una peligrosa situación estratégica. Si en esta ocasión no obtiene nanónicos, regresará. ¿Cómo puede estar tan segura de que los humanos nunca obtendrán la información? Si no la consiguen por la fuerza, entonces la conseguirán comerciando o pactando. Al fin y al cabo, el dragón nunca se opuso a vivir entre ustedes. —Notó cómo la duda empezaba a hacer mella en la mente de Jacintha—. Si esa posibilidad existe, debe ayudarme.

—¿A qué?

—A que no sea mi clon hermano quien llegue el primero al dragón.

—No.

—¿Por qué no?

—Creo que hay que introducir los sistemas nanónicos en la raza humana, pero aplicando unas normas de igualdad. Esta es una de las razones por las que hemos sido tan precavidos. Si usted o su hermano son los primeros en llegar al dragón, no será posible. Y lo sabe.

Todo cuanto se utiliza de una forma con la que usted no está de acuerdo es que por definición se aplica equivocadamente. Por eso la cultura humana ha evolucionado como lo ha hecho, para que la mayoría pueda influir en futuros desarrollos. Cada individuo tiene una opinión, insignificante, cierto, pero ahí está. ¿O acaso desconfía usted de toda la raza humana?

—Por favor, no intente tergiversar nuestra postura. Zantiu-Braun en concreto haría un muy mal uso de esta tecnología. Levantarían un monopolio para incrementar su riqueza, su influencia y de paso su potencial militar.

—Por supuesto que la aprovecharíamos para beneficiarnos. Pero ustedes desconocen nuestros objetivos. Aunque puede que debiera decir «mis» objetivos, puesto que de todos mis centenares de hermanos yo soy el que formuló en un principio nuestra política y quien se asegura de que se lleve a cabo.

—De acuerdo, siento curiosidad. ¿Cuál es su meta? ¿Invadir y conquistar más planetas?

—No. A largo plazo, puede que a medio, la captación de bienes no será rentable. Los vuelos espaciales de la actualidad son el vergonzoso final de un noble sueño que poco a poco se acerca a su inevitable final.

—¿Cuál se supone que es ese noble sueño?

—Proporcionar a todos los seres humanos eso de lo que ustedes han disfrutado: una nueva vida en un mundo virgen. Es un deseo que arde en el corazón del hombre. Nace de nuestra impulsividad y nuestra curiosidad, de la pasión de viajar y descubrir cosas nuevas. Cierto es que también tiene sus raíces en la insatisfacción que en nosotros despierta la sociedad en que vivimos. Cuánto más fácil es huir y volver a empezar que corregir los errores institucionales, incluso constitucionales, de una sociedad monolítica. Ambas razones desataron la primera oleada de colonias. Desde el principio se sabía que no sería rentable, la tecnología de la unidad de compresión no puede mantener vivo el sueño. Aun así, seguimos adelante. Conseguimos grandes éxitos, como los planetas Ducain, Amethi y Larone; en todos ellos se han organizado sociedades demócratas independientes y prósperas que participan en el accionariado de la compañía. También tuvimos muchos cuasi éxitos, como Thallspring, que aunque está en deuda con la Tierra es autónomo. Y debo reconocer que Santa Chico me parece un éxito considerable, a su manera, eso sí.

—Si somos un éxito, dejen de ahogarnos y permítannos desarrollarnos con libertad. Utilicen su poder e influencia para acabar con las campañas de captación de bienes.

—Sé que nuestra invasión condiciona su opinión y lo siento. Pero los cambios necesarios hay que hacerlos a un nivel más básico. Debemos elevar la raza humana para liberarnos de las restricciones que impone.

—¿Elevarla?

—Sí. La Tierra, con una población de siete mil millones de habitantes, es el planeta humano más rico. Después de todo, con toda esa gente trabajando en una sociedad industrial, no podría ser de otra manera. No obstante, el nivel de miseria es igual. En algunos distritos de ciertas ciudades, los habitantes van ya por la vigésima generación de pobres. Y nunca saldrán de esa situación, al contrario que sus ancestros, que tuvieron la vista y el arrojo para venir aquí. Las escuelas y el banco de datos ofrecen grandes oportunidades de aprendizaje que podrían aprovechar para abandonar los barrios bajos e integrarse en el sistema económico principal. Pero se niegan. Por cada uno que consigue salir, diez se quedan y forman familias, por lo general numerosas. La droga es el pan de cada día y el crimen los empobrece todavía más; viven hacinados en chabolas, los

padres no se preocupan de los hijos, no cuentan con ayudas sociales y el nivel de violencia entre ellos es espantoso. Y cada vez va a peor.

—Conozco los principios del ciclo de la pobreza.

—Eso es bueno porque se está iniciando aquí. He observado que se ha empezado a crear una economía secundaria. En este planeta está emergiendo una clase inferior. En la actualidad se mantiene no demasiado al margen de la sociedad principal de Thallspring. Pero pronto, dentro de unas pocas generaciones, la división será insalvable y Thallspring se habrá convertido en una réplica de la Tierra.

—No, eso no ocurrirá nunca.

—Ah... —Simon sonrió—. Desde luego que sí. Ustedes creen que la tecnología del dragón les ayudará a unificar su mundo y que les permitirá iniciar algo nuevo y decente.

—Por supuesto —dijo Jacintha—. Si introducimos poco a poco los cambios que hemos previsto, conseguiremos que todo el mundo salga beneficiado.

—Admirable. Y envidiable. Con esa capacidad de previsión no me importaría proponerla como miembro de nuestro Consejo. Yo... nosotros... también queremos ser testigos de los nuevos cambios sociales; ya basta de la expansión incesante en la que no dejan de repetirse los errores del pasado. Pero para que ese cambio sea factible, debe nacer del corazón de la sociedad humana: la Tierra. Ya llevamos un siglo intentándolo. Hay que eliminar la pobreza, las clases inferiores. Y no hablo desde el altruismo, de hecho mi postura es bastante egoísta. Se aprovechan de nuestra compasión, generan miles de millones de gastos de asistencia social solo en concepto de comida y alojamiento; después se necesitan miles de millones más para atención médica porque, claro, son el sector más indefenso ante cualquier enfermedad y sin duda el menos saludable. Son los responsables de que los sueños y esperanzas de hoy caigan en saco roto. Si no tuviéramos que preocuparnos de ellos, nuestras naves todavía seguirían explorando las profundidades de la galaxia y fundando colonias. Dispondríamos del tiempo y los recursos necesarios para estudiar nuevas formas de vida. Todos, no solo ustedes y Santa Chico.

—Habla de los pobres como si no fueran humanos.

—Depende de lo que entienda por humano.

—No estoy segura de que usted lo sea.

—Oh, pero sí que lo soy, porque me importa. Z-B se ha dedicado a adaptar comunidades enteras a un sistema económico racional a través de las participaciones. Por supuesto, los retrógrados y los antiglobalizadores desprecian nuestros esfuerzos, que tildan de dictadura corporativa. Pero los gobiernos y los políticos locales se muestran ansiosos porque desarrollemos y revitalicemos sus regiones empobrecidas. Hasta nuestra competencia ha seguido nuestra iniciativa. Entre ambos hemos reintroducido el concepto de trabajo vitalicio, que casi desapareció en el siglo XXI, cuando la tecnología empezó a evolucionar tan rápido que las máquinas y productos que entonces se fabricaban quedaban obsoletos antes incluso de entrar en el mercado. Hoy la evolución tecnológica se ha ralentizado y, por consiguiente, la inestabilidad económica se ha reducido. La riqueza que generamos con nuestras inversiones permite a nuestros accionistas beneficiarse de todo cuanto la sociedad moderna puede dar a luz. Y algo que siempre concedemos, por muy pequeña que sea la participación que se tenga, es asistencia sanitaria para toda la familia. Todo el mundo puede disfrutar de la vescritura de la línea germinal.

—¿Qué tipo de vescritura? —preguntó Jacintha, que no se molestó en ocultar el interés que le despertó el concepto.

—La que los padres elijan —respondió Simon—. Todos los niños de clase media son más fuertes, más sanos y viven más. Además demuestran poseer un mayor coeficiente intelectual. Todo esto es necesario para que sus hijos triunfen y sean felices; solo se trata de trucar los dados de la vida para que esta ofrezca más oportunidades.

—¿Esa es su meta? ¿Aumentar el coeficiente intelectual del ser humano?

—En efecto. Básicamente lo que hacemos es empujar a las clases inferiores hacia la extinción. En cuanto llegamos a un área deprimida, lo primero que hacemos es establecer un sistema sanitario avanzado. Después, la siguiente generación puede aprovechar como es debido las ventajas de la escolarización, que le permite darse cuenta de que al otro lado del gueto existe un mundo en el que merece la pena tomar parte. A partir de ahí van progresando hasta poder ganarse la vida por sí mismos, momento en que empiezan a contribuir y dejan de abusar. En la actualidad hay menos desempleados, trabajadores manuales, delincuentes menores y parias sociales de los que ha habido a lo largo de los últimos doscientos años. Hoy el estado debe ocuparse de menos gente, gentuza que chupa la vitalidad del espíritu del hombre.

»Si al final conseguimos fomentar un sistema de participación global, entonces habremos erradicado la pobreza y los visionarios nos veremos libres del yugo de los prosaicos. Las compañías como Zantiu-Braun podrán desarrollar programas de expansión a una escala inimaginable hasta hoy. Podremos iniciar la era del bienestar interestelar e inaugurar un nuevo tiempo en que las ideas y los proyectos viajarán de una estrella a otra.

—Suena un poco, no sé... ¿fascista?

—No imponemos nada. No encañonamos la cabeza de nadie. Nos limitamos a proponer una opción y dejar que la naturaleza humana haga el resto. Además, ustedes recurrieron a los sistemas nanónicos para mejorarse y supongo que sus ascendientes también se habían sometido a la vescritura de su línea germinal.

—No lo niego. Pero eso no es motivo para que yo le preste mi ayuda en esta situación.

—Debería serlo. A pesar de todos los sacrificios que mis clones hermanos y yo hemos hecho, hay países enteros que siguen atascados en sus costumbres arcaicas. Por desgracia, según nuestras estimaciones más optimistas, la participación accionarial global no será factible hasta dentro de tres o cuatro generaciones.

»Ustedes han descubierto un alienígena que puede provocar la consumación de la participación de aquí a pocos años. Todos los gandules e ignorantes a los que mi clon hermano y yo tanto despreciamos pueden subir un escalón de la pirámide si se les regala la inteligencia de la que por desgracia carecen. Si usted cree que hemos invadido Thallspring, ¿cómo llamaría a esto? Ha dicho que el plan es ir repartiendo poco a poco los conocimientos del dragón, para que a la gente le dé tiempo a comprenderlos y asimilarlos. Suponga que no puede ser así, que necesita poner en práctica el nuevo sistema sin preguntar a la población qué opina y que además dispone de recursos para llevar a cabo esa implementación.

—No puede obligar a las personas a mejorarse —replicó Jacintha muerta de vergüenza ajena.

—Lo sé. Pero mi clon hermano es más apasionado que yo, menos compasivo. Por lo que a él respecta, si se cuenta con los medios, ¿por qué esperar? Y los medios son el sistema nanónico activo. Por lo tanto, si persigue a la *Koribu* conseguirá la exclusividad absoluta. Así que dígame,

¿qué peligro representa mi clon hermano para la raza humana? ¿Es posible aumentar el coeficiente intelectual de un humano adulto?

—Sí. Las células neurales son básicamente iguales que las demás, por lo tanto las moléculas secuenciadoras de comportamiento pueden reestructurarlas.

—Entonces ahora ustedes tienen una oportunidad. La tecnología nanónica del dragón se introducirá en la Tierra tarde o temprano. ¿De qué mano lo prefiere, de la de mi clon hermano o de la mía?

Jacintha soltó una amarga carcajada rota.

—¿Cuál es la diferencia?

—Míreme —dijo Simon. Cuando Jacintha lo miró a los ojos prosiguió —. Yo soy el lado moderado. No obligaré a la gente a mejorarse ni permitiré que nadie la fuerce. El tema se discutirá democráticamente, bien a través de la participación en la compañía o bien según el método tradicional. Pero en cualquier caso se producirán cambios, igual que se han producido cada vez que a lo largo de la historia de la humanidad se ha descubierto algo. Ahora usted elige de qué manera prefiere que se desarrollen las cosas. Hoy usted y yo somos enemigos circunstanciales. No permita que eso empañe el concepto que pueda tener de mí.

—¿Qué quiere pedirme exactamente?

—Necesito saber adónde van las naves, cuál es el mundo del alienígena. Quiero que el Principal desbarate el bloqueo del sistema de comunicación para poder enviar un avión espacial al aeropuerto de Memu Bay que me lleve a una nave. Debo seguirlos y evitar que sea mi clon hermano quien se adueñe de la sabiduría del dragón.

Lawrence y Denise dedicaron casi toda la primera semana a realizar reparaciones y a retirar obstáculos, ayudados por un pequeño escuadrón de robots que el Principal controlaba. Poco a poco las ruedas de ventilación uno y dos empezaron a girar de nuevo y a dotar a la *Koribu* de un equilibrado movimiento de precesión. La uno la ignoraron por completo pero la dos intentaron represurizarla. Tardaron tres días solo en sellar los mamparos de presión. La descompresión explosiva había causado graves daños en las puertas abiertas, cuyos goznes se habían deformado; además

los sellos de los bordes se habían partido y los fragmentos de chatarra habían atascado los carriles. Los escombros que habían salido despedidos en las diversas explosiones habían hecho trizas el cableado de energía y de datos. Había que examinar cada una de las puertas y repararlas en la medida de lo posible. Tuvieron que tapar los huecos que dejaron las escotillas de escape que se habían perdido en el espacio exterior con láminas metálicas o de aleación que fijaron con epoxi. Al final consiguieron acondicionar un cuarto de la rueda, en medio de la cual quedaba el puente de mando. También presurizaron uno de los radios para poder acceder al eje sin necesidad de ponerse el traje, aunque tampoco usaban mucho el pasillo axial. Si detectaban que algo funcionaba mal en la unidad de compresión, enviaban un robot a realizar las reparaciones pertinentes.

Una vez restaurada la presión, pasaron a arreglar las unidades de filtración y fregado, reemplazaron los motores de los ventiladores, limpiaron el intercambiador de calor y parchearon las tuberías. Restaurar los niveles de oxígeno y nitrógeno no supuso ningún problema. Los depósitos de reserva de la *Koribu* restauraron la atmósfera para que veinte mil personas pudieran vivir en la nave durante dos meses. En este caso solo debían proporcionar aire a dos personas durante ciento cuatro días. También contaban con agua de sobra, tanta que ni siquiera se molestaron en reparar el mecanismo de reciclaje y depuración.

En las cámaras de alimentos de la *Koribu* solo había paquetes de comida sometida previamente a un proceso de esterilización para evitar que se estropeara. Tenían suficiente para mil años. Denise odiaba esa comida.

—No sabe a nada —dijo el primer día. Habían regresado al avión espacial para descansar mientras los robots terminaban de soldar y sellar los conductos criogénicos del radio.

Lawrence miró el paquete de Denise, que había elegido solomillo Chateaubriand con salsa Béarnaise. La válvula de hidratación estaba programada, de manera que no podía haber empleado una cantidad equivocada de agua para empaparlo antes de meterlo en el microondas.

—Será el estancamiento de caída libre —dijo Lawrence—. Los líquidos que se acumulan en la cabeza inutilizan los receptores del sabor. Prueba a echarle un poco más de solución salina.

—No es solo por el sabor, también por la textura. —Sacó de una caja una serie de paquetes de comida que dejó flotar por el camarote y rebotar

en las paredes—. Mira, se supone que son distintos tipos de alimentos, sin embargo, todos tienen la misma consistencia de puré de patata tibio multicolor.

—Vale. Lo siento. —Menos mal que ya solo quedaban ciento tres días.

Cuando por fin terminaron de represurizar la sección de la rueda, Lawrence salió al puente de mando y, con gran cautela, se abrió el Cuero. Olfateó el aire fresco.

—Cielo santo, no es cosa del estancamiento de caída libre.

Denise se quitó la mascarilla y puso cara de asco.

—¿De dónde viene?

—Vamos a averiguarlo.

El hedor no procedía de una única fuente. El líquido refrigerante que se había congelado empezaba a licuarse y evaporarse. La planta de reciclaje de basura era la mayor culpable, de manera que en seguida cerraron las válvulas y ordenaron a los robots que rociaran todos los mecanismos con espuma selladora. Las migas de los alimentos que la tripulación había comido se habían secado parcialmente en el vacío antes de congelarse; ahora estaban podridas del todo. Además Lawrence sospechaba que tras los paneles del techo y las paredes podría encontrar roedores e insectos descomponiéndose.

Había que limpiarlo todo: absorber los líquidos y echar la materia biodegradable por una escotilla a los compartimentos cercanos cuyo interior permaneciera en vacío. El proceso les llevó un tiempo.

Lawrence se apropió de las habitaciones del capitán. Sacó toda la ropa de Marquis Krojen y todas sus pertenencias, despojándole de identidad. Después registró el resto de camarotes en busca de ropa que le valiera. Muchas de las prendas habían salido despedidas hacia el espacio exterior pero quedaban suficientes para aguantar un par de meses sin tener que lavarlas.

Denise se trasladó a un camarote del otro lado del puente de mando.

Transcurrida la primera semana, Lawrence empezó a revisar la biblioteca multimedia. No tenía mucho más que hacer. El Principal y los robots se podían encargar del equipamiento de entorno y mantener en funcionamiento su sección de la rueda. Lawrence reactivó una cabina de mantenimiento para guardar su Cuero, que por otro lado no esperaba volver a ponerse. La nave siguió adelante sin su intervención. La unidad de

compresión trabajaba con eficiencia, al igual que los *tokamaks*. No hacía falta ningún copiloto. No era necesario revisar la nave a diario. No había ventanas.

Al principio Lawrence elegía la música, que siempre ponía a un volumen altísimo. Resultaba un tanto estremecedor, dos personas solas en una nave con capacidad para veinte mil. La música le ayudaba a olvidar la soledad mientras se entrenaba en el gimnasio para que el cuerpo no se le debilitara demasiado. Más adelante Denise y él empezaron a discutir sobre las canciones que ponía. Lawrence hizo lo posible por mantener la calma. Conocía de sobra el tipo de riñas que podían surgir entre las personas que vivían apretadas en espacios reducidos; en cambio Denise, que se había criado en el bosque, no comprendía que a veces había que ceder. Por tanto a partir de entonces fue ella quien pasó a elegir el repertorio. Lawrence prefirió no criticar sus gustos.

Incluso a pesar de pasarse tres y hasta cuatro horas diarias en el gimnasio, Lawrence seguía disponiendo de tiempo libre de sobra. Regresó a la biblioteca y empezó a acceder a los envivos, algo que no había hecho desde que salió de Amethi. Al principio se decantó por las comedias, las nuevas y las clásicas, pero en seguida se aburrió de todas aquellas situaciones que tan poco tenían que ver con su propia vida. Después se enganchó a las aventuras de acción, de las que también se cansó al ver que se volvían repetitivas e idiotas. Los dramas le parecieron demasiado lacrimógenos. Supuso que se debía a que sus actuales circunstancias lo habían vuelto más sensible y demasiado vulnerable ante las tragedias en que los personajes lo implicaban. Se negó en redondo a ver obras de ciencia-ficción. A pesar de la tentación, hubiera sido algo prematuro. Volvería a ver *Destino: Horizonte* de nuevo, pero ni aquí ni en soledad. Así, siguió viendo obras clásicas, documentales de viajes y de historia. Aunque de vez en cuando prefería sumirse en los recuerdos sueltos que el dragón conservaba del Imperio del Anillo y de otros pasajes de la historia de la galaxia, que ya formaban parte de la antigüedad cuando aparecieron los dinosaurios en la Tierra.

Aunque se pasaban el día cada uno por su lado, Lawrence y Denise acordaron pasar juntos las horas de las comidas. Comían todo tipo de alimentos, aunque Denise siempre se quejaba de su insipidez.

—La quieres de verdad, ¿eh? —le dijo Denise a Lawrence durante una de las comidas, transcurridas ya cinco semanas de viaje.

Lawrence la miró con cierta culpabilidad porque, como de costumbre, había desconectado para no oír las pestes que soltaba sobre el estado del pato a la naranja. Cuando miró adonde Denise miraba, se dio cuenta de que estaba acariciando el colgante con el pulgar y el índice. El pequeño holograma le sonreía a través de la cubierta, tan desgastada ya por el tiempo.

—Sí —asintió Lawrence. No le importaba reconocerlo ante Denise ahora que ya no había vuelta atrás—. La quiero.

—Una chica con suerte. ¿Cuánto hace? ¿Veinte años?

—Más o menos. —Volvió a mirar el pendiente antes de volver a esconderlo tras la sudadera—. Sabes, al principio lo conservé para no olvidar por qué me fui de casa, para que el odio no desapareciera. Todo cambió con el paso de los años. Ahora lo conservo por lo que ella significó para mí, los días más felices de mi vida. Tardé mucho en darme cuenta de que nadie puede influir tanto en tu vida si no significa nada para ti. Y nadie más ha significado nunca tanto para mí, ni de lejos.

Denise lo miró con cariño, un poco sorprendida ante la confesión.

—Espero que las cosas todavía puedan arreglarse.

—Me enfadé tanto cuando me di cuenta. Odié a todos por formar parte de un universo en el que se permite que ocurran cosas así. Era la única manera que tenía de expresarme. No supe encajar que habían estado utilizando a alguien a quien amaba. Pero lo cierto es que ambos éramos jóvenes y estúpidos, ella y yo. Ella estaba desesperada por emigrar y aquella era la única manera que tenía de hacerlo. Y sabes qué, no hay ninguna diferencia entre lo que ella hizo y lo que yo he hecho. Dejé que Zantiu-Braun se adueñara de mi cuerpo durante veinte años porque era la única oportunidad que yo tenía de realizar mi sueño.

—Sí que te apasionan los vuelos estelares.

—Por supuesto. Nací en una colonia, por tanto debo mi existencia a la pasión de viajar.

—Es algo propio del ser humano, intentar alcanzar tu meta sin pensar en las consecuencias. Quizá en este aspecto Simon Roderick llevara razón.

—No lo dirás en serio. —Jacintha había transmitido toda la conversación que había mantenido con Roderick a la *Koribu* antes de que esta saliera disparada a una velocidad superior a la de la luz. Oírle hablar sobre la política de Z-B no le había sorprendido tanto como cabría esperar o al

menos tanto como le hubiera chocado si hubiera oído lo mismo un mes antes. Al fin y al cabo, su organismo también estaba muy vescrito y de haber tenido hijos hubiera querido lo mejor para ellos, tal como Roderick decía. Nacer para formar parte de un movimiento como este te hace comprender mejor la finalidad del mismo. Seguramente desde fuera parecería muy distinto o, mejor dicho, aterrador. Un sector más inteligente, más rico y más poderoso quiere mejorar a tus hijos para que se integren en su sociedad, no en la tuya. Lawrence no sabía decir si aquello sería evolución o simple eugenesia.

—En realidad sí —dijo Denise—. Tenía razón cuando dijo que la colonización solo ha servido para fundar sucedáneos de la Tierra, siendo el único motivo el engrandecimiento personal. En principio los nuevos planetas se reservan para los ricos con el fin de que no surjan los problemas y las limitaciones de siempre, que en la Tierra no van a dejar de existir solo porque aparezcan en otras partes. Y si la situación cambia, es siempre a peor porque la clase de gente que se marcha es esa cuya energía y determinación es justo la que se necesita para resolver las injusticias. Es una cuestión política porque abandonan al resto de la raza humana. —La gente siempre ha emigrado a la búsqueda de algo mejor. Es algo inherente a la naturaleza humana. Es la razón por la que el proyecto de Roderick tuvo éxito al final, porque deseamos lo mejor para nuestros hijos. La gente siempre elegirá mejorar si se le ofrece la oportunidad, pero no comparte la definición de mejorar. Esa es tu política. La colonización es una forma de evolución. Las minorías pueden emigrar para vivir como ellas mismas elijan y sin que nadie las asfixie. Las nuevas ideas florecen una vez que la gente escapa de las garras de la pasividad, que es donde viven atrapadas en estado quiescente las masas acomodadas. Cada comienzo es una nueva oportunidad para que las culturas avancen.

—¿Para que avancen hacia dónde? ¿Hacia una sociedad más consumista?

—No importa que algunos planetas sean simples reproducciones de la Tierra. No todos lo son, eso es lo que cuenta. Yo he estado en Santa Chico y te aseguro que jamás escogería su estilo de vida, con el que ellos se encuentran muy a gusto.

Pero es abismalmente distinto y los respeto por ello. Respecto a las colonias de los portales, quién sabe cómo se habrán organizado. Vosotros habéis encontrado algo que nos puede ayudar a desarrollarnos hasta un

punto que jamás hubiéramos soñado. Ese algo proviene de aquí, de las estrellas, de más allá de los marchitos horizontes de la Tierra. Descubristeis el dragón por accidente. Pero viajar hasta aquí, a lo desconocido, adonde moran los dragones no es simple casualidad. Es aquí donde queremos estar porque este es nuestro sitio.

—Podríamos desarrollarnos por medio de los nanónicos del dragón. Por otro lado, quizá acabáramos con nosotros mismos porque se trata de una tecnología increíblemente poderosa.

—Eso se ha dicho de todos los proyectos nuevos que hemos iniciado. A la generación a la que le toca vivir el cambio le da un ataque de pánico pero dos generaciones después nadie entiende a qué venía tanto alboroto. No me aferro a ninguna religión ni tampoco creo en el destino pero al final siempre tengo fe en el ser humano como especie. Nos adaptaremos a esto igual que nos hemos adaptado a tantas otras cosas antes y seguiremos evolucionando hasta alcanzar un nivel maravilloso. La historia está de nuestro lado.

—No tanto. ¿No lo ves? Esto nos proporcionará la capacidad de cambiar no una vez, sino continuamente. Ni siquiera necesitaremos continuar esa especie en la que tanto confías.

—No hablo solo de la historia humana, sino también del Imperio del Anillo. Ellos gozaban de todo esto y mira adónde han llegado. La belleza de su cultura es algo a lo que nosotros deberíamos aspirar porque podríamos alcanzar semejante diversidad algún día. La sociedad más magnificente imaginable ocupaba un cuarto de la galaxia y resistió un millón de años.

—¿Y dónde están ahora? —preguntó Denise con voz entrecortada.

—A nuestro alrededor. Recuerda que ellos son los dragones, el mayor ejemplo de que los cambios pueden perdurar. Entraron en perfecta armonía con su entorno, los alrededores de las gigantes rojas; asimismo, nosotros nos fundiremos con el nuestro, los planetas similares a la Tierra. Es posible que más adelante demos un paso más y nos unamos a ellos. Quizá incluso lleguemos a desarrollar la suficiente inteligencia para aprender de la historia del Imperio del Anillo y descubrir que la vida no puede ser algo estático.

—Eres un soñador, Lawrence, pero te olvidas de los hechos. Un Roderick nos pisa los talones para convertir tanto tus ideales como los míos

en algo perverso.

—Puede que así lo quiera el destino. Quizá Roderick termine esclavizando a la mitad de los seres humanos, pero nunca los atrapará a todos. A ti no té cogerá, ¿me equivoco? Tú, con tus mejoras genéticas, no tendrás ningún problema para fundar un nuevo mundo perdido en el otro extremo de la galaxia.

Denise lo miró como si él fuera el verdadero alienígena.

—¿Y eso no te molesta?

—Va contra la ética que he heredado. ¿Aunque quiénes somos nosotros para juzgar lo que resultará de esa clase de evolución forzada? ¿Por qué presuponer que solo puede salir algo malo? Debemos esperar a verlo antes de criticar. Después de todo, Roderick cree que está haciendo lo correcto. Además, aunque cree lo más maligno que el hombre puede imaginar, no durará mucho. La evolución vencerá de nuevo.

—A mí me preocupa el sufrimiento que causará mientras exista.

—El concepto de sufrimiento es muy personal. Como ya te he dicho, estuve en Santa Chico. Pues bien, allí conocí a alguien que cree que sufro porque mi esperanza de vida supera los treinta años. ¿Tú estás de acuerdo, Denise?

—No podemos permitir que obtenga la tecnología del dragón.

—Tú no puedes. Está bien, no te preocupes, a su debido tiempo te echaré una mano en los puestos de combate para inutilizar la *Norvelle*. Pero debes saber que no me importa quién gane. Me he pasado los últimos veinte años luchando para otros por razones que o desconocía o no comprendía, algo que a la humanidad no le ha importado en absoluto. Las personas no controlamos nuestra vida, solo pensamos que lo hacemos.

—Esto es distinto.

—Para ti y para él, pero no para mí. Yo ya he librado la única batalla que me importaba y he ganado porque estoy aquí, en esta nave, en este instante. Porque viajo hacia el único lugar adonde deseo ir: a casa.

A quince días de la llegada a Aldebarán, Lawrence se puso a revisar uno de los trasbordadores de ingeniería. Si todo iba bien y los dragones aceptaban el retorno de su familiar perdido y dañado, habría que sacarlo de

la bodega del Xianti para entregárselo. Así, se metió en la pequeña cabina y estudió los distintos sistemas y procedimientos. Quizá el Principal y el dragón pudieran ejecutar solos aquel vuelo corto pero un poco de ayuda humana no estaría de más en un entorno desconocido y hostil. Por tanto purgó y rellenó los tanques de fuel hipergólico, cargó al máximo las células de energía y probó los brazos robóticos. Una vez que terminó de comprobar que todo funcionaba bien, pasaron a realizar una serie de simulaciones para que se pudiera familiarizar con los sistemas de manipulación.

—Creo que ya le he cogido el truco —dijo Lawrence el tercer día, cuando ya llevaban ocho horas de vuelo de simulación—. No puede ser tan complicado.

—La excesiva proximidad a la fotosfera pondrá al límite los sistemas de control térmico del trasbordador —dijo el dragón—. Pero bastarán para un vuelo corto.

—¿No tienes ganas ya?

—No estoy seguro de que mi manera de desear sea la misma que la tuya.

Lawrence analizó las pantallas de la consola mientras el Principal revisaba metódicamente la lista de apagado.

—¿Puedes sentir emociones?

—Mis pensamientos no dependen de factores externos, de modo que no sabría decirte. A pesar de todo, sé que mis sentimientos no se mueven en el mismo rango que los vuestros.

—Es la eterna disputa sobre la sentiencia artificial, que se remonta a la época del test de Turing; saber y experimentar son cosas muy distintas. ¿Podrías sentir rabia o siquiera imitarla?

—La rabia carece de utilidad alguna para mí. En cambio provoca alteraciones bioquímicas en vuestro organismo. Cuando os sentís amenazados, el miedo y la ira incrementan vuestros reflejos y, hasta cierto punto, vuestra fuerza. También puede paralizar procesos intelectuales superiores, lo que os convierte en criaturas instintivas. Es una característica muy útil que permitió evolucionar a vuestros ancestros. Pero como no es probable que a mí me persiga un tigre dientes de sable por la sabana, no necesito sentir miedo ni rabia.

—¿No tienes otras necesidades?

—Priorizo. Si me amenazan, dedico una parte de mi capacidad de procesamiento a establecer un método que erradique la amenaza. Mientras

mayor sea el peligro, mayor será mi capacidad para resolver el problema.

—Bueno, eso responde a una de las preguntas. Supongo que tienes razón de ser. El instinto de supervivencia es básico para el desarrollo de la especie.

—Los aldeanos de Arnoon sienten un enorme respeto por la vida. Ellos me enseñaron cuán preciosa es.

—¿Quieres decir que no has heredado tus prioridades ni tu ética?

—Ambos conceptos derivan también del contexto cultural. Poco puedo recordar yo del mío. Pero los conocimientos que conservo del Imperio del Anillo y de las consiguientes civilizaciones de estrellas de dragones parecen muy compatibles con la escala de valores humana.

Lawrence empezó a pulsar los interruptores de la consola y cerró manualmente el apagado.

—¿Y si estuvieras equivocado?

—Lo correcto y lo erróneo dependen de cada cultura. No obstante, me interesaría recuperar los conocimientos que he perdido. Entonces sin duda tendré que evaluar mi evolución mental.

—¿Crees que podrás? A los humanos nos resulta muy difícil cambiar de opinión y de principios. Y rara vez cambiamos el prisma desde el que contemplamos la vida.

—Mis pensamientos no son del todo distintos a los tuyos. Pero sí la forma en que los proceso. La capacidad de cambiar es fundamental para lo que soy, a pesar de mi reducido estado. Sea lo que sea lo que encontremos en Aldebarán, confío en que conseguiré adaptarme.

—Yo también lo espero.

—Gracias.

Lawrence vio cómo las últimas esquemáticas se desvanecían en las pantallas. El trasbordador ya había terminado de entrar en modo de espera. Retiró las correas del soporte y empezó a serpentear hacia la escotilla.

—¿Crees que los dragones de Aldebarán entregarán a Simon Roderick la tecnología de secuenciación?

—No veo por qué no. En nuestra naturaleza está el intercambiar información. Sé que esto le preocupa a Denise.

—A mí también, aunque no de la misma manera.

—¿Por qué?

—Para empezar porque yo sé adónde voy y lo que ocurra en Aldebarán no me afecta tan directamente como a ella. Supongo que eso me permite ver la situación con una objetividad de la que ella carece. Además siempre prejuzga, cree que la raza humana anda perdida. Luego está lo de su carga genética, que es la mejor forma de huir y olvidarse de los problemas. La verdad, me parece irónico que piense que es eso lo que yo he hecho.

—Denise persigue un fin noble.

—No lo dudo. Podrá llevar a Arnoon esas muestras de ADN sin tener que preocuparse más del resto de Thallspring. Pero todo depende de que los dragones la ayuden o no, de que le den la información que ella se niega a compartir con los Roderick y la Tierra. No confía en nosotros.

—¿Por qué iba a hacerlo? No te conoce. La Tierra y sus colonias son tan alienígenas para ella como los dragones.

—Yo antes era como ella. Nunca le concedía a nadie una segunda oportunidad. Ese comportamiento me hacía muy desgraciado.

—¿Crees que los dragones deberían entregar la tecnología de secuenciación a los humanos?

—Sí, lo creo. Denise opina que dado que no la creamos nosotros mismos no sabremos utilizarla como es debido y que siempre se empleará para conseguir los fines equivocados. Para mí es irrelevante que no desarrolláramos hasta el último detalle nosotros mismos.

—¿Por qué?

—Es simple soberbia. Conocemos los principios físicos que se esconden tras la tecnología. Si no entendemos una teoría concreta, confío en que la desentrañaremos en poco tiempo. Son muy pocas las cosas que no podemos entender una vez que nos las han explicado y despiezado. Pero eso es solo el análisis clínico. Desde un punto de vista moral, debemos considerar esto: cuando los americanos enviaron el primer hombre a la Luna, en África, Sudamérica y Asia había gente que todavía no sabía lo que era una bombilla ni mucho menos la electricidad o los antibióticos. Incluso había americanos en cuyas casas no había agua corriente ni retrete. ¿Quiere eso decir que se les debería haber negado el uso de la electricidad o los medicamentos solo porque no los desarrollaron ellos mismos? Puede que no fueran conocimientos propios de su comunidad pero sí eran conocimientos humanos. No tenemos ni idea de cómo empezar siquiera a construir una unidad de vacío como la que los bordeadores del Imperio del

Anillo integraron en sus naves intergalácticas; pero el conocimiento está ahí, desarrollado por entidades sentientes. ¿Por qué no íbamos a poder optar a él? ¿Porque es un atajo? ¿Porque no hemos tardado siglos en llegar a él nosotros mismos? ¿En qué sentido nos degrada y nos perjudica aprovechar las ideas ajenas? Todo conocimiento debe ser compartido, no negado.

—Creo que serías un dragón excelente, Lawrence.

A una semana de Aldebarán empezaron a repasar el plan. El Principal no había dejado de rastrear a la *Norvelle* desde que esta empezó a volar más rápido que la luz, veinticinco minutos después que ellos. A cuarenta y cinco minutos la seguía una segunda nave en la que quizá viajara el otro Roderick.

—Es persistente —admitió Denise durante el desayuno. Ninguno de los de dejaba de darle vueltas al hecho de que los perseguían. El Principal les proporcionaba también otros datos sobre los sistemas principales de la nave.

—Ya lo sabíamos. Lo que no está tan claro son las intenciones que trae.

—Fácil —dijo Denise—. Querrá saber qué hay allí, como nosotros. Eso nos d| una ventana.

—¿Para qué?

—Utilizaremos nuestro armamento para reventar su punto de éxodo. Si nos localizan y disparan de inmediato, la *Norvelle* dejará de volar más rápido que la luz, quedarán indefensos y él nunca sabrá qué los alcanzó.

—Ellos, ¿de acuerdo? Ellos nunca sabrán qué los alcanzó. En la nave hay unos trescientos tripulantes y no vamos a exterminarlos solo porque no compartas la opinión de otras personas. Esta es una situación de primer contacto y si te comportas así lo primero que los dragones nos verán hacer es atacar a una de nuestras propias naves. Además, puede que tampoco les haga gracia que explotemos bombas nucleares en su hogar. Así que mejor olvida la idea. Y recuerda que el capitán Manet está mucho más curtido en combate espacial que nosotros. Conoce los puntos débiles de la *Norvelle* y los habrá reforzado. Además no tienen por qué haber programado su éxodo al punto que nosotros esperamos. Y puede que inicien una descarga nuclear

sin dejar de viajar más rápido que la luz. No podemos arriesgarnos a llevarle a ese terreno.

—Tampoco podemos rendirnos. No ahora que por fin hemos llegado a Aldebarán.

—Sí, Aldebarán, donde podrás liberar al dragón para que se reúna con los suyos. No pierdas ahora tu oportunidad. Deja que los Roderick zanjen sus propias diferencias.

—Venderías tu alma por un billete a casa, ¿verdad?

—El alma me la dejé en casa.

Se miraron largo rato en silencio.

—De acuerdo —dijo Denise—. ¿Qué propones tú?

—Que hablemos con los dragones, les expliquemos lo vulnerable que es nuestra sociedad ante cambios repentinos de esta magnitud y que les pidamos que lo tengan en cuenta. Todo lo que tienen que hacer es esperar tres horas más y darle la misma información a la otra nave.

—Imagina que la *Norvelle* abre fuego.

—Nosotros podremos defendernos pero no creo que Roderick pueda hacerlo. Nos encontraremos en el sistema del hogar de los dragones y llevamos uno a bordo, por lo que no creo que nos ataquen a nosotros.

—Muy bien, pero voy a mantener nuestro armamento en nivel de preparación uno. Si veo que ese cabrón quiere jugar sucio, no dudaré en utilizarlo.

—Lo sé. Pero intentemos no olvidar lo que va a ocurrir después del éxodo. De una manera u otra, la raza humana será alterada y cambiará de rumbo. Para mí es importante que el comienzo de la nueva era no se tiña de sangre.

El último día de viaje por el agujero de gusano que había abierto la unidad de compresión, Denise se despertó pronto. No se sentía tan tensa desde que las fuerzas invasoras llegaron a Thallspring. Hoy era el día que llevaba esperando toda la vida y no estaba saliendo como se había previsto, a pesar de todo el tiempo y esfuerzo que había dedicado a planear cómo devolver al dragón a su hogar. Se suponía que los problemas se acabarían en Thallspring y que nadie la perseguiría hasta aquí.

Le seguía tentando la idea de desplegar las armas después del éxodo, solo que Lawrence tenía razón. Maldito Lawrence. Matar a la gente sin previo aviso no era la manera acertada de enfrentarse a la situación, iba contra su sueño de iniciar una nueva cultura.

Todo aquello servía como perfecta coda para el plan de devolución del dragón. Otra colonia humana en algún remoto rincón de la galaxia, donde la tecnología de secuenciación podría beneficiar a todos. Educaría a sus hijos en un mundo donde los viejos fantasmas de la rivalidad y la envidia ya no tendrían cabida, en una estrella que nunca pudiera verse mancillada por la cultura de la Tierra y sus colonias, las antiguas y las nuevas. Por si acaso. No fuera que el resto de la raza humana se extirpara a sí misma de la historia de la galaxia. No fuera que las gentes de Thallspring no aceptaran con regocijo el regalo de sabiduría de Arnoon y lo utilizaran con fines ilícitos. No fuera que la Tierra hiciera un mal uso de los conocimientos del dragón, cosa que ahora estaba a punto de suceder.

La fundación de una Nueva Arnoon dependía de los dragones. Necesitaba su tecnología de secuenciación, conocer su forma de viajar, desentrañar la información que poseían de las estrellas y los planetas habitables de la galaxia. Su intención era pasar meses, si no años, en Aldebarán y llegar a conocer todas sus maravillas, ayudar al dragón de Arnoon a crecer y alcanzar su estado de adulto. Quizá no contara con más de noventa escasos minutos.

En efecto, desplegar las armas en formación de ataque era una idea muy tentadora.

Aun así prefirió darse una ducha y cambiarse de ropa (una sudadera y unos pantalones de Z-B de algún tripulante no muy corpulento). Se enrolló las mangas y las perneras y cruzó el puente de mando en dirección al pequeño salón de oficiales superiores que Lawrence y ella utilizaban como comedor. Al parecer Lawrence había estado picando algo la noche anterior. Como siempre, había dejado un par de vasos de plástico en la mesa central, cuya superficie estaba llena de anillos de pegajoso té. En el plato y a su alrededor había rosquillas y trozos de rosquillas (al parecer solo le gustaban las partes que llevaban mermelada). En una tarjeta multimedia se estaba ejecutando el final de una obra que se desarrollaba en un escenario vacío y se veía a los actores firmes mientras recibían las ovaciones del público.

Denise recordó los días que pasó en el chalet viviendo con Josep y Raymond. Solicitó al Principal que lo limpiara todo y empezó a rebuscar

entre los paquetes de comida mientras el robot doméstico del salón iba poniendo todo en orden.

Lawrence apareció un par de minutos más tarde, con el pelo mojado por la ducha que acababa de darse.

—No podía dormir —confesó.

—Yo tampoco. —Le dio su desayuno: un panecillo con un huevo revuelto y salmón ahumado.

Lawrence comió con apetito.

—Gracias.

Denise se sentó frente a él y empezó a beber su té.

—¿El genio tiene alguna gran idea de última hora para evitar la confrontación?

—Me temo que no, lo siento.

—Yo tampoco.

—Todo se reduce a los dragones. No sabemos lo suficiente sobre ellos. He estado repasando los recuerdos que nuestro dragón conserva de las antiguas civilizaciones estelares de los dragones. No tiene muchos, de modo que solo podemos especular y no demasiado. Se diría que absorben información y filtran los datos útiles para que sus descendientes los hereden, por lo que parece que son relativamente buenos.

—Eso espero. —Denise observó a Lawrence devorar su comida—. ¿No estás nervioso?

—¿Para qué? No sirve de nada.

—En Memu Bay nunca me puse nerviosa.

—Porque sabías lo que estabas haciendo. Tenías el control. Bienvenida al equipo visitante.

—¿De verdad crees que son buenos?

—Sí, pero eso no significa que se vayan a poner de nuestro lado. Si les pedimos que nos ayuden a luchar contra los de nuestra propia raza, será como obligarles a meterse en los asuntos y política de los humanos y tendríamos que justificar nuestra petición. Por tanto es posible que nos juzguen.

—¿De dónde has sacado todas esas ideas filosóficas? ¿Acaso eres una especie de xenofisólogo?

Lawrence se terminó el zumo de naranja y esbozó su clásica sonrisa irritante.

—Recuérdame un día de estos que te cuente cómo desperdicié mi infancia. Uno no se pasa tres años volando en la *Ultema* sin aprender nada sobre la mentalidad de los alienígenas.

Salieron al puente de mando para prepararse para el éxodo. El Principal dedicó dos horas a preparar la unidad de fusión para entrar en ignición en cuanto salieran del agujero de gusano. Las pantallas de la consola se fueron encendiendo a medida que Lawrence y Denise iban dando prioridad a las imágenes de los sensores externos.

—¿Estás recibiendo todo esto? —le preguntó Lawrence al dragón. Durante el viaje habían aumentado el ancho de banda de la conexión con el Xianti añadiendo varios cientos de cables de fibra óptica que conectaron directamente con la red de la *Koribu*.

—Sí, gracias —contestó el dragón.

—Treinta segundos.

Lawrence no quitó ojo a los visores mientras el inversor de energía se iba apagando. La mitad de las imágenes de las cámaras pasaron de la oscuridad del vacío del interior del agujero de gusano a un resplandor carmín. La otra mitad mostró las estrellas que titilaban en medio de las fauces del espacio. El radar no detectó objetos sólidos en un radio de quinientos kilómetros. El Principal encendió más sensores. Lawrence activó sus membranas optrónicas para recibir las imágenes que el Principal le enviaba de la parte frontal de la sección de la unidad de compresión.

La *Koribu* había emergido a cuarenta millones de kilómetros de la nebulosa fotosfera de Aldebarán. Lawrence tenía la impresión de que la nave surcaba un océano rojizo de informe niebla. El horizonte quedaba tan lejos que parecía estar sobre ellos. No se apreciaba su curvatura. La estrella y el espacio eran dos absolutos bidimensionales.

Las imágenes se cubrieron de símbolos azules, la mayoría de los cuales hacían referencia al perfil térmico de la *Koribu*. El fuselaje empezaba a empaparse de la radiación infrarroja de la estrella. El Principal encendió los motores de cohete secundarios para que la nave empezara a rotar sobre sí misma con el fin de que el calor se distribuyera por toda la estructura.

—Por ahora los intercambiadores de calor no parecen sobrecargados —dijo Denise—. Aunque hace más calor del que habíamos previsto. Es probable que más tarde necesitemos ampliar la órbita.

—La radiación también es muy intensa. El viento solar es muy denso. Ahí fuera la actividad de las partículas es tremenda y puede perjudicarnos más que el calor.

Cuando Lawrence cambió la perspectiva para comprobar el estado de la parte inferior del fuselaje, vio unas líneas de luz de color violeta claro destellar y danzar por entre las riostras y la cubierta aislante. Los componentes metálicos brillaron al rojo vivo cuando fueron alcanzados por aquel fosforescente resplandor trémulo.

—Joder, ya está San Telmo jugando con su fuego.

—Esperemos que el material aislante resista.

—Cruza los dedos. El radar de largo alcance se está encendiendo. —Las seis antenas multifásicas (cada una de las cuales era un ceniciento rectángulo plano de veinte metros de largo) empezaron a brotar de sus vainas alrededor del medio de la sección de carga. Se plegaron en paralelo al fuselaje y comenzaron a sondear el turbulento espacio en que se había metido la *Koribu*.

El Principal empezó a emitir imágenes de lo que iban detectando. Un punto de materia sólida apareció a cuarenta y tres mil kilómetros, en una órbita dos mil kilómetros por debajo de la de la *Koribu*. Luego apareció otro punto a cincuenta mil kilómetros. Después otro a setenta y dos mil kilómetros. El radar desplazó su foco para generar una imagen a mayor resolución de la primera mancha. Medía veinte kilómetros de ancho, era más o menos circular, aunque en los bordes tenía amplios segmentos dentados, y se espesaba considerablemente hacia el centro.

—Pues más que un dragón parece una flor —murmuró Lawrence.

El radar acababa de detectar otras siete masas a ciento quince mil kilómetros, todos del mismo tamaño que la primera.

—¿Serán los dragones? —preguntó Denise con la respiración entrecortada.

—Creo que sí —dijo el dragón.

—Debe de haber millares.

—Millones, más bien —dijo Lawrence. Era emocionante. Hasta ahora no habían estado del todo seguros de la existencia de los dragones. Habían supuesto que la gravedad de Aldebarán atrajo los huevos cuando la estrella era brillante y adolescente y que al expandirse su calor los empolló. Ahora por fin tenían delante la prueba definitiva. Acababan de descubrir que los

humanos no estaban solos en el universo y de convencerse de que el Imperio del Anillo conoció sus días de gloria durante la juventud de la galaxia.

Para Lawrence, sus sueños y creencias habían quedado ahora más que justificados.

«Ahora ya puedo volver a casa».

El telescopio principal de la *Koribu* giró para mirar hacia el primer dragón, que parecía una simple mota negruzca rodeada de un uniforme halo rojizo. Cuando la parabólica de comunicación lo capturó, detectó unas débiles emisiones en varias bandas electromagnéticas.

—¿Preparado? —preguntó Denise como si estuviera animando a un niño pequeño.

—Lo estoy —respondió el dragón.

—Di hola.

El dragón de Arnoon transmitió una onda de datos por medio de la parabólica que después repitió a intervalos de medio segundo. La pulsación consistía en una sencilla secuencia de signos matemáticos que expresó en el idioma que almacenaba en su memoria.

El dragón de Aldebarán respondió con una onda mucho más amplia, de la que se pudo traducir muy poco. Lawrence y Denise gritaron de puro alborozo y chocaron las manos para felicitarse. Lawrence besó y abrazó a Denise llevado por el entusiasmo del momento y después siguieron atentos al diálogo de los dragones.

El dragón de Arnoon empezó a enviar la información que habían preparado. Primero transmitió una especie de diccionario de traducción entre los pocos términos que conservaba de su propio idioma y sus equivalentes en el lenguaje humano. Acto seguido envió un diccionario mucho más amplio en lenguaje humano, donde las entradas aparecían interconectadas para que los significados y conceptos conformaran un todo cohesivo. Después mandó las reglas sintácticas y protocolarias. Por último, le hizo llegar un archivo enciclopédico sobre el ser humano.

Menos de tres segundos después del último envío del dragón de Arnoon, el de Aldebarán dijo:

—Bienvenidos a nuestra estrella. Es siempre un placer aceptar nueva información, sea cual sea su forma.

Lawrence sonrió.

—El test de Turing —le dijo a Denise en voz baja—. Aunque no sienta ningún placer, comprende el principio, así que intenta parecer cortés.

Denise asintió con la cabeza y respiró hondo.

—Gracias. Nos complace estar aquí. Mi nombre es Denise Ebourn. ¿Cómo debo llamarte a ti?

—Yo soy Uno.

Denise miró perpleja a Lawrence.

—¿Qué significará eso?

—Soy el primer dragón con el que habéis establecido contacto: Uno.

—Ah, claro. —Denise se puso colorada cuando Lawrence le hizo una traviesa mueca de burla—. Uno, te traemos uno de los tuyos, que está herido.

De repente un bombardeo de emisiones saturó los sensores de la *Koribu*. Todo el entorno magnético que rodeaba la nave sufrió alteraciones y se revolvió con violencia. El escáner de neutrinos registró emisiones que acariciaron los límites de su escala.

—¿En qué forma traéis uno de los nuestros? —preguntó Uno.

—Adelante —le dijo Denise al dragón de Arnoon, que comenzó a transmitir una especie de biografía.

—Comprendo —dijo Uno—. Nos habéis traído este fragmento creyendo que nosotros así lo querríamos. Os agradezco las molestias pero por desgracia en este aspecto vuestro viaje ha sido en vano.

—¿Qué quieres decir?

—No nos interesa el fragmento.

Denise no daba crédito a lo que Uno acababa de decir. El diccionario de traducción debía de estar mal.

—¿Te refieres a que no puedes repararlo?

—No. No nos interesa repararlo ni reformarlo. ¿No habéis comprendido lo que es?

—Sí, es uno de vuestros huevos.

—Así es. Por lo tanto, es irrelevante. Cada año liberamos millones de huevos, de los cuales solo un diminuto porcentaje es capturado por la gravedad de las estrellas. Los otros se pierden sin más o se chocan, como el vuestro. Algunos los encuentran especies biológicas como la vuestra y extraen la información que contienen. No nos preocupa. Si me permitís la

analogía, para nosotros un huevo significa lo mismo que para vosotros un espermatozoide.

—Pero... Ahora está vivo. Piensa, luego es un ser sentiente racional.

—No. Solo es un fragmento que se iba degradando poco a poco hasta que vosotros lo encontrasteis y le proporcionasteis una conciencia.

—¿Quieres decir que no deberíamos haberlo hecho?

—No. Todos nuestros huevos quedan abandonados a su suerte. Pese a que solo una mínima fracción del total consigue desarrollar una civilización como esta, gran parte del resto contribuye a la base de conocimientos galáctica de maneras muy diversas. El fragmento que habéis encontrado ha ayudado a vuestra especie a comprender el universo un poco mejor. En ese sentido, el huevo ha cumplido con su misión. Esto es algo que podemos añadir a nuestros conocimientos sobre vuestra cultura.

—¿Ya sabíais de nuestra existencia? —preguntó Lawrence.

—Solo estamos a sesenta y cinco años luz de vuestro planeta —explicó Uno—. Llevamos siglos recibiendo vuestras transmisiones de radio.

Lawrence puso los ojos en blanco, atónito.

—Increíble.

—Aunque este fragmento no signifique nada para vosotros —dijo Denise— a nosotros sí nos importa. ¿Podríais repararlo para nosotros?

—Sería inútil. El fragmento ya nunca podrá ser uno de nosotros. No es solo su estructura física lo que ha sufrido daños, también su memoria es defectuosa. Estas dos cosas son las que nos convierten en lo que somos. Dado que no dependemos de un código genético, es la información lo que nos permite evolucionar y adaptarnos a nuestro entorno. Para ello, debemos contar con un juego completo de recuerdos. Lo que me pedís es que cree todo un nuevo juego de recuerdos y que integre el fragmento en un huevo íntegro. El resultado sería un simple huevo más que habría que lanzar al universo otra vez y confiar en que tuviera mejor fortuna que en la anterior ocasión. Si es eso lo que deseáis, puedo desensamblar el fragmento y utilizar las moléculas para generar un nuevo huevo.

—No —respondió Denise sin pensárselo dos veces—. ¿No existe una manera en que a partir de lo que es se pueda convertir en un ser como tú?

—No sin dejar de ser lo que es ahora.

Denise agachó la cabeza hasta casi dar con ella en la consola. Quería llorar. La aldea había arriesgado tanto para devolver el dragón a su hogar...

Incluso había muerto gente en el intento. Ahora sabía que la causa era una locura y que se habían obsesionado como unos mocosos que se apenan por un cachorro moribundo.

La risa de satisfacción de Lawrence la hizo regresar de su ensimismamiento.

—¿Qué? —bufó Denise.

—Al final el orgullo siempre se cae de su pedestal. Sobre todo en el caso de los idealistas como tú. Vuestra ceguera os lleva a pensar que todos los demás se equivocan y no soportáis que los demás tengan una opinión distinta. Ahora debes asumir que estabas equivocada y reconocer que te has dejado llevar por tu antropomorfismo.

—Nunca. Nuestro dragón es un ser sentiente que merece un respeto. Qué más da cuáles son sus orígenes; lo que cuenta es lo que es ahora. Hicimos lo correcto al traerlo hasta aquí. El hecho de que es único le da a todo esto aún más sentido. Y volvería a hacerlo una y mil veces porque se merece la oportunidad de evolucionar y el derecho a la vida.

—¿Como los derechos humanos?

—Sí —gruñó Denise—. Como los derechos humanos, que son universales. Sacamos al dragón de la no-existencia y aprendimos de él, de modo que ahora debemos recompensarlo. Me da igual lo que pienses, sé que tengo razón, así que vete al infierno.

—Joder, sí que eres terca. —Lawrence activó el vínculo de comunicación—. Uno, ¿puedes decirme si compartís conocimientos con otras especies?

La pregunta sonó tan seca que Denise lo miró con desconfianza. Lawrence le dedicó su odiosa sonrisa de seguridad en sí mismo.

—Sí, los compartimos —contestó Uno.

—¿Todo tipo de conocimientos?

—Sí, tal es el sentido de nuestra existencia.

—¿Entonces no te opones a que utilicemos secuenciadores de comportamiento para intentar reparar nuestro dragón y dejarlo como a nosotros nos parezca apropiado?

—No.

Denise le sonrió con agradecimiento. No era lo que le hubiera gustado pero al menos así tendrían la oportunidad de ayudar a su dragón a crecer y pasar de ser poco más que una piedra inerte.

—¿Te preocupa que otras especies puedan hacer un mal uso de tales conocimientos? —preguntó Lawrence—. Que los aprovechen para construir armas, por ejemplo.

—Si comprendéis los datos y sabéis interpretarlos, entonces ya tenéis la capacidad de construir armas similares. Las armas no son un problema tecnológico, solo el resultado de la naturaleza de la sociedad de una especie.

—En otras palabras, que nosotros somos los únicos responsables.

—Por supuesto —contestó Uno.

—Hablando de armas, ¿podríamos pedirte tu ayuda?

—¿Para qué?

—Pronto llegarán otros miembros de nuestra especie. No les entreguéis vuestros conocimientos.

—Los conocimientos son universales y por lo tanto no se pueden negar.

—No me refiero a que se los neguéis, sino a que esperéis un tiempo para dárselos. Vuestra sabiduría podría perjudicar en gran medida a nuestra especie si no se comparte universalmente. Uno de los que nos persiguen desea toda la sabiduría solo para sí mismo porque de esa manera podrá explotarla e imponer sus ideales a los demás. ¿Te parece un comportamiento equivocado?

—Según el contexto en que lo expones, es equivocado. ¿Pero cómo se yo que quienes os persiguen desean dominar al resto de la especie? ¿Cómo sé yo que no sois vosotros quienes anheláis todo el poder?

Lawrence miró a Denise y se encogió de hombros.

—Joder, he hecho que se vuelva paranoico. ¿Alguna sugerencia?

—Nuestro dragón puede contarte cuáles son nuestras intenciones —intervino Denise.

—Estaré encantado —confirmó el dragón de Arnoon. —No puedo aceptar la proposición —dijo Uno—. Las rutinas de procesamiento del fragmento derivan de vuestros algoritmos genéticos, por tanto es vuestra criatura.

Denise insultó a la pantalla a través de la que veía a Uno, que parecía una simple astillita carbonizada que flotara en medio del resplandor que irradiaba.

—¿Y ahora qué?

—Confía en la naturaleza del ser humano —dijo Lawrence—. ¿Podemos acercarnos a ti? Este entorno es muy perjudicial para nuestra nave y tu podrías darnos cobijo. Además, a tu lado estaremos más seguros.

—¿Más seguros frente a qué?

—Frente al espacio abierto. Puede que el humano que nos persigue acabe atacándonos, pero no se atreverá a utilizar ningún arma si estamos cerca de ti.

—De acuerdo.

—¿Después podrías esperar a que llegue una tercera nave? Así podrías transmitirnos la información a todos al mismo tiempo. Sería una manera de que todos saliéramos beneficiados, ¿no crees?

—Esperaré.

Simon no salió en todo el viaje de la enfermería de la *Norvelle*. Después de la primera noche los dos médicos de a bordo iniciaron el tratamiento de regeneración dérmica. Por fin la piel empezaba a cubrir las zonas más abrasadas. A Simon el proceso le pareció tremendamente cansado, como si la piel recién nacida devorara la energía del resto del cuerpo. Por fortuna, no era necesario que supervisara la persecución de la *Koribu*.

Al capitán Sebastian Manet le sorprendió el rumbo que había tomado la nave secuestrada.

—Se dirigen a Aldebarán —anunció en cuanto vio que traían la camilla de Simon por el túnel estanco del Xianti.

El SA personal de Simon empezó a mostrar datos sobre la estrella.

—¿Una gigante roja? ¿Hay algún planeta por allí?

—Los astrónomos nunca han encontrado ninguno —dijo Manet—. Sin embargo, no se sabe con certeza. Nunca ha habido misiones en Aldebarán. Nadie cuenta con un presupuesto de ciencias puras tan elevado como para haberlo podido averiguar.

—Interesante. De modo que es posible que haya una civilización alienígena más cerca de nosotros de lo que pensábamos; dentro de nuestro radio de acción, de hecho.

La expresión de desaprobación del capitán se difuminó ligeramente.

—¿De eso se trata todo esto?

—Sí. ¿Cuánto falta para que podamos salir?

—Quería hablar con usted al respecto.

—No hay nada más que hablar sobre este tema.

—Tardaremos ciento cuatro días en llegar a Aldebarán. Quizá no nos quede combustible para regresar.

—¿Pero es posible?

—Sí, si no se presentan imprevistos. También debemos tener en cuenta a la tripulación. No tenían previsto pasar doscientos días más de vuelo, más lo que permanezcamos en el sistema de Aldebarán.

—Tonterías. Sé muy bien cómo son ustedes, los viajeros del espacio. Siempre acogen con los brazos abiertos una nueva oportunidad de establecer un primer contacto.

—¿Qué hay de las fuerzas de tierra de Thallspring? ¿Cuándo regresaremos a recogerlos a ellos?

—Capitán, ¿quiere dar la orden de volar más rápido que la luz o no?

Sebastian Manet miró con desprecio al carbonizado ser de la camilla.

—Muy bien, saldremos a una velocidad más rápida que la luz dentro de ocho minutos.

Apenas volvieron a hablarse durante los cien días que siguieron. Simon, cada vez más debilitado a causa del tratamiento, se pasó casi todo el tiempo durmiendo. Durante las horas de vigilia repasaba toda la información que poseía sobre el alienígena de Arnoon con la esperanza de descubrir algo decisivo. Cada día revisaba los datos de la persecución. La *Koribu* permanecía siempre a veintiséis minutos y trece segundos de ellos. Empezó a planear el éxodo. No podía confiar en Manet y la tripulación para hacer lo que era perentorio hacer ni podía permitir que interfirieran. El SA personal de Simon revisó y confirmó todos los códigos de comando para asegurarse de que aún era él quien debía decir la última palabra sobre lo que había que hacer con la nave.

Diez días antes del éxodo Simon pidió a los médicos que detuvieran el tratamiento. El tiempo restante lo dedicaría a recuperar fuerzas.

El día de la llegada se quedó en la enfermería. Había despedido a los médicos. Se quedó echado en la cama, satisfecho por cómo el dolor se había ido reduciendo durante los tres últimos meses. Estaba seguro de que podía enfrentarse a aquella situación. Su IND y su membrana optrónica lo vincularon con todos los sensores vitales del exterior de la nave; su SA

personal había formateado los datos para que le informaran de todo cuanto ocurría alrededor de la nave, siendo el foco de percepción la parte frontal de la misma. Por el momento estaban rodeados por una nube grisácea y delante de ellos se veía un lejano punto negro. Los datos azules que empezaron a pasar lo taparon.

Simon centró toda su atención en esa mota y en la que los seguía a cuarenta y cinco minutos de distancia. Sabía que de alguna manera el SF9 había conseguido subir a una nave para salir a órbita. Solo había una razón que lo llevaría a hacer algo así.

—Ya falta poco —anunció el capitán Manet—. Empezamos a detectar la fotosfera.

Más allá del punto que representaba la *Koribu* se veía cómo una débil llovizna de negrura atravesaba el vacío, como si el espacio se acabara a la salida del agujero de gusano de compresión. Entonces el punto empezó a titilar y expandirse al tiempo que a perder densidad hasta desaparecer por completo.

—Se han detenido ahí —dijo Manet—. A solo cuarenta millones de kilómetros de la estrella. —Necesitamos acercarnos a ellos —dijo Simon.

—Sí, lo sé. Pero voy a tener que inclinar la nave. Si se muestran hostiles, podrían reventar nuestro punto de éxodo.

Simon se pasó los siguientes veinticinco minutos viendo cómo la barrera negra de la fotosfera de la estrella se aproximaba a ellos y preguntándose lo que Newton y sus amigos estarían haciendo ahí fuera, en el verdadero espacio. Cinco minutos antes de alcanzar su punto de éxodo, Manet ordenó que se prepararan los misiles de la *Norvelle*. El SA de la nave cebó la unidad de fusión bajo la supervisión de la tripulación del puente de mando. A los pocos segundos la muralla negra parecía habérseles echado encima, como si estuviera ganando velocidad. Cuando llegaron a ella, quedó cubierta por un laberinto de grietas rojas que silbaban a medida que se extendían. Al instante siguiente, la gigantesca nave estaba flotando sobre una niebla carmín que parecía expandirse en todas direcciones.

Las columnas de datos azules seguían atravesando la visión de Simon, sin dejar de variar su contenido a cada segundo. No detectaron ningún cuerpo sólido en quinientos kilómetros ni ninguna radiación perceptible. La energía infrarroja hizo presa del fuselaje de la nave. Los colosales motores de cohete químico secundarios que rodeaban la sección de carga se

pusieron al rojo vivo e iniciaron la rotación de la nave para que no se sobrecalentara. Poco a poco se fueron desplegando las enormes antenas rectangulares de radar.

Simon ordenó que se lanzara una serie de misiles. Las puertas presurizadas de toda la *Norvelle* se cerraron y bloquearon para aislar a la tripulación.

—¿Qué está haciendo? —exclamó Sebastian Manet.

—Es obvio, capitán. La *Norvelle* es mi nave y estoy cumpliendo con mi misión. —Canceló el vínculo y desactivó todos los canales de comunicación interna.

Sebastian Manet, que se encontraba en el puente de mando, se quedó pasmado al comprobar que su IND no tenía acceso a la red de la nave. Las pantallas de la consola se fundieron en negro. Dos oficiales del puente de mando golpearon las puertas presurizadas con los puños. Nadie los oyó.

—Joder, nos atacan con misiles —dijo Lawrence.

—A nosotros no —afirmó Denise.

—¿Entonces a quién? Venga ya.

—Siguen un patrón de distribución. Creo que intentarán atacar a la otra nave cuando llegue a su punto de éxodo.

Lawrence abrió su vínculo con Uno.

—¿Estás de acuerdo ahora con que no se debe entregar tus conocimientos a esta nave?

—Por el momento las acciones de la nave apoyan tus argumentos. Nos guardaremos nuestros conocimientos a la espera del resultado de esta pendencia.

—Gracias. —Miró a Denise—. ¿Podemos interceptar los misiles?

—No. Estamos demasiado lejos.

—Mierda. Que el Principal rastree el punto de éxodo. Utiliza nuestra parabólica de comunicación principal para emitir un aviso.

Los gráficos azules del punto de mira se centraron en un punto del espacio situado a dieciocho mil kilómetros cuando el radar de la *Norvelle* detectó un cuerpo dotado de aceleración. El foco visual de Simon se

desplazó. Un alargado fogonazo llameó en medio de la apacible niebla de la fotosfera. Se movía con rapidez hacia abajo.

—Fuego de fusión —informó el SA de la nave—. Su espectro es idéntico al nuestro. El radar ha confirmado el tamaño del vehículo. Es la *Koribu*.

—¿Adónde van? —preguntó Simon.

La deslumbrante cuchillada dejó tras de sí varios surcos. El radar de largo alcance de la *Norvelle* los siguió y no tardó en encontrar adónde llevaban.

—Una estructura sólida de naturaleza desconocida —dijo el SA—. Veinte kilómetros de ancho, circular, muy regular. —Llévanos allí —ordenó Simon.

Simon Roderick se sentó detrás del capitán, en el puente de mando de la *Clichane*, cuando faltaba poco para llegar al punto de éxodo. Las pantallas de la consola mostraron los últimos segundos de la cuenta atrás. Las imágenes se convirtieron en simples y estridentes borrones carmesíes. Los oficiales del puente de mando se felicitaron unos a otros. El IND de Simon desvió los datos del radar directamente hacia él. No había objetos sólidos en un radio de quinientos kilómetros. Se detectaron varios puntitos. Unas extrañas pulsaciones del radar iluminaban su fuselaje. El SA confirmó que el espectro que emitían era como el de largo alcance de la *Koribu* y la *Norvelle* y empezó a rastrear sus localizaciones.

—Recibiendo comunicaciones —dijo el capitán—. Alguien quiere avisarnos de algo. —El SA mostró la poderosa transmisión que les estaban enviando sólo a ellos.

—Van a reventar su punto de éxodo. Inicien ráfaga defensiva.

—¿Será la *Norvelle*? —preguntó Simon.

—No se incluye ningún código de identificación —dijo el SA.

El SA personal del Simon revisó de nuevo la imagen del radar. Ahora los puntitos avanzaban hacia ellos a gran velocidad. El SA de la *Clichane* lanzó de inmediato un salvo defensivo. Los misiles salieron de las lanzaderas que rodeaban la sección de carga. Los potentes motores de cohete se encendieron y aceleraron la nave a más de sesenta gravedades. El

viento iónico y la radiación procedentes de la fotosfera redujeron la capacidad de los sensores. Los programas incorporados en los misiles intentaron compensar el daño, solo que los misiles atacantes, que también utilizaron contramedidas, comenzaron a emitir pulsaciones electromagnéticas. Los misiles de defensa respondieron con su propia descarga de radiación electrónica.

El SA de la *Clichane* determinó que el salvo defensivo no conseguiría neutralizar el ataque, que los misiles que les habían lanzado atravesarían las defensas. Cuando ordenó el despliegue, el enjambre de misiles defensivos se esparció y cada uno de ellos lanzó su carga de cabezas de guerra. Todavía se encontraban a una distancia segura pero los misiles atacantes se acercaban implacables. Al SA no le quedaba elección.

Alrededor de la *Clichane* se formó una descomunal corona de fuego nuclear en cuanto la barrera de cabezas de guerra empezó a explotar. Las ondas de choque de plasma esférico se encontraron y fundieron sucesivamente hasta formar un infernal escudo de hirviente y pura energía. Las explosiones secundarias liberaron alargados remolinos de ébano entre los desbocados iones, que formaban fugaces rayos que viajaban a hipervelocidad en dirección a la nave.

La radiación zarandeó a la *Clichane*, que había quedado en medio del infierno de fusión. Los sensores externos quedaron inutilizados cuando unos intensos rayos-X quemaron sus circuitos. Las pulsaciones electromagnéticas provocaron unas enormes oleadas de energía que recorrieron la circuitería eléctrica y las estructuras metálicas. La temperatura ascendió notablemente, hasta el punto de que la espuma de protección térmica se ennegreció, se combó y empezó a desprenderse en forma de copos carbonizados, excepto la que quedó adherida al fuselaje, que empezó a burbujear como brea en ebullición. Después un huracán de partículas elementales sacudió el asediado fuselaje. Los monitores de radiación del puente de mando y de las ruedas de ventilación lanzaron un penetrante aullido de alarma. Las válvulas de presión de emergencia comenzaron a liberar deuterio gaseoso de los tanques de la sección de la unidad de fusión cuando el exceso de energía electromagnética provocó la ebullición del líquido. Los paneles de los radiadores térmicos se partieron y lanzaron el pegajoso y vaporoso líquido que contenían hacia la tormenta de neutrones que envolvía la titánica nave.

Simon tuvo que agarrarse a una de las consolas cuando el puente de mando recibió otra sacudida. Un chirriante crujido metálico reverberó por toda la estructura de la rueda de ventilación al tiempo que las luces parpadearon. La alarma de radiación seguía aullando. Las esquemáticas se habían coloreado por completo de rojo. El SA trabajaba a toda capacidad para equilibrar la caída masiva de los distintos sistemas reenrutando energía y datos y aislando los tanques con fugas y las tuberías fracturadas. Los depósitos térmicos de reserva se aprovecharon para absorber el calor que entraba por la estructura del fuselaje. La mitad de los cohetes secundarios fueron desactivados. El SA encendió el resto de motores solo a ratos para intentar mantener el equilibrio que les hacían perder las oleadas más violentas.

El aullido de la alarma se fue ahogando poco a poco. Uno de los oficiales no pudo evitar vomitar. Simon, a quien el corazón estaba a punto de salírsele del pecho, no se decidía a soltarse de la consola.

—No nos han alcanzado —dijo el capitán con incredulidad.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Simon. No disponían de datos procedentes de los sensores externos.

—Todavía estamos vivos.

Los oficiales se lanzaron a realizar múltiples peticiones al SA y comenzaron a pasear sus dedos por todos los botones de los tableros de la consola para rescatar cualquier tipo de información de la machacada red. Los sensores auxiliares salieron de sus vainas. El SA volvió poner en funcionamiento los radares, que indicaron que las otras dos naves estaban acelerando.

—¿Cuánto falta para que podamos salir tras de ellas? —preguntó Simon.

—Quizá dentro de una semana pueda contestarle a eso —dijo el capitán.

El telescopio de la *Koribu* se fundió en negro en cuanto las cabezas de guerra nucleares explotaron alrededor de la *Clichane*. Los programas de filtrado hicieron lo posible para mejorar la visión al tiempo que la furia de las sacudidas aminoraba. Vieron la nave rodeada de revueltas columnas gaseosas que centelleaban a causa del bombardeo de radiación y amortajaban la nave en una nebulosa de estrellas parpadeantes. Las

diversas fugas la estaban haciendo descender poco a poco. Lawrence no quería ni pensar en todo el líquido que habría que evacuar para mover algo tan colosal. Después vieron un destello de los motores de cohete de alrededor de la sección de carga cuando el SA intentó estabilizar la altitud.

Lawrence se dio cuenta de que llevaba largo rato sosteniendo la respiración.

—Entonces han sobrevivido —dijo.

—Hasta que la *Norvelle* los vuelva a disparar —dijo Denise—. Dado el estado en que se encuentran, dudo que puedan defenderse.

—¿Tú podrías defenderte de un ataque como ese? —le preguntó Lawrence a Uno.

—No —contestó el dragón—. No tenemos razones por las que estar armados. Solo poseemos nuestra sabiduría. Y se la damos...

—Vale, que vivís para compartir —interrumpió Lawrence—. ¿Qué pasa si viene una especie y os amenaza?

—Incorporamos a nuestra información los datos de esa amenaza.

—¿Eso es todo? —Preguntó Denise—. ¿Os limitáis a recordar cómo os destruyen?

—Existimos para adquirir y distribuir información. Vivimos en cada rincón de la galaxia para absorber cuanto ocurre a nuestro alrededor. Una vez que completamos ese proceso y el sol se enfría, nuestra existencia en ese lugar concluye. Con el tiempo se formará otro sol. El procesamiento de los datos continuará sin importar cuántos de nuestra especie mueran. Muy pocas son las especies que cuentan con munición suficiente para acabar con todos nosotros. Nuestros huevos deben de haber llegado ya a otras galaxias.

—¿Quieres decir que no te preocupa que te puedan eliminar?

—La preocupación es una emoción que no poseo. Vosotros sí porque es inherente a vuestro sentido de la individualidad. No conformamos una mente de colmena pero somos conscientes de que como civilización podríamos alcanzar la eternidad. Todos los acontecimientos que vamos conociendo contribuyen a lo que somos y lo que seremos. Al final la individualidad siempre se pierde. Era algo que sabíamos cuando nos creamos.

—Pero la persona que controla la segunda nave podría amenazar con destruirte si descubre lo vulnerable que eres.

—Si me amenaza le proporcionaré cuantos conocimientos me solicite. Así se acabará la amenaza.

—Has dicho que no le darías información —le recordó Lawrence.

—En el caso de que eso fuera lo mejor para tu especie. Has dicho que la tercera nave llevaría nuestros conocimientos a toda tu raza, pero eso ya no es posible.

—Vamos a tener que ir a la Tierra —dijo Denise—. Debemos llevar nosotros los conocimientos y llegar antes que la *Norvelle*. Puto Roderick. Yo no quería que las cosas salieran así.

Lawrence levantó el dedo índice.

—Uno, ¿nos ayudarías a reparar la nave que acaban de atacar?

—Sí. Puedo proporcionaros un secuenciador de comportamiento que se modifique a sí mismo para llevar a cabo la operación.

—Por lo tanto si inhabilitamos la *Norvelle*, el equilibrio quedará restaurado. Ambas se podrán arreglar a la vez, así no habrá monopolio cuando regresen a la Tierra.

—¿Nos fabricarás un arma que inhabilite la *Norvelle*? —preguntó Denise con apremio.

—No —respondió Uno—. Tenéis conocimientos que os servirán para fabricar un arma.

—¿Cuánto se tarda en construirla?

—Primero debéis aprender a aplicar los sistemas de comportamiento. Después tendréis que aplicar la información para dar forma al arma.

—Muy bien. ¿Cuánto tiempo?

—Estáis familiarizados con los sistemas de comportamiento, lo que jugará en vuestro favor. Calculo que solo tardaréis tres semanas.

Denise sintió tal frustración que quiso darle un puñetazo a algo. A cualquier cosa. La *Koribu* y la *Norvelle* contaban con el mismo armamento. Si la una atacaba, la otra respondería. Por tanto necesitaban algo más, un arma que los colocara en una posición ventajosa.

—Pero ya tienes un arma que podemos utilizar —dijo Lawrence en voz baja.

Lo primero que confirmaron los sensores de la *Norvelle* fue que el alienígena no rotaba en ninguna dirección. De alguna manera conseguía mantenerse estable en medio de las rachas de viento solar que soplaban constantemente procedentes de la turbulenta fotosfera. A medida que se acercaban iban distinguiendo mejor su forma: la criatura era redonda, estaba dividida en dos secciones semicirculares curvadas hacia la superficie de la estrella. Los bordes, redondeados y muy lisos, se estrechaban hasta quedarse en sólo unas pocas decenas de metros de grosor. La parte más voluminosa era la del centro, donde tenía una pequeña abertura.

Simon supuso que sería una especie de puerto de acoplamiento, pero no estaba seguro. Aquel era un hábitat muy extraño incluso para un alienígena.

Del vértice de cada semicírculo sobresalían tres esbeltos picos que despedían un intenso resplandor escarlata e irradiaban calor para enfriar la superficie. El SA elaboró la teoría de que así era como la estructura generaba su energía, explotando la diferencia térmica. Para ello, los picos bien podrían ser una suerte de superconductores térmicos. Simon pensó que a pesar de que aquella era una tecnología sorprendente, no estaba a la altura de los sistemas nanónicos.

La fusión de la *Koribu* terminó cuando se colocaron junto al dragón, a solo tres kilómetros. Simon permaneció alerta, como si esperara a que un trasbordador de ingeniería saliera volando hacia la apertura.

—¿Qué estáis haciendo? —murmuró para sí.

El radar de largo alcance de la *Norvelle* continuó escaneando. El SA detectó otras once estructuras alienígenas de tamaño similar a ciento cincuenta mil kilómetros. Si eran el hogar de alguna especie de alienígenas, entonces tendrían que enfrentarse a una gran población porque debía de haber millones de estructuras como aquellas orbitando alrededor de la gigante roja.

—¿Hemos interceptado ya alguna comunicación entre esas estructuras? —le preguntó al SA de la nave.

—En el espectro electromagnético no. Podrían utilizar láseres o máseres. Para interceptar la comunicación deberíamos colocarnos en medio de la radiación.

—No importa. —Siguió estudiando la estructura. Cuando estaban a dos mil kilómetros la *Norvelle* extendió sus botalones magnetométricos. La estructura alienígena se hallaba en medio de un vasto campo magnético. La

zona central era tan densa como el campo de contención de un tokamak. Unas titánicas e invisibles alas de flujo se extendían cientos de kilómetros por debajo de la cara que daba a la estrella. Simon modificó la calibración del radar principal y reenfocó el telescopio. El SA combinó los datos procedentes de ambos sistemas y generó una imagen virtual de colores falsos.

El campo magnético atraía los vientos y los engullía. Simon podía ver cómo los débiles remolinos de la materia en formación avanzaban hacia el centro oculto de la superficie de la estructura que daba a la estrella.

Sabía que no podía tratarse de ningún hábitat. Entonces quizá algún tipo de máquina que se alimentaba de las partículas del viento solar. ¿Qué clase de máquina haría algo así? Sabía que los alienígenas contaban con sistemas nanónicos. Debían de dedicarse a convertir el viento solar en artefactos o algo así. La capacidad de producción que alcanzarían tantos millones de unidades debía de ser asombrosa, si bien se vería limitada por la escasa masa que el campo magnético atraía. Si se tiene esa capacidad, ¿por qué utilizarla así?

Entonces descubrió lo que las estructuras eran en realidad.

—Abre un vínculo con la *Koribu* —le ordenó Simon al SA—. ¿Lawrence Newton, puedes oírme?

—Alto y claro. ¿Hablo con Simon Roderick?

—El mismo.

—Su clon nos ha hablado de usted.

—Supongo que no demasiado bien.

—Fue un poco duro, aunque su ataque a la *Clichane* parece darle la razón.

—Si le ha hablado de mí, sabrá por qué lo he hecho.

—Comprendo el motivo, pero no lo comparto.

—He revisado su ficha, Newton. Lo dejó todo, abandonó su mundo en busca de una oportunidad para pilotar naves de exploración. Sabe que el ser humano puede llegar a más de lo que es en la actualidad. Y hoy podemos conseguir que todas las personas sean mejores.

—Lo quieran o no, ¿verdad?

—Las clases inferiores impidieron que usted se embarcara en aquellos sueños con los que soñaba. Para usted supusieron un obstáculo mucho mayor de lo que jamás fue para mí.

—No necesito discutir el tema con usted. Se lo aviso, no permitiré que imponga su voluntad sobre la gente. Usted y su clon conseguirán la información al mismo tiempo.

—¿Acaso nos la va a dar usted? Pues sí.

—No, creo que no. Esto no es ni un hábitat ni una máquina, sino el alienígena. Qué ser tan magnífico. Una criatura nacida del espacio.

—Sí, es el alienígena.

—Uno de estos cayó en Arnoon, ¿verdad? Y provocó el cráter que hay junto a la aldea.

—Sería usted un gran detective.

—Al principio no tenía sentido. ¿Por qué un alienígena con tecnología nanónica iba a aliarse con los humanos y robar una nave? Estaba dañado y no gozaba de todas sus capacidades.

—Y ahora lo hemos traído con los suyos.

—¿Qué pensaba hacer con esa tecnología, Newton?

—Nada, sólo quiero volver a casa.

—Eso tampoco me lo creo. Su familia es del Consejo, así que lo utilizaría en su propio beneficio, como yo.

—Negativo. Le sugiero que acuda en auxilio de la tripulación de la *Clichane*. Una vez que los hayan ayudado, pondré la tecnología a su alcance.

—¿Ya ha convencido a los alienígenas para que cooperen con usted? ¿O es que me oculta algo? ¿Por qué no va usted a ayudar a los de la *Clichane*?

—Esta nave no está en condiciones de ayudar a ninguna otra. Ya nos ha costado llegar hasta aquí.

—¿Entonces cómo pensaba volver a casa? ¿Los nanónicos del alienígena pueden reparar su nave? Seguro que sí.

—En efecto, pueden.

—Qué interesante. En ese caso, me quedaré con usted y los veré en acción. —Simon se dio cuenta de que era una solución redonda. Al aparcar la *Norvelle* a la sombra del alienígena su proximidad a la *Koribu* le proporcionaría una oportunidad única de obtener una muestra física de tecnología nanónica. Después se preguntó hasta qué punto llegaría la alianza entre Newton y el alienígena y cómo reaccionaría este ante un intento de sustracción de los sistemas nanónicos. Estaba claro que su ataque a la *Clichane* no había tenido consecuencias. Sin embargo, antes de

inclinarse por esa línea de acción debía por lo menos intentar comunicarse con la criatura, porque podría ser que Newton se estuviera tirando un farol.

La unidad de fusión de la *Norvelle* los colocó junto al gigantesco alienígena y después, poco a poco, dejó la nave a su sombra y se apagó. El SA encendió los cohetes químicos para adoptar una posición óptima. Se encontraban a cinco kilómetros de la superficie del alienígena y a doce de la *Koribu*. Ni Newton ni la criatura habían respondido a las incesantes llamadas de Simon.

Los botalones magnetométricos de la *Norvelle* seguían observando las titánicas líneas de flujo que rodeaban al alienígena, que de repente empezaron a contraerse como las flores al atardecer, solo que a gran velocidad.

—¿Qué...? —boqueó Simon.

Durante el largo viaje de cien días, a Lawrence le había dado tiempo a repasar el ciclo de vida de los dragones en decenas de ocasiones. Como no podía ser de otra manera, aquellas criaturas le fascinaban, por tanto al ver una de ellas a través de los sensores de la nave creyó estar viviendo un sueño. Le encantaba su elegancia e incluso admiraba su filosofía, por muy frustrante que le pareciera en aquellas circunstancias.

Cada uno de aquellos seres debía de haber tardado varios siglos en desarrollarse por completo. Al igual que Simon Roderick, vio cómo el campo magnético devoraba remolinos de viento solar que el sistema de comportamiento activo sometería a algún proceso alquímico que, dada la inmensurable cantidad de ellos que capturaba, debía de ser lento y laborioso. Algunas moléculas se utilizaban para llenar y mantener el cuerpo del dragón pero una vez que este alcanzaba su tamaño de adulto, la mayoría servía para producir huevos. Se tardaba muchísimo tiempo en fabricar cada una de estas estructuras porque no solo se construían partícula a partícula sino que había que cargar cada una de las moléculas con los datos de las siempre cambiantes oleadas de conocimientos de las civilizaciones estelares de los dragones.

Una vez que un huevo está completo, se envía al espacio para que inicie su incierto viaje por la galaxia. Pero los dragones orbitaban alrededor de

Aldebarán, a la que permanecían unidos mediante su campo gravitatorio. Los huevos no se desprendían sin más de los adultos, puesto que quedarían atrapados en la misma órbita. Por ello, todos los dragones contaban en el centro con un cañón magnético capaz de dotar a los huevos de la aceleración necesaria para escapar a la atracción de la estrella.

La *Norvelle* se encontraba a solo cinco kilómetros del cañón de Uno cuando este disparó. El huevo, una sólida esfera de setenta y dos metros de diámetro, impactó contra la compleja y delicada sección de la unidad de compresión de la nave a unos cuarenta kilómetros por segundo.

OceanofPDF.com

Capítulo 19

Todas las camas de la enfermería de la *Clichane* estaban ocupadas, en su mayoría por tripulantes afectados por las quemaduras de la radiación generada durante el ataque. Los camarotes más próximos se habían acondicionado para acomodar al exceso de heridos. Los médicos se paseaban entre las camas chequeando los signos vitales y asegurándose de que los pacientes se sentían cómodos. Tampoco tenían mucho más que hacer. El Principal, mejorado por el dragón de Aldebarán al añadirle nuevas rutinas, orquestaba los sistemas de comportamiento, que se habían introducido solos en el organismo de los pacientes. Era un tipo de aplicación más activa de las que nunca había llegado a desarrollar el dragón de Arnoon. Los nuevos sistemas habían tejido algo similar a una red de venas sobre la piel de los heridos; los filamentos de ese tejido se introducían en el cuerpo y se multiplicaban para envolver los órganos y músculos. Las partículas bañaban los tejidos dañados, reparaban las células y resecuenciaban el ADN degradado por la lluvia de rayos-X. La capacidad informática que se requería para controlar toda la operación en cada uno de los heridos era extraordinaria; los sistemas también habían desarrollado los nódulos de procesamiento. Colgaban de las camas como avisperos de los cuales salían raíces que los conectaban con la red de venas paralela.

Lawrence se asomó a un par de puertas mientras recorría la sección con Denise. Todos los pacientes dormían.

—Parece que estén en la gloria —dijo Lawrence.

—Así estabas tú.

En los camarotes descansaban también los tripulantes de la *Norvelle* que habían resultado heridos por el impacto del huevo de Uno, que había provocado la deformación del eje de la nave y el consiguiente desprendimiento de dos ruedas de ventilación. Un centenar de tripulantes consiguió huir en las naves salvavidas. Los que se encontraban en las ruedas intactas esperaron a que la *Koribu* acudiera a rescatarlos para después trasladarlos a la *Clichane*.

Ahora las dos naves supervivientes se encontraban a la sombra de Uno, donde las hebras de los sistemas de comportamiento habían iniciado las reparaciones.

Simon Roderick estaba esperando a Lawrence y Denise en la puerta de un camarote cuya escotilla estaba cerrada. Desbloqueó los seguros, la abrió y entró. Los visitantes le siguieron.

En el interior solo había una cama; el SK2 estaba echado en ella, envuelto también en sistemas de comportamiento. Las piernas y la mano le estaban volviendo a crecer. Habían traído una cabina de mantenimiento de un Cuero que ahora estaba cubierta por una red de venas de comportamiento que aprovechaba sus componentes orgánicos y sus reservas de sangre como materia prima para generar nuevos tejidos. De los muñones del SK2 habían brotado unos sacos fláccidos y translúcidos con la forma de las extremidades perdidas, por cuyo interior circulaba un fluido glutinoso.

Denise miró al hombre inconsciente con impasibilidad. —¿Qué va a pasar con él?

—De entrada lo expulsaremos del Consejo y le retiraremos sus privilegios de ejecutivo. Arresto domiciliario, se podría decir. Después quién sabe. Supongo que depende de lo que decida la sociedad de la Tierra.

—Suficiente —dijo Lawrence ignorando la mirada asesina que le echó Denise—. Ninguno hemos quedado como santos.

—No —admitió Simon—. Aunque yo jamás dije serlo. —¿Cómo reaccionarán ante esto sus clones hermanos? —Igual que nosotros, pero tampoco es que importe demasiado. —Miró fijamente a ambos—. Los capitanes se asegurarán de que los conocimientos del dragón sean entregados a todo el mundo a nuestro regreso. Ya están pensando en cómo transferir los recuerdos directamente al banco de datos terrestre antes de que Z-B se dé cuenta siquiera de lo que ha pasado con sus naves. El

proceso estará protegido por este Principal mejorado, que debería garantizar un acceso igualitario. —Parece que no lo aprueba.

—Sólo en parte. —Simon señaló a su clon hermano—. Somos una raza caótica. Su método nos hubiera permitido realizar una transición sin altercados.

—¿Qué tiene eso de interesante? —dijo Lawrence—. Acabe con la unicultura, abra los ojos, devuélvale a la gente su identidad.

—Ah... —Simon enarcó las cejas con reprobación—. Debería haberlo imaginado.

—¿Cuánto falta para que la *Clichane* esté lista para volar? —preguntó Denise. —Quince días —respondió Simon—. Sorprendente, la verdad. Por fortuna queda material de sobra para reestructurar los componentes perdidos. Al fin y al cabo, ya no necesitamos las armas ni el cargamento de bienes. ¿Está segura de que no quiere regresar con nosotros? Sería un viaje muy interesante. —Segura —contestó Denise con sequedad. Lawrence sonrió.

En cuanto la unidad de compresión de la *Clichane* se encendió, la descomunal nave salió del espacio-tiempo de un fogonazo. La *Koribu* quedó flotando en soledad a la sombra del dragón. Ya no volaría más. Estaba dando a luz. El sistema de comportamiento había trenzado sobre el fuselaje una red de zarcillos cristalinos que absorbían los minerales y compuestos de la estructura. De lejos parecía que la nave había quedado cubierta por un arlequinesco mosaico de escarcha de joyas multicolores; millones de elegantes facetas de ámbares, rubíes y esmeraldas destellaban y centelleaban al calor del resplandor que manaba del alienígena. Unos amplios túbulos de zafiro habían penetrado en los depósitos para extraer los líquidos, con los que alimentaban los brotes semiorgánicos que estaban creciendo a ambos lados de la sección de carga. Estos, con el paso de las semanas, se fueron convirtiendo en crisálidas, cuya prieta envoltura se componía de diamantinos hilos de seda.

El dragón de Arnoon también estaba metamorfoseando. Las puertas de la bodega del Xianti se abrieron al espacio. La vaina de mercancía se había abierto dejando el dragón a la vista. Los cristales se abrieron paso por el

suelo de la dársena de mantenimiento y se incrustaron en el avión espacial. Fundieron sus puntas con la estructura de partículas del dragón, a la que empezaron a alimentar con nuevas moléculas e información.

Cada día Denise pasó horas meditando a su lado. Puesto que no había lugar para él entre los dragones de Aldebarán, decidió que regresaría con ella y se convertiría en parte de la sociedad que floreciera a partir de la carga genética. Se revisaron y analizaron los recuerdos del dragón en busca de plantillas de las capacidades que buscaban. Empezaron a incorporar funciones que le permitirían volar, percibir en cualquier espectro, alimentarse de luz solar, absorber materia sólida fría y conservar su propia personalidad. Docenas de nociones empezaron a tomar forma.

Después de que la *Clichane* se marchara, Lawrence se pasó diez días sometiéndose a un intenso tratamiento de comportamiento para transformar su cuerpo y modificar su ADN. Al finalizar el proceso se había convertido en su yo adolescente y había perdido las válvulas del cuello.

Denise lo miró de arriba abajo y frunció los labios.

—Qué guapo —dijo con picardía.

Las envolturas de las crisálidas empezaron a desprenderse y a liberar las naves de la era del Imperio del Anillo que los sistemas de comportamiento habían estado gestando. Se trataba de unos aerodinámicos vehículos ovalados plateados y magentas dotados de un collar de aletas propulsoras y de unos escudos de energía inclinados hacia delante que nacían y se elevaban con suavidad desde la parte posterior. Lawrence miró la suya con un ansioso entusiasmo propio de su renovada adolescencia.

—Supongo que esto es un adiós —dijo Denise.

Lawrence endureció la mirada.

—Sí. —Entonces volvió a sonreír—. No, solo un que tengas buen viaje. Con el curso que están tomando las cosas, volveremos a vernos el día menos pensado.

—Muy bien, Lawrence, que tengas buen viaje. —Le dio un suave beso —. ¿Cómo vas a bautizar a la tuya?

—Muy fácil. *La Bala Perdida*.

Denise se rió.

—La mía será la *Flor de Estrella*.

—Suena bien.

El interior de *La Bala Perdida* se componía de tres salones circulares de paredes cóncavas. En su estado neutral las superficies de color crema tenían la misma textura que el cuero. De ellas se podían extender multitud de accesorios cuando se necesitaban. Los salones, que servían también como auditorios, ofrecían trescientos sesenta grados de imagen, y en ellos se podía ver, por ejemplo, las capturas de los sensores o los en-vivos que Lawrence había extraído de la biblioteca multimedia de la *Koribu*.

Lawrence entró en el salón delantero atraído por la novedad de un campo gravitatorio normal. De repente del centro brotó una lujosa silla. Se sentó en ella y solicitó las capturas de los sensores visuales. Cuando la parte frontal del salón se desvaneció pudo ver el fuselaje cristalizado de la inutilizada *Koribu*.

En su mente los iconos de los diversos sistemas de la nave formaron una amplia y brillante corona dorada. Seleccionó varios de ellos y *La Bala Perdida* empezó a salir poco a poco de la ya inerte crisálida. Una sonrisa de idiota iluminó su cara cuando la elegancia y potencia de la nave cobraron vida. Y la gobernaba él solo.

Entonces pudo ver la *Flor de Estrella* elevándose al otro lado de la *Koribu* y girar para situarse sobre la dársena de mantenimiento, que tanto había cambiado. El dragón de Arnoon la esperaba en el centro, con sus elegantes segmentos semiorgánicos acoplados al cuerpo principal y las alas solares plegadas. Ver cómo la *Flor de Estrella* lo tocaba era como ver dos gotas de agua fundiéndose; el reluciente casco, cuya presencia quedó revelada solo por un leve bulto, absorbió al dragón. La *Flor de Estrella* se alejó hasta salir de la sombra de Uno. Lawrence pudo ver las extrañas fuerzas que se concentraron en la sección de propulsión cuando los escudos de energía y las aletas empezaron a brillar como si fueran los fragmentos de alguna estrella blanca azulada. Acto seguido, desapareció en el vacío.

—Gracias por tu ayuda —le dijo Lawrence a Uno.

—Sabremos en qué os habéis convertido —contestó el dragón—. Y os recordaremos. Es lo que somos.

Lawrence marcó el rumbo; para conseguir la información hubo de zambullirse en algunos de los recuerdos más antiguos que los dragones poseían. Al instante siguiente los motores reunieron su colosal fuerza y lanzaron *La Bala Perdida* al vacío.

Las nebulosas, admiradas y veneradas por los astrónomos de toda la galaxia, se cuentan entre las formaciones más hermosas de los cielos. Iluminadas por las estrellas que albergan en sus entrañas, alumbran los pársecs con los más mágicos juegos de cambiante luz primordial. Sin embargo, a pesar de toda su magnificencia, son formaciones temporales. Las estrellas que les prestan su etérea belleza también emanan violentas tormentas de iones que poco a poco van dispersando el gas y el polvo. La gravedad también juega un papel muy importante puesto que de manera inexorable va debilitando los remolinos y las nubes. Las protoestrellas desempeñan la función opuesta, ya que sus vastas y crecientes espiras engullen las mareas espectrales y las comprimen hasta convertirlas en chispas fundamentales.

Su esperanza de vida asciende a unos pocos millones de años, un pestañeo en la escala galáctica.

Incluso la nebulosa de Ulodan, una de las más densas y oscuras que se formaran jamás en la galaxia, había empezado a decaer cuando los arqueólogos del Imperio del Anillo encontraron el planeta de los mordiff. En la era de la Guerra de la Decadencia ya solo era una zona del espacio interestelar donde la densidad de los gases era algo superior a la media. Incluso entonces el sol de los mordiff ya se estaba enfriando y encogiendo, de tal modo que parecía una simple ascua al rojo vivo. Un recuerdo más de las civilizaciones recién nacidas de los dragones.

A Lawrence Newton y *La Bala Perdida* les llevó mucho tiempo dar con la fría estrella y su solitario planeta. Pero al final la fabulosa nave emergió del cielo y aterrizó junto a la única reliquia que quedaba de los mordiff.

Lawrence se puso un traje espacial y salió al exterior. No quedaba aire; se había terminado hacía millones de años. La arena de la superficie se había congelado hasta formar una capa más dura que el acero. Pero todavía llegaba luz. Sobre el horizonte, el galáctico núcleo parecía un algodonoso remolino blanco que ocupaba casi la décima parte del cielo y proyectaba detrás de él una sombra que seguía sus pasos.

El paisaje era el más inhóspito de los que había conocido nunca. Las formaciones rocosas eran afiladas y estaban agrietadas, hasta las piedras del suelo estaban melladas. Durante millones de años el frío había ido

robando los colores de la tierra. Sabía que aquel planeta ya había consumido su futuro. No le importaba porque había regresado por su pasado.

Se detuvo en lo alto de una colina y miró arriba, a la terminal. Le pareció muy extraño que unos seres tan belicosos y malvados pudieran construir una máquina más grandiosa que ellos mismos.

La terminal era un amplio toroide de color blanco niveo cuya apertura interna medía tres kilómetros de diámetro. Cinco gigantescas torres de contrafuerte lo mantenían a un kilómetro de la superficie. Había acumulaciones de rocas apoyadas contra la base de cada torre, como si fueran olas rompiéndose contra un acantilado. Ni el frío ni la entropía habían podido con aquel titán, que desafiaba incluso a la propia geología. Los arqueólogos del Imperio del Anillo no estaban seguros de que estuviera hecho de lo que ellos entendían por materia. No quedaba nada más de lo que los mordiff habían construido, ni ruinas, ni monumentos. Solo la terminal, su intento fallido de inmortalidad.

Una cruda luz turquesa brillaba en el centro e iluminaba la arena congelada que quedaba debajo. Se desilusionó un poco por no poder ver el agujero de gusano pero aquella luz verdosa actuaba como un velo que hubieran colocado delante de la apertura.

Un rato después Lawrence regresó a *La Bala Perdida*. Se sentó en la silla del salón delantero y llevó la nave hasta el toroide. El vehículo se introdujo poco a poco en el resplandor azulado. Durante un segundo los sensores no pudieron detectar nada pero al instante siguiente la nave ya se había metido en el agujero de gusano. Un túnel de tenue luz violeta se tendió ante *La Bala Perdida*. Hacia delante estaba el futuro; para llegar a él debía realizar un viaje de billones de años en dirección al final de la galaxia, cuando incluso la terminal había caído en el agujero negro. En la otra dirección se viajaba hacia el pasado.

La *Bala Perdida* optó por hundirse en la historia.

Los tres planetas hermanos se estaban alineando en conjunción superior. Era espectacular ver cómo se enfilaban sobre las suaves y sinuosas colinas de Nueva Arnoon. Denise se había sentado a la sombra de un gran ciñi, cuyas hojas coloradas arrojaban una amplia sombra moteada sobre la hierba, para ver el espectáculo. Los párvulos de siete años que se habían sentado en el suelo suspiraban y silbaban a la vista de la exhibición astral. Si entrecerraban los ojos podían ver unas finísimas líneas que pasaban

sobre los lejanos planetas. Las hebras plateadas de la red mundial que el dragón había tejido desde su órbita geoestacionaria se estaban haciendo más complejas a medida que el encerramiento progresaba. Pronto todo el planeta quedaría aislado. Eran tiempos emocionantes para los niños.

—Acábala —gimió Jones Johnson lastimeramente—. ¡Por favor, Denise!

Si bien no tanto como en su día lo fue para otros, pensó Denise divertida. La expresión de apremio del pequeño Jones revelaba que ya no podía aguantar más.

—¡Acábala! ¡Acábala! —gritó el resto.

—Está bien —dijo Denise.

Lawrence Newton intentó no parecer nervioso al presentar su billete en el mostrador de salidas del centro del edificio de la terminal. El puerto espacial de Templeton, situado al norte de la ciudad cupulada, era un conjunto de instalaciones sencillas, pues se componía solo de dos pistas de aterrizaje y cinco hangares. Se construyó más que nada para acoger llegadas (cuando llegaba una nave de McArthur recibían hasta veinte mil personas). El tráfico de salida era escaso y estaba muy vigilado.

La recepcionista escaneó su billete y le sonrió cuando su pantalla de sábana mostró un mensaje de confirmación.

—¿Lleva equipaje? —le preguntó.

—Er... sólo un bulto —respondió Lawrence. Se sentía tan contento porque el Principal había bloqueado las peticiones de rastreo de su padre que no acertó a subir la maleta a la balanza. La recepcionista se inclinó para ayudarlo.

—¿Adónde va? —preguntó.

—Yo... er... mi familia me envía a una universidad de la Tierra —contestó trastabillando.

—Qué afortunado —dijo la recepcionista con voz alegre—. Ahora puede pasar a la sala, señor Newton. Su vuelo saldrá dentro de cuarenta minutos... si es que las quitanieves consiguen mantener despejada la pista.

—Gracias. —Sintió cómo se le desataba el nudo que se le había hecho en el estómago.

«¡Por fin! ¡Por fin voy a volar en una nave espacial! ¡Por fin!».

Al final todo había valido la pena.

Se puso derecho y caminó hacia la sala. Por el rabillo del ojo pudo ver a Vinnie Carlton de pie junto a la entrada principal. Lawrence le hizo una señal furtiva con el pulgar. Vinnie le guiñó el ojo en respuesta.

Las puertas de la sala se cerraron en cuanto entró. En la ventana visual vio el alargado avión espacial triangular que le llevaría hasta la *Eilean*. Lawrence se acercó para verlo mejor.

Cuando Vinnie Carlton vio cerrarse las puertas de la sala salió a la parada de taxis y se montó en la primera de las pequeñas burbujas blancas de la cola.

—Cúpula de Leith —le indicó al SA del vehículo.

Una débil granizada los acompañó desde que salieron a la carretera. Vinnie se acomodó en el asiento, cerró los ojos y se concentró. La piel de su rostro empezó a ondular y después sus facciones cambiaron: la nariz se le aplanó un poco, la barbilla se le hizo más prominente, las cejas se le endurecieron. Al cabo de unos segundos abrió los ojos, que ahora eran de un color gris verdoso. Al mirarse en el retrovisor del taxi para comprobar el resultado, vio al joven Lawrence Newton devolviéndole la mirada. Habían pasado tantos meses desde que las viera por última vez que apenas pudo reconocerse.

Hubo de admitir con tristeza que a pesar de la perfecta regeneración física que el sistema de comportamiento había realizado en su organismo, nunca más podría desprender la misma ingenuidad que lo caracterizó de joven. Pensó que era una consecuencia inevitable, derivada no solo de la experiencia adquirida a lo largo de los últimos veinte años, sino también de vivir junto a su anterior yo durante tanto tiempo. La convivencia había sido mucho más horrible de lo que se había imaginado. Eran incontables las ocasiones en que, como Vinnie, había querido partirle la cara a ese terriblemente ignorante Lawrence adolescente enfermo de amor.

Pero se resistió. Durante todos esos meses se portó como un buen amigo a todos los niveles y se limitó a apretar los dientes mientras veía cómo se desmoronaba aquella maldita historia de amor desde un punto panorámico demasiado cercano. Una y otra vez, cada vez que salían en grupo, pudo ver el miedo oculto en los ojos de Roselyn cuando Lawrence miraba hacia otro lado. Ella debía de creer que él acabaría descubriéndolo todo. Aun así

siguió adelante, tan cegada por la locura y la pasión como aquel adolescente, tan aferrada a su felicidad. Ya había perdido la cuenta de las veces en que había deseado ceder a sus tormentosas emociones y susurrarle a Roselyn al oído «Todo saldrá bien». Pero no tenía derecho, sobre todo porque no sabía si era cierto.

Las facciones del juvenil rostro del retrovisor del taxi estaban marcadas por una expresión cansada y nerviosa consecuencia del peso de los veinte años de sufrimiento y las dos vidas rotas que definían su verdadera identidad.

—Ahora sí que has vuelto a casa —le dijo al joven.

El ascensor tardó una eternidad en llegar a la planta que había indicado. Lawrence recordó la ansiedad que sintió cuando salió de Amethi rumbo a la Tierra. Esto era peor. Sacó el chip de memoria de su bolsillo y lo estudió con curiosidad. El último episodio de toda la serie de *Destino: Horizonte*. Y todavía no lo había ejecutado. No hubiera estado bien verlo solo. Lo echó al aire como si fuera una moneda, lo cogió al vuelo y sonrió. En ese momento se abrieron las puertas del ascensor y se le borró la sonrisa.

Las piernas no dejaban de temblarle mientras caminaba por el pasillo. Al llegar a la puerta del apartamento de detuvo sin atreverse a llamar.

«Has invadido planetas. Has sobrevivido al ataque de una manada de macrorexes. Has visto dragones en su hábitat natural. Has caminado por el planeta de los mordiff. Llama de una puta vez, cobarde».

Por fin tamborileó con los nudillos en la puerta.

Roselyn abrió. Había estado llorando.

—Soy un idiota —le soltó Lawrence—. Pero he tenido mucho tiempo para pensar. Mucho. Y debes saber que atravesaría el universo para decirte que te quiero.

Algunos de los niños se habían cogido de las manos para escuchar sobrecogidos a Denise. Se habían quedado mudos. Pero sonreían con satisfacción.

Denise disfrutó de cinco segundos de paz mientras asimilaban la historia.

—¿Pero y qué le dijo ella?

—¿Se casaron?

—¿Vivieron felices para siempre?

Denise levantó las manos para pedirles que se tranquilizaran.

—No sé muy bien qué ocurrió después. Ni en Amethi ni en la Tierra. Pero estoy segura de que Lawrence y Roselyn fueron dichosos durante mucho tiempo. Al menos...

—¿Qué? —preguntó Jones con urgencia y con los ojos abiertos como platos.

—Es sólo que Lawrence nunca quiso implicarse. Pero el mero hecho de saber ya te implica. Es lo que nos enseñaron los dragones, los conocimientos son lo único inmortal. Y Lawrence sabía que veinte años después la *Clichane* llegaría a la Tierra con los sistemas de comportamiento y los recuerdos de los dragones. La raza humana evolucionaría. Así que allí estaba él, en el planeta que era su verdadero hogar, con la chica que amaba. Y tenía *La Bala Perdida*. Tenía la información necesaria para convertir Amethi en un paraíso y poblarlo de ángeles mucho antes de que la Tierra desarrollara la misma capacidad. El bueno de Lawrence. Me pregunto si resistiría la tentación.

OceanofPDF.com